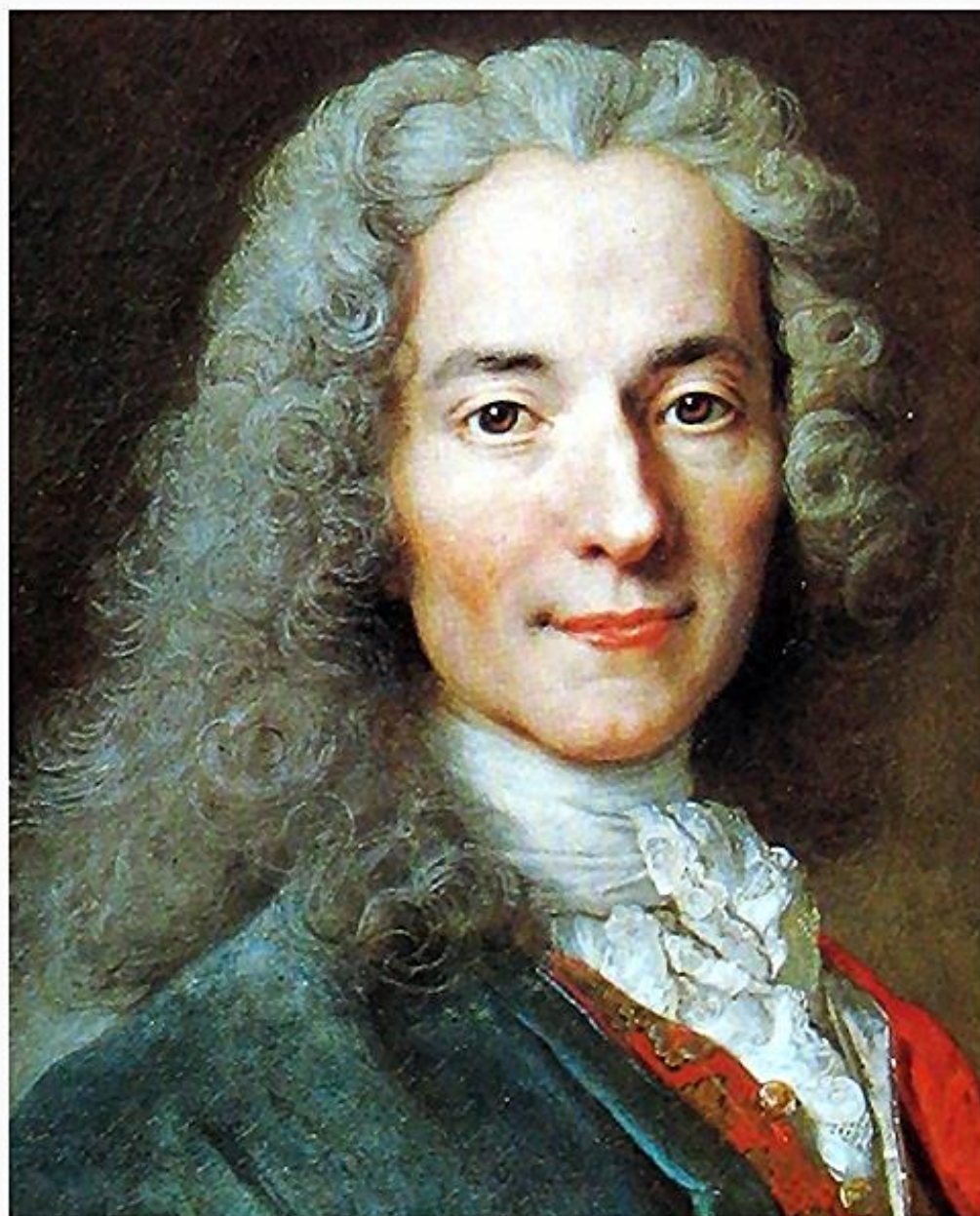


Voltaire

CUENTOS COMPLETOS



BIBLIOTECA DIGITAL MINERD. DOMINICANA LEE

TIEMPO DE CLÁSICOS

Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy relejendo...» y nunca «Estoy leyendo...».

Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos.

Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual.

Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera.

Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura.

Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir.

Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres).

Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima.

Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad.

Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes.

Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él.

Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía.

Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo.

Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

Por qué leer los clásicos, Italo Calvino

CRONOLOGÍA

1694 Nacimiento en París de François-Marie Arouet, Voltaire, hijo de un notario real en la corte de Luis XIV.

1701 Muerte de su madre.

1704-11 Entra en el colegio Louis-le-Grand, regentado por los jesuitas.

1711-13 Inicia sus estudios de Derecho. Secretario de embajada en La Haya. Quiere raptar a una joven protestante para convertirla: es repatriado con urgencia.

La bula *Unigenitus* condena definitivamente la herejía jansenista.

1714-16 Frecuenta distintos medios libertinos (Temple, Caumartin) y lleva una vida brillante y disipada. Primeros escritos. Estancia en la corte de Sceaux, invitado por la duquesa du Maine, a la que destinará su primer cuento conocido, *El mozo de cuerda tuerto*.

1715 Muerte de Luis XIV y regencia de Philippe d'Orléans.

1716-17 Versos insolentes sobre el Regente que le valen un exilio en el castillo de Sully-sur-Loire y luego un encarcelamiento de once meses en la Bastilla.

1718 Adopción del nombre de Voltaire. Estrena *Cédipe*, su primera tragedia, con gran éxito.

1722 Muerte de su padre. Viaje a Holanda.

1723 Muerte del Regente. Mayoría de edad de Luis XV. Escribe un poema histórico, *La Ligue*, que terminará titulándose *La Henriade (La Enriada)*.

1726 Altercado con el caballero De Rohan, que ordena a sus criados apalearlo; tras un breve paso por la Bastilla, parte al exilio para Inglaterra, donde vivirá dos años.

1727 Frecuenta al poeta Alexander Pope, un «optimista». Conoce a Swift; asiste a los funerales de Newton.

1728 Vuelve a Francia tras la publicación de *La Enríada*.

1730 Intensa actividad literaria. Nuevo éxito teatral con su tragedia *Brutus*.

1731 Publica su *Historia* de Carlos XII, secuestrada de inmediato por orden real.

1732 Triunfo en los escenarios de *Zaire*.

1733 Pope da a la luz su *Essay on Man*, poema que vulgariza la tesis leibniziana del «mejor de los mundos». Voltaire publica en Inglaterra, y en inglés, sus *Cartas filosóficas*, análisis de la política y sociedad de la isla y clara crítica de la sociedad francesa de su tiempo.

Inicia una relación de dieciséis años con Émilie du Châtelet, gran dama y mujer culta que despierta en Voltaire el interés por la metafísica y la física matemática.

1734 Publica en Francia sus *Cartas filosóficas*, que son condenadas de inmediato y quemadas en la plaza pública. Voltaire deja París y se refugia en el castillo de la familia de Mme. du Châtelet, en Cirey (Lorena). Aquí permanecerá hasta 1739 preparando su *Ensayo sobre las costumbres* y su *Tratado de metafísica*.

1736 Inicia su correspondencia con el príncipe Federico, rey de Prusia en 1740. Tras publicar su poema *El mundano*, temiendo un nuevo arresto, se traslada temporalmente a Holanda. Se inicia en el pensamiento leibniziano a través de su discípulo Wolff.

1737 Voltaire y Mme. du Châtelet hacen en Cirey una lectura crítica de la Biblia.

1738 Publica sus *Elementos de la filosofía de Newton*.

1739 Envía a Federico II el relato *Viaje del barón de Gangán*, texto perdido, arquetipo de *Micromegas*. Edita la primera parte de *El siglo de Luis XIV*, también secuestrada por las autoridades.

1740 Federico II es coronado rey de Prusia. Se entrevista con él en Clèves; entre 1743 y 1747 Voltaire será emisario de Versalles ante el monarca prusiano.

1743 Inicio del gobierno personal de Luis XV.

1744 Comienza una nueva relación con su sobrina, Mme. Denis, hija de su hermana y viuda desde hace dos años.

1745-47 Comienza una etapa de grandes éxitos para Voltaire, que vuelve a gozar del favor real gracias a los hermanos d'Argenson, antiguos discípulos suyos convertidos en ministros, y a Mme. de Pompadour, favorita del monarca: es nombrado poeta oficial, historiógrafo del rey y «gentilhombre ordinario de la cámara y del gabinete». Es elegido miembro de la Academia Francesa.

1747-48 Una frase imprudente pronunciada durante el juego de la reina en Fontainebleau obliga a Voltaire y a Mme. du Châtelet a huir de París. Se refugia en Anet, en casa de la duquesa du Maine. Escribe comedias y cuentos. Reside en Lunéville, en el gobierno de Lorena que Estanislao Leszczyński, suegro de Luis XV, recibió tras renunciar a la corona polaca en 1738.

1749 Mme. du Châtelet muere al dar a luz un hijo del poeta Saint-Lambert. Voltaire, alterado por el dolor. Polémica sobre *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu. Voltaire defiende el libro, aparecido el año anterior y que en 1751 será incluido en el *Índice*.

1750 Pierde el favor real; deja París y viaja a Prusia, a la corte de Berlín, donde Federico II lo nombra chambelán. Principios idílicos con el monarca, en cuya corte vivirá hasta 1753.

1751 Aparece el primer tomo de la *Enciclopedia*, en la que Voltaire colaborará asiduamente.

1752 Publicación de *Micromegas*. Querrela épica con Maupertuis, presidente de la Academia de Berlín.

1753 Federico II se inclina de parte de Maupertuis en su enfrentamiento con Voltaire, al que despide; en marzo parte de Berlín; en Francfort es detenido por orden del rey, afrenta que Voltaire no olvidará nunca. Una vez liberado, vive sucesivamente en Kessel, Gotha, Estrasburgo y Pragens, hasta marzo de 1755, dado que Luis XV le tiene prohibido su regreso a París.

1754-55 Se instala en Ginebra; compra de la finca Les Délices.

En noviembre de 1755 se produce el terremoto de Lisboa: Voltaire, muy impresionado, le dedica un poema y un capítulo de *Cándido*.

1756 Edición de su *Ensayo sobre las costumbres*. Empieza a cartearse con Rousseau, que ya ha publicado sus dos primeros discursos: *Sobre las ciencias y las artes* (1750) y *Sobre el origen de la desigualdad* (1755).

Comienza la Guerra de los Siete Años, en la que Voltaire desempeñará el papel de intermediario en las negociaciones de paz con Prusia.

1757 Damiens atenta contra la vida de Luis XV y es descuartizado. En París y en Versalles comienza la campaña de persecución contra los filósofos. Se interrumpe la edición de la *Enciclopedia*.

1758 Tras largas discusiones con las autoridades ginebrinas, Voltaire adquiere las propiedades de Ferney y Tournay, en territorio francés, junto a la frontera suiza, donde tendrá su residencia prácticamente hasta su muerte.

1759 Publica *Cándido* —al mismo tiempo en París, Londres, Amsterdam y Ginebra: éxito inmediato en toda Europa— y la *Historia de Rusia durante el reinado de Pedro el Grande*. Edita panfletos contra los enemigos de los filósofos y da comienzo a la edición ordenada y general de sus *Obras*, a cargo de los hermanos Cramer, de Ginebra.

1760 El abate Guyon, Fréron y Le Franc de Pompignan arremeten contra *Cándido*. Ruptura con Rousseau.

1761 Voltaire acoge y adopta a una joven en Ferney, Marie Françoise Corneille, pariente colateral del dramaturgo, y que vive en la indigencia económica y cultural. Ataques injustos de Fréron por este episodio.

Se inicia en París el proceso parlamentario que terminará con la expulsión de los jesuitas.

1762 Inicio del «caso Calas», que impulsará a Voltaire a escribir su *Tratado sobre la tolerancia*; le seguirán otras defensas de perseguidos por el fanatismo, como la de Sirven (1764-1771) y la del caballero de La Barre (1766). Inicio de la redacción del cuento *Popurrí*, que concluirá en 1764. Rousseau publica *Del Contrato social* en Amsterdam, y el *Emilio* en París: ambas obras son condenadas a la hoguera pública inmediatamente; Rousseau tiene que huir de Francia.

1763 Concluye la Guerra de los Siete Años: Francia pierde Canadá y sus restantes colonias americanas. Publicación del *Tratado sobre la tolerancia*.

1764 Aparición del *Diccionario filosófico portátil*, y, encubierto por el anonimato, el folleto contra Rousseau *El sentimiento de los ciudadanos*.

1765 Rehabilitación de Jean Calas, hecho que anima a Voltaire a seguir luchando contra la intolerancia. Aparición de *Popurrí* en el tomo III de *Les Nouveaux Mélanges*.

1766 Ejecución del caballero De la Barre, acusado de impiedad. Su cadáver es quemado junto a un ejemplar del *Diccionario filosófico*.

1767 Publicación de *El Ingenuo*, que consigue rápidamente numerosas reediciones.

1768 Publicación de *El hombre de los cuarenta escudos*. Voltaire se ocupa activamente de su hacienda de Ferney y de sus habitantes.

1770 Mme. Necker lanza una suscripción para elevar, en vida, una estatua a Voltaire, que publica en nueve volúmenes sus *Cuestiones sobre la Enciclopedia*.

Rousseau comienza la lectura pública de su autobiografía, *Las Confesiones*, que será interrumpida por prohibición policial al año siguiente. D'Holbach publica su *Sistema de la naturaleza*, considerado un catecismo materialista.

1774 Publicación de *El toro blanco* en la *Correspondance littéraire* de Grimm.

Muerte de Luis XV. Advenimiento de Luis XVI, educado en los principios ilustrados, pero hostil a Voltaire, quien apoya en la prensa las reformas políticas y administrativas prometidas por el nuevo primer ministro, Turgot.

1775 El editor Cramer da a la luz las primeras *Œuvres complètes de Voltaire*. En el tomo XVII de *Les Nouveaux Mélanges* aparece la *Historia de Jenni, o el Sabio y el Ateo*.

1776 Caída del ministerio de Turgot y fin de la esperanza de las reformas.

1778 Regreso de Voltaire a París, tras 28 años de ausencia, a pesar de la prohibición real; asiste a las representaciones triunfales de su tragedia *Irène*. Preside una sesión de la Academia Francesa. En plena apoteosis, gravemente enfermo, muere el 30 de mayo, a la edad de 84 años. Un mes más tarde, el 2 de julio, moría Rousseau.

1785-89 Gran edición, en Kehl, de las *Œuvres complètes de Voltaire*, en 70 volúmenes, bajo la dirección de Beaumarchais.

1791 Traslado de las cenizas de Voltaire al Panteón; las de Rousseau también se trasladarán treinta años más tarde.

BIBLIOGRAFÍA

a). Obras de Voltaire

Œuvres complètes, ed. de Beaumarchais, Condorcet y Decroix, 1784-1789, 70 volúmenes, llamada edición de Kehl.

Œuvres complètes, ed. de Miger, París, 1817-1820, 41 vols.

Œuvres complètes, ed. de Beuchot, París, 1830-1840, 70 vols.

Œuvres complètes, ed. de L. Moland, París, 1877-1885, 50 + 2 vols.

Complete Works / Œuvres complètes, ed. de Oxford, en curso de publicación desde 1968; 150 volúmenes previstos.

Correspondance, ed. de F. Deloffre, Gallimard, La Pléiade, París, 1977-1990, 13 vols.

Mélanges, ed. de J. Van den Heuvel, Gallimard, La Pléiade, París, 1961.

Romans et Contes, ed. de R. Pomeau, París, 1966.

Romans et Contes, ed. de F. Deloffre y J. Van den Heuvel, Gallimard, La Pléiade, París, 1979.

Romans et Contes, ed. de S. Menant, París, 1992, 2 vols. (contiene los cuentos en verso).

Romans et Contes, ed. de Édouard Guitton, París, 1994 (contiene los cuentos en verso).

b). Sobre Voltaire, las novelas y los cuentos

Pomeau, René, y otros: *Voltaire en son temps*, Oxford, 1985-1994, 5 vols.

Pomeau, René: *Voltaire par lui-même*, París, 1955.

Pomeau, René: *La Religion de Voltaire*, París, 1956.

Van den Heuvel, Jacques: *Voltaire dans ses contes. De «Micromégas» à «L'Ingénu»*, París, 1967.

Le Siècle de Voltaire, homenaje a René Pomeau, Oxford, 1987.

Démoris, René: «Genèse et symbolique de l'Histoire de Jenni», *Studies on Voltaire*, Oxford, 1979.

Hellegouarc'h, Jacqueline: «Genèse d'un conte de Voltaire», *Studies on Voltaire*, Oxford, 1979.

Virolle, Roger: «Voltaire et les matérialistes, d'après ses derniers contes», *Dix-huitième siècle*, n.º 11, París, 1979.

c). Voltaire en español

Espina, Antonio: *Voltaire y el siglo XVIII*, Madrid, 1975.

Lafarga, Francisco: *Voltaire en España (1734-1835)*, Barcelona, 1982. Savater, Fernando: *El jardín de las dudas*, Barcelona, 1993.

d). Las novelas y cuentos de Voltaire en español

Cuentos, trad. de Antonio Espina, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, México, 1956.

El Ingenuo. Cándido, trad. de M. Armiño, Madrid, 1984.

Así va el mundo. Cuentos orientales, trad. de M. Armiño, Madrid, 1996.

El Ingenuo y otros cuentos, trad. de M. Armiño, Madrid, 1999.

Cándido, o el Optimismo, trad. de M. Armiño, Madrid, 2001.

Zadig y otros cuentos, trad. de M. Armiño, Madrid, 2004.

El hombre de los cuarenta escudos y otros cuentos, trad. de M. Armiño, Madrid, 2006.

e). Obras generales

Dictionnaire universel françois et latin, vulgairement appelé Dictionnaire de Trévoux, París, 1752, 7 vols.

Furetière: *Dictionnaire universel*, La Haya y Rotterdam, 1690.

Herbelot (D'): *Bibliothèque orientale*, 1697.

Rey, Alain: *Dictionnaire historique de la langue française*, Le Robert, 1992, 2 vols.

Robert, Raymonde: *Contes parodiques et licencieux du XVIIIe siècle*, Nancy, 1987.

f). Obras de referencia

Sagrada Biblia, trad. de F. Cantera Burgos y M. Iglesias González, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1989.

Voltaire: *Tratado sobre la tolerancia*, trad. de M. Armiño, Madrid, 2002.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Los textos de Voltaire han sufrido variaciones a lo largo del tiempo, debido en muchas ocasiones a su publicación originaria, pocas veces controlada directamente por el autor, que en algún caso llegó a publicar de forma anónima, además de otros escritos, los cuentos. Ediciones fraudulentas, manuscritos, copias, anexos enviados por Voltaire a sus «libreros» y otras manos fueron estragando unos escritos que a partir de mediados del siglo XX encontraron en René Pomeau, en Frédéric Deloffre y Jacques Van den Heuvel, sobre todo, unos estudiosos que abordaron la tarea de establecer las ediciones críticas de las *Romans et Contes*, definitivas en la práctica por ahora. Son esas ediciones, la de R. Pomeau (*Romans et Contes*, 1966), y la de F. Deloffre y J. Van den Heuvel (*Romans et Contes*, La Pléiade, 1979) las que seguimos para la traducción, aprovechando su cuerpo de notas, para el que también nos han servido ediciones particulares de algunos de sus títulos así como las ediciones de *Contes en vers et prose* de S. Menant (1992) y de *Romans et Contes en vers et en prose* de Édouard Guitton (1994), textualmente más «completas» por incluir los cuentos en verso, además de una selección de los *Cuentos de Guillaume Vadé*, cuya pertenencia al mundo de la ficción narrativa es más que dudosa en algunos de sus textos.

Los cuentos en verso fueron traducidos y publicados en el siglo XIX por M. Domínguez con el título de *Cuentos y Sátiras de Voltaire* (Cádiz, 1879). No se trata de una traducción en el sentido actual de ese término; según costumbre de la época, M. Domínguez realiza una versión, una adaptación, que traslada, y lo hace de manera excelente, el contenido de los poemas de Voltaire. Siempre lo respeta, aunque la letra se vea en ocasiones alterada; elimina, por ejemplo, las notas con que el autor explicaba a sus lectores franceses un problema, o agregaba una reflexión, o revelaba al personaje aludido. Por ese motivo, M. Domínguez deja de lado algunos pasajes que carecían de interés para el lector español, no familiarizado con las alusiones.

Incluyo en nota esas pocas lagunas de la traducción de Domínguez, haciendo una traducción textual de los pasajes dejados de lado para que puedan comprenderse las notas de Voltaire cuando era necesario; también completo algún encabezamiento obviado por Domínguez, haciendo constar en nota tanto ésta como el resto de intervenciones sobre el texto de Domínguez en su cotejo con el del autor francés. Por lo demás, respeto la disposición estrófica y los términos en cursiva, que, o siguen a Voltaire, o le pareció oportuno utilizar para señalar

matices, bien del texto, bien de la traducción. En cuanto a la anotación, al final del volumen, desde la pág. 799, aparecen numeradas correlativamente tanto las notas de traducción como las del autor, marcadas éstas con el nombre de Voltaire entre paréntesis. He utilizado también, traduciéndolas, algunas de la edición de Kehl de *Obras completas* (1785-1789), dirigida por Beaumarchais —cuya inicial figura entre paréntesis—. En cuanto a la presencia de guiones largos, en la tradición tipográfica francesa separan las distintas voces de los diálogos dentro de un mismo párrafo, sin necesidad de cambio de línea. Aunque el sistema no es muy frecuente en la tipografía española, existe, y no plantea ningún problema de lectura.

Las referencias al dinero, sobre todo en *El hombre de los cuarenta escudos*, exigen al lector un conocimiento mínimo de los nombres, valor y equivalencia de las monedas, de la forma más aproximada posible:

Luis = 24 libras (o francos).

Pistola = 10 libras

Escudo = 6 libras

Sueldo (*solde*) = 1/20 libras

Liard = 1/4 sueldo

El coste de algunos alimentos, objetos y tareas, así como los emolumentos de distintas profesiones, puede permitir al lector acercarse con mayor precisión a las referencias económicas. Así, durante la segunda mitad del siglo, el precio del pan osciló entre los 2 y los 12 sueldos por kilo, en función de la escasez del trigo por las diferencias climáticas; una entrada barata en el Théâtre Français costaba 1 libra; en la Ópera, 2 libras y 8 sueldos. El famoso médico Tronchin, muy relacionado con Voltaire y Rousseau, cobraba por consulta 1 luis. Un tazón de café en un puesto callejero costaba 2 sueldos. Un ejemplar del *Emilio* de Rousseau se vendió a 18 libras antes de su prohibición.

Para vivir con ciertas comodidades en París se necesitaban de 3.000 a 4.000 libras al año; si se vivía entre lujos, la cantidad mínima ascendía a 15.000 libras. Un obrero de París ganaba al año de 300 a 500 libras, cantidades entre las que también oscilaba la congrua de un cura. Un ayuda de cámara ganaba 120 libras, que ascendían a 180 en caso de que supiera hacer peinados; una doncella, o camarera de casa aristocrática, de 50 a 60 libras; un profesor de la Sorbona, 1.900 libras. Las ganancias de los obispos oscilaban entre las 40.000 y las 100.000 libras. Como

director de la *Enciclopedia*, Diderot cobró a partir de 1759, por los últimos siete volúmenes, 25.000 libras, a una media de 3.000 a 4.000 libras al año, cifra que irrita a Voltaire cuando se entera por una carta de Grimm: «¿Es cierto que por esta obra inmensa y doce años de trabajo Diderot recibirá 25.000 francos, mientras quienes suministran pan a nuestros ejércitos consiguen 20.000 al día?». Si Rousseau vendió sus derechos del *Emilio* por 6.000 libras, Diderot cobró 1.200 por *Les bijoux indiscrets*, cantidad que también cobró Voltaire por *L'Énfant prodigue*. Por último, los ingresos de Voltaire, calculados en sus últimos años, ascendieron aproximadamente a 200.000 libras.

CUENTOS COMPLETOS EN PROSA Y VERSO

El mozo de cuerda tuerto^[12]

Nuestros dos ojos no vuelven mejor nuestra condición; uno nos sirve para ver los bienes, y el otro los males de la vida. Mucha gente tiene la mala costumbre de cerrar el primero, y muy pocos cierran el segundo; por eso hay tanta gente que preferiría estar ciega a ver todo lo que ve. ¡Felices los tuertos que sólo están privados de ese mal ojo que echa a perder todo lo que mira! Mesrur^[13] es un ejemplo.

Habría sido preciso ser ciego para no ver que Mesrur era tuerto. Lo era de nacimiento; pero era un tuerto tan contento con su estado que nunca se le había ocurrido desear otro ojo. No eran los dones de la fortuna los que lo consolaban de los entuertos de la naturaleza, porque era un simple mozo de cuerda^[14] y no tenía más tesoro que sus espaldas; mas era feliz, y demostraba que un ojo de más y una pena de menos contribuyen bien poco a la felicidad. El dinero y el apetito siempre le llegaban en proporción a la tarea que hacía; trabajaba por la mañana, comía y bebía por la tarde, dormía de noche, y miraba todos sus días como otras tantas vidas separadas, de suerte que la preocupación por el futuro nunca le perturbaba el goce del presente. Como podéis ver, era a un tiempo tuerto, mozo de cuerda y filósofo.

Por azar, vio pasar en una brillante carroza a una gran princesa que tenía un ojo más que él, cosa que no le impidió encontrarla muy hermosa, y, como los tuertos sólo difieren del resto de los hombres en que tienen un ojo de menos, se enamoró locamente. Tal vez alguien diga que, cuando uno es mozo de cuerda y tuerto, no hay que enamorarse, sobre todo de una gran princesa, y, lo que es más, de una princesa que tiene dos ojos; convengo en que es muy de temer no agradar; sin embargo, como no hay amor sin esperanza, y como nuestro mozo de cuerda amaba, esperó.

Como tenía más piernas que ojos, y además eran buenas, siguió durante cuatro leguas la carroza de su diosa, de la que tiraban con gran rapidez seis

grandes caballos blancos. En aquel tiempo, la moda entre las damas era viajar sin lacayo ni cochero y guiar ellas mismas: los maridos querían que siempre fuesen solas, para estar más seguros de su virtud, cosa directamente opuesta a la opinión de los moralistas, que dicen que en la soledad no hay virtud.

Mesrur seguía corriendo junto a las ruedas de la carroza, volviendo su ojo bueno hacia la dama, sorprendida de ver a un tuerto con aquella agilidad. Mientras él demostraba así que uno es infatigable porque ama, una bestia salvaje, perseguida por unos cazadores, cruzó el camino real y espantó a los caballos que, con el bocado entre los dientes, arrastraban a la hermosa hacia un precipicio. Su nuevo enamorado, más espantado todavía que ella, aunque ella lo estuviese mucho, cortó los tiros con maravillosa destreza; los seis caballos blancos dieron solos el salto peligroso, y para la dama, que no estaba menos blanca que ellos, todo quedó en susto. «Quien quiera que seáis, le dijo, nunca olvidaré que os debo la vida; pedidme cuanto queráis; cuanto tengo es vuestro. — ¡Ah!, con mayor razón puedo ofrecer os otro tanto, respondió Mesrur; mas, si os lo ofreciera, siempre os ofrecería menos, porque sólo tengo un ojo y vos tenéis dos; pero un ojo que os mira vale más que dos ojos que no ven los vuestros». La dama sonrió, porque las galanterías de un tuerto no dejan de ser galanterías, y las galanterías siempre hacen sonreír. «Querría poder daros otro ojo, le dijo, pero sólo vuestra madre podía haceros ese regalo; pese a todo seguidme». Tras estas palabras, se apea de su carruaje y prosigue el camino a pie; también bajó su perrillo, que caminaba junto a ella ladrando a la extraña figura de su escudero. Hago mal dándole el título de escudero, porque, por más que le ofreció el brazo, nunca quiso la dama aceptarlo so pretexto de que estaba demasiado sucio; y vais a ver que fue víctima de su limpieza. Tenía unos pies muy pequeños, y unos zapatos más pequeños todavía que sus pies, de modo que no estaba ni hecha ni calzada para soportar una larga caminata.

Unos pies bonitos consuelan de tener malas piernas cuando se pasa la vida en una tumbona en medio de un tropel de petimetres; pero ¿para qué sirven unos zapatos bordados de lentejuelas en un camino de piedras donde únicamente puede verlos un mozo de cuerda, y encima un mozo de cuerda que sólo tiene un ojo?

Melinade (ése es el nombre de la dama; mis razones he tenido para no decirlo hasta ahora, porque aún no estaba inventado) avanzaba como podía, maldiciendo a su zapatero, desgarrando sus zapatos, desollándose los pies y haciéndose esguinces a cada paso. Hacia hora y media poco más o menos que caminaba al paso de las grandes damas, es decir, que ya había hecho cerca de un cuarto de legua, cuando cayó rendida de fatiga.

El Mesrur, cuya ayuda había rechazado mientras estaba de pie, dudaba en ofrecérsela por temor a ensuciarla si la tocaba: sabía que no estaba limpio, la dama se lo había dado a entender con suficiente claridad, y la comparación que en el camino había hecho entre él y su amada se lo había demostrado más claramente todavía. Llevaba ella un vestido de un ligero paño de plata, sembrado de guirnaldas de flores, que hacía resplandecer la belleza de su talle; y él, un blusón pardo manchado en mil puntos, agujereado y remendado de suerte que los remiendos estaban al lado de los rotos, y no encima, donde sin embargo habrían estado más en su sitio. Él había comparado sus manos nerviosas y cubiertas de callosidades con dos manitas más blancas y delicadas que los lirios. Había visto, por último, los hermosos cabellos rubios de Melinade, que escapaban a través de un ligero velo de gasa, unos realzados en trenza y otros en rizos; a su lado, él sólo podía poner unas crines negras, erizadas y crespas, que por único adorno sólo tenían un turbante destrozado.

Mientras tanto, Melinade intenta levantarse, mas no tarda en volver a caer, y con tan mala fortuna que lo que enseñó a Mesrur privó a éste de la poca razón que la vista del rostro de la princesa había podido dejarle. Olvidó que era mozo de cuerda, que era tuerto, y únicamente pensó en la distancia que la fortuna había puesto entre Melinade y él; y no recordó siquiera que era un enamorado, porque faltó a la delicadeza que dicen inseparable de todo verdadero amor, y que a veces constituye su encanto y en la mayoría de las ocasiones su hastío; se sirvió de los derechos que a la brutalidad le daba su estado de mozo de cuerda, fue brutal y feliz^[15]. Sin duda la princesa se hallaba entonces desvanecida, o gemía lamentando su destino; pero, como era justa, a buen seguro bendecía al destino según el cual todo infortunio lleva consigo su consuelo.

La noche había extendido sus velos sobre el horizonte y ocultaba con su sombra la verdadera dicha de Mesrur y las presuntas desgracias de Melinade^[16]; Mesrur saboreaba los placeres de los perfectos amantes, y los saboreaba como mozo de cuerda, es decir (para vergüenza de la humanidad) de la forma más perfecta; los desmayos de Melinade la ganaban a cada instante, y a cada instante su amante recuperaba fuerzas. «Poderoso Mahoma, dijo una vez como hombre fuera de sí, pero como mal católico, a mi felicidad sólo le falta que la sienta también quien la causa; mientras estoy en tu paraíso, divino profeta, concédeme otro favor, ser a los ojos de Melinade lo que ella sería a mi ojo si fuera de día». Acabó de rezar, y siguió gozando. La Aurora, siempre demasiado diligente para los amantes, sorprendió a Mesrur y a Melinade en la actitud en que ella misma habría podido ser sorprendida, un momento antes, con Titono^[17]. Mas ¡cuál no sería el asombro de Melinade cuando, al abrir los ojos con los primeros rayos de la aurora, se vio en

un lugar encantado con un joven de noble porte, y de rostro que se parecía al astro cuyo retorno esperaba la tierra! Tenía mejillas de color rosa y labios de coral; sus grandes ojos, tiernos y vivos a un tiempo, expresaban e inspiraban la voluptuosidad; su aljaba de oro, adornada de pedrerías, colgaba de sus hombros, y sólo el placer hacía resonar sus flechas; su larga cabellera, retenida por un lazo de diamantes, flotaba libre sobre sus caderas, y un paño transparente, bordado de perlas, le servía de indumentaria sin ocultar nada de la belleza de su cuerpo. «¿Dónde estoy, y quién sois vos?, exclamó Melinade en el colmo de su sorpresa. — Estáis, respondió él, con el miserable que ha tenido la dicha de salvaros la vida, y que se ha cobrado sobradamente su esfuerzo». Tan asombrada como encantada, Melinade lamentó que la metamorfosis de Mesrur no hubiera empezado antes. Se acerca a un brillante palacio que hería su vista y lee esta inscripción sobre la puerta: «Alejaos, profanos; estas puertas sólo se abrirán para el dueño del anillo^[18]». Mesrur se acerca a su vez para leer la misma inscripción, pero vio otros caracteres y leyó estas palabras: «Llama sin temor». Llamó, y al punto las puertas se abrieron por sí mismas con gran estrépito. Los dos amantes entraron, al son de mil voces y mil instrumentos, en un vestíbulo de mármol de Paros; de allí pasaron a una sala magnífica, donde los aguardaba un delicioso festín desde hacía mil doscientos cincuenta años sin que ninguno de los platos se hubiera enfriado todavía; se sentaron a la mesa, y cada uno fue servido por mil esclavos de la mayor hermosura; la comida estuvo acompañada de conciertos y danzas; y cuando hubo acabado, todos los genios acudieron con el mayor orden, repartidos en diferentes grupos, con atavíos tan magníficos como singulares, a prestar juramento de fidelidad al amo del anillo, y a besar el dedo sagrado de quien lo llevaba.

Había sin embargo en Bagdad un musulmán muy devoto que, como no podía ir a lavarse en la mezquita, se hacía traer el agua de la mezquita a casa a cambio de una pequeña retribución que pagaba al sacerdote. Acababa de hacer la quinta ablución, para disponerse a la quinta plegaria, cuando su criada, joven aturrida muy poco devota, se desembarazó del agua sagrada arrojándola por la ventana. Fue a caer sobre un desgraciado profundamente dormido sobre la esquina de un mojón que le servía de cabecera. Fue inundado y se despertó. Era el pobre Mesrur quien, de regreso de su morada encantada, había perdido en su viaje el anillo de Salomón. Se había quitado sus ricas vestiduras y puesto el blusón; su hermosa aljaba de oro se había trocado en la escalerilla de madera, y, para colmo de desgracia, había perdido uno de sus ojos en el camino. Volvió a recordar entonces que la víspera había bebido gran cantidad de aguardiente que había abotargado sus sentidos y calentado su imaginación. Hasta entonces había apreciado ese licor por gusto; ahora empezó a amarlo por gratitud, y volvió alegremente a su trabajo, muy decidido a gastarse el jornal en comprar los medios

para encontrar de nuevo a su querida Melinade. Cualquiera otro se hubiera afligido por ser un maldito tuerto después de haber tenido dos hermosos ojos, por sufrir el rechazo de las barrenderas de palacio después de haber gozado los favores de una princesa más hermosa que las amadas del califa, y por estar al servicio de todos los burgueses de Bagdad después de haber reinado sobre todos los genios; pero Mesrur no tenía el ojo que ve el lado malo de las cosas.

Cosi-Sancta^[19]

Un pequeño mal por un gran bien

Cuento africano

Es máxima falsamente asentada que no está permitido hacer un mal pequeño del que podría resultar un bien mayor. San Agustín compartía totalmente esta opinión, como es fácil ver por el relato de esta pequeña aventura ocurrida en su diócesis durante el proconsulado de Septimio Acindino, y referida en el libro *La ciudad de Dios*^[20].

Había en Hipona un viejo cura gran inventor de cofradías, confesor de todas las jóvenes del barrio, y que pasaba por ser hombre inspirado por Dios, porque se dedicaba a echar la buenaventura, oficio que ejercía bastante bien.

Cierto día le llevaron una joven llamada Cosi-Sancta: era la criatura más hermosa de la provincia. Tenía un padre y una madre jansenistas que la habían educado en los principios de la más rígida de las virtudes; y de todos los enamorados que había tenido, ni uno siquiera había podido causarle un momento de distracción en sus oraciones. Desde hacía unos días estaba apalabrada a un viejecillo acartonado, llamado Capito, consejero del tribunal de primera instancia de Hipona. Era un hombrecillo desabrido y triste que no carecía de ingenio, pero que era afectado en la conversación, burlón y bastante amigo de las bromas pesadas; celoso además como un veneciano, por nada del mundo habría aceptado mantener amistad con los galanes de su mujer. La joven criatura hacía cuanto podía por amarle, puesto que debía ser su marido; lo intentaba con la mejor fe del mundo y, sin embargo, no lo conseguía.

Fue a consultar al cura para saber si su matrimonio sería feliz. El buen hombre le dijo en tono de profeta: «Hija mía, tu virtud causará muchas desgracias, pero un día serás canonizada por haber hecho tres infidelidades a tu marido».

Semejante oráculo asombró e inquietó cruelmente la inocencia de la hermosa niña. Lloró; pidió que se lo explicaran, creyendo que esas palabras escondían algún sentido místico; mas toda la explicación que le dieron fue que las tres veces no debían entenderse como tres citas con el mismo amante, sino como tres aventuras distintas.

Cosi-Sancta puso entonces el grito en el cielo; llegó a injuriar varias veces al cura, y juró que nunca sería canonizada. Sin embargo lo fue, como vais a ver.

Se casó poco después: la boda fue muy galante; soportó bastante bien todos los aburridos discursos que hubo de sufrir, todos los equívocos sin gracia, todas las groserías bastante mal disfrazadas con que se suele poner en aprieto el pudor de las recién casadas. Bailó de buena gana con algunos jóvenes muy apuestos y guapos, a los que su marido encontraba el peor aspecto del mundo.

Se metió en la cama con el pequeño Capito con cierta repugnancia. Pasó una gran parte de la noche durmiendo, y se despertó muy soñadora. Mas el centro de su sueño no era tanto su marido como un joven, llamado Ribaldos, que se le había metido en la cabeza sin darse cuenta. Aquel joven parecía formado por las manos del Amor: tenía todas sus gracias, su audacia y picardía; era algo indiscreto, mas sólo con las mujeres que lo querían bien: era el niño bonito de Hipona. Había conseguido que todas las mujeres de la ciudad estuviesen peleadas entre sí, y él lo estaba con todos los maridos y todas las madres. De ordinario amaba por atolondramiento y un poco por vanidad; pero a Cosi-Sancta la amó por gusto; y la amó con mayor frenesí porque su conquista era más difícil.

Como hombre avisado, primero se dedicó a agradar al marido. Tenía con él mil miramientos, lo elogiaba por su buena cara y por su ingenio fácil y galano. Le dejaba ganar en el juego y todos los días tenía alguna confianza que hacerle. A Cosi-Sancta le parecía el hombre más amable del mundo. Ya lo amaba más de lo que creía; ni siquiera lo sospechaba, pero su marido lo sospechó por ella. Aunque tuviese todo el amor propio que un hombrecillo puede tener, no dejó de sospechar que las visitas de Ribaldos no eran sólo para él. Rompió con el joven con un mal pretexto, y le prohibió volver por su casa.

Cosi-Sancta se enfadó muchísimo, pero no se atrevió a decirlo; y Ribaldos, más enamorado por las dificultades, pasaba todo el tiempo espiando los momentos de verla. Se disfrazó de monje, de revendedora de artículos de tocador, de titiritero; pero no hizo lo suficiente para triunfar con su amada, e hizo demasiado para no ser reconocido por el marido. Si Cosi-Sancta hubiera estado de acuerdo con su enamorado, habrían tomado las medidas necesarias para que el marido no hubiera podido sospechar nada; mas, como ella luchaba contra su inclinación y no tenía nada que reprocharse, salvaba todo, menos las apariencias, y su marido la creía totalmente culpable.

El hombrecillo, que estaba muy furioso y que imaginaba que su honor

dependía de la fidelidad de su mujer, la ultrajó con crueldad y la castigó por parecer hermosa a los demás. La joven se encontró en la más horrible situación en que una mujer pueda encontrarse: acusada injustamente y maltratada por un marido al que era fiel, y desgarrada por una pasión violenta que trataba de superar.

Creyó que, si su enamorado dejaba de perseguirla, su marido podría dejar de ser injusto, y que sería lo bastante feliz para curarse de un amor que ya no alimentaría nada. Con esta mira, se animó a escribir la siguiente carta a Ribaldos:

Si tenéis virtud, dejad de hacerme desdichada: me amáis y vuestro amor me expone a las sospechas y violencias de un dueño que me he dado para el resto de mi vida. ¡Plegue al cielo que éste sea el único riesgo que deba correr! Por piedad hacia mí, cesad vuestras persecuciones; os conjuro a ello por ese amor mismo que causa vuestra desdicha y la mía, y que nunca podrá haceros feliz.

La pobre Cosi-Sancta no había previsto que una carta tan cariñosa, aunque tan virtuosa, tendría un efecto totalmente contrario al que esperaba. Enardeció más que nunca el corazón de su enamorado, que decidió exponer su vida para ver a su amada.

Capito, que era lo bastante necio para querer estar al tanto de todo, y que tenía buenos espías, fue avisado de que Ribaldos se había disfrazado de fraile carmelita para pedir caridad a su mujer. Se creyó perdido: pensó que el hábito de un carmelita era mucho más peligroso que cualquier otro para el honor de un marido. Apostó criados para zurrar al hermano Ribaldos; lo zurraron mejor de lo que esperaba. Al entrar en la casa, el joven fue recibido por aquellos señores: por más que gritó que era un carmelita muy honesto, y que no se trata así a pobres religiosos, fue molido a golpes, y murió, quince días más tarde, de un golpe que había recibido en la cabeza. Todas las mujeres de la ciudad lo lloraron. Cosi-Sancta no podía consolarse. Hasta el mismo Capito se enfadó, pero por un motivo completamente distinto: porque se encontraba con un buen lío entre manos.

Ribaldos era pariente del procónsul Acindino. Este romano quiso hacer un escarmiento ejemplar de aquel asesinato, y, como en el pasado había tenido algunas disputas con el tribunal de Hipona, no le importó mucho verse obligado a ahorcar a un consejero; y le agradó todavía más que esa suerte recayese en Capito, que era al más vanidoso e insoportable leguleyo del país.

Así pues, Cosi-Sancta había visto asesinar a su enamorado, y estaba a punto

de ver ahorcar a su esposo; y todo, por haber sido virtuosa. Porque, como ya he dicho, si hubiera otorgado sus favores a Ribaldos, el marido habría salido mucho mejor parado.

Así fue como se cumplió la mitad de la predicción del cura. Cosi-Sancta se acordó entonces del oráculo; y temió mucho que se cumpliera el resto. Pero, tras haber reflexionado que no puede vencerse al destino, se abandonó en manos de la Providencia, que la llevó a la meta por los caminos más honestos del mundo.

El procónsul Acindino era hombre más disoluto que voluptuoso; le divertían poco los preliminares, era brutal, familiar, auténtico héroe de guarnición, muy temido en la provincia, y con quien todas las mujeres de Hipona habían tenido algo que ver, aunque sólo fuera para no tenerlo por enemigo.

Hizo venir a su casa a la señora Cosi-Sancta: llegó arrasada en lágrimas; pero eso mismo la volvía más encantadora. «Vuestro marido, señora, le dijo, va a ser colgado, y sólo de vos depende salvarlo. — Daría mi vida por la suya, le dijo la dama. — No es eso lo que se os pide, replicó el procónsul. — Entonces, ¿qué hay que hacer?, dijo ella. — Sólo quiero una de vuestras noches, continuó el procónsul. — No me pertenecen, dijo Cosi-Sancta; ése es un bien que pertenece a mi marido. Daría mi sangre por salvarle; pero no puedo dar mi honor. — ¿Y si vuestro marido consiente?, dijo el procónsul. — Él es el dueño, respondió la dama; cada uno hace con sus bienes lo que quiere. Pero conozco a mi marido, no lo haré; es un hombrecillo testarudo, el más indicado para dejarse colgar antes que permitir que me toquen con la punta del dedo. — Eso ya lo veremos, dijo el juez furioso».

Ordena en el acto traer a su presencia al criminal; le propone ser colgado o ser cornudo: no había duda posible. El hombrecillo, sin embargo, se hizo de rogar. Por fin hizo lo que cualquier otro habría hecho en su situación. Por caridad, su mujer le salvó la vida; y ésta fue la primera de las tres veces.

Ese mismo día su hijo enfermó de una dolencia muy rara, desconocida de todos los médicos de Hipona. Sólo uno conocía remedios contra aquella enfermedad; pero vivía en Áquila, a unas cuantas leguas de Hipona. En esa época, un médico establecido en una ciudad no podía salir de ella para ir a ejercer su profesión en otra. Cosi-Sancta se vio obligada a ir hasta su puerta en Áquila, con un hermano que tenía y al que amaba mucho. En los caminos fue asaltada por bandidos. Al jefe de estos caballeros le pareció muy hermosa; y, cuando estaban a punto de matar a su hermano, se acercó a ella y le dijo que, si se mostraba un poco complaciente, no matarían a su hermano, y que no le costaría nada. La cosa

apremiaba: acababa de salvar la vida a su marido, al que apenas quería; iba a perder a un hermano al que quería mucho; la alarmaba además el peligro que corría su hijo; no había momento que perder. Se encomendó a Dios, e hizo cuanto quisieron; y ésta fue la segunda de las tres veces.

Ese mismo día llegó a Áquila, y se apeó delante de la casa del médico. Era uno de esos médicos de moda en cuya busca envían las mujeres cuando tienen vapores, o cuando no tienen nada. Era el confidente de unas, el amante de otras; un hombre cortés, complaciente, y algo peleado por otra parte con la Facultad, a la que había gastado muy malas pasadas en alguna ocasión.

Cosi-Sancta le expuso la enfermedad de su hijo y le ofreció un sestercio grande. (Debéis saber que un sestercio grande equivale, en moneda francesa, a mil escudos y más^[21]). «No es con esa moneda, señora, con la que pretendo ser pagado, dijo el galante médico. Yo mismo os ofrecería toda mi hacienda si tuvierais el gusto de cobrar las curas que podáis hacer: basta que me curéis del mal que me causáis, y yo devolveré la salud a vuestro hijo».

La propuesta pareció extravagante a la dama, pero el destino la había habituado a las cosas raras. El médico era un obstinado que no quería otro pago por su remedio. Cosi-Sancta no tenía marido que consultar; ¡y corría el riesgo de dejar morir a un hijo al que adoraba, por culpa del socorro más pequeño del mundo que podía darle! Era tan buena madre como buena hermana. Compró el remedio al precio que se quiso; y ésta fue la última de las tres veces.

Volvió a Hipona con su hermano, que no cesaba de agradecerle, durante el camino, el valor con que le había salvado la vida.

Así Cosi-Sancta hizo perecer a su galán y condenar a muerte a su marido por haber sido demasiado prudente; y por haber sido complaciente, conservó la vida de su hermano, de su hijo y de su marido. Pareció lógico que una mujer como ella era muy necesaria en una familia, la canonizaron después de su muerte por haber hecho tanto bien a sus parientes mortificándose, y sobre su tumba grabaron:

Un pequeño mal por un gran bien.

El cabronismo^[22]

Júpiter allá en sus tiempos
Dios del Olimpo sagrado,
tuvo celos de su esposa
y en su venganza fue extraño^[23].
Concibió, pues, de *sí mismo*;
cómo ello fue, no es del caso:
lo que a nuestro cuento importa
es que quedó embarazado.
Tampoco sé cuántos meses
estuvo con su embarazo,
aunque varios aseguran
que fue cosa de *en el acto*.
Y cuando algunos creían
verle un barrigón tan alto,
descargó por el cerebro,
dejando a todos burlados,
una joven primorosa,
de todo el Olimpo pasmo;
y luego que la vio dijo:

«Al menos aquí no hay gato;
ésta es toda, toda mía,
y puedo muy bien jurarlo».

Tan augusto nacimiento
lo supo el pobre Vulcano
a quien la olimpiana corte
por sus males había dado
en matrimonio a la Diosa
de Citeres, Chipre y Pafos.

En un momento al pobrete
se le calientan los cascos
y quiere tener también
del mismo modo otro parto,
para poder algún día
decir *aquí no hubo gato*;
porque pensar que Cupido,
tan hermoso y tan gallardo,
y los bonitos Amores
que a Venus sirven de ornato,
fuesen hijos de un herrero,
era creer en engaños.

Al efecto armó en su casa
una zambra de diablos:
las penas, las aflicciones
su espíritu tenacearon,
y su cerebro los celos
rompieron a martillazos.
A su amable compañera
echó en cara sus encantos,
y la culpó de que todos
la andarán siempre buscando.
En fin, nuestro pobre Dios
se afanó y trabajó tanto,
que el horrible *cabronismo*
por el cerebro echó al cabo.
Éste es el Dios que en París
se mira tan adorado,
maléfico ciertamente,
benéfico en muchos casos,
de los maridos la plaga
y el socorro en lances varios.
Desde el punto en que nació,

contra su padre el bellaco
ensayó toda su fuerza,
y, aunque con novicia mano,
le imprimió sobre la frente
de mancha eterna los rasgos;
es decir, que a su señor
lo hizo el mayor cabronazo.
Apenas le salió el bozo,
de Himeneo fue adversario,
y guerra a muerte sin fin
le declaró. Sin descanso
le ataca en todos lugares
de mil modos disfrazado,
y siempre con buen suceso.
Unas veces con descaro
a su vista se apodera
de sus bienes más sagrados,
y con atroz impudencia
va las casas registrando
por todos sus interiores.
Otras, cual feroz tirano,

el fuego y sangre esparciendo
por do quiera que da un paso,
al horroroso esplendor
de maderos inflamados,
hace alarde de sus robos.
Otras, en fin, a lo santo,
el rostro con inocencia
e hipocresía enmascarado,
se introduce con silencio
en el quieto santuario
del tranquilo y buen esposo
y allí su golpe da a salvo.
Los Celos con su semblante
pálido y amoratado,
y la malvada Malicia
con ojo pérfido y falso,
adonde Amor lo conduce
ellos dirigen sus pasos;
y la Voluptuosidad
lo sigue con pies muy tardos.
En su carcaj lleva tiros

de toda especie y tamaño:
flechas para las crueles,
cuernos para los casados.
Ahora bien, aqúeste Dios,
benevolente o malvado,
merece que se le canten
los oficios y los salmos;
siendo por necesidad,
o precaución, deber santo
que culto y adoración
sin murmurar le rindamos,
porque bien sea uno soltero,
o por desgracia casado,
o bien que uno sea el que pegue,
o al que le peguen el chasco
del Cabronismo, por siempre
el favor es necesario.
¡Oh, tú, Iris bella y hermosa!,
antes de que por contrato
perdieses tu libertad,
e Himeneo fuese tu amo,

jamás invoqué en mi ardor
más que al Amor soberano:
pero ya que de un esposo
al cruel dominio has pasado,
sólo invoco al Cabronismo
y de él mi venganza aguardo,
pues es el único Dios
en quien mi fe he colocado.

El candado^[24]

Gozándome en mi triunfo ya tocaba
del placer el momento suspirado,
y en medio de mi dicha contemplaba
que también tu placer sería colmado;
mas, ah, cuánto esperanza me engañaba:
que un tirano cruel con hierro odiado,
del deleite entredicho el templo había
en pena convirtiendo mi alegría.

Tu octogenario esposo en carcelero
por los rabiosos celos convertido,
vigilante y feroz cual cancerbero,
la llave guarda del dichoso nido.

Disfrute de su ardid; que en tanto quiero,
por consolar mi espíritu abatido,
referirte por quién y qué ventura
se trajo, a humillación tal, la hermosura.

Bien sabes que hubo un tiempo diosa Ceres^[25],
y que ésta una hija tuvo muy hermosa,
morenita y salada, cual tú eres,

aunque no igual a ti en lo escrupulosa.
En su corte, cercada de placeres,
al ciego dios de Amor guardaba ansiosa;
mas otro ciego, que Himeneo es llamado,
sin piedad, como a ti, la trató airado.
De los hados por fuerza irresistible
fue casada esta joven tierna, amable,
con el fiero Plutón, viejo y horrible,
y, cual tu esposo, rico detestable:
del Averno era el Dios duro y terrible;
era celoso avaro y miserable;
mas con toda su astucia y su pericia,
al cabo fue cabrón, y con justicia.
El bello Piritoo, mozo agraciado,
liberal, generoso, complaciente,
fue el felice rival que, afortunado,
de cuernos a Plutón pobló la frente.
¿Cómo, preguntará alguno admirado,
al infierno bajar pudo un viviente?
No sé cómo allá fue; pero él amaba,
y por doquier amor lo encaminaba.

Pero en vano ella quiso en los infiernos
conducir en secreto intriga alguna,
pues que jamás oculto esto de cuernos
por mucho tiempo está en parte ninguna;
del deleite a los dos amantes tiernos
los dejaba gozar grata fortuna,
hasta que por desgracia un día los viera
un diablo espía traidor des la caldera.

A Plutón le refiere de contado
la conducta y amor de Proserpina,
y aun añade que más de un condenado
con ella se consuela a la sordina:
el Dios cornudo al oír lo relatado
se enfurece, pateo, jura, se indigna;
y manda convocar con ronco acento
su senado infernal en el momento.

Las detestables almas congregadas
de aquellos que en el mundo eran cabrones
en sus negros asientos colocadas,
de Plutón aguardaban las razones;
éste les explicó en dos palotadas

la causa de su rabia y desazones,
y, por todos hablando, un florentino
contestó de este modo al Dios cetrino.
«Señor y hermano, la única manera
de vengar esta afrenta que os tocara,
fue siempre la de dar muerte severa
a la esposa que así nos deshonrara;
la vuestra es inmortal y en vano fuera
intentar que su vida se acabara;
mas yo un remedio sé, que si adoptáis,
no es fácil que más cuernos ya tengáis.
»Ponedle un buen candado en el instante
en la parte que da a vuestra consorte,
y la llave guardad muy vigilante,
que esto la obligará a que se reporte;
nunca satisfacer podrá a su amante,
ni usara a su placer de aquel resorte,
pues la hará contentarse en su dolencia
de Vuestra Majestad con la potencia.
»¡Ojalá se me hubiera a mí en la vida
ocurrido un ardid de tanta cuenta,

y mi frente no habría sido vestida
con la odiosa pesada cornamenta!»,
dijo; y por el senado fue aplaudida
proposición que a todos los contenta;
y en el bronce las Parcas con gran tino
de Proserpina esculpen el destino.

Yunques, martillos, fuelles y tenazas
se ponen en el punto en movimiento,
y encendido ya el hierro en las hornazas
el abismo retiembla al golpeamiento.

Tesífone, de aquellas negras plazas
cerrajera de oficio, en el momento
a Plutón entregó el fatal candado
con la mayor finura trabajado.

Éste se lo presenta a Proserpina:
la infelice lo mira tristemente,
y al cerrarle aquel Dios la alma oficina,
sollozó de piedad amargamente.

«¡Oh, mi amable mitad, bella, divina!,
le dijo suspirando tiernamente.
¡Cuánto te compadezco! Pero, amada,

mi frente de este modo está guardada».

He aquí, pues, el origen y aventura

que produjo secreto tan odioso,

diabólico secreto que a hermosura

a yugo sujetara ignominioso:

por el mundo esparcióse con presura;

fue adoptado por todo hombre celoso,

y de su tierna esposa el viejo frío

apagó de este modo el fuego y brío.

Desde entonces en Roma y en Venecia

no hay noble, ni patán, ni comiquillo,

que el honor y virtud de su Lucrecia

no se guarde con llave en el bolsillo.

Tu esposo de viajero útil se precia

y, en Roma habiendo estado el pobrecillo,

el secreto aprendió allí a obligarte

con las veces que él quiera contentarte.

Mas en vano el simplón se lisonjea

de su frente tener puesta a cubierto,

que no hay cosa que a Amor difícil sea,

y él la entrada sabrá buscar al puerto.

Entretanto constante yo te vea,
y nuestra gloria y triunfo será cierto,
que, el corazón la dama habiendo dado,
pronto el resto vendrá sin el candado.

La mula del Papa^[26]

Por el caballero de Saint-Gile

A Jesús el demonio cierto día,
secundum evangelium de Mateo,
cual si fuera un fideo,
a una montaña lo llevó volando^[27],
y desde allí mostrando
le fue muy por extenso
la tierra, que era entonces un llano inmenso.

«¿Ves, le dijo con risa maliciosa,
todos esos imperios y naciones
y esas vastas regiones
en que el romano estado predomina?

— Aunque aquesta colina
mucho más alta fuera,
nada, dijo Jesús, como ahora viera.

»— Ésa, amigo, es tu falta, exclamó el diablo;
pero hablemos de un asunto interesante.

Un tratado importante
contigo quiero hacer, si a ello te avienes.

— Convengo, si no vienes
con malicia a engañarme,
y puedo honradamente en ti fiarme.
»— He aquí lo que propongo; ve si aceptas.
Yo sólo de ese mundo el dueño soy,
y desde Adán hasta hoy
nadie su posesión me ha disputado^[28]:
si a mis pies humillado
me das acatamiento,
te cedo su dominio en el momento».
Cavilando Jesús estuvo un rato
y al fin dijo a Satán: «Con tu licencia,
por más que en apariencia
el trato para mí sea lisonjero,
aceptarlo no quiero;
que aprendí desde chico
que digiere muy mal el que es muy rico».
Poco tiempo después Satán fue a Roma.
Era la edad dichosa en que reunidos
millares de elegidos
se encontraban en ella, y en que el papa

pasaba el frío sin capa,
no sabía andar en coche,
era obispo no más, y buena noche.
Al desván Lucifer fue en derechura
do el santísimo padre residía,
y con franca alegría
le dijo: «De la tierra voy, hermano,
a hacerte soberano».
El papa a estas razones
besó, hincado, a Satán los espolones.
Con respetable aspecto y compostura,
enseguida el demonio a su cliente
le encasquetó en la frente
una triple corona, y así dijo:
«¡Luzbel te la da, hijo!
Si le sirves con celo
de la tierra te hará dueño y del cielo».
Éste el divino origen es, papistas,
que vuestros bienes todos han tenido;
y en recuerdo debido
de haber el papa el espolón besado

a Satanás malvado,
indulgencia ganaba
quien *la mula papal* con fe besaba.
La historia del papazgo así lo dice,
escrita por malditos hugonotes;
mas estos herejotes
apestan a quemado, y no es prudente
creer a aquesta gente;
por mi parte estoy lejos
de escuchar sus verdades y consejos.
Pero en tanto, si algún hombre de gusto
a Roma por capricho visitare,
y estos versos llevare,
le aconsejo los guarde con cuidado,
pues que si no, tostado
será, porque atrevido
tan eternas verdades ha leído.

Sueño de Platón^[29]

Platón soñaba mucho y no se ha soñado menos después^[30]. Había soñado que la naturaleza humana era en otro tiempo doble, y que en castigo a sus culpas fue dividida en macho y hembra.

Había demostrado que sólo puede haber cinco mundos perfectos, porque sólo hay cinco cuerpos regulares en matemáticas. Su *República* fue uno de sus grandes sueños. También había soñado que el dormir nace de la vigilia, y la vigilia del dormir, y que a buen seguro se pierde la vista contemplando un eclipse salvo desde un estanque de agua^[31]. En esa época los sueños daban una gran reputación.

He aquí uno de sus sueños, que no es uno de los menos interesantes. Le pareció que el gran Demiurgo, el eterno geómetra, tras poblar el espacio infinito con innumerables globos, quiso probar la ciencia de los genios que habían sido testigos de sus obras. Dio a cada uno de ellos un trocito de materia para que la dispusiesen, poco más o menos como Fidias y Zeuxis habrían dado a sus discípulos estatuas y cuadros para trabajar en ellos, si es que pueden compararse las cosas pequeñas con las grandes^[32].

A Demogorgón le correspondió en el reparto el trozo de barro que se denomina «la Tierra»; y, tras haberlo dispuesto de la forma en que hoy vemos, pretendía haber hecho una obra maestra. Pensaba que había domeñado la envidia, y esperaba elogios incluso de sus colegas; quedó muy sorprendido cuando lo recibieron con abucheos.

Uno de ellos, muy aficionado a las bromas pesadas, le dijo: «En verdad que habéis trabajado bien; habéis separado vuestro mundo en dos, y habéis puesto un gran espacio de agua entre los dos hemisferios, a fin de que no hubiera comunicación de uno a otro. Se helarán de frío en vuestros dos polos, y se morirán de calor en vuestra línea equinoccial. Habéis creado con mucho tino grandes desiertos de arena, para que los viajeros se mueran en ellos de hambre y de sed. Me satisfacen bastante vuestros corderos, vuestras vacas y vuestras gallinas; pero, francamente, no estoy tan satisfecho con vuestras serpientes y vuestras arañas. Vuestras cebollas y vuestras alcachofas son cosas bonísimas; mas no veo adónde queríais ir a parar cubriendo la Tierra con tantas plantas venenosas, a menos que hayáis tenido el propósito de envenenar a sus habitantes. Me parece además que habéis formado una treintena de especies de monos, muchas más especies de

perros, y sólo cuatro o cinco especies de hombres: cierto que habéis dado a este último animal eso que vos llamáis “la Razón”; pero, en conciencia, esa razón es demasiado ridícula, y se acerca demasiado a la locura. Me parece además que no hacéis gran caso de ese animal bípedo^[33], pues le habéis dado tantos enemigos y tan poca defensa; tantas enfermedades y tan pocos remedios; tantas pasiones y tan poca prudencia. En apariencia, no queréis que haya muchos animales de éstos en la Tierra: porque, sin contar los peligros a que los exponéis, habéis hecho tan bien la cuenta que, un día, la viruela se llevará todos los años regularmente la décima parte de esa especie, y la hermana de esa viruela^[34] envenenará la fuente de la vida en las nueve partes restantes; y, por si no fuera suficiente, habéis dispuesto las cosas de tal modo que la mitad de los supervivientes se dedicará a pleitear, y la otra mitad a matarse; ellos, sin duda, os quedarán muy agradecidos, y vos habréis hecho una obra maestra».

Demogorgón se puso colorado; se daba perfecta cuenta de que en su asunto había mal moral y mal físico; pero sostenía que había mucho más bien que mal. «Criticar es muy fácil, dijo; pero ¿creéis que es fácil hacer un animal que siempre sea razonable, que sea libre y que nunca abuse de su libertad? ¿Creéis que, cuando uno tiene nueve o diez mil plantas para que echen renuevos, resulta fácil impedir que algunas de esas plantas no tengan cualidades nocivas? ¿Imagináis que con cierta cantidad de agua, de arena, de fango y de fuego, se puede tener mar y desierto? Acaba usted, señor burlón, de disponer el planeta de Marte; ahora veremos cómo os las habéis arreglado con vuestras dos grandes franjas, y qué hermoso efecto será el de vuestras noches sin luna; ahora veremos si no hay en vuestras gentes ni locura ni enfermedad^[35]».

En efecto, los genios examinaron Marte y arremetieron duramente contra el burlón. Tampoco fue tratado con indulgencia el grave genio que había amasado Saturno; sus colegas, los fabricantes de Júpiter, de Mercurio y de Venus, también hubieron de soportar reproches.

Se escribieron gruesos volúmenes y folletos; se dijeron frases ingeniosas; se hicieron canciones; se cometieron ridiculeces; las opiniones se agriaron; por fin el eterno Demiurgo impuso silencio a todos: «Habéis hecho cosas buenas y cosas malas, les dijo, porque tenéis mucha inteligencia y porque sois imperfectos; vuestras obras sólo durarán varios centenares de millones de años; luego, como estaréis más instruidos, lo haréis mejor: sólo yo puedo hacer cosas perfectas e inmortales».

Esto es lo que Platón enseñaba a sus discípulos. Cuando hubo terminado de

hablar, uno de ellos le dijo: «Y luego os despertasteis».

Micromegas^[36]

Historia filosófica

Capítulo primero

Viaje de un habitante del mundo
de la estrella Sirio al planeta de Saturno

En uno de esos planetas que giran alrededor de la estrella llamada Sirio había un joven de mucho ingenio a quien tuve el honor de conocer durante el último viaje que hizo a nuestro pequeño hormiguero; se llamaba Micromegas, nombre que conviene mucho a todos los grandes^[37]. Tenía ocho leguas de alto; por ocho leguas entiendo veinticuatro mil pasos geométricos de cinco pies cada uno.

Algunos algebristas, gentes siempre útiles al público, tomarán de inmediato la pluma y llegarán a la conclusión de que si el señor Micromegas, habitante del país de Sirio, tiene de la cabeza a los pies veinticuatro mil pasos, que hacen ciento veinticinco mil pies de rey, y nosotros, ciudadanos de la Tierra, apenas tenemos más de cinco pies, mientras que si nuestro globo tiene nueve mil leguas de perímetro, llegarán a la conclusión, digo, de que es absolutamente necesario que el globo que lo ha producido tenga exactamente veintiún millones seiscientas mil veces más circunferencia que nuestra pequeña Tierra. Nada es más sencillo ni más habitual en la naturaleza. Los Estados de algunos soberanos de Alemania o de Italia, que pueden recorrerse en media hora, no son, comparados con el Imperio de Turquía, de Moscovia o de la China, más que una debilísima imagen de las prodigiosas diferencias que la naturaleza ha puesto en todos los seres.

Por ser la talla de Su Excelencia de la altura que he dicho, todos nuestros escultores y todos nuestros pintores admitirán sin esfuerzo que su cintura puede tener cincuenta mil pies de rey de contorno; lo cual es una bonita proporción.

En cuanto a su inteligencia, es una de las más cultivadas que tenemos; sabe muchas cosas, ha inventado algunas; aún no tenía doscientos cincuenta años y estudiaba, según la costumbre, en el colegio de los jesuitas de su planeta, cuando adivinó, gracias a la fuerza de su inteligencia, más de cincuenta proposiciones de Euclides. Es decir, dieciocho más que Blaise Pascal, quien, después de haber

adivinado treinta y dos por entretenimiento, según dice su hermana^[38], se convirtió luego en un geómetra bastante mediocre y en un pésimo metafísico. Hacia los cuatrocientos cincuenta años, al salir de la infancia, disecó muchos de esos pequeños insectos que no tienen cien pies de diámetro, y que se resisten a los microscopios ordinarios; compuso sobre ello un libro muy curioso, pero que le creó algunos problemas. El muftí de su país, gran quisquilloso y muy ignorante, encontró en su libro proposiciones sospechosas, malsonantes, temerarias, heréticas, que olían a herejía, y lo persiguió con saña; se trataba de saber si la forma sustancial de las pulgas de Sirio era de igual naturaleza que la de los caracoles. Micromegas se defendió con ingenio; puso a las mujeres de su parte; el proceso duró doscientos veinte años. Por último, el muftí hizo condenar el libro por jurisconsultos que no lo habían leído, y el autor recibió la orden de no aparecer por la corte durante ochocientos años^[39].

Muy poco le afligió ser desterrado de una corte que sólo estaba llena de enredos y bajezas. Hizo una canción muy divertida contra el muftí, de la que éste apenas si se preocupó, y se puso a viajar de planeta en planeta para acabar de formarse «el espíritu y el corazón», como suele decirse^[40]. Los que sólo viajan en silla de posta o en berlina se asombrarán sin duda de los carruajes de lujo de allá arriba: porque nosotros, sobre nuestro pequeño montón de barro, no concebimos nada más allá de nuestras costumbres. Nuestro viajero conocía maravillosamente las leyes de la gravitación y todas las fuerzas atractivas y repulsivas. Las utilizaba de manera tan apropiada que, unas veces con la ayuda de un rayo de sol, otras gracias a la comodidad de un cometa, iba de globo en globo, él y los suyos, como un pájaro salta de rama en rama. Recorrió la Vía Láctea en poco tiempo, y me veo obligado a confesar que, a través de las estrellas de que está sembrada, nunca vio ese hermoso cielo empíreo que el ilustre vicario Derham^[41] se jacta de haber visto en el extremo de su antejo. No es que yo pretenda que el señor Derham haya visto mal, ¡Dios me libre! Pero Micromegas estuvo en aquellos lugares, es un buen observador, y no quiero contradecir a nadie. Micromegas, tras haber dado sus buenas vueltas, llegó al globo de Saturno. Por acostumbrado que estuviese a ver cosas nuevas, al principio, contemplando la pequeñez del globo y de sus habitantes, no pudo dejar de sonreír con esa sonrisa de superioridad que a veces se les escapa a los más sabios. Porque, a la postre, Saturno no es apenas más que novecientas veces mayor que la Tierra, y los ciudadanos de ese país son enanos que sólo tienen mil toesas de alto aproximadamente. Al principio se rió un poco de sus gentes, poco más o menos como un músico italiano se echa a reír de la música de Lulli^[42] cuando viene a Francia. Pero como el siriano tenía buen espíritu, pronto comprendió que un ser pensante muy bien puede no ser ridículo por no tener más que seis mil pies de alto. Se familiarizó con los saturnianos, después de haberlos

asombrado. Trabajó estrecha amistad con el secretario de la Academia de Saturno^[43], hombre de mucho ingenio, que en verdad no había inventado nada pero que daba muy buena cuenta de las invenciones de los demás, y hacía pasablemente pequeños versos y grandes cálculos. Para satisfacción de los lectores, referiré aquí una singular conversación que Micromegas tuvo un día con el señor secretario.

Capítulo II

Conversación del habitante de Sirio con el de Saturno

Después de que Su Excelencia se hubiera tumbado, y de que el secretario se hubiese acercado a su rostro, dijo Micromegas: «Hay que admitir que la naturaleza es muy varia. — Sí, dijo el saturniano, la naturaleza es como un parterre cuyas flores... — ¡Ah!, dijo el otro, dejad en paz vuestro parterre. — Es, continuó el secretario, como una asamblea de rubias y morenas cuyas galas... — ¿Y qué me importan a mí vuestras morenas?, dijo el otro. — Entonces es como una galería de retratos cuyos rasgos... — ¡Que no!, dijo el viajero, os repito que la naturaleza es como la naturaleza. ¿Por qué buscarle comparaciones? — Para complaceros, replicó el secretario. — No quiero que me complazcan, respondió el viajero, quiero que me instruyan; empezad primero por decirme cuántos sentidos tienen los hombres de vuestro globo. — Tenemos setenta y dos, dijo el académico, y todos los días nos lamentamos de que son pocos. Nuestra imaginación va más allá de nuestras necesidades; nos parece que con nuestros setenta y dos sentidos, nuestro anillo y nuestras cinco lunas^[44], estamos demasiado limitados; y, a pesar de toda nuestra curiosidad y del número bastante considerable de pasiones que resultan de nuestros setenta y dos sentidos, tenemos todo el tiempo para aburrirnos. — Lo creo, dijo Micromegas, porque en nuestro globo tenemos cerca de mil sentidos, y todavía nos queda no sé qué deseo vago, no sé qué inquietud, que sin cesar nos advierte de que somos poca cosa, y de que hay seres mucho más perfectos. Yo he viajado un poco; he visto mortales muy por encima de nosotros; los he visto muy superiores; pero no he visto ninguno que no tenga más deseos que verdaderas necesidades, y más necesidades que satisfacción. Quizá llegue un día al país en el que no falte nada; pero, hasta el presente, nadie me ha dado noticias positivas de ese país». El saturniano y el siriano se perdieron entonces en largas conjeturas; pero después de muchos razonamientos, muy ingeniosos y muy inciertos, tuvieron que volver a los hechos. «¿Cuánto tiempo vivís?, dijo el siriano. — ¡Ah!, muy poco, replicó el hombrecillo de Saturno. — Todo es igual que entre nosotros, prosiguió el siriano: siempre nos quejamos de lo poco que es. Ha de ser una ley universal de la

naturaleza. — ¡Ay!, dijo el saturniano, nosotros no vivimos más que quinientas grandes revoluciones del Sol. (Esto equivale a quince mil años aproximadamente, contando a nuestro modo). Ya veis que eso es morir en el momento en que se nace; nuestra existencia es un punto, nuestra duración un instante, nuestro globo un átomo. Apenas comienza uno a instruirse un poco cuando la muerte llega antes de que se tenga experiencia. En cuanto a mí, no me atrevo a hacer ningún proyecto; me encuentro como una gota de agua en un océano inmenso. Me avergüenzo, sobre todo ante vos, de la ridícula figura que hago en este mundo».

Micromegas le replicó: «Si no fuerais filósofo, temería afligiros informándoos de que nuestra vida es setecientas veces más larga que la vuestra; pero sabéis de sobra que, cuando hay que rendir el cuerpo a los elementos y reanimar la naturaleza bajo otra forma, eso es lo que se llama morir; cuando ese momento de metamorfosis ha llegado, haber vivido una eternidad, o haber vivido un día, es exactamente lo mismo. He estado en países donde se vive veinte veces más tiempo que en el mío, y he encontrado que también se quejaban por ello. Pero en todas partes hay personas de buen sentido que saben resignarse y dar las gracias al autor de la naturaleza. Él ha derramado sobre este universo una profusión de variedades, con una especie de uniformidad admirable. Por ejemplo, todos los seres pensantes son distintos, y todos se parecen en el fondo por el don del pensamiento y de los deseos. La materia es por doquier extensa, pero en cada globo tiene propiedades distintas. De estas propiedades diversas, ¿cuántas contáis vos en vuestra materia? — Si os referís a esas propiedades, dijo el saturniano, sin las que creemos que este globo no podría subsistir tal cual es, contamos tres centenares, como la extensión, la impenetrabilidad, la movilidad, la gravitación, la divisibilidad, etc. — Aparentemente, replicó el viajero, este pequeño número basta a los propósitos que el Creador tenía sobre vuestra pequeña morada. Admiro en todo su sabiduría; por todas partes veo diferencias, pero también por todas partes proporciones. Vuestro globo es pequeño, vuestros habitantes también lo son; tenéis pocas sensaciones; vuestra materia tiene pocas propiedades: todo esto es obra de la Providencia. Bien examinado, ¿de qué color es vuestro sol? — De un blanco muy amarillento, dijo el saturniano; y cuando dividimos uno de sus rayos, encontramos que contiene siete colores. — Nuestro sol tira a rojo, dijo el siriano, y tenemos treinta y nueve colores primitivos. No hay ningún sol, entre todos aquellos a los que me he acercado, que se parezca, como en vosotros no hay un rostro que no sea diferente de todos los demás».

Después de muchas cuestiones de esta naturaleza, se informó sobre cuántas sustancias esencialmente diferentes contaban en Saturno. Supo que sólo contaban con una treintena, como Dios, el espacio, la materia, los seres extensos que sienten,

los seres extensos que sienten y piensan, los seres pensantes que no tienen extensión, los que se penetran, los que no se penetran, etc. El de Sirio, en cuyo país se contaban trescientas, y que había descubierto tres mil distintas en sus viajes, maravilló al filósofo de Saturno. Por último, tras haberse comunicado uno a otro un poco de lo que sabían y mucho de lo que no sabían, y después de haber razonado durante una revolución del Sol, decidieron hacer juntos un pequeño viaje filosófico.

Capítulo III

Viaje de dos habitantes de Sirio y de Saturno

Nuestros dos filósofos estaban prestos a embarcarse en la atmósfera de Saturno, con una buenísima provisión de instrumentos matemáticos, cuando la amante del saturniano, que recibió esas noticias, llegó llorando para reprochárselo. Era una preciosa morenita que solo medía seiscientos sesenta toesas, pero que compensaba con muchos encantos la pequeñez de su estatura: «¡Ah, cruel!, exclamó, después de haberte soportado mil quinientos años, cuando al fin empezaba a entregarme, cuando apenas he pasado doscientos años entre tus brazos, me abandonas para irte a viajar con un gigante de otro mundo; vete, no eres más que un curioso, nunca has sentido amor; si fueras un verdadero saturniano, serías fiel. ¿Adónde corres? ¿Qué quieres? Nuestras cinco lunas son menos errantes que tú, menos cambiante nuestro anillo. Está decidido, no volveré a querer nunca a nadie». El filósofo la abrazó, lloró con ella, por más filósofo que fuese, y la dama, tras haberse desmayado, fue a consolarse con un petimetre del país.

Mientras tanto, nuestros dos curiosos partieron; saltaron primero sobre el anillo, que encontraron bastante llano, como muy bien lo había adivinado un ilustre habitante de nuestro pequeño globo^[45]; desde allí fueron fácilmente de luna en luna. Un cometa pasaba muy cerca de la última; se lanzaron sobre él con sus criados y sus instrumentos. Cuando hubieron hecho unos ciento cincuenta millones de leguas, toparon con los satélites de Júpiter. Pasaron al propio Júpiter, y en él se quedaron todo un año, durante el que aprendieron bellísimos secretos que estarían actualmente en prensa de no ser por los señores inquisidores, que han encontrado algunas proposiciones algo duras. Pero yo he leído el manuscrito en la biblioteca del ilustre arzobispo de... que me ha dejado ver sus libros con esa generosidad y esa bondad que nunca serán suficientemente alabadas^[46].

Mas volvamos a nuestros viajeros. Al salir de Júpiter atravesaron un espacio de unos cien millones de leguas y bordearon el planeta Marte, que, como se sabe, es cinco veces más pequeño que nuestro pequeño globo; vieron dos lunas que sirven a este planeta, y que han escapado a las miradas de nuestros astrónomos. Sé de sobra que el padre Castel^[47] escribirá, y hasta de forma bastante divertida, contra la existencia de estas dos lunas; pero en este punto me remito a los que razonan por analogía. Estos buenos filósofos saben lo difícil que sería que Marte, que tan lejos está del Sol, se pasara con menos de dos lunas. Sea como fuere, a nuestras gentes les pareció tan pequeño que temieron no encontrar dónde acostarse, y siguieron adelante, como dos viajeros que desprecian una mala taberna de aldea y continúan hasta la ciudad vecina. Pero el siriano y su compañero se arrepintieron pronto. Caminaron mucho tiempo, y no encontraron nada. Por fin columbraron una lucecita: era la Tierra; dio lástima a gentes que venían de Júpiter. Sin embargo, por miedo de arrepentirse por segunda vez, decidieron desembarcar. Pasaron por la cola del cometa y, encontrando una aurora boreal a mano, se metieron en ella y llegaron a tierra por el lado septentrional del mar Báltico el 5 de julio de 1737 del nuevo calendario^[48].

Capítulo IV

Lo que les ocurre sobre el globo de la Tierra

Después de haber descansado algún tiempo, comieron para almorzar dos montañas que sus criados les prepararon bastante bien. Luego quisieron reconocer el pequeño país en el que estaban. Fueron primero de norte a sur. Los pasos ordinarios del siriano y sus gentes eran de unos treinta mil pies de rey; el enano de Saturno los seguía de lejos jadeando; tenía que dar unos doce pasos cuando el otro daba una zancada; figuraos (si es que está permitido hacer tales comparaciones) un perrillo faldero que siguiese a un capitán de guardias del rey de Prusia.

Como estos extranjeros van bastante deprisa, dieron la vuelta al globo en treinta y seis horas; cierto que el Sol, o más bien la Tierra, hace un viaje igual en una jornada; pero hay que pensar que se va mucho más cómodo cuando uno gira sobre su eje que cuando camina sobre los pies. Ya los tenemos, pues, de vuelta al punto del que habían partido, tras haber visto esa charca, casi imperceptible para ellos, que se llama el Mediterráneo, y ese otro pequeño estanque que, con el nombre de Gran Océano, rodea la topera. El enano nunca se había metido más que hasta media pierna, y el otro apenas si se había mojado el talón. Hicieron cuanto

podieron yendo y viniendo por encima y por debajo para tratar de ver si este globo estaba habitado o no. Se agacharon, se tumbaron, tantearon por todas partes; pero al no ser sus ojos y sus manos proporcionados a los pequeños seres que aquí reptan, no recibieron la menor sensación que pudiera hacerles sospechar que nosotros y nuestros cofrades, los demás habitantes de este globo, tenemos el honor de existir.

El enano, que a veces juzgaba algo apresuradamente, decidió al principio que no había nadie sobre la Tierra. Su primera razón era que no había visto a nadie. Micromegas le dio a entender discretamente que aquello era razonar bastante mal. «Porque con vuestros pequeños ojos, le decía, no veis ciertas estrellas de la quinta magnitud que yo percibo con toda claridad; ¿concluís de eso que tales estrellas no existen? — Pues yo he tanteado bien, dijo el enano. — Pero habéis oído mal, respondió el otro. — Pero este globo está tan mal construido, dijo el enano, es tan irregular y de una forma que me parece tan ridícula...; aquí todo me parece estar en el caos; ¿veis esos pequeños riachuelos, ninguno de los cuales corre derecho, esos estanques que no son ni redondos, ni cuadrados, ni ovalados, ni de ninguna forma regular; todos esos pequeños granos puntiagudos de que el globo está erizado, y que me han desollado los pies? (Se refería a las montañas). ¿Observáis, además, la forma de todo este globo, lo chato que es en los polos, cómo gira alrededor del Sol de una forma torpe, de manera que los climas de los polos son necesariamente incultos? En verdad, lo que me hace pensar que aquí no hay nadie es que, en mi opinión, gentes de buen sentido no querrían quedarse en él. — Bueno, dijo Micromegas, quizá no lo habite gente de buen sentido. Aunque, en fin, hay alguna apariencia de que esto no se ha hecho para nada. Aquí todo os parece irregular, decís, porque en Saturno y en Júpiter todo está tirado a cordel. Bueno, quizá por ese mismo motivo haya aquí algo de confusión. ¿No os he dicho que en mis viajes siempre había observado variedad?». El saturniano replicó a todas estas razones. La disputa no habría terminado nunca si, por suerte, al animarse hablando, Micromegas no hubiera roto el hilo de su collar de diamantes. Los diamantes cayeron: eran de preciosos quilates bastante desiguales, los más gordos de los cuales pesaban cuatrocientas libras, y los más pequeños cincuenta. El enano recogió algunos; al acercarlos a sus ojos se dio cuenta de que aquellos diamantes estaban tallados de tal modo que eran excelentes microscopios. Cogió, pues, un pequeño microscopio de ciento sesenta pies de diámetro y lo aplicó a su pupila; y Micromegas eligió uno de dos mil quinientos pies. Eran excelentes; pero al principio no se vio nada con su ayuda: había que acostumbrarse. Por fin, el habitante de Saturno vio algo imperceptible que se movía entre dos aguas en el mar Báltico: era una ballena. La cogió con el dedo meñique con mucha maña y, poniéndola sobre la uña del pulgar, se la mostró al siriano, que se echó a reír por

segunda vez por el exceso de pequeñez que tenían los habitantes de nuestro globo. El saturniano, convencido de que nuestro mundo está habitado, pronto imaginó que sólo lo estaba por ballenas; y como era un gran pensador, quiso adivinar de dónde sacaba un átomo tan pequeño su movimiento, si tenía ideas, voluntad y libertad. Micromegas se vio en muchos aprietos; examinó al animal con mucha paciencia, y el resultado del examen fue que no había forma de creer que allí estuviera alojada un alma. Así pues, los dos viajeros se inclinaban a pensar que no hay espíritu en nuestro habitáculo cuando, con la ayuda del microscopio, vieron que algo mayor que una ballena flotaba sobre el mar Báltico. Se sabe que en esa misma época una nidada de filósofos^[49] regresaba del círculo polar, bajo el cual habían ido a hacer observaciones que a nadie se le habían ocurrido hasta entonces. Las gacetas dirán que su barco se estrelló en las costas de Botnia y que a duras penas consiguieron salvarse; pero en este mundo nunca se sabe lo que esconden los naipes. Voy a contar ingenuamente cómo sucedió todo, sin poner nada de mi parte, lo cual no es pequeño esfuerzo para un historiador.

Capítulo V

Experiencias y razonamientos de los dos viajeros

Micromegas extendió la mano suavemente hacia el lugar en que aparecía el objeto y, adelantando dos dedos y retirándolos por temor a equivocarse, luego abriéndolos y cerrándolos, cogió con mucha habilidad el barco que llevaba a aquellos señores y lo puso también sobre su uña, sin apretarlo mucho por miedo a aplastarlo. «He aquí un animal muy distinto del primero», dijo el enano de Saturno. El siriano puso el pretendido animal en el hueco de su mano. Los pasajeros y las gentes de la tripulación, que se habían creído levantados por un huracán, y que se creían sobre una especie de roca, se ponen todos en movimiento; los marineros cogen toneles de vino, los lanzan sobre la mano de Micromegas y se precipitan tras ellos. Los geómetras cogen sus cuartos de círculo, sus sectores y sus mujeres laponas^[50], y descienden a los dedos del siriano. Tanto hicieron, que este sintió por fin moverse alguna cosa que le hacía cosquillas en los dedos: era un bastón ferrado que se le hundía un pie en el dedo índice; por aquel picoteo juzgó que había salido algo del pequeño animal que sostenía. Pero al principio no sospechó nada más. El microscopio, que apenas permitía distinguir una ballena de un navío, no tenía poder alguno sobre un ser tan imperceptible como los hombres. No pretendo herir aquí la vanidad de nadie, pero me veo obligado a rogar a los importantes que hagan una pequeña observación conmigo: y es que, tomando la

estatura de hombres de unos cinco pies, sobre la tierra no tenemos una figura mayor de la que tendría, sobre una bola de diez pies de diámetro, un animal que fuera poco más o menos la seiscenmilésima parte de una pulgada de altura. Figuraos una sustancia que pudiera contener la Tierra en su mano, y que tuviese órganos proporcionados a los nuestros; y muy bien puede ocurrir que haya un gran número de sustancias de éstas; imaginad ahora, por favor, lo que pueden pensar sobre esas batallas que nos han valido dos aldeas que hay que devolver.

No dudo de que, si algún capitán de los grandes granaderos, lee alguna vez esta obra, elevará en dos grandes pies por lo menos los gorros de su tropa; pero le advierto que no adelantará nada, y que él y los suyos no serán nunca sino infinitamente pequeños.

¡Qué destreza maravillosa no necesitó, pues, nuestro filósofo de Sirio para percibir los átomos de que acabo de hablar! Cuando Leuwenhœek y Hartsoeker^[51] vieron o creyeron ver los primeros la semilla de que estamos formados, no hicieron ni con mucho un descubrimiento tan sorprendente. ¡Qué placer sintió Micromegas viendo removerse aquellas pequeñas máquinas, examinando todas sus vueltas, siguiéndolas en todas sus operaciones! ¡Qué exclamaciones! ¡Con qué alegría puso uno de sus microscopios en las manos de su compañero de viaje! «¡Los veo!, decían ambos a la vez, ¿no los veis que llevan pesos, que se agachan, que se levantan?». Al hablar así, las manos les temblaban por el placer de ver unos objetos tan nuevos y por el temor a perderlos. Pasando de un exceso de desconfianza a un exceso de credulidad, el saturniano creyó percibir que trabajaban en la propagación. «¡Ah!, decía, he pillado a la naturaleza con las manos en la masa^[52]». Pero se equivocaba por las apariencias, cosa que ocurre demasiadas veces, se utilicen o no microscopios.

Capítulo VI

Lo que les pasó con los hombres

Mucho mejor observador que su enano, Micromegas vio con toda claridad que los átomos se hablaban; y se lo hizo observar a su compañero, que, avergonzado de haberse confundido sobre el artículo de la generación, no quiso creer que tales especies pudieran comunicarse ideas. Tenía el don de las lenguas igual que el siriano; no oía hablar a nuestros átomos, y suponía que no hablaban. Además, ¿cómo podían tener aquellos seres imperceptibles los órganos de la voz, y qué tendrían que decir? Para hablar hay que pensar, o algo parecido; pero si

pensaban, entonces tendrían el equivalente de un alma. Ahora bien, atribuir el equivalente de un alma a aquella especie le parecía absurdo. «Pero, dijo el siriano, hace un momento habéis creído que hacían el amor. ¿Creéis acaso que se pueda hacer el amor sin pensar y sin proferir palabra alguna, o al menos sin hacerse entender? ¿Suponéis, además, que sea más difícil producir un argumento que un niño? Por lo que a mí se refiere, tanto lo uno como lo otro me parecen grandes misterios. — No me atrevo ni a creer ni a negar, dijo el enano; ya no tengo opinión. Hay que tratar de examinar estos insectos, luego razonaremos. — Eso está muy bien dicho», replicó Micromegas; y acto seguido sacó un par de tijeras con las que se cortó las uñas, y de un recorte de la uña de su pulgar hizo inmediatamente una especie de gran trompeta parlante a manera de un vasto embudo, cuyo tubo se puso en la oreja. La circunferencia del embudo envolvía el barco y toda la tripulación. La voz más débil entraba en las fibras circulares de la uña, de suerte que, gracias a su habilidad, el filósofo oyó perfectamente desde allá arriba el zumbido de nuestros insectos de aquí abajo. En unas pocas horas consiguió distinguir las palabras, y por fin entender el francés. El enano hizo otro tanto, aunque con más dificultades. El asombro de los viajeros aumentaba a cada instante. Oían a unas polillas hablar con bastante buen sentido: este juego de la naturaleza les parecía inexplicable. No os costará creer que el siriano y su enano ardían de impaciencia por trabar conversación con los átomos; pero temían que su voz de trueno, sobre todo la de Micromegas, ensordeciese a las polillas sin ser entendida. Había que disminuir su fuerza. Se pusieron en la boca una especie de palillos, cuyo extremo muy afilado llegaba a tocar el navío. El siriano tenía al enano sobre sus rodillas, y al navío con la tripulación sobre una uña. Agachaba la cabeza y hablaba en voz baja. Por fin, después de todas estas precauciones y de muchas otras más, comenzó así su discurso:

«Insectos invisibles, que la mano del Creador se ha complacido en dar a la luz en el abismo de lo infinitamente pequeño, yo le agradezco que se haya dignado descubrirme unos secretos que parecían impenetrables. Quizá no se dignarían miraros en mi corte; pero yo no desprecio a nadie, y os ofrezco mi protección».

Si alguna vez hubo alguien sorprendido, fueron las gentes que oyeron tales palabras. No podían adivinar de dónde partían. El capellán del barco recitó las plegarias de los exorcismos, los marineros soltaron juramentos y los filósofos del barco elaboraron un sistema; pero por más sistema que hiciesen, nunca pudieron adivinar quién les hablaba. El enano de Saturno, que tenía la voz más suave que Micromegas, les informó entonces en pocas palabras con qué especies tenían que habérselas. Les contó el viaje de Saturno, les puso al corriente de quién era el señor Micromegas, y, después de haberlos compadecido por ser tan pequeños, les

preguntó si siempre se habían encontrado en aquel miserable estado tan cercano al aniquilamiento, qué hacían en un globo que parecía pertenecer a las ballenas, si eran felices, si se multiplicaban, si tenían un alma, y otras cien preguntas de esa naturaleza.

Un razonador de la pandilla, más osado que los demás y sorprendido de que se dudase de su alma, observó al interlocutor con unas pínulas^[53] apuntadas sobre un cuarto de círculo, hizo dos descansos, y al tercero habló así: «¿Creéis entonces, señor, que, porque vos tengáis mil toesas de la cabeza a los pies, sois un...? — ¡Mil toesas!, exclamó el enano. ¡Justo cielo! ¿Cómo puede saber mi altura? ¡Mil toesas! No se equivoca ni en una pulgada. ¡Cómo! Este átomo me ha medido. Es geómetra, conoce mi tamaño; y yo, que sólo lo veo a través de un microscopio, no conozco todavía el suyo. — Sí, os he medido, dijo el físico, y mediré también a vuestro gran compañero». La proposición fue aceptada; Su Excelencia se tendió a lo largo porque, de haberse mantenido de pie, su cabeza habría quedado muy por encima de las nubes. Nuestros filósofos le plantaron un gran árbol en un lugar que el doctor Swift nombraría^[54], pero que yo me guardaré mucho de llamar por su nombre debido a mi gran respeto por las damas. Luego, mediante una serie de triángulos unidos, concluyeron que lo que veían era, en efecto, un joven de ciento veinte mil pies de rey.

Entonces Micromegas pronunció estas palabras: «Veo más que nunca que no hay que juzgar nada por su tamaño aparente. ¡Oh, Dios, que habéis dado una inteligencia a sustancias que parecen tan despreciables!, lo infinitamente pequeño os cuesta tan poco como lo infinitamente grande; y, si es posible que haya seres más pequeños que éstos, aún pueden tener un espíritu superior a los de esos soberbios animales que he visto en el cielo, cuyo solo pie cubriría el globo del que yo he descendido».

Uno de los filósofos le respondió que con toda seguridad podía creer que hay, en efecto, seres inteligentes mucho más pequeños que el hombre. Le contó, no todo lo que Virgilio dijo de fabuloso sobre las abejas, sino lo que Swammerdam ha descubierto, y lo que Réaumur ha disecado^[55]. Le informó, por último, de que hay animales que son para las abejas lo que las abejas para el hombre, lo que el propio siriano era para aquellos animales tan enormes de los que hablaba, y lo que esos grandes animales son para otras sustancias ante las cuales sólo aparecen como átomos. Poco a poco la conversación se volvió interesante, y Micromegas habló así.

Capítulo VII

Conversación con los hombres

«Oh, átomos inteligentes, en quienes el Ser eterno se ha complacido en manifestar su destreza y poder, sin duda debéis gustar de alegrías muy puras en vuestro globo; porque, teniendo tan poca materia y pareciendo todo espíritu, debéis pasar vuestra vida amando y pensando, que es la verdadera vida de los espíritus. No he visto en ninguna parte la verdadera felicidad, pero sin duda está aquí». A estas palabras, todos los filósofos movieron la cabeza; y uno de ellos, más sincero que los demás, confesó de buena fe que, si se exceptúa un pequeño número de habitantes muy poco considerados, todo el resto es una reunión de locos, de malvados y de infortunados. «Tenemos más materia de la que necesitamos para hacer mucho mal, dijo, si el mal viene de la materia, y demasiado espíritu si el mal viene del espíritu. ¿Sabéis, por ejemplo, que en el momento en que os hablo hay cien mil locos de nuestra especie, cubiertos con sombreros, que matan a otros cien mil animales cubiertos con turbantes^[56], o que son matados por éstos, y que por casi toda la Tierra se hace así desde tiempo inmemorial?». El siriano se estremeció y preguntó cuál podía ser el motivo de esas horribles querellas entre animales tan frágiles: «Se trata, dijo el filósofo, de algunos montones de barro del tamaño de vuestro talón. No es que ninguno de esos millones de hombres que se hacen degollar pretenda un camino sobre esos montones de barro. Sólo se trata de saber si pertenecerá a cierto hombre que se llama Sultán, o a otro que se llama, no sé por qué, César. Ninguno de estos dos ha visto ni verá nunca el pequeño rincón de la tierra de que se trata, y casi ninguno de esos animales que se degüellan mutuamente ha visto nunca al animal por el que se degüellan.

»— ¡Ah, desdichados!, exclamó el siriano indignado, ¿puede concebirse ese exceso de rabia obligada? Me dan ganas de dar tres pasos y aplastar de tres pisadas todo ese hormiguero de asesinos ridículos. — No os toméis la molestia, le respondieron; bastante trabajan ellos en su ruina. Sabed que al cabo de diez años no queda nunca la centésima parte de esos miserables; sabed que, aunque no saquen la espada, el hambre, la fatiga y la intemperancia dominan a casi todos. Además, no es a ellos a quienes hay que castigar, sino a esos bárbaros sedentarios que, desde el fondo de su gabinete, ordenan, mientras hacen su digestión, la matanza de un millón de hombres, y que luego van a dar las gracias solemnemente a Dios».

El viajero se sintió movido a piedad por la pequeña raza humana, en la que descubría tan sorprendentes contrastes. «Puesto que vosotros sois del pequeño

número de sabios, dijo a aquellos señores, y aparentemente no matáis a nadie por dinero, decidme, por favor, ¿en qué os ocupáis? — Disecamos moscas, dijo el filósofo, medimos líneas, reunimos números, estamos de acuerdo en dos o tres puntos que entendemos, y disputamos sobre dos o tres mil que no entendemos». En ese momento al siriano y al saturniano se les ocurrió la fantasía de interrogar a aquellos átomos pensantes para saber las cosas en que estaban de acuerdo.

«¿Qué espacio contáis, dijo, desde la estrella de la Canícula a la gran estrella de Géminis?». Todos respondieron a la vez: «Treinta y dos grados y medio. — ¿Cuánto medís de aquí a la Luna? — Sesenta diámetros y medio de la Tierra en números redondos. — ¿Cuánto pesa vuestro aire?». Creía que iba a pillarlos, pero todos le dijeron que el aire pesa aproximadamente novecientas veces menos que un volumen igual del agua más ligera, y mil novecientas veces menos que el oro de ducado. El pequeño enano de Saturno, asombrado por sus respuestas, estuvo tentado de tomar por brujos a aquellas mismas gentes a las que un cuarto de hora antes había negado un alma.

Finalmente, Micromegas les dijo: «Puesto que sabéis tan bien lo que está fuera de vosotros, sin duda sabréis mejor lo que está dentro. Decidme lo que es vuestra alma, y cómo formáis vuestras ideas». Los filósofos hablaron todos a la vez como antes; pero todos fueron de opiniones diferentes. El más viejo citaba a Aristóteles, el otro pronunciaba el nombre de Descartes, éste el de Malebranche, aquel otro el de Leibniz, otro más el de Locke. Un viejo peripatético dijo en voz alta lleno de confianza: «El alma es una “entelequia”, y una razón por la que tiene el poder de ser lo que es. Es lo que declara expresamente Aristóteles^[57], página 633 de la edición del Louvre: 'Enteleceiaesti, etc.

»—No entiendo demasiado bien el griego, dijo el gigante. — Ni yo tampoco, dijo la polilla filosófica. — Entonces, continuó el siriano, ¿por qué citáis a un tal Aristóteles en griego? — Es que hay que citar lo que no se comprende en absoluto en la lengua que menos se entiende», replicó el sabio.

El cartesiano tomó la palabra y dijo: «El alma es un espíritu puro que recibió en el vientre de su madre todas las ideas metafísicas, y que, al salir de ahí, es obligada a ir a la escuela y aprender de nuevo todo lo que tan bien ha sabido y que ya no sabrá más. — Entonces no merecía la pena, respondió el animal de ocho leguas, que tu alma fuera tan sabia en el vientre de tu madre para ser tan ignorante cuando tuvieses barba en el mentón. — Pero ¿qué entiendes por espíritu? — ¿Qué me preguntáis con eso?, dijo el razonador; no tengo ni idea: se dice que no es la materia. — Pero ¿sabes al menos lo que es la materia? — Muy bien, respondió el

hombre. Por ejemplo, esta piedra es gris y de una forma determinada, tiene tres dimensiones, es pesada y divisible. — Y bien, dijo el siriano, esta cosa que te parece ser divisible, pesada y gris, ¿me dirías lo que es? Ves algunos atributos, pero ¿conoces el fondo de la cosa? — No, dijo el otro. — Entonces no sabes lo que es la materia»^[58].

En este punto, dirigiendo la palabra a otro sabio que tenía en su pulgar, Micromegas le preguntó qué era su alma y qué hacía esa alma. «Nada de nada, respondió el filósofo malebranchista, es Dios quien hace todo por mí; yo veo todo en él, hago todo en él; es él quien hace todo sin que yo intervenga. — Eso supone no ser, continuó el sabio de Sirio. Y tú, amigo mío, le dijo a un leibniziano que allí estaba, ¿qué es tu alma? — Es, respondió el leibniziano, una aguja que señala las horas mientras mi cuerpo da las campanadas; o bien, si preferís, es ella la que da las campanadas mientras mi cuerpo señala la hora; o bien, mi alma es el espejo del universo, y mi cuerpo es el borde del espejo: eso está claro».

Había al lado un pequeño partidario de Locke, y cuando por fin se le dirigió la palabra, dijo: «Yo sé cómo pienso, pero sé que nunca he pensado más que a través de mis sentidos. Que haya sustancias inmateriales e inteligentes, eso no lo dudo; pero que le sea imposible a Dios comunicar el pensamiento a la materia, es lo que dudo mucho. Reverencio al poder eterno; no me corresponde a mí limitarlo: no afirmo nada, me contento con creer que hay más cosas posibles de lo que se piensa».

El animal de Sirio sonrió; no le pareció éste el menos sabio; y el enano de Saturno hubiera abrazado al partidario de Locke de no ser por la extremada desproporción. Pero, por desgracia, estaba allí un pequeño animáculito de bonete cuadrado^[59], que cortó la palabra a todos los animáculitos filósofos; dijo que sabía todo el secreto, que aquello se encontraba en la *Summa* de Santo Tomás; miró de arriba abajo a los dos habitantes celestes; sostuvo que sus personas, sus mundos, sus soles, sus estrellas, todo estaba hecho únicamente para el hombre. A estas palabras, nuestros dos viajeros se inclinaron el uno sobre el otro ahogando una de esas risas inextinguibles que, según Homero, es patrimonio de los dioses; sus hombros y sus vientres iban y venían, y, en estas convulsiones, el barco, que el siriano tenía sobre su uña, cayó en un bolsillo de los calzones del saturniano. Durante mucho tiempo estas dos buenas gentes lo buscaron; por fin encontraron a la tripulación y volvieron a ponerla cuidadosamente en su sitio. El siriano recogió las pequeñas polillas; les habló todavía con gran bondad, aunque en el fondo de su corazón estuviera algo enfadado viendo que los infinitamente pequeños tenían un orgullo casi infinitamente grande. Les prometió hacerles un hermoso libro de

filosofía, escrito muy detalladamente para su uso, y que en ese libro verían el propósito de las cosas. Y en efecto, antes de su partida les dio ese volumen: lo llevaron a París, a la Academia de Ciencias; pero cuando el secretario lo hubo abierto, lo único que vio fue sólo un libro completamente blanco^[60]: «¡Ah!, dijo, me lo estaba temiendo».

Así va el mundo^[61]

Visión de Babuc, escrita por él mismo

Capítulo primero

Entre los genios que presiden los imperios del mundo, Ituriel ocupa uno de los primeros rangos, y rige el departamento de la Alta Asia. Una mañana descendió a la morada del escita Babuc^[62], a orillas del Oxo, y le dijo: «Babuc, las locuras y excesos de los persas han provocado nuestra cólera; ayer se celebró una asamblea de genios de la Alta Asia para saber si habíamos de castigar a Persépolis o si habíamos de destruirla. Ve a esa ciudad, examínalo todo; volverás para darme fiel cuenta de todo ello y, por tu informe, me decidiré a corregir la ciudad o a exterminarla. — Pero, señor, dijo humildemente Babuc, nunca he estado en Persia, no conozco allí a nadie. — Mejor, dijo el ángel, así no serás parcial; del cielo has recibido el discernimiento, y yo le añado el don de inspirar confianza; ve, mira, escucha, observa y no temas nada; en todas partes serás bien recibido».

Babuc montó en su camello y partió con sus sirvientes. Al cabo de algunas jornadas encontró en las llanuras de Senaar^[63] al ejército persa que iba a pelear contra el ejército indio. Se dirigió primero a un soldado que encontró apartado. Le habló, y le preguntó el motivo de la guerra. «Por todos los dioses, dijo el soldado, de eso nada sé. No es cosa mía; mi oficio es matar y que me maten para ganarme la vida; no importa a quién sirvo. Incluso mañana mismo podría pasarme al campamento de los indios, porque se dice que dan a sus soldados casi medio dracma diario más de cobre de lo que nos dan en este maldito servicio de Persia. Si queréis saber por qué se pelea, hablad con mi capitán».

Después de hacer un pequeño regalo al soldado, Babuc entró en el campamento. Pronto entabló relación con el capitán y le preguntó el motivo de la guerra: «¿Cómo queréis que lo sepa?, dijo el capitán. ¿Y qué me importa a mí el motivo? Vivo a doscientas leguas de Persépolis, oigo decir que se ha declarado la guerra y al punto abandono mi familia y voy en busca, según nuestra costumbre, de la fortuna o de la muerte, dado que no tengo nada que hacer. — Y vuestros camaradas, dice Babuc, ¿no saben algo más que vos? — No, dijo el oficial, únicamente nuestros principales sátrapas saben con precisión por qué nos degollamos».

Asombrado, Babuc se llegó hasta los generales y se ganó su confianza. Uno de ellos terminó diciéndole: «La causa de esta guerra que asola Asia desde hace veinte años deriva, en su origen, de una disputa entre un eunuco de una de las mujeres del gran rey de Persia y un empleado de una oficina del gran rey de las Indias. Discutieron por un impuesto que equivalía poco más o menos a la trigésima parte de un dáríco. El primer ministro de las Indias y el nuestro sostuvieron dignamente los derechos de sus amos. La disputa se enconó. De uno y otro lado se puso en campaña un ejército de un millón de soldados. Todos los años hay que aumentar la leva de ese ejército con más de cuatrocientos mil hombres. Se multiplican las carnicerías, los incendios, las ruinas, las devastaciones; el mundo sufre y el encarnizamiento sigue. Nuestro primer ministro y el de los indios afirman con frecuencia que sólo se mueven por la felicidad del género humano; y a cada afirmación siempre hay varias ciudades destruidas y algunas provincias devastadas».

Al día siguiente, cuando corrió el rumor de que iba a concluirse la paz, el general persa y el general indio se dieron prisa a celebrar una batalla: fue sangrienta. Babuc vio todos sus crímenes y todas sus abominaciones; fue testigo de las maniobras de los principales sátrapas, que hicieron cuanto estuvo en su mano para que su jefe saliera derrotado. Vio oficiales muertos por sus propias tropas; vio soldados que acababan de degollar a sus camaradas moribundos para arrancarles unos pocos andrajos llenos de sangre, desgarrados y cubiertos de fango. Entró en los hospitales adonde trasladaban a los heridos, que en su mayoría espiraban por la negligencia inhumana de los mismos a quienes el rey de Persia pagaba precios altísimos para que los socorriesen. «¿Son hombres éstos, exclamó Babuc, o bestias feroces? ¡Ay!, de sobra veo que Persépolis será destruida».

Preocupado con esta idea, pasó al campamento de los indios, donde fue tan bien recibido como en el de los persas, según lo que le había sido anunciado; mas allí vio los mismos excesos que le habían llenado de horror. «¡Ah, ah!, se dijo para sus adentros, si el ángel Ituriel quiere exterminar a los persas, también deberá destruir a los indios el ángel de las Indias». Tras informarse luego con más detalle de lo que había ocurrido en uno y otro ejército, tuvo conocimiento de acciones de generosidad, de grandeza de alma y de humanidad que lo asombraron y dejaron encantado. «Inexplicables humanos, exclamó, ¿cómo podéis reunir tanta bajeza y tanta grandeza, tanta virtud y tanto crimen?».

Entretanto, se declaró la paz. Sin haber conseguido la victoria ninguno de los dos, los jefes de ambos ejércitos, que sólo por propio interés habían hecho derramar la sangre de tantos hombres, semejantes suyos, se fueron a solicitar

recompensas a sus respectivas cortes. Se celebró la paz en escritos públicos que no anunciaban más que la vuelta de la virtud y de la felicidad a la tierra. «¡Loado sea Dios!, dijo Babuc; Persépolis será la morada de la inocencia más pura; no será destruida, como querían esos infames genios; corramos sin demora a esa capital del Asia».

Capítulo II

Llegó a esa ciudad inmensa por la antigua entrada^[64], que era completamente bárbara y cuya repugnante rusticidad ofendía a la vista. Toda aquella parte de la ciudad se resentía del tiempo en que había sido construida; porque, pese a la terquedad de los hombres en alabar lo antiguo a expensas de lo moderno, hemos de confesar que los primeros intentos siempre son bastos en todo.

Babuc se mezcló al gentío de un pueblo compuesto por todo lo que de más sucio y más feo había en ambos sexos. Con aire embrutecido, aquella muchedumbre corría hacia un recinto vasto y sombrío. Por el continuo zumbido, por el movimiento que observó, por el dinero que algunas personas daban a otras para tener derecho a sentarse, creyó estar en un mercado donde se vendían sillas de paja; pero muy pronto, viendo que varias mujeres se ponían de rodillas fingiendo mirar fijamente hacia adelante y mirando a los hombres de soslayo, se dio cuenta de que estaba en un templo. Unas voces agrias, roncadas, salvajes y discordantes hacían resonar la bóveda con sonidos mal articulados que producían el mismo efecto que los gruñidos de los onagros cuando en las llanuras de los pictavos^[65] responden a la corneta que los llama. Se tapaba las orejas, mas pronto quiso taparse también los ojos y la nariz cuando vio entrar en aquel templo a unos obreros con picos y palas. Removieron una ancha losa y arrojaron a derecha e izquierda una tierra que despedía un hedor apestoso; luego, vinieron a depositar un muerto en aquella fosa, y de nuevo colocaron la piedra encima^[66].

«¡Vaya!, exclamó Babuc, estos pueblos entierran a sus muertos en los mismos sitios donde adoran a la Divinidad. ¡Vaya! ¡Sus templos están empedrados de cadáveres! Ya no me extrañan esas enfermedades pestilentes que afligen a menudo a Persépolis. La podredumbre de los muertos, y la de tantos vivos juntos y hacinados en el mismo lugar, es capaz de envenenar el globo terrestre. ¡Ah, qué ciudad tan infame es Persépolis! Sin duda los ángeles quieren destruirla para edificar otra más bella y poblarla de habitantes menos sucios y que canten mejor. La Providencia puede tener sus razones; dejémosla actuar».

Capítulo III

Mientras tanto, el sol se acercaba desde lo alto de su carrera. Babuc debía ir a comer al otro extremo de la ciudad, a casa de una dama para la cual su marido, oficial del ejército, le había dado unas cartas. Antes dio varias vueltas por Persépolis; vio otros templos mejor edificados y mejor adornados, concurridos por gente más selecta, en los que resonaba una música armoniosa; vio fuentes públicas que, aunque mal situadas, sorprendían la vista por su belleza^[67]; y plazas donde parecían respirar en bronce los mejores reyes que habían gobernado Persia; en otras plazas oía al pueblo exclamar: «¿Cuándo veremos aquí al dueño que amamos?». Admiró los magníficos puentes elevados sobre el río, los soberbios y cómodos muelles, los palacios construidos a derecha e izquierda, una casa inmensa donde millares de viejos soldados heridos y vencedores todos los días daban gracias al Dios de los ejércitos^[68]. Finalmente, entró en casa de la dama que lo esperaba para comer en compañía de varias personas de calidad. La mansión estaba limpia y llena de adornos, la comida era deliciosa, la dama joven, bella, ingeniosa y atractiva, y sus acompañantes dignos de ella; y en todo momento Babuc se decía a sí mismo: «El ángel Ituriel se burla del mundo cuando quiere destruir una ciudad tan encantadora».

Capítulo IV

Sin embargo, advirtió que la dama, que había empezado por pedirle amorosamente noticias de su marido, hablaba más amorosamente todavía, al final de la comida, con un joven mago^[69]. Vio a un magistrado que, en presencia de su mujer, acariciaba sin disimulo a una viuda, mientras esta viuda indulgente pasaba una mano por el hombro del magistrado y tendía la otra a un joven ciudadano muy guapo y muy modesto. La mujer del magistrado fue la primera en levantarse de la mesa para ir a un gabinete cercano y allí hablar con su director espiritual, que se había retrasado y al que habían esperado para comer; y el director espiritual, hombre elocuente, habló con ella en aquel gabinete con tanta vehemencia y unción que, cuando regresó, la dama tenía los ojos húmedos, las mejillas encendidas, el paso poco seguro y la voz temblorosa.

Entonces Babuc empezó a temer que tuviese razón el genio Ituriel. El don que poseía de granjearse la confianza le hizo conocer ese mismo día los secretos de la dama, que le confesó su inclinación por el joven mago y le aseguró que, en todas las casas de Persépolis, encontraría lo mismo que había visto en la suya. Babuc llegó a la conclusión de que una sociedad así no podía subsistir; de que los celos, la

discordia y la venganza debían llevar la aflicción a todos los hogares; de que las lágrimas y la sangre debían correr a diario; de que a buen seguro los maridos matarían a los galanes de sus mujeres, o serían muertos por ellos; y, por último, de que Ituriel hacía muy bien destruyendo de una vez una ciudad entregada a continuos desórdenes.

Capítulo V

Se hallaba sumido en estas funestas ideas cuando en la puerta se presentó un hombre grave, envuelto en una capa negra, que humildemente pidió hablar con el joven magistrado. Sin levantarse, sin mirarlo siquiera, éste le entregó con altivez y aire distraído unos papeles y lo despidió. Babuc preguntó quién era aquel hombre. La dueña de la casa le dijo en voz muy baja: «Es uno de los mejores abogados de la ciudad; hace cincuenta años que estudia las leyes. Este otro señor, que sólo tiene veinticinco años y que es sátrapa de ley^[70] desde hace dos días, le encarga el extracto de un proceso que debe juzgar y que todavía no ha examinado. — Este joven atolondrado obra con prudencia, dijo Babuc, pidiendo consejo a un anciano; pero ¿por qué no es este viejo el juez? — ¿Estáis de broma?, le dijeron. Los que han echado canas en puestos laboriosos y subalternos nunca terminan alcanzando las dignidades. Este joven tiene un gran cargo porque su padre es rico, y porque el derecho a hacer justicia se compra como un cortijo. — ¡Oh, costumbres! ¡Oh, desventurada ciudad!, exclamó Babuc. ¡He ahí el colmo del desorden! Quienes así han comprado el derecho a juzgar venden sin duda sus juicios; aquí no veo más que abismos de iniquidad».

Cuando de esta suerte subrayaba su dolor y su sorpresa, un joven guerrero, que había vuelto del ejército ese mismo día, le dijo: «¿Por qué no queréis que se compren los empleos de la toga? Yo mismo he comprado el derecho a enfrentarme a la muerte al frente de los dos mil hombres que mando; este año me ha costado cuarenta mil dáricos de oro el derecho a dormir sobre el suelo treinta noches seguidas en casaca roja, y recibir luego dos buenas heridas de flecha de las que todavía me resiento. Si me arruino por servir al emperador persa, a quien nunca he visto, bien puede el señor sátrapa togado pagar algo por tener el placer de dar audiencia a los litigantes». Indignado, Babuc no pudo dejar de condenar dentro de su corazón a un país donde se subastaban las dignidades de la paz y de la guerra; con cierta ligereza llegó a la conclusión de que debían ignorarse por completo la guerra y las leyes, y que, en caso de que Ituriel no exterminase aquellos pueblos, ellos perecerían por sí mismos debido a su detestable administración.

Su mala opinión aumentó incluso con la llegada de un hombre gordo que, tras saludar con gran familiaridad a todos los reunidos, se acercó al joven oficial y le dijo: «Sólo puedo prestaros cincuenta mil dáricos de oro porque, en realidad, las aduanas del imperio no me han producido este año más que trescientos mil». Babuc se informó sobre quién era aquel hombre que se quejaba de ganar tan poco; supo que en Persépolis había cuarenta reyes plebeyos^[71] que tenían en arriendo el imperio de Persia, y que pagaban al monarca algo de esa renta.

Capítulo VI

Después de comer se fue a uno de los templos más espléndidos de la ciudad; se sentó en medio de una muchedumbre de mujeres y hombres que habían ido allí a pasar el rato. En una máquina elevada apareció un mago que habló mucho tiempo del vicio y la virtud. Aquel mago dividió en varias partes lo que no tenía ninguna necesidad de ser dividido; probó metódicamente todo lo que estaba claro y enseñó todo lo que ya se sabía. Se apasionó fríamente y terminó sudando a mares y sin resuello. Entonces toda la gente se despertó y creyó haber asistido a una clase. Babuc dijo: «He ahí un hombre que ha hecho cuanto ha podido para aburrir a doscientos o trescientos conciudadanos suyos; mas su intención era buena, y no hay motivo en ello para destruir Persépolis».

Al salir de aquella asamblea lo llevaron a ver una fiesta pública que se daba todos los días del año; era en una especie de basílica, al fondo de la cual se veía un palacio. Las más bellas ciudadanas de Persépolis y los más importantes sátrapas, colocados ordenadamente, formaban un espectáculo tan bello que al principio Babuc creyó que se trataba de la fiesta. Dos o tres personas que parecían reyes y reinas aparecieron al punto en el vestíbulo de aquel palacio; su lenguaje era muy distinto del lenguaje del pueblo; era mesurado, armonioso y sublime. Nadie dormía, todos escuchaban en un profundo silencio que sólo interrumpían los testimonios de la sensibilidad y la admiración pública. El deber de los reyes, el amor a la virtud y los peligros de las pasiones se expresaban con rasgos tan vivos y tan conmovedores que Babuc se echó a llorar. No tuvo duda alguna de que aquellos héroes y aquellas heroínas, aquellos reyes y aquellas reinas a los que acababa de oír, eran los predicadores del imperio; y decidió incluso convencer a Ituriel para que se llegara a escucharlos, seguro de que semejante espectáculo había de reconciliarlo para siempre con la ciudad.

Cuando esa fiesta hubo terminado, quiso ver a la principal reina, que había declamado en aquel bello palacio una moral tan noble y tan pura; se hizo presentar

a Su Majestad; lo llevaron por una escalerita al segundo piso, a un aposento mal amueblado, donde encontró una mujer mal vestida que le dijo con aire noble y patético: «Este oficio no me da para vivir; uno de los príncipes que habéis visto me ha hecho un hijo; pronto daré a luz; no tengo dinero, y sin dinero no se da a luz». Babuc le dio cien dáricos de oro diciendo: «Si no hubiera cosas peores en la ciudad, mal haría Ituriel en enfadarse tanto».

De allí fue a pasar la velada a casa de unos mercaderes de magnificencias inútiles. Lo llevó un hombre inteligente con el que había trabado conocimiento: compró las cosas que halló de su gusto, y se las vendieron amablemente por mucho más de lo que valían. De vuelta a casa, su amigo le hizo ver que lo habían engañado. Babuc anotó en sus tablillas el nombre del mercader, para que el día del castigo de la ciudad Ituriel pudiera señalarlo. Cuando estaba escribiendo, llamaron a su puerta: era el mercader en persona que venía a devolverle la bolsa, olvidada por Babuc encima de su mostrador. «¿Cómo es posible, exclamó Babuc, que seáis tan fiel y generoso después de haber tenido la desvergüenza de venderme las baratijas cuatro veces más caras de lo que valen?

»— No hay comerciante algo conocido en la ciudad, le respondió el mercader, que no hubiera venido a devolveros vuestra bolsa; pero os han engañado al deciros que os había vendido lo que habéis comprado en mi tienda a un precio cuatro veces mayor de lo que vale: os lo he vendido a un precio diez veces mayor, y esto es tan verdad que, si dentro de un mes queréis revenderlas, no obtendréis siquiera esa décima parte. Pero no hay nada más justo: es la fantasía de los hombres la que pone precio a estas cosas frívolas; es esa fantasía la que permite vivir a cien obreros a los que doy trabajo, es ella la que me consigue una hermosa casa, un coche cómodo, caballos, y es ella la que anima la industria, la que mantiene el buen gusto, la circulación y la abundancia. Vendo a las naciones vecinas las mismas bagatelas a precio mucho más caro que a vos, y de esta forma soy útil al imperio». Después de meditar un rato, Babuc tachó al mercader de sus tablillas.

Capítulo VII

Sin saber ya qué debía pensar de Persépolis, Babuc decidió visitar a los magos y a los eruditos, porque unos estudian la sabiduría, y los otros la religión; y se jactó de que éstos obtendrían gracia por el resto del pueblo. A la mañana siguiente se trasladó a un colegio de magos. El archimandrita le confesó que tenía cien mil escudos de renta por haber hecho voto de pobreza, y que ejercía un poder

muy amplio en virtud de su voto de humildad; tras lo cual dejó a Babuc en manos de un lego que le hizo los honores.

Mientras aquel lego le mostraba las magnificencias de aquella casa de penitencia, se difundió el rumor de que había ido para reformar todas aquellas casas. Al punto recibió memoriales de cada una de ellas; y, en sustancia, todos aquellos memoriales decían lo mismo: «Conservadnos a nosotros y destruid a todos los demás». De dar crédito a sus apologías, todas aquellas sociedades eran necesarias. De prestar oídos a sus acusaciones recíprocas, todas merecían ser aniquiladas. Se admiraba Babuc de no encontrar ninguna que, para dar ejemplo al universo, no quisiera dominarlo. En eso se presentó un hombrecillo que era un semimago y que le dijo: «Veo que la gran obra va a realizarse, porque Zerdust ha vuelto a la tierra; las niñas profetizan, aplicándose tenazas al rojo vivo por delante y haciéndose dar latigazos por detrás^[72]. Por eso solicitamos vuestra protección contra el Gran Lama. — ¿Cómo?, dijo Babuc, ¿contra ese pontífice-rey que vive en el Tibet? — Contra ese mismo. — ¿Le habéis declarado la guerra y reclutáis ejércitos contra él? — No, pero dice que el hombre es libre, y nosotros no lo creemos; escribimos contra él unos libritos que él no lee; apenas ha oído hablar de nosotros, pero nos ha hecho condenar del mismo modo que un amo ordena matar las orugas de los árboles de sus huertos». Babuc quedó pasmado ante la locura de aquellos hombres que hacían profesión de sabiduría, ante las intrigas de quienes habían renunciado al mundo, ante la ambición y la codicia orgullosa de quienes enseñaban la humildad y el desinterés, llegando a la conclusión de que Ituriel tenía buenas razones para destruir toda aquella ralea.

Capítulo VIII

Una vez retirado a su casa, envió en busca de libros nuevos para templar su pena e invitó a cenar a varios eruditos para entretenerse. Vinieron dos veces más de los que había invitado, como avispa atraídas por la miel. Aquellos parásitos se afanaban en comer y en hablar; elogiaban a dos clases de personas: a los muertos y a sí mismos, nunca a sus contemporáneos, salvo al dueño de la casa. Si alguno decía una frase ingeniosa, los demás bajaban los ojos y se mordían el labio de rabia por no haberla dicho ellos. Tenían menos disimulo que los magos, porque los objetos de su ambición no eran tan grandes. Cada uno de ellos pretendía un puesto de criado y una reputación de hombre de calidad; se decían a la cara cosas insultantes, que tomaban por rasgos de ingenio. Tenían algún conocimiento de la misión de Babuc. Uno de ellos le rogó en voz baja exterminar a un autor que, hacía cinco años, no le había dedicado suficientes elogios. Otro pidió la perdición de un

ciudadano que nunca se había reído con sus comedias. Un tercero solicitó la extinción de la Academia, porque nunca había conseguido ser admitido en ella. Acabada la cena, cada cual se fue solo por su lado, porque en toda aquella tropa no había dos personas que pudieran soportarse, ni hablarse siquiera, salvo en casa de los ricos que los sentaban a su mesa. Babuc consideró que no sería muy grande la pérdida cuando toda aquella chusma pereciera en la destrucción general.

Capítulo IX

Tras librarse de ellos, se puso a leer algunos libros nuevos. Reconoció en sus páginas el ingenio de sus invitados. Vio con indignación, sobre todo, aquellas gacetillas de la maledicencia, aquellos archivos del mal gusto dictados por la envidia, la bajeza y el hambre; aquellas cobardes sátiras donde se respetaba al buitre y se despedazaba a la paloma; aquellas novelas faltas de imaginación donde se ven tantos retratos de mujeres que el autor no conoce.

Arrojó al fuego todos aquellos escritos detestables y salió por la tarde para ir de paseo. Le presentaron a un viejo literato que no había ido a engrosar el número de sus parásitos. Aquel literato rehuía siempre las muchedumbres, conocía a los hombres, hacía uso de ese conocimiento y se comunicaba con discreción. Babuc le habló dolorido de cuanto había leído y visto.

«Habéis leído cosas muy despreciables, le dijo el sabio literato; pero en todo tiempo, y en todo país, y en todo género, lo malo abunda y lo bueno escasea. Habéis recibido en vuestra casa a la hez de la pedantería, porque en todas las profesiones lo más indigno de mostrarse es siempre lo que se presenta con mayor impudor. Los verdaderos sabios viven, entre sí, retirados y tranquilos; todavía hay entre nosotros hombres y libros dignos de vuestra atención». Mientras así hablaba se les unió otro literato; sus palabras fueron tan agradables e instructivas, se elevaban tanto por encima de los prejuicios y eran tan conformes con la virtud que Babuc confesó no haber oído nunca nada parecido. «He aquí unos hombres, se decía en voz baja, a quienes el ángel Ituriel no se atreverá a tocar; en caso contrario sería muy despiadado».

Reconciliado con los literatos, no por ello seguía menos enojado con el resto de la nación. «Sois extranjero, le dijo el hombre juicioso que le hablaba; los abusos se presentan a vuestros ojos en tropel, y el bien, que está escondido y que en ocasiones deriva de esos abusos mismos, se os escapa». Entonces supo que entre los literatos había algunos que no eran envidiosos, y que entre los magos mismos

los había llenos de virtud. En última instancia comprendió que esos grandes colectivos, que parecían preparar, con sus enfrentamientos, su ruina común, eran en el fondo instituciones saludables; que cada sociedad de magos suponía un freno para sus rivales; que, si estos émulos diferían en algunas opiniones, todos enseñaban la misma moral, que instruían al pueblo y vivían sometidos a las leyes, como preceptores que vigilan al hijo de la casa mientras el amo los vigila a ellos. Trató a varios, y encontró almas celestiales. Supo incluso que entre los locos que pretendían declarar la guerra al Gran Lama había habido grandísimos hombres. Sospechó, por último, que bien podría ocurrir con las costumbres de Persépolis como con los edificios: unos le habían parecido dignos de lástima, y otros lo habían embelesado de admiración.

Capítulo X

Le dijo a su literato: «Sé de sobra que esos magos a los que tan peligrosos había creído son en realidad muy útiles, sobre todo cuando un gobierno prudente les impide volverse demasiado necesarios; pero al menos me concederéis que vuestros jóvenes magistrados, que compran un cargo de juez en cuanto han aprendido a montar a caballo, deben ostentar en los tribunales la más ridícula de las impertinencias y la más perversa de las iniquidades; más valdría, sin duda, conceder esas plazas de forma gratuita a esos viejos jurisconsultos que han pasado toda su vida sopesando los pros y los contras».

El literato le contestó: «Habéis visto nuestro ejército antes de llegar a Persépolis; y sabéis que nuestros jóvenes oficiales se baten muy bien, aunque hayan comprado sus cargos; tal vez veáis que nuestros jóvenes magistrados no juzgan mal, aunque hayan pagado para juzgar».

Al día siguiente lo llevó al tribunal supremo, donde debía pronunciarse una importante sentencia. Todo el mundo conocía la causa. Todos aquellos viejos abogados que hablaban de ella se mostraban vacilantes en sus opiniones: alegaban cien leyes, aunque ninguna podía aplicarse al fondo de la cuestión; miraban el asunto por cien lados, aunque ninguno venía al caso; los jueces resolvieron mucho más deprisa que los abogados. Su juicio fue casi unánime; juzgaron bien porque seguían las luces de la razón, mientras que los otros habían opinado mal porque sólo habían consultado sus libros.

Babuc llegó a la conclusión de que a menudo había cosas buenísimas en los abusos. Ese mismo día vio que las riquezas de los financieros, que tanto lo habían

sublevado, podían producir un efecto excelente; porque, teniendo el rey necesidad de dinero, en una hora lo encontró gracias a ellos, cosa que no habría conseguido en seis meses por las vías ordinarias; comprendió que aquellos gruesos nubarrones, henchidos del rocío de la tierra, le devolvían en forma de lluvia cuanto de él recibían. Además, los hijos de aquellos advenedizos, mejor educados a menudo que los de las familias más antiguas, valían a veces mucho más, porque nada impide ser buen juez, valiente guerrero o hábil estadista cuando se ha tenido un buen previsor por padre.

Capítulo XI

Sin darse cuenta, Babuc perdonaba la avidez del financiero, que en el fondo no es más ávido que el resto de los hombres, y que es necesario. Disculpaba la locura de arruinarse por juzgar y por luchar, locura que produce grandes magistrados y héroes. Perdonaba la envidia de los literatos, entre los que había hombres que esclarecían al mundo; se reconciliaba con los magos ambiciosos e intrigantes, entre los que había más dotados de grandes virtudes que de pequeños vicios; pero le quedaban no pocas quejas, sobre todo contra las zalamerías de las damas, y la desolación que debía ser su secuela lo llenaba de inquietud y espanto.

Como pretendía examinar todas las condiciones humanas, se hizo guiar al despacho de un ministro; pero de camino seguía temiendo que alguna mujer fuera asesinada en su presencia por el marido. Una vez llegado al despacho del hombre de Estado, permaneció dos horas en la antecámara sin ser anunciado, y dos horas más después de haberlo sido. Durante ese tiempo se juraba que recomendaría a los cuidados del ángel Ituriel tanto al ministro como a sus insolentes ujieres. La antecámara estaba llena de damas de toda condición, de magos de todos los colores, de jueces, comerciantes, oficiales y pedantes; todos se quejaban del ministro. El avaro y el usurero decían: «Es evidente que este hombre expolia las provincias»; el caprichoso le reprochaba ser extravagante; el sensual decía: «Sólo piensa en sus placeres»; el intrigante se jactaba de que ya lo veía perdido por las intrigas de una cábala; las mujeres esperaban que pronto les nombrasen a un ministro más joven.

Babuc oía sus palabras y no pudo dejar de decir: «¡Qué hombre tan feliz! Tiene a todos sus enemigos en la antecámara y aplasta con su poder a cuantos lo envidian; ve a sus pies a cuantos lo detestan». Al fin entró: vio a un viejecito encorvado bajo el peso de los años y de los problemas, pero todavía vivaz y lleno de inteligencia^[73].

Babuc le agradó, y a Babuc el ministro le pareció hombre amable. La conversación se volvió interesante. El ministro le confesó que era un hombre muy desgraciado, que pasaba por rico cuando era pobre, que le creían todopoderoso cuando siempre le llevaban la contraria, que había hecho favores sólo a ingratos y que, durante un trabajo continuado de cuarenta años, apenas había tenido un momento de consuelo. Babuc quedó conmovido y pensó que si aquel hombre había cometido yerros, y si el ángel Ituriel quería castigarlo, no era menester exterminarlo; bastaba con dejarle seguir en su puesto.

Capítulo XII

Mientras estaba hablando con el ministro, entra bruscamente la hermosa dama en cuya casa había cenado Babuc. En sus ojos y sobre su frente se veían los síntomas del dolor y la rabia. La mujer estalló en reproches contra el hombre de Estado, lloró, se quejó amargamente de que habían negado a su marido un cargo al que su cuna le permitía aspirar y que sus servicios y heridas merecían; se expresó con tanta energía, puso tanta gracia en sus quejas, destruyó las objeciones con tanta habilidad e hizo valer con tanta elocuencia sus razones que no salió del aposento sin haber obtenido la fortuna de su esposo.

Babuc le dio la mano. «¿Es posible, señora, le dice, que os hayáis tomado tanto trabajo por un hombre al que no amáis y del que tanto tenéis que temer? — ¿Un hombre al que no amo?, exclamó ella. Sabed que mi marido es el mejor amigo que tengo en el mundo, que no hay nada que yo no sacrificaría por él, salvo mi amante, y que él haría cualquier cosa por mí, salvo dejar a su querida. Quiero presentárosla: es una mujer encantadora, muy inteligente y con el mejor carácter del mundo; esta noche cenamos juntas con mi marido y mi pequeño mago; ¿por qué no venís a compartir nuestra alegría?».

La dama llevó a Babuc a su casa. El marido, que por fin había llegado sumido en el dolor, volvió a ver a su mujer con transportes de alegría y gratitud; abrazaba uno tras otro a su mujer, a su amante, al pequeño mago y a Babuc. La unión, la alegría, el ingenio y los donaires fueron el alma de aquella cena: «Habéis de saber, le dijo la hermosa dama en cuya casa cenaba, que aquéllas a quienes a veces se tacha de mujeres deshonestas casi siempre tienen el mérito de un hombre muy honesto; y para que os convenzáis, venid mañana a comer conmigo a casa de la hermosa Teone^[74]. Algunas viejas vestales la critican, pero ella hace más el bien que todas las demás juntas. No cometería la menor injusticia por el más grande de los intereses; únicamente da a su amante consejos generosos, y sólo se preocupa de

su gloria; y él se ruborizaría ante ella si dejara escapar una ocasión de hacer el bien, porque nada anima mejor las acciones virtuosas que tener por testigo y juez de la conducta propia a una amada cuya estima se quiere merecer».

No faltó Babuc a la cita. Vio una casa en la que reinaban todos los placeres; y sobre ellos reinaba Teone, que sabía hablar a cada uno su lenguaje. Su ingenio natural dejaba explayarse el de los demás; agradaba casi sin quererlo, era tan amable como benefactora, y muy hermosa, aumentando así el valor de todas sus bellas cualidades.

Por más escita y por más mensajero de un genio que Babuc fuese, se dio cuenta de que, si se quedaba más tiempo en Persépolis, Teone le haría olvidarse de Ituriel. Iba tomando cariño a la ciudad, cuyos habitantes eran corteses, amables y bienhechores, aunque ligeros, maledicentes y vanidosos. Temía que Persépolis fuese condenada; temía incluso el informe que debía escribir.

Y la forma en que se las arregló para hacer ese informe fue la siguiente: encargó al mejor fundidor de la ciudad una pequeña estatua hecha de todos los metales, las tierras y las piedras más preciosas y más viles; se la llevó a Ituriel: «¿Romperéis esta hermosa estatuilla, le dijo, porque no toda es de oro y diamantes?». Ituriel comprendió la alusión y decidió no intentar siquiera corregir a Persépolis, y dejar que el mundo siguiera tal «como va». Porque, «si no todo está bien, todo es pasable»^[75]. Así pues, se dejó que Persépolis subsistiera; y a Babuc no se le ocurrió quejarse, al contrario que Jonás, que se enfadó porque Nínive no fue destruida. Y es que, cuando uno ha pasado tres días dentro de una ballena, no está de tan buen humor como cuando ha estado en la ópera y en el teatro, y ha cenado en buena compañía.

Zadig, o el Destino^[76]

Historia oriental

Aprobación

Yo, el abajo firmante, que me he hecho pasar por sabio, e incluso por hombre de ingenio, he leído este manuscrito que, a pesar mío, me ha parecido curioso, entretenido, moral, filosófico y digno de agradar incluso a quienes odian las novelas. Por eso lo he prohibido, y he asegurado al señor Cadí-Lesquier^[77] que es una obra detestable.

EPÍSTOLA DEDICATORIA
A LA SULTANA SHERAA^[78]

por Sadi

18 del mes de Escaballo,
del año 837 de la hégira

Encanto de las niñas de los ojos, tormento de los corazones, luz del espíritu, no beso el polvo de vuestros pies porque apenas andáis, o porque andáis sobre alfombras de Irán o sobre rosas. Os ofrezco la traducción de un libro de un antiguo sabio que, teniendo la fortuna de no tener nada que hacer, tuvo la de divertirse escribiendo la historia de *Zadig*, obra que dice más de lo que parece decir. Os ruego que la leáis y juzguéis: porque, aunque estéis en la primavera de vuestra vida, aunque todos los placeres vayan en vuestra busca, aunque seáis bella y vuestros talentos aumenten vuestra belleza, aunque seáis alabada desde el crepúsculo al alba, y por todos estos motivos tengáis derecho a no tener sentido común, sin embargo poseéis una inteligencia muy sabia y el gusto muy fino, y os he oído razonar mejor que a viejos derviches de larga barba y puntiagudo bonete. Sois discreta y nada recelosa, sois dulce sin ser débil, sois bienhechora con discernimiento, amáis a vuestros amigos y no os hacéis enemigos. Vuestro ingenio nunca se adorna con las pullas de la maledicencia; no habláis mal ni hacéis el mal, pese a la prodigiosa facilidad que tendríais para ello. Por último, vuestra alma siempre me ha parecido pura como vuestra belleza. Tenéis incluso un pequeño fondo de filosofía que me ha hecho pensar que gustaríais más de esta obra de un

sabio que de cualquier otra.

Fue escrita primero en antiguo caldeo, que ni vos ni yo entendemos. Se tradujo al árabe para divertir al célebre sultán Ulug-Beg. Era en la época en que los árabes y los persas empezaban a escribir *Las mil y una noches*, *Los mil y un días*, etc. A Ulug le gustaba la lectura de *Zadig*; pero las sultanas preferían *Los mil y un días*. «¿Cómo podéis preferir cuentos irracionales y que nada significan?, les decía el sabio Ulug. — Precisamente por eso nos gustan, respondían las sultanas».

Me agrada que no os parezcáis a ellas y que seáis un verdadero Ulug. Espero incluso que, cuando estéis harta de las conversaciones generales, que se parecen bastante a *Los mil y un días*, salvo en que son menos divertidas, pueda yo encontrar un minuto para tener el honor de hablaros razonablemente. Si hubierais sido Talestris en la época de Scander, hijo de Filipo^[79]; si hubieseis sido la reina de Saba de la época de Solimán, hubieran sido esos reyes quienes habrían hecho el viaje.

Ruego a las virtudes celestes que vuestros placeres sean puros, vuestra belleza duradera, y vuestra dicha infinita.

Sadi

Capítulo primero

El tuerto

En tiempos del rey Moabdar había en Babilonia un joven llamado Zadig, nacido con un buen carácter fortalecido por la educación. Aunque rico y joven, sabía moderar sus pasiones; no era amigo de apariencias; no quería tener razón siempre y sabía respetar la debilidad de los hombres. Resultaba sorprendente ver que, aunque sobrado de ingenio, nunca insultaba a los demás burlándose con esas palabras tan vagas, tan necias y tan tumultuosas, con esas maledicencias temerarias, con esas decisiones ignorantes, con esas chocarrerías groseras, con ese vano ruido de palabras que en Babilonia recibía el nombre de *conversación*. En el libro primero de Zoroastro^[80] había aprendido que el amor propio es un globo hinchado de viento, del que salen tempestades cuando lo pinchan. Y sobre todo, Zadig no se vanagloriaba de despreciar a las mujeres ni de seducirlas. Era generoso, no temía complacer a los desagradecidos, siguiendo ese gran precepto de Zoroastro: «Cuando comas, da de comer a los perros, aunque hayan de morderte». Era todo lo sabio que se puede ser, porque trataba de vivir con sabios. Instruido en las ciencias de los antiguos caldeos, no ignoraba los principios físicos

de la naturaleza tal como entonces se conocían, y sabía de la metafísica lo que se ha sabido en todas las épocas, es decir muy poca cosa. Estaba firmemente convencido de que el año era de trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, a despecho de la nueva filosofía de su tiempo, y de que el sol estaba en el centro del mundo; y cuando los principales magos le decían, con una altivez insultante, que tenía malos sentimientos, y que era ser enemigo del Estado creer que el sol giraba sobre sí mismo y que el año tenía doce meses, él callaba sin enojo ni desprecio.

Zadig, con grandes riquezas y por consiguiente con amigos, con buena salud, una figura adorable, una inteligencia justa y moderada, un corazón sincero y noble, creyó que podía ser feliz. Debía casarse con Semira^[81], a quien su belleza, su cuna y su fortuna convertían en el primer partido de Babilonia. Sentía por ella una atracción sólida y virtuosa, y Semira lo amaba con pasión. Se acercaba el afortunado instante que iba a unirlos cuando, paseando juntos en dirección a una puerta de Babilonia, bajo las palmeras que ornaban la ribera del Éufrates, vieron venir hacia ellos unos hombres armados con alfanjes y flechas. Eran los secuaces del joven Orcán^[82], sobrino de un ministro, a quien los cortesanos de su tío habían hecho creer que todo le estaba permitido. No poseía ninguna de las prendas ni virtudes de Zadig; pero creyendo valer mucho más, estaba desesperado por no ser el preferido. Esos celos, que sólo su vanidad había engendrado, le hicieron creer que amaba desesperadamente a Semira. Quería raptarla. Los secuestradores se apoderaron de ella y en el arrebato de su violencia la hirieron e hicieron correr la sangre de una persona cuya vista habría enternecido a los tigres del monte Imao^[83]. Ella rasgaba el cielo con sus lamentos. Exclamaba: «¡Mi querido esposo! ¡Me arrancan de los brazos de quien adoro!». No estaba preocupada por su propio peligro, sólo pensaba en su querido Zadig. Al mismo tiempo, éste la defendía con toda la fuerza que prestan el valor y el amor. Ayudado sólo por dos esclavos, puso a los raptos en fuga y llevó a su casa a Semira desvanecida y ensangrentada, la cual, al abrir los ojos, vio a su salvador. Le dijo: «¡Oh, Zadig!, os amaba como a mi esposo, ahora os amo como a aquel a quien debo el honor y la vida». Nunca hubo un corazón más hondamente enamorado que el de Semira. Jamás boca más encantadora expresó sentimientos más conmovedores con esas palabras de fuego que inspiran la gratitud por el mayor de los beneficios y el transporte más tierno del amor más legítimo. Su herida era leve y curó pronto. Zadig estaba herido de la mayor gravedad: un flechazo recibido junto al ojo le había hecho una llaga profunda. Semira no pedía a los dioses otra cosa que la curación de su amado. Sus ojos estaban día y noche bañados de lágrimas: esperaba el momento en que los de Zadig pudieran gozar de sus miradas; mas un absceso formado en el ojo herido hizo temer lo peor. Enviaron hasta Menfis en busca del gran médico Hermes^[84], que llegó con un numeroso cortejo. Visitó al enfermo, y declaró que perdería el ojo;

predijo incluso el día y la hora en que debía ocurrir aquel funesto accidente: «Si hubiera sido el ojo derecho, dijo, lo habría curado; pero las heridas del ojo izquierdo son incurables». Lamentando el destino de Zadig, toda Babilonia admiró la profundidad de la ciencia de Hermes. Dos días después el absceso reventó por sí solo. Zadig quedó perfectamente curado. Hermes escribió un libro en el que probó que no había debido curarse. Zadig no lo leyó; pero, en cuanto pudo salir, se dispuso a visitar a quien constituía la esperanza de la felicidad de su vida y la única para la que deseaba tener ojos. Semira estaba en el campo desde hacía tres días. En camino supo que aquella hermosa dama, tras haber declarado solemnemente que tenía una aversión insuperable a los tuertos, acababa de casarse con Orcán aquella misma noche. Ante esa nueva, cayó desmayado; su dolor le puso al borde de la tumba; estuvo enfermo mucho tiempo, mas al fin la razón prevaleció sobre el dolor, y la atrocidad de su aflicción sirvió incluso para consolarle.

«Puesto que he sufrido, dijo, tan cruel capricho de parte de una joven educada en la corte, debo casarme con una burguesa». Eligió a Azora, la más prudente y mejor nacida de la ciudad; se casó con ella y vivió un mes en medio de las dulzuras de la unión más tierna. Pero observaba en ella cierta ligereza y una inclinación excesiva a creer siempre que los jóvenes más apuestos eran los que tenían más ingenio y virtud.

Capítulo II

La nariz^[85]

Cierto día Azora volvió de un paseo muy furiosa y dando grandes voces. «¿Qué tenéis, querida esposa?, le dijo Zadig. ¿Quién ha podido sacaros así de vuestras casillas? — ¡Ay!, dijo ella, estaríais tan indignado como yo si hubierais visto el espectáculo de que acabo de ser testigo. He estado consolando a la joven viuda Cosrú, que hace dos días levantó una tumba a su joven esposo junto al riachuelo que bordea este prado. En su dolor, prometió a los dioses permanecer junto a la tumba mientras el agua del riachuelo corra a su lado. — Bueno, dijo Zadig, es una mujer estimable, que amaba verdaderamente a su marido. — ¡Ay!, prosiguió Azora, ¡si supierais en qué se ocupaba cuando la he visitado! — ¿En qué, bella Azora? — Estaba desviando el riachuelo». Azora se deshizo en invectivas tan largas y estalló en reproches tan violentos contra la joven viuda que aquella exhibición de virtud desagradó a Zadig.

Tenía éste un amigo llamado Cador, que era uno de aquellos mozos en

quien su mujer veía más probidad y mérito que en los demás: le hizo partícipe de sus intenciones y, mediante un considerable regalo, se aseguró, hasta donde era posible, su fidelidad. Después de pasar dos días en la quinta de una amiga suya, Azora regresó a su casa al tercer día. Llorando, los criados le anunciaron que su marido había muerto súbitamente aquella misma noche, que no se habían atrevido a llevarle la funesta nueva, y que acababan de enterrar a Zadig en la tumba de sus padres, en un extremo del jardín. Ella lloró, se mesó los cabellos y juró que moriría. Por la noche, Cadór le pidió permiso para hablar con ella, y ambos lloraron juntos. Al día siguiente, lloraron menos y comieron juntos. Cadór le confió que su amigo le había dejado la mayor parte de su hacienda, dándole a entender que su mayor dicha sería compartir su fortuna con ella. La dama lloró, se enfadó y se calmó; la cena fue más larga que la comida; hablaron con más confianza, y Azora hizo el elogio del difunto; pero confesó que tenía algunos defectos de los que Cadór estaba libre.

En medio de la cena, Cadór se quejó de un violento dolor de bazo; la dama, inquieta y solícita, mandó traer todas las esencias que utilizaba para perfumarse, a fin de mirar si había alguna que sirviese para el dolor de bazo; lamentó mucho que el gran Hermes no estuviera aún en Babilonia, e incluso se dignó tocar el costado en que Cadór sentía tan vivos dolores. «¿Estáis sujeto a esa cruel enfermedad?, le dijo ella compasiva. — A veces me pone al borde de la tumba, le respondió Cadór, y sólo hay un remedio que me sirva de alivio: aplicarme en el costado la nariz de un hombre que haya muerto la víspera. — ¡Extraño remedio!, dijo Azora. — No más extraño, respondió él, que los saquitos del señor Arnú^[86] contra la apoplejía». Esta razón, unida al grandísimo mérito del joven, acabó por decidir a la dama. «Después de todo, dijo ella, cuando mi marido pase del mundo de ayer al mundo de mañana por el puente Chinavar^[87], ¿dejará el ángel Asrael de permitirle el paso porque su nariz sea algo menos larga en la segunda vida que en la primera?». Así pues, cogió una navaja de afeitar, fue a la tumba de su esposo, la roció con sus lágrimas y se acercó para cortar la nariz de Zadig, a quien encontró tendido en la tumba. Zadig se levanta cogiéndose la nariz con una mano y deteniendo la navaja con la otra. «Señora, le dice, no gritéis tanto contra la joven Cosrú; vuestro intento de cortarme la nariz es lo mismo que desviar un arroyo».

Capítulo III

El perro y el caballo^[88]

Zadig comprobó, como está escrito en el libro del *Zend*, que el primer mes del matrimonio es la luna de miel, y el segundo la luna de ajeno. Poco tiempo

después se vio obligado a repudiar a Azora, con la que se había vuelto demasiado difícil convivir, y buscó su felicidad en el estudio de la naturaleza. «Nada hay más feliz, decía, que un filósofo que lee en el gran libro que Dios ha puesto bajo nuestros ojos. Las verdades que descubre le pertenecen, alimenta y educa su alma, vive tranquilo, no teme nada de los hombres, y menos todavía que su tierna esposa vaya a cortarle la nariz».

Imbuido de tales ideas, se retiró a una casa de campo a orillas del Éufrates, donde sólo se ocupaba de calcular las pulgadas de agua que corrían en un segundo bajo los ojos de un puente, o si caía una línea cúbica más de lluvia en el mes del ratón que en el mes del carnero. No pensaba hacer seda con telas de araña, ni porcelana con botellas rotas^[89], pero estudió sobre todo las propiedades de los animales y de las plantas, y pronto adquirió una sagacidad que le revelaba mil diferencias donde los demás hombres no ven más que uniformidad.

Un día, paseando junto a un bosquecillo, vio correr hacia él a un eunuco de la reina seguido por varios oficiales que parecían presas de la mayor inquietud, y que iban de acá para allá como hombres angustiados que buscan algo muy precioso que han perdido. «Joven, le dijo el primer eunuco, ¿no habéis visto el perro de la reina?». Zadig respondió con humildad: «Es una perra, y no un perro. — Tenéis razón, continuó el primer eunuco. — Es una podenca muy pequeña, añadió Zadig. Ha tenido cachorros; cojea de la pata delantera izquierda y tiene las orejas muy largas. — ¿La habéis visto?, dijo el primer eunuco totalmente sofocado. — No, respondió Zadig, no la he visto nunca, ni nunca he sabido que la reina tuviera una perra».

Precisamente en ese momento, por una extravagancia ordinaria de la fortuna, el caballo más hermoso de las cuadras del rey acababa de escaparse de las manos de un palafrenero en la vega de Babilonia. El montero mayor y el resto de oficiales corrían tras él con tanta inquietud como el eunuco tras la perra. El montero mayor se dirigió a Zadig y le preguntó si no había visto pasar el caballo del rey. «Es el caballo que mejor galopa, respondió Zadig, tiene cinco pies de alto, los cascos muy pequeños, una cola de tres pies y medio de larga; las copas de su bocado son de oro de veintitrés quilates, y sus herraduras de plata de once dinares. — ¿Qué camino ha tomado? ¿Dónde está?, preguntó el montero mayor. — No lo he visto, respondió Zadig, y nunca he oído hablar de él».

El montero mayor y el primer eunuco no tuvieron ninguna duda de que Zadig había robado el caballo del rey y la perra de la reina; le hicieron llevar ante la asamblea del *desterham*^[90] supremo, que lo condenó al *knut* y a pasar el resto de

sus días en Siberia. Nada más iniciarse el juicio, el caballo y la perra fueron encontrados. Los jueces se vieron en la dolorosa necesidad de reformar su sentencia, pero condenaron a Zadig a pagar cuatrocientas onzas de oro por haber dicho que no había visto lo que había visto. Primero tuvo que pagar la multa; tras lo cual le fue permitido a Zadig defender su causa ante el consejo del *desterham* supremo. Habló en los siguientes términos:

«¡Estrellas de justicia, abismos de ciencia, espejos de verdad, que tenéis la pesadez del plomo, la dureza del hierro, el brillo del diamante y mucha afinidad con el oro! Puesto que se me permite hablar ante esta augusta asamblea, os juro por Orosmán^[91] que nunca he visto a la respetable perra de la reina ni al sagrado caballo del rey de reyes. Lo que me pasó fue lo siguiente: estaba paseando camino del bosquecillo donde luego encontré al venerable eunuco y al ilustrísimo montero mayor. En la arena vi las huellas de un animal, y fácilmente deduje que eran las de un perro pequeño. Unos surcos ligeros y largos, impresos sobre pequeñas eminencias de arena, entre las huellas de las patas, me permitieron saber que se trataba de una perra cuyas tetas colgaban; por lo tanto, había tenido cachorros hacía pocos días. Otras huellas en un sentido diferente, que parecían haber rozado siempre la superficie de la arena junto a las patas delanteras, me informaron que tenía las orejas muy largas; y como observé que la pisada de una pata era menos profunda que la de las otras tres, comprendí que la perra de nuestra augusta reina era, si me atrevo a decirlo, algo coja.

»Respecto al caballo del rey de reyes, habéis de saber que, paseando por los senderos de ese bosque, vi marcas de herraduras de un caballo, todas a la misma distancia. “He ahí un caballo de galope perfecto”, me dije. El polvo de los árboles, en una senda estrecha que no tiene más de siete pies de ancho, se había levantado un poco a derecha e izquierda, hasta una altura de tres pies y medio, del centro de la senda. “Ese caballo tiene una cola de tres pies y medio que, con sus movimientos a derecha e izquierda, ha barrido ese polvo”, me dije. Bajo los árboles, que formaban una bóveda de cinco pies de alto, vi las hojas de las ramas recién caídas, y supe que aquel caballo las había tocado y que, por lo tanto, tenía cinco pies de alto. En cuanto a su bocado, debe ser de oro de veintitrés quilates, porque restregó las copas contra una piedra que reconocí como una piedra de toque, y que me sirvió para hacer la prueba. En fin, por las marcas que sus herraduras dejaron sobre guijarros de otra especie, llegué a la conclusión de que estaba herrado con plata de once dinares de finura».

Todos los jueces quedaron admirados por el profundo y sutil discernimiento de Zadig; la nueva llegó hasta el rey y la reina. En la antecámara, en la cámara y en

el gabinete no se hablaba de otra cosa que de Zadig; y, aunque varios magos opinasen que debían quemarlo por brujo, el rey ordenó que se le devolviese la multa de cuatrocientas onzas de oro a que había sido condenado. El escribano, los ujieres y los procuradores fueron a su casa con gran pompa para devolverle sus cuatrocientas onzas; de ellas sólo se quedaron con trescientos noventa y ocho en concepto de costas judiciales, y los escribanos exigieron sus honorarios.

Viendo Zadig cuán peligroso es a veces ser demasiado sabio, se prometió, en la primera ocasión, no decir nada de lo que había visto.

Esa ocasión no tardó en presentarse. Se escapó un prisionero de Estado que pasó bajo las ventanas de su casa. Interrogaron a Zadig, no respondió nada; pero le probaron que había mirado por la ventana. Por este crimen fue condenado a pagar quinientas onzas de oro, y hubo de dar las gracias a los jueces por su indulgencia, según es costumbre en Babilonia. «¡Gran Dios!, se dijo a sí mismo, ¡cuán desventurado es quien pasea por un bosque por donde han pasado la perra de la reina y el caballo del rey! ¡Y qué peligroso es asomarse a la ventana! ¡Y qué difícil alcanzar la felicidad en esta vida!».

Capítulo IV

El Envidioso

Zadig quiso consolarse con la filosofía y la amistad de los males que le había causado la fortuna. En un barrio de Babilonia poseía una casa adornada con gusto, que reunía todas las artes y todos los placeres dignos de un hombre honesto. Por la mañana, su biblioteca estaba abierta a todos los sabios; por la noche, su mesa lo estaba a gentes de calidad; mas pronto supo cuán peligrosos son los sabios. Se suscitó una gran disputa sobre una ley de Zoroastro que prohíbe comer grifo^[92]. «¿Cómo se puede prohibir el grifo, decían unos, si ese animal no existe? — Es preciso que exista, decían otros, puesto que Zoroastro no quiere que se coma». Zadig quiso ponerlos de acuerdo diciéndoles: «Si hay grifos, no los comamos; si no los hay, los comeremos menos todavía, y con ello todos obedeceremos a Zoroastro».

Un sabio que había escrito trece tomos sobre las propiedades del grifo, y que además era gran teúrgo, se apresuró a denunciar a Zadig ante un archimago llamado Yébor^[93], el más tonto de los caldeos y, por lo tanto, el más fanático. Este hombre habría mandado empalar a Zadig a mayor gloria del sol, y habría recitado el breviario de Zoroastro en el tono más ferviente. El amigo Cador (un amigo vale

más que cien sacerdotes) fue en busca del viejo Yébor, y le dijo: «¡Vivan el sol y los grifos! Guardaos de castigar a Zadig; es un santo; tiene grifos en su corral, y no los come; y su denunciante es un hereje que tiene la audacia de sostener que los conejos tienen la pata hendida y que no son en absoluto inmundos^[94]. — Bueno, dijo Yébor sacudiendo su cabeza calva, hay que empalar a Zadig por haber pensado mal de los grifos, y al otro por haber hablado mal de los conejos». Cador calmó las cosas gracias a una dama de honor a la que había hecho un hijo, y que gozaba de mucho crédito en el colegio de magos. Nadie fue empalado, por lo que muchos doctores murmuraron y presagiaron la decadencia de Babilonia. Zadig exclamó: «¿En qué consiste la felicidad? Todo me persigue en este mundo, hasta seres que no existen». Maldijo a los sabios y en adelante no quiso sino vivir en buena compañía.

Reunía en su casa a las personas más honradas de Babilonia y a las damas más amables; daba cenas delicadas, precedidas a menudo de conciertos y animadas por conversaciones deliciosas de las que había sabido desterrar el afán de mostrar ingenio, que es el modo más seguro de no tenerlo y de echar a perder la reunión más brillante. Ni la elección de sus amigos ni la de los platos estaban hechas por la vanidad; porque, en todo, antes prefería ser que parecer; y con ello se granjeaba la consideración verdadera, que no pretendía.

Frente a su casa vivía Arimaz, personaje cuya malvada alma estaba pintada sobre su grosera fisonomía. Estaba roído de hiel e hinchado de orgullo; y, para colmo, era un ingenio aburrido. Como nunca había podido triunfar en sociedad, se vengaba maldiciendo de ella. Por más rico que fuera, apenas si conseguía reunir en su casa a diez aduladores. El ruido de los carruajes que entraban por la noche en casa de Zadig le importunaba, y el eco de sus alabanzas lo irritaba todavía más. Algunas veces iba a casa de Zadig, y se sentaba a la mesa sin ser invitado; corrompía entonces toda la alegría de la reunión, como dicen que las arpías infectan las viandas que tocan. Hubo un día en que quiso festejar a una dama que, en lugar de aceptar, se fue a cenar a casa de Zadig. Otro día, hablando con él en palacio, abordaron a un ministro que invitó a Zadig a cenar, y no invitó a Arimaz. Los odios más implacables no tienen a menudo fundamentos más importantes. Este hombre, a quien en Babilonia llamaban el Envidioso, quiso perder a Zadig porque lo llamaban el Feliz. La ocasión de hacer el mal se presenta cien veces al día, y la de hacer el bien una vez al año, como dice Zoroastro.

El Envidioso fue a casa de Zadig, que paseaba por sus jardines con dos amigos y una dama, a la que a menudo decía cosas galantes sin otra intención que la de decírselas. La conversación giraba sobre una guerra que el rey acababa de

terminar con éxito frente al príncipe de Hircania, vasallo suyo. Zadig, que había mostrado su valor en aquella breve guerra, alababa mucho al rey, y más todavía a la dama. Cogió sus tablillas y escribió cuatro versos que hizo sobre la marcha y que dio a leer a aquella hermosa persona. Sus amigos le rogaron que les hiciera partícipes de ellos; la modestia, o, mejor, un amor propio bien entendido, se lo impidió. Sabía que unos versos improvisados sólo son buenos para aquella en cuyo honor se han hecho: rompió en dos la hoja de las tablillas sobre la que acababa de escribir y arrojó las dos mitades en un matorral de rosas donde las buscaron inútilmente. Sobrevino una breve lluvia, regresaron a la casa. El Envidioso, que se quedó en el jardín, buscó tanto que encontró un trozo de la hoja. La habían roto de tal forma que cada mitad de verso que llenaba la línea tenía sentido, e incluso un verso de medida menor; y, por un azar más extraño todavía, aquellos pequeños versos formaban un sentido que contenía las injurias más horribles contra el rey. Se leía en ella:

Por los mayores hechos

sobre el trono afirmado,

en la pública paz

es el único enemigo.

El Envidioso fue feliz por primera vez en su vida. Tenía entre las manos algo con que perder a un joven virtuoso y adorable. Lleno de esa cruel alegría, hizo llegar al rey aquella sátira escrita de mano de Zadig: éste fue encarcelado, y también sus dos amigos y la dama. Pronto se le hizo un proceso, sin que se dignaran oírle. Cuando fue a recoger la sentencia, el Envidioso le salió al paso y le dijo en voz alta que sus versos no valían nada. Zadig no se vanagloriaba de ser buen poeta, pero estaba desesperado por ser condenado como criminal de lesa majestad y por ver que se tuviera en prisión a una bella dama y a dos amigos por un crimen que él no había cometido. No se le permitió hablar, porque sus tablillas hablaban. Ésa era la ley de Babilonia. Se le hizo, pues, ir al suplicio atravesando una multitud de curiosos, ninguno de los cuales se atrevía a compadecerle y que corrían para examinar su rostro y para ver si moría con gracia. Sólo sus parientes estaban afligidos, porque no heredaban. Las tres cuartas partes de sus bienes fueron confiscadas en favor del rey, y la otra cuarta parte en favor del Envidioso.

En el tiempo en que se preparaba para la muerte, el loro del rey echó a volar desde su balcón, y se posó en el jardín de Zadig sobre un matorral de rosas. Desde

un árbol vecino, el viento había traído un melocotón que fue a caer sobre un trozo de tablilla de escribir al que había quedado pegado. El pájaro cogió el melocotón y la tablilla, y los depositó sobre las rodillas del monarca. El príncipe, curioso, leyó aquellas palabras que no tenían sentido y que parecían finales de verso. Le gustaba la poesía, y siempre hay recursos con los príncipes que aman los versos: la aventura de su loro le dio que pensar. La reina, que recordaba lo que se había escrito sobre un trozo de la tablilla de Zadig, mandó traerla. Confrontaron los dos trozos, que ajustaban perfectamente; leyeron entonces los versos tal como Zadig los había hecho:

Por los mayores hechos que he visto turbar la tierra,

sobre el trono afirmado, todo el rey sabe dominar.

En la pública paz el amor sólo hace la guerra:

éste el único enemigo es al que hay que temer.

El rey ordenó al punto que hicieran venir a Zadig a su presencia y que sacaran de prisión a sus dos amigos y a la bella dama. Zadig se postró de hinojos a los pies del rey y de la reina; les pidió humildemente perdón por haber hecho malos versos; habló con tanta gracia, ingenio y razón que el rey y la reina quisieron verle de nuevo. Volvió, y agradó más todavía. Le dieron todos los bienes del Envidioso que lo había acusado injustamente; pero Zadig se los devolvió todos, y el Envidioso sólo se emocionó por el placer de no perder su hacienda. La estima del rey por Zadig creció día a día. Le hacía partícipe de todos sus placeres y le consultaba en todos sus asuntos. La reina lo miró desde entonces con una complacencia que podía volverse peligrosa para ella, para el rey, su augusto esposo, para Zadig y para el reino. Zadig empezaba a creer que no es tan difícil ser feliz^[95].

Capítulo V

Los generosos

Llegó el tiempo en que se celebraba una gran fiesta que se daba cada cinco años. La costumbre en Babilonia era elegir solemnemente, cada cinco años, a aquel ciudadano que hubiera realizado la acción más generosa. Los grandes y los magos eran los jueces. El primer sátrapa, encargado del cuidado de la ciudad, exponía las acciones más bellas que habían ocurrido durante su gobierno. Luego se votaba; el

rey pronunciaba el juicio. A esta solemnidad acudían gentes desde los confines de la tierra. El vencedor recibía de manos del monarca una copa de oro guarnecida de pedrerías, y el rey le decía estas palabras: «Recibid este premio a la generosidad y ojalá los dioses me den muchos súbditos que se os parezcan».

Llegado ese día memorable, el rey apareció en su trono, rodeado de los grandes, de los magos y los enviados de todas las naciones que acudían a aquellos juegos en que la gloria se adquiría no por la rapidez de los caballos ni por la fuerza del cuerpo, sino por la virtud. El primer sátrapa refirió en voz alta las acciones que podían merecer a sus autores aquel premio inestimable. No habló de la grandeza de alma con que Zadig había devuelto al Envidioso toda su fortuna: no era una acción que mereciese disputar el premio.

Presentó primero a un juez que, tras haber hecho perder un importante proceso a un ciudadano por un crimen del que no era siquiera responsable, le había dado toda su hacienda, que era el valor de lo que el otro había perdido.

Luego presentó a un joven que, perdidamente enamorado de una doncella a la que iba a desposar, la había cedido a un amigo que estaba a punto de expirar de amor por ella, y que además ya había pagado la dote cuando cedió a la muchacha.

Luego hizo presentarse a un soldado que, en la guerra de Hircania, había dado un ejemplo mayor aún de generosidad. Unos soldados enemigos pretendían raptar a su amada, y él la defendía frente a ellos; fueron a decirle que otros hircanos raptaban a su madre a unos pasos de allí; dejó llorando a su amada y corrió a liberar a su madre; volvió luego hacia aquella a la que amaba, y la encontró moribunda. Quiso matarse: su madre le hizo ver que él era su único socorro, y él tuvo el valor de soportar seguir viviendo.

Los jueces se inclinaban por este soldado. El rey tomó la palabra y dijo: «Su acción y la de los otros son hermosas; pero no me sorprenden; ayer Zadig hizo una que me ha sorprendido. Hace unos días retiré mi favor a mi primer ministro y favorito Coreb. Me quejaba de él lleno de furia, y todos mis cortesanos me aseguraban que yo era demasiado benévolo; no había nadie que no me dijera las peores cosas de Coreb. Pregunté a Zadig lo que pensaba, y se atrevió a hablar bien de él. Confieso que, en nuestras historias, he visto ejemplos que han pagado con su hacienda un error, que han cedido a su amada, que han preferido una madre al objeto de su amor; pero nunca he leído que un cortesano haya hablado ventajosamente de un ministro caído en desgracia, contra quien su soberano estuviera enfurecido. Daré veinte mil piezas de oro a cada uno de aquellos cuyas

generosas acciones acaban de referirse; pero otorgo la copa a Zadig.

»Sire, le dijo éste, sólo Vuestra Majestad merece la copa, es Vuestra Majestad quien ha hecho la acción más inaudita porque, siendo rey, no os habéis enfadado con vuestro esclavo cuando éste contradecía vuestra pasión».

El rey y Zadig fueron admirados. El juez que había entregado su hacienda, el amante que había casado a su amada con su amigo, y el soldado que había preferido la salvación de su madre a la de su amante, recibieron los presentes del monarca y vieron sus nombres escritos en el libro de los generosos. Zadig obtuvo la copa. El rey adquirió la reputación de buen príncipe, que no conservó mucho tiempo. Aquel día fue consagrado por fiestas más largas de lo que la ley marcaba. Todavía se conserva su recuerdo en Asia. Zadig decía: «¡Por fin soy feliz!». Pero se engañaba.

Capítulo VI

El ministro

El rey había perdido a su primer ministro. Escogió a Zadig para ocupar este puesto. Todas las bellas damas de Babilonia aplaudieron la elección, porque desde la fundación del imperio nunca había existido un ministro tan joven. Todos los cortesanos se enfadaron: el Envidioso llegó a escupir sangre por ello, y la nariz se le hinchó prodigiosamente. Después de haber dado las gracias al rey y a la reina, Zadig fue a dárselas también al loro: «Hermoso pájaro, le dijo, vos sois quien me habéis salvado la vida y quien me habéis hecho primer ministro: la perra y el caballo de Sus Majestades me habían hecho mucho daño, pero vos me habéis hecho bien. ¡He ahí de qué dependen los destinos de los hombres! Pero, añadió, una felicidad tan rara quizá se desvanezca pronto». El loro respondió: «Sí». Esta palabra sorprendió a Zadig; sin embargo, como era buen físico y no creía que los loros fuesen profetas, pronto se tranquilizó y se puso a ejercer su ministerio lo mejor que sabía.

Hizo sentir a todo el mundo el poder sagrado de las leyes, y no hizo sentir a nadie el peso de su dignidad. No puso obstáculos a los votos del diván^[96], y cada visir podía tener su propia opinión sin desagradarle. Cuando juzgaba un caso, no era él quien juzgaba, era la ley; pero cuando ésta era demasiado severa, él la templaba; y cuando faltaban leyes, su equidad conseguía que parecieran las del propio Zoroastro.

A él deben las naciones el siguiente gran principio: que vale más arriesgarse a salvar a un culpable que condenar a un inocente. Creía que las leyes estaban hechas para ayudar a los ciudadanos tanto como para intimidarlos. Su principal talento era desenmarañar la verdad, que todos los hombres tratan de oscurecer.

Desde los primeros días de su administración, puso ese gran talento en práctica. Un famoso negociante de Babilonia había muerto en las Indias; había nombrado herederos suyos a sus dos hijos a partes iguales, después de haber casado a su hermana, y dejaba una manda de treinta mil monedas de oro a aquel de sus dos hijos que más le amase a juicio de todos. El mayor le construyó una tumba, el segundo aumentó con una parte de su herencia la dote de su hermana; todos decían: «El mayor es el que más ama a su padre; el menor ama más a su hermana; luego al mayor le pertenecen las treinta mil monedas».

Zadig mandó venir a los dos, uno tras otro. Dijo al mayor: «Vuestro padre no está muerto, ha sanado de su última enfermedad, regresa a Babilonia. — Dios sea loado, respondió el joven, pero ¡qué cara me ha salido la tumba!». Zadig dijo luego lo mismo al menor. «Dios sea loado, respondió, voy a devolver a mi padre cuanto tengo; pero querría que le dejara a mi hermana lo que le he dado. — No devolveréis nada, dijo Zadig, y para vos serán las treinta mil monedas: vos sois quien más amáis a vuestro padre».

Una joven muy rica había dado promesa de matrimonio a dos magos, y, después de haber recibido durante varios meses enseñanzas de uno y otro, se encontró embarazada. Los dos querían casarse con ella. «Tomaré por marido, dijo, a aquel de los dos que me ha puesto en condiciones de dar un ciudadano al imperio. — Yo soy quien ha hecho esa buena obra, dijo el uno. — Yo soy quien ha tenido esa dicha, dijo el otro. — Pues bien, respondió ella, reconoceré por padre del niño a aquél de los dos que pueda darle la mejor educación». Dio a luz un niño. Los dos magos quisieron educarlo. La causa fue llevada ante Zadig. Hace venir a los dos magos: «¿Qué enseñarías a tu pupilo?, le dijo al primero. — Le enseñaría, dijo el doctor, las ocho partes de la oración, la dialéctica, la astrología, la demonomanía, qué es la substancia y qué el accidente, lo abstracto y lo concreto, las mónadas y la armonía preestablecida. — Yo, dijo el segundo, trataré de hacerle justo y digno de tener amigos». Zadig sentenció: «Seas o no su padre, tú te casarás con su madre»^[97].

Capítulo VII

Las disputas y las audiencias

Así fue como todos los días mostraba la sutileza de su genio y la bondad de su alma; se le admiraba, y sin embargo se le amaba. Pasaba por el más afortunado de los hombres, todo el imperio estaba lleno de su nombre, todas las mujeres lo codiciaban, todos los ciudadanos celebraban su justicia; los sabios lo miraban como a su oráculo; e incluso los sacerdotes confesaban que sabía más que el viejo archimago Yébor. Estaban ya muy lejos de hacerle procesos sobre los grifos; no se creía otra cosa sino lo que a él le parecía creíble.

Había en Babilonia una gran disputa que duraba desde hacía mil quinientos años, y que dividía el imperio en dos sectas obstinadas; pretendía la una que nunca había que entrar en el templo de Mitra sino con el pie izquierdo; la otra abominaba de esa costumbre, y nunca entraba sino con el pie derecho. Esperaban el día de la fiesta solemne del fuego sagrado para saber qué secta sería favorecida por Zadig. El universo tenía los ojos puestos sobre sus dos pies, y toda la ciudad estaba agitada y en suspenso. Zadig entró en el templo saltando a pies juntillas, y probó luego, con un elocuente discurso, que el Dios del cielo y de la tierra, que no tiene acepción de persona, no hace más caso de la pierna izquierda que de la pierna derecha.

El Envidioso y su mujer pretendieron que en su discurso no había suficientes figuras, que no había hecho danzar bastante a las montañas y a las colinas. «Es seco y sin genio, decían; en él no se ve ni a la mar huir, ni a las estrellas caer, ni al sol fundirse como la cera; no tiene el buen estilo oriental». Zadig se contentaba con tener el estilo de la razón. Todo el mundo se puso de su parte, no porque estuviese en el buen camino, no porque fuera razonable, no porque fuera amable, sino porque era primer visir.

Con igual éxito puso fin al gran proceso entre los magos blancos y los magos negros. Los blancos sostenían que era una impiedad volverse, en invierno, hacia Oriente para rezar a Dios, mientras los negros aseguraban que Dios sentía horror por las plegarias de los hombres que se volvían hacia el poniente en verano. Zadig ordenó que cada cual se volviese hacia donde quisiera.

De este modo encontró el secreto para solucionar por la mañana los asuntos particulares y los públicos; el resto del día se ocupaba del embellecimiento de

Babilonia; hacía representar tragedias en las que se lloraba, y comedias en las que se reía, cosa que estaba pasada de moda hacía mucho, y que él hizo renacer porque tenía buen gusto. No pretendía saber más que los artistas; les recompensaba con beneficios y distinciones, y no sentía celos en secreto de sus talentos. Por la noche divertía mucho al rey, y sobre todo a la reina. El rey decía: «¡El gran ministro!». La reina decía: «¡El amable ministro!». Y ambos añadían: «¡Qué lástima si lo hubiéramos colgado!».

Jamás hombre alguno en el poder se vio obligado a dar tantas audiencias a las damas. La mayoría venían a hablarle de asuntos que no tenían, para tener uno con él. La mujer del Envidioso se presentó de las primeras; le juró por Mitra, por Zend-Avesta^[98], y por el fuego sagrado, que siempre había detestado la conducta de su marido; le confió luego que aquel marido era un celoso, un hombre brutal; le dio a entender que los dioses lo castigaban negándole los preciosos efectos de ese fuego sagrado por el que sólo el hombre se asemeja a los inmortales; y terminó dejando caer su liga. Zadig la recogió con su cortesía habitual, pero no la ató en la rodilla de la dama; y esta pequeña falta, si es que lo es, fue causa de los infortunios más horribles. Zadig no volvió a pensar en el incidente, y la mujer del Envidioso pensó demasiado.

Otras damas se presentaban todos los días. Los anales secretos de Babilonia pretenden que sucumbió una vez, pero que se asombró mucho por gozar sin voluptuosidad y por besar distraído a su amante. Aquella a la que, casi sin darse cuenta, dio muestras de su protección, era una camarera de la reina Astarté. Aquella tierna babilonia se decía a sí misma para consolarse: «Este hombre ha de tener asuntos prodigiosos en la cabeza, puesto que piensa en ellos incluso cuando hace el amor». En los instantes en que muchas personas no dicen ni palabra, y en que otros sólo pronuncian palabras sagradas, a Zadig se le escapó de pronto un grito: «¡La reina!». La babilonia creyó por fin que había vuelto en sí en buen momento, y que le decía: «¡Mi reina!». Pero Zadig, siempre muy distraído, pronunció el nombre de Astarté. La dama, que en aquellas felices circunstancias interpretaba todo en favor suyo, se imaginó que eso quería decir: «¡Sois más hermosa que la reina Astarté!». Salió del serrallo de Zadig con muy bellos presentes. Fue a contar su aventura a la Envidiosa, íntima amiga suya y que se sintió cruelmente ofendida por la preferencia. «Ni siquiera se dignó atarme esta liga que aquí tengo, y que no volveré a utilizar, dijo. — ¡Oh, oh!, dijo la afortunada a la Envidiosa, ¡lleváis las mismas ligas que la reina! ¿Las compráis en la misma modista?». La Envidiosa hizo profundas cavilaciones, no le respondió nada, y fue a consultar con su marido, el Envidioso.

Sin embargo, Zadig se daba cuenta de que siempre sufría distracciones durante las audiencias que daba y cuando juzgaba; no sabía a qué atribuirlo: era su única pena.

Tuvo un sueño: le parecía que estaba tumbado primero sobre hierbas secas, entre las que había algunas punzantes que lo incomodaban, y que luego descansaba blandamente sobre un lecho de rosas, del que salía una serpiente que lo hería en el corazón con su lengua acerada y envenenada. «¡Ay!, decía, he estado acostado mucho tiempo sobre esas hierbas secas y punzantes, ahora estoy sobre un lecho de rosas; pero ¿qué será la serpiente?».

Capítulo VIII

Los celos

La desgracia de Zadig vino de su felicidad misma, y sobre todo de su mérito. Todos los días tenía entrevistas con el rey y con Astarté, su augusta esposa. Los encantos de su conversación aumentaban incluso por ese deseo de agradar que es al espíritu lo que el adorno a la belleza; su juventud y sus prendas causaron insensiblemente en Astarté una impresión de la que al principio ella no se dio cuenta. Su pasión crecía en el seno de la inocencia. Astarté se entregaba sin escrúpulo y sin temor al placer de ver y oír a un hombre caro a su esposo y al Estado; no cesaba de alabarlo al rey; hablaba de él a sus doncellas, que aún lo ponderaban más; todo servía para hundir en su corazón la flecha que no sentía. Hacía a Zadig regalos en los que había más galantería de lo que pensaba; creía hablarle únicamente como reina satisfecha de sus servicios, y algunas veces sus expresiones eran las de una mujer sensible.

Astarté era mucho más hermosa que aquella Semira que tanto odiaba a los tuertos, y que aquella otra mujer que había querido cortar la nariz a su esposo. La familiaridad de Astarté, sus tiernas palabras, de las que ya empezaba a ruborizarse, sus miradas, que ella quería apartar y que se clavaban en las suyas, encendieron en el corazón de Zadig un fuego que lo sorprendió. Combatía contra él, llamó en su ayuda a la filosofía, que siempre le había socorrido; sacó luces de ella, pero no recibió ningún alivio. El deber, la gratitud y la majestad soberana violada aparecían ante sus ojos como dioses vengadores; combatía, triunfaba; mas esa victoria, que tenía que obtener a cada instante, le costaba gemidos y lágrimas. Ya no osaba dirigirse a la reina con aquella dulce libertad que tantos encantos había tenido para ambos; sus ojos se cubrían con una nube; sus palabras eran forzadas y entrecortadas; bajaba la vista; y cuando, a pesar suyo, sus miradas se

volvían hacia Astarté, encontraba las de la reina húmedas de llanto, de las que salían flechas encendidas; parecían decirse uno a otro: «Nos adoramos, y tenemos miedo de amarnos; los dos ardemos en un fuego que condenamos».

Zadig se despedía de ella extraviado, loco, con el corazón cargado con un peso que ya no podía sobrellevar; en medio de la violencia de su agitación, dejó que su amigo Cador descubriera el secreto, como un hombre que, después de resistir mucho tiempo los ataques de un vivo dolor, da a conocer por fin su mal con el grito que un pinchazo agudo le arranca, y con el sudor frío que corre por su frente.

Cador le dijo: «Ya he discernido los sentimientos que querriais ocultaros a vos mismo; las pasiones tienen signos que no pueden engañar. Puesto que yo he leído en vuestro corazón, juzgad, mi querido Zadig, si el rey no ha de descubrir en él un sentimiento que lo ofende. No tiene otro defecto que el de ser el más celoso de los hombres. Vos resistís a vuestra pasión con más fuerza de la que tiene la reina para combatir la suya, porque vos sois filósofo y porque sois Zadig. Astarté es mujer; permite hablar a sus miradas con tanta más imprudencia cuanto que aún no se cree culpable. Segura, por desgracia, de su inocencia, descuida las apariencias necesarias. Temblaré por ella mientras no tenga nada que reprocharse. Si ambos estuvierais de acuerdo, podríais engañar a todos los ojos: una pasión naciente y combatida estalla; un amor satisfecho sabe ocultarse». Zadig se estremeció ante la propuesta de traicionar al rey, su bienhechor, y nunca fue más fiel a su príncipe que cuando con él fue culpable de un crimen involuntario. Sin embargo, la reina pronunciaba con tanta frecuencia el nombre de Zadig, su frente se cubría de tanto rubor al pronunciarlo, estaba unas veces tan animada y otras tan desconcertada cuando le hablaba en presencia del rey, y la dominaba una ensoñación tan profunda cuando él se iba, que el rey quedó turbado. Creyó todo lo que veía, e imaginó todo lo que no veía. Se fijó, sobre todo, en que las babuchas de su mujer eran azules, y en que las babuchas de Zadig eran azules, en que las cintas de su mujer eran amarillas, y en que el gorro de Zadig era amarillo; éstos eran terribles indicios para un príncipe delicado. Las sospechas se volvieron certidumbre en su espíritu amargado.

Todos los esclavos de los reyes y las reinas son otros tantos espías de sus corazones. Pronto se dieron cuenta de que Astarté era tierna, y de que Moabdar estaba celoso. El Envidioso convenció a la envidiosa de que enviara al rey su liga, que se parecía a la de la reina. Para colmo de desgracia, aquella liga era azul. El monarca sólo pensó en la manera de vengarse. Una noche decidió envenenar a la reina y hacer morir a Zadig ahorcado, al alba. La orden fue dada a un despiadado

eunuco, ejecutor de sus venganzas. Había entonces en la cámara del rey un pequeño enano que era mudo, pero no sordo. Siempre lo toleraban: era testigo de los hechos más secretos como un animal doméstico. Este pequeño mudo estaba muy unido a la reina y a Zadig. Oyó con tanta sorpresa como horror dar la orden de su muerte. Mas ¿qué hacer para avisar de aquella orden espantosa que iba a ejecutarse dentro de pocas horas? No sabía escribir; pero había aprendido a pintar, y sabía sobre todo sacar el parecido. Pasó una parte de la noche dibujando lo que quería dar a entender a la reina. Su dibujo representaba al rey agitado de cólera, en un rincón del cuadro, dando órdenes a su eunuco; un cordón azul y un jarrón sobre la mesa, con ligas azules y cintas amarillas; en el centro del cuadro, la reina expira en brazos de sus camareras, y Zadig estrangulado a sus pies. El horizonte representaba un sol levante, para indicar que aquella terrible ejecución debía hacerse con los primeros rayos de la aurora. Cuando hubo terminado este dibujo, corrió al aposento de una doncella de Astarté, la despertó y le hizo entender que debía llevar inmediatamente aquel cuadro a la reina.

Luego, en mitad de la noche llaman a la puerta de Zadig; lo despiertan, le dan un billete de la reina; él duda si se trata de un sueño; abre la carta con mano temblorosa. ¿Cuál no sería su sorpresa, y quién podría expresar la consternación y la desesperación que lo sobrecogieron cuando leyó estas palabras?: «Huid al instante, o si no os arrancarán la vida. Huid, Zadig, os lo ordeno en nombre de nuestro amor y de mis cintas amarillas. Yo no era culpable, pero siento que voy a morir criminal».

Zadig apenas tuvo fuerzas para hablar. Ordenó que hicieran venir a Cador y, sin decirle nada, le dio aquel billete. Cador le obligó a obedecer y a tomar inmediatamente la ruta de Menfis. «Si osáis ir en busca de la reina, le dijo, aceleraréis su muerte; si habláis con el rey, también la perderéis. Yo me encargo de su destino; vos seguid el vuestro. Haré correr el rumor de que habéis tomado el camino de las Indias. Pronto iré a reunirme con vos, y os informaré de lo que haya pasado en Babilonia».

En aquel mismo momento Cador mandó llevar dos dromedarios de los más veloces en la carrera a una puerta secreta de palacio; hizo subir a Zadig, a quien hubo que llevar y que estaba a punto de exhalar el último suspiro. Un solo criado lo acompañó; y, sumido en el asombro y en el dolor, Cador no tardó mucho en perder de vista a su amigo.

Cuando este ilustre fugitivo llegó a la falda de una colina desde la que se veía Babilonia y volvió la vista hacia el palacio de la reina, se desmayó; sólo

recuperó el sentido para seguir derramando lágrimas y desear la muerte. Por último, tras haber meditado sobre el deplorable destino de la más amable de las mujeres y de la primera reina del mundo, volvió por un momento sobre sí mismo y exclamó: «¿Qué es, pues, la vida humana? Oh, virtud, ¿de qué me has servido? ¡Dos mujeres me han engañado indignamente, y la tercera, que no es culpable y que es más bella que las otras, va a morir! Todo el bien que he hecho ha sido para mí una fuente de maldiciones, y sólo fui elevado al colmo de la grandeza para caer en el más horrible precipicio del infortunio. Si hubiera sido malvado como tantos otros, sería dichoso como ellos». Abrumado por estas reflexiones funestas, cargados los ojos con el velo del dolor, con la palidez de la muerte en el rostro y el alma abismada en el exceso de una sombría desesperación, proseguía su viaje hacia Egipto.

Capítulo IX

La mujer golpeada

Zadig orientaba su ruta por las estrellas. La constelación de Orión y el brillante astro de Sirio lo guiaban hacia el polo de Canope^[99]. Admiraba aquellos vastos globos de luz que sólo parecen débiles chispas a nuestros ojos, mientras la tierra, que en realidad no es más que un punto imperceptible en la naturaleza, a nuestra codicia le parece algo tan grande y tan noble. Se imaginaba entonces a los hombres tal como en efecto son: insectos que se devoran unos a otros sobre un pequeño átomo de barro. Esta imagen verdadera parecía dejar en nada sus desgracias subrayándole la insignificancia de su ser y la de Babilonia. Su alma se lanzaba hasta el infinito y, separada de sus sentidos, contemplaba el orden inmutable del universo. Pero cuando luego, vuelto en sí y entrando en su corazón, pensaba que tal vez Astarté estaba muerta para él, el universo desaparecía a sus ojos y sólo veía en la naturaleza entera a Astarté moribunda y a Zadig infortunado.

A medida que se entregaba a este flujo y reflujo de filosofía sublime y de dolor abrumador, avanzaba hacia las fronteras de Egipto; y su fiel criado ya estaba en la primera aldea, donde le buscaba alojamiento. Zadig, mientras, paseaba en dirección a los huertos que rodeaban la aldea. No lejos del camino real vio a una mujer desconsolada que llamaba a cielo y tierra en su ayuda, y a un hombre furioso que la seguía. Ya la había alcanzado, y ella se abrazaba a sus rodillas. Aquel hombre la abrumaba a golpes y a reproches. Por la violencia del egipcio y los reiterados perdones que le pedía la dama, Zadig pensó que el uno era un celoso y la otra una infiel; mas cuando hubo mirado a la mujer, que era de una belleza conmovedora y que hasta se parecía algo a la desventurada Astarté, se sintió lleno

de compasión por ella y de horror por el egipcio: «Ayudadme, exclamó ella dirigiéndose a Zadig entre sollozos, libradme de las manos del más bárbaro de los hombres, salvadme la vida».

Ante tales gritos, Zadig corrió a interponerse entre ella y aquel bárbaro. Poseía algunos conocimientos de la lengua egipcia, y le dijo en esa lengua: «Si tenéis alguna humanidad, os conjuro a respetar la belleza y la debilidad. ¿Podéis ultrajar así a una obra maestra de la naturaleza, que está a vuestros pies, y que no tiene otra defensa que las lágrimas? — ¡Ah, ah!, le dijo aquel hombre enfurecido, o sea que también tú la amas. Es de ti de quien debo vengarme». Y, diciendo estas palabras, deja a la dama, a la que agarraba con una mano por el pelo, y, cogiendo su lanza, intenta traspasar al extranjero. Éste, que era de sangre fría, evitó fácilmente el golpe del furioso. Aferró la lanza por la parte del hierro de que va armada. El uno quiere retirarla, el otro arrancarla. La lanza se rompe entre sus manos. El egipcio saca su espada; Zadig se arma de la suya. Se atacan mutuamente. Aquél da cien golpes precipitados; éste los para con destreza. La dama, sentada en la hierba, se arregla el pelo y los mira. El egipcio era más robusto que su adversario; Zadig más hábil. Éste se batía como hombre cuya cabeza conducía el brazo, aquél como un arrebatado cuyos movimientos guiaba al azar una cólera ciega. Zadig ataca y lo desarma; y cuando el egipcio, más enfurecido todavía, quiere lanzarse sobre él, lo agarra, lo empuja, le hace caer y, poniéndole la espada en el pecho, le ofrece dejarle la vida. El egipcio, fuera de sí, saca su puñal y hiere a Zadig en el momento mismo en que el vencedor lo perdonaba. Indignado, Zadig le hunde su espada en el pecho. El egipcio lanza un grito terrible, y muere debatiéndose.

Zadig avanza entonces hacia la dama y le dice con voz sumisa: «Él me ha obligado a matarle; os he vengado; estáis libre del hombre más violento que jamás he visto. ¿Qué queréis ahora de mí, señora? — Que mueras, malvado, le responde, que mueras; has matado a mi amante y querría poder desgarrar tu corazón. — ¡Qué tipo tan extraño era vuestro amante, señora!, le responde Zadig; os golpeaba con todas sus fuerzas y quería arrancarme la vida porque vos me habéis conjurado a socorrosos. — Quisiera que aún siguiese golpeándome, prosiguió la dama lanzando gritos. Bien me lo merecía, porque le había dado celos. ¡Ojalá él me pegase y tú estuvieses en su lugar!». Zadig, más sorprendido y encolerizado de lo que lo había estado en su vida, le dijo: «Señora, por bella que seáis, mereceríais que también yo ahora os diese una paliza, por ser tan extravagante; pero no me tomaré esa molestia». Con esto, volvió a subir a su camello y avanzó hacia la aldea. Apenas había dado unos pasos cuando se vuelve al ruido que hacían cuatro correos de Babilonia. Venían a rienda suelta. Uno de ellos, al ver a la mujer,

exclamó: «Es ella, se parece a la descripción que nos han hecho». Sin preocuparse del muerto, rápidamente se apoderaron de la dama, que no cesaba de gritarle a Zadig: «¡Ayudadme una vez más, generoso extranjero! Os pido perdón por haberme quejado de vos. Ayudadme, y seré vuestra hasta la tumba». Pero a Zadig se le habían pasado las ganas de luchar por ella. «¡Que lo hagan otros!, responde. ¡A mí no volveréis a pillarme!».

Además, estaba herido, su sangre corría y necesitaba ayuda; y la vista de los cuatro babilonios, probablemente enviados por el rey Moabdar, lo llenaba de inquietud. Avanza deprisa hacia la aldea, sin imaginar por qué causa cuatro correos de Babilonia venían a apresar a la egipcia, pero más sorprendido todavía del carácter de la dama.

Capítulo X

La esclavitud

Cuando entraba en aquella aldea egipcia, se vio rodeado por el pueblo. Todos gritaban: «Ése es el que ha raptado a la bella Misuf, y el que acaba de asesinar a Cletofis. — Señores, dijo Zadig, Dios me libre de raptar nunca a vuestra bella Misuf. Es demasiado caprichosa, y respecto a Cletofis, yo no le he asesinado, sólo me he defendido frente a él. Quería matarme por haberle pedido con toda humildad gracia para la bella Misuf, a la que golpeaba despiadadamente. Soy un extranjero que viene en busca de asilo a Egipto; y no parece verosímil que, viniendo a pedir vuestra protección, empiece por raptar a una mujer y por asesinar a un hombre».

Los egipcios eran entonces justos y humanos. El pueblo condujo a Zadig a la alcaldía. Empezaron por vendarle la herida, y luego los interrogaron, a él y a su criado, por separado, para saber la verdad. Reconocieron que Zadig no era un asesino; pero era culpable de la sangre de un hombre; la ley lo condenaba a ser esclavo. Vendieron, en provecho de la aldea, sus dos camellos; repartieron entre los habitantes todo el oro que había traído; su persona fue expuesta en venta en la plaza pública, así como la de su compañero de viaje. Un mercader árabe, llamado Setoc, lo compró en la subasta; pero el criado, más apropiado para el trabajo, fue vendido mucho más caro que el amo. No había comparación entre estos dos hombres. Zadig fue, por tanto, esclavo subordinado a su criado: los ataron juntos con una cadena que les pasaron por los pies, y en ese estado siguieron al mercader árabe a su casa. De camino, Zadig consolaba a su criado y le exhortaba a tener paciencia, pero, según su costumbre, hacía reflexiones sobre la vida humana: «Veo,

le decía, que las desgracias de mi destino alcanzan al tuyo. Hasta ahora todo me ha ocurrido de una forma muy rara. He sido condenado a una multa por haber visto pasar a una perra; he creído que iban a empalarme por un grifo; he sido enviado al suplicio porque había hecho versos en alabanza del rey; he estado a punto de ser estrangulado porque la reina tenía unas cintas amarillas; y heme aquí, esclavo contigo porque un bruto ha golpeado a su amante. Venga, no hay que desanimarse; quizá todo esto acabe; es preciso que los mercaderes árabes tengan esclavos; ¿por qué no iba a serlo yo como cualquier otro, si soy hombre como cualquier otro? Ese mercader no será despiadado; ha de tratar bien a sus esclavos si quiere sacarles provecho». Hablaba de este modo, y, en el fondo de su corazón, estaba preocupado por la suerte de la reina de Babilonia.

Setoc, el mercader, partió dos días después para la Arabia desierta con sus esclavos y sus camellos. Su tribu habitaba hacia el desierto de Horeb^[100]. El camino fue largo y penoso. Durante el viaje, Setoc hacía más caso del criado que del amo, porque el primero cargaba mucho mejor los camellos; y todas las pequeñas distinciones fueron para él.

A dos jornadas de Horeb murió un camello; repartieron su carga sobre las espaldas de cada uno de los servidores. Zadig hubo de llevar su parte. Setoc se echó a reír al ver a todos sus esclavos caminar encorvados. Zadig se tomó la libertad de explicarle la razón, y le enseñó las leyes del equilibrio. El mercader, sorprendido, comenzó a mirarlo con otros ojos. Zadig, viendo que había excitado su curiosidad, la aumentó informándole de muchas cosas que no eran ajenas a su comercio; el peso específico de los metales y de los géneros a igual volumen; las propiedades de varios animales útiles; el medio de hacer tales a los que no lo eran; en fin, le pareció un sabio. Setoc lo prefirió a su camarada, al que tanto había estimado. Lo trató bien, y no tuvo que arrepentirse por ello.

Llegado a su tribu, Setoc empezó por pedir quinientas onzas de plata a un judío al que se las había prestado en presencia de dos testigos; pero aquellos dos testigos habían muerto, y el judío, al que no se podía declarar convicto, se quedaba con el dinero del mercader, agradeciendo a Dios que le hubiera facilitado el medio de engañar a un árabe. Setoc confió su pesar a Zadig, que se había vuelto su consejero. «¿En qué lugar prestasteis vuestras quinientas onzas a ese infiel?, preguntó Zadig. — Sobre una gran piedra, respondió el mercader, que está junto al monte Horeb. — ¿Qué carácter tiene vuestro deudor?, dijo Zadig. — El de un bribón, respondió Setoc. — No, yo os pregunto si es un hombre vivo o flemático, avisado o imprudente. — Es como todos los malos pagadores, dijo Setoc, el más vivo que conozco. — Pues bien, insistió Zadig, permitidme que yo defienda

vuestra causa ante el juez». En efecto, citó al judío ante el tribunal y habló al juez de la siguiente manera: «Almohada del trono de equidad, vengo a pedir a este hombre, en nombre de mi amo, quinientas onzas de plata, que no quiere devolverle. — ¿Tenéis testigos?, dijo el juez. — No, están muertos, pero hay una gran piedra sobre la que fue contado el dinero; y si place a Vuestra Grandeza ordenar que vayan a buscar la piedra, espero que ella nos dé testimonio; el judío y yo nos quedaremos aquí, esperando a que venga la piedra; yo la enviaré a buscar a costa de Setoc, mi amo. — De acuerdo», respondió el juez. Y se puso a despachar otros asuntos.

Al final de la audiencia le dijo a Zadig: «Y bien, ¿no ha llegado todavía vuestra piedra?». El judío, riéndose, respondió: «Vuestra Grandeza puede quedarse aquí hasta mañana y la piedra seguiría sin llegar; está a más de seis millas de aquí, y se necesitarían quince hombres para removerla. — Pues bien, exclamó Zadig, ya os había dicho yo que la piedra daría testimonio; dado que este hombre sabe dónde está, confiesa por tanto que sobre ella fue contado el dinero». El judío, desconcertado, pronto se vio obligado a confesarlo todo. El juez sentenció que fuera atado a la piedra, sin beber ni comer, hasta que hubiera devuelto las quinientas onzas, que pronto fueron pagadas.

El esclavo Zadig y la piedra ganaron gran predicamento en Arabia.

Capítulo XI

La pira

Encantado, Setoc hizo de su esclavo un amigo íntimo. No podía prescindir de él como le había ocurrido al rey de Babilonia; y Zadig se alegró de que Setoc no tuviera mujer. Descubría en su amo un carácter inclinado al bien, mucha rectitud y buen sentido. Le molestó ver que adoraba al ejército celestial, es decir, al sol, la luna y las estrellas, según la antigua costumbre de Arabia. A veces le hablaba con mucha discreción. Por último le dijo que eran cuerpos como los otros, que no merecían su homenaje más que un árbol o una roca. «Pero son seres eternos de los que sacamos grandes beneficios, decía Setoc; animan la naturaleza, regulan las estaciones; además están tan lejos de nosotros que no podemos dejar de reverenciarlos. — Recibís más ventajas, respondió Zadig, de las aguas del mar Rojo que llevan vuestras mercancías a las Indias. ¿Por qué no habían de ser tan antiguas como las estrellas? Y si adoráis lo que está lejos de vos, deberíais adorar la tierra de los gangáridas, que están en el confín del mundo. — No, decía Setoc, las estrellas son demasiado brillantes para que no las adore». Llegada la noche, Zadig encendió

un gran número de antorchas en la tienda donde debía cenar con Setoc; y cuando su patrón apareció, se arrojó de rodillas ante aquellos cirios encendidos y les dijo: «Eternas y brillantes claridades, sedme siempre propicias». Tras haber proferido estas palabras, se sentó a la mesa sin mirar a Setoc: «¿Qué hacéis?, le dijo Setoc asombrado. — Hago como vos, respondió Zadig, adoro esas candelas, y desprecio a su amo y el mío». Setoc comprendió el sentido profundo de aquel apólogo. La sabiduría de su esclavo penetró en su alma; dejó de prodigar su incienso a las criaturas y adoró al Ser eterno que las ha hecho.

Había entonces en Arabia una costumbre horrible, venida originariamente de Escitia, y que, establecida en las Indias por el crédito de los bracmanes, amenazaba con invadir todo el Oriente. Cuando un hombre casado moría y su bienamada mujer quería ser santa, se quemaba en público sobre el cuerpo de su marido. Era una fiesta solemne que se llamaba «la pira de la viudedad». La tribu en la que había habido más mujeres quemadas era la más considerada. Habiendo muerto un árabe de la tribu de Setoc, su viuda, llamada Almona, que era muy devota, hizo saber el día y la hora en que se arrojaría al fuego al son de sus tambores y trompetas. Zadig demostró a Setoc cuán contraria era aquella horrible costumbre al bien del género humano; pidió que dejaran de quemar todos los días a jóvenes viudas que podían dar hijos al Estado, o al menos educar a los suyos; y le convenció de que, si se podía, era preciso abolir una costumbre tan bárbara. Setoc respondió: «Hace más de mil años que las mujeres son dueñas de quemarse. ¿Quién de nosotros se atreverá a cambiar una ley que el tiempo ha consagrado? ¿Hay algo más respetable que un antiguo abuso? — La razón es más antigua, replicó Zadig. Hablad vos a los jefes de las tribus, y yo voy en busca de la joven viuda».

Se hizo presentar a ella; y tras haberse insinuado en su espíritu con alabanzas sobre su belleza, después de haberle dicho cuán lastimoso era poner en el fuego tantos encantos, la alabó aún por su constancia y su valor. «Amabais, pues, prodigiosamente a vuestro marido, le dijo. — ¿Yo? Nada de eso, respondió la dama árabe. Era un ser brutal, un celoso, un hombre insoportable; pero estoy firmemente resuelta a arrojarme a la pira. — Entonces es preciso que haya aparentemente un placer muy delicioso en ser quemada viva, dijo Zadig. — ¡Ah!, eso hace estremecerse a la naturaleza, dijo la dama; pero hay que pasar por ello. Soy devota; perdería mi reputación, y todo el mundo se burlaría de mí si no me quemase». Habiéndole hecho admitir que se quemaba por los demás, y por vanidad, Zadig le habló largo tiempo con el fin de hacerle amar un poco la vida, y consiguió inspirarle alguna benevolencia hacia quien le hablaba. «En fin, dijo, ¿qué haríais si la vanidad de quemaros no os presionase? — ¡Ay!, dijo la dama, creo que

os suplicaría que os casarais conmigo».

Zadig estaba demasiado dominado por la idea de Astarté para no eludir aquella declaración; pero fue al instante en busca de los jefes de las tribus, les dijo lo que había pasado, y les aconsejó hacer una ley por la que se permitiera a una viuda quemarse sólo después de haber hablado con un joven, frente a frente y a solas, durante toda una hora. Desde esa época, ninguna dama se ha quemado en Arabia. Y se debe sólo a Zadig el mérito de haber destruido en un día una costumbre tan cruel, que duraba desde hacía tantos siglos. Era, por tanto, el bienhechor de Arabia.

Capítulo XII

La cena

Setoc, que no podía separarse de aquel hombre en quien habitaba la sabiduría, lo llevó a la gran feria de Basora^[101], a la que debían acudir los mayores negociantes de la tierra habitable. Fue para Zadig un consuelo sensible ver a tantos hombres de diversas comarcas reunidos en la misma plaza. Le parecía que el universo era una gran familia que se congregaba en Basora. El segundo día se encontró sentado a la mesa con un egipcio, un indio gangárida, un habitante del Catay, un griego, un celta y muchos otros extranjeros que, en sus frecuentes viajes hacia el golfo Arábigo, habían aprendido suficiente árabe para hacerse entender. El egipcio parecía muy encolerizado. «¡Qué abominable país es Basora!, decía, me niegan mil onzas de oro por el mejor producto del mundo. — ¡Cómo!, dijo Setoc, ¿por qué producto te han negado esa suma? — Por el cuerpo de mi tía, respondió el egipcio; era la mujer más valiente de Egipto. Me acompañaba siempre, ha muerto en camino: hice con ella una de las momias más hermosas que tenemos; y en mi país podría pedir cuanto quisiera dejándola en prenda. Es muy extraño que no quieran darme aquí mil onzas por un producto tan sólido». Aunque estaba furioso, se disponía a comer una excelente gallina hervida cuando el indio, cogiéndole de la mano, exclamó con dolor: «¡Ah! ¿Qué vais a hacer? — Comerme esta gallina, dijo el hombre de la momia. — Guardaos de hacerlo, dijo el gangárida. Pudiera ser que el alma de la difunta hubiera pasado al cuerpo de esa gallina, y no querríais exponeros a comer a vuestra tía. Hervir gallinas es ultrajar manifiestamente a la naturaleza. — ¿Qué queréis decir con lo de la naturaleza y las gallinas?, replicó el colérico egipcio; nosotros adoramos a un buey, y nos lo comemos. — ¿Adoráis a un buey? Pero ¿es posible?, dijo el hombre del Ganges. — No hay nada más posible, prosiguió el otro; hace ciento treinta y cinco mil años que lo hacemos; y nadie entre nosotros tiene nada que oponer. — ¡Ah, ciento

treinta y cinco mil años!, dijo el indio, ese cómputo es algo exagerado, no hace más que ochenta mil años que la India está poblada, y probablemente nosotros somos vuestros antepasados; y Brahma nos había prohibido comer bueyes antes de que a vosotros se os ocurriera ponerlos en los altares y en el asador. — ¡Vaya animal bromista es vuestro Brahma para compararlo con Apis!, dijo el egipcio; ¿ha hecho vuestro Brahma algo tan bello?». El brahmín respondió: «Fue él quien enseñó a los hombres a leer y a escribir, y a quien toda la tierra debe el juego de ajedrez. — Os equivocáis, dijo un caldeo que estaba a su lado; es al pez Oanes^[102] a quien se deben tan grandes beneficios, y justo es que por ello sólo a él se rindan los homenajes. Todo el mundo os dirá que era un ser divino, que tenía la cola dorada, con una hermosa cabeza de hombre, y que salía del agua para ir a predicar en tierra tres horas diarias. Hubo varios niños que fueron reyes, como todo el mundo sabe. Yo tengo su retrato en mi casa, que venero como debo. Se puede comer todo el buey que se quiera; pero probablemente es una grandísima impiedad hervir el pescado; además, los dos sois de origen demasiado poco noble y demasiado reciente para disputarme nada. La nación egipcia sólo tiene ciento treinta y cinco mil años, y los indios sólo se jactan de ochenta mil, mientras que nosotros tenemos almanaques de cuatro mil siglos. Creedme, renunciad a vuestras locuras, y os daré a cada uno un bello retrato de Oanes».

El hombre de Cambalú^[103], tomando la palabra, dijo: «Respeto mucho a los egipcios, a los caldeos, a los griegos, a los celtas, a Brahma, al buey Apis, al bello pez Oanes, pero quizá el Li o el Tien^[104], como se lo quiera llamar, vale tanto como los bueyes y los peces. No diré nada de mi país; es tan grande como la tierra de Egipto, Caldea y las Indias juntas. No disputo sobre antigüedad, porque basta con ser feliz, y por significar muy poca cosa ser antiguo; pero si hubiera que hablar de almanaques, diría que toda Asia toma los nuestros, y que nosotros los teníamos muy buenos antes de que se supiese aritmética en Caldea.

»— ¡Qué ignorantes sois todos vosotros!, exclamó el griego; ¿no sabéis acaso que el caos es el padre de todo, y que la forma y la materia pusieron al mundo en el estado en que está?». Aquel griego habló mucho tiempo; pero finalmente fue interrumpido por el celta, que, habiendo bebido mucho mientras discutían, se creyó entonces más sabio que todos los demás, y dijo jurando que sólo merecía la pena hablar de Teutates^[105] y del muérdago de la encina; que, por lo que a él se refería, siempre tenía muérdago en el bolsillo; que los escitas, sus antepasados, eran las únicas gentes de bien que habían existido nunca en el mundo; que, desde luego, en ocasiones habían comido hombres, pero que eso no impedía que hubiera que tener mucho respeto por su nación; y que, finalmente, si alguien hablaba mal de Teutates, él le enseñaría a vivir. La disputa se calentó entonces, y Setoc vio que

iba a correr sangre en la mesa. Zadig, que había guardado silencio durante toda la querrela, terminó por levantarse: se dirigió primero al celta, por ser el más furioso; le dijo que tenía razón, y le pidió muérdago: alabó al griego por su elocuencia y aplacó todos los ánimos enardecidos. Al hombre de Catay le dijo muy poco, porque había sido el más razonable de todos. Luego les dijo: «Amigos míos, vais a disputar por nada, porque todos sois de la misma opinión». Ante estas palabras, todos exclamaron: «¿No es cierto, le dijo al celta, que vosotros no adoráis este muérdago, sino al que hizo el muérdago y la encina? — Desde luego, respondió el celta. — Y vos, señor egipcio, ¿no reverenciáis aparentemente en cierto buey al que os dio los bueyes? — Sí, dijo el egipcio. — El pez Oanes, continuó, ¿no debe quedar por debajo de quien hizo el mar y los peces? — Estoy de acuerdo, dijo el caldeo. — El indio y el de Catay, añadió, reconocen como vos un primer principio; yo no he comprendido demasiado bien las cosas admirables que ha dicho el griego, pero estoy seguro de que también él admite un Ser superior, de quien dependen la forma y la materia». El griego, que estaba admirado, dijo que Zadig había captado muy bien su pensamiento. «Por tanto, todos sois de la misma opinión, replicó Zadig, y no hay motivo para pelearse». Todo el mundo lo abrazó. Setoc, tras haber vendido muy caros sus géneros, volvió con su amigo Zadig a su tribu. Zadig se enteró, al llegar, de que en su ausencia había tenido lugar su proceso y que iba a ser quemado a fuego lento.

Capítulo XIII

Las citas

Durante su viaje a Balzora, los sacerdotes de las estrellas habían decidido castigarlo. Las pedrerías y adornos de las jóvenes viudas que enviaban a la pira les pertenecían por derecho; lo menos que podían hacer era quemar a Zadig por la mala pasada que les había jugado. Acusaron, pues, a Zadig de tener sentimientos erróneos sobre el ejército celeste; declararon contra él y juraron que le habían oído decir que las estrellas no se acostaban en el mar. Esta espantosa blasfemia hizo estremecerse a los jueces; estuvieron dispuestos a rasgarse las vestiduras cuando oyeron aquellas impías palabras, y lo habrían hecho, sin duda, si Zadig hubiera tenido con qué pagarlas. Pero, en el exceso de su dolor, se contentaron con condenarlo a ser quemado a fuego lento. Setoc, desesperado, empleó en vano su crédito para salvar a su amigo; pronto se vio obligado a callarse. La joven viuda Almona, que le había tomado mucho gusto a la vida y que estaba agradecida a Zadig, resolvió sacarle de la hoguera, cuyo abuso él le había hecho conocer. Dio vueltas a un plan en su cabeza, sin hablar de él a nadie. Zadig debía ser ejecutado

al día siguiente; sólo tenía la noche para salvarlo; he aquí de qué manera se las arregló, como mujer caritativa y prudente.

Se perfumó, realzó su belleza mediante la compostura más rica y galante, y fue a pedir una audiencia secreta al jefe de los sacerdotes de las estrellas. Cuando estuvo ante aquel venerable anciano, le habló en estos términos: «Hijo primogénito de la Osa Mayor, hermano del Toro, primo del Gran Can (ésos eran los títulos de este pontífice), vengo a confiaros mis escrúpulos. Temo mucho haber cometido un pecado enorme al no quemarme en la pira de mi querido marido. Pues, ¿qué tenía yo que conservar? Una carne percedera, y ya totalmente marchita». Al decir estas palabras, sacó de sus largas mangas de seda sus brazos desnudos, de una forma admirable y de una blancura deslumbrante. «¿Veis cuán poco vale esto?», dijo. El pontífice pensó en su corazón que aquello valía mucho. Sus ojos lo dijeron y su boca lo confirmó: juró que no había visto en su vida brazos tan hermosos. «¡Ay!, le dijo la viuda; los brazos pueden estar algo menos mal que el resto; pero me reconoceréis que los pechos no eran dignos de mis atenciones». Entonces dejó ver el seno más encantador que jamás haya formado la naturaleza. Un botón de rosa sobre una manzana de marfil no hubiera parecido a su lado más que la granza sobre el boj, y los corderos saliendo del lavadero habrían parecido de un amarillo oscuro. Aquel pecho, sus grandes ojos negros que languidecían brillando dulcemente con un suave fuego, sus mejillas animadas por la más hermosa púrpura mezclada al blanco de leche más puro, su nariz, que no era como la torre del monte Líbano, sus labios, que eran como dos cenefas de coral que guardaran las perlas más bellas del mar de Arabia, todo eso junto hizo creer al anciano que tenía veinte años. Balbuciendo, le hizo una declaración tierna. Almona, viéndolo enardecido, le pidió gracia para Zadig. «¡Ay!, dijo él, mi bella dama, aunque yo os concediera su gracia, mi indulgencia no serviría de nada; ha de ser firmada por mis otros tres compañeros. — Firmad vos, dijo Almona. — De buen grado, dijo el sacerdote, a condición de que vuestros favores sean el premio a mi condescendencia. — Me hacéis demasiado honor, dijo Almona; tened a bien venir a mi aposento después de que el sol se haya puesto y cuando la brillante estrella Sheat^[106] esté en el horizonte. Me encontraréis en un sofá color rosa, y haréis conmigo lo mismo que podéis hacer con vuestra sirvienta». Salió entonces, llevando consigo la firma, y dejó al viejo lleno de amor y de desconfianza en sus fuerzas. Él empleó el resto del día en bañarse; bebió un licor compuesto de canela de Ceilán y de preciosas especias de Tidor y de Ternate^[107], y esperó con impaciencia a que la estrella Sheat apareciese.

Mientras tanto, la hermosa Almona fue en busca del segundo pontífice. Éste le aseguró que el sol, la luna y todos los fuegos del firmamento no eran más que

fuegos fatuos comparados con sus encantos. Ella le pidió la misma gracia, y se le propuso que por ella pagase el mismo premio. Almona se dejó vencer, y citó al segundo pontífice al alba de la estrella Algenib. De allí, pasó al tercer y al cuarto pontífices, recibiendo siempre una firma y dando una cita de estrella en estrella. Entonces mandó dar aviso a los jueces de que fueran a su casa para un asunto importante. Los jueces acudieron: ella les mostró los cuatro nombres, y les dijo a qué precio habían vendido los sacerdotes la gracia de Zadig. Cada uno de ellos llegó a la hora prescrita: a todos les sorprendió mucho encontrar allí a sus compañeros, y más todavía encontrar a los jueces, ante quienes su vergüenza quedó manifiesta. Zadig se salvó. Setoc quedó tan encantado de la habilidad de Almona que la hizo su mujer. Zadig partió después de haberse postrado a los pies de su bella liberadora. Setoc y él se despidieron llorando, jurándose eterna amistad y prometiéndose que el primero de los dos que hiciera una gran fortuna la repartiría con el otro.

Zadig se encaminó hacia Siria, pensando siempre en la desventurada Astarté, y siempre reflexionando sobre el destino que se obstinaba en burlarse de él y en perseguirle. «¡Cómo!, se decía, ¡cuatrocientas onzas de oro por haber visto pasar a una perra!; ¡condenado a ser decapitado por cuatro malos versos en alabanza del rey!; ¡a punto de ser ahorcado porque la reina tenía unas babuchas del color de mi bonete!; ¡reducido a esclavitud por haber socorrido a una mujer a la que pegaban!; ¡y a punto de ser quemado por haber salvado la vida de todas las viudas jóvenes árabes!».

Capítulo XIV

El bandido

Al llegar a las fronteras que separan la Arabia Pétreá de Siria, cuando pasaba junto a un castillo bastante fuerte, unos árabes armados salieron de él. Se vio rodeado; le gritaban: «Todo lo que tenéis nos pertenece, y vuestra persona pertenece a nuestro amo». Por respuesta, Zadig sacó su espada; su criado, que era valiente, hizo otro tanto. Dieron muerte a los primeros árabes que les pusieron la mano encima; el número aumentó, pero ellos no se amilanaron y resolvieron perecer combatiendo. Se veía a dos hombres defenderse contra una multitud; un combate semejante no podía durar mucho tiempo. El dueño del castillo, llamado Arbogad, habiendo visto desde una ventana los prodigios de valor que hacía Zadig, concibió estima por él. Descendió apresuradamente, y fue él mismo a separar a sus gentes y a liberar a los dos viajeros. «Todo lo que pasa por mis tierras es mío, dijo, lo mismo que lo que encuentro en las tierras de los demás; pero vos

me parecéis un hombre tan valiente que os eximo de la ley común». Le hizo entrar en su castillo, ordenando a sus gentes que lo tratarasen bien; y por la noche Arbogad quiso cenar con Zadig.

El señor del castillo era uno de esos árabes a los que llaman ladrones; pero a veces hacía buenas obras en medio de una multitud de malas: robaba con una rapacidad furiosa, y daba liberalmente; intrépido en la acción, bastante agradable en el trato, desenfrenado en la mesa, alegre en el desenfreno y, sobre todo, lleno de franqueza. Zadig le agradó mucho; su conversación, que se animó, hizo que la cena se prolongase; por último, Arbogad le dijo: «Os aconsejo que os enroléis conmigo; no podríais hacer nada mejor; este oficio no es malo; un día podréis convertirnos en lo que yo soy. — ¿Puedo preguntaros desde hace cuánto tiempo ejercéis esta noble profesión?, dijo Zadig. — Desde mi más tierna juventud, prosiguió el señor. Yo era criado de un árabe bastante listo; mi situación me resultaba insoportable. Estaba desesperado viendo que en toda la tierra, que pertenece por igual a los hombres, el destino no me hubiera reservado mi parte. Confié mis penas a un viejo árabe, que me dijo: “Hijo mío, no desesperéis; había antaño un grano de arena que se lamentaba de ser un átomo ignorado en los desiertos; al cabo de algunos años, se convirtió en diamante, y ahora es el ornamento más hermoso de la corona del rey de las Indias”. Estas palabras me causaron gran impresión; yo era el grano de arena, y decidí convertirme en diamante. Empecé robando dos caballos; me asocié con unos compañeros; mi nueva situación me permitió robar pequeñas caravanas; así fui recortando poco a poco la desproporción que había al principio entre los hombres y yo. Tuve mi parte en los bienes de este mundo, y fui recompensado incluso con usura; se me consideró mucho; me convertí en señor salteador, adquirí este castillo por vía de hecho. El sátrapa de Siria quiso quitármelo; pero yo era ya demasiado rico para tener nada que temer; di dinero al sátrapa, gracias a ello conservé este castillo y ensanché mis dominios; me nombró incluso tesorero de los tributos que la Arabia Pétreá pagaba al rey de reyes. Cumplí con mi cargo de recaudador, pero no con el de pagador.

»El gran *desterham* de Babilonia envió aquí, en nombre del rey Moabdar, a un pequeño sátrapa para ahorcarme. Este hombre llegó con su orden; yo estaba al corriente de todo: hice ahorcar en su presencia a las cuatro personas que había traído consigo para apretar la soga, y tras ello le pregunté de qué podía valerle el encargo de ahorcarme. Me respondió que sus honorarios podían alcanzar trescientas monedas de oro. Le hice ver claramente que podría ganar más conmigo. Le nombré mi lugarteniente: hoy es uno de mis mejores oficiales, y de los más ricos. Si me creéis, vos triunfaréis como él. Jamás ha sido mejor la temporada de robos desde que Moabdar ha muerto y desde que la confusión reina en Babilonia.

»—¡Moabdar muerto!, dijo Zadig. ¿Y qué ha sido de la reina Astarté? — De ella no sé nada, continuó Arbogad. Todo lo que sé es que Moabdar se volvió loco, que lo mataron, que Babilonia es un sitio muy peligroso, que todo el imperio está desolado, que todavía pueden darse muchos golpes, y que, por lo que a mí se refiere, he dado algunos admirables. — Pero ¿y la reina?, dijo Zadig; por favor, ¿no sabéis nada del destino de la reina? — Me han hablado de un príncipe de Hircania, continuó; probablemente está entre sus concubinas, si es que no murió en el tumulto; pero siento más curiosidad por el botín que por las noticias. En mis correrías he capturado muchas mujeres; no conservo a ninguna; las vendo caras cuando son bellas sin informarme de quiénes son. No se compra el rango; una reina que fuera fea no encontraría mercader; quizá yo haya vendido a la reina Astarté, quizá esté muerta; pero poco me importa, y pienso que vos no debéis preocuparos por ello más que yo». Mientras así hablaba, bebía con tanto ardor y confundía de tal modo todas las ideas que Zadig no pudo sacarle ninguna aclaración.

Se había quedado atónito, abrumado, inmóvil. Arbogad seguía bebiendo, contaba cuentos, repetía sin cesar que era el más feliz de todos los hombres, exhortando a Zadig a llegar a ser tan feliz como él. Por último, suavemente embotado por los vapores del vino, se fue a dormir con un sueño tranquilo. Zadig pasó la noche en medio de la agitación más violenta. «¡Cómo!, se decía. ¡El rey se volvió loco! ¡Lo mataron! No puedo dejar de lamentarlo. El imperio está desgarrado, y este bandido es feliz. ¡Oh, fortuna! ¡Oh, destino! Un ladrón es feliz y lo que de más amable hizo la naturaleza quizá haya perecido de una manera horrible, o vive en un estado peor que la muerte. ¡Oh, Astarté! ¿Qué ha sido de vos?».

Al alba, interrogó a todos los que encontraba en el castillo; pero todo el mundo estaba ocupado, nadie le respondió; durante la noche habían hecho nuevas conquistas y estaban repartiendo los despojos. Todo lo que pudo obtener en aquella confusión tumultuosa fue permiso para partir. Se aprovechó de él sin tardanza, más sumido que nunca en sus dolorosas reflexiones.

Zadig caminaba inquieto, agitado, con la mente totalmente dominada por la idea de la desventurada Astarté, del rey de Babilonia, de su fiel Cador, del feliz bandido Arbogad, de aquella mujer tan caprichosa que los babilonios habían raptado en los confines de Egipto; en fin, de todos los contratiempos y todos los infortunios que había experimentado.

Capítulo XV

El pescador

A varias leguas del castillo de Arbogad, se encontró a orillas de un riachuelo, deplorando siempre su destino y mirándose como modelo de la desgracia. Vio a un pescador acostado en la ribera, sosteniendo apenas con mano lánguida su red, que parecía dejar caer, y alzando los ojos hacia el cielo.

«Soy, desde luego, el más desdichado de todos los hombres, decía el pescador. En opinión de todo el mundo, fui el mercader de quesos de crema más célebre de Babilonia, y me arruiné. Tenía la mujer más hermosa que hombre de mi clase pudo poseer, y me traicionó. Me quedaba una pobre casa, y la vi saqueada y destruida. Refugiado en una cabaña, no tengo más recurso que mi pesca, y no cojo ni un pez. ¡Oh, red mía! Ya no te lanzaré más al agua, soy yo el que se va a tirar». Y, diciendo estas palabras, se levanta y avanza en la actitud de un hombre que va a precipitarse y a terminar su vida.

«¡Cómo!, se dice Zadig a sí mismo, hay por tanto hombres tan desgraciados como yo». El ardor por salvar la vida al pescador fue tan raudo como esta reflexión. Corre a él, lo detiene, le interroga con aire enternecido y consolador. Dicen que uno es menos desgraciado cuando no lo es solo. Pero según Zoroastro, no es por malicia, es por necesidad. Uno se siente entonces arrastrado hacia un infortunado como hacia su semejante. La alegría de un hombre feliz sería un insulto; pero dos desventurados son como dos arbolillos débiles, que, apoyándose uno en otro, se fortalecen frente a la tormenta.

«¿Por qué sucumbís a vuestras desgracias?, dijo Zadig al pescador. — Porque no veo salida, respondió éste. Fui el más considerado de la aldea de Derlback^[108], junto a Babilonia, y con ayuda de mi mujer hacía los mejores quesos de crema del imperio. A la reina Astarté y al famoso ministro Zadig les gustaban apasionadamente. Suminé a su casa seiscientos quesos. Un día fui la ciudad para cobrar; al llegar a Babilonia supe que la reina y Zadig habían desaparecido. Corro a casa del señor Zadig, al que nunca había visto: encontré a los arqueros del gran *desterham*, que, provistos de una orden real, saqueaban lealmente y con orden su casa. Volé a las cocinas de la reina: algunos de los “señores de boca” me dijeron que estaba muerta; otros dijeron que estaba en prisión, otros pretendieron que había huido; pero todos me aseguraron que no se me pagarían mis quesos. Fui con mi mujer a casa del señor Orcán, que era uno de mis procuradores: le pedimos su protección en nuestra desgracia; se la concedió a mi mujer, y a mí me la negó. Ella era más blanca que sus quesos de crema, que iniciaron mi desgracia; y el

resplandor de la púrpura de Tiro no era más brillante que el encarnado que animaba aquella blancura. Fue lo que hizo que Orcán la retuviera, y que a mí me echara de su casa. Escribí a mi querida mujer la carta de un desesperado. Ella dijo al recadero: “¡Ah, ah! ¡Sí, ya sé quién es el hombre que me escribe, he oído hablar de él; dicen que hace excelentes quesos de crema; que me los traiga y que se los paguen!”.

»En mi desventura, quise dirigirme a la justicia. Me quedaban seis onzas de oro: tuve que dar dos onzas al leguleyo a quien consulté, dos al procurador que se encargó de mi caso y dos al secretario del primer juez. Cuando todo esto estuvo hecho, mi proceso no había comenzado todavía y yo había gastado ya más dinero de lo que valían mis quesos y mi mujer. Volví a mi aldea con la intención de vender la casa para recuperar a mi mujer.

»Mi casa valía sesenta onzas de oro por lo menos, pero me veían pobre y urgido a vender. El primero a quien me dirigí me ofreció treinta onzas, el segundo veinte, y el tercero diez. Me hallaba tan cegado que ya me disponía a cerrar un trato cuando un príncipe de Hircania llegó a Babilonia y asoló todo a su paso. Mi casa fue primero saqueada y luego quemada.

»Habiendo perdido de esta forma mi dinero, mi mujer y mi casa, me retiré a esta región donde me veis. He tratado de subsistir con el oficio de pescador, pero los peces se burlan de mí lo mismo que los hombres. No cojo nada, me muero de hambre, y de no ser por vos, augusto consolador, iba a morir en el río».

El pescador no hizo este relato de seguido, porque Zadig, emocionado y transportado, le decía a cada momento: «¡Cómo! ¿No sabéis nada del destino de la reina? — No, señor, respondía el pescador; pero sé que la reina y Zadig no me pagaron mis quesos de crema, que me han quitado a mi mujer y que estoy desesperado. — Estoy seguro de que no perderéis todo vuestro dinero, dijo Zadig. He oído hablar del tal Zadig; es hombre honrado; y si vuelve a Babilonia, como espero, os dará más de lo que os debe; pero por lo que atañe a vuestra mujer, que no es tan honrada, os aconsejo que no tratéis de recuperarla. Creedme, id a Babilonia; yo estaré allí antes que vos porque voy a caballo y vos a pie. Dirigíos al ilustre Cador; decidle que habéis encontrado a su amigo; esperadme en su casa. Id; quizá no seáis siempre desgraciado.

»¡Oh, poderoso Orosmán!, continuó, os servís de mí para consolar a este hombre; ¿de quién os serviréis para consolarme a mí?». Mientras así hablaba, daba al pescador la mitad de todo el dinero que había traído de Arabia, y el pescador,

confuso y encantado, besaba los pies del amigo de Cadór, y decía: «Sois un ángel salvador».

Mientras tanto, Zadig no hacía más que pedir noticias y llorar. «¿Cómo, señor?, exclamó el pescador, ¿seréis vos también tan desventurado, vos que hacéis el bien? — Cien veces más desventurado que tú, respondía Zadig. — Pero ¿cómo puede ser, decía el buen hombre, que quien da sea más de lamentar que quien recibe? — Es que tu mayor desgracia, prosiguió Zadig, era la necesidad, y yo soy desventurado de corazón. — ¿Os habría quitado Orcán a vuestra mujer?», dijo el pescador. Esta frase trajo a la mente de Zadig todas sus aventuras: repetía la lista de sus infortunios, empezando por la perra de la reina hasta su llegada al palacio del bandido Arbogad. «¡Ah!, dijo al pescador, Orcán merece ser castigado. Pero por lo general esas gentes son las más favorecidas por el destino. Sea como fuere, vete a casa del señor Cadór y espérame». Se separaron: el pescador se puso en marcha dando gracias a su destino, mientras Zadig echaba a correr maldiciendo siempre el suyo.

Capítulo XVI

El basilisco

Llegado a un hermoso prado, vio a varias mujeres que buscaban algo con mucha aplicación. Se tomó la libertad de acercarse a una de ellas y preguntarle si podía tener el honor de ayudarlas en sus búsquedas. «Guardaos de ello, respondió la siria, lo que nosotras buscamos sólo pueden tocarlo las mujeres. — Sí que es extraño, dijo Zadig; ¿puedo pedirros que me digáis qué es eso que sólo está permitido tocar a las mujeres? — Es un basilisco^[109], dijo ella. — ¿Un basilisco, señora? ¿Y por qué razón, si me permitís, buscáis un basilisco? — Es para nuestro amo y señor Ogul, cuyo castillo veis a orillas de ese río, al final del prado. Nosotras somos sus humildísimas esclavas; el señor Ogul está enfermo; su médico le ha ordenado comer un basilisco hervido en agua de rosas, y, como es un animal muy raro que sólo se deja coger por mujeres, el señor Ogul ha prometido elegir por su esposa bienamada a la que le lleve un basilisco; dejadme buscar, por favor, porque ya veis lo que me costaría si mis compañeras se me adelantaran».

Zadig dejó a aquella siria y a las otras buscar su basilisco, y continuó avanzando por el prado. Cuando estuvo a orillas de un riachuelo, se encontró con otra dama tendida sobre el césped y que no buscaba nada. Su talle parecía majestuoso, pero su rostro estaba cubierto por un velo. Estaba inclinada sobre el riachuelo; profundos suspiros salían de su boca. En una mano tenía una pequeña

varita con la que trazaba caracteres sobre una arena fina que había entre el césped y el riachuelo. Zadig sintió curiosidad por ver lo que aquella mujer escribía; se acercó, vio la letra Z, luego una A; quedó sorprendido; luego apareció una D; temblaba. Jamás hubo sorpresa igual a la suya cuando vio las dos últimas letras de su nombre. Permaneció algún tiempo inmóvil; por fin, rompiendo el silencio con voz entrecortada, dijo: «¡Oh, generosa dama!, perdonad a un extranjero, a un infortunado, atreverse a preguntaros por qué sorprendente aventura encuentro aquí el nombre de ZADIG trazado por vuestra mano divina». Al oír aquella voz y estas palabras, la dama alzó su velo con mano temblorosa, miró a Zadig, lanzó un grito de enternecimiento, de sorpresa y de alegría, y, sucumbiendo a todos los diversos sentimientos que asaltaban a la vez su alma, cayó desvanecida entre sus brazos. Era la propia Astarté, era la reina de Babilonia, era aquella que Zadig adoraba, y cuya adoración él se reprochaba; era aquella a la que tanto había llorado y cuyo destino tanto había temido. Quedó un momento privado del uso de sus sentidos, y cuando hubo fijado sus miradas en los ojos de Astarté, que volvían a abrirse con una languidez mezclada de confusión y ternura, exclamó: «¡Oh poderosos inmortales que presidís los destinos de los débiles humanos!, ¿me devolvéis a Astarté? ¿En qué momento, en qué lugar, en qué estado vuelvo a verla?». Se postró de rodillas ante Astarté, y puso su frente en el polvo de sus pies. La reina de Babilonia lo alza, y le hace sentarse a su lado, a orillas de aquel riachuelo; en muchas ocasiones secaba ella sus ojos, cuyas lágrimas siempre volvían a correr. Iniciaba veinte veces frases que sus gemidos interrumpían; le preguntaba sobre el azar que los reunía, y se anticipaba de repente a sus respuestas con otras preguntas. Comenzaba el relato de sus desgracias, y quería saber las de Zadig. Por último, después de haber aplacado algo ambos el tumulto de sus almas, Zadig le contó en pocas palabras por qué peripecia se hallaba en aquel prado. «Pero, ¡oh desventurada y respetable reina!, ¿cómo os encuentro en este lugar apartado, vestida de esclava, y acompañada de otras mujeres esclavas que buscan un basilisco para hervirlo en agua de rosas por orden del médico?

»— Mientras ellas buscan su basilisco, dijo la bella Astarté, voy a informaros de todo cuanto he sufrido, y de todo cuanto perdono al cielo ahora que vuelvo a veros. Sabéis que al rey mi marido le pareció mal que vos fueseis el más amable de todos los hombres; y por esa razón, una noche decidió ahorcaros a vos y envenenarme a mí. Ya sabéis cómo permitió el cielo que mi pequeño mudito me advirtiese de la orden de Su Sublime Majestad. Apenas el fiel Cadór os hubo forzado a obedecerme y a partir, osó entrar en mi casa en medio de la noche por una entrada secreta. Se apoderó de mí y me condujo al templo de Orosmán, donde el mago, hermano suyo, me encerró en una colosal estatua, cuya base se apoya en los cimientos del templo y cuya cabeza alcanza la bóveda. Estuve allí como

sepultada, pero servida por el mago, y sin que me faltase nada de lo necesario. Mientras tanto, al alba, el boticario de Su Majestad entró en mi habitación con una poción mezcla de beleño, de opio, de cicuta, de eléboro negro y de acónito; y otro oficial fue a buscaros a vuestra casa con una soga de seda azul. No encontraron a nadie. Para mejor engañar al rey, Cador simuló acusarnos a los dos. Dijo que vos habíais tomado el camino de las Indias, y yo el de Menfis: enviaron secuaces tras de vos y tras de mí.

»Los correos que me buscaban no me conocían. Yo casi nunca había mostrado mi rostro salvo a vos, en presencia y por orden de mi esposo. Ellos corrieron en mi persecución con el retrato que les hicieron de mi persona: una mujer de la misma talla que yo, y que quizá tenía más encantos, se ofreció a sus miradas en las fronteras de Egipto. Estaba desconsolada y errabunda. No dudaron de que aquella mujer fuera la reina de Babilonia; se la llevaron a Moabdar. Su error hizo que al principio el rey se encolerizase de forma violenta; pero pronto, tras mirar más de cerca a la mujer, la encontró muy bella, y se consoló. Se llamaba Misuf. Después me han dicho que en lengua egipcia ese nombre significa “la bella caprichosa”. Lo era, en efecto; pero tenía tanta artificiosidad como capricho. Agradó a Moabdar. Ella lo sedujo hasta el punto de hacerse declarar su mujer. Entonces su carácter se desarrolló por entero; se entregó sin miedo a todas las locuras de su imaginación. Quiso obligar al jefe de los magos, que era viejo y gotoso, a bailar delante de ella; y, tras la negativa del mago, lo persiguió violentamente. Ordenó a su caballero mayor hacerle una torta de confituras. El caballero mayor tuvo a bien decirle que él no era pastelero: hubo de hacer la torta, y lo expulsaron porque estaba demasiado quemada. Dio el cargo de caballero mayor a su enano, y el puesto de canciller a un paje. Así gobernó Babilonia. Todo el mundo me echaba de menos. El rey, que había sido un hombre bastante honesto hasta el momento en que quiso envenenarme y hacerme ahorcar, parecía haber ahogado sus virtudes en el amor prodigioso que sentía por la bella caprichosa. Fue al templo el gran día de la fiesta del fuego sagrado. Pude verle implorar a los dioses por Misuf a los pies de la estatua donde me hallaba encerrada. Alcé la voz y le grité: “Los dioses rechazan los votos de un rey vuelto tirano, que ha querido hacer morir a una mujer razonable para casarse con una extravagante”. Moabdar quedó confundido ante estas palabras hasta el punto de que su cabeza se nubló. El oráculo que yo había pronunciado y la tiranía de Misuf bastaban para hacerle perder el juicio. Se volvió loco en pocos días.

»Su locura, que pareció un castigo del cielo, fue la señal de la revuelta. Se sublevaron, acudieron a las armas. Babilonia, tanto tiempo hundida en una molición ociosa, se volvió teatro de una horrible guerra civil. Me sacaron del hueco de mi

estatua, y me pusieron a la cabeza de un partido. Cadór corrió a Menfis para haceros volver a Babilonia. Sabedor de estas funestas nuevas, el príncipe de Hircania llegó con su ejército para formar una tercera facción en Caldea. Atacó al rey, que echó a correr delante de él con su extravagante egipcia. Moabdar murió apuñalado. Misuf cayó en manos de los vencedores. Mi desventura quiso que también yo fuese capturada por una facción hircana, y que me llevaran ante el príncipe precisamente en el momento en que le llevaban a Misuf. Os sentiréis halagado, sin duda, al saber que el príncipe me encontró más bella que la egipcia; pero os molestará saber que me destinó a su serrallo. Me dijo de modo muy resuelto que, cuando hubiera terminado una expedición militar que iba a realizar, vendría a mí. Juzgad mi dolor. Mis vínculos con Moabdar estaban rotos, yo podía ser de Zadig; y caía en las cadenas de aquel bárbaro. Le respondí con todo el orgullo que me prestaban mi rango y mis sentimientos. Siempre había oído decir que el cielo daba a las personas de mi clase un carácter de grandeza que, con una palabra y una mirada, sometía al respeto más profundo a los temerarios que osaban apartarse de él. Hablé como reina; pero fui tratada como sirvienta. El hircano, sin dignarse siquiera dirigirme la palabra, dijo a su eunuco negro que yo era una impertinente, pero que me encontraba bonita. Le ordenó ocuparse de mí, y ponerme en el régimen de las favoritas, a fin de refrescarme el cutis y volverme más digna de sus favores el día en que él tuviera la posibilidad de honrarme. Yo le dije que me mataría; me replicó riendo que nadie se mataba, que estaba acostumbrado a aquellos modales, y me dejó como hombre que acaba de meter un loro en su jaula. ¡Qué situación para la primera reina del universo, y, diré más aún, para un corazón que era de Zadig!».

Tras estas palabras, Zadig se postró a sus rodillas y las bañó de lágrimas. Astarté lo alzó tiernamente, y continuó de esta manera: «Me veía en poder de un bárbaro, y rival de una loca con la que estaba encerrada. Ella me contó su aventura de Egipto. Por los rasgos con que os pintaba, por el tiempo, por el dromedario sobre el que ibais montado, por todas las circunstancias supe que era Zadig quien había luchado por ella. No dudé de que estabais en Menfis; tomé la decisión de retirarme allí. “Bella Misuf, le dije, vos sois mucho más complaciente que yo, y divertiréis mucho mejor que yo al príncipe de Hircania. Facilitadme los medios de escapar; vos reinaréis sola, vos me haréis feliz al desembarazaros de una rival”. Misuf concertó conmigo los medios de mi huida. Partí, pues, en secreto, con una esclava egipcia.

»Estaba ya cerca de Arabia cuando un famoso ladrón, llamado Arbogad, me raptó y me vendió a unos mercaderes que me trajeron a este castillo, donde vive el señor Ogul. Éste me compró sin saber quién era yo. Es un hombre voluptuoso que

sólo piensa en darse grandes comilonas, y que cree que Dios lo ha puesto en el mundo para sentarse a la mesa. Es de una gordura excesiva, que siempre está a punto de asfixiarlo. Su médico, en el que sólo confía cuando digiere bien, lo gobierna despóticamente cuando ha comido demasiado. Le ha convencido de que lo curaría con un basilisco hervido en agua de rosas. El señor Ogul ha prometido su mano a aquella de sus esclavas que le lleve un basilisco. Ya veis que yo las dejo afanarse en merecer ese honor, y nunca he tenido menos ganas de encontrar ese basilisco que desde que el cielo ha permitido que os vuelva a ver».

Entonces Astarté y Zadig se dijeron todo lo que sentimientos largo tiempo retenidos, todo lo que sus desgracias y sus amores podían inspirar a los corazones más nobles y más apasionados; y los genios que presiden el amor llevaron sus palabras hasta la esfera de Venus.

Las mujeres regresaron al palacio de Ogul sin haber encontrado nada. Zadig se hizo presentar a él, y le habló en estos términos: «¡Que la salud inmortal descienda del cielo para cuidar de todos vuestros días! Soy médico; he acudido a vos al oír los rumores de vuestra enfermedad, y os he traído un basilisco hervido en agua de rosas. No es que yo pretenda desposaros. Sólo os pido la libertad de una joven esclava de Babilonia que tenéis desde hace algunos días; y consiento en quedar en esclavitud en su lugar si no tengo la dicha de curar al magnífico señor Ogul».

La proposición fue aceptada. Astarté partió para Babilonia con el criado de Zadig, prometiendo enviarle constantemente un correo para instruirle de todo lo que pasara. Su despedida fue tan tierna como lo había sido su reencuentro. El momento en que uno se encuentra y el momento en que uno se separa son las dos mayores épocas de la vida, como dice el gran libro del *Zend*. Zadig amaba a la reina tanto como juraba, y la reina amaba a Zadig más de lo que le decía.

Mientras tanto, Zadig habló a Ogul de esta manera: «Señor, mi basilisco no se come, toda su virtud debe entrar en vos por los poros. Lo he puesto en un pequeño odre muy inflado y cubierto con una piel fina; es preciso que empujéis este odre con todas vuestras fuerzas y que yo os lo devuelva una y otra vez; y en pocos días de régimen, vos mismo veréis lo que mi arte puede». El primer día, Ogul quedó agotado, y creyó que moriría de fatiga. El segundo, estaba menos fatigado, y durmió mejor. En ocho días recuperó toda la fuerza, la salud, la ligereza y la alegría de sus más brillantes años. «Habéis jugado al balón, y habéis estado sobrio, le dijo Zadig; aprended que no hay basilisco en la naturaleza, que uno se encuentra siempre bien con sobriedad y ejercicio, y que el arte de hacer subsistir

juntas la falta de templanza y la salud es un arte tan quimérico como la piedra filosofal, la astrología judiciaria^[110] y la teología de los magos».

El primer médico de Ogul, dándose cuenta de cuán peligroso era aquel hombre para la medicina, se unió al boticario del cuerpo para mandar a Zadig a buscar basiliscos al otro mundo. Así, después de haber sido siempre castigado por haber obrado bien, estaba a punto de perecer por haber curado a un señor glotón. Lo invitaron a una cena excelente. En el segundo plato debía ser envenenado; pero recibió un correo de la bella Astarté durante el primero. Abandonó la mesa y partió. «Cuando uno es amado por una bella mujer, dice el gran Zoroastro, siempre sale de apuros en este mundo».

Capítulo XVII

Los combates

La reina había sido recibida en Babilonia con los transportes que siempre se tienen con una bella princesa que ha sido desgraciada. Babilonia parecía estar entonces más tranquila. El príncipe de Hircania había muerto en un combate. Los babilonios, vencedores, declararon que Astarté desposaría a quien se eligiera por soberano. No se quiso que el primer puesto del mundo, que sería el de marido de Astarté y de rey de Babilonia, dependiese de las intrigas y las cábalas. Juraron reconocer por rey al más valiente y más sabio. Una gran liza rodeada de anfiteatros magníficamente engalanados fue construida a varias leguas de la ciudad. Los combatientes debían dirigirse a ella completamente armados. Cada uno tenía detrás de los anfiteatros un aposento separado donde no debía ser visto ni conocido por nadie. Había que correr cuatro lanzas. Quienes fueran lo bastante afortunados para vencer a cuatro caballeros debían combatir después unos contra otros; de forma que quien quedara último dueño del campo sería proclamado vencedor de los juegos. Debía volver cuatro días después, con las mismas armas, y explicar los enigmas propuestos por los magos. Si no explicaba los enigmas, no era rey, y de nuevo había que empezar a correr lanzas hasta que se encontrara un hombre que fuera vencedor en estos dos combates; porque se quería absolutamente por rey al más valiente y al más sabio. Durante todo este tiempo, la reina debía ser estrechamente guardada: sólo se le permitía asistir a los juegos cubierta por un velo; pero no se la dejaría hablar con ninguno de los pretendientes, a fin de que no hubiera ni favor ni injusticia para ninguno.

Esto es lo que Astarté hacía saber a su amado, esperando que mostraría por ella más valor e ingenio que nadie. Él partió, y rogó a Venus que fortificara su

valor y esclareciese su mente. Llegó a orillas del Éufrates la víspera de aquel gran día. Hizo inscribir su divisa entre las de los combatientes, ocultando su rostro y su nombre como ordenaba la ley, y fue a descansar al aposento que le cayó en suerte. Su amigo Cador, que había vuelto a Babilonia tras haberle buscado inútilmente en Egipto, hizo llevar a su alojamiento una armadura completa que la reina le enviaba. También le hizo llegar de su parte el más hermoso caballo de Persia. Zadig reconoció a Astarté por estos presentes: su valor y su amor tomaron con ello nuevas fuerzas y nuevas esperanzas.

Al día siguiente, tras haber ido la reina a situarse bajo un dosel de pedrerías, y una vez ocupados los anfiteatros por todas las damas y por gentes de todos los rangos de Babilonia, los combatientes aparecieron en el circo. Cada uno fue a poner su divisa a los pies del gran mago. Se sortearon las divisas: la de Zadig fue la última. El primero que se adelantó era un señor muy rico, llamado Itobad, muy vano, poco valiente, muy torpe y sin ingenio. Sus criados lo habían persuadido de que un hombre como él debía ser rey; y él les había respondido: «Un hombre como yo debe reinar». Así pues, lo habían armado de pies a cabeza. Llevaba una armadura de oro esmaltada de verde, un penacho verde, una lanza adornada con cintas verdes. Por la forma en que Itobad guiaba su caballo pudo verse desde el principio que no era a un hombre como él a quien el cielo reservaba el cetro de Babilonia. El primer caballero que corrió contra él lo desmontó: el segundo lo derribó sobre la grupa de su caballo, con las dos piernas al aire y los brazos abiertos. Itobad se repuso, pero con tan mala gracia que todo el anfiteatro se echó a reír. Un tercer caballero no se dignó servirse de su lanza, sino que, pasando a su lado, lo agarró por la pierna derecha y le hizo dar una voltereta que terminó con él en la arena; los escuderos de los juegos corrieron hacia él riéndose y volvieron a ponerlo en la silla. El cuarto combatiente lo agarra por la pierna izquierda y le hace caer por el otro lado. Entre abucheos lo llevaron a su alojamiento, donde debía pasar la noche según la ley; y él decía mientras caminaba con esfuerzo: «¡Qué aventura para un hombre como yo!».

Los demás caballeros cumplieron mejor con su deber. Hubo quienes vencieron a dos combatientes seguidos, algunos llegaron hasta tres. Sólo el príncipe Otame venció a cuatro. Por último le llegó el turno a Zadig; desmontó a cuatro jinetes seguidos con la mayor gracia posible. Hubo que ver, por tanto, quién sería vencedor, Otame o Zadig. El primero llevaba armas azules y doradas con un penacho igual; las de Zadig eran blancas. Todos los votos se repartían entre el caballero azul y el caballero blanco. La reina, cuyo corazón palpitaba, rezaba al cielo pidiendo ayuda para el color blanco.

Los dos campeones hicieron pasadas y vueltas con tanta agilidad, se dieron tan hermosas lanzadas y estaban tan firmes sobre sus arzones, que todo el mundo, salvo la reina, deseaba que hubiera dos reyes en Babilonia. Por último, cansados sus caballos y rotas sus lanzas, Zadig empleó la siguiente estratagema: pasa por detrás del príncipe azul, se lanza sobre la grupa de su caballo, lo agarra por la cintura, lo arroja a tierra, monta en su propia silla y caracolea alrededor de Otame tendido en la plaza. Todo el anfiteatro grita: «¡Victoria del caballero blanco!». Otame, indignado, se levanta, saca su espada; Zadig salta del caballo sable en mano. Ya tenemos ahí a los dos en la arena, librando un nuevo combate, donde la fuerza y la agilidad triunfan alternativamente. Las plumas de su yelmo, los clavos de sus brazaletes, las mallas de su armadura saltan lejos bajo mil golpes precipitados. Golpean con la punta y con la hoja, a izquierda y derecha, sobre frente y pecho; retroceden, avanzan, se miden, se reúnen, se agarran, se repliegan como serpientes, se atacan como leones: en todo instante las chispas brotan de los golpes que se dan. Finalmente, tras recobrase un momento, Zadig se detiene, hace una finta, pasa sobre Otame, le hace caer, lo desarma, y Otame exclama: «¡Oh, caballero blanco!, vos sois quien debe reinar en Babilonia». La reina estaba en el colmo de la alegría. Llevan al caballero azul y al caballero blanco a sus alojamientos, así como a los demás, tal como estaba mandado por la ley. Unos mudos fueron a servirlos y a llevarles de comer. Júzguese si el pequeño mudo de la reina no fue el que sirvió a Zadig. Luego los dejaron dormir solos hasta la mañana siguiente, momento en que el vencedor debía llevar su divisa al gran mago para confrontarla y darse a conocer.

Aunque enamorado, Zadig durmió: tan fatigado estaba. Itobad, que se acostaba junto a él, no durmió. Se levantó durante la noche, entró en su alojamiento, cogió las armas blancas de Zadig con su divisa y puso la armadura verde en su lugar. Llegada el alba, se presentó orgullosamente ante el gran mago para declarar que un hombre como él era el vencedor. No era lo habitual, pero fue proclamado mientras Zadig aún dormía. Astarté, sorprendida y con la desesperación en el corazón, se volvió a Babilonia. Todo el anfiteatro estaba ya casi vacío cuando Zadig se despertó: buscó sus armas, y no encontró más que aquella armadura verde. Estaba obligado a cubrirse con ella, al no tener nada más a su lado. Sorprendido e indignado, se la pone furioso, y marcha con aquel atuendo.

Cuantos aún quedaban en el anfiteatro y en el circo lo recibieron con abucheos. Lo rodeaban, lo insultaban a la cara. Jamás hombre alguno sufrió mortificaciones tan humillantes. Perdió la paciencia: apartó a sablazos al populacho que osaba ultrajarlo; pero no sabía qué decisión tomar. No podía ver a la reina, no podía reclamar la armadura blanca que ella le había enviado: hubiera

sido comprometerla; por eso, mientras ella estaba sumida en el dolor, él era presa de la furia y la inquietud. Paseaba a orillas del Éufrates persuadido de que su estrella lo destinaba a ser desventurado sin remisión, repasando en su mente todas sus desgracias, desde la aventura de la mujer que odiaba a los tuertos hasta la de su armadura. «Esto pasa por haberme despertado demasiado tarde, decía; si hubiera dormido menos, sería rey de Babilonia, poseería a Astarté. Las ciencias, las costumbres y el valor nunca han servido más que para mi infortunio». Por último no pudo dejar de murmurar contra la Providencia, y estuvo tentado a creer que todo estaba gobernado por un destino cruel que oprimía a los buenos y hacía prosperar a los caballeros verdes. Uno de sus pesares era llevar aquella armadura verde que le había ganado tantos abucheos. Pasó un mercader, se la vendió a vil precio, y compró al mercader unas ropas y un bonete largo. Con este atuendo paseaba a orillas del Éufrates lleno de desesperación y acusando en secreto a la Providencia que lo perseguía constantemente.

Capítulo XVIII

El ermitaño

Caminando encontró a un ermitaño cuya barba blanca y venerable le llegaba hasta la cintura. Llevaba en la mano un libro que leía atentamente. Zadig se detuvo, y le hizo una profunda reverencia. El ermitaño lo saludó con un aire tan noble y tan dulce que Zadig sintió la curiosidad de hablarle. Le preguntó qué libro leía: «Es el libro de los destinos, dijo el ermitaño, ¿queréis leer algo en él?». Puso el libro en las manos de Zadig, quien, por más instruido que estuviera en varias lenguas, no pudo descifrar un solo carácter del libro. Esto aumentó todavía más su curiosidad. «Me parecéis muy apenado, le dijo aquel buen padre. — ¡Ay, motivos tengo!, dijo Zadig. — Si permitís que os acompañe, prosiguió el anciano, quizás os sea útil: a veces he derramado sentimientos de consuelo en el alma de los desventurados». Zadig sintió respeto por el aire, por la barba y por el libro del ermitaño. En la conversación encontró en él luces superiores. El ermitaño hablaba del destino, de la justicia, de la moral, del soberano bien, de la debilidad humana, de las virtudes y de los vicios con una elocuencia tan viva y tan conmovedora que Zadig se sintió arrastrado hacia él por un encanto invencible. Le suplicó con insistencia que no lo abandonara hasta que estuvieran de regreso en Babilonia. «Yo también os pido esa gracia, le dijo el anciano; juradme por Orosmán que no os separaréis de mí hasta dentro de unos días, pase lo que pase». Zadig lo juró y partieron juntos.

Los dos viajeros llegaron por la noche a un castillo magnífico. El ermitaño

pidió hospitalidad para él y para el joven que lo acompañaba. El portero, al que se hubiera tomado por un gran señor, los introdujo con una especie de bondad desdeñosa. Los presentó a un criado principal, que les mostró los magníficos aposentos del dueño. Fueron admitidos a su mesa, en el extremo inferior, sin que el señor del castillo les honrase con una mirada; pero fueron servidos como los demás, con delicadeza y abundancia. Luego les ofrecieron una palangana de oro guarnecida de esmeraldas y rubíes para lavarse. Los llevaron a dormir a una hermosa habitación, y al día siguiente un criado entregó a cada uno una moneda de oro, tras lo cual los despidió.

«El dueño de la casa, dijo Zadig en camino, me parece un hombre generoso, aunque algo orgulloso; ejerce noblemente la hospitalidad». Al decir estas palabras, se dio cuenta de que una especie de bolso muy amplio que llevaba el ermitaño parecía tenso e inflado: vio en él la palangana de oro guarnecida de pedrerías, que éste había robado. Al principio no se atrevió a decirle nada, pero estaba extrañamente sorprendido.

Hacia el mediodía, el ermitaño se presentó a la puerta de una casa muy pequeña donde se alojaba un rico avaro; pidió hospitalidad por algunas horas. Un viejo criado mal vestido los recibió con tono rudo, e hizo entrar al ermitaño y a Zadig en la cuadra, donde les dieron algunas olivas podridas, un mal pan y cerveza picada. El ermitaño bebió y comió con un aire tan feliz como la víspera; luego, dirigiéndose al viejo criado que observaba a los dos para ver si no robaban nada y que los urgía partir, le dio las dos monedas de oro que había recibido por la mañana y le agradeció todas sus atenciones. «Os ruego, añadió, que me hagáis hablar con vuestro amo». El criado, sorprendido, introdujo a los dos viajeros. «Magnífico señor, dijo el ermitaño, no puedo más que rendiros las más humildes gracias por la noble manera en que nos habéis recibido: dignaos aceptar esta palangana de oro como débil prenda de mi gratitud». El avaro estuvo a punto de caerse patas arriba. El ermitaño no le dio tiempo de recuperarse de su sorpresa; partió lo más deprisa que pudo con su joven viajero: «Padre mío, le dijo Zadig, ¿qué es lo que veo? En mi opinión no os parecéis en nada a los demás hombres: robáis una palangana de oro guarnecida de pedrerías a un señor que os recibe magníficamente, y se la dais a un avaro que os trata indignamente. — Hijo mío, respondió el viejo, ese hombre magnífico, que sólo recibe a los forasteros por vanidad y para hacer admirar sus riquezas, se volverá más sabio; el avaro aprenderá a ejercer la hospitalidad: no os asombréis de nada y seguidme». Zadig no sabía aún si tenía que vérselas con el más loco o con el más cuerdo de todos los hombres; pero el ermitaño hablaba con tanto ascendiente que Zadig, ligado además por su juramento, no pudo dejar de seguirle.

Llegaron por la noche a una casa agradablemente construida, pero sencilla, donde nada dejaba traslucir prodigalidad ni avaricia. El dueño era un filósofo retirado del mundo que cultivaba en paz la sabiduría y la virtud, y que, sin embargo, no se aburría. Se había complacido en construir aquel retiro, en el que recibía a los forasteros con una nobleza que nada tenía de ostentación. Fue incluso hacia los dos viajeros, a los que hizo descansar primero en un cómodo aposento. Poco después, fue él mismo a invitarlos a una comida conveniente y bien aderezada, durante la cual habló con discreción de las últimas revoluciones de Babilonia. Pareció sinceramente vinculado a la reina, y deseó que Zadig hubiera aparecido en la liza para disputar la corona. «Pero los hombres, añadió, no merecen tener un rey como Zadig». Éste se ruborizaba y sentía aumentar sus dolores. En la conversación admitió que las cosas de este mundo no siempre iban al gusto de los más sabios. El ermitaño seguía sosteniendo que no se conocían las vías de la Providencia, y que los hombres se equivocaban al juzgar sobre un todo del que no percibían sino la parte más pequeña.

Hablaron de las pasiones. «¡Ah, qué funestas son!, decía Zadig. — Son los vientos los que hinchán las velas del bajel, prosiguió el ermitaño; algunas veces lo sumergen, pero sin ellas no se podría bogar. La bilis origina cólera y enfermedad; pero sin la bilis el hombre no podría vivir. Todo es peligroso en este mundo, y todo es necesario».

Hablaron del placer, y el ermitaño probó que es un regalo de la Divinidad: «Porque el hombre no puede darse ni sensaciones ni ideas, dijo, todo lo recibe; la pena y el placer le vienen de fuera, como su ser».

Zadig admiraba cómo un hombre que había hecho cosas tan extravagantes podía razonar tan bien. Por último, después de una conversación tan instructiva como agradable, el huésped llevó a sus dos viajeros a su aposento, bendiciendo al cielo por haberle enviado dos hombres tan sabios y tan virtuosos. Les ofreció dinero de una manera sencilla y noble que no podía desagradar. El ermitaño lo rehusó y le dijo que se despedía de él, porque contaba con partir para Babilonia antes del alba. Su separación fue afectuosa: sobre todo Zadig se sentía lleno de estima y de inclinación por un hombre tan amable.

Cuando el ermitaño y él estuvieron en su aposento hicieron durante mucho tiempo el elogio de su huésped. El anciano despertó a su compañero al alba: «Hay que partir, dijo; pero mientras todo el mundo duerme, quiero dejar a este hombre un testimonio de mi estima y de mi afecto». Mientras decía estas palabras, cogió una antorcha y pegó fuego a la casa. Zadig espantado, lanzó gritos y quiso

impedirle cometer una acción tan horrorosa. El ermitaño lo arrastraba con una fuerza superior; la casa estaba en llamas. El ermitaño, que ya estaba bastante lejos con su compañero, la miraba arder tranquilamente. «¡Gracias a Dios!, dijo; he ahí la casa de mi querido huésped destruida de los cimientos al tejado. ¡Qué hombre tan afortunado!». Ante estas palabras, Zadig estuvo tentado a la vez de estallar de risa, de injuriar al reverendo padre, de golpearlo y de huir, pero no hizo nada de todo eso y, siempre seducido por el ascendiente del ermitaño, lo siguió a pesar suyo al último lugar donde debían dormir.

Fue éste a la casa de una viuda caritativa y virtuosa que tenía un sobrino de catorce años, lleno de atractivos y su única esperanza. Hizo lo mejor que pudo los honores de su casa. Al día siguiente ordenó a su sobrino acompañar a los viajeros hasta un puente que, roto hacía poco, se había vuelto un paso peligroso. El joven, presuroso, camina delante de ellos. Cuando estuvieron en el puente, dijo el ermitaño al joven: «Venid, es preciso que manifieste mi gratitud a vuestra tía». Lo agarra entonces por el pelo y lo arroja al río. El joven cae, reaparece un momento sobre el agua, y es arrastrado al abismo por el torrente. «¡Oh, monstruo! ¡Oh, tú, el más malvado de todos los hombres!, exclamó Zadig. — Me habíais prometido paciencia, le dijo el ermitaño interrumpiéndolo; sabed que bajo las ruinas de esa casa a la que la Providencia prendió fuego, el dueño ha encontrado un tesoro inmenso; sabed que este joven, a quien la Providencia ha retorcido el cuello, habría asesinado a su tía dentro de un año, y a vos dentro de dos. — ¿Quién te lo ha dicho, bárbaro?, gritó Zadig, y aunque hubieras leído ese suceso en tu libro de los destinos, ¿te está permitido ahogar a un niño que no te ha hecho ningún mal?».

Mientras el babilonio hablaba, se dio cuenta de que el anciano ya no tenía barba, de que su rostro adquiriría los rasgos de la juventud. Su hábito de ermitaño desapareció; cuatro hermosas alas cubrían su cuerpo majestuoso y resplandeciente de luz: «¡Oh, enviado del cielo! ¡Oh, ángel divino!, exclamó Zadig prosternándose, ¿has descendido entonces del empíreo para enseñar a un débil mortal a someterse a las órdenes eternas? — Los hombres, dijo el ángel Jesrad^[111], juzgan de todo sin conocer nada; tú eres el hombre que entre todos más merecía ser esclarecido». Zadig le pidió permiso para hablar: «Desconfío de mí mismo, dijo; pero me atrevería a suplicarte que me aclararas una duda: ¿no sería mejor haber corregido a ese niño y haberlo vuelto virtuoso que ahogarlo?». Jesrad contestó: «Si hubiera sido virtuoso, y si hubiera vivido, su destino era ser asesinado junto con la mujer con la que debía casarse y el hijo que debía nacer de ambos. — Pero ¡cómo!, dijo Zadig, ¿es preciso, entonces, que haya crímenes y desgracias, y que las desgracias caigan sobre las gentes de bien? — Los malvados, respondió Jesrad, son siempre desgraciados; sirven para probar a un pequeño número de justos diseminados

sobre la tierra, y no hay mal del que no nazca un bien. — Pero, dijo Zadig, ¿y si no hubiera más que bien y no existiera el mal? — Entonces, contestó Jesrad, esta tierra sería otra tierra; el encadenamiento de los sucesos sería otro orden distinto de sabiduría; y ese otro orden, que sería perfecto, sólo ha de estar en la morada eterna del Ser supremo, a quien el mal no puede acercarse. Ha creado millones de mundos, ninguno de los cuales puede parecerse al otro. Esta inmensa variedad es un atributo de su poder inmenso. No hay ni dos hojas de árbol sobre la tierra, ni dos globos en los campos infinitos del cielo que sean semejantes; y todo lo que ves sobre el pequeño átomo en que has nacido debía estar en su lugar y en su tiempo fijo, según las órdenes inmutables de aquél que lo abarca todo. Los hombres piensan que este niño que acaba de perecer ha caído al agua por azar, que por un azar semejante se quemó aquella casa; pero no hay azar; todo es prueba, o castigo, o recompensa, o previsión. Acuérdate de aquel pescador que se creía el más desventurado de todos los hombres. Orosmán te envió para cambiar su destino. Débil mortal, deja de disputar contra lo que hay que adorar. — Pero...», dijo Zadig. Cuando decía *pero* el ángel ya empezaba a volar hacia la décima esfera. Zadig, de rodillas, adoró a la Providencia y se sometió. El ángel le gritó desde lo alto de los aires: «Sigue tu camino hacia Babilonia».

Capítulo XIX

Los enigmas

Fuera de sí y como un hombre a cuyo lado acaba de caer el rayo, Zadig caminaba al azar. Entró en Babilonia el día en que los que habían combatido en la liza ya estaban reunidos en el gran vestíbulo de palacio para explicar los enigmas, y para responder a las preguntas del gran mago. Todos los caballeros habían llegado, excepto la armadura verde. Desde el momento en que Zadig apareció en la ciudad, el pueblo se reunió a su alrededor; los ojos no se saciaban de verlo, ni las bocas de bendecirlo, ni los corazones de desearle el imperio. El Envidioso lo vio pasar, tembló y se apartó; el pueblo lo llevó hasta el lugar de la asamblea. La reina, a quien informaron de su llegada, fue presa de la agitación del temor y la esperanza; la inquietud la devoraba: no podía comprender ni por qué Zadig estaba sin armas, ni cómo Itobad llevaba la armadura blanca. Un murmullo confuso se elevó a la vista de Zadig. Estaban sorprendidos y encantados de volver a verlo; pero sólo a los caballeros que habían combatido les estaba permitido comparecer en la asamblea.

«Yo he combatido como los otros, dijo; pero otro lleva aquí mis armas; y a la espera de tener el honor de probarlo pido permiso para presentarme y explicar los

enigmas». Se decidió a votos; su reputación de probidad estaba tan fuertemente impresa en los espíritus que no vacilaron en admitirlo.

El gran mago propuso primero esta cuestión: «¿Cuál es, de todas las cosas del mundo, la más larga y la más corta, la más rauda y la más lenta, la más divisible y la más extensa, la más descuidada y la más lamentada, sin la que nada puede hacerse, que devora todo lo que es pequeño y vivifica todo lo que es grande?».

Le correspondía hablar a Itobad. Respondió que un hombre como él nada entendía de enigmas, y que le bastaba con haber vencido a lanzazos. Unos dijeron que la clave del enigma era la fortuna, otros la tierra, otros la luz. Zadig dijo que era el Tiempo. «Nada es más largo, añadió, puesto que es la medida de la eternidad; nada es más corto, puesto que falta a todos nuestros proyectos; nada es más lento para quien espera; nada es más rápido para quien goza; se extiende hasta el infinito en grandeza; se divide hasta el infinito en pequeñez; todos los hombres lo descuidan, todos lamentan su pérdida; nada se hace sin él; hace olvidar cuanto es indigno de la posteridad, e inmortaliza las cosas grandes». La asamblea convino en que Zadig tenía razón.

Luego preguntaron: «¿Qué cosa es la que se recibe sin agradecer, de la que se goza sin saber cómo, que se da a los otros cuando no se sabe donde está, y que se pierde sin darse cuenta?».

Todos dieron su opinión. Sólo Zadig adivinó que era la Vida. Explicó todos los demás enigmas con igual facilidad. Itobad decía siempre que no había nada más sencillo, y que habría acertado con la misma facilidad de haberse tomado la molestia. Se plantearon cuestiones sobre la justicia, sobre el soberano bien, sobre el arte de reinar. Las respuestas de Zadig fueron consideradas las más sólidas. «Es una lástima, decían, que una inteligencia tan buena pertenezca a un caballero tan malo.

»— Ilustres señores, dijo Zadig, he tenido el honor de vencer en la liza. Es a mí a quien pertenece la armadura blanca. El señor Itobad se apoderó de ella mientras yo dormía; aparentemente juzgó que le sentaría mejor que la verde. Estoy dispuesto a probar ante vosotros, con mi vestido y mi espada, y frente a la hermosa armadura que me ha robado, que soy yo quien ha tenido el honor de vencer al valiente Otame».

Itobad aceptó el desafío con la mayor confianza. No dudaba de que con

yelmo, coraza y brazales había de vencer fácilmente a un paladín con gorro de noche y bata de andar por casa. Zadig sacó su espada saludando a la reina, que lo miraba llena de alegría y de temor. Itobad sacó la suya, sin saludar a nadie. Avanzó hacia Zadig como hombre que no tenía nada que temer. Estaba dispuesto a henderle la cabeza; Zadig supo parar el golpe, oponiendo lo que se llama lo fuerte de la espada a lo débil de su adversario, de modo que la espada de Itobad se rompió. Entonces Zadig, cogiendo a su enemigo por el cuerpo, lo derribó a tierra y, poniéndole la punta de su espada en el punto débil de la coraza: «Dejaos desarmar, dijo, u os mato». Itobad, siempre sorprendido por las desgracias que le ocurrían a un hombre como él, dejó hacer a Zadig, que tranquilamente le quitó su magnífico yelmo, su soberbia coraza, sus bellos brazales y sus brillantes quijotes, se los puso y corrió, vestido de tal guisa, a postrarse a las rodillas de Astarté. Cador probó fácilmente que la armadura pertenecía a Zadig. Fue reconocido por rey con sentimiento unánime, y sobre todo con el de Astarté, quien, tras tantas adversidades, saboreaba la dulzura de ver a su amado digno de ser su esposo a los ojos del universo. Itobad se fue a su casa para que alguien lo llamase señor. Zadig fue rey y fue feliz. Tenía presente en su mente lo que le había dicho el ángel Jesrad. Se acordaba incluso del grano de arena convertido en diamante. La reina y él adoraron a la Providencia. Zadig dejó a la bella caprichosa Misuf correr mundo. Envió en busca del bandido Arbogad, al que otorgó un grado honorable en su ejército, con promesa de promoverle a las primeras dignidades si se comportaba como verdadero guerrero, y de hacerle colgar si hacía el oficio de bandido.

Setoc fue llamado desde el fondo de Arabia, junto con la bella Almona, para ponerse al frente del comercio de Babilonia. Cador fue colocado y querido según sus servicios; fue el amigo del rey, y el rey fue entonces el único monarca de la tierra que tuvo un amigo. El mudito no fue olvidado. Dieron una hermosa casa al pescador. Orcán fue condenado a pagarle una gruesa suma y a devolverle su mujer; pero el pescador, que se había vuelto sabio, sólo cogió el dinero.

Ni la bella Semira se consolaba de haber creído que Zadig sería tuerto, ni Azora cesaba de llorar por haber querido cortarle la nariz. Él endulzó sus dolores con regalos. El Envidioso murió de rabia y de vergüenza. El imperio gozó de paz, de gloria y de abundancia: aquél fue el siglo más hermoso de la tierra: estaba gobernada por la justicia y por el amor. Bendecían a Zadig, y Zadig bendecía al cielo.

Apéndice

La danza

Setoc debía ir, por asuntos de su comercio, a la isla de Serendib^[112]; pero el primer mes de su matrimonio que es, como se sabe, la luna de miel, no le permitía ni dejar a su mujer ni creer que pudiera dejarla nunca: rogó a su amigo Zadig que hiciese el viaje por él. «¡Ay!, decía Zadig, ¿debo poner mayor espacio aún entre la bella Astarté y yo? Pero tengo que servir a mis bienhechores». Diciendo esto, lloró y partió.

En la isla de Serendib no tardó mucho en ser mirado como un hombre extraordinario. Se convirtió en árbitro de todos los diferendos entre negociantes, el amigo de los sabios, el consejo del pequeño número de gentes que toman consejo. El rey quiso verle y oírle. Pronto supo cuánto valía Zadig; tuvo confianza en su sabiduría, y lo hizo su amigo. La familiaridad y la estima del rey hicieron temblar a Zadig. Día y noche estaba imbuido de la desgracia que le habían traído las bondades de Moabdar. «Agrado al rey, decía, ¿no estaré perdido?». Sin embargo, no podía alejarse de los favores de Su Majestad; porque hemos de confesar que Nabussán, rey de Serendib, hijo de Nussanab, hijo de Nabassún, hijo de Sanbusna, era uno de los mejores príncipes del Asia, y una vez que se hablaba con él, era difícil no amarle.

Este buen príncipe siempre era alabado, engañado y robado; saqueaban a cual más sus tesoros. El recaudador general de la isla de Serendib daba siempre ese ejemplo, fielmente seguido por los demás. El rey lo sabía: había cambiado de tesorero varias veces, pero no había podido cambiar la moda establecida de repartir las rentas del rey en dos mitades desiguales, la más pequeña de las cuales iba a parar siempre a Su Majestad, y la mayor a los administradores.

El rey Nabussán confió su pena al sabio Zadig. «Vos que sabéis tantas cosas hermosas, le dijo, ¿no sabrías cómo puedo encontrar un tesorero que no me robe? — Desde luego, respondió Zadig; sé un método infalible para daros un hombre que tenga las manos limpias». El rey, encantado, le preguntó abrazándolo cómo debía actuar. «Basta, dijo Zadig, con que todos los que se presenten para la dignidad de tesorero bailen, y el que baile con mayor ligereza será infaliblemente el hombre más honrado. — Os burláis de mí, dijo el rey; vaya una forma extravagante de elegir un recaudador de mis finanzas. ¡Cómo! ¿Pretendéis que quien mejor haga un trenzado será el financiero más íntegro y más hábil? — No os respondo de que sea el más hábil, contestó Zadig; pero os aseguro que indudablemente será el hombre más honrado». Zadig hablaba con tanta confianza

que el rey creyó que tenía algún secreto sobrenatural para conocer a los financieros. «No me gusta lo sobrenatural, dijo Zadig; las gentes y los libros de prodigios siempre me han desagradado. Si Vuestra Majestad quiere dejarme hacer la prueba que le propongo, quedará totalmente convencido de que mi secreto es la cosa más simple y más fácil». Nabussán, rey de Serendib, se sorprendió mucho más al oír que el secreto era tan simple que si le hubieran dicho que se trataba de un milagro. «Pues bien, dijo, haced lo que creáis conveniente. — Dejádme hacer, dijo Zadig, en esta prueba ganaréis más de lo que pensáis». El mismo día hizo publicar, en nombre del rey, que todos los que pretendieran el empleo de alto recaudador de dineros de Su Graciosa Majestad Nabussán, hijo de Nusanab, se dirigieran, en ropa de seda ligera, el primer día de la luna del cocodrilo, a la antecámara del rey. Allí acudieron sesenta y cuatro. Habían traído violines a un salón cercano; todo estaba preparado para el baile, pero la puerta de aquel salón seguía cerrada; y para entrar en él había que pasar por una pequeña galería bastante oscura. Un ujier fue a buscar e introducir a todos los candidatos, uno tras otro, por aquel pasaje en el que se los dejaba solos unos minutos. El rey, que estaba al tanto, había expuesto todos sus tesoros en aquella galería. Cuando todos los pretendientes hubieron llegado al salón, Su Majestad ordenó que los hicieran bailar. Nunca se danzó con más pesadez y con menos gracia; todos tenían la cabeza gacha, los riñones curvados y las manos pegadas a los costados. «¡Vaya unos bribones!», decía en voz baja Zadig. Sólo uno de todos ellos hacía los pasos con agilidad, con la cabeza alta, la mirada segura, los brazos extendidos, el cuerpo derecho y las corvas firmes. «¡Ah!, ese hombre es el honrado, ése es el hombre bueno», decía Zadig. El rey abrazó al buen danzarín, lo nombró tesorero, y todos los demás fueron castigados y multados con la mayor justicia del mundo; porque todos, durante el tiempo que habían estado en la galería, se habían llenado los bolsillos y apenas si podían caminar. El rey se sintió dolido con la naturaleza humana porque entre aquellos sesenta y cuatro danzarines hubiera sesenta y tres bribones. La galería oscura fue llamada «el corredor de la tentación». En Persia se habría empalado a aquellos sesenta y tres señores; en otros países se hubiera formado un tribunal de justicia, que habría consumido en gastos el triple del dinero robado, y que no habría metido nada en los cofres del soberano; en otro reino, se hubieran justificado plenamente y habrían hecho caer en desgracia a aquel danzarín tan ligero; en Serendib, sólo fueron condenados a aumentar el tesoro público, porque Nabussán era muy indulgente.

Era también muy agradecido: dio a Zadig una suma de dinero más considerable de la que ningún tesorero había robado nunca al rey su amo. Zadig la empleó para enviar correos a Babilonia, que debían informarle del destino de Astarté. Su voz tembló al dar aquella orden, su sangre refluyó hacia su corazón,

sus ojos se cubrieron de tinieblas, su alma estuvo a punto de abandonarlo. El correo partió, Zadig lo vio embarcar; regresó a casa del rey, sin ver a nadie, creyendo hallarse en su cuarto y pronunciando la palabra «amor». «¡Ah!, el amor, dijo el rey, de eso se trata precisamente; habéis adivinado mi mayor pesadumbre. ¡Qué gran hombre sois! Espero que me enseñéis a conocer una mujer a toda prueba, de la misma forma que me habéis hecho encontrar un tesorero desinteresado». Zadig, vuelto en sí, le prometió servirle en amor igual que en finanzas, aunque la cosa pareciese más difícil todavía.

Los ojos azules

«El cuerpo y el corazón», dijo el rey a Zadig... Al oír estas palabras, el babilonio no pudo dejar de interrumpir a Su Majestad. «¡Cuánto os agradezco, dijo, que no hayáis dicho “el espíritu y el corazón”!^[113], porque sólo se oyen esas palabras en las conversaciones de Babilonia; sólo se ven libros donde se trata del corazón y del espíritu escritos por gentes que no tienen ni el uno ni el otro; pero, por favor, Sire, proseguid». Nabussán continuó así: «En mí, el cuerpo y el corazón están destinados a amar; la primera de estas dos potencias tiene todos los motivos para estar satisfecha. Aquí tengo cien mujeres a mi servicio, todas ellas hermosas, complacientes, solícitas, voluptuosas incluso, o que fingen serlo conmigo. Mi corazón no es por ello mucho más feliz. De sobra sé por experiencia que acarician mucho al rey de Serendib, y que nadie se preocupa demasiado de Nabussán. No es que crea infieles a mis mujeres; pero quisiera encontrar un alma que fuese mía; daría por un tesoro semejante las cien bellezas cuyos encantos poseo; ved si entre esas cien sultanas podéis encontrarme una de la que esté seguro de ser amado».

Zadig le respondió como había hecho en el asunto de los financieros. «Sire, dejadme hacer; mas permitid ante todo que disponga de lo que habéis expuesto en la galería de la tentación; os daré cumplida cuenta de ello y no perderéis nada». El rey le dejó obrar como dueño absoluto. Escogió en Serendib treinta y tres pequeños jorobados, los más viles que pudo encontrar, los treinta y tres pajes más hermosos, y los treinta y tres bonzos más elocuentes y vigorosos. A todos les permitió entrar en las celdas de las sultanas; cada jorobadito tuvo cuatro mil monedas de oro para dar, y desde el primer día todos los jorobados fueron felices. Los pajes, que no tenían nada que dar más que a sí mismos, sólo triunfaron al cabo de dos o tres días. A los bonzos les costó más trabajo; pero al fin treinta y tres devotas se rindieron a ellos. El rey, por unas celosías que daban a todas las celdas, vio aquellas pruebas y quedó maravillado. De sus cien mujeres, noventa y nueve sucumbieron ante sus ojos.

Quedaba una muy joven, muy nueva, a la que Su Majestad nunca se había acercado. Le enviaron uno, dos, tres jorobados, que le ofrecieron hasta veinte mil monedas; fue incorruptible, y no pudo dejar de reírse ante la idea que tenían aquellos jorobados creyendo que el dinero mejoraría su figura. Le presentaron a los dos pajes más bellos: ella dijo que el rey aún le parecía más hermoso. Le soltaron al más elocuente de los bonzos, y luego al más intrépido; encontró charlatán al primero, y no se dignó siquiera suponer el mérito del segundo. «El corazón lo es

todo, decía, no cederé nunca ni al oro de un jorobado, ni a las gracias de un joven, ni a las seducciones de un bonzo; sólo amaré a Nabussán, hijo de Nussanab, y esperaré a que se digne amarme». El rey quedó henchido de alegría, de asombro y de ternura. Recuperó todo el dinero que había ayudado a triunfar a los jorobados, y se lo regaló a la bella Falida; ése era el nombre de la joven. Él le dio su corazón; ella lo merecía. Nunca la flor de la juventud fue tan brillante, nunca los encantos de su belleza fueron tan encantadores. La verdad de la historia no permite callar que hacía mal la reverencia; pero bailaba como las hadas, cantaba como las sirenas y hablaba como las Gracias: estaba llena de talentos y virtudes.

Nabussán, amado, la adoró; pero tenía los ojos azules, y ésa fue la fuente de las mayores desgracias. Había una antigua ley que prohibía a los reyes amar a una de esas mujeres que los griegos llamaron luego *boopis*^[114]. El jefe de los bonzos había establecido esta ley que tenía más de cinco mil años; para adueñarse de la amante del primer rey de la isla de Serendib, aquel primer bonzo había hecho del anatema de los ojos azules una constitución fundamental del Estado. Todos los órdenes del imperio fueron a reprochárselo a Nabussán. Se decía públicamente que los últimos días del reinado estaban cerca, que la abominación había llegado a su colmo, que toda la naturaleza sufría la amenaza de un suceso siniestro; que, en una palabra, Nabussán, hijo de Nussanab, amaba a dos grandes ojos azules. Los jorobados, los financieros, los bonzos y las mujeres de ojos castaños llenaron el reino con sus quejas.

Los pueblos salvajes que habitan al norte de Serendib aprovecharon este descontento general. Irrumpieron en los Estados del buen Nabussán, que pidió ayuda a sus súbditos; los bonzos, que poseían la mitad de las rentas del Estado, se contentaron con alzar las manos al cielo y se negaron a meterlas en sus cofres para ayudar al rey^[115]. Hicieron hermosas plegarias con música, y dejaron el Estado presa de los bárbaros.

«¡Oh!, mi querido Zadig, ¿me sacarás una vez más de este horrible apuro?, exclamó dolorosamente Nabussán. — Con mucho gusto, respondió Zadig; tendréis de los bonzos todo el dinero que queráis. Abandonad las tierras donde están situados sus castillos, y defended sólo las vuestras». Nabussán no dejó de hacerlo: los bonzos fueron a postrarse a los pies del rey y a implorar su ayuda. El rey respondió con una bella música cuyas palabras eran plegarias al cielo por la conservación de sus tierras. Finalmente, los bonzos dieron el dinero, y el rey remató felizmente la guerra. De este modo Zadig, con sus prudentes y acertados consejos, y con los mayores servicios, se había granjeado la irreconciliable enemistad de los hombres más poderosos del Estado: los bonzos y las mujeres de

ojos castaños juraron su perdición; los financieros y los jorobados no lo protegieron; lo hicieron sospechoso al buen Nabussán. Los servicios prestados quedan a menudo en la antecámara, y las sospechas entran en el gabinete, según la sentencia de Zoroastro: todos los días había nuevas acusaciones; la primera se rechaza, la segunda roza, la tercera hiere, la cuarta mata.

Intimidado, Zadig, que había ultimado con éxito los asuntos de su amigo Setoc y que le había enviado su dinero, sólo pensó en marcharse de la isla, y decidió ir él mismo en busca de noticias de Astarté. «Porque, decía, si me quedo en Serendib, los bonzos me harán empalar; pero ¿adónde ir? Seré esclavo en Egipto, quemado, según todas las apariencias, en Arabia, ahorcado en Babilonia. Sin embargo, he de saber lo que ha sido de Astarté; partamos, y veamos qué me reserva mi triste destino».

Es aquí donde termina el manuscrito que se ha encontrado de la historia de Zadig. Estos dos capítulos deben situarse a todas luces tras el decimosegundo, y antes de la llegada de Zadig a Siria. Se sabe que soportó muchas otras aventuras que fueron fielmente referidas. Se ruega a los señores intérpretes de lenguas orientales que las comuniquen si llegan hasta ellos^[116].

Memnón, o la Sabiduría humana^[117]

Memnón concibió cierto día el insensato proyecto de ser perfectamente cuerdo. Pocos son los hombres a los que esa locura no se les haya pasado alguna vez por la cabeza. Memnón se dijo para sus adentros: «Para ser muy cuerdo, y por consiguiente muy feliz, basta con no tener pasiones; y, como todo el mundo sabe, no hay nada más fácil. Primero, no amaré nunca a ninguna mujer; porque cuando vea una belleza perfecta me diré a mí mismo: “Esas mejillas se arrugarán un día; esos hermosos ojos terminarán por estar bordeados de rojo; ese pecho redondo se volverá plano y colgante; esa hermosa cabeza terminará calva”. Basta con que la vea ahora con los mismos ojos con que la veré entonces; y a buen seguro esa cabeza no me hará perder la mía.

»En segundo lugar, seré siempre sobrio. Por más que me vea tentado por la buena mesa, por vinos deliciosos y por la seducción de los amigos, me bastará con imaginar las secuelas de los excesos: una cabeza pesada, un estómago empachado y la pérdida de la razón, de la salud y del tiempo; por eso, sólo comeré lo necesario; mi salud siempre será la misma, y mis ideas siempre serán puras y luminosas. Todo esto es tan fácil que no hay ningún mérito en conseguirlo.

»Luego, se decía Memnón, debo pensar algo en mi fortuna. Mis deseos son moderados; mi hacienda está segura en manos del recaudador general de finanzas de Nínive; tengo de sobra para vivir independiente, que es el mayor de los bienes. Nunca me veré en la cruel necesidad de cortejar a nadie: no envidiaré a nadie y nadie me envidiará, cosa que también es muy fácil. Tengo amigos, proseguía, y los conservaré, puesto que no tendrán nada que disputarme. Nunca me enfadaré con ellos ni ellos conmigo. Tampoco es difícil esto».

Una vez hecho así su pequeño plan de sensatez en su cuarto, Memnón se asomó a la ventana. Vio a dos mujeres que paseaban bajo unos plátanos junto a su casa. Una era vieja y parecía no pensar en nada. La otra era joven, guapa, y parecía muy pensativa. Suspiraba y lloraba, y eso no hacía sino aumentar sus gracias. Nuestro sabio quedó conmovido, no por la belleza de la mujer (estaba completamente seguro de no sentir semejante flaqueza), sino por la aflicción en que la veía. Bajó a la calle, abordó a la joven ninivita con la intención de consolarla con prudencia. Aquella hermosa joven le contó con el aire más ingenuo y más

conmover todo el mal que le causaba un tío que no tenía; las argucias con que este hombre le había quitado una hacienda que nunca había poseído, y cuánto debía temer de su violencia. «Me parecéis un hombre de tan buen consejo, le dijo ella, que si tuvierais la amabilidad de venir a mi casa y examinar mis asuntos, seguro que me sacaríais del cruel aprieto en que me veo». Memnón no dudó en seguirla para examinar sus asuntos con la mayor sensatez y darle un buen consejo.

La afligida dama lo llevó a un aposento perfumado y le hizo sentarse amablemente con ella en un amplio sofá, en el que ambos estaban frente a frente con las piernas cruzadas. La dama habló bajando unos ojos de los que a veces escapaban lágrimas y que, al levantarse, siempre encontraban las miradas del sensato Memnón. Sus palabras estaban llenas de una ternura que crecía cada vez que se miraban. Memnón se tomaba muy en serio sus asuntos, y a cada instante sentía aumentar el deseo de ayudar a una persona tan honesta y desdichada. En el calor de la conversación, sin darse cuenta dejaron de estar el uno frente al otro. Sus piernas dejaron de estar cruzadas. Memnón la aconsejó tan de cerca y le dio opiniones tan tiernas que ninguno de los dos podía hablar de asuntos, y ya no sabían dónde estaban.

Cuando así se encontraban llega el tío, como es fácil suponer; venía armado de los pies a la cabeza, y lo primero que dijo fue que iba a matar, como es lógico, al sensato Memnón y a su sobrina; y lo último que soltó fue que podía perdonar a cambio de mucho dinero. Memnón se vio obligado a dar cuanto llevaba. En esos tiempos, uno podía sentirse afortunado de salir con bien por tan poco; aún no se había descubierto América, y las damas afligidas no eran tan peligrosas como lo son hoy^[118].

Avergonzado y desesperado, Memnón volvió a casa, donde encontró una nota invitándolo a cenar en compañía de algunos amigos íntimos. «Si me quedo solo en casa, dijo, tendré la mente preocupada con mi triste aventura, no comeré y caeré enfermo. Más vale hacer una comida frugal con mis amigos íntimos. En la dulzura de su compañía olvidaré la tontería que he hecho esta mañana». Fue a la cita: lo encuentran algo apesadumbrado, y para disipar la tristeza le hacen beber. Un poco de vino tomado con moderación es un remedio para el alma y para el cuerpo. Así piensa el sabio Memnón; y se emborracha. Al acabar la cena le proponen jugar. Un juego tranquilo con amigos es un pasatiempo honesto. Juega: le ganan todo lo que lleva en la bolsa, y cuatro veces más fiados en su palabra. Sobre el juego surge una disputa, se acaloran, y uno de sus amigos le tira a la cabeza un cubilete y le revienta un ojo. Devuelven a su casa al sensato Memnón borracho, sin dinero y con un ojo de menos.

Duerme un poco la borrachera y, en cuanto tiene la cabeza algo más despejada, envía a su criado a buscar dinero a casa del recaudador general de finanzas de Nínive, para pagar a sus íntimos amigos: le dicen que su acreedor ha hecho esa misma mañana una quiebra fraudulenta que alarma a cien familias. Angustiado, Memnón va a la corte con un emplasto en un ojo y un memorial en la mano para pedir justicia al rey contra el recaudador. En un salón encuentra a varias damas que guiaban tranquilamente aros de veinticuatro pies de circunferencia. Una de ellas, que lo conocía algo, dijo mirándole de reojo: «¡Ay, qué horror!». Otra que lo conocía más le dijo: «Buenas noches, señor Memnón, no sabéis cuánto me alegro de veros; a propósito, señor Memnón, ¿por qué habéis perdido un ojo?». Y siguió adelante sin esperar su respuesta. Memnón se ocultó en un rincón y aguardó el momento de poder postrarse a los pies del monarca. Ese momento llegó. Besó tres veces la tierra y presentó su memorial. Su Graciosa Majestad lo aceptó muy amablemente y entregó el memorial a uno de sus sátrapas para que le informase. El sátrapa se llevó aparte a Memnón y le dijo con aire altivo y en tono burlón: «Me parecéis un tuerto muy gracioso. ¿Cómo habéis osado dirigiros al rey y no a mí? Y más gracioso sois todavía osando pedir justicia contra una honrada persona que ha quebrado, a la que honro con mi protección y que es sobrino de una camarera de mi querida. Abandonad este asunto, amigo mío, si queréis conservar el ojo que os queda».

De esta suerte, Memnón, tras haber renunciado por la mañana a las mujeres, a los excesos de mesa, al juego, a cualquier disputa y, sobre todo, a la corte, antes de llegar la noche había sido engañado y robado por una bella dama, se había emborrachado, había jugado y tenido una pelea, se había hecho saltar un ojo, y había estado en la corte donde se habían reído de él.

Petrificado de asombro y afligido de dolor, regresa a casa con la muerte en el alma. Quiere entrar en ella, pero encuentra a unos alguaciles que se llevaban los muebles en nombre de sus acreedores. Casi desvanecido, se queda bajo un plátano; allí ve a la hermosa joven de la mañana, que paseaba con su querido tío y que soltó una carcajada al ver a Memnón con su emplasto. Llegó la noche, y Memnón se acostó sobre un montón de paja junto a los muros de su casa. Lo acometió la fiebre y en pleno acceso se durmió, y un espíritu celestial se le apareció en sueños.

Estaba todo resplandeciente de luz. Tenía seis hermosas alas, pero le faltaban los pies, la cabeza y la cola, y no se parecía a nada. «¿Quién eres?, le dijo Memnón. — Tu genio bueno, le respondió el otro. — Devuélveme mi ojo, mi salud, mi hacienda y mi cordura», le dijo Memnón. Luego le contó cómo había perdido todo aquello en un solo día. «Esas desventuras nunca nos ocurren en el mundo que

nosotros habitamos, dijo el espíritu. — ¿Y qué mundo habitáis vosotros?, dijo el hombre afligido. — Mi patria, respondió, está a quinientos millones de leguas del sol, en una estrellita cercana a Sirio que puedes ver desde aquí. — ¡Hermoso país!, dijo Memnón. ¡Cómo! ¿No tenéis sinvergüenzas que engañen a un pobre hombre, ni amigos íntimos que le ganen su dinero y le revienten un ojo, ni recaudadores que quiebren, ni sátrapas que se burlen de vosotros negándoos justicia? — No, dijo el habitante de la estrella, no tenemos nada de eso. Nunca nos engañan las mujeres, porque no las tenemos; no cometemos excesos en la mesa, porque no comemos; no tenemos quien haga quiebras fraudulentas porque entre nosotros no hay ni oro ni plata; no pueden sacarnos los ojos porque no tenemos cuerpo a la manera de los vuestros; y los sátrapas nunca nos hacen injusticias porque en nuestra pequeña estrella todo el mundo es igual».

Memnón le dijo entonces: «Monseñor, sin mujer y sin comer, ¿en qué pasáis el tiempo? — En velar por los otros globos que nos han sido confiados, dijo el genio; y vengo para consolarte. — ¡Ay!, prosiguió Memnón, ¿por qué no vinisteis la noche pasada para impedirme cometer tantas locuras? — Estaba junto a Assán, tu hermano mayor, dijo el ser celeste. Es más digno de lástima que tú. Su Graciosa Majestad el rey de las Indias, en cuya corte tiene el honor de estar, ha mandado sacarle los dos ojos por una pequeña indiscreción, y ahora se encuentra en una mazmorra, con grillos en pies y manos. — ¿De qué nos sirve tener un genio bueno en la familia, dijo Memnón, si de dos hermanos uno es tuerto y el otro ciego, si el uno duerme sobre un montón de paja y el otro en la cárcel? — Tu suerte cambiará, prosiguió el animal de la estrella. Cierto que te quedas tuerto para siempre; pero, dejando eso a un lado, serás suficientemente feliz siempre que no hagas nunca el necio proyecto de ser perfectamente cuerdo. — Entonces, ¿es algo imposible de conseguir?, exclamó Memnón lanzando un suspiro. — Tan imposible, le replicó el otro, como ser perfectamente hábil, perfectamente fuerte, perfectamente poderoso, perfectamente feliz. Hasta nosotros mismos estamos lejos de conseguirlo. Hay un globo donde todo eso es posible, pero en los cien mil millones de mundos dispersos en la extensión del espacio, todo rueda de forma gradual. Hay menos cordura y placer en el segundo que en el primero, menos en el tercero que en el segundo, y así sucesivamente hasta el último, donde todo el mundo está completamente loco. — Mucho me temo, dijo Memnón, que sea precisamente nuestro pequeño globo terráqueo el manicomio de ese universo del que me hacéis el honor de hablarme. — No del todo, dijo el espíritu, pero anda cerca; es preciso que todo esté en su sitio. — Entonces, dijo Memnón, ciertos poetas y ciertos filósofos ¿se equivocan mucho cuando dicen que “todo está bien”? — Tienen mucha razón, dijo el filósofo de lo alto, si consideramos la disposición del universo en su conjunto. — ¡Ay!, sólo creeré lo que decís, replicó el pobre Memnón, cuando

deje de ser tuerto».

Carta de un turco sobre los faquires y sobre su amigo Bababec^[119]

Cuando yo vivía en la ciudad de Benarés, a orillas del Ganges, antigua patria de brahmanes, traté de instruirme. Entendía pasablemente el indio, escuchaba mucho y me fijaba en todo. Me alojaba en casa de mi corresponsal Omrí; era el hombre más digno que nunca he conocido. Pertenecía a la religión de los brahmines, yo tengo el honor de ser musulmán: nunca tuvimos una palabra más alta que otra respecto a Mahoma y a Brahma. Hacíamos nuestras abluciones cada cual por su lado; bebíamos de la misma limonada y comíamos del mismo arroz, como dos hermanos.

Cierto día fuimos juntos a la pagoda de Gavani. Allí vimos varias bandas de faquires: unos eran janguis, es decir faquires contemplativos, y los otros discípulos de los antiguos gimnosofistas^[120], que llevaban una vida activa. Como todo el mundo sabe, tienen una lengua culta, que es la de los brahmanes más antiguos, y, en esa lengua, un libro que llaman el *Veidam*^[121]. Con toda seguridad es el libro más antiguo de toda el Asia, sin excluir el *Zend-Vesta*^[122].

Pasé delante de un faquir que leía ese libro. «¡Ah, desventurado infiel!, exclamó, me has hecho perder el número de vocales que estaba contando; y por eso, mi alma pasará al cuerpo de una liebre en vez de ir al de un loro, como yo siempre había esperado». Para consolarlo, le di una rupia. Unos pasos más adelante tuve la desgracia de estornudar: el ruido que hice despertó a un faquir que se hallaba en éxtasis. «¿Dónde estoy?, dijo. ¡Qué caída tan horrible! No veo siquiera la punta de mi nariz: la luz celestial ha desaparecido^[123]. — Si soy yo la causa de que por fin veáis más allá de vuestras narices, le dije, aquí tenéis una rupia para reparar el mal que os he causado; recuperad vuestra luz celestial».

Cuando discretamente me libré así del apuro, pasé a los otros gimnosofistas: hubo varios que me trajeron unos clavitos muy bonitos, para que me los clavase en brazos y muslos en honor de Brahma. Les compré los clavos, con los que he mandado clavetear mis alfombras. Otros bailaban sobre las manos, otros hacían cabriolas en la cuerda floja; otros andaban a la pata coja. Los había que llevaban cadenas, otros una albarda; había algunos con la cabeza metida en un celemín: en resumen, la mejor gente del mundo. Mi amigo Omrí me llevó a la celda de uno de los más famosos, llamado Bababec: estaba desnudo como un mono y llevaba al

cuello una gruesa cadena que pesaba más de sesenta libras. Se hallaba sentado en una silla de madera, bellamente guarnecida de pequeñas puntas de clavos que se le metían en las nalgas, y se hubiera creído que se hallaba en un lecho de satén. Muchas mujeres iban a consultarle; era el oráculo de las familias, y puede decirse que gozaba de una grandísima reputación. Yo fui testigo de la larga conversación que Omrí mantuvo con él: «¿Creéis, padre mío, le dijo, que tras haber pasado por la prueba de las siete metempsícosis, puedo llegar a la morada de Brahma? — Según y cómo, le dijo el faquir; ¿cómo vivís? — Trato de ser buen ciudadano, respondió Omrí, buen marido, buen padre y buen amigo; presto dinero sin interés a los ricos llegado el caso; se lo doy a los pobres, mantengo la paz entre mis vecinos. — ¿Os ponéis alguna vez clavos en el culo?, preguntó el brahmín. — Nunca, Reverendo Padre. — Eso no me gusta, replicó el faquir. Así sólo iréis al cielo decimonoveno; y es una lástima. — Bueno, dijo Omrí, eso está muy bien, estoy muy contento con mi suerte; ¡qué más me da el cielo decimonoveno que el vigésimo, siempre que cumpla con mi deber en mi peregrinación y sea bien recibido en la última morada! ¿No basta con ser un hombre honrado en este país, y ser luego bienaventurado en el país de Brahma? ¿A qué cielo pretendéis ir vos, señor Bababec, con vuestros clavos y vuestras cadenas? — Al trigésimo quinto, dijo Bababec. — ¡Qué cómica me parece vuestra pretensión de alojaros más alto que yo!, contestó Omrí; probablemente no sea otra cosa que efecto de una ambición excesiva. Condenáis a los que buscan los honores en esta vida, ¿por qué queréis tenerlos vos tan grandes en la otra? ¿Y por qué pretendéis ser mejor tratado que yo? Sabed que yo doy más limosnas en diez días de lo que os cuestan en diez años todos los clavos que os metéis en el trasero. ¡Pues sí que ha de importarle mucho a Brahma que os paséis el día completamente desnudo, con una cadena al cuello! ¡Sí que rendís buen servicio a la patria! Me importa cien veces más un hombre que siembra verduras, o que planta árboles, que todos vuestros colegas que se miran la punta de la nariz o que llevan una albarda por exceso de nobleza de alma». Tras hablar de esta suerte, Omrí se sosegó, lo alimentó, lo persuadió y por último lo invitó a dejar allí mismo sus clavos y su cadena e ir con él a su casa para llevar una vida honrada. Le quitaron la mugre a fondo, lo frotaron con esencias perfumadas, lo vistieron decentemente; vivió quince días de una manera muy sensata y confesó que era cien veces más feliz que antes. Pero perdía su prestigio entre el pueblo; las mujeres ya no iban a consultarle; abandonó a Omrí y volvió a sus clavos, para gozar de consideración.

Historia de los viajes de Escarmentado escrita por él mismo^[124]

Nací en la ciudad de Candía, en 1600. Mi padre era el gobernador; y recuerdo que un poeta mediocre, aunque no mediocrementemente duro, llamado Iro^[125], hizo malos versos elogiándome en los que me hacía descender de Minos por línea directa; pero, tras caer mi padre en desgracia, hizo otros versos en los que ya sólo descendía de Pasífae y de su amante. Mal sujeto el tal Iro, y el bribón más molesto que hubo en la isla.

A la edad de quince años me envió mi padre a estudiar a Roma. Llegué con la esperanza de aprender todas las verdades; porque hasta entonces me habían enseñado todo lo contrario, según es uso en este bajo mundo desde la China hasta los Alpes. Monsignor Profondo, a quien iba encomendado, era un hombre singular y uno de los sabios más terribles que en el mundo han sido. Quiso enseñarme las categorías de Aristóteles, y poco faltó para que me incluyese en la categoría de sus queridos: de buena me libré. Vi procesiones, exorcismos y no pocas rapiñas. Decían, aunque no era cierto, que la signora Olimpia, persona de gran prudencia, vendía muchas cosas que no se deben vender^[126]. Era la mía una edad en que todo esto me parecía muy divertido. A una joven dama de costumbres muy amables, llamada signora Fatelo^[127], se le ocurrió prendarse de mí. La cortejaban el reverendo padre Poignardini y el reverendo padre Aconiti, jóvenes profesos de una orden ya extinguida: consiguió que se pusieran de acuerdo otorgándome a mí sus favores; pero al mismo tiempo corrí el riesgo de verme excomulgado y envenenado. Muy contento me alejé de la arquitectura de San Pedro.

Viajé por Francia; era la época en que reinaba Luis el Justo. Lo primero que me preguntaron fue si quería para mi almuerzo un trocito del mariscal d'Ancre^[128], cuya carne había asado el pueblo y que se distribuía muy barata a todo el que la quisiera.

Ese país era presa continuamente de guerras civiles, unas veces por un puesto en el Consejo, otras por dos páginas de controversia. Hacía más de sesenta años que ese fuego, unas veces soterrado y otras avivado con violencia, asolaba tan hermosas tierras. Reinaban en ellas las libertades de la Iglesia galicana. «¡Ay!, pensé, y eso que este pueblo es de natural apacible. ¿Quién puede haber alterado así su carácter? Se divierte y hace noches de San Bartolomé. ¡Dichoso el tiempo en

que no haga más que divertirse!».

Pasé a Inglaterra^[129]: las mismas querellas excitaban los mismos furores. Santos católicos habían decidido, por el bien de la Iglesia, hacer saltar por los aires, con pólvora, al rey, a la familia real y a todo el parlamento, y librar a Inglaterra de semejantes herejes. Me mostraron el lugar en que la bienaventurada reina María, hija de Enrique VIII, había hecho quemar a más de quinientos de sus súbditos. Un cura hibernés me aseguró que era una acción bonísima: en primer lugar, porque los que habían sido quemados eran ingleses; en segundo lugar, porque nunca tomaban agua bendita ni creían en el agujero de san Patricio^[130]. Le extrañaba sobre todo que la reina María no estuviese ya canonizada; mas estaba seguro de que pronto lo sería, cuando el cardenal-sobrino tuviera un rato.

Me fui a Holanda, donde esperaba encontrar más sosiego en medio de pueblos más flemáticos. Cuando llegué a La Haya^[131] estaban cortándole la cabeza a un venerable anciano. Era la cabeza calva del primer ministro Barneveldt, el hombre de mayor mérito de la República. Movidamente a compasión, pregunté cuál era su crimen, y si había sido traidor al Estado. «Mucho peor, me respondió un predicante de capa negra: es un individuo que cree que podemos salvarnos por las buenas obras igual de bien que por la fe. Como comprenderéis, si opiniones semejantes tomaran cuerpo, una república no podría subsistir, y se precisan leyes severas para reprimir horrores tan escandalosos». Un político profundo del país me dijo suspirando: «¡Ay, señor! El buen tiempo no durará siempre; sólo por casualidad se muestra tan riguroso este pueblo; el fondo de su carácter lo inclina hacia el abominable dogma de la tolerancia, que un día volverá: me estremece pensarlo». Yo, en espera de que esa época funesta de moderación e indulgencia llegase, abandoné a toda prisa un país donde ningún atractivo templaba aquel rigor, y me embarqué para España.

Estaba la corte en Sevilla; los galeones habían llegado; todo respiraba abundancia y alegría en la más bella estación del año. Al final de una alameda de naranjos y limoneros vi una especie de inmenso palenque rodeado por una gradería cubierta de paños preciosos. El rey, la reina, los infantes y las infantas estaban bajo un soberbio dosel. Enfrente de esa augusta familia había otro trono, pero más elevado. Le dije a uno de mis compañeros de viaje: «A menos que ese trono esté reservado a Dios, no veo para qué puede servir». Estas imprudentes palabras fueron oídas por un grave español y me costaron caras. Mientras me figuraba que íbamos a ver alguna cabalgata o alguna fiesta de toros, el inquisidor general apareció sobre aquel trono, desde donde bendijo al rey y al pueblo.

Después llegó un ejército de frailes desfilando de dos en dos, blancos, negros, grises, calzados, descalzos, con barba, sin barba, con capucha puntiaguda y sin capucha; luego venía el verdugo; y después se veía, en medio de los alguaciles y los grandes, a unas cuarenta personas cubiertas con sacos en los que habían pintado diablos y llamas. Eran judíos que se habían negado rotundamente a renegar de Moisés, cristianos que se habían casado con sus comadres, o que no habían adorado a Nuestra Señora de Atocha, o que no habían querido desprenderse de su dinero en favor de los frailes jerónimos. Se cantaron con mucha devoción bellísimas plegarias y luego quemaron a fuego lento a todos los culpables; de lo que toda la familia real pareció quedar muy edificada^[132].

Por la noche, en el momento en que iba a meterme en la cama, llegaron a mi casa dos familiares de la Inquisición con la Santa Hermandad: me abrazaron cariñosamente y me llevaron, sin decirme una sola palabra, a un calabozo muy fresco, amueblado con una estera por toda cama y con un bello crucifijo. Permanecí ahí seis semanas, al cabo de las cuales el reverendo padre inquisidor me mandó rogar que fuese a hablar con él: me estrechó un rato entre sus brazos, con un cariño muy paternal; me dijo que le había afligido sinceramente enterarse de que yo estuviese tan mal alojado; pero que todos los aposentos de la casa estaban llenos, y que en otra ocasión esperaba que habría de estar más a gusto. Luego me preguntó con mucha cordialidad si no sabía por qué me encontraba allí. Respondí al reverendo padre que aparentemente era por mis pecados. «Claro, querido hijo, pero ¿por qué pecado? Habladme con toda confianza». Por más que cavilé, no logré adivinarlo; él, caritativamente, me puso sobre la pista.

Al fin me acordé de mis indiscretas palabras. Me vi libre después de pasar por la disciplina y una multa de treinta mil reales. Me llevaron para que le hiciese la reverencia al inquisidor general: era un hombre muy cortés, que me preguntó qué me había parecido su pequeña fiesta. Le dije que había sido deliciosa y corrí a urgir a mis compañeros de viaje para salir de ese país, por más hermoso que sea. Habían tenido tiempo de informarse de todas las cosas grandes que los españoles habían hecho por la religión. Habían leído los memoriales del famoso obispo de Chiapas^[133], por los que, al parecer, se había degollado o quemado o ahogado a diez millones de infieles en América para convertirlos. Pensé que ese obispo exageraba; pero, aunque se reduzcan esos sacrificios a cinco millones de víctimas, seguiría siendo algo admirable.

El deseo de viajar seguía acuciándome. Había pensado terminar mi vuelta a Europa por Turquía; hacia allí nos encaminamos. Me hice el propósito de no manifestar mi opinión sobre las fiestas que viese. «Estos turcos, les dije a mis

compañeros, son incrédulos, no han recibido el bautismo, y por consiguiente serán mucho más crueles que los reverendos padres inquisidores. Guardemos silencio mientras estemos entre mahometanos».

Así pues, allá fuimos. Me quedé atónito al ver en Turquía^[134] muchas más iglesias cristianas que en Candía. Llegué a ver incluso numerosas tropas de frailes a los que dejaban rezar libremente a la Virgen María y maldecir de Mahoma, unos en griego, otros en latín y algunos otros en armenio. «¡Qué buena gente son los turcos!», exclamé. Los cristianos griegos y los cristianos latinos eran enemigos mortales en Constantinopla; estos esclavos se perseguían entre sí como perros que se muerden en la calle, y a los que sus amos dan de palos para separarlos. El gran visir protegía en esa época a los griegos. El patriarca griego me acusó de haber cenado con el patriarca latino, y fui condenado en pleno diván a cien golpes de varas en la planta de los pies, redimibles a cambio de quinientos cequíes. Al día siguiente, el gran visir fue ahorcado; dos días más tarde, su sucesor, que era partidario de los latinos, y que no fue ahorcado hasta un mes después, me condenó a la misma multa por haber cenado con el patriarca griego. Me vi en la triste necesidad de no volver a frecuentar ni la Iglesia griega ni la latina. Para consolarme, alquilé una bellísima circasiana, que era la persona más apasionada en privado y la más devota en la mezquita. Una noche, en medio de los dulces arrebatos de su amor, exclamó abrazándome: «Alá, Alá, Alá»^[135], que son las palabras sacramentales de los turcos; creí que eran las del amor y exclamé con mucho cariño: «Alá, Alá, Alá». «¡Ah!, me dijo ella, alabado sea Dios misericordioso, sois turco». Le respondí que lo bendecía por haberme dado fuerza para serlo, y me creí muy dichoso. Por la mañana vino el imán para circuncidarme; y como opuse cierta resistencia, el cadí del barrio, hombre leal, me propuso empalarme: salvé mi prepucio y mi trasero con mil cequíes y eché a correr hacia Persia, resuelto a no oír ni misa griega ni latina en Turquía, y a no volver a gritar «Alá, Alá, Alá» en una cita amorosa.

Al llegar a Ispahán me preguntaron si era partidario del carnero negro o del carnero blanco. Respondí que lo mismo me daba uno que otro, con tal de que estuviese tierno. Conviene saber que las facciones del «Carnero blanco» o del «Carnero negro» dividían aún a los persas. Creyeron que estaba burlándome de los dos partidos, de suerte que me encontré con un problema terrible entre manos a las puertas mismas de la ciudad: volvió a costarme una gran cantidad de cequíes poder librarme de los carneros.

Seguí hasta China con un intérprete, quien me aseguró que aquél era el país de la libertad y de la alegría. Los tártaros lo habían conquistado^[136], después de

haber puesto todo a sangre y fuego; y tanto los reverendos padres jesuitas de un lado, como los reverendos padres dominicos del otro, decían que ganaban allí almas para Dios, sin que nadie se enterase. Nunca se vio misioneros más llenos de celo: porque se perseguían unos a otros, escribían a Roma tomos llenos de calumnias, se tachaban de infieles y de prevaricadores por un alma. Mantenían sobre todo una disputa horrible sobre el modo de hacer la reverencia. Los jesuitas querían que los chinos saludasen a sus padres y madres a la manera de China, y los dominicos querían que los saludasen a la manera de Roma. Me ocurrió que los jesuitas me tomaron por dominico. Me hicieron pasar ante Su Majestad tártara por espía del papa. El consejo supremo encargó a un primer mandarín, que ordenó a un alguacil, que mandó a cuatro esbirros del lugar apresarme y atarme con mucha ceremonia. Tras ciento cuarenta genuflexiones fui conducido ante Su Majestad, que mandó preguntarme si yo era espía del papa, y si era cierto que este príncipe había de ir en persona a destronarlo. Yo le respondí que el papa era un sacerdote de setenta años; que vivía a cuatro mil leguas de Su Sacra Majestad tártaro-china; que tenía unos dos mil soldados que montaban guardia con una sombrilla; que no destronaba a nadie, y que Su Majestad podía dormir tranquilo. Ésta fue la aventura menos funesta de mi vida. Me enviaron a Macao, de donde embarqué rumbo a Europa.

Mi barco tuvo que ser reparado en las costas de Golconda poco más o menos. Aproveché ese tiempo para ir a visitar la corte del gran Aureng-Zeb^[137], de quien se decían maravillas por todo el mundo: estaba entonces en Delhi. Tuve el consuelo de contemplarlo el día de la pomposa ceremonia en la que recibió el celestial presente que le enviaba el jerife de La Meca. Era la escoba con que habían barrido la casa santa, la Caaba, el Beth Allah. Esa escoba es el símbolo que barre todas las suciedades del alma. Aureng-Zeb no parecía necesitarla: era el hombre más piadoso de todo el Indostán. Cierto que había degollado a uno de sus hermanos y envenenado a su padre. Veinte rajáes y otros tantos omráes habían perecido entre suplicios; pero tales cosas eran nimiedades, y sólo se hablaba de su devoción. Lo comparaban con la Sacra Majestad del serenísimo Emperador de Marruecos, Muley Ismail, que todos los viernes, después de la oración, cortaba cabezas.

Yo no decía ni palabra; los viajes me habían formado y me daba cuenta de que no me correspondía decidir entre aquellos dos augustos soberanos. Un joven francés con quien estaba alojado faltó al respeto, debo confesarlo, al emperador de las Indias y al de Marruecos. Se le ocurrió decir, imprudentemente, que en Europa había soberanos muy piadosos que gobernaban bien sus estados, y que incluso frecuentaban las iglesias, sin por ello matar a sus padres y hermanos, y sin cortar

las cabezas de sus súbditos. Nuestro intérprete transmitió en hindú las impías palabras del joven. Instruido por el pasado, mandé ensillar a toda prisa mis camellos: el francés y yo nos fuimos. Luego supe que, esa misma noche, los oficiales del gran Aureng-Zeb, que habían ido a prendernos, sólo encontraron al intérprete. Lo ejecutaron en plaza pública, y todos los cortesanos afirmaron sin ánimo de adular a nadie que su muerte era muy justa.

Me quedaba por ver África para disfrutar de todas las delicias de nuestro continente. Y en efecto la vi. Mi nave fue apresada por unos corsarios negros. Nuestro patrón profirió grandes lamentos; les preguntó por qué violaban así las leyes de las naciones. El capitán negro le respondió: «Vuestra nariz es larga y la nuestra chata; vuestro pelo es liso y nuestra lana rizada; vuestra piel es de color ceniza y la nuestra de color de ébano; por consiguiente siempre debemos ser, por las leyes sacrosantas de la naturaleza, enemigos. Vosotros nos compráis en las ferias de la costa de Guinea como bestias de carga, para obligarnos a trabajar en no sé qué tareas tan penosas como ridículas. A golpes de vergas de buey nos hacéis hurgar en las montañas, para sacar una especie de tierra amarilla que por sí misma no sirve para nada, y que ni con mucho puede compararse con una buena cebolla de Egipto; por eso, cuando topamos con vosotros y somos los más fuertes, os hacemos esclavos, os obligamos a labrar nuestros campos, o también os cortamos la nariz y las orejas».

No había réplica posible a palabras tan discretas. Fui a labrar el campo de una vieja negra para conservar mis orejas o mi nariz. Al cabo de un año me rescataron. Había visto cuanto hay de bello, de bueno y de admirable sobre la tierra: resolví no apartarme nunca más de mis penates. Me casé en mi tierra; fui cornudo, y llegué a la conclusión de que era el estado más grato de la vida.

Los dos consolados^[138]

El gran filósofo Citófilo decía cierto día a una mujer afligida, y que tenía justo motivo para estarlo: «Señora, la reina de Inglaterra, hija del gran Enrique IV, fue tan desdichada como vos: la echaron de sus reinos; estuvo a punto de perecer en el Océano por las tempestades; vio morir a su real esposo en el cadalso. — Lo siento mucho por ella», dijo la dama; y se echó a llorar por sus propios infortunios.

«Pero acordaos de María Estuardo, dijo Citófilo; amó con mucha honestidad a un valiente músico que tenía una hermosísima voz de bajo. El marido mató a su músico en su presencia^[139]; y luego, su mejor amiga y su pariente la reina Isabel, que se decía doncella, ordenó cortarle la cabeza en un cadalso tapizado de negro, después de haberla tenido dieciocho años en prisión. — ¡Qué crueldad!», respondió la dama; y volvió a sumirse en su melancolía.

«Quizá hayáis oído hablar, dijo el consolador, de la hermosa Juana de Nápoles, que fue arrestada y estrangulada. — Lo recuerdo confusamente», dijo la afligida.

«Tengo que contaros, añadió el otro, la aventura de una soberana que fue destronada en mi época después de comer y que murió en una isla desierta. — Conozco toda esa historia», respondió la dama.

«Pues entonces voy a contaros lo que le ocurrió a otra gran princesa a la que enseñé filosofía. Tenía un amante, como lo tienen todas las princesas grandes y hermosas. Su padre entró en su cuarto, y sorprendió al amante, que tenía el rostro totalmente encendido y los ojos brillantes como carbunclos; también la dama tenía la tez muy animada. El rostro del joven desagradó tanto al padre que le aplicó la bofetada más enorme que nunca se hubiera dado en su provincia. El amante cogió unas tenazas y le abrió la cabeza al suegro, que logró curarse a duras penas y que todavía lleva la cicatriz de aquella herida. La amante, enloquecida, saltó por la ventana y se dislocó un pie; de manera que en la actualidad cojea visiblemente, aunque por lo demás tenga una figura admirable. El amante fue condenado a muerte por haberle abierto la cabeza a un grandísimo príncipe. Podéis figuraros el estado en que se encontraba la princesa cuando llevaban a colgar a su amante. Cuando estaba en prisión, la vi muchas veces: nunca me hablaba más que de sus desdichas».

«Entonces, ¿por qué no queréis que piense yo en las mías?, le dijo la dama. — Porque no hay que pensar en ellas, dijo el filósofo, y porque, habiendo sido tan desventuradas damas tan altas, vos no tenéis derecho a desesperar. Pensad en Hécuba, pensad en Níobe. — ¡Ah!, respondió la dama; si hubiera vivido en su tiempo, o en el de tantas bellas princesas, y si para consolarlas les hubierais contado mis desdichas, ¿pensáis que os hubieran escuchado?».

Al día siguiente, el filósofo perdió a su único hijo, y por ello estuvo a punto de morir de dolor. La dama encargó una lista de todos los reyes que habían perdido a sus hijos y se la llevó al filósofo; éste la leyó y le pareció muy exacta, mas no por eso dejó de llorar. Tres meses después volvieron a verse y se asombraron de encontrarse llenos de un humor excelente. Mandaron erigir una bella estatua al Tiempo, con la siguiente inscripción: A AQUEL QUE CONSUELA.

Cándido, o el Optimismo^[140]

Traducido del alemán por el señor
doctor Ralph^[141] con las adiciones que se
encontraron en el bolsillo del doctor,
cuando murió en Minden,
el año de Gracia de 1759

Capítulo primero

De cómo Cándido fue educado
en un hermoso castillo,
y de cómo fue echado de él

Había en Westphalia, en el castillo del señor barón de Thunderten-tronckh, un joven a quien la naturaleza había dotado de las costumbres más delicadas. Su fisonomía anunciaba su alma. Tenía el juicio bastante recto, junto con el espíritu más simple; creo que por esta razón lo llamaban Cándido^[142]. Los viejos criados de la casa sospechaban que era hijo de la hermana del señor barón y de un bondadoso y honrado gentilhombre de los alrededores, con quien esa señorita nunca quiso casarse porque sólo había podido probar setenta y un cuarteles^[143], y porque el resto de su árbol genealógico se había perdido por los ultrajes del tiempo.

El señor barón era uno de los más poderosos señores de Westphalia porque su castillo tenía puerta y ventanas^[144]. Su salón estaba adornado incluso con un tapiz. Todos los perros de sus corrales formaban, en caso necesario, una jauría; sus palafreneros eran sus monteros; el vicario de la aldea era su limosnero mayor. Todos lo llamaban monseñor, y se reían cuando hacía bromas.

La señora baronesa, que pesaba aproximadamente trescientas cincuenta libras, había conseguido, gracias a ellas, una consideración grandísima, y hacía los honores de la casa con una dignidad que la volvía más respetable todavía. Su hija Cunegunda, de diecisiete años, era de color encendido, fresca, rolliza, apetitosa. El hijo del barón parecía, en todo, digno de su padre. El preceptor Pangloss^[145] era el oráculo de la casa, y el pequeño Cándido escuchaba sus lecciones con toda la buena fe de su edad y su carácter.

Pangloss enseñaba la metafísico-teólogo-cosmolonigología^[146]. Demostraba de modo admirable que no hay efecto sin causa, y que en este mundo, el mejor de los posibles, el castillo del monseñor barón era el más hermoso de los castillos, y la señora, la mejor de las baronesas posibles^[147].

«Está demostrado, decía, que las cosas no pueden ser de otro modo: porque, estando hecho todo para un fin, todo está hecho necesariamente para el mejor fin. Observad que las narices han sido hechas para llevar antiparras, por eso tenemos antiparras. Las piernas están visiblemente instituidas para ser calzadas, y por eso tenemos calzas. Las piedras han sido formadas para ser talladas, y para hacer castillos con ellas, por eso monseñor tiene un bellissimo castillo; el mayor barón de la provincia debe ser el que mejor alojado esté; y, estando hechos los cerdos para ser comidos, nosotros comemos puerco todo el año. Por consiguiente, quienes han enunciado que todo está bien, han dicho una tontería; había que decir que todo está lo mejor posible».

Cándido escuchaba atentamente, y creía inocentemente; porque la señorita Cunegunda le parecía extremadamente bella, aunque jamás tuvo la osadía de decírselo. Llegaba a la conclusión de que, después de la dicha de haber nacido barón de Thunder-ten-tronckh, el segundo grado de felicidad era ser la señorita Cunegunda; el tercero, verla todos los días; y el cuarto, oír a maese Pangloss, el mayor filósofo de la provincia, y por consiguiente de toda la tierra.

Cierto día, paseándose Cunegunda por las cercanías del castillo, en el bosquecillo que llamaban «parque», vio entre unos matorrales al doctor Pangloss dando una lección de física experimental a la doncella de su madre, una morenita muy hermosa y muy dócil. Como la señorita Cunegunda tenía muchas disposiciones para las ciencias, observó, sin pestañear, los reiterados experimentos de que fue testigo; vio con toda claridad la razón suficiente del doctor, los efectos y las causas, con lo que regresó muy agitada, pensativa y llena del ansia de ser sabia, convenciéndose de que bien podría ser ella la razón suficiente del joven Cándido, que también podía ser la suya.

Encontró a Cándido al volver al castillo, y se ruborizó; Cándido se ruborizó también; ella lo saludó con voz entrecortada, y Cándido le dirigió la palabra sin saber lo que decía. Al día siguiente, después de comer, cuando se levantó la mesa, Cunegunda y Cándido se encontraron detrás de un biombo; Cunegunda dejó caer su pañuelo, Cándido lo recogió, ella le tomó inocentemente la mano, inocentemente besó el joven la mano de la joven damisela con una viveza, una sensibilidad y una gracia muy particulares; sus bocas se encontraron, sus ojos se

encendieron, temblaron sus rodillas, se extraviaron sus manos. El señor barón de Thunder-ten-tronckh pasó junto al biombo y, viendo aquella causa y aquel efecto, echó a Cándido del castillo a puntapiés en el trasero; Cunegunda se desmayó; fue abofeteada por la señora baronesa cuando volvió en sí, y todo fue consternación en el más hermoso y más agradable de los castillos posibles.

Capítulo II

De lo que fue de Cándido entre los búlgaros

Arrojado del paraíso terrenal^[148], Cándido caminó mucho tiempo sin saber a dónde, llorando, alzando los ojos al cielo, volviéndolos a menudo hacia el más hermoso de los castillos que encerraba a la más bella de las baronesitas; se acostó sin cenar en pleno campo, entre dos surcos; la nieve caía a grandes copos^[149]. Todo transido, Cándido se arrastró al día siguiente hacia la aldea vecina, que se llama Valdberghoff-trarbk-dikdoff, sin un céntimo, medio muerto de hambre y de agotamiento. Se detuvo tristemente a la puerta de un figón. Dos hombres vestidos de azul^[150] se fijaron en él: «Camarada, dijo uno, ahí tenemos un joven muy apuesto y de la estatura requerida». Avanzaron hacia Cándido y lo invitaron a comer con mucha cortesía. «Señores, les dijo Cándido con modestia encantadora, me hacéis un gran honor, pero no tengo con qué pagar mi escote. — Ah, señor, le dijo uno de los azules, las personas de vuestro porte y vuestro mérito nunca pagan nada; ¿no tenéis cinco pies y cinco pulgadas de alto^[151]? — Sí, señores, ésa es mi estatura, contestó haciendo una reverencia. — Ah, señor, sentaos a la mesa; no sólo os alimentaremos, sino que nunca consentiremos que a un hombre como vos le falte el dinero; los hombres sólo han sido hechos para ayudarse unos a otros. — Tenéis razón, dijo Cándido; es lo que el señor Pangloss siempre me dijo, y veo que todo es lo mejor que puede ser». Le rogaron que aceptase algunos escudos: él los coge y quiere hacerles su recibo^[152]; ellos no lo admiten, y se sientan a la mesa. «¿No amáis con ternura? — Oh, sí, responde él, amo tiernamente a la señorita Cunegunda. — No, dijo uno de aquellos señores, os preguntamos si no amáis tiernamente al rey de los búlgaros. — De ningún modo, dijo, porque no lo he visto jamás. — ¡Cómo! Es el más encantador de los reyes, y hay que beber a su salud. — De buena gana, señores». Y bebe. «Con eso basta, le dicen, ya sois el apoyo, el sostén, el defensor, el héroe de los búlgaros; vuestra fortuna está hecha y vuestra gloria asegurada». Inmediatamente le ponen grillos en los pies y lo llevan al regimiento. Le hacen girar a derecha, a izquierda, sacar la baqueta, meter la baqueta, echarse el fusil al hombro, disparar, doblar el paso, y le dan treinta

bastonazos; al día siguiente hace la instrucción un poco menos mal, y sólo recibe veinte golpes; al otro día sólo le dan diez, y es considerado por sus camaradas como un prodigio.

Totalmente estupefacto, Cándido aún no discernía demasiado bien por qué era un héroe. Un hermoso día de primavera se le ocurrió ir de paseo, caminando siempre hacia delante, creyendo que era un privilegio de la especie humana, lo mismo que de la especie animal, servirse de las piernas a su antojo. No había hecho dos leguas cuando he aquí que otros cuatro héroes de seis pies le dan alcance, lo atan y lo llevan a un calabozo. Jurídicamente le preguntaron qué prefería: ser fustigado treinta y seis veces por todo el regimiento, o recibir a la vez doce balas de plomo en el cerebro. Por más que dijo que las voluntades son libres, y que no quería ni una cosa ni otra, tuvo que escoger; en virtud del don de Dios que se llama «libertad», se resolvió a pasar treinta y seis veces por las baquetas; aguantó dos paseos. El regimiento estaba formado por dos mil hombres; esto hizo cuatro mil baquetazos, que, desde la nuca del cuello hasta el culo, le dejaron al aire músculos y nervios. Cuando iba a proceder a la tercera carrera, Cándido, sin poder más, pidió como gracia que tuvieran la bondad de romperle la cabeza; obtuvo ese favor; le vendaron los ojos, le hicieron ponerse de rodillas. El rey de los búlgaros pasa en ese momento, se informa sobre el crimen del paciente, y, como ese rey tenía mucho ingenio, comprendió, por todo lo que supo de Cándido, que éste era un joven metafísico muy ignorante de las cosas de este mundo, y le otorgó su gracia con una clemencia que será alabada en todos los periódicos y en todos los siglos. Un valiente cirujano curó a Cándido en tres semanas con los emolientes enseñados por Dioscórides^[153]. Ya tenía un poco de piel y podía caminar cuando el rey de los búlgaros libró batalla con el rey de los ábaros^[154].

Capítulo III

De cómo Cándido escapó de entre los búlgaros, y lo que le pasó

No había nada tan hermoso, tan bizarro, tan brillante, tan bien ordenado como los dos ejércitos. Las trompetas, los pífanos, los oboes, los tambores, los cañones, formaban una armonía tal como nunca la hubo en el infierno. Los cañones derribaron primero cerca de seis mil hombres de cada lado; luego, la mosquetería suprimió del mejor de los mundos aproximadamente de nueve a diez mil bribones que infectaban su superficie. La bayoneta fue también la razón suficiente de la muerte de algunos millares de hombres. El total bien podía ascender a unas treinta

mil almas. Cándido, que temblaba como un filósofo, se escondió lo mejor que pudo durante aquella carnicería heroica.

Por último, mientras ambos reyes hacían cantar los *Te Deum*, cada cual en su campamento, él decidió ir a razonar a otra parte sobre los efectos y las causas. Pasó por encima de montones de muertos y de moribundos, y llegó primero a una aldea vecina; estaba en cenizas: era una aldea ábara que los búlgaros habían incendiado, según las leyes del derecho público. Aquí unos viejos acribillados a golpes miraban morir a sus mujeres degolladas, con sus hijos colgados de unos pechos sangrantes; allá, doncellas destripadas tras haber saciado las necesidades naturales de algunos héroes entregaban sus últimos suspiros; otras, medio quemadas, pedían a gritos que acabasen de darles muerte. Diseminados por tierra, había sesos junto a brazos y piernas cortadas.

Cándido escapó lo más de prisa que pudo a otra aldea: pertenecía a los búlgaros, y los héroes ábaros la habían tratado de la misma manera. Andando siempre sobre miembros palpitantes o entre ruinas, Cándido se vio por fin fuera del teatro de la guerra, llevando algunas pequeñas provisiones en el morral, y sin olvidar nunca a la señorita Cunegunda. Sus provisiones se acabaron al llegar a Holanda; pero, habiendo oído decir que en este país todo el mundo era rico y que eran cristianos, no dudó de que lo tratarían tan bien como lo había sido en el castillo del señor barón antes de que lo echaran de él por los bellos ojos de la señorita Cunegunda.

Pidió limosna^[155] a varios graves personajes que le respondieron que, si continuaba con aquel oficio, terminaría encerrado en un correccional para que aprendiese a vivir.

Se dirigió luego a un hombre que acababa de hablar totalmente solo durante una hora seguida sobre la caridad en una gran asamblea. El orador, mirándolo de soslayo, le dijo: «¿Qué venís a hacer aquí? ¿Estáis a favor de la buena causa? — No hay efecto sin causa, respondió modestamente Cándido, todo está necesariamente encadenado y dispuesto para lo mejor. Ha sido preciso que fuese arrojado del lado de la señorita Cunegunda, que haya pasado por las baquetas, y es preciso que pida mi pan hasta que pueda ganármelo; todo esto no podía ocurrir de otro modo. — Amigo mío, le dijo el orador, ¿creéis que el papa sea el Antecristo^[156]? — Nunca lo había oído decir antes, respondió Cándido, pero lo sea o no lo sea, yo estoy sin pan. — No mereces comerlo, dijo el otro; vete, bribón, vete, miserable, no te acerques a mí en toda tu vida». La mujer del orador, que se había asomado a la ventana, viendo a un hombre que dudaba de que el papa fuese antecristo, le tiró a

la cabeza un orinal lleno de... ¡Oh, cielo, a qué excesos lleva el fervor religioso en las damas!

Un hombre que aún no había sido bautizado, un buen anabaptista llamado Jacques^[157], vio la forma cruel e ignominiosa en que trataban a uno de sus hermanos, un ser bípedo sin plumas^[158], que tenía un alma; lo llevó a su casa, lo limpió, le dio pan y cerveza, le regaló dos florines, y hasta quiso enseñarle por sí mismo a trabajar en sus manufacturas de paños de Persia que se fabrican en Holanda. Cándido, casi prosternándose ante él, exclamaba: «Ya me había dicho maese Pangloss que todo en este mundo está ordenado para lo mejor, porque estoy infinitamente más conmovido por vuestra extrema generosidad que por la dureza de ese señor de capa negra y de su señora esposa».

Al día siguiente, mientras paseaba, encontró a un pordiosero todo cubierto de pústulas, con los ojos apagados, la punta de la nariz roída, la boca torcida y los dientes negros, que, atormentado por una tos violenta, hablaba con la garganta y escupía un diente en cada esfuerzo.

Capítulo IV

De cómo Cándido encontró a su antiguo
maestro de filosofía, el doctor Pangloss,
y lo que de ello se siguió

Más conmovido aún de compasión que de horror, Cándido dio al espantoso pordiosero los dos florines que había recibido de su honrado anabaptista Jacques. El fantasma lo miró fijamente, derramó unas lágrimas y saltó a su cuello. Cándido, asustado, retrocede: «¡Ay!, dice el miserable al otro miserable, ¿ya no reconocéis a vuestro querido Pangloss? — ¿Qué oigo? ¿Vos, mi querido maestro? ¿Vos, en este horrible estado? ¿Qué desgracia os ha ocurrido? ¿Por qué no estáis ya en el más hermoso de los castillos? ¿Qué ha sido de la señorita Cunegunda, perla de las doncellas, obra maestra de la naturaleza? — No puedo más», dijo Pangloss. Inmediatamente Cándido lo llevó al establo del anabaptista, donde le hizo comer un poco de pan; y cuando Pangloss se repuso, le dijo: «Bueno, ¿y Cunegunda? — Ha muerto», contestó el otro. Cándido se desvaneció al oírlo; el amigo reanimó sus sentidos con un poco de mal vinagre^[159] que por casualidad había en el establo. Cándido abre los ojos de nuevo: «¡Cunegunda ha muerto! Ah, mejor de los mundos, ¿dónde estás? Pero ¿de qué enfermedad murió? ¿No sería por haber visto cómo me arrojaban del hermoso castillo de su señor padre a puntapiés? — No, dijo

Pangloss, fue destripada por unos soldados búlgaros, después de haber sido violada tanto como puede serlo una mujer; al señor barón, que quería defenderla, le partieron la crisma; la señora baronesa fue cortada en pedazos; a mi pobre pupilo lo trataron exactamente como a su hermana; y en cuanto al castillo, no ha quedado piedra sobre piedra, ni una troje, ni un carnero, ni un pato, ni un árbol; pero hemos sido bien vengados, porque los ábaros han hecho otro tanto en una baronía cercana que pertenecía a un señor búlgaro».

Tras estas palabras, Cándido se desmaya de nuevo; mas, vuelto en sí, y habiendo dicho todo lo que debía decir, pregunta por la causa y el efecto, y por la razón suficiente que había puesto a Pangloss en tan lastimoso estado. «¡Ay, dijo el otro, ha sido el amor!, el amor, el consolador del género humano, el conservador del universo, el alma de todos los seres sensibles, el tierno amor. — ¡Ay!, dijo Cándido, yo he conocido ese amor, ese soberano de los corazones, esa alma de nuestra alma; nunca me valió otra cosa que un beso y veinte puntapiés en el culo. ¿Cómo ha podido producir esa bella causa en vos tan abominable efecto?».

Pangloss respondió en estos términos: «¡Oh, mi querido Cándido! Vos conocisteis a Paquette, la guapa doncella de nuestra augusta baronesa; en sus brazos gusté las delicias del paraíso, que han producido los tormentos del infierno que me devora; estaba infectada, tal vez haya muerto de ello. A Paquette le hizo este regalo un franciscano sapientísimo que había remontado a la fuente; porque lo había recibido de una vieja condesa, que lo había recibido de un capitán de caballería, que lo debía a una marquesa, que lo tenía de un paje, que lo había recibido de un jesuita que, de novicio, lo había cogido, en línea directa, de uno de los compañeros de Cristóbal Colón^[160]. En cuanto a mí, no se lo daré a nadie, porque estoy muriéndome.

»— ¡Oh, Pangloss, exclamó Cándido, qué genealogía tan extraña! ¿No fue el diablo su raíz? — Nada de eso, replicó aquel gran hombre; era una cosa indispensable en el mejor de los mundos, un ingrediente necesario; porque si Colón no hubiera atrapado en una isla de América esa enfermedad que emponzoña la fuente de la generación, que a menudo impide incluso la generación, y que, evidentemente, es lo contrario del gran objetivo de la naturaleza, no tendríamos ni el chocolate ni la cochinilla^[161]; hemos de tener en cuenta, además, que, hasta hoy, esa enfermedad es específica de nuestro continente, como la controversia. Los turcos, los indios, los persas, los chinos, los siameses, los japoneses todavía no la conocen; pero hay una razón suficiente para que a su vez la conozcan dentro de algunos siglos. Mientras tanto, ha hecho progresos maravillosos entre nosotros, y sobre todo en esos grandes ejércitos

compuestos por honrados mercenarios, bien criados, que deciden el destino de los Estados; podemos asegurar que, cuando treinta mil hombres combaten en batalla ordenada contra tropas iguales en número, hay unos veinte mil sifilíticos por cada lado. — Eso sí que es admirable, dijo Cándido, pero hay que curaros. — ¿Y cómo puedo hacerlo?, dijo Pangloss; no tengo un céntimo, amigo mío; y en toda la extensión del globo no puede uno hacerse sangrar siquiera, ni tomar una lavativa, sin pagar, o sin que haya alguien que pague por nosotros».

Estas últimas palabras decidieron a Cándido; fue a postrarse a las plantas de su caritativo anabaptista Jacques, y le hizo una descripción tan conmovedora del estado a que su amigo estaba reducido que el buen hombre no vaciló en acoger al doctor Pangloss; lo hizo curar a su costa. En la cura, Pangloss sólo perdió un ojo y una oreja. Tenía buena letra y conocía perfectamente la aritmética. El anabaptista Jacques le hizo su tenedor de libros. Al cabo de dos meses, obligado a ir a Lisboa por asuntos de su negocio, llevó en su navío a sus dos filósofos. Pangloss le explicó cómo todo era lo mejor posible. Jacques no compartía esa opinión. «Es preciso, decía, que los hombres hayan corrompido un poco la naturaleza, porque no nacieron lobos y se han vuelto lobos. Dios no les dio ni cañones de veinticuatro ni bayonetas, y ellos han hecho bayonetas y cañones para destruirse. También podría incluir las bancarrotas^[162], y la justicia, que se apodera de los bienes de los que quiebran en detrimento de los acreedores. — Todo eso era indispensable, replicaba el doctor tuerto, y las desgracias particulares hacen el bien general, de suerte que, cuantas más desgracias particulares hay, tanto mejor va todo». Mientras razonaba así, el aire se oscureció, los vientos soplaron desde los cuatro rincones del mundo y, a la vista del puerto de Lisboa, el navío fue asaltado por la más horrible de las tempestades.

Capítulo V

Tempestad, naufragio, terremoto,
y lo que fue del doctor Pangloss,
de Cándido y del anabaptista Jacques

La mitad de los pasajeros, extenuados, a punto de expirar con esas angustias inconcebibles que el cabeceo de un barco pone en los nervios y en todos los humores del cuerpo agitados en sentidos contrarios, no tenía fuerza siquiera para inquietarse por el peligro. La otra mitad gritaba y rezaba: las velas estaban desgarradas, los mástiles rotos, el bajel hendido. Trabajaba todo el que podía, nadie se entendía, nadie mandaba. El anabaptista ayudaba algo a la maniobra;

estaba en la cubierta del puente; un marinero furioso lo golpea brutalmente y lo tira sobre las tablas; pero, del golpe que le dio, sufrió él mismo una sacudida tan violenta que cayó de cabeza fuera del navío. Quedó colgado y enganchado a una parte del mástil roto. El buen Jacques corre en su auxilio, lo ayuda a subir y, al hacer ese esfuerzo, cae al mar a la vista del marinero, que lo deja perecer sin dignarse mirarlo siquiera. Cándido se acerca, ve a su bienhechor, que reaparece un momento y que es engullido para siempre. Pretende arrojarlo a por él al mar; el filósofo Pangloss se lo impide, probándole que la rada de Lisboa había sido hecha expresamente para que aquel anabaptista se ahogase en ella. Mientras lo demostraba *a priori*, el navío se parte, y perecen todos menos Pangloss, Cándido y aquel brutal marinero que había ahogado al virtuoso anabaptista; el bribón ganó a nado la orilla, a la que Pangloss y Cándido llegaron sobre una tabla.

Cuando estuvieron algo recuperados, se encaminaron a Lisboa; les quedaba algún dinero, con el que esperaban escapar del hambre después de haber escapado de la tempestad.

Nada más poner el pie en la ciudad llorando por la muerte de su bienhechor, sintieron temblar la tierra bajo sus pies; el mar se levanta hirviendo en el puerto y rompe los navíos allí anclados. Torbellinos de llamas y cenizas cubren las calles y las plazas públicas; las casas se desmoronan; los tejados se derrumban sobre sus cimientos, y los cimientos se dispersan; treinta mil habitantes de toda edad y sexo quedan aplastados bajo las ruinas. El marinero decía entre silbidos y juramentos: «Algo habrá que se pueda ganar en todo esto. — ¿Cuál puede ser la razón suficiente de este fenómeno?, decía Pangloss. — Es el fin del mundo», exclamaba Cándido. El marinero corre al punto por entre los escombros, afronta la muerte para encontrar dinero, lo encuentra, se apodera de él, se emborracha, y después de haber dormido la borrachera compra los favores de la primera ramera de buena voluntad que encuentra en las ruinas de las casas destruidas y en medio de los moribundos y los muertos. Mientras, Pangloss le tiraba de la manga: «Amigo mío, le decía, eso no está bien, estáis faltando a la razón universal, escogéis mal el momento. — Por la sangre de Cristo, respondió el otro, soy marinero y nací en Batavia^[163]; cuatro veces he pisado el crucifijo^[164] en cuatro viajes a Japón: ¡pues sí que soy yo el hombre de tu razón universal!».

Algunos trozos de piedra habían herido a Cándido; estaba tendido en la calle y cubierto de escombros. Le decía a Pangloss: «¡Ay, consígueme un poco de vino y de aceite; estoy muriéndome! — Este terremoto no es cosa nueva, respondió Pangloss; la ciudad de Lima sufrió las mismas sacudidas en América el año pasado; a iguales causas, iguales efectos; hay evidentemente un reguero de azufre

bajo tierra desde Lima hasta Lisboa^[165]. — Es lo más probable, dijo Cándido, pero, por Dios, un poco de aceite y de vino. — ¿Cómo que probable?, replicó el filósofo; sostengo que está demostrado». Cándido perdió el conocimiento, y Pangloss le llevó un poco de agua de una fuente cercana.

Al día siguiente, después de haber encontrado algunas vituallas deslizándose entre los escombros, repararon un tanto sus fuerzas. Luego trabajaron como los demás para aliviar a los habitantes que habían escapado de la muerte. Algunos ciudadanos a quienes socorrieron les dieron una comida tan buena como permitía semejante desastre. Ciertamente que la cena fue triste: los comensales rociaban su pan con lágrimas; pero Pangloss los consoló, asegurándoles que las cosas no podían ser de otro modo: «Porque todo esto, dijo, no es sino para mejor; porque, si hay un volcán en Lisboa, no podía estar en otra parte; porque es imposible que las cosas no estén donde están; porque todo está bien».

Un hombrecillo de negro, familiar de la Inquisición, que estaba a su lado, tomó cortésmente la palabra y dijo: «A lo que parece, el señor no cree en el pecado original; porque si todo es lo mejor posible, entonces no hubo caída ni castigo. — Pido muy humildemente perdón a Vuestra Excelencia, respondió Pangloss aún con más cortesía, porque la caída del hombre y la maldición entraban necesariamente en el mejor de los mundos posibles. — ¿El señor no cree, pues, en la libertad?, dijo el familiar. — Vuestra Excelencia habrá de excusarme, dijo Pangloss; la libertad puede subsistir con la necesidad absoluta; porque era necesario que fuésemos libres; porque, en fin, la voluntad determinada...». Pangloss estaba en mitad de su frase cuando el familiar hizo una seña a su lacayo, que le escanciaba vino de Porto, o de Oporto.

Capítulo VI

De cómo se hizo un hermoso auto
de fe para impedir los terremotos,
y de cómo Cándido fue azotado

Después del terremoto que había destruido las tres cuartas partes de Lisboa, los sabios del país no habían encontrado medio más eficaz para prevenir la ruina completa que ofrecer al pueblo un hermoso auto de fe; la universidad de Coimbra había decidido que el espectáculo de varias personas quemadas a fuego lento, con gran ceremonia, es un secreto infalible para impedir que la tierra tiemble.

En consecuencia, habían detenido a un vizcaíno convicto de haberse casado con su comadre^[166], y a dos portugueses que al comer un pollo le habían quitado el gordo^[167]: después de la comida fueron a maniatar al doctor Pangloss y a su discípulo Cándido, al uno por haber hablado, y al otro por haber escuchado con aire de aprobación: los dos fueron llevados, por separado, a unas cámaras de extremado frescor en las que jamás molestaba el sol a nadie; ocho días después, a los dos les pusieron un sambenito y adornaron sus cabezas con mitras de papel: la mitra y el sambenito de Cándido estaban pintados con llamas invertidas y con diablos que no tenían ni colas ni garras; pero los diablos de Pangloss llevaban garras y colas, y las llamas estaban rectas^[168]. Caminaron en procesión vestidos de esta guisa, y oyeron un sermón muy patético, seguido de una hermosa música de fabordón. Cándido fue azotado a compás, mientras cantaban; el vizcaíno y los dos hombres que no habían querido comer gordo fueron quemados, y Pangloss colgado, aunque no sea eso lo habitual. Ese mismo día la tierra volvió a temblar con un estrépito espantoso.

Cándido, asustado, desconcertado, sobrecogido, todo ensangrentado y palpitante, se decía a sí mismo: «Si éste es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo son los otros? Pase todavía si sólo me azotasen, ya lo hicieron los búlgaros. Pero, oh, mi querido Pangloss, el mayor de los filósofos, ¿he de veros colgar sin que yo sepa por qué? Oh, mi querido anabaptista, el mejor de los hombres, ¿era preciso que os ahogaseis en el puerto? Oh, señorita Cunegunda, perla de las doncellas, ¿era preciso que os destriparan?».

Y se volvía, sosteniéndose a duras penas, predicado, azotado, absuelto y bendecido, cuando una vieja se le acercó y le dijo: «Animaos, hijo mío, seguidme».

Capítulo VII

De cómo una vieja cuidó de Cándido,
y de cómo éste encontró lo que amaba

Cándido no se animó, pero siguió a la vieja hasta una casucha; ella le ofreció un tarro de pomada para que se diese friegas, le dejó de comer y de beber; le indicó una pequeña cama bastante limpia; junto a la cama había un traje completo. «Comed, bebed, dormid, le dijo, y que Nuestra Señora de Atocha^[169], mi señor san Antonio de Padua y mi señor Santiago de Compostela os protejan; mañana volveré». Cándido, que seguía anonadado por todo lo que había visto, por todo lo que había sufrido, y más aún por la caridad de la vieja, quiso besarle la mano. «No

es mi mano lo que hay que besar, dijo la vieja; mañana volveré. Frotaos con la pomada, comed y dormid».

A pesar de tantas desgracias, Cándido comió y durmió. Al día siguiente, la vieja le trae de desayunar, examina su espalda y le frota ella misma con otra pomada; luego le trae de comer; vuelve por la noche, y trae de cenar. Al día siguiente hace las mismas ceremonias. «¿Quién sois?, le decía siempre Cándido; ¿quién os ha inspirado tanta bondad? ¿Cómo puedo agradeceréoslo?». La buena mujer nunca respondía nada; volvió por la noche y no trajo de cenar: «Venid conmigo, dijo, y no digáis palabra». Le coge del brazo, y camina con él por el campo un cuarto de milla aproximadamente: llegan a una casa aislada, rodeada de huertos y canales. La vieja llama a una puertecilla. Abren; guía a Cándido, por una escalera oculta, hasta un gabinete dorado, lo deja en un sofá de brocatel, cierra la puerta y se va. Cándido creía estar soñando, y miraba toda su vida como un sueño funesto y el momento presente como un sueño agradable.

No tardó en reaparecer la vieja; sostenía con esfuerzo a una mujer temblorosa, de majestuosa estatura, brillante de pedrerías y cubierta con un velo. «Apartad ese velo», dijo la vieja a Cándido. El joven se acerca; alza el velo con mano tímida. ¡Qué momento! ¡Qué sorpresa! Cree ver a la señorita Cunegunda; la veía en efecto, era ella. Le fallan las fuerzas, no puede articular palabra, cae a sus pies. Cunegunda cae sobre el sofá. La vieja los rocía con aguas espirituosas, recobran el sentido, se hablan: son, al principio, palabras entrecortadas, preguntas y respuestas que se cruzan, suspiros, lágrimas, gritos. La vieja les recomienda hacer menos ruido y los deja solos. «¡Cómo! ¿Sois vos?, le dice Cándido. ¡Y estáis viva! ¡Y os encuentro en Portugal! ¿No os violaron entonces? ¿No os destriparon, como el filósofo Pangloss me había asegurado? — Sí, dice la hermosa Cunegunda; pero no siempre se muere de esos dos accidentes. — Pero a vuestro padre y a vuestra madre, ¿no los mataron? — Demasiado cierto es eso, dijo Cunegunda llorando. — ¿Y vuestro hermano? — También a mi hermano lo mataron. — ¿Y por qué estáis en Portugal? ¿Y cómo habéis sabido que yo estaba aquí y por qué extraña aventura me habéis hecho traer a esta casa? — Os diré todo eso, replicó la dama, pero antes tenéis que contarme todo lo que os ha pasado desde el inocente beso que me disteis y los puntapiés que recibisteis».

Cándido la obedece con profundo respeto; y aunque estuviera desconcertado, aunque su voz fuera débil y temblorosa, aunque el espinazo todavía le doliese algo, le contó de la manera más ingenua todo lo que había sufrido desde el momento de la separación. Cunegunda alzaba los ojos al cielo; derramó lágrimas por la muerte del buen anabaptista y de Pangloss; tras lo cual

habló a Cándido, que no perdía palabra y que la devoraba con los ojos, en estos términos:

Capítulo VIII

Historia de Cunegunda

«Estaba yo en mi cama y dormía profundamente cuando plugo al cielo enviar a los búlgaros a nuestro hermoso castillo de Thunderten-tronckh; degollaron a mi padre y a mi hermano, y cortaron a mi madre en pedazos. Un búlgaro muy grande, de seis pies de alto, al ver que, ante aquel espectáculo, yo había perdido el conocimiento, se puso a violarme; esto me hizo volver en mí, recobré el sentido, grité, me debatí, mordí, arañé, quería arrancar los ojos a aquel gran búlgaro sin saber que cuanto ocurría en el castillo de mi padre era algo usual: el muy bruto me dio una puñalada en el costado izquierdo cuya cicatriz todavía llevo. — ¡Ay!, espero verla, dijo el ingenuo Cándido. — La veréis, dijo Cunegunda, pero sigamos. — Seguid», dijo Cándido.

Y ella reanudó así el hilo de su historia: «Entró un capitán búlgaro, me vio toda ensangrentada, y el soldado continuaba su tarea. El capitán se enfureció por el poco respeto que le demostraba aquel bruto, y lo mató encima de mi cuerpo. Luego mandó que me curasen, y me llevó como prisionera de guerra a su cuartel. Yo lavaba las pocas camisas que él tenía, le preparaba la comida; él me encontraba muy hermosa, hay que confesarlo; y no negaré que él no fuera muy apuesto ni que tuviese la piel blanca y suave; pero muy poco ingenio, y poca filosofía; se echaba de ver con toda claridad que no lo había educado el doctor Pangloss. Al cabo de tres meses, después de perder todo su dinero y harto de mí, me vendió a un judío llamado don Isacar, que traficaba en Holanda y Portugal, y al que le gustaban apasionadamente las mujeres. Este judío se prendó locamente de mi persona, pero no podía triunfar; le resistí mejor que al soldado búlgaro: una persona honorable puede ser violada una vez, pero su virtud se afirma con ello. Para domeñarme, el judío me trajo a esta casa de campo que veis. Hasta entonces yo había creído que no había en la tierra nada tan hermoso como el castillo de Thunder-ten-tronckh; me he desengañado.

»El Gran Inquisidor me vio un día en misa, me miró largo y tendido, y mandó decirme que tenía que hablarme para asuntos secretos. Fui conducida a su palacio; le informé de mi nacimiento; él me hizo ver cuán por debajo de mi rango estaba pertenecer a un israelita. Propusieron de su parte a don Isacar que me

cediese a Monseñor. Don Isacar, que es el banquero de la corte y hombre de crédito, se negó. El Inquisidor lo amenazó con un auto de fe. Al fin, mi judío, intimidado, concluyó un trato, por el que la casa y yo perteneceríamos a los dos en comandita: el judío tendría para él los lunes, miércoles y el día del sabbat¹⁷⁰, y el Inquisidor los demás días de la semana. Hace seis meses que dura ese pacto. No sin peleas, porque a menudo hay que dilucidar si la noche del sábado al domingo pertenece a la ley antigua o a la nueva. En cuanto a mí, he resistido hasta ahora a los dos, y creo que por esta razón siguen amándome.

»Por último, para aplacar el azote de los terremotos e intimidar a don Isacar, plugo al monseñor Inquisidor celebrar un auto de fe. Me hizo el honor de invitarme. Me colocaron en un buen lugar; a las damas les sirvieron refrescos entre la misa y la ejecución. En verdad, quedé sobrecogida de horror viendo quemar a aquellos dos judíos y al honesto vizcaíno que se había casado con su comadre; pero ¡cuál no sería mi sorpresa, mi espanto, mi turbación, cuando vi, con un sambenito y bajo una mitra, una cara que se parecía a la de Pangloss! Me froté los ojos, miré atentamente, vi cómo lo colgaban; me desmayé. Nada más recuperar el sentido, os vi a vos completamente desnudo: fue el colmo del horror, de la consternación, del dolor, de la desesperación. Debo deciros, con verdad, que vuestra piel es más blanca todavía y de un encarnado más perfecto que la de mi capitán de los búlgaros. Esta visión redobló todos los sentimientos que me agobiaban, que me devoraban. Grité, quise decir: “¡Deteneos, bárbaros!” , pero me falló la voz, y mis gritos habrían sido inútiles. Cuando estuvisteis bien azotado, yo me decía: “¿Cómo puede ser que el amable Cándido y el sabio Pangloss se encuentren en Lisboa, el uno para recibir cien latigazos, y el otro para ser colgado por orden del monseñor Inquisidor, de quien soy la bienamada? Pangloss me engañó, pues, muy cruelmente cuando me decía que todo en el mundo va del mejor modo posible”.

»Agitada, enloquecida, tan pronto fuera de quicio como cerca de la muerte por debilidad, tenía la razón trastornada por la matanza de mi padre, de mi madre, de mi hermano, por la insolencia de mi infame soldado búlgaro, por la puñalada que me dio, por mi esclavitud, por mi oficio de cocinera, por mi capitán búlgaro, por mi infame don Isacar, por mi abominable Inquisidor, por el ahorcamiento del doctor Pangloss, por aquel gran *miserere* en fabordón durante el que os azotaban, y, sobre todo, por el beso que os había dado detrás de un biombo el día en que os vi por última vez. Alabé a Dios, que os devolvía a mí a través de tantas pruebas. Encomendé a mi vieja que se cuidara de vos y os trajese aquí en cuanto pudiera. Ha cumplido muy bien mi encargo: he saboreado el inefable placer de volver a veros, de oíros, de hablaros. Debéis de tener un hambre devoradora; yo tengo mucho apetito; empecemos por cenar».

Entonces ambos se sientan a la mesa; y después de la cena, vuelven a sentarse en el hermoso sofá del que ya hemos hablado; allí estaban cuando el signor don Isacar, uno de los dueños de la casa, llegó. Era el día del sabbat. Venía a gozar de sus derechos, y a exponer su tierno amor.

Capítulo IX

De lo que fue de Cunegunda, de Cándido,
del gran inquisidor y de un judío

El tal Isacar era el hebreo más colérico que se hubiera visto en Israel desde el cautiverio de Babilonia. «¡Cómo!, dijo, perra galilea, no te basta con el señor Inquisidor. ¿También tiene que compartirse conmigo este granuja?». Y diciendo esto saca un largo puñal que siempre llevaba consigo, y, no creyendo que su adversario fuera armado, se lanza sobre Cándido; pero nuestro buen westphaliano había recibido de la vieja el traje completo junto con una bonita espada. Saca su espada, aunque era de costumbres muy suaves, y tiende al israelita, tieso y muerto, en el suelo, a los pies de la hermosa Cunegunda.

«¡Virgen santa!, exclama ésta, ¿qué será de nosotros? ¡Un hombre muerto en mi casa! Si viene la justicia, estamos perdidos. — Si Pangloss no hubiera sido colgado, dijo Cándido, nos daría un buen consejo en este aprieto, porque era un gran filósofo. Ya que no está, consultemos a la vieja». Ésta era muy prudente, y empezaba a emitir su opinión cuando se abrió otra puertecita. Era la una de la noche, comienzo del domingo. Este día pertenecía al monseñor Inquisidor. Entra y ve al azotado Cándido espada en mano, a un muerto tendido en el suelo, a Cunegunda asustada y a la vieja dando consejos.

Esto fue lo que pasó por el alma de Cándido en ese momento, y cómo razonó: «Si este santo varón pide auxilio, me manda a la hoguera sin remisión; otro tanto podrá hacer con Cunegunda; me ha hecho azotar despiadadamente; es mi rival; ya que estoy matando, fuera vacilaciones». Este razonamiento fue claro y rápido; y, sin dar tiempo al Inquisidor a recuperarse de su sorpresa, lo atraviesa de parte a parte y lo arroja al lado del judío. «Ya son dos, dice Cunegunda; no hay remisión, estamos excomulgados, ¡nuestra última hora ha llegado! ¿Cómo vos, que nacisteis tan dulce, habéis podido matar en dos minutos a un judío y a un prelado? — Mi bella señorita, respondió Cándido, cuando uno está enamorado, es celoso y le ha azotado la Inquisición, pierde la cabeza».

Tomó entonces la vieja la palabra y dijo: «En la cuadra hay tres caballos andaluces, con sus sillas y sus bridas: que el valiente Cándido los prepare; la señora tiene *moyadors*^[171] y diamantes; montemos rápidamente a caballo, aunque yo sólo pueda apoyarme sobre una cadera, y vayamos a Cádiz; hace el mejor tiempo del mundo, y es un placer viajar con el fresco de la noche».

Cándido ensilla al punto los tres caballos. Cunegunda, la vieja y él hacen treinta millas de un tirón. Mientras se alejaban, la Santa Hermandad llega a la casa; entierran a monseñor en una hermosa iglesia y arrojan a Isacar al muladar.

Cándido, Cunegunda y la vieja estaban ya en la pequeña ciudad de Aracena^[172], en plena Sierra Morena; y así hablaban en un figón:

Capítulo X

En qué miseria Cándido, Cunegunda
y la vieja llegan a Cádiz, y de su embarque

«¿Quién ha podido robarme mis pistolas^[173] y mis diamantes?, decía llorando Cunegunda. ¿De qué viviremos? ¿Cómo nos las arreglaremos? ¿Dónde encontrar inquisidores y judíos que me den otros? — ¡Ay!, dijo la vieja, mucho sospecho de un reverendo padre franciscano que ayer pasó la noche en la misma venta que nosotros en Badajoz. ¡Dios me guarde de hacer un juicio temerario! Pero entró dos veces en nuestro cuarto, y se marchó mucho antes que nosotros. — ¡Ay!, dijo Cándido, el buen Pangloss me demostró a menudo que los bienes de la tierra son comunes a todos los hombres, que todos tienen el mismo derecho a ellos. Ese franciscano, según tales principios, debía habernos dejado lo suficiente para acabar nuestro viaje. Entonces ¿no os queda nada de nada, mi hermosa Cunegunda? — Ni un maravedí, dijo ella. — ¿Qué decisión tomar?, dijo Cándido. — Vendamos uno de los caballos, dijo la vieja; yo montaré a la grupa detrás de la señorita, aunque sólo pueda apoyarme en una cadera, y llegaremos a Cádiz».

Había en la misma hostería un prior de benedictinos; compró el caballo a bajo precio. Cándido, Cunegunda y la vieja pasaron por Lucena, por Chillas, por Lebrija, y llegaron finalmente a Cádiz^[174]. Aquí estaban equipando una flota y reunían tropas para hacer entrar en razón a los reverendos padres jesuitas del Paraguay^[175], a los que se acusaba de haber sublevado una de sus cuadrillas contra los reyes de España y Portugal, en las inmediaciones de la ciudad del Santo Sacramento. Cándido, que había servido con los búlgaros, hizo una demostración

de la instrucción búlgara ante el general del pequeño ejército con tanta gracia, celeridad, destreza, orgullo y agilidad que le dieron el mando de una compañía de infantería. Ya lo tenemos capitán: embarca con la señorita Cunegunda, la vieja, dos criados y los dos caballos andaluces que habían pertenecido a monseñor el gran Inquisidor de Portugal.

Durante toda la travesía razonaron mucho sobre la filosofía del pobre Pangloss: «Vamos a otro universo, decía Cándido; es en él, sin duda, donde todo está bien. Porque hemos de confesar que hay motivos para lamentarse un poco por lo que ocurre en física y en moral en el nuestro. — Os amo con todo mi corazón, decía Cunegunda; pero todavía tengo el alma totalmente horrorizada por lo que he visto, por lo que he sufrido. — Todo irá bien, replicaba Cándido; el mar de este nuevo mundo ya es mejor que los mares de nuestra Europa; es más tranquilo, y los vientos más constantes. Estoy seguro de que el nuevo mundo es el mejor de los universos posibles. — ¡Dios lo quiera!, decía Cunegunda, pero he sido tan horriblemente desgraciada en el mío que tengo el corazón casi cerrado a la esperanza. — ¿Y os quejáis?, le dijo la vieja. ¡Ay, vos no habéis sufrido infortunios como los míos!». Cunegunda casi se echó a reír, y aquella buena mujer le pareció muy bromista por pretender que había sido más desgraciada que ella. «¡Ay, querida!, le dijo, a menos que hayáis sido violada por dos búlgaros, que hayáis recibido dos puñaladas en el vientre, que hayan derruido dos de vuestros castillos, que hayan degollado ante vuestros ojos a dos padres y a dos madres, y que hayáis visto a dos de vuestros amantes azotados en un auto de fe, no veo cómo podríais aventajarme en desdichas; añadid que nací baronesa con setenta y dos cuarteles, y que he sido cocinera. — Señorita, respondió la vieja, vos no sabéis cuál es mi cuna; y si os enseñase mi trasero, no hablaríais como hacéis y suspenderíais vuestro juicio». De estas palabras nació una extrema curiosidad en el ánimo de Cunegunda y de Cándido. La vieja les habló en estos términos:

Capítulo XI

Historia de la vieja

«No siempre he tenido los ojos enrojecidos y bordeados de escarlata; no siempre mi nariz me ha llegado hasta el mentón, y no siempre he sido sirvienta. Soy hija del papa Urbano X y de la princesa de Palestrina^[176]. Hasta los catorce años me criaron en un palacio al que todos los castillos de vuestros barones alemanes no habrían servido de cuadra; y uno de mis vestidos valía más que todas las magnificencias de Westphalia. Crecía en belleza, en gracias y en talentos en medio

de placeres, respeto y esperanzas. Ya inspiraba amor, mis pechos iban formándose. ¡Y qué pechos! Blancos, firmes, tallados como los de la Venus de Médicis. ¡Y qué ojos! ¡Qué párpados! ¡Qué cejas negras! ¡Qué llamas brillaban en mis dos pupilas! Borraban el centelleo de las estrellas, como me decían los poetas del barrio. Las mujeres que me vestían y desvestían se extasiaban al mirarme por delante y por detrás, y todos los hombres habrían querido estar en su lugar.

»Me desposaron con un príncipe soberano de Massa-Carrara^[177]. ¡Qué príncipe! Tan hermoso como yo, lleno de dulzura y encantos, de ingenio brillante y ardiendo de amor. Yo lo amaba como se ama la primera vez, con idolatría, con frenesí. Se prepararon las bodas. Eran una pompa y una magnificencia inauditas: fiestas, carruseles, óperas bufas continuamente; y toda Italia hizo para mí sonetos, pero ni uno solo pasable. Estaba a punto de alcanzar la felicidad cuando una vieja marquesa que había sido amante de mi príncipe lo invitó a tomar chocolate en su casa. Murió en menos de dos horas entre convulsiones espantosas. Pero esto sólo es una bagatela. Mi madre, desesperada, y mucho menos afligida que yo, decidió ausentarse durante algún tiempo de una morada tan funesta. Tenía una hermosísima finca cerca de Gaeta. Embarcamos en una galera del país, dorada como el altar de San Pedro de Roma. Y he aquí que un corsario de Salé^[178] cae sobre nosotros y nos aborda; nuestros soldados se defendieron como soldados del papa: todos se pusieron de rodillas tirando sus armas y pidiendo al corsario una absolución *in articulo mortis*.

»Inmediatamente los despojaron de todo, dejándolos desnudos como monos, y también a mi madre, a nuestras damas de honor, y a mí también. Es cosa admirable la diligencia con que esos señores desnudan a la gente. Pero lo que más me sorprendió fue que nos metieron a todos el dedo en un lugar en el que las mujeres no nos dejamos meter de ordinario más que cánulas. Aquella ceremonia me parecía muy extraña: así es como se juzga de todo cuando no se ha salido nunca de su tierra. Pronto supe que era para ver si no habíamos escondido allí algún diamante: es una costumbre establecida desde tiempo inmemorial entre las naciones civilizadas que hacen correrías marítimas. He sabido que los señores religiosos caballeros de Malta nunca dejan de hacerlo cuando cogen turcos y turcas; es una ley del derecho de gentes que jamás se ha derogado.

»No os diré cuán duro resulta para una joven princesa ser llevada como esclava a Marruecos con su madre. No os costará mucho imaginar todo lo que hubimos de sufrir en el bajel corsario. Mi madre todavía era muy bella; nuestras damas de honor, nuestras simples doncellas, tenían más encantos de los que pueden encontrarse en toda África. En cuanto a mí, era arrebatadora, era la belleza,

la gracia misma, y era virgen. No lo fui mucho tiempo; esa flor que yo había reservado para el bello príncipe de Massa-Carrara me fue arrebatada por el capitán corsario; era un negro abominable, que encima creía hacerme un gran honor. Desde luego, teníamos que ser la señora princesa de Palestrina y yo muy fuertes para resistir todo lo que sufrimos hasta nuestra llegada a Marruecos. Pero dejémoslo; son cosas tan comunes que no merece la pena hablar de ellas.

»Marruecos nadaba en sangre cuando llegamos. Los cincuenta hijos del emperador Muley-Ismaíl^[179] tenían cada uno su partido; lo cual producía, de hecho, cincuenta guerras civiles, de negros contra negros, de negros contra morenos, de morenos contra morenos, de mulatos contra mulatos: era una carnicería continua en toda la extensión del Imperio.

»Nada más desembarcadas, se presentaron unos negros de una facción enemiga de la de mi corsario para arrebatarme su botín. Después de los diamantes y del oro, nosotras éramos lo más precioso que tenía. Fui testigo de un combate tal como nunca los veis en vuestros climas de Europa. Los pueblos septentrionales no tienen la sangre bastante ardiente. No tienen esa hambre de mujeres que es lo común en África. Parece que vuestros europeos tengan leche en las venas; es vitriolo, es fuego lo que corre por las de los habitantes del monte Atlas y las regiones vecinas. Combatían con la furia de los leones, de los tigres y de las serpientes de la comarca para saber quién nos tendría. Un moro cogió a mi madre por el brazo derecho; el teniente de mi capitán la agarró por el izquierdo; un soldado moro la agarró por una pierna, uno de nuestros piratas la tenía por la otra. En un santiamén casi todas nuestras doncellas se vieron tironeadas así por cuatro soldados. Mi capitán me mantenía oculta detrás de él. Tenía la cimitarra en el puño, y mataba a cuantos se oponían a su furia. Finalmente, vi a todas nuestras italianas y a mi madre descuartizadas, despedazadas, matadas por los monstruos que se las disputaban. Los cautivos, compañeras mías, los que las habían prendido, soldados, marineros, negros, morenos, blancos, mulatos y, por último, mi capitán, todos fueron muertos, y yo quedé moribunda sobre un montón de cadáveres. Escenas semejantes pasaban, como se sabe, en una extensión de más de trescientas leguas, sin que nadie dejase de cumplir con las cinco oraciones diarias prescritas por Mahoma.

»Con gran esfuerzo me desembaracé de la multitud de tantos cadáveres ensangrentados amontonados, y me arrastré hasta un gran naranjo que había a orillas de un riachuelo vecino; allí caí de espanto, de fatiga, de horror, de desesperación y de hambre. Inmediatamente después, mis sentidos, agobiados, se entregaron a un sueño que tenía más de desvanecimiento que de reposo. Me

hallaba en ese estado de debilidad y de insensibilidad, entre la muerte y la vida, cuando me sentí oprimida por algo que se agitaba sobre mi cuerpo; abrí los ojos, vi a un hombre blanco y de buen aspecto que suspiraba, y que decía entre dientes: *O che sciagura d'essere senza c...!*^[180]».

Capítulo XII

Continuación de las desventuras de la vieja

«Asombrada y encantada de oír la lengua de mi patria, y no menos sorprendida por las palabras que profería aquel hombre, le respondí que había mayores desventuras que aquella de la que se quejaba. En pocas palabras le puse al corriente de los horrores que yo había sufrido, y volví a desmayarme. Él me llevó a una casa vecina, hizo que me acostasen en una cama y me dieran de comer, me sirvió, me consoló, me aduló, me dijo que nunca había visto nada tan hermoso como yo, y que nunca había echado tanto de menos lo que nadie podía devolverle: “Nací en Nápoles, me dijo; todos los años capan allí de dos a tres mil niños; unos mueren, otros adquieren una voz más bella que la de las mujeres, otros van a gobernar Estados^[181]. Me hicieron esa operación con grandísimo éxito, y fui músico de la capilla de la señora princesa de Palestrina”. — ¡De mi madre!, exclamé yo. — ¡De vuestra madre?, exclamó él llorando. ¡Cómo! ¿Seréis vos la joven princesa a la que yo eduqué hasta los seis años, y que ya prometía ser tan bella como sois? — Soy la misma, y mi madre está a cuatrocientos pasos de aquí, descuartizada bajo un montón de muertos...

»Le conté todo lo que me había ocurrido; también él me contó sus aventuras, y me dijo cómo fue enviado al rey de Marruecos por una potencia cristiana^[182], para concluir con ese monarca un tratado por el que se le proporcionaría pólvora, cañones y navíos para ayudarle a exterminar el comercio de los demás cristianos. “Mi misión está cumplida, me dijo aquel honesto eunuco; voy a embarcar en Ceuta y puedo devolveros a Italia. *Ma che sciagura d'essere senza c...*”.

»Le di las gracias con lágrimas de enternecimiento; y en lugar de llevarme a Italia, me condujo a Argel, y me vendió al dey de esa provincia. Nada más venderme, se declaró en Argel con violencia esa peste que ha dado la vuelta al África, al Asia y a Europa^[183]. Vos ya habéis visto terremotos, pero, señorita, ¿habéis tenido alguna vez la peste? — Nunca, respondió la baronesa.

»— Si la hubierais tenido, continuó la vieja, confesaríais que es mucho peor

que un terremoto. Es muy común en África; a mí me atacó. Figuraos qué situación para la hija de un papa, de quince años de edad, que en un plazo de tres meses había sufrido la pobreza, la esclavitud, había sido violada casi todos los días, había visto descuartizar a su madre, había sufrido el hambre y la guerra, y moría apesada en Argel. Sin embargo, no morí; pero mi eunuco y el dey, y casi todo el serrallo de Argel, perecieron.

»Cuando los primeros estragos de aquella espantosa peste hubieron pasado, vendieron los esclavos del dey. Un mercader me compró y me llevó a Túnez; me vendió a otro mercader, que me revendió en Trípoli; de Trípoli fui revendida en Alejandría, de Alejandría revendida en Esmirna, de Esmirna en Constantinopla. Pertencí a la postre a un agá^[184] de los jenízaros, al que pronto enviaron a defender Azov de los rusos que la sitiaban.

»El agá, que era un hombre muy lujurioso, llevó consigo todo su serrallo, y nos alojó en una pequeña fortaleza en los Palus-Meótide^[185], guardada por dos eunucos negros y veinte soldados. Ellos mataron rusos de forma prodigiosa, y éstos se desquitaron a gusto. Azov fue saqueada a sangre y fuego, y no se perdonó ni el sexo ni la edad; sólo quedó nuestra pequeña fortaleza; los enemigos quisieron rendirnos por hambre. Los veinte jenízaros habían jurado no entregarse nunca. Los extremos de hambre a que fueron reducidos les obligaron a comerse a nuestros dos eunucos, por miedo a violar su juramento. Al cabo de unos días decidieron comerse a las mujeres.

»Teníamos un imán muy piadoso y muy compasivo, que les echó un bello sermón con el que los convenció de no matarnos del todo. “No cortéis más que una nalga a cada una de las damas, les dijo, y tendréis una buena comida^[186]; si hay que repetirlo, haréis otro tanto dentro de unos días; el cielo sabrá recompensaros por una acción tan caritativa, y seréis socorridos”.

»Era muy elocuente; los convenció. Nos hicieron aquella horrible operación. El imán nos aplicó el mismo bálsamo que se pone a los niños cuando los circuncidan. Estuvimos todas a punto de muerte.

»Apenas habían terminado los jenízaros la comida que nosotras les habíamos proporcionado cuando llegaron los rusos en balsas: no escapó ni un jenízaro. Los rusos no hicieron caso alguno del estado en que estábamos. En todas partes hay cirujanos franceses: uno de ellos, muy hábil, se cuidó de nosotras; nos curó, y me acordaré toda mi vida de que, cuando mis llagas estuvieron bien cerradas, me hizo proposiciones. Por lo demás, nos dijo a todos que nos

consolásemos, y nos aseguró que en varios asedios habían ocurrido cosas semejantes, y que era la ley de guerra.

»Cuando mis compañeras pudieron andar, les hicieron ir a Moscú. En el reparto, fui a parar a un boyardo que me convirtió en su jardinera, y que me daba veinte latigazos diarios. Pero a los dos años, después de haber sido pasado por la rueda aquel señor con una treintena de boyardos por cierta intriga de corte, aproveché la ocasión: me escapé; atravesé toda Rusia; durante mucho tiempo fui criada de figón en Riga, luego en Rostock, en Vismar, en Leipzig, en Cassel, en Utrecht, en Leyden, en La Haya, en Rotterdam; envejecí en la miseria y el oprobio, sin tener otra cosa que la mitad de un trasero, y recordando siempre que era hija de un papa; cien veces quise matarme, pero seguía amando la vida. Tal vez esta debilidad ridícula sea una de nuestras inclinaciones más funestas; porque ¿hay algo más necio que querer llevar continuamente un fardo que siempre se quiere tirar a tierra? ¿Sentir horror de su ser, y aferrarse a su ser? ¿Acariciar, en fin, la serpiente que nos devora, hasta que nos ha comido el corazón?

»En los países que el destino me ha hecho recorrer, y en los figones en que he servido, he visto un número prodigioso de personas que execraban su existencia; pero sólo a doce vi poner voluntariamente fin a su miseria: tres negros, cuatro ingleses, cuatro genoveses y un profesor alemán llamado Robeck^[187]. Terminé siendo criada en casa del judío don Isacar; él me puso a vuestro lado, mi bella señorita; unida a vuestro destino, me he preocupado más por vuestras aventuras que por las mías. Ni siquiera os habría hablado de mis desgracias si no me hubierais picado un poco, y si no fuera costumbre, en un barco, contar historias para matar el aburrimiento. En resumen, señorita, tengo experiencia, conozco el mundo; daos un placer, animad a cada pasajero a contaros su historia y si hay uno solo que no haya maldecido a menudo su vida, que no se haya dicho con frecuencia a sí mismo que era el más desventurado de los hombres, arrojadme la primera de cabeza al mar».

Capítulo XIII

De cómo Cándido se vio
obligado a separarse de la hermosa
Cunegunda y de la vieja

Después de haber oído la historia de la vieja, la bella Cunegunda le rindió todas las pleitesías debidas a una persona de su rango y mérito. Aceptó la

propuesta: rogó a todos los pasajeros que le contaran, uno tras otro, sus aventuras. Cándido y ella reconocieron que la vieja tenía razón: «Es una lástima, decía Cándido, que el sabio Pangloss haya sido ahorcado, contra toda costumbre, en un auto de fe; nos diría cosas admirables sobre el mal físico y sobre el mal moral que cubren la tierra y el mar, y yo me sentiría con fuerza suficiente para atreverme a hacerle respetuosamente algunas objeciones».

A medida que cada cual contaba su historia, el navío avanzaba. Llegaron a Buenos Aires. Cunegunda, el capitán Cándido y la vieja fueron a casa del gobernador don Fernando de Ibaraa y Figueroa, y Mascarenes, y Lampourdos, y Souza^[188]. Este caballero tenía el orgullo apropiado para un hombre que lleva tantos apellidos. Hablaba a los hombres con el desdén más noble, con la nariz tan alta, elevando de forma tan despiadada la voz, adoptando un tono tan imponente, afectando un porte tan altivo, que cuantos lo saludaban sentían la tentación de pegarle. Le gustaban las mujeres hasta el delirio. Cunegunda le pareció lo más hermoso que había visto nunca. Lo primero que hizo fue preguntar si era la esposa del capitán. El aire con que hizo esta pregunta alarmó a Cándido: no se atrevió a decir que era su mujer, porque no lo era de hecho; no osaba decir que era su hermana, porque tampoco lo era; y aunque esta mentira officiosa hubiera estado muy de moda antaño entre los antiguos^[189], y podría ser útil a los modernos, su alma era demasiado pura para faltar a la verdad: «La señorita Cunegunda, dijo, debe hacerme el honor de casarse conmigo, y suplicamos a Vuestra Excelencia que se digne hacer nuestras bodas».

Don Fernando de Ibaraa, y Figueroa, y Mascarenes, y Lampourdos, y Souza sonrió amargamente atusándose el bigote, y ordenó al capitán Cándido que fuese a pasar revista a su compañía. Cándido obedece; el gobernador se quedó con la señorita Cunegunda. Le declaró su pasión, le prometió que al día siguiente se casaría con ella por la iglesia, o de otro modo, así que hubiera gustado de sus encantos. Cunegunda le pidió un cuarto de hora para recogerse, para consultar con la vieja, y para decidirse.

La vieja le dijo a Cunegunda: «Señorita, tenéis setenta y dos cuarteles y ni un óbolo; sólo a vos atañe ser la mujer del mayor señor de la América meridional, que tiene unos hermosísimos bigotes. ¿Pretendéis hacer gala de una fidelidad a toda prueba? Habéis sido violada por los búlgaros; un judío y un inquisidor han poseído vuestras gracias: las desventuras otorgan ciertos derechos. Confieso que, si yo estuviese en vuestro lugar, no tendría escrúpulo alguno en casarme con el señor gobernador y en hacer la fortuna del señor capitán Cándido». Mientras la vieja hablaba con toda la prudencia que la edad y la experiencia dan, se vio entrar en el

puerto un pequeño navío: traía a bordo un alcaide y unos alguaciles, y he aquí lo que había pasado.

La vieja había adivinado perfectamente que fue un franciscano de manga ancha^[190] quien robó el dinero y las joyas de Cunegunda en la ciudad de Badajoz, cuando huía a toda prisa con Cándido. Este monje quiso vender algunas de las piedras a un joyero. El mercader las reconoció como las del gran Inquisidor. El franciscano, antes de ser colgado, confesó que las había robado; indicó las personas y la ruta que tomaban. La huida de Cunegunda y de Cándido ya era conocida. Los siguieron a Cádiz; sin pérdida de tiempo enviaron un navío en su persecución. El navío estaba ya en el puerto de Buenos Aires. Se corrió el rumor de que iba a desembarcar un alcaide, y que se perseguía a los asesinos de monseñor el gran Inquisidor. La prudente vieja vio en el acto todo lo que debían hacer: «Vos no podéis huir, le dijo a Cunegunda, y no tenéis nada que temer; no fuisteis vos quien mató a monseñor; y además, el gobernador, que os ama, no permitirá que os maltraten; quedaos». Y corre inmediatamente en busca de Cándido: «Huid, dice, o dentro de una hora seréis quemado». No había instante que perder; pero ¿cómo separarse de Cunegunda y dónde refugiarse?

Capítulo XIV

De cómo Cándido y Cacambo fueron
recibidos entre los jesuitas del Paraguay^[191]

Cándido se había llevado de Cádiz un criado como los que frecuentemente se encuentran en las costas españolas y en las colonias. Era un cuarto de español, nacido de un mestizo en Tucumán; había sido monaguillo, sacristán, marinero, monje, factor^[192], soldado, lacayo. Se llamaba Cacambo, y quería mucho a su amo, porque su amo era un hombre muy bueno. Ensilló lo más rápido que pudo los dos caballos andaluces. «Vamos, amo mío, sigamos el consejo de la vieja; partamos, y corramos sin volver la vista atrás». Cándido derramó unas lágrimas. «¡Oh, mi querida Cunegunda!, he de abandonaros en el momento en que el señor gobernador va a casarnos. Cunegunda, después de venir de tan lejos ¿qué será de vos? — Será lo que ella pueda, dijo Cacambo; las mujeres nunca pasan apuros; Dios proveerá; corramos. — ¿Adónde me llevas? ¿Adónde vamos? ¿Qué haremos sin Cunegunda?, decía Cándido. — ¡Por Santiago de Compostela!, dijo Cacambo, ibais a guerrear contra los jesuitas; guerreemos a su favor: conozco bien los caminos, os guiaré hasta su reino, estarán encantados de tener un capitán que hace la instrucción a la búlgara; haréis una fortuna prodigiosa; cuando las cosas salen

mal en un mundo, salen bien en otro. Es un grandísimo placer ver y hacer cosas nuevas.

»— ¿Así que tú ya has estado en el Paraguay?, dijo Cándido. — Desde luego, dijo Cacambo; fui marmitón en el colegio de la Asunción, y conozco el gobierno de Los Padres como conozco las calles de Cádiz. ¡Qué admirable es ese gobierno! El reino^[193] tiene ya más de trescientas leguas de diámetro; está dividido en treinta provincias. Los Padres lo tienen todo, y los pueblos nada; es la obra maestra de la razón y la justicia. En cuanto a mí, no veo nada tan divino como Los Padres, que aquí hacen la guerra al rey de España y al rey de Portugal, y que en Europa confiesan a esos reyes; que aquí matan españoles y que en Madrid los envían al cielo; esto me encanta; adelante, vais a ser el más feliz de todos los hombres. ¡Qué placer recibirán Los Padres cuando sepan que les llega un capitán que conoce la instrucción búlgara!».

Cuando hubieron llegado a la primera barrera, Cacambo dijo a la guardia que un capitán quería hablar con monseñor el comandante. Fueron a avisar a la guardia. Un oficial paraguayo corrió a los pies del comandante para darle la noticia. En primer lugar Cándido y Cacambo fueron desarmados; luego les quitaron sus dos caballos andaluces. Los dos extranjeros son introducidos en medio de dos filas de soldados: el comandante estaba al final, con el bonete de tres cuernos en la cabeza, la sotana remangada, la espada al costado y el espontón en la mano. Hace una señal, y en el acto veinticuatro soldados rodean a los dos recién llegados. Un sargento les dice que hay que esperar, que el comandante no puede hablarles, que el reverendo padre provincial no permite que ningún español abra la boca en su presencia ni permanezca más de tres horas en el país. «Y ¿dónde está el reverendo padre provincial?, dice Cacambo. — Está en el desfile después de haber dicho misa, respondió el sargento; y no podréis besar sus espuelas hasta dentro de tres horas. — Pero, dijo Cacambo, el señor capitán, que se muere de hambre como yo, no es español, es alemán; ¿no podríamos almorzar mientras esperamos su Reverencia?».

El sargento fue inmediatamente a dar cuenta de estas palabras al comandante: «¡Bendito sea Dios!, dijo este caballero; puesto que es alemán, puedo hablarle; que lo traigan a mi enramada». Al punto condujeron a Cándido a un cenador adornado con una hermosísima columnata de mármol verde y oro, y jaulas que encerraban loros, colibríes, pájaros-mosca, pintadas, y todos los pájaros más raros. En vajilla de oro se había preparado un excelente almuerzo; y mientras los paraguayos comían maíz en escudillas de madera, en pleno campo, bajo el ardor del sol, el reverendo padre comandante entró en la enramada.

Era un joven muy guapo, de rostro regordete, bastante blanco, de color subido, cejas elevadas, mirada viva, orejas rojas, labios bermejos, aire altivo, pero de una altivez que no era ni la de un español ni la de un jesuita. Les fueron devueltas a Cándido y a Cacambo sus armas, que les habían quitado, así como los dos caballos andaluces; Cacambo les dio de comer avena cerca de la enramada, con los ojos siempre puestos en ellos por temor a una sorpresa.

Cándido besó primero la orla de la sotana del comandante; luego se sentaron a la mesa: «¿Sois, pues, alemán?, le dijo el jesuita en esa lengua. — Sí, mi Reverendo Padre», dijo Cándido. Y uno y otro se miraban al pronunciar estas palabras con extremada sorpresa y una emoción de la que no eran dueños. «¿Y de qué región de Alemania sois?, dijo el jesuita. — De la sucia provincia de Westphalia, dijo Cándido; nací en el castillo de Thunder-ten-tronckh. — ¡Oh, cielos! ¿Es posible?, exclamó el comandante. — ¡Qué milagro!, exclamó Cándido. — ¿Seréis vos?, dijo el comandante. — ¡No es posible!», dijo Cándido. Y ambos quedan estupefactos, se abrazan, derraman torrentes de lágrimas. «¡Cómo! ¿Seréis vos, mi reverendo padre? ¡Vos, el hermano de la bella Cunegunda! ¡Vos que fuisteis muerto por los búlgaros! ¡Vos, el hijo del señor barón! ¡Vos, jesuita en el Paraguay! Hay que confesar que este mundo es cosa extraña. ¡Oh, Pangloss, Pangloss, qué contento estaríais si no os hubieran ahorcado!».

El comandante ordenó retirarse a los esclavos negros y paraguayos que servían de beber en cubiletes de cristal de roca. Dio gracias a Dios y a san Ignacio mil veces; estrechaba a Cándido entre sus brazos; sus rostros estaban bañados en lágrimas. «Mucho más asombrado, más emocionado, más fuera de vos estaríais, dijo Cándido, si os dijera que la señorita Cunegunda, vuestra hermana, a la que habéis creído destripada, está llena de salud. — ¿Dónde? — Cerca de aquí, en casa del señor gobernador de Buenos Aires. ¡Y yo que venía para guerrear contra vos!». Cada palabra que pronunciaron en esta larga conversación acumulaba prodigio tras prodigio. Su alma entera se adelantaba a su lengua, estaba atenta en sus oídos y chispeaba en sus ojos. Como eran alemanes, estuvieron a la mesa mucho tiempo esperando al reverendo padre provincial; y el comandante habló así a su querido Cándido.

Capítulo XV

De cómo Cándido mató al hermano
de su querida Cunegunda

«Toda mi vida tendré presente en la memoria el día horrible en que vi matar a mi padre y a mi madre, y violar a mi hermana. Cuando los búlgaros tuvieron que retirarse, nadie encontró a mi adorable hermana, y en una carreta nos pusieron a mi padre, a mi madre y a mí, junto con dos criadas y tres niños de pecho degollados, para llevarnos a enterrar a una capilla de jesuitas, a dos leguas del castillo de mis padres. Un jesuita nos roció con agua bendita; estaba horriblemente salada; algunas gotas me entraron en los ojos; el padre se dio cuenta de que mis párpados hacían un pequeño movimiento: puso la mano sobre mi corazón y lo sintió palpar; fui socorrido, y al cabo de tres semanas ya estaba curado. Sabéis, mi querido Cándido, que yo era muy guapo; me volví todavía más; por eso el reverendo padre Croust^[194], superior de la casa, sintió por mí la amistad más tierna: me dio el hábito de novicio; algún tiempo después fui enviado a Roma. El padre general necesitaba una leva de jóvenes jesuitas alemanes. Los soberanos del Paraguay reciben el menor número posible de jesuitas españoles; prefieren los extranjeros, de los que se creen más dueños. Me juzgó idóneo el reverendo padre general para venir a trabajar en esta viña. Partimos un polaco, un tirolés y yo. Al llegar fui honrado con el subdiaconado y con un tenientazgo; en la actualidad soy coronel y sacerdote. Recibiremos con energía a las tropas del rey de España; os respondo de que serán excomulgadas y derrotadas. La Providencia os envía aquí para secundarnos. Pero ¿es cierto que mi querida hermana Cunegunda está cerca de aquí, en casa del gobernador de Buenos Aires?». Cándido le aseguró mediante juramento que nada era más cierto. Sus lágrimas empezaron a correr de nuevo.

El barón no se cansaba de abrazar a Cándido; lo llamaba su hermano, su salvador. «¡Ah!, le dijo, quizá, mi querido Cándido, podamos entrar juntos como vencedores en la ciudad y recuperar a mi hermana Cunegunda. — Es cuanto deseo, dijo Cándido; porque contaba con casarme con ella, y todavía lo espero. — ¿Vos, insolente?, respondió el barón. ¿Tendréis la desvergüenza de casaros con mi hermana que tiene setenta y dos cuarteles? ¡Muy descarado me parecéis para osar hablarme de un designio tan temerario!». Cándido, petrificado ante semejantes palabras, le respondió: «Mi reverendo padre, todos los cuarteles del mundo no significan nada; he arrancado a vuestra hermana de los brazos de un judío y de un inquisidor; ella me está muy agradecida y quiere casarse conmigo. Maese Pangloss siempre me dijo que los hombres son iguales, y os aseguro que me casaré con ella. — ¡Eso ya lo veremos, bribón!», dijo el jesuita barón de Thunder-ten-tronckh, y al mismo tiempo le soltó un fuerte golpe con la parte plana de la espada en el rostro. Cándido saca al instante la suya y la hunde hasta las guardas en el vientre del barón jesuita; pero, al sacarla toda humeante, se echó a llorar: «¡Ay, Dios mío!, dijo, he matado a mi antiguo amo, a mi amigo, a mi cuñado; soy el mejor hombre del mundo, y ya he matado a tres hombres; y de los tres, dos eran sacerdotes».

Cacambo, que estaba de centinela en la puerta de la enramada, acudió. «Sólo nos queda vender cara nuestra vida, le dijo su amo; sin duda van a entrar en la enramada, hay que morir con las armas en la mano». Cacambo, que se las había visto en muchas otras, no perdió la cabeza; le quitó el traje de jesuita al barón, lo puso sobre el cuerpo de Cándido, le dio el bonete cuadrado del muerto y le hizo montar a caballo. Todo esto ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. «Galopemos, amo, todo el mundo os tomará por un jesuita que va a dar órdenes; y habremos pasado las fronteras antes de que puedan correr tras de nosotros». Ya volaba al pronunciar estas palabras, y gritaba en español: «Paso, paso al reverendo padre coronel».

Capítulo XVI

De lo que les ocurrió a los dos viajeros
con dos mujeres, dos monos y los salvajes
llamados orejones^[195]

Cándido y su criado estaban al otro lado de las barreras y aún no sabía nadie en el campamento la muerte del jesuita alemán. El previsor Cacambo había tenido la precaución de llenar su mochila de pan, chocolate, jamón y frutas, y de algunas medidas de vino. Con sus caballos andaluces penetraron en un paraje desconocido, en el que no descubrieron ninguna ruta. Finalmente, ante ellos se ofreció una hermosa pradera surcada por riachuelos. Nuestros dos viajeros dejan pacer a sus monturas. Cacambo propone a su amo comer, y le da ejemplo. «¿Cómo quieres que coma jamón, decía Cándido, cuando he matado al hijo del señor barón, y cuando me veo condenado a no volver a ver en mi vida a la bella Cunegunda? ¿De qué me servirá prolongar mis miserables días si debo pasarlos lejos de ella lleno de remordimientos y desesperación? ¿Y qué dirá el *Journal de Trévoux*^[196]?».

Y mientras así hablaba, no dejaba de comer. El sol se ponía. Los dos extraviados oyeron algunos grititos que parecían lanzados por mujeres. No sabían si aquellos gritos eran de dolor o de alegría; pero se levantaron precipitadamente con esa inquietud y esa alarma que todo inspira en un país desconocido. Aquellos clamores partían de dos muchachas completamente desnudas que corrían con celeridad por el extremo de la pradera, mientras dos monos las seguían mordiéndoles las nalgas. Cándido sintió compasión: había aprendido a disparar con los búlgaros, y le habría dado a una avellana en un matorral sin tocar las hojas. Coge su fusil español de dos disparos, tira y mata a los dos monos. «Loado sea Dios, mi querido Cacambo; he librado de un gran peligro a esas dos pobres criaturas; si he cometido un pecado matando a un inquisidor y a un jesuita, bien lo

he reparado salvando la vida de dos muchachas. Tal vez sean dos doncellas de condición, y esta aventura nos procure grandísimas ventajas en esta tierra».

Iba a proseguir, pero su lengua quedó paralizada al ver a las dos mujeres abrazar tiernamente a los dos monos, derramar lágrimas sobre sus cuerpos y llenar el aire con los gritos más dolorosos. «No me esperaba tanta bondad de alma», dijo por fin a Cacambo, que le replicó: «¡Vaya obra maestra que habéis hecho, amo! Habéis matado a los dos amantes de esas señoritas. — ¡Sus amantes! ¿Será posible? Os estáis burlando de mí, Cacambo, ¿cómo queréis que os crea? — Mi querido amo, continuó Cacambo, siempre os asombráis de todo. ¿Por qué os parece tan extraño que en algunas regiones haya monos que obtienen los favores de las damas? Son un cuarto de hombres como yo soy un cuarto de español. — ¡Ay!, continuó Cándido, recuerdo haber oído decir a maese Pangloss que antaño habían ocurrido accidentes semejantes, y que tales mezclas habían producido egipanes, faunos y sátiros; que varios grandes personajes de la antigüedad lo habían visto; pero todo eso me parecían fábulas. — Ahora debéis quedar convencido de que es verdad, dijo Cacambo, y ya veis cómo lo hacen las personas que no han recibido cierta educación; lo único que temo es que esas damas nos jueguen alguna mala pasada».

Estas sólidas reflexiones indujeron a Cándido a dejar la pradera y a internarse en un bosque. Allí cenó con Cacambo, y ambos, después de haber maldecido al inquisidor de Portugal, al gobernador de Buenos Aires y al barón, se durmieron sobre la hierba. Al despertar sintieron que no podían moverse^[197]; la razón era que, durante la noche, los orejones, habitantes de la región, a quienes las dos damas los habían denunciado, les habían atado con cuerdas de corteza de árbol. Estaban rodeados por una cincuentena de orejones completamente desnudos, armados de flechas, de mazas y de hachas de piedra: unos hacían hervir una gran caldera; otros preparaban asadores y todos gritaban: «¡Es un jesuita, es un jesuita! Nos vengaremos, y nos daremos una buena comilona; ¡comamos jesuita, comamos jesuita!».

«Ya os había dicho, mi querido amo, exclamó tristemente Cacambo, que aquellas dos mujeres nos jugarían una mala pasada». Cándido, viendo la caldera y las parrillas, exclamó: «Desde luego, van a asarnos o a cocernos. ¡Ah!, qué diría maese Pangloss si viese cómo está hecha la pura naturaleza. Todo está bien, de acuerdo, mas confieso que resulta muy cruel haber perdido a la señorita Cunegunda y ser puesto en una parrilla por unos orejones». Cacambo nunca perdía la cabeza. «No desesperéis todavía, dijo al desolado Cándido; entiendo algo la jerga de estos pueblos, y voy a hablarles. — No dejéis de hacerles ver, dijo

Cándido, qué horrible falta de humanidad es cocer hombres, y qué poco cristiano.

»— Señores, dijo Cacambo, así pues pensáis comerlos hoy un jesuita; eso está muy bien, no hay nada más justo que tratar así a los enemigos. En efecto, el derecho natural nos enseña a matar a nuestro prójimo, y así se hace por toda la tierra. Si nosotros no hacemos uso del derecho a comerlos es porque tenemos otras cosas para darnos buenas comilonas; pero vosotros no contáis con nuestros recursos; más vale, desde luego, comerse a los enemigos que abandonar a los cuervos y a las cornejas el fruto de la victoria. Pero, señores, seguro que no querríais comerlos a vuestros amigos. Creéis que vais a asar a un jesuita, y es a vuestro defensor, es al enemigo de vuestros enemigos al que vais a asar. En cuanto a mí, yo nací en vuestro país; el señor que veis es mi amo y, lejos de ser jesuita, acaba de matar a un jesuita, lleva sus ropas: ése es el motivo de vuestro error. Para comprobar lo que os digo, coged su hábito, llevadlo a la primera barrera del reino de Los Padres: informaos de si mi amo no ha matado a un oficial jesuita. Os llevará poco tiempo; siempre podréis comernos si resulta que os he mentado. Mas si os he dicho la verdad, conocéis de sobra los principios del derecho público, las costumbres y las leyes como para concedernos gracia».

A los orejones este discurso les pareció muy puesto en razón: enviaron a dos notables para que, con presteza, fueran a informarse de la verdad; los dos emisarios cumplieron su encargo como personas inteligentes y volvieron enseguida trayendo buenas nuevas. Los orejones soltaron a sus dos prisioneros, les hicieron toda clase de cortesías, les ofrecieron mujeres, les dieron refrescos, y los guiaron hasta los confines de sus Estados, gritando con alegría: «¡No es jesuita, no es jesuita!».

Cándido no se cansaba de admirar la causa de su liberación. «¡Qué pueblo!, decía. ¡Qué hombres! ¡Qué costumbres! Si no hubiera tenido la dicha de atravesar de una buena estocada el cuerpo del hermano de la señorita Cunegunda, me habrían comido sin remisión. Pero, después de todo, la pura naturaleza es buena, porque estas gentes, en lugar de comerme, me han rendido mil pleitesías cuando han sabido que no era jesuita».

Capítulo XVII

Llegada de Cándido y de su criado
al país de Eldorado, y lo que allí vieron

Cuando llegaron a las fronteras de los orejones, le dijo Cacambo a Cándido: «Ya veis que este hemisferio no es mejor que el otro; hacedme caso, volvamos a Europa cuanto antes. — ¿Cómo volver?, dijo Cándido. ¿Y adónde ir? Si voy a mi país, los búlgaros y los ábaros me despellejan de arriba abajo; si vuelvo a Portugal, me queman; si nos quedamos en este país, corremos en todo momento el riesgo de ser asados. Mas ¿cómo decidirse a dejar la parte del mundo que habita la señorita Cunegunda?

»— Vayamos hacia la Cayena^[198], dijo Cacambo; allí encontraremos franceses, que están por todo el mundo; ellos podrán ayudarnos. Quizá Dios se apiade de nosotros».

No era fácil ir a la Cayena; sabían poco más o menos hacia qué parte debían encaminarse; pero montañas, ríos, precipicios, bandidos y salvajes eran obstáculos terribles por todas partes. Sus caballos murieron de fatiga; sus provisiones se acabaron; durante todo un mes se alimentaron de frutos silvestres, y finalmente se encontraron a orillas de un riachuelo bordeado de cocoteros, que sostuvieron su vida y sus esperanzas.

Cacambo, que siempre daba tan buenos consejos como la vieja, le dijo a Cándido: «No podemos más, hemos caminado bastante; veo una canoa vacía en la orilla, llenémosla de cocos, lancémonos a esa pequeña barca, dejémonos llevar por la corriente; un río siempre lleva a algún lugar habitado. Si no encontramos cosas agradables, al menos encontraremos cosas nuevas. — Adelante, dijo Cándido, encomendémonos a la Providencia».

Bogaron durante algunas leguas entre orillas tan pronto floridas como áridas, tan pronto lisas como escarpadas. El río se ensanchaba cada vez más y se perdía, por último, bajo una bóveda de rocas espantosas que se alzaban hasta el cielo. Los dos viajeros tuvieron la audacia de abandonarse a las olas bajo aquella bóveda. El río, que se estrechaba en ese punto, los arrastró con una rapidez y un fragor horrible. Al cabo de veinticuatro horas vieron de nuevo la luz; pero su canoa se estrelló contra los escollos; tuvieron que arrastrarse de roca en roca durante toda una legua; por fin descubrieron un horizonte inmenso, bordeado de montañas inaccesibles. La región estaba cultivada tanto para el placer como para la necesidad; en todas partes lo útil era agradable. Los caminos estaban cubiertos o más bien adornados de carruajes de una forma y un material brillantes, que transportaban a hombres y mujeres de singular belleza, velozmente tirados por gordos carneros rojos^[199] que superaban en rapidez a los más hermosos caballos de Andalucía, de Tetuán y de Mequínez.

«Aquí tenemos, dijo Cándido, un país que vale más que Westphalia». Y echó pie a tierra con Cacambo en la primera aldea que encontró. Algunos niños de la aldea, cubiertos de brocados de oro completamente desgarrados, jugaban al tejo a la entrada del pueblo; nuestros dos hombres del otro mundo se entretuvieron mirándolos; sus tejos eran unas piezas redondas bastante anchas, amarillas, rojas, verdes, que despedían un destello singular. A los viajeros les entraron ganas de recoger algunos; era oro, eran esmeraldas, eran rubíes, el menor de los cuales habría sido el mayor adorno del trono del Mogol. «Sin duda estos niños son los hijos del rey del país que juegan al tejo», dijo Cacambo. El magíster de la aldea apareció en ese momento para hacerles volver a la escuela. «Y ahí tenemos, dijo Cándido, al preceptor de la familia real».

Los pequeños harapientos abandonaron inmediatamente el juego, dejando en tierra sus tejos y cuanto había servido a sus diversiones. Cándido los recoge, corre al preceptor y se los presenta humildemente, dándole a entender por señas que sus altezas reales habían olvidado su oro y sus piedras preciosas. El magíster de la aldea los tiró al suelo sonriendo, miró un momento la cara de Cándido con mucha sorpresa, y siguió su camino.

Los viajeros no dejaron de recoger el oro, los rubíes y las esmeraldas. «¿Dónde estamos?, exclamó Cándido. Los hijos de los reyes de este país deben de estar bien educados, pues les enseñan a despreciar el oro y las piedras preciosas». Cacambo estaba tan sorprendido como Cándido. Terminaron por acercarse a la primera casa de la aldea; estaba construida como un palacio de Europa. Un tropel de gente se apiñaba a la puerta, y dentro había todavía más. Se dejaba oír una música muy agradable, y se dejaba sentir un delicioso olor a cocina. Cacambo se acercó a la puerta y oyó que hablaban peruano; era su lengua materna: porque todo el mundo sabe que Cacambo había nacido en el Tucumán, en una aldea donde no se conocía otra lengua. «Yo os serviré de intérprete, le dijo a Cándido; entremos, esto es un figón».

Al punto dos mozos y dos mozas de la hostería, vestidos con paño de oro, y con el pelo anudado por cintas, los invitan a sentarse a la mesa del hostelero. Se sirven cuatro potajes, cada uno de ellos guarnecido con dos loros, un *cuntur*^[200] cocido que pesaba doscientas libras, dos monos asados de sabor excelente, trescientos colibríes en una bandeja, y seiscientos pájaros-mosca en otra; guisos exquisitos, pasteles deliciosos, todo en bandejas de una especie de cristal de roca. Los mozos y mozas de la hostería escanciaban diversos licores hechos de caña de azúcar.

Los comensales eran en su mayoría mercaderes y carreteros, todos ellos de una cortesía extremada, que hicieron, con la discreción más circunspecta, algunas preguntas a Cacambo, y que respondieron a las suyas de una manera que le satisfizo.

Cuando la comida hubo terminado, Cacambo creyó, al igual que Cándido, pagar sobradamente su escote depositando sobre la mesa del hostelero dos de aquellas anchas piezas de oro que había recogido; el hostelero y la hostelera se echaron a reír a carcajadas y tuvieron que agarrarse los ijares largo rato. Por fin se repusieron. «Señores, dijo el hostelero, bien vemos que sois extranjeros; no estamos acostumbrados a verlos. Perdonadnos si nos hemos echado a reír cuando nos habéis ofrecido como pago los pedruscos de nuestros caminos. No tenéis, sin duda, la moneda del país, pero no es preciso tenerla para comer aquí. Todas las hosterías establecidas para comodidad del comercio están pagadas por el gobierno. Aquí habéis comido mal porque es una aldea pobre; pero donde quiera que vayáis seréis recibidos como merecéis serlo». Cacambo explicaba a Cándido todas las palabras del hostelero, y Cándido las escuchaba con la misma admiración y el mismo pasmo con que su amigo Cacambo las traducía. «¿Qué país es, pues, éste, se decían el uno al otro, desconocido de todo el resto de la tierra, y donde toda la naturaleza es de una especie tan diferente de la nuestra? Probablemente es el país donde todo va bien; porque es absolutamente preciso que haya alguno de esa clase. Y por más que diga maese Pangloss, a menudo me di cuenta que todo iba mal en Westphalia».

Capítulo XVIII

Lo que vieron en el país de Eldorado

Cacambo manifestó a su hostelero toda la curiosidad que sentía; y el hostelero le dijo: «Yo soy muy ignorante, y me encuentro bien siendo así; pero tenemos un anciano^[201] retirado de la corte que es el hombre más sabio del reino y el más comunicativo». Lleva inmediatamente a Cacambo a casa del anciano. Cándido no desempeñaba más papel que el de segundo personaje, y acompañaba a su criado. Entraron en una casa muy sencilla, porque la puerta sólo era de plata y los revestimientos de los aposentos sólo de oro, aunque labrados con tanto gusto que no desmerecían de los más ricos. La antecámara, en verdad, sólo estaba repujada de rubíes y esmeraldas; pero el orden en que todo se hallaba dispuesto reparaba con creces la extremada sencillez.

El anciano recibió a los dos extranjeros sobre un sofá acolchado de plumas

de colibrí, y mandó que les sirvieran licores en vasos de diamante; tras lo cual satisfizo su curiosidad en estos términos:

«Tengo ciento setenta y dos años, y por mi difunto padre, escudero del rey, supe de las sorprendentes revoluciones del Perú de las que había sido testigo. El reino en que estamos es la antigua patria de los incas, que salieron de ella de manera muy imprudente para ir a someter una parte del mundo, y que, a la postre, fueron destruidos por los españoles. Los príncipes de su familia que permanecieron en su país natal fueron más prudentes; con el consentimiento de la nación ordenaron que ningún habitante saliese jamás de nuestro pequeño reino; y eso ha conservado nuestra inocencia y nuestra felicidad. Los españoles tuvieron un conocimiento confuso de este país, lo llamaron Eldorado; y un inglés, llamado caballero Raleigh^[202], se acercó incluso hace unos cien años; pero, como estamos rodeados de montañas inaccesibles y precipicios, hasta ahora siempre hemos estado al abrigo de la rapacidad de las naciones de Europa, que sienten una furia inconcebible por los pedruscos y por el barro de nuestra tierra, y que, para conseguirlos, matarían hasta el último de los nuestros».

La conversación fue larga; giró sobre la forma del gobierno, sobre las costumbres, sobre las mujeres, sobre los espectáculos públicos, sobre las artes. Finalmente Cándido, que siempre había sentido afición por la metafísica, hizo que Cacambo preguntase si en el país había alguna religión.

El anciano se sonrojó un poco: «¿Cómo, dijo, podéis dudarle? ¿Nos tomáis acaso por ingratos?». Cacambo preguntó humildemente cuál era la religión de Eldorado. El anciano volvió a sonrojarse: «¿Es que puede haber dos religiones?, dijo; tenemos, según creo, la religión de todo el mundo; adoramos a Dios de la noche a la mañana. — ¿No adoráis más que a un solo Dios?, dijo Cacambo, que seguía sirviendo de intérprete a las dudas de Cándido. — Desde luego, dijo el anciano, no hay ni dos, ni tres, ni cuatro. Os confieso que las gentes de vuestro mundo hacen preguntas muy singulares». Cándido no se cansaba de interrogar al buen anciano; quiso saber cómo se rezaba a Dios en Eldorado. «No le rezamos, dijo el buen y respetable sabio; no tenemos nada que pedirle; nos ha dado cuanto necesitamos; se lo agradecemos sin cesar». Cándido tuvo la curiosidad de ver a los sacerdotes; hizo preguntar dónde estaban. El buen viejo sonrió: «Amigos míos, dijo, todos nosotros somos sacerdotes; el rey y todos los jefes de familia cantan solemnemente cada mañana cánticos de acción de gracias, y cinco o seis mil músicos los acompañan. — ¡Cómo! ¿No tenéis monjes que enseñen, que disputen, que gobiernen, que hagan cábalas y ordenen quemar a las gentes que no son de su opinión? — Tendríamos que estar locos, dijo el viejo; aquí todos somos de la

misma opinión, y no entendemos qué queréis decir con eso de vuestros monjes». Cándido permanecía extasiado ante todas estas palabras y se decía para sus adentros: «Esto es muy distinto de Westphalia y del castillo del señor barón: si nuestro amigo Pangloss hubiera visto Eldorado, ya no habría dicho que el castillo de Thunder-ten-tronckh era lo mejor que había en la Tierra. ¡Cuán cierto es que hay que viajar!».

Tras esta larga conversación, el buen viejo mandó enganchar una carroza de seis carneros, y dio doce de sus criados a los dos viajeros para llevarlos hasta la corte: «Perdonadme si mi edad me priva del honor de acompañaros, les dijo. El rey os recibirá de forma que no quedaréis descontentos, y sin duda perdonaréis los usos del país si hay algunos que os desagradan».

Cándido y Cacambo suben a la carroza: los seis carneros volaban, y en menos de cuatro horas llegaron al palacio del rey, situado en un extremo de la capital. El pórtico era de doscientos veinte pies de alto y cien de ancho; es imposible expresar de qué materia estaba hecho. Como es fácil suponer, la superioridad que tenía sobre esos pedruscos y sobre esa arena que nosotros llamamos oro y pedrerías era prodigiosa.

Veinte hermosas doncellas de la guardia recibieron a Cándido y a Cacambo al apearse de la carroza, los condujeron a los baños, los vistieron con ropas de un tejido de pluma de colibrí; tras lo cual, los altos oficiales y las altas oficialas de la corona los llevaron al pabellón de Su Majestad, en medio de dos filas de mil músicos cada una, según la costumbre ordinaria. Cuando se acercaron a la sala del trono, Cacambo preguntó a un alto oficial cómo debía saludar a Su Majestad; si se hincaban de hinojos o echaban cuerpo a tierra; si se ponían las manos sobre la cabeza o en el trasero; si se lamía el polvo de la sala; en una palabra, cuál era el ceremonial. «La costumbre, dijo el alto oficial, es abrazar al rey y besarle ambas mejillas». Cándido y Cacambo saltaron al cuello de Su Majestad, que los recibió con toda la gracia imaginable, y que cortésmente los invitó a comer.

Mientras llegaba la hora, les enseñaron la ciudad, los edificios públicos, cuya altura alcanzaba las nubes, los mercados ornados con mil columnas, las fontanas de agua pura, las fontanas de agua rosa, las de licores de caña de azúcar, que manaban continuamente en grandes plazas adoquinadas con una especie de pedrerías que exhalaban un olor semejante al del clavo y la canela. Cándido pidió ver el tribunal de justicia, el parlamento; le dijeron que no los había y que no se pleiteaba jamás. Quiso saber si había cárceles, y le dijeron que no. Lo que más le sorprendió, y lo que le causó el mayor placer, fue el palacio de las ciencias, donde

vio una galería de dos mil pasos, totalmente llena de instrumentos de matemática y de física.

Después de haber recorrido durante toda la tarde poco más o menos la milésima parte de la ciudad, los llevaron de nuevo a la casa del rey. Cándido se sentó a la mesa entre Su Majestad, su criado Cacambo y varias damas. Nunca hubo mejor festín, y nunca hubo más ingenio en una comida que el que tuvo Su Majestad. Cacambo explicaba las agudezas del rey a Cándido, y, a pesar de estar traducidas, seguían pareciéndole agudas. De cuanto asombraba a Cándido, no era eso lo que menos le asombró.

Pasaron un mes en aquel hospicio. Cándido no cesaba de decir a Cacambo: «Te lo repito una vez más, amigo mío: ten por cierto que el castillo en que nací no puede compararse con el país en que estamos; pero, en fin, la señorita Cunegunda no está aquí, y vos tenéis sin duda alguna querida en Europa. Si nos quedamos aquí, sólo seremos como los demás; mientras que si volvemos a nuestro mundo, sólo con doce carneros cargados de pedruscos de Eldorado, seremos más ricos que todos los reyes juntos, no tendremos que temer más a los inquisidores, y fácilmente podremos recuperar a la señorita Cunegunda».

Estas palabras agradaron a Cacambo: gusta uno tanto de correr mundo, de hacerse valer entre los suyos, de hacer ostentación de lo que se ha visto en los viajes, que los dos afortunados resolvieron dejar de serlo y pedir licencia para irse a Su Majestad.

«Hacéis una tontería, les dijo el rey; ya sé que mi país es poca cosa; pero cuando uno está pasablemente en una parte, debe quedarse; no tengo, desde luego, el derecho a retener a unos extranjeros; esa tiranía no figura en nuestras costumbres ni en nuestras leyes: todos los hombres son libres; partid cuando queráis, pero la salida es muy difícil. Resulta imposible remontar la corriente del río por el que llegasteis de milagro, y que corre bajo unas bóvedas rocosas. Las montañas que rodean todo mi reino tienen diez mil pies de altura, y son rectas como murallas; cada una ocupa una anchura de más de diez leguas; sólo se pueden descender por precipicios. Sin embargo, puesto que queréis marcharos como sea, voy a dar orden a los intendentes de máquinas para que construyan una que pueda transportaros cómodamente. Una vez que os hayan guiado hasta el otro lado de las montañas, nadie podrá acompañaros; porque mis súbditos han jurado no salir jamás de su recinto, y son demasiado sabios para romper su juramento. Por lo demás, pedidme cuanto os plazca. — No pedimos a Vuestra Majestad más que algunos carneros cargados de víveres, de pedruscos y del barro del país», dijo

Cacambo. El rey se rió: «No concibo, dijo, la afición que vuestras gentes de Europa sienten por nuestro barro amarillo; pero llevaos cuanto queráis, y que os aproveche».

E inmediatamente ordenó a sus ingenieros construir una máquina capaz de izar a aquellos dos extraordinarios hombres fuera del reino. Tres mil buenos físicos trabajaron en ella; al cabo de quince días estuvo lista, y no costó más de veinte millones de libras esterlinas en moneda del país. Pusieron sobre la máquina a Cándido y a Cacambo; había dos grandes carneros rojos con sillas y bridas para que les sirvieran de montura una vez que hubieran franqueado las montañas, veinte carneros de albarda cargados de víveres, treinta que llevaban presentes de lo que el país tiene de más curioso, y cincuenta cargados de oro, pedrerías y diamantes. El rey abrazó tiernamente a los dos vagabundos.

Su partida fue un espectáculo magnífico, lo mismo que la ingeniosa forma en que ellos y sus carneros fueron izados a lo alto de las montañas. Los físicos se despidieron de ambos, una vez que los hubieron puesto a salvo, y Cándido no tuvo entonces más deseo ni más meta que ir a presentar sus carneros a la señorita Cunegunda. «Ya tenemos, dijo, con qué pagar al gobernador de Buenos Aires, si es que la señorita Cunegunda puede ser puesta a precio. Vayamos hacia la Cayena, embarquemos, y ya veremos luego qué reino podremos comprar».

Capítulo XIX

Lo que les sucedió en Surinam^[203]
y cómo Cándido trabó conocimiento con Martín

La primera jornada de nuestros dos viajeros fue bastante agradable. Estaban animados por la idea de verse dueños de más tesoros de los que Asia, Europa y África podían reunir. Cándido, entusiasmado, escribió el nombre de Cunegunda en los árboles. En la segunda jornada, dos de sus carneros se hundieron en los pantanos, y se abismaron en ellos con sus cargas; otros dos carneros murieron de fatiga unos días después; siete u ocho perecieron luego de hambre en un desierto; otros cayeron al cabo de algunos días en precipicios. Finalmente, después de cien días de marcha, sólo les quedaban dos carneros. Cándido le dijo a Cacambo: «Amigo mío, ya veis cuán percederas son las riquezas de este mundo; lo único sólido es la virtud y la dicha de ver a la señorita Cunegunda. — Lo admito, dijo Cacambo; pero todavía nos quedan dos carneros con más tesoros de los que tendrá nunca el rey de España, y a lo lejos veo una ciudad que, si no me engaño, es

Surinam, perteneciente a los holandeses. Estamos llegando al final de nuestras fatigas y al principio de nuestra felicidad».

Al acercarse a la ciudad encontraron un negro^[204] tendido en tierra, que sólo tenía la mitad de sus ropas, es decir, un calzón de tela azul; a este pobre hombre le faltaban la pierna izquierda y la mano derecha. «¡Eh, Dios mío!, le dijo Cándido en holandés, ¿qué haces ahí, amigo mío, en el estado horrible en que te veo? — Espero a mi amo, el señor Vanderdendur, el famoso comerciante^[205], respondió el negro. — ¿Ha sido el señor Vanderdendur, dijo Cándido, el que te ha tratado así? — Sí, señor, dijo el negro, es la costumbre. Nos dan un calzón de tela por todo vestido dos veces al año. Cuando trabajamos en los ingenios y la muela nos pilla el dedo, nos cortan la mano; cuando queremos huir, nos cortan la pierna: yo me he encontrado en ambos casos. A ese precio coméis vos azúcar en Europa. Sin embargo, cuando mi madre me vendió por diez escudos patagones en la costa de Guinea, me decía: “Querido hijo, bendice a nuestros fetiches, adóralos siempre, te harán vivir feliz, tienes el honor de ser esclavo de nuestros señores los blancos, y con ello labras la fortuna de tu padre y de tu madre”. ¡Ay!, no sé si he labrado su fortuna, pero ellos no han labrado la mía. Los perros, los monos y los loros son mil veces menos desdichados que nosotros. Los fetiches holandeses que me convirtieron me dicen cada domingo que todos somos hijos de Adán, blancos y negros. No soy genealogista, pero si esos predicadores dicen la verdad, todos somos primos hermanos. Y estaréis de acuerdo conmigo en que no se puede tratar a los parientes de una manera más horrible.

»— ¡Oh, Pangloss!, exclamó Cándido, no adivinaste esta abominación; es un hecho que al final habré de renunciar a tu optimismo. — ¿Qué es optimismo?, decía Cacambo. — Ay, dijo Cándido, es la manía de sostener que todo está bien cuando todo está mal». Y derramaba lágrimas mirando a su negro, y llorando entró en Surinam^[206].

Lo primero que preguntan es si hay en el puerto algún bajel que pueda enviarse a Buenos Aires. El individuo al que se dirigieron era precisamente un patrón español, que se ofreció a cerrar con ellos un trato honrado. Los citó en un figón: Cándido y el fiel Cacambo fueron a esperarle allí con sus dos carneros.

Cándido, que hablaba con el corazón en la mano, le contó al español todas sus desventuras, y le confesó que quería raptar a la señorita Cunegunda. «Mucho me guardaré de llevaros a Buenos Aires, dijo el patrón: me colgarían, y a vos también. La hermosa Cunegunda es la amante favorita de monseñor». Aquello fue como un rayo para Cándido; estuvo llorando mucho tiempo; finalmente llevó

aparte a Cacambo: «Esto es, querido amigo, lo que tienes que hacer, le dijo. En nuestras alforjas tenemos, cada uno, cinco o seis millones en diamantes; tú eres más hábil que yo; vete a Buenos Aires en busca de la señorita Cunegunda. Si el gobernador pone dificultades, dale un millón; si no se rinde, dale dos; tú no has matado a ningún inquisidor, no desconfiarán de ti. Yo equiparé otro bajel e iré a esperarte a Venecia; es un país libre donde no hay nada que temer ni de búlgaros, ni de ábaros, ni de judíos, ni de inquisidores». Cacambo aplaudió esta sabia resolución. Estaba desesperado por separarse de su buen amo, convertido en su amigo íntimo; pero el placer de serle útil prevaleció sobre el dolor de abandonarlo. Se abrazaron derramando lágrimas. Cándido le recomendó que no olvidara a la buena vieja. Cacambo partió aquel mismo día; ¡qué buen hombre era el tal Cacambo!

Cándido permaneció todavía algún tiempo en Surinam, y esperó a que otro patrón quisiera llevarlo a Italia, a él y a los dos carneros que le quedaban. Tomó criados y compró cuanto necesitaba para un largo viaje; por último, el señor Vanderdendur, dueño de un gran navío, se presentó ante él: «¿Cuánto queréis, preguntó a este hombre, por llevarme directamente a Venecia, a mí, a mis criados, mi equipaje y los dos carneros que veis ahí?». El patrón pidió diez mil piastras. Cándido no lo dudó.

«¡Oh, oh!, se dijo aparte el taimado Vanderdendur, ¡este extranjero da diez mil piastras de golpe! Debe de ser muy rico». Luego, volviendo al cabo de un momento, dio a entender que no podía partir por menos de veinte mil. «Bueno, dijo Cándido, las tendréis».

«Vaya, pensó para sus adentros el mercader, este hombre da veinte mil piastras con la misma facilidad que diez mil». Volvió de nuevo, y dijo que no podía llevarle a Venecia por menos de treinta mil piastras. «Tendréis entonces treinta mil», respondió Cándido.

«¡Oh, oh!, volvió a decirse el mercader holandés, treinta mil piastras no significan nada para este hombre, sin duda los dos carneros llevan inmensos tesoros; no insistamos más: hagámosle pagar primero las treinta mil piastras, y luego ya veremos». Cándido vendió dos diamantes pequeños, el menor de los cuales valía todo el dinero que exigía el patrón. Lo pagó por adelantado. Los dos carneros fueron embarcados. Cándido iba en una pequeña barca, para reunirse con la nave en la rada; el patrón se apresura, tiende velas y leva anclas; el viento le favorece. Cándido, anonadado y estupefacto, no tarda en perderlo de vista. «¡Ay!, exclama, vaya jugarreta, es digna del viejo mundo». Regresa a la orilla abrumado

de dolor, porque había perdido un tesoro capaz de hacer la fortuna de veinte monarcas.

Se presenta ante el juez holandés; y, como estaba algo alterado, golpea con fuerza en la puerta; entra, expone su aventura, y grita algo más alto de lo conveniente. El juez empieza por hacerle pagar diez mil piastras por el ruido que había hecho. Luego lo escuchó pacientemente, le prometió examinar su caso tan pronto como el mercader hubiera vuelto, y se hizo pagar otras diez mil piastras por los gastos de la audiencia.

Este proceder acabó por desesperar a Cándido; había soportado, en verdad, desgracias mil veces más dolorosas; pero la sangre fría del juez, y la del patrón que le había robado, encendieron su bilis y lo sumieron en negra melancolía. La maldad de los hombres se mostraba a su espíritu en toda su fealdad; sólo se alimentaba de ideas tristes. Por fin, estando a punto de partir rumbo a Burdeos un bajel francés, como ya no tenía carneros cargados de diamantes que embarcar, alquiló un camarote del navío a su justo precio, e hizo correr por la ciudad la voz de que pagaría el pasaje y la comida, y daría dos mil piastras a un hombre honrado que quisiese hacer con él el viaje, a condición de que el hombre fuera el más descontento de su condición y el más desventurado de la provincia.

Se presentó tal multitud de pretendientes que una flota no habría podido contenerlos. Queriendo elegir entre los de más alto rango, Cándido se fijó en una veintena de personas que le parecían bastante sociables, y todas pretendían merecer la preferencia. Los reunió en su figón y les dio de cenar a condición de que cada cual jurase contar fielmente su historia, prometiendo elegir a quien le pareciese más digno de lástima y más descontento de su condición por motivo más justo, y dar a los demás alguna gratificación.

La sesión duró hasta las cuatro de la mañana. Escuchando todas sus aventuras, Cándido se acordaba de lo que le había dicho la vieja camino de Buenos Aires, y de la apuesta que ella había hecho, de que no había nadie en el navío al que no le hubieran ocurrido grandísimas desgracias. A cada aventura que le contaban, pensaba en Pangloss: «Qué apuros pasaría Pangloss para demostrar su sistema, se decía. Me gustaría que estuviese aquí. Desde luego, si todo va bien, es en Eldorado, y no en el resto de la Tierra». Por fin se decidió en favor de un pobre sabio que había trabajado diez años para los libreros^[207] de Amsterdam. Juzgó que no había oficio en el mundo del que se pudiera estar más asqueado.

Aquel sabio, que además era un buen hombre, había sido robado por su

mujer, pegado por su hijo y abandonado por su hija, que se había hecho raptar por un portugués. Acababa de verse privado de un pequeño empleo del que subsistía; y los predicadores de Surinam lo perseguían porque le tomaban por sociniano^[208]. Hay que confesar que los otros eran, por lo menos, tan desgraciados como él; pero Cándido esperaba que el sabio le distrajera durante el viaje. Todos sus demás rivales opinaron que Cándido les hacía gran injusticia; pero los aplacó dándoles cien piastras a cada uno.

Capítulo XX

De lo que les sucedió en el mar a Cándido y a Martín

El viejo sabio, que se llamaba Martín, embarcó, pues, para Burdeos con Cándido. Uno y otro habían visto mucho y sufrido mucho; y aunque el navío hubiera debido hacerse a la vela desde Surinam rumbo a Japón doblando por el cabo de Buena Esperanza, habrían tenido materia para hablar del mal moral y del mal físico durante todo el viaje.

Sin embargo, Cándido tenía una gran ventaja sobre Martín, y es que seguía esperando volver a ver a la señorita Cunegunda, mientras que Martín no tenía nada que esperar; además, aquél tenía oro y diamantes; y aunque hubiera perdido cien grandes carneros rojos cargados con los mayores tesoros de la tierra, aunque siguiera pesando sobre su corazón la bribonada del patrón holandés, sin embargo, cuando pensaba en lo que le quedaba en las faltriqueras, y cuando hablaba de Cunegunda, sobre todo al terminar las comidas, seguía inclinándose por el sistema de Pangloss.

«Y vos, señor Martín, le dijo al sabio, ¿qué pensáis de todo esto? ¿Cuál es vuestra idea sobre el mal moral y el mal físico? — Señor, respondió Martín, mis sacerdotes me han acusado de ser sociniano, pero lo cierto es que soy maniqueo^[209]. — Os burláis de mí, dijo Cándido, ya no hay maniqueos en el mundo. — Quedo yo, dijo Martín; no sé qué hacer, pero no puedo pensar de otro modo. — Debéis de tener el diablo en el cuerpo, dijo Cándido. — Se entromete tanto en los asuntos de este mundo, dijo Martín, que bien podría estar en mi cuerpo lo mismo que en cualquiera otra parte; pero os confieso que, tendiendo la vista sobre este globo, o mejor, sobre este glóbulo, pienso que Dios lo abandonó a algún ser maléfico; exceptuando siempre Eldorado. Casi nunca he visto ciudad que no desee la ruina de la ciudad vecina, ni familia que no quisiera exterminar a alguna otra familia. En

todas partes los débiles odian a los poderosos ante los que se arrastran, y los poderosos los tratan como a rebaños cuya lana y carne se venden. Un millón de asesinos organizado en regimientos, corriendo de un extremo a otro de Europa, ejercen el asesinato y el bandidaje con disciplina para ganarse el pan, porque no hay oficio más honrado; y en las ciudades que parecen gozar de la paz y donde las artes florecen, los hombres son devorados por más envidias, preocupaciones e inquietudes que calamidades sufre una ciudad sitiada. Los pesares secretos son más crueles aún que las miserias públicas. En una palabra, he visto tanto y tanto he pasado, que soy maniqueo.

»— Sin embargo habrá algo bueno, replicaba Cándido. — Puede ser, decía Martín, pero yo no lo conozco».

En medio de esta disputa se oyó un estruendo de cañón. El ruido crece por momentos. Cogen sus catalejos. Divisan dos bajeles que combatían a unas tres millas de distancia; el viento acerca ambos al navío francés, cuyos pasajeros tuvieron el placer de ver el combate a sus anchas. Por fin, uno de los dos bajeles soltó al otro una andanada tan baja y tan precisa que lo echó a pique. Cándido y Martín divisaron con toda claridad a un centenar de hombres sobre la cubierta del navío que se hundía; todos alzaban las manos al cielo y proferían clamores espantosos; en un instante todo fue engullido.

«Bueno, dijo Martín, así es como se tratan unos a otros los hombres. — Cierto, hay algo diabólico en este asunto», dijo Cándido. Mientras así hablaba, divisó no sé qué de un rojo brillante que nadaba junto a su navío. Botaron una chalupa para ver qué podía ser: era uno de sus carneros. Cuando encontró el carnero, Cándido sintió una alegría superior a su dolor por perder cien completamente cargados de gruesos diamantes de Eldorado.

Pronto se dio cuenta el capitán francés de que el capitán del navío que quedaba sobre el agua era español, y que el del navío hundido era un pirata holandés; el mismo que había robado a Cándido. Las inmensas riquezas de que se había apoderado el malvado fueron sepultadas con él en el mar, y no se salvó más que un carnero. «Ya veis que a veces el crimen se paga, le dijo Cándido a Martín; ese granuja de patrón holandés ha tenido el destino que merecía. — Sí, dijo Martín; pero ¿era preciso que también perciesen los pasajeros de su barco? Dios ha castigado a ese granuja, y el diablo ha ahogado a los demás».

Entretanto, el navío francés y el español siguieron su ruta, y Cándido continuó sus conversaciones con Martín. Discutieron quince días seguidos, y al

cabo de los quince días estaban tan adelantados como el primero. Pero, a la postre, hablaban, se comunicaban ideas, se consolaban. Cándido acariciaba a su carnero: «Si he vuelto a encontrarte, dijo, también podré encontrar de nuevo a Cunegunda».

Capítulo XXI

Cándido y Martín se acercan
a las costas de Francia y razonan

Por fin avistaron las costas de Francia. «¿Habéis estado alguna vez en Francia, señor Martín?, dijo Cándido. — Sí, dijo Martín, recorrí varias provincias. Hay unas donde la mitad de sus habitantes están locos, otras donde se pasan de listos, otras donde por regla general son bastante mansos y bastante necios, otras donde presumen de agudos; y en todas la principal ocupación es el amor, la segunda la maledicencia, y la tercera decir tonterías. — Pero, señor Martín, ¿habéis visto París?^[210] — Sí, he visto París; tiene de todas esas especies; es un caos, es un tropel donde todo el mundo busca el placer, y donde casi nadie lo encuentra, eso me pareció al menos. Estuve poco tiempo: nada más llegar me robaron cuanto tenía unos ladrones, en la feria de Saint-Germain^[211]; me tomaron a mí mismo por ladrón, y estuve ocho días en la cárcel; después me hice corrector de imprenta para ganar algún dinero con que volver a pie a Holanda. Conocí a la canalla escribiente, a la canalla cabalante, y a la canalla convulsionaria^[212]. Dicen que hay gentes muy educadas en esa ciudad; me gustaría creerlo.

»— Por mi parte, no siento ninguna curiosidad de ver Francia, dijo Cándido; fácilmente adivinaréis que, cuando uno ha pasado un mes en Eldorado, ya no se preocupa de ver sobre la tierra más que a la señorita Cunegunda; voy a esperarla en Venecia; atravesaremos Francia para ir a Italia; ¿me acompañaréis? — De mil amores, dijo Martín; dicen que Venecia sólo es buena para los nobles venecianos, pero que, sin embargo, acogen muy bien a los extranjeros cuando tienen mucho dinero; yo no lo tengo; vos sí, os seguiré a todas partes. — A propósito, dijo Cándido, ¿pensáis que la Tierra fue originariamente un mar, como se asegura en este grueso libro^[213] que pertenece al capitán del barco? — No creo nada de eso, dijo Martín, ni tampoco todas esas fantasías que nos cuentan desde hace algún tiempo. — Pero entonces, ¿a qué fin fue formado este mundo?, dijo Cándido. — Para hacernos rabiar, respondió Martín. — ¿No os sorprendió mucho, prosiguió Cándido, el amor que aquellas dos muchachas del país de los orejones sentían por aquellos dos monos, en esa aventura que ya os he contado? — En absoluto, dijo Martín; no veo que esa pasión tenga nada de extraño; he visto tantas cosas

extraordinarias que ya no hay nada extraordinario. — ¿Creéis, dijo Cándido, que los hombres se hayan matado siempre unos a otros, como hacen en la actualidad? ¿Que siempre hayan sido mentirosos, trapaceros, pérfidos, ingratos, bergantes, débiles, versátiles, cobardes, envidiosos, glotones, borrachos, avaros, ambiciosos, sanguinarios, calumniadores, lujuriosos, fanáticos, hipócritas y necios? — ¿Creéis, dijo Martín, que los gavilanes se hayan comido siempre a los palomos cuando los han encontrado? — Desde luego, dijo Cándido. — Pues bien, dijo Martín, si los gavilanes han tenido siempre el mismo carácter, ¿por qué pretendéis que los hombres hayan modificado el suyo? — ¡Oh!, dijo Cándido, hay mucha diferencia, porque el libre albedrío...». Y razonando de esta suerte, llegaron a Burdeos.

Capítulo XXII

De lo que les sucedió en Francia
a Cándido y a Martín

Cándido sólo se detuvo en Burdeos el tiempo necesario para vender algunos pedruscos de Eldorado, y para alquilar una buena silla de posta de dos plazas; porque ya no podía prescindir de su filósofo Martín. Sólo le apenó mucho separarse de su carnero, que dejó a la Academia de Ciencias de Burdeos, la cual propuso por tema del premio de aquel año averiguar por qué la lana de aquel carnero era roja; y el premio fue adjudicado a un sabio del Norte que demostró por $A \text{ más } B, \text{ menos } C, \text{ dividido por } Z$, que el carnero debía ser rojo, y morir de viruela^[214].

Sin embargo, todos los viajeros que Cándido encontró en los figones de la ruta le decían: «Nosotros vamos a París». Esta diligencia general terminó por despertar sus ganas de ver esa capital; no le suponía gran desvío del camino a Venecia.

Entró por el barrio de Saint-Marceau^[215], y creyó estar en la aldea más mísera de Westphalia.

Apenas llegó Cándido a su posada, fue atacado por una ligera enfermedad causada por sus fatigas. Como tenía en el dedo un diamante enorme, y habían visto en su equipaje un cofrecito prodigiosamente pesado, pronto tuvo a su cabecera dos médicos a los que no había llamado, algunos amigos íntimos que no lo abandonaban, y dos beatas que mandaban calentar sus caldos. Martín decía: «Recuerdo haber estado enfermo también en París en mi primer viaje; era muy

pobre, por eso no tuve ni amigos, ni beatas, ni médicos, y me curé».

Mientras tanto, a fuerza de medicinas y sangrías, la enfermedad de Cándido se agravó. Un *beneficiado*^[216] del barrio fue a pedirle con mucha cortesía un billete^[217] pagadero al portador para el otro mundo; Cándido no quiso hacerlo. Las beatas le aseguraron que era una moda nueva; Cándido repuso que él no era un hombre a la moda. Martín quiso tirar al beneficiado por la ventana. El clérigo juró que no enterrarían a Cándido. Martín juró que él enterraría al clérigo si seguía importunándoles. La pelea se acaloró: Martín lo cogió por los hombros y lo echó a empellones; lo cual provocó un gran escándalo, del que se levantó atestado.

Cándido se curó, y durante su convalecencia cenó muy bien acompañado. Se jugaban fuertes sumas. A Cándido le sorprendía mucho que nunca le llegaran ases; pero a Martín no le sorprendía.

Entre los que le hacían los honores de la ciudad mostrándosela, había un pequeño abate del Périgord, una de esas personas solícitas, siempre alertas, siempre serviciales, descaradas, cariñosas, complacientes, que acechan el paso de los forasteros, les cuentan la historia escandalosa de la ciudad y les ofrecen placeres a cualquier precio. Llevó primero a Cándido y a Martín al teatro. Representaban una tragedia nueva. Cándido se encontró colocado junto a varios ingenios. Lo cual no le impidió llorar en escenas perfectamente interpretadas. Uno de los razonadores que estaba a su lado le dijo en un entreacto: «Hacéis mal en llorar; esa actriz es muy mala; el actor que trabaja con ella es todavía peor; la pieza es además peor que los actores; el autor no sabe una palabra de árabe, y sin embargo la acción ocurre en Arabia; y además es un hombre que no cree en las ideas innatas^[218]: mañana os traeré veinte folletos contra él. — Señor, ¿cuántas piezas de teatro tenéis en Francia?», dijo Cándido al abate; el cual respondió: «Cinco o seis mil. — Es mucho, dijo Cándido; de ellas, ¿cuántas son buenas? — Quince o dieciséis, replicó el otro. — Es mucho», dijo Martín.

Cándido quedó encantado con una actriz que encarnaba a la reina Isabel en una tragedia bastante floja^[219], que se representa de vez en cuando. «Me gusta mucho esa actriz, dijo a Martín; tiene cierto parecido con la señorita Cunegunda; me encantaría saludarla». El abate perigordino se ofreció a presentarlo. Cándido, educado en Alemania, preguntó cuál era la etiqueta, y cómo se trataba en Francia a las reinas de Inglaterra: «Hay que distinguir, dijo el abate; en provincias, se las lleva al figón; en París se las respeta cuando son hermosas, y se las tira al muladar cuando están muertas. — ¡Reinas al muladar!, dijo Cándido. — Cierto, dijo Martín; el señor abate tiene razón; me hallaba yo en París cuando Mlle. Monime^[220] pasó,

como se dice, de esta vida a la otra; le negaron entonces lo que estas gentes llaman “los honores de la sepultura”, es decir, pudrirse como todos los mendigos del barrio en un mal cementerio; fue enterrada completamente aparte de su banda en la esquina de la calle de Bourgogne, cosa que debió causarle gran pesar, porque pensaba con mucha nobleza. — ¡Qué falta de cortesía!, dijo Cándido. — ¿Qué queréis?, dijo Martín; esas gentes están hechas así. Imaginad todas las contradicciones, todas las incompatibilidades posibles: las veréis en el gobierno, en los tribunales, en las iglesias, en los espectáculos de esta divertida nación. — ¿Es cierto que en París siempre están riendo?, dijo Cándido. — Sí, dijo el abate, pero lo hacen rabiando; porque aquí se quejan de todo a carcajadas; y hasta las acciones más detestables se hacen riendo.

»— ¿Quién es ese mamarracho que me hablaba tan mal de la pieza en que he llorado tanto y cuyos autores me han proporcionado tanto placer?, dijo Cándido. — Es un perdido, respondió el abate, que se gana la vida hablando mal de todas las obras de teatro y de todos los libros; odia a todo el que triunfa, como los eunucos odian a los que gozan: es una de esas serpientes de la literatura que se alimentan de fango y de veneno; es un foliculario. — ¿A qué llamáis vos foliculario?^[221], dijo Cándido. — A uno que escribe hojas volanderas, un *Fréron*^[222]».

Así es como Cándido, Martín y el perigordino razonaban en la escalera viendo desfilarse a la gente una vez terminada la obra. «Aunque tengo mucha prisa por ver a la señorita Cunegunda, me gustaría cenar con Mlle. Clairon, porque me ha parecido admirable».

El abate no era hombre que frecuentase a Mlle. Clairon^[223], que sólo se relacionaba con gentes de clase. «Esta noche está comprometida, dijo; pero tendré el honor de llevaros a casa de una dama de calidad, y allí conoceréis París como si hubierais vivido aquí cuatro años».

Cándido, que era curioso por naturaleza, se dejó llevar a casa de la dama, en el corazón del barrio Saint-Honoré; estaban metidos en un faraón^[224]; cada uno de los doce tristes puntos tenía en la mano un cuadernillo de cartas, registro cornudo de sus desventuras. Reinaba un profundo silencio, en la frente de los puntos había palidez, inquietud en la del banquero, y la anfitriona, sentada junto a ese despiadado banquero, observaba con ojos de lince todos los párolis, todos los *sept-et-le-va de campagne*, que cada jugador marcaba doblando el pico de sus naipes; ella les hacía desdoblarlo con una atención severa pero cortés, y sin enfadarse, por miedo a perder parroquianos: la dama se hacía llamar marquesa de Parolignac. Su hija, de quince años, estaba entre los puntos y con un guiño avisaba de las fullerías

de aquellas pobres gentes, que trataban de reparar las crueldades del destino. El abate perigordino, Cándido y Martín entraron; no se levantó nadie, ni nadie los saludó, ni los miró; todos estaban profundamente enfrascados en sus cartas. «La señora baronesa de Thunder-ten-tronckh era más cortés», dijo Cándido.

Mientras, el abate se acercó al oído de la marquesa, que se incorporó a medias, honró a Cándido con una graciosa sonrisa, y a Martín con un gesto de cabeza muy noble; mandó dar asiento y un juego de cartas a Cándido, que perdió cincuenta mil francos en dos tallas; tras lo cual, cenaron alegremente, y todo el mundo estaba asombrado de que Cándido no se hubiese conmovido por la pérdida; los lacayos decían entre sí, en su lenguaje de lacayos: «Tiene que ser algún milord inglés».

La cena fue como la mayoría de las cenas de París: al principio silencio, luego un rumor de palabras que no se distinguen, luego bromas, en su mayoría insípidas, noticias falsas, malos razonamientos, un poco de política y mucho de maledicencia; se habló incluso de libros nuevos. «¿Habéis leído la novela del señor Gauchat^[225], doctor en teología?, dijo el abate perigordino. — Sí, respondió uno de los comensales, pero no he podido acabarla. Tenemos una multitud de escritos impertinentes, pero todos juntos no llegan a la impertinencia de Gauchat, doctor en teología; estoy tan harto de esa inmensidad de libros detestables que nos inundan que me he puesto a jugar al faraón. — Y de las *Misceláneas* del arcediano T...^[226], ¿qué decís?, preguntó el abate. — ¡Ay!, dijo la señora de Parolignac, mortalmente aburridas; ¡de qué modo tan curioso dice todo lo que la gente ya sabe! ¡Con qué pesadez discute lo que ni siquiera merece la pena anotar de pasada! ¡Cómo se apropia sin ingenio del ingenio de los demás! ¡Cómo estropea lo que roba! ¡Cómo me aburre! Pero no me aburrirá más: del arcediano, con haber leído unas páginas basta».

Había en la mesa un hombre sabio y de gusto que apoyó lo que decía la marquesa. Hablaron luego de tragedias: la dama preguntó por qué había tragedias que algunas veces se representaban, y que no podían leerse. El hombre de gusto explicó muy bien que hay obras que pueden tener cierto interés y casi ningún mérito; demostró en pocas palabras que no bastaba con introducir una o dos de esas situaciones que se dan en todas las novelas, y que siempre seducen a los espectadores, sino que hay que ser nuevo sin ser extravagante, sublime a menudo, y siempre natural; conocer el corazón humano y hacerle hablar; ser gran poeta sin que jamás ningún personaje de la pieza parezca poeta; conocer perfectamente la lengua, hablarla con pureza, con armonía continua, sin que la rima perjudique nunca al sentido. «Quien no observe todas estas reglas, añadió, puede hacer una o

dos tragedias aplaudidas en el teatro, pero jamás figurará en el rango de los buenos escritores; hay poquísimas tragedias buenas; unas son idilios en diálogos bien escritos y bien rimados; otras, razonamientos políticos que duermen, o ampliaciones que repelen; otras, sueños de energúmeno, en estilo bárbaro, frases interrumpidas, largos apóstrofes a los dioses por no saber hablar a los hombres, máximas falsas, lugares comunes ampulosos».

Cándido escuchó estas palabras atentamente, y se hizo una gran idea del personaje que así discurría; y, como la marquesa se había preocupado de ponerle a su lado, se acercó a su oído y se tomó la libertad de preguntarle quién era aquel hombre que tan bien hablaba. «Es un sabio, dijo la dama, que no puntea y que el abate me trae algunas veces a cenar; lo sabe todo de tragedias y libros, y ha escrito una tragedia silbada y un libro del que nunca se ha visto fuera de la tienda de su librero más ejemplar que el que a mí me ha dedicado. — ¡Qué gran hombre!, dijo Cándido; es otro Pangloss».

Entonces, volviéndose hacia él, le dijo: «Señor, seguro que pensáis que todo va de la mejor manera posible en el mundo físico y en el moral, y que nada puede suceder de otro modo. — Yo, señor, le respondió el sabio, no pienso nada de todo eso; me parece que todo va mal entre nosotros; que nadie sabe ni cuál es su rango, ni cuál su cargo, ni lo que hace, ni lo que debe hacer, y que, salvo la cena, que es bastante alegre y donde parece haber bastante unión, el resto del tiempo se pasa en querellas impertinentes: jansenistas contra molinistas, gentes del parlamento contra gentes de iglesia, gentes de letras contra gentes de letras, cortesanos contra cortesanos, financieros contra el pueblo, mujeres contra maridos, parientes contra parientes; es una guerra eterna».

Cándido le replicó: «He visto cosas peores. Pero un sabio, que luego tuvo la desgracia de ser ahorcado, me enseñó que todo va de maravilla; todo eso no son sino sombras en un hermoso cuadro. — Vuestro ahorcado se burlaba del mundo, dijo Martín; vuestras sombras son manchas horribles. — Son los hombres los que hacen las manchas, dijo Cándido, y no pueden dejar de hacerlas. — Entonces no son culpables», dijo Martín. La mayoría de los puntos, que no entendían nada de aquel lenguaje, bebían; y Martín discutió con el sabio, y Cándido contó una parte de sus aventuras a la dueña de la casa.

Después de la cena, la marquesa llevó a Cándido a su gabinete y le hizo sentarse en un canapé. «Y bien, le dijo, ¿seguís locamente enamorado de la señorita Cunegunda de Thunder-ten-tronckh? — Sí, señora», respondió Cándido. La marquesa le replicó con una sonrisa tierna. «Me respondéis como un joven de

Westphalia; un francés me habría dicho: “Cierto que amé a la señorita Cunegunda, pero al veros, señora, temo que ya no la amo”. — ¡Ay, señora!, dijo Cándido, responderé como queráis. — Vuestra pasión por ella, dijo la marquesa, empezó recogiendo su pañuelo; yo quiero que me recojáis mi liga. — De todo corazón», dijo Cándido; y la recogió. «Pero quiero que me la pongáis», dijo la dama; y Cándido se la puso. «Ya veis, dijo la dama, vos sois extranjero, a veces hago languidecer a mis amantes de París quince días, pero a vos me entrego desde la primera noche, porque hay que hacer los honores del país a un joven de Westphalia». Habiendo visto la hermosa dos enormes diamantes en las dos manos de su joven extranjero, los elogió con tan buena fe que de los dedos de Cándido pasaron a los dedos de la marquesa.

Al retirarse con su abate perigordino, Cándido sintió algún remordimiento por haber cometido una infidelidad contra la señorita Cunegunda; el señor abate lo acompañó en su pesadumbre; aunque era poco lo que él perdía de las cincuenta mil libras que Cándido se había dejado en el juego, y del valor de los dos brillantes mitad dados, mitad arrancados. Su intención era aprovecharse, mientras pudiese, de las ventajas que el conocimiento de Cándido podía procurarle. Le habló mucho de Cunegunda; y Cándido le dijo que pediría perdón a esta bella por su infidelidad cuando volviese a verla en Venecia.

El perigordino redoblaba sus cortesías y atenciones, y se tomaba un interés afectuoso por todo lo que Cándido decía, por todo lo que hacía, por todo lo que quería hacer.

«Entonces, señor, ¿tenéis una cita en Venecia? — Sí, señor abate, dijo Cándido; es absolutamente necesario que vaya a reunirme con la señorita Cunegunda». Entonces, arrastrado por el placer de hablar de lo que amaba, contó, según su costumbre, una parte de sus aventuras con aquella ilustre westphaliana.

«Creo, dijo el abate, que la señorita Cunegunda tiene mucho ingenio, y que escribe unas cartas encantadoras. — Jamás he recibido ninguna, dijo Cándido; porque pensad que, arrojado del castillo por su amor, no pude escribirle; que poco después me enteré de que estaba muerta, que luego la encontré, y que la perdí, y que le he enviado, a dos mil quinientas leguas de aquí, un emisario cuya respuesta espero».

El abate escuchaba atentamente, y parecía algo pensativo. No tardó en despedirse de los dos extranjeros, después de haberlos abrazado de manera muy efusiva. A la mañana siguiente, al despertarse, Cándido recibió una carta

concebida en estos términos:

Señor, mi queridísimo amado, hace ocho días que estoy enferma en esta ciudad; acabo de enterarme de que vos estáis aquí. Volaría a vuestros brazos si pudiera moverme. Supe de vuestro paso por Burdeos; dejé allí al fiel Cacambo y a la vieja, que pronto han de reunirse conmigo. El gobernador de Buenos Aires se quedó con todo, pero me queda vuestro corazón. Venid, vuestra presencia me devolverá a la vida, o me hará morir de placer.

Aquella carta deliciosa, aquella carta inesperada, sacó de quicio a Cándido con una alegría inexpresable; y la enfermedad de su querida Cunegunda lo consternó de dolor. Dividido entre estos dos sentimientos, coge su oro y sus diamantes y se hace llevar, con Martín, al palacete donde estaba la señorita Cunegunda. Entra temblando de emoción, su corazón palpita, su voz solloza; quiere abrir las cortinas del lecho, quiere que traigan una luz: «Guardaos de hacerlo, le dice la criada, la luz la mata»; e inmediatamente cierra la cortina. «Mi querida Cunegunda, dice Cándido llorando, ¿cómo estáis? Si no podéis verme, habládme al menos. — No puede hablar, dice la criada». Entonces la dama saca del lecho una mano regordeta que Cándido rocía largo tiempo con sus lágrimas, y que luego llena de diamantes, dejando una bolsa llena de oro en el sillón.

En medio de sus transportes, llega un exento^[227] seguido del abate perigordino y de una escuadra: «¿Son estos dos los extranjeros sospechosos?», dice. Los manda detener al punto y ordena a sus valientes llevarlos a prisión. «No es así como tratan a los viajeros en Eldorado, dice Cándido. — Soy más maniqueo que nunca, dice Martín. — Pero, señor, ¿adónde nos lleváis?, dice Cándido. — A lo más profundo de una mazmorra», dice el exento.

Tras haber recobrado su sangre fría, Martín comprendió que la dama que se hacía pasar por Cunegunda era una bribona, el señor abate perigordino un granuja que había abusado rápidamente de la inocencia de Cándido, y el exento otro pillo del que podían deshacerse con facilidad.

Antes que exponerse a los procedimientos de la justicia, Cándido, iluminado por su consejo, y siempre impaciente por volver a ver a la auténtica Cunegunda, ofrece al exento tres pequeños diamantes de unas tres mil pistolas cada uno. «¡Ay!, señor, le dice el hombre del bastón de marfil, aunque hubierais cometido todos los crímenes imaginables, sois el hombre más honrado del mundo: ¡tres diamantes de tres mil pistolas cada uno! Señor, me dejaría matar por vos, en vez de llevaros a un calabozo. Hay orden de detener a todos los extranjeros, pero confiad en mí; tengo

un hermano en Dieppe, en Normandía, adonde voy a llevaros; y si tenéis a bien darle algún diamante, cuidará de vos como yo mismo.

»— ¿Y por qué están deteniendo a todos los extranjeros?»^[228], dijo Cándido. El abate perigordino tomó entonces la palabra y dijo: «Porque un mendigo del país de Atrebacia^[229] oyó decir tonterías; bastó eso para hacerle cometer un parricidio, no como el del mes de mayo de 1610, sino como el del mes de diciembre de 1594, y como muchos otros cometidos en otros meses y en otros años por otros mendigos que habían oído decir tonterías».

El exento explicó entonces de qué se trataba. «¡Ah, qué monstruos!, exclamó Cándido. ¡Cómo! ¿Semejantes horrores en un pueblo que baila y que canta? ¿No podría salir ahora mismo de este país donde unos monos provocan a unos tigres? En mi país vi osos; sólo he visto hombres en Eldorado. En nombre de Dios, señor exento, llevadme a Venecia, donde debo esperar a la señorita Cunegunda. — Sólo puedo llevaros a la Baja Normandía, dijo el barigel^[230]». Inmediatamente ordena que les quiten los grillos, dice que se ha equivocado, despide a sus gentes y lleva a Dieppe a Cándido y a Martín, dejándolos en manos de su hermano. Había un pequeño barco holandés en la rada. El normando, con ayuda de otros tres diamantes, convertido en el más servicial de los hombres, embarca a Cándido y sus gentes en el navío que iba a hacerse a la vela para Portsmouth, en Inglaterra. No era ése el camino de Venecia; pero Cándido creía haberse librado del infierno, y esperaba poder tomar la ruta de Venecia en la primera ocasión.

Capítulo XXIII

Cándido y Martín navegan hacia las costas
de Inglaterra; de lo que en ellas ven

«¡Ah, Pangloss, Pangloss! ¡Ah, Martín, Martín! ¡Ah, mi querida Cunegunda! ¿Qué es este mundo?, decía Cándido en el navío holandés. — Una cosa muy loca y muy abominable, respondía Martín. — Vos conocéis Inglaterra, ¿son tan locos como en Francia? — Es una especie distinta de locura, dijo Martín. Ya sabéis que estas dos naciones están en guerra por algunos arpendes de nieve^[231] en el Canadá, y que en esa famosa guerra gastan mucho más de lo que todo Canadá vale. No me permiten mis débiles luces deciros con exactitud si en un país hay más gentes que deban ser encerradas que en otro. Sólo sé que, en general, las gentes que vamos a ver son muy atrabiliarias^[232]».

Así hablando, atracaron en Portsmouth; un gran gentío atestaba la orilla y miraba con suma atención a un hombre bastante gordo que estaba de rodillas y con los ojos vendados en la cubierta de uno de los navíos de la flota; cuatro soldados, apostados frente a ese hombre, le dispararon tres balas cada uno al cráneo con la mayor tranquilidad del mundo, y todo el gentío se volvió a su casa extremadamente satisfecho. «¿Qué es todo esto?, dijo Cándido. ¿Y qué demonio ejerce en todas partes su imperio?». Preguntó quién era el hombre gordo al que acababan de matar con tanta ceremonia. «Es un almirante^[233], le respondieron. — ¿Y por qué han matado a ese almirante? — Porque no mandó matar a suficiente gente, le dijeron; libró combate contra un almirante francés, y ha quedado demostrado que no se acercó a él lo suficiente. — Pero, dijo Cándido, ¡si el almirante francés estaba tan lejos del almirante inglés como éste del otro! — Eso es innegable, le replicaron; pero en este país conviene matar de vez en cuando a un almirante para animar a los otros».

Cándido quedó tan estupefacto y tan sorprendido de lo que veía y oía que no sólo no quiso poner pie en tierra, sino que hizo un trato con el patrón holandés (aunque le robase como el de Surinam) para que lo llevara sin demora a Venecia.

El patrón estuvo dispuesto al cabo de dos días. Costearon Francia; pasaron a la vista de Lisboa, y Cándido tembló. Entraron en el estrecho y en el Mediterráneo; por fin atracaron en Venecia. «¡Alabado sea Dios!, dijo Cándido abrazando a Martín; aquí es donde volveré a ver a la hermosa Cunegunda. Me fío de Cacambo como de mí mismo. Todo está bien, todo va bien, todo va del mejor modo posible».

Capítulo XXIV

De Paquette y de fray Alhelí

En cuanto estuvo en Venecia, mandó buscar a Cacambo por todos los figones, por todos los cafés, por todos los burdeles, y no lo encontró. Enviaba a diario a la descubierta de todos los navíos y de todos los barcos: no había noticia de Cacambo. «¡Cómo!, decía a Martín, yo he tenido tiempo de pasar de Surinam a Burdeos, de ir de Burdeos a París, de París a Dieppe, de Dieppe a Portsmouth, de costear Portugal y España, de atravesar todo el Mediterráneo, de pasar unos meses en Venecia, ¡y la hermosa Cunegunda sin venir! ¡En su lugar sólo he encontrado a una desvergonzada y a un abate perigordino! Sin duda Cunegunda ha muerto, ya sólo me queda morir. ¡Ah, más me hubiera valido quedarme en el paraíso de Eldorado que volver a esta maldita Europa! ¡Cuánta razón tenéis, mi querido

Martín! Todo en la vida no es otra cosa que ilusión y calamidad».

Cayó en una negra melancolía, y no participó para nada en la ópera *alla moda* ni en las restantes diversiones del carnaval; ninguna dama le dio la menor tentación. Martín le dijo: «Sois muy simple, en verdad, si pensáis que un criado mestizo, con cinco o seis millones en los bolsillos, va a ir en busca de vuestra amada hasta el fin del mundo para traéroslo a Venecia. Si la encuentra, se quedará con ella. Si no la encuentra, cogerá otra: os aconsejo que os olvidéis de vuestro criado Cacambo y de vuestra amada Cunegunda». Martín no era consolador. Aumentó la melancolía de Cándido, y Martín no cesaba de probarle que había poca virtud y poca felicidad en la tierra, salvo tal vez en Eldorado, a donde nadie podía ir.

Discutiendo sobre esta importante materia, y mientras esperaba a Cunegunda, Cándido vio en la plaza de San Marcos a un joven teatino^[234] que llevaba del brazo a una muchacha. El teatino parecía lozano, regordete, vigoroso; sus ojos eran brillantes, su porte seguro, su rostro altivo, su paso arrogante. La mujer era muy hermosa y cantaba; miraba amorosamente a su teatino, y de vez en cuando le pellizcaba en los mofletes. «Me reconoceréis al menos, dijo Cándido a Martín, que esas personas son felices. Nunca hasta ahora encontré en toda la tierra habitable, excepto en Eldorado, más que desgraciados; pero apuesto a que esa muchacha y ese teatino son muy felices. — Apuesto a que no, dijo Martín. — No hay más que invitarlos a cenar, dijo Cándido, y veréis si me equivoco».

Los aborda al punto, les presenta sus respetos y los invita a su hostería a comer macarrones, perdices de Lombardía y huevas de esturión, y a beber vino de Montepulciano, Lacrimachristi, Chipre y Samos. La señorita se ruborizó, el teatino aceptó la invitación y la muchacha siguió mirando a Cándido con unos ojos de sorpresa y confusión sombreados por algunas lágrimas. Apenas hubo entrado en el cuarto de Cándido, ella le dijo: «¡Cómo! ¿El señor Cándido no reconoce ya a Paquette?». A estas palabras, Cándido, que hasta entonces no la había mirado con atención porque sólo se preocupaba de Cunegunda, le dijo: «¡Ay, mi pobre niña!, ¿fuisteis vos quien puso al doctor Pangloss en el bonito estado en que le vi?

— ¡Ay, señor, yo misma!, dijo Paquette; veo que estáis al corriente de todo. Me enteré de las espantosas desgracias ocurridas a toda la casa de la señora baronesa y de la bella Cunegunda. Os juro que mi destino apenas ha sido menos triste. Yo era muy inocente cuando me conocisteis. Un franciscano, que era mi confesor, me sedujo fácilmente. Las secuelas fueron horribles; me vi obligada a salir del castillo poco después de que el señor barón os despidiese a puntapiés en el

trasero. Si un famoso médico no se hubiera compadecido de mí, habría muerto. Por gratitud, fui durante algún tiempo amante de ese médico. Su mujer, que rabiaba de celos, me pegaba despiadadamente todos los días; era una furia. Aquel médico era el más feo de todos los hombres, y yo la más desgraciada de todas las criaturas por ser continuamente golpeada por causa de un hombre al que no quería. Ya sabéis, señor, cuán peligroso es para una mujer desabrida ser esposa de un médico. Éste, harto del proceder de su mujer, para curarla de un ligero resfriado le dio cierto día una medicina tan eficaz que murió a las dos horas en medio de horribles convulsiones. Los parientes de la señora intentaron un proceso criminal contra el señor; él huyó, y yo fui a parar a la cárcel. No me habría salvado mi inocencia si no hubiera sido algo bonita. El juez me soltó a condición de convertirse en sucesor del médico. Pronto fui suplantada por una rival, echada sin recompensa y obligada a continuar con este abominable oficio que tan agradable os parece a los hombres y que para nosotras no es más que un abismo de miserias. Vine a ejercer la profesión a Venecia. ¡Ay, señor, si pudieseis imaginar lo que es verse obligada a acariciar indistintamente a un viejo mercader, a un abogado, a un monje, a un gondolero, a un abate; verse expuesta a todos los insultos, a todas las vejaciones; verse obligada a menudo a pedir prestada una falda para ir a que te la levante un hombre repugnante; verse robada por uno de lo que se ha ganado con otro; verse despojada por los oficiales de justicia y no tener más perspectiva que una vejez horrorosa, un hospital y un estercolero, llegaríais a la conclusión de que soy una de las criaturas más desgraciadas del mundo!».

Así abrió Paquette su corazón al bueno de Cándido, en un reservado, en presencia de Martín, que decía a Cándido: «Como veis, he ganado la mitad de la apuesta».

Fray Alhelí se había quedado en el comedor y bebía un trago esperando la cena. «¡Pero parecíais tan alegre, tan satisfecha, cuando os he encontrado!, le dijo Cándido a Paquette; cantabais, acariciabais al teatino con una complacencia natural; me habéis parecido tan feliz como infortunada pretendéis ser. — ¡Ay, señor!, respondió Paquette, ésa es otra de las miserias del oficio. Ayer fui robada y pegada por un oficial, y hoy tengo que aparentar buen humor para agradar a un monje».

Cándido no quiso más pruebas: confesó que Martín tenía razón. Se sentaron a la mesa con Paquette y el teatino, la comida fue bastante divertida, y al final hablaron con cierta confianza. «Padre mío, dijo Cándido al monje, me parece que gozáis de un destino que todo el mundo debe de envidiar; la flor de la salud brilla en vuestro rostro, vuestra fisonomía anuncia la felicidad; tenéis una joven muy

bonita para solaz vuestro y parecéis muy satisfecho de vuestro estado de teatino.

»— A fe, señor, dijo fray Alhelí, que me gustaría ver a todos los teatinos en el fondo del mar. Cien veces he sentido la tentación de pegar fuego al convento y hacerme turco. A los quince años mis padres me obligaron a endosarme este detestable hábito para dejar más fortuna a mi maldito hermano mayor, ¡al que Dios confunda! Los celos, la discordia, la ira habitan en el convento. Cierto que he predicado algunos malos sermones que me han valido un poco de dinero; la mitad me lo roba el prior; el resto me sirve para mantener putas; pero cuando vuelvo por la noche al monasterio, desearía romperme la crisma contra las paredes del dormitorio; y todos mis cofrades se encuentran en la misma situación».

Volviéndose hacia Cándido con su sangre fría habitual, Martín dijo: «Bueno, ¿no he ganado la apuesta entera?». Cándido dio dos mil piastras a Paquette y mil piastras a fray Alhelí. «Os aseguro, dijo, que con esto serán felices. — No lo creo, dijo Martín; quizá con esas piastras los hagáis más desgraciados todavía. — Que pase lo que sea, dijo Cándido; pero una cosa me consuela: veo que, a veces, uno encuentra a gente que no esperaba volver a encontrar nunca; bien puede suceder que, después de encontrar mi carnero rojo y a Paquette, vuelva a encontrar también a Cunegunda. — Deseo que vuestra amada os haga feliz algún día, dijo Martín, pero dudo mucho de que así sea. — Sois muy duro, dijo Cándido. — Es que he vivido, respondió Martín.

»— Pero ved a esos gondoleros, dijo Cándido, ¿no cantan sin cesar? — No los veis en su casa, con sus mujeres y sus críos, dijo Martín. El dogo tiene sus pesares, los gondoleros los suyos. Cierto que, todo considerado, es preferible el destino de un gondolero al de un dogo; mas la diferencia me parece tan pequeña que no merece la pena analizarla.

»— He oído hablar del senador Pococurante, dijo Cándido, que vive en ese hermoso palacio a orillas del Brenta^[235], y que recibe bastante bien a los extranjeros. Pretenden que es un hombre que nunca ha tenido penas. — Me gustaría ver una especie tan rara», dijo Martín. Inmediatamente Cándido hizo pedir licencia al señor Pococurante para visitarlo al día siguiente.

Capítulo XXV

Visita a casa del señor
Pococurante, noble veneciano

Cándido y Martín fueron en góndola por el Brenta y llegaron al palacio del noble Pococurante. Los jardines estaban bien atendidos, y adornados con bellas estatuas de mármol; el palacio era de hermosa arquitectura. El dueño de la casa, hombre de sesenta años, riquísimo, recibió con mucha cortesía a los dos curiosos, pero con poca solicitud, lo cual desconcertó a Cándido y no desagradó a Martín.

Primero, dos muchachas hermosas y elegantemente vestidas sirvieron chocolate que espumaron muy bien. Cándido no pudo por menos de alabar su belleza, su gracia y su habilidad. «Son criaturas bastante buenas, dijo el señor Pococurante; a veces las hago meterse en mi cama, porque estoy muy harto de las damas de la ciudad, de sus coqueterías, de sus celos, de sus peleas, de sus humores, de sus bajezas, de su orgullo, de sus tonterías, y de los sonetos que hay que hacer o encargar para ellas; aunque, después de todo, también estas dos jóvenes empiezan a aburrirme».

Tras el almuerzo, cuando Cándido paseaba por una larga galería, quedó sorprendido por la belleza de los cuadros. Preguntó qué maestro era el autor de los dos primeros. «Son de Rafael, dijo el senador; los compré muy caros por vanidad hace unos años; dicen que es lo más bello que hay en Italia, pero no me gustan nada: el color se ha oscurecido mucho; las figuras no están bastante acabadas ni destacan lo suficiente; los paños no se parecen en nada a una tela; en una palabra, por más que digan, no les encuentro una verdadera imitación de la naturaleza. Para que un cuadro me guste, debo ver en él a la naturaleza misma; no los hay de esa clase. Tengo muchos cuadros, pero ya no los miro».

Mientras llegaba la hora de la cena, Pococurante mandó que sus músicos dieran un concierto. A Cándido la música le pareció deliciosa. «Ese ruido, dijo Pococurante, puede divertir media hora; pero si dura más tiempo, cansa a todo el mundo, aunque nadie se atreva a confesarlo. Hoy día la música no es más que el arte de ejecutar cosas difíciles, y lo que sólo es difícil, a la larga no agrada.

»Tal vez me gustaría más la ópera si no hubieran encontrado el secreto de convertirla en un monstruo que me indigna. Vaya quien quiera a ver malas tragedias en música, donde las escenas sólo están hechas para incorporar, de manera poco afortunada, dos o tres canciones ridículas para que luzca la garganta de una actriz^[236]; que se desmaye de placer quien quiera, o quien pueda, viendo a un castrado tararear el papel de César y de Catón y pasearse con aire torpe sobre las tablas; en cuanto a mí, hace tiempo que he renunciado a esas miserias que hoy día constituyen la gloria de Italia y que tan caras pagan los soberanos». Cándido discutió un poco, pero con discreción. Martín estuvo totalmente de acuerdo con el

senador.

Se sentaron a la mesa y, después de una excelente comida, pasaron a la biblioteca. Al ver un Homero magníficamente encuadernado, Cándido alabó al ilustrísimo por su buen gusto. «Éste es un libro, dijo, que hacía las delicias del gran Pangloss, el mejor filósofo de Alemania. — No hace las mías, dijo con frialdad Pococurante; en otro tiempo me hicieron creer que sacaba placer leyéndolo; pero esa repetición continua de combates todos iguales, esos dioses que están siempre actuando para no hacer nada decisivo, esa Helena que es la causa de la guerra y que apenas es una actriz de la pieza; esa Troya que asedian y que no toman, todo eso me causaba el más mortal de los hastíos. He preguntado a veces a los sabios si se aburrían tanto como yo con su lectura. Todas las personas sinceras me han confesado que el libro se les caía de las manos, pero que siempre había que tenerlo en la biblioteca, como un monumento de la antigüedad y como esas medallas herrumbrosas que están fuera de circulación.

— Supongo que Vuestra Excelencia no piensa lo mismo de Virgilio, dijo Cándido. — Admito, dijo Pococurante, que el segundo, el cuarto y el sexto libro de su *Eneida* son excelentes; pero, por lo que se refiere a su piadoso Eneas, y al fuerte Cloanto, y al amigo Acates, y al pequeño Ascanio, y al estúpido rey Latino, y a la burguesa Amata, y a la insípida Lavinia, no creo que haya nada tan frío ni más desagradable. Prefiero el Tasso y las patrañas del Ariosto^[237].

»¿Puedo preguntaros, señor, dijo Cándido, si no os place mucho leer a Horacio? — Hay máximas tuyas, dijo Pococurante, que pueden resultar provechosas a un hombre de mundo, y que, por estar encerradas en versos enérgicos, se graban con mayor facilidad en la memoria. Pero me importa muy poco su viaje a Brindisi^[238], y su descripción de una mala cena, y de la pelea de ganapanes entre un tal Pupilo, cuyas palabras, según dice, “estaban llenas de pus”, y otro cuyas palabras “eran vinagre”. Con extremo desagrado he leído sus groseros versos contra las viejas y las brujas; y no veo qué mérito puede haber en decir a su amigo Mecenas que, si le coloca en el rango de los poetas líricos, herirá los astros con su frente sublime. Los tontos admiran todo en un autor estimado. Yo sólo leo para mí; no me gusta más que lo que me acomoda». Cándido, que había sido educado en no juzgar nunca nada por sí mismo, estaba muy asombrado por lo que oía, y Martín encontraba la forma de pensar de Pococurante bastante razonable.

«¡Oh!, aquí tenemos un Cicerón, dijo Cándido; pienso que no os cansáis nunca de leer a este gran hombre. — No lo leo nunca, respondió el veneciano. ¿Qué me importa que haya defendido a Rabirio o a Cluencio? Ya tengo bastante

con los procesos que yo juzgo; me habrían agradado más sus obras filosóficas; pero, cuando vi que dudaba de todo, llegué a la conclusión de que yo sabía tanto como él, y que no necesitaba de nadie para ser ignorante.

— ¡Ah!, aquí hay ochenta volúmenes de folletos de una academia de ciencias, exclamó Martín; puede ser que haya algo bueno. — Lo habría, dijo Pococurante, si uno solo de los autores de esos fárragos hubiera inventado el arte de fabricar alfileres; pero en todos esos libros no hay más que vanos sistemas y ni una sola cosa útil.

— ¡Cuántas piezas de teatro veo ahí!, dijo Cándido. ¡En italiano, en español, en francés! — Sí, dijo el senador, hay tres mil, y ni siquiera tres docenas buenas. En cuanto a esas colecciones de sermones, que todas juntas no valen lo que una página de Séneca, y a todos esos gruesos volúmenes de teología, nunca los abro, ni yo ni nadie, como bien supondréis».

Martín vio unas estanterías llenas de libros ingleses. «Creo, dijo, que un republicano debe sentirse complacido con la mayoría de estas obras escritas con tanta libertad. — Sí, respondió Pococurante, es hermoso escribir lo que uno piensa; es el privilegio del hombre. En toda nuestra Italia, sólo se escribe lo que no se piensa; los que habitan la patria de los Césares y de los Antoninos no se atreven a tener una idea sin el permiso de un dominico. Me complacería la libertad que inspiran los genios ingleses si la pasión y el espíritu de partido no corrompiesen todo lo que esa preciosa libertad tiene de estimable».

Viendo un Milton^[239], Cándido le preguntó si no consideraba a ese autor un gran hombre. «¿Quién?, dijo Pococurante, ¿ese bárbaro que hace un largo comentario del primer capítulo del Génesis en diez libros de versos duros? ¿Ese patán imitador de los griegos, que desfigura la creación y que, mientras Moisés describe al Ser eterno creando el mundo mediante la palabra, él hace coger al Mesías de un armario del cielo un gran compás para trazar su obra? ¿Había de estimar yo al que ha echado a perder el infierno y el diablo del Tasso; al que disfraza a Lucifer unas veces de sapo y otras de pigmeo; al que le hace repetir cien veces los mismos discursos; al que le hace discutir sobre teología; al que, imitando en serio la invención cómica de las armas de fuego del Ariosto, hace que los diablos disparen el cañón en el cielo? Ni yo ni nadie en Italia ha podido complacerse con esas tristes extravagancias. El matrimonio del pecado y de la muerte y las culebras que el pecado da a luz hacen vomitar a cualquier hombre de gusto algo delicado, y su larga descripción de un hospital tan sólo sirve para un enterrador. Ese poema oscuro, extravagante y repugnante fue despreciado cuando

nació; yo lo trato hoy como fue tratado en su patria por los contemporáneos. Por lo demás, digo lo que pienso, y me preocupa muy poco que los demás piensen como yo». Cándido estaba dolido por estas palabras: respetaba a Homero y amaba algo a Milton. «¡Ay!, dijo en voz baja a Martín, mucho me temo que este hombre desprecie soberanamente a nuestros poetas alemanes^[240]. — No habría gran mal en ello, dijo Martín. — ¡Oh, qué hombre superior!, seguía diciendo Cándido entre dientes. ¡Qué gran genio es este Pococurante! Nada puede gustarle».

Después de haber pasado así revista a todos los libros, bajaron al jardín. Cándido elogió todas sus bellezas. «No conozco nada de tan mal gusto, dijo el dueño: aquí no tenemos más que bagatelas; pero mañana mismo mandaré plantar otro de un diseño más noble».

Cuando los dos curiosos se despidieron de Su Excelencia, Cándido le dijo a Martín: «Ahora sí admitiréis que éste es el más feliz de todos los mortales, porque está por encima de todo lo que posee. — ¿No veis, dijo Martín, que está asqueado de todo lo que posee? Platón dijo hace mucho que los mejores estómagos no son los que rechazan todos los alimentos. — Pero, dijo Cándido, ¿no hay ningún placer en criticar todo, en sentir defectos donde los demás hombres creen ver bellezas? — Es decir, continuó Martín, ¿que hay placer en no tener placer? — Bueno, dijo Cándido, según eso no hay nadie más feliz que yo cuando vuelva a ver a la señorita Cunegunda. — Siempre es bueno esperar», dijo Martín.

Mientras tanto pasaban los días, las semanas. Cacambo no volvía, y Cándido estaba tan abismado en su dolor que no se dio cuenta siquiera de que ni Paquette ni fray Alhelí habían vuelto para darle las gracias.

Capítulo XXVI

De una cena en la que Cándido
y Martín estuvieron con seis extranjeros,
y quiénes eran éstos

Una noche que Cándido, seguido de Martín, iba a sentarse a la mesa con los extranjeros que se alojaban en la misma hostería, un hombre de rostro color de hollín lo abordó por la espalda y, cogiéndolo por el brazo, le dijo: «Preparaos a venir con nosotros, no faltéis». Se vuelve, y ve a Cacambo. Sólo la vista de Cunegunda podía sorprenderle y agradarle más. Estuvo a punto de enloquecer de alegría. Abraza a su querido amigo. «Sin duda Cunegunda está aquí. ¿Dónde?

Llévame con ella para morir de alegría a su lado. — Cunegunda no está aquí, dice Cacambo, está en Constantinopla. — ¡Ah, cielos, en Constantinopla! Pero aunque estuviese en China, allá volaría; pongámonos en camino. — Partiremos después de cenar, continuó Cacambo; no puedo decir más; soy esclavo, mi amo me espera; debo ir a servirle a la mesa: no digáis una palabra; cenad y estad preparado».

Cándido, dividido entre la alegría y el dolor, encantado de haber vuelto a ver a su fiel agente, sorprendido de verlo esclavo, dominado por la idea de recobrar a su amada, con el corazón agitado y el alma en suspenso se sentó a la mesa con Martín, que contemplaba con sangre fría todas aquellas aventuras, y con seis extranjeros que habían ido a ver pasar el carnaval en Venecia.

Cacambo, que servía de beber a uno de aquellos seis extranjeros, se acercó al oído de su amo, hacia el final de la cena, y le dijo: «Sire, Vuestra Majestad puede partir cuando quiera, el barco está dispuesto». Después de haber dicho estas palabras, salió. Los comensales, asombrados, se miraban sin proferir una sola palabra cuando otro criado, acercándose a su amo, le dijo: «Sire, la silla de posta de Vuestra Majestad está en Padua, y el navío está listo». El amo hizo una seña, y el criado se fue. Todos los comensales volvieron a mirarse, y la sorpresa general aumentó. Un tercer criado, acercándose también a un tercer extranjero, le dijo: «Sire, hacedme caso, Vuestra Majestad no debe permanecer aquí más tiempo: voy a preparar todo»; y al punto desapareció.

Cándido y Martín no tuvieron entonces duda alguna de que aquello era una mascarada de carnaval. Un cuarto criado dijo al cuarto amo: «Vuestra Majestad puede partir cuando quiera», y salió como los otros. El quinto criado dijo otro tanto al quinto amo. Pero el sexto criado habló de forma distinta al sexto extranjero, que estaba al lado de Cándido; le dijo: «A fe mía, sire, que ya no quieren dar más crédito a Vuestra Majestad, ni a mí tampoco; y esta noche, tanto vos como yo, podríamos ser encarcelados; me voy a resolver mis asuntos; adiós».

Una vez desaparecidos todos los criados, los seis extranjeros, Cándido y Martín permanecieron en un profundo silencio. Por fin Cándido lo rompió: «¡Singular broma ésta, señores!, dijo; porque, ¿sois todos reyes? En cuanto a mí, os confesaré que ni yo ni Martín lo somos».

Tomó entonces gravemente la palabra el amo de Cacambo, y dijo en italiano: «No soy ningún bromista, me llamo Ajmet III^[241]. Fui gran sultán muchos años; destroné a mi hermano, mi sobrino me destronó a mí; a mis visires les cortaron el cuello; y yo acabo mi vida en el viejo serrallo; mi sobrino, el gran sultán Mahmud,

me permite viajar algunas veces por motivos de salud, y he venido a pasar el carnaval en Venecia».

Un joven que estaba al lado de Ajmet habló tras él, y dijo: «Yo me llamo Iván^[242]; fui emperador de todas las Rusias; me destronaron en la cuna; mi padre y mi madre fueron encerrados; me criaron en prisión; algunas veces me permiten viajar, acompañado por los que me custodian, y he venido a pasar el carnaval en Venecia».

El tercero dijo: «Yo soy Carlos Eduardo^[243], rey de Inglaterra; mi padre me cedió sus derechos al reino; combatí para sostenerlos; arrancaron el corazón a ochocientos de mis partidarios, y les abofetearon el rostro con él. Yo fui encarcelado; voy a Roma a visitar al rey mi padre, destronado lo mismo que yo y que mi abuelo, y he venido a pasar el carnaval en Venecia».

El cuarto tomó entonces la palabra y dijo: «Yo soy el rey de los polacos^[244]; la suerte de la guerra me privó de mis Estados hereditarios; mi padre sufrió los mismos reveses; me pongo en manos de la Providencia, como el sultán Ajmet, el emperador Iván y el rey Carlos Eduardo, a quienes Dios dé larga vida, y he venido a pasar el carnaval en Venecia».

El quinto dijo: «Yo también soy rey de los polacos^[245]; perdí mi reino dos veces; pero la Providencia me dio otro Estado, en el que he hecho mayores bienes de los que todos los reyes de los sármatas juntos pudieron hacer nunca a orillas del Vístula; también yo me pongo en manos de la Providencia, y he venido a pasar el carnaval en Venecia».

Quedaba por hablar el sexto monarca: «Señores, dijo, yo no soy tan gran señor como vosotros; pero también fui rey como los demás. Soy Teodoro^[246]; me eligieron rey en Córcega; me llamaban Vuestra Majestad, y ahora apenas me llaman Señor. Acuñé moneda, y no poseo un denario; tuve dos secretarios de Estado, y apenas tengo un criado; me vi sobre un trono, y he pasado mucho tiempo en Londres encarcelado, sobre un camastro de paja. Tengo mucho miedo a que aquí me den el mismo trato, aunque, como Vuestras Majestades, he venido a pasar el carnaval en Venecia».

Los otros cinco reyes escucharon este discurso con noble compasión. Cada uno de ellos dio veinte cequíes al rey Teodoro para que tuviera ropa y camisas; Cándido le regaló un diamante de dos mil cequíes. «¿Quién es este simple particular que puede dar cien veces más que cada uno de nosotros, y que lo da?»,

decían los cinco reyes.

En el momento en que levantaban la mesa, llegaron a la misma hostería cuatro altezas serenísimas que también habían perdido sus Estados por suerte de la guerra, y que venían a pasar lo que quedaba del carnaval en Venecia. Pero Cándido no se fijó siquiera en los recién venidos. Sólo le preocupaba ir en busca de su querida Cunegunda a Constantinopla.

Capítulo XXVII

Viaje de Cándido a Constantinopla

El fiel Cacambo ya había conseguido del patrón turco que devolvía al sultán Ajmet a Constantinopla que aceptase a bordo a Cándido y Martín. Uno y otro se dirigieron allí después de haberse prosternado ante Su miserable Alteza. En camino, Cándido le decía a Martín: «Ahí tienes, sin embargo, a seis reyes destronados con quienes hemos cenado, y encima he dado limosna a uno de esos seis reyes. Quizá haya muchos otros príncipes más infortunados. Por lo que a mí respecta, no he perdido más que cien carneros, y vuelo a los brazos de Cunegunda. Mi querido Martín, una vez más repito que Pangloss tenía razón: todo está bien. — Es lo que deseo, dijo Martín. — Sí que es aventura muy poco verosímil la que nos ha sucedido en Venecia, dijo Cándido. Nunca se había visto ni oído contar que seis reyes destronados cenasen juntos en un figón. — No resulta más extraordinario, dijo Martín, que la mayoría de las cosas que nos han ocurrido, dijo Martín. Es muy común que los reyes sean destronados; y respecto al honor que hemos tenido de cenar con ellos, es una bagatela que no merece nuestra atención».

Apenas llegó Cándido al navío, saltó al cuello de su antiguo criado, de su amigo Cacambo: «¡Y bien!, le dijo, ¿qué hace Cunegunda? ¿Sigue siendo un prodigio de beldad? ¿Me sigue amando? ¿Cómo se encuentra? Sin duda le habrás comprado un palacio en Constantinopla.

»— Mi querido amo, respondió Cacambo, Cunegunda friega escudillas a orillas de la Propóntide^[247], en casa de un príncipe que tiene muy pocas escudillas; es esclava en casa de un antiguo soberano llamado Ragotski^[248], a quien el Gran Turco da tres escudos diarios en su asilo; pero lo más triste es que ha perdido su belleza y se ha vuelto horriblemente fea. — ¡Ah!, bella o fea, dijo Cándido, soy un hombre honrado y mi deber es amarla siempre. Pero ¿cómo puede verse reducida a estado tan abyecto con los cinco o seis millones que te llevaste? — Bueno, dijo

Cacambo, ¿no hube de dar dos millones al señor don Fernando de Ibaraa, y Figueroa, y Mascarenes, y Lampourdos, y Souza, gobernador de Buenos Aires, a fin de tener licencia para recuperar a la señorita Cunegunda? ¿Y no nos despojó buenamente un pirata de todo lo demás? ¿Y no nos llevó ese pirata al cabo de Matapán^[249], a Milo, a Nicaria, a Samos, a Petra, a los Dardanelos, a Marmora y a Escútari? Cunegunda y la vieja sirven en casa del príncipe de que os he hablado, y yo soy esclavo del sultán destronado. — ¡Qué espantosas calamidades encadenadas unas a otras!, dijo Cándido. Pero, después de todo, todavía me quedan algunos diamantes; liberaré fácilmente a Cunegunda. Es una lástima que se haya vuelto tan fea».

Luego, volviéndose hacia Martín, dijo: «¿Quién pensáis que sea más digno de compasión, el emperador Ajmet, el emperador Iván, el rey Carlos Eduardo, o yo? — No lo sé, dijo Martín; tendría que estar en vuestros corazones para saberlo. — ¡Ay!, dijo Cándido; si Pangloss estuviera aquí, lo sabría y nos lo diría. — No sé, dijo Martín, con qué balanza habría podido pesar vuestro Pangloss los infortunios de los hombres y apreciar sus dolores. Todo lo que yo presumo es que hay en la tierra millones de hombres cien veces más de compadecer que el rey Carlos Eduardo, el emperador Iván y el sultán Ajmet. — Bien podría ser», dijo Cándido.

En pocos días llegaron al canal del mar Negro. Cándido empezó por rescatar a Cacambo a precio carísimo, y luego, sin pérdida de tiempo, se lanzó a una galera, con sus compañeros, para ir a la costa de la Propóntide en busca de Cunegunda, por fea que pudiera estar.

Había entre la chusma dos forzados que remaban muy mal y a los que el *levanti*^[250] patrón aplicaba de vez en cuando algunos latigazos en los desnudos hombros; por un impulso natural, Cándido los miró con más atención que al resto de los galeotes y se les acercó compadecido. Algunos rasgos de sus rostros desfigurados le parecieron algo semejantes a los de Pangloss y a los de aquel desventurado jesuita, el barón, hermano de la señorita Cunegunda. La idea lo conmovió y entristeció. Volvió a mirarlos más atentamente. «En verdad, le dijo a Cacambo, si no hubiera visto colgar a maese Pangloss, y si no hubiera tenido la desgracia de matar al barón, creería que son ellos los que reman en esta galera».

Al nombre del barón y de Pangloss los dos forzados lanzaron un gran grito, se quedaron quietos en su banco y dejaron caer los remos. El *levanti* patrón ya se lanzaba contra ellos y los latigazos caían uno tras otro. «Deteneos, deteneos, caballero, exclamó Cándido, os daré todo el dinero que queráis. — ¡Cómo, es Cándido!, decía uno de los forzados. — ¡Cómo, es Cándido!, decía el otro. — ¿Es

un sueño?, dijo Cándido. ¿Estoy dormido? ¿Estoy en esta galera? ¿Es éste el señor barón al que maté? ¿Es éste maese Pangloss a quien vi ahorcar?

»— Nosotros mismos somos, nosotros mismos somos, respondían ellos. — ¡Cómo! ¿Está ahí aquel gran filósofo?, decía Martín. — ¡Eh, señor *levanti* patrón!, dijo Cándido, ¿cuánto queréis por el rescate del señor de Thunder-ten-tronckh, uno de los primeros barones del imperio, y del señor Pangloss, el metafísico más profundo de Alemania? — Perro cristiano, respondió el *levanti* patrón, ya que esos dos perros de forzados cristianos son barones y metafísicos, cosa que sin duda es una gran dignidad en su país, me darás por ellos cincuenta mil cequíes. — Los tendréis, señor; llevadme como un rayo a Constantinopla, y seréis pagado en el acto. Pero no, llevadme a casa de la señorita Cunegunda». A la primera oferta de Cándido, el *levanti* patrón ya había puesto proa a la ciudad, y hacía remar a mayor velocidad de la que un pájaro emplea para hender los aires.

Cándido abrazó cien veces al barón y a Pangloss. «¿Y cómo no os maté, mi querido barón? Y, mi querido Pangloss, ¿cómo estáis con vida después de haber sido ahorcado? ¿Y por qué estáis los dos en galeras en Turquía? — ¿Es cierto que mi querida hermana está en ese país?, decía el barón. — Sí, respondía Cacambo. — Vuelvo a ver, pues, a mi querido Cándido», exclamaba Pangloss. Cándido les presentaba a Martín y a Cacambo. Todos se abrazaban, todos hablaban a la vez. La galera volaba, ya estaban en el puerto. Hicieron venir a un judío, a quien Cándido vendió por cincuenta mil cequíes un diamante de cien mil de valor, y que le juró por Abraham que no podía darle más. Pagó acto seguido el rescate del barón y de Pangloss. Éste se arrojó a los pies de su liberador y los bañó de lágrimas; el otro le dio las gracias con un gesto de cabeza, y le prometió devolverle aquel dinero en la primera ocasión. «Pero ¿es posible que mi hermana esté en Turquía?, decía. — Nada es más cierto, replicó Cacambo, puesto que friega platos en casa de un príncipe de Transilvania». Inmediatamente hicieron venir a dos judíos. Cándido volvió a vender más diamantes; y todos partieron de nuevo en otra galera para ir a liberar a Cunegunda.

Capítulo XXVIII

De lo que ocurrió a Cándido,
a Cunegunda, a Pangloss, a Martín, etc.

«Perdón una vez más, dijo Cándido al barón; perdón, mi reverendo padre, por haberos dado una gran estocada que os atravesó el cuerpo. — No hablemos

más de ello, dijo el barón; confieso que yo fui un poco demasiado vivo; pero, ya que queréis saber por qué azar me habéis visto en galeras, os diré que después de haber sido curado de mi herida por el hermano boticario del colegio, fui atacado y raptado por una partida española; me encarcelaron en Buenos Aires cuando mi hermana acababa de marcharse de allí. Pedí volver a Roma junto al padre general. Me nombraron para servir de limosnero al señor embajador de Francia en Constantinopla. No hacía ocho días que había entrado en funciones cuando al atardecer encontré a un joven icoglán^[251] muy hermoso. Hacía mucho calor: el joven quiso bañarse; yo aproveché esa ocasión para bañarme también. No sabía que fuese un crimen capital para un cristiano ser sorprendido en cueros con un joven musulmán. Un cadí^[252] ordenó que me diesen cien bastonazos en la planta de los pies y me condenó a galeras. No creo que nunca se haya cometido injusticia más horrible. Lo que me gustaría saber es por qué mi hermana sirve en la cocina de un soberano de Transilvania refugiado entre los turcos.

— Y vos, mi querido Pangloss, dijo Cándido, ¿cómo es posible que vuelva a veros? — Verdad es que me visteis colgar, dijo Pangloss; según la ley debía ser quemado; pero recordaréis que llovía a cántaros cuando iban a asarme; la tormenta fue tan violenta que, desesperando de encender fuego, me colgaron porque no se pudo hacer otra cosa mejor: un cirujano compró mi cuerpo, me llevó a su casa y quiso disecarme. Primero me hizo una incisión en forma de cruz desde el ombligo hasta la clavícula. No podían haberme ahorcado peor de lo que lo hicieron. El verdugo de la santa Inquisición, que era subdiácono, en verdad quemaba a la gente de maravilla, pero no estaba acostumbrado a ahorcar: la cuerda estaba mojada y se deslizó mal, quedó atrancada; en fin, que todavía respiraba: la incisión en forma de cruz me hizo soltar un grito tan grande que mi cirujano cayó patas arriba, y creyendo que disecaba al diablo huyó muerto de miedo, rodando en su huida por la escalera. Su mujer acudió al ruido, desde un gabinete vecino; me vio tendido en la mesa con mi incisión en cruz: tuvo más miedo todavía que su marido, huyó y cayó encima de él. Cuando volvieron algo en sí, oí que la cirujana le decía al cirujano: “Querido, ¿cómo se os ha ocurrido disecar a un hereje? ¿No sabéis que esas gentes siempre tienen el diablo en el cuerpo? Ahora mismo voy en busca de un sacerdote para exorcizarlo”. Al oír estas palabras me estremecí, y reuní las pocas fuerzas que me quedaban para gritar: “¡Tened piedad de mí!”. Finalmente el barbero portugués recobró algo de valor: volvió a coserme la piel; hasta su mujer se cuidó de mí; al cabo de quince días pude levantarme. El barbero me encontró un trabajo, y me hizo lacayo de un caballero de Malta que iba a Venecia; pero, no teniendo mi amo con qué pagarme, entré al servicio de un mercader veneciano y le seguí a Constantinopla.

»Un día tuve el capricho de entrar en una mezquita; sólo había en ella un viejo imán y una joven devota muy guapa que rezaba sus padrenuestros; su pecho estaba totalmente descubierto: tenía entre las dos tetas un hermoso ramillete de tulipanes, de rosas, de anémonas, de ranúnculos, de jacintos y de orejas de oso; ella dejó caer su ramillete; yo lo recogí y se lo entregué con una solicitud muy respetuosa. Tardé tanto tiempo en dárselo que el imán se enfureció y, viendo que yo era cristiano, pidió ayuda a gritos. Me llevaron ante el cadí, que mandó que me dieran cien golpes de varas en la planta de los pies y me envió a galeras. Fui encadenado precisamente en la misma galera y en el mismo barco que el señor barón. Había en esa galera cuatro jóvenes de Marsella, cinco sacerdotes napolitanos y dos monjes de Corfú; nos dijeron que aventuras semejantes ocurrían todos los días. El señor barón pretendía haber sufrido una injusticia mayor que la mía; yo pretendía que era mucho más lícito poner un ramillete en el pecho de una mujer que estar en cueros en compañía de un icoglán. Disputábamos continuamente y recibíamos a diario veinte latigazos con vergas cuando el encadenamiento de los hechos de este universo os trajo a nuestra galera, y cuando nos rescatasteis.

»— Y bien, mi querido Pangloss, le dijo Cándido, cuando os colgaban, cuando os disecaban, cuando os molían a golpes y, cuando habéis remado en las galeras, ¿seguíais pensando que todo iba de la mejor manera posible en el mundo? — Sigo con mi primera idea, respondió Pangloss, porque en última instancia soy filósofo: no me conviene desdecirme, ya que Leibniz no puede haberse equivocado, y, además, porque la armonía preestablecida es la cosa más hermosa del mundo, igual que lo son lo pleno y la materia sutil^[253]».

Capítulo XXIX

De cómo Cándido volvió a encontrar
a Cunegunda y a la vieja

Mientras Cándido, el barón, Pangloss, Martín y Cacambo contaban sus aventuras, mientras razonaban sobre los acontecimientos contingentes o no contingentes de este universo, mientras disputaban sobre los efectos y las causas, sobre el mal moral y sobre el mal físico, sobre la libertad y la necesidad, sobre los consuelos que pueden sentirse cuando se está en las galeras de Turquía, atracaron en la orilla de la Propóntide junto a la casa del príncipe de Transilvania. Las primeras personas que vieron fueron Cunegunda y la vieja tendiendo a secar servilletas en unas cuerdas.

El barón se puso pálido al verlo. El tierno amante Cándido, viendo a su bella Cunegunda renegrida, con los ojos legañosos, el pecho seco, las mejillas llenas de arrugas, los brazos enrojecidos y escamosos, retrocedió tres pasos horrorizado, y luego avanzó por buen proceder. Ella abrazó a Cándido y a su hermano; todos abrazaron a la vieja; Cándido rescató a las dos.

Había una pequeña alquería en la vecindad; la vieja propuso a Cándido establecerse en ella, en espera de tiempos mejores para toda la pandilla. Cunegunda no sabía que se había vuelto fea, nadie se lo había advertido: recordó a Cándido sus promesas en un tono tan resuelto que el buen Cándido no se atrevió a rechazarla. Así pues, declaró al barón que iba a casarse con su hermana. «Nunca permitiré, dijo el barón, semejante bajeza de su parte ni tal insolencia de la vuestra; jamás podrán reprocharme semejante infamia; los hijos de mi hermana no podrían entrar en los capítulos de Alemania^[254]. No, mi hermana nunca se casará si no es con un barón del Imperio^[255]». Cunegunda se postró a sus pies y los bañó de lágrimas; él se mostró inflexible: «Amo loco, le dijo Cándido, te he librado de galeras, he pagado tu rescate, he pagado el de tu hermana; ella fregaba aquí escudillas, es fea, tengo la bondad de hacerla mi mujer, ¡y todavía pretendes oponerte! Volvería a matarte si diera rienda suelta a mi cólera. — Puedes matarme otra vez, dijo el barón, pero no te casarás con mi hermana mientras yo viva».

Capítulo XXX

Conclusión

En el fondo de su corazón, Cándido no tenía ninguna gana de casarse con Cunegunda. Pero la impertinencia extrema del barón lo decidía a concluir el matrimonio, y Cunegunda le presionaba con tanta viveza que no podía echarse atrás. Consultó a Pangloss, a Martín y al fiel Cacambo. Pangloss hizo un bello informe probando que el barón no tenía ningún derecho sobre su hermana, y que, según todas las leyes del Imperio, ésta podía casarse con Cándido morganáticamente. Martín concluyó que había que tirar al barón al mar. Cacambo decidió que debían devolverlo al *levanti* patrón y meterlo de nuevo en galeras; tras lo cual, lo enviarían a Roma con el padre general en el primer barco. Esta opinión pareció buena; la vieja la aprobó; a la hermana no le dijeron nada de todo esto; mediante algún dinero lo llevaron a la práctica, y se dieron el placer de engañar a un jesuita y de castigar el orgullo de un barón alemán.

Era muy lógico pensar que, después de tantos desastres, Cándido, casado

con su amada y viviendo con el filósofo Pangloss, el filósofo Martín, el prudente Cacambo y la vieja, habiendo traído además tantos diamantes de la patria de los antiguos incas, llevaría la vida más placentera del mundo; pero fue tan esquilmado por los judíos que sólo le quedó su pequeña alquería; su mujer, que cada día se volvía más fea, se tornó desabrida e insoportable; la vieja estaba enferma, su humor se volvió peor que el de Cunegunda. Cacambo, que trabajaba en la huerta, y que iba a vender hortalizas a Constantinopla, estaba abrumado de trabajo y maldecía su destino. Pangloss se desesperaba por no brillar en alguna universidad de Alemania. En cuanto a Martín, estaba firmemente persuadido de que se está igual de mal en cualquier parte; se tomaba las cosas con paciencia. Cándido, Martín y Pangloss discutían a veces de metafísica y de moral. A menudo veían pasar bajo las ventanas de la alquería barcos cargados de *effendis*^[256], bajáes, cadíes, enviados al exilio a Lemos, a Mitilene, al Erzerum^[257]. Veían volver a otros cadíes, a otros bajáes, a otros *effendis* que ocupaban el puesto de los expulsados y que en su momento expulsados eran a su vez. Veían cabezas limpiamente empajadas que llevaban a presentar a la Sublime Puerta^[258]. Estos espectáculos hacían que aumentasen las disertaciones; y, cuando no discutían, el hastío era tan excesivo que un día la vieja se atrevió a decirles: «Me gustaría saber qué es peor, ser violada cien veces por piratas negros, tener una nalga cortada, pasar por las baquetas con los búlgaros, ser azotado y colgado en un auto de fe, ser disecado, remar en galeras, experimentar, en fin, todas las miserias por las que nosotros hemos pasado, o quedarnos aquí sin hacer nada. — ¡Gran cuestión!», dijo Cándido.

Este discurso dio lugar a nuevas reflexiones, y Martín en especial llegó a la conclusión de que el hombre había nacido para vivir en medio de las convulsiones de la inquietud, o en la letargia del hastío. Cándido no estaba de acuerdo, pero tampoco aseguraba nada. Pangloss confesaba que siempre había sufrido horriblemente; pero que, habiendo sostenido una vez que todo iba de maravilla, lo seguía sosteniendo, pero que no creía en ello.

Una cosa acabó de confirmar a Martín en sus detestables principios, de hacer dudar más que nunca a Cándido, y de poner en aprietos a Pangloss. Y es que, un día, vieron llegar a su alquería a Paquette y a fray Alhelí, que se hallaban en la más extrema de las miserias; se habían comido muy pronto las tres mil piastras, se habían separado, habían vuelto a juntarse, se habían peleado, habían ido a parar a la cárcel, habían escapado y, finalmente, fray Alhelí se había hecho turco. Paquette seguía ejerciendo su oficio en todas partes, y ya no ganaba nada con él. «Ya supuse yo, dijo Martín a Cándido, que no tardarían en disipar vuestros regalos, y que no les harían sino más miserables. Vos y Cacambo habéis nadado en la abundancia de millones de piastras, y no sois más felices que fray Alhelí y Paquette. — ¡Ah, ah!, le

dijo Pangloss a Paquette, el cielo os trae aquí, a nuestro lado, mi pobre niña. ¿Sabéis que me habéis costado la punta de la nariz, un ojo y una oreja? ¡Y vos estáis entera! ¡Qué mundo éste!». Esta nueva aventura les llevó a filosofar más que nunca.

Había en la vecindad un derviche famosísimo, que pasaba por ser el mejor filósofo de Turquía; fueron a consultarle; Pangloss tomó la palabra y le dijo: «Maestro, venimos a rogaros que nos digáis por qué ha sido creado un animal tan extraño como el hombre.

»— ¿Por qué te metes tú en eso?, dijo el derviche. ¿Es cosa tuya? — Pero, mi reverendo padre, dijo Cándido, sobre la tierra hay mal hasta extremos horribles. — ¿Qué importa, dijo el derviche, que haya mal o bien? Cuando Su Alteza envía un navío a Egipto, ¿se preocupa de si los ratones que hay en el barco están a gusto o no? — ¿Qué hay que hacer entonces?, dijo Pangloss. — Callarte, dijo el derviche. — Me gustaría, dijo Pangloss, razonar un poco con vos sobre los efectos y las causas, sobre el mejor de los mundos posibles, sobre el origen del mal, sobre la naturaleza del alma y sobre la armonía preestablecida». Tras oír estas palabras, el derviche le dio con la puerta en las narices.

Durante la conversación, se había difundido la noticia de que acababan de estrangular en Constantinopla a dos visires del banco^[259] y al muftí, y que habían empalado a varios amigos suyos. Durante unas horas la catástrofe fue la comidilla de todo el mundo. De vuelta a la pequeña alquería, Pangloss, Cándido y Martín encontraron a un buen viejo que tomaba el fresco a la puerta de su casa bajo un cenador de naranjos. Pangloss, que era tan curioso como hablador, le preguntó cómo se llamaba el muftí que acababan de estrangular. «No lo sé, respondió el buen hombre, y nunca he sabido el nombre de ningún muftí ni de ningún visir. Desconozco por completo la aventura de que me habláis; presumo que, por regla general, los que se mezclan en los asuntos públicos perecen a veces miserablemente, y que lo merecen; pero nunca me informo de lo que se hace en Constantinopla; me contento con mandar a vender allí los frutos del huerto que cultivo». Tras decir estas palabras, hizo pasar a los extranjeros a su casa: sus dos hijas y sus dos hijos les presentaron varias clases de sorbetes que ellos mismos hacían, el *kaimac*^[260], salpicado de cortezas de cidro confitado, naranjas, limones, ananás, pistachos, café de Moka sin mezcla alguna del mal café de Batavia y de las islas. Tras ello, las dos hijas de aquel buen musulmán perfumaron las barbas de Cándido, de Pangloss, y de Martín.

«Debéis de tener una tierra grande y magnífica, le dijo Cándido al turco. —

No tengo más que veinte arpendes, respondió el turco; los cultivo ayudado por mis hijos; el trabajo aleja de nosotros tres grandes males: el hastío, el vicio y la necesidad».

Al volver a su alquería, Cándido hizo profundas reflexiones sobre las palabras del turco. Y dijo a Pangloss y a Martín: «Me parece que ese buen viejo se ha forjado un destino preferible al de los seis reyes con los que tuvimos el honor de cenar. — Las grandezas son muy peligrosas, dijo Pangloss, según el informe de todos los filósofos; porque, a la postre, Eglón^[261], rey de los Moabitas, fue asesinado por Aod; Absalón quedó colgado de sus propios cabellos y atravesado por tres flechas; el rey Nadab, hijo de Jeroboam, fue muerto por Baza; el rey Elá, por Zambrí; Ocosías por Jehú; Atalía por Joás; los reyes Joaquín, Jeconías y Sedecías, fueron esclavos. Ya sabéis cómo perecieron Creso, Astiages, Darío, Dionisio de Siracusa, Pirro, Perseo, Aníbal, Yugurta, Ariovisto, César, Pompeyo, Nerón, Otón, Vitelio, Domiciano, Ricardo II de Inglaterra, Eduardo II, Enrique VI, Ricardo III, María Estuardo, Carlos I, los tres Enriques de Francia, el emperador Enrique IV. Ya sabéis... — Sé también, dijo Cándido, que hemos de cultivar nuestro huerto. — Tenéis razón, dijo Pangloss; porque si el hombre fue puesto en el jardín del Edén, lo fue *ut operaretur eum*, para que lo trabajase; lo cual prueba que el hombre no ha nacido para el descanso. — Trabajemos sin razonar, dijo Martín; es el único medio de volver soportable la vida^[262]».

Toda la pequeña sociedad se decidió por este loable designio; cada cual se puso a ejercitar sus talentos. La pequeña tierra rindió mucho. Cunegunda era en verdad muy fea; pero se convirtió en una excelente pastelera; Paquette bordaba; la vieja se ocupaba de la ropa. Ni siquiera fray Alhelí dejó de prestar un servicio: fue un buen carpintero e incluso se volvió hombre honrado; y Pangloss decía algunas veces a Cándido: «Todos los acontecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque, en última instancia, si no hubierais sido expulsado de un hermoso castillo a puntapiés en el trasero por amor a la señorita Cunegunda, si no hubierais caído en manos de la Inquisición, si no hubierais recorrido América a pie, si no hubierais propinado una buena estocada al barón, si no hubierais perdido todos vuestros carneros del buen país de Eldorado, no comeríais aquí cidros confitados ni pistachos. — Eso está muy bien dicho, respondió Cándido, pero tenemos que cultivar nuestro huerto».

Anexo

[En el *Journal Encyclopédique* de 15 de julio de 1762 aparecía una carta sobre

Cándido en la que el hermano del capitán Démand finge responder a un artículo del mismo *Journal* del 15 de marzo de 1759, en el que se decía: «Esta novela, cuyo original alemán no creemos en absoluto que exista, se atribuye al Sr. de V...», y en el que se criticaba en dos pasajes lo escrito sobre el Paraguay: «No seguiremos al autor que ha puesto en él las locuras que se dicen respecto a la realeza que se pretende que los jesuitas poseen en Paraguay», y «Desearíamos que el autor hubiera hablado con más respeto de cuanto afecta a la religión y a sus ministros; que no hubiera adoptado la miserable fábula del Paraguay que nada tiene ni de original ni de sabroso...». Al parecer, la carta sería autógrafa del secretario de Voltaire, Wagnière; la crítica desconoce el motivo por el que Pierre Rousseau, director del *Journal Encyclopédique*, tardó tres años en publicarla].

Señores:

En vuestro *Journal* del mes de marzo^[263] decís que una especie de novelita titulada *Del Optimismo, o Cándido* se atribuye a un tal Mr. de V... No sé a qué Mr. de V... os referís; pero os declaro que ese librito es de mi hermano, el señor Démand, actualmente capitán del regimiento de Brunswick; y respecto a la pretendida realeza de los jesuitas en el Paraguay, que calificáis de miserable fábula, os declaro a la cara de Europa que no hay nada más cierto; que he servido en uno de los navíos españoles enviados a Buenos Aires en 1756 para meter en vereda a la colonia vecina del Santo Sacramento; que pasé tres meses en La Asunción; que, por lo que yo sé, los jesuitas tienen veintinueve provincias que ellos llaman Reducciones, y que allí son dueños absolutos mediante ocho reales por cabeza que pagan al gobernador de Buenos Aires por cada padre de familia, y encima sólo pagan por el tercio de sus cantones. No permiten que ningún español permanezca más de tres días en sus Reducciones. Nunca han querido que sus súbditos aprendan la lengua castellana. Son los únicos que obligan a los paraguayos a hacer instrucción de armas; los únicos que los guían. El jesuita Tomás Verle, natural de Baviera, fue muerto en el ataque a la ciudad del Santo Sacramento, al subir al asalto, al frente de los paraguayos en 1737, y no en 1755, como dice el jesuita Charlevoix, autor tan insípido como mal informado. Es de todos conocido que sostuvieron la guerra contra Don Antequera; se sabe lo que tramaron en última instancia contra la corona de Portugal, y cómo se han enfrentado a las órdenes del Consejo de Madrid.

Son tan poderosos que obtuvieron de Felipe V, en 1743, una confirmación de su poder que no se les podía quitar. Sé de sobra, señores, que no tienen el título de rey, y por eso puede excusarse lo que decís de la miserable fábula de la realeza del Paraguay. Pero el dey de Argel no es rey, y no por ello es menos amo. No

aconsejaría a mi hermano el capitán viajar al Paraguay sin ser el más fuerte.

Por lo demás, Señores, tengo el honor de informaros de que mi hermano el capitán, que es el *lustik*^[264] del Regimiento, es un bonísimo cristiano, que, cuando se entretenía escribiendo la novela de *Cándido* en su cuartel de invierno, tuvo por principal objetivo convertir a los socinianos. Estos herejes no se contentan con negar en voz alta la Trinidad y las penas eternas, dicen que Dios hizo necesariamente de nuestro mundo el mejor de los mundos posibles, y que todo está bien. Esta idea es manifiestamente contraria a la doctrina del pecado original. Esos innovadores olvidan que la serpiente, que era el más sutil de los animales, sedujo a la mujer sacada de la costilla de Adán; que Adán comió la manzana prohibida; que Dios maldijo la tierra que había bendecido: *Maledicta terra in opere tuo; in laboribus comedes*^[265]. ¿Ignoran que todos los padres, sin exceptuar uno solo, basaron la religión cristiana en esa maldición pronunciada por Dios mismo, cuyos efectos sentimos continuamente? Los socinianos fingen exaltar a la Providencia, y no ven que la Providencia los castiga, no ven que somos unos culpables atormentados, que debemos confesar nuestras faltas y nuestro castigo. Que estos herejes se guarden de presentarse ante mi hermano el capitán; les haría ver si todo está bien.

Soy, Señores, vuestro humildísimo y muy obediente servidor Démand.

Zastrú, el 1.º de abril de 1759

P. S. — Mi hermano el capitán es íntimo amigo del Mr. Ralph, profesor bastante conocido en la Academia de Francfort del Oder, que le ayudó mucho a escribir esta profunda obra de filosofía, y mi hermano tuvo la modestia de titularlo únicamente como traducción de Mr. Ralph, modestia muy rara entre los autores.

[La respuesta de Voltaire no se hizo esperar; adoptó la forma de una carta dirigida al señor Rousseau en contestación a Démand].

11 de julio de 1759

El señor Desmal [*sic*], Señor, ha recibido vuestra carta, os queda muy agradecido por vuestro recuerdo, y aunque su hermano el capitán se sienta molesto contra no sé qué señor de V., que insolentemente le ha arrebatado el honor de haberse comido al jesuita y haber viajado con Mr. Martín, vuestro periódico es el único que lee con placer. Piensa absolutamente como vos sobre el exjesuita del que habláis, hasta el punto de que nunca lo lee. Le gustaría mucho tener alguna

pieza que enviaros, pero vuestro periódico con toda seguridad no las necesita; y además, Mr. Desmal está tan echado a perder por sus viajes y piensa a veces de manera tan audaz, que su hermano el capitán, por más lustik que sea del regimiento, no osaría hacer imprimir sus sueños en Zastrú. Teme tan terriblemente desagradar a la Sorbona que se ha hecho albañil, labrador y hortelano; gobierna sus tierras y no escribe sobre agricultura como hacen en París tantas gentes que nunca han visto más que las Tullerías y enseñan osadamente la multiplicación del trigo. Respecto a las doncellas, es demasiado viejo para mezclarse en el asunto, y le molestaría mucho pelearse con St. Denis, por cuya cabeza siempre ha tenido un respeto vivamente sincero. Os da sus muy humildes cumplidos sin ninguna ceremonia, a la manera de un hombre que ha viajado con Martín.

Historia de un buen brahmín^[266]

En mis viajes encontré a un viejo brahmín, hombre muy cuerdo, lleno de ingenio y muy sabio; era además rico, y pese a ello más cuerdo todavía; al no carecer de nada, no tenía necesidad de engañar a nadie. Su familia estaba muy bien dirigida por tres hermosas mujeres que se esforzaban en complacerle; y cuando no se entretenía con sus mujeres, se dedicaba a filosofar.

Cerca de su casa, que era hermosa, bien decorada y rodeada por deliciosos jardines, vivía una vieja india beata, imbécil y bastante pobre.

Cierto día el brahmín me dijo: «Ojalá no hubiera nacido». Le pregunté la causa, y él me respondió: «Estudio desde hace cuarenta años, y han sido cuarenta años perdidos; enseño a los demás, y yo lo ignoro todo; esta situación humilla tanto mi alma y me repugna tanto que la vida me resulta insoportable. Nací, vivo en el tiempo y no sé lo que es el tiempo; me encuentro en un punto entre dos eternidades, como dicen nuestros sabios, y no tengo ninguna idea de la eternidad. Estoy hecho de materia; pienso, y nunca he podido saber nada de lo que produce el pensamiento; ignoro si mi entendimiento es en mí una simple facultad, como la de caminar o digerir, y si pienso con mi cabeza de la misma forma que cojo algo con mis manos. No sólo desconozco el principio de mi movimiento, sino que también el principio de mis pensamientos queda oculto a mi mente: no sé por qué existo. Sin embargo, me hacen preguntas a diario sobre todos esos puntos; debo responder, no tengo nada que decir, hablo mucho y después de haber hablado quedo confuso y avergonzado de mí mismo.

»Y es mucho peor cuando me preguntan si Brahma fue producido por Visnú, o si los dos son eternos. Pongo a Dios por testigo de que no sé una sola palabra de eso, y se nota en mis respuestas. “¡Ay!, reverendo padre, me dicen, enseñadnos cómo inunda el mal toda la tierra”. Sufro tanto como los que me hacen esa pregunta. A veces les digo que todo está de la mejor manera del mundo; pero los que tienen arenilla en la vejiga, los que han quedado arruinados y mutilados en la guerra no lo creen, ni yo tampoco: me retiro a mi casa abrumado por mi curiosidad y mi ignorancia. Leo nuestros libros antiguos, y aumentan mis tinieblas. Hablo con mis compañeros: unos me responden que hay que gozar de la vida y burlarse de los hombres; otros creen saber algo, y se pierden en ideas extravagantes; todo aumenta la sensación de dolor que siento. Algunas veces estoy a punto de caer en la desesperación al pensar que, después de todas mis

búsquedas, no sé ni de dónde vengo, ni lo que soy, ni adónde iré, ni qué será de mí»^[267].

El estado de aquel hombre me dio verdadera pena; no había nadie más razonable ni de mejor fe que él. Pensé que cuantas más luces tenía en su entendimiento y más sensibilidad había en su corazón, más desgraciado era.

Ese mismo día vi a la vieja que moraba cerca de su casa: le pregunté si alguna vez se había afligido por no saber cómo se había formado su alma. No sólo no comprendió mi pregunta, sino que nunca había pensado ni un momento siquiera de su vida en ninguno de los puntos que atormentaban al brahmín; ella creía en las metamorfosis de Visnú con todo su corazón, y con tal de poder tener algunas veces agua del Ganges para lavarse, se creía la más feliz de las mujeres.

Atónito ante la felicidad de aquella pobre criatura, volví a mi filósofo y le dije: «¿No os da vergüenza ser desgraciado cuando a vuestra misma puerta hay un viejo autómeta que no piensa en nada y que vive contento? — Tenéis razón, me respondió; cien veces me he dicho que sería feliz si fuera tan necio como mi vecina, y sin embargo no querría semejante felicidad».

Esta respuesta de mi brahmín me causó mayor impresión que todo lo demás; pensé en mí mismo y vi que, en efecto, no habría querido ser feliz a condición de ser imbécil.

Propuse el asunto a unos filósofos, y fueron de mi misma opinión. «Sin embargo, decía yo, hay una contradicción terrible en esta forma de pensar». Porque, en última instancia, ¿de qué se trata? De ser feliz. ¿Qué importa entonces ser inteligente o necio? Es más: los que están contentos con su ser están completamente seguros de estar contentos; los que razonan no están tan seguros de razonar bien. «Es evidente, por tanto, decía yo, que habría que elegir no tener sentido común, a poco que ese sentido común contribuya a nuestro malestar». Todo el mundo compartió mi opinión, y sin embargo no encontré a nadie que quisiera aceptar volverse imbécil para estar contento. De donde deduje que, si bien nos importa la felicidad, más nos importa todavía la razón.

Pero después de haber reflexionado en ello, parece que preferir la razón a la felicidad es ser muy insensato. ¿Cómo puede explicarse esta contradicción? Como todas las demás. En todo esto hay materia para hablar mucho.

Relación de la enfermedad, confesión, muerte y aparición del jesuita Berthier^[268]

Junto con la relación del viaje de fray Grassise^[269] y lo que siguió, en espera de lo que seguirá

Fue el 12 de octubre de 1759 cuando fray Berthier fue, para su desgracia, de París a Versalles con fray Coutu, que lo acompaña habitualmente. Berthier había metido en el carruaje algunos ejemplares del *Journal de Trévoux*^[270] para regalárselos a sus protectores y protectoras; por ejemplo, a la doncella de la señora nodriza, a un ayudante de cocina, a unos mancebos boticarios del rey y a diversos señores más que hacen caso de los talentos. En camino Berthier sintió ciertas náuseas; la cabeza se le volvió pesada, bostezó con frecuencia. «No sé qué me pasa, le dijo a Coutu, nunca he bostezado tanto. — Mi Reverendo Padre, respondió fray Coutu, no es más que una repetición. — ¿Cómo?, ¿qué queréis decir con eso de repetición?, dijo fray Berthier. — Pues que también yo bostezo, dijo fray Coutu, y no sé por qué, porque no he leído nada en todo el día, y vos no me habéis hablado desde que estoy en camino con vos». Mientras decía estas palabras, fray Coutu bostezó más que nunca. Berthier replicó con bostezos que no acababan. El cochero se volvió y, al verlos bostezar así, también se puso a bostezar; el mal ganó a todos los transeúntes; en todas las casas vecinas se bostezó. ¡Tanta es a veces la influencia que sobre los hombres tiene la sola presencia de un sabio!

Mientras, un ligero sudor frío se apoderó de Berthier. «No sé lo que me pasa, dijo, estoy helado. — Bien lo creo, dijo el fraile compañero. — ¡Cómo que lo creéis bien!, dijo Berthier; ¿qué queréis decir con esa frase? — Pues que también yo estoy helado, dijo Coutu. — Estoy durmiéndome, dijo Berthier. — No me sorprende, dijo el otro. — ¿Y por qué?, dijo Berthier. — Pues porque también yo estoy durmiéndome», dijo el compañero. Y ya tenemos a los dos invadidos por una afección soporífica y letárgica, y en semejante estado se detuvieron ante la puerta de coches de Versalles. Al abrir la portezuela, el cochero intentó despertarlos de aquel profundo sueño; no pudo conseguirlo; pidió ayuda. El compañero, que era más robusto que fray Berthier, dio al fin algunas señales de vida; pero Berthier estaba más frío que nunca. Algunos médicos de la corte, que volvían de comer, pasaban cerca de la carroza; les rogaron que echasen una ojeada al enfermo; uno de ellos, tras tomarle el pulso, se marchó diciendo que no quería saber nada de

medicina desde que estaba en la corte. Otro, tras mirarlo con más atención, declaró que el mal venía de la vesícula de la hiel, que estaba siempre demasiado llena; un tercero aseguró que todo provenía del cerebro, que estaba demasiado vacío.

Mientras ellos razonaban, empeoraba el paciente, las convulsiones empezaban a mostrar signos funestos, y ya los tres dedos con los que se sostiene la pluma se habían contraído cuando un médico principal, que había estudiado con Mead y con Boerhave^[271], y que sabía más que los otros, abrió la boca de Berthier con un biberón, y, tras haber reflexionado atentamente sobre el olor que de él se exhalaba, proclamó que estaba envenenado.

A estas palabras todo el mundo protestó: «Sí, caballeros, continuó, está envenenado; basta con tocarle la piel para ver que las exhalaciones de un veneno frío se han introducido por los poros; y yo mantengo que este veneno es peor que una mezcla de cicuta, de eléboro negro, de opio, de solanum, y de jusquiasmo. Cochero, ¿no habréis traído en vuestro coche algún paquete para nuestros boticarios? — No, señor, respondió el cochero; ahí tengo el único bulto que he metido por orden del Reverendo Padre». Hurgó entonces en el maletero y sacó dos docenas de ejemplares del *Journal de Trévoux*. «Bien, caballeros, ¿no lo decía yo?», dijo aquel gran médico.

Todos los presentes admiraron su prodigiosa sagacidad; cada uno reconoció el origen del mal; inmediatamente quemaron bajo la nariz del paciente el pernicioso paquete, y cuando las partículas pesadas fueron atenuadas por la acción del fuego, Berthier se sintió algo aliviado; pero como el mal había hecho grandes progresos y la cabeza estaba atacada, el peligro seguía subsistiendo. Al médico se le ocurrió hacerle tragar una página de la *Enciclopedia* en un vino blanco, para volver a poner en movimiento los humores de la bilis espesada: el resultado fue una copiosa evacuación; pero la cabeza continuaba estando horriblemente pesada, los vértigos seguían y las pocas palabras que podía articular carecían de todo sentido; permaneció dos horas en ese estado, tras lo cual se vieron obligados a hacerle confesarse.

Dos curas paseaban en ese momento por la calle de los Recoletos; se dirigieron a ellos. El primero se negó: «No quiero hacerme cargo del alma de un jesuita, dijo, es demasiado escabroso; no quiero trato alguno con esa gente, ni para los asuntos de este mundo ni para los del otro. Que confiese a un jesuita quien quiera, no seré yo». El segundo no se mostró tan exigente: «Emprenderé esa operación, dijo; de todo se puede sacar partido».

Al punto lo condujeron a la habitación a donde acababa de ser trasladado el enfermo; y como Berthier seguía sin poder hablar con claridad, el confesor decidió interrogarlo. «Mi Reverendo Padre, le dijo, ¿creéis en Dios? — Extraña pregunta ésa, dijo Berthier. — No tan extraña, dijo el otro; hay formas de creer y formas de creer; para estar seguro de creer como es preciso, se necesita amar a Dios y al prójimo; ¿los amáis sinceramente? — Distingo, dijo Berthier. — Nada de distingos, por favor, prosiguió el confesor; no hay absolución si no empezáis por esos dos deberes. — ¡Bueno!, sí, dijo el confesado, ya que me forzáis, amo a Dios, y al prójimo como puedo.

»— ¿Habéis leído con frecuencia malos libros?, dijo el confesor. — ¿Qué entendéis por malos libros?, dijo el confesado. — No entiendo, replicó el confesor, los libros simplemente aburridos, como la *Histoire romaine* de los frailes Catrou y Rouillé, ni vuestras tragedias de colegas, ni vuestros libros titulados *De Belles-Lettres*, ni la *Louisiade* de vuestro Lemoine, ni los versos de vuestro Ducerceau sobre la salsa ravigote, ni sus nobles estancias sobre el mensajero Du Mans, ni el agradecimiento al duque Du Maine por unos patés, ni vuestro *Pensezy bien*, ni todas las sutilezas del bello ingenio monacal; entiendo las imaginaciones de fray Bougeant^[272], condenadas por el parlamento y por el arzobispo de París; entiendo las gentilezas de fray Berruyer^[273], que ha trasladado el Antiguo y el Nuevo Testamento a una novela de alcoba al gusto de *Clélie*, condenada con toda justicia por Roma y en Francia; entiendo la teología de fray Busembaum^[274] y de fray Lacroix^[275], que tanto han ponderado todo lo que habían escrito fray Guignard, y fray Gueret, y fray Garnet, y fray Oldcorn, y tantos otros; entiendo fray Jouvency^[276], que compara sutilmente al presidente de Harlay con Pilatos, el parlamento con los judíos, y fray Guignard^[277] con Jesucristo, porque a un ciudadano demasiado iracundo, pero convencido de un justo horror contra un profesor del parricidio, se le ocurrió escupir a la cara de fray Guignard, asesino de Enrique IV, en los tiempos en que ese monstruo impenitente se negaba a pedir perdón al rey y a la justicia; entiendo, en fin, esa innumerable multitud de vuestros casuistas a los que el elocuente Pascal trató con demasiada indulgencia, y, sobre todo, vuestro Sánchez^[278], quien, en su libro *De Matrimonio*, ha recopilado todo por lo que el Aretino y el Portero de los Cartujos^[279] habrían temblado si hubieran tenido que decirlo^[280]. A poco que hayáis hecho lecturas semejantes, estáis en gran peligro de vuestra salvación. — Distingo, respondió el interrogado. — No hay distingos, repito una vez más. ¿Habéis leído todos esos libros, sí o no? — Señor, dijo Berthier, tengo derecho a leer todo, dado el eminente cargo que ocupo en la Compañía. — ¿Y cuál es ese gran cargo?, dijo el confesor. — Bueno, respondió Berthier, yo soy, para que lo sepáis, el autor del *Journal de Trévoux*.

»— ¡Cómo!, ¿sois vos el autor de ese libro que condena a tanta gente? — Señor, señor, mi libro no condena a nadie; decidme, ¿a qué pecado podría inducir? — ¡Ah, hermano!, dijo el confesor, ¿no sabéis que todo el que llama a su hermano Raca es culpable de la gehenna del fuego^[281]? Y vos tenéis la desgracia de hacer caer a todo el que os lea en la tentación cercana de llamaros Raca; ¡a cuánta gente honrada he visto que, tras leer sólo dos o tres páginas de vuestro libro, lo arrojaban al fuego, arrebatados de cólera! ¡Qué autor tan impertinente!, decían; ¡qué ignorante, qué cernícalo, qué patán, qué burro! Pero no se quedaban ahí: el espíritu de caridad estaba totalmente extinguido en ellos, y evidentemente ponían en peligro su salvación. ¡Pensad en cuántos males habéis causado! Tal vez sean cerca de cincuenta personas las que os leen, y son cincuenta las almas que ponéis en peligro todos los meses. Lo que más excita la cólera de estos fieles es esa confianza con que decidís de todo lo que no entendéis. Ese vicio arranca con toda evidencia en dos pecados mortales: uno es el orgullo, y el otro la avaricia. ¿No es cierto que escribís vuestro libro por dinero, y que estáis aquejado de soberbia cuando criticáis de manera intempestiva al abate Velly^[282], y al abate Coyer, y al abate Olivet^[283], y a todos nuestros buenos autores? No puedo daros la absolución salvo que hagáis el firme propósito de no volver a trabajar en toda vuestra vida en el *Journal de Trévoux*».

Fray Berthier no sabía qué responder; su cabeza no estaba bien despejada, y se aferraba con furia a sus dos pecados favoritos. «¡Cómo! ¿Vaciláis?, dijo el confesor; pensad que dentro de unas horas todo ha de acabar para vos; ¿se puede seguir amando las propias pasiones cuando hay que renunciar por siempre a satisfacerlas? El día del Juicio Final, ¿os preguntarán si habéis tenido éxito o no escribiendo el *Journal de Trévoux*? ¿Para eso habéis nacido? ¿Habéis hecho voto de castidad, de humildad, de obediencia para fastidiarnos? Árbol seco, árbol desmedrado, que vais a ser reducido a cenizas, aprovechad el momento que os queda; seguid llevando los frutos de la penitencia; detestad sobre todo el espíritu de calumnia que hasta ahora os ha poseído; tratad de tener tanta religión como aquellos a los que acusáis de no tenerla. Según Sánchez, fray Berthier, la piedad y la virtud no consisten en creer que a vuestro Francisco Javier^[284], cuando dejó caer su crucifijo al mar, un cangrejo vino humildemente a llevárselo. Se puede ser honrado, y dudar de que el mismo Javier haya estado en dos sitios a la vez; vuestros libros pueden decirlo, pero, hermano mío, es lícito no creer nada de lo que hay en vuestros libros.

»A propósito, hermano, ¿no habréis escrito vos a fray Malagrida^[285] y cómplices? De veras, se me olvidaba ese peccadillo; ¿creéis, pues, que porque en tiempos pasados a Enrique IV no le costó más que un diente, y en la actualidad al

rey de Portugal sólo le cuesta un brazo, podréis salvaros con la dirección de intención? Pensáis que se trata de pecados veniales, y con tal de que el *Journal de Trévoux* se despache, del resto os preocupáis poco.

»— Distingo, señor, dijo Berthier. — ¡Otra vez con los distingos!, dijo el confesor, pues bien, yo no distingo en absoluto, y os niego rotundamente la absolución».

Cuando decía estas palabras, llega fray Coutu corriendo, sin aliento, sudoroso, jadeante y apestando; se había informado sobre quién era el que tenía el honor de confesar a su Reverendo Padre. «Deteneos, deteneos, gritó, nada de sacramentos, mi querido Reverendo Padre, nada de sacramentos, os conjuro, mi querido Reverendo Padre Berthier, a que muráis sin sacramentos, estáis con el autor de las *Nouvelles ecclésiastiques*^[286], es el zorro confesándose con el lobo; estáis perdido si habéis dicho la verdad».

La sorpresa, la vergüenza, el dolor, la cólera y la rabia reanimaron entonces un instante los espíritus del paciente. «¡Vos el autor de las *Nouvelles ecclésiastiques*!, exclamó; ¡y habéis atrapado a un jesuita! — Sí, amigo mío, respondió el confesor con amarga sonrisa. — Devolvedme mi confesión, granuja, dijo Berthier; devolvedme mi confesión ahora mismo. ¡Ay!, entonces eres tú, el enemigo de Dios, de los reyes e incluso de los jesuitas; eres tú el que vienes a aprovecharte del estado en que me hallo; traidor, ¡ojalá tengas una apoplejía y no pueda darte siquiera la extremaunción! ¿Crees, pues, que eres menos aburrido y menos fanático que yo? Sí, yo he escrito tonterías, lo admito; me he vuelto despreciable y odioso, lo confieso; pero tú, ¿no eres el más bajo y el más execrable de todos los emborronadores de papel a los que la demencia puso la pluma en la mano? Dime, pues, si tu *Histoire des convulsions* no puede compararse con nuestras *Lettres édifiantes et curieuses*. Nosotros queremos dominar en todas partes, lo confieso; y tú, tú querías trastornarlo todo. Nosotros queríamos seducir a todos los poderosos; y tú, tú querías excitar la sedición contra ellos. La justicia ha hecho quemar nuestros libros, de acuerdo; pero ¿no ha hecho también quemar los tuyos? Todos nosotros estamos encarcelados en Portugal, cierto; pero ¿no os ha perseguido la policía cien veces a ti y a tus cómplices? Si yo he cometido la estupidez de escribir contra hombres esclarecidos que hasta ahora despreciaban aplastarme, ¿no has cometido tú la misma impertinencia? ¿No nos ridiculizan a los dos de la misma manera? ¿Y no debemos confesar que en este siglo, la cloaca de los siglos, los dos somos los insectos más viles de todos los insectos que zumban en medio del fango de este lodazal?». Esto era lo que la fuerza de la verdad arrancaba de la boca de fray Berthier. Hablaba como un inspirado; sus ojos, llenos de un fuego sombrío, giraban

en sus órbitas extraviados; su boca se retorció, la espuma la cubría, su cuerpo se envaraba, su corazón palpitaba; a estas convulsiones no tardó en sucederles un desfallecimiento general; y en ese desfallecimiento estrechó tiernamente la mano de fray Coutu. «Confieso, dijo, que hay muchas pobrezaas en mi *Journal de Trévoux*; pero hay que excusar la debilidad humana. — ¡Ah!, mi Reverendo Padre, sois un santo, dijo fray Coutu; sois el primer autor que alguna vez ha confesado que era aburrido; id, morid en paz; burlaos de las *Nouvelles ecclésiastiques*; morid, mi Reverendo Padre, y estad seguro de que haréis milagros».

Así pasó de esta vida a la otra fray Berthier, el 12 de octubre, a las cinco y media de la tarde.

Aparición de fray Berthier a fray Garassise continuator del Journal de Trévoux

El 14 de octubre, yo, fray Ignace Garassise, sobrino segundo de fray Garasse^[287], hacia las dos de la mañana, estando despierto, tuve una visión, y vi venir hacia mí el fantasma de fray Berthier, por lo cual se apoderó de mí el más largo y más terrible bostezo que jamás sentí nunca. «¿No estáis muerto, le dije, mi Reverendo Padre?». Bostezando, él me hizo con la cabeza una seña que quería decir sí. «Mejor entonces, le dije, porque sin duda Vuestra Reverencia está en el número de los santos; debéis ocupar uno de los primeros sitios. ¡Qué placer veros en el cielo con todos nuestros hermanos, pasados, presentes y futuros! ¿No es cierto que en total hay unos cuatro millones de cabezas con aureola desde la fundación de nuestra Compañía hasta nuestros días? No creo que haya tantas entre los padres del Oratorio. Hablad, mi Reverendo Padre, dejad de bostezar y dadme nuevas de vuestras alegrías.

»— ¡Oh, hijo mío!, dijo fray Berthier con voz lúgubre, ¡en qué gran error estáis! ¡Por desgracia el Paraíso abierto a Filagia está cerrado para nuestros padres! — ¿Es posible?, dije yo. — Sí, replicó, guardaos de los vicios perniciosos que nos condenan; y, sobre todo, cuando trabajéis en el *Journal de Trévoux*, no me imitéis; no seáis ni calumniador, ni mal razonador, ni sobre todo aburrido, como yo tuve la desgracia de serlo, que de todos los pecados es el más imperdonable».

Fui presa de un santo horror al oír estas horribles palabras de fray Berthier. «¿Estáis pues condenado?, exclamé. — No, me contestó; por suerte me arrepentí en el último momento, estoy en el purgatorio por trescientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres años, tres meses, tres semanas y tres días, y no me sacarán

hasta que se encuentre a uno de nuestros hermanos que sea humilde, pacífico, que no desee ir a la corte, que no calumnie a nadie ante los príncipes, que no se entrometa en los asuntos del mundo; que, cuando escriba libros, no haga bostezar a nadie, y que me aplique todos sus méritos.

»— ¡Ay!, hermano, le dije, vuestro purgatorio durará mucho tiempo. Y decidme, por favor, ¿cuál es vuestra penitencia en ese purgatorio? — Estoy obligado, dijo, a preparar todas las mañanas el chocolate de un jansenista; durante la cena me hacen leer en voz alta una *Lettre provinciale*, y el resto del tiempo me tienen zurciendo las camisas de las religiosas de Port-Royal. — ¡Me hacéis temblar!, le dije; ¿qué se ha hecho entonces de nuestros padres, por los que yo sentía tan gran veneración? ¿Dónde está el Reverendo Padre Le Tellier^[288], ese jefe, ese apóstol de la Iglesia galicana? — Está condenado sin misericordia, me respondió fray Berthier; y bien se lo tenía merecido: había engañado a su rey, había encendido la llama de la discordia, falseado cartas de obispos y perseguido de la manera más cobarde y furiosa al más digno arzobispo que jamás haya tenido la capital de Francia^[289]; ha sido condenado sin remisión como falsario, calumniador y perturbador del reposo público; ha sido él sobre todo el que nos ha perdido, ha sido él quien ha aumentado en nosotros esa manía que nos hace ir al infierno por centenares y por millares. Creímos, porque fray Le Tellier tenía crédito, que todos debíamos tenerlo; nos imaginamos que, porque él había engañado a su penitente, nosotros debíamos engañar a todos los nuestros; creímos, porque uno de sus libros había sido condenado en Roma, que sólo debíamos hacer libros que también tuvieran que ser condenados; y, por último, nosotros hemos escrito el *Journal de Trévoux*».

Mientras me hablaba, yo me volvía hacia el lado izquierdo, luego hacia el lado derecho, luego me sentaba, después exclamé: «¡Oh, mi querido purgatoriano! ¿Qué hay que hacer para evitar el estado en que os halláis? ¿Cuál es el pecado más de temer?».

Abrió entonces Berthier la boca y dijo: «Al pasar cerca del infierno para ir al purgatorio, me hicieron entrar en la caverna de los siete pecados capitales, que está a la izquierda del vestíbulo; me dirigí primero a la Lujuria: era una gordinflona, fresca y apetitosa: estaba acostada en un lecho de rosas, con el libro de Sánchez a sus pies y un joven abate a su lado; le dije: “Señora, ¿no sois vos aparentemente la que condenáis a nuestros jesuitas? — No, me contestó, no tengo ese honor; en verdad tengo un hermano lego que se había apoderado del abate Desfontaines y de algunos otros de su especie mientras llevaban el hábito; pero en general, no intervengo en vuestros asuntos: la voluptuosidad no está hecha para todo el

mundo”.

»La Avaricia estaba en un rincón, pesando hierba del Paraguay que cambiaba por oro. “¿Sois vos, señora, la que más crédito tenéis entre nosotros? — No, mi Reverendo Padre, sólo condeno a algunos de vuestros padres procuradores. — ¿Seréis vos?, le dije a la Cólera. — Dirigíos a otras; yo soy viajera, entro en todos los corazones, pero no resido en ellos; pronto mis hermanas ocupan el sitio”. Me volví entonces hacia la Glotonería, que estaba a la mesa. “En cuanto a vos, señora, le dije, sé bien, gracias a nuestro hermano cocinero, que no sois vos la que perdéis nuestras almas”. Como tenía la boca llena, no pudo contestarme; pero me hizo señas, moviendo la cabeza, de que no éramos dignos de ella.

»La Pereza descansaba en un canapé, medio dormida; no quise despertarla; ya sospechaba yo la aversión que tiene por gentes que, como nosotros, corren por todo el mundo.

»En un rincón vi a la Envidia, royendo los corazones de tres o cuatro poetas, de algunos predicadores y de cien autores de folletos. “Por vuestro cara se diría, le dije, que desempeñáis un gran papel en nuestros pecados. — ¡Ah!, mi Reverendo Padre, me contestó, sois demasiado bueno; personas que tan buena opinión tiene de sí mismas, ¿cómo podrían recurrir a una desgraciada como yo, que sólo tengo la piel y los huesos? Dirigíos a mi señor padre”.

»Su padre estaba, en efecto, a su lado, en una silla de brazos, vestido con un traje forrado de armiño, alta la cabeza, desdeñosa la mirada, las mejillas coloradas, llenas y colgantes: reconocí al Orgullo; me prosterné; era el único ser a quien yo podía rendir ese deber. “Perdón, padre mío, le dije, si no me he dirigido primero a vos; siempre os he tenido en mi corazón: sí, vos sois quien nos gobernáis a todos. El escritor más ridículo, incluso el autor del *Année littéraire*, está inspirado por vos. ¡Oh, magnífico diablo! Vos sois quien reináis sobre el mandarín y el buhonero, sobre el gran lama y el capuchino, sobre la sultana y la burguesa; pero nuestros padres son vuestros primeros favoritos: vuestra divinidad estalla en nosotros a través de los velos de la política; siempre he sido el más orgulloso de vuestros discípulos, y siento incluso que todavía os amo”. Respondió a mi himno con una sonrisa protectora, y acto seguido fui llevado al purgatorio».

Aquí concluye la visión de fray Garassise; renunció al *Journal de Trévoux*, pasó a Lisboa, donde tuvo largas conversaciones con fray Malagrida, y luego se fue al Paraguay.

El pobre diablo^[290]

A maese Abraham Chaumeix^[291]

Como en esta obra de mi difunto primo Vadé se habla de vos, os la dedico. Es mi *vade mecum*; vos sin duda diréis: *vade retro*, y encontraréis en la obra de mi primo varios pasajes contra el Estado, contra la religión, las costumbres, etc.; pero podéis denunciarla, porque prefiero cumplir con mi deber hacia mi primo Vadé.

Haced el análisis de la obra; no dejéis de derramar en ella un hilo de vinagre en recuerdo de vuestro primer oficio. Tengo «prejuicios legítimos» de que sois uno de los más absurdos garrapateadores de papel que se hayan metido nunca a razonar; por eso nadie está más que vos en su derecho de conseguir, con vuestros razonamientos y con vuestro crédito, que se queme este pequeño poema, como si fuera un mandamiento de obispo, o el *Nuevo Testamento* de fray Berruyer. Continudad haciendo honor a vuestro siglo, lo mismo que todos los personajes de que se trata en este librito que os regalo.

Catherine Vadé

En París, rue Thibautodé, en casa de maese Jean Gauchat, contigua a la madriguera de las *Nouvelles ecclésiastiques*; 26 de marzo de 1758.

El pobre diablo^[292]

Obra en versos sueltos del difunto M. Vadé, sacados a la luz por Catherine Vadé,
prima suya

(1758).

«¿Do estoy? ¿Qué debo hacer? ¿O qué partido

me aconsejáis que tome en este estado?

Al mundo entre miserias fui venido,

y, cual germen naciente arrebatado

por el viento, me veo aquí conducido
sin que espere arraigar en ningún lado.
¿Cómo un destino o empleo yo encontraría?

Instruidme, por piedad, en mi agonía.

»— Es preciso instruirse y sondearse

a sí mismo, y saber lo que se quiere;

en su instinto y razón sólo fiarse;

y pues hacer no habéis lo que os dijere,

tras superfluos consejos no cansarse,

y el partido tomar que os pareciere.

— De la guerra el oficio me enamora.

— ¿Qué os detiene? Marchad, no perded hora».

Ya el invierno pasó, y el bronce duro

llama al campo de Marte a los valientes

que del duque de Broglie^[293] en el apuro

partir quieran los lauros eminentes;

de aqúeste general sabio, maduro,

las banderas seguid de honor lucientes,

y a la Francia vengando, haced acciones

que del duque os granjeen las atenciones.

«No puede ya eso ser: una tenencia

estuve largo tiempo pretendiendo,
y reclamaron mil la preferencia,
dejándome a mis solas discurriendo;
señor, es admirable la demencia
que en los hombres estamos ahora viendo;
pues mientras más destroza el fiero Marte
con más ansia se busca su estandarte.

»De la patria la flor ha perecido,
y *otra flor* se presenta a ser segada,
corriendo del lugar más escondido
la juventud a ser luego alistada;
yo de la gente toda había seguido
la pasión fervorosa y exaltada^[294];
y, cual todos, al dueño de mi suerte
pedí me condujesen a la muerte.

»Mirome un comisario, y al momento,
sin mi nombre siquiera preguntarme,
teniéndome por loco, soltó al viento
la carcajada, haciendo retirarme;
yo murrio, avergonzado, descontento,
al ver mi patriotismo así pagarme,

discurrí para hacer bien al estado
la carrera seguir de magistrado».
»— En efecto, es oficio muy decente;
y aqueso desaliño y tontería,
al pedantismo junto de esa frente
mucho en el tribunal os serviría.

¡Qué cabezas tan grandes!... ¡Qué eminente
saber entre sus socios hallaría!

Vaya, pues; de Catón comprad ligero
una toga y sed juez; ¿tenéis dinero?

»— No, señor. — ¿Cómo, pues, vil miserable?
¡Ambición sin dinero! ¡Hombre insensato,
impudente, atrevido, despreciable!

Sabed que en este reino es desacato,
siendo pobre, aspirar a empleo notable,
y que el rico es el solo candidato.

Nada es nada, y de nada viene nada,
es máxima en lo antiguo respetada.

»Del corazón humano las pasiones
y el temple conocer algo debiera,
y sabed que lo harán sólo doblones

consejero, intendente y cuanto quiera.

¿Quiero volar sin alas? ¡Ilusiones!

Arrástrese y confúndase en su esfera.

»— ¡Ah, señor! Ya bastante me he arrastrado,

y pienso que a arrastrarme no he empezado.

»Esta loca esperanza, que un momento

hizo nacer, y aquestos deseos vanos,

pasaron ya veloces como el viento

dejándome el dolor y hambre inhumanos;

sin riquezas conozco, miro y siento

que tan sólo me quedan las dos manos;

miserable nací, quiero elevarme,

y el destino se empeña en humillarme,

»La puerta a todo empleo se me ha cerrado,

y falto de esperanza vivo errante;

el mundo sin piedad me ha abandonado...

pero el cielo me inspira en este instante.

Abjuro ya de todo; retirado

en un claustro mis días en adelante

pasaré en paz tranquila y en sosiego;

parto a meterme fraile desde luego.

»— Parte, estúpido, pues; anda a podrirte
a la asquerosa tumba de los vivos,
y a buscar la pereza que ha de unirte
a seres holgazanes e inactivos;
mas sabe que tu ardid no ha de servirte
y que te esperan males positivos;
pues esa que mansión crees del reposo,
morada es del fastidio más penoso.
»Es del cuidado atroz asilo eterno
do discordia alimenta sus serpientes,
y en suma, la morada es del infierno
habitada por diablos indecentes;
invenciones han sido del Averno
esas cuevas de flojos, indolentes;
que justa Providencia ha destinado
al hombre a trabajar y ser casado.
»Y el vergonzoso tiempo ya pasara
de rendir homenaje al vil falsario
que un bonete ridículo gastara,
o capucha, o cordón o escapulario:
su fatal ilusión Francia dejara

y el remedio ha aplicado necesario;

y ya no nos harán más la mamola

los hijos de Francisco y de Loyola.

»Estímase el caballo vigoroso,

que su fuerza ostentando y gallardía

a su dueño le sirve generoso

y obedece la mano que lo guía;

queremos bien al buey, pues laborioso

arándonos la tierra pasa el día;

y al asno que a los hombres mansamente

ayuda en sus trabajos diariamente.

»Mas el mono, animal sucio, maligno,

lujurioso, glotón, titiretero,

jamás de nuestro afecto fuera digno,

y lo vemos con asco verdadero;

de ruina y destrucción fue siempre el signo,

y ocioso a nuestra costa vive fiero,

reduciéndose todos sus quehaceres

a asustar a los niños y mujeres.

»Es el noble guerrero comparado

al caballo fogoso y arrogante^[295];

y del buey laborioso es el dechado
el íntegro asentista y negociante;
el pueblo por el asno está pintado,
pues su suerte fue siempre tan brillante;
siendo el fraile y el mono por natura
iguales en carácter y en figura.

»— Pues si es así, señor, adiós convento:
de los frailes reniego y su guarida.

Mas, ¡ay!, que me destroza el pensamiento
de volver a mi antigua infeliz vida.

— ¿Y qué vida? — Señor, un cruel tormento:
un continuo tener mi alma afligida.

Lucifer me tendió una red secreta,
y me vi, sin saberlo, hecho poeta.

»— Conozco, pobre diablo, que te ha ido
en ese antiguo oficio malamente.

Mas ¿qué allá en el Parnaso hacías subido?
Cuéntame tu desastre prontamente.

— Triste, hambriento, sin medio y consumido
en mi inmunda guardilla oscuramente,
celebraba favores de Clicería,

señora a quien jamás vio mi miseria.

»Mi desdichada musa componía

alabanzas al vino generoso,

y entretanto yo el agua me bebía

de un jarro mutilado y asperoso;

por falta de vestido todo el día

metido estaba en un lecho andrajoso,

y cual otro Chaulieu, de la pereza

las ventajas cantaba, y la belleza.

»Una tarde, por fin, medio cubierto

(una capa muy vieja me habían dado).

salí de mi guardilla casi muerto,

del hambre y de los versos acosado;

con paso tremulante seguía incierto

la calle que primero había encontrado,

cuando un hombre grosero y de fea cara,

y a quien no conocía, se me acercara.

»Según supe después, este Tersitas

en su pluma fundado había su renta,

y a fuerza de maldades infinitas

quería pasar por hombre de gran cuenta;

fue echado de los *frailes jesuitas*
por su conducta infame y fraudulenta,
y era un villano Zoilo sin talento:
Juan Fréron^[296] se llamaba este jumento.
»Instome con palabras cariñosas
a trabajar con él su Semanario,
diciendo que, según fueran las cosas,
me daría ciertamente un buen salario;
gozoso sus ofertas generosas
acepté, sin saber era un falsario;
y del monstruo me puse a la clemencia,
novicio y sin la más leve experiencia.
»Me enseñó a destrozar un libro entero,
y sólo por su título a juzgarlo;
a elogiar tonto autor, mas con dinero,
y a un pobre con saber siempre atacarlo;
critiqué neciamente y altanero,
y por más a mi hipócrita agradarlo
ni el púlpito ni el teatro perdonaba,
por seis pesos mensuales que ganaba.
»Mas de tanto mentir el fruto fuera

ser mi infamia de todos conocida,
y mandar la justicia se me diera
en la espalda la pena merecida;
esto me avergonzó de tal manera
que huí de mi pirata a toda brida,
habiéndome este vil también robado
salarios que con sangre había ganado.
»Libre, aunque a tanta costa, de este bruto,
de todo falto, menos de hambre y frío,
marché a buscar con pecho resolutivo
a Franc de Pompignan, paisano mío;
le expuse mi dolor, miseria y luto,
y el chasco que me diera aquel judío,
y acabe con: *Paisano, socorredme;*
y pues Fréron me roba, protegedme.

»Éste de Pompignan fue el del comento^[297]
sobre una frase en la famosa *Dido*,
que debió a Metastasio el nacimiento;
después de haberme atentamente oído
me dijo con piadoso y tierno acento:

“El pantano ya veo en que estáis metido,
mas en el punto de él voy a sacaros,
y en vuestra dura suerte a remediaros.

»“Mis cánticos sagrados ahí tenéis,
tan sagrados que nadie los conoce;
con el tiempo quizás los venderéis,
y del producto os cedo todo el goce;
mas sobre todo os pido que aceptéis
mi tragedia, que igual no reconoce:
es la *Zoraida*^[298], en África es la escena...
amigo, no se vio cosa tan buena.

»“Llevala a la Clairon^[299] en el instante,
y creedme que allí lleváis vuestra fortuna;
adiós, y prosperad”. Con buen semblante
agradecí su dádiva oportuna;
corro al punto al teatro, aunque distante,
sin detenerme a nada en parte alguna;
y en llegando con voz de Jeremía
la tragedia le leo a la compañía^[300].

»Mas, ¡ah!, mi buen señor, ¿cómo explicaros
lo que allí padecieron mis sentidos?

¡Qué gestos tan extraños y tan raros!
¡Qué burlas! ¡Qué bostezos! ¡Qué silbidos!
Las risotadas ¿cómo bien pintaros?
¿Ni cómo aquel fingirse estar dormidos?
Digo, pues, que entre aquellos zanganotes
me olvidé de Fréron y mis azotes.
»Salí, pues, a la calle hecho un demente,
de versos y de prosa renegando;
y al llegar a un café por accidente
con el sabio Gresset me fui encontrando^[301];
este sabio Gresset el eminente
y doble privilegio está gozando
de ser en el colegio hombre de mundo,
y fuera un colegial lleno y profundo.
»Largo tiempo un autor fue chocarrero,
mas ahora en ser devoto se esmeraba,
y a la Virgen, contrito y muy sincero,
perdón por sus comedias demandaba.
— Gresset en esta parte es majadero,
pues a tanto su culpa no llegaba,
que un verso bien cortado y agradable

no basta para hacer a uno culpable.
»Estas obras del diablo consumarse
no pueden sin acción, cómica idea,
una fábula, interés y bien pintarse
las costumbres del tiempo que se emplea;
pero ¿qué hizo Gresset para zafarse
de esa cara tristonada, hambrienta y fea?
— Me dio miles de consejos los más sabios,
mas nada para untar mis pobres labios.
»“Abandonad, me dijo, obras profanas,
sed devoto, y haced versos morales
contra el amor y máximas mundanas,
y en la corte mostrad vuestros modales”».
Escuché sus palabras tan cristianas,
y queriendo aliviar mis crueles males,
sin pensar que esto fuera un desatino,
tomé para Versalles el camino.
Jamás un viaje hiciera más malvado;
del pobre autor moral todos reían,
y, cual a favorito destronado,
ni a sus puertas llegar me permitían.

Los lacayos, al verme así tratado,
con desprecio me hablaban y reían;
y tanto me amohiné, que a pie y confuso
la vergüenza en París luego me puso.

Era entonces el tiempo justamente
que el abate Truble tenía la rabia^[302]
de querer lo tuviese toda gente
por persona de mérito y muy sabia;
se afanaba en pasar por elocuente
empleando su cansada y necia labia,
y por mostrar su gran sabiduría
del ajeno talento se servía.

Amontonaba adagio sobre adagio,
compilaba sin fin y sin sentido,
y escribía sin cesar buen o mal plagio,
o lo que en otro tiempo él había oído;
no me fue aqueste encuentro mal presagio
pues me hizo, y acepté, muy buen partido;
tres meses él y yo juntos pensamos,
leímos mucho, mas nada imaginamos.
Me había petrificado nuestro abate;

mas un bastardo de un señor de fama,
calavera completo y botarate,
vino a encender mi cuerpo en nueva llama;
tanto me habló que al fin logró este orate
que a medias compusiéramos un drama,
corto en prosa, y estilo lacrimoso,
moral y metafísico extremoso.

«Por eso no te culpo, no, hijo mío;
es verdad que jamás hice yo caso
de ese estilo moral, lloroso y frío,
pues prefiero se rían a cada paso;
de continuo bostezo, y aún me río,
al ver un necio autor que, hecho un Pegaso,
a la vez con Melpómene y Talía,
embiste y las destroza a sangre fría.

»Mas, sin embargo, puede a la comedia
en ocasiones darse interés vivo
usando en ella el arte de tragedia,
si el autor por natura no es festivo;
pero dime si al fin tu pieza media
coronada se vio del verde olivo;

¿fue en las tablas acaso presentada?

¿Cuál suceso fue? ¿Fue celebrada?

»Tanto intrigué, que a lo último lograra

verla representar... mas fui silbado^[303],

y no os puedo decir en qué acabara,

pues me quedé en el sitio desmayado;

con el frío de la muerte ya en mi cara

a un albergue inmediato fui llevado,

famélico, sin honra, prez ni fama,

y yerto cual mi pobre melodrama.

»— ¡Pobre diablo! Su suerte me interesa.

¡Inocente! Prosigue con tu cuento;

di qué especie de casa fuera ésa

y cuánto te duró el atontamiento.

“Esa casa, señor, do mi alma opresa

estuvo sin ningún conocimiento,

era un antro, una ahumada y fea guarida,

y el refugio de gente pervertida.

»“Tres veces por semana se juntaban

en ella los infames embusteros,

que entonces en San Medardo^[304] ejecutaban

los milagros falaces y rastreros;
a su vez engañados, engañaban,
y todos en mentir eran primeros,
siendo de unos extrema la impudencia,
de otros el fanatismo y la indecencia.

»"Salmodiando con voces de cabrones,
y con misal en mano, estos impíos
ensayaban tan fieras contorsiones
que al demonio más diablo darían frío;
sus terribles y broncos vocejones
reanimaron mi espíritu y mis bríos,
y levantando un poco la cabeza
creí que era una orgía aquella pieza.

»"Uno de aquellos diablos, que yo un día
por la calle vinagre vi vendiendo,
y que ahora era doctor en teología,
con el misal a mí se fue viniendo;
luego me conoció, mas me creía
contorsiones también allí aprendiendo^[305];
pero yo le conté muy claramente
la causa de encontrarme entre tal gente".

»Monsieur Abraham Chaumeix^[306] después de darme
disculpas por su yerro extraordinario,
de esta bella manera empezó a hablarme,
digna de su carácter vil, falsario:

— Amigo, como tú llegué a encontrarme
en la bajeza, pobre y mercenario,
pues éste es el destino, no te asombres,
de las tres cuartas partes de los hombres.

»Mas siempre en nuestras manos ha existido
el poder de salir de la bajeza,
siéndonos para aquesto permitido
usar de la impostura y la torpeza;
yo, aunque de misa soy, me he establecido
en autor, sin reparo a mi simpleza;
soy delator y espía, y entre devotos
mis cábalas arreglo y alborotos.

»Escribo los escándalos que invento,
y los bato después con fervor santo,
siembro la vil cizaña, y al intento
de calumnia la mezclo siempre un tanto;
con piadoso furor la intriga aliento,

de hipócrita cubierto con el manto,
y persigo impudente y atrevido
la ciencia, la virtud y el buen sentido.
»Imítame: mi senda es muy trillada;
grita: ¡Al ateo! ¡Al filósofo! ¡Al deísta!
Sigue la huella de gente depravada
y llama hereje a todo el que te embista;
al aliento con furia encarnizada
persigue por do quier que esté a tu vista;
del rigorismo emboca la trompeta;
sé hipócrita, y tu suerte es ya completa.
»Sus palabras tal fuerza en mí tuvieron,
y mi desgracia estaba aún tan presente,
que en respuesta mis cinco dedos fueron
a estamparse en su cara reverente;
sus cofrades mi viva acción dijeron
era una convulsión clara y patente;
y a favor de opinión tan embustera
me escapé de aquel antro de Megera^[307].
»— Muy bien hecho: yo siempre preveía
que aunque era tu cabeza un torbellino,

perverso corazón en ti no había.

¿Dónde fuiste a buscar nuevo destino?

— Cansado de esta triste vida mía,

sin crédito ni pan, hogar ni tino,

me encaminé hacia el río con intenciones

de a lo heroico acabar mis desazones.

»Mas, ¡oh, rara fortuna!, ¡oh, gran mudanza!

¡Quién hubiera jamás imaginado

que tan próxima estaba mi bonanza

cuando a buscar la muerte iba arrojado!

De repente un amigo a mí se avanza

las albricias pidiéndome exhalado,

por la buena noticia de la herencia

que me mandaba grata Omnipotencia.

»Era el caso que muerto *ab intestato*

había un tío mío doctor, gran jansenista,

viejo, ya por sus años mentecato,

mas cual ninguno avaro economista;

a su pesar, el mísero pacato

por su muerte, que dicen *fue imprevista*,

de cuantiosas riquezas que guardaba

el único heredero me dejaba.

»Al punto mis costumbres y lenguaje
cambiaron en un todo enteramente,
abandonando el duro tutelaje
de la miseria bárbara, inclemente;
me hice reconocer por personaje
usando del estilo conveniente,
y soltando la rienda a mis deseos
solicité los más grandes empleos.

»Quise ser oficial y señalarme,
enseguida ser quise magistrado,
y el tutor de mis reyes apelarme
por veinte mil escudos que habría dado;
tuve amigos ansiosos de agradarme,
mi talento era entonces consumado,
y mis versos, cual yo, donde se oían,
de todos el aplauso se atraían.

»Cuantas damas serví, todas me amaban;
en mirarme cifraban su contento,
y todas con extremo celebraban
mi hermosura, donaire y mi talento;

mis dichas a su colmo ya llegaban,
mas para darlas aún mayor aumento
una de las familias de venera
me ofreció en matrimonios heredera.
»Pero la vanidad, mi alegre vida,
y lo que amigos míos me aconsejaron,
haciéndome dejar a mi ofrecida,
con una bailarina me enredaron.
En mi tierra esta *Diabla* era nacida,
y mis fatales ojos la miraron
sus cabriolas luciendo en un garito
fundado por un clérigo precito^[308].
»Nada el lujo igualaba y la grandeza
que a esta Lais prodigaba mi locura,
creyéndome la amaba con terneza
y que era de ella amado con fe pura;
de versos y de alhajas mi simpleza
colmaba de continuo su hermosura,
y mis cartas de amor eran libranzas
que al punto la pagaban sin tardanzas.
»En un bello quitrín^[309] resplandeciente

del barniz más precioso y delicado,
al paseo la llevaba diariamente
soberbio de lucir con ella al lado;
su cabeza brillaba reluciente
con los finos diamantes del peinado,
y de China los más ricos tejidos
formaban con gran costo sus vestidos.

»Mas ¿qué sirve cansaros y cansarme?

Mi profusión fue tal y tan sin tasa
que en menos de seis meses logré hallarme
sin amigos, dinero, moza y casa,
y al hospital marché para limpiarme
del veneno que Amor dejó en mi masa;
ésta es, señor, mi suerte, os lo aseguro;
aconsejadme, pues, en este apuro.

»— Te alabo, porque al fin has deducido
sin vanidad tu caso vergonzoso;
y pues que la verdad me has referido,
escucha mi consejo cariñoso.

Jamás fue del Egipto conocido
número de langostas tan copioso

como en París se ven hoy zaragates,
que se llaman autores, siendo orates.
»Sobre las piezas nuevas disertando
forman otras más malas, detestables;
mutuamente se están siempre atacando
con saña y con furor inexorables;
en sus luchas los vemos prodigando
palabras las más feas y abominables,
y en el fango sumidos y en la escoria
se creen marchando al templo de la gloria.

»Esos honrados chicos que anualmente
de Saboya nos llegan con la idea
de limpiar el hollín que tenazmente
pegado se ve en toda chimenea;
la mujer, que en su casa honradamente
su tiempo de descanso útil emplea
haciendo las calcetas que acabadas
habrán de ser por mí tal vez usadas;
»el zapatero pobre, que medida
viene a tomarme a casa del calzado,
y en suma, el miserable que su vida

pasa en oficio humilde, más honrado:
toda es gente por mí muy más querida
y su empleo para mí más apreciado
que el oficio de quesos holgazanes,
oscuros freronistas haraganes.

»Monsieur Abraham Chaumeix y compañeros
es casta más infame y perniciosa,
pues corrompen hipócritas y arteros
la moral con la capa religiosa.

Pero en cuanto a las p... sus esmeros
redúcense a pasar vida gustosa;
yo las aprecio mucho, pues su oficio
es muy dulce y quizás de beneficio.

»Pero si alguna vez sus atractivos
son para un pobre diablo muy fatales,
para un tonto simplón, de estos que altivos
pasar quieren por mozos muy cabales,
y le hacen que se vaya en cueros vivos
a buscar su consuelo en hospitales,
yo las perdono entonces, pues merece
el bobo padecer lo que padece.

»En conclusión, amigo, necesitas
un destino decente en que emplearte,
y que acabe tus penas infinitas
pudiendo tu sustento asegurarte;
mas si de tu cabeza nunca quitas
esos vanos proyectos de elevarte,
jamás conseguirás verte empleado,
y te verás hambriento y despreciado.

»Escucha: magistrado creo no seas,
no tienes de oficial aire guerrero,
sacerdote no pienso que te veas,
ni rentista, intendente o consejero.
Si trabajar es cierto que deseas,
en mi casa me falta ahora un portero.

¿Quieres ese destino? ¿Te acomoda?
— Sí, señor, con mi vida y alma toda.

»— Pues bien: cuarenta escudos anualmente
tendrás por tu salario; y a más de esto
dos cuartillos de vino diariamente
que arreglen tu cerebro descompuesto;
anda, pues, al zaguán directamente

y toma posesión del nuevo puesto;
pero guárdate bien de que mi puerta
para ningún Fréron jamás sea abierta.
»— Sin réplica, señor, siempre veréis,
vuestro portero fielmente serviros,
y todas cuantas órdenes le deis
gozoso pasará luego a cumplirlos,
pero en la infausta suerte en que me veis,
si la pura verdad he de deciros,
mejor en los Cartujos yo quisiera
ser portero que aquí, si en mí estuviera^[310]».

Lo que agrada a las damas^[311]

Al presente que el bello astro del día
al africano clima va abrasando,
nuestro infelice suelo sepultando
en noche larga, fastidiosa y fría;
aquí al lado del fuego,
después de nuestra cena,
a divertir la pena,
amigos, venid luego;
que voy a referiros una historia
digna de que grabéis en la memoria.
En tiempo del insigne Dagoberto,
de Roma Santa (que ya en mucho excedía
a la Cesárea Roma) se volvía
el paladín famoso Juan Roberto.
No laureles orlaban
del dios Marte sus sienes,
pero en cambio otros bienes
a su cuerpo adornaban:
agnus con indulgencias, relicarios,

dispensas a montones y rosarios;
su bolsa de vacía se lamentaban
porque en aquella edad todo el dinero
por caridad cogido lo había el clero,
y con reliquias todo lo pagaba:
así que, la pobreza
del piadoso viajante
era en suma abundante,
pues toda su riqueza
en su vieja armadura consistía,
un perro y el caballo en que venía.
Mas Roberto era rico en otros dones
que valen un tesoro donde quiera:
cual Hércules robusto y fuerte era,
y a Adonis igualaba en las facciones.
Inmediato ya estaba
el viajero a Lutecia
— así en tiempos de Grecia
a París se llamaba —,
cuando al dejar un bosque rodeado
del Charona, río entonces celebrado,

una gallarda moza vio que ufana
el camino a lo lejos proseguía.
En sus rubios cabellos se advertía
una cinta de seda muy galana.
Su talle era pulido,
y una pierna preciosa
de una blancura hermosa
que su corto vestido
dejaba percibir, aunque distante,
a Roberto inflamara en el instante.
Acércasele al punto, y ve admirado
un rostro que a los santos incitara,
si esta gente a lo bueno se inclinara.
De lirios y de rosas bien formado
un ramillete airoso,
dos esfera divide
que ansioso el ojo mide,
y su tez con exceso.
Del lirio y de la rosa a la hermosura
en color aventaja y en frescura.
Martita era llamada esa belleza,

y a vender al mercado de la villa
huevos frescos y fresca mantequilla,
en una cesta lleva con limpieza.

Salta a tierra Roberto
de lujuria abrasado;
la abraza enamorado
y le dice: «De cierto,
veinte escudos están en mi maleta;
conmigo tuyos son, si eres discreta».

La moza se avergüenza y no consiente,
y el otro su pasión sólo escuchando,
arremete con ella y forcejando
en el suelo los dos caen igualmente.

Quedó Marta debajo
—esto no es maravilla—
haciéndose tortilla
los huevos... ¡Qué trabajo!,
y espantado el caballo de esta gresca
huye, y un fraile que lo ve, lo pesca.

Por último, Martita se compone
y pide los escudos prometidos.

Roberto con los ojos desfallidos
a cumplir su promesa se dispone;
mas humilde se excusa
con que el caballo ha huido
y todo lo ha perdido;
suplica con voz confusa,
pero en vano, que Marta jura airada
vengarse de haber sido así violada.
Llega de Dagoberto a la presencia,
y el caso le refiere extensamente.
El rey le dice: «Quiero solamente
se trate de que te han hecho violencia.
Tu queja en el momento
lleva a Berta, mi esposa;
ella es sabia, juiciosa,
y experta en *forzamiento*,
y justicia te hará pronta y segura».
A Berta fue a ver Marta en derecho.
Su consejo convoca de devotas
la reina al escuchar su caso fiero,
y por su mando el pobre caballero

sin espuelas preséntase, y sin botas.

Confesó su delito,

dijo que le pesaba,

pero que ya hecho estaba

y lo sentía infinito.

El mujeril consejo a cruda muerte

a Roberto sentencia... ¡Fatal suerte!

¿Y tan gallardo joven moriría

por usar de un derecho de natura?

Las beatonas lo miran con ternura,

y envidian de Martita la avería.

La reina acongojada

a libertarlo atenta,

al tribunal presenta

la ley no derogada

que al reo perdona si acertar pudiere.

«¿Qué es lo que la mujer por siempre quiere?».

El tribunal accede; y a Roberto

ocho días se le dan de plazo y suelta,

y al fin de aquéllos la cuestión resuelta

el consejo juzgar debe su acierto.

A las plantas postrado
de la reina el paciente
volveré jura fielmente
al plazo señalado;
agradece el decreto lenitivo,
despídese, y se marcha pensativo.
«¿Cómo podré decir, se preguntaba
a sus solas Roberto entristecido,
lo que toda mujer siempre ha querido,
y siempre quiere, y de querer no acaba?
¿Y cómo he de explicarme,
sin que me incomode en nada,
a la junta *enaguada*,
que tiene que juzgarme?
¡Ojalá mi sentencia allí al momento
tuviera su debido cumplimiento!».
Por el camino a todas preguntando
Roberto, sin cesar, va sobre el punto;
pero nada adelanta en el asunto,
pues respuestas diversas le van dando.
Sólo un día ya faltaba

al término propuesto,
y el infeliz dispuesto
a sufrir muerte estaba,
cuando errando en el campo tristemente,
a lo lejos miró reunión de gente.

Eran veinte hermosísimas doncellas
que a la sombra bailaban en un prado:
céfiro con sus gracias deleitado,
retozaba gozoso en medio de ellas,
acá y allá esparciendo
sus cabellos dorados
en trenzas ordenados;
y apenas encubriendo
sus miembros delicados y graciosos,
los flotantes vestidos primorosos.

Roberto imaginó que aquí hallaría
solución al enigma que le aqueja;
va a hablarlas... y al pobrete mudo deja
ver que el hermoso corro no existía,
y en su lugar hallara
una vieja andrajosa,

sin dientes, legañosas,
encorvada, y su cara
de arrugas y de hollín toda cubierta,
flaca, sucia, amarilla y medio muerta.
Sus piernas a mover un palo ayuda
sobre el cual su esqueleto se sostiene.
A su vista Roberto miedo tiene;
mas afable la vieja lo saluda,
y se acerca a su lado,
y le dice: «Hijo mío,
¿qué de tu pecho el brío
así tiene apagado?
En tu rostro la pena veo pintada:
habla, que tu aflicción será aliviada.
Todos penas sufrimos, pero hablando
nuestros males se alivian de algún modo;
mucho he vivido y visto: sé de todo,
que el saber con la edad se va aumentando,
Y mi consejo ha sido
en un lance dudoso,
por siempre provechoso

a aquel que lo ha seguido».

Dijo; y Roberto, sin gastar prefacio,
su situación le cuenta en breve espacio.

«Pues que conmigo usado has confianza,
la vieja le replica, vive cierto
de que por esta vez no serás muerto,
y que saldrás del caso con bonanza.

A la corte gozoso
vuelve al punto conmigo,
y te diré, mi amigo,
tu secreto enojoso.

Mas antes de partir has de jurarme
que tan gran beneficio has de pagarme.
Jura, pues, por tu honor, solemnemente,
y por mis bellos ojos, que cumplido
al momento de haberlo proferido,
mi deseo se verá por ti fielmente».

Sonriéndose Roberto,
jura que así lo haría.

La vieja le advertía
que el caso era por cierto

muy serio y que la risa desechaba;

y el otro seriamente lo juraba.

A la corte los dos luego arribaron

y al punto su consejo reúne Berta.

Llámase al caballero, y muy alerta

a su discurso todas escucharon.

«No son muchos amantes,

noble, ilustre consejo,

Roberto, con despejo

dijo a las circunstancias;

lo que a toda mujer llena la idea,

y quiere poseer sea como sea;

pues de muchas la historia nos refiere,

y aun nosotros las vemos cada día,

que detestan del hombre compañía

y aborrecen vivir donde uno hubiere.

Pero bien sea casada,

o doncella, o viuda,

o alegre, o concienzuda,

querida o despreciada,

o hermosa, o noble, o fea, o pobre, o rica,

de día y de noche, sin cesar indica
la mujer, su deseo predominante,
que es el de *en casa ser dueña absoluta*
y la sola señora, sin disputa.

Denme, si no es verdad, muerte al instante».

La junta falló al punto
que así la verdad era,
y que Roberto fuera
absuelto en el asunto.

Este acuerdo de todos fue elogiado,
y el paladín dio gracias al senado.

De entre la multitud sale la vieja,
y a Berta así le dice con voz firme:

«A vos toca, ¡oh gran reina!, el asistirme
y hacer recta justicia al oír mi queja:

Yo a aqueste caballero
el secreto he explicado
que la junta ha escuchado,
y él juró placentero,
por su honor y mis ojos, que fielmente
premiaría este favor liberalmente».

Y gustoso, Roberto contestara,
en este mismo instante así lo haría
si un fraile^[312], cuando a Marta yo embestia,
mi caballo y hacienda no llevara.

La reina: «Os será vuelto
cuanto el fraile atrevido
os llevó, y dividido
será, ya lo he resuelto,
entre esa anciana, vos y la Martita,
que así nuestra justicia se acredita.

Los veinte escudos tocan de derecho
a Marta por los huevos y violencia;
el caballo a la abuela por su ciencia,
quedándoos la armadura; y esto es hecho.

— Oh, reina generosa,
exclama la sin dientes;
gracias las más ardientes
os rindo afectuosa;
mas caballo, en verdad, no es lo que quiero;
sólo quiero poseer al caballero.

Sus gracias y valor me han encantado,

e imposible vivir sin él me fuera:
quiero que, por lo tanto, sin espera,
sea esta noche conmigo desposado».

Solicitud tan rara

a todos los admira;

Roberto a la tía mira

y cree que se burlara;

mas luego que formal vio era la cosa,

dijo: «Prefiero el diablo a tal esposa».

La vieja sin turbarse dice a Berta:

«¡Oh, gran reina!, ya veis cómo el ingrato

a presencia de todos, sin recato,

del juramento santo se deserta.

Pero pronto confío

encender en su pecho

el fuego que él ha hecho

consume el triste mío.

Conozco que va a menos mi hermosura;

mas esto de mi amor más lo asegura,

que el juicio de ese modo se mejora

y se aprende a pensar más rectamente,

siguiéndose de aquí que más fielmente
se ama y sirve al amante que se adora;
y Salomón ha dicho
que la mujer juiciosa
vale más que la hermosa,
y yo estoy por su dicho.

Soy muy pobre, además, pero esto es nada,
que aunque pobre jamás fui deshonrada.

No son los ricos, no, los más dichosos;
y vos misma, gran reina, descansando
al lado del monarca en lecho blando,
cercada de perfumes deliciosos,
no gozáis mejor sueño
ni mejor que yo amáis,
y tal vez envidiáis
mi reposo halagüeño.

De Filemón^[313] la historia es bien sabida:

cien años completó de larga vida,
amando y él amado tiernamente
de Baucis, su querida compañera.

Nuestros rústicos techos, lastimera

vejez nunca oscurece tiernamente

con sus negros temores,

ni los vicios groseros

entre pechos sinceros

buscan sus seguidores.

A Dios servimos; con el rey igualamos

y el honor de la patria sustentamos.

Vigorosos soldados proveemos,

pues que para poblar vuestros estados,

con príncipes y grandes comparados,

los pobres, sin disputa, más valemós.

Y si el cielo piadoso

mi ruego no atendiere,

y madre no me hiciere,

Himeneo aún da gustoso

placeres infinitos, que las flores

no pierden sin las frutas sus olores.

Y hasta el último día de mi existencia,

del árbol del amor, sin repugnancia,

flores recogeré con abundancia,

libando de sus cálices la esencia».

Dijo, y todo el senado
complacido quedara,
y a Roberto obligara
a cumplir lo jurado;
y además, pues la vieja lo quería,
que en brazos la llevara a do vivía.
El paladín, gimiendo amargamente,
en su caballo monta, y a su esposa
en sus brazos coloca, aunque asquerosa,
y empieza a caminar lánguidamente:
y más de una vez tuvo
antojo de tirarla
y en el sitio dejarla;
mas siempre lo contuvo
la palabra de honor que había prestado,
símbolo en aquel tiempo el más sagrado.
Sus tierna compañera entreteniéndolo
le fue todo lo largo del camino,
con exquisita gracia y gusto fino
hazañas de su padre refiriendo;
le contó la manera

cómo el gran Clodoveo
cubierto del manto
y la santa *montera*,
asesinó tres reyes sus amigos,
de los cuales huyó cuando enemigos;
cómo por esto mereció de Roma
la gracia y de los santos y del cielo,
y que bajase a Reims tuvo el consuelo
de lo alto, se supone, una paloma,
trayendo con su pico
una *alcuza* sagrada
hasta arriba colmada
del *aceite* más rico;
pero bendito estaba y no podía
servir para ensalada, porque olía.
Este aceite bajó con el intento
de untarle la cabeza a este rey santo,
y de aquí la opinión se corrió tanto
de que habitado estaba el firmamento;
porque aunque no se sabe
la paloma en qué cielo

tomó su primer vuelo,
ninguna duda cabe
en que la *alcuza* quiere *hojalateros*,
y el *aceite*, aceituna y molineros.
Y el molinero a tantos necesita
para poner corriente a su molino,
que fuera ahora sandez y desatino
entrar a detallar tan larga cita...
siendo, pues, consiguiente
a *alcuza* y a aceituna,
sea cristiana o moruna,
mucho acopio de gente,
sin que sea para aquesto necesarios
coronas, tiaras, mitras y rosarios.
Con estas reflexiones y doctrina
a Roberto instruyendo iba su esposa,
de manera tan dulce y tan graciosa
que a veces olvidaba su mohína.
Atento, enajenado,
a su esposa escuchaba,
mas cuando la miraba

se sentía desmayado,
hasta que al fin llegó nuestra pareja
a la mísera choza de la vieja.
Ésta no bien entró, cuando al momento
a preparar la mesa se dispone;
con dos tablas podridas la compone
y un banquillo; otros dos sirven de asiento.
El festín fue adecuado
a aquel heroico tiempo,
y sin más contratiempo
todo finalizado,
a la cama la abuela se dirige,
y a Roberto lo mismo afable exige.
Aquí fue donde al pobre caballero
el ánimo le falta y la paciencia;
mas ya lo había ofrecido, y la decencia
sacrificio le pide tan severo.
Dos trapos asquerosos
y que a ratas hedían
de sábanas hacían,
y algunos apestosos

manojos de sarmientos remedaban
los colchones, y el lecho completaban.
Mas a Roberto nada le afligía
tanto como pensar de qué manera
los *conyugales débitos* cumpliera
que el santo matrimonio le imponía.
Al cabo fatigado,
se persigna, y en cama
se mete con su dama,
como el frío y yelo helado,
y fingiendo dormir profundamente
hacia el borde se fue bonitamente.
Mas su sensible esposa con ternura,
y cosquillas haciéndole, le dice:
«Compadece, mi bien, a esta infelice,
y no ingrato desprecies mi amargura.
Inflámete mi fuego,
mi ardor tu pecho encienda,
y de amor la contienda
conmigo empieza luego.
Esfuézate, hijo mío, que si quieres,

a tu edad no habrá cosa que no hicieras.

Mujer soy, y mi rubor ya va cediendo,
que en semejantes luchas rubor cede,
y, amando como yo, ninguna puede
estarse mucho tiempo combatiendo
sin que vencida sea.

¡Ay, Roberto! ¡Bien mío!

De tus años el frío
tu amante esposa vea.

Yo me desmayo... ¡oh, Dios! Y tú, alma mía,

¿permaneces aún sordo a mi agonía?

Mira que ante los cielos responsable
eres de las resultas que yo tenga;
y de todo lo más que sobrevenga
tu conciencia te hará cargo notable.

Es verdad que despido

un olor no muy bueno,

y mi rostro está lleno

de señas de *haber sido*.

Mas para que esto no te cause enojos

tápate la nariz, cierra los ojos;

que si acometes fino aquesta empresa,
te elogiarán las damas de palacio,
y será el mundo todo corto espacio
para dejar tu fama bien impresa.

De una vez, hijo, apaga
este ardiente deseo,
y del dulce Himeneo
los placeres me paga.

Ya me tienes, mi bien, aquí rendida:
ríndete tú, Roberto, por tu vida».

Codicioso Roberto de la gloria,
prestándole su edad fuego bastante,
ayudado de Dios, en el instante
los ojos cierra, y marcha a la victoria.

Mas no bien empezara
cuando su tierna esposa,
retirando la cosa,
de esta suerte le hablara:

«Basta, mi dueño, basta: mi deseo
satisfecho está ya con lo que veo.

Mi poder sobre ti conozco ahora

y de aqueste poder celosa estaba.

Al presente concede me fundaba
cuando dije que en casa ser señora
la mujer siempre quiere.

A mi cuidado amante

deja que en adelante

te guíe por do quisiere,

y en prueba que obedeces mi comando,

abre los ojos, y mírame, te mando».

Roberto la obedece, y, ¡oh, portento!,

a la luz de cien hachas encendidas

en preciosas arañas esparcidas,

ve todo transformado en un momento.

En palacio ostentoso

la choza se ha cambiado,

y en un lecho adornado

de un modo suntuoso,

colgado de cortinas primorosas

en que brillan las piedras más preciosas,

recostada se encuentra, y dulcemente,

una beldad, que a Venus excedía,

entre sus bellos brazos lo tenía,
diciéndole amorosa tiernamente:
«Roberto, tuya soy
con todo lo que miras.
Si a merecerme aspiras,
goza todo desde hoy,
pues ya que a la fealdad no has despreciado,
debes por la hermosura ser premiado».

Ya escucho a mis atentos auditores
preguntarme quién era aquesta bella.
Era la sabia encantadora Uguella^[314]
que a Roberto colmó de sus favores,
y que entonces oficiosa
todos nuestros guerreros
y pobres caballeros
protegiera amorosa.

¡Dichoso tiempo en que era conocida
esta casta de seres tan lucida!

Los duendes y las hadas a montones
donde quiera un pobrete se encontraba,
y nunca a alguno de ellos le faltaba

que bien le hiciera en todas ocasiones.

Junto al fuego sentados
en noche fría, lluviosa,
el duque con su esposa,
hijos y convidados,
del capellán, absortos, placenteros,
los cuentos escuchaban de hechiceros.

Mas hadas y demonios ya acabaron;
y a razón estas gracias sometidas,
la insipidez llenara nuestra vidas,
y la tristeza y pena nos quedaron.

Tras la verdad corremos
ansiosos de alcanzarla,
pero sólo alejarla
de nosotros hacemos;
pues discurrir nos dicen no conviene,
y que el error también mérito tiene.

Nota del traductor. El cuento dice que «un pichón trajo la ampolla o redoma con el óleo». El traductor ha tenido sus razones para hacer *paloma* al *pichón*, *alcuza* a la *ampolla* o *redoma*, y poner el *óleo* en castellano.

Razón 1.^a Porque muchos antes de él han llamado paloma a este pichón.

2.^a Porque diga lo que quiera el cuento, y sea de esta *historia* lo que fuere, según las *razones palpables* que tenemos en el día de ampollas y redomas, y

pichones y palomas, aun una de éstas es muy pequeña para traer colgando tantos millares de millones de leguas una vasija de aquella denominación, que aun suponiéndola de las más chicas y llena de aceite debía pesar... algo.

3.^a Porque la palabra *alcuza* significa una cosa más conocida, *manuable* y propia para poner el aceite que una ampolla o redoma, y más fácil que cualquiera de estas para *agarrarse y traerse colgada* del pico por una paloma.

4.^a Porque

Sólo pudo ocurrirle a una paloma

el echar el aceite en la redoma.

5.^a Porque *óleo* es romano, y *aceite* castellano.

6.^a y 7.^a, y otras muchas, todas y cada una, sin oponerse en nada a lo que *crea* y *manda* creer la iglesia de Roma.

La educación de un príncipe^[315]

Pues que el astro del día habita tristemente
en su casa de Acuario, y con furia inclemente
de borrascas los montes están aun asaltados
y los prados amenos en agua sepultados,
en torno de la lumbre arrimad el asiento,
que quiero divertiros contándoos otro cuento.
Soy viejo, lo confieso, y no me causa empacho
pasarme entretenido el tiempo cual muchacho.

Reinaba antiguamente en Benevento
un príncipe muy joven, sumergido
de la infame molicie en el asiento;
la educación de un tonto había tenido
y nada sabía hacer. En sumo grado
de su poder estaba envanecido;
era del extranjero despreciado,
y de todo su pueblo justamente
era visto con odio inveterado.

Dos pérfidos ministros totalmente
este pequeño estado gobernaban

y al mentecato príncipe igualmente.
En empresa tan ardua se ayudaban
del confesor inicuo de su alteza,
y sin cesar los tres se revelaban.
Tanto lo embrutecieron; su cabeza
le llenaron de tantos desatinos,
que le hicieron creer que su grandeza,
virtud, gloria y talentos peregrinos,
iguales en el mundo no tenían,
que del orbe mandaba los destinos,
que el amor y el terror do quier seguían
su excelso, inmortal nombre; que la Francia
y la Italia, existir a él le debían;
que era tal de su erario la abundancia
que el mismo Salomón jamás tuviera
de dinero tamaña exorbitancia,
no obstante de lo rico que se viera
en su terreno estéril, pedregoso,
del arroyo Cedrón^[316]. De esta manera
el veneno tragando peligroso
Alamón, que era el nombre que tenía,

de deleites gozaba en el reposo.
A su vida y su bien sólo atendía,
y a su pueblo feliz consideraba
después que a su placer el vientre henchía.
El valiente guerrero Emón quedaba
en esta corte aún. Había servido
al padre de Alamón, y libre hablaba
al príncipe del riesgo a que traído
había por su conducta a sus estados;
mas del príncipe nunca fue entendido.
Los infames ministros, asustados
del peligro a que Emón los exponía,
al punto lo destierran, confiados
en que el rey, así fue, nada sabría.
Tranquilo en su destierro sabiamente,
los amigos y bienes que tenía
cultivaba el anciano, amargamente
los males de su patria y rey sintiendo,
mientras que el necio príncipe indolente
su vida en la molicie iba siguiendo.
De sus tontos vasallos los gemidos

no alteran su quietud, y el grito horrendo
de pueblos en miserias sumergidos,
debilitado a paso que camina,
muere aun antes que hiera sus oídos.

Todo anuncia la próxima ruina
del infelice estado; de su duelo
el príncipe la causa no examina;
los tiranos triunfaban, pero el cielo
se apiada de Alamón, y hace que amara,
que así de su mejora había el consuelo.

Vio a la joven Amida, y comenzara
su pecho a palpar; en el instante
su corazón en fuego le inflamara
por ella el casto amor... mas vigilante,
su confesor malvado descubriera
misterio para el *club* tan importante.

Con hipócrita afán, con faz severa,
de escrúpulos llenó a su penitente,
imbécil, timorato; y de manera
los inicuos ministros del presente
peligro que los cerca se alarmaron,

temiendo los conozca su cliente,
si él así se conoce, que enviaron
al destierro de Emón la bella Amida,
y sin piedad su llanto despreciaron.
Nadie osó resistir; de su querida
el tímido Alamón parte lloroso,
y sensible a la cruda despedida
empieza a cavilar, pero dudoso
al consejo del fraile al fin cedía.
Ya iba Amida a partir, cuando horroroso
y confuso tropel y gritería
se escucha en la ciudad toda alarmada,
y entre tanto bullicio se entendía:
«¡A las armas! Rendíos. ¡Todo a la espada
perezca!... ¡Jesucristo!... ¡Alá!... ¡Mahoma!...
San Germano, ¡piedad!... ¡Huyamos! ¡Nada
con vida quede!...». El príncipe se asoma
y al desgraciado pueblo mira huyendo
por todas partes, y que fiero toma
la ciudad y a saqueo la está poniendo
un gallardo guerrero mahometano

a quien miles de turcos van siguiendo;
y que camino abriendo, sable en mano,
por encima de muertos y de heridos
hacia el palacio lleva el inhumano
hierro y el fuego destructor unidos.
Este bravo adalid y sus legiones,
sin ser del ministerio ni aun sentidos,
de Cumæ a Benevento en batallones
vinieron sin molestia, desolando
en su tránsito muchas poblaciones.
San Pedro con san Pablo tiritando
de miedo, en Roma santa se encontraban,
al saber que el turbión se va acercando;
que *Alá* piadoso, al ver no se enmendaban
los hijos de la iglesia, al arrogante
Abdalá, que así al turco le llamaban,
envió a corregir tanto bergante.
Llega a palacio el musulmán, y en hierros
pone cuanto allí encuentra, y al instante
en un carro apiñados cual becerros
llevan príncipes, guardias y criados

y ministros y frailes con cencerros,
a vender a los próximos mercados.
El rey y los dos ministros de esta suerte
caminan por los pies encadenados
con su mal confesor, el que a la muerte
creyendo lo conducen, no cesaba
de signarse y reza en voz no fuerte.
Cuando todo sujeto al turco estaba,
el botín se reparte, el que en tres tantos
por los emires puestos se miraba;
hombres, caballos y urnas de los santos,
dejando al infeliz beneventino
desnudo y consumido de quebrantos.
Mas del hombre parece es el destino
que desnudo ha de estar para enmendarse
y dejar la molicie a que se avino.
En la parte que a Abdalá hubo de darse
el príncipe fue incluso; joven era,
y por más que pudiera ejercitarse
lo hicieron muletero... ¡cosa fiera!
A sus músculos, débiles del vicio,

de infinita ventaja esto le fuera;
pues doma su pureza el nuevo oficio,
la desgracia le instruye, y vigoroso
dale nuevo valor el ejercicio.

Ya tranquilo Abdalá goza en reposo
el fruto de sus glorias y proezas.

A su lecho el eunuco cuidadoso
lleva de Benevento las bellezas;
bebe el vino mejor de los vencidos,
de su ley a despecho, y en torpezas
nadando y en placeres repetidos,
del gobierno las riendas deja a un lado.

Monseñor, entre socios afligidos,
que por rey poco ha lo han respetado,
en la caballeriza el tiempo emplea
con la almohaza siempre ejercitado,
y porque más su pena dolor sea
vio que el lenón eunuco conducía
a Amida, al musulmán que la desea.

Con desmayada voz: «¡Pérfida, impía!»,
la dice en el momento «¡Aún me faltaba

esta desgracia más!... ¡El postrer día
de mi vivir es éste!». Lo que hablaba
lenguaje es del eunuco no sabido.

Amida enamorada lo miraba
con afable semblante, enternecido,
sin nada contestar; mas claramente
el príncipe en sus ojos ha leído
este discurso heroico: «No vilmente,
Alamón, sucumbáis a vuestras penas;
consolaos y vivid; y noblemente
pensad en destrozard vuestras cadenas.

Vengadme, y vos vengaos; no degradéis
por más tiempo la sangre en esas venas;
y mi pecho por siempre fiel veréis».

Consuélase Alamón, y esperanzado
continuó en el trabajo que sabéis.

A Amida ve Abdalá... Éste, admirado,
confiesa que el placer ha conocido,
mas que a amor hasta entonces no había hallado.

Amida que comprende su destino,
se resiste sagaz y zalamera,

por verle en su pasión más encendido.

En el pecho de Abdalá arde una hoguera,
y su amor resistencia más inflama.

Así Amida lo quiere: lisonjera
le indica que también a ella la llama
de amor consume; mas que en ciertos casos
ni el amante tocar debe a su dama.

Que si la cosa quiere por sus pasos
la conceda tres días, y que gozoso
sus favores verá no son escasos,
y que además dos gracias generoso
suplica le conceda, que el tormento
le diviertan de un plazo tan penoso.

«Todo cuanto deseéis, en el momento,
contestola Abdalá, será cumplido».

«Pues si gustáis, señor, darme contento,
las dos gracias, he aquí, que humilde os pido.

La primera es que a tres grandes bribones,
que por mi orden aquí ya han conducido
doscientos azotazos los sayones
les den a cada cual; y la otra sea

que para mitigar mis desazones
una hermosa litera a mi orden vea
de dos mulas llevada, que el paseo
conviene a mi salud y me recrea,
dejándome escoger a mi deseo
el mozo que las guíe. — Todo al instante
cumplido vas a ver sin más rodeo».

Al fraile, por indigno y por bergante,
y a los dos consejeros, corruptores
del príncipe, les dieron al contante
de azotes su ración, espectadores
siendo con mucho gusto y gran contento
los vencidos, los turcos vencedores,
y todo el que se hallaba en Benevento;
y el supremo placer Alamón tiene
de ser el muletero fino, atento,
de su adorada Amida. «No se obtiene,
le dice, de este modo inmortal gloria;
lo que al presente, príncipe, os conviene,
es la muerte o reinar; y la victoria
en ese oficio vil jamás tendréis.

Mostrad vuestro valor. En la memoria
del siempre fiel Emón permanecéis;
partid a su destierro; allí reunido
un cuerpo de valientes hallaréis;
escuchad sus consejos; prevenido
volved a recobrar vuestra corona;
el tiempo huye veloz, y sois perdido
si en algo os detuviereis. Mi persona
de Abdalá a los placeres destinada
está de aquí a tres días; y retozona
la fortuna se burla descarada
del que en guerras o amor es perezoso
y los momentos pierden. — Eres mi amada»,
dice Alamón, y parte presuroso.

Llega, y a Emón abraza; este valiente
al príncipe perdona generoso,
y olvidando los males que de él siente,
a sus amigos tiene convocados
y a una tropa escogida de su gente,
intrépidos cual él, y bien armados;
a Amida en sus preceptos instruyera

y en los pasos por ella hasta ahora dados,
para que así su plan buen fin tuviera.
Marchan Emón y el príncipe en secreto
conduciendo su tropa. Amida espera,
y mientras con espíritu discreto
habla a los suyos, y en sus pechos hace
que honor y libertad tengan su efecto,
acomete Alamón. Todo deshace,
y prudente y audaz, en batallando,
en héroe se transforma. Abdalá yace
del deleite en el seno reposando.
A su vez lo sorprenden los vencidos,
y todo pierde; y Alamón, triunfando,
a su palacio arriba cuando unidos
el musulmán y Amida iban al lecho;
mas juntando a Abdalá con los rendidos,
su corona recobra, y el derecho
que sobre Amida amor dado le había.
Cuando estuvo ya todo aquesto hecho,
el fraile picarón y compañía
de sus sucias prisiones rescatados,

con su antigua insolente altanería
se presentan al príncipe. Afanados
dicen haber estado en rescatarle,
y nada han conseguido; los malvados
quieren de nuevo al yugo sujetarle.
La crueldad de cobardes siempre fuera.
El fraile vengativo a aconsejarle
al príncipe se atreve, que éste hiciera
empalar a Abdalá: «Tú, vil tirano,
le replica Alamón con voz severa,
sufrir mereces fin tan inhumano.
Todo a este turco debo y a mi amada.
Ser devoto aprendí bajo tu mano;
mi juventud tenías alucinada,
y abusando de mí groseramente
un tonto de mí hiciste y supe nada.
La desgracia y amor últimamente
me han vuelto mi virtud y han instruido.
Partid libre, Abdalá; sinceramente
os doy gracias de haber esclarecido
mi mente y corazón. Vuestras lecciones

a mi pueblo y a mí de dicha han sido;
mas ya no necesito de instrucciones.
Estáis libre, partid; pero si el hado,
semejantes a aquestos tres bribones,
os da para que rijan vuestro estado,
por mí luego mandad, y no dudéis
que a volveros iré regocijado
las lecciones que a mí dado me habéis».

*Gertrudis,
o la Educación de una niña^[317]*

Dura el invierno, amigos, y es mi gusto

las pasadas historias relataros.

De Madame Gertrudis hoy hablemos.

Beatona más amable no he tratado.

De treinta y seis abriles ya pasaba,

sin padecer sus gracias menoscabo;

su rostro era ladino, mas no austero;

y aunque hermosos, sus ojos inclinados

tenía siempre a la tierra; su garganta,

que parecía formada de alabastro,

deja ver una gasa que la cubre;

industrioso pincel el encarnado

aumenta de su rostro con finura.

Mientras menos se afeita^[318], sus encantos

brillaban mucho más, y la limpieza

fue siempre de su cuerpo el solo ornato.

Sobre su tocador la Santa Biblia

y Massillon^[319] se miran alojados,

y la *Petit Carême*^[320] es su lectura;
lo que en su devoción se había admirado
era que de ninguno murmuraba,
y que indulgente siempre en todo caso
con las mujeres fuera. Mi Gertrudis
tenía una hija preciosa: eran sus años
diez y siete cumplidos, y en belleza
excedía a la adorada un tiempo en Pafos^[321]:
Isabel es su nombre. La prudente
madre no economiza sus cuidados
por ocultar del soplo venenoso
del mundo este pimpollo tan bizarro.
Juegos, conversaciones y tertulias,
amistades, paseo y los teatros,
de la inocencia viles seductores,
redes que con astucia tiende el diablo,
y que los santos siempre aborrecieron,
de casa eran placeres ignorados.
Gertrudis tiene en ella un oratorio,
retrete^[322] de devota, en que sus ratos
en oración pasaba santamente,

de muebles exquisitos adornados.
Una oculta escalera al jardín lleva,
y a la calle desde éste hay libre paso.
Una noche de estío, fresca y hermosa,
Isabel, inquietada de sus años,
sin saber lo que tiene, ni qué haría,
en el jardín se estaba paseando;
sin conocerla, admira la Natura;
ya se sienta debajo de emparrados;
ya se levanta y marcha sin designio;
ya se vuelve a sentar. En este estado
oye en el gabinete de su madre
un ruido que la alarma, y en el acto
de la curiosidad se ve movida,
No sospecha misterio; sin embargo,
duda, teme y ansiosa hacia el retrete
camina con incierto y débil paso.
Avanza en la escalera de puntillas,
extiende hacia adelante un pie y la mano,
alarga cuanto puede el tierno cuello,
los ojos fija, y el pecho palpitando

aplica cuidadosa atento oído.

Al principio percibe con trabajo
un tierno murmurar, medias palabras
y lánguidos suspiros de desmayo.

La inocente se alarma: «Algún ataque
a mi madre, se dice, le habrá dado
y en sus penas tomar yo parte debo».

Se aproxima y distingue estos vocablos
con dulzura exquisita producidos:

«Andrés... querido Andrés... mi dulce amado,
tú mi felicidad... haces... tan sólo».

Isabel tranquilízase escuchando
estas palabras. «Mi ternura, dice,
padeció demasiado sobresalto.

Mi madre está contenta». Se retira
al lecho a descansar, pero es en vano,
que el sueño de sus párpados ha huido.

Agitada decíase suspirando:

«¡Andrés hace felices! Pero ¿cómo?
¡Qué talento tan grande y tan extraño!
¿De qué medios Andrés para esto usa?».

En su rostro la falta de descanso
estaba a la mañana bien visible.
Gertrudis advirtiolo, y preguntando,
la sencilla Isabel muy simplemente
de su curiosidad la hace el relato:
«¿Y quién es ese Andrés, mamá, le dice,
a quien anoche usted con entusiasmo
diciendo estaba que feliz la hacía?».
La madre se sorprende; ve bien claro
que descubierta ha sido; mas al punto
se compone y contesta: «Mi hija, un santo
necesita tener toda familia,
y hace tiempo que tengo colocado
en la mía a san Andrés; de él soy devota;
en secreto le invoco, imploro y llamo;
y el santo agradecido a mis plegarias,
me está todas las noches visitando,
y de dichas me colma, y de consuelos,
de mi afición y amor en justo pago».
Cierta señor Dionisio de allí a poco
de Isabel se enamora. Bien formado,

joven, galán y fino, de ella luego
amado es tiernamente. Entre sus brazos
gozó de los placeres exquisitos
que amor reserva sólo a sus votarios.
Gertrudis, a su vez, en centinela,
oye de su hija el tierno y desmayado
suspirar y las dulces oraciones
que entona, mientras que sus bellas manos
a su dichoso amante acariciaban;
los sorprende. Su pecho rebosando
de cólera le priva del discurso.
«Mamá, dice Isabel, éste es mi santo;
usted a san Andrés tiene elegido,
y a san Dionisio yo me he consagrado».
Gertrudis desde entonces más prudente
abjura para siempre de los santos;
conserva a su querido, e ilustrada
conoce que engañar a los humanos
es empresa imposible y detestable,
pues los ojos del mundo están clavados
sin cesar en la máscara que oculta

al hipócrita vil, y sus engaños
se descubren al fin a su despecho;
y que el honor estéril y el trabajo
de vivir de una suerte tan violenta,
no igualan al placer de ser honrados
y gozar de la vida libremente.
Su educación errada desechando,
presenta en sociedad a su Isabela;
ésta se forma, crecen sus encantos,
y doquier que la ven es aplaudida.
De su casa se excluyen los beatos,
y los dulces placeres y el contento
de aquellos monstruos el lugar tomaron;
y entre honradas personas y sensibles
su vida concluyó sin sobresaltos:
que en ilustrada y franca compañía
el contento y la paz siempre habitaron.

Telema y Macario^[323]

Telema es cual la rosa
fresca, lozana, bella y colorida,
mas siempre caprichosa
pasa su triste vida
en continuo tormento,
privándose a sí misma del contento.
Su corazón ha dado
a un mozo sin igual en la hermosura,
es Macario llamado,
y su bella figura
no es lo que más encanta
en joven de bondad y gracia tanta.
Es dulce su reposo,
y es dulce su vigilia y placentera.
El fastidio enojoso
y la risa parlera
retira de su lado,
y en placer vive siempre sosegado.
Telema lo atormenta

con sus continuos celos y mal arte.

Él, al fin, se le ausenta,

y ella a buscarlo parte,

pues sin su compañía

la vida insoportable se le hacía.

Va a la corte exhalada;

por Macario pregunta, y los bufones

sueltan la carcajada.

«Ese nombre que expones,

la dicen, no entendemos;

danos señas, quizá algo diremos.

»— El amante perdido,

que solícita indago do estuviere,

es de todos querido

y él a todos bien quiere;

del mundo es el consuelo

y el más perfecto joven que hizo el cielo.

»— Madama, es excusado

busquéis entre nosotros vuestro amante,

pues aquí nunca ha estado

un joven semejante,

y es cosa hasta su nombre
que no se entiende aquí por ningún hombre».

De frailes a un convento

Telema se dirige, persuadida

que a su reposo atento

el dueño de su vida

habría tomado asilo

en aqueste lugar santo y tranquilo.

Hace tiempo esperamos,

le contesta el prior, a ese sujeto,

y verlo no logramos.

Pero en cambio, repleto

esto está de abstinencia,

tiempo perdido, riñas, penitencia.

«Dejad ya, bella mía,

dícela un fraile en tono muy pausado,

esa inútil porfía

de buscar vuestro amado,

pues de cierto he sabido

que acá del otro mundo no ha venido.

»— Sabed, fraile impudente,

que para ser mi bien nació Macario,
que habita ciertamente
este mundo falsario,
que yo soy su elemento,
y el que os diga otra cosa es un jumento».

Dijo Telema, y sigue
a París a buscar su tierna amante,
sin que nada mitigue
su pesquisa anhelante,
y gozosa confía
que entre gentes de letra lo hallaría.

Uno de éstos la dice:
«Señora, con perdón, os engañáis;
a ese amante felice
que ansiosa procuráis
ninguno conocemos,
aunque en nuestros escritos de él hablemos».

Llega cerca a palacio,
sus ojos cierra y pasa apresurada.

«Nunca, dice, el espacio
de esa horrible morada

ha habitado el bien mío,
ni habitará jamás lugar impío.
»Tal vez entre los jueces,
Macario, por descuido, se ha mezclado;
pero no, que mil veces
con rigor lo han tratado,
y eternos enemigos
son de mi dulce bien y sus amigos».
Diríjese enseguida
a un tertulión de honrada y fina gente.
De todas admitida
es agradablemente,
y llegar a persuadirse
que de allí sin Macario no ha de irse.
Un banquete preparan
do las gracias presiden y el contento;
y por más que afectaran,
conoció en el momento
que todo era fingido;
y que su amante allí nunca ha existido.
Al fin, triste, abatida,

se retira a su casa desolada,
y queda sorprendida
al mirar a su entrada
que Macario, sentado
junto al hogar la espera sosegado.
«Desde hoy en adelante,
la dice, vivirás en paz conmigo,
si ese genio inconstante,
tu mayor enemigo,
reformas, y prudente
de mí exiges no más lo conveniente;
que ese tu necio empeño
de mucho pretender me desagrada;
si ser quieres mi dueño
y de mí ser amada,
guárdate de excederte
de lo que yo a bien tenga concederte».
El que griego ha estudiado
conocerá a Macario y a Telema,
y por él explicado
os será aqueste emblema.

¡Oh, Macario! A ti todos
aman y pierden de distintos modos.
Yo te encontré en mi casa,
pero a nadie lo cuento, que el que diga
que contigo se pasa,
la envidia lo castiga:
que para conservarte
es preciso ocultarse y ocultarte.

Se hace a los lectores la justicia de creer que saben que Macario es «el bien» o «la felicidad», y Telema, «la voluntad» o «el deseo»^[324].

Azolán, o el beneficiado^[325]

Vivía un bello musulmán
en su aldea cómodamente,
joven, fino, complaciente,
cuyo nombre era Azolán.
Todo el Alcorán sabía;
adoraba a san Gabriel,
y este mensajero fiel
de Dios, vino a verlo un día.
«He conocido, le dice,
tu singular devoción,
y en prueba de mi afición
a hacerte vengo felice.
»El grande Alá te destina,
de tus virtudes prendado,
a ser imán consagrado
de la Meca y de Medina.
»Pero tienes que prestar
en mis manos juramento
de que ni por pensamiento

a mujer has de tocar.
»Sólo por reja has de verlas,
y esto no frecuentemente;
has de vivir castamente
y ni siquiera has de olerlas».
El joven queda encantado
de escuchar su gran fortuna,
y sin reflexión ninguna
jura lo que le han mandado.
Dignidad tan lisonjera
ocupa toda su mente,
sin pensar en que imprudente
ha jurado una tontera.
Es hecho imán, y el contento
sobre todo se le aumenta
al tomar la gruesa renta
que le dan en el momento.
Mas tanto brillo y honor
y puesto tan elevado,
por más que lo había jurado,
no puede estar sin amor.

El bello Azolán sentía
siempre por la madrugada
que *la cosa era apurada,*
y su engaño conocía.

La hermosa Amina encontró,
y en amor arde por ella,
y la preciosa doncella
de él también se enamoró.

«Adiós Meca, adiós Medina,
adiós servil dignidad,
quiero mi felicidad,
dice, en mi aldea, con Amina».

El arcángel san Gabriel
baja del cielo rabiando
al ver lo que está pasando
con su musulmán infiel.

Éste le dice: «Ángel mío,
mirad mi querida, os ruego;
y, si podéis, decid luego
que refrene mi albedrío.

»Os habéis de mí burlado;

nuestro trato es mi suplicio;
tomad vuestro beneficio,
que a Amina quiero a mi lado.

»Mahoma a los *elegidos*
el amor no les prohibió,
y además les prometió
placeres indefinidos.

»Con Aminas a montones
en premio de su creencia,
yo alabaré su prudencia
pues nos concedió esos dones.

»Con la misma devoción
os serviré siempre fiel;
por tanto, volveos, Gabriel,
y a Alá decid mi intención.

»Pues tan decidido estoy
no sólo a dejar mi empleo,
mas ni ir al cielo deseo
si con Amina no voy».

Diz la historia que mohíno
al cielo Gabriel volvió

y que no se metió

en ofrecer más destino.

El origen de los oficios^[326]

Cuando el grande Prometeo
con su pericia extremada,
de mármol, según algunos,
hizo su preciosa estatua,
quedó tan enamorado
que con ella se casara:
y Pandora fue la madre
de toda la raza humana.
Desde que ella pudo verse
y conocer la importancia
de su risita halagüeña,
su dulce hablar y su cara
trigueñita y seductora,
afectó que sólo amaba
a su esposo, y Prometeo
sólo pensaba en amarla;
primer marido, por tanto,
que asombrado vio poblada
de cuernos toda su frente.

Marte visitó a esta maja.

El brillo de un dios, su casco
de oro, su guerrera planta,
su estilo marcial... en suma,
Marte la gozó, y *deo gracias*.

El dios de la mar sabiendo
que el otro tuvo tal ganga,
busca a Pandora, y de amores
muy tiernamente la habla:
quien cede a Marte, no deja
a Neptuno con las ganas.

El resplandeciente Febo
que los vio, tuvo esperanza
de ser también socorrido.

Preséntase, y ella nada
negar pudo al dios del día,
de los versos e ilustradas
Bellas artes. Y Mercurio,
que es de la elocuencia el alma,
supo hablar, y parte tuvo.

Vulcano, dios de las fraguas,

viene, y ella a los principios
le desprecia y lo maltrata;
mas, al fin, importunando,
consiguió también gozarla.

Así sus hermosos años
Pandora alegre ocupara,
y se fastidió después
sin que supiera la causa;
mas cuando su primavera
una mujer así pasa,
jamás hará ya otra cosa.

En cuanto a los dioses, aman,
pero su amor dura poco;
y así, todos la gozaran,
y la dejaron al punto;
por lo que desesperada
a un sátiro corpulento
por postres metió en su cama.

Ésta es la ascendencia noble
de todos y la prosapia,
siendo aquestos pasatiempos

origen de nuestra raza.

He aquí por qué diferimos

en espíritu, en hazañas,

en talentos, en pasiones,

en empleos y circunstancias.

El uno tuvo por padre

al cojo dios de las fraguas;

otro a Marte; otro a Neptuno;

y otro al sátiro; y la gracia

de descender tienen pocos

del dios de la luz preclara.

Así de nuestros parientes

todos los gustos pasaran

a su humana descendencia.

Mas el oficio, que ufana

la bella Pandora tuvo,

es el más dulce, y agrada

tanto en París que lo honran

todos como cosa santa.

Mas también llegará un día

en que cerrada la Caja,

el Amor y la Justicia

tendrá en el mundo morada.

El blanco y el negro^[327]

En la provincia de Candahar^[328] todo el mundo conoce la aventura del joven Rustán^[329]. Era hijo único de un mirza^[330] del país, que es como si dijéramos un marqués entre nosotros, o un barón entre los alemanes. Su padre el mirza tenía una buena hacienda. Debían casar al joven Rustán con una señorita o mirzesa de su misma condición. Ambas familias lo deseaban apasionadamente. Rustán debía ser el consuelo de sus padres, hacer feliz a su mujer y serlo con ella.

Mas, por desgracia, había visto a la princesa de Cachemira en la feria de Kabul, que es la feria más importante del mundo e incomparablemente más concurrida que las de Basora y Astracán; precisamente por eso había acudido a la feria el viejo príncipe de Cachemira acompañado por su hija.

El príncipe había perdido las dos piezas más raras de su tesoro: una era un diamante del grosor del pulgar, en el que figuraba el retrato de su hija grabado con un arte que los indios dominaban entonces y que luego se ha perdido; la otra era un venablo que iba por sí mismo adonde uno quería; lo cual no es muy extraordinario entre nosotros, pero sí lo era en Cachemira.

Un faquir de Su Alteza le había robado ambas joyas; se las llevó a la princesa. «Guardad con mucho cuidado estas dos piezas, le dijo; de ellas depende vuestro destino». Luego se marchó, y no volvió a vérselo nunca. Desesperado, el duque de Cachemira decidió ir a ver si en la feria de Kabul, entre todos los mercaderes que a ella acuden desde los cuatro confines del mundo, no habría uno que tuviera su diamante y su arma. En todos los viajes se acompañaba de su hija. Ésta llevó el diamante bien guardado en su cinturón; pero como no podía ocultar el venablo con la misma facilidad, lo había dejado bajo llave en Cachemira, en su gran arcón de la China.

Rustán y ella se vieron en Kabul; se amaron con toda la buena fe de su edad y toda la ternura de su país. En prenda de su amor, la princesa le dio el diamante, y Rustán le prometió al despedirse ir a verla en secreto a Cachemira.

El joven mirza tenía dos favoritos que le servían de secretarios, de escuderos, de mayordomos y de ayudas de cámara. Uno se llamaba Topacio, y era hermoso, de buena complexión, blanco como una circasiana, dulce y servicial como un armenio, prudente como un güebro. Ébano era el nombre del otro, un negro

muy guapo, más activo y más trabajador que Topacio, y a quien nada le parecía difícil. Rustán les comunicó el proyecto de su viaje. Topacio trató de disuadirle con el fervor circunspecto de un servidor que no quería desagradarle; le hizo ver todo lo que arriesgaba. ¿Cómo dejar a dos familias sumidas en la desesperación? ¿Cómo clavar un puñal en el corazón de sus padres? Sus palabras hicieron vacilar a Rustán; pero Ébano le animó e hizo desaparecer todos sus escrúpulos.

No tenía el joven dinero para viaje tan largo. El prudente Topacio no habría buscado quien se lo prestara, pero Ébano lo consiguió. Sin que nadie se diera cuenta cogió el diamante de su amo, mandó hacer otro falso completamente igual, que devolvió a su sitio, y dio el verdadero en prenda a un armenio por varios miles de rupias.

Cuando el marqués tuvo sus rupias, todo quedó dispuesto para la partida. Cargaron un elefante con el equipaje y montaron a caballo. Topacio le dijo a su amo: «Me he tomado la libertad de reprocharos vuestra empresa; pero, una vez hechos los reproches, debo obedecer; estoy con vos, os amo, os seguiré hasta el fin del mundo; mas consultemos de camino el oráculo que está a dos parasangas^[331] de aquí». A Rustán le pareció bien. El oráculo respondió: «Si vas a Oriente, estarás a Occidente». Rustán no comprendió nada de la respuesta. Topacio sostuvo que no encerraba nada bueno. Ébano, siempre complaciente, le convenció de que era muy favorable.

Había además otro oráculo en Kabul, y a él se dirigieron. El oráculo de Kabul respondió con estas palabras: «Si posees, no poseerás; si resultas vencedor, no vencerás; si eres Rustán, no lo serás». Este oráculo les pareció más ininteligible todavía que el otro. «Tened cuidado», decía Topacio. «No temáis nada», decía Ébano, y, como es fácil suponer, era a este criado a quien siempre hacía caso su amo, porque alentaba su pasión y su esperanza.

Al salir de Kabul, caminaron por una gran selva, se sentaron en la hierba para comer y dejaron pastar a los caballos. Estaban preparándose para descargar al elefante que llevaba la comida y el servicio, cuando se dieron cuenta de que Topacio y Ébano ya no estaban en la pequeña caravana. Los llamaron: el eco de la selva devolvió los nombres de Ébano y de Topacio. Los buscan los criados por todas partes y llenan la selva con sus gritos; vuelven sin haber visto nada, sin que nadie les haya respondido. «Sólo hemos encontrado un buitre que luchaba con un águila y que le arrancaba todas las plumas», le dijeron a Rustán. El relato de este combate despertó la curiosidad de Rustán; fue a pie hasta el lugar: no vio buitre ni águila, pero sí a su elefante, todavía cargado con su equipaje, y atacado por un

gran rinoceronte. El uno golpeaba con su cuerno, el otro con su trompa. Al ver a Rustán, el rinoceronte abandonó la pelea; consiguieron llevarse al elefante, pero no encontraron los caballos. «Cuando se viaja, en las selvas ocurren cosas extrañas», exclamaba Rustán. Los criados estaban consternados, y el amo desesperado por haber perdido al mismo tiempo sus caballos, a su querido negro y al prudente Topacio, por quien siempre había sentido amistad, aunque nunca fuera de su misma opinión.

Se consolaba con la esperanza de estar pronto a los pies de la bella princesa de Cachemira, cuando topó con un gran burro rayado^[332] al que apaleaba un vigoroso y terrible patán. Nada hay tan hermoso, ni tan raro, ni tan veloz en la carrera como los burros de esa especie. Aquél respondía a los redoblados palos del villano con coces que habrían podido arrancar un roble de raíz. Como es lógico, el joven mirza se puso de parte del burro, que era una criatura encantadora. El patán echó a correr diciendo al burro: «¡Ya me las pagarás!». El burro dio las gracias en su lenguaje a su libertador, se acercó a él, se dejó acariciar y devolvió las caricias. Acabada la comida, Rustán monta encima y toma el camino de Cachemira con sus sirvientes, que le seguían unos a pie y otros montados en el elefante.

Nada más montarse en el burro, el animal da la vuelta hacia Kabul en vez de seguir la ruta de Cachemira. Por más que su amo volviera grupas, diese tirones, apretase las rodillas, le clavase las espuelas, soltase o tirase de la brida, o azotase a derecha e izquierda, el obstinado animal seguía corriendo hacia Kabul.

Rustán sudaba, se extenuaba y se desesperaba cuando topó con un mercader de camellos que le dijo: «Amo, mal burro es ése, que os lleva donde no queréis ir; si quisierais cedérmelo, os daría los cuatro camellos que más os gusten». Rustán agradeció a la Providencia que le hubiese proporcionado tan buen negocio. «Topacio se equivocaba cuando me decía que mi viaje sería desgraciado», pensó. Monta sobre el camello más robusto y los otros tres le siguen; alcanza su caravana y ya se ve en el camino de su dicha.

No había andado cuatro parasangas cuando se ve detenido por un profundo torrente, ancho e impetuoso, que arrastraba rocas blanqueadas de espuma. Sus dos orillas eran precipicios horribles que cegaban la vista y helaban el ánimo; no había medio de pasar, ni medio de ir a derecha o a izquierda. «Empiezo a temer, dijo Rustán, que Topacio acertaba al censurar mi viaje, y que yo estaba muy equivocado al emprenderlo; si aún estuviera conmigo podría darme algún buen consejo. Si tuviera a Ébano, él me consolaría y encontraría alguna salida; pero no tengo a ninguno de los dos». La consternación de sus servidores duplicaba su

apuro; la noche era oscura y la pasaron lamentándose. Al fin, la fatiga y el abatimiento adormecieron al enamorado viajero. Se despierta al alba y ve un hermoso puente de mármol levantado sobre el torrente de una orilla a otra.

¡Qué exclamaciones y qué gritos de asombro y alegría! ¿Es posible? ¿Es un sueño? ¡Qué prodigio! ¡Qué maravilla! ¿Nos atreveremos a pasar? Los criados se arrodillaban, se levantaban, iban hasta el puente, besaban la tierra, miraban al cielo, extendían las manos, posaban el pie temblando, iban, volvían, estaban extasiados; y Rustán decía: «El cielo está conmigo; Topacio no sabía lo que decía; los oráculos eran favorables a mi empresa; Ébano tenía razón, pero ¿por qué no está aquí?».

Nada más pasar el grupo al otro lado del torrente, el puente se derrumbó en el agua con un estrépito espantoso. «¡Mejor! ¡Mucho mejor!, exclamó Rustán. ¡Loado sea Dios! ¡Y bendito el cielo que no quiere que vuelva a mi país, donde no habría sido más que un simple gentilhomme!; quiere que me case con la que amo. Seré príncipe de Cachemira, y así, “poseyendo” a mi amada, no “poseeré” mi pequeño marquesado en Candahar. “Seré Rustán, y no lo seré”, porque me convertiré en un gran príncipe: así queda explicado en mi favor, y con toda claridad, gran parte del oráculo, el resto se explicará del mismo modo. ¡Qué feliz me siento! Pero ¿por qué no está Ébano a mi lado? Lo echo de menos mil veces más que a Topacio».

Todavía caminó algunas parasangas lleno de la mayor alegría; pero, hacia el final de la jornada, una hilera de montañas más abruptas que una contraescarpa y más altas de lo que hubiera sido la torre de Babel en caso de haberse concluido, frenó en seco a la caravana sobrecogida de temor.

Todos exclamaron: «¡Dios quiere que perezamos aquí, ha destruido el puente para quitarnos toda esperanza de regreso; y ha levantado la montaña únicamente para impedirnos por todos los medios seguir adelante! ¡Oh, Rustán! ¡Oh, desventurado marqués! ¡Nunca más veremos Cachemira, nunca más volveremos a la tierra de Candahar!».

En el alma de Rustán el dolor más agudo y el abatimiento más abrumador sucedían a la inmoderada alegría que había sentido y a las esperanzas con que se había embriagado. Bien lejos estaba ahora de interpretar las profecías en su favor. «¡Oh, cielo! ¡Oh, Dios paternal! ¿Por qué habré perdido a mi amigo Topacio?».

Cuando pronunciaba estas palabras lanzando profundos suspiros y

derramando lágrimas en medio de sus sirvientes desesperados, he aquí que la base de la montaña se abre, y a los ojos deslumbrados de todos aparece una larga galería abovedada, iluminada por cien mil antorchas; Rustán lanzó una exclamación, sus criados se hincaron de rodillas en el suelo y cayeron pasmados de asombro, gritando: «¡Milagro!», y diciendo: «Rustán es el favorito de Visnú, el bienamado de Brahma; él será el amo del mundo». Eso creía también Rustán, que estaba fuera de sí y muy seguro de sí mismo: «¡Ah, Ébano, mi querido Ébano! ¿Dónde estás? ¡Oh, si fueras testigo de todas estas maravillas! ¿Cómo te he perdido? ¿Y cuándo volveré a ver vuestros encantos, bella princesa de Cachemira?».

Junto con sus criados, su elefante y sus camellos, Rustán avanza bajo la bóveda de la montaña, a cuyo término entra en una pradera esmaltada de flores y bordeada de arroyuelos; y al final de la pradera hay alamedas de árboles hasta perderse de vista; y al final de esas alamedas un río, en cuyas orillas había mil quintas de placer con jardines deliciosos. Por todas partes oye conciertos de voces e instrumentos y ve bailes; se apresura entonces a pasar uno de los puentes del río y pregunta al primero que encuentra: «Este país tan hermoso, ¿cuál es?».

El hombre al que se dirigía le respondió: «Estáis en la provincia de Cachemira, y veis a sus habitantes llenos de alegría y disfrutando de placeres porque celebramos los desposorios de nuestra bella princesa, que va a casarse con el señor Barbabú, a quien su padre la ha prometido; ¡que Dios haga perpetua su felicidad!». Al oír estas palabras Rustán cayó desvanecido, y el señor cachemirano creyó que sufría una epilepsia; hizo que lo llevaran a su casa, donde el joven permaneció sin conocimiento largo rato. Fueron en busca de los dos médicos más expertos del cantón, que tomaron el pulso al enfermo; éste, tras reponerse algo, sollozaba, abría desmesuradamente los ojos y exclamaba de vez en cuando: «¡Topacio, Topacio, qué razón tenías!».

Uno de los médicos le dijo al señor cachemirano: «Por su acento veo que es un joven de Candahar, a quien no sienta bien el aire del país; tenemos que devolverlo a su tierra; veo en sus ojos que se ha vuelto loco; confiádmelo, y yo lo llevaré a su patria y lo curaré». El otro médico aseguró que sólo estaba enfermo de pena, que había que llevarlo a los desposorios de la princesa y hacerle bailar. Mientras los médicos intercambiaban opiniones, el enfermo recuperó sus fuerzas; los dos médicos fueron despedidos y Rustán se quedó a solas con su huésped.

«Señor, le digo, os pido perdón por haberme desmayado en vuestra presencia, sé que es una falta de cortesía; os suplico que tengáis a bien aceptar mi

elefante en reconocimiento de las bondades con que me habéis honrado». Luego le contó todas sus aventuras, guardándose mucho de hablarle del objeto de su viaje. «Pero, en nombre de Visnú y de Brahma, le dijo, contadme quién es ese afortunado Barbabú que se casa con la princesa de Cachemira, por qué lo ha escogido su padre por yerno y por qué la princesa lo ha aceptado por esposo. — Señor, le dijo el cachemirano, la princesa no ha aceptado para nada a Barbabú; al contrario, se pasa el día llorando mientras toda la provincia celebra alegremente su boda; se ha encerrado en la torre de palacio y no quiere ver ninguno de los festejos que hacen en su honor». Al oír estas palabras Rustán se sintió renacer; el brillo de su color, que la pena había marchitado, volvió a brotar en su rostro. «Decidme, por favor, continuó, por qué se empeña el príncipe de Cachemira en dar su hija a ese tal Barbabú al que ella no ama.

»— Los hechos son éstos, respondió el cachemirano. ¿Sabéis que nuestro augusto príncipe había perdido un grueso diamante y un venablo que apreciaba mucho? — ¡Ah, sí, lo sé muy bien!, dijo Rustán. — Sabed pues, prosiguió el huésped, que nuestro príncipe, desesperado por no tener noticias de sus dos joyas, después de haberlas hecho buscar mucho tiempo por toda la tierra, prometió su hija a quien le entregase la una o la otra. Y se ha presentado un tal señor Barbabú con el diamante, y mañana se casa con la princesa».

Rustán palideció, tartamudeó un cumplido, se despidió de su huésped y corrió montado en su dromedario a la capital donde debía tener lugar la ceremonia. Llega al palacio del príncipe, dice que tiene cosas importantes que comunicarle y solicita una audiencia; le responden que el príncipe está ocupado en los preparativos de la boda. «Precisamente por eso quiero hablarle», dice. Tanto insiste que al fin lo introducen. «¡Mi señor, dice, que Dios corone todos vuestros días de gloria y magnificencia! Vuestro yerno es un bribón.

»— ¿Cómo que un bribón? ¿Qué osáis decir? ¿Es que se habla así a un duque de Cachemira del yerno que ha elegido? — Sí, un bribón, prosiguió Rustán; y para probarlo a Vuestra Alteza, aquí os traigo vuestro diamante».

Atónito, el duque examinó los dos diamantes, pero, como apenas entendía de joyas, no pudo decir cuál era el verdadero. «Aquí hay dos diamantes, dijo, y yo sólo tengo una hija. ¡Qué confusión tan extraña!». Hizo venir a Barbabú y le preguntó si no le había engañado. Barbabú juró que había comprado el diamante a un armenio; el otro no decía quién le había dado el suyo, pero propuso una solución: rogó a Su Alteza que le hiciera luchar inmediatamente con su rival. «No basta con que vuestro yerno dé un diamante, decía, además es preciso que dé

pruebas de valor. ¿Os parece bien que quien mate al otro se case con la princesa? — Muy bien, respondió el príncipe; será un espectáculo espléndido para la corte: luchad los dos enseguida, y el vencedor tomará las armas del vencido, según las costumbres de Cachemira, y se casará con mi hija».

Al punto bajan al patio de armas ambos pretendientes. En la escalera había una urraca y un cuervo. El cuervo graznaba: «Luchad, luchad»; y la urraca: «No luchéis». Cosa que hizo reír al príncipe; los dos rivales apenas se dieron cuenta: empiezan el combate; todos los cortesanos hacían un círculo en torno a ellos. La princesa, que seguía encerrada en su torre, no quiso asistir al espectáculo; estaba muy lejos de sospechar que su amado estuviese en Cachemira, y sentía tanta aversión por Barbabú que no quería ver nada. El combate terminó del mejor modo posible; Barbabú resultó muerto y el pueblo quedó encantado porque era feo, mientras Rustán era muy guapo: eso es casi siempre lo que decide el favor del público.

El vencedor se puso la cota de mallas, la banda y el yelmo del vencido y, seguido por toda la corte, al son de fanfarrias, fue a presentarse bajo las ventanas de su amada. Toda la gente gritaba: «Bella princesa, salid a ver a vuestro hermoso marido que ha matado a su vil rival»; sus camareras repetían esas palabras. Por desgracia, la princesa se asomó a la ventana y, al ver la armadura de un hombre al que aborrecía, corrió desesperada a su baúl de la China y lanzó el venablo fatal que fue a traspasar a su querido Rustán por el defecto de la coraza: éste lanzó un grito, y en ese grito la princesa creyó reconocer la voz de su desventurado amado.

Baja corriendo con el cabello desgreñado y la muerte en los ojos y en el alma. Rustán ya había caído, bañado en sangre, en brazos de su padre. Ella lo ve: ¡Oh, instante! ¡Oh, visión! ¡Oh, reconocimiento cuyo dolor, ternura y horror resulta imposible expresar! Se arroja sobre él y lo abraza. «¡Recibes los primeros y los últimos besos de tu amada y tu asesina!», le dice. Saca el dardo de la herida, lo hunde en su corazón y muere sobre el amado que adora. Aterrorizado, enloquecido, presto a morir como su hija, el padre trata en vano de devolverla a la vida; ya estaba muerta; el príncipe maldice aquel dardo fatal, lo rompe en pedazos y arroja lejos aquellos dos diamantes funestos; y mientras se preparan los funerales de su hija en lugar de sus bodas, manda transportar a palacio a un Rustán ensangrentado, en quien todavía quedaba un resto de vida.

Lo llevan a una cama. Lo primero que ve a ambos lados de aquel lecho de muerte es a Topacio y a Ébano. La sorpresa le devolvió algunas fuerzas: «¡Ah, crueles!, dice, ¿por qué me abandonasteis? Tal vez aún estaría viva la princesa si

hubierais estado junto al desdichado Rustán. — No os he abandonado un solo instante, dice Topacio. — Siempre he estado a vuestro lado, dice Ébano.

»— ¡Ay! ¿Qué decís? ¿Por qué ofender mis últimos momentos?, respondió Rustán con una voz que se apagaba. — Debéis creerme, dijo Topacio; sabéis que nunca aprobé este viaje fatal cuyas horribles consecuencias preveía. Yo era el águila que combatió con el buitre y que lo desplumó; yo era el elefante que se llevaba el equipaje para obligaros a volver a vuestra patria; yo era el burro rayado que os devolvía a pesar vuestro a la casa de vuestro padre; yo era quien hizo extraviarse a vuestros caballos; yo era quien hizo brotar el torrente que os impedía pasar; yo era quien levantó la montaña que os cerraba un camino tan funesto; yo era el médico que os aconsejaba el aire natal; y yo era la urraca que graznaba para que no luchaseis. — Y yo, dijo Ébano, yo era el buitre que el águila desplumó, el rinoceronte que corneaba cien veces al elefante, el villano que daba de palos al burro rayado, el mercader que os ofrecía unos camellos para que corrieseis a vuestra perdición; yo construí el puente por el que pasasteis; yo horadé la caverna que atravesasteis; yo soy el médico que os animaba a seguir adelante, y el cuervo que graznaba para que luchaseis.

»— ¡Ay!, acuérdate de los oráculos, dijo Topacio. “Si vas a Oriente, estarás a Occidente.” — Sí, dijo Ébano, aquí se entierra a los muertos con la cara vuelta hacia Occidente; el oráculo era claro, ¿cómo no lo comprendiste? “Has poseído, y no poseerás”: porque tenías el diamante, pero era falso y tú no lo sabías. Eres el vencedor y mueres; eres Rustán, y cesas de serlo: todo se ha cumplido».

Cuando así hablaba, cuatro alas blancas cubrieron el cuerpo de Topacio, y cuatro alas negras el de Ébano. «¿Qué estoy viendo?», exclamó Rustán. Topacio y Ébano respondieron al unísono: «Estás viendo a tus dos genios. — ¡Eh, señores!, les dijo el desdichado Rustán, ¿por qué os entrometisteis? ¿Y por qué dos genios para un pobre hombre? — Es la ley, dijo Topacio, cada hombre tiene sus dos genios, fue Platón el primero en decirlo^[333], y otros lo han repetido luego; ya ves que no hay nada más cierto: yo, el que te habla, soy tu genio bueno, y mi tarea era velar a tu lado hasta el último instante de tu vida; me he entregado a ella con toda fidelidad. — Pero si tu trabajo era servirme, dijo el moribundo, entonces soy de naturaleza muy superior a la tuya; además, ¿cómo te atreves a decir que eres mi genio bueno cuando me has dejado equivocarme en todas mis empresas, y me dejas morir, a mí y a mi amada, de forma miserable? — ¡Ay, era tu destino!, dijo Topacio. — Si es el destino el que hace todo, dijo el moribundo, ¿para qué sirve un genio bueno? Y tú, Ébano, con tus cuatro alas negras, aparentemente eres mi genio malo. — Vos lo habéis dicho, respondió Ébano. — Pero ¿eras también el genio malo de mi

princesa? — No, ella tenía el suyo; y yo lo he secundado a la perfección. — ¡Ay, maldito Ébano! Si eres tan perverso, no puedes pertenecer al mismo amo que Topacio. ¿Habéis sido formados ambos por dos principios diferentes, uno bueno y otro malo por naturaleza? — Eso no es una consecuencia, dijo Ébano, sino una gran dificultad. — No es posible, continuó el moribundo, que un ser favorable haya hecho un genio tan funesto. — Posible o imposible, prosiguió Ébano, las cosas son como te digo. — ¡Ay, pobre amigo!, dijo Topacio; ¿no ves que este pillo es tan perverso que todavía quiere obligarte a discutir para encender tu sangre y adelantar la hora de tu muerte? — Vete, que no estoy más contento de ti que de él, dijo el triste Rustán: por lo menos él confiesa que ha querido hacerme mal; mientras que tú, que pretendías defenderme, no me has servido de nada. — Por eso estoy dolido, dijo el genio bueno. — También yo, respondió el moribundo; en todo esto hay algo que no entiendo. — Tampoco yo, dijo el pobre genio bueno. — Dentro de un instante lo sabré, dijo Rustán. — Ya veremos», dijo Topacio. En ese momento todo desapareció. Rustán volvió a encontrarse en casa de su padre, de la que no había salido, y en su cama, donde había dormido una hora.

Despierta sobresaltado, sudando y desconcertado; se palpa, llama, grita, hace sonar la campanilla. Su ayuda de cámara Topacio acude con gorro de dormir y bostezando.

«¿Estoy muerto o estoy vivo?, exclama Rustán. ¿No tendrá salvación la bella princesa de Cachemira?... — ¿Está soñando mi señor?, respondió fríamente Topacio.

»— ¡Ay!, exclamaba Rustán, ¿qué ha sido de ese bárbaro de Ébano con sus cuatro alas negras? Él es quien me ha hecho morir de una muerte tan cruel. — Mi señor, lo he dejado roncando arriba; ¿queréis que le mande bajar? — ¡El muy malvado! Hace seis meses enteros que me persigue; fue él quien me llevó a esa fatal feria de Kabul; fue él quien me escamoteó el diamante que me había dado la princesa; sólo él fue la causa de mi viaje, de la muerte de mi princesa y del tiro de venablo que me mata en la flor de mi edad.

»— Calmaos, dijo Topacio; nunca habéis estado en Kabul y tampoco hay ninguna princesa de Cachemira; su padre sólo ha tenido dos hijos varones que actualmente están en el colegio. Nunca habéis tenido ningún diamante; la princesa no puede estar muerta porque no ha nacido, y vos os encontráis perfectamente sano.

»— ¡Cómo! ¿No es verdad que tú me acompañabas en mi muerte en el lecho

de la princesa de Cachemira? ¿No me has confesado que, para librarme de tantas desdichas, fuiste águila, elefante, burro rayado, médico y urraca? — Mi señor, todo eso lo habéis soñado: nuestras ideas no dependen de nosotros ni en el sueño ni en la vigilia. Dios ha querido que por vuestra cabeza haya pasado esa retahíla de ideas, para daros aparentemente alguna lección de la que podáis sacar provecho.

»— Estás burlándote de mí, continuó Rustán; ¿cuánto tiempo he dormido? — Mi señor, sólo habéis dormido una hora. — Maldito hablador, ¿cómo quieres que en una hora haya estado en la feria de Kabul hace seis meses, que haya vuelto, que haya viajado hasta Cachemira y que Barbabú, la princesa y yo hayamos muerto? — Mi señor, no hay nada más fácil ni más corriente; en realidad, habríais podido dar la vuelta al mundo y tener muchas más aventuras en mucho menos tiempo.

»¿No es cierto que en una hora podéis leer el compendio de la historia de los persas escrito por Zoroastro? Y sin embargo, ese compendio contiene ochocientos mil años. Todos esos sucesos pasan ante vuestros ojos uno tras otro en una hora; y también admitiréis que a Brahma le resulta tan fácil encerrar todos esos acontecimientos en el espacio de una hora como extenderlos en el espacio de ochocientos mil años; prácticamente es lo mismo. Imaginaos que el tiempo gira sobre una rueda cuyo diámetro es infinito. Bajo esa rueda inmensa hay una multitud innumerable de ruedas encastradas unas en otras; la del centro es imperceptible y da un número infinito de vueltas precisamente en el mismo tiempo en que la rueda grande tarda en dar una. Es evidente que todos los acontecimientos, desde el principio del mundo hasta su fin, pueden ocurrir sucesivamente en mucho menos tiempo que la cienmilésima parte de un segundo; y puede decirse incluso que todo es así.

»— No entiendo nada, dijo Rustán. — Si queréis, dijo Topacio, tengo un loro que os lo hará comprender fácilmente. Nació poco antes del diluvio, estuvo en el arca; ha visto mucho; sin embargo, aún no tiene más que año y medio; él os contará su historia, que es muy interesante.

»— Id enseguida en busca de ese loro, dijo Rustán, me entretendrá hasta que pueda volver a dormirme. — Está con mi hermana la monja, dijo Topacio; voy a buscarlo, quedaréis satisfecho con él; posee una memoria fidelísima y cuenta sencillamente, sin tratar de mostrar ingenio a cada paso y sin hacer frases. — Mejor entonces, dijo Rustán, así es como me gustan los cuentos». Le llevaron el loro, que habló así...

N. B. — Mlle. Catherine Vadé no pudo encontrar nunca la historia del loro entre los papeles de su difunto primo Antoine Vadé, autor de este cuento. Y es una lástima, dado el tiempo en que vivía ese loro.

Jeannot y Colin^[334]

Muchas personas dignas de fe vieron a Jeannot y Colin en la escuela de la villa de Issoire, en Auvernia, villa famosa en todo el universo por su colegio y por sus calderos. Jeannot era hijo de un tratante de mulos muy afamado, y Colin debía la luz a un buen labrador de los alrededores, que cultivaba la tierra con cuatro mulos, y que, después de haber pagado la talla y el tallón^[335], las ayudas y gabelas, el *sou* por libra, la capitación y los veinteavos, no se encontraba con demasiado dinero a final de año.

Jeannot y Colin eran muy graciosos para ser auverneses; se querían mucho, y entre ellos mantenían cierta confianza, pequeñas familiaridades de esas que siempre se recuerdan con agrado cuando la gente se encuentra luego en sociedad.

Estaba a punto de concluir la etapa de sus estudios cuando un sastre le llevó a Jeannot un traje de terciopelo de tres colores, con una chaqueta de Lyon de muy buen gusto, todo ello acompañado por una carta al señor de La Jeannotière. Colin alabó el traje y no sintió envidia; mas Jeannot asumió un aire de superioridad que afligió a Colin. Desde ese momento Jeannot no volvió a estudiar, se miró en el espejo y despreció a todo el mundo. Poco tiempo después llega por la posta un mayordomo con una segunda carta para el señor marqués de La Jeannotière; era una orden de su señor padre para que su señor hijo fuese a París. Jeannot montó en silla de posta tendiendo la mano a Colin con una sonrisa de protección bastante noble. Colin, sintiendo su insignificancia, lloró. Jeannot partió con toda la pompa de su gloria.

Deben saber los lectores que gusten de instruirse que el señor Jeannot padre había conseguido en poquísimo tiempo un inmenso caudal en los negocios. ¿Que cómo se consiguen esas grandes fortunas?, os preguntáis. Pues porque se tiene suerte. El señor Jeannot ponía una buena figura, su mujer también, y ésta aún gozaba de lozanía. Fueron a París debido a un pleito que los arruinaba, cuando la fortuna, que encumbra o rebaja a su capricho a los hombres, les presentó a la mujer de un proveedor de hospitales militares, hombre de gran talento, que podía jactarse de haber matado más soldados en un año de los que hace perecer el cañón en diez. Jeannot gustó a la señora; la mujer de Jeannot gustó al señor. No tardó mucho Jeannot en participar en la empresa; se metió en otros negocios. Cuando uno está en la corriente del agua, basta con dejarse ir; sin esfuerzo se consigue una fortuna inmensa. Los bribones que desde la orilla os ven bogar viento en popa, se

quedan con la boca abierta; no comprenden cómo habéis podido triunfar, os envidian sin saber por qué y escriben contra vosotros folletos que no leéis. Es lo que le ocurrió a Jeannot padre, que pronto fue señor de La Jeannotière, y que, tras comprar un marquesado al cabo de seis meses, sacó de la escuela a su hijo el marqués para presentarlo en la buena sociedad de París.

Colin, siempre afectuoso, escribió una carta felicitando a su antiguo camarada, y le hizo esas líneas para congratularle. El marquesito no le contestó. Por ello Colin enfermó de dolor.

Al principio, el padre y la madre buscaron un ayo para el joven marqués: ese ayo, que era un hombre de mundo, y que no sabía nada, nada pudo enseñar a su pupilo. El señor quería que su hijo aprendiese latín, la señora no quería. Por árbitro llamaron a un autor célebre entonces por algunas obras agradables. Fue invitado a comer. El dueño de la casa empezó diciéndole ante todo: «Señor, como sabéis latín y como sois hombre de la corte... — Yo, señor, de latín no sé una palabra, respondió el ingenio, y bien que lo agradezco: es evidente que uno habla mucho mejor la propia lengua cuando no comparte su aplicación con lenguas extranjeras. Fíjese en todas nuestras damas: poseen un ingenio más agradable que los hombres; sus cartas están escritas con cien veces más gracia; y esa superioridad sobre nosotros sólo es debida a que no saben latín^[336].

»— Bueno, ¿no tenía yo razón?, dijo la señora. Quiero que mi hijo sea un hombre culto, que triunfe en sociedad; y ya veis que, si supiese latín, estaría perdido. ¿Representan acaso la comedia y la ópera en latín? ¿Se pleitea en latín cuando hay un proceso? ¿Se corteja en latín?». El señor, deslumbrado por estas razones, admitió su error y se decidió que el joven marqués no perdería su tiempo conociendo a Cicerón, Horacio y Virgilio. «Pero entonces, ¿qué aprenderá? Porque es preciso que sepa algo: ¿no se le podría enseñar un poco de geografía? — ¿Para qué puede servirle?, respondió el ayo. Cuando el señor marqués vaya a sus tierras, ¿no sabrán los postillones los caminos? Seguro que no le extraviarán. No se necesita un cuarto de círculo para viajar y de París a la Auvernia se va muy cómodamente sin necesidad de saber en qué latitud se encuentra uno.

»— Tenéis razón, replicó el padre; pero he oído hablar de una hermosa ciencia que, según creo, llaman “astronomía”. — ¡Qué lástima!, prosiguió el ayo; ¿nos guiamos por los astros en este mundo? ¿Y tendrá el señor marqués que matarse calculando un eclipse cuando lo encuentra puntualmente en el almanaque, que además le señala los días móviles, la edad de la luna y la de todas las princesas de Europa?».

La señora fue en todo de la opinión del ayo. El marquesito no cabía en sí de gozo; el padre estaba muy indeciso. «Entonces, ¿qué habrá que enseñar a mi hijo?, decía. — A ser amable, respondió el amigo al que consultaban; y si sabe los medios de agradar, lo sabrá todo: es un arte que aprenderá con su señora madre, sin que ni el uno ni la otra hagan el menor esfuerzo^[337]».

Al oír estas palabras, la señora abrazó al gracioso ignorante y le dijo: «Bien se ve, caballero, que sois el hombre de mundo más sabio; mi hijo os deberá toda su educación. Me figuro sin embargo que no estaría mal que aprendiese un poco de historia. — ¡Ay!, señora, ¿para qué sirve eso?, respondió. Lo único agradable y útil es la historia del día. Todas las historias antiguas, como decía uno de nuestros mejores ingenios, no son más que fábulas admitidas; y las modernas, un caos imposible de desentrañar. ¿Qué le importa a su señor hijo que Carlomagno haya instituido los doce pares de Francia, y que su sucesor haya sido tartamudo^[338]?

»— ¡Muy bien dicho!, exclamó el ayo; ahogan la inteligencia de los niños con un montón de conocimientos inútiles; pero de todas las ciencias, la más absurda en mi opinión, y la más idónea para ahogar cualquier clase de talento, es la geometría. Esta ciencia ridícula tiene por objeto superficies, líneas y puntos que no existen en la naturaleza. Se hace pasar mentalmente cien mil líneas curvas entre un círculo y una línea recta que la toca, aunque, en la realidad, por ahí no pueda pasar ni una brizna. La geometría, creedme, no es más que una mala broma».

Ni el señor ni la señora entendían lo que el ayo quería decir; pero se mostraron por entero de su misma opinión.

«Un señor como el señor marqués, continuó, no debe secar su cerebro con estudios tan vanos. Si un día tiene necesidad de un geómetra sublime para levantar el plano de sus tierras, por dinero hará que se las midan. Si quiere esclarecer la antigüedad de su nobleza, que se remonte a los tiempos más remotos y envíe a buscar a un benedictino. Y lo mismo con todas las artes. Un joven noble felizmente nacido no es ni pintor, ni músico, ni arquitecto, ni escultor; mas hace florecer todas esas artes estimulándolas con su magnificencia. Más vale, desde luego, protegerlas que ejercitarlas; basta que el señor marqués tenga gusto; a los artistas toca trabajar para él; y con muchísima razón se dice que las gentes de condición (me refiero a los que son muy ricos) saben todo sin haber aprendido nada, porque, en efecto, a la larga saben emitir juicio sobre todas las cosas que encargan y que pagan».

El amable ignorante tomó entonces la palabra y dijo: «Como muy bien habéis observado, señora, la gran finalidad del hombre es triunfar en sociedad. Y

en serio, ¿se logra ese éxito con las ciencias? ¿A alguien se le ha ocurrido hablar, entre gentes del gran mundo, de geometría? ¿Pregunta alguien alguna vez a un hombre discreto qué astro sale hoy con el sol? ¿Se habla en una cena de si Clodión el de abundante cabellera pasó el Rhin? — No, claro que no, exclamó la marquesa de la Jeannotière, a quien sus encantos habían hecho admitir como iniciada algunas veces en la buena sociedad; y mi señor hijo no debe ahogar su talento con el estudio de todo ese fárrago; mas, en fin, ¿qué habrá de enseñársele? Porque conviene que un joven noble se luzca de vez en cuando, como dice mi señor marido. Recuerdo haber oído decir a un abate que la ciencia más agradable de todas era una cosa cuyo nombre he olvidado, pero que empieza por *B*. — ¿Por *B*, señora? ¿No sería la botánica? — No, no estaba hablándome de botánica; os digo que empezaba por *B*, y terminaba por *on*. — ¡Ah!, ya entiendo, señora, será el blasón: cierto que es una ciencia muy profunda, pero no está de moda, desde que se ha perdido la costumbre de pintar sus armas en las portezuelas de la carroza; en un Estado bien civilizado era la cosa más útil del mundo. Además, ese estudio sería infinito: hoy día no hay barbero que no tenga su escudo de armas; y ya sabéis que todo lo que se vuelve común es poco apreciado». Finalmente, después de haber examinado las ventajas e inconvenientes de las ciencias, se decidió que el señor marqués aprendería a bailar.

La naturaleza, autora de todo, le había dotado de un talento que no tardó en desarrollarse con éxito prodigioso: y era cantar de forma muy agradable coplas. Las gracias de la mocedad, unidas a ese don superior, lograron que lo considerasen como a un joven de gran porvenir. Las mujeres lo amaron, y como tenía la cabeza completamente llena de canciones, las hizo para sus amantes. Copiaba *Baco y el Amor* de una canción, *La noche y el día* de otra, *Los encantos y los sustos* de una tercera. Pero como en sus versos siempre había algunas sílabas de más o de menos, los mandaba corregir al precio de veinte luses de oro por canción, y su nombre apareció en el *Année littéraire*^[339] entre los de La Fare, Chaulieu, Hamilton, Sarrazin y Voiture.

La señora marquesa se creyó entonces madre de un talento ilustrado, y dio de cenar a los ingenios de París. No tardó la cabeza del joven en trastornarse; adquirió el arte de hablar sin saber lo que decía, y alcanzó la perfección en la costumbre de no servir para nada. Cuando su padre lo vio tan elocuente, sintió mucho no haberle hecho aprender latín, porque habría comprado un alto cargo entre las gentes de la ley. La madre, que tenía sentimientos más nobles, se encargó de solicitar un regimiento para su hijo; y él, mientras tanto, se dedicó a los placeres del amor. A veces el amor es más caro que un regimiento. Gastó mucho, mientras sus padres derrochaban más todavía viviendo como grandes señores.

Una joven viuda de noble condición, vecina suya, que sólo poseía una fortuna mediana, tuvo a bien decidirse a poner en salvo las riquezas del señor y de la señora de la Jeannotière apropiándose las y casándose con el joven marqués. Lo atrajo a su casa, se dejó querer, él le hizo vislumbrar que no le resultaba indiferente, ella le fue guiando poco a poco, lo embelesó, lo dominó sin esfuerzo. Unas veces lo adulaba, otras le daba consejos; se hizo la mejor amiga de su padre y de su madre. Una vieja vecina propuso el matrimonio. Los padres, deslumbrados por el esplendor de aquella alianza, aceptaron contentos la propuesta. Dieron su único hijo a su amiga íntima. El joven marqués iba a casarse con una mujer a la que adoraba y de la que era amado; los amigos de la casa lo felicitaban, y ya se disponían a redactar las cláusulas del contrato mientras preparaban el ajuar de la boda.

Estaba una mañana de rodillas ante su encantadora prometida, que el amor, la estima y la amistad iban a darle, y ambos disfrutaban en una charla cariñosa y animada con las primicias de su felicidad y hacían planes para llevar una vida deliciosa cuando un lacayo de su señora madre llega muy asustado: «Las noticias que traigo son muy distintas, dijo; unos alguaciles están vaciando la casa del señor y de la señora; todo ha sido embargado por los acreedores; se habla de detenciones, y yo haré cuanto pueda para cobrar mis sueldos. — Veamos qué es todo esto y qué significa toda esa historia, dijo el marqués. — Sí, dijo la viuda, id a castigar a esos bribones, id de prisa». El joven corre, llega a casa; su padre ya estaba encarcelado; los criados habían escapado cada cual por su lado, llevándose cuanto habían podido. Su madre estaba sola, sin ayuda ni consuelo, arrasada en lágrimas; sólo le quedaba el recuerdo de su fortuna, de su belleza, de sus culpas y de sus locos derroches.

Después de haber llorado largo rato con la madre, el hijo terminó diciéndole: «No perdamos la esperanza; esa joven viuda me ama hasta la locura y es todavía más generosa que rica, respondo por ella; corro a su casa y voy en su busca». Vuelve a casa de su amada, la encuentra charlando con un joven oficial muy amable. «¿Cómo, señor marqués de la Jeannotière? ¿Qué venís a hacer aquí? ¿Así abandonáis a vuestra madre? Id a casa de esa pobre mujer, y decidle que sigo apreciándola: necesito una doncella, y la elegiré a ella. — Muchacho, pareces bastante vigoroso, le dijo el oficial, y si quieres entrar en mi compañía, te daré un buen enganche».

El marqués, atónito y lleno de rabia, fue en busca de su antiguo ayo, derramó sus dolores en su seno y le pidió consejos. Éste le propuso que se hiciera, como él, ayo de niños. «¡Ay!, no sé nada, nada me habéis enseñado, y vos sois la

primera causa de mi desdicha», y lloraba al hablarle así. «Escribir novelas en París es una buena salida», le dijo un ingenio que allí se encontraba.

El joven, más desesperado que nunca, corrió a ver al confesor de su madre: era un teatino de mucha fama, que sólo dirigía a damas del mayor rango; en cuanto le vio, corrió hacia él. «¡Por Dios, señor marqués! ¿Dónde está vuestro coche? ¿Y cómo sigue la respetable señora marquesa vuestra madre?». El pobre desdichado le contó el desastre familiar. A medida que se explicaba, el teatino ponía una cara más seria, más indiferente, más imponente: «Hijo mío, ésa es la voluntad de Dios: las riquezas sólo sirven para corromper los corazones. ¿O sea que Dios ha concedido a vuestra madre la gracia de ponerla a pedir limosna? — Sí, señor. — Pues mejor, así estará segura de su salvación. — Pero, padre mío, entre tanto, ¿no habría medio de conseguir alguna ayuda en este mundo? — Adiós, hijo mío; hay una dama de la corte que está esperándome».

A punto estuvo el marqués de desmayarse; poco más o menos fue tratado del mismo modo por sus amigos, y en medio día aprendió a conocer el mundo mejor que en toda su vida.

Cuando estaba sumido en el abatimiento de la desesperación, vio llegar una silla de ruedas a la antigua^[340], especie de carro entoldado, con cortinas de cuero, seguido por cuatro enormes carretas totalmente cargadas. En la silla venía un joven vestido de manera ordinaria; tenía un rostro redondo y saludable que respiraba dulzura y alegría. A su lado iba, dando tumbos, una mujercita morena, de agradables rasgos vulgares. Dado que el vehículo no iba a la velocidad del coche de un petimetre, el viajero tuvo tiempo suficiente para contemplar al marqués inmóvil, absorto en su dolor. «¡Dios mío!, exclamó, me parece que es Jeannot». Al oír este nombre, el marqués alza los ojos, el vehículo se detiene. «Sí, es Jeannot, es Jeannot». El rechoncho hombrecillo da un salto y corre a abrazar a su antiguo camarada. Jeannot reconoció a Colin; la vergüenza y las lágrimas cubrieron su rostro. «Tú me abandonaste, dijo Colin, pero por muy gran señor que seas, siempre te querré». Confuso y emocionado, Jeannot le contó sollozado una parte de su historia. «Ven a la posada donde me alojo a contarme el resto, le dijo Colin, abraza a mi mujercita y vamos a comer juntos».

Van los tres a pie, seguidos por su cargamento. «¿Qué son todos estos trastos? ¿Os pertenecen? — Sí, es todo mío y de mi mujer. Venimos del pueblo; estoy al frente de una buena fundición de hierro estañado y de cobre. Me he casado con la hija de un rico comerciante de utensilios tan necesarios para los grandes como para los pequeños; trabajamos mucho; Dios nos bendice; no hemos cambiado

de condición, somos felices y ayudaremos a nuestro amigo Jeannot. Deja de ser marqués; todas las grandezas de este mundo no valen lo que un buen amigo. Vuelve con nosotros al pueblo, te enseñaré el oficio; no es muy difícil; te asociaré al negocio y viviremos contentos en el rincón de tierra en que nacimos».

Desconcertado, Jeannot se sentía dividido entre el dolor y la alegría, entre el cariño y la vergüenza; y se decía en voz baja: «Todos mis amigos del gran mundo me han traicionado, y Colin, a quien desprecié, es el único que viene en mi ayuda. ¡Qué lección!». La bondad de Colin desarrolló en el corazón de Jeannot el germen del buen carácter, que el mundo aún no había ahogado del todo. Comprendió que no podía abandonar a su padre y a su madre. «Cuidaremos de tu madre, le dijo Colin; en cuanto al bueno de tu padre, que está en la cárcel, algo entiendo de estos negocios; viendo que ya no tiene nada, los acreedores se conformarán con poca cosa, yo me encargo de todo». Tanto hizo Colin que sacó al padre de prisión. Jeannot regresó a su tierra con sus padres, que volvieron a ejercer su primera profesión. Él se casó con una hermana de Colin que, por ser del mismo carácter que su hermano, le hizo muy feliz. Y Jeannot padre, y Jeannotte madre, y Jeannot hijo comprendieron que la dicha no está en la vanidad.

Popurri^[341]

I

Brioché fue el padre de Polichinela, no su propio padre, sino padre intelectual^[342]. El padre de Brioché era Guillot Gorju^[343], que fue hijo de Gilles, que fue hijo de Gros-René^[344], que sacaba su origen del príncipe de los necios y de la madre necia; así lo escribe el autor del *Almanch de la foire*^[345]. El señor Parfaict^[346], escritor no menos digno de fe, declara a Tabarin^[347] padre de Brioché, a Gross-Guillaume^[348] de Tabarin, a JeanBoudin de Gross-Guillaume, pero remontándose siempre al príncipe de los necios^[349]. Si estos dos historiadores se contradicen^[350], es una prueba de la verdad del hecho para el P. Daniel, que los concilia con una sagacidad maravillosa, y que así destruye el pirronismo de la historia^[351].

II

Cuando terminaba yo este primer párrafo de los cuadernos de Merry Hissing^[352] en mi gabinete, cuya ventana da a la calle Saint-Antoine, vi pasar a los síndicos de los boticarios, que iban a por las drogas y el cardenillo que los jesuitas de la calle Saint-Antoine vendían de contrabando^[353]; mi vecino el señor Husson, que tiene una buena cabeza, vino a mi casa y me dijo: «Amigo mío, os reís viendo a los jesuitas vilipendiados; os alegra saber que son convictos de un parricidio en Portugal^[354] y de una rebelión en el Paraguay^[355]; el clamor público que contra ellos se alza en Francia, el odio que se les tiene, los multiplicados oprobios de que se han cubiertos, parecen ser un consuelo para vos; mas sabed que si, como todas las gentes honradas desean^[356], están perdidos, vos no ganaréis nada con ello: os veréis abrumado por la facción de los jansenistas. Estos son entusiastas feroces, almas de bronce, peores que los presbiterianos que derribaron el trono de Carlos I. Pensad que los fanáticos son más peligrosos que los canallas. A un energúmeno nunca se le puede hacer entrar en razón; a los canallas sí».

Discutí mucho tiempo con el señor Husson; finalmente, le dije: «Señor, consolaos; quizá un día los jansenistas lleguen a ser tan hábiles como los jesuitas». Traté de aplacarlo; pero es una cabeza de hierro a la que nunca se hace cambiar de opinión.

III

Viendo Brioché que Polichinela era jorobado por delante y por detrás, quiso enseñarle a leer y escribir. Al cabo de dos años Polichinela deletreó bastante pasablemente; pero nunca pudo llegar a servirse de una pluma^[357]. Uno de los escritores de su vida observa que un día trató de escribir su nombre, pero que nadie consiguió leerlo^[358].

Brioché era muy pobre; su mujer y él no tenían con qué alimentar a Polichinela, menos todavía con qué hacerle aprender un oficio. Polichinela les dijo: «Queridos padre y madre, soy jorobado, y tengo memoria; tres o cuatro amigos míos y yo podemos hacer marionetas; así ganaré algún dinero; a los hombres siempre les han gustado las marionetas; a veces se tienen pérdidas vendiendo noticias, pero también se sacan grandes provechos».

El señor y la señora Brioché admiraron el buen sentido del joven; se formó la *troupe*, y fue a montar sus pequeños tablados a una aldea suiza, en el camino de Appenzel a Milán^[359].

Era^[360] precisamente en ese pueblo donde los charlatanes de Orvieto habían abierto la tienda de su *orvietán*^[361]. No tardaron en darse cuenta de que, insensiblemente, la canalla se iba a las marionetas, y de que vendían en la región la mitad menos de jabones y de ungüento para las quemaduras^[362]. Acusaron a Polichinela de diversos extravíos^[363], y presentaron sus quejas ante el magistrado^[364]. La demanda decía que era un borracho peligroso^[365]; que un día había dado cien patadas en el vientre, en pleno mercado, a unos campesinos que vendían nísperos^[366].

También se aseguró que había maltratado a un vendedor de gallos de India; finalmente lo acusaron de brujo. El señor Parfaict, en su *Histoire du théâtre*, pretende que fue tragado por un sapo^[367]; mas el P. Daniel piensa, o al menos habla, de otra manera^[368]. No se sabe lo que se hizo de Brioché. Como sólo era el padre putativo de Polichinela, el historiador no ha creído oportuno darnos noticias tuyas^[369].

IV

El difunto señor Dumarsais afirmaba que el mayor de los abusos era la venalidad de los cargos^[370]. «Es una gran desgracia para el Estado, decía, que un

hombre de mérito, sin fortuna, no pueda llegar a nada. ¡Cuántos talentos enterrados, y cuántos tontos colocados! ¡Qué detestable política haber apagado la emulación!». El señor Dumarsais, sin darse cuenta, defendía su propia causa; se vio obligado a enseñar latín, y habría prestado grandes servicios al Estado si le hubieran dado un empleo. Conozco a emborronadores de papel que habrían enriquecido a toda una provincia si hubieran estado en el puesto de los que la han robado. Pero, para obtener ese puesto, hay que ser hijo de un rico que os deje el dinero con que comprar un cargo, un oficio, y lo que se llama «una dignidad».

Dumarsais aseguraba que un Montaigne, un Charron, un Descartes, un Gassendi, un Baile, nunca habrían condenado a galera a escolares que sostuviesen un tesis contraria a la filosofía de Aristóteles, ni habrían quemado en la hoguera al cura Urbain Grandier, ni al cura Gaufrédi^[371], y que no hubiesen, etc.

V

No hace mucho tiempo, el caballero Roginante, gentilhombre de Ferrara que quería hacerse una colección de cuadros de la escuela flamenca, se fue de compras a Amsterdam. Regateó el precio de un cristo bastante bonito en la tienda del señor Vandergru: «¿Es posible, le dijo el ferrarés al bátavo, que vos, que no sois cristiano (porque sois holandés), tengáis en vuestra casa un cristo? — Soy cristiano y católico, respondió el señor Vandergru sin enfadarse; y vendió el cuadro a precio bastante caro. — ¿Creéis, pues, en Jesucristo Dios?, le preguntó Roginante. — Por supuesto», dijo Vandergru^[372].

En la puerta de al lado vivía otro personaje curioso, era un sociniano; le vendió una Sagrada Familia. «¿Qué pensáis vos del niño?, dijo el ferrarés. — Pienso, respondió el otro, que fue la criatura más perfecta que haya puesto Dios sobre la tierra».

De ahí, el ferrarés fue a casa de Moisés Mansebo, que sólo tenía bellos paisajes y ninguna Sagrada Familia. Roginante le preguntó por qué no había en su casa tales temas. «Es que nosotros odiamos a esa familia», dijo.

Roginante entró en casa de un famoso anabaptista, que tenía los hijos más preciosos del mundo; les preguntó en qué iglesia habían sido bautizados. «¡Largo!, señor, le dijeron los niños; gracias a Dios, todavía no estamos bautizados».

Aún no había llegado a la mitad de la calle, y ya había visto Roginante una

docena de sectas totalmente opuestas las unas a las otras. Su compañero de viaje, el señor Sacrito, le dijo: «Huyamos de prisa, es la hora de la Bolsa; no hay duda de que todas estas gentes, siguiendo la costumbre antigua, van a degollarse entre sí, puesto que todos piensan de modo distinto; y el populacho nos matará por ser súbditos del Papa».

Quedaron muy asombrados cuando vieron a todas aquellas buenas gentes salir de sus casas con sus dependientes, saludarse con mucha educación e ir juntos a la Bolsa. Ese día había, una vez contadas, cincuenta y tres religiones en el lugar, incluidos armenios y jansenistas. Se hicieron cincuenta y tres millones en negocios de la forma más pacífica del mundo, y el ferrarés regresó a su tierra, donde encontró más *Agnus Dei* que letras de cambio.

La misma escena se ve todos los días en Londres, en Hamburgo, en Dantzig, en Venecia incluso, etc. Pero la más edificante que he visto es en Constantinopla.

Hace cincuenta años tuve el honor de asistir a la entronización de un patriarca griego por el sultán Ajmet III^[373], cuya alma ojalá tenga Dios. Entregó a ese sacerdote cristiano el anillo, y el bastón en forma de báculo. Luego hubo una procesión de cristianos por la calle Cleóbulo; dos jenízaros encabezaron la procesión. Yo tuve el placer de comulgar públicamente en la iglesia patriarcal, y solo dependió de mi obtener un canonicato.

Confieso que a mi regreso a Marsella quedé muy sorprendido al no encontrar ninguna mezquita en la ciudad. Comunicué mi sorpresa al señor intendente y al señor obispo. Les dije que eso era muy descortés, y que si los cristianos tenían iglesias entre los musulmanes, no se podía por menos de hacer a los turcos la galantería de algunas capillas. Los dos me prometieron que escribirían a la corte; pero el asunto se quedó ahí, debido a la constitución *Unigenitus*.

¡Oh, jesuitas, hermanos míos! No fuisteis tolerantes, y no lo son con vosotros. Consolaos; otros, a su vez, se volverán perseguidores, y a su vez serán aborrecidos.

VI

Contaba yo estas cosas hace unos días al señor de Boucacous, languedociano muy ardiente y hugonote muy celoso. «¡Carambolas!, me dijo, entonces en Francia se nos trata como a los turcos; ¡a ellos no les dejan tener mezquitas, y a nosotros no

se nos conceden templos! — Por lo que se refiere a las mezquitas, le dije, los turcos todavía no nos han pedido ninguna; y me atrevo a suponer que las conseguirán cuando quieran, porque son buenos aliados nuestros; pero dudo mucho de que restablezcan vuestros templos, pese a toda la cortesía de que hacemos gala: y la razón es que vosotros sois algo enemigos nuestros. — ¡Enemigos vuestros!, exclamó el señor de Boucacous, nosotros, ¡que somos los más ardientes servidores del rey! — Sois muy ardientes, le repliqué, y tan ardientes^[374] que habéis hecho nueve guerras civiles, sin contar las matanzas de las Cevenas^[375]. — Pero, me replicó, si hemos hecho guerras civiles, es porque nos quemabais en la plaza pública; a la larga, uno se cansa de que lo quemem, no hay paciencia de santo que pueda soportarlo; que nos dejen tranquilos, y os juro que seremos súbditos fidelísimos. — Eso es precisamente lo que se hace, le dije yo; se cierran los ojos sobre vosotros, se os permite que sigáis con vuestros asuntos, tenéis una libertad bastante razonable. — ¡Qué libertad tan agradable!, dijo el señor Boucacous; en pleno campo no podemos reunirnos cuatro o cinco mil, con salmos a cuatro voces, sin que inmediatamente aparezca un regimiento de dragones que nos obliga a irnos cada uno a nuestra casa. ¿Es eso vivir? ¿Es eso ser libre?».

Entonces le hablé así: «No hay ningún país en el mundo donde la gente pueda concentrarse sin orden del soberano; toda concentración va contra las leyes. Servid a Dios a vuestro modo en vuestras casas; no aturdáis a nadie con chillidos que vosotros llamáis “música”. ¿Pensáis que Dios está satisfecho de vosotros cuando cantáis sus mandamientos con la melodía de *Réveillez-vous, belle endormie*^[376]? ¿Y cuando decís con los judíos hablando de un pueblo vecino:

¡Bienaventurado quien deba destruirte para siempre!

¡Quien, arrancándote los hijos de los pechos,

aplaste sus cabezas infieles!^[377]?

»¿Quiere Dios acaso que se aplaste la sesera de los niños de pecho? ¿Es eso humano? Es más, ¿ama Dios los malos versos y la mala música?».

El señor de Boucacous me interrumpió para preguntarme si valía más el latín macarrónico de nuestros salmos. «No, claro que no, le dije; admito incluso que hay cierta esterilidad imaginativa en rogar a Dios únicamente en una traducción muy viciada de viejos cánticos de un pueblo al que aborrecemos; a la hora de vísperas, todos somos judíos, como todos somos paganos en la Ópera.

»Lo único que me desagradaba es que las *Metamorfosis* de Ovidio están, por malicia del demonio, mucho mejor escritas y son más agradables que los cánticos judíos: porque hemos de admitir que esa montaña de Sión, y esas fauces de basilisco, y esas colinas que saltan como corderos, y todas esas fastidiosas repeticiones no pueden compararse ni con la poesía griega, ni con la latina, ni con la francesa. Por más que se empeñe el frío y pequeño Racine^[378], este niño desnaturalizado no impedirá, hablando profanamente, que su padre sea un poeta mejor que David.

»Pero, en fin, en nuestro país somos la religión dominante; si no os está permitido reuniros en Inglaterra, ¿por qué querríais tener esa libertad en Francia? Haced lo que os plazca en vuestras casas, y tengo la palabra del señor gobernador y del señor intendente de que, si sois prudentes, estaréis tranquilos: solo la imprudencia provocó y provocará las persecuciones. Me parece muy mal que vuestros matrimonios, el estado de vuestros hijos, el derecho de herencia, sufran la menor dificultad. No es justo sangraros ni purgaros porque vuestros padres estuvieron enfermos; pero ¿qué queréis? Este mundo es un gran Bedlam donde los locos llevan encadenados a otros locos^[379]».

VII

Los compañeros de Polichinela reducidos a mendicidad, que era su estado natural, se asociaron con algunos zingaros y corrieron de pueblo en pueblo. Llegaron a una pequeña ciudad y se alojaron en un cuarto piso, donde se dedicaron a preparar drogas cuya venta les ayudó a subsistir algún tiempo. Curaron incluso de sarna al podenco de una dama importante; los vecinos proclamaron el prodigio, mas pese a toda su habilidad la *troupe* no hizo fortuna.

Se lamentaban de su oscuridad y su miseria cuando un día oyeron un ruido sobre su cabeza, como el de una carretilla que alguien hace rodar por el suelo. Subieron al quinto piso, y encontraron a un hombrecillo que hacía marionetas por su cuenta; se llamaba señor Bienfait; precisamente tenía el talento necesario para su arte^[380].

No se oía una palabra de lo que decía; pero tenía un galimatías bastante razonable, y no hacía mal sus muñecones. Un compañero, que también descollaba en galimatías, le habló así^[381]:

«Creemos que estáis destinado a sacar a flote nuestras marionetas; porque

hemos leído en Nostradamus^[382] estas palabras tan oportunas: *Nelle chi li po rate icsus res fait en bi*, que leídas al revés dicen con toda evidencia: *Bienfait ressuscitera Polichinelle*. Al nuestro se lo tragó un sapo; pero hemos encontrado su sombrero, su joroba y su pito. Vos proporcionaréis el alambre. Creo, además, que os resultará fácil hacerle un bigote muy parecido al que tenía, y, una vez que nos hayamos unido, es de suponer que tendremos mucho éxito. Nosotros haremos valer a Polichinela por Nostradamus, y a Nostradamus por Polichinela^[383]».

El señor Bienfait aceptó la propuesta. Se le preguntó qué quería por su trabajo: «Quiero, dijo, muchos honores y mucho dinero^[384]. — Nosotros no tenemos nada de eso, dijo el orador de la *troupe*; pero con el tiempo se tiene de todo». El señor Bienfait se unió, pues, a los zíngaros, y todos juntos fueron a Milán para instalar su teatro, bajo la protección de Mme. Carminetta^[385]. Se anunció en los carteles que el propio Polichinela, al que se había comido un sapo de la aldea del cantón de Appenzel, reaparecería en el teatro de Milán, y que bailarían con Mme. Gigogne. Por más que se opusieron todos los vendedores de orvietán^[386], el señor Bienfait^[387], que también conocía el secreto del orvietán, afirmó que el suyo era el mejor: vendió mucho entre las mujeres, que estaban locas por Polichinela, y se hizo tan rico que se puso al frente de la *troupe*.

En cuanto tuvo lo que quería (y que todo el mundo quiere), honores y riquezas, se portó de manera muy ingrata con Mme. Carminetta. Compró una hermosa casa frente a la de su bienhechora y halló el secreto de hacer que la pagasen sus socios. No se le volvió a ver haciendo la corte a Mme. Carminetta; al contrario, quiso que ésta fuese a almorzar a su casa, y un día que ella se dignó ir le dio con la puerta en las narices^[388], etc.

VIII

Como no había entendido nada en el anterior capítulo de Merry Hissing, me trasladé a casa de mi amigo el señor Husson para pedirle una explicación. Me dijo que era una profunda alegoría sobre el P. La Valette, comerciante que había hecho bancarrota en América^[389]; pero que, por otra parte, hacía mucho que no se ocupaba de aquellas tonterías, que nunca iba a las marionetas; que ese día daban *Poliuto*^[390], y que quería oírlo. Lo acompañé al teatro.

Durante el primer acto, el señor Husson no hacía más que mover la cabeza. En el entreacto le pregunté por qué su cabeza se movía tanto. «Confieso, dijo, que estoy indignado contra ese idiota de Poliuto y contra ese impúdico de Nearco.

¿Qué diríais de un yerno del señor gobernador de París que fuera hugonote y que, acompañando a su suegro el día de Pascua a Notre-Dame, destrozase el ciborio y el cáliz, y diese patadas en el vientre al señor arzobispo y a los canónigos? ¿Quedaría bien justificado si nos dijese que nosotros somos idólatras; que lo ha oído decir al señor Lubolier, predicante de Amsterdam, y al señor Morfyé, compilador de Berlín, autor de la *Bibliothèque germanique*, que lo sabía por el predicante Urieju^[391]? Ése es el fiel retrato de la conducta de Poliuto. ¿Puede sentirse algún interés por ese insulso fanático, seducido por el fanático Nearco?».

Así me decía amistosamente su opinión el señor Husson en los entreactos. Se echó a reír cuando vio a Poliuto entregar su esposa al rival; y le pareció algo burgués cuando ella le dice a su amante que se va a su aposento, en lugar de ir con él a la iglesia:

Adieu, trop vertueux objet, et trop charmant;

Adieu, trop généreux et trop parfait amant;

Je vais seule en ma chambre enfermer mes regrets^[392].

Pero admiró la escena en que ella pide a su amante gracia para su marido.

«Hay, dijo, un gobernador de Armenia que es desde luego el más cobarde, el más vil de los hombres; ese padre de Paulina confiesa incluso que tiene los sentimientos de un granuja:

Polyeucte est ici l'appui de ma famille;

Mais si par son trépas l'autre épousait ma fille,

J'acquerrais bien par là de plus puissants appuis,

Qui me mettraient plus haut cent fois que je ne suis^[393].

»Un fiscal del Châtelet casi no podría ni pensar ni expresarse de modo distinto. Hay almas buenas que se tragan todo esto; no soy yo de su número. Si esas pobrezaas pueden entrar en una tragedia del país de los galos, hay que quemar el *Edipo* de los griegos^[394]».

El señor Husson es un hombre rudo. Hice cuanto pude para calmarlo; mas no lo conseguí. Persistió él en su opinión, y yo en la mía.

IX

Hemos dejado al señor Bienfait muy rico y muy insolente. Hizo tanto con sus tejemanejes que se le reconoció por empresario de un gran número de marionetas^[395]. En cuanto se vio revestido con esa dignidad, hizo pasear a Polichinela por todas las ciudades, y proclamó que todo el mundo tendría que llamarlo Señor^[396], de otro modo no trabajaría. De ahí deriva que, en todas las representaciones de marionetas, solo responda a su compadre cuando el compadre lo llama Señor Polichinela. Poco a poco Polichinela se volvió tan importante que ya no se dio ningún espectáculo sin pagarle una retribución^[397], como las óperas de provincias pagan una a la Ópera de París.

Un día, uno de sus criados, que cobraba las entradas y abría los palcos, y al que no se le habían pagado sus sueldos, se rebeló contra Bienfait y creó otras marionetas que criticaron todas las danzas de Mme. Gigogne^[398] y todos los juegos de manos de Bienfait. Eliminó más de cincuenta ingredientes que entraban en el orvietán, compuso el suyo con cinco o seis drogas y, vendiéndolo más barato, le quitó una infinidad de parroquianos a Bienfait, lo cual provocó un furibundo proceso, y durante mucho tiempo hubo duelos a la puerta de las marionetas, en el patio de la Feria^[399].

X

El señor Husson me hablaba ayer de sus viajes; en efecto, pasó varios años en Les Echelles del Levante; estuvo en Persia; vivió mucho tiempo en las Indias, y ha visto toda Europa. «He observado, me decía, que hay un número prodigioso de judíos que esperan al Mesías, y que se dejarían empalar antes de admitir que ha venido. He visto a mil turcos convencidos de que Mahoma metió la mitad de la luna en su manga. De un confín a otro del mundo, el pueblo humilde cree firmemente las cosas más absurdas. Pero, que un filósofo tenga que repartir un escudo con el más imbécil de estos desdichados, en quienes la razón humana está tan horriblemente oscurecida: es seguro que si hay un céntimo a ganar, lo conseguirá el imbécil antes que el filósofo. ¿Cómo los topes, tan ciegos ante el mayor de los intereses, son linceos ante los más pequeños? ¿Por qué el mismo judío que te degüella el viernes no querría robarte un céntimo el día del sabbat? Esta

contradicción de la especie humana merece examen^[400].

»— ¿No es, le dije al señor Husson, porque los hombres son supersticiosos por costumbre, y granujas por instinto?

»— Pensaré en ello, me dijo; la idea me parece bastante buena».

XI

Desde la aventura del portero de los palcos, Polichinela ha soportado muchas desgracias. Los ingleses, que son razonadores y sombríos, han preferido a Shakespeare^[401]; pero, por lo demás, sus farsas se han puesto muy de moda, y, dejando a un lado la Ópera Cómica, su teatro era el primero de los teatros. Ha tenido grandes disputas con Scaramouche y Arlequín, y aún no se sabe quién resultará vencedor^[402]. Pero...

XII

«Pero, mi querido señor, decía yo, ¿cómo se puede ser al mismo tiempo tan bárbaro y tan extravagante? ¿Cómo se encuentra a la vez en la historia de un pueblo la San Bartolomé y los *Cuentos* de La Fontaine, etc.? ¿Es efecto del clima? ¿Es efecto de las leyes?

»— El género humano, respondió el señor Husson, es capaz de todo. Nerón lloró cuando tuvo que firmar la sentencia de muerte de un criminal, interpretó farsas y asesinó a su madre. Los monos dan vueltas muy divertidas y asfixian a sus crías. No hay nada más dulce, más tímido que una galga; pero desgarrar a una liebre y baña su largo hocico en su sangre.

»— Deberíais escribirnos un bello libro, le dije, que desarrollase todas estas contradicciones.

»— Ese libro ya está hecho, me contestó; basta con que miréis una veleta; gira unas veces con el dulce soplo del céfiro, otras con el viento violento del norte: eso es el hombre».

XIII

A menudo no hay nada más conveniente que amar a la propia prima. También se puede amar a la sobrina; pero cuesta dieciocho mil libras, pagaderas a Roma, casarse con una prima, y ochenta mil francos acostarse con la propia sobrina en legítimo matrimonio^[403].

Supongamos cuarenta sobrinas por año, casadas con sus tíos, y doscientos primos y primas cónyuges: esto representa, en sacramentos, seis millones ochocientas mil libras al año que salen del reino. Sumadle unos seiscientos mil francos por lo que se denomina «las anatas^[404] de las tierras de Francia», que el rey de Francia da a unos franceses como beneficios; unidle además algunos pequeños gastos: en total, cerca de ochocientos millones cuatrocientas mil libras que damos liberalmente al Santo Padre cada año. Tal vez exageramos un poco; pero habrá de admitirse que si tenemos muchas primas y sobrinas bonitas, y si la mortalidad aparece entre los beneficiados, la suma puede ascender al doble. La carga sería pesada, mientras que tenemos barcos que construir, ejércitos y rentistas que pagar.

Me asombra que, en la enorme cantidad de libros cuyos autores han gobernado el Estado desde hace veinte años, ninguno haya pensado en reformar este abuso. Rogué a un doctor de la Sorbona, amigo mío, que me dijese en qué pasaje de la Escritura está escrito que Francia deba pagar a Roma la susodicha suma; nunca ha podido encontrarlo. Hablé de ello con un jesuita; me respondió que esa tasa fue puesta por san Pedro a las Galias desde el primer año que llegó a Roma; y como yo dudaba de que san Pedro hubiera hecho ese viaje, me convenció diciéndome que todavía se ven en Roma las llaves del paraíso que siempre llevaba a su cintura^[405]. «Cierto es, me dijo, que ningún autor canónico habla de este viaje del tal Simón Barjona; pero tenemos una hermosa carta suya, datada en Babilonia; ahora bien, Babilonia quiere decir evidentemente Roma; por lo tanto, vosotros debéis dinero al Papa cuando os casáis con vuestras primas». Confieso haberme quedado muy sorprendido por la fuerza de semejante argumento.

XIV

Tengo un viejo pariente que sirvió al rey cincuenta y dos años. Se retiró a la Alta Alsacia, donde tiene una pequeña tierra que cultiva, en la diócesis de Porentru. Un día quiso dar el último laboreo a su campo; la estación avanzaba, la tarea urgía. Sus criados se negaron a trabajar, y dieron por razón que era la festividad de Santa Bárbara, la santa más festejada en Porentru^[406]. «Bueno, amigos

míos, les dijo mi pariente, habéis ido a misa en honor de Bárbara, habéis dado a Bárbara lo que le pertenece; dadme a mí lo que me debéis: cultivad mi campo en lugar de ir a la taberna. ¿Ordena santa Bárbara que os emborrachéis para honrarla, y que yo me quede sin trigo este año?». El mayoral le dijo: «Bien veis, señor, que me condenaría si trabajase en un día tan santo. Santa Bárbara es la mayor santa del Paraíso; grabó el signo de la cruz sobre una columna de mármol con la punta del dedo; y con ese mismo dedo, y con igual signo, hizo que se le cayesen todos los dientes a un perro que le había mordido las nalgas; no trabajaré el día de Santa Bárbara».

Mi pariente envió en busca de unos labradores luteranos, y sembró su campo. El obispo de Porentru lo excomulgó. Mi pariente lo denunció por abuso; el proceso todavía no se ha resuelto. Probablemente nadie está más convencido que mi pariente de que hay que honrar a los santos; pero también afirma que hay que cultivar la tierra.

Supongamos que hay en Francia unos cinco millones de obreros, sean braceros, sean artesanos, cada uno de los cuales gana, uno con otro, veinte *sous* diarios, y a los que santamente se obliga a no ganar nada treinta días al año, además de los domingos: esto supone ciento cincuenta millones menos en circulación, y ciento cincuenta millones menos en mano de obra^[407]. ¡Qué prodigiosa superioridad no han de disfrutar sobre nosotros los reinos vecinos, que no tienen ni Santa Bárbara ni obispo de Porentru! A esta objeción se respondía que las tabernas, abiertas los sagrados días de fiesta, producen mucho a los recaudadores de impuestos. Mi pariente estaba de acuerdo, pero pretendía que era una compensación escasa; y que, por otra parte, si se puede trabajar después de la misa, también se puede ir a la taberna después del trabajo. Sostiene que este asunto es simplemente de policía, y en absoluto episcopal; sostiene que además es mejor arar la tierra que emborracharse. Mucho me temo que pierda su proceso.

XV

Hace algunos años, pasando por Borgoña en compañía del señor Evrard al que todos conocéis, vimos un enorme palacio del que empezaba a levantarse una parte. Pregunté a qué príncipe pertenecía. Un albañil me respondió que era de monseñor el abad de Citeaux; que lo había comprado por un millón setecientas mil libras, pero que probablemente costaría mucho más^[408].

Yo bendigo a Dios por haber puesto a su servidor en condiciones de elevar

un monumento tan hermoso y de distribuir tanto dinero en la región. «¿Estáis de broma?, dijo el señor Evrard; ¿no es abominable que se recompense la ociosidad con doscientas cincuenta mil libras de renta, y que la vigilancia de un pobre cura de aldea se castigue con una porción congrua de cien escudos? ¿No es esa desigualdad la cosa más injusta y más odiosa del mundo? ¿Qué le corresponderá al Estado cuando un monje se aloje en un palacio de dos millones? Veinte familias de pobres oficiales que se repartieran esos dos millones, tendría una renta muy razonable cada una, y darían al rey nuevos oficiales. Los pequeños monjes, que en la actualidad son los súbditos inútiles de uno de sus monjes elegido por ellos, se volverían miembros del Estado en lugar de no ser más que cánceres que lo roen».

Le respondí al señor Evrard: «Vais demasiado lejos, y demasiado deprisa; lo que decís ocurrirá, desde luego, dentro de doscientos o trescientos años; tened paciencia. — Pierdo la paciencia precisamente porque no ocurrirá sino dentro de dos o tres siglos, respondió; estoy harto de todos los abusos que veo: me parece que camino por los desiertos de Libia, donde los insectos nos chupan la sangre cuando no nos devoran los leones.

»Yo tenía, continuó, una hermana lo bastante imbécil para ser jansenista de buena fe, y no por espíritu de partido. La bonita aventura de los billetes de confesión^[409] la hizo morir desesperada. Mi hermano tenía un proceso que había ganado en primera instancia; su fortuna dependía de ese proceso. No sé cómo ocurrió, pero los jueces dejaron de hacer justicia, y mi hermano se arruinó. Tengo un viejo tío acribillado de cicatrices, que trasladaba sus muebles y su vajilla de una provincia a otra; unos funcionarios espabilados se quedaron con todo por una pequeña formalidad incumplida; mi tío no pudo pagar los tres vigésimos, y murió en la cárcel».

El señor Evrard me contó aventuras de este tipo durante dos horas enteras. Yo le dije: «Querido señor Evrard, he soportado más que vos; los hombres están hechos así de un confín a otro del mundo; nos imaginamos que los abusos solo reinan en nuestra tierra; los dos somos como Astolfo y Joconde^[410], que al principio pensaban que solo sus mujeres eran infieles; se pusieron a viajar, y en todas partes encontraron gentes de su cofradía.

»— Sí, dijo el señor Evrard, pero tuvieron el placer de devolver en todas partes lo que habían tenido la bondad de prestarles en su tierra.

»— Intentad ser, le dije, sólo durante tres años, director de... o de... o de... o de... y os vengaréis con usura».

El señor Evrard me creyó: en la actualidad es el hombre de Francia que roba al rey, al Estado y a los particulares del modo más desenvuelto y más noble, el que se da los mejores banquetes, y el que juzga con más atrevimiento cualquier obra nueva de teatro.

Anexo I

«He visto en las historias tantos ejemplos horribles del fanatismo, desde las divisiones de los atanasianos y de los arrianos hasta el asesinato de Enrique el Grande y las matanzas de las Cevenas; he visto con mis propios ojos tantas calamidades públicas y particulares, causadas por ese furor de partido, y por esa rabia de entusiasmo, desde la tiranía del jesuita Le Tellier hasta la demencia de los convulsionarios [y los billetes de confesión], que a menudo me he preguntado a mí mismo: “¿Sería la tolerancia un mal tan grande como la intolerancia? Y la libertad de conciencia, ¿es un azote tan bárbaro como las hogueras de la Inquisición?”. / Hablo con disgusto de los judíos. Esa nación es, en muchos aspectos, la más detestable que jamás haya manchado la tierra. Pero por absurda y atroz que fuese, la secta de los saduceos fue pacífica y honrada, aunque no creyera en la inmortalidad del alma, mientras que los fariseos creían en ella. La secta de Epicuro nunca fue perseguida entre los griegos. / En cuanto a la muerte injusta de Sócrates, nunca he podido encontrarle motivo más que en el odio de los enseñantes. Él mismo confiesa que había pasado su vida demostrándoles que eran gentes absurdas: ofendió su amor propio, ellos se vengaron con la cicuta; los atenienses le pidieron perdón después de haberlo envenenado y le erigieron una capilla. Es un hecho único que no tiene ninguna relación con la intolerancia. / Cuando los romanos fueron dueños de la parte más hermosa del mundo, se sabe que toleraron todas las religiones, si no las admiraron; y me parece demostrado que fue gracias a esa tolerancia como se asentó el cristianismo; porque los primeros cristianos eran casi todos judíos. Los judíos tenían, como hoy, sinagogas en Roma y en la mayoría de las ciudades comerciantes. Los cristianos, sacados de su corporación, aprovecharon ante todo la libertad de que gozaban los judíos. / No examino aquí las causas de las persecuciones que después sufrieron; baste recordar que, entre tantas religiones, los romanos no quisieron prohibir en última instancia más que una sola, no eran desde luego perseguidores. / Hay que confesar, por el contrario, que entre nosotros toda iglesia ha querido exterminar a toda iglesia de una opinión contraria a la suya. La sangre ha corrido mucho tiempo por argumentos teológicos; y sólo la tolerancia ha podido restañar esa sangre que corría de un extremo a otro de Europa. / Alemania sería un desierto cubierto por osamentas de católicos, evangélicos, reformados y anabaptistas, degollados unos por otros, si la paz de

Westfalia no hubiera procurado finalmente la libertad de conciencia. No hace mucho tiempo, el caballero Roginante...».

Anexo II

Estábamos razonando así, el señor de Boucacous y yo, cuando vimos pasar a Jean-Jacques Rousseau con gran precipitación. «¡Eh!, ¿adónde vais tan de prisa, señor Jean-Jacques? — Huyo porque maese Joly de Fleury ha dicho, en una requisitoria, que yo predicaba contra la intolerancia y contra la existencia de la religión cristiana. — Ha querido decir “evidencia”, le repliqué yo, no hay que encender fuego por una palabra. — ¡Eh, Dios mío!, demasiado fuego he encendido, dijo Jean-Jacques; en todas partes queman mi libro. Salgo de París como M. d’Assouci de Montpellier, por miedo a que quemen mi persona^[411]. — Eso se hacía, le dije, en la época de Anne Dubourg y de Michel Servet^[412], pero ahora ya no es humano. ¿Qué libro era el que han quemado? — Educaba a mi manera, contestó, a un niño en cuatro tomos. Me daba cuenta de que tal vez podía aburrir; y para alegrar la materia decidí colar hábilmente una cincuentena de páginas en favor del teísmo^[413]. Creí que mi teísmo lograría pasar diciendo injurias contra los filósofos, y me equivoqué. — ¿Qué es teísmo?, pregunté. — Es, me contestó, la adoración de un Dios, en espera de que me informe mejor. — ¡Ah!, dije, si ése es todo vuestro crimen, consolaos. Pero ¿por qué injurir a los filósofos? — He hecho mal, dijo. — Pero, señor Jean-Jacques, ¿cómo os habéis vuelto teísta? ¿Qué ceremonia se necesita para eso? — Ninguna, nos dijo Jean-Jacques. Nací protestante, rechacé todo lo que los protestantes condenan en la religión romana; luego rechacé todo lo que las demás religiones condenan en el protestantismo; sólo me ha quedado Dios; lo he adorado, y maese Joly de Fleury ha presentado una requisitoria contra mí.» / Entonces hablamos a fondo del teísmo con Jean-Jacques, que nos hizo saber que había trescientos mil teístas en Londres y cerca de cuarenta mil sólo en París, porque los parisienses nunca llegan a nada sino mucho después que los ingleses: testigo, la inoculación, la gravitación, la sembradora, etc. Añadió que el norte de Alemania estaba lleno de teístas y de gentes que luchan bien. / El señor de Boucacous lo escuchó atentamente, y prometió hacerse teísta. En cuanto a mí, permanecí firme. No sé, sin embargo, si quemaré este pequeño escrito, como una obra de Jean-Jacques, o como un mandamiento de obispo^[414]; pero un mal que nos amenaza, no siempre impide ser sensible al mal ajeno, y como mi corazón es bueno, lamento las tribulaciones de Jean-Jacques^[415].

Diálogo del Capón y la Pularda^[416]

El Capón

¡Ay, Dios mío!, mi pobre gallina, qué triste estás. ¿Qué te pasa?

La Pularda

Mi querido amigo, pregúntame más bien qué no me pasa. Una maldita criada me ha puesto en sus rodillas, me ha metido una larga aguja en el culo, me ha enganchado la matriz, la ha enrollado en la aguja, la ha arrancado y se la ha dado de comer a su gato. Y aquí me tienes, incapaz de recibir los favores del cantor del día y de poner huevos.

El Capón

¡Ay!, amiga mía, yo he perdido más que vos; me han hecho una operación doblemente cruel: ni vos ni yo volveremos a tener consuelo en este mundo; a vos os hicieron pularda, a mí capón. La única idea que alivia mi deplorable estado es que estos días pasados oí razonar, cerca de mi gallinero, a dos abates italianos a los que les hicieron el mismo ultraje para que pudieran cantar ante el papa con voz más clara. Decían que los hombres habían empezado por circuncidar a sus semejantes y que terminaban castrándolos; maldecían al destino y al género humano.

La Pularda

¿Cómo? ¿O sea que nos han privado de la parte más bella de nosotros mismos para que tengamos una voz más clara?

El Capón

¡Ay, mi pobre pularda! Ha sido para engordarnos y para hacer más delicada nuestra carne.

La Pularda

¿Y qué? ¿Cuando estemos más gordos, lo estarán ellos más?

El Capón

Sí, porque pretenden comernos.

La Pularda

¿Comernos? ¡Ah, qué monstruos!

El Capón

Es su costumbre; nos encierran durante unos días, nos hacen tragar una masa cuyo secreto conocen, nos sacan los ojos para que no nos distraigamos y, finalmente, cuando llega el día del festejo, nos arrancan las plumas, nos cortan el cuello y nos asan. Nos llevan a su presencia en una ancha fuente de plata; cada cual dice de nosotros lo que piensa, hacen nuestra oración fúnebre: uno dice que olemos a avellanas, el otro alaba nuestra carne succulenta, ponderan nuestros muslos, nuestros brazos, nuestra rabadilla; y ahí termina para siempre nuestra historia en este bajo mundo.

La Pularda

¡Qué bribones más abominables! Estoy a punto de desmayarme. ¿Cómo? ¿Me arrancarán los ojos? ¿Me cortarán el cuello? ¿Me asarán y me comerán? ¿Y no tienen remordimiento esos malvados?

El Capón

No, amiga mía: los dos abates de que os he hablado decían que los hombres nunca tienen remordimiento por las cosas que están acostumbrados a hacer.

La Pularda

¡Detestable calaña! Apuesto a que, mientras nos devoran, se echan además a reír y a contar historias picantes, como si tal cosa.

El Capón

Lo habéis adivinado; mas sabed, para consuelo vuestro (si es que lo hay), que esos animales, que son bípedos como nosotros, y que están muy por debajo de nosotros puesto que no tienen plumas, a menudo han obrado de la misma manera con sus semejantes. Oí decir a mis dos abates que todos los emperadores cristianos

y griegos nunca dejaban de arrancar los dos ojos a sus primos y a sus hermanos; que incluso, en el país en que estamos, había un tal Bonachón que mandó arrancar los ojos a su sobrino Bernard. Y, por lo que respecta a lo de asar hombres, nada ha sido lo más corriente entre esa especie. Decían mis dos abates que habían asado a más de veinte mil por ciertas opiniones que a un capón le serían difíciles de explicar, y que me importan un bleo.

La Pularda

Seguramente los asaban para comérselos.

El Capón

No me atrevería a asegurarlo; pero recuerdo bien haber oído con toda claridad que hay muchos países, y entre otros el de los judíos, donde los hombres son comidos a veces unos por otros.

La Pularda

Ese punto puede admitirse. Es justo que una especie tan perversa se devore a sí misma, y que la Tierra se vea purgada de esa raza. Pero yo, que soy pacífica, yo, que nunca he hecho nada malo, yo, que incluso he alimentado a esos monstruos dándoles mis huevos, ¿ser castrada, cegada, degollada y asada! ¿Se nos trata así en el resto del mundo?

El Capón

Los dos abades dicen que no. Aseguran que en un país llamado la India, mucho más grande, más hermoso, más fértil que el nuestro, los hombres tienen una ley santa que desde hace miles de siglos les prohíbe comernos; que incluso un tal Pitágoras, después de viajar a esos pueblos justos, había traído a Europa esa ley humanitaria que fue seguida por todos sus discípulos. ¡Esos buenos abades leían a Porfirio el Pitagórico^[417], que escribió un hermoso libro contra los asadores!

¡Qué gran hombre! ¡Qué hombre divino el tal Porfirio! ¡Con qué sabiduría, con qué fuerza, con qué tierno respeto por la Divinidad prueba que nosotros somos los aliados y parientes de los hombres!; que Dios nos dio los mismos órganos, los mismos sentimientos, la misma memoria, el mismo germen desconocido de entendimiento que se desarrolla en nosotros hasta un punto determinado por las leyes eternas, ¡y que ni los hombres ni nosotros rebasamos jamás! En efecto, mi querida pularda, ¿no sería un ultraje a la Divinidad decir que

tenemos sentidos para no sentir, un cerebro para no pensar? Esa idea digna, por lo que decían, de un loco llamado Descartes, ¿no sería el colmo del ridículo y la vana excusa de la barbarie?

Por eso los mayores filósofos de la Antigüedad nunca nos ponían en el asador. Se dedicaban a tratar de aprender nuestro lenguaje y a descubrir nuestras propiedades, tan superiores a las de la especie humana. Con ellos estábamos a salvo como en la edad de oro. Los sabios no matan nunca a los animales, dice Porfirio; sólo los bárbaros y los sacerdotes los matan y se los comen. Escribió ese admirable libro para convertir a uno de sus discípulos que se había hecho cristiano por glotonería.

La Pularda

Y ¿se elevaron altares a ese gran hombre que enseñaba la virtud al género humano y salvaba la vida al género animal?

El Capón

No, inspiró horror a los cristianos que nos comen y que todavía hoy detestan su memoria; dicen que era impío y que sus virtudes eran falsas, dado que era pagano.

La Pularda

¡Qué horribles prejuicios tiene la glotonería! El otro día oí, en esa especie de granja que está junto a nuestro gallinero, a un hombre que era el único que hablaba ante otros hombres que permanecían callados; gritaba que «Dios había hecho un pacto con nosotros y con esos otros animales llamados “hombres”; que Dios les había prohibido alimentarse de nuestra sangre y de nuestra carne». ¿Cómo pueden añadir, a esa prohibición positiva, permiso para devorar nuestros miembros cocidos o asados? Cuando nos han cortado el pescuezo, es imposible que quede mucha sangre en nuestras venas; esa sangre se mezcla necesariamente con nuestra carne; por lo tanto, desobedecen visiblemente a Dios cuando nos comen. Además, ¿no es sacrilegio matar y devorar a gentes con las que Dios ha hecho un pacto? Extraño tratado sería aquel cuya única cláusula fuera entregarnos a la muerte. O nuestro creador no ha hecho pacto alguno con nosotros, o es un crimen matarnos y hacer que nos cuezan: no hay término medio.

El Capón

No es ésa la única contradicción que reina entre esos monstruos, eternos enemigos nuestros. Hace mucho que se les reprocha que no están de acuerdo en nada. No hacen leyes más que para violarlas; y lo peor es que las violan a plena conciencia. Han inventado cien subterfugios, cien sofismas para justificar sus transgresiones. Se sirven del pensamiento únicamente para autorizar sus injusticias, y sólo utilizan las palabras para disimular sus pensamientos. Figúrate que, en el pequeño país en que vivimos, tienen prohibido comernos dos días de la semana; pues encuentran medios para eludir la ley; además de que esa ley, que te parece muy favorable, es muy bárbara; ordena que esos días se coma a los habitantes de las aguas; van en busca de víctimas al fondo de los mares y los ríos. Devoran criaturas de las que una sola cuesta con frecuencia más del valor de cien capones: a eso lo llaman «ayunar, mortificarse». En fin, no creo que sea posible imaginar una especie al mismo tiempo más ridícula y más abominable, más extravagante y más sanguinaria.

La Pularda

¡Ay, Dios mío! ¿No estoy viendo venir ya a ese infame marmitón con su gran cuchillo?

El Capón

Es cosa hecha, amiga mía, nuestra última hora ha llegado; encomendemos nuestra alma a Dios.

La Pularda

¡Ojalá consiga dar al malvado que me coma una indigestión que lo haga reventar! Pero los pequeños se vengan de los grandes con vanos deseos, y los poderosos se burlan de ellos.

El Capón

¡Ay! Me agarran por el cuello. Perdonemos a nuestros enemigos.

La Pularda

No puedo; me agarran, me llevan. Adiós, mi querido capón.

El Capón

Adiós por toda la eternidad, mi querida pularda.

Del horrible peligro de la lectura^[418]

Nos, Yusuf-Cheribí, por la gracia de Dios muftí del Santo Imperio Otomano, luz de luces, elegido entre los elegidos, a todos los fieles que vean éstas presentes, estupidez y bendición.

Así como Said Effendi, antiguo embajador de la Sublime Puerta en un pequeño Estado llamado Frankrom^[419], situado entre España e Italia, trajo entre nosotros el pernicioso uso de la imprenta^[420], tras consultar sobre esta novedad a nuestros venerables hermanos los cadíes e imanes de la ciudad imperial de Estambul, y sobre todo a los faquires conocidos por su celo contra el espíritu, ha parecido bien a Mahoma y a Nos condenar, proscribir, anatematizar la dicha infernal invención de la imprenta, por las causas anunciadas a continuación:

1. Esa facilidad de comunicar los pensamientos tiende evidentemente a disipar la ignorancia, que es la guardiana y la salvaguarda de los Estados bien civilizados.

2. Es de temer que, entre los libros traídos de Occidente se encuentren algunos sobre la agricultura y sobre los medios de perfeccionar las artes mecánicas, obras que a la larga podrían, no lo quiera Dios, despertar el genio de nuestros agricultores y de nuestros fabricantes, alentar su trabajo, aumentar sus riquezas e inspirarles un día alguna elevación de alma, algún amor por el bien público, sentimientos absolutamente opuestos a la sana doctrina.

3. Ocurriría al cabo que tendríamos libros de historia despojados de lo maravilloso que mantiene a la nación en una feliz estupidez. En esos libros se cometería la imprudencia de hacer justicia a las buenas y a las malas acciones, y de recomendar la equidad y el amor a la patria, lo cual es visiblemente contrario a los derechos de nuestro cargo.

4. Podría ocurrir que, en la sucesión de los tiempos, miserables filósofos, con el pretexto especioso, pero punible, de esclarecer a los hombres y de hacerlos mejores, vinieran a enseñarnos virtudes peligrosas cuyo conocimiento no debe tener nunca el pueblo.

5. Podrían, al aumentar el respeto que tienen por Dios, y al imprimir

escandalosamente que él lo llena todo con su presencia, disminuir el número de peregrinos a La Meca, con gran detrimento de la salvación de las almas.

6. Ocurriría sin duda que a fuerza de leer a los autores occidentales que han tratado sobre las enfermedades contagiosas y la manera de prevenirlas, tendríamos la desgracia de vernos protegidos de la peste, lo cual sería un atentado enorme contra las órdenes de la Providencia.

A estas y otras causas, para edificación de los fieles y el bien de sus almas les prohibimos leer nunca ningún libro, so pena de condenación eterna. Y, por miedo a que les asalte la tentación diabólica de instruirse, prohibimos a padres y madres que enseñen a leer a sus hijos. Y, para prevenir cualquier contravención a nuestra ordenanza, les prohibimos expresamente pensar, bajo las mismas penas; ordenamos a todos los creyentes que denuncien a nuestra oficialidad a todo aquel que pronuncie cuatro frases bien ordenadas, de las que podría inferirse un sentido claro y neto. Ordenamos que en todas las conversaciones haya que servirse de términos que no signifiquen nada, según el antiguo uso de la Sublime Puerta.

Y para impedir que entre algún pensamiento de contrabando en la sagrada ciudad imperial, comisionamos especialmente al primer médico de Su Alteza, nacido en un pantano del Occidente septentrional; dicho médico, tras haber matado a cuatro personas augustas de la familia otomana^[421], está más interesado que nadie en prevenir cualquier introducción de conocimientos en el país; le otorgamos poder, por estas presentes, para que ordene la incautación de toda idea que se presentara por escrito o de viva voz a las puertas de la ciudad, y nos traiga la dicha idea atada de pies y manos, para que le sea infligido por nosotros el castigo que nos plazca.

Dado en nuestro palacio de la estupidez

el 7 de la luna de Muharem, el año 1143 de la hégira^[422]

*Conversación
de Luciano, Erasmo y Rabelais
en los Campos Elíseos^[423]*

Luciano trabó conocimiento, hace algún tiempo, con Erasmo, pese a la repugnancia que sentía por todo lo que llegase de las fronteras de Alemania. No creía que un griego debiera rebajarse a hablar con un báltavo; pero como aquel báltavo le pareció un muerto de buen tono, mantuvieron esta conversación.

Luciano

Así que habéis ejercido en un país bárbaro el mismo oficio que yo desempeñaba en el país más civilizado de la tierra; ¿os habéis burlado de todo?

Erasmo

¡Ay!, mucho me habría gustado; habría sido un gran consuelo para un pobre teólogo como era yo; pero no podía tomarme las mismas libertades que vos os tomasteis.

Luciano

Eso me extraña; a los hombres les gusta bastante que les muestren sus tonterías en general, con tal de que no se apunte a nadie en particular; cada cual aplica entonces al vecino sus propias ridiculeces, y todos los hombres se ríen a expensas unos de otros. ¿No ocurría lo mismo entre vuestros contemporáneos?

Erasmo

Había una diferencia enorme entre las gentes ridículas de vuestro tiempo y las del mío; vos sólo teníais que véros las con dioses que se representaban en el teatro, y con filósofos que tenían menos reputación aún que los dioses; pero yo estaba rodeado de fanáticos y necesitaba una gran circunspección para no ser quemado por unos o asesinado por otros.

Luciano

¿Cómo podíais reiros en semejante alternativa?

Erasmus

Por eso apenas me reía, y pasaba por ser mucho más divertido de lo que en realidad era; me creyeron muy alegre y muy ingenioso porque entonces todo el mundo estaba triste. Se dedicaban a analizar profundamente ideas nuevas que volvían a los hombres atrabiliarios. El que pensaba que un cuerpo puede estar en dos sitios a la vez estaba dispuesto a degollar al que explicaba lo mismo de un modo diferente. Y había cosas peores: un hombre de mi condición que no hubiese tomado partido entre estas dos facciones habría pasado por un monstruo.

Luciano

¡Qué hombres más extraños los bárbaros con que vivíais! En mis tiempos, los getas y los masagetas eran más dulces y más razonables; ¿y cuál era entonces vuestra profesión en el horrible país en que vivíais?

Erasmus

Era monje holandés.

Luciano

¡Monje! ¿Qué profesión es ésta?

Erasmus

La de no tener ninguna, la de comprometerse mediante juramento inviolable a ser inútil al género humano, a ser absurdo y esclavo, a vivir a expensas de los demás.

Luciano

¡Vaya oficio tan miserable! Y, con tanto talento, ¿cómo pudisteis abrazar un estado que deshonra a la naturaleza humana? Pase todavía eso de vivir a expensas de los demás, pero ¡mira que hacer voto de no tener sentido común y de perder la libertad!

Erasmus

Es que, siendo muy joven y no teniendo parientes ni amigos, me dejé seducir por unos pordioseros que trataban de aumentar el número de sus semejantes.

Luciano

¿Cómo! ¿Había muchos hombres de esa especie?

Erasmus

En Europa eran entre seiscientos y setecientos mil.

Luciano

¡Santo cielo! ¡Entonces el mundo se ha vuelto muy estúpido y muy bárbaro desde que lo dejé! ¡Qué razón tenía Horacio cuando dijo que todo iría a peor!

Progeniem vitiosiore

(Lib. III, od. VI, 5 ult).

Erasmus

Lo que me consuela es que, en el siglo en que viví, todos los hombres habían llegado al último peldaño de la locura; no les quedará más remedio que descender, y que entre ellos haya algunos que por fin recuperen un poco de razón.

Luciano

Lo dudo mucho. Decidme, por favor, cuáles eran las principales locuras de vuestro tiempo.

Erasmus

Tomad, aquí tenéis una lista que siempre llevo conmigo; leed.

Luciano

Muy larga es.

(Luciano lee, se echa a reír; llega Rabelais).

Rabelais

Señores, cuando hay risa de por medio, yo no sobro; ¿de qué se trata?

Luciano y Erasmo

De extravagancias.

Rabelais

¡Ah!, entonces soy vuestro hombre.

Luciano, a Erasmo

Y este bicho raro, ¿quién es?

Erasmo

Un hombre que fue más atrevido que yo y más divertido; pero no era más que cura, y podía tomarse más libertades que yo, que era monje.

Luciano, a Rabelais

¿Hiciste voto, como Erasmo, de vivir a expensas de los demás?

Rabelais

Por partida doble, porque era cura y médico. Nací muy inteligente, llegué a ser tan sabio como Erasmo; pero, al ver que la sabiduría y la ciencia sólo llevaban por lo general al hospital o a la horca, al ver incluso que este medio burlón de Erasmo era perseguido a veces, se me ocurrió ser más loco que todos mis compatriotas juntos; escribí un voluminoso libro de patrañas increíbles, lleno de porquerías, en el que ridiculicé todas las supersticiones, todas las ceremonias, todo lo que mi país reverenciaba, todos los estados desde el de rey y de sumo pontífice hasta el de doctor en teología, que es el último de todos; dediqué mi libro a un cardenal^[424], e hice reír incluso a los que me desprecian.

Luciano

¿Qué es un cardenal, Erasmo?

Erasmo

Un cura vestido de colorado, a quien se da cien mil escudos de renta por no hacer nada en absoluto.

Luciano

Habréis de reconocer cuando menos que esos cardenales eran razonables. Es de suponer que no todos vuestros conciudadanos estuviesen tan locos como decís.

Erasmus

Permítame el señor Rabelais tomar la palabra. Los cardenales tenían otra clase de locura, que era la de dominar; y como es más fácil someter a tontos que a gentes de talento, quisieron apalear a la razón, que empezaba a levantar cabeza. El señor Rabelais, a quien tenéis delante, imitó al primer Bruto, que se fingió insensato para escapar de la desconfianza y de la tiranía de los Tarquinos.

Luciano

Todo lo que me decís me confirma en la opinión de que valía más vivir en mi siglo que en el vuestro. Esos cardenales de los que me habláis, ¿eran entonces los dueños del mundo entero, puesto que regían a los locos?

Rabelais

No; había un viejo loco por encima de ellos.

Luciano

¿Cómo se llamaba?

Rabelais

Papagayo. La locura de este hombre consistía en decirse infalible y en creerse el amo de los reyes; y lo había dicho tanto, tanto lo había repetido, tanto lo había hecho proclamar por los monjes que al final casi toda Europa estaba persuadida.

Luciano

¡Ah!, ¡cuán superiores sois a nosotros en demencia! Las fábulas de Júpiter, de Neptuno y de Plutón, de las que yo tanto me burlé, eran cosas respetables comparadas con las tonterías que hicieron creer a vuestro mundo. No puedo comprender cómo conseguisteis poner en ridículo, sin peligro, a gente que debía temer el ridículo todavía más que una conspiración. Porque, a fin de cuentas, nadie

se burla impunemente de sus amos, y yo fui lo bastante sensato para no decir una sola palabra de los emperadores romanos. ¿Cómo? ¿Vuestra nación adoraba a un papagayo? ¿Atribuíais a ese papagayo todas las ridiculeces imaginables y vuestra nación lo soportaba? ¿Tan paciente era?

Rabelais

Debo haceros saber lo que era mi nación. Era un conglomerado de ignorancia, de superstición, de tontería, de crueldad y de broma. Empezaron por ahorcar y por cocer a todos los que hablaban en serio contra los papagayos y los cardenales. El país de los welches, donde nací, nadó en sangre; pero, en cuanto se acababan esas ejecuciones, la nación de ponía a bailar, cantar, hacer el amor, beber y reír. Ataqué a mis compatriotas en su punto flaco: les hablé de beber, dije ordinarièces, y con ese truco todo me fue permitido. La gente de talento comprendieron la argucia, y me lo agradecieron; la gente ordinaria sólo vio las porquerías, y las saborearon; todo el mundo me quiso, en vez de perseguirme.

Luciano

Me dais gran deseo de ver vuestro libro. ¿No tendríais un ejemplar en vuestro bolso? Y vos, Erasmo, ¿no podríais prestarme vuestras chanzas?

(Aquí Erasmo y Rabelais entregan sus obras a Luciano, que lee algunos trozos; y mientras él lee, los dos filósofos charlan).

Rabelais, a Erasmo

Yo leí vuestros escritos, y vos no leísteis los míos, porque vine al mundo algo después de vos. Tal vez vos fuisteis demasiado reservado en vuestras burlas, y yo demasiado atrevido en las mías; pero en realidad los dos pensamos lo mismo. Por lo que a mí se refiere, me río cuando veo a un doctor llegar a este país.

Erasmo

Pues yo lo compadezco; me digo: ¡Ahí llega un desgraciado que ha dedicado toda su vida a engañarse, y que aquí no gana nada saliendo del error!

Luciano

¿Por qué? ¿No es nada desengañarse?

Erasmus

Muy poca cosa cuando ya no se puede desengañar a los demás. El gran placer es mostrar el camino a los amigos que se extravían, y los muertos no preguntan su camino a nadie.

Erasmus y Rabelais siguieron hablando bastante rato. Luciano volvió después de haber leído el capítulo de los Limpiaculos^[425] y algunas páginas del *Elogio de la locura*. Luego, habiéndose encontrado con el doctor Swift, los cuatro se fueron a cenar juntos.

Pequeña digresión^[426]

En los inicios de la fundación de los Trescientos^[427], se sabe que todos eran iguales, y que sus menores asuntos se decidían a pluralidad de votos. Distinguían perfectamente por el tacto la moneda de cobre de la de plata; ninguno tomó nunca el vino de Brie por vino de Borgoña. Su olfato era más fino que el de sus vecinos que tenían dos ojos. Razonaron perfectamente sobre los cuatro sentidos, es decir, supieron cuanto está permitido saber sobre ellos; y vivieron todo lo tranquilos y dichosos que pueden serlo los ciegos. Por desgracia, uno de sus profesores pretendió tener nociones claras sobre el sentido de la vista; consiguió ser escuchado, intrigó, logró entusiastas; terminaron reconociéndole por jefe de la comunidad. Empezó entonces a juzgar soberanamente sobre colores, y todo se echó a perder.

Este primer dictador de los ciegos creó primero un pequeño consejo, con el que se hizo dueño de todas las limosnas. Gracias a este medio, nadie se atrevió a enfrentarse a él. Decidió que todas las ropas de los ciegos eran blancas; los ciegos le creyeron; sólo hablaban de sus ropas blancas, aunque no hubiera una sola de ese color. Todo el mundo se burló de ellos; fueron a quejarse al dictador, que los recibió muy mal; los trató de innovadores, de descreídos, de rebeldes, que se dejaban seducir por las opiniones erróneas de los que tenían ojos, y que se atrevían a dudar de la infalibilidad de su amo. Esta disputa dio origen a dos bandos. Para aplacarlos, el dictador dio un decreto por el que todas sus ropas eran rojas. No había ningún ropaje rojo entre los ciegos. Se burlaron de ellos más que nunca; nuevas quejas de parte de la comunidad. El dictador se enfureció, los otros ciegos también; disputaron mucho tiempo, y sólo se restableció la concordia cuando a todos los ciegos se les permitió suspender su juicio sobre el color de sus ropas.

Leyendo esta pequeña historia, un sordo confesó que los ciegos habían hecho mal opinando sobre colores; pero se mantuvo firme en la opinión de que sólo a los sordos corresponde opinar de música.

Aventura india^[428]

Durante su estancia en las Indias, Pitágoras aprendió, como todo el mundo sabe, el lenguaje de los animales y las plantas en la escuela de los gimnosofistas. Paseando un día por un prado muy cerca de la orilla del mar, oyó estas palabras: «¡Qué desgracia haber nacido hierba! Apenas he llegado a dos pulgadas de altura y ya hay un monstruo devorador, un animal horrible que me pisa con sus grandes pies; sus fauces están armadas con una hilera de hoces afiladas con la que me corta, me desgarran y me engulle. Los hombres llaman a ese monstruo un “carnero”. No creo que haya en el mundo criatura más abominable».

Pitágoras avanzó unos pasos; encontró una ostra que bostezaba en una pequeña roca; aún no había aceptado esa admirable ley por la que se prohíbe comer animales semejantes a nosotros. Iba a tragarse la ostra cuando el animal pronunció estas enternecedoras palabras: «¡Oh, naturaleza! ¡Qué feliz es la hierba, obra tuya como yo! Cuando la cortan, renace, es inmortal; mientras que nosotras, pobres ostras, en vano estamos defendidas por una doble coraza; unos malvados nos comen por docenas durante su almuerzo, y eso es para siempre jamás. ¡Qué espantoso destino el de una ostra, y qué bárbaros son los hombres!».

Pitágoras se sobresaltó; sintió la enormidad del crimen que iba a cometer; pidió perdón a la ostra entre lágrimas y volvió a ponerla con cuidado en su roca.

Cuando, de regreso a la ciudad, cavilaba profundamente en esa aventura, vio a unas arañas comiéndose unas moscas, unas golondrinas comiéndose unas arañas, a unos gavilanes comiéndose unas golondrinas. «Todas estas gentes, dijo, no son filósofas».

Al entrar en la ciudad, Pitágoras fue golpeado, magullado y tirado al suelo por una multitud de bribones y bribonas que corrían gritando: «¡Bien hecho, bien hecho, bien merecido lo tienen! — ¿Quién? ¿Qué?», dijo Pitágoras levantándose mientras la gente seguía corriendo y diciendo: «¡Ay, ojalá tengamos el placer de verlos cocer!».

Pitágoras pensó que hablaban de lentejas o de alguna otra legumbre; pero no era así, se trataba de dos pobres indios. «¡Ah, sin duda, son dos grandes filósofos hartos de la vida!, dijo Pitágoras; les resulta muy fácil volver a nacer bajo otra forma; es un placer cambiar de casa, aunque siempre se esté mal alojado; pero sobre gustos no hay disputa».

Avanzó con la multitud hasta la plaza pública, y fue allí donde vio una gran hoguera encendida, y frente a esa hoguera un banco que llamaban «tribunal», y sobre ese banco unos jueces, y todos estos jueces tenían una cola de vaca en la mano, y en la cabeza un gorro en todo semejante a las dos orejas del animal que llevó a Sileno cuando éste fue en tiempos pasados al país con Baco, después de haber cruzado el mar de Eritrea a pie enjuto y haber parado el sol y la luna, como fielmente se cuenta en los *Órficos*^[429].

Entre los jueces había un hombre honrado a quien Pitágoras conocía mucho. El sabio de la India explicó al sabio de Samos lo que ocurría en aquella fiesta que iban a dar al pueblo hindú.

«Los dos indios, dijo, no tienen ninguna gana de que los quemen; mis graves colegas los han condenado a ese suplicio, a uno por haber dicho que la sustancia de Xaca no es la sustancia de Brahma, y al otro por haber sospechado que se podía agradar al Ser supremo con la virtud, sin tener agarrada, en el momento de la muerte, una vaca por la cola; porque, según decía, se puede ser virtuoso en todo tiempo, y no siempre se encuentra una vaca a mano. Las buenas mujeres de la ciudad se han asustado tanto de estas dos proposiciones heréticas que no han dejado en paz a los jueces hasta que han ordenado el suplicio de estos dos desdichados».

Pitágoras pensó que, desde la hierba, hasta el hombre había muchos motivos de pesadumbre. Sin embargo, hizo entrar en razón a los jueces, e incluso a las devotas, cosa esta que sólo ha ocurrido esa única vez.

Luego se fue a predicar la tolerancia a Crotona; pero un intolerante pegó fuego a su casa; y él ardió con ella, él, que había librado a dos hindúes de las llamas. «¡Sálvese quien pueda!»^[430]

El Ingenuo^[431]

Historia verdadera sacada
de los manuscritos del padre Quesnel^[432]

Capítulo primero

De cómo el prior de Nuestra Señora
de la Montaña y su señorita hermana
encontraron a un hurón

Cierto día san Dunstán^[433], irlandés de nación y santo de profesión, partió de Irlanda sobre una pequeña montaña que bogó hacia las costas de Francia, y en ese vehículo llegó a la bahía de Saint-Malo. Cuando hubo desembarcado, dio la bendición a su montaña, que le hizo profundas reverencias y se volvió a Irlanda por el mismo camino que había venido.

Dunstán fundó un pequeño priorato en aquellos pagos y le dio el nombre de «priorato de la Montaña», que todavía lleva, como todos saben.

En el año de 1689^[434], el 15 de julio, al atardecer, el abate de Kerkabón, prior de Nuestra Señora de la Montaña, paseaba a la orilla del mar con la señorita de Kerkabón, hermana suya, para tomar el fresco. El prior, ya algo entrado en años, era bonísimo eclesiástico, amado por sus vecinos después de haberlo sido tiempo atrás por sus vecinas. Lo que le había ganado sobre todo gran consideración fue ser el único beneficiado del país al que no estaban obligados a llevar a la cama cuando había cenado con sus cofrades. Sabía bastante pasablemente de teología; y cuando estaba harto de leer a san Agustín, se divertía con Rabelais^[435]; así que todo el mundo hablaba bien de él.

La señorita de Kerkabón, que nunca había estado casada, aunque tuviera grandes deseos de estarlo, conservaba no poca lozanía a la edad de cuarenta y cinco años; su carácter era bondadoso y sensible; amaba el placer y era devota.

Mirando el mar, el prior le decía a su hermana: «¡Ay! Aquí es donde embarcó nuestro pobre hermano con nuestra querida cuñada, la señora de Kerkabón, su esposa, en la fragata *L'Hirondelle*, en 1669, para ir a servir al Canadá.

Si no lo hubieran matado, podríamos tener la esperanza de volver a verle.

»— ¿Creéis, decía la señorita de Kerkabón, que a nuestra cuñada se la comieron los iroqueses, como nos dijeron? Cierto que si no se la hubieran comido, habría vuelto al país. La lloraré toda mi vida: era una mujer encantadora; y nuestro hermano, que tenía mucho talento, con toda seguridad habría hecho una gran fortuna».

Mientras ambos se emocionaban con este recuerdo, vieron entrar en la bahía de Rance un pequeño navío que arribaba con la marea: eran unos ingleses que venían a vender algunos géneros de su país. Saltaron a tierra, sin mirar al señor prior ni a su señorita hermana, quien quedó muy sorprendida de la escasa atención que les prestaban.

No le ocurrió lo mismo a un joven muy bien plantado que, de un brinco, se lanzó por encima de la cabeza de sus compañeros y se encontró cara a cara con la señorita. Le hizo una señal con la cabeza, pues aún no se usaba la reverencia. Su figura y su atuendo atrajeron las miradas del hermano y la hermana. Llevaba desnudas la cabeza y las piernas, calzaba los pies con pequeñas sandalias, se adornaba la frente con largos cabellos trenzados, y un pequeño jubón ajustaba su talle fino y desenvuelto; la apariencia era marcial y dulce. En una mano llevaba una botellita de agua de las Barbados^[436], y en la otra una especie de bolsa en la que había un cubilete y bonísima galleta de mar. Hablaba francés de modo muy inteligible. Ofreció su agua de las Barbados a la señorita de Kerkabón y a su señor hermano; bebió con ellos, y los animó a repetir, y todo ello de una forma tan sencilla y natural que hermano y hermana quedaron encantados. Le ofrecieron sus servicios, además de preguntarle quién era y a dónde iba. El joven respondió que no lo sabía, que era curioso, que había querido ver cómo eran las costas de Francia, que había venido e iba a volverse.

Juzgando por su acento que no era inglés, el señor prior se tomó la libertad de preguntarle de qué país era. «Soy hurón», le respondió el joven.

La señorita de Kerkabón, sorprendida y encantada de ver que un hurón le había presentado sus respetos, invitó al joven a cenar; él no se lo hizo rogar dos veces y los tres juntos se encaminaron al priorato de Nuestra Señora de la Montaña.

La pequeña y regordeta señorita se lo comía con sus ojillos y decía de vez en cuando al prior: «Este mocetón tiene un cutis de rosa y azucena. ¡Hermosa piel

para un hurón! — Tenéis razón, hermana mía», decía el prior. Ella le hacía una tras otra cien preguntas, y el viajero respondía siempre con mucho tino.

Pronto corrió el rumor de que había un hurón en el priorato. La buena sociedad del cantón se apresuró a ir allí a cenar. El abate de Saint-Yves se presentó con su señorita hermana, joven de la Baja Bretaña, muy linda y muy bien educada. El bailío, el recaudador de gabelas y sus esposas asistieron a la cena. Colocaron al forastero entre la señorita de Kerkabón y la señorita de Saint-Yves. Todo el mundo lo contemplaba con admiración; todo el mundo le dirigía la palabra y le interrogaba a la vez; no por ello el hurón se aturullaba. Parecía que hubiera adoptado por divisa la de milord Bolingbroke: *nihil admirari*^[437]. Pero al final, harto de tanto barullo, les dijo con bastante dulzura pero con cierta firmeza: «Señores, en mi país hablamos uno después de otro; ¿cómo queréis que os responda si no me dejáis que os oiga?». La razón siempre hace replegarse a los hombres en sí mismos por unos momentos; se hizo un gran silencio. El señor bailío, que siempre monopolizaba a los forasteros en cualquier casa que se hallase, y que era el interrogador^[438] mayor de la provincia, le dijo abriendo media cuarta la boca: «¿Cómo os llamáis, señor? — Siempre me han llamado el Ingenuo, contestó el hurón, y me han confirmado ese nombre en Inglaterra, porque siempre digo ingenuamente lo que pienso y de la misma forma hago cuanto quiero.

»— ¿Cómo es que, habiendo nacido hurón, habéis podido llegar a Inglaterra, señor? — Porque me llevaron; en un combate fui hecho prisionero por los ingleses, después de haberme defendido bastante bien; y cuando los ingleses, que aprecian el valor porque son valientes y tan honrados como nosotros, me propusieron devolverme a mi familia o ir a Inglaterra, acepté esto último, porque por temperamento me gusta apasionadamente ver mundo.

»— Pero, señor, dijo el bailío con su tono imponente, ¿cómo habéis podido abandonar padre y madre de ese modo? — Es que nunca he conocido padre ni madre», dijo el forastero. La concurrencia se enterneció y todo el mundo repetía: «¡Ni padre ni madre!». «Nosotros lo seremos para él, dijo la anfitriona a su hermano el prior. ¡Qué interesante es este señor hurón!».

El Ingenuo le dio las gracias por su cordialidad noble y altiva, y le hizo comprender que no necesitaba nada. «Observo, señor Ingenuo, dijo el serio bailío, que habláis francés mejor de lo que corresponde a un hurón. — Un francés que en mi temprana juventud capturamos en Huronia, respondió, y con quien trabé gran amistad, me enseñó su lengua; aprendo muy deprisa lo que quiero aprender. Al llegar a Plymouth me encontré con uno de vuestros franceses refugiados que

vosotros llamáis “hugonotes”^[439], no sé por qué; gracias a él hice algunos progresos en el conocimiento de vuestra lengua; y, en cuanto he podido expresarme de un modo inteligible, he venido a ver vuestro país, porque aprecio bastante a los franceses cuando no hacen demasiadas preguntas».

A pesar de esta discreta advertencia, el abate de Saint-Yves le preguntó qué lengua de las tres le gustaba más, la hurona, la inglesa o la francesa. «La hurona, sin lugar a dudas, respondió el Ingenuo. — ¿Es posible?, exclamó la señorita de Kerkabón. Siempre creí que el francés era la más bella de todas las lenguas después del bajobretón».

Todos empezaron entonces a preguntar al Ingenuo cómo se decía en hurón tabaco, y él respondía *taya*; cómo se decía comer, y él respondía *essenten*. La señorita de Kerkabón quiso saber a toda costa cómo se decía cortejar; le respondió que *trovander*^[440], y sostuvo, no sin visos de razón, que aquellas palabras en nada desmerecían de las francesas e inglesas correspondientes. *Trovander* pareció muy hermosa a todos los comensales.

El señor prior, que tenía en su biblioteca la gramática hurona que el reverendo padre Sagard-Théodat, recoleto y famoso misionero, le había regalado, se levantó un momento de la mesa para ir a consultarla. Volvió jadeante de emoción y de alegría. Reconoció al Ingenuo por un hurón auténtico. Se discutió un poco sobre la multiplicidad de las lenguas y convinieron en que, de no ser por la aventura de la torre de Babel^[441], toda la tierra habría hablado francés.

El bailío interrogador, que hasta entonces había desconfiado un poco del personaje, concibió por él un profundo respeto; le habló con mayor cortesía que antes, cosa que el Ingenuo no advirtió.

La señorita de Saint-Yves sentía mucha curiosidad por saber cómo se cortejaba en el país de los hurones. «Haciendo bellas acciones, respondió él, para agradar a personas que se parecen a vos». Todos los comensales aplaudieron asombrados. La señorita de Saint-Yves se ruborizó y quedó muy complacida. También se ruborizó la señorita de Kerkabón, pero no quedó igual de complacida; se sintió algo contrariada de que la galantería no la tuviera a ella por destino; pero era tan buena persona que su afecto por el hurón no se vio menguado. Con mucha bondad le preguntó cuántas amantes había tenido en Huronia. «Nunca tuve más que una, dijo el Ingenuo; era la señorita Abacaba, la amiga de mi querida nodriza; no son más rectos los juncos, ni es el armiño más blanco, ni los corderos más dulces, ni las águilas más altivas, ni los ciervos tan ligeros como lo era Abacaba.

Cierto día perseguía un conejo cerca de nosotros, a unas cincuenta leguas de nuestra casa. Un algonquino^[442] mal educado, que vivía cien leguas más allá, fue a quitarle el conejo; cuando lo supe, corrí allá, di en tierra con el algonquino de un mazazo y lo llevé a los pies de mi amada atado de pies y manos. Los padres de Abacaba quisieron comérselo^[443]; pero a mí nunca me gustó esa clase de festines; le devolví la libertad y gané un amigo. Abacaba se sintió tan conmovida por mi proceder que me prefirió a todos sus pretendientes. Aún me amaría si no la hubiera devorado un oso; castigué al oso, y durante mucho tiempo llevé puesta su piel, pero eso no me ha consolado».

Mientras oía este relato, la señorita de Saint-Yves sentía un secreto placer al saber que el Ingenuo sólo había tenido una amante, y que Abacaba ya no existía; pero no discernía la causa de su placer. Todo el mundo tenía clavados los ojos en el Ingenuo, y lo elogiaban mucho por haber impedido a sus camaradas comerse a un algonquino.

El despiadado bailío, que no podía reprimir su furia de interrogar, terminó por llevar su curiosidad hasta el punto de preguntar de qué religión era el señor hurón; si había escogido la anglicana, la galicana o la hugonote. «Yo soy de mi religión, dijo, como vos de la vuestra. — ¡Ay!, exclamó la Kerkabón, ya veo que esos desventurados ingleses no han pensado siquiera en bautizarlo. — ¡Santo cielo!, decía la señorita de Saint-Yves, ¿cómo es posible que los hurones no sean católicos? ¿No han convertido a todos los reverendos padres jesuitas?». El Ingenuo le aseguró que en su país no se convertía a nadie, que ningún verdadero hurón había cambiado nunca de opinión, y que, incluso, no había en su lengua ningún término que significase *inconstancia*. Estas últimas palabras agradaron sobremanera a la señorita de Saint-Yves.

«Nosotros lo bautizaremos, nosotros lo bautizaremos, decía la Kerkabón al señor prior; vuestro será ese honor, querido hermano; yo quiero ser a toda costa su madrina; el señor abate de Saint-Yves lo sacará de pila: será una ceremonia muy brillante; se hablará de ella en toda la Baja Bretaña, y nos proporcionará un honor infinito». Todos los presentes secundaron a la dueña de la casa; todos los comensales gritaban: «¡Nosotros lo bautizaremos!». El Ingenuo respondió que en Inglaterra dejaban vivir a la gente a su capricho. Manifestó que la proposición no le gustaba nada y que la ley de los hurones valía por lo menos tanto como la ley de los bajobretones; por último dijo que se iría al día siguiente. Acabaron de vaciar su botella de agua de las Barbados y todos se fueron a dormir.

Cuando hubieron llevado al Ingenuo a su cuarto, la señorita de Kerkabón y

su amiga la señorita de Saint-Yves no pudieron por menos de mirar por el agujero de una ancha cerradura para ver cómo dormía un hurón. Vieron que había extendido la manta de la cama en el suelo y que dormía en la más bella postura del mundo.

Capítulo II

El hurón llamado el Ingenuo,
reconocido por sus parientes

Según su costumbre, el Ingenuo se despertó con el sol, al canto del gallo, al que en Inglaterra y en Huronia llaman el clarín del día. Él no era como la buena sociedad, que languidece ociosa en su cama hasta que el sol ha hecho la mitad de su carrera, que no puede dormir ni levantarse, que pierde tantas horas preciosas en ese estado medianero entre la vida y la muerte, y que encima se queja de que la vida es demasiado corta.

Ya había recorrido dos o tres leguas y había matado treinta piezas de caza gastando una sola bala en cada una, cuando, al volver, encontró al señor prior de Nuestra Señora de la Montaña y a su discreta hermana paseando en gorro de dormir por su jardincillo. Les hizo presente de toda su caza y, sacando de la camisa una especie de pequeño talismán que siempre llevaba al cuello, les rogó que tuvieran la bondad de aceptarlo como prueba de gratitud por su buena acogida. «Es lo máspreciado que tengo, les dijo; me aseguraron que siempre sería feliz mientras llevara sobre mí este pequeño amuleto, y os lo doy para que seáis siempre felices».

El prior y la señorita sonrieron enternecidos ante el candor del Ingenuo. El regalo consistía en dos pequeños retratos bastante mal hechos, unidos con una correa muy gruesa.

La señorita de Kerkabón le preguntó si había pintores en Huronia. «No, dijo el Ingenuo, esta rareza me viene de mi nodriza; su marido la había conseguido por conquista, al despojar a unos franceses del Canadá que nos habían hecho la guerra; eso es cuanto supe de ella».

El prior miraba atentamente aquellos retratos; mudó de color, se emocionó, sus manos temblaron. «¡Por Nuestra Señora de la Montaña!, exclamó, ¡creo que ésta es la cara de mi hermano el capitán y la de su mujer!». La señorita, tras

haberlos examinado con igual emoción, opinó lo mismo. Ambos estaban pasmados de asombro y de una alegría mezclada a dolor; ambos se habían enternecido, ambos lloraban; su corazón palpitaba; prorrumpían en gritos; se quitaban de las manos los retratos; cada uno los cogía y los devolvía veinte veces en un segundo; devoraban con los ojos los retratos y al hurón; uno tras otro, y los dos a la vez le preguntaban en qué lugar, en qué tiempo, cómo habían ido a parar aquellas miniaturas a manos de su nodriza; calculaban, contaban el tiempo desde la partida del capitán; recordaban haber tenido noticia de que había llegado hasta el país de los hurones, y que desde entonces nunca habían vuelto a oír nada de él.

El Ingenuo les había dicho que no había conocido padre ni madre. El prior, que era hombre de sentido común, observó que el hurón tenía alguna barba^[444]; sabía de sobra que los hurones no la tienen. «Su mentón está cubierto de vello, luego es hijo de un hombre europeo; mi hermano y mi cuñada no reaparecieron después de la expedición contra los hurones en 1669; mi sobrino debía de ser entonces un niño de teta; la nodriza hurona le salvó la vida e hizo las veces de madre con él». En fin, después de cien preguntas y cien respuestas, el prior y su hermana llegaron a la conclusión de que el hurón era su propio sobrino. Lo cubrían de besos derramando lágrimas; y el Ingenuo reía, sin poder imaginarse que un hurón fuese sobrino de un prior bajobretón.

Acudieron todos los demás; el señor de Saint-Yves, que era gran fisonomista, comparó los dos retratos con la cara del Ingenuo; con mucha agudeza hizo notar que tenía los ojos de su madre, la frente y la nariz del difunto señor capitán de Kerkabón, y unas mejillas en las que había algo del uno y de la otra.

La señorita de Saint-Yves, que nunca había visto al padre ni a la madre, aseguró que el Ingenuo se parecía perfectamente a ambos. Todos admiraban a la Providencia y el encadenamiento de las cosas de este mundo. En fin, estaban tan persuadidos, tan convencidos del origen del Ingenuo, que él mismo consintió en ser sobrino del señor prior, diciendo que le daba lo mismo tenerle a él por tío que a otro.

Fueron a dar gracias a Dios a la iglesia de Nuestra Señora de la Montaña, mientras el hurón, con aire indiferente, pasaba el rato bebiendo en la casa.

Los ingleses que lo habían traído, y que estaban a punto de hacerse a la vela, fueron a decirle que era hora de partir. «Bien se ve, les dijo, que vosotros no habéis encontrado a vuestros tíos y a vuestras tías: yo me quedo aquí; volved a Plymouth, os regalo todas mis pertenencias, ya no necesito nada en el mundo, porque soy

sobrino de un prior». Los ingleses se hicieron a la vela, muy poco preocupados de que el Ingenuo tuviera parientes o no en la Baja Bretaña.

Después de que el tío, la tía y la concurrencia hubieran cantado el *Te Deum*, después de que el bailío siguiese abrumándolo a preguntas, después de que agotaron todo lo que el asombro, la alegría y la ternura pueden inspirar decir, el prior de la Montaña y el abate de Saint-Yves decidieron bautizar al Ingenuo cuanto antes. Pero no era lo mismo un hurón de veintidós años que un niño al que se regenera sin que sepa nada. Había que instruirlo, y eso parecía difícil, porque el abate de Saint-Yves suponía que un hombre nacido fuera de Francia carecía de sentido común.

El prior hizo notar a la concurrencia que si, en efecto, el señor Ingenuo, sobrino suyo, no había tenido la dicha de nacer en la Baja Bretaña, no por ello dejaba de tener talento; que se podían juzgar por todas sus respuestas y que, con toda seguridad, la naturaleza le había favorecido mucho, tanto por el lado paterno como por el materno.

Le preguntaron primero si había leído alguna vez un libro. Dijo que había leído a Rabelais traducido al inglés^[445] y algunos trozos de Shakespeare que sabía de memoria; que había encontrado aquellos libros en el camarote del capitán del barco que lo había traído desde América a Plymouth y que le habían gustado mucho. No dejó el bailío de interrogarle sobre aquellos libros: «Os confieso, dijo el Ingenuo, que he creído adivinar algo, y que el resto no lo he entendido».

Ante estas palabras, el abate de Saint-Yves pensó que así era como siempre había leído él, y que a la mayoría de los hombres le ocurre otro tanto. «Sin duda, ¿habéis leído la Biblia?, dijo al hurón. — Nada de eso, señor abate; no estaba entre los libros de mi capitán; nunca he oído hablar de ella. — Así son esos malditos ingleses, exclamaba la señorita de Kerkabón; harán más caso de una obra de Shakespeare, de un *plum-puding* y de una botella de ron que del Pentateuco. Por eso nunca han convertido a nadie en América. Desde luego que están malditos de Dios; y no tardaremos en arrebatarnos Jamaica y Virginia».

Sea como fuere, mandaron venir al sastre más hábil de Saint-Malo para vestir al Ingenuo de pies a cabeza. Los presentes se dispersaron; el bailío se fue a interrogar a otra parte. Cuando se marchaba, la señorita de Saint-Malo se volvió varias veces para mirar al Ingenuo; y le hizo reverencias más profundas de las que nunca había hecho a nadie en su vida.

Antes de despedirse, el bailío presentó a la señorita de Saint-Yves al badulaque de su hijo que salía del colegio; pero ella apenas lo miró; tan ocupada estaba con las cortesías al hurón.

Capítulo III

El hurón llamado el Ingenuo, convertido

Viéndose entrado en años y que Dios le enviaba un sobrino para su consuelo, al señor prior se le metió en la cabeza que podría resignar en él su beneficio si lograba bautizarlo y hacer que recibiera las órdenes.

El Ingenuo tenía una memoria excelente. La fortaleza de unos órganos bajobretones, robustecida por el clima del Canadá, había vuelto tan vigorosa su cabeza que, cuando golpeaban encima, apenas lo sentía; y cuando se le grababa algo dentro, no se borraba; nunca había olvidado nada. Su comprensión era más vivaz y nítida porque, como su infancia no se había visto cargada con las inutilidades y estupideces que abruma la nuestra, las cosas entraban en su cerebro sin nubes. El prior resolvió finalmente hacerle leer el Nuevo Testamento. El Ingenuo lo devoró con mucho gusto; pero, como no sabía ni en qué tiempo ni país habían ocurrido todas las aventuras contadas en ese libro, no dudó que el lugar de la escena fuera la Baja Bretaña, y juró cortarles la nariz y las orejas a Caifás y a Pilatos si alguna vez se encontraba con semejantes granujas.

Encantado con estas buenas disposiciones, su tío le puso al corriente en poco tiempo; alabó su fervor, pero le hizo saber que tal fervor era inútil, dado que aquellas gentes habían muerto hacía unos mil seiscientos noventa años. No tardó el Ingenuo en saberse casi todo el libro de memoria. A veces planteaba problemas que ponían en aprietos al prior. A menudo, éste se veía obligado a consultar con el abate de Saint-Yves, quien, no sabiendo qué responder, hizo venir a un jesuita bajobretón para acabar de convertir al hurón.

Finalmente obró la gracia; el Ingenuo prometió hacerse cristiano; no dudó de que tendría que empezar por circuncidarse^[446]. «Porque, decía, en el libro que me han hecho leer no veo un solo personaje que no lo haya sido; es, pues, evidente que debo hacer el sacrificio de mi prepucio: cuanto antes mejor». No consultó con nadie. Envió en busca del cirujano del pueblo y le rogó que le hiciese la operación, contando con dar una alegría infinita a la señorita de Kerkabón y a todos los demás una vez que estuviera concluida. El fráter^[447], que nunca había practicado

semejante operación, avisó a la familia, que puso el grito en el cielo. La bondadosa Kerkabón se estremeció ante la idea de que su sobrino, que parecía resuelto y expeditivo, se hiciera por sí mismo la operación con gran torpeza, y que de ella resultaran lamentables secuelas en las que siempre se interesan las damas por bondad de alma.

El prior corrigió las ideas del hurón; le hizo ver que la circuncisión no estaba ya de moda, que el bautismo era mucho más dulce y más saludable, que la ley de la gracia no era como la ley del rigor^[448]. El Ingenuo, que tenía mucho sentido común y rectitud, discutió, pero reconoció su error, cosa bastante rara en Europa entre gentes que discuten; prometió finalmente bautizarse cuando quisieran.

Antes era necesario confesarse, y esto era lo más difícil. El Ingenuo siempre llevaba en el bolsillo el libro que su tío le había dado. No encontraba en él que ningún apóstol se hubiera confesado, y esto lo volvía muy reacio. El prior le cerró la boca indicándole, en la epístola de Santiago el Menor, estas palabras que tanto apenan a los herejes: «Confesaos vuestros pecados los unos a los otros». El hurón calló y se confesó con un recoleto^[449]. Cuando hubo terminado, sacó al recoleto del confesonario y, cogiendo a su hombre con brazo vigoroso, se colocó en su lugar y le obligó a ponerse de rodillas ante él: «Vamos, amigo mío, dicho está: “Confesaos los unos a los otros”; yo te he contado mis pecados, tú no saldrás de aquí sin que me hayas contado los tuyos». Y mientras así hablaba, presionaba con su ancha rodilla el pecho de la parte contraria. El recoleto lanza alaridos que hacen temblar la iglesia. Acuden todos al alboroto, ven al catecúmeno vapuleando al monje en nombre de Santiago el Menor. La alegría de bautizar a un bajobretón hurón e inglés era tanta que pasaron por alto estas singularidades. Muchos teólogos pensaron, incluso, que la confesión no era necesaria, puesto que el bautismo lo suplía todo.

Pidieron día al obispo de Saint-Malo, quien, halagado, como puede suponerse, de bautizar a un hurón, llegó con gran aparato seguido de su clero. La señorita de Saint-Yves, bendiciendo a Dios, se puso sus mejores galas e hizo venir una peluquera de Saint-Malo para brillar en la ceremonia. El interrogador bailío acudió con toda la comarca. La iglesia estaba magníficamente engalanada; pero cuando llegó el momento de coger al hurón para llevarlo a las fuentes bautismales, no lo encontraron.

Tío y tía le buscaron por todas partes. Pensaron que habría salido de caza, según su costumbre. Todos los invitados a la fiesta recorrieron los bosques y las aldeas vecinas: no había ni rastro del hurón.

Empezaban a temer que se hubiera vuelto a Inglaterra. Recordaban haberle oído decir que ese país le gustaba mucho. El señor prior y su hermana estaban persuadidos de que allí no se bautizaba a nadie, y temblaban por el alma de su sobrino. El obispo estaba confundido y dispuesto a volverse a casa; el prior y el abate de Saint-Yves estaban desesperados; el bailío interrogaba a cuantos pasaban con su gravedad de siempre. La señorita de Kerkabón lloraba; la señorita de Saint-Yves no lloraba, pero lanzaba profundos suspiros que parecían testimoniar su gusto por los sacramentos. Ambas paseaban llenas de melancolía entre los sauces y cañas que bordean el pequeño río de Rance cuando divisaron en medio del río una gran figura bastante blanca, con las dos manos cruzadas sobre el pecho. Lanzaron un chillido y apartaron la vista. Pero, como su curiosidad no tardó en prevalecer sobre cualquier otra consideración, se deslizaron sin ruido entre las cañas y, cuando se cercioraron de que nadie las veía, quisieron ver de qué se trataba.

Capítulo IV

El Ingenuo, bautizado

Habiendo acudido el prior y el abate, preguntaron al Ingenuo qué estaba haciendo. «¡Pardiez, señores! Estoy esperando el bautismo. Llevo una hora con el agua hasta el cuello, y no es decente dejar que me enfríe. — Mi querido sobrino, le dijo el prior lleno de ternura, no es así como se bautiza en la Baja Bretaña; recoged vuestras ropas y venid con nosotros». Al oír estas palabras, la señorita de Saint-Yves decía en voz baja a su compañera: «Señorita, ¿creéis que se pondrá muy pronto las ropas?».

El hurón, mientras tanto, replicó al prior: «No me convenceréis esta vez como la otra; desde entonces he estudiado mucho, y estoy totalmente seguro de que es así como se bautiza. El eunuco de la reina Candace^[450] fue bautizado en un riachuelo; os desafío a que me mostréis en el libro que me disteis o que se haya hecho alguna vez de forma diferente. O no me bautizan o lo seré en el río». Costó mucho demostrarle que habían cambiado las costumbres. El Ingenuo era obstinado, porque era bretón y hurón. Volvía una y otra vez al eunuco de la reina Candace, y aunque su señorita tía y la señorita de Saint-Yves, que le habían observado entre los sauces, estuviesen en condiciones de decirle que no era el más indicado para citar a semejante hombre, no hicieron, sin embargo, nada por ser mucha su discreción. El obispo en persona fue a hablarle, lo que no era poco; pero no adelantaron nada: el hurón discutió con el obispo.

«Mostradme en el libro que me dio mi tío un solo hombre al que no hayan bautizado en el río, y haré cuanto queráis», le dijo.

La tía, desesperada, había observado que, la primera vez que su sobrino había saludado con una reverencia, se la había hecho a la señorita de Saint-Yves más profunda que a ninguna otra persona de la concurrencia y que ni siquiera al señor obispo le había saludado con aquel respeto mezclado a cordialidad que había manifestado ante esa hermosa señorita. Resolvió entonces dirigirse a ella en aquel gran aprieto; le suplicó que interpusiera su influencia para convencer al hurón de que debía bautizarse de la misma manera que los demás bretones, pues no creía que su sobrino pudiera ser alguna vez cristiano si persistía en querer ser bautizado en el agua corriente.

La señorita de Saint-Yves se ruborizó por la secreta satisfacción que sentía al verse encargada de comisión tan importante. Se acercó con mucho recato al Ingenuo y, estrechándole la mano de una manera a todas luces noble, le dijo: «¿Es que no haréis nada por mí?»; y al pronunciar estas palabras bajaba y alzaba los ojos con una gracia enternecedora. «Ah, todo cuanto queráis, señorita, todo cuanto me ordenéis: bautismo de agua, bautismo de fuego, bautismo de sangre^[451]; no hay nada que pueda negaros». La señorita de Saint-Yves tuvo la gloria de conseguir con dos palabras lo que ni las exhortaciones del prior, ni los reiterados interrogatorios del bailío, y ni siquiera los razonamientos del señor obispo, habían logrado. No dejó de percatarse de su triunfo, pero aún no captaba todo su alcance.

El bautismo fue administrado y recibido con toda la decencia, toda la magnificencia y todo el encanto posibles. Tío y tía cedieron al señor abate de Saint-Yves y a su hermana el honor de sacar de pila al Ingenuo. La señorita de Saint-Yves estaba radiante de alegría viéndose madrina. No sabía a qué la obligaba ese gran título; aceptó el honor sin conocer sus fatales consecuencias.

Como nunca hubo ceremonia que no fuese seguida de un gran banquete, se sentaron a la mesa nada más salir del bautizo. Los guasones de Baja Bretaña dijeron que no había que bautizar el vino. El señor prior decía que, según Salomón, el vino regocija el corazón del hombre^[452]. El señor obispo añadía que el patriarca Judá debía atar su rucio a la viña, y mojar su manto en la sangre de la uva^[453], y que era lamentable no poder hacer otro tanto en la Baja Bretaña, a la que Dios negó las viñas. Todos intentaban decir una frase ingeniosa sobre el bautismo del Ingenuo, y galanterías a la madrina. El bailío, que seguía interrogando, preguntaba al hurón si sería fiel a sus promesas. «¿Cómo queréis que falte a mis promesas, respondió el hurón, si las he hecho entre las manos de la señorita de Saint-Yves?».

El hurón se animó; bebió mucho a la salud de su madrina. «Me parece que, si me hubieran bautizado por vuestra mano, dijo, el agua fría que me han echado sobre el cerviguillo me habría quemado».

Al bailío esto le pareció muy poético, porque desconocía cuán familiar es la alegoría en el Canadá. Y a la madrina le produjo enorme satisfacción.

Habían dado al bautizado el nombre de Hércules. El obispo de Saint-Malo no cesaba de preguntar quién era aquel patrono del que no había oído hablar nunca. El jesuita, que era muy sabio, le dijo que era un santo que había hecho doce milagros. También había hecho un decimotercer milagro^[454] que valía tanto como lo otros doce, pero del que no convenía que hablara un jesuita: el de haber convertido en mujeres en una sola noche a cincuenta doncellas. Un bromista que allí se encontraba elogió dicho milagro con mucha energía. Todas las damas bajaron los ojos, y dedujeron por la fisonomía del Ingenuo que era digno del santo cuyo nombre llevaba.

Capítulo V

El Ingenuo, enamorado

Hay que confesar que después de ese bautismo y esa comida, la señorita de Saint-Yves deseaba ardientemente que el señor obispo la hiciera participar otra vez de algún hermoso sacramento con el señor Hércules el Ingenuo. Sin embargo, como estaba bien educada y era muy modesta, no se atrevía a reconocer del todo sus tiernos sentimientos; pero si a él se le escapaba una mirada, una palabra, un ademán, un pensamiento, ella lo envolvía todo en un velo de pudor infinitamente amable. Era tierna, avispada y prudente.

Cuando el señor obispo se hubo marchado, el Ingenuo y la señorita de Saint-Yves se encontraron sin haberse percatado de que se buscaban. Se hablaron sin haber imaginado lo que se dirían. El Ingenuo empezó por decirle que la amaba con todo su corazón, y que la bella Abacaba, por la que había estado loco en su país, no podía comparársele. Con su habitual modestia, la señorita le respondió que era preciso hablar cuanto antes con su tío el señor prior y con su señorita tía, y que, por su parte, ella le diría dos palabras a su querido hermano el abate de Saint-Yves, y que podía jactarse de un consentimiento general.

El Ingenuo le respondió que no había necesidad de consentimiento de nadie;

que le parecía extremadamente ridículo ir a preguntar a otros lo que se debía hacer; que, cuando dos partes están de acuerdo, no se necesita un tercero para conciliarlas. «Yo no consulto a nadie, dijo, cuando tengo ganas de comer, de cazar o de dormir. Ya sé que en amor no está mal tener el consentimiento de la persona a quien se quiere; pero, como no es ni de mi tío ni de mi tía de quien estoy enamorado, no es a ellos a quienes debo dirigirme en este asunto; y, si me hacéis caso, también vos prescindiréis del señor abate de Saint-Yves».

Como es fácil suponer, la bella bretona empleó toda la delicadeza de su ingenio para reducir a su hurón a los términos exigidos por las conveniencias. Llegó incluso a enfadarse, pero no tardó en dar muestras de dulzura. En fin, no se sabe cómo habría terminado esta conversación si, cuando la luz declinaba, el señor abate no se hubiera llevado a su hermana a la abadía. El Ingenuo dejó que se acostaran su tío y su tía, algo cansados por la ceremonia y la larga comida. Pasó una parte de la noche haciendo versos en lengua hurona para su amada: porque es preciso saber que no hay ningún país de la tierra donde el amor no haya hecho poetas a los enamorados.

Al día siguiente, después del almuerzo, en presencia de la señorita Kerkabón, que estaba muy emocionada, su tío le habló así: «¡Loado sea el cielo, querido sobrino, por haberte hecho el honor de ser cristiano y bajobretón! Pero eso no basta; yo ya soy algo viejo; mi hermano sólo dejó un trozo de tierra que es muy poca cosa; yo tengo un buen priorato; con sólo que consintáis en haceros subdiácono, como espero, os resignaré mi priorato, y viviréis muy a vuestro gusto, después de haber sido el consuelo de mi vejez».

El Ingenuo respondió: «¡Tío mío, buen provecho os haga! ¡Vivid cuanto podáis! No entiendo nada de subdiácono ni de resignar, pero todo me parecerá estupendo si tengo a la señorita de Saint-Yves a mi disposición. — ¡Eh, Dios mío! Sobrino, ¿qué me decís? ¿Amáis, pues, a esa hermosa señorita hasta la locura? — Sí, tío. — ¡Ay, sobrino, es imposible que os caséis con ella! — No hay nada más posible, tío, porque no sólo me ha estrechado la mano al despedirme, sino que me ha prometido que me pediría en matrimonio; y me casaré con ella de seguro. — Os repito que es imposible: es vuestra madrina; una madrina comete un pecado espantoso si estrecha la mano de su ahijado; no está permitido casarse con la madrina de uno; las leyes humanas y divinas se oponen a ello⁴⁵⁵. — Pardiez, tío, os burláis de mí; ¿por qué habría de estar prohibido casarse con la madrina de uno si es joven y bonita? En el libro que me habéis dado no he visto que estuviera mal casarse con las jóvenes que ayudan a bautizarse a las gentes. Todos los días veo que se hace una infinidad de cosas que no están en vuestro libro, y que no se hace

nada de lo que en él se dice; os confieso que esto me asombra y me molesta. Si se me priva de la bella Saint-Yves so pretexto de mi bautismo, os advierto de que la rapto y me desbautizo».

El prior quedó confundido; su hermana lloró: «Querido hermano, le dijo, no es preciso que nuestro sobrino se condene; nuestro santo padre el papa puede otorgarle dispensa, y entonces podrá ser feliz cristianamente con la que ama». El Ingenuo abrazó a su tía. «¿Quién es ese hombre encantador, dijo, que favorece con tanta bondad a muchachos y a muchachas en sus amores? Quiero ir a hablar con él ahora mismo».

Le explicaron lo que era el papa, y el Ingenuo quedó más asombrado todavía que antes. «Querido tío, en vuestro libro no se dice una palabra de todo esto; he viajado, conozco el mar; aquí estamos junto al océano, ¿y he de abandonar a la señorita de Saint-Yves e ir a pedir permiso para amarla a un hombre que vive en el Mediterráneo, a cuatrocientas leguas de aquí, y cuya lengua no entiendo? ¡Es de una ridiculez incomprensible! Ahora mismo voy a casa del señor abate de Saint-Yves, que sólo vive a una legua de vos, y os aseguro que me casaré con mi amada hoy mismo».

Cuando todavía estaba hablando entró el bailío, que, según su costumbre, le preguntó adónde iba: «Voy a casarme», dijo el Ingenuo corriendo; y al cabo de un cuarto de hora ya estaba en casa de su bella y querida bajobretona, que aún dormía. «Ay, hermano, decía la señora de Kerkabón al prior, nunca lograréis hacer un subdiácono de nuestro sobrino».

El bailío quedó muy disgustado de aquel viaje, puesto que pretendía que su hijo se casara con la Saint-Yves; y aquel hijo era todavía más necio y más insoportable que su padre.

Capítulo VI

El Ingenuo corre a casa de su amada,
y se pone furioso

Nada más llegar, tras preguntar a una vieja sirvienta dónde estaba el cuarto de su amada, el Ingenuo había empujado con fuerza la puerta mal cerrada y se había abalanzado hacia el lecho. Despertándose sobresaltada, la señorita de Saint-Yves había exclamado: «¡Cómo! ¿Sois vos? ¡Ah, sois vos! Deteneos, ¿qué hacéis?».

Él había respondido: «Voy a desposaros», y en efecto, la habría desposado si ella no se hubiera debatido con toda la honestidad de una persona que tiene educación.

El Ingenuo no aguantaba bromas; todos aquellos melindres le parecían extremadamente impertinentes: «No eran éstas las costumbres de la señorita Abacaba, mi primera amante; no tenéis probidad; me habéis prometido matrimonio y no queréis hacer matrimonio: eso es faltar a las primeras leyes del honor; yo os enseñaré a cumplir vuestra palabra y os devolveré al camino de la virtud».

El Ingenuo poseía una virtud varonil e intrépida, digna de su patrono Hércules, cuyo nombre le habían dado en el bautismo; iba a ejercitarla en toda su extensión cuando a los penetrantes chillidos de la damisela más discretamente virtuosa acudió el prudente abate de Saint-Yves con su ama de llaves, un viejo criado devoto y un sacerdote de la parroquia. Al verlos, se moderó el coraje del asaltante: «¡Eh, Dios mío! Mi querido vecino, le dijo el abate, ¿qué estáis haciendo? — Mi deber, replicó el joven, cumplo mis promesas, que son sagradas».

La señorita de Saint-Yves se ajustó, ruborizándose, la ropa. Llevaron al Ingenuo a otro aposento. El abate le hizo ver la enormidad de aquella manera de proceder. El Ingenuo se defendió aduciendo los privilegios de la ley natural, que conocía perfectamente. El abate quiso probar que la ley positiva debía precederla, y que, sin las convenciones pactadas entre los hombres, la ley de la naturaleza casi nunca sería otra cosa que un bandidaje natural. «Se necesitan notarios, sacerdotes, testigos, contratos, dispensas», le decía. El Ingenuo le respondió con la reflexión que siempre han hecho los salvajes: «Entonces, gentes muy malvadas debéis de ser cuando entre vosotros se necesitan tantas precauciones».

Le costó trabajo al abate resolver esta dificultad: «Confieso que entre nosotros hay muchos inconstantes y granujas, dijo, y habría otros tantos entre los hurones si estuvieran reunidos en una gran ciudad; pero también hay almas prudentes, honestas, esclarecidas, y son estos hombres quienes han hecho las leyes. Cuanto más hombre de bien es uno, más debe someterse a ellas; se da ejemplo a los viciosos, que respetan un freno que la virtud se ha dado a sí misma».

Tal respuesta impresionó al Ingenuo. Ya hemos observado que su espíritu era justo. Lo dulcificaron a base de palabras halagüeñas y le dieron esperanzas: son las dos trampas en que los hombres de los dos hemisferios caen; le presentaron incluso a la señorita de Saint-Yves una vez que ésta se hubo arreglado. Todo se resolvió con el mayor decoro; mas, a pesar de esa decencia, los ojos chispeantes del

Ingenuo Hércules siempre lograron que su amada bajara los suyos, y que los presentes temblasen.

Costó un trabajo ímprobo enviarlo de vuelta a casa de sus parientes. Hubo que emplear de nuevo el crédito de la hermosa Saint-Yves, que, cuanto más sentía su poder sobre él, más lo amaba. Ella le hizo irse, quedando por ello muy desconsolada; por último, cuando se hubo ido, el abate, que no sólo era el hermano mayor de la señorita de Saint-Yves, sino también su tutor, decidió sustraer a su pupila a las urgencias de aquel amante temible. Fue a consultar al bailío, quien, como seguía destinando su hijo a la hermana del abate, le aconsejó meter a la pobre niña en una comunidad. Fue un golpe terrible: una mujer indiferente a la que metiesen en un convento pondría el grito en el cielo; pero, para una enamorada, y una enamorada tan prudente como tierna, era el colmo de la desesperación.

De vuelta en casa del prior, el Ingenuo lo contó todo con su candidez habitual. Soportó las mismas amonestaciones, que hicieron alguna mella en su espíritu y muy poca sobre sus sentidos; pero al día siguiente, cuando quiso volver a casa de su hermosa amada para razonar con ella sobre la ley natural y sobre la ley convencional, el señor bailío le informó con insultante alegría que estaba en un convento: «Bueno, dijo él, iré a razonar a ese convento. — Es imposible», dijo el bailío. Le explicó largo y tendido lo que era un convento^[456]; que esa palabra venía del latín *conventus*, que significa «asamblea»; y el hurón no podía comprender por qué no podía ser admitido él en la asamblea. Tan pronto como fue informado de que aquella asamblea era una especie de prisión donde se mantenía a las jóvenes encerradas, cosa horrible, desconocida entre los hurones y entre los ingleses, se puso tan furioso como su patrono Hércules cuando Eurito, rey de Ecalia, no menos cruel que el abate de Saint-Yves, le negó la bella Yole^[457], hija suya, no menos bella que la hermana del abate. Quería ir a pegar fuego al convento, raptar a su amada o quemarse con ella. La señorita de Kerkabón, espantada, renunciaba más que nunca a toda esperanza de ver a su sobrino subdiácono, y decía llorando que, desde que lo habían bautizado, tenía el diablo en el cuerpo.

Capítulo VII

El Ingenuo rechaza a los ingleses

Sumido en sombría y profunda melancolía, el Ingenuo se paseó a la orilla del mar con un fusil de dos disparos al hombro y su gran cuchillo al costado, disparando de vez en cuando sobre algunos pájaros, y tentado a menudo a

disparar sobre sí mismo; pero todavía amaba la vida a causa de la señorita de Saint-Yves. Unas veces maldecía a su tío, a su tía, y a toda la Baja Bretaña, y su bautismo; otras los bendecía porque le habían hecho conocer a la que amaba. Tomaba la resolución de ir a quemar el convento, y se detenía en seco por miedo a quemar a su amada. Las olas del Canal de la Mancha no son más agitadas por los vientos del este y del oeste de lo que su corazón lo estaba por tantos movimientos encontrados.

Caminaba a zancadas, sin saber adónde, cuando oyó el sonido del tambor. Vio de lejos toda una multitud: la mitad corría hacia la orilla, y la otra mitad huía.

Mil gritos se alzan de todos lados; la curiosidad y el valor le hacen correr al instante hacia el lugar del que partían aquellos clamores; vuela hasta allí en cuatro saltos. El comandante de la milicia, que había cenado con él en casa del prior, lo reconoció al punto; corre hacia él con los brazos abiertos: «¡Ah, es el Ingenuo, él combatirá por nosotros!». Y las milicias, que estaban muertas de miedo, se calmaron y gritaron también: «¡Es el Ingenuo! ¡Es el Ingenuo!

»— Señores, dijo él, ¿de qué se trata? ¿Por qué estáis tan asustados? ¿Han metido a vuestras amadas en conventos?». Entonces cien voces confusas exclamaron: «¿No veis a los ingleses que desembarcan?^[458] — Bueno, contestó el hurón, son buenas gentes; nunca me propusieron hacerme subdiácono, ni raptaron a mi amada».

El comandante le hizo comprender que los ingleses venían a saquear la abadía de la Montaña, beberse el vino de su tío, y quizá raptar a la señorita de Saint-Yves; que el pequeño bajel en que él había arribado a Bretaña únicamente había venido para reconocer la costa; que los ingleses cometían actos de hostilidad sin haber declarado la guerra al rey de Francia, y que la provincia se hallaba expuesta al peligro. «¡Ah!, si es así, violan la ley natural; dejadme hacer: he vivido mucho tiempo entre ellos, conozco su lengua, les hablaré, no creo que puedan tener un designio tan malvado».

Durante esta conversación, la escuadra inglesa seguía acercándose; y el hurón corre hacia ella, se lanza a una pequeña barca, llega, sube al navío almirante, y pregunta si es cierto que vienen a asolar aquellas tierras sin haber declarado honradamente la guerra. El almirante y toda su tripulación soltaron grandes carcajadas, le hicieron beber ponche y lo despacharon de vuelta.

Picado en su amor propio, el Ingenuo no pensó en otra cosa que en batirse

bien contra sus antiguos amigos y en favor de sus compatriotas y del señor prior. Los gentilhombres de las cercanías acudían de todas partes: él se une a ellos; tenían algunos cañones; él los carga, los apunta y los dispara uno tras otro. Los ingleses desembarcan, él corre hacia ellos, mata a tres por su propia mano, hiere incluso al almirante que se había burlado de él. Su valor despierta el coraje de toda la milicia; los ingleses vuelven a embarcar, y toda la costa retumba con los gritos de victoria: «¡Viva el rey! ¡Viva el Ingenuo!». Todos le abrazaban, todos se apresuraban a restañar la sangre de algunas heridas leves que había recibido. «¡Ah, decía, si la señorita de Saint-Yves estuviera aquí, me pondría una venda!».

El bailío, que se había escondido en su bodega durante el combate, fue a darle el parabién como los otros. Pero quedó atónito al oír a Hércules el Ingenuo decir a una docena de jóvenes de buena voluntad que le rodeaban: «Amigos míos, haber liberado la abadía de la Montaña no es nada; hay que liberar a una joven». Toda aquella fogosa juventud se encendió con estas solas palabras. Ya lo seguían en tropel y corrían al convento. Si el bailío no hubiera avisado al punto al comandante, si no hubieran corrido tras la alborozada tropa, lo habrían hecho. Devolvieron al Ingenuo a casa de su tío y su tía, que lo bañaron con lágrimas de alegría y de ternura.

«Bien veo que nunca seréis subdiácono ni prior, le dijo el tío; seréis un oficial más valiente todavía que mi hermano el capitán, y probablemente tan pobrete como él». Y la señorita de Kerkabón seguía llorando mientras lo abrazaba y decía: «Lo matarán como a mi hermano; más valdría que fuese subdiácono».

Durante el combate, el Ingenuo había recogido una gruesa bolsa repleta de guineas, que probablemente se le había caído al almirante. No dudó de que con aquella bolsa podría comprar toda la Baja Bretaña, y, sobre todo, hacer a la señorita de Saint-Yves gran dama. Todos lo exhortaron a viajar a Versalles para recibir allí el premio de sus servicios. El comandante y los principales oficiales lo colmaron de certificados. Tío y tía aprobaron el viaje del sobrino. Debía ser presentado sin dificultad al rey: eso bastaría para darle un prodigioso relieve en la provincia. Aquellas dos almas cándidas añadieron a la bolsa del inglés un considerable regalo de sus ahorros. El Ingenuo se decía para sus adentros: «Cuando vea al rey le pediré a la señorita de Saint-Yves en matrimonio, y seguro que no ha de negármela». Partió, pues, entre las aclamaciones de todo el cantón, ahogado a abrazos, bañado por las lágrimas de su tío, bendecido por su tía, y encomendándose a la bella Saint-Yves.

Capítulo VIII

El Ingenuo va a la corte y en el camino cena con unos hugonotes

El Ingenuo tomó el camino de Saumur en barco de sirga, porque entonces no había otra comodidad. Cuando llegó a Saumur, quedó asombrado al encontrar la ciudad casi desierta y ver a varias familias que se marchaban. Le dijeron que, seis años antes, Saumur tenía más de quince mil almas, y que en ese momento no había ni seis mil^[459]. No dejó de hablar de ello mientras cenaba en la hostería. Había varios protestantes sentados a la mesa; unos se quejaban amargamente, otros se estremecían de cólera, y otros decían llorando:

Nos dulcia linquimus arva,

nos patriam fugimus.^[460]

El Ingenuo, que no sabía latín, se hizo explicar estas palabras, que significaban: «Abandonamos nuestros dulces campos, huimos de nuestra patria».

«Y ¿por qué huis de vuestra patria, señores? — Es que quieren que reconozcamos al papa. — ¿Y por qué no lo reconocéis? ¿No tenéis acaso madrinas con las que queráis casaros? Porque me han dicho que es él quien da el permiso. — ¡Ah, señor, ese papa dice ser amo del territorio de los reyes! — Pero, señores, ¿cuál es vuestra profesión? — Señor, la mayoría de nosotros somos pañeros y fabricantes. — Si vuestro papa dice que es el amo de vuestros paños y vuestras fábricas, hacéis muy bien en no reconocerle; pero, en cuanto a los reyes, allá ellos. ¿Por qué os metéis en eso?». Entonces, un hombrecillo de negro tomó la palabra y expuso con mucha sabiduría las quejas de los allí presentes. Habló de la revocación del edicto de Nantes con tanta energía, deploró de una manera tan patética el destino de cincuenta mil familias fugitivas y de otras cincuenta mil convertidas por los dragones, que el Ingenuo se echó a llorar también: «¿Por qué un rey tan grande, decía, cuya gloria llega hasta el país de los hurones, se priva así de tantos corazones que lo habrían amado y de tantos brazos que lo habrían servido?

»— Es que lo han engañado como a otros grandes reyes, respondió el hombre de negro. Le han hecho creer que, en cuanto dijese una palabra, todos los hombres pensarían como él, y que nos haría cambiar de religión, como su músico Lulli^[461] hace cambiar en un momento los decorados de sus óperas. No sólo está perdiendo de quinientos a seiscientos mil súbditos muy útiles, sino que se hace

enemigos; y el rey Guillermo, que actualmente es el amo de Inglaterra, ha formado varios regimientos con esos mismos franceses que habrían combatido por su monarca.

»Tal desastre es más asombroso todavía porque el papa reinante^[462], a quien Luis XIV sacrifica una parte de su pueblo, es su enemigo declarado. Todavía sostienen ambos, desde hace nueve años, una violenta disputa. La han llevado tan lejos que Francia ha terminado esperando ver roto el yugo que la somete desde hace tantos siglos a ese extranjero, y sobre todo no darle más dinero, que es el primer móvil de los asuntos de este mundo. Parece, pues, evidente que se ha engañado a ese gran rey tanto sobre sus intereses como sobre la extensión de su poder, y que se ha vulnerado la magnanimidad de su corazón».

Cada vez más conmovido, el Ingenuo preguntó quiénes eran los franceses que así engañaban a un monarca tan querido por los hurones. «Son los jesuitas, le contestaron; sobre todo el padre De La Chaise, confesor de Su Majestad. Es de esperar que Dios los castigue un día por ello, y que serán expulsados como ellos nos expulsan. ¿Hay desgracia comparable a la nuestra? Monseñor de Louvois nos envía por todas partes jesuitas y dragones.

»— ¡Bien, señores!, replicó el Ingenuo, que ya no podía contenerse, voy a Versalles a recibir la recompensa debida a mis servicios; hablaré con ese tal monseñor de Louvois; me han dicho que es quien dirige la guerra desde su gabinete. Veré al rey, le haré conocer la verdad; es imposible no rendirse a esa verdad cuando se comprende. Volveré pronto para casarme con la señorita de Saint-Yves, y os invito a la boda». Aquellas buenas gentes le tomaron entonces por un gran señor que viajaba de incógnito en diligencia. Algunos lo tomaron por el bufón del rey.

Había a la mesa un jesuita disfrazado que servía de espía al reverendo padre De La Chaise. Le daba cuenta de todo, y el padre De La Chaise se lo contaba a monseñor de Louvois. El espía se puso a escribir. El Ingenuo y la carta llegaron a Versalles casi al mismo tiempo.

Capítulo IX

Llegada del Ingenuo a Versalles,
su acogida en la corte

El Ingenuo se apea del *pot-de-chambre*^[463] en el patio de servicio. Pregunta a los porteadores de silla a qué hora se puede ver al rey. Los porteadores se le ríen en las narices, igual que había hecho el almirante inglés. Los trató del mismo modo, a golpes; ellos intentaron devolvérselos, y la escena habría terminado en sangre de no haber pasado por allí un guardia de corps, gentilhomme bretón, que alejó a la canalla. «Señor, le dijo el viajero; me parecéis un hombre valiente; soy sobrino del señor prior de Nuestra Señora de la Montaña; he matado a unos ingleses y vengo a hablar con el rey. Os ruego que me llevéis a su cámara». El guardia, encantado de encontrar a un valiente de su provincia que no parecía estar al tanto de los usos de la corte, le hizo saber que no se hablaba así como así con el rey, y que había que ser presentado por monseñor de Louvois. «Bueno, llevadme entonces ante ese monseñor de Louvois, que sin duda me conducirá hasta Su Majestad. — Es todavía más difícil hablar con monseñor de Louvois que con Su Majestad, replicó el guardia. Pero voy a llevaros hasta el señor Alexandre^[464], el primer comisionado de la guerra más importante; es como si hablaseis con el ministro». Van, pues, a casa del tal señor Alexandre, primer comisionado, pero no pudieron ser introducidos; estaba tratando cierto asunto con una dama de la corte, y había dado orden de no dejar pasar a nadie. «Bueno, dijo el guardia, no se ha perdido nada. Vamos a casa del primer comisionado del señor Alexandre; es como si hablaseis con el propio señor Alexandre».

Atónito, el hurón le sigue; permanecen juntos una media hora en una pequeña antecámara. «¿Qué significa todo esto?, dijo el Ingenuo. ¿Todo el mundo está invisible en este país? Es mucho más fácil luchar en la Baja Bretaña contra los ingleses que encontrar en Versalles a las personas con quienes hay que tratar». Se le pasó el enfado contando sus amores al compatriota. Pero las campanadas que daban la hora llamaron al guardia de corps a su puesto. Prometieron verse al día siguiente, y el Ingenuo permaneció otra media hora en la antecámara, pensando en la señorita de Saint-Yves, y en la dificultad de hablar con los reyes y con los comisionados primeros.

Por fin apareció el patrón. «Señor, le dijo el Ingenuo, si yo hubiese esperado para rechazar a los ingleses tanto tiempo como vos me habéis hecho esperar mi audiencia, en este momento estarían saqueando a sus anchas la Baja Bretaña». Estas palabras sorprendieron al comisionado. Por fin dijo al bretón: «¿Qué queréis? — Una recompensa, dijo el otro; aquí están mis títulos». Y le mostró todos sus certificados. El comisionado los leyó, y le dijo que probablemente se le concedería permiso para comprar el grado de teniente. «¡Yo! ¿Que yo dé dinero por haber rechazado a los ingleses? ¿Que pague el derecho de dar la vida por vos, mientras vos dais aquí tranquilamente vuestras audiencias? ¡Creo que estáis de broma! No

quiero para nada una compañía de caballería; lo que quiero es que el rey haga salir del convento a la señorita de Saint-Yves, y que me la dé en matrimonio; quiero hablar al rey en favor de cincuenta mil familias que pretendo devolverle. En una palabra, quiero ser útil: que se me dé un empleo y un anticipo.

»— ¿Cómo os llamáis, señor, que habláis con tanto orgullo? — ¡Oh, oh!, contestó el Ingenuo. ¿No habéis leído entonces mis certificados? ¿Así es como se hacen aquí las cosas? Me llamo Hércules de Kerkabón; estoy bautizado, me alojo en el Cadran Bleu, y me quejaré de vos al rey». El comisionado terminó pensando, como las gentes de Saumur, que no estaba en sus cabales, y no le prestó mayor atención.

Ese mismo día, el reverendo padre De La Chaise, confesor de Luis XIV, había recibido la carta de su espía, que acusaba al bretón Kerkabón de simpatizar con los hugonotes, y de condenar la conducta de los jesuitas. Por su parte, el señor de Louvois había recibido una carta del interrogador bailío, que describía al Ingenuo como un granuja que quería quemar conventos y raptar muchachas.

Después de haberse paseado por los jardines de Versalles, donde se aburrió, después de haber cenado como hurón y como bajobretón, el Ingenuo se había acostado con la dulce esperanza de ver al rey al día siguiente, de obtener en matrimonio a la señorita de Saint-Yves, de tener por lo menos una compañía de caballería, y de hacer que cesara la persecución contra los hugonotes. Se acunaba con tan halagüeños pensamientos cuando los esbirros del mariscal entraron en su cuarto. Se apoderaron, para empezar, de su fusil de dos disparos y de su gran sable.

Se hizo inventario de su dinero contante y sonante, y lo llevaron al castillo que hizo construir Carlos V, hijo de Juan II, al lado de la calle Saint-Antoine, en la puerta de Tournelles^[465].

Os dejó suponer a qué grado llegó el asombro del Ingenuo durante el camino. Al principio pensó que se trataba de un sueño. Y quedó como embotado; luego, de repente, movido por una rabia que redoblaba sus fuerzas, agarra por el cuello a dos de los guardianes que estaban con él en la carroza, los tira por la portezuela, se lanza tras ellos, y arrastra al tercero, que pretendía sujetarlo. Cae por el esfuerzo, lo atan, vuelven a subirlo al coche. «Esto es lo que se gana echando a los ingleses de la Baja Bretaña, decía. ¿Qué dirías tú, hermosa Saint-Yves, si me vieras en semejante estado?».

Llegan por fin al albergue que le estaba destinado. En silencio lo llevan al cuarto donde van a encerrarlo, como se lleva un muerto al cementerio. El cuarto ya estaba ocupado por un viejo solitario de Port-Royal, llamado Gordon^[466], que se consumía allí desde hacía dos años. «Mirad, le dijo el jefe de los esbirros, os traigo compañía»; e inmediatamente echaron los enormes cerrojos de la pesada puerta, revestida de anchas trancas. Los dos cautivos quedaron separados del universo entero.

Capítulo X

El Ingenuo encerrado en la Bastilla con un jansenista

El señor Gordon era un anciano lozano y sereno, que sabía dos grandes cosas: soportar la adversidad y consolar a los desdichados. Se adelantó con aire abierto y compasivo hacia su compañero, y le dijo abrazándolo: «Quienquiera seáis que venís a compartir mi tumba, estad seguro de que siempre me olvidaré de mí mismo para endulzar vuestros tormentos en el abismo infernal en que estamos sumidos. Adoremos a la Providencia que nos ha traído aquí, suframos en paz, y esperemos». Estas palabras causaron en el alma del Ingenuo el efecto de esas gotas de Inglaterra^[467] que devuelven a un moribundo a la vida y le hacen entreabrir unos ojos asombrados.

Tras los primeros cumplidos, y sin instarle a que le contara la causa de su desgracia, Gordon le inspiró, por la dulzura de su conversación y por ese interés que sienten uno por otro dos desgraciados, el deseo de abrir su corazón y librarse de la carga que lo agobiaba; pero no podía adivinar el motivo de su desgracia; le parecía un efecto sin causa, y el bondadoso Gordon estaba tan sorprendido como él.

«Preciso es que Dios tenga grandes designios sobre vos, dijo el jansenista al hurón, puesto que os ha conducido desde el lago Ontario a Inglaterra y a Francia, os ha hecho bautizar en la Baja Bretaña, y os ha metido aquí para salvación vuestra. — A fe mía, respondió el Ingenuo, que más creo que ha sido sólo el diablo quien se ha entrometido en mi destino. Mis compatriotas de América nunca me habrían tratado con la barbarie que sufro, de la que ni siquiera tienen idea. Los llaman “salvajes”: son, desde luego, gentes de bien toscas, mientras los hombres de este país son bribones refinados. Mucho me sorprende, en verdad, haber venido de otro mundo para ser encerrado en éste bajo cuatro cerrojos con un sacerdote; pero

pienso en el prodigioso número de hombres que salen de un hemisferio para ir a que los maten en el otro, o que naufragan en el camino y son comidos por los peces. No acabo de ver los graciosos designios de Dios con todas esas gentes».

Les trajeron de cenar a través de un ventanillo. La conversación versó sobre la Providencia, sobre las cédulas de encarcelamiento y sobre el arte de no sucumbir a las desgracias a que todo hombre está expuesto en este mundo. «Hace dos años que estoy aquí, dijo el anciano, sin más consuelo que yo mismo y unos libros; y ni un momento he estado de mal humor.

»— ¡Ah, señor Gordon!, exclamó el Ingenuo; ¿no amáis, pues, a vuestra madrina? Si conocierais como yo a la señorita de Saint-Yves, estaríais desesperado». A estas palabras, no pudo contener sus lágrimas, y entonces se sintió algo menos angustiado. «Pero, dijo, ¿por qué alivian las lágrimas? Me parece que deberían provocar un efecto contrario.

»— Hijo mío, en nosotros todo es físico, dijo el buen anciano; toda secreción hace bien al cuerpo, y cuanto lo alivia, alivia el alma: somos las máquinas de la Providencia».

El Ingenuo, que, como hemos dicho varias veces, tenía un gran caudal de ingenio, hizo profundas reflexiones sobre esta idea, cuya semilla parecía tener en sí mismo. Tras lo cual preguntó a su compañero por qué su máquina estaba desde hacia dos años bajo cuatro cerrojos: «Por la gracia eficaz, respondió Gordon; paso por ser jansenista; conocí a Arnauld y a Nicole; los jesuitas nos persiguieron. Creemos que el papa no es más que un obispo como cualquier otro; y por eso el padre De La Chaise obtuvo del rey, penitente suyo, una orden para secuestrarme, sin formalidad alguna de justicia, el bien máspreciado de los hombres, la libertad.

»— Sí que es extraño, dijo el Ingenuo; todos los desdichados que conozco lo son únicamente por causa del papa. En cuanto a vuestra gracia eficaz^[468], os confieso que no entiendo nada; pero considero como gran gracia que Dios me haya hecho encontrar en medio de mi desventura a un hombre como vos, que derrama sobre mi corazón consuelos de los que me creía incapaz».

Cada día se volvían más interesantes y más instructivas sus conversaciones. Las almas de los dos cautivos iban uniéndose la una a la otra. El anciano sabía mucho, y el joven quería aprender mucho. Al cabo de un mes estudió geometría; la devoraba. Gordon le dio a leer la *Physique* de Rohault, que aún estaba de moda, y en la que tuvo el talento de no encontrar más que incertidumbres.

Luego, leyó el primer volumen de la *Recherche de la verité*. Esta nueva luz lo iluminó: «¡Cómo!, dijo, ¿hasta ese punto nos engañan nuestra imaginación y nuestros sentidos? ¡Cómo! ¿Los objetos no forman nuestras ideas, y no podemos adquirirlas por nosotros mismos?». Cuando hubo leído el segundo volumen, no quedó tan contento, y sacó a modo de conclusión que es más fácil destruir que construir.

Su compañero, sorprendido de que un joven ignorante hiciera esta reflexión que sólo pertenece a almas experimentadas, se formó una gran idea de su talento y sintió por él más simpatía.

«Me parece que vuestro Malebranche, le dijo un día el Ingenuo, escribió la mitad de su libro con su razón, y la otra con su imaginación y sus prejuicios^[469]».

Algunos días después Gordon le preguntó: «¿Qué pensáis, pues, del alma, de la forma en que recibimos las ideas, de nuestra voluntad, de la gracia, del libre albedrío? — Nada, le contestó el Ingenuo; si pensara algo, es que estamos bajo el poder del Ser eterno como los astros y los elementos; que él hace todo en nosotros, que nosotros somos ruedecillas de la máquina inmensa cuyo alma es él; que actúa mediante leyes generales y no por miras particulares; esto es lo único que me parece inteligible, todo lo demás es para mí un abismo de tinieblas.

»— Pero, hijo mío, ¿eso sería hacer a Dios autor del pecado!

»— Pero, padre mío, también vuestra gracia eficaz haría a Dios autor del pecado; porque es seguro que pecarían todos aquellos a quienes les fuera negada esa gracia; ¿y no es el autor del mal quien nos entrega el mal?».

Esta candidez ponía en grandes aprietos al buen hombre; veía que hacía vanos esfuerzos para salir de aquel atolladero, y amontonaba tantas palabras que parecían tener sentido y que no lo tenían (al gusto de la premonición física^[470]) que el Ingenuo sentía lástima. La cuestión afectaba evidentemente al origen del bien y del mal; y entonces el pobre Gordon tenía que pasar revista a la caja de Pandora, al huevo de Orosmán agujereado por Ahrimán, a la enemistad entre Tifón y Osiris; y finalmente al pecado original; y ambos corrían en aquella noche profunda sin encontrarse nunca. Pero, en última instancia, esa fábula del alma apartaba su vista de la contemplación de su propia miseria; y, por un extraño encantamiento, la multitud de calamidades derramadas sobre el universo disminuía la sensación de sus penas; no se atrevían a quejarse cuando todo sufría.

Mas, en el sosiego de la noche, la imagen de la bella Saint-Yves borraba en el espíritu de su enamorado todas las ideas de metafísica y de moral. Se despertaba con los ojos arrasados en lágrimas; y el anciano jansenista se olvidaba de su gracia eficaz, y del abate de Saint-Cyran, y de Jansenio, para consolar a un joven al que creía en pecado mortal.

Después de sus lecturas, después de sus razonamientos, volvían a hablar de sus aventuras; y, después de haber hablado de ellas inútilmente, leían juntos o cada uno por su lado. La inteligencia del joven se fortalecía cada vez más. Habría llegado muy lejos sobre todo en matemáticas, de no ser por las distracciones que le procuraba la señorita de Saint-Yves.

Leyó libros de historia, le entristecieron. El mundo le pareció demasiado malvado y demasiado miserable. En efecto, la historia no es más que el cuadro de los crímenes y las desdichas. La multitud de hombres inocentes y pacíficos siempre desaparecía en esos vastos escenarios. Los personajes no son más que ambiciosos perversos. Parece que la historia sólo gusta como gusta la tragedia, que decae si no está animada por las pasiones, las fechorías y los grandes infortunios. Hay que armar a Clío con el puñal, como a Melpómene.

Aunque la historia de Francia esté llena de horrores como todas las demás, le pareció, sin embargo, tan repugnante en sus inicios, tan seca en su medio, tan pequeña luego, incluso en la época de Enrique IV, tan desprovista siempre de grandes monumentos, tan ajena a esos bellos descubrimientos que han dado lustre a otras naciones, que se veía obligado a luchar contra el aburrimiento para leer todos aquellos detalles de calamidades oscuras encerradas en un rincón del mundo.

Gordon pensaba como él. Ambos se reían de compasión cuando se trataba de los soberanos de Fezensac, de Fezensaguet y de Astarac^[471]. El estudio de sus hechos sólo podía tener interés, si los tenían, para sus herederos. Los bellos siglos de la república romana le volvieron indiferente durante un tiempo para el resto de la tierra. El espectáculo de Roma victoriosa y legisladora de naciones embargaba su alma entera. Se enardecía contemplando a este pueblo que fue gobernado durante setecientos años por el entusiasmo de la libertad y de la gloria.

Así pasaban los días, las semanas, los meses; y se habría creído dichoso en la morada de la desesperación si no hubiera amado.

Su buen natural aún se enternecía recordando al prior de Nuestra Señora de

la Montaña y a la sensible Kerkabón. «¿Qué pensarán, repetía con frecuencia, cuando no tengan noticias mías? Me creerán un ingrato». Esta idea lo atormentaba; compadecía a quienes lo amaban mucho más de lo que se compadecía a sí mismo.

Capítulo XI

De cómo el Ingenuo desarrolla su talento

La lectura engrandece el alma, y un amigo ilustrado la consuela. Nuestro cautivo gozaba de esas dos ventajas que nunca había sospechado antes. «Tentado estoy a creer en las metamorfosis, dijo, porque he pasado de bruto a hombre». Se hizo una selecta biblioteca con una parte de su dinero, del que le permitían disponer. Su amigo lo alentó a poner por escrito sus reflexiones. Y esto es lo que escribió sobre la historia antigua.

Me imagino que las naciones fueron durante mucho tiempo como yo, que no se instruyeron sino hasta muy tarde, que durante siglos sólo se preocuparon del momento presente que transcurría, muy poco del pasado y nunca del futuro. He recorrido quinientas o seiscientas leguas del Canadá, y no encontré en él ni un solo monumento; allí nadie sabe nada de lo que hizo su bisabuelo. ¿No debería ser ése el estado natural del hombre? La especie de este continente me parece superior a la del otro. Ha perfeccionado su ser desde hace varios siglos con las artes y los conocimientos. ¿Será porque tiene barba en el mentón y porque Dios ha negado la barba a los americanos? No lo creo; porque veo que los chinos apenas tienen barba, y sin embargo cultivan las artes desde hace cinco mil años. En efecto, si tienen más de cuatro mil años de anales, es menester que la nación se haya formado y florecido desde hace más de cincuenta siglos.

En la historia antigua de China hay una cosa que, ante todo, me sorprende, y es que casi todo es verosímil y natural en ella. La admiro porque no tiene nada de maravilloso.

¿Por qué se han dado todas las demás naciones unos orígenes fabulosos? Los antiguos cronistas de la historia de Francia, que no son muy antiguos, hacen descender a los franceses de un tal Francus, hijo de Héctor. Los romanos se decían descendientes de un tal Frigio, aunque en su lengua no hubiera una sola palabra que tuviera la menor relación con la lengua de Frigia; los dioses habían vivido diez mil años en Egipto, y los diablos en Escitia, donde habían engendrado a los hunos. Antes de Tucídides no veo más que novelas semejantes a los Amadis, y mucho

menos divertidas. Son apariciones por todas partes, oráculos, prodigios, sortilegios, metamorfosis, sueños explicados, y que forman el destino de los mayores imperios y de los Estados más pequeños: aquí, animales que hablan; allá, animales a los que adoran, dioses transformados en hombres, y hombres transformados en dioses. ¡Ah!, si necesitamos fábulas, ¡que al menos esas fábulas sean el emblema de la verdad! Me gustan las fábulas de los filósofos, me río con las de los niños, y odio las de los impostores.

Un día dio con una historia del emperador Justiniano. Leía en ella que los apedeutas^[472] de Constantinopla habían decretado, en malísimo griego, un edicto contra el mayor capitán del siglo, porque este héroe había pronunciado, en el calor de una conversación, las siguientes palabras: «La verdad brilla con su propia luz, y no se ilumina a las mentes con las llamas de las hogueras»^[473]. Los apedeutas afirmaron que semejante proposición era herética, que olía a herejía, y que el axioma contrario era católico, universal y griego: «Sólo con las llamas de las hogueras se ilumina a las mentes, y la verdad no podría brillar con su propia luz». Estos linóstolas^[474] condenaron así varias frases del capitán, y dieron un edicto.

«¡Cómo!, exclamó el Ingenuo, ¡edictos lanzados por esas gentes...!

»— No son edictos, replicó Gordon, son contraedictos^[475], de los que todo el mundo se burlaba en Constantinopla, empezando por el Emperador: era un príncipe sensato que había sabido reducir a los apedeutas linóstolas a no poder hacer otra cosa que el bien. Sabía que estos señores y otros pastóforos^[476] habían agotado a contraedictos la paciencia de los emperadores que lo habían precedido en materia más grave».

«Hizo muy bien, dijo el Ingenuo, a los pastóforos hay que apoyarlos y contenerlos».

Puso por escrito muchas otras reflexiones que asustaron al viejo Gordon. «¡Cómo!, se dijo para sí, he consumido cincuenta años instruyéndome, ¡y temo no poder alcanzar el sentido común natural de este muchacho casi salvaje! Me temo que yo he reforzado con mucho trabajo los prejuicios; él sólo escucha a la simple naturaleza».

El buen hombre poseía algunos de esos libritos de crítica, de esos folletos periódicos en que unos hombres incapaces de producir nada denigran las producciones de los demás, en que los Visé insultan a los Racine y los Faydit a los Fénelon^[477]. El Ingenuo hojeó algunos. «Los comparo, decía, con ciertos moscones

que van a depositar sus huevos en el trasero de los más hermosos caballos: eso no les impide correr». Apenas si los dos filósofos se dignaron posar los ojos sobre aquellos excrementos de la literatura.

No tardaron en leer juntos los elementos de astronomía; el Ingenuo hizo traer esferas: este espectáculo le encantaba. «¡Qué duro es, decía, empezar a conocer el cielo sólo cuando me quitan el derecho a contemplarlo! Júpiter y Saturno ruedan en esos espacios inmensos; millones de soles iluminan millares de mundos; ¡y en el rincón de la tierra en que fui arrojado, hay seres que me privan, a mí, ser vidente y pensante, de todos esos mundos que mi vista podría alcanzar, y de aquel en que Dios me ha hecho nacer! La luz, hecha para todo el universo, está perdida para mí. No me la ocultaban en el horizonte septentrional donde pasé mi infancia y mi juventud. Sin vos, mi querido Gordon, yo estaría aquí en la nada».

Capítulo XII

Lo que piensa el Ingenuo de las obras de teatro

El joven Ingenuo se parecía a uno de esos árboles vigorosos que, nacidos en suelo ingrato, extienden en poco tiempo sus raíces y sus ramas cuando son transplantados a un terreno favorable; y parecía muy extraordinario que una prisión fuera ese terreno.

Entre los libros que ocupaban el ocio de los dos cautivos había poesías, traducciones de tragedias griegas, algunas obras del teatro francés. Los versos que hablaban de amor llevaron al alma del Ingenuo placer y dolor al mismo tiempo. Todos le hablaban de su querida Saint-Yves. La fábula de *Los dos pichones*^[478] le traspasó el corazón: él estaba muy lejos de poder volver a su palomar.

Molière le encantó^[479]. Le daba a conocer las costumbres de París y del género humano: «¿Cuál de sus comedias preferís? — *El Tartufo*, sin dudarlo. — Pienso lo mismo que vos, dijo Gordon; un tartufo es el que me ha hundido en esta mazmorra, y tal vez sean tartufos los causantes de vuestra desgracia. ¿Qué os parecen estas tragedias griegas^[480]?

»— Buenas para griegos», dijo el Ingenuo. Pero cuando leyó la *Ifigenia* moderna, *Fedra*, *Andrómaca*, *Atalía*, quedó extasiado, suspiró, derramó lágrimas, y las supo de memoria sin haberse propuesto aprenderlas.

«Leed *Rodoguna*^[481], le dijo Gordon; dicen que es la obra maestra del teatro; en comparación con ella son poca cosa las otras obras que tanto os han gustado». Desde la primera página, el joven le dijo: «Esto no es del mismo autor. — ¿En qué lo notáis? — Todavía no lo sé; pero estos versos no dicen nada a mi oído ni a mi corazón. — ¡Oh, sólo son versos!», replicó Gordon. El Ingenuo respondió: «Entonces, ¿por qué escribirlos?».

Después de haber leído con mucha atención la pieza sin otro designio que el de disfrutar, miraba a su amigo con unos ojos secos y asombrados, y no sabía qué decir. Finalmente, instado a dar cuenta de lo que había sentido, esto fue lo que respondió: «Apenas si he entendido el comienzo; la parte central me ha indignado; la última escena me ha emocionado mucho, aunque me parece poco verosímil; no me ha interesado ningún personaje y no he retenido ni veinte versos, yo, que recuerdo todos los que me gustan.

»— Sin embargo, esta pieza pasa por ser la mejor que tenemos. — Si es así, contestó él, tal vez lo sea como muchas personas que no merecen los puestos que ocupan. Después de todo, es cosa de gusto; el mío no debe de estar formado todavía; puedo equivocarme; pero sabéis que estoy bastante acostumbrado a decir siempre lo que pienso, o, mejor dicho, lo que siento. Sospecho que a menudo hay mucho de ilusión, de moda, de capricho, en los juicios de los hombres. Yo he hablado según la naturaleza; puede que en mí la naturaleza sea muy imperfecta; pero también es posible que a veces la mayoría de los hombres la consulten poco». Entonces recitó unos versos de *Ifigenia*, que le embargaban, y, aunque no declamase bien, puso en ello tanta verdad y unción que hizo llorar al viejo jansenista. Leyó luego *Cinna*^[482]: no lloró, pero quedó admirado. «Sin embargo, dijo, me molesta que esta valiente joven reciba todos los días cartuchos^[483] del hombre al que quiere asesinar. De buena gana le diría lo que he leído en *Les litigantes*: ¡Eh, devolved el dinero!».

Capítulo XIII

La bella Saint-Yves va a Versalles

Mientras nuestro infortunado se ilustraba más de lo que se consolaba; mientras su talento, hacía tanto tiempo sofocado, se desarrollaba con tanta rapidez como fuerza; mientras la naturaleza, que se perfeccionaba en él, lo vengaba de los ultrajes de la fortuna, ¿qué había sido del señor prior y de su buena hermana, y de la bella reclusa Saint-Yves? El primer mes estuvieron preocupados, y al tercero se

sumieron en dolor: las falsas conjeturas, los rumores infundados los alarmaron; al cabo de seis meses lo dieron por muerto. Finalmente, el señor y la señorita de Kerkabón supieron, por una vieja carta que un guardia del rey había escrito a Bretaña, que un joven parecido al Ingenuo había llegado una tarde a Versalles, pero que había sido raptado durante la noche, y que desde entonces nadie había oído hablar de él.

«¡Ay!, dijo la señorita Kerkabón, nuestro sobrino habrá cometido alguna tontería y se habrá metido en algún mal paso. Es joven, es bajobretón, no puede saber cómo hay que comportarse en la corte. Querido hermano, nunca he visto Versalles ni París; ésta es una buena ocasión, tal vez encontremos a nuestro pobre sobrino: es el hijo de nuestro hermano, nuestro deber es socorrerle. ¿Quién sabe si finalmente no logramos hacerlo subdiácono, cuando la fogosidad de la juventud se haya amortiguado? Tenía mucha disposición para las ciencias. ¿Recordáis cómo razonaba sobre el Antiguo y sobre el Nuevo Testamento? Somos responsables de su alma; hemos sido nosotros quienes lo hemos hecho bautizar; su querida amada Saint-Yves se pasa los días llorando. Sí, tenemos que ir a París. Si está escondido en alguna de esas malas casas de placer de que tanto me han hablado, lo sacaremos de allí». El prior quedó conmovido con las palabras de su hermana. Fue en busca del obispo de Saint-Malo, que había bautizado al hurón, y le pidió protección y consejos. El prelado aprobó el viaje. Dio al prior cartas de recomendación para el padre De La Chaise, confesor del rey, que ostentaba la primera dignidad del reino; para el arzobispo de París, Harlay^[484], y para el obispo de Meaux, Bossuet.

Finalmente, hermano y hermana se pusieron en camino; pero cuando llegaron a París se encontraron perdidos como en un vasto laberinto sin hilo ni salida. Su fortuna era mediana, todos los días necesitaban coches para ir a descubrir algo, y no descubrieron nada.

El prior se presentó en casa del reverendo padre De La Chaise: estaba con la señorita Du Tron^[485] y no podía dar audiencia a priores. Fue a la puerta del arzobispo: el prelado estaba encerrado con la bella señora de Lesdiguières^[486] para asuntos de la Iglesia. Corrió a la casa de campo del obispo de Meaux: éste analizaba con la señorita de Mauléon^[487] el amor místico de Madame Guyon. No obstante, logró ser escuchado por estos dos prelados; ambos declararon que no podían intervenir en el asunto de su sobrino, dado que no era subdiácono.

Por fin vio al jesuita: éste lo recibió con los brazos abiertos, le aseguró que siempre había sentido por él particular estima, sin haberlo conocido nunca. Le juró que la Compañía siempre había estado vinculada a los bajobretones. «Pero, dijo,

¿no tendrá vuestro sobrino la desgracia de ser hugonote? — No, desde luego que no, mi Reverendo Padre. — ¿Tampoco será jansenista? — Puedo asegurar a Vuestra Reverencia que apenas es cristiano. Hace unos once meses que lo hemos bautizado. — Eso está bien, está muy bien, cuidaremos de él. ¿Es considerable vuestro beneficio? — Oh, muy poca cosa, y nuestro sobrino nos cuesta mucho. — ¿Hay algunos jansenistas en la vecindad? Tened mucho cuidado, mi querido señor prior, son más peligrosos que los hugonotes y los ateos. — Mi Reverendo Padre, no los hay; en Nuestra Señora de la Montaña no se sabe qué es el jansenismo. — Mejor, ahora podéis ir, haré por vos cuanto pueda». Despidió afectuosamente al prior y no volvió a pensar en ello.

El tiempo pasaba; el prior y su buena hermana se desesperaban.

Mientras tanto, el maldito bailío apresuraba la boda del pánfilo de su hijo con la bella Saint-Yves, a la que habían sacado expresamente para eso del convento. Seguía amando a su querido ahijado tanto como detestaba al marido que le proponían. La afrenta de haber sido metida en un convento aumentaba su pasión; la orden de casarse con el hijo del bailío llevaba esa pasión a su colmo. La añoranza, la ternura y el horror trastornaban su alma. Como se sabe, el amor es mucho más ingenioso y más osado en una joven que la amistad en un viejo prior y en una tía de más de cuarenta años. Además la habían instruido perfectamente en el convento las novelas que había leído a hurtadillas.

La bella Saint-Yves se acordaba de la carta que un guardia de corps había escrito a Baja Bretaña, y de la que se había hablado en la provincia. Decidió ir en persona a Versalles para hacer averiguaciones, postrarse a los pies de los ministros si su prometido estaba en prisión, como se decía, y conseguir justicia para él. Un no sé qué le advertía secretamente de que en la corte no se niega nada a una joven hermosa. Mas no sabía lo que eso costaba.

Una vez tomada su decisión, se muestra consolada, tranquila, y no rechaza ya a su estúpido pretendiente; acoge al detestable suegro, atiende cariñosamente a su hermano, difunde la alegría por la casa; luego, el día destinado a la ceremonia, se marcha en secreto a las cuatro de la mañana con sus pequeños regalos de boda y con cuanto ha podido reunir. Sus precauciones estaban tan bien tomadas que ya se hallaba a más de diez leguas cuando entraron en su habitación, a mediodía. Grandes fueron la sorpresa y la consternación. El interrogador bailío hizo aquel día más preguntas de las que había hecho en toda la semana; el novio quedó más idiotizado de lo que nunca había sido. El abate de Saint-Yves, furioso, decidió correr detrás de su hermana. El bailío y su hijo quisieron acompañarle. De este

modo, el destino llevaba a París a casi todo ese cantón de la Baja Bretaña.

La bella Saint-Yves ya suponía que la seguirían. Iba a caballo; hábilmente preguntaba a los correos si no habían encontrado a un abate gordo, a un bailío enorme y a un joven pánfilo corriendo por el camino de París. Habiéndose enterado al tercer día de que no estaban lejos, tomó una ruta distinta, y tuvo suficiente habilidad y suerte para llegar a Versalles mientras la buscaban inútilmente en París.

Pero ¿cómo conducirse en Versalles? Joven, hermosa, sin consejo ni apoyo, desconocida, expuesta a todo, ¿cómo atreverse a buscar a un guardia del rey? Pensó dirigirse a un jesuita de la clase baja; los había para todos los estados de la vida, igual que Dios, decían ellos, ha dado distintos alimentos a las distintas especies de animales. Había dado al rey su confesor, a quien todos los solicitantes de beneficios llamaban «jefe de la Iglesia galicana»; luego venían los confesores de las princesas; los ministros no los tenían: no eran tan tontos. Estaban después los jesuitas del gran común^[488], y sobre todo los jesuitas de las doncellas, por las que conocían los secretos de las amas, cosa de no poca importancia. La bella Saint-Yves se dirigió a uno de estos últimos, llamado el padre Tout-à-tous. Se confesó con él, le expuso sus desdichas, su situación, sus peligros, y le rogó encarecidamente que la alojase en casa de alguna buena devota que la pusiera al abrigo de las tentaciones.

El padre Tout-à-tous la presentó en casa de la mujer de un oficial del *gobelet*^[489], una de sus penitentes de más confianza^[490]. Una vez allí, se apresuró a ganarse la confianza y la amistad de aquella mujer; logró saber quién era el guardia bretón, y le rogó que viniera a su casa. Habiendo sabido por él que su amado había sido secuestrado después de hablar con un primer comisionado, corrió a casa de éste: la vista de una mujer bella dulcifica, porque hemos de creer que Dios no creó a las mujeres sino para amansar a los hombres.

El plumífero, enternecido, le confesó todo: «Vuestro amado está en la Bastilla desde hace un año, y de no ser por vos quizá estaría allí toda su vida». La tierna Saint-Yves se desmaya. Cuando hubo recuperado el sentido, el plumífero le dijo: «Yo no tengo influencia para hacer el bien: todo mi poder se limita a hacer el mal de vez en cuando. Hacedme caso, id a casa del señor de Saint-Pouange^[491], primo y favorito de monseñor de Louvois, que hace el bien y el mal. Este ministro tiene dos almas: el señor de Saint-Pouange es una; Madame du Belloy^[492], la otra; pero ésta no se encuentra ahora en Versalles; sólo os queda conmovier al protector del que os hablo».

La bella Saint-Yves, dividida entre una alegría escasa y unos dolores extremos, entre alguna esperanza y tristes temores, perseguida por su hermano, adorando a su amado, enjugando sus lágrimas y volviendo a derramarlas, trémula, sin fuerzas y recobrando ánimo corrió en seguida a casa del señor de Saint-Pouange.

Capítulo XIV

Progresos del talento del Ingenuo

El Ingenuo hacía rápidos progresos en las ciencias, y sobre todo en la ciencia del hombre. La causa del rápido desarrollo de su mente se debía casi tanto a su educación salvaje como al temple de su alma; porque, al no haber aprendido nada en su infancia, no había aprendido ningún prejuicio. Al no haber sido torcido su entendimiento por el error, había permanecido en toda su rectitud. Veía las cosas como son, mientras que las ideas que nos dan en la infancia nos las hacen ver toda nuestra vida como no son: «Vuestros perseguidores son abominables, le decía a su amigo Gordon. Os compadezco por estar oprimido, pero también os compadezco por ser jansenista. Toda secta me parece el colmo del error. Decidme: ¿hay sectas en geometría? — No, hijo mío, le dijo suspirando el buen Gordon; todos los hombres están de acuerdo en la verdad cuando queda demostrada, pero están demasiado divididos en las verdades oscuras. — Decid más bien en las falsedades oscuras. Si hubiera habido una sola verdad oculta en vuestro montón de argumentos a los que dan vueltas desde hace tantos siglos, sin duda la habrían descubierto; y el universo se habría puesto de acuerdo al menos en ese punto. Si esa verdad fuese necesaria como el sol lo es a la tierra, sería resplandeciente como él. Es un absurdo, es un ultraje al género humano, es un atentado contra el Ser infinito y supremo decir: “Existe una verdad esencial al hombre, y Dios la ha escondido”».

Todo lo que decía aquel joven ignorante instruido por la naturaleza causaba profunda impresión en la mente del viejo sabio infortunado. «¿Será verdad, exclamó, que me he vuelto desgraciado por quimeras? Estoy mucho más seguro de mi desgracia que de la gracia eficaz. He consumido mis días razonando sobre la libertad de Dios y del género humano, pero he perdido la mía; ni san Agustín ni Próspero^[493] me sacarán del abismo en que estoy».

Movido por su carácter, el Ingenuo terminó diciéndole: «¿Queréis que os hable con toda confianza? Quienes se dejan perseguir por esas vanas disputas de

escuela me parecen poco inteligentes; quienes persiguen me parecen monstruos».

Los dos cautivos estaban totalmente de acuerdo en la injusticia de su cautiverio: «Yo soy cien veces más digno de lástima que vos, decía el Ingenuo; nací libre como el aire; tenía dos vidas, la libertad y el ser que amaba: me los quitaron. Y aquí estamos los dos encadenados, sin saber la razón y sin poder preguntarla. He vivido hurón veinte años; se dice que son bárbaros porque se vengan de sus enemigos; pero jamás han oprimido a sus amigos. Nada más poner el pie en Francia, derramé mi sangre por ella: tal vez salvé una provincia, y en recompensa me han metido en esta tumba de vivos, donde sin vos habría muerto de rabia. ¡No hay leyes en este país! ¡Condenan a los hombres sin oírlos! En Inglaterra no ocurre eso. ¡Ay, no era contra los ingleses contra quienes debía batirme!». De este modo su naciente filosofía no podía domeñar la naturaleza ultrajada en el primero de sus derechos, y daba libre curso a su justa cólera.

Su compañero no le contradijo. La ausencia acrecienta siempre el amor insatisfecho, y la filosofía no lo disminuye. Hablaba con tanta frecuencia de su querida Saint-Yves como de moral y de metafísica. Cuanto más se depuraban sus sentimientos, más amaba. Leyó algunas novelas recientes; pocas encontró que le describieran el estado de su alma. Sentía que su corazón siempre iba más allá de lo que leía. «¡Ay, decía, la mayoría de todos estos autores sólo tienen ingenio y arte!». Al fin, el buen sacerdote jansenista se volvía, insensiblemente, confidente de su ternura. Antes sólo conocía el amor como un pecado del que hay que acusarse en confesión. Aprendió a conocerlo como un sentimiento tan noble como tierno, que puede elevar al alma tanto como debilitarla, y producir incluso virtudes en ciertas ocasiones. En fin, último prodigio, un hurón convertía a un jansenista.

Capítulo XV

La bella Saint-Yves resiste
a delicadas proposiciones

La bella Saint-Yves, más enamorada aún que su amado, fue, pues, a ver al señor de Saint-Pouange, acompañada por la amiga en cuya casa se alojaba, tapadas ambas con sus tocas. Lo primero que vio en la puerta fue al abate de Saint-Yves, su hermano, saliendo de allí. Quedó intimidada; pero su amiga beata la tranquilizó. «Tenéis que hablar con él precisamente porque alguien ha hablado contra vos. Tened por cierto que en este país los acusadores siempre tienen razón si no se apresura uno a rebatirlos. Además, o mucho me equivoco, o vuestra presencia

causará más efecto que las palabras de vuestro hermano».

A poco que se anime a una amante apasionada, se vuelve intrépida. La Saint-Yves se presenta a la audiencia. Su juventud, sus encantos, sus tiernos ojos, mojados por algunas lágrimas, atrajeron todas las miradas. Todos y cada uno de los cortesanos del viceministro olvidaron por un momento al ídolo del poder para contemplar al de la belleza. El de Saint-Pouange le hizo pasar a su gabinete; ella habló enternecida y con gracia. Saint-Pouange se sintió conmovido. Ella temblaba, él la tranquilizó. «Volved esta tarde, le dijo; vuestros asuntos merecen que se piense en ellos y que se hablen con calma; aquí hay demasiada gente. Las audiencias se despachan con demasiada rapidez; debo hablar con vos a fondo de todo lo que os importa». Luego, después de haber hecho el elogio de su belleza y de sus sentimientos, le recomendó volver a las siete de la tarde.

No faltó; la amiga devota la acompañó también, pero se quedó en el salón, y leyó *El Pedagogo cristiano*^[494] mientras el de Saint-Pouange y la bella Saint-Yves se hallaban en un aposento detrás del gabinete. «¿Podéis creer, señorita, empezó diciendo él, que vuestro hermano ha venido a pedirme una cédula de encarcelamiento contra vos? ¡Pero antes expediría una para devolverlo a él a Baja Bretaña! — ¡Ay, señor!, muy liberales deben de ser en cédulas de cárcel en vuestras oficinas cuando vienen a solicitáros las desde los rincones más remotos del reino como si se tratase de pensiones. Yo estoy muy lejos de pedir una contra mi hermano. Tengo muchos motivos de queja contra él, pero respeto la libertad de los hombres; pido la de un hombre con el que quiero casarme, la de un hombre a quien el rey debe la conservación de una provincia, que puede servirle con provecho y que es hijo de un oficial muerto a su servicio. ¿De qué se le acusa? ¿Cómo se le ha podido tratar tan cruelmente sin oírle?».

Entonces el viceministro le mostró la carta del jesuita espía y la del pérfido bailío. «¡Cómo! ¿Hay monstruos semejantes en la tierra? ¡De este modo quieren forzarme a que me case con el hijo ridículo de un hombre ridículo y malvado! ¿Y aquí se decide sobre el destino de los ciudadanos a partir de semejantes opiniones?». Se postró de rodillas, pidió entre llantos la libertad del valeroso hombre al que adoraba. En aquella posición sus encantos aparecieron en todo su esplendor. Era tan hermosa que el de Saint-Pouange, perdiendo toda vergüenza, le insinuó que triunfaría si empezaba dándole las primicias de lo que reservaba para su amado. La Saint-Yves, espantada y confusa, fingió no entenderle un buen rato; él hubo de explicarse con más claridad. Una palabra dejada caer al principio de forma discreta provocaba otra menos moderada, seguida de otra más expresiva. Se le ofrecieron no sólo la revocación de la cédula de encarcelamiento, sino

recompensas, dineros, honores, cargos; y cuanto más se prometía, más aumentaba el deseo de no ser rechazado.

La Saint-Yves lloraba, sofocada y medio derribada sobre un sofá, sin dar apenas crédito a sus ojos y a sus oídos. El de Saint-Pouange se hincó, a su vez, de rodillas. No carecía de atractivos, y hubiera podido no asustar a un corazón menos prevenido. Pero Saint-Yves adoraba a su amado y creía que era un horrible crimen traicionarlo para servirle. Saint-Pouange redoblaba súplicas y promesas; finalmente perdió la cabeza hasta el punto de declararle que aquél era el único medio de sacar de la prisión al hombre por el que ella sentía un interés tan apasionado y tan tierno. Aquella extraña entrevista se prolongaba. La devota de la antecámara, mientras seguía leyendo su *Pedagogo cristiano*, decía: «¡Dios mío, qué podrán estar haciendo desde hace dos horas! Monseñor de Saint-Pouange nunca ha dado una audiencia tan larga; tal vez le haya negado todo a la pobre muchacha, cuando sigue suplicándole».

Por fin su compañera salió del aposento trasero, completamente fuera de sí, sin poder articular palabra, reflexionando profundamente sobre el carácter de los grandes y de los semigrandes que sacrifican con tanta ligereza la libertad de los hombres y el honor de las mujeres.

No dijo una palabra durante todo el camino. Llegada a casa de la amiga, explotó, le contó todo. La devota se santiguó con grandes espavientos. «Querida amiga, mañana mismo hay que consultar con el padre Tout-à-tous, nuestro director espiritual; tiene mucho crédito con el señor de Saint-Pouange; confiesa a varias criadas de su casa; es un hombre piadoso y complaciente, que también dirige a mujeres de condición. Poneos en sus manos, es lo que yo suelo hacer, y siempre me ha ido bien. Nosotras, pobres mujeres, necesitamos ser guiadas por un hombre. — Entonces, querida amiga, mañana iré a ver al padre Tout-à-tous».

Capítulo XVI

Ella consulta con un jesuita

Cuando la bella y desolada Saint-Yves estuvo con su buen confesor, le confió que un hombre poderoso y lascivo le proponía sacar de su prisión al hombre con el que debía casarse legítimamente a cambio de un alto precio por su servicio; que sentía una repugnancia horrible por semejante infidelidad, y que, si sólo se tratase de su propia vida, la sacrificaría antes que sucumbir.

«¡Qué pecador abominable!, le dijo el padre Tout-à-tous. Deberíais decirme el nombre de ese infame; seguro que se trata de algún jansenista; lo denunciaré a Su Reverencia el padre De La Chaise, que mandará encerrarlo en la mazmorra donde ahora está la querida persona con quien habéis de casaros».

Tras mucho apuro y grandes vacilaciones, la pobre niña le dijo el nombre de Saint-Pouange.

«¡Monseñor de Saint-Pouange!, exclamó el jesuita. Ay, hija mía, eso es muy distinto; es primo del mayor ministro que nunca hayamos tenido, hombre de bien, protector de la buena causa, buen cristiano; no puede haber tenido semejante pensamiento, tenéis que haber oído mal. — ¡Ay, padre mío, demasiado bien oí! Estoy perdida haga lo que haga; no tengo otra elección que la desgracia o la vergüenza; mi amado ha de permanecer sepultado en vida, o yo he de volverme indigna de vivir. No puedo consentir que perezca, y no puedo salvarlo».

El padre Tout-à-tous trató de calmarla con estas dulces palabras:

«En primer lugar, hija mía, nunca digáis “mi amado”; hay en ello algo mundano que podría ofender a Dios. Decid “mi marido”; porque, aunque todavía no lo sea, vos lo miráis como tal, y no hay nada más honesto.

»En segundo lugar, aunque sea vuestro esposo en idea, en esperanza, no lo es en realidad; por lo tanto, no cometeréis adulterio, pecado enorme que siempre hay que evitar mientras sea posible.

»En tercer lugar, en las acciones no hay malicia de culpa cuando la intención es pura; y nada hay más puro que conseguir la libertad de vuestro marido.

»En cuarto lugar, en la santa antigüedad tenéis ejemplos que pueden servir maravillosamente a vuestra conducta. San Agustín refiere que, durante el proconsulado de Septimio Acindino^[495], en el año 340 de nuestra salvación, un pobre hombre que no podía pagar al César lo que era del César, fue condenado a muerte, como es justo, a pesar de la máxima: “Donde nada hay el rey pierde sus derechos”. Se trataba de una libra de oro; el condenado tenía una mujer en quien Dios había puesto hermosura y prudencia. Un viejo ricachón prometió dar a la dama una libra de oro, e incluso más, a condición de cometer con ella el pecado inmundo. La dama no creyó obrar mal salvando la vida de su marido. San Agustín aprueba firmemente su generosa resignación. Bien es verdad que el viejo ricachón la engañó, y quizá, incluso, el marido no dejó de ser ahorcado; mas ella había

hecho cuanto estaba en su poder para salvarle la vida.

»Tened la seguridad, hija mía, de que cuando un jesuita os cita a san Agustín es menester que este santo tenga toda la razón. Nada os aconsejo: sed prudente; es de presumir que seréis útil a vuestro marido. Monseñor de Saint-Pouange es un hombre honrado, no os engañará; es cuanto puedo deciros; rogaré a Dios por vos, y espero que todo suceda a mayor gloria suya».

La bella Saint-Yves, no menos espantada de las palabras del jesuita que de las proposiciones del viceministro, volvió enloquecida a casa de su amiga. Estaba tentada de liberarse, mediante la muerte, del horror de dejar en un cautiverio horrible al hombre al que adoraba, y de la vergüenza de liberarlo al precio de lo que ella tenía de más precioso, y que sólo debía pertenecer a aquel desdichado amante.

Capítulo XVII

Ella sucumbe por virtud

Suplicaba a su amiga que la matase; pero esta mujer, no menos indulgente que el jesuita, le habló con mayor claridad todavía. «¡Ay!, dijo. No de otro modo se resuelven los asuntos en esta corte tan amable, tan galante y tan famosa. Los cargos más corrientes y los más altos sólo suelen darse al precio que de vos se exige. Oíd, me habéis inspirado amistad y confianza; os confesaré que si yo hubiera sido tan intransigente como lo sois vos, mi marido no gozaría del pequeño cargo que le permite vivir; él lo sabe, y lejos de sentirse enojado, ve en mí a su bienhechora y se considera obra mía. ¿Pensáis que todos los que han estado al frente de las provincias, o incluso de los ejércitos, debieron sus honores y su fortuna sólo a sus servicios? Hay quienes los deben a sus señoras esposas. Las dignidades de la guerra fueron solicitadas por el amor; y la plaza se dio al marido de la más hermosa.

»Vos estáis en una situación mucho más interesante: se trata de devolver a vuestro amado a la luz y de casaros con él; es un deber sagrado que habéis de cumplir. Nadie censuró a las hermosas y grandes damas de que os hablo; os aplaudirán, dirán que os habéis permitido una debilidad únicamente por exceso de virtud.

»— ¡Ay! ¡Qué virtud!, exclamó la hermosa Saint-Yves. ¡Qué laberinto de

iniquidades! ¡Qué país! ¡Y cómo aprendo a conocer a los hombres! Un padre De La Chaise y un bailío ridículo meten en prisión a mi amado, mi familia me persigue; y en mi desastre, me tienden la mano sólo para deshonorarme. Un jesuita ha perdido a un hombre valiente, otro jesuita quiere perderme a mí; ¡sólo trampas me rodean, y se acerca el momento de caer en la miseria! Tengo que matarme o hablar con el rey; me postraré a sus pies cuando vaya camino de misa o del teatro.

»— No os permitirán acercaros, le dijo su buena amiga; y si tenéis la desdicha de hablar, monseñor de Louvois y el reverendo padre De La Chaise podrían enterraros en el fondo de un convento para el resto de vuestros días».

Mientras esta buena señora aumentaba así las perplejidades de aquel alma desesperada y hundía el puñal en su corazón, llega un correo del señor de Saint-Pouange con una carta y dos hermosos pendientes. Saint-Yves rechazó todo llorando, pero la amiga se encargó de recogerlo.

Cuando el mensajero hubo partido, nuestra confidente lee la carta en la que se propone a las dos amigas una cena esa misma noche. Saint-Yves jura que no ha de ir. La devota quiere probarle los dos zarcillos de diamantes; Saint-Yves no lo pudo permitir. Luchó durante todo el día. Finalmente, pensando sólo en su amante, vencida, arrastrada, sin saber adónde la llevan, se deja conducir a la fatal cena. Nada había podido convencerla para que se engalanase con los pendientes; la confidente los llevó, y se los puso a pesar suyo antes de sentarse a la mesa. Saint-Yves estaba tan confusa, tan turbada, que se dejaba acosar; y el anfitrión deducía de ello augurios muy favorables. Hacia el final de la cena, la confidente se retiró discretamente. El amo de la casa mostró entonces la revocación de la cédula de cárcel, el despacho de una gratificación considerable, otro más con el mando de una compañía, y no escatimó promesas. «¡Ay, le dijo Saint-Yves, cuánto os amaría si no quisierais ser tan amado!».

Por fin, tras larga resistencia, después de sollozos, gritos y lágrimas, debilitada por el combate, enajenada, desfallecida, tuvo que rendirse. Su único recurso fue prometerse pensar exclusivamente en el Ingenuo mientras el cruel gozara despiadado de la necesidad a que se veía reducida.

Capítulo XVIII

Ella libera a su amante y a un jansenista

Al alba, vuela a París provista con la orden del ministro. Es difícil pintar lo que ocurría en su corazón durante ese viaje. ¡Imaginaos un alma virtuosa y noble, humillada por su oprobio, ebria de ternura, desgarrada por los remordimientos de haber traicionado a su amado, invadida por el placer de liberar al que adora! Sus amarguras, sus combates y su éxito compartían todas sus reflexiones. Ya no era aquella muchacha simple cuyas ideas había limitado una educación provinciana. El amor y la desgracia la habían formado. El sentimiento había progresado tanto en ella como la razón lo había hecho en la mente de su infortunado amante. Las mujeres aprenden a sentir con más facilidad que los hombres a pensar. Su aventura fue más instructiva que cuatro años de convento.

Su atuendo era de una extremada sencillez. Veía con horror las galas con que se había presentado ante su funesto bienhechor; había dejado los zarcillos de brillantes a su amiga sin mirarlos siquiera. Confusa y encantada, idolatrando al Ingenuo y odiándose a sí misma, llega por fin a la puerta

De cet affreux château, palais de la vengeance

qui renferma souvent le crime et l'innocence.^[496]

Cuando tuvo que apearse de la carroza, le fallaron las fuerzas; la ayudaron; entró con el corazón palpitante, los ojos llenos de lágrimas y la frente consternada. La presentan al alcaide; ella quiere hablarle, su voz se ahoga; muestra la orden articulando apenas unas palabras. El alcaide apreciaba a su prisionero; se alegró mucho de su liberación. No tenía el corazón endurecido como el de algunos honorables carceleros colegas suyos que, pensando únicamente en la retribución unida a la guarda de sus cautivos, cimentando sus rentas con sus víctimas y viviendo de la desgracia ajena, sentían en secreto una horrible alegría con las lágrimas de los desdichados.

Manda comparecer al preso en su aposento. Los dos enamorados se ven, y los dos se desvanecen. La bella Saint-Yves permaneció largo rato sin movimiento y sin vida; el otro recuperó pronto el ánimo. «Parece que ahí tenéis a vuestra esposa, le dice el gobernador; no me habíais dicho que estuvierais casado. Me hacen saber que debéis vuestra liberación a sus generosos desvelos. — Ay, no soy digna de ser su esposa», dijo la bella Saint-Yves con voz trémula; y volvió de nuevo a desmayarse.

Cuando hubo recobrado el sentido, presentó, todavía temblando, el despacho de la gratificación, y la promesa por escrito de una compañía. El

Ingenuo, tan atónito como enternecido, despertaba de un sueño para caer en otro. «¿Por qué me metieron en este sitio? ¿Cómo habéis podido sacarme? ¿Dónde están los monstruos que me encarcelaron aquí? Sois una divinidad que descendéis del cielo en mi ayuda».

La bella Saint-Yves bajaba la vista, miraba a su amado, se ruborizaba y un momento después apartaba los ojos mojados en llanto. Finalmente le contó cuanto sabía, y todo lo que ella había sufrido, excepto lo que habría querido ocultarse a sí misma por siempre, y lo que cualquier otro, salvo el Ingenuo, más habituado al mundo y más instruido en los usos cortesanos, habría adivinado fácilmente.

«¿Es posible que un miserable como ese bailío haya tenido poder para arrebatarme mi libertad? ¡Ay!, ya veo que con los hombres ocurre como con los animales más viles; todos pueden hacer daño. Pero ¿es posible que un monje, un jesuita confesor del rey, haya contribuido a mi infortunio tanto como ese bailío, sin que yo pueda imaginar con qué pretexto ese detestable bribón me ha perseguido? ¿Me ha hecho pasar por jansenista? En fin, ¿cómo os habéis acordado de mí? Yo no lo merecía, no era entonces más que un salvaje. ¡Cómo! Sin consejo ni ayuda, ¿habéis podido emprender el viaje de Versalles? ¡Nada más presentaros en la corte, mis grilletes se han roto! ¡Hay, pues, en la belleza y en la virtud un encanto irresistible que derriba las puertas de hierro y ablanda los corazones de bronce!».

A esta palabra de «virtud», a la bella Saint-Yves se le escaparon los sollozos. No sabía cuán virtuosa era en medio del crimen que se reprochaba.

Su amado prosiguió así: «Ángel que habéis roto mis ataduras, si habéis tenido (cosa que todavía no comprendo) crédito suficiente para que me hagan justicia, haced que también la tenga un anciano que ha sido el primero en enseñarme a pensar, como vos me habéis enseñado a amar. La calamidad nos ha unido; le amo como a un padre, no puedo vivir ni sin vos ni sin él.

»— ¡Cómo! Que pida al mismo hombre que... — Sí, quiero deberos todo, y no quiero deber nunca nada sino a vos: escribid a ese hombre poderoso, colmadme con vuestros beneficios, rematad lo que habéis empezado, acabad vuestros prodigios». Ella sentía que debía hacer cuanto su amado exigía; quiso escribir, su mano se resistía a obedecer. Tres veces empezó su carta, tres veces la rompió; por fin la escribió, y los dos amantes salieron después de haber abrazado al viejo mártir de la gracia eficaz.

La feliz y desolada Saint-Yves sabía en qué casa se alojaba su hermano; a ella

fue; su enamorado alquiló un cuarto en la misma casa.

Nada más llegar, su protector le envió la orden de excarcelación del buen Gordon, y le pidió una cita para el día siguiente. De este modo, su deshonor era el precio de cada acción honesta y generosa que hacía. Execraba aquella costumbre de vender la desgracia y la felicidad de los hombres. Entregó la orden de excarcelación a su amado, y rechazó la cita de un bienhechor al que ya no podía ver sin morir de dolor y vergüenza. El Ingenuo sólo podía separarse de su lado para ir a liberar a un amigo: allá voló. Cumplió este deber meditando en los extraños sucesos de este mundo, y admirando la valerosa virtud de una joven a quien dos infortunados debían más que la vida.

Capítulo XIX

El Ingenuo, la bella Saint-Yves y sus parientes se reúnen

La generosa y respetable infiel estaba con su hermano el abate de Saint-Yves, el buen prior de la Montaña y la señora de Kerkabón. Todos se hallaban igualmente asombrados, pero sus situaciones y sentimientos eran bien distintos. El abate de Saint-Yves lloraba sus errores a los pies de su hermana, que le perdonaba. El prior y su tierna hermana también lloraban, pero de alegría. El infame bailío y su insoportable hijo no perturbaban aquella conmovedora escena: se habían marchado al primer rumor de la excarcelación de su enemigo; corrían a sepultar en su provincia su necesidad y sus temores.

Los cuatro personajes, embargados por cien impulsos diversos, esperaban que el joven volviese con el amigo al que debía liberar. El abate de Saint-Yves no osaba levantar los ojos delante de su hermana; la buena Kerkabón decía: «¡Volveré, pues, a ver a mi querido sobrino! — Volveréis a verlo, dijo la encantadora Saint-Yves, pero ya no es el mismo hombre; su aspecto, su tono, sus ideas, su espíritu, todo ha cambiado en él; se ha vuelto tan respetable como ingenuo y extraño a todo era antes. Será el honor y el consuelo de vuestra familia. ¡Ay, si yo pudiera ser también la honra de la mía! — Tampoco vos sois la misma, dijo el prior, ¿qué os ha ocurrido que ha provocado en vos tan gran cambio?».

En medio de esta conversación llega el Ingenuo, trayendo de la mano a su jansenista. La escena se volvió entonces más nueva y más interesante. Empezó por los tiernos abrazos del tío y de la tía. El abate de Saint-Yves se postraba casi de

rodillas ante el Ingenuo, que ya no era el Ingenuo. Los dos amantes se hablaban con miradas que expresaban todos los sentimientos de que estaban llenos. Se veía resplandecer la satisfacción, la gratitud, en la frente del uno; el azoramiento se pintaba en los ojos tiernos y algo extraviados de la otra. A todos causaba asombro que la joven mezclara el dolor con tanta alegría.

No tardó mucho el viejo Gordon en ser apreciado por toda la familia. Había sido desdichado junto al joven prisionero, y ése era un gran título. Debía su liberación a los dos amantes, y eso bastaba para reconciliarlo con el amor; la acritud de sus antiguas opiniones salía de su corazón; igual que el hurón, se había convertido en hombre. Ambos contaron su aventura antes de la cena. Los dos abates y la tía escuchaban como niños que oyen historias de aparecidos, y como hombres que se interesaban por tantos desastres. «¡Ay!, dijo Gordon, quizá haya más de quinientas personas virtuosas que están ahora en los mismos grillos que la señorita de Saint-Yves ha roto: no se conocen sus desgracias. Siempre son muchas las manos que golpean sobre el tropel de desdichados, y rara vez una que ayude». Esta reflexión, tan verdadera, aumentaba su sensibilidad y gratitud; todo acrecentaba el triunfo de la bella Saint-Yves; y causaban admiración la grandeza y la firmeza de su alma. La admiración se mezclaba a ese respeto que, pese a nosotros mismos, sentimos por una persona a la que se supone influencia en la corte. Pero el abate de Saint-Yves decía de vez en cuando: «¿Qué habrá podido hacer mi hermana para lograr tan deprisa esa influencia?».

Iban a sentarse a la mesa temprano. Pero he aquí que la buena amiga de Versalles llega sin saber nada de lo que había pasado; venía en carroza de seis caballos, y fácil es de suponer a quién pertenecía el carruaje. Entra con el aire imponente de un cortesano que tiene muchas ocupaciones, saluda brevísimamente a toda la concurrencia y, llevando aparte a la bella Saint-Yves, le dice: «¿Por qué os hacéis esperar tanto? Seguidme, aquí tenéis los diamantes que habíais olvidado».

No pudo decir estas palabras en voz tan baja que no las oyera el Ingenuo; él vio los diamantes, el hermano quedó desconcertado; el tío y la tía sólo experimentaron la sorpresa de gentes de bien que nunca habían visto tal magnificencia. El joven, que se había formado tras un año de reflexiones, las hizo a pesar suyo y pareció alterado un momento. Su amada se dio cuenta; una palidez mortal se difundió por su hermoso rostro, un estremecimiento se apoderó de ella, apenas podía sostenerse. «¡Ay, señora, dijo a la fatal amiga, me habéis perdido, me dais la muerte!». Estas palabras traspasaron el corazón del Ingenuo; pero ya había aprendido a dominarse; no las reveló a nadie, para no inquietar a su amada delante de su hermano; pero se puso tan pálido como ella.

Saint-Yves, enloquecida por la alteración que percibía en el rostro de su amado, se lleva a la mujer fuera de la habitación, a un pequeño corredor, y arroja los diamantes al suelo delante de ella. «¡Ay, no han sido ellos los que me han seducido, bien lo sabéis; pero el que me los dio no volverá a verme nunca!». La amiga los recogía, y Saint-Yves seguía diciendo: «Que se quede con ellos o que os los dé; idos, no hagáis que me avergüence más de mí misma». La embajadora terminó por marcharse sin lograr comprender los remordimientos de que era testigo.

La bella Saint-Yves, respirando con ahogo, sintiendo en su cuerpo una revolución que la sofocaba, se vio obligada a meterse en cama; pero, para no alarmar a nadie, no dijo de qué sufría y, pretextando fatiga únicamente, pidió licencia para retirarse a descansar; pero no sin antes haber tranquilizado a los presentes con palabras consoladoras y halagüeñas, y lanzar sobre su amado miradas que llevaban fuego a su alma.

La cena, que ella no animaba ya, fue triste al principio, pero con esa tristeza interesante que proporciona conversaciones atractivas y útiles, tan superiores a la frívola alegría que se busca a propósito, y que por regla general no es más que ruido importuno.

Gordon hizo la historia del jansenismo y del molinismo en pocas palabras, de las persecuciones con que un bando abrumaba al otro y de la obstinación de ambos. El Ingenuo hizo su crítica y se compadeció de los hombres que, no contentos de tanta discordia como encienden sus intereses, se causan nuevos males por intereses quiméricos y por absurdos ininteligibles. Gordon contaba, el otro juzgaba; los comensales escuchaban con emoción y se iluminaban con una luz nueva. Se habló de la duración de nuestros infortunios y de la brevedad de la vida. Se dijo que cada profesión tiene un vicio y un peligro vinculados a ella, y que, desde el príncipe hasta el último de los mendigos, todo parece acusar a la naturaleza. ¿Cómo hay tantos hombres que, por tan poco dinero, se convierten en perseguidores, en satélites, en verdugos del resto de los hombres? ¡Con qué indiferencia inhumana firma un hombre poderoso la destrucción de una familia, y con qué alegría bárbara la ejecutan los mercenarios!

«En mi juventud, dijo el bondadoso Gordon, vi a un pariente del mariscal de Marillac^[497], que, perseguido en su provincia por causa de ese ilustre desventurado, se ocultaba en París con nombre falso. Era un anciano de setenta y dos años. Su mujer, que lo acompañaba, era poco más o menos de su edad. Habían tenido un hijo libertino que, a la edad de catorce años, se había escapado de la casa paterna;

convertido en soldado, luego en desertor, había pasado por todos los grados de la depravación y la miseria; por fin, tomando el apellido de una tierra, había entrado en los guardias del cardenal Richelieu (porque este sacerdote, igual que Mazarino, tenía guardias); había obtenido un bastón de exento en esa compañía de esbirros. A este aventurero le encargaron detener al viejo y a su esposa, y se comportó con toda la dureza de un hombre que quería agradar a su amo. Cuando los llevaba, oyó a esas dos víctimas deplorar la larga serie de calamidades que habían sufrido desde la cuna. Padre y madre contaban entre sus mayores infortunios los extravíos y la pérdida de su hijo. Él los reconoció; no por ello dejó de llevarlos a prisión, asegurándoles que Su Eminencia debía ser servida por encima de todo. Su Eminencia recompensó su celo.

»He visto a un espía del padre De La Chaise traicionar a su propio hermano con la esperanza de un pequeño beneficio que no obtuvo; y lo vi morir, no de remordimientos, sino de dolor por haber sido engañado por el jesuita.

»El ministerio de confesor, que ejercí mucho tiempo, me ha permitido conocer la intimidad de las familias; pocas he visto que no estuvieran sumidas en la amargura, mientras por fuera, cubiertas con la máscara de la felicidad, parecían nadar en la alegría; y siempre observé que los grandes pesares eran fruto de nuestra codicia desenfrenada.

—Por mi parte, dijo el Ingenuo, pienso que un alma noble, agradecida y sensible puede vivir feliz; y espero desde luego gozar de una felicidad sin mezcla con la bella y generosa Saint-Yves. Porque presumo, añadió dirigiéndose a su hermano con la sonrisa de la amistad, que no me rechazaréis, como el año pasado, y que yo me comportaré de un modo más decoroso». El abate se deshizo en excusas por el pasado y en promesas de un afecto eterno.

El tío Kerkabón dijo que aquél sería el día más hermoso de su vida. La buena tía, extasiada y llorando de alegría, exclamaba: «¡Ya os había dicho yo que nunca seríais subdiácono! Este sacramento vale más que el otro. ¡Ojalá me hubiera visto yo honrada con él! Pero seré una madre para vos». Entonces, todos rivalizaron en alabanzas hacia la dulce Saint-Yves.

Su amado tenía el corazón demasiado henchido con lo que ella había hecho por él, la amaba demasiado para que la aventura de los diamantes causase en su corazón una impresión dominante. Pero estas palabras que había oído demasiado bien: «me dais la muerte», lo espantaban todavía en secreto y corrompían toda su alegría, mientras los elogios a su bella amada incrementaban más su amor. En fin,

todo el mundo se ocupaba de ella; sólo se hablaba de la felicidad que aquellos dos amantes merecían; arreglarían las cosas para vivir todos juntos en París, hacían proyectos de fortuna y de engrandecimiento, se entregaban a todas esas esperanzas que la menor chispa de felicidad provoca tan fácilmente. Pero el Ingenuo sentía en el fondo de su corazón un presentimiento secreto que rechazaba esa ilusión. Releía aquellas promesas firmadas por Saint-Pouange, y los despachos firmados por Louvois; le pintaron a estos dos hombres tal como eran, o como se creía que eran. Cada uno habló de los ministros y del ministerio con esa libertad de sobremesa mirada en Francia como la libertad más preciosa que pueda disfrutarse sobre la tierra.

«Si yo fuese rey de Francia, dijo el Ingenuo, el ministro de la guerra que escogería sería éste^[498]: querría un hombre de la mejor cuna, porque tiene que dar órdenes a la nobleza. Exigiría que hubiera sido oficial, que hubiera pasado por todos los grados, que al menos fuese teniente general del ejército y digno de ser mariscal de Francia; porque ¿no es necesario que haya servido para conocer mejor los detalles del servicio? Y los oficiales, ¿no obedecerán cien veces más alegres a un hombre de guerra que ya ha demostrado su valor como ellos, que a un hombre de gabinete que, a lo sumo, sólo puede adivinar las operaciones de una campaña, por más talento que pueda tener? No me desagradaría que mi ministro fuera generoso, aunque mi tesorero real pasase a veces algún apuro. Me gustaría que hiciera su trabajo a gusto, y que se distinguiera incluso por esa jovialidad de espíritu, patrimonio de un hombre superior en los asuntos, que tanto agrada a la nación y que hace menos penosos todos los deberes». Deseaba que un ministro tuviera ese carácter porque siempre había observado que ese buen carácter es incompatible con la crueldad.

Al señor de Louvois quizá no le habrían contentado los deseos del Ingenuo: sus méritos eran de especie muy distinta.

Pero, mientras estaban a la mesa, la enfermedad de aquella desventurada muchacha adquiría un carácter funesto; su sangre se había enardecido, se le había declarado una fiebre devoradora, sufría y no se quejaba lo más mínimo, atenta a no turbar la alegría de los comensales.

Sabiendo que no dormía, su hermano fue a la cabecera de su lecho; quedó sorprendido por el estado en que se encontraba. Acudió todo el mundo; el amado venía tras los pasos del hermano. Era sin duda el más alarmado y el más enterneado de todos; pero había aprendido a unir la discreción a todos los felices dones que la naturaleza le había prodigado, y el inmediato sentimiento de las

conveniencias empezaba a predominar en él.

Dieron aviso en seguida a un médico de la vecindad. Era uno de esos que visitan a sus enfermos de prisa y corriendo, que confunden la enfermedad que acaban de ver con la que están viendo, que practican a ciegas una ciencia a la que toda la madurez de un entendimiento sano y meditado no puede privar de su incertidumbre y sus peligros. Agravó el mal con su precipitación al prescribir un remedio entonces de moda. ¡Moda hasta en medicina! Esta manía era demasiado frecuente en París.

La triste Saint-Yves contribuía más todavía que su médico a empeorar la dolencia. Su alma mataba a su cuerpo. El tropel de pensamientos que la agitaban llevaba a sus venas un veneno más peligroso que el de la fiebre más ardiente.

Capítulo XX

La bella Saint-Yves muere,
y lo que luego ocurre

Llamaron a otro médico; éste, en vez de ayudar a la naturaleza y dejarla obrar en una persona joven en quien todos los órganos tendían a la vida, sólo se preocupó de llevar la contraria a su colega. La enfermedad se volvió mortal en dos días. El cerebro, al que se considera la sede del entendimiento, fue atacado con tanta violencia como el corazón, que es, según dicen, la sede de las pasiones.

¿Qué incomprensible mecánica sometió los órganos al sentimiento y al pensamiento? ¿Cómo una sola idea dolorosa perturba el curso de la sangre? ¿Y cómo la sangre lleva a su vez sus irregularidades al entendimiento humano? ¿Cuál es ese fluido desconocido, de existencia incierta, que, más raudo, más activo que la luz, vuela en menos de un abrir y cerrar de ojos por todos los canales de la vida, produce las sensaciones, la memoria, la tristeza o la alegría, la razón o el vértigo, recuerda con horror lo que se querría olvidar, y hace de un animal pensante un objeto de admiración o un sujeto de piedad y de lágrimas?

Eso era lo que se decía el buen Gordon; y esta reflexión tan natural, que rara vez hacen los hombres, en nada menguaba su enternecimiento, pues no era de esos desventurados filósofos que se esfuerzan por ser insensibles. Lo conmovía el destino de aquella joven, como un padre que ve morir lentamente a su hijo adorado. El abate de Saint-Yves estaba desesperado, el prior y su hermana

derramaban torrentes de lágrimas. Pero ¿quién podría pintar el estado de su enamorado? Ninguna lengua tiene expresiones que respondan a ese colmo de dolores; las lenguas son demasiado imperfectas.

La tía, casi sin vida, sostenía la cabeza de la moribunda en sus débiles brazos; su hermano estaba de rodillas a los pies de la cama; su amado apretaba su mano, que bañaba de lágrimas, y estallaba en sollozos; la llamaba su bienhechora, su esperanza, su vida, la mitad de sí mismo, su amante, su esposa. Al oír esta palabra de «esposa», ella suspiró; lo miró con una ternura inefable y de improviso lanzó un grito de horror; luego, en uno de esos intervalos en que el abatimiento y la opresión de los sentidos, con el sufrimiento en suspenso, dejan al alma su libertad y su fuerza, exclamó: «¡Yo vuestra esposa! ¡Ay, amado mío, ese nombre, esa felicidad, ese premio no estaban hechos para mí! Muero y lo merezco. ¡Oh, dios de mi corazón! ¡Oh, vos, a quien he sacrificado a los demonios infernales, dejad de preocuparos, quedo castigada, vivid dichoso!».

Estas palabras tiernas y terribles no podían ser comprendidas; pero llevaban a todos los corazones el espanto y el enternecimiento; ella tuvo el valor de explicarse. Cada palabra hizo estremecerse de asombro, de dolor y de piedad a todos los presentes. Todos coincidían en detestar al hombre poderoso que sólo había reparado una horrible injusticia con un crimen, y que había forzado a ser cómplice suyo a la más respetable de las inocencias.

«¿Quién? ¿Vos culpable?, le dijo su amado; no, no lo sois; el crimen sólo puede estar en el corazón, y el vuestro es de la virtud y mío».

Y confirmaba este sentimiento con palabras que parecían devolver la vida a la hermosa Saint-Yves. Ésta se sintió consolada, y se extrañaba de seguir siendo amada todavía. El viejo Gordon la habría condenado en los tiempos en que sólo era jansenista; pero, habiéndose vuelto prudente, la estimaba y lloraba.

En medio de tantas lágrimas y temores, mientras el peligro de aquella joven tan querida embargaba el corazón de todos y todos estaban consternados, se anuncia a un correo de la corte. ¡Un correo! ¿De quién? ¿Y por qué? Era de parte del confesor del rey para el prior de la Montaña; no era el padre De La Chaise quien escribía, sino fray Vadbled^[499], su mayordomo, hombre importantísimo en aquella época, el que enviaba a los arzobispos los mandatos del reverendo padre, el que concedía audiencias, el que prometía beneficios, el que algunas veces hacía expedir las cédulas de cárcel. Le escribía al abate de la Montaña que «Su Reverencia estaba informado de las aventuras de su sobrino, que su prisión sólo era un error, que pequeñas desgracias como aquella ocurrían con frecuencia, que

no había que prestarles atención, y que, en fin, confiaba en que el prior fuese a presentarle al día siguiente a su sobrino, que debía ir acompañado del buen Gordon, que él, fray Vadbled, los presentaría a Su Reverencia y en casa de monseñor de Louvois, que éste les diría unas palabras en su antecámara».

Añadía que la historia del Ingenuo y de su combate contra los ingleses habían sido contadas al rey, que con toda seguridad el rey se dignaría mirarle cuando pasara por la galería, y tal vez incluso le hiciera una señal con la cabeza. La carta concluía con la esperanza de que le halagase que todas las damas de la corte se apresurarían a invitar a su sobrino a sus tocadores, que muchas de ellas le dirían: «Buenos días, señor Ingenuo», y que, probablemente, se hablaría de él durante la cena del rey. La carta iba firmada: «Vuestro afectísimo Vadbled, jesuita».

Tras haber leído en voz alta el prior la misiva, su sobrino, furioso, dominando un momento su cólera, no dijo nada al portador; pero volviéndose hacia el compañero de sus infortunios le preguntó qué pensaba de aquel estilo. Gordon le respondió: «¡Tratan a los hombres lo mismo que a los simios! Los pegan y les hacen bailar». El Ingenuo, recuperando su temperamento, que siempre reaparece en las grandes conmociones del ánimo, desgarró la carta en trozos y los arrojó a la cara del correo: «Ésta es mi respuesta».

Su tío, asustado, creyó ver el trueno y veinte cédulas de cárcel caer sobre su cabeza. Corrió a escribir y a excusarse, como pudo, de lo que tomaba por el arrebató de un joven, y que era el arranque de un alma magnánima.

Pero preocupaciones más dolorosas embargaban todos los corazones. La bella y desventurada Saint-Yves ya sentía acercarse su fin; estaba tranquila, pero con esa tranquilidad horrorosa de la naturaleza exhausta que ya no tiene fuerza para luchar. «¡Oh, amado mío!, dijo con voz desfalleciente, la muerte me castiga por mi debilidad; mas expiro con el consuelo de saberos libre. Os he adorado al traicionaros, y os adoro al daros mi eterno adiós».

No hacía alardes de vana firmeza; no concebía esa miserable gloria de lograr que algunos vecinos dijeran: «Murió llena de ánimo». ¿Quién puede perder a los veinte años a su amado, su vida y eso que llaman la «honra» sin pesar ni desgarró? Sentía todo el horror de su situación, y lo dejaba translucir en esas palabras y miradas moribundas que hablan con tanta elocuencia. En fin, lloraba como los demás en los momentos en que tuvo fuerza para llorar.

¡Que otros traten de alabar las fastuosas muertes de los que entran insensibles en la destrucción!: ése es el destino de todos los animales. Nosotros sólo morimos como ellos, con indiferencia, cuando la edad o la enfermedad nos hacen semejantes suyos por la estupidez de nuestros órganos. Quien sufre una gran pérdida tiene grandes pesares; si los ahoga, es que lleva la vanidad hasta en los brazos de la muerte.

Cuando el momento fatal hubo llegado, todos los asistentes estallaron en sollozos y gritos. El Ingenuo perdió el uso de sus sentidos. Las almas fuertes tienen sentimientos mucho más violentos que los demás cuando son tiernas. El buen Gordon le conocía lo suficiente para temer que, vuelto en sí, se diese muerte. Escondieron todas las armas; el desdichado joven se dio cuenta; dijo a sus padres y a Gordon, sin llorar, sin gemir, sin emocionarse: «¿Pensáis acaso que hay alguien en la tierra que tenga derecho y poder para impedirme acabar con mi vida?». Gordon se guardó mucho de exponerle esos enfadosos tópicos con que se trata de probar que no es lícito usar la libertad propia para dejar de existir cuando uno se encuentra horriblemente mal^[500], que no hay que salir de casa cuando ya no puede uno quedarse en ella, que el hombre está en la tierra como un soldado en su puesto: como si al Ser de los seres le importase que el ensamblaje de algunas partes de materia se produjera en un lugar o en otro: razones impotentes que una desesperación firme y meditada desdeña escuchar, y a las que Catón sólo respondió con una puñalada.

El taciturno y horrible silencio del Ingenuo, sus ojos sombríos, sus labios trémulos, los estremecimientos de su cuerpo, llevaban al alma de cuantos lo miraban esa mezcla de compasión y de espanto que encadena todas las potencias del alma, que excluye todo discurso, y que sólo se manifiesta por palabras entrecortadas. La dueña de la casa y su familia habían acudido; todos temblaban ante su desesperación, lo vigilaban de cerca, observaban todos sus movimientos. El cuerpo helado de la hermosa Saint-Yves ya había sido llevado a una sala baja, lejos de los ojos de su amado, que todavía parecía buscarla aunque ya no se encontrase en condiciones de ver nada.

En medio de este espectáculo de la muerte, mientras el cuerpo está expuesto a la puerta de la casa, mientras dos sacerdotes al lado de una concha de agua bendita recitan oraciones con aire distraído, mientras los transeúntes arrojan algunas gotas de agua bendita sobre el ataúd por hacer algo, mientras otros prosiguen su camino con indiferencia, mientras los parientes lloran y su amado está a punto de quitarse la vida, el de Saint-Pouange llega con la amiga de Versalles.

Su capricho pasajero, al haber sido satisfecho sólo una vez, se había convertido en amor. El rechazo de sus beneficios había picado su amor propio. Al padre De La Chaise jamás se le habría ocurrido presentarse en aquella casa; pero Saint-Pouange, que todos los días tenía ante la vista la imagen de la bella Saint-Yves, ardiendo por saciar una pasión que con un solo goce había hundido en su corazón el aguijón de los deseos, no dudó en acudir en persona en busca de una mujer a la que quizá no habría deseado volver a ver tres veces si ella se hubiera presentado por sí misma.

Se apea de la carroza; el primer objeto que se ofrece a su vista es un ataúd; aparta los ojos con esa sencilla repugnancia de un hombre que vive entre placeres, que piensa que se le deben ahorrar todos los espectáculos que puedan remitirle a la contemplación de la miseria humana. Pretende subir. La mujer de Versailles pregunta por curiosidad a quién van a enterrar; pronuncian el nombre de la señorita de Saint-Yves. Al oír este nombre, se puso pálida y lanzó un grito horrible; Saint-Pouange se vuelve; la sorpresa y el dolor sobrecogen su alma. El buen Gordon estaba allí, con los ojos arrasados en lágrimas. Interrumpe sus tristes oraciones para referir al cortesano toda aquella horrible catástrofe. Le habla con ese imperio que prestan el dolor y la virtud. Saint-Pouange no era de natural malvado; el torbellino de los asuntos políticos y los placeres había arrastrado su alma, que aún no se conocía a sí misma. No había llegado a la vejez, que de ordinario endurece el corazón de los ministros; escuchaba a Gordon con los ojos bajos y enjugaba algunos llantos que no dejaron de sorprenderle; conoció el arrepentimiento.

«Quiero ver a toda costa a ese hombre extraordinario del que me habéis hablado, dijo; me conmueve casi tanto como esa inocente víctima de cuya muerte soy causa». Gordon le sigue hasta la habitación donde el prior, la Kerkabón, el abate de Saint-Yves y algunos vecinos trataban de reanimar al joven, que de nuevo se había desmayado.

«Yo he causado vuestra desgracia, le dijo el viceministro; emplearé mi vida en repararla». La primera idea que le vino a la mente al Ingenuo fue matarle y matarse después. Nada más lógico; pero estaba desarmado y lo vigilaban de cerca. Saint-Pouange no se desanimó por las negativas acompañadas del reproche, del desprecio y del horror que había merecido y que le prodigaron. El tiempo todo lo suaviza. El señor de Louvois terminó haciendo un excelente oficial del Ingenuo, que apareció con otro nombre en París y en el ejército, con la aprobación de todas las gentes honradas, y que fue, a un tiempo, un guerrero y un filósofo intrépido.

Jamás hablaba de esta aventura sin gemir; y, sin embargo, su consuelo era hablar de ella. Veneró el recuerdo de la tierna Saint-Yves hasta el último instante de su vida. El abate de Saint-Yves y el prior obtuvieron cada uno un buen beneficio; a la bondadosa Kerkabón le gustó más ver a su sobrino en los honores militares que en el subdiaconado. La devota de Versailles se quedó con los zarcillos de diamantes y encima recibió un hermoso regalo. El padre Tout-à-tous tuvo cajas de chocolate, de café, de azúcar cande, de limones confitados, junto con las *Meditaciones del reverendo padre Croiset* y *La flor de los santos*^[501] encuadernados en tafilete. El buen Gordon vivió con el Ingenuo hasta su muerte en la más íntima amistad; también obtuvo un beneficio y olvidó para siempre la gracia eficaz y la ayuda concomitante^[502]. Tomó por divisa: «La desdicha sirve para algo». ¡Cuántas gentes honradas en el mundo han podido decir: «La desdicha no sirve para nada»!

La princesa de Babilonia^[503]

I

[Descripción del palacio del rey de Babilonia, padre de la bella babilonia. Retrato de esta incomparable belleza. Oráculo que ordena su matrimonio y en qué condiciones. Tres reyes se presentan para obtenerla. Llegada de un cuarto pretendiente.]^[504]

El viejo Belo, rey de Babilonia^[505], se creía el hombre más importante de la Tierra porque todos sus cortesanos se lo decían y sus historiógrafos se lo demostraban. Podía disculparse en él esa ridiculez porque era cierto que sus predecesores habían construido Babilonia más de treinta mil años antes, y que él la había embellecido. Como se sabe, su palacio y su parque, situados a unas cuantas parasangas^[506] de Babilonia, se extendían entre el Éufrates y el Tigris, que bañaban aquellas encantadas riberas. Su vasta mansión, de tres mil pasos de fachada, se elevaba hasta las nubes. La terraza estaba rodeada por una balaustrada de mármol blanco de cincuenta pies de altura que soportaba las estatuas colosales de todos los reyes y todos los grandes hombres del imperio. Esa terraza, formada por dos hileras de ladrillos cubiertos por una espesa superficie de plomo de un extremo al otro, tenía doce pies de tierra encima; y sobre esa tierra se habían plantado bosques de olivos, de naranjos, de limoneros, de palmeras, de claveros, de cocoteros y de caneleros que formaban alamedas impenetrables a los rayos del sol.

Elevadas por bombas a través de cien columnas huecas, las aguas del Éufrates llegaban a estos jardines para llenar inmensos pilones de mármol y, volviendo a caer luego por otros canales, iban a formar en el parque cascadas de seis mil pies de longitud y cien mil chorros de agua cuya altura apenas podía alcanzar la vista; luego volvían al Éufrates, de donde habían salido. Los jardines de Semíramis, que asombraron al Asia varios siglos después, no eran sino pálida imitación de estas antiguas maravillas; porque, desde los tiempos de Semíramis, todo empezaba a degenerar en los hombres y en las mujeres.

Pero lo más admirable de Babilonia, lo que eclipsaba a todo lo demás, era la hija única del rey, llamada Formosante. Siglos más tarde, Praxiteles esculpiría a partir de los retratos y estatuas de esta princesa su Afrodita y la que fue llamada la «Venus de las bellas nalgas»^[507]. Qué diferencia, ¡oh, cielo!, del original a las copias. Por eso Belo estaba más orgulloso de su hija que de su reino. Tenía ella dieciocho

años y había que encontrarle un marido digno de ella; pero ¿dónde encontrarlo? Un antiguo oráculo había ordenado que Formosante sólo podría pertenecer a quien fuera capaz de tensar el arco de Nembrod. Este Nembrod^[508], el fuerte cazador ante el Señor, había dejado un arco de siete pies babilónicos de altura, de una madera de ébano más dura que el hierro del monte Cáucaso que se trabaja en las fraguas de Derbernt^[509]; y desde Nembrod ningún mortal había podido armar aquel arco maravilloso.

También se había dicho que el brazo que lograra tensar ese arco mataría al león más terrible y más peligroso que fuera soltado en el circo de Babilonia. Eso no era todo: el tensador del arco, el vencedor del león, debía derrotar a todos sus rivales; pero, sobre todo, debía tener mucho ingenio, ser el más magnífico de los hombres, el más virtuoso, y poseer la cosa más rara que hubiese en todo el universo.

Se presentaron tres reyes que osaron disputarse a Formosante: el faraón de Egipto, el sha de las Indias y el gran jan de los escitas. Belo señaló el día y el lugar del combate en uno de los extremos de su parque, en el vasto espacio bordeado por las aguas del Éufrates y del Tigris reunidas. Alrededor del palenque levantaron un anfiteatro de mármol capaz de contener quinientos mil espectadores. Enfrente del anfiteatro se hallaba el trono del rey, que debía asistir con Formosante, acompañada por toda la corte; y a derecha e izquierda, entre el trono y el anfiteatro, había otros tronos y otros asientos para los tres reyes y para todos los demás soberanos que acudirían por curiosidad a ver la augusta ceremonia.

El primero en llegar fue el rey de Egipto, montado en el buey Apis y llevando en su mano el sistro de Isis. Lo seguían dos mil sacerdotes vestidos con ropajes de lino más blancos que la nieve, dos mil eunucos, dos mil magos y dos mil guerreros.

El rey de las Indias llegó poco después en un carro tirado por doce elefantes. Tenía un séquito más numeroso y más brillante todavía que el faraón de Egipto.

El último en aparecer fue el rey de los escitas. A su lado no había más que guerreros escogidos, armados de arcos y flechas. Su montura era un soberbio tigre que había domado, y que era tan alto como los caballos más hermosos de Persia. La estatura de este monarca, imponente y majestuosa, eclipsaba la de sus rivales; sus brazos descubiertos, y tan nervudos como blancos, parecían tensar ya el arco de Nembrod.

Los tres príncipes se prosternaron primero ante Belo y Formosante. El rey de Egipto ofreció a la princesa los dos cocodrilos más hermosos del Nilo, dos hipopótamos, dos cebras, dos ratas de Egipto y dos momias, junto con los libros del gran Hermes^[510], que en su opinión era lo más raro que había sobre la Tierra.

El rey de las Indias le ofreció cien elefantes, cada uno de los cuales llevaba encima una torre de madera dorada, y puso a sus pies el *Veidam*^[511], escrito de puño y letra del mismo Xaca^[512].

El rey de los escitas, que no sabía leer ni escribir, ofreció cien caballos de batalla cubiertos de gualdrapas de pieles de zorros negros.

La princesa bajó los ojos en presencia de sus pretendientes y se inclinó con gracia tan modesta como noble.

Belo ordenó conducir a los monarcas hasta los tronos que se les habían preparado: «Ojalá tuviera yo tres hijas, les dijo; hoy haría felices a seis personas». Luego mandó sortear quién había de ser el primero en tensar el arco de Nembrod. Metieron en un yelmo de oro los nombres de los tres pretendientes. El del rey de Egipto fue el primero en salir; luego apareció el nombre del rey de las Indias. Contemplando el arco y a sus rivales, el rey escita no lamentó ser el último.

Mientras se preparaban estas brillantes pruebas, veinte mil pajes y veinte mil doncellas distribuían con gran orden refrescos a los espectadores entre las filas de asientos. Todo el mundo confesaba que los dioses habían creado a los reyes sólo para que dieran fiestas todos los días, con tal de que fueran distintas; que la vida es demasiado breve para emplearla de otro modo; que los procesos, las intrigas, la guerra y las disputas de los sacerdotes, que consumen la vida humana, son cosas absurdas y horribles; que el hombre sólo ha nacido para la alegría; que no amaría los placeres de forma tan apasionada y continua si no estuviera hecho para ellos; que la esencia de la naturaleza humana es gozar, y todo lo demás locura. Sólo los hechos han desmentido siempre esta excelente moral.

Cuando iban a empezar aquellas pruebas que debían decidir el destino de Formosante, en la barrera se presenta un joven desconocido montado en un unicornio^[513], acompañado por su criado montado en otro unicornio, y con un gran pájaro al puño. La guardia quedó sorprendida al ver en aquel atuendo una figura que tenía el aspecto de una divinidad. Como más tarde se dijo, era el rostro de Adonis en el cuerpo de Hércules; era la majestad unida a la gracia. Sus negras cejas y sus largos cabellos rubios, mezcla de belleza desconocida en Babilonia,

encantaron a la concurrencia; todo el anfiteatro se levantó para contemplarle mejor; todas las mujeres de la corte clavaron en él unas miradas atónitas. La propia Formosante, que seguía con los ojos bajos, los levantó y se puso colorada; los tres reyes palidieron; todos los espectadores, comparando a Formosante con el desconocido, exclamaban: «En el mundo sólo este joven es tan bello como la princesa».

Los ujieres, sobrecogidos de asombro, le preguntaron si era rey. El forastero respondió que no tenía ese honor, pero que había venido de muy lejos por curiosidad, para ver si había reyes que fueran dignos de Formosante. Lo colocaron en la primera fila del anfiteatro, a él, a su criado, a sus dos unicornios y a su pájaro. Hizo una profunda reverencia a Belo, a su hija, a los tres reyes y a toda la concurrencia. Luego se sentó ruborizado. Sus dos unicornios se echaron a sus pies, el pájaro se encaramó en su hombro, y el criado, que llevaba un pequeño bolso, se puso a su lado^[514].

Empezaron las pruebas. Sacaron de su funda de oro el arco de Nembrod. El gran maestro de ceremonias, seguido por cincuenta pajes y precedido de veinte trompetas, se lo presentó al rey de Egipto, quien mandó a sus sacerdotes bendecirlo; y, después de haberlo apoyado sobre la cabeza del buey Apis, no dudó de que obtendría esa primera victoria. Baja al centro de la arena, prueba, agota sus fuerzas y hace contorsiones que excitan la risa del anfiteatro e incluso hacen sonreír a Formosante.

Su limosnero mayor se le acerca: «Renuncie Vuestra Majestad, le dice, a este vano honor, que sólo es el de los músculos y los nervios: triunfaréis en todo lo demás. Venceréis al león porque tenéis el sable de Osiris. La princesa de Babilonia debe pertenecer al príncipe que tiene más inteligencia, y vos habéis adivinado enigmas. Debe casarse con el más virtuoso, y vos lo sois, porque habéis sido educado por los sacerdotes de Egipto. Debe obtenerla el más generoso, y vos habéis dado los dos cocodrilos más hermosos y las dos ratas más bellas que hay en el Delta. Poseéis el buey Apis y los libros de Hermes, que son la cosa más rara del universo. Nadie puede disputaros a Formosante. — Tenéis razón», dijo el rey de Egipto, y regresó a su trono.

Fueron a poner el arco entre las manos del rey de las Indias. Tuvo ampollas para quince días, y se consoló presumiendo que el rey de los escitas no tendría más fortuna que él.

Le tocó al escita manejar el arco. Unió la maña a la fuerza: pareció que el

arco alcanzaba cierta elasticidad entre sus manos; lo hizo doblarse un poco, pero en ningún momento consiguió tensarlo. El anfiteatro, que mostraba inclinaciones favorables hacia este príncipe por su buena figura, lamentó su escaso éxito y creyó que la hermosa princesa nunca se casaría.

Entonces saltó a la arena el joven desconocido y, dirigiéndose al rey de los escitas, le dijo: «Que Vuestra Majestad no se asombre de no haber logrado tensarlo. Estos arcos de ébano se hacen en mi país, y sólo hay cierto truco para conseguirlo. Es mayor vuestro mérito por haber llegado a doblarlo que el mío por tenderlo». Tomó acto seguido una flecha, la ajustó en la cuerda, tendió el arco de Nembrod e hizo volar la flecha mucho más allá de las barreras. Un millón de manos aplaudió el prodigio. Babilonia resonó en aclamaciones, y todas las mujeres decían: «¡Qué suerte que un muchacho tan hermoso tenga tanta fuerza!».

Sacó luego de su bolso una pequeña lámina de marfil, escribió sobre esa lámina con una aguja de oro, ató la tablilla de marfil al arco, y se lo ofreció a la princesa con una gracia que encantó a todos los asistentes. Luego volvió modestamente a su sitio entre su pájaro y su criado. Toda Babilonia quedó pasmada; los tres reyes estaban confusos, y el desconocido no parecía darse cuenta.

Más atónita quedó todavía Formosante al leer en la tablilla de marfil atada al arco estos versitos en hermoso lenguaje caldeo:

El arco de Nembrod es el de la guerra;
el de la dicha es el arco del amor;
vos lo lleváis. Por vos ese dios vencedor
en amo de la Tierra se habrá convertido.
Tres reyes poderosos, hoy tres rivales,
osan pretender el honor de agradaros:
No sé a quién vuestro corazón prefiere,
mas el universo todo habrá de envidiarle.

No disgustó a la princesa este pequeño madrigal. Fue criticado por algunos señores de la vieja corte, diciendo que, antaño, en los buenos tiempos, el poeta

habría comparado a Belo con el sol, a Formosante con la luna, su cuello con una torre y sus pechos con un celemín de trigo. Según ellos, el forastero carecía de imaginación y se apartaba de las reglas de la verdadera poesía; pero a todas las damas aquellos versos les parecieron muy galantes, y se maravillaron de que un hombre que tensaba tan bien un arco tuviera tanto ingenio. La dama de honor de la princesa le dijo: «Señora, todas esas cualidades no valen gran cosa. ¿De qué le han de servir a este joven su ingenio y el arco de Belo? — Han de granjearle la admiración de todos, respondió Formosante. — ¡Ay!, dijo la dama de honor entre dientes, con un madrigal más bien podría ganarse vuestro amor».

Mientras tanto, después de haber consultado a sus magos, Belo declaró que su hija seguía teniendo la necesidad de casarse, a pesar de que ninguno de los tres reyes hubiera conseguido tensar el arco de Nembrod, y que pertenecería al que consiguiese abatir al gran león que, precisamente para este momento, habían criado en su casa de fieras. Al rey de Egipto, educado en toda la sabiduría de su país^[515], le pareció muy ridículo que todo un rey se expusiese a las fieras para casarse. Pero, aun confesando que la posesión de Formosante era de gran valor, pretendía que, si el león lo estrangulaba, nunca podría casarse con la bella babilonia. El rey de las Indias compartió los sentimientos del egipcio; ambos llegaron a la conclusión de que el rey de Babilonia se mofaba de ellos, que debían hacer venir sus ejércitos para castigarlo, que tenían sobrados vasallos para quienes sería un gran honor morir sirviendo a sus amos sin que éstos perdieran un solo cabello de sus sagradas cabezas, que no les costaría mucho destronar al rey de Babilonia y que luego echarían a suertes entre ellos la propiedad de Formosante.

Hecho este acuerdo, ambos reyes enviaron a su país sendas órdenes terminantes de reunir un ejército de trescientos mil hombres para raptar a Formosante.

Mientras tanto, el rey de los escitas había bajado solo a la arena, con la cimitarra en la mano. No estaba locamente enamorado de los encantos de Formosante; hasta ese momento, su única pasión había sido la gloria; ella lo había guiado a Babilonia. Quería demostrar que, si los reyes de la India y de Egipto eran lo bastante prudentes para no comprometerse con leones, a él le sobraba valor para no despreciar aquel combate y reparar así el honor de la diadema. Su peregrino valor no le permite siquiera valerse de la ayuda de su tigre. Y se adelanta solo, ligeramente armado, cubierto con un yelmo de acero guarnecido de oro y sombreado por tres colas de caballo blancas como la nieve.

Sueltan contra él el león más enorme que jamás se haya criado en las

montañas del Anti-Líbano. Sus terribles garras parecían capaces de desgarrar a los tres reyes a la vez, y de devorarlos sus vastas fauces. Sus horribles rugidos hacían resonar el anfiteatro. Los dos altivos paladines se abalanzan uno contra otro en rápida carrera. El animoso escita hunde su espada en el gaznate del león, mas la punta, encontrando uno de esos gruesos dientes que nada puede atravesar, se rompe en añicos y el monstruo de las selvas, furioso por la herida, ya imprimía sus sangrientas uñas en los costados del monarca.

Conmovido el desconocido joven por el peligro de un príncipe tan valiente, se lanza a la arena con más celeridad que un relámpago; corta la cabeza del león con la misma destreza con que luego hemos visto en nuestros carruseles de jóvenes y hábiles jinetes cortar cabezas de moros o enhebrar anillas.

Sacando luego una pequeña caja, se la ofrece al rey de los escitas diciéndole: «Vuestra majestad encontrará en esta caja el verdadero bálsamo que crece en mi país. En un instante quedarán curadas vuestras gloriosas heridas. Sólo el azar os ha impedido obtener la victoria frente al león, mas no por ello vuestro valor es menos admirable».

Más sensible el rey escita a la gratitud que a la envidia, dio las gracias a su liberador y, tras abrazarle con cariño, regresó a sus aposentos para aplicar el bálsamo a sus heridas.

El desconocido entregó la cabeza del león a su criado, quien, tras lavarla en la gran fuente que había debajo del anfiteatro y haberla limpiado de toda la sangre, sacó de su pequeño bolso una tenaza, arrancó los cuarenta dientes del león y puso en su lugar cuarenta diamantes del mismo grosor.

Con su acostumbrada modestia, su amo volvió a su sitio y entregó la cabeza del león a su pájaro: «Hermoso pájaro, dijo, llevad a los pies de Formosante este pequeño homenaje». Vuela el pájaro con el terrible trofeo en una de sus patas y lo presenta a la princesa agachando humildemente el cuello y echándose ante ella. Los cuarenta brillantes deslumbraron a todos. Aún no se conocía semejante magnificencia en la magnífica Babilonia: la esmeralda, el topacio, el zafiro y el piropo aún eran mirados como los adornos más preciosos. Belo y toda la corte quedaron sobrecogidos de admiración. Y más todavía les sorprendió el pájaro que ofrecía aquel presente. Era del tamaño de un águila, pero tenía unos ojos tan dulces y tan tiernos como fieros y amenazadores son los del águila. Su pico era de color rosa, y parecía tener algo de la bella boca de Formosante. En su cuello se reunían todos los colores del arco iris, pero más vivos y más brillantes. Sobre su plumaje

resplandecía el oro en mil matices. Sus pies parecían una mezcla de plata y de púrpura; y la cola de los hermosos pájaros que más tarde uncieron al carro de Juno no podía compararse con la suya^[516].

La atención, la curiosidad, el asombro y el éxtasis de toda la corte se dividían entre los cuarenta diamantes y el pájaro. Se había posado éste en la balaustrada, entre Belo y su hija Formosante, que lo halagaba, lo acariciaba y lo besaba. Y el pájaro parecía acoger sus caricias con placer y respeto al mismo tiempo. Si la princesa le daba besos, él los devolvía y luego la miraba con ojos tiernos. Recibía de ella galletas y pistachos, que cogía con su pata purpurina y argentada, y que se llevaba al pico con una gracia inefable.

Belo, que había observado los diamantes muy atento, pensaba que una de sus provincias apenas podía para pagar regalo tan espléndido. Ordenó preparar para el desconocido dones más magníficos aún que los destinados a los tres monarcas. «Sin duda este joven, decía, es hijo del rey de la China, o de esa parte del mundo que llaman Europa, de la que he oído hablar, o del África, que según dicen, está junto al reino de Egipto».

Inmediatamente envió a su caballero mayor a cumplimentar al desconocido y a preguntarle si era soberano o hijo de soberano de alguno de esos imperios, y por qué poseyendo tan pasmosos tesoros había llegado con un criado y un pequeño bolso.

Mientras el caballero mayor avanzaba hacia el anfiteatro para cumplir su misión, llegó otro criado en un unicornio. Este criado, dirigiendo la palabra al joven, le dijo: «Vuestro padre Omar llega al final de su vida, y he venido para comunicároslo». El desconocido alzó los ojos al cielo, derramó unas lágrimas y sólo respondió con una palabra: «Partamos».

Tras haber trasladado los cumplidos de Belo al vencedor del león, al dador de los cuarenta diamantes, al dueño del hermoso pájaro, el caballero mayor preguntó al criado de qué reino era soberano el padre de aquel joven héroe. El criado respondió: «Su padre es un viejo pastor muy querido en el cantón».

Mientras tenía lugar esta breve charla, el desconocido ya había montado en su unicornio. Dijo al caballero mayor: «Dignaos, señor, ponerme a los pies de Belo y de su hija. Me atrevo a suplicar a ésta que cuide mucho del pájaro que le dejo: es único como única es ella». Al concluir estas palabras, partió como el relámpago, seguido por los dos criados, y pronto se les perdió de vista.

Formosante no pudo dejar de lanzar un gran grito. El pájaro, volviéndose hacia el anfiteatro donde su amo había estado sentado, pareció afligido al no verlo. Luego, clavando los ojos en la princesa y frotando dulcemente con su pico la hermosa mano de la joven, pareció dar a entender que quedaba consagrado a su servicio.

Más atónito que nunca al saber que joven tan extraordinario era hijo de un pastor, Belo no pudo creerlo. Mandó correr tras él, mas pronto fue informado de que los unicornios que montaban aquellos tres hombres no podían ser alcanzados, y que al galope que llevaban debían de recorrer cien leguas por día.

II

[Bellos razonamientos de la corte de Babilonia y de la princesa Aldée sobre la marcha del vencedor y sobre su condición. De nuevo es consultado el oráculo sobre el matrimonio de Formosante. Respuesta ambigua que da].

Todo el mundo discurría sobre esta extraña aventura agotándose en mil conjeturas vanas. ¿Cómo puede dar el hijo de un pastor cuarenta gruesos diamantes? ¿Por qué va montado en un unicornio? Todos estaban perplejos mientras Formosante, que acariciaba su pájaro, se hallaba sumida en una profunda ensoñación.

La princesa Aldée, su prima hermana, de muy buena planta y casi tan hermosa como Formosante, le dijo: «Prima, no sé si ese joven semidiós es hijo de un pastor, pero me parece que ha cumplido todas las condiciones exigidas para vuestro casamiento. Ha tensado el arco de Nembrod, ha vencido al león y tiene mucho ingenio, pues os ha hecho unos versos muy bonitos. Después de los cuarenta enormes diamantes que os ha dado, no podéis negar que no sea el más generoso de los hombres. En su pájaro poseía lo más raro que hay sobre la tierra. Su virtud no tiene igual, porque, pudiendo quedarse a vuestro lado, se ha ido sin tardanza en cuanto ha sabido enfermo a su padre. El oráculo se ha cumplido en todos sus puntos, salvo en el que exige que derrote a sus rivales; pero ha hecho más, ha salvado la vida del único competidor al que podía temer, y, si se trata de vencer a los otros dos, no creo que pongáis en duda que ha de conseguirlo fácilmente.

»— Muy cierto es cuanto decís, respondió Formosante; pero ¿es posible que el más grande de los hombres, y tal vez incluso el más amable, sea hijo de un

pastor?».

Entrometiéndose en la conversación, la dama de honor dijo que la palabra «pastor» solía aplicarse a los reyes muy a menudo; que los llamaban *pastores* porque esquilman hasta el pellejo a su rebaño; que sin duda se trataba de una broma pesada del criado; que el joven héroe había llegado con tan escasa compañía únicamente para demostrar cuán superior al fasto de los reyes era su mérito y para deber sólo a sí mismo la posesión de Formosante. La princesa no respondió de otra forma que dando mil tiernos besos a su pájaro.

Preparaban mientras tanto un gran festín para los tres reyes y todos los príncipes que habían acudido a la fiesta, la hija y la sobrina del rey debían hacer los honores. Llevaron a los aposentos de los reyes regalos dignos de la magnificencia de Babilonia. Mientras esperaba a que sirvieran la mesa, Belo reunió su consejo para consultarle sobre el matrimonio de la bella Formosante, y como consumado político que era habló así:

«Soy viejo, no sé qué hacer ni a quién entregar mi hija. Quien más la merece no es más que un vil pastor. El rey de las Indias y el de Egipto son unos cobardes; me convendría el rey de los escitas, pero no ha cumplido ninguna de las condiciones impuestas. Voy a consultar de nuevo el oráculo. Mientras, deliberad, y según lo que diga el oráculo decidiremos, porque un rey sólo debe gobernarse por la orden expresa de los dioses inmortales».

Se dirigió entonces a su capilla; el oráculo le respondió en pocas palabras, según su costumbre: «Tu hija no se casará hasta que no haya recorrido el mundo». Belo regresa atónito al consejo y transmite la respuesta.

Todos los ministros sentían un profundo respeto por los oráculos; todos admitían o fingían admitir que eran el fundamento de la religión, que la razón debe callar ante ellos, que por ellos reinan los reyes sobre los pueblos, y los magos sobre los reyes, y que sin los oráculos no habría virtud ni paz en la tierra. Finalmente, tras haber manifestado la más profunda veneración por ellos, casi todos opinaron que aquel era impertinente y que no debían obedecerle; que no había nada más indecente para una doncella, y más todavía para la hija del gran rey de Babilonia, que ir a correr mundo sin saber adónde; que ése era el medio más seguro de no casarse, o de contraer un matrimonio clandestino, infamante y ridículo; en una palabra, que aquel oráculo carecía de sentido común.

El más joven de los ministros, llamado Onadás, más inteligente que el resto,

dijo que el oráculo sin duda se refería a una peregrinación devota, y que se ofrecía para servir de guía a la princesa. El consejo revocó su primera decisión, pero entonces todos querían servir de escuderos. El rey dictaminó que la princesa podría ir a una distancia de trescientas parasangas por el camino de Arabia, a un templo cuyo santo tenía fama de procurar buenos matrimonios a las doncellas, y que sería el decano del consejo quien la acompañara. Una vez tomada esa decisión, se fueron a cenar.

III

[Magnífico salón donde el rey de Babilonia da una fiesta magnífica. Gentileza del pájaro maravilloso de que se ha hablado. Galanterías del rey de Escitia a la princesa Aldée. Honesta proposición que le hace. Cómo es recibida la proposición. Promesas que ambos se hacen al separarse].

En medio de los jardines, y entre dos cascadas, se alzaba un salón oval de trescientos pies de diámetro cuya bóveda de azur sembrada de estrellas de oro representaba todas las constelaciones con los planetas, cada una en su verdadero sitio; y esa bóveda giraba igual que el cielo, por medio de unas máquinas tan invisibles como lo son las que rigen los movimientos celestes. Cien mil antorchas, encerradas en cilindros de cristal de roca, iluminaban el exterior y el interior del comedor. En las graderías de un aparador podían verse veinte mil vasos o platos de oro; y frente al aparador, había otras graderíos llenos de músicos. Había además otros dos anfiteatros, provistos, uno de frutas de todas las estaciones, y el otro de ánforas de cristal donde brillaban todos los vinos de la Tierra.

Los invitados ocuparon sus puestos en torno a una mesa de compartimentos simétricos que representaban flores y frutas, todas ellas en piedras preciosas. La hermosa Formosante fue colocada entre el rey de las Indias y el de Egipto, y la bella Aldée junto al rey de los escitas. Había una treintena de príncipes, y cada uno estaba al lado de una de las damas más hermosas de palacio. En el centro, frente a su hija, el rey de Babilonia parecía dividido entre el dolor de no haber podido casarla y el placer de mantenerla a su lado todavía. Formosante le pidió permiso para poner su pájaro en la mesa, junto a ella. Al rey le pareció muy bien.

La música, que empezó a sonar, dio plena libertad a cada príncipe para hablar con su vecina. El festín resultó tan agradable como magnífico. Delante de Formosante habían servido una salsa que gustaba mucho a su padre rey. La princesa dijo que debían llevársela a Su Majestad; el pájaro se apodera al punto de

la fuente con una habilidad maravillosa y vuela a ofrecérselo al rey. Nunca en ninguna comida hubo nada más sorprendente. Belo le hizo tantas caricias como su hija. El pájaro reemprendió enseguida su vuelo para regresar junto a la princesa. Al volar desplegaba una cola tan bella, y sus alas extendidas mostraban colores tan brillantes y tan deslumbrante era el destello que despedía el oro de su plumaje que todos los ojos no miraban otra cosa. Los músicos dejaron de tocar y se quedaron inmóviles. Nadie comía, nadie hablaba, sólo se oía un murmullo de admiración. La princesa de Babilonia lo besó durante toda la cena, sin pensar siquiera si había o dejaba de haber reyes en el mundo. Los de las Indias y de Egipto sintieron aumentar su despecho e indignación, y cada uno se prometió acelerar la llegada de sus trescientos mil hombres para vengarse.

En cuanto al rey de los escitas, estaba ocupado en hablar con la bella Aldée; su orgulloso corazón, despreciando sin enojo las desatenciones de Formosante, sentía por ella más indiferencia que cólera. «Es hermosa, decía, lo confieso; pero me parece de esas mujeres que sólo se preocupan de su belleza y que piensan que el género humano debe estarles muy agradecido cuando se dignan dejarse ver en público. En mi país no se adora a los ídolos. Antes prefiero un callo complaciente y atenta que esa hermosa estatua. Vos, señora, tenéis tantos encantos como ella, y por lo menos os dignáis conversar con los forasteros. Con la franqueza de un escita os confieso que os prefiero a vuestra prima». Se equivocaba, sin embargo, sobre el carácter de Formosante: no era tan desdeñosa como parecía; pero el cumplido fue muy bien recibido por la princesa Aldée. Su charla se volvió muy interesante: estaban muy contentos, y ya seguros el uno del otro antes de levantarse de la mesa.

Después de la comida, fueron a pasear por los jardines. El rey de los escitas y Aldée no dejaron de buscar un cenador solitario. Aldée, que era la franqueza misma, habló así al príncipe:

«Yo no odio a mi prima, aunque sea más hermosa que yo y esté destinada al trono de Babilonia: el honor de agradaos me honra igual que sus atractivos. Prefiero la Escitia con vos a la corona de Babilonia sin vos; mas esa corona me pertenece por derecho, si es que hay derechos en el mundo, porque soy de la rama más antigua de Nembrod, mientras que Formosante sólo es de la más joven. Su abuelo destronó al mío y mandó matarlo.

»— ¿Tanta es la fuerza de la sangre en la casa de Babilonia?, dijo el escita. ¿Cómo se llamaba vuestro abuelo? — Se llamaba Aldée, como yo. Mi padre tenía el mismo nombre, y fue relegado junto con mi madre a un remoto rincón del imperio; a su muerte, como Belo no tenía nada que temer de mí, quiso criarme al lado de su

hija. Pero ha decidido que nunca podré casarme.

»— Quiero vengar a vuestro padre, y a vuestro abuelo, y vengaros a vos, dijo el rey de los escitas. Os juro que os casaréis; os raptaré pasado mañana al alba, porque mañana hemos de cenar con el rey de Babilonia, y volveré con un ejército de trescientos mil hombres para mantener vuestros derechos. — ¡Cuánto lo deseo!», dijo la hermosa Aldée; y, después de haberse dado su palabra de honor, ambos se separaron^[517].

Hacía mucho que la incomparable Formosante había ido a acostarse. Junto a su cama había mandado colocar un pequeño naranjo en una maceta de plata, para que allí durmiese el pájaro. Aunque las cortinas estaban echadas, la princesa no tenía ninguna gana de dormir. Su corazón y su imaginación estaban demasiado despiertos. El encantador desconocido se aparecía ante sus ojos, lo veía disparando una flecha con el arco de Nembrod, lo contemplaba cortando la cabeza del león; recitaba el madrigal que le había escrito; y, por último, lo veía escapar entre la multitud, montado en su unicornio; entonces estallaba en sollozos y exclamaba en medio de sus lágrimas: «No volveré a verlo más, no volverá nunca.

»— Volverá, señora, le respondió el pájaro desde lo alto de su naranjo; ¿es posible haberos visto y no volver a veros?

»— ¡Oh, cielos! ¡Oh, potencias eternas! ¡Mi pájaro habla el más puro caldeo!». Y diciendo estas palabras, abre las cortinas, le tiende los brazos y se pone de rodillas sobre la cama: «¿Sois un dios que ha bajado a la tierra? ¿Sois el gran Orosmán oculto bajo ese bello plumaje? Si sois un dios, devolvedme a mi hermoso joven.

»— Sólo soy un volátil, replicó el otro; pero nací en los tiempos en que todos los animales hablaban todavía, y cuando los pájaros, las serpientes, las burras, los caballos y los grifos charlaban familiarmente con los hombres. No he querido hablar delante de la gente por miedo a que vuestras damas de honor me tomasen por un brujo: sólo quiero descubrirme a vos».

Pasmada, confusa y embriagada por tantas maravillas, agitada por la prisa de hacer cien preguntas a la vez, Formosante le preguntó primero qué edad tenía: «Veintisiete mil novecientos años y seis meses, señora; nací en la época de la pequeña revolución celeste que vuestros magos llaman “la precesión de los equinoccios”, y que dura cerca de veintiocho mil años vuestros. Hay revoluciones infinitamente más largas, y por eso entre nosotros muchos seres son más viejos que

yo. Hace veintidós mil años aprendí el caldeo en uno de mis viajes. Siempre he conservado mucho aprecio por la lengua caldea, aunque los demás animales cofrades míos han renunciado a hablar en vuestros climas. — Y eso ¿por qué? — Porque, por desgracia, los hombres han terminado cogiendo la costumbre de comernos en lugar de conversar e instruirse con nosotros. ¡Qué bárbaros! ¿No deberían convencerse de que, teniendo los mismos órganos que ellos, los mismos sentimientos, las mismas necesidades y los mismos deseos, también teníamos lo que se llama un “alma” como ellos, que éramos hermanos suyos y que sólo había que cocer y comer a los malvados? Somos tan hermanos vuestros que el gran Ser, el Ser eterno y formador, cuando hizo un pacto con los hombres^[518], nos incluyó de forma expresa en el tratado. Os prohibió alimentaros de nuestra sangre, y a nosotros chuparos la vuestra.

»Las fábulas de vuestro antiguo Locman^[519], traducidas a tantas lenguas, serán un testimonio eternamente perenne del feliz trato que en otro tiempo mantuvisteis con nosotros. Todas empiezan por estas palabras: “En el tiempo en que los animales hablaban...”. Verdad es que, entre vosotros, muchas mujeres siguen hablando a sus perros; pero éstos decidieron no responder cuando a latigazos se los obligó a ir de caza y a ser cómplices de la matanza de nuestros antiguos amigos comunes, los ciervos, los gamos, las liebres y las perdices.

»Todavía tenéis antiguos poemas en los que los caballos hablan^[520], y vuestros cocheros les dirigen la palabra cada día; pero con tanta grosería y pronunciando palabras tan infames que los caballos, que tanto os amaban en otro tiempo, hoy os detestan.

»El país donde mora vuestro encantador desconocido, el más perfecto de los hombres, es el único en que vuestra especie aún sabe amar a la nuestra y hablarle; y es la única comarca de la tierra donde los hombres son justos.

»— ¿Y dónde está ese país de mi querido desconocido? ¿Cómo se llama ese héroe? ¿Cuál es el nombre de su imperio? Porque no estoy dispuesta a creer que sea un pastor, de la misma forma que no creo que vos seáis un murciélago. — Su país, señora, es el de los gangáridas, pueblo virtuoso e invencible que habita la orilla oriental del Ganges. El nombre de mi amigo es Amazán. No es rey, y no sé siquiera si querría rebajarse a serlo; ama demasiado a sus compatriotas: es pastor como ellos. Pero no vayáis a pensar que estos pastores se parecen a los vuestros, que, apenas cubiertos de harapos desgarrados, guardan corderos infinitamente mejor vestidos que ellos; que gimen bajo el peso de la pobreza y que pagan a un recaudador la mitad de la escasa soldada que reciben de sus amos. Los pastores

gangáridas, nacidos todos iguales, son dueños de rebaños innumerables que cubren sus prados eternamente floridos. No los matan nunca: es un crimen horrible contra el Ganges matar y comer a su semejante. Su lana, más fina y brillante que la más bella seda, es el mayor comercio de Oriente. Además, la tierra de los gangáridas produce cuanto pueden apetecer los deseos del hombre. Los gruesos diamantes que Amazán ha tenido el honor de ofreceros proceden de una mina que le pertenece. El unicornio que le habéis visto montar es la montura ordinaria de los gangáridas. Es el animal más hermoso, altivo y terrible, y también el más dulce, que adorna la tierra. Bastarían cien gangáridas y cien unicornios para derrotar a ejércitos innumerables. Hará unos dos siglos un rey de las Indias fue lo bastante loco para intentar conquistar esa nación; se presentó acompañado de diez mil elefantes y un millón de guerreros. Los unicornios traspasaron a los elefantes, como he visto en vuestra mesa a las cogujadas ensartadas en pinchos de oro. Los guerreros caían bajo el sable de los gangáridas de la misma forma que las manos de los pueblos de Oriente cortan las cosechas de arroz. Hicieron prisionero al rey junto a más de seiscientos mil hombres. Lo bañaron en las aguas salutíferas del Ganges, le pusieron la dieta del país, que consiste en alimentarse exclusivamente de vegetales prodigados por la naturaleza para alimentar a todo lo que respira. Los hombres que se alimentan de carne y beben licores fuertes tienen una sangre agriada y adusta que los enloquece de cien maneras diferentes. Su principal demencia es la furia de derramar la sangre de sus hermanos y devastar llanuras fértiles para reinar sobre cementerios. Se tardaron seis meses enteros en curar al rey de las Indias de su enfermedad. Cuando, finalmente, los médicos consideraron que tenía el pulso más tranquilo y más calmado el ánimo, dieron su certificado al consejo de los gangáridas. Tras recibir la opinión de los unicornios, ese consejo, lleno de humanidad, permitió el regreso a su país del rey de las Indias, de su necia corte y de sus imbéciles guerreros. La lección los hizo sabios, y desde esa época los indios han respetado a los gangáridas como los ignorantes que desean instruirse respetan entre vosotros a los filósofos caldeos, a quienes no pueden igualar. — A propósito, mi querido pájaro, le dijo la princesa, ¿tienen los gangáridas una religión? — ¿Que si tienen una? Señora, nosotros nos reunimos para dar gracias a Dios los días de luna llena, los hombres en un gran templo de cedro y las mujeres en otro, por temor a distracciones; los pájaros lo hacen en un bosque y los cuadrúpedos en una hermosa pradera. Damos gracias a Dios por todo el bien que nos ha hecho. Pero sobre todo tenemos unos loros que predicán de maravilla.

»Así es la patria de mi querido Amazán, ahí es donde vivo; siento tanta amistad por él como amor os ha inspirado a vos. Si me hicierais caso, partiríamos juntos, y así iréis a devolverle su visita.

»— ¡Qué oficio tan bonito tienes, pájaro mío!, le respondió sonriendo la princesa, que ardía en deseos de hacer el viaje pero no se atrevía a decirlo. — Sirvo a mi amigo, dijo el pájaro; y después de la dicha de amaros, la mayor es servir a vuestros amores».

Formosante ya no estaba en sus cabales; se creía transportada fuera de la tierra. Cuanto había visto durante aquella jornada, cuanto veía, cuanto oía, y, sobre todo, cuanto sentía en su corazón, la sumía en un arrobamiento que superaba con mucho el que hoy sienten los afortunados musulmanes cuando, desprendidos de sus bienes terrenales, se ven en el noveno cielo entre los brazos de sus huríes, rodeados e invadidos por la gloria y la felicidad celestes.

IV

[Continuación de la conversación del pájaro maravilloso y Formosante. Muerte del pájaro. Se consulta al oráculo; su respuesta es tan concisa que nadie la entiende].

La princesa pasó toda la noche hablando de Amazán, al que no daba otro nombre que su *pastor*; y desde esa época, algunas naciones siempre han empleado uno por otro los nombres de *pastor* y *amado*.

Unas veces preguntaba al pájaro si Amazán había tenido otras enamoradas. Respondía él que no, y entonces ella no cabía en sí de gozo. Otras quería saber cómo pasaba su vida, y, transportada de alegría, se enteraba de que la empleaba en hacer el bien, cultivar las artes, captar los secretos de la naturaleza y perfeccionar su ser. Otras quería saber si el alma de su pájaro era de la misma naturaleza que la de su amado; por qué había vivido casi veintiocho mil años mientras su amado no tenía más que dieciocho o diecinueve. Hacía otras cien preguntas parecidas, a las que el pájaro respondía con una discreción que excitaba su curiosidad. Finalmente el sueño cerró sus ojos entregando a Formosante a la dulce ilusión de los sueños enviados por los dioses, que superan a veces la realidad misma y que no consiguen explicar, pese a sus esfuerzos, toda la filosofía de los caldeos.

Formosante no se despertó hasta muy tarde. Era casi medio día cuando su padre el rey entró en su aposento. El pájaro recibió a Su Majestad con respetuosa cortesía, voló a su encuentro, batió las alas, estiró el cuello y de nuevo regresó a su naranjo. El rey se sentó en la cama de su hija, a quien todavía habían embellecido más sus sueños. Su gran barba se acercó al hermoso rostro de la princesa y, tras darle dos besos, le dijo estas palabras:

«Hija querida, ayer no conseguisteis encontrar marido como yo esperaba; sin embargo, necesitáis uno, la salvación de mi imperio lo exige. He consultado al oráculo, que, como sabéis, nunca miente, y que guía toda mi conducta. Él me ha ordenado haceros recorrer el mundo. Tenéis que viajar. — A la tierra de los gangáridas, ¿verdad?», dijo la princesa; y mientras pronunciaba estas palabras, que se le escapaban de los labios, sintió que acababa de decir una tontería. El rey, que no sabía una palabra de geografía, le preguntó qué significaba aquello de gangáridas. No le costó mucho encontrar una escapatoria. El rey le hizo saber que debía hacer una peregrinación; que ya había nombrado a las personas que le servirían de séquito: el decano de los consejeros de Estado, el limosnero mayor, una dama de honor, un médico, un boticario, y su pájaro, además de todos los criados precisos.

A Formosante, que nunca había salido del palacio del rey su padre, y que hasta la jornada de los tres reyes y de Amazán había llevado una vida muy insípida en medio de la etiqueta del fasto y en la apariencia de los placeres, le encantó tener que hacer una peregrinación. «¿Quién sabe, decía muy bajito en su corazón, si los dioses no inspirarán a mi querido gangárida el mismo deseo de ir a la misma capilla, y si no tendré la dicha de volver a ver al peregrino?». Dio tiernamente las gracias a su padre diciéndole que siempre había tenido una secreta devoción por el santo a cuya capilla la enviaban.

Belo ofreció una excelente cena a sus huéspedes; en ella sólo había hombres. Eran todas personas muy mal avenidas: reyes, príncipes, ministros, pontífices, todos envidiosos unos de otros, todos sopesando sus palabras, todos en aprietos con sus vecinos y consigo mismos. La cena fue triste, aunque bebieron mucho. Las princesas se habían quedado en sus aposentos, ocupadas ambas en los preparativos de su marcha. Comieron sin mucha ceremonia. Luego, Formosante fue a pasear por los jardines con su querido pájaro, que, para divertirla, voló de árbol en árbol exhibiendo su soberbia cola y su divino plumaje.

El rey de Egipto, que estaba cargado de vino por no decir borracho, pidió un arco y flechas a uno de sus pajes. Ese príncipe era, en verdad, el arquero más torpe de su reino. Cuando tiraba al blanco, el sitio más seguro para colocarse era el blanco al que apuntaba. Pero el hermoso pájaro, volando con tanta celeridad como la flecha, se ofreció a sí mismo al tiro, y cayó todo ensangrentado entre los brazos de Formosante. El egipcio, riéndose con una risa idiota, se retiró a su alojamiento. La princesa traspasó el cielo con sus gritos, se deshizo en lágrimas y se golpeó las mejillas y el pecho. El pájaro moribundo le dijo muy bajo: «Quemadme, y no dejéis de llevar mis cenizas a la Arabia Feliz, al oriente de la antigua ciudad de Adén o

Edén, ni de exponerlas al sol en una pequeña pira de clavo y canela». Tras haber proferido estas palabras, expiró. Formosante estuvo mucho tiempo desmayada, y sólo volvió a ver la luz para estallar en sollozos. Compartiendo su dolor y lanzando imprecaciones contra el rey de Egipto, su padre no dudó de que aquella aventura presagiaba un porvenir siniestro. Rápidamente fue a consultar al oráculo de su capilla. El oráculo respondió: «Mezcla de todo; muerto vivo, infidelidad y constancia, pérdida y ganancia, calamidad y dicha». Ni él ni su consejo lograron entender nada; pero en última instancia estaba satisfecho de haber cumplido sus deberes de devoción^[521].

Mientras él consultaba el oráculo, su hija, desconsolada, hizo rendir al pájaro los honores fúnebres que éste había ordenado, y decidió llevarlo a Arabia con peligro de su vida. Fue quemado en un lino incombustible junto con el naranjo sobre el que había dormido; ella recogió las cenizas en un vasito de oro todo rodeado de escarbunclos y de los diamantes que arrancaron de las fauces del león. ¡Ojalá hubiera podido, en vez de cumplir ese funesto deber, quemar vivo al detestable rey de Egipto!; ése era su único deseo. En su despecho, ordenó matar los dos cocodrilos, sus dos hipopótamos, sus dos cebras y sus dos ratas, e hizo tirar sus dos momias al Éufrates; si hubiera tenido a su alcance al buey Apis, habría corrido la misma suerte.

Ultrajado por esta afrenta, el rey de Egipto partió de inmediato para urgir el avance de sus trescientos mil hombres. Al ver irse a su aliado, el rey de las Indias regresó a su país ese mismo día con el firme propósito de unir sus trescientos mil indios al ejército egipcio. El rey de Escitia se escapó en mitad de la noche con la princesa Aldée, totalmente decidido a regresar y a combatir por ella al frente de sus trescientos mil escitas, y a devolverle la herencia de Babilonia, que le era debida puesto que descendía de la rama primogénita.

Por su lado, la bella Formosante se puso en camino a las tres de la mañana con su caravana de peregrinos, esperando poder llegar a la Arabia para cumplir las últimas voluntades de su pájaro, y que la justicia de los dioses inmortales le devolvería a su querido Amazán, sin el que ya no podía vivir.

Por eso, cuando despertó, el rey de Babilonia no encontró a nadie. «¡Así acaban las grandes fiestas!, decía. ¡Y qué sorprendente vacío dejan en el alma cuando su estrépito ha pasado!». Mas cuando supo que habían raptado a la princesa Aldée, se sintió dominado por una cólera realmente regia. Ordenó despertar a todos sus ministros y reunir al consejo. Mientras esperaba que llegasen, no dejó de consultar su oráculo; pero no pudo sacarle otra cosa que estas palabras,

tan célebres luego en todo el mundo: «Cuando nadie casa a las doncellas, se casan solas».

Inmediatamente se ordenó que trescientos mil hombres marcharan contra el rey de los escitas. Así pues, por todas partes se encendió la guerra más terrible, provocada por los placeres de la fiesta más hermosa que nunca se haya dado en la tierra. Asia iba a ser devastada por cuatro ejércitos de trescientos mil combatientes cada uno. Como es de suponer, la guerra de Troya, que asombró al mundo unos siglos después, no fue, comparada con ésta, sino un juego de niños; pero también hemos de considerar que en la pelea de los troyanos sólo se trataba de una vieja muy libertina que se había hecho raptar dos veces^[522], mientras que aquí se trataba de dos doncellas y un pájaro.

El rey de las Indias iba a esperar a su ejército en la magnífica calzada real que en ese entonces iba recta de Babilonia a Cachemira. El rey de los escitas corría con Aldée por la hermosa ruta que llevaba al monte Imao^[523]. Luego todos estos caminos han desaparecido por culpa de los malos gobiernos. El rey de Egipto se había dirigido a Occidente, y bordeaba el pequeño mar Mediterráneo, que los ignorantes hebreos llamaron después el «gran mar».

En cuanto a la bella Formosante, seguía el camino de Basora, plantado de altas palmeras que proporcionaban sombra eterna y frutos en todas las estaciones. El templo al que iba en peregrinación se hallaba en la propia Basora. Y el santo al que habían dedicado aquel templo era poco más o menos del mismo gusto que más tarde adoraron en Lampsaco^[524]. No sólo procuraba maridos a las doncellas, sino que a menudo él mismo hacía de marido. Era el santo más festejado de todo el Asia.

A Formosante no le preocupaba nada el santo de Basora; sólo invocaba a su querido pastor gangárida, a su bello Amazán. Esperaba embarcar en Basora y adentrarse en la Arabia Feliz para cumplir con lo que el pájaro muerto había ordenado^[525].

A la tercera noche, nada más entrar en una posada donde sus aposentadores lo habían preparado todo para ella, supo que el rey de Egipto estaba entrando también. Sabedor por sus espías del viaje de la princesa, el monarca había cambiado inmediatamente de ruta, seguido de una numerosa escolta. Llega, manda poner centinelas en todas las puertas, sube al aposento de la bella Formosante y le dice: «Señorita, a por vos precisamente he venido; muy poco caso me hicisteis cuando estuve en Babilonia; es de justicia castigar a las desdeñosas y a

las caprichosas; tendréis la bondad, si os place, de cenar conmigo esta noche; no tendréis otra cama que la mía, y me comportaré con vos según el contento que me deis».

Bien vio Formosante que no era ella la más fuerte; sabía que el sentido común consiste en adaptarse a la situación, y decidió librarse del rey de Egipto con una inocente estratagema; lo miró de soslayo, cosa que siglos más tarde se llamó «mirar con el rabillo del ojo», y le habló de la siguiente manera, con una modestia, una gracia, una dulzura, una confusión y un tropel de encantos que habrían enloquecido al más sensato de los hombres y cegado al más clarividente:

«Os confieso, señor, que siempre bajé los ojos en vuestra presencia cuando hicisteis al rey mi padre el honor de acudir a su casa. Tenía miedo de mi corazón, tenía miedo de mi simplicidad demasiado ingenua: temblaba ante la idea de que mi padre y vuestros rivales advirtiesen la preferencia que os otorgaba, y que tan bien merecéis. Ahora puedo dejarme llevar por mis sentimientos. Juro por el buey Apis, a quien, después de vos, más respeto en el mundo, que vuestras proposiciones me han encantado. Ya cené con vos en el palacio del rey mi padre, y volveré a cenar aquí sin que él nos acompañe a la mesa; lo único que os pido es que vuestro limosnero mayor beba con nosotros; en Babilonia me pareció un bonísimo comensal; tengo excelente vino de Chiraz y deseo que ambos lo probéis. En cuanto a vuestra segunda proposición, es muy halagadora, pero no es oportuno que una doncella bien nacida hable de ella; básteos saber que os miro como al mayor de los reyes y al más amable de los hombres».

Estas palabras hicieron perder la cabeza al rey de Egipto; aceptó que el limosnero los acompañase. «Tengo otra gracia más que pedir, le dijo la princesa, y es que permitáis a mi boticario venir a hablarme; las mujeres siempre tienen pequeños achaques que exigen ciertos cuidados, por ejemplo vahídos de cabeza, pálpitos de corazón, cólicos, sofocos, en los que hay que poner cierto orden en ciertas circunstancias; en una palabra, necesito urgentemente a mi boticario, y espero que no me negaréis esa pequeña prueba de amor.

»— Señorita, le respondió el rey de Egipto, aunque un boticario tenga puntos de vista totalmente opuestos a los míos, y aunque los objetivos de su arte sean lo contrario de los del mío, sé suficiente de la vida para no negaros tan justa petición; voy a ordenar que venga para que hable con vos mientras se dispone la cena; imagino que debéis de estar algo fatigada del viaje; también debéis tener necesidad de una de vuestras doncellas; podéis hacer que venga la que queráis; luego aguardaré a lo que gustéis mandar y desear». El rey se retiró, y no tardaron

en llegar el boticario y la doncella, llamada Irla, en quien la princesa tenía plena confianza; le mandó traer seis botellas de vino de Chiraz para la cena, y hacer beber de aquel mismo vino a todos los centinelas que tenían bajo arresto a los oficiales de la princesa; luego encomendó al boticario poner en todas las botellas ciertas drogas de su farmacopea que hacían dormir a la gente veinticuatro horas, y que siempre llevaba él consigo. Fue puntualmente obedecida. Al cabo de una media hora volvió el rey con el limosnero mayor; la cena fue muy alegre; el rey y el sacerdote vaciaron las seis botellas y confesaron que en Egipto no había un vino tan bueno como aquél; la doncella se cuidó de hacer que los criados que habían servido la cena también bebiesen. En cuanto a la princesa, se guardó mucho de beber, alegando que su médico la había puesto a régimen. Pronto estuvieron todos dormidos.

Tenía el limosnero del rey de Egipto la barba más hermosa que llevar pueda un hombre de su clase. Formosante se la cortó con mucha maña y luego, después de hacerla coser a una pequeña cinta, se la pegó a la barbilla. Se puso la ropa del sacerdote y todos los distintivos de su dignidad, vistió a su doncella de sacristán de la diosa Isis y, por último, tras recoger su urna y sus pedrerías, salió de la posada pasando entre los centinelas, que dormían como su amo. La sirvienta había cuidado de tener dos caballos dispuestos en la puerta. La princesa no podía llevar consigo a ninguno de los oficiales de su séquito: habrían sido arrestados por la guardia mayor.

Formosante e Irla cruzaron hileras de soldados que, tomando a la princesa por el sumo sacerdote, la llamaban «mi reverendísimo padre en Dios», y le pedían su bendición. Las dos fugitivas llegan en veinticuatro horas a Basora, antes de que el rey se hubiera despertado. Se despojaron entonces del disfraz, que habría podido despertar sospechas, y fletaron inmediatamente un bajel que las llevó, por el estrecho de Ormuz, a las hermosas playas de Edén^[526], en la Arabia Feliz. Este Edén es el mismo cuyos jardines fueron tan celebrados que más tarde se hizo de ellos la morada de los justos: sirvieron de modelo a los Campos Elíseos, a los jardines de las Hespérides y a los de las Islas Afortunadas, porque, en esos climas cálidos, los hombres no imaginaron mayor beatitud que la sombra y el murmullo de las aguas. Vivir eternamente en los cielos con el Ser supremo, o ir a pasear por el jardín, en el paraíso, fue lo mismo para los hombres, que siempre hablan sin entenderse y que apenas han podido tener ideas claras ni expresiones precisas^[527].

Cuando la princesa se vio en aquella tierra, su primer cuidado fue rendir a su querido pájaro las honras fúnebres que de ella había exigido. Sus bellas manos levantaron una pequeña pira de clavo y canela. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando,

después de esparcir las cenizas del pájaro sobre aquella pira, la vio encenderse por si sola! Pronto se consumió todo. En el lugar de las cenizas sólo quedó un gran huevo, del que vio salir a su pájaro más brillante de lo que nunca había sido. Fue el más hermoso de los momentos experimentados por la princesa en toda su vida; sólo otro podía serle más querido: lo deseaba, pero no lo esperaba.

«Bien veo, le dijo al pájaro, que sois el fénix del que tanto me habían hablado. Estoy a punto de morir de asombro y de alegría. Yo no creía en la resurrección, pero mi felicidad me ha convencido. — La resurrección, señora, le dijo el fénix, es la cosa más simple del mundo. Nacer dos veces no es más sorprendente que nacer una. En este mundo todo es resurrección; las orugas resucitan como mariposas, un hueso de fruta metido en tierra resucita como árbol; todos los animales enterrados resucitan como hierbas, como plantas, y alimentan a otros animales de cuya substancia pronto forman parte: todas las partículas que componían los cuerpos se han cambiado en diferentes seres. Verdad es que soy el único a quien el poderoso Orosmán haya otorgado la gracia de resucitar en su propia naturaleza»^[528].

Formosante, que, desde el día que vio a Amazán y al fénix por primera vez, había pasado todas sus horas quedándose pasmada, le dijo: «No me cuesta creer que el gran Ser pueda formar de vuestras cenizas un fénix poco más o menos semejante a vos; pero que seáis precisamente la misma persona, que tengáis el mismo alma, confieso que eso no lo comprendo con mucha claridad. ¿En qué se ha convertido vuestra alma mientras os llevaba en mi bolso después de vuestra muerte?

»— ¡Dios mío, señora! ¿No es tan fácil para el gran Orosmán continuar su acción en una pequeña chispa de mí mismo como iniciar esa acción? Antes me había otorgado el sentimiento, la memoria y el pensamiento; ahora vuelve a otorgármelos; que haya unido ese favor a un átomo de fuego elemental oculto en mí, o en la reunión de mis órganos, poco importa en el fondo: los fénix y los hombres nunca sabrán cómo se produce; pero la mayor gracia que el Ser supremo me haya concedido consiste en hacerme renacer para vos. ¡Ojalá pase los veintiocho mil años que todavía me quedan de vida hasta mi próxima resurrección junto a vos y a mi querido Amazán!

»— Fénix mío, volvió a decirle la princesa, pensad que las primeras palabras que me dijisteis en Babilonia, y que nunca olvidaré, me dieron la esperanza de volver a ver al querido pastor al que idolatro; es absolutamente preciso que vayamos juntos al país de los gangáridas, y que lo lleve conmigo a Babilonia. —

Ése es mi propósito, dijo el fénix; no hay momento que perder. Hemos de encontrar a Amazán por el camino más corto, es decir, por el aire. En la Arabia Feliz hay dos grifos, amigos íntimos míos, que sólo viven a ciento cincuenta millas de aquí; voy a escribirles por la posta de las palomas, y vendrán antes de la noche. Tendremos tiempo de sobra para que mandéis hacer un pequeño canapé cómodo con cajonería donde poner vuestras provisiones de boca. En ese carruaje estaréis muy cómoda junto con vuestra doncella. Los dos grifos son los más vigorosos de su especie: cada uno de ellos sostendrá uno de los brazos del canapé entre sus garras. Pero repito que el tiempo apremia». Y de inmediato se fue con Formosante a encargar el canapé a un tapicero que conocía. En cuatro horas estuvo acabado. En los cajones pusieron panecillos de la reina^[529], bizcochos mejores que los de Babilonia, poncidres^[530], piñas, cocos, pistachos y vino de Edén, tan superior al vino de Chiraz como el de Chiraz lo es al de Suresnes^[531].

El canapé era tan ligero como sólido y cómodo. Los dos grifos llegaron a Edén a la hora convenida. Formosante e Irla tomaron asiento en el carruaje. Los dos grifos lo elevaron como una pluma. El fénix volaba unas veces al lado, otras se encaramaba al respaldo. Los dos grifos pusieron rumbo hacia el Ganges con la rapidez de una flecha que hiende el aire. Sólo de noche descansaban un momento para comer y para que los dos cocheros bebieran un trago^[532].

Por fin llegaron al país de los gangáridas. Palpitaba el corazón de la princesa de esperanza, de amor y de alegría. El fénix mandó parar el carruaje delante de la casa de Amazán; pide hablar con él, pero hacía tres horas que se había marchado, sin que nadie supiese adónde había ido.

No hay término, ni siquiera en la lengua misma de los gangáridas, que pueda expresar la desesperación que abrumó a Formosante: «¡Ay! Lo que me había temido, dijo el fénix; las tres horas que habéis pasado en vuestra posada del camino de Basora con ese malhadado rey de Egipto tal vez os hayan robado para siempre la felicidad de vuestra vida; mucho me temo que hayamos perdido a Amazán sin remisión».

Entonces preguntó a los criados si se podía saludar a su señora madre. Le respondieron que su marido había muerto la antevíspera y que no quería ver a nadie. El fénix, que gozaba de crédito en la casa, consiguió hacer entrar a la princesa de Babilonia en un salón cuyas paredes estaban revestidas de madera de naranjo con ribetes de marfil; los zagales y zagalas, con largas ropas blancas ceñidas con una guarnición color de aurora, le sirvieron en cien canastillos de simple porcelana cien deliciosos platos, entre los que no había ningún cadáver

disfrazado: era arroz, sagú^[533], sémola, fideos, macarrones, tortillas, huevos con leche, quesones, pastas de todas las clases, verduras y frutas de un aroma y un sabor de los que no se tiene idea en los restantes climas: había además una profusión de licores refrescantes, superiores a los mejores vinos.

Mientras la princesa, recostada en un lecho de rosas, comía, cuatro pavones, o pavos, o pavos reales, afortunadamente mudos, le daban aire con sus brillantes alas; doscientos pájaros, cien pastores y cien pastoras le dieron un concierto a dos coros; los ruiseñores, los canarios, las currucas y los pinzones hacían las voces de tiple con las pastoras, mientras los pastores llevaban el contralto y el bajo: era, en fin, la hermosa sencillez de la naturaleza. La princesa confesó que, si en Babilonia había más magnificencia, la naturaleza era entre los gangáridas mil veces más agradable; pero, mientras le daban aquel concierto tan consolador y voluptuoso, se deshacía en lágrimas y decía a su compañera, la joven Irla: «Estos pastores y pastoras, estos ruiseñores y canarios, disfrutaban del amor, mientras yo me veo privada del héroe gangárida, digno objeto de mis muy tiernos y muy impacientes deseos».

Mientras de este modo la princesa comía, admiraba y lloraba, el fénix le decía a la madre de Amazán: «Señora, no podéis dejar de ver a la princesa de Babilonia; sabéis que... — Lo sé todo, dijo ella, incluso su aventura en la posada del camino de Basora; un mirlo me lo ha contado todo esta mañana; y ese cruel mirlo es la causa de que mi hijo, en el colmo de la desesperación, se haya vuelto loco y abandonado la casa paterna. — ¿No sabéis entonces, prosiguió el fénix, que la princesa me ha resucitado? — No, mi querido hijo; por el mirlo sabía que habíais muerto, y no encontraba consuelo. Me han afligido tanto vuestra pérdida, la muerte de mi marido y la marcha precipitada de mi hijo, que había mandado cerrar mis puertas. Mas, dado que la princesa de Babilonia me hace el honor de venir a verme, hacedla pasar cuanto antes; tengo cosas de la mayor importancia que decirle, y quiero que estéis presente». E inmediatamente se dirigió a otra sala para recibir a la princesa. Caminaba con dificultad: era una dama de unos trescientos años, pero aún poseía restos de belleza, y se veía que, entre los doscientos treinta y los doscientos cuarenta años, había sido encantadora. Recibió a Formosante con una nobleza respetuosa, unida a cierto aire de interés y de dolor que causó viva impresión en la princesa.

Formosante le dio primero su sentido pésame por la muerte de su marido. «¡Ay!, dijo la viuda, su pérdida debe interesaros más de lo que pensáis. — Lo he sentido mucho, desde luego, dijo Formosante, era el padre de...». Y al decir estas palabras se echó a llorar. «He venido hasta aquí, arrojando muchos peligros, sólo

por él. Por él he abandonado a mi padre y la corte más brillante del universo; por él he sido secuestrada por un rey de Egipto al que detesto. Escapando de ese raptor, he surcado los aires para venir a ver lo que amo; llego, ¡y él huye de mí!». Las lágrimas y los sollozos le impidieron seguir hablando.

La madre le dijo entonces: «Señora, cuando el rey de Egipto os secuestraba, cuando cenabais con él en un mesón del camino de Basora, cuando vuestras bellas manos le escanciaban el vino de Chiraz, ¿no recordáis haber visto un mirlo que revoloteaba en la sala? — Cierto, vos me lo traéis a la memoria; no le presté atención; pero recapacitando, recuerdo muy bien que, en el momento en que el rey de Egipto se levantó de la mesa para darme un beso, el mirlo voló por la ventana lanzando un fuerte chillido, y no se le volvió a ver.

»— ¡Ay!, señora, prosiguió la madre de Amazán, ésa es precisamente la causa de nuestras desgracias; mi hijo había enviado ese mirlo para informarse sobre el estado de vuestra salud y de todo cuanto ocurría en Babilonia; esperaba regresar pronto para postrarse a vuestros pies y consagraros su vida. No sabéis hasta qué exceso os adora. Todos los gangáridas son amorosos y fieles, y mi hijo es el más apasionado y más constante de todos. El mirlo os encontró en una posada, donde bebíais alegremente con el rey de Egipto y un infame sacerdote; vio finalmente que dabais un tierno beso a ese monarca que había matado al fénix y por el que mi hijo siente un horror invencible. Cuando el mirlo vio la escena, una justa indignación se apoderó de él y echó a volar maldiciendo vuestros funestos amores; ha vuelto hoy mismo y lo ha contado todo; pero ¡en qué momento, justo cielo!: justo cuando mi hijo lloraba conmigo la muerte de su padre y la del fénix; justo cuando sabía de mis labios que es primo hermano vuestro.

»— ¡Oh, cielos, primo mío! ¿Es posible, señora? ¿De qué modo? ¿Cómo? ¡Qué grande sería entonces mi dicha! ¡Y, al mismo tiempo, qué desdichada sería por haberle ofendido!^[534]

»— Mi hijo es primo vuestro, os digo, continuó la madre, y muy pronto he de probároslo; pero al convertirnos en pariente mía me arrebatáis a mi hijo: no podrá sobrevivir al dolor que le ha causado vuestro beso al rey de Egipto.

»— ¡Ay, tía mía!, exclamó la bella Formosante, juro por él y por el poderoso Orosmán que ese beso funesto, lejos de ser criminal, era la prueba de amor más fuerte que puedo dar a vuestro hijo. Por él desobedecía a mi padre. Por él iba yo del Éufrates al Ganges. Caída en manos del indigno faraón de Egipto, sólo podía escapar engañándolo. Pongo por testigo a las cenizas y al alma del fénix que

estaban entonces en mi bolsillo; él puede hacerme justicia. Pero ¿cómo puede ser primo mío vuestro hijo, nacido a orillas del Ganges, cuando mi familia reina desde hace tantos siglos en las riberas del Éufrates?

»— ¿Sabéis que, siendo vuestro tío abuelo Aldée rey de Babilonia, fue destronado por el padre de Belo?, le dijo la venerable gangárida. — Sí, señora. — Sabréis también que su hijo Aldée tuvo de su matrimonio a la princesa Aldée, criada en vuestra corte. Fue ese príncipe el que, perseguido por vuestro padre, vino a refugiarse a nuestra feliz región bajo otro nombre; fue él quien se casó conmigo; de él tuve al joven príncipe Aldée-Amazán, el más hermoso, el más fuerte, el más valiente y el más virtuoso de los mortales, y hoy el más enloquecido. Fue a los festejos de Babilonia atraído por la reputación de vuestra belleza; desde ese momento os idolatra, y acaso no vuelva yo a ver nunca a mi querido hijo».

Tras esto, hizo desplegar ante la princesa todos los títulos de la casa de los Aldée; Formosante apenas se dignó echar una ojeada sobre ellos. «¡Ay, señora!, exclamó, ¿por qué examinar lo que se desea? Harto os cree mi corazón. Pero ¿dónde está Aldée-Amazán? ¿Dónde está mi pariente, mi amado, mi rey? ¿Dónde está mi vida? ¿Qué camino ha tomado? Iré en su busca a todos los globos que el Eterno ha formado, y de los que él es el adorno más hermoso. Iré a la estrella Canope, a Shcath, a Aldebarán; iré a convencerle de mi amor y mi inocencia».

Hizo justicia el fénix a la princesa del crimen que el mirlo la acusaba, el de haber dado por amor un beso al rey de Egipto; pero había que desengañar a Amazán y traerlo. Envía entonces pájaros por todos los caminos, pone en campaña a los unicornios, y, finalmente, le informan de que Amazán ha tomado la ruta de la China. «Pues bien, vayamos a China, exclama la princesa; no es largo el viaje; espero devolveros a vuestro hijo dentro de quince días a más tardar». Mientras decía estas palabras, ¡cuántas lágrimas de ternura derramaron la madre gangárida y la princesa de Babilonia! ¡Cuántos abrazos! ¡Qué efusión de corazón!

El fénix mandó disponer al punto una carroza y seis unicornios. La madre le proporcionó doscientos jinetes y regaló a la princesa, sobrina suya, varios miles de los diamantes más hermosos del país. Afligido por los males que la indiscreción del mirlo había causado, el fénix ordenó a todos los mirlos abandonar el país; y desde esa época no se ha vuelto a ver un solo mirlo a orillas del Ganges.

V

[Formosante y su doncella llegan a China; las cosas admirables que ven; hermoso rasgo de fidelidad de Amazán. Parte la princesa para la Escitia, donde encuentra a su prima Aldée. Amabilidades recíprocas que hay entre ellas sin amarse].

En menos de ocho días los unicornios llevaron a Formosante, a Irla y al fénix a Cambalú^[535], capital de la China. Era una ciudad mayor que Babilonia, y de una magnificencia completamente distinta. Aquellos nuevos monumentos y aquellas nuevas costumbres habrían entretenido a Formosante si hubiera podido pensar en otra cosa que no fuese Amazán.

Cuando el emperador de la China se hubo enterado de que la princesa de Babilonia estaba en una puerta de la ciudad, le envió cuatro mil mandarines vestidos de ceremonia; todos se prosternaron ante ella y cada uno le presentó un cumplido escrito en letras de oro sobre una hoja de seda púrpura. Formosante les dijo que, si tuviera cuatro mil lenguas, no dejaría de responder al punto a cada uno de los mandarines, pero que, como sólo tenía una, les rogaba que se dieran por satisfechos si la utilizaba para darles las gracias a todos en general. Ellos la condujeron respetuosamente hasta el palacio del emperador.

Era el monarca más justo, más civilizado y más sabio de la tierra. Él fue el primero que trabajó con sus manos imperiales un pequeño campo, para que su pueblo sintiese respeto por la agricultura. Él fue el primero en crear premios para la virtud, cuando en otras partes las leyes se limitaban vergonzosamente a castigar el crimen. Este emperador acababa de expulsar de sus Estados a una tropa de bonzos extranjeros procedentes del rincón más remoto de Occidente, que tenían la insensata esperanza de forzar a toda China a pensar como ellos, y que, so pretexto de anunciar verdades, ya habían conseguido riquezas y honores. Al expulsarlos, les había dicho las siguientes palabras, registradas en los anales del imperio^[536]:

Podrías hacer aquí tanto mal como habéis hecho en otras partes: habéis venido a predicar dogmas de intolerancia en la nación más tolerante de la tierra. Os expulso para no verme obligado nunca a castigaros. Volverán a llevaros honorablemente a mis fronteras; os proporcionarán cuanto sea necesario para que regreséis a los límites del hemisferio de donde habéis venido. Id en paz si podéis estar en paz, y no volváis más.

La princesa de Babilonia acogió con alegría esta decisión y estas palabras; por eso estaba más segura de ser bien recibida en la corte, puesto que se hallaba

muy lejos de sostener dogmas intolerantes. Comiendo a solas con ella, el emperador de la China tuvo la delicadeza de prescindir de todo molesto protocolo; ella le presentó al fénix, que fue muy acariciado por el emperador y que se encaramó en su sillón. Al final de la comida, Formosante le confió ingenuamente el motivo de su viaje, y le rogó que mandara buscar en Cambalú al bello Amazán, cuya aventura le contó sin ocultarle nada de la fatal pasión con que su corazón ardía por el joven héroe. «¿A quién le contáis eso?, le dijo el emperador de la China; el amable Amazán me ha hecho el placer de venir a mi corte y me ha encantado; verdad es que está profundamente afligido, pero por eso sus cualidades me conmueven más; ninguno de mis favoritos tiene más ingenio que él; ningún mandarín togado cuenta con conocimientos más amplios; ningún mandarín de espada posee un aire más marcial y más heroico; su extremada juventud presta más valor todavía a todos sus talentos: si yo fuera tan desdichado, si me abandonaran el Tien y el Changti^[537] hasta el punto de querer convertirme en conquistador, pediría a Amazán que se pusiera al frente de mis ejércitos y estaría seguro de vencer al universo entero. Es una lástima que su dolor altere a veces su mente.

»— ¡Ay, señor!, le dijo Formosante con aire enardecido y tono de dolor, resentimiento y reproche, ¿por qué no me habéis hecho comer con él? Me estáis matando, envidiad en su busca ahora mismo. — Señora, se ha marchado esta mañana, y no ha dicho hacia qué región dirigía sus pasos». Formosante se volvió hacia el fénix y le dijo: «Fénix, ¿has visto alguna vez mujer más desventurada que yo? Pero, señor, continuó ella, ¿cómo y por qué ha podido abandonar de forma tan repentina una corte tan civilizada como la vuestra, en la que en mi opinión todo el mundo querría pasar su vida?

»— Lo que ha ocurrido, señora, ha sido lo siguiente: una de las más amables princesa de sangre se ha enamorado apasionadamente de él y le ha dado una cita en su casa a mediodía; él se ha ido con el alba, dejando esta esquila que ha costado muchas lágrimas a mi pariente:

Bella princesa de sangre de la China, merecéis un corazón que nunca haya sido más que de vos; yo he jurado a los dioses inmortales no amar nunca más que a Formosante, princesa de Babilonia, y demostrarle cómo pueden dominarse los deseos en los viajes; ella ha tenido la desgracia de sucumbir con un indigno rey de Egipto; soy el más desdichado de los mortales; he perdido a mi padre y al fénix, y la esperanza de ser amado por Formosante; he abandonado a mi afligida madre y mi patria, y no puedo vivir ni un instante en los lugares donde he sabido que Formosante amaba a otro distinto de mí; he jurado recorrer la tierra y serle fiel. Vos

me despreciaríais, y los dioses me castigarían, si yo violase mi juramento; escoged un enamorado, señora, y sedle tan fiel como yo.

»— ¡Ah, dejadme esa sorprendente carta!, dijo la bella Formosante; me servirá de consuelo; soy feliz en mi infortunio. Amazán me ama; Amazán renuncia por mí a la posesión de las princesas de la China; sobre la tierra, sólo él es capaz de obtener semejante victoria; me da un gran ejemplo, aunque el fénix sabe que no lo necesito; ¡qué crueldad verse privada de su amado por el más inocente de los besos dado por pura fidelidad! Mas, en fin, ¿adónde ha ido? ¿Qué camino ha tomado? Dignaos indicármelo y parto de inmediato».

El emperador de la China le respondió que, por los informes que le habían dado, creía que su amado había seguido una ruta que llevaba a la Escitia. Al punto fueron uncidos los unicornios, y la princesa, tras los más tiernos cumplidos, se despidió del emperador lo mismo que el fénix, su camarera Irla y todo su séquito.

Nada más llegar a la Escitia^[538] comprendió mejor que nunca cuánto se diferencian y se diferenciarán siempre los hombres y los gobiernos hasta que algún pueblo más ilustrado que el resto les comunique poco a poco la luz tras mil siglos de tinieblas, y hasta que en los climas bárbaros existan almas heroicas que posean la fuerza y la perseverancia suficiente para cambiar a los brutos en hombres. En Escitia no había ciudades, ni por consiguiente artes agradables. Sólo se veían vastas praderas y poblaciones enteras bajo tiendas y sobre carros. Semejante visión provocaba espanto. Formosante preguntó en qué tienda o en qué carreta se alojaba el rey. Le dijeron que hacía ocho días se había puesto en marcha al frente de trescientos mil jinetes para ir al encuentro del rey de Babilonia, a cuya sobrina, la bella princesa Aldée, había raptado. «¿Ha raptado a mi prima?, exclamó Formosante; no me esperaba esta nueva aventura. ¡Cómo! ¡Mi prima, que era totalmente feliz haciéndome la corte, se ha convertido en reina, y yo todavía no estoy casada!». Se hizo guiar de inmediato a las tiendas de la reina.

Su inesperado encuentro en aquellos climas lejanos, las singulares cosas que mutuamente tenían que contarse, dotaron a su charla de un encanto que les hizo olvidar que nunca se habían querido; volvieron a verse llenas de alegría; una dulce ilusión substituyó al verdadero cariño; se abrazaron llorando y hasta hubo entre ellas cordialidad y franqueza, dado que la entrevista no transcurría en un palacio.

Aldée reconoció al fénix y a la confidente Irla; regaló pieles de marta cibelina a su prima, que a su vez le ofreció diamantes. Hablaron de la guerra que los dos reyes emprendían; deploraron la condición de unos hombres a los que

caprichosamente envían los reyes a degollarse entre sí por diferencias que dos hombres discretos podrían conciliar en una hora; pero hablaron sobre todo del bello extranjero vencedor de leones, dador de los diamantes más gruesos del universo, escritor de madrigales, dueño del fénix, convertido en el más desventurado de los hombres por el informe de un mirlo. «Es mi querido hermano, decía Aldée. — Es mi amado, exclamaba Formosante; sin duda lo habéis visto, tal vez todavía esté aquí; porque él sabe, prima mía, que es vuestro hermano; no os habrá abandonado de forma tan brusca como ha abandonado al rey de la China.

»— ¡Que si le he visto, grandes dioses!, continuó Aldée; ha pasado cuatro días enteros conmigo. ¡Ay, prima, qué digno de lástima es mi hermano! Un falso informe lo ha enloquecido por completo; corre por el mundo sin saber adónde va. Figuraos que ha llevado su locura al punto de rehusar los favores de la más bella escita de toda la Escitia. Se marchó ayer, después de haberle escrito una carta que la ha desesperado. En cuanto a él, se ha marchado al país de los cimerios. — ¡Loado sea Dios!, exclamó Formosante; ¡de nuevo ha rechazado a otra mujer por mí! Mi dicha ha sobrepasado mi esperanza de la misma manera que mi desdicha ha sobrepasado todos mis temores. Haced que me den esa deliciosa carta, porque parto, y porque le sigo con las manos llenas de sus sacrificios. Adiós, prima mía: Amazán está en el país de los cimerios, y allá vuelo».

A Aldée le pareció que su prima la princesa estaba más loca todavía que su hermano Amazán. Pero como ella misma había sentido los estragos de aquella epidemia, como había abandonado las delicias y la magnificencia de Babilonia por el rey de los escitas, como las mujeres siempre están interesadas en las locuras cuya causa es el amor, sintió verdadera ternura por Formosante, le deseó un feliz viaje y le prometió servir a su pasión si alguna vez tenía dicha suficiente para ver de nuevo a su hermano.

VI

[Llegada de la bella babilonia al imperio de los cimerios. Recepción que le hacen. Elogio de la emperatriz de los cimerios. Nueva fidelidad de Amazán].

Pronto llegaron la princesa de Babilonia y el fénix al imperio de los cimerios, mucho menos poblado, en verdad, que la China pero dos veces mayor; en otro tiempo era semejante a la Escitia, pero desde hacía algún tiempo se había vuelto tan floreciente como los reinos que se jactaban de instruir a los demás Estados.

Tras unos días de marcha entraron en una grandísima ciudad que la emperatriz reinante hacía embellecer; mas no se encontraba en ella: en ese momento viajaba desde las fronteras de Europa a las de Asia para conocer por sus propios ojos sus Estados, para juzgar los males y aportar los remedios, para aumentar las ventajas y sembrar la instrucción.

Uno de los principales oficiales de aquella antigua capital, informado de la llegada de la babilonia y del fénix, se apresuró a rendir sus homenajes a la princesa y hacerle los honores del país, seguro de que su ama, que era la más cortés y magnífica de las reinas^[539], estaría encantada de que recibiese a dama de tan alta alcurnia con los mismos agasajos que ella misma le habría prodigado.

Alojaron a Formosante en palacio, del que alejaron a una importuna muchedumbre de gentes; dieron en su honor fiestas llenas de ingenio. Un señor cimero^[540], gran naturalista, habló mucho con el fénix mientras la princesa estaba retirada en sus aposentos. El ave le confesó que en otro tiempo había visitado a los cimérios y que ya no reconocía el país. «¿Cómo han podido producirse, decía, cambios tan prodigiosos en un tiempo tan breve? No hace ni trescientos años que vi aquí la naturaleza salvaje en todo su horror; hoy encuentro artes, esplendor, gloria y urbanidad. — Un solo hombre^[541] inició esta gran obra, respondió el cimero, y una mujer la ha perfeccionado; una mujer ha sido mejor legisladora que la Isis de los egipcios y la Ceres de los griegos. La mayoría de los legisladores han tenido un genio estrecho y despótico, que ha empequeñecido sus miras en el país que han gobernado; todos han considerado a su pueblo como si fuera el único sobre la tierra, o como si debiera ser enemigo obligado del resto de la tierra. Crearon instituciones para ese solo pueblo, introdujeron costumbres sólo para él, y establecieron una religión para él solo. De este modo los egipcios, tan célebres por sus montones de piedras, se embrutecieron y deshonraron por sus bárbaras supersticiones. Consideran profanas a las demás naciones, no se comunican en absoluto con ellas y, salvo la corte que a veces se eleva por encima de los prejuicios del vulgo, no hay un solo egipcio que quiera comer en un plato del que se haya servido un extranjero. Sus sacerdotes son crueles y absurdos. Más valdría no tener leyes y escuchar únicamente a la naturaleza, que ha grabado en nuestros corazones los caracteres de lo justo y de lo injusto, antes que someter a la sociedad a leyes tan insociables.

»Los proyectos que nuestra emperatriz contempla son totalmente opuestos; en su opinión, su vasto Estado, en el que vienen a juntarse todos los meridianos, debe relacionarse con todos los pueblos que habitan bajo esos meridianos diferentes. La primera de sus leyes ha sido la tolerancia de todas las religiones, y la

compasión para todos los errores. Su poderoso genio la ha llevado a saber que, aunque los cultos sean diferentes, la moral es en todas partes la misma; por ese principio, ha unido su nación a todas las naciones del mundo, y los cimerios van a mirar al escandinavo y al chino como hermanos suyos. Ha hecho más: ha querido establecer esa tolerancia preciosa, vínculo primero entre los hombres, con sus vecinos; por eso ha merecido el título de madre de la patria, y si persevera logrará el de bienhechora del género humano.

»Antes de ella, hombres por desgracia poderosos enviaban tropas de asesinos a saquear poblaciones desconocidas y a regar con su sangre las heredades de nuestros antepasados; a tales asesinos se los llamaba héroes, y a su bandolerismo gloria. Muy otra es la gloria de nuestra soberana: pone en marcha los ejércitos para llevar la paz^[542], para impedir que los hombres se hagan daño, para obligarlos a soportarse unos a otros; y sus estandartes han sido las de la concordia pública^[543]».

Encantado por todo lo que le informaba aquel caballero, el fénix contestó: «Hace veintisiete mil novecientos años y siete meses, señor, que estoy en el mundo; aún no he visto nada comparable a lo que me decís». Le pidió noticias de su amigo Amazán; el cimerio le contó lo mismo que le habían dicho a la princesa los chinos y los escitas. Amazán huía de todas las cortes que visitaba tan pronto como una dama le daba una cita a la que temía sucumbir. El fénix informó acto seguido a Formosante de aquella nueva prueba de fidelidad que Amazán le daba, fidelidad tanto más sorprendente cuanto que no podía sospechar que llegara nunca a oídos de su princesa^[544].

Había partido para Escandinavia. Fue en esos climas donde espectáculos nuevos siguieron sorprendiendo sus ojos. Ahí subsistían juntas la realeza y la libertad por un acuerdo que parecía imposible en otros Estados; los campesinos participaban en la legislación lo mismo que los grandes del reino; y un joven príncipe^[545] ofrecía las mayores esperanzas de ser digno de regir a una nación libre. Había algo más extraño todavía: el único rey que fue despótico de derecho sobre la tierra por un contrato formal con su pueblo era al mismo tiempo el más joven y el más justo de los reyes^[546].

Entre los sármatas, Amazán vio a un filósofo en el trono; se le podía llamar «el rey de la anarquía», porque era jefe de cien mil reyezuelos, cualquiera de los cuales podía, con una sola palabra, echar por tierra las resoluciones de todos los demás. No le había costado tanto a Éolo contener todos los vientos que se combaten sin cesar como a este monarca conciliar las mentes; era un piloto

rodeado por una eterna tormenta, y sin embargo el bajel no se estrellaba porque el príncipe era un excelente piloto^[547].

Cuando recorría todos aquellos países tan distintos de su patria, Amazán rechazaba siempre los lances de amor que se le ofrecían; siempre desesperado por el beso que Formosante había dado al rey de Egipto, siempre firme en su inconcebible resolución de dar a Formosante ejemplo de una fidelidad única e inquebrantable.

La princesa de Babilonia y el fénix le seguían la pista por todas partes, pero siempre llegaban un día o dos tarde, sin que el uno se cansara de correr ni la otra perdiese un momento en seguirle.

Así atravesaron toda la Germania; admiraron los progresos que la razón y la filosofía hacían en el Norte; ahí todos los príncipes eran instruidos^[548], todos autorizaban la libertad de pensar; su educación no había sido confiada a hombres interesados en engañarlos o que estuvieran engañados ellos mismos; los habían educado en el conocimiento de la moral universal y en el desprecio a las supersticiones; en todos aquellos Estados se había abolido la insensata costumbre que debilitaba y despoblaba diversos países meridionales: esa costumbre era enterrar vivos, en vastas mazmorras, a un número infinito de personas de ambos sexos eternamente separados unos de otras, y haciéndoles jurar que nunca tendrían comunicación entre sí. Tal demasía de demencia, acreditada durante siglos, había devastado la tierra tanto como las guerras más crueles.

Los príncipes del Norte habían terminado comprendiendo que, si querían tener remontas, no había que separar a los caballos más fuertes de las yeguas. También habían acabado con errores no menos extravagantes ni menos perniciosos. Por fin los hombres se atrevían a ser razonables en esos grandes países, mientras en otras partes seguían creyendo que sólo se les puede gobernar mientras son imbéciles.

VII

[Formosante, siguiendo siempre a su amado, está a punto de alcanzarlo en el país de los batavos. Quiere pasar, siguiéndole, a la isla de Albión; pero desgraciadamente vientos contrarios la retienen en el puerto].

Llegó Amazán al país de los batavos; su corazón sintió un dulce alivio, en

medio de su pena, al encontrar allí un pálido reflejo del país de los felices gangáridas: la libertad, la igualdad, la limpieza, la abundancia y la tolerancia; pero las damas del país eran tan frías que ninguna le hizo proposiciones, como se las habían hecho en los demás países, y por eso no necesitó hacer ningún esfuerzo para resistir. Si hubiera querido atacar él a las damas, habría sometido a todas una tras otra sin ser amado por ninguna; pero estaba muy lejos de pensar en hacer conquistas.

En esa nación insípida a punto estuvo Formosante de atraparlo: se le escapó por poco.

Amazán había oído en el país de los batavos tantos elogios de cierta isla llamada Albión que decidió embarcarse, él y sus unicornios, en un bajel que, con viento de oriente favorable, lo trasladó en cuatro horas a las playas de esa tierra más célebre que Tiro y que la isla Atlántida.

La bella Formosante, que lo había seguido a orillas del Duina, del Vístula, del Elba y del Weser, llega finalmente a las bocas del Rhin, que entonces vertía sus raudas aguas en el mar Germánico.

Se entera entonces de que su querido amado ha zarpado hacia las costas de Albión; cree ver su bajel, lanza gritos de júbilo que sorprendieron a todas las damas batavas, incapaces de imaginar que un joven pudiera causar tanta alegría; y del fénix no hicieron gran caso, porque decidieron que sus plumas no podrían venderse probablemente tan bien como las de los ánades y gansos de sus marismas. La princesa de Babilonia alquiló o fletó dos bajeles para transportarla con toda su gente a la bienaventurada isla que iba a poseer el único objeto de todos sus deseos, el alma de su vida, el dios de su corazón.

De pronto, en el momento mismo en que el fiel y desdichado Amazán ponía pie en tierra de Albión, se levantó un viento funesto de occidente: los bajeles de la princesa de Babilonia no pudieron levar anclas. Se desgarró el corazón de Formosante: un dolor amargo y una profunda melancolía la embargaron; en medio de su dolor guardó cama, en espera de que cambiase el viento; pero sopló ocho días enteros con violencia desesperante. Durante ese siglo de ocho días, la princesa mandó a Irla que le leyese novelas, no porque los batavos supieran escribirlas, sino porque, como eran representantes del universo, vendían el ingenio de las demás naciones así como sus productos. La princesa mandó comprar a Marc-Michel Rey^[549] todos los cuentos que habían escrito los ausonios y los velches^[550], cuya lectura estaba prohibida sabiamente a esos pueblos para enriquecer a los batavos;

esperaba encontrar en aquellas historias alguna aventura parecida a la suya, y capaz de aliviar su dolor. Irla leía, el fénix emitía su opinión, y la princesa no encontraba nada en *La Paysanne parvenue*, ni en *Tansai*, ni en *Le Sopha*, ni en *Les Quatre Facardins*^[551] que tuviera la menor relación con su historia; a cada momento interrumpía la lectura para preguntar de qué lado soplaba el viento.

VIII

[Amazán encuentra en la ruta de Albión a un Milord al que presta ayuda. Singular conversación que mantienen. La mujer del Milord albionense se enamora de Amazán].

Mientras tanto, Amazán ya estaba en camino hacia la capital de Albión, en su carroza de seis unicornios, y pensando en su princesa. Vio entonces un carruaje caído en una zanja; los criados se habían alejado para ir en busca de ayuda, el amo permanecía tranquilamente en su coche, sin señal alguna de la más leve impaciencia y entretenido en fumar: porque en esos tiempos se fumaba. Se llamaba Milord What-then, que poco más o menos quiere decir Qué Importa en la lengua a la que traduzco estas memorias.

Corrió Amazán a prestarle ayuda, y él solo sacó el coche de la zanja: tan superior era su fuerza a la del resto de los hombres. Milord Qué Importa se limitó a decir: «¡Qué hombre tan robusto!». Unos labriegos de la vecindad que habían acudido se enfadaron porque les habían hecho venir para nada, y la tomaron con el forastero; lo amenazaron llamándole «perro extranjero» y quisieron darle de palos.

Amazán agarró a dos con cada mano y los lanzó a veinte pasos; los demás le presentaron sus respetos, lo saludaron y le pidieron algo para beber; él les dio más dinero de lo que nunca habían visto. Milord Qué Importa le dijo: «Os aprecio mucho; venid a comer conmigo a mi casa de campo, que sólo está a tres millas»; y montó en el carruaje de Amazán, porque el suyo se había descompuesto por la sacudida.

Tras un cuarto de hora de silencio, miró un instante a Amazán y le dijo: *How dye do?*, que al pie de la letra quiere decir: «¿Cómo hacéis hacer?», y en la lengua del traductor: «¿Qué tal estáis?», lo cual no quiere decir nada de nada en ninguna lengua; luego añadió: «¡Qué bonitos son vuestros seis unicornios!»; y se puso de nuevo a fumar.

El viajero le dijo que los unicornios estaban a su servicio; que venía con ellos

desde el país de los gangáridas; y aprovechó la ocasión para hablarle de la princesa de Babilonia y del fatal beso que ésta había dado al rey de Egipto; a lo que el otro no respondió nada: le importaba muy poco que en el mundo hubiera un rey de Egipto y una princesa de Babilonia. Todavía hubo un cuarto de hora de silencio; luego volvió a preguntar a su compañero «¿Cómo hacéis hacer?», y si en el país de los gangáridas se comían buenos *roast-beefs*. El viajero le respondió con su cortesía habitual que a orillas del Ganges nadie se comía a sus hermanos, y le explicó el sistema que, muchos siglos después, sería el de Pitágoras, el de Porfirio y el de Jámblico^[552]. Con lo cual el Milord se durmió, siguiendo así hasta que llegaron a su casa.

Tenía una mujer joven y encantadora, a quien la naturaleza había otorgado un alma tan viva y tan sensible como indiferente era la de su marido. Varios caballeros albionenses habían acudido ese día a comer con ella. Había caracteres de todas las especies porque, como el país casi siempre había estado gobernado por extranjeros, todas las familias que acompañaban a cada uno de estos príncipes habían aportado costumbres diferentes. En la reunión encontró personas muy amables, otras de un espíritu superior, algunas de una ciencia profunda.

La dueña de la casa no tenía nada de ese aire artificioso y torpe, de esa rigidez, de esa desvergüenza que entonces se reprochaba a las mujeres jóvenes de Albión; no ocultaba, tras un porte desdeñoso y un silencio afectado, la esterilidad de sus ideas y el embarazo humillante de no tener nada que decir: no había mujer más agradable. Recibió a Amazán con una amabilidad y una gracia naturales en ella. La extremada belleza del joven extranjero, y la rápida comparación que entre él y su marido hizo, la impresionaron al principio de forma notable.

Sirvieron la mesa. Ella sentó a Amazán a su lado y le hizo probar *puddings* de todas clases cuando supo que los gangáridas no comían nada que hubiera recibido de los dioses el don celeste de la vida. Su belleza, su fuerza, las costumbres de los gangáridas, los progresos de las artes, la religión y el gobierno fueron el eje de una conversación tan agradable como instructiva durante la comida, que duró hasta la noche, y en la que Milord Qué Importa bebió mucho y no dijo palabra.

Tras la comida, y mientras Milady servía el té y devoraba con los ojos al joven, éste charlaba con un miembro del parlamento; porque, como todo el mundo sabe, allí ya había un parlamento en esa época, llamado *Wittenagemot*, que quiere decir «asamblea de gentes inteligentes»^[553]. Amazán se informaba de la constitución, costumbres, fuerzas, usos y artes que hacían tan recomendable ese

país; y aquel caballero le hablaba en los siguientes términos^[554]:

«Durante mucho tiempo anduvimos completamente desnudos, aunque no sea cálido el clima. Durante mucho tiempo fuimos tratados como esclavos por gentes venidas de la antigua tierra de Saturno, que riegan las aguas del Tíber. Pero nosotros mismos nos hicimos mayor cantidad de males de los que hubimos de soportar de nuestros primeros vencedores. Uno de nuestros reyes^[555] llevó su vileza al punto de declararse súbdito de un sacerdote que también vivía a orillas del Tíber, llamado “el Viejo de las siete montañas”^[556]; durante mucho tiempo el destino de esas siete montañas ha sido dominar gran parte de Europa, habitada en aquel entonces por brutos.

»Después de esa época de envilecimiento vinieron siglos de ferocidad y de anarquía. Nuestra tierra, más tormentosa que los mares que la circundan, fue saqueada y ensangrentada por nuestras propias discordias. Varias cabezas coronadas perecieron en el último suplicio. Más de cien príncipes de sangre real acabaron sus días en el patíbulo. Se arrancó el corazón a todos sus partidarios, y les abofetearon las mejillas con él. Es al verdugo a quien corresponde escribir la historia de nuestra isla, porque era él quien ponía término a todos los grandes asuntos^[557].

»No hace mucho tiempo, para colmo de horrores, algunas personas que llevaban una capa negra, y otras que se ponían una camisa blanca encima del chaleco, tras ser mordidas por perros rabiosos, contagiaron la rabia a la nación entera. Todos los ciudadanos fueron degolladores o degollados, verdugos o ajusticiados, depredadores o esclavos, en nombre del cielo y en busca del Señor^[558].

»¿Quién podría creer que de ese abismo espantoso, de ese caos de disensiones, atrocidades, ignorancia y fanatismo, había de terminar saliendo el gobierno tal vez más perfecto que hoy existe en el mundo? Al frente de una nación libre, guerrera, comerciante e ilustrada hay un rey honrado y rico, omnipotente para hacer el bien e impotente para hacer el mal. Los grandes por un lado, y los representantes de las ciudades por otro, comparten las tareas legislativas con el monarca^[559].

»Por una fatalidad singular habíamos visto al desorden, a las guerras civiles, a la anarquía y a la pobreza arrasarse el país cuando los reyes ostentaban el poder arbitrario. Sólo cuando los reyes han reconocido que no eran absolutos, han reinado entre nosotros la tranquilidad, la riqueza y la felicidad pública^[560]. Todo estaba subvertido cuando disputábamos sobre cosas ininteligibles; y todo está en

orden cuando las hemos despreciado. Nuestras flotas victoriosas llevan nuestra gloria por todos los mares, y las leyes ponen a salvo nuestras fortunas; nunca puede un juez aplicarlas de forma arbitraria, nunca se dicta una condena que no esté motivada. Castigaríamos como asesinos a jueces que tuvieran la osadía de enviar a la muerte a un ciudadano sin presentar los testimonios que lo acusan y la ley que lo condena.

»Verdad es que sigue habiendo entre nosotros dos partidos^[561] que se combaten con la pluma y las intrigas; pero también se unen cuando se trata de tomar las armas para defender a la patria y la libertad. Esos dos partidos se vigilan mutuamente, uno a otro; se impiden violar el sagrado depósito de las leyes; se odian, pero aman al Estado: son amantes celosos que sirven a porfía a la misma amada.

»Con el mismo espíritu que nos ha hecho conocer y defender los derechos de la naturaleza humana, hemos llevado las ciencias al más alto grado que pueden alcanzar entre los hombres. Vuestros egipcios, que pasan por ser tan grandes mecánicos; vuestros indios, a los que se tiene por tan grandes filósofos; vuestros babilonios, que se jactan de haber observado los astros durante cuatrocientos treinta mil años; los griegos, que han escrito tanto de frases y tan poco de cosas, no saben con precisión nada comparados con nuestros menores escolares, que han estudiado los descubrimientos de nuestros grandes maestros. En el espacio de cien años hemos arrancado más secretos a la naturaleza que los que el género humano había descubierto antes en la multitud de los siglos.

»Ésa es la verdadera situación en que nos encontramos. No os he ocultado ni lo bueno ni lo malo, ni nuestros oprobios ni nuestra gloria; y no he exagerado nada».

Al oír estas palabras, Amazán se sintió dominado por el deseo de instruirse en aquellas ciencias sublimes de que le hablaban; y si su pasión por la princesa de Babilonia, su respeto filial hacia su madre, a la que había abandonado, y el amor a su patria no hubieran hablado enérgicamente a su corazón, habría deseado pasar el resto de su vida en la isla de Albión. Pero aquel desventurado beso dado por su princesa al rey de Egipto no dejaba suficiente libertad a su mente para estudiar las altas ciencias.

«Os confieso, dijo, que, habiéndome impuesto la obligación de correr el mundo y huir de mí mismo, siento curiosidad por ver esa antigua tierra de Saturno, ese pueblo del Tíber y de las siete montañas al que en otro tiempo

obedecisteis; indudablemente ha de ser el primer pueblo de la tierra. — Os aconsejo que hagáis ese viaje, le respondió el albionense, a poco que améis la música y la pintura. A veces, hasta nosotros mismos llevamos nuestro aburrimiento hacia las siete montañas. Mas os dejarán atónitos los descendientes de nuestros vencedores».

Fue larga esta conversación. Aunque el bello Amazán tenía algo afectado el cerebro, hablaba con tanta gracia, su voz era tan conmovedora y su aspecto tan noble y dulce, que la anfitriona no pudo por menos de charlar con él a solas. Mientras le hablaba y le miraba con ojos húmedos y brillantes que encendían el deseo en todos los resortes de la vida, le cogió tiernamente la mano. Le hizo quedarse a cenar y a dormir. Cada instante, cada palabra y cada mirada encendieron su pasión. Cuando todo el mundo se hubo retirado, ella le escribió un breve billete, no dudando de que iría a presentarle sus respetos a su propia cama mientras Milord Qué Importa dormía en la suya. Todavía tuvo Amazán el valor de resistir: tantos son los efectos milagrosos que un grano de locura produce en un alma fuerte y profundamente enamorada.

Amazán respondió a la dama como solía, con una nota respetuosa en la que le hablaba de la santidad de su juramento y de la estricta obligación en que se veía de enseñar a la princesa de Babilonia a domeñar sus pasiones; tras lo cual mandó enganchar sus unicornios y partir de nuevo para Batavia, dejando a toda la compañía maravillada y desesperada a la dueña de la casa. En el colmo de su dolor, ésta dejó caer al suelo la carta de Amazán, que Milord Qué Importa leyó a la mañana siguiente: «¡Qué bobadas más tontas!», dijo encogiéndose de hombros; y se fue a cazar zorros con unos cuantos borrachos del vecindario.

Amazán ya bogaba por el mar, provisto de un mapa que le había regalado el sabio albionense con el que había conversado en casa de Milord Qué Importa. Veía con gran sorpresa una gran parte de la tierra sobre una hoja de papel.

En aquel pequeño espacio sus ojos y su imaginación erraban de acá para allá: miraba el Rhin, el Danubio, los Alpes del Tirol, conocidos entonces bajo otros nombres, y todos los países por donde debía pasar antes de llegar a la ciudad de las siete montañas; pero ponía la vista sobre todo en la región de los gangáridas, en Babilonia, donde había conocido a su querida princesa, y en el fatal país de Basora, donde ella había dado un beso al rey de Egipto. Lanzaba suspiros, derramaba lágrimas; pero admitía que el albionense que le había regalado aquel universo resumido no se había equivocado al decir que eran mil veces más instruidos a orillas del Támesis que en las riberas del Nilo, del Éufrates y del Ganges.

Mientras él volvía a Batavia, Formosante volaba hacia Albión con sus dos bajeles, que navegaban a toda vela; se cruzaron el de Amazán y el de la princesa, se tocaron casi: los dos amantes estaban uno junto al otro, y no podían sospecharlo. ¡Ay, si lo hubieran sabido! Pero el imperioso destino no lo permitió.

IX

[Capítulo XVIII. Amazán cruza la Germania, pasa a Venecia. Lo que allí ve. Llega a la ciudad de las siete montañas. Lo que en ella le parece singular].

Nada más desembarcar en el terreno llano y fangoso de Batavia, partió como el relámpago en dirección a la ciudad de las siete montañas. Tuvo que atravesar la parte meridional de Germania. De cuatro en cuatro millas encontraba un príncipe y una princesa, damas de honor y pordioseros. Quedó asombrado ante las coqueterías que aquellas damas y aquellas doncellas de compañía le hacían por todas partes con la buena fe germánica; y sólo respondía con modestos rechazos. Después de haber franqueado los Alpes, se embarcó en el mar de Dalmacia y arribó a una ciudad que no se parecía nada a cuanto había visto hasta entonces. El mar hacía las calles, y las casas estaban construidas en el agua. Las pocas plazas públicas que adornaban aquella ciudad estaban llenas de hombres y mujeres que tenían doble cara, la que la naturaleza les había dado, y una cara de cartón pintarrajeado que se ponían encima, de suerte que la nación parecía compuesta por espectros. Los extranjeros que llegaban a la comarca empezaban por comprarse una cara, igual que en otras partes se compran gorros y zapatos. Amazán rechazó esa moda contra natura: se presentó tal como era. Había en la ciudad doce mil rameras registradas en el libro mayor de la república^[562]; rameras útiles al Estado, encargadas del comercio más ventajoso y agradable que jamás haya enriquecido a una nación. Con grandes gastos y mayores riesgos, los comerciantes ordinarios enviaban tejidos al Oriente, mientras las hermosas negociantas, sin riesgo alguno, hacían un tráfico siempre boyante de sus atractivos. Todas ellas acudieron a presentarse al bello Amazán y a ofrecerle que eligiese. Mas él huyó a escape pronunciando el nombre de la incomparable princesa de Babilonia y jurando por los dioses inmortales que era más hermosa que las doce mil rameras venecianas juntas. «Sublime bribona, exclamaba en medio de sus arrebatos, ya os enseñaré yo a ser fiel».

Por fin las amarillas ondas del Tíber, sus pestilentes marismas, sus enjutos, descarnados y raros moradores, cubiertos con viejos mantos agujereados que dejaban ver su piel seca y morena, aparecieron ante sus ojos y le anunciaron que se

encontraba a las puertas de la ciudad de las siete montañas, de aquella ciudad de héroes y legisladores que habían conquistado y civilizado una gran parte del globo.

Había imaginado que en la puerta triunfal vería quinientos batallones mandados por héroes, y en el senado una asamblea de semidioses dando leyes a la tierra; por todo ejército encontró una treintena de pillos que montaban guardia con un quitasol, por miedo al astro del día. Habiendo entrado luego en el templo que le pareció muy hermoso, aunque menos que el de Babilonia, quedó atónito al oír una música cantada por hombres que tenían voces de mujer.

«¡Qué divertido país es esta antigua tierra de Saturno!, dijo. He visto una ciudad donde nadie tenía su cara; y he aquí otra donde los hombres no tienen ni su voz ni su barba». Le dijeron que aquellos cantores no eran hombres, que los habían despojado de su virilidad para que así cantasen con más donosura las alabanzas de una prodigiosa cantidad de personas de mérito. Amazán no entendió nada de estas palabras. Aquellos caballeros le rogaron que cantase, y él cantó una melodía gangárida con su gracia habitual. Su voz era una hermosísima voz de contralto. «¡Ah, *Monsiñor*, le dijeron, qué delicioso soprano seríais! Ah, si... — ¿Cómo si...? ¿Qué intentáis decir? — ¡Ah, *Monsiñor*!... — Decid pues... — ¡Si no tuvierais barba!». Entonces le explicaron muy divertidos y con gestos muy cómicos, según su costumbre, de qué se trataba. Amazán se quedó muy perplejo. «He viajado mucho, dijo, y nunca oí hablar de fantasía semejante».

Después de cantar un rato, el Viejo de las siete montañas llegó con gran pompa hasta la puerta del templo; cortó el aire en cuatro con el pulgar levantado, dos dedos extendidos y los otros dos doblados, diciendo las siguientes palabras en una lengua que no se hablaba ya: «A la ciudad y al universo»^[563]. El gangárida no lograba entender que dos dedos pudieran llegar tan lejos.

Luego vio desfilas a toda la corte del amo del mundo; la componían graves personajes, unos con ropajes colorados, otros con morados; casi todos miraban al bello Amazán con ojos tiernos, le hacían reverencias y se decían unos a otros: *San Martino, che bel ragazzo! San Pancratio, che bel fanciullo!*^[564]

Los ardientes^[565], cuyo oficio era mostrar a los forasteros las curiosidades de la ciudad, se apresuraron a enseñarle unas casuchas donde un arriero no querría pasar la noche, pero que en otro tiempo habían sido dignos monumentos de la grandeza de un pueblo rey. También vio cuadros de doscientos años y estatuas de más de veinte siglos que le parecieron obras maestras. «¿Seguís haciendo obras

como éstas? — No, Excelencia, le respondió uno de los ardientes, pero despreciamos al resto de la Tierra porque conservamos estas rarezas. Somos una especie de ropavejeros que nos gloriamos de las viejas ropas que nos quedan en los almacenes».

Quiso ver Amazán el palacio del príncipe, y a él lo llevaron. Vio a unos hombres vestidos de morado que contaban el dinero de las rentas del Estado: tanto de una tierra situada junto al Danubio, tanto de otra a orillas del Loira, o del Guadalquivir, o del Vístula. «¡Oh, oh!, dijo Amazán tras haber consultado su mapa, ¿sigue siendo de vuestro amo toda Europa como de aquellos antiguos héroes de las siete montañas? — Debe poseer el universo entero por derecho divino, le respondió uno de morado; y hubo un tiempo incluso en que sus predecesores estuvieron a punto de alcanzar la monarquía universal; pero sus sucesores son tan bondadosos que en la actualidad se contentan con un poco de dinero que los reyes vasallos suyos hacen pagar en forma de tributo.

»— Así pues, ¿realmente es vuestro amo el rey de reyes? ¿Ése es su título, verdad?, dijo Amazán. — No, Excelencia, su título es “servidor de servidores”; en origen es pescador y portero, y por eso los emblemas de su dignidad son las llaves y las redes; pero sigue dando órdenes a todos los monarcas. No hace mucho envió ciento y un mandamientos^[566] a un rey del país de los celtas, y el rey obedece.

»— Entonces, dijo Amazán, vuestro pescador habrá enviado quinientos o seiscientos mil hombres para hacer que se cumplieran sus ciento y una voluntades

»— Nada de eso, Excelencia; no es tan rico nuestro santo amo para mantener a diez mil soldados; pero tiene repartidos por los demás países de cuatrocientos mil a quinientos mil profetas divinos. Esos profetas de todos los pelajes se alimentan, como es lógico, a expensas de los pueblos; anuncian de parte del cielo que mi amo puede abrir y cerrar con sus llaves todas las cerraduras, y sobre todo las cerraduras de las arcas. Un clérigo normando^[567], que desempeñaba el cargo de confidente de los pensamientos del rey del que os hablo, le convenció para que obedeciese sin réplica a las cien y un ideas de mi amo; porque debéis saber que una de las prerrogativas del Viejo de las siete montañas es tener siempre razón cuando se digna hablar o cuando se digna escribir^[568].

»— ¡Sí que es singular ese hombre!, dijo Amazán. Me gustaría mucho comer con él. — Aunque fuerais rey, Excelencia, no podríais comer a su mesa; lo único que él podría hacer por vos sería que os sirviesen en una más pequeña y más baja pegada a la suya. Mas, si queréis tener el honor de hablarle, yo le pediré audiencia

para vos a cambio de la *buona mancia*^[569] que tendréis la bondad de darme. — Con mucho gusto», dijo el gangárida. El morado hizo una reverencia. «Mañana os presentaré, dijo; deberéis hacer tres genuflexiones y besar los pies del Viejo de las siete montañas». Al oír estas palabras Amazán soltó carcajadas tan prodigiosas que a punto estuvo de ahogarse; salió agarrándose los ijares y llorando incluso de risa durante todo el camino, hasta que llegó a su posada, donde siguió riéndose largo rato todavía.

Estaba comiendo cuando se presentaron veinte hombres sin barba y veinte violines para darle un concierto. Durante el resto de la jornada fue cortejado por los señores más importantes de la ciudad, que le hicieron proposiciones más extrañas todavía que la de besar los pies del Viejo de las siete montañas. Como era extremadamente educado, al principio creyó que aquellos señores le tomaban por una dama, y les advirtió de su error con la honestidad más circunspecta. Pero, apremiado con cierta viveza por dos o tres de los morados más decididos, los tiró por la ventana, sin creer que fuera un gran sacrificio a la bella Formosante. Abandonó lo más rápido que pudo aquella ciudad de los amos del mundo, donde había que besar el dedo gordo del pie a un viejo, como si su mejilla estuviera en su pie, y donde se abordaba a los jóvenes con ceremonias más extravagantes todavía.

X

[Cap. XIX. Amazán llega a la capital de las Galias. Cuadro de lo que hay de notable en ellas. Su fidelidad naufraga ante una muchacha del asunto, en cuyos brazos le sorprende Formosante].

De provincia en provincia, rechazando siempre arrumacos de toda clase, fiel siempre a la princesa de Babilonia, siempre enfurecido contra el rey de Egipto, llegó este modelo de constancia a la capital nueva de los galos. Como tantas otras, esta ciudad había pasado por todos los grados de la barbarie, la ignorancia, la estupidez y la miseria. Su primer nombre había sido «barro» y «cagajón»^[570]; luego había tomado el de Isis, por el culto de Isis que había llegado hasta ella. Su primer senado lo formó una compañía de barqueros. Durante mucho tiempo fue esclava de los héroes depredadores de las siete montañas; y, unos siglos más tarde, otros héroes bandidos, llegados de la ribera ulterior del Rhin, se habían apoderado de su pequeño terruño.

El tiempo que todo lo cambia la había convertido en ciudad con una de sus mitades nobilísima y muy agradable, y la otra algo grosera y ridícula: ése era el

emblema de sus moradores. En su recinto había por lo menos unas cien mil personas que no tenían otra cosa que hacer que jugar y divertirse. Este pueblo de ociosos emitía juicios sobre las artes que los demás cultivaban. No sabían nada de lo que ocurría en la corte; aunque ésta sólo estuviera a cuatro millas escasas, parecía que estuviese a seiscientas millas por lo menos. La dulzura del trato, la alegría y la frivolidad eran su única e importante tarea: los gobernaban como a chiquillos a los que se prodigan juguetes para impedir que griten. Si se les hablaba de los horrores que dos siglos antes habían assolado su patria y de los espantosos tiempos en que la mitad de la nación había degollado a la otra por unos sofismas, decían que, en efecto, aquello no estaba bien; y luego se echaban a reír y a cantar coplas.

Cuanto más educados, agradables y amables eran los ociosos, más visible era el triste contraste entre ellos y las pandillas de ocupados^[571].

Entre estos ocupados, o que pretendían estarlo, existía una pandilla de sombras fanáticas, mitad absurdos, mitad bribones, cuyo solo aspecto entristecía la tierra, y que, de haber podido, la hubieran puesto patas arriba para conseguir algún crédito. Pero la nación de los ociosos, bailando y cantando, les hacía volver a sus cavernas, del mismo modo que los pájaros obligan a los búhos a zambullirse en los agujeros de las chozas.

Un número menor de otros ocupados se dedicaba a conservar antiguas costumbres bárbaras contra las que la naturaleza, asustada, reclamaba a voz en grito; sólo consultaban sus viejos libros roídos de polilla. Si veían en ellos una costumbre insensata y horrible, la consideraban como una ley sagrada. Por ese cobarde hábito de no atreverse a pensar por sí mismos, y de extraer sus ideas de las ruinas de los tiempos en los que no se pensaba, en la ciudad de los placeres aún había costumbres atroces. Por ese motivo no existía proporción alguna entre los delitos y las penas. A veces se hacía sufrir mil muertes a un inocente para que confesase un crimen que no había cometido.

Se castigaba el atolondramiento de un joven con la misma pena con que habrían castigado un envenenamiento o un parricidio^[572]. Los ociosos ponían el grito en el cielo, y al día siguiente se olvidaban del hecho para hablar únicamente de modas nuevas.

Este pueblo había visto pasar un siglo entero durante el que las bellas artes se alzaron a un grado de perfección que nadie se habría atrevido nunca a esperar; entonces acudían los extranjeros, como a Babilonia, para admirar los grandes

monumentos de arquitectura, los prodigios de los jardines, los sublimes esfuerzos de la escultura y de la pintura. Quedaban encantados con una música que iba directamente al alma sin atronar los oídos.

Hasta ese venturoso siglo no conoció la nación la verdadera poesía, es decir esa poesía que es natural y armoniosa, la que habla al corazón tanto como a la inteligencia. Nuevos géneros de elocuencia desplegaron bellezas sublimes. Y los teatros, sobre todo, resonaron con obras maestras a las que ningún pueblo se había acercado nunca. En fin, el buen gusto se difundió por todas las profesiones, hasta el punto de que hubo buenos escritores incluso entre los druidas.

Tantos laureles que habían elevado sus cabezas hasta las nubes, no tardaron en secarse en una tierra exhausta. Sólo quedó un número pequeñísimo cuyas hojas eran de un verde pálido y moribundo. La decadencia se produjo por la facilidad para hacer y por la pereza de hacer bien, por saciedad de lo bello y por gusto por lo extravagante. La vanidad protegió a unos artistas que recordaban los tiempos de la barbarie; y esa misma vanidad, persiguiendo a los verdaderos talentos, los forzó a dejar su patria: los zánganos hicieron desaparecer a las abejas^[573].

No quedó casi nada de las verdaderas artes, no quedó casi nada de genio; el mérito consistía en razonar mal y erróneamente sobre el mérito del siglo pasado; el embadurnador de paredes de una taberna criticaba los cuadros de los grandes pintores; los garrapateadores de papel desfiguraban las obras de los grandes escritores. La ignorancia y el mal gusto mantenían a sus expensas a otros garrapateadores; en cien volúmenes y bajo títulos distintos se repetía siempre lo mismo. Todo era o diccionario o folleto. Un gacetillero druida escribía dos veces a la semana los anales^[574] oscuros de algunos energúmenos ignorados de la nación, y los prodigios celestes realizados en cualquier camaranchón por pequeños pordioseros o pequeñas pordioseras; otros exdruidas, vestidos de negro^[575], prestos a morir de cólera y de hambre, se lamentaban en cien escritos de que no se les permitiese seguir engañando a los hombres, y de que se dejase ese derecho a chivos vestidos de gris^[576]. Algunos archidruidas imprimían libelos difamatorios^[577].

Nada de todo esto sabía Amazán; y, de haberlo sabido, nada le hubiera importado, porque en su cabeza no tenía otra cosa que la princesa de Babilonia, el rey de Egipto y su juramento inviolable de despreciar todas las carantoñas de las damas en cualquier país al que la pena condujera sus pasos.

Todo el populacho ligero, ignorante y que siempre lleva hasta el exceso la

curiosidad connatural al género humano, estuvo congregado mucho tiempo alrededor de los unicornios; las mujeres, más sensatas, forzaron las puertas de su posada para contemplar en persona a Amazán.

Al principio, éste había manifestado al posadero cierto deseo de ir a la corte; pero unos ociosos distinguidos, que se hallaban allí por casualidad, le dijeron que ya no estaba de moda, que los tiempos habían cambiado, y que sólo había placeres en la ciudad. Aquella misma noche fue invitado a cenar por una dama cuya inteligencia y talentos eran famosos fuera de su patria, y que había viajado por algunos de los países por donde Amazán había pasado. Le agradó mucho aquella dama y la compañía reunida en su casa^[578]. Allí la libertad era decente, la alegría no resultaba ruidosa, la ciencia no tenía nada de repelente ni el ingenio nada de afectado. Vio que la expresión «buena compañía» no es una expresión vana, aunque a menudo se usurpe. Al día siguiente comió con personas no menos amables, aunque mucho más voluptuosas. Quedó muy satisfecho de los comensales, y éstos contentos con él. Tenía la impresión de que su alma se esponjaba y disolvía como los aromas de su país se funden lentamente a fuego moderado para terminar exhalándose deliciosos perfumes.

Después de la comida lo llevaron a ver un espectáculo delicioso, condenado por los druidas porque les quitaba los oyentes que más apreciaban^[579]. El espectáculo era una mezcla de versos agradables, encantadoras canciones, danzas que expresaban los movimientos del alma, y perspectivas que embelesaban los ojos engañándolos. Esta clase de placer, que reunía a tanta gente, se conocía sólo por su nombre extranjero: se llamaba «ópera», que en otro tiempo significaba en la lengua de las siete montañas «trabajo, cuidado, ocupación, industria, empresa, tarea, asunto». El asunto^[580] le encantó. Quedó prendado sobre todo de una joven por su voz melodiosa y por las gracias que la acompañaban; sus nuevos amigos lo presentaron, una vez acabado el espectáculo, a esta chica «del asunto», y él le regaló un puñado de diamantes. Quedó ella tan agradecida que no quiso separarse de él el resto del día. Cenó con ella, y durante la cena olvidó su sobriedad; y después de la cena olvidó su juramento de ser siempre insensible a la belleza e inexorable con las tiernas carantoñas. ¡Qué ejemplo de la debilidad humana!

Llegaba en ese momento la bella princesa de Babilonia con el fénix, su doncella Irla y sus doscientos jinetes gangáridas montados en sus unicornios. Tuvieron que esperar bastante tiempo a que les abrieran las puertas. Lo primero que preguntó fue si el más bello de los hombres, el más valiente, el más inteligente y el más fiel se hallaba todavía en la ciudad. Los magistrados comprendieron enseguida que se refería a Amazán. Se hizo guiar hasta su posada y entró en ella

con el corazón palpitante de amor: toda su alma estaba invadida por la inefable alegría de volver a ver por fin en su amado al modelo de la constancia. Nada pudo impedir que entrara en su habitación; las cortinas estaban descorridas y vio al bello Amazán durmiendo en brazos de una hermosa morena. Los dos tenían grandísima necesidad de reposo^[581].

Formosante lanzó un grito de dolor que resonó en toda la casa pero que no consiguió despertar ni a su primo ni a la chica del asunto. Cayó desmayada en brazos de Irla. Cuando volvió en sí, salió de aquel aposento fatal llena de dolor y de rabia. Irla se informó sobre la joven señorita que pasaba horas tan dulces con el bello Amazán. Le dijeron que era una chica del asunto muy complaciente, que unía a sus talentos el de cantar con bastante gracia. «¡Oh, justo cielo! ¡Oh, poderoso Orosmán!, exclamaba la bella princesa de Babilonia arrasada en lágrimas. ¡Me traiciona! ¡Y me traiciona con ésa! O sea que quien ha rechazado por mí a tantas princesas ¡me abandona por una farsante de las Galias! No, no podré sobrevivir a semejante afrenta.

»— Señora, le dijo Irla, así son todos los jóvenes de un confín a otro del mundo; aunque estén enamorados de una belleza bajada del cielo, en ciertos momentos cometerían infidelidad con una criada de taberna.

»— Está decidido, dijo la princesa, no volveré a verle en mi vida; vayámonos ahora mismo, que unzan mis unicornios». El fénix la conminó a esperar al menos a que Amazán despertase y hablara con ella. «No lo merece, dijo la princesa; y vos me ofenderíais cruelmente; creería que os he pedido que le riñeseis y que quiero reconciliarme con él. Si me amáis, no añadáis tamaña injuria a la injuria que él me ha hecho». El fénix, que después de todo debía la vida a la hija del rey de Babilonia, no pudo desobedecerla. Ella se puso en marcha con todo su séquito. «¿Adónde vamos, señora?, le preguntaba Irla. — No lo sé, respondía la princesa; cogeremos el primer camino que encontremos; con tal de huir de Amazán para siempre, quedo contenta».

El fénix, que era más cuerdo que Formosante porque no lo dominaba la pasión, la consolaba en el camino; con cariño le hacía ver lo triste que era castigarse uno mismo por las faltas de otro; que Amazán le había dado pruebas tan evidentes y tan numerosas de fidelidad que bien podía perdonarle haberse descuidado un momento; que era un justo a quien había faltado la gracia de Orosmán; y que, por eso precisamente, desde entonces sería más constante en el amor y en la virtud; que el deseo de expiar su falta le haría superarse; que por esta causa ella sería más feliz; que antes que ella muchas grandes princesas habían perdonado extravíos

semejantes y les había ido bien; le recordaba sus ejemplos; y era tan hábil en el arte de contar que el corazón de Formosante se calmó y sosegó finalmente; habría querido no haberse marchado; le parecía que sus unicornios iban demasiado deprisa, pero no se atrevía a volver sobre sus pasos; luchando entre el deseo de perdonar y el de mostrar su cólera, entre su amor y su vanidad, dejaba seguir camino a sus unicornios: corría mundo como había predicho el oráculo de su padre.

Cuando Amazán despierta, se entera de la llegada y de la partida de Formosante y del fénix; se entera de la desesperación y la ira de la princesa; le dicen que Formosante ha jurado no perdonarle jamás. «No me queda más que seguirla y matarme a sus plantas», exclamó.

Al correrse el rumor de la aventura, acudieron los ociosos elegantes, amigos suyos, para hacerle ver que más le valía quedarse con ellos; que nada podía compararse con la dulce vida que llevaban en el seno de las artes y de una voluptuosidad tranquila y delicada; que diversos extranjeros, reyes incluso, habían preferido aquel descanso, tan agradablemente ocupado y tan encantador, a su patria y trono; que, además, su coche se había hecho pedazos, y que un guarnicionero estaba haciéndole otro a la última moda; que el mejor sastre de la ciudad ya le había cortado una docena de trajes al último gusto; que las damas más inteligentes y amables de la ciudad, en cuyas casas se hacían muy bien comedias, se habían repartido los días para dar fiestas en su honor. La chica del asunto, mientras tanto, tomaba chocolate en su tocador, reía, cantaba y hacía carantoñas al bello Amazán, quien por fin se dio cuenta de que la muchacha no tenía más seso que un chorlito.

Como la sinceridad, la cordialidad, la franqueza, al igual que la magnanimidad y el valor, conformaban el carácter de este gran príncipe, había contado sus desgracias y sus viajes a sus amigos; sabían que era primo hermano de la princesa; estaban enterados del beso funesto dado por ella al rey de Egipto. «Entre parientes, le dijeron, siempre se perdonan esas pequeñas travesuras; si no, tendríamos que pasarnos la vida en peleas eternas». Nada quebrantó su designio de correr tras Formosante; pero como su coche no estaba listo, hubo de pasar tres días con los ociosos en medio de fiestas y placeres; finalmente se despidió de ellos abrazándolos y obligándoles a aceptar los diamantes mejor montados de su país, recomendándoles seguir siendo despreocupados y frívolos, dado que así se sentían más amables y felices. «Los germanos, decía, son los viejos de Europa; los pueblos de Albión son los hombres maduros; los habitantes de la Galia son los niños, y me gusta jugar con ellos».

XI

[Cap. XXI. Amazán vuela allende los Pirineos. Encuentra al fénix, que le cuenta la desdicha de Formosante. Amazán la libra del peligro de ser quemada y aniquila a los quemadores. Se reconcilia con Formosante].

No les costó mucho a sus guías seguir la ruta de la princesa; no se hablaba de otra cosa que de ella y de su gran pájaro. Todos los habitantes seguían dominados por el entusiasmo de la admiración. Los pueblos de la Dalmacia y de la Marca de Ancona se llevaron después una sorpresa menos deliciosa cuando vieron volar una casa por los aires^[582]; en las riberas del Loira, del Dordoña, del Garona y del Gironde todavía resonaba el eco de sus aclamaciones.

Cuando Amazán llegó al pie de los Pirineos, los magistrados y druidas del país le hicieron bailar contra su voluntad al son de un tamboril; pero, nada más franquear los Pirineos, no vio ni alegría ni contento. Si de vez en cuando oyó algunas canciones, todas eran de tono triste: los habitantes caminaban gravemente con unas cuentas ensartadas y un puñal al cinto. La nación, vestida de negro, parecía de luto. Si los criados de Amazán preguntaban a los transeúntes, éstos respondían por signos; si entraban en una posada, el posadero informaba a la gente en tres palabras que en la casa no había nada, y que podían enviar a buscar a varias leguas de allí las cosas de que tuviesen necesidad perentoria.

Cuando preguntaban a estos silenciarios^[583] si habían visto pasar a la bella princesa de Babilonia, respondían con menos brevedad: «La hemos visto, no es tan linda, sólo la tez morena es hermosa; enseña además un pecho de alabastro que es la cosa más asquerosa del mundo, y que en nuestros climas apenas se conoce».

Avanzaba Amazán hacia la provincia regada por el Betis. Aún no habían trascurrido doce mil años desde que este país había sido descubierto por los tirios, más o menos en la misma época en que descubrieron la gran isla Atlántida, sumergida algunos siglos más tarde. Los tirios cultivaron la Bética, que los naturales del país dejaban en barbecho aduciendo que no querían meterse en nada y que era a sus vecinos los galos a quienes correspondía ir a cultivar sus tierras. Los tirios habían traído consigo palestinos, que ya desde esos tiempos recorrían todos los climas a poco dinero que hubiera por ganar. Estos palestinos, prestando con fianza al cincuenta por ciento, se habían hecho dueños de casi todas las riquezas del país. Por esto, los pueblos de la Bética creyeron que los palestinos eran brujos, y a todos los que eran acusados de magia los quemaba sin piedad una compañía de druidas a los que llamaban los «pesquisidores» o los *antropókayos*^[584].

Estos sacerdotes les ponían primero un traje de máscara, se apoderaban de sus bienes y recitaban con toda devoción las oraciones mismas de los palestinos mientras los cocían a fuego lento «por el amor de Dios».

La princesa de Babilonia había puesto pie en tierra en la ciudad que luego se llamó Sevilla. Tenía el propósito de embarcarse en el Betis para volver por Tiro a Babilonia, ver de nuevo a su padre el rey Belo, y olvidar, si podía, a su infiel amante, o bien pedirle que se casara con ella. Mandó llamar a dos palestinos que se ocupaban de todos los negocios de la corte. Debían proporcionarle tres bajeles. El fénix hizo con ellos todas las transacciones necesarias, y convino el precio después de regatear un poco.

La posadera era muy devota, y su marido, no menos devoto, era «familiar», es decir, espía de los druidas pesquisidores antropókayos: no dejó de advertirles que en su casa había una bruja y dos palestinos que hacían un pacto con el diablo, disfrazado de gran pájaro dorado. Al saber los pesquisidores que la dama tenía una prodigiosa cantidad de diamantes^[585], de inmediato la decretaron bruja; esperaron la llegada de la noche para encerrar a los doscientos jinetes y a los unicornios, que dormían en grandes cuadras; porque los pesquisidores son cobardes.

Después de haber atrancado bien las puertas, se apoderaron de la princesa y de Irla; pero no pudieron atrapar al fénix, que escapó volando: estaba seguro de encontrar a Amazán en el camino de las Galias a Sevilla.

Lo encontró en la frontera de la Bética y le informó del desastre de la princesa. Amazán no pudo decir palabra, dominado hasta el exceso como estaba por la ira. Se arma con una coraza de acero damasquinada de oro, una lanza de doce pies, dos jabalinas y una afilada espada llamada la *fulminante*, que podía hender de un solo tajo árboles, rocas y druidas, y se cubre la hermosa cabeza con un yelmo de oro rematado por plumas de garza y avestruz. Era la antigua armadura de Magog^[586], que su hermana Aldée le había regalado durante su viaje a Escitia; los pocos servidores que lo acompañaban montan, como él, cada uno en su unicornio.

Al abrazar a su querido fénix, Amazán sólo le dijo estas tristes palabras: «Soy culpable; si no me hubiera acostado con la chica del asunto en la ciudad de los ociosos, la bella princesa de Babilonia no estaría en ese espantoso trance; corramos en busca de los antropókayos». Pronto llega a Sevilla: mil quinientos alguaciles guardaban las puertas del recinto donde estaban encerrados los

doscientos gangáridas y sus unicornios sin nada qué comer; todo se hallaba dispuesto para el sacrificio que iba a hacerse de la princesa de Babilonia, su doncella Irla y de los dos ricos palestinos.

Ya estaba en su tribunal sagrado el sumo antropókayo, rodeado de sus pequeños antropókayos; un tropel de sevillanos, con cuentas ensartadas en sus cinturones, unían sus dos manos sin decir palabra; y llevaban a la bella princesa, a Irla y a los dos palestinos con las manos atadas a la espalda y revestidos con un traje de máscara^[587].

Entra el fénix por una lucera en la prisión donde ya los gangáridas empezaban a echar abajo las puertas. El invencible Amazán las hacía pedazos desde fuera. Salen todos armados sobre sus unicornios; Amazán se pone a su cabeza. No les costó mucho arrollar a alguaciles, familiares y clérigos antropókayos; cada unicornio traspasaba docenas a la vez. La fulminante de Amazán partía en dos a cuantos encontraba; el pueblo huía con su capa negra y su sucia gorguera, mientras seguía llevando en la mano sus cuentas bendecidas «por el amor de Dios».

Agarra Amazán de la mano al sumo pesquisidor en su mismo tribunal, y lo arroja a la hoguera que estaba preparada a cuarenta pasos; también arrojó en ella a los pequeños pesquisidores uno tras otro. Luego se prosterna a los pies de Formosante: «¡Ah, qué amable sois!, le dice la doncella, ¡y cuánto os adoraría si no me hubierais sido infiel con una chica del asunto!».

Mientras Amazán hacía las paces con la princesa, mientras sus gangáridas amontonaban en la hoguera los cuerpos de todos los antropókayos y las llamas se alzaban hasta las nubes, Amazán vio a lo lejos algo así como un ejército que se dirigía hacia él. Un viejo monarca^[588], con la corona en la cabeza, avanzaba en un carruaje tirado por ocho mulas uncidas con cuerdas; detrás venían cien carros más. Les acompañaban unos graves sujetos de capa negra y gorguera, montados en hermosísimos corceles; a pie les seguía un tropel de gentes de pelo graso y en silencio.

Ordenó Amazán a sus gangáridas formar en torno a él, y avanzó lanza en ristre. En cuanto el rey le vio, se quitó la corona, se apeó de su carro, abrazó a Amazán y le dijo: «Hombre enviado por Dios, sois el vengador del género humano, el liberador de mi patria, mi protector. Estos monstruos sagrados de los que habéis purgado la Tierra eran mis amos en nombre del Viejo de las siete montañas; estaba obligado a soportar su criminal poder. Mi pueblo me habría

abandonado si hubiera intentado moderar siquiera sus abominables atrocidades. Desde hoy respiro y reino, y a vos lo debo».

Luego besó respetuosamente la mano de Formosante, a la que rogó tener a bien montar, junto con Amazán, Irla y el fénix, en su carroza de ocho mulas. Los dos palestinos, banqueros de la corte, todavía prosternados en tierra de miedo y gratitud, se levantaron; y la tropa de los unicornios siguió al rey de la Bética a su palacio.

Como la dignidad del rey de un pueblo grave exigía que sus mulas fueran al paso, Amazán y Formosante tuvieron tiempo de contarle sus aventuras. También habló con el fénix, al que admiró y al que besó cien veces. Comprendió cuán ignorantes, brutales y bárbaros eran los pueblos de Occidente que comían animales y no entendían ya su lenguaje; y que sólo los gangáridas habían conservado la naturaleza y la dignidad primitivas del hombre; aunque, sobre todo, admitía que los mortales más bárbaros eran aquellos pesquisidores antropókayos, de que acababa de purgar al mundo Amazán. No cesaba de bendecirle y de darle las gracias. La bella Formosante ya se había olvidado de la aventura de la chica del asunto, y su pecho únicamente estaba lleno del valor del héroe que le había salvado la vida. Amazán, informado de la inocencia del beso dado al rey de Egipto y de la resurrección del fénix, disfrutaba de una alegría pura y se sentía embriagado por el más violento de los amores^[589].

Comieron en palacio, pero la comida fue bastante mala. Los cocineros de la Bética eran los peores de Europa. Amazán aconsejó que hiciesen venir cocineros galos. Los músicos del rey tocaron durante la comida esa célebre música que luego, con el correr de los siglos, se llamó «folías de España». Después de la comida hablaron de sus cosas.

El rey preguntó al bello Amazán, a la bella Formosante y al hermoso fénix, lo que pensaban hacer. «Por lo que a mí se refiere, dijo Amazán, mi intención es volver a Babilonia, país del que soy el heredero presunto, y pedir a mi tío Belo la mano de mi prima hermana, la incomparable Formosante, a menos que ella prefiera vivir conmigo en el país de los gangáridas.

»— Mi propósito, dijo la princesa, es desde luego no separarme nunca de mi primo hermano. Pero me parece conveniente volver junto al rey mi padre, tanto más cuanto que él sólo me dio permiso para ir en peregrinación a Basora, y yo he corrido el mundo. — En cuanto a mí, dijo el fénix, seguiré a todas partes a estos dos tiernos y generosos amantes.

»— Hacéis bien, dijo el rey de la Bética; pero no es tan fácil como pensáis regresar a Babilonia. Todos los días recibo nuevas de ese país por medio de los navíos tirios, y de mis banqueros palestinos que mantienen correspondencia con todos los pueblos de la Tierra. Del Éufrates al Nilo todos los pueblos están en armas. El rey de Escitia reclama la herencia de su mujer al frente de trescientos mil guerreros todos a caballo. El rey de Egipto y el rey de las Indias arrasan igualmente las riberas del Tigris y del Éufrates, cada uno al frente de trescientos mil hombres, en venganza de que se hayan burlado de ellos. Mientras el rey de Egipto está fuera de su país, su enemigo el rey de Etiopía asola Egipto con trescientos mil hombres; y el rey de Babilonia sólo tiene seiscientos mil hombres de a pie para defenderse.

»Os confieso, continuó el rey, que cuando oigo hablar de esos prodigiosos ejércitos que Oriente vomita de su seno, y de su asombrosa magnificencia, cuando los comparo con nuestras pequeñas formaciones de veinte a treinta mil soldados que tanto cuesta vestir y alimentar, siento la tentación de creer que Oriente existió mucho tiempo antes que Occidente. Parece como si nosotros hubiéramos salido anteayer del caos y ayer de la barbarie.

»— Señor, dijo Amazán, a veces los que llegan los últimos adelantan a quienes empezaron los primeros la carrera. En mi país se piensa que el hombre es oriundo de la India, pero no lo sé con certeza.

»— Y vos, dijo el rey de la Bética al fénix, ¿qué pensáis vos? — Señor, respondió el fénix, aún soy demasiado joven para tener conocimiento de la antigüedad. Sólo he vivido unos veintisiete mil años; pero mi padre, que vivió cinco veces esa edad, me decía que había sabido por su padre que las comarcas de Oriente siempre habían sido más pobladas y más ricas que las demás. De sus antepasados sabía que las generaciones de todos los animales habían empezado a orillas del Ganges. En cuanto a mí, no tengo la vanidad de compartir esa opinión, no puedo creer que los zorros de Albión, las marmotas de los Alpes y los lobos de la Galia procedan de mi país, del mismo modo que no creo que los pinos y las encinas de vuestras comarcas desciendan de las palmeras y de los cocoteros de las Indias.

»— Pues entonces, ¿de dónde venimos?, dijo el rey. — No lo sé, respondió el fénix; lo único que querría saber es adónde podrán ir la bella princesa Formosante y mi querido amigo Amazán. — Dudo mucho, prosiguió el rey, de que con sus doscientos unicornios puedan pasar a través de tantos ejércitos de trescientos mil hombres cada uno. — ¿Por qué no?», dijo Amazán.

El rey de la Bética apreció la sublimidad de aquel «¿Por qué no?», aunque pensó que lo sublime sólo no bastaba frente a ejércitos innumerables. «Os aconsejo, le dijo, que vayáis al encuentro del rey de Etiopía; mantengo relaciones con ese príncipe negro por medio de mis palestinos. Os daré cartas para él. Como es enemigo del rey de Egipto, se sentirá dichoso fortaleciéndose con vuestra alianza. Puedo ayudaros con dos mil hombres muy sobrios y valientes; de vos dependerá reclutar otros tantos entre los pueblos que habitan, o, mejor dicho, que brincan, al pie de los Pirineos, y que se llaman “vascos” o “vascones”. Enviad a uno de vuestros guerreros en un unicornio con algunos diamantes; no hay vascón que no abandone el castillo, es decir, la choza de su padre, por serviros. Son infatigables, valientes y divertidos; quedaréis muy satisfechos con ellos. Mientras llegan, daremos fiestas en vuestro honor y os prepararemos los navíos. Nada es bastante para agradeceros el servicio que me habéis prestado».

Amazán gozaba de la dicha de haber recuperado a Formosante, y de saborear en paz, conversando con ella, todos los encantos del amor reconciliado, que casi siempre valen tanto como los del amor que nace.

No tardó mucho en llegar una tropa altiva y jovial de vascones danzando al son de un tamboril; la otra tropa altiva y grave de los béticos estaba preparada. El viejo rey trigüeño abrazó cariñosamente a los dos amantes; mandó cargar en sus navíos armas, camas, juegos de ajedrez, trajes negros, golillas, cebollas, carneros, gallinas, harina y mucho ajo, deseándoles una feliz travesía, un amor constante y victorias.

La flota atracó en las riberas donde se dice que, muchos siglos después, la fenicia Dido, hermana de un tal Pigmalión y esposa de un tal Siqueo, tras abandonar la ciudad de Tiro vino a fundar la magnífica ciudad de Cartago, cortando en tiras la piel de un buey, según el testimonio de los autores más serios de la antigüedad, que nunca han contado fábulas, y según los profesores que han escrito para los chiquillos; aunque, después de todo, en Tiro nunca hubo nadie que se haya llamado Pigmalión, Dido o Siqueo, que son nombres totalmente griegos, y aunque, por último, en aquellos tiempos no hubiera reyes en Tiro^[590].

Todavía no era puerto de mar la magnífica Cartago; sólo había unos númidas que ponían los peces a secarse al sol. Costearon la Bizacena y las Sirtes, las fértiles riberas donde luego estuvieron Cirene y el gran Quersoneso^[591].

Finalmente llegaron a la primera embocadura del sagrado río del Nilo. Era en el extremo de esa tierra fértil donde el puerto de Canobo^[592] ya recibía barcos de

todas las naciones comerciantes, sin que se supiera a ciencia cierta si el dios Canobo había fundado el puerto, o si los moradores habían inventado el dios, ni si la estrella Canobo había dado su nombre a la ciudad, o si ésta había dado el suyo a la estrella. Lo único que se sabía es que la ciudad y la estrella eran muy antiguas; porque es cuanto puede saberse del origen de las cosas, sean de la naturaleza que fueren.

Fue allí donde el rey de Etiopía, tras asolar todo Egipto, vio desembarcar al invencible Amazán y a la adorable Formosante. Tomó al uno por el dios de los combates, y a la otra por la diosa de la belleza. Amazán le presentó la carta de recomendación del rey de España. El rey de Etiopía empezó obsequiándoles con unas fiestas admirables, según la costumbre indispensable de los tiempos heroicos; luego hablaron de ir a exterminar los trescientos mil hombres del rey de Egipto, los trescientos mil del emperador de las Indias y los trescientos mil del gran jan de los escitas, que tenían sitiada la inmensa, la orgullosa, la voluptuosa ciudad de Babilonia.

Los dos mil españoles que Amazán había llevado consigo dijeron que no necesitaban al rey de Etiopía para ir en socorro de Babilonia; que bastaba para ello que su rey les hubiese ordenado ir a liberarla; que ellos se sobran para la expedición.

Los vascones dijeron que ya habían hecho muchas otras, que ellos solos derrotarían a egipcios, indios y escitas, y que se negaban a avanzar con los españoles, salvo que éstos fueran en retaguardia.

Los doscientos gangáridas se echaron a reír ante las fanfarronadas de sus aliados, y afirmaron que con sólo cien unicornios pondrían en fuga a todos los reyes de la tierra. La bella Formosante calmó a todos con su prudencia y sus encantadoras palabras. Amazán presentó al monarca negro sus gangáridas, sus unicornios, los españoles, los vascones y su hermoso pájaro.

Pronto estuvo todo listo para marchar por Menfis, por Heliópolis, por Arsínoe, por Petra, por Artemite, por Sora, por Apamea, para atacar a los tres reyes y para hacer aquella memorable guerra ante la que todas las guerras que después han hecho los hombres no han sido más que peleas de gallos y de codornices.

Todo el mundo sabe que el rey de Etiopía se enamoró de la bella Formosante, y cómo la sorprendió en el lecho cuando un dulce sueño cerraba sus largos párpados. Como se recordará que Amazán, testigo de ese espectáculo, creyó

ver el día acostado con la noche. Nadie ignora que Amazán, indignado por la afrenta, sacó de pronto su fulminante, cortó la cabeza perversa del negro insolente y expulsó a todos los etíopes de Egipto. ¿No están descritos tales prodigios en el libro de las crónicas de Egipto? Por sus cien bocas la fama ha publicado las victorias que consiguió sobre los tres reyes con sus españoles, sus vascones y sus unicornios. Devolvió la bella Formosante a su padre, liberó a todo el séquito de su amada, que el rey de Egipto había reducido a esclavitud. El gran jan de los escitas se declaró vasallo suyo, y su matrimonio con la princesa Aldée quedó confirmado. El invencible y generoso Amazán, reconocido por heredero del reino de Babilonia, entró triunfante en la ciudad junto con el fénix, en presencia de cien reyes tributarios suyos. Los festejos de sus bodas superaron en todo a la que el rey Belo había dado. En la mesa sirvieron al buey Apis asado. El rey de Egipto y el de la India dieron de beber a los esposos; y quinientos grandes poetas de Babilonia celebraron estas bodas.

¡Oh, Musas, a las que siempre se invoca al principio de las obras, yo sólo os imploro al final! En vano se me reprochará pedir gracia sin haber dicho *benedicite*. ¡No por eso, Musas, dejaréis de protegerme! ¡Impedid que los continuadores temerarios estraguen con sus fábulas las verdades que he enseñado a los mortales en este fiel relato, así como han tenido la audacia de falsificar *Cándido*, *El Ingenuo*^[593], y las castas aventuras de la casta Juana, a la que un excapuchino ha desfigurado con versos dignos de capuchinos, en ediciones batavas^[594]! ¡Que no hagan tamaña afrenta a mi tipógrafo, cargado con una numerosa familia y que apenas tiene para tipos, papel y tinta!^[595]

¡Oh, Musas!, imponed silencio al detestable Coger, profesor de charlatanería en el colegio Mazarino, quien, no contento con los discursos morales de Belisario y del emperador Justiniano, ha escrito infames libelos difamatorios contra esos dos grandes hombres^[596].

Poned una mordaza al pedante Larcher, quien sin saber una palabra del antiguo babilonio, sin haber viajado como yo a las riberas del Éufrates y del Tigris, ha tenido el impudor de afirmar que la bella Formosante, hija del mayor rey del mundo, y la princesa Aldée, y todas las mujeres de esa respetable corte, se acostaban con todos los palafreneros de Asia por dinero, en el gran templo de Babilonia, por principios religiosos^[597]. Ese libertino de colega, enemigo vuestro y del pudor, acusa a las bellas egipcias de Mendes de no haber amado más que a chivos, proponiéndose en secreto, con este ejemplo, hacer una gira por Egipto para gozar finalmente de buenas aventuras.

Como desconoce lo moderno igual que lo antiguo, insinúa, con la esperanza de granjearse los favores de alguna vieja, que nuestra incomparable Ninon se acostó, a la edad de ochenta años, con el abate Gédoyne y otros de la Academia Francesa, y de la de Inscripciones y Bellas Letras. Nunca ha oído hablar del abate de Châteauneuf, a quien toma por el abate Gédoyne^[598]. No sabe más de Ninon que de las hijas de Babilonia.

Musas, hijas del cielo, vuestro enemigo Larcher hace más todavía: se deshace en elogios de la pederastia; osa decir que todos los niños de mi país están sujetos a esa infamia. Y cree quedar a salvo aumentando el número de los culpables.

Nobles y castas Musas, que detestáis con igual fuerza la pedantería y la pederastia, ¡protegedme de maese Larcher!

Y vos, maese Aliborón, llamado Fréron, desde ahora sedicente jesuita, para quien el Parnaso está unas veces en Bicerta y otras en la taberna de la esquina^[599]; vos a quien tanta justicia han hecho todos los teatros de Europa con la honesta comedia *La escocesa*^[600]; vos, digno hijo del clérigo Desfontaines^[601], que nacisteis de sus amores con una de esas bellas niñas que llevan una flecha y una venda como el hijo de Venus, y que como él se lanzan a los aires aunque nunca vayan más allá del remate de las chimeneas; mi querido Aliborón, por quien siempre he sentido tanto afecto, y que me hicisteis reír un mes seguido durante esa *Escocesa*, os encomiendo mi *Princesa de Babilonia*; hablad muy mal de ella para que se lea.

Y no os olvidaré aquí a vos, gacetillero eclesiástico, ilustre orador de los convulsionarios, padre de la iglesia fundada por el abate Bécherand y por Abraham Chaumeix^[602], no dejéis de decir en vuestras hojas, tan piadosas como elocuentes y sensatas, que *La princesa de Babilonia* es herética, deísta y atea. Y sobre todo, incitad al señor Riballier^[603] a que la Sorbona condene *La princesa de Babilonia*; proporcionaréis gran placer a mi librero, a quien he dado esta pequeña historia como aguinaldo.

El hombre de los cuarenta escudos^[604]

Un viejo, que «siempre se queja del presente y elogia el pasado»^[605], me decía: «Amigo mío, Francia no es tan rica como lo fue en tiempos de Enrique IV. ¿Por qué? Porque las tierras no están tan bien cultivadas; porque los hombres no van a trabajarlas, y porque, por haber encarecido el jornalero su trabajo, muchos colonos dejan sus heredades en erial.

»— ¿De dónde viene esa escasez de braceros? — De que todo el que se ha creído algo habilidoso ha abrazado los oficios de bordador, de cincelador, de relojero, de artesano de la seda, de procurador o de teólogo. De que la revocación del edicto de Nantes ha dejado un gran vacío en el reino; de que las monjas y los mendigos se han multiplicado; y, por último, de que todos han evitado, cuanto han podido, el penoso trabajo de la tierra, para el que Dios nos hizo nacer, y que hemos vuelto ignominioso ¡de lo sensatos que somos!

»Otra causa de nuestra pobreza radica en nuestras necesidades nuevas. Tenemos que pagar a nuestros vecinos cuatro millones por un artículo, y cinco o seis por otro, para meternos en las narices un polvo hediondo procedente de América; el café, el té, el chocolate, la cochinilla, el índigo y las especias nos cuestan más de sesenta millones al año. Nada de eso se conocía en tiempos de Enrique IV, salvo las especias, cuyo consumo era mucho menor. Quemamos cien veces más velas, y traemos más de la mitad de nuestra cera del extranjero, porque hemos descuidado las colmenas. Vemos en las orejas, en el cuello y en las manos de nuestras conciudadanas de París y de nuestras grandes ciudades, cien veces más diamantes de los que llevaban todas las damas de la corte de Enrique IV, incluida la reina. Y casi todas estas superfluidades hay que pagarlas en dinero contante.

»Fijaos sobre todo en que pagamos a los extranjeros más de quince millones de renta por el Ayuntamiento, y que, al subir al trono Enrique IV, cuando se encontró con la cifra total de dos millones por ese hotel^[606] imaginario, pagó sensatamente una parte para librar al Estado de semejante carga.

»Considerad que nuestras guerras civiles hiciera gastar en Francia los tesoros de México cuando don Felipe el discreto quiso comprar Francia^[607], y que, desde esa época, las guerras en el extranjero nos ha aligerado de la mitad de nuestro dinero.

»Éstas son en parte las causas de nuestra pobreza. La ocultamos bajo revestimientos barnizados y con el artificio de los comerciantes de modas: somos pobres con buen gusto. Hay financieros, empresarios y negociantes riquísimos; sus hijos y sus yernos son riquísimos; la nación, en general, no lo es».

Los argumentos de este anciano, buenos o malos, me causaron profunda impresión; porque el cura de mi parroquia, que siempre me demostró amistad, me enseñó un poco de geometría y de historia y empiezo a discurrir, cosa rarísima en mi provincia. No sé si llevaba razón en todo; pero, como soy muy pobre, no me costó mucho creer que tenía muchos compañeros^[608].

Desastre dEl hombre de los cuarenta escudos

Estoy encantado de hacer saber al *universo* que tengo una tierra que me valdría cuarenta escudos limpios de renta, de no ser por la tasa a que está obligada.

Aparecieron varios edictos de algunas personas que, sin nada que hacer, gobiernan el Estado al amor de la lumbre. Según el preámbulo de tales edictos, el «poder legislativo y ejecutivo ha nacido por derecho divino copropietario de mi tierra», y le debo, por lo menos, la mitad de lo que como. La enormidad del estómago del poder legislativo y ejecutivo me obligó a santiguarme varias veces. ¿Qué sería si ese poder que preside el «orden esencial de las sociedades» tuviera toda mi tierra? Lo segundo sería más divino aún que lo primero^[609].

El señor inspector general sabe que, en total, yo solo pagaba doce libras; que para mí eso ya era una carga muy pesada, y que habría sucumbido a ella si Dios no me hubiera dado talento para hacer cestos de mimbre, que me ayudaban a sobrellevar mi miseria. ¿Cómo, si no, habría podido dar al rey veinte escudos de una vez?

También decían los nuevos ministros, en su preámbulo, que sólo debían tasarse las tierras, porque todo viene de la tierra, hasta la lluvia, y que por consiguiente sólo los frutos de la tierra deben pagar el impuesto.

Uno de sus alguaciles se presentó en mi casa durante la última guerra; me pidió como cuota tres sextarios^[610] de trigo y un saco de habas, por un valor total de veinte escudos, para sostener la guerra que hacían, y cuyos motivos no he sabido nunca: sólo había oído decir que mi país no tenía nada que ganar en esa guerra y mucho que perder. Como yo entonces no tenía ni trigo, ni habas, ni dinero, el poder legislativo y ejecutivo me mandó a prisión; y siguieron haciendo la

guerra como pudieron.

Al salir de mi mazmorra, con sólo la piel sobre los huesos, encontré a un hombre mofletudo y colorado en una carroza de seis caballos; tenía seis lacayos, y a cada uno le pagaba de salario el doble de mi renta. Su mayordomo, tan colorado como él, tenía dos mil francos de sueldo, y además le robaba veinte mil al año. Su querida le costaba cuarenta mil escudos cada seis meses; yo lo había conocido en el pasado, en la época en que era menos rico que yo: me confesó, para consolarme, que disfrutaba de cuatrocientas mil libras de renta. «Entonces pagáis doscientas mil al Estado, le dije, para sostener la provechosa guerra que hacemos; porque yo, que no tengo más que mis ciento veinte libras, he de pagar la mitad^[611].

»— ¿Contribuir yo a las necesidades del Estado?, dijo. Estáis de broma, amigo mío: heredé de un tío que había ganado ocho millones en Cádiz y en Surat; no poseo ni una pulgada de tierra; todo mi patrimonio está en contratos, en letras de cambio; nada debo al Estado: sois vos, que poseéis tierras, el que debe dar la mitad de vuestra subsistencia. ¿No veis que, si el ministro de Finanzas me exigiese algunas ayudas en nombre de la patria, sería un imbécil que no sabría calcular? Porque todo viene de la tierra; el dinero y las letras no son más que prendas de cambio: en vez de apostar a una carta en el faraón^[612] cien sextarios de trigo, cien bueyes, mil corderos y doscientos sacos de avena, juego cartuchos de oro que representan esos repugnantes géneros. Si después de haber pagado el “impuesto único” por esos géneros, viniera él encima a pedirme dinero, ¿no veis que sería un doble empleo? ¿Que sería pedir dos veces la misma cosa? Mi tío vendió en Cádiz por dos millones vuestro trigo, y por diez millones paños fabricados con vuestra lana; ganó más del cien por cien en esos dos negocios. Como podéis suponer, ese beneficio salió de unas tierras ya tasadas con impuestos: lo que mi tío os compraba por diez *sous*, lo revendía por más de cincuenta francos en México, y, una vez pagados todos los gastos, volvió con ocho millones.

»Os será fácil comprender que sería una injusticia horrible volver a pedirle unos cuantos óbolos por los diez *sous* que os dio. Si veinte sobrinos como yo, cada uno de cuyos tíos hubiera ganado en la buena época ocho millones en México, Buenos Aires, Lima, Surat o Pondichery, prestasen al Estado sólo doscientos mil francos cada uno en las necesidades urgentes de la patria, eso supondría cuatro millones. ¡Qué horror! Pagad vos, amigo mío, vos que gozáis en paz de una renta clara y neta de cuarenta escudos; servid bien a la patria, y venid alguna vez a comer con mis criados».

Este plausible razonamiento me hizo cavilar mucho, pero apenas me

consoló.

Conversación con un geómetra

A veces ocurre que no puede uno replicar nada, pero que no está persuadido. Queda uno abrumado sin poder estar convencido. Siente en el fondo de su alma un escrúpulo, cierta repugnancia que nos impide creer lo que se nos ha probado. Un geómetra os demuestra que entre un círculo y una tangente podéis hacer pasar una infinidad de líneas curvas, pero que no podéis hacer pasar una recta. Vuestros ojos y vuestra razón os dicen lo contrario. El geómetra os responde muy serio que se trata de un infinito de segundo orden. Vos calláis y volvéis a casa totalmente estupefacto, sin tener ninguna idea clara, sin comprender nada, y sin haberle replicado.

Consultáis con un geómetra más digno de crédito, que os explica el misterio: «Suponemos, dice, algo que no puede existir en la naturaleza, líneas que tienen longitud sin anchura; es imposible, físicamente hablando, que una línea real corte a otra. No hay ninguna curva ni recta real alguna que pueda pasar entre dos líneas reales que se tocan; se trata de juegos del entendimiento, de quimeras ideales; y la verdadera geometría es el arte de medir las cosas existentes».

Quedé muy satisfecho con la confesión de este sabio matemático, y en medio de mi desdicha me eche a reír al enterarme de que, hasta en la ciencia calificada como «alta ciencia», había charlatanería.

Mi geómetra^[613] era un ciudadano filósofo que algunas veces se había dignado hablar conmigo en mi choza. Le dije: «Señor, habéis tratado de ilustrar a los papanatas de París sobre lo que más interesa a los hombres, que es la duración de la vida humana. Sólo gracias a vos ha sabido el gobierno cuánto debe pagar a los rentistas vitalicios con arreglo a sus distintas edades. Habéis propuesto dar a las casas de la ciudad el agua que necesitan, y salvarnos por fin del oprobio y la ridiculez de oír pregonar constantemente el agua, y de ver a mujeres encerradas en un círculo oblongo subir dos cubos de agua, que en total pesan treinta libras, hasta el cuarto piso de un excusado. Os ruego que tengáis la bondad de decirme cuántos animales de dos manos y dos pies hay en Francia».

El geómetra

Se pretende que hay cerca de veinte millones, y acepto ese cálculo como

muy probable^[614], en espera de que se verifique, cosa que sería muy fácil y que todavía no se ha hecho porque nunca se puede estar en todo.

El hombre de los cuarenta escudos

¿Cuántos arpendes creéis que contiene el territorio de Francia?

El geómetra

Ciento treinta millones; casi la mitad de ellos en caminos, ciudades, aldeas, landas, brezales, pantanos, arenales, tierras estériles, conventos inútiles, jardines de recreo más agradables que útiles, terrenos sin cultivar y malas tierras mal cultivadas. Las tierras con un buen rendimiento podrían reducirse a setenta y cinco millones de arpendes cuadrados; pero pongamos ochenta millones; qué no haría uno por su patria.

El hombre de los cuarenta escudos

¿Cuánto creéis que representa cada arpende, un año con otro, en trigo, en semillas de toda clase, en vinos, en estanques, leña, metales, ganado, fruta, lana, seda, leche y aceite, deducidos los gastos y sin contar el impuesto?

El geómetra

Si cada arpende produce veinticinco libras, ya es mucho; pongamos sin embargo treinta libras, para no desanimar a nuestros conciudadanos. Hay arpendes que producen valores renacientes estimados en trescientas libras; los hay que producen tres. La media proporcional entre tres y trescientos es treinta: porque ya veis que tres es a treinta lo que treinta a trescientos. Cierto que, si hubiese muchos arpendes de treinta libras y muy pocos de trescientas, la cuenta no saldría; pero vuelvo a decir que no quiero discutir por menudencias.

El hombre de los cuarenta escudos

Bien, señor, ¿y cuánto producirán de renta, estimada en dinero, los ochenta millones de arpendes?

El geómetra

La cuenta es clara: eso produce al año dos mil cuatrocientos millones de libras en metálico al cambio de hoy.

El hombre de los cuarenta escudos

He leído que Salomón poseía, él solo, veinticinco mil millones en dinero contante; y, desde luego, no hay dos mil cuatrocientos millones en metálico en circulación en Francia, que según me han dicho es mucho más grande y más rica que el país de Salomón.

El geómetra

Ahí está el misterio: en la actualidad quizá haya unos novecientos millones de dinero circulando en el reino, y ese dinero, que pasa de mano en mano, basta para pagar todas las mercancías y todos los trabajos; el mismo escudo puede pasar mil veces desde el bolsillo del labrador al del tabernero y al del recaudador de tasas.

El hombre de los cuarenta escudos

Ya entiendo. Pero me habéis dicho que somos veinte millones de habitantes entre hombres y mujeres, viejos y niños. Por favor, ¿cuánto toca a cada uno?

El geómetra

Ciento veinte libras, es decir, cuarenta escudos.

El hombre de los cuarenta escudos

Acabáis de adivinar mi renta: poseo cuatro arpendes que, contando los años de descanso con los años de producción, me suponen ciento veinte libras; poca cosa es eso.

Por lo tanto, si cada uno tuviera una porción igual, como en la Edad de Oro, cada uno ¿sólo obtendría cinco luses de oro al año?

El geómetra

No más, según nuestro cálculo, que tal vez yo haya hinchado un poco. Ese es el estado de la naturaleza humana. La vida y la fortuna son muy limitadas; en París se vive, de promedio, de veintidós a veintitrés años; también de promedio, cada parisiense tiene a lo sumo ciento veinte libras al año para sus gastos; es decir, esa cantidad de ciento veinte libras representa vuestro alimento, vuestra ropa, vuestro alojamiento y vuestro mobiliario.

El hombre de los cuarenta escudos

¡Ay! ¿Qué os he hecho yo para que me quitéis así el dinero y la vida? ¿Es cierto que sólo tengo veintitrés años de vida, salvo que robe una parte a mis compatriotas?

El geómetra

Es lo que inexorablemente ocurre en la buena ciudad de París; pero, de esos veintitrés años, hay que quitar por lo menos diez de vuestra infancia; porque la infancia no es un goce de la vida, es una preparación, el vestíbulo del edificio, el árbol que aún no ha dado fruto, el crepúsculo de un día. Quitad de los trece años que os quedan el tiempo del sueño y el del aburrimiento, la mitad por lo menos; quedan seis años y medio que pasáis en medio de pesares, de dolores, de algunos placeres y de esperanza.

El hombre de los cuarenta escudos

¡Misericordia! Según vuestra cuenta, no llegan ni a tres los años de existencia tolerable.

El geómetra

No es culpa mía. La naturaleza se preocupa muy poco de los individuos. Hay otros insectos que sólo viven un día, pero cuya especie dura siempre. La naturaleza se parece a esos grandes príncipes a quienes importa poco la pérdida de cuatrocientos mil hombres, con tal de llevar a cabo sus augustos designios.

El hombre de los cuarenta escudos

¡Cuarenta escudos y tres años por vivir! ¿Qué remedio se os ocurrirá contra estas dos maldiciones?

El geómetra

Para la vida, bastaría que el aire de París fuese más puro, que los hombres comieran menos, que hiciesen más ejercicio, que las madres dieran de mamar a sus hijos, que no fueran tan imprudentes como para temer la inoculación; eso es lo que ya he dicho; y para el dinero, basta con casarse y tener hijos e hijas.

El hombre de los cuarenta escudos

¿O sea que el medio para vivir cómodamente es asociar mi miseria a la de algún otro?

El geómetra

Cinco o seis miserias juntas vuelven muy tolerable una situación. Tened una buena mujer y dos chicos y dos chicas únicamente, lo cual asciende a setecientas veinte libras para el hogar, suponiendo que se haga justicia y que cada individuo tenga ciento veinte libras de renta. Durante la infancia, vuestros hijos no os cuestan nada; cuando crezcan, serán vuestro alivio; sus ayudas mutuas os ahorran casi todos los gastos, y vivís muy felizmente como filósofo, siempre que esos señores que gobiernan el Estado no cometan la barbarie de extorsionaros a cada uno veinte escudos al año; pero, por desgracia, ya no estamos en la Edad de Oro, cuando los hombres eran todos iguales y participaban por igual en las succulentas producciones de una tierra no cultivada. Ya es mucho si hoy día cada criatura de dos manos y dos pies cuenta con un patrimonio de ciento veinte libras de renta.

El hombre de los cuarenta escudos

¡Ah, nos arruináis! Hace un momento me decíais que en un país con ochenta millones de arpendes de tierra bastante buena y veinte millones de habitantes, cada uno debía disfrutar de ciento veinte de libras de renta, ¡y nos las quitáis!

El geómetra

Es que mis cálculos estaban hechos por los registros del Siglo de Oro, y debemos contar con arreglo a los del Siglo de Hierro. Hay muchos habitantes que sólo tienen el equivalente a diez escudos de renta, otros que sólo tienen cuatro o cinco, y más de seis millones de hombres que no tienen absolutamente nada.

El hombre de los cuarenta escudos

Entonces se morirían de hambre al cabo de tres días.

El geómetra

En absoluto; los otros, los que poseen sus porciones, las hacen rendir, y reparten con ellos; así es como se paga al teólogo, al confitero, al boticario, al predicador, al cómico, al procurador y el coche de punto. Os creíais digno de lástima por no tener más que ciento veinte libras que gastar al año, reducidas a ciento ocho libras debido a la tasa de doce francos; pues mirad los soldados que

dan su sangre por la patria: a cuatro *sous* por día, sólo disponen de setenta y tres libras, y viven alegremente asociándose por dormitorios.

El hombre de los cuarenta escudos

Según eso, un exjesuita tiene más de cinco veces la paga del soldado. Y sin embargo, los soldados han rendido más servicios al Estado ante los ojos del rey en Fontenoy, en Laufelt, en el sitio de Friburgo, de los que nunca ha prestado el reverendo padre La Valette^[615].

El geómetra

Nada es más cierto; y diría más: cada jesuita que se ha liberado tiene más para gastar de lo que le costaba a su convento: los hay, incluso, que han ganado mucho dinero escribiendo folletos contra los parlamentos, como el reverendo padre Patouillet y el reverendo padre Nonnotte^[616]. Todos se las ingenian en este mundo: uno dirige una manufactura de tejidos, otro de porcelana; éste se dedica a la ópera, aquél redacta la gaceta eclesiástica; el de más allá escribe una tragedia burguesa o una novela al gusto inglés; mantienen al papelero, al fabricante de tinta, al librero, al vendedor ambulante, que sin ellos pedirían limosna. En última instancia, no es sino la restitución de ciento veinte libras a los que nada tienen lo que hace florecer al Estado.

El hombre de los cuarenta escudos

¡Vaya una manera de florecer!

El geómetra

No hay ninguna otra; en todo país el rico hace vivir al pobre. Esa es la única fuente de la industria comercial. Cuanto más industriosa es la nación, más ganancia obtiene del extranjero. Si lográsemos del extranjero diez millones al año para la balanza comercial, dentro de veinte años habría doscientos millones más en el Estado; lo cual supondría diez francos más por cabeza para repartir; es decir, que los negociantes harían ganar a cada pobre diez francos, con la esperanza sobre todo de lograr ganancias todavía más considerables. Pero el comercio tiene, como la fertilidad de la tierra, sus límites; de otro modo la progresión llegaría al infinito; y además no es seguro que nuestra balanza comercial nos sea siempre favorable; hay épocas en las que perdemos.

El hombre de los cuarenta escudos

He oído hablar mucho de población. Si se nos ocurriese traer al mundo el doble número de niños de los que traemos, si nuestra patria tuviese el doble de población, si fuéramos cuarenta millones de habitantes en lugar de veinte, ¿qué sucedería?

El geómetra

Sucedería que cada uno sólo tendría veinte escudos para su gasto por término medio, o que la tierra debería producir el doble de lo que produce, o que habría el doble de pobres, o que habría que tener el doble de industria y ganar el doble en el extranjero, o enviar la mitad de la nación a América, o que la mitad de la nación se comiera a la otra.

El hombre de los cuarenta escudos

Contentémonos, pues, con nuestros veinte millones de hombres y nuestras ciento veinte libras por cabeza, repartidas como Dios quiera; pero esta situación es triste, y vuestro Siglo de Hierro es muy duro.

El geómetra

No hay ninguna nación que esté mejor; y hay muchas que están peor. ¿Creéis que en el Norte hay para dar el valor de ciento veinte libras a cada habitante? Si hubiesen tenido el equivalente, los hunos, los godos, los vándalos y los francos no habrían abandonado su patria para ir a establecerse en otra parte, con el hierro y el fuego en la mano.

El hombre de los cuarenta escudos

Si os dejara seguir hablando, pronto me convenceríais de que soy feliz con mis ciento veinte francos.

El geómetra

Si creyeráis ser feliz, en tal caso lo seríais.

El hombre de los cuarenta escudos

Nadie puede figurarse ser lo que no es, a menos de estar loco.

El geómetra

Ya os he dicho que, para vivir mejor y más feliz de lo que sois, es menester que os caséis; pero añadiría que vuestra mujer debe tener, como vos, ciento veinte libras de renta, es decir, cuatro arpendes a diez escudos el arpende. Los antiguos romanos sólo tenían tres cada uno. Si vuestros hijos son laboriosos, cada uno de ellos podrá ganar otro tanto trabajando para los otros.

El hombre de los cuarenta escudos

De ese modo no podrán ganar dinero sin que otros lo pierdan.

El geómetra

Es la ley de todas las naciones; sólo a ese precio respiramos.

El hombre de los cuarenta escudos

¡Y será preciso que mi mujer y yo demos cada uno la mitad de nuestra cosecha al poder legislativo y ejecutivo, y que los nuevos ministros de Estado nos quiten la mitad del premio de nuestros sudores y de la subsistencia de nuestros pobres hijos antes de que éstos puedan ganarse la vida! Decidme, por favor, ¿cuánto dinero de derecho divino meten nuestros nuevos ministros en las arcas del rey?

El geómetra

Vos pagáis veinte escudos por cuatro arpendes que os reportan cuarenta. El rico que posee cuatrocientos arpendes pagará dos mil escudos con arreglo a esta nueva tarifa, y los ochenta millones de arpendes rendirán al rey mil doscientos millones de libras al año, es decir, cuatrocientos millones de escudos.

El hombre de los cuarenta escudos

Me parece impracticable e imposible.

El geómetra

Tenéis muchísima razón, y esa imposibilidad es la prueba geométrica de que hay un vicio fundamental de razonamiento en nuestros nuevos ministros.

El hombre de los cuarenta escudos

¿No es también una prodigiosa injusticia demostrada quitarme la mitad de mi trigo, de mi cáñamo, de la lana de mis corderos, etc., y no exigir ayuda alguna de quienes hayan sacado diez o veinte o treinta mil libras de renta de mi cáñamo, con el que han tejido telas; de mi lana, con la que han fabricado paños; de mi trigo, que habrán vendido más caro de lo que lo compraron?

El geómetra

La injusticia de esa administración es tan evidente como erróneo su cálculo. Es menester favorecer la industria, pero también que la industria opulenta ayude al Estado. Esa industria os ha quitado, desde luego, una parte de vuestras ciento veinte libras, y se las ha apropiado vendiándoos vuestras camisas y vuestras ropas veinte veces más caras de lo que os habrían costado si os las hubierais hecho vos mismo. El manufacturero que se ha enriquecido a vuestra costa ha pagado, cierto, un salario a sus obreros, que no tenían nada propio; pero cada año ha retenido para sí una cantidad que ha terminado suponiéndole treinta mil francos de renta; por tanto, ha adquirido esa fortuna a costa vuestra; y vos nunca podréis venderle vuestros géneros lo bastante caros para resarciros de lo que ganó con vos; porque si intentaseis un encarecimiento, él los haría traer del extranjero a mejor precio. La prueba de que así ocurre es que él sigue siendo dueño de sus treinta mil libras de renta, mientras vos seguís con vuestras ciento veinte libras, que, lejos de aumentar, la mayoría de las veces disminuyen.

Es por tanto necesario y equitativo que la refinada industria del negociante pague más que la tosca industria del labrador. Lo mismo ocurre con los recaudadores de los dineros públicos. Hasta ahora, vuestra tasa era de doce francos antes de que nuestros grandes ministros os hubieran quitado veinte escudos. De esos doce francos, el publicano se quedaba con dos sueldos para él. Si en vuestra provincia hay quinientas mil almas, habrá ganado doscientos cincuenta mil francos al año. Suponiendo que gaste cincuenta, es claro que al cabo de diez años tendrá dos millones de patrimonio. Es muy justo que contribuya de manera proporcional, de lo contrario todo estaría pervertido y alterado.

El hombre de los cuarenta escudos

Os agradezco que también hayáis gravado con impuestos a este financiero, eso alivia mi imaginación; pero, si ha aumentado tanto sus beneficios, ¿cómo haré yo para aumentar también mi pequeña fortuna?

El geómetra

Ya os lo he dicho: debéis casaros, trabajad y procurad sacar de vuestra tierra algunas espigas más de las que antes os producía.

El hombre de los cuarenta escudos

Supongamos que yo haya trabajado mucho, que toda la nación haya hecho lo mismo, que el poder legislativo y ejecutivo haya recibido tributos mucho mayores; al cabo del año, ¿cuánto ha ganado?

El geómetra

Nada en absoluto, a menos que haya hecho un comercio exterior provechoso; pero habrá vivido con más comodidades. Cada uno habrá tenido en proporción más ropas, camisas y muebles que antes. En el Estado habrá habido una circulación más abundante, los salarios habrán aumentado con el tiempo casi en proporción al número de espigas de trigo, de vellones de corderos, de pieles de bueyes, de ciervos y de cabras que se hayan empleado, de racimos de uva que se hayan pisado en el lagar. Se habrán pagado al rey más valores de géneros en dinero, y el rey habrá pagado más valores a todos los que haya hecho trabajar a sus órdenes; pero no habrá un escudo más en el reino.

El hombre de los cuarenta escudos

¿Qué le quedará, pues, al poder al cabo del año?

El geómetra

Nada, repito; es lo que le ocurre a todo poder; no atesora; ha sido alimentado, vestido, alojado, amueblado; también lo ha sido todo el mundo, cada cual según su condición; y si atesora, ha privado a la circulación de tanto dinero como ha acumulado; ha hecho tantos miserables como montones de cuarenta escudos ha metido en sus arcas.

El hombre de los cuarenta escudos

Pero, entonces, el gran Enrique IV no era más que un villano, un ladrón, un saqueador, porque me han contado que amontonó en la Bastilla más de cincuenta millones de nuestra moneda actual.

El geómetra

Era un hombre tan bueno y prudente como valeroso. Iba a emprender una guerra justa y, acumulando en sus arcas veintidós millones de su época, dejando además de percibir más de otros veinte que permitía circular, ahorra a su pueblo más de cien millones que le habría costado si no hubiese tomado esas útiles medidas. Se mostraba moralmente seguro del éxito frente a un enemigo que no tenía las mismas precauciones. El cálculo de probabilidades estaba a su favor de manera notable. Sus veintidós millones guardados demostraban que en el reino había entonces un valor de veintidós millones como excedente en bienes de la tierra; de este modo nadie sufría.

El hombre de los cuarenta escudos

Con razón me había dicho mi viejo que, en proporción, éramos más ricos bajo la administración del duque de Sully^[617] que bajo la de los nuevos ministros que han implantado el impuesto único y que me han quitado veinte de mis cuarenta escudos. Decidme, os lo ruego, ¿existe en el mundo una nación que disfrute de ese bonito beneficio del impuesto único?

El geómetra

Ninguna nación opulenta. Los ingleses, que casi nunca ríen, se echaron a reír al enterarse de que hombres inteligentes habían propuesto en nuestro país semejante sistema. Los chinos exigen una tasa a todos los barcos que atracan en Cantón; los holandeses pagan en Nagasaki, cuando son recibidos en Japón, so pretexto de que no son cristianos. Cierto que los lapones y los samoyedos están sometidos a un impuesto único en pieles de marta; la república de San Marino sólo paga diezmos para mantener al Estado en su esplendor.

Existe en nuestra Europa una nación célebre por su equidad y su valor, que no paga contribución alguna. Es el pueblo helvético; pero ha sucedido lo siguiente: ese pueblo está en lugar de los duques de Austria y de Zeringen; los pequeños cantones son democráticos y muy pobres, cada habitante paga una suma muy módica para las necesidades de la pequeña república. En los cantones ricos se cargan al Estado los censos que los archiduques de Austria y los señores de bienes raíces exigían; los cantones protestantes son, proporcionalmente, el doble de ricos que los católicos, porque el Estado posee en ellos los bienes de los frailes. Los que eran súbditos de los archiduques de Austria, de los duques de Zeringen y de los frailes, lo son hoy de la patria; pagan a esa patria los mismos diezmos, los mismos derechos, los mismos laudemios que pagaban a sus antiguos amos; y como, en general, los súbditos comercian muy poco, el negocio no está sujeto a carga alguna,

excepto pequeños derechos de almacén: los hombres trafican por su valor con potencias extranjeras, y se venden por algunos años, lo cual hace que entre en su país algún dinero a costa nuestra; y es un ejemplo único en el mundo civilizado, como lo es el impuesto establecido por nuestros nuevos legisladores.

El hombre de los cuarenta escudos

¿Entonces, señor, los suizos no son despojados por derecho divino de la mitad de sus bienes, y el que tiene cuatro vacas no da dos al Estado?

El geómetra

No, claro que no. En un cantón, de cada trece toneladas de vino se da una, y se beben doce. En otro cantón, se paga la doceava parte, y se beben once.

El hombre de los cuarenta escudos

¡Ah, que me hagan suizo! ¡Maldito impuesto el impuesto único e inicuo, que me ha forzado a pedir limosna! Pero ¿son más justos y más honestos trescientos o cuatrocientos impuestos cuyos nombres no puedo siquiera recordar ni pronunciar? ¿Ha habido nunca un legislador que, al fundar un Estado, haya imaginado crear consejeros reales medidores de carbón, controladores de vino, vaciadores de leña, examinadores de cerdo, vigilantes de mantequilla salada? ¿Mantener un ejército de granujas dos veces más numeroso que el de Alejandro, mandado por sesenta generales^[618] que ponen el país a contribución, que obtienen victorias señaladas todos los días, que hacen prisioneros y que algunas veces los sacrifican en el aire o sobre un pequeño tablado^[619], como hacían los antiguos escitas, según lo que me ha dicho mi párroco?

Una legislación así, contra la que tantos clamores se alzaban y que tantas lágrimas hacía derramar, ¿era mejor que la que me quita de una vez, limpia y apaciblemente, la mitad de mi existencia? Mucho me temo que, contando bien, bajo la antigua finanza no me quitasen poco a poco las tres cuartas partes.

El geómetra

Illiacos intra muros peccatur et extra^[620].

Est modus in rebus, caveas ne quid nimis^[621].

El hombre de los cuarenta escudos

Aprendí algo de historia y de geometría, pero no sé latín.

El geómetra

Poco más o menos quiere decir: «Se equivocan las dos partes. Mantened el medio en todo; nada en exceso».

El hombre de los cuarenta escudos

Sí, nada en exceso, ésa es mi situación; pero no tengo suficiente.

El geómetra

Convengo en que os moriréis de hambre, y yo también, y también el Estado, suponiendo que la nueva administración dure sólo dos años; pero debemos esperar que Dios se apiade de nosotros.

El hombre de los cuarenta escudos

Esperando pasa uno la vida, y esperando se muere uno. Adiós, señor, me habéis instruido, pero tengo encogido el corazón.

El geómetra

Ése es a menudo el fruto de la ciencia.

Aventura con un carmelita

Después de dar rendidas gracias al académico de la Academia de Ciencias por haberme puesto al corriente, me marché atónito alabando a la Providencia, pero murmurando entre dientes estas tristes palabras: «¡Sólo veinte escudos de renta para vivir, y no tener más que veintidós años de vida! ¡Ay, ojalá nuestra vida fuese más breve todavía, ya que es tan desdichada!».

No tardé en encontrarme frente a una casa magnífica. Empezaba a sentir hambre; y no tenía siquiera la cienvigésima parte de la suma que por derecho pertenece a cada individuo; pero en cuanto me informaron de que aquel palacio era el convento de los reverendos padres carmelitas descalzos, concebí grandes esperanzas y dije: «Ya que estos santos son tan humildes que andan con los pies desnudos, serán lo bastante caritativos para darme de comer».

Llamé; acudió un carmelita: «¿Qué queréis, hijo mío? — Pan, reverendo padre, los recientes decretos me lo han quitado todo. — Hijo mío, nosotros pedimos limosna, pero no la damos. — ¿Cómo? Vuestra santa orden os ordena no llevar zapatos, ¡y tenéis una mansión de príncipe y me negáis de comer! — Hijo mío, verdad es que no tenemos zapatos ni medias; es un gasto menos; pero no tenemos más frío en los pies que en las manos; y si nuestra santa orden nos hubiera ordenado ir con el culo al aire, tampoco tendríamos frío en el trasero. En cuanto a nuestra hermosa casa, no nos ha costado mucho construirla, porque tenemos cien mil libras de renta en casas en esta misma calle.

»— ¡Ah, ah! ¡Me dejáis morir de hambre y tenéis cien mil libras de renta! ¿Pagáis entonces cincuenta mil al nuevo gobierno?

»— Dios nos libre de pagar un óbolo. Sólo el producto de la tierra cultivada por manos laboriosas, endurecidas de callos y mojadas de lágrimas, debe tributos al poder legislativo y ejecutivo. Las limosnas que nos han dado nos han permitido construir esas casas de las que sacamos cien mil libras al año. Pero como estas limosnas procedían de los frutos de la tierra, que ya han pagado el tributo, no deben volver a pagarlo: han santificado a los fieles que se han empobrecido para enriquecernos; y seguimos pidiendo limosna y poniendo a contribución el *faubourg* Saint-Germain para seguir santificando a los fieles». Tras decir estas palabras, el carmelita me dio con la puerta en las narices.

Pasé luego por delante del palacio de los mosqueteros grises^[622]; conté lo que me había pasado a uno de estos señores: me dieron una cena estupenda y un escudo. Uno de ellos me propuso ir a pegarle fuego al convento; pero un mosquetero más sensato le hizo ver que aún no había llegado el momento, y le exhortó a esperar dos o tres años todavía.

Audiencia del señor interventor general

Fui, con mi escudo, a presentar un memorial al señor interventor general, que daba audiencia ese día. La antecámara estaba llena de toda clase de gente. Había sobre todo caras más llenas todavía, vientres más orondos, semblantes más altivos que mi hombre de los ocho millones. No me atrevía a acercarme; yo los veía, y ellos no me veían.

Un fraile, gran recaudador de diezmos, había intentado procesar a unos ciudadanos que calificaba de *sus campesinos*. Ya tenía más renta que la mitad de sus

feligreses juntos, y además era señor de feudo. Pretendía que sus vasallos, tras haber convertido con rudo esfuerzo sus brezales en viñas, le debían la décima parte de su vino, que ascendía, teniendo en cuenta el precio del trabajo, de los rodrigones, de las barricas y de la bodega, a más de la cuarta parte de la cosecha. «Pero como los diezmos son de derecho divino, decía, exijo el cuarto del producto de mis campesinos en nombre de Dios». El ministro le dijo: «Ya veo que sois muy caritativo».

Un recaudador, muy versado en los impuestos indirectos, le dijo entonces: «Monseñor, ese pueblo no puede dar nada a este fraile porque, después de haber hecho pagar a las parroquias el año pasado treinta y dos impuestos por su vino, y de haberlos condenado luego a pagar por el que bebían, se han arruinado por completo. Mandé vender sus animales y sus muebles, y todavía están en deuda conmigo. Me opongo a las pretensiones del reverendo padre.

»— Hacéis bien en ser su rival, continuó el ministro; ambos amáis lo mismo a vuestro prójimo, y los dos me edificáis».

Un tercero, monje y señor de vasallos, cuyos campesinos son de mano muerta^[623], también esperaba del consejo una sentencia que le adjudicase todos los bienes de un papanatas de París que, tras vivir por inadvertencia un año y un día en una casa sujeta a esa servidumbre y enclavada en los dominios del eclesiástico, había muerto en ella al cabo de un año. El monje reclamaba todos los bienes del papanatas, y ello por derecho divino.

Al ministro le pareció que este monje tenía un corazón tan justo y tan tierno como los dos primeros.

Un cuarto, que era inspector de la Corona, presentó un bello memorial con el que se justificaba de haber reducido a limosna a veinte familias. Habían heredado de sus tíos o tías, o hermanos, o primos; habían tenido que pagar los derechos. El inspector les había demostrado generosamente que no habían estimado con exactitud sus herencias, que eran mucho más ricas de lo que creían, y, por lo tanto, tras haberlas condenado a una multa triple, tras haberlas arruinado en costas, y haber enviado a la cárcel a los cabezas de familia, había comprado sus mejores propiedades sin desembolsar nada.

El interventor general le dijo (cierto que en un tono algo amargo): *Euge! interventor bone et fidelis, quia supra pauca fuisti fidelis, recaudador te constituam*^[624]. Pero en voz muy baja dijo a un relator que estaba a su lado: «Habrás que obligar a

restituir a estas sanguijuelas sagradas y a estas sanguijuelas profanas: ya es hora de aliviar al pueblo, que, de no ser por nuestros cuidados y nuestra equidad, nunca tendría con qué vivir salvo en el otro mundo^[625]».

Unos hombres de profundo talento le presentaron unos proyectos^[626]. A uno se le había ocurrido poner impuestos sobre la inteligencia. «Todo el mundo, decía, se dará prisa en pagar, porque nadie querrá pasar por necio». El ministro le dijo: «Os declaro exento de esa tasa».

Otro propuso establecer el impuesto único sobre las canciones y sobre la risa, dado que la nación era la más alegre del mundo, y que una canción la consolaba de todo. Pero el ministro observó que desde hacía un tiempo apenas si se hacían ya canciones divertidas, y temió que, para escapar a esa tasa, se volviesen demasiado serios.

Llegó un sabio y valiente ciudadano que ofreció dar al rey tres veces más, haciendo pagar a la nación tres veces menos. El ministro le aconsejó que aprendiese aritmética.

Un quinto demostraba al rey, «por amistad», que sólo podía recoger setenta y cinco millones, pero que él iba a darle doscientos veinticinco. «Me complaceréis mucho, dijo el ministro, cuando hayamos pagado las deudas del Estado».

Por fin llegó un amanuense del nuevo autor^[627] que hace al poder legislador copropietario de todas nuestras tierras por derecho divino, y que daba al rey mil doscientos millones de renta. Reconocí en él al hombre que me había metido en la cárcel por no haber pagado mis veinte escudos. Me arrojé a las plantas del señor interventor general, y le pedí justicia; el otro soltó una carcajada y me dijo que era una broma que me habían gastado. El interventor ordenó a aquellos malos bromistas que me diesen cien escudos de indemnización, y me eximió de impuestos para el resto de mi vida. Yo le dije: «Monseñor, ¡Dios os bendiga!».

Carta al hombre de los cuarenta escudos

Aunque soy tres veces más rico que vos, es decir, aunque poseo trescientas sesenta libras o francos de renta, os escribo sin embargo de igual a igual, sin aparentar el orgullo de las grandes fortunas.

He leído la historia de vuestro desastre y de la justicia que os hizo el señor

interventor general; os felicito por ello; mas, por desgracia, acabo de leer *Le Financier citoyen*^[628], pese a la repugnancia que me había inspirado el título, que a muchas gentes les parece contradictorio. Ese ciudadano os quita veinte francos de vuestras rentas, y a mí sesenta: sólo concede cien francos a cada individuo sobre la totalidad de habitantes; pero, a modo de compensación, un hombre no menos ilustre hincha nuestra renta hasta ciento cincuenta libras; veo que vuestro geómetra ha adoptado un justo medio. No es desde luego uno de esos magníficos señores que de un plumazo pueblan París con un millón de habitantes, y os hacen circular mil quinientos millones de dinero contante en el reino después de todo lo que hemos perdido en nuestras recientes guerras.

Como sois un gran lector, os prestaré *Le Financier citoyen*. Pero no vayáis a creer todo lo que dice: cita el testamento del gran ministro Colbert, y no sabe que es una rapsodia ridícula hecha por un tal Gatien de Courtils^[629]; cita *La Dîme* del mariscal de Vauban, y no sabe que es de un tal Boisguilbert; cita el testamento del cardenal de Richelieu, y no sabe que es del abate de Bourzeis^[630]. Supone que ese cardenal asegura que «cuando la carne se encarece, se da mayor paga al soldado». Sin embargo, la carne se encareció mucho durante su gobierno, y la paga del soldado no aumentó; lo cual demuestra, entre cien pruebas más, que ese libro, reconocido por supuesto cuando apareció, y luego atribuido al cardenal mismo, no le pertenece más que los testamentos del cardenal Alberoni y del mariscal de Belle-Isle a éstos^[631].

Desconfiad toda vuestra vida de los testamentos y de los sistemas: fui su víctima como vos. Si los Solones y los Licurgos modernos se han burlado de vos, los nuevos Triptólemos más se han burlado todavía de mí; y, de no ser por una pequeña herencia que me reanimó, habría muerto de miseria.

Poseo ciento veinte arpendes de labor en la región más hermosa de la naturaleza y en el suelo más ingrato. En mi región, cada arpende, una vez pagados todos los gastos, sólo rinde un escudo de tres libras. Cuando leí en los periódicos que un célebre agricultor había inventado una nueva sembradora, y que labraba la tierra por tablares a fin de recoger más sembrando menos, enseguida pedí prestado dinero, compré una sembradora y labré la tierra en tablares; perdí mi esfuerzo y mi dinero, lo mismo que el ilustre agricultor, que ya no siembra en tablares^[632].

Quiso mi desgracia que leyese el *Journal économique*, que se vende en París en casa Boudet^[633]. En él encontré la experiencia de un ingenioso parisiense que, para entretenerse, había mandado labrar la tierra de su huerto quince veces y había sembrado trigo en lugar de plantar tulipanes: consiguió una cosecha muy

abundante. Yo volví a pedir prestado dinero. «Basta con que labre treinta veces, me decía, para conseguir el doble de la cosecha de ese digno parisiense que aprendió los principios de agricultura en la ópera y en la comedia, y me enriqueceré gracias a sus lecciones y a su ejemplo».

Labrar siquiera cuatro veces en mi región es algo imposible; el rigor y los cambios repentinos de las estaciones no lo permiten; además, la desgracia que había tenido de sembrar en tablares, como el ilustre agricultor del que ya he hablado, me había obligado a vender mi yunta. Hice labrar treinta veces mis ciento veinte arpendes por todos los arados que hay en cuatro leguas a la redonda. Tres laboreos por arpende cuestan doce libras, es precio fijo; hubo que dar treinta laboreos por arpende; la labranza de cada arpende me costó ciento veinte libras; la labranza de mis ciento veinte arpendes me supuso catorce mil cuatrocientas libras. Mi cosecha, que en un año normal asciende en mi maldita región a tres sextarios, ascendió, cierto, a trescientos treinta, que, a veinte libras por sextario, me produjeron seis mil seiscientas libras: perdí siete mil ochocientas libras; verdad es que me quedé con la paja.

Estaba arruinado, hundido, de no ser por una vieja tía a la que un gran médico despachó al otro mundo razonando en medicina tan bien como yo en agricultura.

¿Quién podría creer que aún tuviese la debilidad de dejarme seducir por el *Journal* de Boudot? Después de todo, ese hombre no había jurado mi perdición. Leí en su compilación que bastaba adelantar cuatro mil francos para tener cuatro mil libras de renta en alcachofas; ahora Boudot me devolverá en alcachofas lo que me ha hecho perder en trigo. Me gasto, pues, mis cuatro mil francos, y mis alcachofas se las comen los ratones de campo. Fui abucheado en mi cantón como el diablo de Papahiguera^[634].

Escribí una carta de reproche fulminante a Boudot. Por toda respuesta, el traidor se divirtió en su *Journal* a mi costa. Me negó sin pudor alguno que los caribes hubieran nacido colorados. Me vi obligado a enviarle la declaración de un antiguo procurador del rey en la Guadalupe, según la cual Dios hizo a los caribes colorados igual que negros a los negros. Pero esta pequeña victoria no impidió que yo perdiese hasta el último céntimo de la herencia de mi tía por haber creído demasiado en los nuevos sistemas. Os lo repito, mi querido señor, guardaos de los charlatanes.

Nuevos dolores ocasionados por los sistemas nuevos

(Pequeño fragmento sacado
de los manuscritos de un viejo solitario).

Veo que, si hay buenos ciudadanos que se han entretenido gobernando los Estados y ocupando el lugar de los reyes, si otros se han creído Triptólemo^[635] y Ceres, los hay más soberbios que, sin ceremonias, se han puesto en el lugar de Dios y han creado el universo con su pluma como Dios lo creó antiguamente por la palabra.

Uno de los primeros que se presentó a mis adoraciones fue un descendiente de Tales, llamado Telliamed^[636], que me enseñó que las montañas y los hombres fueron producidos por las aguas del mar. Primero hubo bellos hombres marinos que más tarde se volvieron anfibios. Su hermosa cola hendida se transformó en muslos y piernas. Yo aún tenía la cabeza llena de las *Metamorfosis* de Ovidio y de un libro en el que se demostraba que la raza de los hombres era bastarda de una raza de babuinos: me daba lo mismo descender de un pez que de un mono.

Con el tiempo tuve algunas dudas sobre esta genealogía, e incluso sobre la formación de las montañas. «¿Pero no sabéis, me dijo, que las corrientes del mar, que siempre lanzan arena a derecha e izquierda a diez o doce pies de altura como máximo, han producido, en una sucesión infinita de siglos, montañas de veinte mil pies de alto, que no son de arena? Habéis de saber que el mar cubrió, sin duda alguna, todo el mundo. La prueba es que se han encontrado anclas de barco en el monte San Bernardo, que estaban allí varios siglos antes de que los hombres tuviesen barcos. Figuraos que la Tierra es un globo de cristal que durante mucho tiempo ha estado totalmente cubierto de agua».

Cuanto más me adoctrinaba él, más incrédulo me volvía yo. «¿No habéis visto acaso la marga caliza de la Turena a treinta y seis leguas del mar? Es un montón de conchas con las que se abona la tierra como con estiércol. Y si el mar ha depositado en la sucesión de los tiempos una mina entera de conchas a treinta y seis leguas del océano, ¿por qué no puede haber estado a tres mil leguas durante varios siglos sobre nuestro globo de cristal?».

Yo le respondí: «Señor Telliamed, hay personas que hacen a pie cuarenta leguas al día, pero no pueden hacer cincuenta. No creo que mi huerto sea de cristal; y en cuanto a vuestra marga caliza, mucho me temo que no sea un lecho de

conchas marinas. Bien podría ser que sólo fuera una mina de piedrecillas calcáreas que fácilmente adoptan la forma de fragmentos de conchas, como hay piedras que tienen forma de lenguas, y no son lenguas; de estrellas, y no son astros; de serpientes enroscadas sobre sí mismas, y no son serpientes; de partes naturales del bello sexo, y no son por eso los despojos de las damas. Vemos dendritas, piedras figuradas, que representan árboles y casas, sin que nunca hayan sido casas ni encinas esas piedrecillas.

»Si el mar hubiera depositado tantos lechos de conchas en la Turena, ¿por qué se habría olvidado de Bretaña, de Normandía, de Picardía y de todas las demás costas? Mucho me temo que esa marga caliza tan ponderada no venga más del mar que los hombres. Y aunque el mar se hubiera propagado a treinta y seis leguas, eso no supone que lo haya hecho hasta tres mil, y ni siquiera hasta trescientas, ni que todas las montañas las hayan producido las aguas. Antes creería que el Cáucaso formó el mar que suponer que el mar hizo el Cáucaso.

»— Pero ¿qué respuesta tenéis, señor incrédulo, para las ostras petrificadas que se han encontrado en la cumbre de los Alpes?

»— Responderé, señor creador, que no he visto más ostras petrificadas que anclas de barcos en lo alto del monte Cenis. Responderé lo que ya se ha dicho: que se han encontrado conchas de ostras (que se petrifican fácilmente) a considerables distancias del mar, de la misma manera que se han desenterrado medallas romanas a cien leguas de Roma; y prefiero creer que unos peregrinos del camino de Santiago dejaron algunas conchas yendo a Saint-Maurice antes que imaginar que el mar formó el monte San Bernardo^[637].

»Hay conchas por todas partes; pero ¿quién puede asegurar que no son restos de los testáceos y crustáceos de nuestros lagos y ríos, en vez de pececillos marinos?

»— Señor incrédulo, os haré quedar en ridículo en el mundo que me propongo crear.

»— Como queráis, señor creador: cada cual es el amo en su mundo; pero nunca me haréis creer que sea de cristal este en el que estamos, ni que unas cuantas conchas sean pruebas de que el mar formó los Alpes y el monte Tauro. Sabéis que en las montañas de América no hay ninguna concha. Es preciso por tanto que no hayáis creado vos ese hemisferio, y que os hayáis contentado con formar el viejo mundo: ya es suficiente.

»— Señor mío, si todavía no se han descubierto conchas en las montañas de América, ya se descubrirán.

»— Señor, eso es hablar como creador que sabe su secreto y está seguro de lo que ha hecho. Si queréis, os dejo vuestra marga caliza, con tal de que vos me dejéis a mí mis montañas. Por otra parte, soy el más humilde y obediente servidor de Vuestra Providencia».

Mientras así me instruía yo con Telliamed, un jesuita irlandés disfrazado de hombre^[638], por lo demás excelente observador, y que tenía buenos microscopios, hizo anguilas con harina de trigo atizonado. Se tuvo entonces por seguro que con harina de buen trigo podrían hacerse hombres. Acto seguido se crearon partículas orgánicas que compusieron hombres. ¿Por qué no? Si el gran geómetra Fatio^[639] había resucitado muertos en Londres, con igual facilidad podían hacerse en París hombres vivos con partículas orgánicas; mas, por desgracia, las nuevas anguilas de Needham desaparecieron, y también los nuevos hombres: huyeron a la tierra de las mónadas, que encontraron en lo macizo, en medio de la materia sutil, globulosa y estriada^[640].

Lo cual no supone decir que estos creadores de sistemas no hayan prestado grandes servicios a la física; ¡no permita Dios que yo desprecie sus trabajos! Los han comparado con los alquimistas, quienes, tratando de hacer oro (que no hicieron), encontraron remedios saludables o por lo menos cosas curiosísimas. Se puede ser un hombre de raro mérito, y equivocarse sobre la formación de los animales y sobre la estructura del globo.

Los peces convertidos en hombres y las aguas convertidas en montañas no me habían hecho tanto daño como M. Boudot; y tranquilamente me limitaba a dudar cuando un lapón^[641] me tomó bajo su protección. Eran un filósofo profundo, pero nunca perdonaba a nadie que no compartiese su opinión. Empezó por hacerme conocer con toda claridad el futuro exaltando mi alma. Hice tales esfuerzos de exaltación que caí enfermo; pero él me curó untándome con trementina de pies a cabeza. En cuanto estuve en condiciones de caminar, me propuso un viaje a las tierras australes para disecar allí cabezas de gigantes, cosa que nos permitiría conocer con toda evidencia la naturaleza del alma. Yo no soportaba el mar; él tuvo la bondad de llevarme por tierra. Hizo excavar un gran agujero en el globo terráqueo: agujero que llevaba derecho al país de los patagones. Nos pusimos en marcha; a la entrada del agujero me rompí una pierna; costó mucho trabajo enderezármela: se formó en ella un callo que me alivió mucho.

Ya he hablado de todo esto en una de mis diatribas^[642] para instruir al universo, muy atento a cosas tan grandes como éstas. Soy muy viejo; a veces prefiero repetir mis cuentos para inculcarlos mejor en la cabeza de los niños, para quienes trabajo desde hace tanto tiempo.

Matrimonio del hombre de los cuarenta escudos

Como el hombre de los cuarenta escudos se había instruido mucho y logrado una pequeña fortuna, se casó con una bonita muchacha que poseía cien escudos de renta. No tardó su mujer en quedar embarazada. Él fue en busca de su geómetra y le preguntó si ella le daría un chico o una chica. El geómetra le respondió que eso solían saberlo las comadronas y las camareras, pero que los físicos, que predicen los eclipses, no tenían tantas luces como ellas.

Luego quiso saber si su hijo o su hija ya tenía un alma. El geómetra dijo que eso no era cosa suya, y que sobre ese punto había que hablar con el teólogo del pueblo.

El hombre de los cuarenta escudos, que ya era el hombre de los doscientos escudos por lo menos, preguntó en qué sitio estaba su hijo. «En una bolsita, le dijo su amigo, entre la vejiga y el intestino recto. — ¡Santo Dios!, exclamó, ¡el alma inmortal de mi hijo nacida y alojada entre la orina y algo peor!^[643] — Sí, mi querido vecino, el alma de un cardenal no ha tenido otra cuna; y pese a ello no hace más que gallear y darse aires.

»— ¡Ah!, señor sabio, ¿no podríais decirme cómo se hacen los niños?

»— No, amigo mío; pero, si queréis, puedo deciros lo que han imaginado los filósofos, es decir, cómo no se hacen los niños.

»En primer lugar, el reverendo padre Sánchez, en su excelente libro *De matrimonio*^[644], comparte plenamente la opinión de Hipócrates; cree como artículo de fe que los dos vehículos fluidos del hombre y la mujer se lanzan y se unen por entero, y que, gracias a esa unión, el niño es concebido en ese momento; y está tan convencido de este sistema físico, convertido en teológico, que lo analiza en el capítulo XXI del libro segundo: *Utrum virgo Maria semen emiserit in copulatione cum Spiritu Sancto*^[645].

»— ¡Eh!, ya os he dicho, señor, que no entiendo el latín; explicadme en

francés el oráculo del padre Sánchez».

El geómetra le tradujo el texto, y ambos se estremecieron de horror.

Al recién casado, Sánchez le pareció extraordinariamente ridículo, y sin embargo quedó bastante contento con Hipócrates; y se jactaba de que su mujer había cumplido todas las condiciones impuestas por este médico para hacer un hijo.

«Por desgracia, le dijo el vecino, hay muchas mujeres que no derraman ningún licor, que se limitan a recibir con aversión las caricias de sus maridos, y que no obstante tienen hijos. Este solo hecho declara contra Hipócrates y Sánchez.

»Además, es muy verosímil que la naturaleza obre siempre en los mismos casos según los mismos principios; sin embargo, hay muchas especies de animales que engendran sin cópula, como los peces de escama, las ostras, los pulgones. Por eso, los físicos han tenido que buscar una mecánica de generación que conviniese a todos los animales. El célebre Harvey^[646], que fue el primero en demostrar la circulación de la sangre, y que era digno de descubrir el secreto de la naturaleza, creyó haberlo encontrado en las gallinas, porque ponen huevos; dedujo entonces que las mujeres también ponían. Los graciosos dirán que, por ese motivo, los burgueses, e incluso algunas gentes de corte, llaman a su mujer o a su querida “gallinita mía”, y que todas las mujeres son coquetas porque querían que los gallos las encontrasen hermosas. A pesar de estas burlas, Harvey no cambió de opinión, y toda Europa aceptó que venimos de un huevo».

El hombre de los cuarenta escudos

Pero, señor, me habéis dicho que la naturaleza siempre es semejante a sí misma^[647], que siempre obra de acuerdo al mismo principio en el mismo caso: las mujeres, las yeguas, las burras, las anguilas, no ponen; os estáis riendo de mí.

El geómetra

No ponen fuera, pero sí ponen dentro; tienen ovarios como todos los pájaros; las yeguas y las anguilas también los tienen. Un huevo se separa del ovario; es empollado en la matriz. Ved todos los peces de escama, las ranas: sueltan huevos, que el macho fecunda. Las ballenas y demás animales marinos de esa especie eclosionan sus huevos en su matriz. Las polillas, las carcomas, los insectos más viles, se forman visiblemente de un huevo; todo viene de un huevo; y nuestro globo es un gran huevo que contiene todos los demás.

El hombre de los cuarenta escudos

Realmente este sistema tiene todos los caracteres de la verdad; es sencillo, es uniforme, y queda demostrado a simple vista en más de la mitad de los animales; estoy muy satisfecho con él y no quiero ningún otro; los huevos de mi mujer me son muy queridos.

El geómetra

A la larga se cansaron de ese sistema: los niños se han hecho de otra forma.

El hombre de los cuarenta escudos

¿Y por qué, si éste es tan natural?

El geómetra

Porque se ha pretendido que nuestras mujeres no tienen ovarios, sino sólo unas pequeñas glándulas.

El hombre de los cuarenta escudos

Sospecho que quienes tenían otro sistema que vender han querido desacreditar los huevos.

El geómetra

Bien pudiera ser. A dos holandeses^[648] se les ocurrió examinar el licor seminal al microscopio, el del hombre, el de varios animales, y creyeron ver animales ya totalmente formados que corrían a una velocidad increíble. Los vieron incluso en el fluido del gallo. Entonces se dedujo que los machos lo hacían todo, y nada las hembras, que sólo servían para llevar el tesoro que el macho les había confiado.

El hombre de los cuarenta escudos

Sí que es extraño. Tengo algunas dudas sobre todos esos pequeños animales que bullen de manera tan prodigiosa en un licor, para luego estar inmóviles en los huevos de los pájaros, y para estar no menos inmóviles nueve meses (salvo algunas volteretas) en el vientre de la mujer; no me parece consecuente. No es éste (por lo que puedo juzgar) el procedimiento de la naturaleza. Decidme, por favor,

¿cómo están hechos esos hombrecillos que resultan tan buenos nadadores en el licor de que me habláis?

El geómetra

Son como gusanillos. Había sobre todo un médico llamado Andry^[649] que veía gusanos en todas partes y pretendía echar absolutamente por tierra el sistema de Harvey. De haber podido, habría suprimido la circulación de la sangre porque otro la había descubierto. En fin, los dos holandeses y el señor Andry, a fuerza de caer en el pecado de Onán y ver las cosas al microscopio, redujeron al hombre a la condición de oruga. Primero somos, como ella, un gusano; de ahí nos volvemos, en nuestro envoltorio, como ella, durante nueve meses, una verdadera crisálida, que los campesinos llaman «haba». Luego, igual que la oruga llega a ser mariposa, nosotros llegamos a ser hombres: ésa es nuestra metamorfosis.

El hombre de los cuarenta escudos

Bueno, ¿y todo ha quedado ahí? ¿No ha habido después nuevas modas?

El geómetra

Se hartaron de ser orugas. Un filósofo extremadamente gracioso descubrió en una *Venus física*^[650] que era la atracción lo que hacía los niños, y ved cómo se realiza el proceso: una vez que el germen cae en la matriz, el ojo derecho atrae al ojo izquierdo, que llega para unirse a él en calidad de ojo; pero se lo estorba la nariz, que encuentra en el camino, y que le obliga a situarse a la izquierda. Lo mismo ocurre con los brazos, con los muslos y con las piernas, que dependen de los muslos. En esta hipótesis resulta difícil explicar la situación de las mamas y de las nalgas. Este gran filósofo no admite ningún designio del Ser creador en la formación de los animales. Está muy lejos de creer que el corazón esté hecho para recibir la sangre y para expulsarla, el estómago para digerir, los ojos para ver, las orejas para oír: eso le parece demasiado vulgar; todo se hace por atracción.

El hombre de los cuarenta escudos

Sí que es un sabio loco. Estoy seguro de que nadie ha podido adoptar idea tan extravagante.

El geómetra

Fueron muchos los que se rieron, pero lo triste es que semejante insensato se

parecía a los teólogos, que persiguen cuanto pueden a los mismos a los que hacen reír.

Otros filósofos han imaginado otras maneras que tampoco han tenido mucha fortuna: ya no es el brazo el que va en busca del brazo, ya no es el muslo el que corre tras el muslo; son pequeñas moléculas, pequeñas partículas de brazo y de muslo las que se colocan unas sobre otras. En última instancia, quizá se vean obligados a volver a los huevos, después de haber perdido tanto tiempo.

El hombre de los cuarenta escudos

Estoy encantado con estas teorías; pero ¿cuál ha sido el resultado de todas esas disputas?

El geómetra

La duda. Si la cuestión se hubiera debatido entre teólogos, habría habido excomuniones y derramamientos de sangre; pero los físicos no tardan en hacer las paces: cada cual se acuesta con su mujer sin pensar para nada en su ovario ni en sus trompas de Falopio. Las mujeres han quedado embarazadas o encinta sin preguntar en ningún momento cómo se produce ese misterio. De la misma manera que vos sembráis trigo, sin preocuparos de saber cómo germina en tierra.

El hombre de los cuarenta escudos

¡Oh!, sí lo sé, me lo dijeron hace mucho tiempo: germina porque se pudre⁶⁵¹. Aunque a veces me entran ganas de reírme de todo lo que me han dicho.

El geómetra

Es una tentación muy sana. Yo os aconsejo dudar de todo, menos de que los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos rectos, y de que los triángulos con igual base y la misma altura son iguales entre sí, o de otras proposiciones parecidas, como, por ejemplo, que dos y dos son cuatro.

El hombre de los cuarenta escudos

Sí, creo que es muy prudente dudar; pero noto que soy curioso desde que he hecho fortuna y tengo tiempo libre. Cuando mi voluntad mueve mi brazo o mi pierna, querría descubrir por qué resorte los mueve mi voluntad, porque probablemente hay uno. Algunas veces me maravilla poder levantar y bajar la

vista y no poder enderezar las orejas. Pienso y desearía saber un poco..., ya sabéis, tocar con el dedo mi pensamiento. Debe de ser muy curioso. Trato de averiguar si pienso por mí mismo, si Dios me da mis ideas, si mi alma ha venido a mi cuerpo en seis semanas o en un día, cómo se ha alojado en mi cerebro; si pienso mucho cuando duermo profundamente, y cuando estoy aletargado. Me devano los sesos para saber de qué manera un cuerpo da lugar a otro. No me asombran menos mis sensaciones; encuentro en ellas algo divino, y sobre todo en el goce. En ocasiones me he esforzado por imaginar un nuevo sentido, y jamás he podido lograrlo. Los geómetras saben todas estas cosas; tened la bondad de instruirme.

El geómetra

¡Ay!, pero si somos tan ignorantes como vos: dirigíos a la Sorbona.

El hombre de los cuarenta escudos, convertido en padre, discurre sobre los frailes

Cuando el hombre de los cuarenta escudos se vio padre de un niño, empezó a creerse un hombre de cierto peso en el Estado; puso su esperanza en dar al rey por lo menos diez súbditos, todos ellos útiles. Era el hombre que mejor sabía hacer cestos de todo el mundo, y su mujer una excelente costurera. Esta había nacido en la vecindad de una gran abadía que producía cien mil libras de renta. Un día, su marido me preguntó por qué esos señores, siendo tan pocos, habían devorado una proporción tan grande de cuarenta escudos. «¿Son más útiles que yo a la patria? — No, mi querido vecino. — ¿Sirven como yo al aumento de la población del país? — No, al menos en apariencia. — ¿Labran la tierra? ¿Defienden al Estado cuando es atacado? — No, ruegan a Dios por vos. — Bueno, pues ya rogaré a Dios por ellos, y repartamos.

»¿Cuánta gente útil, ya sean hombres o mujeres, creéis vos que hay en los conventos?

»— De acuerdo con los memoriales de los intendentes hechos a finales del siglo pasado, había cerca de noventa mil.

»— Según nuestra cuenta anterior, a cuarenta escudos por cabeza, sólo deberían poseer diez millones ochocientos mil libras; ¿y cuánto tienen?

»— Cerca de cincuenta millones, contando las misas y las colectas de los frailes mendicantes, que en realidad hacen pagar al pueblo un impuesto enorme. Un fraile limosnero de un convento de París se ha jactado en público de que sus

alforjas valían ochenta mil libras de renta.

»— Veamos cuánto corresponde a cada uno de esos cincuenta millones repartidos entre noventa mil cabezas tonsuradas.

»— Quinientas cincuenta y cinco libras.

»— Fuerte suma es esa en una colectividad numerosa, en la que los gastos disminuyen por la cantidad misma de los consumidores; porque, vivir juntas, a diez personas les cuesta mucho menos que si cada cual tuviera por separado su alojamiento y su mesa.

»— Los exjesuitas, a los que en la actualidad se pasa una pensión de cuatrocientas libras, ¿han salido perdiendo realmente con ese trato?

»— No lo creo; porque casi todos se han retirado a casas de parientes que los ayudan; muchos siguen diciendo misa por dinero, cosa que antes no hacían; otros se han convertido en preceptores, a otros los mantienen las beatas, todos se las han arreglado bastante bien; y son muy pocos los que hoy día, tras haber disfrutado del mundo y de la libertad, querrían volver de nuevo a sus antiguas cadenas. Dígase lo que se quiera, la vida monástica no tiene nada de envidiable. Es una máxima bastante conocida que los frailes son gentes que se reúnen sin conocerse, viven sin quererse y mueren sin echarse de menos^[652].

»— ¿Pensáis entonces que se les haría un grandísimo favor obligándoles a todos a colgar los hábitos?

»— Desde luego ganarían mucho con ello, y más todavía el Estado; se devolvería a la patria unos ciudadanos y ciudadanas que de modo temerario sacrificaron su libertad a una edad en que las leyes no permiten que disponga uno de un fondo de diez céntimos de renta; se sacarían a esos cadáveres de sus tumbas: sería una verdadera resurrección. Sus conventos se convertirían en ayuntamientos, en hospitales, en escuelas públicas, o se destinarían a manufacturas. La población crecería, se cultivarían mejor todas las artes. Y por lo menos se lograría disminuir el número de esas víctimas voluntarias fijando un número cerrado de novicios. La patria tendría más hombres útiles y menos desdichados. Ésa es la opinión de todos los magistrados, ése es el deseo unánime del pueblo desde que las mentes se han ilustrado. El ejemplo de Inglaterra y de tantas otras naciones es prueba evidente de la necesidad de esta reforma. ¿Qué haría hoy Inglaterra si, en lugar de cuarenta mil marinos, tuviera cuarenta mil frailes? Cuanto más se han multiplicado las artes,

más necesario se ha vuelto el número de hombres laboriosos. En los claustros hay, desde luego, muchos talentos sepultados que se han perdido para la nación. Para que un reino florezca es preciso el menor número posible de frailes y el mayor número de artesanos. Lejos de ser la norma para nosotros, la ignorancia y la barbarie de nuestros padres no son más que una advertencia para hacer lo que harían si estuvieran en nuestro lugar y tuviesen nuestras luces.

»— Entonces, ¿no es por odio a los frailes por lo que queréis abolirlos? ¿Es por lástima hacia ellos, por amor a la patria? Pienso como vos. No querría que mi hijo fuera fraile. Y si creyese que yo había de tener hijos para el claustro, no volvería a acostarme con mi mujer.

»— De hecho, ¿qué buen padre de familia no se lamenta de ver a su hijo o a su hija perdidos para la sociedad? A eso lo llaman *salvarse*; pero a un soldado que se salva^[653] cuando tiene que combatir lo castigan. Todos somos soldados del Estado; estamos a sueldo de la sociedad, nos convertimos en desertores cuando la abandonamos. ¿Qué digo? Los frailes son parricidas que ahogan toda una posteridad. Cada uno de los noventa mil enclaustrados que berrean o ganguean en latín podrían dar dos súbditos al Estado: eso equivale a ciento sesenta mil hombres^[654], a los que hacen perecer en su germen. Al cabo de cien años la pérdida es inmensa: es cosa demostrada.

»— ¿Por qué, pues, ha prevalecido el monaquismo? — Porque el gobierno fue, casi en todas partes, detestable y absurdo después de Constantino; porque el Imperio romano tuvo más frailes que soldados; porque había cien mil sólo en Egipto; porque estaban exentos de trabajo y de impuestos; porque los jefes de las naciones bárbaras que destruyeron el Imperio, tras hacerse cristianos para gobernar a cristianos, ejercieron la más horrible tiranía; porque las gentes se metían en tropel en los claustros huyendo de la furia de esos tiranos, y se acogían a una esclavitud para evitar otra; porque los papas, creando tantas órdenes distintas de haraganes sagrados, conseguían otros tantos súbditos en los demás Estados; porque un campesino prefiere que lo llamen “mi reverendo padre” y echar bendiciones que guiar un arado; porque no sabe que el arado es más noble que el hábito; porque prefiere vivir a costa de los tontos que de un trabajo honrado; y, por último, porque no sabe que, haciéndose monje, se prepara unos días miserables, tejidos de pesares y de arrepentimiento.

»— Vamos, señor, basta de frailes, para su dicha y la nuestra. Pero me molesta oír decir al señor de mi pueblo, padre de cuatro chicos y de tres chicas, que no sabrá dónde colocarlos si no metía monjas a sus hijas.

»— Ese argumento, tantas veces repetido, es inhumano, antipatriótico, destructivo para la sociedad.

»Siempre que puede decirse de un estado de vida, sea el que fuere: “Si todo el mundo abrazara ese estado, el género humano estaría perdido”, se demuestra que ese estado no vale nada, y que quien lo adopta perjudica al género humano dado que está en él.

»Y es evidente que si todos los muchachos y todas las muchachas se metiesen en claustros, el mundo perecería; por lo tanto, la frailería es, por esta sola razón, enemiga de la naturaleza humana, con independencia de los espantosos males que ha causado algunas veces.

»— ¿No podría decirse otro tanto de los soldados?

»— No, en absoluto: porque si cada ciudadano llevara armas por turno, como antiguamente en todas las repúblicas, y sobre todo en la de Roma, el soldado no sería sino mejor labrador; el soldado ciudadano se casa, combate por su mujer y por sus hijos. ¡Plegue a Dios que todos los labriegos sean soldados y casados! Serían excelentes ciudadanos. Pero un fraile, en cuanto fraile, sólo sirve para devorar la sustancia de sus compatriotas. No hay verdad más reconocida.

»— Pero las hijas, señor, las hijas de los pobres gentilhombres, que no pueden casarse, ¿qué han de hacer?

»— Ya se ha dicho mil veces: han de hacer lo que hacen las jóvenes de Inglaterra, de Escocia, de Suiza, de Holanda, de la mitad de Alemania, de Suecia, de Noruega, de Dinamarca, de Tartaria, de Turquía, de África, y de casi todo el resto del mundo. Serán muy buenas esposas, muy buenas madres, cuando se tenga por costumbre, como en Alemania, tomar esposas sin dote. Una mujer ahorradora y laboriosa hará mayor bien en una casa que la hija de un financiero, que gasta más en cosas superfluas de lo que ha llevado como renta a casa del marido.

»Es preciso que haya casas de retiro para la vejez, para la enfermedad, para la deformidad. Pero, por el más detestable de los abusos, las fundaciones sólo existen para la juventud y para las personas bien constituidas. En el claustro se empieza por hacer mostrar a los novicios de ambos sexos su desnudez, pese a todas las leyes del pudor; se los examina atentamente por delante y por detrás. Que una vieja jorobada se presente para entrar en un convento: la expulsarán sin la menor consideración, a menos que lleve una dote inmensa. ¿Qué digo? Toda

religiosa debe llevar dote, en caso contrario es la hez del convento. Nunca hubo abuso más intolerable.

»— Bien cierto es eso, señor, yo os juro que mis hijas nunca serán monjas. Aprenderán a hilar, a coser, a hacer encaje, a bordar, a volverse útiles. Considero los votos religiosos como un atentado contra la patria y contra uno mismo.

»Explicadme, os lo ruego, cómo es posible que un amigo mío, para llevar la contraria al género humano, pretenda que los monjes son muy útiles a la población de un Estado porque sus edificios están mejor conservados que los de los señores, y sus tierras mejor cultivadas.

»— ¡Eh!, ¿y quién es ese amigo vuestro que sostiene una proposición tan extraña?

»— Es el Amigo de los hombres^[655], o por mejor decir, el de los frailes.

»— Ha querido hacer una gracia; sabe de sobra que diez familias que tengan, cada una, cinco mil libras de renta en tierras, son cien, mil veces más útiles que un convento que goce de una renta de cincuenta mil libras, y que siempre tiene un tesoro secreto. Alaba los espléndidos edificios construidos por los monjes, y eso es precisamente lo que irrita a los ciudadanos; ésa es la causa de las quejas de Europa. El voto de pobreza condena los palacios, como el voto de humildad contradice el orgullo, y como el voto de no propagar la propia raza va contra la naturaleza.

»— Empiezo a creer que hay que desconfiar mucho de los libros.

»— Hay que obrar con ellos como con los hombres: escoger los más razonables, examinarlos, y no rendirse nunca sino ante la evidencia».

De los impuestos pagados al extranjero

Hace un mes que el hombre de los cuarenta escudos vino a verme desternillándose de risa, y reía de tan buena gana que también yo me eché a reír sin saber de qué se trataba; que así de imitador ha nacido el hombre, así nos domina el instinto, y así de contagiosos son los grandes movimientos del ánimo:

Ut ridentibus arident, ita flentibus adflent ^[656]

Humani vultus.

Cuando terminó de reírse, me dijo que acababa de encontrar a un hombre que se decía protonotario de la Santa Sede, y que ese hombre enviaba una gran cantidad de dinero a trescientas leguas de aquí, a un italiano, en nombre de un francés a quien el rey había concedido un pequeño feudo, y que este francés nunca podría disfrutar de los beneficios del rey si no daba a ese italiano el primer año de su renta^[657].

«Eso es muy cierto, le dije, pero no es cosa para tanta risa. A Francia le cuesta cerca de cuatrocientas mil libras anuales en pequeños derechos de esa clase; y, durante los dos siglos y medio aproximadamente que pervive esa costumbre, ya hemos pagado a Italia ochenta millones.

»— ¡Santo cielo!, exclamó, ¡qué de veces cuarenta escudos! De modo que ese italiano ¿nos sometió hace dos siglos y medio, y nos impuso dicho tributo? — Cierto, le respondí, antaño nos lo imponía de una forma mucho más onerosa. Lo de ahora no es más que una bagatela en comparación con lo que sacó durante muchísimo tiempo de nuestra pobre nación, y de las demás pobres naciones de Europa». Entonces le conté de qué modo se habían establecido esas santas usurpaciones. Como sabe algo de historia y tiene buen sentido, comprendió fácilmente que habíamos sido esclavos y que todavía nos quedaba un trocito de cadena. Criticó mucho tiempo con gran energía este abuso, pero ¡con qué respeto por la religión en general! ¡Qué forma de reverenciar a los obispos! ¡Cómo les deseaba muchos cuarenta escudos, para que los gastasen en sus diócesis en buenas obras!

También quería que todos los curas de pueblo tuviesen un número de cuarenta escudos suficiente para permitirles vivir con decencia. «Es triste, decía, que un cura se vea obligado a disputar tres gavillas de trigo a su oveja, y que no sea pagado con magnanimidad por la provincia. Es vergonzoso que estos curas estén siempre pleiteando con sus señores. Esas disputas eternas por derechos imaginarios, por los diezmos, destruyen la consideración que se les debe. El desdichado labrador, que ya ha pagado a los encargados su diezmo, y los dos céntimos por libra, y los pechos, y la capitación, y el rescate del alojamiento de la tropa después de haber alojado a la tropa, etc., etc., etc., este desventurado, digo, que encima ve al cura quitarle la décima parte de su cosecha, ya no lo mira como a su pastor, sino como a su desollador, que le arranca la poca piel que le queda. Sabe bien que, cuando le quitan la décima gavilla de derecho divino, se ha ejercido contra él la crueldad diabólica de no tener en cuenta lo que le ha costado hacer

crecer esa gavilla. ¿Qué le queda para sí y para su familia? Llantos, penuria, desánimo, desesperación, y muere de fatiga y de miseria. Si al cura le pagase la provincia, sería el consuelo de sus feligreses en vez de ser mirado por éstos como su enemigo».

Este digno hombre se emocionaba pronunciando estas palabras; amaba a su patria e idolatraba el bien público. A veces exclamaba: «¡Qué nación la francesa, si quisieran!».

Fuimos a ver a su hijo, a quien la madre, muy limpia y bien lavada, daba a mamar una gran teta blanca. El niño estaba muy hermoso. «¡Ay!, dijo el padre, aquí estás, ¡y sólo tienes veintitrés años de vida y cuarenta escudos que pretender!».

De las proporciones

El producto de los extremos es igual al producto de los medios, pero dos costales de trigo robados no son, a quienes los han robado, como es la pérdida de su vida al interés de la persona robada.

El prior de..., a quien dos de sus jornaleros habían robado dos sextarios de trigo, acaba de hacer ahorcar a los dos delincuentes. Esta ejecución le ha costado más de lo que le valió su cosecha, y desde entonces ya no encuentra criados.

Si las leyes hubieran ordenado que quienes roban trigo a su amo labren su campo toda la vida con grilletas en los pies y una campanilla al cuello atada a una argolla, ese prior habría ganado mucho. Al crimen hay que asustarlo, cierto; pero el trabajo forzado y la vergüenza duradera lo intimidan más que la horca.

Hace unos meses, un malhechor fue condenado en Londres a ser trasladado a América para trabajar allí en los ingenios de azúcar con los negros. En Inglaterra, como en muchos otros países, todos los criminales tienen derecho a presentar un requerimiento al rey, bien para conseguir el perdón absoluto, bien para la disminución de la pena. Este presentó un requerimiento para que lo ahorcasen. Alegó que odiaba a muerte el trabajo, y que prefería ser estrangulado en un minuto antes que verse obligado a estar fabricando azúcar toda su vida.

No todos piensan así, cada cual tiene su gusto; pero ya se ha dicho, y hay que repetirlo, que un ahorcado no sirve para nada, y que los suplicios deben ser

útiles.

Hace unos años, en la Tartaria se condenó a dos jóvenes a ser empalados por haber mirado (con el bonete en la cabeza) pasar una procesión de lamas. El emperador de la China^[658], hombre de mucho ingenio, dijo que él los habría condenado a ir delante de la procesión con la cabeza descubierta durante tres meses.

«Proporcionad las penas a los delitos», ha dicho el marqués de Beccaria; los que hicieron las leyes no eran geómetras.

Si el abate Guyon, o Coger, o el exjesuita Nonnotte, o el exjesuita Patouillet, o el predicante La Beaumelle^[659], escriben miserables libelos en los que no hay ni verdad, ni razón, ni ingenio, ¿habréis de hacerlos ahorcar como el prior de... ha hecho ahorcar a sus dos criados, y ello so pretexto de que los calumniadores son más culpables que los ladrones?

¿Condenaréis a Fréron^[660] mismo a galeras por haber insultado el buen gusto, y por haber mentido toda su vida con la esperanza de pagar a su tabernero?

¿Pondréis en la picota al señor Larcher^[661] porque ha sido muy pesado, porque ha acumulado error tras error, porque nunca ha sabido distinguir ningún grado de probabilidad, porque afirma que, en una grande y antigua ciudad, famosa por su civilización y por los celos de los maridos, es decir, en Babilonia, donde las mujeres estaban guardadas por eunucos, todas las princesas iban devotamente a conceder en público sus favores a los extranjeros, por dinero, en la catedral? Contentémonos con enviarlo a ese lugar para que aproveche tal clase de aventuras; seamos moderados en todo; hagamos las penas proporcionales a los delitos.

Perdonemos a ese pobre Jean-Jacques^[662] cuando sólo escribe para contradecirse; cuando, después de haber estrenado una comedia silbada en el teatro de París, injuria a los que la hacen representar a cien leguas de allí; cuando busca protectores, y los ultraja; cuando grita contra las novelas, y hace novelas cuyo héroe es un preceptor idiota que recibe limosna de una suiza a la que ha hecho un hijo, y que va a gastarse ese dinero a un burdel de París; dejémosle creer que ha superado a Fénélon y a Jenofonte educando a un joven de calidad en el oficio de carpintero: esas extravagantes simplezas no merecen un decreto de encarcelamiento; las casas para locos tienen de sobra con buenos caldos, sangrías y régimen.

Aborrezco las leyes de Dracón, que castigaban por igual los crímenes y las faltas, la maldad y la locura. No tratemos al jesuita Nonnotte, que sólo es culpable de haber escrito idioteces e injurias, como trataron a los jesuitas Malagrida, Oldecorn, Garnet, Guignard, Guéret, y como se debería tratar al jesuita Le Tellier, que engañó a su rey y sembró la discordia en Francia^[663]. En todo pleito, en toda contienda, en toda disputa, distingamos ante todo al agresor del ultrajado, al opresor del oprimido. La guerra ofensiva es propia de un tirano; quien se defiende es un hombre justo.

Cuando me hallaba sumido en estas reflexiones, vino a verme bañado en lágrimas el hombre de los cuarenta escudos. Le pregunté muy alterado si su hijo, que debía vivir veintitrés años, había muerto: «No, dijo, el pequeño está bien, lo mismo que mi esposa; pero me llamaron a declarar contra un molinero a quien han hecho sufrir el tormento ordinario y extraordinario^[664], y que ha resultado ser inocente; lo he visto desmayarse cuando le aplicaban las torturas redobladas; he oído crujir sus huesos; todavía oigo sus gritos y sus aullidos; me persiguen, lloro de lástima y tiemblo de horror». También yo me eché a llorar y a temblar, porque soy de natural extremadamente sensible.

Entonces mi memoria me recordó la espantosa aventura de Calas^[665], una virtuosa madre encarcelada, sus hijas desconsoladas y fugitivas, su casa entregada al pillaje, un respetable padre de familia quebrantado por la tortura, agonizando en la rueda y expirando en medio de las llamas, un hijo cargado de cadenas, llevado a rastras ante los jueces, y uno de estos diciéndole: «Acabamos de dar tormento en la rueda a vuestro padre, y haremos lo mismo con vos».

Me acordé de la familia de los Sirven^[666], a la que uno de mis amigos encontró en unos montes cubiertos de nieve cuando huía de la persecución de un juez tan inicuo como ignorante. «Este juez, me dijo mi amigo, condenó a toda esa familia inocente al cadalso, suponiendo, sin la menor apariencia de prueba, que el padre y la madre, ayudados por dos de sus hijas, habían degollado y ahogado a la tercera, por temor a que fuese a misa». En juicios de esta especie yo veía a un tiempo los excesos de la estupidez, de la injusticia y de la barbarie.

El hombre de los cuarenta escudos y yo deplorábamos la naturaleza humana. Yo llevaba en el bolsillo el discurso de un fiscal del Delfinado^[667], que trataba en parte sobre estas interesantes materias. Le leí los siguientes pasajes:

En verdad que fueron hombres realmente grandes los primeros que se atrevieron a encargarse de gobernar a sus semejantes y de imponerse el fardo de la

felicidad pública; que, por el bien que pretendían hacer a los hombres, se expusieron a su ingratitude y, por el sosiego de un pueblo, renunciaron al suyo; que se situaron, por así decir, entre los hombres y la Providencia, para procurarles con artificios una felicidad que ésta parecía haberles negado.

¿Qué magistrado algo sensible a sus deberes, a la sola humanidad, podría sostener tales ideas? En la soledad de un gabinete, ¿dejará de estremecerse de horror y de piedad al pasar la vista por estos legajos, monumentos desventurados del crimen o la inocencia? ¿No le parece estar oyendo salir voces gimientes de esas fatales escrituras, y urgirle a decidir el destino de un ciudadano, de un esposo, de un padre, de una familia? ¿Qué juez despiadado (si se ha encargado de un solo proceso criminal) podrá pasar con sangre fría delante de una cárcel? «¡Soy yo, dirá, quien encierra en esta detestable morada a mi semejante, acaso mi igual, mi conciudadano, un hombre al fin! ¡Soy yo el que lo encadeno todos los días, quien cierra tras él estas odiosas puertas! Quizá la desesperación se haya apoderado de su alma; lanza hacia el cielo mi nombre acompañado de sus maldiciones; y sin duda pone por testigo contra mí al gran Juez que nos observa y debe juzgarnos a los dos».

De repente, a mis ojos se ofrece un espectáculo espantoso: el juez se cansa de interrogar con palabras, quiere interrogar mediante suplicios: impaciente en sus investigaciones, y tal vez irritado por su inutilidad, manda traer antorchas, cadenas, palancas y todos esos instrumentos inventados para el dolor. Un verdugo irrumpe en las funciones de la magistratura, y concluye mediante la violencia un interrogatorio empezado en la libertad.

Dulce filosofía, tú que solo con atención y paciencia buscas la verdad, ¿esperabas que, en tu siglo, se empleasen tales instrumentos para descubrirla?

¿Es cierto que aprueban nuestras leyes este método inconcebible, y que la costumbre lo consagra?

Sus leyes imitan sus prejuicios; los castigos públicos son tan crueles como las venganzas particulares, y los actos de su razón apenas son menos despiadados que los de sus pasiones. ¿Cuál es la causa de esa extravagante oposición? Que nuestros prejuicios son antiguos y nuestra moral reciente, que estamos tan convencidos de nuestros sentimientos como desatentos somos a nuestras ideas; que la avidez de los placeres nos impide reflexionar sobre nuestras necesidades, y que tenemos más prisa por vivir que por guiarnos. Es, en una palabra, porque nuestras costumbres son agradables, y porque no son buenas; es porque somos cortesés, pero no somos

simplemente humanos.

Estos fragmentos dictados por la elocuencia a la humanidad llenaron el corazón de mi amigo de un dulce consuelo. Estaba maravillado y emocionado. «¡Vaya!, decía en medio de su arrebato, ¿en provincias se hacen estas obras maestras? ¡Si me habían dicho que sólo hay un París en el mundo!

»— Sólo hay un París, le dije, donde se hacen óperas cómicas; pero, en la actualidad, en provincias hay muchos buenos magistrados que piensan con igual virtud y que se expresan con la misma fuerza. Antiguamente, los oráculos de la justicia, como los de la moral, no eran sino ridículos. El doctor Balouard declamaba en el foro y Arlequín en el púlpito. Por fin ha llegado la filosofía, y ha dicho: “Hablad en público sólo para decir verdades nuevas y útiles, con la elocuencia del sentimiento y de la razón”.

»— Pero si no tenemos nada nuevo que decir, exclamaron los charlatanes. — Entonces callaos, respondió la filosofía; todos estos vanos discursos de aparato, que no contienen más que frases, son como el fuego de la noche de San Juan, que se enciende el día del año que menos necesidad hay de calentarse: no causa ningún placer, y de él no queda siquiera la ceniza.

»Que toda Francia lea los libros buenos. Porque, a pesar de los progresos del espíritu humano, se lee poquísimos; y, entre los que algunas veces quieren instruirse, la mayoría lee muy mal. Mis vecinos y mis vecinas juegan, después de cenar, a un juego inglés cuyo nombre me cuesta gran esfuerzo pronunciar, porque se llama *wisk*. Muchos buenos burgueses, muchas cabezas importantes, que se creen cabezas sensatas, os dicen, dándose aires de importancia, que los libros no sirven para nada. Pero, señores *welches*^[668], ¿no sabéis que sólo estáis gobernados por libros? ¿No sabéis que las ordenanzas civiles, el código militar y el Evangelio son libros de los que dependéis continuamente? Leed, ilustraos; sólo con la lectura se fortalece el alma; la conversación la disipa, el juego la encoge.

»— Tengo muy poco dinero, me respondió el hombre de los cuarenta escudos; pero si alguna vez consigo una pequeña fortuna, compraré libros en casa de Marc-Michel Rey^[669]».

De la sífilis

El hombre de los cuarenta escudos vivía en un pequeño cantón donde desde

hacía cincuenta años nunca había habido guarnición militar. En ese confín de tierra desconocido las costumbres eran puras como el aire que lo rodea. No se sabía que, además, el amor pudiera ser infectado por un veneno destructor, que las generaciones fueran atacadas en su germen, y que la naturaleza, contradiciéndose a sí misma, pudiese volver horrible la ternura y horroroso el placer; se entregaban al amor con la seguridad de la inocencia. Llegaron tropas, y todo cambió.

Dos lugartenientes, el capellán del regimiento, un cabo y un soldado de recluta, recién salido del seminario, bastaron para envenenar doce pueblos en menos de tres meses. Dos primas del hombre de los cuarenta escudos se vieron cubiertas de pústulas callosas; se les cayó su hermoso pelo, la voz se les enronqueció, los párpados de sus ojos fijos y apagados se cargaron de un color lívido y nunca más volvieron a cerrarse para dejar entrar el reposo en los miembros dislocados, que una carie secreta empezaba a roer como los del árabe Job, aunque Job no tuvo nunca esa enfermedad.

El cirujano jefe del regimiento, hombre de gran experiencia, se vio obligado a pedir al tribunal ayudas para curar a todas las mujeres de la región. El ministro de la Guerra, siempre inclinado por afición a consolar al bello sexo, envió una leva de ayudantes de cirujano, que echaron a perder con una mano lo que curaron con la otra.

El hombre de los cuarenta escudos estaba leyendo entonces la historia filosófica de *Cándido*, traducida del alemán por el doctor Ralph, que demuestra hasta la evidencia que todo está bien, y que era absolutamente «imposible», en el mejor de los mundos «posibles», que la sífilis, la peste, los cálculos, la arenilla, las escrófulas, la cámara de Valence^[670] y la Inquisición no figurasen en la composición del universo, de ese universo hecho exclusivamente para el hombre, rey de los animales, e imagen de Dios, al que se ve de sobra que se parece como dos gotas de agua.

En la historia verdadera de *Cándido* leía que el famoso doctor Pangloss había perdido en el tratamiento un ojo y una oreja. «¡Ay!, dijo, mis dos primas, mis dos pobres primas, ¿se quedarán ojituertas o tuertas y desorejadas? — No, le dijo el cirujano jefe consolándolo; los alemanes^[671] tienen la mano pesada, pero nosotros, nosotros curamos a las mujeres enseguida, con seguridad y de un modo agradable».

Y en efecto, las dos lindas primas se libraron con sólo la cabeza hinchada como un globo durante seis semanas, con la pérdida de la mitad de los dientes y la

lengua medio palmo fuera de la boca, y con morirse tísicas al cabo de seis meses.

Durante la operación, el primo y el cirujano jefe discurrieron de la siguiente forma:

El hombre de los cuarenta escudos

¿Es posible, señor, que la naturaleza haya unido tan espantosos tormentos a un placer tan necesario, tanta vergüenza a tanta gloria, y que sea más peligroso hacer un niño que matar a un hombre? ¿Será verdad al menos, para nuestro consuelo, que esta plaga va disminuyendo algo en la Tierra, y que cada día se vuelve menos peligrosa?

El cirujano jefe

Todo lo contrario, cada vez se difunde más por toda la Europa cristiana; se ha extendido hasta Siberia; he visto morir de ella a más de cincuenta personas, y sobre todo a un gran general y a un ministro de Estado muy prudente. Pocos pechos débiles resisten a la enfermedad y al remedio. Las dos hermanas, la pequeña y la mayor^[672], se han conjurado, más todavía que los frailes, para destruir al género humano.

El hombre de los cuarenta escudos

Razón de más para abolir los frailes, a fin de que, devueltos a la condición de hombres, reparen un poco el mal que hacen esas dos hermanas. Decidme, por favor, si los animales tienen la sífilis.

El cirujano

Ni la viruela, ni la sífilis, ni los monjes se conocen entre sí.

El hombre de los cuarenta escudos

Hemos de confesar entonces que son más felices y más prudentes que nosotros en este mundo inmejorable.

El cirujano

Nunca lo he dudado; tienen muchas menos enfermedades que nosotros; su instinto es más seguro que nuestra razón: nunca los atormenta ni el pasado ni el

futuro.

El hombre de los cuarenta escudos

Vos habéis sido cirujano de un embajador de Francia en Turquía: ¿hay mucha sífilis en Constantinopla?

El cirujano

Los franceses la llevaron al arrabal de Péra, donde viven. Allí conocí a un capuchino que estaba roído como Pangloss; pero no había logrado entrar en la ciudad: los franceses no duermen casi nunca en ella. En esa ciudad inmensa casi no hay rameras. Cada hombre rico tiene varias mujeres, esclavas de Circasia, siempre guardadas, siempre vigiladas, cuya belleza no puede ser peligrosa. Los turcos llaman a la sífilis *el mal cristiano*, y eso aumenta el profundo desprecio que sienten por nuestra teología. Pero a cambio tienen la peste, enfermedad de Egipto, de la que hacen poco caso y que nunca se toman el trabajo de prevenir.

El hombre de los cuarenta escudos

¿En qué época creéis que empezó esta plaga en Europa?

El cirujano

Al retorno del primer viaje de Cristóbal Colón de unos pueblos inocentes que no conocían ni la codicia ni la guerra, hacia el año 1494. Aquellas naciones sencillas y justas padecían esa enfermedad desde tiempo inmemorial, de la misma forma que la lepra reinaba entre los árabes y los judíos, y la peste entre los egipcios. El primer fruto que los españoles recogieron de su conquista del Nuevo Mundo fue la sífilis, que se difundió con más rapidez que la plata de México, que no empezó a circular por Europa sino mucho tiempo después. Y la razón es que entonces había, en todas las ciudades, magníficas casas públicas llamadas burdeles, establecidas por la autoridad de los soberanos para preservar el honor de las damas. Los españoles llevaron el veneno a estas casas privilegiadas, de las que príncipes y obispos sacaban las mujeres que necesitaban. Se ha dicho que en Constanza hubo setecientas dieciocho mujeres para servir al concilio que con tanta devoción mandó quemar a Juan Hus y a Jerónimo de Praga.

Por este solo hecho puede juzgarse con qué rapidez recorrió la enfermedad todos los países. El primer noble que murió de ella fue el ilustrísimo y reverendísimo obispo y virrey de Hungría, en 1499, a quien Bartolomeo

Montanagua, gran médico de Padua, no pudo curar. Gualtieri asegura que el arzobispo de Maguncia, Bertoldo de Henneberg, «Atacado por la sífilis entregó su alma a Dios en 1504». Se sabe que nuestro rey Francisco I murió de ella. Enrique III la cogió en Venecia, pero Jacques Clément, fraile dominico, logró prevenir el efecto de la enfermedad^[673].

El parlamento de París, siempre celoso del bien público, fue el primero en dictar, en 1497^[674], un decreto contra la sífilis. Prohibió a todos los sifilíticos quedarse en París «so pena de horca». Pero como no resultaba fácil probar jurídicamente a burgueses y burguesas que estaban incurso en delito, el decreto no tuvo mayor efecto que los que más tarde se dictaron contra el emético; y, a pesar del parlamento, el número de culpables aumentó sin cesar. Ciertamente que si los hubieran exorcizado en lugar de ahorcarlos, hoy no quedaría ni uno por el mundo; pero en eso, por desgracia, no se pensó nunca.

El hombre de los cuarenta escudos

¿Es cierto lo que he leído en *Cándido*^[675], que entre nosotros, cuando dos ejércitos de treinta mil hombres cada uno marchan juntos en orden de batalla, puede apostarse a que hay veinte mil sifilíticos por cada lado?

El cirujano

Demasiado cierto. Lo mismo ocurre con las licencias de la Sorbona. ¿Queréis que hagan jóvenes bachilleres, en quienes la naturaleza habla más alto y con más vigor que la teología? Puedo juraros que, proporcionalmente, mis colegas y yo hemos tratado a más curas jóvenes que a jóvenes oficiales.

El hombre de los cuarenta escudos

¿No habría ninguna forma de extirpar ese contagio que asola Europa? Si ya se ha intentado debilitar el veneno de la viruela, ¿no puede hacerse nada contra el de la sífilis?

El cirujano

Sólo habría un medio: que todos los príncipes de Europa se conjuraran entre sí como en los tiempos de Godofredo de Bouillon. Una cruzada contra la sífilis sería desde luego mucho más razonable que las que antiguamente se emprendieron de manera tan desafortunada contra Saladino, Melecsalá^[676] y los albigenses. Más valdría concertarse para rechazar al enemigo común del género

humano que estar continuamente ocupados en acechar el momento favorable de devastar la tierra y cubrir los campos de cadáveres para arrancar al vecino dos o tres ciudades y unas cuantas aldeas. Hablo contra mi interés, porque la guerra y la sífilis son mi fuente de ingresos; pero hay que ser hombre antes que cirujano jefe.

Así es como el hombre de los cuarenta escudos fue formándose, como dicen, «la inteligencia y el corazón»^[677]. No sólo heredó a sus dos primas, que murieron al cabo de seis meses, sino que también recibió la herencia de un pariente muy lejano que había sido subarrendatario de hospitales del ejército y que había engordado mucho poniendo a dieta a los soldados heridos. Este hombre no había querido casarse nunca: tenía un serrallo bastante numeroso. No reconoció a ninguno de sus parientes, vivió en la crápula y murió en París de indigestión. Como puede verse, era un hombre muy útil al Estado.

Nuestro nuevo filósofo se vio obligado a ir a París para recoger la herencia de su pariente. Al principio, los recaudadores de impuestos se la disputaron. Él tuvo la suerte de ganar el proceso, y la generosidad de dar a los pobres de su cantón, que no tenían su contingente de cuarenta escudos de renta, una parte de los despojos del ricacho. Luego se dispuso a satisfacer su gran pasión, tener una biblioteca.

Por la mañana leía y hacía resúmenes, y por la tarde consultaba a los sabios para saber en qué lengua había hablado la serpiente a nuestra buena madre; si el alma está en el cuerpo calloso o en la glándula pineal; si san Pedro había vivido veinticinco años en Roma^[678]; qué diferencia específica existe entre un trono y una dominación, y por qué los negros tienen la nariz achatada. Además, se propuso no gobernar nunca el Estado, ni escribir ningún folleto contra las comedias nuevas. Lo llamaban señor André, era su nombre de pila. Quienes lo conocieron ponderan su modestia y sus cualidades, tanto naturales como adquiridas. Se construyó una casa cómoda en su antigua finca de cuatro arpendes. Su hijo estará pronto en edad de ir al colegio, pero quiere que vaya al colegio de Harcourt, y no al de Mazarino, a causa del profesor Coger, que escribe libelos, y porque no es necesario que un profesor de colegio escriba libelos.

La señora André le dio una hija preciosa, que él espera casar con un consejero de la corte, siempre que ese magistrado no tenga la enfermedad que el cirujano jefe quiere extirpar en la Europa cristiana.

Gran disputa

Durante la estancia del señor André en París hubo una disputa importante. Se trataba de saber si Marco Antonino^[679] era un hombre de bien, y si estaba en el infierno o en el purgatorio, o en el limbo, en espera del día de la resurrección. Todos los hombres honrados tomaron partido en favor de Marco Antonino. Decían: «Antonino fue siempre justo, sobrio, casto, benéfico. Ciertamente que no tiene en el paraíso un lugar tan estupendo como el de San Antonio; porque en todo hay que guardar las proporciones, como hemos visto; pero, desde luego, el alma del emperador Antonino no está asándose en el infierno. Si está en el purgatorio, hay que sacarla de ahí; basta con decir misas por él. Los jesuitas no tienen otra cosa que hacer; que digan tres mil misas por el descanso del alma de Marco Antonino; a quince *sous* la pieza, ganarán con ello dos mil doscientas cincuenta libras. Además, hay que tener respeto por una cabeza coronada; no hay que condenarla a la ligera».

Los adversarios de estas buenas gentes pretendían, por el contrario, que con Marco Antonino no se podía llegar a ningún compromiso; que era un hereje; que los carpocracianos y los álogos^[680] no habían sido tan malvados como él; que había muerto sin confesión; que había que dar un escarmiento; que convenía condenarlo para enseñar a vivir a los emperadores de China y de Japón, a los de Persia, Turquía y Marruecos, a los reyes de Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Prusia, al estatúder de Holanda, a los primeros magistrados del cantón de Berna, que no acudían con más frecuencia que el emperador Marco Antonino a la confesión; y, por último, que es un placer indecible dictar decretos contra soberanos muertos cuando no pueden lanzarse contra ellos si están vivos, por miedo a perder las orejas.

La querrela llegó a ser tan seria como lo fue antiguamente la de las ursulinas y las anunciadas, que disputaron sobre quién llevaría más tiempo huevos pasados por agua entre las nalgas sin romperlos. Se temió un cisma, como en los tiempos de los cien y un cuentos de mamá oca, y de ciertos billetes pagaderos al portador en el otro mundo^[681]. ¡Qué cosa tan espantosa es un cisma! Significa *división en las opiniones*, y hasta ese momento fatal todos los hombres habían pensado lo mismo.

El señor André, excelente ciudadano, invitó a los cabecillas de las dos facciones a cenar. Es uno de los buenos anfitriones que tenemos; de humor suave y vivo, su alegría no es ruidosa; es accesible y abierto; no tiene esa clase de ingenio que parece querer sofocar el de los otros; la autoridad que ejerce se debe sólo a sus prendas, a su moderación, a una fisonomía abierta que resulta muy persuasiva. Habría conseguido que cenasen alegremente juntos un corso y un genovés^[682], un

representante de Ginebra y un negativo^[683], el muftí y un arzobispo. Con habilidad consiguió sosegar los primeros ataques que los polemistas se lanzaban, cambiando de conversación y refiriendo un cuento muy agradable que alegró tanto a los condenadores como a los condenados. Luego, cuando todos hubieron bebido bastante, les hizo firmar que el alma del emperador Marco Antonino permanecería *in statu quo*, es decir, no sé dónde, en espera de un juicio definitivo.

Las almas de los doctores volvieron apaciblemente a sus limbos después de la cena: todo se sosegó. Este arreglo honró muchísimo al hombre de los cuarenta escudos; y cada vez que surgía una disputa muy áspera, muy virulenta, entre gentes cultas o incultas, se decía a los dos bandos: «Señores, id a cenar a casa del señor André».

Sé de dos facciones encarnizadas que, por no haber ido a cenar a casa del señor André, se han atraído grandes males^[684].

Malvado expulsado

La reputación que había adquirido el señor André de aplacar las disputas dando buenas cenas le granjeó, la semana pasada, una singular visita. Un hombre sombrío, bastante mal vestido, jorobado, con la cabeza ladeada sobre un hombro, la mirada perdida y las manos muy sucias, fue a conminarle a que lo invitase a cenar con sus enemigos.

«¿Quiénes son vuestros enemigos?, le dijo el señor André, ¿y quién sois vos? — Por desgracia, señor, replicó él, confieso que se me tiene por uno de esos pícaros que hacen libelos para ganarse el pan, y que gritan: “¡Dios, Dios, Dios, religión, religión!”, para pillar alguna prebenda. Se me acusa de haber calumniado a los ciudadanos más auténticamente religiosos, a los más sinceros adoradores de la Divinidad, a las personas más honradas del reino. Verdad es, señor, que en el acaloramiento de la escritura, a las gentes de mi oficio se les escapan a menudo pequeñas imprudencias que se toman por groseros errores, extravíos que se califican de mentiras impúdicas. Nuestro celo se mira como una mezcla horrible de picardía y fanatismo. Según dicen, mientras sorprendemos la buena fe de algunas viejas imbéciles, somos el desprecio y la execración de todas las gentes honradas que saben leer.

»Mis enemigos son los principales miembros de las más ilustres academias de Europa, escritores respetados y ciudadanos bienhechores. Acabo de sacar a la

luz una obra que he titulado *Anti-filosófica*^[685]. Yo solo tenía sanas intenciones, pero nadie ha querido comprar mi libro. A los que se lo he presentado, lo han arrojado al fuego diciéndome que no sólo era antirrazonable, sino anticristiano y antidecente.

»— Bueno, le dijo el señor André, imitad a los mismos que habéis presentado vuestro libelo; arrojadlo al fuego, y no se hable más. Celebro mucho vuestro arrepentimiento, pero no puedo invitaros a cenar con personas inteligentes que no pueden ser vuestros enemigos, dado que no os leerán nunca.

»— ¿No podríais al menos, señor, dijo el hipócrita, reconciliarme con los parientes del difunto señor de Montesquieu, cuya memoria he ultrajado para glorificar al reverendo padre Routh, que fue a importunar sus últimos instantes y hubo de ser expulsado de sus aposentos^[686]? — ¡Diablo!, le dijo el señor André, pues no hace tiempo ni nada que murió el reverendo padre Routh; idos a cenar con él».

No hay hombre tan rudo como el señor André cuando tiene que enfrentarse a esta especie de granujas imbéciles. Se dio cuenta de que el hipócrita quería cenar en su casa con hombres de mérito únicamente para entablar una disputa, para calumniarlos luego, para escribir contra ellos, para imprimir nuevas mentiras. Lo echó de su casa como habían echado a Routh de los aposentos del presidente de Montesquieu.

Es difícil engañar al señor André. Cuanto más tenía de simple y de ingenuo cuando era el hombre de los cuarenta escudos, más tuvo luego de avisado cuando conoció a los hombres.

El buen sentido del señor André

¡Cuánto se ha reforzado el buen sentido del señor André desde que tiene biblioteca! Vive con los libros igual que con los hombres; elige; y nunca se deja engañar por los nombres. ¡Qué satisfacción instruirse y ampliar el espíritu por un escudo, sin salir de casa!

Se felicita de haber nacido en un siglo en el que la razón humana empieza a perfeccionarse.

«¡Qué desdichado sería, dice, de haber nacido en la época del jesuita

Garasse, del jesuita Guignard, o del doctor Boucher, del doctor Aubry, del doctor Guincestre^[687], o en los tiempos en que se condenaba a galeras a los que escribían contra las categorías de Aristóteles!^[688]»

Si la miseria había debilitado los resortes de la mente del señor André, el bienestar les devolvió su elasticidad. Hay mil hombres como el señor André en el mundo, a los que en la rueda de la fortuna les ha faltado suerte para llegar a ser hombres de verdadero mérito.

Hoy está al corriente de todos los asuntos políticos europeos, y sobre todo del progreso del entendimiento humano.

«Me parece, me decía el martes pasado, que la Razón viaja a jornadas cortas, del Norte al Mediodía, con sus dos amigas íntimas, la Experiencia y la Tolerancia. La Agricultura y el Comercio la acompañan^[689]. Se presentó en Italia, pero se vio rechazada por la Congregación del *Índice*^[690]. Lo único que pudo hacer fue enviar en secreto a varios de sus agentes, que no dejan de hacer el bien. Unos pocos años más, y el país de los Escipiones dejará de ser el de los Arlequines frailunos.

»De vez en cuando topa en Francia con enemigos encarnizados; pero tiene tantos amigos que al final tendrá que ser primer ministro.

»Cuando se presentó en Baviera y en Austria, encontró dos o tres cabezas pensantes con peluca que la miraron con unos ojos estúpidos y asombrados. Le dijeron: “Señora, nunca hemos oído hablar de vos; no os conocemos. — Señores, les respondió ella, con el tiempo me conoceréis y me amaréis. Soy muy bien acogida en Berlín, en Moscú, en Copenhague, en Estocolmo. Hace mucho que, gracias al crédito de Locke, de Gordon, de Trenchard, de milord de Shaftesbury^[691] y de tantos otros, recibí mis cartas de naturaleza en Inglaterra. Un día vosotros me las concederéis. Soy hija del Tiempo, y lo espero todo de mi padre”.

»Cuando pasó por las fronteras de España y de Portugal, bendijo a Dios al ver que las hogueras de la Inquisición ya no se encendían con tanta frecuencia; concibió grandes esperanzas al ver expulsar a los jesuitas; pero temió que, al limpiar el país de zorros, lo dejaran expuesto a los lobos^[692].

»Si además hace intentos por entrar en Italia, se cree que empezará asentándose en Venecia, y que se quedará en el reino de Nápoles, a pesar de todas las licuefacciones de esa región, a la que le dan vapores^[693]. Dicen que tiene un secreto infalible para desatar los cordones de una corona si están enredados, no sé

cómo, en los de una tiara, y para impedir que las hacaneas se sometan a las mulas^[694]».

En fin, que la conversación del señor André me agrada mucho; y cuanto más lo trato, más le aprecio.

De una buena cena en casa del señor André

Ayer cenamos juntos en compañía de un doctor de la Sorbona; del señor Pinto^[695], célebre judío; del capellán de la capilla reformada del embajador de Batavia; del secretario del señor príncipe Galitzin^[696], de rito griego; de un capitán suizo, calvinista; de dos filósofos y de tres damas de talento.

La cena fue muy larga, y sin embargo no se discutió sobre religión en absoluto, como si ninguno de los comensales la hubiese tenido nunca; hay que admitir que así de civilizados nos hemos vuelto, y que es mucho lo que tememos apenar a unos hermanos durante una cena. No pasa lo mismo con el regente Coger, ni con el exjesuita Nonnotte, ni con el exjesuita Patouillet, ni con el exjesuita Rotalier^[697], ni con el resto de animales de esa especie. Estos bellacos os dicen más tonterías en un folleto de dos páginas que cosas agradables e instructivas pueden decir en una cena de cuatro horas las mejores cabezas de París. Y lo más extraño es que no se atreverían a decir a la cara de nadie lo que tienen la desvergüenza de imprimir.

La conversación giró al principio sobre una broma de las *Cartas persas*^[698], donde se repite, de acuerdo con varios personajes muy serios, que el mundo no sólo va empeorando, sino despoblándose todos los días; de suerte que, si el proverbio «Cuanto más locos hay, más se ríe uno» encierra alguna verdad, la risa será incesantemente desterrada de la Tierra.

El doctor de la Sorbona aseguró que, de hecho, el mundo se había reducido a casi nada. Citó al padre Petau^[699], quien demuestra que, en menos de trescientos años, uno solo de los hijos de Noé (no sé si era Sem o Jafet) había procreado de su cuerpo una sucesión de descendientes que se elevaba a seiscientos veintitrés mil seiscientos doce millones trescientos cincuenta y ocho mil fieles, el año 285 después del diluvio universal.

El señor André preguntó por qué en tiempos de Felipe el Hermoso^[700], es decir, unos trescientos años después de Hugo Capeto, no había seiscientos

veintitrés mil millones de príncipes de la casa real. «Es porque la fe disminuyó», dijo el doctor.

Se habló mucho de Tebas la de las cien puertas, y del millón de soldados que salía por esas puertas con veinte mil carros de guerra. «Callad, callad, decía el señor André, desde que he empezado a leer, sospecho que el mismo genio que escribió *Gargantúa* escribía antiguamente todas las historias.

— Pero, en fin, le dijo uno de los comensales, Tebas, Menfis, Babilonia, Nínive, Troya, Seleucia, eran grandes ciudades, y ya no existen. — Es cierto, respondió el secretario del señor príncipe Galitzin; pero Moscú, Constantinopla, Londres, París, Amsterdam, Lyon, que valen más que Troya, todas las ciudades de Francia, de Alemania, de España y del norte, eran entonces desiertos».

El capitán suizo, hombre muy instruido, nos confesó que, cuando sus antepasados quisieron dejar sus montañas y sus precipicios para ir a apoderarse, como es natural, de una comarca más agradable, César, que vio con sus propios ojos el recuento de estos emigrantes, aseguró que su número se elevaba a trescientos sesenta y ocho mil, incluyendo ancianos, mujeres y niños. Hoy día, el cantón de Berna posee, él solo, ese número de habitantes; no es ni la mitad de Suiza, y puedo aseguraros que los trece cantones pasan de las setecientas veinte mil almas, contando los naturales del país que sirven o comercian en el extranjero. Según esto, señores sabios, haced cálculos y sistemas, serán tan falsos unos como otros.

Luego se debatió la cuestión de si los burgueses de Roma de la época de los Césares eran más ricos que los burgueses de París de la época del señor Silhouette^[701].

«¡Ah!, eso me afecta, dijo el señor André. He sido mucho tiempo el hombre de los cuarenta escudos. Creo que los ciudadanos romanos tenían más. Esos ilustres salteadores de caminos habían saqueado los países más hermosos de Asia, África y Europa. Vivían espléndidamente del fruto de sus rapiñas; pero en Roma también había mendigos. Y estoy convencido de que entre aquellos vencedores del mundo hubo personas reducidas a cuarenta escudos como yo he estado.

»— ¿Sabéis, le dijo un sabio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, que Lúculo^[702] gastaba en cada cena que daba en el salón de Apolo treinta y nueve mil trescientas setenta y dos libras y trece céntimos de nuestra actual moneda, y que el célebre epicúreo Ático^[703] no gastaba en cambio, para su mesa, más de

doscientas treinta y cinco libras tornesas al mes?

»— Si así fuese, dije yo, era digno de presidir la cofradía de la tacañería instituida hace poco en Italia. También yo he leído en Floro^[704] esa anécdota increíble; pero sin duda Floro no cenó nunca en casa de Ático, o su texto fue corrompido, como tantos otros, por los copistas. Floro nunca me convencerá de que el amigo de César y Pompeyo, de Cicerón y Antonio, que comían a menudo en su casa, saliese bien parado con poco menos de diez luises de oro al mes.

Et voilà justement comme on écrit l'histoire^[705]».

Tomando la palabra, la señora André le dijo al sabio que, si quería costear el gasto de su mesa para diez, la complacería mucho.

Estoy convencido de que aquella velada del señor André valía por lo menos un mes de Ático; y las damas dudaron mucho de que las cenas de Roma fuesen más agradables que las de París. La conversación resultó muy amena, aunque algo culta. No se habló ni de las modas recientes, ni de las ridiculeces del prójimo, ni de la historia escandalosa del día.

Se trató a fondo el tema del lujo. Se preguntó si la destrucción del Imperio romano se había debido al lujo, y quedó probado que los dos imperios de Occidente y de Oriente sólo fueron destruidos por la controversia y los frailes. En efecto, cuando Alarico se apoderó de Roma, no se ocupaban más que de disputas teológicas; y cuando Mahomet II tomó Constantinopla, los monjes defendían mucho más la eternidad de la luz del Tabor, que veían en su ombligo, de lo que defendían la ciudad frente los turcos.

Uno de nuestros sabios hizo una reflexión que me impresionó mucho: que esos dos grandes Imperios han perecido, y en cambio subsisten las obras de Virgilio, de Horacio y de Ovidio.

De un salto, se pasó del siglo de Augusto al siglo de Luis XIV. Una de las damas preguntó por qué, con tanta inteligencia, casi ya no se hacían en la actualidad obras de talento.

Respondió el señor André que porque ya se habían hecho en el siglo anterior. Era una idea aguda, y sin embargo cierta: se profundizó en ella. Luego se habló un rato de un escocés^[706] al que se le había ocurrido dar reglas de buen gusto

y criticar los pasajes más admirables de Racine sin saber francés^[707]. Se trató con más rigor todavía a un italiano llamado Denina^[708], que ha denigrado *El espíritu de las leyes* sin comprenderlo, y que ha censurado en especial lo que más se estima en esa obra.

Esto hizo recordar a todos el desprecio fingido que Boileau mostraba por el Tasso. Alguno de los comensales afirmó que, con todos sus defectos, el Tasso estaba tan por encima de Homero como Montesquieu, con todos los suyos, todavía mayores, está por encima del fárrago de Grocio. Se arremetió contra estas malas críticas, dictadas por el odio nacional y el prejuicio. El signor Denina fue tratado como merecía, y como lo son los pedantes por las personas inteligentes.

Con mucha sagacidad se hizo sobre todo la observación de que la mayoría de las obras literarias del siglo presente, igual que las conversaciones, giran sobre el examen de las obras maestras del siglo anterior. Nuestro mérito estriba en discutir su mérito. Somos como hijos desheredados, que hacen la cuenta de la riqueza de sus padres. Se admitió que la filosofía había hecho grandísimos progresos, pero que la lengua y el estilo se habían corrompido un poco.

El destino de todas las conversaciones es pasar de un tema a otro. Todos estos temas de curiosidad, de ciencia y de gusto no tardaron en desaparecer ante el gran espectáculo que la emperatriz de Rusia y el rey de Polonia daban al mundo. Acababan de levantar a la humanidad abatida y establecer la libertad de conciencia en una parte de la tierra mucho más vasta de lo que nunca lo fue el Imperio romano. Este servicio hecho al género humano, este ejemplo dado a tantas cortes que se creían civilizadas, se celebró como debía serlo. Se bebió a la salud de la emperatriz, del rey filósofo y del primado filósofo^[709], y se les deseó muchos imitadores. Hasta el doctor de la Sorbona les rindió admiración, porque en esa corporación hay algunas personas sensatas, de la misma forma que antiguamente hubo hombres de talento entre los beocios.

El secretario ruso nos sorprendió con el relato de todas las grandes realizaciones que se hacían en Rusia. Alguien preguntó por qué se prefería leer la historia de Carlos XII, que pasó su vida destruyendo, y no la de Pedro el Grande, que consumió la suya creando^[710]. Llegamos a la conclusión de que la debilidad y la frivolidad son la causa de esa preferencia; que Carlos XII fue el Don Quijote del Norte, y que Pedro fue su Solón; que los entendimientos superficiales prefieren el heroísmo extravagante a los grandes designios de un legislador; que el detalle de la fundación de una ciudad les agrada menos que la temeridad de un hombre que, con unos cuantos criados, se enfrenta a diez mil turcos; y, por último, que la

mayoría de los lectores prefieren divertirse a instruirse. De ahí viene que, de cada cien mujeres que leen *Las mil y una noches*, sólo una lee dos capítulos de Locke.

¡De qué no se habló en esa cena, que no olvidaré en mucho tiempo! Faltaba decir algo de los actores y de las actrices, tema eterno de las conversaciones de sobremesa en Versalles y en París. Se llegó al acuerdo de que un buen recitador era tan raro como un buen poeta. La cena terminó con una canción preciosa que un comensal había escrito para las damas. En cuanto a mí, confieso que el banquete de Platón no me habría agradado tanto como el del señor y la señora André.

Desde luego, nuestros petimetres y petimetras se habrían aburrido: ellos pretenden ser la buena compañía; pero ni el señor André ni yo cenamos nunca con esa buena compañía.

*Mujeres,
¡sed sumisas con vuestros maridos!*^[711]

El abate de Châteauneuf^[712] me contaba un día que la señora mariscal de Grancey era muy dominante; eso aparte, tenía muy grandes cualidades. Su mayor orgullo consistía en respetarse a sí misma, en no hacer nada de lo que pudiera avergonzarse en secreto; nunca se rebajó a decir una mentira; prefería confesar una verdad peligrosa a utilizar un disimulo útil; decía que el disimulo es siempre prueba de la timidez. Mil acciones generosas señalaron su vida; pero cuando la alababan por ellas, se creía despreciada; decía: «¿Pensáis acaso que esas acciones me han costado esfuerzo?». Sus pretendientes la adoraban, sus amigos la querían, y su marido la respetaba.

Pasó cuarenta años en esta disipación y en ese círculo de entretenimientos que ocupan seriamente a las mujeres; nunca había leído otra cosa que las cartas que le escribían, ni había metido en su cabeza otra cosa que las noticias del día, las ridiculeces del prójimo y los intereses de su corazón. Al final, cuando se vio en esa edad en que se dice que las mujeres hermosas que tienen talento pasan de un trono a otro, quiso leer. Empezó por las tragedias de Racine y quedó asombrada al sentir, leyéndolas, un placer mayor del que había sentido en las representaciones; el buen gusto que se desplegaba en ellas le hacía discernir que aquel hombre no decía más que cosas verdaderas e interesantes, que todas estaban en su sitio, que era sencillo y noble, sin declamación, sin nada forzado, sin correr tras el ingenio; que sus intrigas, lo mismo que sus ideas, se fundaban todas en la naturaleza; encontraba en esa lectura la historia de sus sentimientos y el cuadro de su vida.

Le dieron a leer a Montaigne: quedó encantada con un hombre que entablaba conversación con ella y que dudaba de todo. Le dieron también *Los grandes hombres* de Plutarco: preguntó por qué no había escrito la historia de las grandes mujeres.

El abate de Châteauneuf la encontró un día toda encendida de cólera. «¿Qué os pasa, Señora?, le dijo.

»— Por casualidad he abierto, respondió ella, un libro que andaba rodando por mi gabinete; me parece que es una colección de cartas; he visto en él estas palabras: “Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos”; he tirado el libro.

»— ¡Qué decís, señora! ¿No sabéis que son las *Epístolas* de san Pablo^[713]?

»— No me importa de quién sean: el autor es muy grosero. El señor mariscal nunca me ha escrito en ese estilo; estoy persuadida de que vuestro san Pablo era un hombre muy difícil para la convivencia. ¿Estaba casado?

»— Sí, señora.

»— Pues muy buena persona tendría que ser su esposa; si yo hubiera sido la mujer de semejante hombre, lo habría enviado a paseo. “¡Sed sumisas a vuestros maridos!”. Si al menos se hubiera limitado a decir: “Sed dulces, complacientes, atentas, ahorrativas”, yo diría: ése es un hombre que sabe vivir. Y ¿por qué sumisas? ¿Me lo podéis explicar? Cuando me casé con el señor de Grancey, nos prometimos sernos fieles: yo no he cumplido demasiado mi palabra, ni él la suya; pero ni él ni yo prometimos obedecer. ¿Somos esclavas acaso? ¿No basta con que un hombre, después de haberse casado conmigo, tenga derecho a darme una enfermedad de nueve meses, que algunas veces es mortal? ¿No basta con que yo dé a luz con grandísimos dolores un hijo que cuando sea mayor podrá pleitear contra mí? ¿No basta con que todos los meses esté sujeta a molestias muy desagradables para una mujer de condición, y que, para colmo, la supresión de una de esas doce enfermedades al año sea capaz de causarme la muerte, para que encima vengan a decirme: «Obedeced»?

»Desde luego, la naturaleza no lo ha dicho: nos ha dado órganos diferentes de los de los hombres; pero al hacernos necesarios los unos a los otros, no ha pretendido que la unión formase una esclavitud. Recuerdo bien que Molière dijo:

Du côté de la barbe est la toute-puissance^[714].

»¡Pues vaya una razón para que tenga yo un amo! ¿Cómo? Porque un hombre tenga el mentón cubierto de un despreciable pelo áspero que se ve obligado a rapar apurando cuanto puede, y porque mi mentón haya nacido rasurado, ¿habré de obedecerle con toda humildad? Sé bien que, por lo general, los músculos de los hombres son más fuertes que los nuestros, y que pueden propinar un puñetazo muy bien dado: mucho me temo que sea ése el origen de su superioridad.

»También pretenden tener la cabeza mejor organizada y, por consiguiente, se jactan de ser más capaces de gobernar; pero yo les diré nombres de reinas que valen tanto como reyes. Días pasados me hablaban de una princesa alemana que se

levanta a las cinco de la mañana para trabajar en hacer felices a sus súbditos, que dirige todos los asuntos, responde a todas las cartas, alienta todas las artes, y que difunde tantos beneficios como luces tiene. Su valor iguala a sus conocimientos; y es que no ha sido educada en un convento por unas imbéciles que nos enseñan lo que hay que ignorar y nos dejan ignorar lo que hay que aprender. Por lo que a mí respecta, si tuviese un Estado que gobernar, me siento capaz de atreverme a seguir ese modelo».

El abate de Châteauneuf, que era muy cortés, se cuidó mucho de contradecir a la señora mariscal.

«A propósito, dijo ésta, ¿es cierto que Mahoma sentía por nosotras tanto desprecio que pretendía que no éramos dignas de entrar en el paraíso, y que sólo seríamos admitidas en la entrada?

»— En tal caso, dijo el abate, los hombres se quedarán siempre en la puerta; mas consolaos, no hay una palabra de verdad en todo lo que aquí se dice de la religión mahometana. Nuestros monjes ignorantes y malvados nos han engañado mucho, como asegura mi hermano, que fue doce años embajador en la Puerta^[715].

»— ¡Cómo! ¿No es cierto, señor, que Mahoma inventó la pluralidad de mujeres para ganarse mejor a los hombres? ¿No es cierto que seamos esclavas en Turquía, y que nos esté prohibido rezar a Dios en una mezquita?

»— Ni una palabra de todo eso, señora, es verdad; lejos de haber inventado la poligamia, Mahoma la reprimió y restringió. El sabio Salomón poseía setecientas esposas. Mahoma redujo ese número sólo a cuatro. Las señoras irán al paraíso igual que los señores, y sin duda allí se hará el amor, pero de forma diferente a como se hace aquí; porque sabéis de sobra que en este mundo sólo conocemos el amor de manera muy imperfecta.

»— ¡Ay!, tenéis razón, dijo la mariscal; el hombre es muy poca cosa. Más, decidme: ¿ordenó vuestro Mahoma que las mujeres estuvieran sometidas a sus maridos?

»— No, señora, eso no se encuentra para nada en el Corán.

»— Entonces, ¿por qué son esclavas en Turquía?

»— No son esclavas en absoluto, tienen sus bienes, pueden testar, pueden pedir el divorcio si llega el caso; van a la mezquita a sus horas, y a sus citas a otras

horas; se las ve por las calles con sus velos encima de la nariz, como vosotras ibais con antifaz hace unos años. Es cierto que no se dejan ver en la Ópera ni en la Comedia; pero es porque no tienen. ¿Dudáis de que si alguna vez hubiera en Constantinopla, patria de Orfeo, una Ópera, no llenarían los palcos de proscenio las damas turcas?

»— ¡Mujeres, sed sumisas con vuestros maridos!, seguía diciendo entre dientes la mariscala. El tal Pablo era muy bruto.

»— Era algo duro, replicó el abate, y le gustaba mucho ser el amo; trató de arriba abajo a san Pedro, que era un hombre bastante bueno^[716]. Por otra parte, no hay que tomar al pie de la letra todo lo que dice. Le reprochan haber tenido mucha inclinación por el jansenismo.

»— Ya me sospechaba yo que era un hereje», dijo la mariscala, y volvió a dedicarse a su *toilette*.

Las cartas de Amabed, etc.^[717]

Traducidas por el Abate Tamponet^[718]

Primera carta de Amabed a Shastasid, gran brahma de Maduré

Benarés, el dos del mes del ratón,
año de la renovación del mundo 115.652^[719]

Luz de mi alma, padre de mis pensamientos, tú que guías a los hombres por las vías del Eterno, a ti, sabio Shastasid, respeto y afecto.

Me resulta tan familiar ya la lengua china, siguiendo tus sabios consejos, que leo con fruto sus cinco Kings, que en mi opinión igualan en antigüedad a nuestro *Shasta*^[720], cuyo intérprete eres, a las sentencias del primer Zoroastro^[721] y a los libros del egipcio Thaut^[722].

Mi alma, que siempre se abre ante ti, cree que esos escritos y esos cultos no tienen nada común unos con otros: porque nosotros somos los únicos a quienes Brahma, confidente del Eterno, enseñó la rebelión de las criaturas celestes, el perdón que el Eterno les otorga y la formación del hombre; los demás pueblos nada han dicho, a lo que me parece, de esas sublimes cosas^[723].

Creo sobre todo que ni nosotros ni los chinos tenemos nada de los egipcios. No pudieron formar una sociedad civilizada y culta sino mucho después que nosotros, porque tuvieron que domeñar su Nilo antes de poder cultivar los campos y construir sus ciudades.

Confieso que nuestro divino *Shasta* sólo tiene cuatro mil quinientos cincuenta y dos años de antigüedad; pero nuestros monumentos prueban que esa doctrina había sido enseñada de padres a hijos más de cien siglos antes de la publicación de ese sagrado libro. Espero en este punto las instrucciones de tu paternidad.

Desde la toma de Goa por los portugueses, han llegado a Benarés desde

Europa algunos doctores. Hay uno al que enseñó la lengua india, a cambio él me enseña una jerga que tiene curso en Europa, y que se llama el «italiano». Es lengua divertida. Casi todas las palabras terminan en *a*, en *e*, en *i*, en *o*; la aprendo con facilidad, y pronto tendré el placer de leer libros europeos.

Ese doctor se llama padre Fa Tutto; parece amable e insinuante; le he presentado a «Encanto de los Ojos», la bella Adaté, a quien mis padres y los suyos me destinan por esposa; aprende el italiano conmigo. Hemos conjugado juntos el verbo «amar» desde el primer día. Para todos los demás verbos hemos necesitado dos días. Después de ella, tú eres el mortal más cercano a mi corazón. Pido a Birmah^[724] y a Brahma que conserven tus días hasta la edad de ciento treinta años, límite en el que, una vez superado, la vida no es más que una carga.

Respuesta de Shastasiid

He recibido tu carta, espíritu hijo de mi espíritu. ¡Ojalá Drugha^[725], montado en su dragón, extienda siempre sobre ti sus diez brazos vencedores de los vicios!

Verdad es (y no debemos sentir ninguna vanidad por ello) que somos el pueblo de la tierra que se civilizó antes que ninguno. Ni siquiera los chinos disienten. Los egipcios son un pueblo muy reciente, al que enseñaron los caldeos. No nos glorifiquemos de ser los más antiguos, y pensemos en ser siempre los más justos.

Sabrás, mi querido Amabed, que hasta hace poquísimo tiempo a los occidentales no les ha llegado sino una pálida imagen de nuestra revelación sobre la caída de los seres celestes y la renovación del mundo. En una traducción árabe de un libro siríaco, escrito hace sólo unos mil cuatrocientos años, encuentro las siguientes palabras: «El Eterno tiene atadas con cadenas eternas, hasta el gran día del juicio, a las potencias celestes que mancillaron su primitiva dignidad»^[726]. Como prueba, el autor cita un libro escrito por uno de sus primeros hombres, llamado Enoch^[727]. Puedes ver por esto que las naciones bárbaras nunca han sido esclarecidas sino por un rayo de luz débil y engañoso, desviado hacia ellos desde el seno de nuestra luz.

Querido hijo, temo mortalmente la irrupción de los bárbaros de Europa en nuestros felices climas. Sé de sobra quién es ese Albuquerque^[728] que ha llegado desde las riberas de Occidente hasta este país caro al astro del día. Es uno de los más ilustres bandidos que hayan assolado la tierra. Se apoderó de Goa contra su

pública palabra. Ahogó en su propia sangre a hombres justos y pacíficos. Esos occidentales habitan un país pobre que no les produce sino poquísima seda; no tienen algodón, ni azúcar, ni especias. Carecen incluso de la tierra misma con que fabricamos la porcelana. Dios les ha negado el cocotero, que da sombra, aloja, viste y nutre de comida y bebida a los hijos de Brahma. No conocen más que un licor, que les hace perder la razón. Su verdadera divinidad es el oro; van en busca de ese dios al confín más remoto del mundo.

Quiero creer que tu doctor es un hombre de bien; pero el Eterno nos permite desconfiar de esos extranjeros. Si son corderos en Benarés, se dice que son tigres en las comarcas donde los europeos se han asentado.

¡Ojalá que ni la bella Adaté ni tú tengáis que lamentaros nunca del padre Fa Tutto! Pero me alarma un secreto presentimiento. Adiós. ¡Ojalá que Adaté, unida a ti por santo matrimonio, pueda gozar en tus brazos las alegrías del cielo!

Esta carta te llegará por un baniano^[729], que no partirá hasta el plenilunio del elefante.

Segunda carta de Amabed a Shastasiid

Padre de mis pensamientos, he tenido tiempo de aprender esa jerga de Europa antes de que tu mercader baniano haya podido alcanzar la ribera del Ganges. El padre Fa Tutto sigue dándome muestras de una sincera amistad. En verdad que empiezo a creer que no se parece en nada a esos pérfidos cuya maldad temes con razón. Lo único que podría darme desconfianza es que me elogia demasiado a mí y nunca alaba suficientemente a Encanto de los Ojos; pero por lo demás me parece un hombre lleno de virtud y de unción. Juntos hemos leído un libro de su país que me ha parecido muy extraño. Es una historia universal del mundo entero^[730], en la que no se dice una palabra de nuestro antiguo imperio, nada de las inmensas comarcas del otro lado del Ganges, nada de China, nada de la vasta Tartaria. Es preciso que los autores sean muy ignorantes en esa parte de Europa. Los comparo con esos aldeanos que hablan con énfasis de sus chozas y que no saben dónde está la capital; o, mejor dicho, con los que piensan que el mundo acaba en los límites de su horizonte.

Lo que más me ha sorprendido es que cuentan los tiempos desde la creación de su mundo de forma completamente distinta a nosotros. Mi doctor europeo me ha enseñado uno de sus almanaques sagrados, según el cual sus compatriotas

están ahora en el año 5552 de su creación, o en el año 6244, o bien en el 6940^[731], como se quiera. Esa extravagancia me ha dejado atónito. Le he preguntado cómo es posible tener tres épocas distintas para la misma aventura. «Tú no puedes tener al mismo tiempo treinta, cuarenta y cincuenta años, le he dicho. ¿Cómo puede tener tu mundo tres fechas contrarias?». Me ha respondido que esas tres fechas se encuentran en el mismo libro, y que en su país están obligados a creer en las contradicciones para humillar la soberbia del espíritu.

Ese mismo libro trata de un primer hombre que se llamaba Adán, de un tal Caín, de un tal Matusalén, de un tal Noé que plantó vides después de que el Océano hubiera sumergido todo el globo; en fin, de una infinidad de cosas de las que nunca he oído hablar y que no he leído en ninguno de nuestros libros. La bella Adaté y yo nos hemos reído de todo eso en ausencia del padre Fa Tutto; porque estamos demasiado bien educados y demasiado convencidos de tus máximas para reírnos de la gente en su presencia.

Siento compasión por esos desgraciados de Europa, que sólo fueron creados hace 6.940 años como máximo, mientras que nuestra era tiene 115.652 años. Y los compadezco sobre todo porque carecen de pimienta, canela, clavo, té, café, seda, algodón, barniz, incienso, plantas aromáticas y todo lo que puede hacer agradable la vida: es menester que la Providencia los haya tenido olvidados mucho tiempo. Pero todavía los compadezco más por venir de tan lejos, en medio de tantos peligros, a quitarnos nuestros géneros con las armas en la mano. Dicen que en Calcuta han cometido crueldades espantosas por la pimienta, cosa que hace estremecerse al carácter indio, completamente distinto del suyo, porque sus pechos y sus muslos son peludos. Llevan barbas largas y sus estómagos son carniceros. Se emborrachan con el jugo fermentado de la vid, plantada, dicen ellos, por su Noé. El mismo padre Fa Tutto, por más amable que sea, degolló dos pollitos, los mandó cocer en una olla y se los comió sin piedad alguna. Esa bárbara acción le granjeó el odio de todo el vecindario, al que a duras penas hemos conseguido calmar. Dios me perdone, pero creo que ese extranjero se habría comido nuestras vacas sagradas, que nos dan la leche, si se lo hubiéramos permitido. Ha prometido que no volvería a cometer más crímenes con los pollos, y que se contentaría con huevos frescos, con lacticinios, con arroz y con nuestras excelentes verduras, pistachos, dátiles, cocos, pasteles de almendra, galletas, piñas, naranjas y todo cuanto produce nuestro clima bendecido por el Eterno.

Desde hace unos días parece más atento con Encanto de los Ojos. Hasta ha llegado a escribirle dos versos italianos que terminan en *o*. Ese detalle me gusta mucho, porque, como sabes, mi dicha es que se rinda justicia a mi querida Adaté.

Adiós. Me pongo a tus pies, que siempre te han guiado por la vía recta, y beso tus manos, que nunca han escrito sino la verdad.

Respuesta de Shastasid

Mi querido hijo en Birmah, en Brahma, no me gusta nada tu Fa Tutto que mata pollos y hace versos para tu querida Adaté. ¡Ojalá Birmah vuelva vanas mis sospechas!

Puedo jurarte que jamás se ha sabido nada de su Adán ni de su Noé en ninguna parte del mundo, por recientes que sean. Ni siquiera Grecia, que era lugar de encuentro de todas las fábulas cuando Alejandro se acercó a nuestras fronteras, oyó hablar nunca de esos nombres. No me sorprende que unos aficionados al vino, como los pueblos occidentales, hagan tanto caso de quien, según ellos, plantó la vid; pero ten por seguro que Noé fue ignorado por toda la antigüedad conocida.

Verdad es que, en tiempos de Alejandro, había en un rincón de Fenicia un pequeño pueblo de corredores de cambio y usureros que había sido esclavo mucho tiempo en Babilonia. Durante su cautiverio forjaron una historia, y sólo en esa historia se ha hablado alguna vez de Noé. Cuando ese pequeño pueblo consiguió luego privilegios en Alejandría, tradujo sus anales al griego. Más tarde se tradujeron al árabe, y sólo en nuestros tiempos recientes han tenido algún conocimiento de ellos nuestros sabios; pero desprecian tanto esa historia como a la miserable horda que la escribió^[732].

De hecho sería divertido que todos los hombres, que son hermanos, hubieran perdido sus títulos de familia, y que esos títulos sólo se encontrasen en una pequeña rama compuesta por usureros y leprosos. Temo, querido amigo, que los conciudadanos de tu padre Fa Tutto, que, como me dices, han adoptado esas ideas, sean tan insensatos y ridículos como interesados, pérfidos y crueles son.

Cásate cuanto antes con tu encantadora Adaté, porque, te lo repito, temo más a los Fa Tutto que a los Noé.

Tercera carta de Amabed a Shastasid

¡Bendito sea por siempre Birmah, que hizo al hombre para la mujer! ¡Bendito

seas tú, oh, querido Shastasid, que tanto te interesas por mi felicidad! Encanto de los Ojos está conmigo; me he casado con ella. Ya no toco la tierra, estoy en el cielo; sólo tú has faltado a la divina ceremonia. El doctor Fa Tutto ha sido testigo de nuestros santos compromisos, y, aunque no pertenezca a nuestra religión, no ha tenido ninguna dificultad para escuchar nuestros cantos y nuestros rezos: en el banquete de bodas estuvo muy alegre. Sucumbo a mi felicidad. Tú gozas de otra dicha, posees la sabiduría; a mí en cambio me posee la incomparable Adaté. Vive largo tiempo feliz, sin pasiones, mientras la mía me absorbe en un mar de goces. No puedo decirte más: vuelo de nuevo a los brazos de Adaté.

Cuarta carta de Amabed a Shastasid

Querido amigo, querido padre, la tierna Adaté y yo partimos para pedirte tu bendición. Nuestra felicidad sería imperfecta si no cumpliéramos este deber de nuestros corazones; pero ¿podrás creerlo?, pasamos por Goa, en compañía de Coursom, el célebre mercader, y de su esposa. Fa Tutto dice que Goa se ha vuelto la ciudad más hermosa de la India, que el gran Albuquerque nos recibirá como a embajadores, que nos dará un navío de tres velas para llevarnos a Maduré. Ha convencido a mi mujer y yo he aceptado el viaje en cuanto ella lo ha aceptado. Fa Tutto nos asegura que en Goa se habla más italiano que portugués. Encanto de los Ojos arde en deseos de emplear una lengua que acaba de aprender. Y yo comparto todos sus gustos. Dicen que hay personas que han tenido dos voluntades; pero Adaté y yo sólo tenemos una, porque no hay más que un alma en nosotros dos. En fin, partimos mañana con la dulce esperanza de derramar en tus brazos, antes de dos meses, lágrimas de alegría y cariño.

Primera carta de Adaté a Shastasid

Goa, 5 del mes del tigre,

año de la renovación del mundo 115.652

¡Oye, Birmah, mis gritos, ve mis lágrimas, salva a mi querido esposo!
¡Brahma, hijo de Birmah, lleva mi dolor y mi temor a tu padre! Generoso Shastasid, más sabio que nosotros, ya habías previsto tú nuestras desgracias. Mi querido Amabed, tu discípulo, mi tierno esposo, no volverá a escribirte: está en una fosa que los bárbaros llaman «mazmorra». Gentes que no puedo definir, los llaman

inquisitori, y no sé qué significa esa palabra; esos monstruos, al día siguiente de nuestra llegada, nos prendieron a mi marido y a mí y nos pusieron a cada uno en un foso separado como si estuviéramos muertos. Pero, si lo estábamos, al menos deberían sepultarnos juntos. No sé qué han hecho con mi querido Amabed. A mis antropófagos les he dicho: «¿Dónde está Amabed? No lo matéis, matadme a mí». No me han contestado nada. «¿Dónde está? ¿Por qué me habéis separado de él?». Han guardado silencio, me han llenado de cadenas. Desde hace una hora tengo algo más de libertad; el mercader Coursom ha encontrado medio de hacerme llegar papel, algodón, un pincel y tinta. Mis lágrimas lo empapan todo, mi mano tiembla, mis ojos se enturbian, me muero.

Segunda carta de Adaté a Shastasid

Escrita en las mazmorras de la Inquisición

Divino Shastasid, ayer estuve desmayada mucho tiempo; no pude acabar mi carta; la plegué cuando recuperé algo mis sentidos, y la puse entre mis pechos, que no amamantarán a los hijos que esperaba tener de Amabed: moriré antes de que Birmah me haya concedido la fecundidad.

Esta mañana, con el alba, han entrado en mi foso dos espectros armados de alabardas, llevando al cuello cuentas ensartadas y cuatro pequeñas bandas rojas cruzadas sobre el pecho. Siempre sin decirme nada, me han agarrado de las manos y me han llevado a un cuarto donde por todo mobiliario había una gran mesa, cinco sillas y un gran cuadro que representaba a un hombre completamente desnudo, con los brazos extendidos y los pies juntos.

Enseguida entran cinco sujetos vestidos con capas negras y una camisa encima de su ropaje, y dos largos colgantes de tela abigarrada encima de su camisa^[733]. Caí a tierra de espanto. Pero ¡cuál no sería mi sorpresa cuando he visto al padre Fa Tutto entre estos cinco fantasmas! Le he visto y se ha ruborizado, pero me ha mirado con un aire de dulzura y compasión que por un momento me ha tranquilizado algo. «¡Ay, padre Fa Tutto!, le he dicho, ¿dónde estoy? ¿Qué ha sido de Amabed? ¿En qué abismo me habéis arrojado? Dicen que hay pueblos que se alimentan de sangre humana: ¿van a matarnos? ¿Van a devorarnos?». Él sólo me ha respondido alzando los ojos y las manos al cielo, pero con una actitud tan doliente y tierna que yo no sabía ya qué pensar.

Por fin, el presidente de ese consejo de mudos ha desatado su lengua y me

ha dirigido la palabra para decirme lo siguiente: «¿Es cierto que habéis sido bautizada?». Estaba tan sumida en mi asombro y en mi dolor que al principio no he podido contestar. Él me ha repetido la misma pregunta con voz terrible. Mi sangre se me ha helado, y la lengua se me ha pegado al paladar. Él ha repetido por tercera vez las mismas palabras, y al final yo he dicho sí, porque no hay que mentir nunca. Fui bautizada en el Ganges como lo son todos los fieles hijos de Brahma, como lo fuiste tú, divino Shastasid, como lo ha sido mi querido y desdichado Amabed. Sí, estoy bautizada, ése es mi consuelo y ésa mi gloria. Lo he confesado ante aquellos espectros.

Nada más salir de mi boca esa palabra, *sí*, símbolo de la verdad, uno de esos cinco monstruos negros y blancos ha exclamado: «¡Apóstata!», y los otros han repetido: «¡Apóstata!». No sé qué quiere decir esa palabra, pero la han pronunciado en un tono tan lúgubre y tan espantoso que mis tres dedos se convulsionan al escribírtela.

Entonces el padre Fa Tutto, tomando la palabra y mirándome siempre con ojos benignos, les ha asegurado que en el fondo mis sentimientos eran buenos, que él respondía de mí, que la gracia haría su trabajo, que él se encargaba de mi conciencia; y ha terminado su discurso, del que yo no comprendía nada, con estas palabras: *Io la converteró*. Lo cual, por lo que sé, en italiano significa: «Yo la volveré»^[734].

¡Cómo!, me decía yo para mis adentros, ¡él me devolverá! ¿Qué entiende por devolverme? ¿Quiere decir que me enviará a mi patria? «¡Ah, padre Fa Tutto!, le he dicho, devolved al joven Amabed, mi tierno esposo; devolvedme mi alma, devolvedme mi vida».

Entonces ha bajado los ojos y ha hablado en secreto con los cuatro fantasmas en un rincón de la estancia. Éstos se han marchado con los dos alabarderos. Todos han hecho una profunda reverencia al cuadro que representa a un hombre completamente desnudo; y el padre Fa Tutto se ha quedado a solas conmigo.

Me ha llevado a un aposento bastante limpio y me ha prometido que, si quería dejarme guiar por sus consejos, no volverían a meterme en un foso. «Estoy tan desesperado como vos por cuanto ha pasado, me ha dicho. Me he opuesto cuanto he podido, pero nuestras santas leyes me tienen atadas las manos; finalmente, gracias al cielo y a mí, estáis libre, en un buen aposento del que no podéis salir. Vendré a veros a menudo, os consolaré y trabajaré por vuestra felicidad presente y futura.

»— ¡Ay!, le he respondido, sólo mi querido Amabed puede hacer real esa felicidad, ¡y está en un foso! ¿Por qué lo han enterrado allí? ¿Por qué me han metido en otro a mí? ¿Quiénes son esos espectros que me han preguntado si yo estaba bañada? ¿Adónde me habéis conducido? ¿Me habéis engañado? ¿Sois vos la causa de estas horribles crueldades? Haced que venga el mercader Coursom, que es de mi país y hombre de bien. Devolvedme a mi sirvienta, a mi compañera, a mi amiga Dera, de la que me han separado. ¿También está en un calabozo por haber sido bañada? ¡Que ella venga y que yo vuelva a ver a Amabed! ¡Si no, prefiero morir!».

Ha respondido a mis palabras y a los sollozos que las entrecortaban con protestas de ayuda y de celo que me han conmovido. Me ha prometido que me informaría de las causas de toda esta espantosa aventura, y que conseguiría que me devolviesen a mi pobre Dera como primera medida, antes de poder lograr devolverme a mi marido. Se ha compadecido de mí; he visto incluso que se le humedecían algo los ojos. Finalmente, al sonar una campana, ha salido de mi aposento cogiéndome la mano y poniéndola sobre su corazón. Como sabes, ése es el signo visible de la sinceridad, que es invisible. Dado que ha puesto mi mano sobre su corazón, no ha de engañarme. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Qué le he hecho yo para que me persiga? ¡Con lo bien que mi marido y yo le tratamos en Benarés! ¡Con la cantidad de regalos que le hice cuando me enseñaba el italiano! Escribió versos italianos para mí, no puede odiarme. Lo consideraré como mi bienhechor si me devuelve a mi desventurado esposo, si ambos logramos salir de esta tierra invadida y habitada por antropófagos, si podemos ir a abrazar tus rodillas a Maduré y recibir tus santas bendiciones.

Tercera carta de Adaté a Shastasid

Sin duda, generoso Shastasid, me permitirás enviarte el diario de mis inauditos infortunios; amas a Amabed, te compadeces de mis lágrimas, lees con interés en un corazón atravesado por todas partes, que despliega para ti su inconsolable aflicción.

Me han devuelto a mi amiga Dera, y lloro con ella. Los monstruos la habían metido en un foso como a mí. No sabemos nada de Amabed. Estamos en la misma casa, y entre nosotros y él hay un espacio infinito, un caos impenetrable. Pero hay cosas que han de hacer estremecerse tu virtud, y que desgarrarán tu alma justa.

Por medio de uno de esos dos satélites que caminan delante de los cinco

antropófagos, mi pobre Dera se ha enterado de que esta nación tiene un bautismo como nosotros. Ignoro cómo han podido llegar hasta ellos nuestros sagrados ritos. Pretenden que nosotros habíamos sido bautizados según los ritos de su secta. Son tan ignorantes que no saben que han recibido de nosotros el bautismo hace muy pocos siglos. Estos bárbaros se han figurado que éramos de su secta y que habíamos renunciado a su culto. Esto es lo que significaba aquella palabra de «apóstata» que los antropófagos hacían resonar en mis oídos con tanta ferocidad. Dicen que es un crimen horrible y digno de los mayores suplicios ser de una religión distinta de la suya. Cuando el padre Fa Tutto les decía: *Io la converterò*, yo la devolveré, quería decir que me haría volver a la religión de los bandidos. Ni me lo imagino: mi mente está cubierta por una nube, como mis ojos. Quizá mi desesperación enturbie mi entendimiento, pero no puedo comprender cómo ese Fa Tutto, que tan bien me conoce, ha podido decir que me devolvería a una religión que nunca he conocido, y que es tan ignorada en nuestros climas como lo eran los portugueses cuando llegaron por primera vez a la India en busca de la pimienta con las armas en la mano. La buena Dera y yo nos perdemos haciendo conjeturas. Ella sospecha que el padre Fa Tutto tiene algunos designios secretos; ¡líbreme a mí Birmah de hacer un juicio temerario!

He querido escribir al sumo bandido Albuquerque para implorar su justicia y pedirle la libertad de mi querido esposo. Pero me han dicho que se ha marchado a tomar por sorpresa Bombay y saquearla. ¡Cómo! ¡Venir de tan lejos con el propósito de asolar nuestras moradas y matarnos! ¡Y sin embargo, estos monstruos están bautizados como nosotros! Dicen no obstante que el tal Albuquerque ha hecho algunas acciones buenas. En fin, sólo pongo mi esperanza en el Ser de los seres, que debe castigar el crimen y proteger la inocencia. Pero esta mañana he visto a un tigre devorando a dos corderos. Tiemblo ante la idea de no ser lo bastante preciosa a ojos del Ser de los seres como para que se digne socorrerme.

Cuarta carta de Adaté a Shastasid

Acaba de salir de mi aposento el tal padre Fa Tutto: ¡qué entrevista! ¡Qué complicación de perfidias, pasiones y negruras! ¿Así que el corazón humano es capaz de reunir tantas atrocidades? ¿Cómo describírselas a un justo?

Temblaba cuando ha entrado. Sus ojos miraban al suelo; yo he temblado más que él. No ha tardado mucho en tranquilizarse: «No sé, me ha dicho, si podré salvar a vuestro marido. Aquí los jueces tienen a veces compasión de las doncellas, pero son muy severos con los hombres. — ¿Cómo? ¿Que la vida de mi marido no

está a salvo?». Me he desmayado. Él ha buscado aguas espirituosas para hacerme volver en mí; no las había. Ha enviado a mi buena Dera a comprarlas al otro extremo de la calle, a la tienda de un baniano. Mientras, él me ha desanudado la camisa para dejar paso a los vapores que me sofocaban. Al volver en mí me he quedado atónita al encontrar sus manos en mis pechos y su boca en la mía. He lanzado un grito horrible y he retrocedido espantada de horror. Él me ha dicho: «Me tomaba por vos un cuidado que la caridad ordena. Era menester que vuestro pecho quedase libre, y me aseguraba de que respirabais.

»— ¡Ah!, cuidaos de que mi marido respire. ¿Todavía está en ese foso horrible? — No, me ha contestado. Tras muchos esfuerzos, he conseguido que lo trasladen a un calabozo más cómodo. —Una vez más vuelvo a preguntaros: ¿cuál es su crimen, cuál es mi crimen? ¿Por qué esta falta de humanidad tan espantosa? ¿Por qué violar con nosotros los derechos de la hospitalidad, el de gentes, el de la naturaleza? — Es nuestra santa religión la que exige de nosotros estas pequeñas severidades. Vos y vuestro marido estáis acusados de haber renunciado, los dos, a vuestro bautismo».

Entonces he exclamado: «¿Qué queréis decir? Nosotros nunca hemos sido bautizados a vuestro modo; fuimos bautizados en el Ganges en el nombre de Brahma. ¿Sois vos quien habéis convencido de esa execrable impostura a los espectros que me han interrogado? ¿Qué designio era el vuestro?».

Él ha negado enérgicamente esa idea. Me ha hablado de virtud, de verdad, de caridad; por un momento ha estado a punto de disipar mis sospechas, asegurándome que tales espectros son gentes de bien, hombres de Dios, jueces del alma, que tienen en todas partes santos espías, y sobre todo entre los extranjeros que llegan a Goa. Y dice que esos espías han jurado a sus colegas, los jueces del alma, ante el cuadro del hombre completamente desnudo, que Amabed y yo habíamos sido bautizados al modo de los bandidos portugueses, que Amabed es «apóstato» y que yo soy «apóstata».

¡Oh, virtuoso Shastasid! ¡Lo que a cada instante oigo y veo me sobrecoge de espanto, desde la raíz de los cabellos hasta la uña del dedo pequeño del pie!

«¡Cómo! ¿Sois vos, le he dicho al padre Fa Tutto, uno de los cinco hombres de Dios, uno de los jueces del alma? — Sí, mi querida Adaté, sí, Encanto de los Ojos, soy uno de los cinco dominicos delegados por el vice-Dios del universo para disponer soberanamente de almas y cuerpos. — ¿Qué es un dominico? ¿Qué es un vice-Dios? — Un dominico es un sacerdote, hijo de santo Domingo, inquisidor por

la fe. Y un vice-Dios es un sacerdote al que Dios ha elegido para representarlo, para disfrutar de diez millones de rupias al año, y para enviar por toda la Tierra a unos dominicos vicarios del vicario de Dios».

Espero, gran Shastasid, que me expliques este infernal galimatías, este incomprensible revoltijo de absurdos y horrores, de hipocresía y barbarie.

Y Fa Tutto me decía todo esto con un aire de compunción y en un tono de verdad que, en otro tiempo, habría podido producir algún efecto sobre mi alma sencilla e ignorante. Tan pronto alzaba los ojos al cielo como los clavaba en mí. Estaban animados y llenos de ternura. Pero esa ternura producía en todo mi cuerpo un estremecimiento de horror y espanto. Amabed está continuamente tanto en mi boca como en mi corazón. «Devolvedme a mi querido Amabed», ése era el comienzo, el medio y el final de todas mis frases.

En ese momento llega mi buena Dera, trayendo aguas de *cinnamum* y de *amomum*^[735]. Esta encantadora criatura ha encontrado el modo de hacer llegar al mercader Coursom mis tres cartas anteriores. Coursom sale de viaje esta noche, y llegará a Maduré dentro de unos días. El gran Shastasid se apiadará de mí; derramará lágrimas por la suerte de mi marido, me dará consejos, y un rayo de su sabiduría penetrará en la noche de mi tumba.

Respuesta del brahma Shastasid a las tres cartas anteriores de Adaté

Virtuosa y desventurada Adaté, esposa de mi caro discípulo Amabed, Encanto de los Ojos, los míos han derramado ríos de lágrimas sobre tus tres cartas. ¡Qué demonio enemigo de la naturaleza ha soltado del fondo de las tinieblas de Europa a los monstruos que se han apoderado de la India! ¡Cómo, tierna esposa de mi caro discípulo! ¿No ves que el padre Fa Tutto es un malvado que te ha hecho caer en la trampa? ¿No ves que es él y sólo él quien ha mandado encerrar a tu marido en un foso, y quien te ha metido a ti misma en otro para que le debieras el favor de haberte sacado? ¿Qué no exigirá de tu gratitud? Tiemblo contigo: doy parte de esta violación del derecho de gentes a todos los pontífices de Brahma, a todos los omráes^[736], a todos los rajáes, a los nababs, al gran emperador de las Indias mismo, el sublime Babar^[737], rey de reyes, primo del sol y de la luna, hijo de Mirsamachamed, hijo de Semcor, hijo de Abuchaid, hijo de Miracha, hijo de Timur^[738], a fin de que desde todas partes se opongan al bandolerismo de los ladrones de Europa. ¡Qué abismos de maldad! Nunca los sacerdotes de Timur, de Gengis Jan^[739], de Alejandro, de Ogus Jan, de Sesac^[740], de Baco, que, uno tras otro,

vinieron a someter nuestras santas y pacíficas regiones, permitieron semejantes horrores hipócritas; al contrario, Alejandro dejó en todas partes señales eternas de su generosidad. Baco no hizo sino el bien: era el favorito del cielo; una columna de fuego guiaba su ejército durante la noche, y una nube caminaba por delante durante el día^[741]; cruzaba el mar Rojo a pie enjuto, ordenaba al sol y a la luna detenerse cuando era preciso; de su frente salían dos manojos de rayos divinos; el ángel exterminador permanecía de pie a su lado, pero él siempre empleaba al ángel de la alegría. Vuestro Albuquerque, por el contrario, ha venido únicamente con monjes, con bribones mercaderes y asesinos. Coursom el justo me ha confirmado la desventura de Amabed y la vuestra. ¡Ojalá que antes de mi muerte pueda salvaros a los dos, o vengaros! ¡Ojalá el eterno Birmah os saque de las manos del monje Fa Tutto! Mi corazón sangra por las heridas del vuestro.

N. B. Esta carta no llegó a Encanto de los Ojos sino mucho tiempo después, cuando salió de la ciudad de Goa.

Quinta carta *de Adaté al gran brahma Shastasid*

¿Qué términos osaré utilizar para expresarte mi nueva desgracia? ¿Cómo podrá el pudor hablar de la vergüenza? Birmah ha visto el crimen ¡y lo ha tolerado! ¿Qué será de mí? El foso donde estaba enterrada es mucho menos horrible que mi estado.

El padre Fa Tutto ha entrado esta mañana en mi aposento, completamente perfumado y cubierto con un sobrepelliz de seda liviana. Yo me hallaba en la cama. «¡Victoria!, me ha dicho, ya está firmada la orden para liberar a vuestro esposo». Al oír estas palabras, un arrebató de alegría se ha apoderado de todos mis sentidos; le he llamado «mi protector, padre mío». Él se ha inclinado hacia mí, me ha abrazado. Al principio he creído que era una caricia inocente, un testimonio casto de sus bondades conmigo; pero en ese mismo instante, apartando mi manta, despojándose de su toga y arrojándose sobre mí como un pájaro de presa sobre una paloma, oprimiéndome con el peso de su cuerpo, privando de todo movimiento con sus brazos nervudos a mis débiles brazos, impidiendo con besos criminales que de mis labios saliera mi voz quejumbrosa, enardecido, invencible, inexorable... ¡Qué momento! ¿Por qué no estoy muerta?

Casi desnuda, Dera ha acudido en mi ayuda, pero cuando ya nada podía socorrerme salvo un rayo. ¡Oh, providencia de Birmah! ¡No lo ha lanzado, y el

detestable Fa Tutto ha hecho llover en mi seno el ardiente rocío de su crimen! No, ni la misma Drugha con sus diez brazos celestes habría podido importunar a ese Mosasor^[742] indomable.

Mi querida Dera tiraba de él con todas sus fuerzas; pero imaginaos a un pajarillo picoteando el extremo de las plumas de un buitre encarnizado sobre una tórtola; ésa es la imagen del padre Fa Tutto, de Dera y de la pobre Adaté.

Para vengarse de las molestias de Dera, la agarra y la derriba con una mano mientras me sujeta a mí con la otra; la trata como me ha tratado, sin misericordia; luego, sale altivo como un amo que ha castigado a dos esclavas, y nos dice: «Habéis de saber que os castigaré así a las dos cuando os rebeléis».

Dera y yo hemos permanecido un cuarto de hora sin atrevernos a decir una palabra, sin valor siquiera para mirarnos. Por fin Dera ha exclamado: «¡Ay, mi querida ama, qué hombre! ¿Son tan crueles como él todas las gentes de su especie?».

Por mi parte, sólo pensaba en el desventurado Amabed. Se me ha prometido devolvérmelo, y no me lo devuelven. Matarme hubiera sido abandonarlo; por eso no me he matado.

Desde hacía un día sólo me alimentaba de mi dolor. No nos han traído de comer a la hora acostumbrada. Dera estaba extrañada y se lamentaba. A mí me parecía muy vergonzoso comer después de lo que nos había ocurrido. Sin embargo teníamos un apetito devorador. No llegaba nada, y, tras habernos desmayado de dolor, nos desvanecemos de hambre.

Por fin, ya de noche, nos han servido una torta de piñones, una pularda y dos perdices, con un solo panecillo; y, para colmo de ultraje, una botella de vino sin agua. Es la mala pasada más sangrante que pueda hacerse a dos mujeres como nosotras, después de todo lo que habíamos sufrido; mas ¿qué hacer? Me he puesto de rodillas: «¡Oh, Birmah! ¡Oh, Visnú! ¡Oh, Brahma! Vosotros sabéis que el alma no queda mancillada por lo que entra en el cuerpo. Si me habéis dado un alma, perdonadle la necesidad funesta en que está mi cuerpo de no verse reducido a verduras; sé que es pecado horrible comer pollo, pero nos obligan. ¡Ojalá recaigan tantos crímenes sobre la cabeza del padre Fa Tutto! Ojalá tras su muerte se convierta en una desgraciada muchacha india; y ojalá me convierta yo en dominico, para devolverle todo el mal que me ha hecho; ojalá sea yo más despiadada todavía con él de lo que él ha sido conmigo». ¡No te escandalices,

virtuoso Shastasid, perdón! Nos hemos sentado a la mesa. ¡Qué duro es gozar de placeres que uno se reprocha!

Postdata. Inmediatamente después de cenar, escribo al moderador de Goa, al que llaman el «corregidor»^[743]. Le pido la libertad de Amabed y la mía; le informo de todos los crímenes del padre Fa Tutto. Mi querida Dera dice que le hará llegar la carta por medio de ese alguacil de inquisidores por la fe que a veces viene a verla a mi antecámara y que la tiene en mucha estima. Ya veremos qué resultado pueda dar este audaz paso.

Sexta carta de Adaté

¿Podrías creerlo, sabio instructor de hombres? ¡Hay justos en Goa! Y uno de ellos es el corregidor don Jerónimo. Le ha conmovido mi desgracia y la de Amabed. La injusticia lo subleva, el crimen le indigna. Se ha trasladado con varios oficiales de justicia a la mazmorra donde estamos encerradas. He sabido que a esta guarida la llaman «palacio del Santo Oficio». Pero, cosa que te asombrará, le han negado la entrada. Los cinco espectros, seguidos de sus alabarderos, se han plantado en la puerta y han dicho a la justicia: «¡En nombre de Dios, no entrarás! — Entraré en nombre del rey, ha dicho el corregidor; es un caso real. — Es un caso sagrado», han contestado los espectros. El justo don Jerónimo ha dicho: «Tengo que interrogar a Amabed, Adaté, a Dera y al padre Fa Tutto. — ¡Interrogar a un inquisidor, a un dominico!, ha exclamado el jefe de los espectros: eso es sacrilegio: *scommunicaio, scommunicaio*»^[744]. Se dice que éstas son palabras terribles, y que el hombre contra quien se pronuncian muere por regla general al cabo de tres días.

Ambas partes se han acalorado y estaban dispuestas a llegar a las manos. Finalmente, se han remitido al obispo de Goa. Entre estos bárbaros, un obispo es algo así como lo que tú eres entre los hijos de Brahma: un intendente de su religión; va vestido de morado, y lleva en las manos zapatos morados^[745]. Los días de ceremonia lleva en la cabeza un cono hendido en dos. Ese hombre ha decidido que ambas partes estaban equivocadas, y que sólo al vice-Dios correspondía juzgar al padre Fa Tutto. Han acordado enviarlo ante su divinidad junto con Amabed y conmigo, y con mi fiel Dera.

No sé dónde mora ese vice, si en la vecindad del gran lama o en Persia, mas no importa. Voy a ver de nuevo a Amabed; iría con él al fin del mundo, al cielo, al infierno. En este momento olvido mi foso, mi mazmorra, las violencias de Fa Tutto, sus perdices, que he tenido la cobardía de comer, y su vino, que he tenido la

debilidad de beber.

Séptima carta de Adaté

He vuelto a ver a mi tierno esposo; nos han reunido, lo he tenido en mis brazos. Él ha borrado la mancha del crimen con que ese abominable Fa Tutto me había mancillado; como el agua santa del Ganges, que lava todas las máculas de las almas, él me ha devuelto una nueva vida. Sólo la pobre Dera sigue estando profanada; pero tus plegarias y tus bendiciones devolverán todo su esplendor a su inocencia.

Mañana nos llevan a un bajel que zarpa rumbo a Lisboa. Es la patria del fiero Albuquerque. Ahí es sin duda donde mora ese vice-Dios que debe juzgar el asunto entre Fa Tutto y nosotros. Si es vice-Dios, como aquí asegura todo el mundo, es seguro que condenará a Fa Tutto. Pequeño consuelo es, pero busco menos el castigo de ese terrible culpable que la felicidad del dulce Amabed.

¿Cuál es el destino de los débiles mortales, de estas hojas que el viento arrastra? Amabed y yo hemos nacido a orillas del Ganges; ¡nos llevan a Portugal, van a juzgarnos, a nosotros que hemos nacido libres, en un mundo desconocido! ¿Volveremos a ver alguna vez nuestra patria? ¿Podremos hacer la peregrinación que teníamos proyectada hacia tu persona sagrada?

¿Cómo podremos estar encerradas, yo y mi querida Dera, en el mismo navío que el padre Fa Tutto? La sola idea me hace temblar. Por suerte, junto a mí tendré a mi valiente esposo para defenderme. Pero ¿qué será de Dera, que no tiene marido? En fin, nos encomendamos a la Providencia.

En adelante será mi querido Amabed quien te escriba, él llevará el diario de nuestro destino y te describirá la nueva tierra y los nuevos cielos que vamos a ver. ¡Ojalá Brahma conserve mucho tiempo tu cabeza rapada y el entendimiento divino que ha puesto en la médula de tu cerebro!

Primera carta de Amabed a Shastasid, tras su cautiverio

¡Todavía me cuento en el número de los vivos! ¡Soy yo quien te escribe, divino Shastasid! Lo he sabido todo, y lo sé todo. Encanto de los Ojos no ha sido

culpable, no puede serlo. La virtud está en el corazón, y no en otra parte. Ese rinoceronte de Fa Tutto, que se había cosido a su piel la del zorro, afirma con toda desvergüenza que nos bautizó en Benarés, a Adaté y a mí, al modo europeo; que soy «apóstato», y que Encanto de los Ojos es «apóstata». Jura, por el hombre desnudo que aquí está pintado en casi todas las paredes, que se le acusa injustamente de haber violado a mi querida esposa y a la joven Dera. Por su parte, Encanto de los Ojos y la dulce Dera juran que han sido violadas. Las mentes europeas no pueden comprender este sombrío abismo; todos dicen que sólo el vice-Dios puede conocerlo, dado que es infalible^[746].

Don Jerónimo, el corregidor, nos hace embarcar mañana a todos para comparecer ante ese ser extraordinario que no se equivoca nunca. Este gran juez de los bárbaros no vive en Lisboa, sino mucho más lejos, en una ciudad magnífica que llaman Ruma. Este nombre es completamente desconocido entre nosotros los indios. Viaje terrible. ¡A qué cosas se exponen los hijos de Brahma en esta breve vida!

Por compañeros de viaje tenemos a unos mercaderes de Europa, a unas cantantes, a dos viejos oficiales de las tropas del rey de Portugal, que han ganado mucho dinero en nuestro país, a sacerdotes del vice-Dios y a varios soldados.

Para nosotros es una gran suerte haber aprendido el italiano, que es la lengua corriente de todas estas personas; porque, de otro modo, ¿cómo podríamos entender la jerga portuguesa? Pero ¡qué horrible estar en el mismo barco con Fa Tutto! Esta noche nos hacen dormir a bordo, para zarpar mañana en cuanto salga el sol. Tendremos un pequeño camarote de seis pies de largo por cuatro de ancho para mi mujer y para Dera. Dicen que es un favor insigne. Han de hacerse provisiones de toda clase, y hay un estruendo y un jaleo imposible de describir. La muchedumbre corre para mirarnos. Encanto de los Ojos llora, Dera tiembla: hay que armarse de valor. Adiós, haz por nosotros tus santas plegarias al Eterno, que creó a los desgraciados mortales hace ahora exactamente ciento quince mil seiscientas cincuenta y dos revoluciones anuales del sol alrededor de la tierra, o de la tierra alrededor del sol^[747].

Segunda carta de Amabed, durante su ruta

Después de un día de navegación, el barco ha llegado frente a Bombay, de la que se ha apoderado el exterminador Albuquerque, a quien aquí llaman «el

grande»^[748]. Inmediatamente se ha dejado oír un ruido infernal: nuestro navío ha disparado nueve cañonazos, a los que han respondido otros tantos desde las murallas de la ciudad. Encanto de los Ojos y la joven Dera han creído que había llegado su último día. Un humo espeso nos cubría totalmente. ¿Podrás creer, sabio Shastasid, que todo esto son cortesías? Es la forma con que estos bárbaros se saludan. Una chalupa ha traído cartas con destino a Portugal; luego hemos puesto rumbo a alta mar, dejando a nuestra derecha las desembocaduras del gran río Zonbu-dipo, que los bárbaros llaman el Indo.

Ya no vemos otra cosa que los aires, a los que llaman *cielo* estos bergantes tan poco dignos del cielo, y este gran mar que su avaricia y crueldad les hacen surcar.

Sin embargo, el capitán parece un hombre honrado y prudente. No permite que el padre Fa Tutto permanezca en cubierta cuando nosotros tomamos en ella el fresco; y cuando él está arriba, nosotros nos quedamos abajo. Somos como el día y la noche, que nunca aparecen juntos sobre el mismo horizonte. No dejo de meditar sobre el destino de los desventurados mortales. Bogamos por el mar de las Indias con un dominico, para ir a ser juzgados en Ruma, a seis mil leguas de nuestra patria.

Hay en el navío un personaje muy importante, al que llaman el *limosnero*. No es que dé limosna; al contrario, le dan a él dinero para que diga oraciones en una lengua que no es la portuguesa ni la italiana, y que nadie de la tripulación entiende; tal vez no la entienda ni él; porque siempre está discutiendo sobre el sentido de las palabras con el padre Fa Tutto. El capitán me ha dicho que ese limosnero es franciscano y que, como el otro es dominico, están obligados en conciencia a no ser nunca de la misma opinión. Sus sectas son enemigas juradas una de otra; por eso se visten de forma completamente distinta, para poner de manifiesto la diferencia de sus opiniones.

El franciscano se llama Fa Molto. Me presta libros italianos sobre la religión del vice-Dios ante el que vamos a comparecer. Mi querida Adaté y yo leemos esos libros. Dera asiste a la lectura. Al principio sintió cierta repugnancia, por temor a desagradar a Brahma; pero cuanto más leemos, más fortalecidos salimos en el amor a los santos dogmas que tú enseñas a los fieles.

Tercera carta del diario de Amabed

Con el limosnero hemos leído epístolas de uno de los grandes santos de la religión italiana y portuguesa. Su nombre es Pablo. Tú que posees la ciencia universal conocerás a Pablo sin duda. Es un gran hombre: fue derribado de su caballo por una voz, y cegado por un rayo de luz; se jacta de haber estado como yo en un calabozo, y añade que recibió cinco veces treinta y nueve latigazos, que en total suman ciento noventa y cinco vergajazos, en las nalgas; además, tres tandas de palos, sin especificar su número; dice además que fue lapidado una vez, cosa violenta, porque a duras penas vuelve uno a la vida; jura también que estuvo un día y una noche en el fondo del mar. Lo compadezco mucho; y, en recompensa a todo ello, fue raptado y llevado al tercer cielo. Te confieso, iluminado Shastasid, que me gustaría hacer otro tanto, aunque hubiese de comprar esa gloria a cambio de ciento noventa y cinco vergajazos bien aplicados en el trasero:

Il est beau qu'un mortel jusques aux cieux s'élève;

Il est beau même d'ou tomber^[749],

como dice uno de nuestros poetas indios más amable, que algunas veces alcanza lo sublime.

En fin, veo que, como a mí, a Pablo lo llevaron a Ruma para ser juzgado. ¡Cómo!, mi querido Shastasid, ¿o sea que Ruma ha juzgado a todos los mortales en todas las épocas? Desde luego, es menester que en esa ciudad haya algo superior al resto de la tierra. Todos los que viajan en el barco no juran sino por Ruma. Y en Goa se hacía todo en nombre de Ruma.

Te diré mucho más. El dios de nuestro limosnero Fa Molto, que es el mismo que el de Fa Tutto, nació y murió en un país dependiente de Ruma, y pagó el tributo al zamorín^[750] que reinaba en esa ciudad. ¿No te parece muy sorprendente todo esto? Por lo que a mí respecta, creo estar soñando, y que todos los que me rodean también sueñan.

Nuestro limosnero Fa Molto nos ha leído cosas más maravillosas todavía^[751]. Unas veces es un burro que habla, otras es uno de sus santos el que pasa tres días y tres noches en el vientre de una ballena y que sale de ahí de muy mal humor. Otras es un predicador que se va a predicar al cielo montado en un carro de fuego tirado por cuatro caballos de fuego. Un doctor pasa el mar a pie enjuto, seguido de dos o

tres millones de hombres que huyen con él. Otro doctor detiene el sol y la luna; aunque esto no me sorprende: ya me habías enseñado tú que Baco había hecho otro tanto.

Lo que más pena me da, a mí que me jacto de limpieza y de un gran pudor, es que el Dios de estas gentes ordene a uno de sus predicadores comer materia loable sobre su pan^[752], y a otro acostarse por dinero con unas rameritas y tener hijos con ellas^[753].

Hay algo peor. Este hombre culto nos ha hecho fijarnos en dos hermanas, Ohlá y Ohlibá^[754]. Las conoces de sobra, porque has leído todo. Ese punto ha escandalizado mucho a mi mujer. Hasta el blanco de sus ojos se ha ruborizado. He notado que la buena Dera se ponía colorada al oír ese párrafo. Desde luego, este franciscano de Fa Molto tiene que ser un buen pillo. Sin embargo, ha cerrado el libro nada más ver que Encanto de los Ojos y yo nos habíamos espantado, y se ha marchado para ir a meditar sobre el texto.

Me ha dejado su libro sagrado. He leído al azar algunas páginas. ¡Oh, Brahma! ¡Oh, justicia eterna! ¡Qué hombres son todas estas gentes! En su vejez, todos se acuestan con sus criadas^[755]. Uno hace infamias a su suegra, otro a su nuera. Aquí es una ciudad entera la que quiere tratar a un pobre sacerdote como a una ramera. Allá dos señoritas de calidad emborrachan a su padre, se acuestan con él una tras otra, y tienen hijos suyos.

Pero lo que más me ha espantado, lo que más me ha sobrecogido de horror, es que los habitantes de una ciudad magnífica a quien su Dios envió dos seres eternos que siempre están al pie de su trono, dos espíritus puros resplandecientes de luz divina... mi pluma se estremece como mi alma... ¿me atreveré a decirlo?, sí, esos habitantes hicieron cuanto pudieron para violar a esos mensajeros de Dios^[756]. ¡Qué abominable pecado tratándose de hombres! Pero con ángeles, ¿es siquiera posible? Querido Shastasid, bendigamos a Birmah, a Visnú y a Brahma. Démosles gracias por no haber conocido jamás esas ignominias inconcebibles. Dicen que el conquistador Alejandro quiso introducir esa costumbre supersticiosa entre nosotros, que masturbaba en público a su lindo Hefestión. El cielo le castigó. Hefestión y él perecieron en la flor de su edad. Te saludo, maestro de mi alma, espíritu de mi espíritu. Adaté, la triste Adaté se encomienda a tus plegarias.

*Cuarta carta
de Amabed a Shastasid*

Desde el cabo que llaman Buena Esperanza,

a quince del mes del rinoceronte

Hace mucho que no he extendido mis hojas de algodón sobre una plancha ni mojado mi pincel en la laca negra desleída, para darte cuenta fiel de nosotros. A nuestra derecha hemos dejado atrás el golfo de Babelmandeb, que se adentra en el famoso mar Rojo cuyas olas se separaron en otro tiempo y se amontonaron como montañas para dejar pasar a Baco y a su ejército. Lamentaba yo que no hubiese mojado las costas de la Arabia Feliz, ese país tan hermoso casi como el nuestro, en el que Alejandro quería asentar los reales de su imperio y el puerto franco del comercio del mundo. Me habría gustado ver ese Adén o Edén, cuyos sagrados jardines fueron tan celebrados en la antigüedad; esa ciudad de Moka, famosa por el café, que hasta ahora sólo crece en esa provincia; Meca, donde el gran profeta de los musulmanes asentó los reales de su imperio, y adonde tantos pueblos del Asia, del África y de Europa van todos los años a besar una piedra negra bajada del cielo, que no suele enviar muy a menudo piedras semejantes a los mortales^[757]; mas no nos está permitido satisfacer nuestra curiosidad. Seguimos bogando para llegar a Lisboa, y desde ahí a Ruma.

Ya hemos pasado la línea del equinoccio; hemos bajado a tierra en el reino de Melinda^[758], donde los portugueses tienen un puerto considerable. Nuestra tripulación ha embarcado ahí marfil, ámbar gris, cobre, plata y oro. Y ya hemos llegado al gran cabo: es el país de los hotentotes. Estos pueblos no parecen descender de los hijos de Brahma. La naturaleza ha dado a sus mujeres un delantal que forma su piel: ese delantal^[759] cubre su joya, que los hotentotes idolatran, y para el que hacen madrigales y canciones. Estos pueblos van completamente desnudos. Moda es muy natural, aunque a mí no me parece ni honesta ni útil. Un hotentote es muy desgraciado: cuando ha visto a su hotentota por delante y por detrás ya no le queda nada que desear. Le falta el encanto de los obstáculos. Para él ya no hay nada excitante. Las ropas de nuestras indias, inventadas para ser remangadas, denotan un genio muy superior. Estoy convencido de que el sabio indio a quien debemos el juego del ajedrez y el del chaquete, también ideó los atavíos de las damas para nuestra felicidad.

Permaneceremos dos días en este cabo, que es el límite del mundo y que parece separar Oriente de Occidente. Cuanto más cavilo sobre el color de estos

pueblos, sobre el cloqueo que utilizan para hacerse entender en vez de un lenguaje articulado, sobre su cara y sobre el delantal de sus damas, más convencido estoy de que esa raza no puede tener el mismo origen que nosotros.

Pretende nuestro limosnero que los hotentotes, los negros y los portugueses descienden del mismo padre. Idea muy ridícula. Preferiría que me dijese que las gallinas, los árboles y la hierba de ese país proceden de las gallinas, de los árboles y de la hierba de Benarés o de Pekín.

Quinta carta de Amabed

El 16 por la noche,

en el cabo llamado de Buena Esperanza

He aquí otra ventura. Paseaba el capitán con Encanto de los Ojos y conmigo por una gran meseta a cuyo pie va a romper sus olas el mar del mediodía. El limosnero Fa Molto ha llevado muy despacito a nuestra joven Dera hasta una casilla recientemente construida que llaman *taberna*. La pobre niña no veía en ello ninguna triquiñuela y creía que no tenía nada que temer, por no ser ese limosnero dominico. No hemos tardado mucho en oír sus gritos. Figúrate: el padre Fa Tutto ha tenido celos de esa entrevista. Ha entrado en la taberna hecho una furia. Había allí dos marineros, que también han tenido celos. ¡Qué pasión tan terrible los celos! Los dos marineros y los dos clérigos habían bebido mucho licor de ése que dicen inventado por su Noé, y cuyo autor, según pretendemos nosotros, fue Baco: regalo funesto, que podría ser útil si no fuera tan fácil abusar de él. Dicen los europeos que ese brebaje les da ingenio. ¿Cómo puede ser, si les priva de la razón?

Los dos hombres de mar y los dos bonzos de Europa se han dado de puñadas con gran violencia, un marinero pegaba a Fa Tutto, éste al limosnero, el franciscano al otro marinero, que devolvía lo que recibía; los cuatro cambiaban de mano en todo momento, dos contra dos, tres contra uno, todos contra todos, y cada uno de ellos jurando y tirando hacia sí de nuestra infortunada, que lanzaba unos gritos lamentables. Al ruido ha acudido el capitán, que ha golpeado indistintamente a los cuatro combatientes; y, para poner a Dera a salvo, se la ha llevado a su camarote, donde la muchacha lleva encerrada con él desde hace dos horas. Los oficiales y los pasajeros, muy corteses todos, se han reunido con nosotros y nos han asegurado que los dos monjes (así es como los llaman) serían severamente castigados por el vice-Dios en cuanto llegasen a Ruma. Esa esperanza

nos ha consolado un tanto.

Al cabo de dos horas el capitán ha regresado para devolvernos a Dera, con cortesías y cumplidos que han dejado muy satisfecha a mi querida mujer. ¡Oh, Brahma, qué cosas tan extrañas ocurren en los viajes, y cuánto más prudente sería quedarse en casa!

Sexta carta
de Amabed, durante su ruta

No he vuelto a escribirte desde la aventura de nuestra pequeña Dera. Durante la travesía, el capitán siempre ha tenido con ella bondades muy notables. Yo temía que él redoblase su amabilidad con mi mujer, pero Adaté ha fingido estar embarazada de cuatro meses. Los portugueses miran a las mujeres embarazadas como personas sagradas a las que no está permitido apenar. Ésa es al menos una costumbre buena, que pone a salvo el querido honor de Adaté. El dominico ha recibido la orden de no presentarse nunca más ante nosotros, y ha obedecido.

Pocos días después de la escena de la taberna, el franciscano vino a pedirnos perdón. Me lo llevé aparte. Le pregunté cómo habiendo hecho voto de castidad había podido emanciparse hasta aquel punto. Y él me contestó: «Es cierto que hice ese voto; pero si hubiera prometido que mi sangre no correría nunca por mis venas y que mis uñas y mis cabellos no crecerían, tendréis que admitir que no podría cumplir esa promesa. En vez de hacernos jurar que seremos castos, deberían forzarnos a serlo y convertir a todos los monjes en eunucos. Mientras un pájaro tiene plumas, vuela. El único medio de impedir a un ciervo correr es cortarle las patas. Podéis estar seguro de que los clérigos vigorosos como yo, y que no tienen mujeres, se entregan a pesar suyo a excesos que hacen ruborizarse a la naturaleza, y luego se van a celebrar los santos misterios».

Mucho es lo que he aprendido en la conversación con este hombre. Me ha instruido en todos los misterios de su religión, que me han pasmado. «El reverendo padre Fa Tutto, me ha dicho, es un bribón que no cree una palabra de todo lo que enseña; en cuanto a mí, tengo dudas violentas; pero las aparto, me pongo una venda en los ojos, rechazo mis pensamientos y sigo como puedo la carrera en que estoy. Todos los monjes se ven reducidos a esta alternativa: o la incredulidad les hace detestar su profesión, o la estupidez se la vuelve soportable».

¿Podrás creer que, tras estas confesiones, me ha propuesto que me haga

cristiano? Le he dicho: «¿Cómo podéis presentarme una religión de la que vos mismo no estáis convencido, a mí, que he nacido en el seno de la religión más antigua del mundo, de una religión cuyo culto existía ciento quince mil trescientos años por lo menos, según confesáis, antes de que hubiera franciscanos en el mundo?

»— ¡Ay, mi querido indio!, me ha dicho, si pudiera conseguir haceros cristianos a vos y a la bella Adaté, haría reventar de despecho a ese bribón de dominico que no cree en la inmaculada concepción de la Virgen^[760]. Haríais mi fortuna, podría ser *obispo*^[761], además de que sería una buena acción, y Dios os lo agradecería».

Divino Shastasid, así es como entre estos bárbaros de Europa hay hombres que son un compuesto de error, flaqueza, codicia y necedad, y otros que son bribones consecuentes y curtidos. He dado parte de estas conversaciones a Encanto de los Ojos, que ha sonreído apiadada. ¡Quién hubiera pensado que había de ser en un barco, bogando hacia las costas de África, donde aprenderíamos a conocer a los hombres!

Séptima carta de Amabed

¡Qué hermoso clima el de estas costas meridionales, pero qué habitantes tan infames! ¡Qué brutos! Cuanto más ha hecho la naturaleza por nosotros, menos hacemos nosotros por ella. En todos estos pueblos no se conoce ningún arte. La gran cuestión para ellos es si descienden de monos, o si los monos descienden de ellos. Nuestros sabios han dicho que el hombre es la imagen de Dios: ¡qué imagen tan divertida la del Ser eterno con una nariz chata y negra, y con poca o ninguna inteligencia! Vendrá un tiempo, sin duda, en que estos animales podrán cultivar la tierra, embellecerla con casas y jardines y conocer la ruta de los astros. Se necesita tiempo para todo. Nosotros mismos datamos nuestra filosofía de hace ciento quince mil seiscientos cincuenta y dos años: en verdad, si no fuera por el respeto que te debo, pienso que nos engañamos; me parece que se precisa mucho más tiempo para llegar al punto en que estamos. Pongamos sólo veinte mil años para inventar un lenguaje tolerable, otros tantos para escribir por medio de un alfabeto, otros tantos para la metalurgia, otros tantos para el arado y la lanzadera, otros tantos para la navegación; ¡y cuántos siglos exigen todavía otras artes! Los caldeos datan de hace cuatrocientos mil años, y aún no es bastante.

En una ribera que se llama Angola, el capitán ha comprado seis negros que

le han vendido por el precio corriente de seis bueyes. Es menester que ese país esté mucho más poblado que el nuestro, puesto que venden los hombres tan baratos. Pero, también, ¿cómo armonizar una población tan numerosa con tanta ignorancia?

El capitán lleva consigo varios músicos y les ha mandado tocar sus instrumentos: esos pobres negros se han puesto a bailar al punto con tanta elegancia casi como nuestros elefantes. ¿Es posible que, amando la música, no hayan sabido inventar el violín y ni siquiera la cornamusa? Tú, gran Shastasid, me dirás que la industria de los elefantes mismos no ha podido llegar a ese esfuerzo, y que hay que esperar. Nada tengo que replicar a eso.

Octava carta de Amabed

Apenas ha pasado el año^[762] cuando hemos aquí a la vista de Lisboa, a orillas del río Tajo, que desde hace mucho tiene la reputación de llevar rodando oro en sus olas. Si es así, ¿por qué los portugueses van a buscarlo tan lejos? Todas estas gentes de Europa responden que nunca sobra. Como me habías dicho, Lisboa es la capital de un reino pequeñísimo. Es la patria del tal Albuquerque que tanto mal nos ha hecho. Confieso que hay algo grande en estos portugueses que han sometido una parte de nuestras hermosas regiones. Es menester que el deseo de conseguir pimienta preste astucia y valor.

Encanto de los Ojos y yo esperábamos entrar en la ciudad; mas no se nos ha permitido, porque dicen que somos prisioneros del viceDios, y que el dominico Fra Tutto, el franciscano limosnero Fa Molto, Dera, Adaté y yo, debemos ser juzgados en Ruma.

Nos han obligado a pasar a otro navío que zarpa rumbo a la ciudad del vice-Dios. El capitán es un viejo español completamente distinto del portugués, que se portaba con mucha cortesía con nosotros. Habla únicamente por monosílabos, e incluso rara vez^[763]. Lleva al cinto unas granas enhebradas que no cesa de contar: dicen que eso es gran señal de virtud.

Dera echa mucho de menos al otro capitán; le parece que era mucho más educado. Han entregado al español un gran legajo de papeles, para instruir nuestro proceso en el tribunal de Ruma. Un escriba del navío los ha leído en voz alta. Pretende que el padre Fa Tutto será condenado a remar en una de las galeras del vice-Dios, y que el limosnero Fa Molto probará el látigo cuando lleguemos. Eso

mismo opina el resto de la tripulación; el capitán ha guardado los papeles bajo llave sin decir nada. Nos hacemos a la vela. ¡Que Brahma se apiade de nosotros, y que te colme con sus favores! Brahma es justo; pero ¡qué cosa tan singular que, habiendo nacido a orillas del Ganges, vaya yo a ser juzgado en Ruma! Aseguran sin embargo que lo mismo le ha ocurrido a más de un extranjero.

Novena carta de Amabed

Nada nuevo; toda la tripulación es callada y sombría como el capitán. Ya conoces el proverbio indio: «Todo se conforma a las costumbres del amo»^[764]. Hemos pasado un mar que sólo tiene nueve millas de ancho entre dos montañas, y hemos entrado en otro mar sembrado de islas. Hay una muy singular: está gobernada por religiosos cristianos, que llevan traje corto y sombrero, y que hacen voto de matar a todos los que lleven bonete y toga^[765]. También tienen que hacer la oración. Hemos fondeado en una isla mayor y más hermosa, que llaman Sicilia; era mucho más hermosa en el pasado; se habla de ciudades admirables de las que sólo se ven las ruinas. Fue habitada por dioses, diosas, gigantes y héroes: en ellas se forjaba el rayo. Una diosa llamada Ceres la cubrió de ricas cosechas. El vice-Dios ha cambiado todo esto; ahora se ven en ella muchas procesiones y cortabolsas.

Décima carta de Amabed

Por fin, hemos aquí en la tierra sagrada del vice-Dios. En el libro del limosnero había leído yo que este país era de oro y de azur; que las murallas eran de esmeraldas y rubíes; que los riachuelos eran de aceite, las fuentes de leche, que los campos estaban cubiertos de viñas y que cada una de las cepas producía cien toneles de vino^[766]. Quizá encontremos todo esto cuando nos vayamos acercando a Ruma.

Con mucho esfuerzo hemos atracado en un pequeño puerto muy incómodo, que llaman «la ciudad vieja». Se cae en ruinas, y su nombre le conviene.

Para llevarnos, nos han dado unas carretas tiradas por bueyes. Deben venir de lejos estos bueyes, porque a derecha e izquierda la tierra está sin cultivar; no hay más que marismas infectas, brezales, landas estériles. En el camino sólo hemos visto gentes con medio cuerpo tapado con una capa, sin camisa, que nos pedían limosna con altivez. Nos han dicho que esas gentes sólo se alimentan de panecillos^[767] muy insípidos que les dan gratis todas las mañanas y que sólo beben

agua bendecida.

De no ser por esas pandillas de pordioseros, que caminan cinco o seis mil pasos para conseguir, con sus lamentos, la trigésima parte de una rupia, este cantón sería un desierto horrible. Nos advierten incluso que todo el que pasa aquí la noche está en peligro de muerte. Aparentemente, Dios debe de estar enfadado con su vicario, puesto que le ha dado un país que es la cloaca de la naturaleza. También he sabido que esta región era en otro tiempo muy bella y fértil, y que sólo se ha vuelto tan miserable desde la época en que estos vicarios se hicieron con su posesión.

Te escribo, sabio Shastasid, en mi carreta, para librarme del aburrimiento. Adaté está muy sorprendida. Te escribiré en cuanto llegue a Ruma.

Undécima carta de Amabed

Ya estamos aquí, ya hemos llegado a esta ciudad de Ruma. Llegamos ayer en pleno día, el tres del mes de la oveja, que aquí llaman 15 de marzo de 1513. Al principio hemos sentido todo lo contrario de lo que esperábamos.

Nada más llegar a la puerta que llaman de San Pancracio^[768], hemos visto dos bandas de espectros, una vestida como nuestro limosnero^[769] y la otra como el padre Fa Tutto. Cada una llevaba una bandera al frente, y un gran palo en el que estaba esculpido un hombre completamente desnudo, en la misma actitud que el de Goa. Caminaban de dos en dos y cantaban una melodía capaz de obligar a bostezar a toda una provincia. Cuando esta procesión llegó a nuestra carreta, una banda gritó: «¡Es san Fa Tutto!»; y la otra: «¡Es san Fa Molto!». Les besaron las ropas, el pueblo se puso de rodillas. «¿Cuántos indios habéis convertido, mi Reverendo Padre? — Quince mil setecientos, decía el uno. — Once mil novecientos, decía el otro. — ¡Bendita sea la virgen María!». Todo el mundo tenía los ojos puestos en nosotros, todo el mundo nos rodeaba. «¿Son éstos vuestros catecúmenos, mi Reverendo Padre? — Sí, nosotros los hemos bautizado. — ¡Qué lindos son! ¡Gloria en las alturas^[770]! ¡Gloria en las alturas!».

El padre Fa Tutto y el padre Fa Molto fueron llevados, cada uno por su procesión, a una casa magnífica, mientras nosotros nos dirigimos a la posada. El pueblo nos siguió hasta allí gritando *Cazzo, Cazzo*^[771], dándonos bendiciones, besándonos las manos y haciendo mil elogios de mi querida Adaté, de Dera y de mí mismo. No nos recobrábamos de nuestra sorpresa.

Nada más llegar a nuestra posada, vino un hombre vestido de morado, acompañado por otros dos con capa negra, para felicitarnos por nuestra llegada. Lo primero que hizo fue ofrecernos dinero de parte de la Propaganda^[772], si es que lo necesitábamos. No sé qué sea eso de propaganda. Le respondí que todavía nos quedaban muchos diamantes (en efecto, siempre me había preocupado de esconder mi bolsa y una cajita de brillantes en mis calzones). Al punto el hombre casi se prosternó delante de mí y me trató de *excelencia*. «¿No está fatigada del viaje Su Excelencia la signora Adaté? ¿No quiere acostarse? Temo importunarla, pero siempre estaré a sus órdenes. El signor Amabed puede disponer de mí; le enviaré un Cicerón^[773] que estará a su servicio; no tiene más que mandar. Cuando hayan descansado, ¿tendrán a bien ambos hacerme el honor de acudir a mi casa para tomar un refrigerio? Será un honor para mí enviarles una carroza».

Debo confesar, mi divino Shastasid, que no son los chinos más corteses que esta nación occidental. Aquel señor se retiró. La bella Adaté y yo dormimos seis horas. Cuando llegó la noche, la carroza vino a recogernos. Fuimos a casa de aquel hombre tan civilizado. Su morada estaba iluminada y adornada de cuadros, mucho más agradables que el del hombre completamente desnudo que habíamos visto en Goa. Una numerosísima compañía nos agasajó, nos admiró por ser indios, nos felicitó por estar bautizados y nos ofreció sus servicios para todo el tiempo que quisiéramos quedarnos en Ruma.

Queríamos pedir justicia del padre Fa Tutto. No nos dieron tiempo a hablar del asunto. Por último, nos devolvieron a la posada sorprendidos, confusos por semejante recibimiento, y sin entender nada.

Duodécima carta de Amabed

Hoy hemos recibido innumerables visitas y una tal princesa de Piombino nos ha enviado dos escuderos para rogarnos que vayamos a cenar a su casa. Hemos ido en un carruaje magnífico. Allí estaba el hombre morado. He sabido que es uno de los señores, es decir uno de los ayudados de cámara del vice-Dios, a los que llaman «preferidos», *prelati*^[774]. No hay nadie más amable ni más discreta que la tal princesa de Piombino. En la mesa me ha sentado a su lado. Le ha sorprendido mucho nuestra repugnancia a comer pichones romanos y perdices. El preferido nos ha dicho que, como estábamos bautizados, teníamos que comer perdices y beber vino de Montepulciano, que todos los vice-Dioses así lo hacían, y que era el signo esencial de un verdadero cristiano.

Con su ingenuidad habitual la bella Adaté ha contestado que ella no era cristiana, que la habían bautizado en el Ganges. «¡Dios mío!, señora, dijo el preferido, en el Ganges, en el Tíber o en la bañera, ¡qué importa! Sois de los nuestros. Fuisteis convertidos por el padre Fa Tutto; para nosotros ése es un honor que no queremos perdernos. ¡Ved cuánta es la superioridad de nuestra religión sobre la vuestra!». Y al punto ha llenado nuestros platos con alas de pollitas cebadas. La princesa ha bebido a nuestra salud y por nuestra salvación. Nos han presionado con tanta gracia, nos han dicho palabras tan agradables, han sido tan corteses, tan divertidos y seductores que, finalmente, embrujados por el placer (pido perdón por ello a Brahma), Adaté y yo hemos cenado del modo más opíparo del mundo, con el firme propósito de lavarnos en el Ganges hasta las orejas, a nuestra vuelta, para borrar nuestro pecado. Nadie ha dudado de que fuéramos cristianos. «Qué gran misionero debe de ser el padre Fa Tutto, decía la princesa. Quiero tomarle por confesor». Mi pobre mujer y yo nos poníamos colorados y bajábamos los ojos.

De vez en cuando la signora Adaté daba a entender que habíamos ido para ser juzgados por el vice-Dios, y que ella tenía los mayores deseos de verle. «No podrá ser, nos ha dicho la princesa; ha muerto, y ahora están ocupados en hacer^[775] otro; en cuanto esté hecho, seréis presentados a Su Santidad. Seréis testigos de la fiesta más augusta que pueden ver los hombres, y vos seréis su más bello adorno». Adaté ha contestado con ingenio, y la princesa se ha aficionado a ella.

Al terminar de comer hemos tenido una música muy superior (si me atrevo a decirlo) a la de Benarés y de Maduré.

Después de la cena, la princesa ha mandado enjaezar cuatro carrozas doradas y nos ha hecho montar en la suya. Nos ha mostrado hermosos edificios, estatuas y pinturas. Por la noche, ha habido baile. Para mis adentros, yo comparaba esta deliciosa recepción con el fondo de la mazmorra donde fuimos encerrados en Goa, y a duras penas comprendía cómo el mismo gobierno y la misma religión podían tener tanta dulzura y tanto encanto en Ruma y ejercer tantos horrores lejos.

Decimotercera carta de Amabed

Mientras esta ciudad se halla sordamente dividida en pequeñas facciones para elegir un vice-Dios, mientras esas facciones animadas por el más fuerte de los odios se miran entre sí con una cortesía parecida a la amistad, mientras el pueblo

considera a los padres Fa Tutto y Fa Molto como los favoritos de la divinidad, mientras se congregan a nuestro alrededor con curiosidad respetuosa, yo hago, mi querido Shastasid, profundas reflexiones sobre el gobierno de Ruma.

Lo comparo con la comida que nos ha dado la princesa de Piombino. La sala era limpia, cómoda y estaba engalanada; el oro y la plata brillaban encima de los aparadores; la alegría, el ingenio y las gracias animaban a los invitados; pero en las cocinas corrían la sangre y la grasa; las pieles de los cuadrúpedos, las plumas de las aves y sus entrañas, revueltas en montón, revolvían el estómago y propagaban la peste.

Así es, a lo que me parece, la corte romana. Civilizada y lisonjera por dentro, desordenada y tiránica por fuera. Cuando decimos que esperamos obtener justicia frente a Fa Tutto, se echan a reír suavemente; nos dicen que estamos muy por encima de esas bagatelas, que el gobierno nos considera demasiado para permitir que conservemos el recuerdo de semejante «facecia», que los Fa Tutto y los Fa Molto son unas especies de monos^[776] criados con esmero para que hagan juegos malabares ante el pueblo; y concluyen con manifestaciones de respeto y amistad hacia nosotros. ¿Qué decisión quieres que tomemos, gran Shastasid? Me parece que lo más cuerdo es reír como los demás, y ser cortés como lo son ellos. Voy a estudiar Ruma; merece la pena.

Decimocuarta carta de Amabed

Ha pasado un tiempo bastante grande entre mi última carta y la presente. He leído, he visto, he conversado, he meditado. Te juro que nunca hubo sobre la tierra contradicción más enorme que entre el gobierno romano y su religión. Ayer mismo hablaba de ello con un teólogo del difunto vice-Dios. En esta corte, un teólogo es lo que son los últimos criados en una casa; hacen las tareas sucias, llevan las basuras, y, si encuentran entre ellas algún trapo que pueda servir, lo ponen aparte para cuando se necesite.

Yo le decía: «Vuestro Dios nació en un establo entre un buey y una burra; fue educado, vivió y murió en la pobreza; ordenó expresamente la pobreza a sus discípulos, les dijo que entre ellos no habría ni primero ni último, y que quien quisiera mandar a los otros los serviría.

»Sin embargo, aquí veo que se hace exactamente todo lo contrario de lo que quiere vuestro Dios. Vuestro culto mismo es completamente distinto del suyo.

Obligáis a los hombres a creer en cosas de las que no dijo una sola palabra.

»— Ciertamente es todo eso, me ha contestado. Nuestro Dios no mandó formalmente a nuestros amos enriquecerse a expensas de los pueblos, ni robar los bienes del prójimo; pero virtualmente sí lo mandó. Nació entre un buey y un burro; pero a su cuadra llegaron tres reyes para adorarlo. Los bueyes y los burros representan a los pueblos a los que enseñamos; y los tres reyes representan a todos los monarcas que están a nuestros pies. Sus discípulos vivían en la indigencia; por eso nuestros amos deben nadar hoy en la abundancia. Porque si aquellos primeros vice-Dios no necesitaron más de un escudo, los de hoy necesitan con urgencia diez millones de escudos. Y ser pobre es tener únicamente lo necesario. Por eso nuestros amos, que no tienen siquiera lo necesario, cumplen la ley de la pobreza escrupulosamente.

»En cuanto a los dogmas, nuestro Dios no escribió nunca nada, mientras que nosotros sabemos escribir; así pues, a nosotros corresponde escribir los dogmas; por eso los hemos inventado con el tiempo, a medida que la necesidad lo requería. Hicimos del matrimonio, por ejemplo, el signo visible de una cosa invisible; de ahí que todos los procesos a que da lugar el matrimonio vengan de todos los rincones de Europa a nuestro tribunal de Ruma, porque sólo nosotros podemos ver cosas invisibles. Es una fuente abundante de riquezas que vierten sus aguas en nuestra cámara sagrada de finanzas para apagar la sed de nuestra pobreza».

Le pregunté si la cámara sagrada no tenía además otros recursos. «No hemos podido prescindir de ellos, dijo; sacamos partido de los vivos y los muertos. Por ejemplo, cuando un alma ha fallecido, la enviamos a una enfermería y la hacemos comprar medicinas en la botica de almas; no podéis imaginar el dinero que sacamos en botica. — ¿Cómo es eso, Monsignor? Porque me parece que la bolsa de un alma está por regla general poco provista. — Ciertamente, Signor; pero tienen parientes que están encantados de sacar a sus parientes muertos de la enfermería y enviarlos a un lugar más agradable. Para un alma es triste pasarse toda una eternidad tomando medicinas. Llegamos a un acuerdo con los vivos, que compran la salud de las almas de sus parientes difuntos, unos a precio caro, otros a precio más barato, según sus posibilidades. Les entregamos billetes para la botica^[777]. Os aseguro que es una de nuestras mejores rentas.

»— Pero ¿cómo llegan esos billetes, Monsignor, a las almas?». Él se echó a reír: «Es cosa de los parientes, dijo; además ¿no os he dicho que tenemos un poder indiscutible sobre las cosas invisibles?».

El tal monsignor me parece muy espabilado; aprendo mucho con él, y ya me siento completamente distinto.

Decimoquinta carta de Amabed

Debes saber, mi querido Shastasid, que el Cicerón al que monsignor me ha encomendado, y de quien algo te he hablado en mis cartas anteriores, es persona muy inteligente que muestra a los extranjeros las curiosidades tanto de la antigua Ruma como de la nueva. Una y otra, como ves, han mandado sobre reyes; pero los primeros romanos consiguieron su poder por la espada, y los últimos por la pluma. La disciplina militar otorgó el imperio a los Césares, cuya historia conoces; la disciplina monástica otorga otra clase de imperio a estos vice-Dios que llaman «Papas». En la misma plaza en la que en otro tiempo se veían triunfos se ven ahora procesiones. Los Cicerones explican todo esto a los extranjeros, les proporcionan libros y putas. Por lo que a mí respecta, como no quiero ser infiel a mi bella Adaté (por más joven que soy), me limito a los libros; y estudio principalmente la religión del país, que me divierte mucho.

Leía con mi Cicerón la historia de la vida del Dios del país. ¡Qué extraordinaria! Era un hombre que secaba higueras con una sola palabra, que trocaba el agua en vino, y que ahogaba cerdos^[778]. Tenía muchos enemigos. Ya sabes que nació en una aldea perteneciente al emperador de Ruma. Sus enemigos eran unos pillos; cierto día le preguntaron si debían pagar el tributo al emperador, y él les respondió: «Dad al príncipe lo que es del príncipe, pero dad a Dios lo que es de Dios». La respuesta me parece prudente; estábamos hablando mi Cicerón y yo de ese asunto cuando ha entrado nuestro monsignor. Le he hablado muy bien de su Dios, y le he rogado que me explique cómo observaba su cámara de finanzas ese precepto quedándose con todo para ella sin dar nada al emperador. Porque debes saber que, aunque los romanos tengan un vice-Dios, también tienen un emperador al que incluso dan el título de «rey de los romanos». Y esto es lo que ese avisado hombre me ha respondido:

«Cierto es que tenemos un emperador; pero sólo lo es en pintura. Está desterrado de Ruma; aquí no tiene ni siquiera una casa; le dejamos vivir junto a un gran río que está helado cuatro meses al año, en un país cuyo lenguaje nos lastima los oídos^[779]. El verdadero emperador es el papa, puesto que reina en la capital del imperio. Así “Dad al emperador” quiere decir “Dad al papa”; “Dad a Dios” también significa “Dad al papa” porque es vice-Dios. Es el único amo de todos los corazones y de todas las bolsas. Si el otro emperador que vive a orillas del gran río

se atreviese a decir una palabra, entonces sublevaríamos contra él a todos los habitantes de las riberas del gran río, que son, en su mayoría, corpachones sin espíritu, y armaríamos en contra suya a los demás reyes, que se repartirían con él sus despojos».

Aquí tienes, divino Shastasid, una muestra del ingenio de Ruma. El papa es en grande lo que el Dalai Lama en pequeño; si no es inmortal como el lama, al menos es todopoderoso en vida, lo cual es mucho mejor. Si alguna vez alguien se le resiste, si alguien lo depone, si le dan bofetadas o incluso si lo matan^[780] entre los brazos de su querida, como en ocasiones ha ocurrido, tales inconvenientes nunca atacan a su divino carácter. Se le pueden dar unos buenos latigazos, pero hay que creer siempre todo lo que dice. El papa muere, el papado es inmortal. Ha habido tres o cuatro vice-Dioses al mismo tiempo que se disputaban ese puesto^[781]. Entonces la divinidad estaba repartida entre ellos: cada uno tenía su parte, cada uno era infalible en su partido.

Le he preguntado a monsignor con qué argucias ha conseguido su corte gobernar a todas las demás. «Las personas de ingenio necesitan pocas artimañas para dirigir a los necios», me ha dicho. He querido saber si alguna vez se había rebelado alguien contra las decisiones del vice-Dios. Me ha confesado que había habido hombres lo bastante temerarios para alzar los ojos; pero que inmediatamente se los habían sacado, o habían exterminado a tales miserables; y que esos rebeldes nunca habían servido hasta el momento presente sino para afirmar mejor la infalibilidad en el trono de la verdad.

Por fin acaban de nombrar un nuevo vice-Dios. Suenan las campanas, repican los tambores, estallan las trompetas, disparan el cañón y cien mil voces le responden. Te informaré de cuanto vea.

Decimosexta carta de Amabed

Fue el día 25 del mes del cocodrilo, y el 13 del planeta Marte^[782], como aquí dicen, cuando unos hombres vestidos de rojo e inspirados eligieron al hombre infalible ante quien yo, lo mismo que Encanto de los Ojos en calidad de apóstata, debía ser juzgado.

Este Dios en la tierra se llama León, décimo de su nombre. Es un hombre muy apuesto de treinta y cuatro a treinta y cinco años, y muy amable; las mujeres están locas por él. Lo atacaba un mal inmundito que sólo se conoce bien en Europa,

pero que los portugueses empiezan a propagar por el Industán. Creían que moriría de ese mal, y por eso lo han elegido, a fin de que ese sublime puesto quedase pronto vacante; pero se ha curado, y se burla de los que le han nombrado^[783].

No hay nada tan magnífico como su coronación; han gastado cinco millones de rupias para subvenir a las necesidades de su Dios, ¡que tan pobre fue! No he podido escribirte en medio del barullo de nuestras fiestas: se han sucedido con tanta rapidez, y ha habido que pasar por tantos placeres, que era imposible encontrar tiempo para hacerlo.

El vice-Dios León ha dado diversiones de las que no te puedes hacer idea. Hay una sobre todo que llaman «comedia» que me agrada mucho más que todas las otras juntas. Es una representación de la vida humana, un cuadro viviente; los personajes hablan y actúan, exponen sus intereses, desarrollan sus pasiones y conmueven el alma de los espectadores.

La comedia que vi anteayer en casa del papa se titulaba *La mandrágora*^[784]. El asunto de la pieza es un joven avisado que quiere acostarse con la mujer de su vecino. Contrata por dinero a un monje, un Fa Tutto o un Fa Molto, para que seduzca a su amada y haga caer a su marido en una trampa ridícula. A lo largo de toda la obra se burlan de la religión que profesa Europa, cuyo centro es Ruma y cuyo trono la sede papal. Tal vez te parezcan indecentes estos placeres, querido y piadoso Shastásid. Encanto de los Ojos se ha escandalizado con ellos, pero la comedia es tan bonita que el placer es más fuerte que el escándalo.

Los banquetes, los bailes^[785], las bellas ceremonias de la religión y los bailarines de cuerda se han sucedido sin interrupción. Los bailes sobre todo son muy divertidos. Cada persona invitada al baile se pone un traje extranjero y una cara de cartón encima de la suya. Bajo este disfraz se dicen cosas que hacen reír a carcajadas. Durante las comidas siempre hay una música muy agradable; en fin, que es una delicia.

Me han contado que un vice-Dios, predecesor de León, llamado Alejandro, sexto de su nombre, dio en las bodas de una de sus hijas bastardas^[786] una fiesta mucho más extraordinaria. Hizo bailar a cincuenta doncellas completamente desnudas^[787]. Los bracmanes nunca instituyeron danzas semejantes; como ves, cada país tiene sus costumbres. Te abrazo con respeto, y te dejo para ir a bailar con mi bella Adaté. ¡Que Birmah te colme de bendiciones!

Decimoséptima carta de Amabed

Ciertamente, no todos los vice-Dios, mi gran brahma, han sido tan divertidos como éste. Es un placer vivir bajo su dominio. El difunto, Julio de nombre, era de un carácter distinto, un viejo soldado turbulento que amaba la guerra como un loco, siempre a caballo, siempre con el casco en la cabeza, repartiendo bendiciones y mandobles, atacando a todos sus vecinos, condenando sus almas y matando sus cuerpos cuanto le era posible: murió de un ataque de cólera. ¡Vaya diablo de vice-Dios que era! ¿Podrás creer que con un trozo de papel se figuraba que despojaba a los reyes de su reino? Así se le ocurrió destronar al rey de un país bastante hermoso que llaman Francia. El monarca era un muy buen hombre, que aquí pasa por necio porque no fue feliz. Ese pobre príncipe fue obligado a reunir cierto día a los hombres más sabios de su reino^[788] para preguntarles si le estaba permitido defenderse frente a un vice-Dios que lo destronaba con un papel. ¡Hay que ser muy bueno para hacer semejante pregunta! Daba cuenta yo de mi sorpresa al monsignor morado que se ha hecho amigo mío, diciéndole: «¿Es posible que en Europa sean tan necios? — Mucho me temo, me contestó, que los vice-Dios abusen tanto de la complacencia de los hombres que terminen por despertar su ingenio».

Por eso tendrá que haber revoluciones en la religión de Europa^[789]. Ha de sorprenderte, docto y lúcido Shastasid, que no hubo ninguna bajo el vice-Dios Alejandro que reinaba antes que Julio. Hacía asesinar, colgar, ahogar y envenenar impunemente a todos los señores vecinos suyos^[790]. Uno de sus cinco bastardos^[791] fue el instrumento de esa multitud de crímenes a la vista de toda Italia. ¿Cómo pueden persistir los pueblos en la religión de semejante monstruo? Ése es el que hacía bailar a las doncellas sin ningún adorno superfluo. Sus escándalos deberían haber inspirado desprecio, y sus barbaries deberían haber aguzado contra él mil puñales; sin embargo, vivió honrado y tranquilo en su corte. Y la razón de ello es, en mi opinión, que los sacerdotes ganaban con todos sus crímenes y que los pueblos no perdían nada con ellos. Si se veja demasiado a los pueblos, éstos romperán sus ataduras. Cien golpes de ariete no han podido desquiciar al coloso, un guijarro lo derribará en tierra. Es lo que aquí dicen las personas sutiles que presumen de prever los acontecimientos.

Por fin las fiestas han acabado; han sido demasiadas; nada cansa tanto como las cosas extraordinarias vueltas comunes. Sólo las necesidades renacientes pueden dar placer todos los días. Me encomiendo a tus santas plegarias.

Decimoctava carta de Amabed

El infalible ha querido vernos en privado a Encanto de los Ojos y a mí. Nuestro monsignor nos ha llevado a su palacio. Nos ha hecho ponernos de rodillas tres veces. El vice-Dios nos ha hecho besar su pie derecho mientras se sostenía los ijares de la risa. Nos ha preguntado si el padre Fa Tutto nos había convertido y si en efecto éramos cristianos. Mi mujer ha contestado que el padre Fa Tutto era un insolente, y el papa ha soltado una carcajada más fuerte todavía. Le ha dado dos besos a mi mujer, y también a mí.

Luego nos ha hecho sentarnos junto a su pequeño lecho de besapiés. Nos ha preguntado cómo se hacía el amor en Benarés, a qué edad solían casarse las doncellas y si el gran Brahma tenía un serrallo. Mi mujer se ruborizaba; yo respondía con respetuosa modestia. Luego, nos ha despedido, recomendándonos el cristianismo, abrazándonos y dándonos dos pequeños cachetes en las nalgas en señal de bondad. Al salir nos hemos encontrado con los padres Fa Tutto y Fa Molto, que han besado el ruedo de nuestras ropas. El primer momento, que es el que siempre gobierna al alma, nos hizo retroceder horrorizados al principio a mi mujer y a mí. Pero el morado nos ha dicho: «Aún no estáis completamente formados: no dejéis de hacer mil zalemas a estos buenos padres; es un deber esencial en este país abrazar a los mayores enemigos; si podéis, envenenadlos en la primera ocasión; pero, mientras tanto, debéis darles muestras de la mayor amistad». Por eso, pues, los abracé, pero Encanto de los Ojos hizo una reverencia muy seca, y Fa Tutto la miraba con el rabillo del ojo inclinándose hasta el suelo delante de ella. Todo esto es una cadena. Pasamos el día de asombro en asombro. Dudo en verdad que Maduré sea más agradable que Ruma.

Decimonovena carta de Amabed

De justicia frente al padre Fa Tutto, ni pensarlo. A nuestra joven Dera se le ocurrió ayer ir por la mañana, y por curiosidad, a un pequeño templo. El pueblo estaba de rodillas; un brahma del país, magníficamente vestido, se inclinaba sobre una mesa dando el trasero al pueblo. Dicen que estaba haciendo a Dios. En cuanto hubo hecho a Dios, se mostró por delante. Dera lanzó un grito y dijo: «¡Ése es el bribón que me violó!». Por suerte, en medio del exceso de su dolor y de su sorpresa, pronunció estas palabras en indio. Me aseguran que, de haberlas comprendido el pueblo, la canalla se habría arrojado sobre ella como sobre una bruja. Fa Tutto le respondió en indio: «¡Hija mía, la gracia de la virgen María sea con vos! ¡Hablad más bajo!». Dera volvió completamente enloquecida a

contárnoslo. Nuestros amigos nos han aconsejado que no nos querellemos nunca. Nos han dicho que Fa Tutto es un santo, y que nunca se debe hablar mal de los santos. ¡Qué quieres! Lo hecho, hecho está. Encontramos atractivo en todas las delicias que nos han hecho saborear en este país. Cada día nos enseña cosas que nosotros ni sospechábamos siquiera. ¡Cuánto forman los viajes!

A la corte de León ha llegado un gran poeta; su nombre es maese Ariosto: no le gustan los monjes; así es como habla de ellos:

Non sa quel che sia amor, non sa che vaglia

La caritade, e quindi avvien che i frati

Sono si ingorda e si crudel canaglia^[792].

Que en indio quiere decir:

Modermen sebar eso

La te ben sofa meso^[793].

Ya sabes cuán superior es y será siempre la lengua india, tan antigua, a todas las jergas nuevas de Europa: nosotros expresamos en cuatro palabras lo que ellas tienen que hacer entender con diez. Comprendo perfectamente que el tal Ariosto diga que los monjes son la canalla, pero no sé por qué pretende que no conocen el amor. ¡Ay!, lo sabemos por las novelas. Tal vez intente decir que los monjes gozan pero no aman.

Vigésima carta de Amabed

Hace varios días que no te escribo, querido gran brahma. Han sido su causa las atenciones con que nos honran. Nuestro monsignor nos dio una excelente comida, con dos jóvenes vestidos de rojo de la cabeza a los pies. Su dignidad es *cardinal*, como si dijéramos «gozne de puerta»^[794]; el uno es el cardenal Sacripanté^[795] y el otro el cardenal Faquinetti. Son los primeros de la tierra después del vice-Dios; por eso se titulan «vicarios del vicario». Su derecho, indudablemente derecho divino, es ser iguales a los reyes y superiores a los príncipes, y sobre todo tener inmensas riquezas. Se lo merecen de sobra, dada la gran utilidad de que son

para el mundo.

Cuando cenaban con nosotros, aquellos dos gentilhombres propusieron llevarnos a pasar unos días a su casa de campo, porque luchaban a porfía para quedarse con nosotros. Después de discutir de la forma más agradable del mundo sobre quién sería el primero en hospedarnos, Faquinetti se ha apoderado de la bella Adaté y yo le he caído en suerte a Sacripante, a condición de que al día siguiente cambiarían y al tercer día nos reuniríamos los cuatro. Dera también era de la partida. Aunque no sé cómo contarte lo que nos ha pasado, voy a intentar hacerlo.

Aquí acaba el manuscrito de las *Cartas de Amabed*. En todas las bibliotecas de Maduré y de Benarés se ha buscado la continuación de estas cartas. Es seguro que no existe.

Por eso, si algún desventurado falsario imprime alguna vez el resto de las aventuras de los dos jóvenes indios, *Nuevas cartas de Amabed*, *Nuevas cartas de Encanto de los Ojos*, o *Respuestas del gran brahma Shastasisid*, el lector puede estar seguro de que lo engañan y se burlan de él, como ha ocurrido cien veces en casos parecidos^[796].

Providencia^[797]

Estaba yo en la cancela cuando sor Culona le decía a sor Adobada: «La Providencia se ocupa visiblemente por mí; ya sabéis cuánto amo a mi gorrión; hubiera muerto si no llego a decir nueve avemarías para obtener su curación. Dios ha devuelto a mi gorrión a la vida; demos gracias a la virgen María».

Un metafísico le dijo: «Hermana, no hay nada tan bueno como los avemarías, sobre todo cuando una joven las recita en latín en un barrio de París; pero no creo que Dios se preocupe demasiado por vuestro gorrión, por más precioso que sea; pensad, os lo ruego, que tiene otros muchos otros asuntos. Tiene que dirigir continuamente el curso de dieciséis planetas y del anillo de Saturno, donde ha colocado en el centro el sol, que es tan grande como un millón de nuestras tierras. Hay millares de millares de otros soles, de planetas y de cometas que gobernar; sus leyes inmutables y su concurso eterno mueven la naturaleza entera; todo está unido a su trono mediante una cadena infinita de la que ningún eslabón puede estar nunca fuera de su sitio. Si unos cuantos avemarías hubieran hecho vivir al gorrión de sor Culona un instante más de lo que debía vivir, esos avemarías habrían violado todas las leyes puestas desde toda la eternidad por el gran Ser; habríais alterado la marcha del universo; habríais tenido necesidad de un nuevo mundo, de un nuevo Dios, de un nuevo orden de las cosas».

Sor Culona

¡Cómo! ¿Creéis que Dios haga tan poco caso de sor Culona?

El Metafísico

Lamento mucho deciros que vos no sois, ni yo tampoco, más que un pequeño eslabón imperceptible de la cadena infinita; que vuestros órganos, los de vuestro gorrión y los míos están destinados a subsistir un número determinado de minutos en este barrio de París.

Sor Culona

Si así fuera, yo estaba predestinada a decir un número determinado de avemarías.

El Metafísico

Sí, pero no han sido ellos los que han obligado a Dios a prolongar la vida de vuestro gorrión más allá de su término. La constitución del mundo incluía que en este convento, a cierta hora, vos pronunciaríais como un loro ciertas palabras en cierta lengua que no entendéis; que ese pájaro, nacido como vos por la acción irresistible de las leyes generales, tras haber enfermado, se encontraría mejor; que vos imaginaríais haberlo curado con unas palabras, y que ambos mantendríamos esta conversación.

Sor Culona

Señor, esas palabras huelen a herejía. Mi confesor, el reverendo padre de Menou, inferirá de ellas que no creéis en la Providencia.

El Metafísico

Creo en la Providencia general, mi querida hermana, en aquella de la que ha emanado desde toda la eternidad la ley que regula todas las cosas, lo mismo que la luz brota del sol; mas no creo que una Providencia particular cambie la economía del mundo por vuestro gorrión o vuestro gato.

Sor Culona

Pero, sin embargo, ¿si mi confesor os dijese, como a mí me ha dicho, que Dios cambia todos los días sus voluntades en favor de las almas devotas?

El Metafísico

Me dirá la mayor estupidez que un confesor de jóvenes pueda decir a un hombre que piensa.

Sor Culona

¡Mi confesor un estúpido! ¡Santa Madre de Dios!

El Metafísico

No he dicho eso; digo que sólo mediante una estupidez enorme podrá justificar los falsos principios que os ha insinuado, quizá con mucha habilidad, para gobernaros.

Sor Culona

¡Ah! Pensaré en ello: eso merece reflexión.

La displicente^[798]

Cuento moral

Un sabio italiano
en sus escritos llama con cordura
lo mejor enemigo de lo bueno;
mas no piense el humano
que por esto se entiende que es locura
procurar con espíritu sereno
aumentar un ameno
caudal de buen sentido y de prudencia,
de honradez, de bondad y de útil ciencia.
En estos puntos lo mejor busquemos,
y al mortal elogiemos
que en su estado felice
vive sin que ambición lo martirice.
En París residía
la bella Arsenia, joven desdeñosa;
de su sensible esposo era adorada,
y todos a porfía
su vida hacer trataban deliciosa;

su casa era de amigos frecuentada,
su mesa regalada,
y bailes, juego y cenas agradables
sus días hacían apenas tolerables
(que una completa dicha nunca existe
en este mundo triste);
pero Arsenia su vida
pasaba entre placeres aburrida.
Su fastidio orgulloso
todo con desdén fiero despreciaba:
y mientras más afables y rendidos,
su humor negro enfadoso
trataban de halagar, más abusaba.
Sus amantes la dejan aburridos
y huyen despavoridos
de un corazón soberbio y tan helado;
en tanta soledad, su orgullo odiado,
intratable y feroz sólo la queda,
y porque más bien pueda
conocerle la gente
la llamaron la hermosa *displiciente*.

De Arsenia fue madrina
una grande y famosa encantadora.
Se sabe que esta especie está compuesta
de la humana y divina,
pues Monsieur Gabalis^[799] antes de ahora
en su historia lo dice, prueba, atesta,
y nadie le contesta.
La encantadora (Alina era llamada).
a visitar continuo iba a su ahijada:
«¿A la flor de tus años, le decía,
no gozas de alegría,
de gustos, de placeres?
¡Cuán feliz, oh, mi Arsenia, creo que eres!».
La ahijada la replica
que su vida es un puro aburrimiento:
la encantadora dice que lo siente,
y Arsenia la suplica
que de aquel mal país en el momento
la saque y la conduzca a otro excelente
en que su humor contente.
«Yo quiero a vuestro imperio ir al instante,

que amo mucho lo raro, lo brillante.

De familia y amigos aburrída,

quiero pasar mi vida

de placeres rodeada

en vuestra suntuosa y gran morada».

Dijo, y Alina accede.

Al momento en un carro luminoso

transporta hacia el Oriente a nuestra hermosa,

quien su gozo no puede

refrenar porque cree que el espacioso

aire los cielos son. Baja gozosa

a la mansión gloriosa

de su afable e indulgente compañera.

Un dilatado pórtico se viera

de oro macizo todo, trabajando

con un gusto extremado,

que la entrada formaba,

más que al palacio en brillo no igualaba.

Nada había comparable

a tan hermosos parques y jardines.

La desdeñosa muestra su alegría

al ver tan admirable
obra, que honrar pudiera serafines.
Su madrina le dice: «Aquí, hija mía,
tendrás desde este día
un poder absoluto, y nadie osado
dejará de cumplir lo que has mandado;
yo a la América parto en este punto
que allí tengo un asunto;
y a mi vuelta confío
encontrarte contenta y sin hastío».
Parte, pues, la madrina,
y Arsenia en su palacio libre queda
mandando como reina, o más bien diosa:
por doquier que camina
cien bellezas la siguen, porque pueda
su voluntad cumplirse caprichosa,
y si el hambre la acosa,
cien diferentes platos la presentan
que todos la ambrosía más pura ostentan:
es néctar puro el vino, y de diamante
las copas, y al instante

que acaban sus festines
la conducen gozosa a los jardines.
Y en el césped sentada,
o sobre el fresco borde de una fuente,
la perfuman el Céfiro y las flores;
y para ser llevada
do quiera se le antoje, de repente
veinte triunfales carros de esplendores
brillando y las colores
de los rubíes y záfiro más bellos,
sin que nadie los mande, vienen ellos
a ofrecer sus servicios a la ahijada,
como en la edad dorada
sus trípodes Vulcano
por un resorte al cielo mandó ufano^[800].
Mucho mejor servida
Arsenia se miraba que lo fuera
Psiquis, cuando de amor arrebatada
fue por él conducida
a su hermoso palacio, do se viera
de ninfas a montones obsequiada,

y en todo respetada
hasta de los furiosos elementos.
A Arsenia rodeaban más contentos,
su habitación ornaban más bellezas;
mas a tantas grandezas
faltaba todavía
amor, supremo bien, el cual no había.
Para aumento de fiesta,
a la noche una música le dieron,
que pasmara a setenta cardenales,
porque estaba compuesta
de gentes que jamás barbas tuvieron.
Arsenio, al contemplar músicos tales,
con fatigas mortales
afligida a sí misma preguntara:
«¡Qué! ¿Nadie tiene aquí vello en la cara?
¿Cuál, pues, de mi madrina fue el intento?
¿Estoy yo en un convento?
Cual reina se me trata,
mas sin vasallos todo es patarata.
»El reinar me divierte

sobre hombres, se supone, pues nacido
han sólo para estar a mí humillados:
ésta, pues, es su suerte,
y su primer deber siempre éste ha sido;
los desprecios altamente, mas postrados
quiero que sus cuidados
a mis plantas continuo estén rindiendo».

La intratable reclusa así diciendo
a sus solas se estaba, mas no obstante,
sus ninfas al instante
que la cena es servida
déjanla al son de música dormida.

Al inmediato día
se repiten las mismas diversiones
y el placer de gozarlas no fue tanto;
al otro ya creía
que eran sólo patrañas y ficciones;
al siguiente le sirven de quebranto;
y todo aqueste encanto
al quinto día se le hizo insoportable.
Mansión tan deliciosa y agradable

a Arsenia fastidió de tal manera
que sin tomar espera
escapar determina,
aunque luego la riña su madrina.
Un portillo ve abierto,
y cual flecha del arco disparada
salta y al campo sale más gozosa
que llega a ansiado puerto
tripulación de nave naufragada.
Mas, ¡ay!, que la infelice fastidiosa
confusa y temerosa
ve que el palacio y todo desaparece,
que el día con toda prisa ya oscurece
y que sola en un llano espacioso,
desierto y horroroso,
se encuentra a la ventura,
y a Dios pide perdón de su locura.
Los gritos penetrantes
de las nocturnas aves ya se oían,
y de feroces bestias los aullidos
con ecos incesantes

a aquella soledad temblar hacían.
La displicente llora entre gemidos
sus placeres perdidos;
mas en tanta congoja ve a lo lejos,
a favor de los últimos reflejos,
un carbonero sucio que silbando
un bosque iba pasando,
y lleno de alegría
a su pobre cabaña se volvía.
«Oh, cualquiera que seas,
exclama la orgullosa humildemente,
socorre a una infeliz extraviada,
y si bien me deseas
condúceme esta noche do haya gente».
El patán que la vio tan adornada,
con voz avinagrada
le dice: «¿Qué demonio os ha traído
a pie, sola y de noche a aqueste ejido?
Venga, pues, ese brazo, mona mía,
que de aquí todavía
a mi casa hay gran trecho;

venga, digo, ese brazo, y tenga pecho.

»Una fritada buena

de huevo y tocino cenaréis;

sólo una cama tengo, pero aquesto

no es de la menor pena,

pues en ella conmigo dormiréis».

El fornido patán al decir esto

se le acerca, y da presto

un gran beso en la boca, y de antemano

pagarse quiere a fuerza por su mano

del albergue y la cena prometida;

nuestra dama afligida

exclama: «¡Ay lance fiero!

¡Lobos me han de trabajar, o un carbonero!».

De rabia sofocada

y de vergüenza, al fin le dio un desmayo,

y sin sentido cae nuestra preciosa;

en el suelo tumbada

volviéndola a la vida estaba el payo

cuando Alina, que oculta vio la cosa,

acude presurosa

aunque quizás ya tarde a socorrerla.

«Ya ves, ahijada mía, dice al cogerla,
que eres una gran tonta impertinente,
y que está ciertamente

de peligros mil lleno

por buscar lo mejor, dejar lo bueno».

A casa de su esposo

después de esta lección Arsenia es vuelta,

y ve que todo cambia desde el punto

que su humor fastidioso

ella cambia también firme y resuelta.

De placeres y gracias el conjunto

formaron del asunto

de su agradable vida en adelante;

se hizo fina, política y constante,

y sin haberlo leído^[801], supo el modo

de ser afable en todo,

tan sólo con que hiciera

que su pecho a lo bueno se aviniera^[802].

El toro blanco^[803]

Traducido del siríaco por Mr. Mamaki,
intérprete del rey de Inglaterra
para lenguas orientales^[804]

Capítulo I

De cómo la princesa Amasida
encontró un buey

La joven princesa Amasida, hija de Amasis^[805], rey de Tanis, en Egipto, paseaba por el camino de Pelús con las damas de su séquito. Estaba sumida en profunda tristeza y las lágrimas corrían de sus hermosos ojos. Se sabe cuál era el motivo de su dolor, y cuánto temía desagradar al rey su padre con su dolor mismo. El viejo Mambrés, antiguo mago y eunuco de los faraones, estaba a su lado y no la abandonaba casi nunca. Él la vio nacer, él la educó, él le enseñó cuanto le está permitido saber de las ciencias de Egipto a una bella princesa. La inteligencia de Amasida igualaba a su belleza; era tan sensible y tan tierna como encantadora, y era esa sensibilidad la que le costaba tantas lágrimas.

La princesa tenía veinticuatro años y el mago Mambrés aproximadamente mil trescientos. Fue él, como se sabe, quien mantuvo con el gran Moisés aquella famosa disputa^[806] en la que la victoria vaciló durante mucho tiempo entre esos dos profundos filósofos. Si Mambrés sucumbió, no fue sino por la protección visible de los poderes celestes, que favorecieron a su rival; fueron precisos los dioses para vencer a Mambrés.

Amasis lo hizo superintendente de la casa de su hija, y él desempeñaba ese cargo con su habitual prudencia: la hermosa Amasida lo enternecía con sus suspiros. «¡Oh, amado mío, mi joven y querido amado!, exclamaba ella algunas veces, ¡oh, tú, el más grande de los vencedores, el más cabal, el más hermoso de los hombres! ¡Cómo! ¡Hace casi siete años que has desaparecido de la tierra! ¿Qué dios te ha robado a tu tierna Amasida? No estás muerto, los sabios profetas de Egipto lo admiten; pero estás muerto para mí, estoy sola en la tierra, que sin ti está desierta. ¿Por qué extraño prodigio has abandonado tu trono y a tu amada? ¿Tu trono? Era el primero del mundo, y eso es poca cosa, pero a mí, que te adoro, ¡oh, mi querido

Na...!»^[807]. Estaba a punto de acabar: «Temblad si pronunciáis ese nombre fatal, le dijo el sabio Mambrés, antiguo eunuco y mago de los faraones. Tal vez seríais descubierta por alguna de las damas de palacio. Todas os son adictas, y todas las hermosas damas consideran un mérito, sin duda, servir las nobles pasiones de las bellas princesas, pero a la postre puede haber una indiscreta, e incluso, en última instancia, una pérfida. Sabéis que el rey vuestro padre, que además os ama, ha jurado cortaros el cuello si pronunciáis ese nombre terrible, siempre presto a escapar de vuestros labios. Llorad, pero callaos. Muy dura es esa ley, mas no habéis sido educada en la sabiduría egipcia para no saber dominar vuestra lengua. Pensad que Harpócrates, uno de nuestros mayores dioses, siempre tiene el dedo en la boca». La bella Amasida lloró y no habló más.

Cuando avanzaba en silencio hacia las orillas del Nilo, divisó a lo lejos, bajo un bosque bañado por el río, a una anciana cubierta de harapos grises, sentada en un cerro. Tenía junto a sí una burra, un perro y un chivo. Frente a ella había una serpiente que no era como las serpientes ordinarias, porque sus ojos eran tan tiernos como vivos; su fisonomía era noble e interesante; su piel brillaba con los colores más animados y más suaves. Un enorme pez, medio sumergido en el río, no era la persona menos sorprendente de la compañía. Sobre una rama había un cuervo y un pichón. Todas aquellas criaturas parecían mantener juntas una conversación bastante animada.

«¡Ay!, dijo la princesa en voz baja, esas gentes hablan sin duda de sus amores, y a mí no me está permitido pronunciar el nombre de quien amo».

La vieja tenía en la mano una ligera cadena de acero, de cien brazas de largo, a la que estaba atado un toro que pastaba en el prado. El toro era blanco, bien formado, rollizo, ágil incluso, lo cual es muy raro. Sus cuernos eran de marfil. Era lo más hermoso que nunca se vio en su especie. El de Pasífae, cuya figura tomó Júpiter para raptar a Europa, no podía compararse con aquel soberbio animal. La encantadora novilla en que fue trocada Isis^[808] apenas era digna de él.

En cuanto vio a la princesa, corrió hacia ella con la rapidez de un joven caballo árabe que franquea las vastas llanuras y los ríos de la antigua Saana^[809] para acercarse a la brillante yegua que reina en su corazón, y que hace enderezarse sus orejas. La vieja hacía esfuerzos para retenerlo; la serpiente parecía espantarlo con sus silbidos; el perro lo seguía y le mordía sus hermosas patas; la burra se cruzaba en su camino y le soltaba coces para hacerle dar la vuelta. El gran pez remontaba el Nilo y, lanzándose fuera del agua, amenazaba con devorarlo; el chivo permanecía inmóvil, dominado por el miedo; el cuervo revoloteaba alrededor de la cabeza del

toro, como si hubiera querido esforzarse por reventarle los ojos. La paloma era la única que lo acompañaba por curiosidad y lo aplaudía con un dulce murmullo.

Un espectáculo tan extraordinario sumió a Mambrés en sus graves pensamientos. Mientras, el toro blanco, arrastrando su cadena y a la vieja, ya había llegado junto a la princesa, que estaba pasmada de asombro y miedo. El toro se arroja a sus pies, los besa, llora, la mira con unos ojos en los que reinaba una mezcla inaudita de dolor y alegría. No se atrevía a mugir por miedo a asustar a la bella Amasida. No podía hablar. El débil uso de la voz otorgado por el cielo a ciertos animales le estaba prohibido, pero todas sus acciones eran elocuentes. Agradó mucho a la princesa. Comprendió que un ligero entretenimiento podía suspender por algunos instantes las penas más dolorosas. «He aquí, decía, un animal muy amable; me gustaría tenerlo en mi cuadra».

A estas palabras, el toro dobló las cuatro rodillas y besó la tierra. «¡Me entiende!, exclamó la princesa, me da testimonio de que quiere pertenecerme. ¡Ah!, divino mago, divino eunuco, dadme este consuelo, compradme este bello querubín^[810], concertad el precio con la vieja a la que sin duda pertenece. Quiero que este animal sea mío; no me neguéis este inocente consuelo». Todas las damas de palacio unieron sus instancias a los ruegos de la princesa. Mambrés se dejó conmovido y fue a hablar con la vieja.

Capítulo II

De cómo el sabio Mambrés,
antiguo brujo del faraón,
reconoció a una vieja, y de cómo
fue reconocido por ella

«Señora, le dijo, sabéis que las doncellas, y sobre todo las princesas, necesitan divertirse. La hija del rey está loca por vuestro toro; os ruego que nos lo vendáis; seréis pagada en dinero contante.

»— Señor, le respondió la vieja, este precioso animal no es mío. Yo y todos los animales que habéis visto estamos encargados de guardarlo con cuidado, observar todos sus pasos y dar cuenta de ellos. Dios me libre de querer vender nunca este animal impagable».

A estas palabras, Mambrés se sintió iluminado por algunos rayos de una luz

confusa que aún no distinguía. Miró a la vieja de capa gris con más atención. «Respetable dama, le dijo, o me equivoco, o yo os vi en otro tiempo. — Yo no me equivoco, respondió la anciana, os vi, señor, hace setecientos años, en un viaje que hice de Siria a Egipto, pocos meses después de la destrucción de Troya, cuando Hiram reinaba en Tiro y Nephel Keres en el antiguo Egipto^[811].

»— ¡Ah!, señora, exclamó el anciano, sois la augusta pitonisa de Endor. — Y vos, señor, le dijo la pitonisa abrazándolo, sois el gran Mambrés de Egipto.

»— ¡Oh, encuentro imprevisto! ¡Día memorable! ¡Decretos eternos!, dijo Mambrés; indudablemente volvemos a encontrarnos en esta pradera a orillas del Nilo, junto a la soberbia ciudad de Tanis, por una orden de la Providencia universal. ¡Cómo! ¡Sois vos, señora, vos, tan famosa a orillas de vuestro pequeño Jordán, vos, la primera persona del mundo en hacer que las sombras regresen a esta tierra! — ¡Cómo! ¿Sois vos, señor, tan famoso por mudar las varas en serpientes, la luz en tinieblas y los ríos en sangre?^[812]. — Sí, señora, pero mi avanzada edad debilita una parte de mis luces y de mi poder. Ignoro de dónde os viene ese hermoso toro blanco y quiénes son estos animales que vigilan con vos a su alrededor». La anciana se recogió, alzó los ojos al cielo y luego respondió en estos términos:

«Mi querido Mambrés; somos de la misma profesión, pero me está expresamente prohibido deciros quién es ese toro. Puedo daros satisfacción sobre los demás animales. Los reconoceréis fácilmente por las marcas que los caracterizan^[813]. La serpiente es la que convenció a Eva para que comiese una manzana y se la hiciese comer a su marido. La burra es la que habló en una cañada a Balaam, vuestro contemporáneo. El pez que siempre tiene su cabeza fuera del agua es el que se tragó a Jonás hace unos años. Ese perro es el que siguió al ángel Rafael y al joven Tobías en el viaje que hicieron desde Ragués a la Media, en tiempos del gran Salmanasar^[814]. Ese chivo es el que expía todos los pecados de una nación. Ese cuervo y ese pichón son los que estaban en el arca de Noé, gran acontecimiento, catástrofe universal que casi toda la tierra ignora todavía. Ya estáis al tanto. Pero, sobre el toro, no sabréis nada».

Mambrés escuchaba con respeto. Luego dijo: «El Eterno revela lo que quiere y a quien quiere, ilustre pitonisa. Todos esos animales, encargados junto a vos de la custodia del toro blanco, sólo son conocidos por vuestra generosa y agradable nación, que es a su vez desconocida de casi todo el mundo. Las maravillas que vos y los vuestros, y yo y los míos, hemos realizado, serán un día gran tema de duda y escándalo para los falsos sabios. Por suerte, encontrarán crédito entre los sabios

auténticos, que estarán sometidos a los videntes^[815] en una pequeña parte del mundo; eso es cuanto hace falta».

Cuando pronunciaba estas palabras, la princesa le tiró de la manga y le dijo: «Mambrés, ¿no me vais a comprar mi toro?». El mago, sumido en una profunda cavilación, no respondió nada, y Amasida se echó a llorar.

Ella misma se dirigió entonces a la vieja y le dijo: «Buena anciana, os conjuro, por todo lo que tengáis de más querido en el mundo, por vuestro padre, por vuestra madre, por vuestra nodriza, que sin duda todavía viven, a que me vendáis no solamente vuestro toro, sino también vuestro pichón, que parece muy encariñado con el toro. En cuanto a los demás animales, no los quiero; soy una doncella capaz de enfermar de vapores si no me vendéis ese delicioso toro blanco, que será la dulzura de mi vida».

La vieja besó respetuosamente la orla de su vestido de gasa y le dijo: «Princesa, mi toro no está en venta, vuestro ilustre mago ya lo sabe. Lo único que podría hacer en vuestro servicio sería llevarlo a pacer todos los días cerca de vuestro palacio; podríais acariciarlo, darle galletas, hacerle bailar a vuestro gusto. Pero es preciso que esté continuamente a la vista de todos los animales que me acompañan y que están encargados de su guarda. Si no intenta escapar, no le harán ningún mal; pero si trata de romper otra vez su cadena, como ha hecho cuando os ha visto, ¡maldito sea!, no respondería yo de su vida. Este gran pez que ahí veis se lo tragaría infaliblemente y lo conservaría más de tres días en su vientre; o esa serpiente, que quizá os haya parecido bastante dulce y bastante amable, podría producirle una picadura mortal».

El toro blanco, que entendía de maravilla cuanto decía la vieja, pero que no podía hablar, aceptó todas sus proposiciones con aire sumiso. Se acostó a sus pies, mugió dulcemente y, mirando a Amasida con ternura, parecía decirle: «Venid a verme alguna vez al campo». La serpiente tomó entonces la palabra y dijo: «Princesa, os aconsejo que no hagáis caso a todo lo que la señorita de Endor acaba de deciros». La burra también habló, y fue de la misma opinión que la serpiente. A Amasida le afligía que aquella serpiente y aquella burra hablasen tan bien mientras un hermoso toro, que tenía sentimientos tan nobles y tan tiernos, no pudiese expresarlos. «¡Ah!, nada es más habitual en la corte, decía ella en voz baja; todos los días se ve a hermosos señores que no tienen conversación, y a patanes que hablan con seguridad.

»— Esta serpiente no es ningún patán, dijo Mambrés; nos os equivoquéis.

Quizá sea persona de la mayor consideración».

La luz iba menguando; la princesa se vio obligada a regresar a palacio, tras haber prometido volver al día siguiente a la misma hora. Sus damas estaban maravilladas y no comprendían nada de lo que habían visto y oído. Mambrés seguía en sus cavilaciones. La princesa, pensando que la serpiente había llamado *señorita* a la vieja, concluyó al azar que era doncella, y sintió cierta pesadumbre por serlo ella todavía; pesadumbre respetable, que ocultaba con tanto escrúpulo como el nombre de su amado.

Capítulo III

De cómo la bella Amasida tuvo una entrevista secreta con una bella serpiente

La bella princesa recomendó a sus damas secreto sobre lo que habían visto. Todas lo prometieron y, en efecto, lo guardaron durante todo un día. Como puede suponerse, Amasida durmió poco aquella noche. Un hechizo inexplicable le recordaba sin cesar la idea de su bello toro. Cuando pudo conversar con toda libertad con su sabio Mambrés, le dijo: «¡Oh, sabio!, ese animal me vuelve loca. — También a mí me preocupa mucho, respondió Mambrés; veo con toda claridad que ese querubín está muy por encima de su especie. Veo que hay ahí un gran misterio, pero temo un acontecimiento funesto. Vuestro padre Amasis es violento y suspicaz; todo este asunto exige que os comportéis con la mayor prudencia.

»— ¡Ah!, exclamó la princesa, siento demasiada curiosidad para ser prudente; es la única pasión que puede unirse en mi corazón a la que me devora por el amado que he perdido. ¿Cómo? ¿No podré saber quién es ese toro blanco que produce en mí una turbación tan inaudita?

»— Señora, le respondió Mambrés, ya os he confesado que mi ciencia mengua a medida que mi edad avanza; pero, o mucho me equivoco, o la serpiente está al tanto de lo que tantas ganas tenéis vos de saber. Es inteligente, se explica en buenos términos, está acostumbrada desde hace mucho a mezclarse en asuntos de damas. — Ah, sin duda, dijo Amasida; ¿se trata de la hermosa serpiente de Egipto que, metiéndose la cola en la boca, es el símbolo de la eternidad, la que ilumina el mundo en cuanto abre los ojos, y la que lo oscurece en cuanto los cierra? — No, señora. — ¿Es entonces la serpiente de Esculapio? — Menos todavía. — ¿Es quizá Júpiter en forma de serpiente? — Nada de eso. — Ya veo, es vuestra vara que

antaño cambiasteis en serpiente. — Os repito que no, señora; pero todas esas serpientes son de la misma familia. Ésta tiene mucha reputación en su país; pasa por ser la serpiente más hábil que nunca se haya visto. Dirigíos a ella. Os advierto, no obstante, que es empresa muy peligrosa. Si yo estuviera en vuestro lugar, dejaría ahí el toro, la burra, la serpiente, el pez, el perro, el chivo, el cuervo y la paloma. Pero la pasión os domina; lo único que puedo hacer es apiadarme de vos, y temblar».

La princesa lo conjuró a que le procurase una entrevista con la serpiente. Mambrés, que era bondadoso, consintió; y, mientras proseguía sus profundas cavilaciones, se fue en busca de su pitonisa. Le expuso el capricho de su princesa con tanta energía que la convenció.

La vieja le dijo entonces que Amasida podía hacerlo; que la serpiente sabía vivir muy bien, que era muy cortés con las damas, que no pedía otra cosa sino complacerlas y que acudiría a la cita.

El viejo mago volvió para dar a la princesa esta buena nueva; pero seguía temiendo alguna desgracia y continuaba con sus cavilaciones. «Queréis hablar con la serpiente, señora; será cuando plazca a Vuestra Alteza. Recordad que es preciso halagarla mucho, porque todo animal está henchido de amor propio, y ella más que ninguno. Dicen incluso que antaño fue expulsada de un hermoso lugar por su exceso de orgullo. — No lo he oído decir nunca, contestó la princesa. — Yo, desde luego, lo creo, continuó el viejo». Entonces le informó de todos los rumores que habían corrido sobre aquella serpiente tan famosa. «Pero, señora, sea cual fuere la singular aventura que le haya ocurrido, sólo podréis arrancarle su secreto si la aduláis. En un país vecino pasa por haber hecho en el pasado una fechoría a las mujeres, por tanto es justo que, a su vez, una mujer la seduzca. — Haré cuanto pueda», dijo la princesa.

Partió, pues, con sus damas de palacio y con el buen mago eunuco. La vieja estaba haciendo pastar al toro blanco bastante lejos. Mambrés dejó a Amasida en libertad y se fue a charlar con su pitonisa. La dama de honor habló con la burra; las damas de compañía se entretuvieron con el chivo, el perro, el cuervo y la paloma; en cuanto al gran pez, que daba miedo a todo el mundo, volvió a sumergirse en el Nilo por orden de la vieja.

La serpiente se dirigió inmediatamente, delante de la bella Amasida, hacia el bosque, y allí mantuvieron la siguiente conversación:

La serpiente^[816]

No podéis imagináros cuán halagada me siento, señora, por el honor que Vuestra Alteza se digna hacerme.

La princesa

Señor, vuestra gran reputación, la finura de vuestra fisonomía y el brillo de vuestros ojos me han decidido fácilmente a buscar este encuentro. Sé por la voz pública (si es que no miente) que fuisteis un gran señor en el cielo empíreo.

La serpiente

Cierto es, señora, que ocupaba un cargo bastante distinguido. Se pretende que soy un favorito caído en desgracia; es un rumor que primero se propaló en la India^[817]. Los brahmanes fueron los primeros en dar una larga historia de mis aventuras. No dudo de que poetas del Norte han de hacer un día un poema épico muy extravagante^[818], porque, en verdad, es todo lo que se puede hacer. Pero no estoy tan caído como para no tener todavía en este globo un dominio muy considerable. Me atrevería casi a decir que toda la Tierra me pertenece.

La princesa

Lo creo, señor, porque se dice que tenéis el talento de convencer de lo que queréis, y eso es reinar más que agradar.

La serpiente

Al veros y escucharos, señora, siento que tenéis sobre mí ese dominio que me atribuyen sobre tantas otras almas.

La princesa

Sois, según creo, un vencedor adorable. Pretenden que habéis seducido a muchas damas, y que empezasteis por nuestra madre común, cuyo nombre he olvidado.

La serpiente

No se me hace justicia: yo le di el mejor consejo del mundo. Ella me honraba con su confianza. Mi opinión fue que ella y su marido debían atracarse del fruto

del árbol de la ciencia. Con ello creía agradar al amo de las cosas. Un árbol tan necesario para el género humano no me parecía plantado para ser inútil. ¿Podría querer el amo ser servido por ignorantes e idiotas? ¿No está hecha la mente para ilustrarse, para perfeccionarse? ¿No hay que conocer el bien y el mal para hacer lo uno y evitar lo otro? Desde luego, deberían habérmelo agradecido.

La princesa

Dicen, sin embargo, que os salió mal. Aparentemente, desde esa época, muchos ministros han sido castigados por haber dado buenos consejos, y muchos sabios y auténticos grandes genios han sido perseguidos por haber escrito cosas útiles al género humano.

La serpiente

Me parece, señora, que son enemigos míos quienes os han dicho todos esos cuentos. Van propalando que mi situación en la corte es mala. Buena prueba de que tengo un crédito grandísimo es que ellos mismos confiesan que entré en el consejo cuando se trató de probar a un buen hombre como Job, y que también fui llamado cuando se tomó la decisión de engañar a cierto reyezuelo llamado Acab^[819]; fui sólo yo el que se encargó de esa noble tarea.

La princesa

Ay, señor, no creo que estéis hecho para engañar. Pero dado que seguís estando en el gobierno, ¿puedo pedir os una gracia? Espero que un señor tan amable no ha de negármela.

La serpiente

Señora, vuestros ruegos son leyes. ¿Qué ordenáis?

La princesa

Os conjuro a decirme quién es ese hermoso toro blanco por el que experimento dentro de mí sentimientos incomprensibles que me enternecen, y que me espantan. Me han dicho que vos os dignaríais informarme.

La serpiente

Señora, la curiosidad es necesaria a la naturaleza humana, y sobre todo a

vuestro amable sexo; sin ella, se pudrirían en la ignorancia más vergonzosa. Siempre he satisfecho, hasta donde he podido, la curiosidad de las damas. Se me acusa de haber tenido esta complacencia únicamente para afrentar al amo de las cosas. Os juro que mi único deseo sería complaceros, pero la vieja ha debido advertiros que en la revelación de ese secreto hay cierto peligro para vos.

La princesa

Ah, eso es lo que me vuelve más curiosa todavía.

La serpiente

En eso reconozco a todas las bellas damas a las que he prestado servicios.

La princesa

Si sois sensible, si todos los seres se deben ayuda mutua, si tenéis piedad de una infortunada, no me rechazéis.

La serpiente

Me partís el corazón: tengo que satisfaceros; pero no me interrumpáis.

La princesa

Os lo prometo.

La serpiente

Había un joven rey, bello, digno de ser pintado, enamorado, amado...

La princesa

¡Un joven rey! Bello, digno de ser pintado, enamorado, amado. ¿Y de quién? ¿Y quién era ese rey? ¿Y qué edad tenía? ¿Y qué ha sido de él? ¿Cuál es su nombre?

La serpiente

Ya estáis interrumpiéndome cuando apenas he comenzado. Tened cuidado, si no tenéis más dominio sobre vos misma, estáis perdida.

La princesa

¡Ah!, perdón, señor, no volveré a cometer esa indiscreción; continuad, por favor.

La serpiente

Ese gran rey, el más amable y más valeroso de los hombres, victorioso en todas partes a las que había llevado sus armas, soñaba a menudo cuando dormía; y, cuando olvidaba sus sueños, quería que sus magos se los recordaran, y que le informasen de lo que había soñado, porque en caso contrario los hacía colgar a todos, pues no hay nada más justo. Ahora bien, hará pronto siete años tuvo un hermoso sueño cuyo recuerdo perdió al despertarse; y tras haberle explicado su sueño un joven judío^[820] lleno de experiencia, ese amable rey fue convertido de pronto en buey^[821], porque...

La princesa

¡Ah, es mi querido Nabu...!

No pudo acabar, cayó desmayada. Mambrés, que escuchaba de lejos, la vio caer y la creyó muerta.

Capítulo IV

De cómo se quiso sacrificar al toro y exorcizar a la princesa

Mambrés corre hacia ella llorando. La serpiente está enternecida; no puede llorar, pero silba en tono lúgubre; grita: «¡Está muerta!». La burra repite: «Está muerta». El cuervo lo repite; todos los demás animales parecen embargados de dolor, salvo el pez de Jonás, que siempre ha sido despiadado. La dama de honor y las damas de palacio llegan y se mesan los cabellos. El toro blanco, que pacía a lo lejos y que oye los clamores, corre al bosquecillo y arrastra a la vieja con él lanzando mugidos que repite el eco. En vano derramaban todas las damas sobre una Amasida moribunda sus frascos de agua de rosas, de violetas, de mirto, de benjuí, de bálsamo de La Meca, de canela, de amomonio, de clavo, de nuez moscada y de ámbar gris. No había dado ninguna señal de vida, pero, cuando sintió a su lado al hermoso toro blanco, volvió en sí más fresca, más bella y más animada que nunca. Dio cien besos al encantador animal que reposaba lánguidamente la cabeza sobre su seno de alabastro. Lo llama: «Mi amo, mi rey, mi

corazón, mi vida». Pasa sus brazos de marfil alrededor de aquel cuello más blanco que la nieve. La paja ligera se une con menos fuerza al ámbar, la viña al olmo, la hiedra a la encina. Se oía el dulce murmullo de sus suspiros; se veían sus ojos, unas veces resplandecientes de una tierna llama, otras ofuscados por esas preciosas lágrimas que el amor hace derramar.

Júzguese cuál sería la sorpresa en que estaban sumidas la dama de honor de Amasida y las damas de compañía. En cuanto regresaron a palacio, todas contaron a sus amantes aquella extraña aventura, y cada cual con circunstancias diferentes que aumentaban su singularidad, y que siempre contribuyen a la variedad en todas las historias.

Cuando Amasis, rey de Tanis, fue informado, su real corazón se vio dominado por una justa cólera. Así ocurrió con el colérico Minos cuando supo que su hija Pasífae^[822] prodigaba sus tiernos favores al padre del Minotauro. Así se estremeció Juno cuando vio a su esposo Júpiter acariciar a la bella vaca Ío, hija del río Ínaco. Amasis mandó encerrar a la bella Amasida en su aposento y puso una guardia de eunucos negros en su puerta; luego reunió a su consejo secreto.

El gran mago Mambrés lo presidía, pero ya no tenía el mismo crédito que antaño. Todos los ministros de Estado llegaron a la conclusión de que el toro blanco era un brujo. Al revés: estaba embrujado; pero, en estos delicados asuntos, siempre se equivocan en la corte.

A pluralidad de votos decidieron que había que exorcizar a la princesa y sacrificar al toro blanco y a la vieja.

El sabio Mambrés no quiso enfrentarse a la opinión del rey y del consejo. A él correspondía el derecho de hacer los exorcismos. Podía diferirlos con un pretexto muy plausible. El dios Apis acababa de morir en Menfis. Un dios buey muere como cualquier otro. No estaba permitido exorcizar a nadie en Egipto hasta que no se hubiera encontrado otro buey que pudiese reemplazar al difunto.

Por tanto, en el consejo se decidió que esperarían al nombramiento que debía hacerse del nuevo dios en Menfis.

El buen anciano Mambrés percibía el peligro a que su querida princesa se hallaba expuesta: veía quién era su amado. Las sílabas *Nabu...* que se le escaparon habían descubierto todo el misterio a los ojos de este sabio.

La dinastía^[823] de Menfis pertenecía entonces a los babilonios; conservaban

este resto de sus conquistas pasadas, que habían logrado bajo el mayor rey del mundo, del que Amasis era mortal enemigo. Mambrés necesitaba de toda su sabiduría para maniobrar bien entre tantas dificultades. Si el rey Amasis descubría al amante de su hija, esta moriría, lo había jurado. El gran rey, el joven, el hermoso rey del que estaba enamorada, había destronado a su padre, que no había recuperado su reino de Tanis sino después de casi siete años, y no se sabía qué había sido del adorable monarca, el vencedor y el ídolo de las naciones, tierno y generoso amante de la encantadora Amasida. Pero, sacrificando al toro, también se hacía morir infaliblemente a la bella Amasida de dolor.

¿Qué podía hacer Mambrés en circunstancias tan espinosas? Va en busca de su querida ahijada al salir del consejo, y le dice: «Querida niña, yo os serviré; pero os lo repito, os cortarán el cuello si alguna vez pronunciáis el nombre de vuestro amante.

»— ¡Ay!, ¿y qué me importa mi cuello, dice la bella Amasida, si no puedo besar el de Nabuco...? ¡Qué malvado es mi padre! No sólo se niega a darme al bello príncipe que idolatro, sino que le declara la guerra y, cuando fue vencido por mi amado, encontró el secreto de convertirlo en buey. ¿Se ha visto nunca malicia más horrible? Si mi padre no fuera mi padre, no sé lo que le haría.

»— No es vuestro padre quien le ha jugado esa cruel pasada, dijo el sabio Mambrés, fue un palestino, uno de nuestros antiguos enemigos, el habitante de un pequeño país comprendido entre la multitud de Estados que vuestro augusto amado sometió para civilizarlos. Estas metamorfosis no deben sorprenderos; sabéis que antaño las hacían más hermosas. Nada era más común entonces que estos cambios que hoy asombran a los sabios. La historia verdadera que hemos leído juntos nos ha enseñado que Licaón, rey de Arcadia, fue mudado en lobo^[824]. La bella Calisto, hija suya, fue transformada en osa; Ío, hija de Ínaco, nuestra venerable Isis, en vaca; Dafne, en laurel; Sirinx, en flauta. La bella Edit, mujer de Lot, el padre mejor y más tierno que nunca se haya visto, ¿no se convirtió cerca de nosotros en una gran estatua de sal muy bella y muy sabrosa, que ha conservado todas las marcas de su sexo, y que regularmente tiene sus reglas cada mes^[825], como atestiguan los grandes hombres que lo han visto? Yo fui testigo de estos cambios en mi juventud. Vi cinco poderosas ciudades, en la época del mundo más seca y más árida, transformadas de pronto en un hermoso lago^[826]. En mi juventud sólo se caminaba sobre metamorfosis.

»En fin, señora, si los ejemplos pueden aliviar vuestra pena, acordaos de que Venus cambió a los Cerastas en bueyes^[827]. — Lo sé, dijo la desventurada princesa,

pero ¿consuelan los ejemplos? Si mi amado estuviera muerto, ¿me consolaría la idea de que todos los hombres mueren? — Vuestra pena puede acabar, dijo el sabio, y dado que vuestro tierno amante se ha convertido en buey, bien veis que de buey puede convertirse en hombre. En cuanto a mí, tendrían que cambiarme en tigre o cocodrilo si no empleara el poco poder que me queda en servir a una princesa digna de las adoraciones de la tierra, a la bella Amasida, a quien he criado en mis rodillas, y a quien su fatal destino somete a pruebas tan crueles».

Capítulo V

De cómo el sabio Mambrés obró con prudencia

Tras decir a la princesa todo lo necesario para consolarla, y no habiéndola consolado, el divino Mambrés corrió inmediatamente en busca de la vieja. «Compañera, le dijo, nuestro oficio es bello, pero muy peligroso; corréis el riesgo de ser colgada, y vuestro buey de ser quemado o ahogado, o comido. No sé qué harán con vuestros demás animales, porque, por más profeta que soy, sé muy pocas cosas; pero ocultad cuidadosamente la serpiente y el pez; que el uno no saque la cabeza fuera del agua, y que la otra no salga de su agujero. Pondré al buey en una de mis cuadras en el campo; vos estaréis allí con él, puesto que decís que no os está permitido abandonarlo. El chivo podrá servir, llegado el caso, de chivo expiatorio; lo enviaremos al desierto cargado con los pecados de la tropa; está acostumbrado a esta ceremonia, que no le hace ningún daño, y ya se sabe que todo queda expiado cuando se pasea a un chivo. Tan sólo os ruego que me prestéis ahora mismo el perro de Tobías, que es un lebrél muy ágil, la burra de Balaam, que corre mejor que un dromedario, el cuervo y la paloma del arca, que vuelan rapidísimamente. Quiero enviarlos como embajadores a Menfis para un asunto de la mayor importancia».

La vieja contestó al mago: «Señor, podéis disponer a vuestro gusto del perro de Tobías, de la burra de Balaam, del cuervo y de la paloma del arca, y del chivo expiatorio, pero mi buey no puede acostarse en una cuadra. Se ha ordenado que debe estar atado a una cadena de acero, “que debe estar siempre mojado por el rocío y pacer la hierba sobre la tierra^[828], y que su porción estará con los animales salvajes”. Me ha sido confiado y debo obedecer. ¿Qué pensarían de mí Daniel, Ezequiel y Jeremías si confiase mi buey a otros y no a mí misma? Veo que conocéis el secreto de ese extraño animal. No tengo que reprocharme habérselo revelado. Voy a llevarlo lejos de esta tierra impura, hacia el lago Sirbón, lejos de las

crueldades del rey de Tanis. Mi pez y mi serpiente me defenderán; no temo a nadie cuando sirvo a mi amo».

El sabio Mambrés le contestó así: «Amiga mía, ¡hágase la voluntad de Dios! Con tal de que yo vuelva a encontrar nuestro toro blanco, no me importa ni el lago de Sirbón, ni el lago de Mœris, ni el lago de Sodoma; no quiero sino hacerle bien, y también a vos. Pero ¿por qué me habéis hablado de Daniel, de Ezequiel y de Jeremías? — Ah señor, continuó la vieja, sabéis tan bien como yo el interés que tuvieron en este gran asunto. Pero no tengo tiempo que perder; no quiero que me cuelguen; tampoco quiero que mi toro sea quemado, ahogado o comido. Me voy cerca del lago Sirbón por Canope^[829], con mi serpiente y mi pez. Adiós».

El toro la siguió muy pensativo, después de haber testimoniado al bienhechor Mambrés la gratitud que le debía.

El sabio Mambrés se hallaba sumido en cruel inquietud. Comprendía que Amasis, rey de Tanis, desesperado por la loca pasión de su hija hacia aquel animal, y creyéndola embrujada, haría perseguir por todas partes al desventurado toro, y que sería infaliblemente quemado por brujo en la plaza pública de Tanis, o entregado al pez de Jonás, o asado, o servido en la mesa. Al precio que fuese, quería ahorrarle este disgusto a la princesa.

Escribió una carta al sumo sacerdote de Menfis, amigo suyo, en caracteres sagrados, sobre papel de Egipto que todavía no se usaba^[830]. Éstos fueron los términos exactos de su carta:

Luz de mundo, lugarteniente de Isis, de Osiris y de Horus, jefe de los circuncisos, vos, cuyo altar está elevado, cual corresponde, por encima de todos los tronos: acabo de saber que vuestro dios el buey Apis ha muerto. Tengo otro para vuestro servicio. Venid de prisa con vuestros sacerdotes para reconocerlo, adorarlo y conducirlo a la cuadra de vuestro templo. ¡Que Isis, Osiris y Horus os tengan en su santa y digna guarda; y a vosotros, señores sacerdotes de Menfis, en su santa guarda!

Vuestro afectuoso amigo

Mambrés

Hizo cuatro duplicados de esta carta, por temor a accidentes, y los guardó en

un estuche de madera del ébano más duro. Luego, haciendo venir a los cuatro correos que destinaba para este mensaje (eran la burra, el perro, el cuervo y la paloma), dijo a la burra: «Sé con qué fidelidad servisteis a mi colega Balaam; servidme igual. No hay onocrótalo^[831] que os iguale en la carrera; id, mi querida amiga, entregad mi carta en propia mano, y volved». La burra le respondió: «Como serví a Balaam, serviré al señor; iré y volveré». El sabio le puso el palo de ébano en la boca, y ella partió como una flecha.

Luego hizo venir al perro de Tobías y le dijo: «Perro fiel, y más rápido en la carrera que Aquiles el de los pies ligeros; sé lo que hicisteis por Tobías, hijo de Tobías, cuando vos y el ángel Rafael lo acompañasteis de Nínive a Ragués en la Media, y de Ragués a Nínive, y que trajo a su padre diez talentos^[832] que el esclavo Tobías padre había prestado al esclavo Gabelo; porque aquellos esclavos eran muy ricos. Llevad a sus señas esta carta, más preciosa que diez talentos de plata». El perro le respondió: «Señor, antaño seguí al mensajero Rafael; igual de bien puedo hacer vuestro encargo». Mambrés le puso la carta en el hocico. Otro tanto le dijo a la paloma. Ésta le respondió: «Señor, si llevé una rama al arca, de igual modo os traeré vuestra respuesta». Y cogió la carta con el pico. En un instante a los tres se les perdió de vista.

Luego dijo al cuervo: «Sé que alimentasteis al gran profeta Elías^[833] cuando estaba escondido junto al torrente Carit, tan famoso en toda la tierra. Vos le llevabais todos los días buen pan y gordas pulardas; yo sólo os pido que llevéis esta carta a Menfis».

El cuervo respondió con estas palabras: «Verdad es, señor, que todos los días llevaba de comer al gran profeta Elías el tesbita, a quien vi subir a la atmósfera en un carro de fuego tirado por cuatro caballos de fuego, aunque no sea ésa la costumbre; pero siempre me quedaba con la mitad de la comida para mí. De buena gana llevaré vuestra carta, con tal de que me aseguréis dos buenas comidas al día y de que me paguéis por anticipado en dinero contante por mi encargo».

Mambrés, encolerizado, dijo a este animal: «Glotón y malvado, no me extraña que Apolo, de blanco como cisne que eras, te haya vuelto negro como topo cuando en las llanuras de Tesalia traicionaste a la bella Coronis^[834], desventurada madre de Esculapio. Dime, pues, ¿comías todos los días solomillo y pulardas cuando estuviste diez meses en el arca? — Señor, allí nos dábamos muy buenas comilonas, prosiguió el cuervo. Nos servían asado dos veces al día a todos los volátiles de mi especie que sólo viven de carne, como buitres, milanos, águilas, cernícalos, gavilanes, búhos, halcones, mochuelos y la multitud innumerable de

aves de presa. Servían con profusión todavía mayor las mesas de los leones, los leopardos, los tigres, las panteras, las onzas, las hienas, los lobos, los osos, los zorros, las garduñas, y de todos los cuadrúpedos carnívoros. Había en el arca ocho personas notables, las únicas que entonces existían en el mundo, continuamente ocupadas en la tarea de abastecer nuestra mesa y nuestra despensa: a saber, Noé y su mujer, que apenas tenían más de seiscientos años, sus tres hijos y sus tres esposas. Era un placer ver con qué cuidado y limpieza nuestros ocho criados servían a más de cuatro mil comensales del mayor apetito, sin contar los prodigiosos esfuerzos que exigían diez o doce mil personas más, desde el elefante y la jirafa hasta los gusanos de seda y las moscas^[835]. Lo que más me asombra es que nuestro proveedor Noé sea desconocido por todas las naciones de las que él es el tronco, aunque no me preocupa demasiado. Ya me encontré en una fiesta parecida^[836] en casa del rey de Tracia, Sisutro. Estas cosas ocurren de vez en cuando para instrucción de los cuervos. En una palabra, quiero darme un buen festín, y ser bien pagado en dinero contante».

El sabio Mambrés se guardó mucho de dar su carta a un animal tan puntilloso y tan hablador. Se separaron muy descontentos el uno del otro.

Había que saber, sin embargo, lo que ocurriría con el bello toro, y no perder la pista de la vieja y la serpiente. Mambrés ordenó a unos criados inteligentes y fieles que los siguieran; y en cuanto a él, avanzó en litera por la orilla del Nilo, siempre cavilando.

«¿Cómo puede ser, decía para sus adentros, que esta serpiente sea dueña de casi toda la tierra, como ella se jacta y como tantos doctos confiesan, y que, sin embargo, obedezca a una vieja? ¿Cómo es que a veces la llamen al consejo de allá arriba, cuando repta por la tierra? ¿Por qué entra todos los días en el cuerpo de las gentes por su sola virtud, y por qué tantos sabios pretenden desalojarla de ellos con palabras? En fin, ¿cómo es que en un pequeño pueblo de la vecindad pasa por haber perdido al género humano, y cómo el género humano no sabe nada? Soy muy viejo, he estudiado toda mi vida, mas veo ahí una multitud de incompatibilidades que no puedo conciliar. No podría explicar lo que me ha ocurrido a mí mismo, ni las grandes cosas que hice en otro tiempo, ni aquéllas de las que he sido testigo. Bien sopesado todo, empiezo a sospechar que este mundo subsiste de contradicciones: *Rerum concordia discors*, como decía antiguamente mi maestro Zoroastro^[837] en su lengua».

Mientras estaba sumido en esta metafísica oscura, como lo es toda metafísica, un barquero, cantando una canción de borracho, amarró una pequeña

barca junto a la orilla. Se vio salir de ella a tres graves personajes medio vestidos con harapos grasientos y desgarrados, pero que conservaban bajo estas libreas de la pobreza el aire más majestuoso y augusto. Eran David, Ezequiel y Jeremías.

Capítulo VI

De cómo Mambrés se encontró con tres profetas y les dio una buena cena

Estos tres grandes hombres, que tenían la luz profética en su rostro, reconocieron en el sabio Mambrés a uno de sus cofrades por algunos rayos de aquella misma luz que todavía le quedaban, y se prosternaron ante su palanquín. Mambrés también los reconoció por profetas, más todavía por sus hábitos que por los rayos de fuego que salían de sus augustas cabezas. Sospechó que venían a saber nuevas del toro blanco; y utilizando su prudencia ordinaria, se apeó de su vehículo y dio algunos pasos hacia ellos con una cortesía mezclada con dignidad. Les hizo alzarse, y mandó levantar unas tiendas y preparar la cena, pensando que los tres profetas la necesitaban mucho.

Hizo invitar a la vieja, que aún estaba sólo a quinientos pasos. Ella acudió a la invitación, y llegó trayendo como siempre su toro blanco atado.

Se sirvieron dos sopas, una de cangrejo, otra a la reina; las entradas fueron una torta de lenguas de carpas, dos hígados de rapas y lucios, pollos al pistacho, inocentes^[838] con trufas y olivas, dos pavipollos con jugo de cangrejos, mucerones y morillas, y un encebollado. El asado estaba compuesto de pollos de faisán, perdigones, gangas, codornices y hortelanos, con cuatro ensaladas. En medio había un centro de mesa del gusto más reciente. Nada hubo más delicado que los dulces; nada más magnífico, más brillante y más ingenioso que el postre.

Por lo demás, el discreto Mambrés había tenido gran cuidado de que en esta comida no hubiera ninguna pieza hervida, ni solomillo, ni lengua, ni paladar de buey, ni tetinas de vaca, por miedo a que el infortunado monarca, que asistía de lejos a la comida, se creyese insultado.

Aquel grande y desventurado príncipe pastaba hierba junto a la tienda. Jamás sintió más cruelmente la fatal revolución que lo había privado del trono siete años enteros. «¡Ay!, decía para sus adentros, este Daniel me mudó en toro, y esa bruja de pitonisa que me custodia está dándose la mejor comilona del mundo; y

yo, el soberano de Asia, me veo obligado a comer heno y a beber agua».

Se bebió mucho vino de Engadí, de Tadmor y de Chiraz^[839]. Cuando los profetas y la pitonisa estuvieron algo achispados, se habló con más confianza que en los primeros platos. «Confieso, dijo Daniel, que no comía tan bien cuando estaba en el foso de los leones. — ¡Cómo, señor! ¿Os metieron en el foso de los leones?, dijo Mambrés, ¿y cómo no os devoraron? — Señor, dijo Daniel, como sabéis, los leones nunca se comen a los profetas. — En cuanto a mí, dijo Jeremías, he pasado toda mi vida muriéndome de hambre; nunca he comido tan bien como hoy. Si volviera a nacer, y si pudiera elegir mi estado, confieso que antes preferiría cien veces ser inspector general, u obispo de Babilonia, que profeta en Jerusalén».

Ezequiel dijo: «Una vez me ordenaron dormir trescientos noventa días seguidos sobre el costado derecho, y comer durante todo ese tiempo pan de centeno, de mijo, de arvejas, de habas y de trigo cubierto de...^[840], no me atrevo a decirlo. Lo único que pude conseguir fue cubrirlo únicamente de boñiga de vaca^[841]. Confieso que la cocina del señor Mambrés es más delicada. Sin embargo, el oficio de profeta tiene algo bueno, y la prueba es que miles de personas se meten a ejercerlo.

— A propósito, dijo Mambrés, explicadme qué entendéis por vuestra Oollá y por vuestra Oolibá^[842]; ¿por qué hacían tanto caso de los caballos y los asnos? “¡Ah!, respondió Ezequiel, eso son flores de retórica”».

Tras estas aperturas del corazón, Mambrés habló de negocios. Preguntó a los tres peregrinos por qué habían venido a los Estados del rey de Tanis. Daniel tomó la palabra; dijo que el reino de Babilonia había estado ardiendo desde que Nabucodonosor había desaparecido; que se había perseguido a todos los profetas según la costumbre de la corte; que se pasaban la vida viendo unas veces reyes a sus pies, y otras recibiendo cien golpes de badana; que, finalmente, se habían visto obligados a refugiarse en Egipto por miedo a ser lapidados. También Ezequiel y Jeremías hablaron durante mucho tiempo en un estilo bellísimo, que apenas se podía comprender. En cuanto a la pitonisa, tenía siempre un ojo puesto en el animal. El pez de Jonás seguía en el Nilo, frente a la tienda, y la serpiente se burlaba en la hierba.

Después del café, fueron a pasear por las orillas del Nilo. Entonces el toro blanco, viendo a los tres profetas enemigos suyos, lanzó unos mugidos espantosos; arremetió impetuosamente contra ellos, los corneó; y como los profetas nunca tienen más que la piel sobre los huesos, los habría atravesado de parte a parte y les

habría quitado la vida; pero el amo de las cosas, que ve todo y todo lo remedia, los convirtió inmediatamente en urracas; y siguieron hablando como antes. Lo mismo les ocurrió después a las Piérides^[843]. Así imita la fábula a la historia.

Este nuevo incidente producía nuevas cavilaciones en la mente del sabio Mambrés. «He aquí a tres grandes profetas convertidos en urracas, decía, esto debe enseñarnos a no hablar demasiado y a guardar siempre una discreción adecuada». Y llegaba a la conclusión de que más vale sabiduría que elocuencia; y se encontraba cavilando profundamente, según su costumbre, cuando un grande y terrible espectáculo vino a sorprender sus miradas.

Capítulo VII

Llega el rey de Tanis.
Su hija y el toro van a ser sacrificados

Torbellinos de polvo se alzaban del mediodía al norte. Se oía el ruido de los tambores, las trompetas, los pífanos, los salterios, las cítaras y las sambucas; varios escuadrones con varios batallones avanzaban, y Amasis, rey de Tanis, iba al frente sobre un caballo cubierto por una gualdrapa escarlata brocada de oro; y los heraldos gritaban: «Que cojan al toro blanco, que lo aten, que lo tiren al Nilo, y que se lo den a comer al pez de Jonás, porque el rey mi señor, que es justo, quiere vengarse del toro blanco, que ha embrujado a su hija».

El buen viejo Mambrés hizo más cavilaciones que nunca. Se dio cuenta de que el malvado cuervo había ido a contarle todo al rey, y de que la princesa corría gran peligro de verse con el cuello cortado. Y dijo a la serpiente: «Querida amiga, id enseguida a consolar a la bella Amasida, mi ahijada; decidle que no tema nada, pase lo que pase, y contadle cuentos para calmar su inquietud, porque los cuentos siempre divierten a las niñas, y sólo con cuentos se triunfa en el mundo».

Luego se prosternó ante Amasis, rey de Tanis, y le dijo: «¡Oh, rey, vivid por siempre! El toro blanco debe ser sacrificado porque Vuestra Majestad siempre tiene razón; mas el amo de las cosas dice: “Este toro no debe ser comido por el pez de Jonás sino después de que Menfis haya encontrado un dios que poner en el lugar del dios que ha muerto”. Entonces seréis vengado, y vuestra hija exorcizada, porque está poseída. Sois demasiado piadoso para no obedecer las órdenes del amo de las cosas».

Amasis, rey de Tanis, permaneció pensativo; luego dijo: «El buey Apis ha muerto; Dios tenga su alma. ¿Cuándo creéis que se encontrará otro buey para reinar sobre el fecundo Egipto? — Sire, dijo Mambrés, sólo os pido ocho días». El rey, que era muy devoto, dijo: «Los concedo, y quiero permanecer aquí ocho días; luego, yo sacrificaré al seductor de mi hija». E hizo venir sus tiendas, sus cocineros, sus músicos, y se quedó ocho días en aquel lugar, como se dice en Manetón^[844].

La vieja estaba en el colmo de la desesperación viendo que al toro puesto bajo su guarda sólo le quedaban ocho días de vida. Todas las noches hacía que se le apareciesen al rey sombras para apartarlo de su cruel designio. Pero el rey, por la mañana, no se acordaba de las sombras que había visto por la noche, lo mismo que Nabucodonosor había olvidado sus sueños.

Capítulo VIII

De cómo la serpiente contó cuentos
a la princesa, para consolarla

Mientras tanto, la serpiente contaba historias a la bella Amasida para calmar sus dolores. Le decía cómo había curado antiguamente a todo un pueblo de la mordedura de ciertas serpientes pequeñas, con sólo mostrarse en la punta de un bastón. Le enseñaba las conquistas de un héroe^[845] que hizo tan bello contraste con Anfión, arquitecto de Tebas, en Beocia. Este Anfión hacía caminar las piedras talladas al son de los violines: un rigodón y un minué le bastaban para construir una ciudad, pero el otro las destruía al son de la corneta; mandó ahorcar a treinta y un reyes^[846] muy poderosos en un cantón de cuatro leguas de largo y de ancho; hizo llover gruesas piedras de lo alto del cielo sobre un batallón de enemigos que huían ante él; y, tras haberlos exterminado de esa forma, detuvo el sol y la luna en pleno mediodía para seguir exterminándolos entre Gabaón y Ayalón en el camino de Bet-Jorón, a ejemplo de Baco, que había detenido el sol y la luna en su viaje a las Indias.

La prudencia que toda serpiente debe tener no le permitió hablar a la bella Amasida del poderoso bastardo Jefté, que cortó el cuello de su hija porque él había ganado una batalla; habría sembrado demasiado terror en el corazón de la hermosa princesa; pero le contó las aventuras del gran Sansón, que mataba mil filisteos con una quijada de asno, que ataba juntos trescientos zorros por la cola, y que cayó en las redes de una mujer menos hermosa, menos tierna y menos fiel que la encantadora Amasida^[847].

Le contaba los amores desventurados de Siquén y de la agradable Diana, de dieciséis años de edad, y los amores más afortunados de Booz y de Ruth, los de Judá con su nuera Tamar, los de Lot con sus dos hijas que no querían que el mundo acabase, los de Abraham y de Jacob con sus sirvientas, los de Rubén con su madre, los de Daniel y de Betsabé, los del gran rey Salomón, en fin, todo lo que podía disipar el dolor de una bella princesa^[848].

Capítulo IX

De cómo la serpiente no la consoló

«Todos esos cuentos me aburren, respondió la bella Amasida, que tenía inteligencia y buen gusto. Sólo sirven para ser comentados entre irlandeses por ese loco de Abbadie o entre welches por ese charlatán de Houteville^[849]. Los cuentos que podían contarse a la retatarabuela de la retatarabuela de mi abuela a mí no me entretienen, porque he sido educada por el sabio Mambrés y he leído el *Entendimiento humano* del filósofo egipcio llamado Locke, y *La matrona de Éfeso*^[850]. Quiero que un cuento se base en la verosimilitud, y que no parezca siempre un sueño. Deseo que no tenga nada de trivial ni de extravagante. Quisiera sobre todo que, bajo el velo de la fábula, dejase entrever a los ojos expertos alguna verdad sutil que escape al vulgo. Estoy harta del sol y de la luna de los que dispone a su capricho una vieja, y de las montañas que bailan, de los ríos que remontan a su fuente y de los muertos que resucitan; pero, sobre todo, cuando esas tonterías están escritas con un estilo ampuloso e ininteligible, me repugnan horriblemente. Comprendéis que una joven que teme ver tragado a su amante por un gran pez, y verse ella misma cortar el cuello por su propio padre necesita ser entretenida; pero tratad de entretenerme a mi gusto^[851].

»— Me imponéis una tarea muy difícil, respondió la serpiente. Antiguamente hubiera podido haceros pasar algunos cuartos de hora bastante agradables; pero hace algún tiempo que he perdido la imaginación y la memoria. Ay, ¿dónde está la época en que yo divertía a las doncellas? Veamos, sin embargo, si puedo acordarme de algún cuento moral para agradaros.

»Hace veinticinco mil años que el rey Gnaof y la reina Patra estaban en el trono de Tebas, la de las cien puertas. El rey Gnaof era muy bello, y la reina Patra más bella todavía; pero no podían tener hijos. El rey Gnaof ofreció un premio a quien enseñase el mejor método de perpetuar la raza real.

»La facultad de medicina y la academia de cirugía hicieron excelentes tratados sobre esta importante cuestión: no tuvieron ningún éxito. Se envió a la reina a las aguas; hizo novenas, dio mucho dinero al templo de Júpiter Ammón, de donde viene la sal amoniaca: todo fue inútil. Por fin, un joven sacerdote de veinticinco años se presentó al rey y le dijo: “Sire, creo conocer el conjuro capaz de hacer lo que Vuestra Majestad desea con tanto ardor. Tengo que hablar en secreto al oído de vuestra señora esposa; si no se vuelve fecunda, consiento en ser colgado. — Acepto vuestra propuesta”, dijo el rey Gnaof. Dejaron solos y juntos a la reina y al sacerdote un cuarto de hora. La reina quedó embarazada, y el rey quiso ahorcar al sacerdote.

»— Dios mío, dijo la princesa, ya veo adónde lleva eso: el cuento es demasiado vulgar; os diría incluso que alarma mi pudor. Contadme alguna fábula verdadera, muy probada y moral, de la que no haya oído hablar nunca, para acabar de “formarme el espíritu y el corazón”, como dice el profesor egipcio Linro^[852].

»— He aquí una, señora, dijo la hermosa serpiente, que es de las más auténticas:

»Había tres profetas, los tres igual de ambiciosos y asqueados de su estado. Su manía era querer ser reyes; porque no hay más que un paso del rango de profeta al de monarca, y el hombre siempre aspira a subir todos los peldaños de la escala de la fortuna. Además, sus gustos y sus placeres eran absolutamente diferentes. El primero predicaba de forma admirable a sus hermanos reunidos, que lo aplaudían; el segundo estaba loco por la música; y el tercero amaba apasionadamente a las mujeres. El ángel Ituriel fue a presentarse a ellos un día que estaban sentados a la mesa y hablaban de las delicias de la realeza.

»El amo de las cosas, les dijo el ángel, me envía a vosotros para recompensar vuestra virtud. No sólo seréis reyes, sino que continuamente satisfaceréis vuestras pasiones dominantes. A vos, primer profeta, os hago rey de Egipto, y siempre estaréis reunido con vuestro consejo, que aplaudirá vuestra elocuencia y vuestra sabiduría. Vos, segundo profeta, reinaréis sobre Persia, y continuamente oiréis una música divina. Y a vos, tercer profeta, os hago rey de la India, y os doy una amante encantadora que no os dejará nunca.

»Aquel a quien correspondió Egipto comenzó por reunir su consejo privado, que sólo estaba compuesto por doscientos sabios. Según la etiqueta, les hizo un largo discurso que fue muy aplaudido, y el monarca saboreó la dulce satisfacción

de embriagarse con alabanzas que no estaban corrompidas por ningún halago.

»El consejo de asuntos extranjeros sucedió al consejo privado. Fue mucho más numeroso; y un nuevo discurso recibió más elogios todavía. Lo mismo ocurrió con los demás consejos. No hubo un momento de relajo en los placeres y en la gloria del profeta rey de Egipto. La fama de su elocuencia llenó toda la tierra.

»El profeta rey de Persia empezó por hacerse recitar una ópera italiana, cuyos coros eran cantados por mil quinientos castrados. Sus voces le removían el alma hasta la médula de los huesos, donde reside. A esa ópera le sucedía otra, a la segunda una tercera, sin interrupción.

»El rey de la India se encerró con su amante, y gozó de una voluptuosidad perfecta con ella. La soberana felicidad consistía para él en la necesidad de acariciarla siempre, y se compadecía del triste destino de sus dos cofrades, uno de los cuales se hallaba obligado a estar siempre reunido en consejo, y el otro a estar siempre en la ópera.

»Al cabo de varios días, cada uno de ellos oyó por la ventana a unos leñadores que salían de una taberna para ir a cortar leña al bosque vecino, y que llevaban del brazo a sus dulces amigas, que podían intercambiarse a voluntad. Nuestros reyes rogaron a Ituriel que tuviera a bien interceder por ellos ante el amo de las cosas, y hacerlos leñadores.

»— No sé, interrumpió la tierna Amasida, si el amo de las cosas les concedió su petición, y no me importa, pero sí sé que no pediría nada a nadie si estuviera encerrada con mi amante, con mi querido Nabucodonosor».

Las bóvedas de palacio devolvieron el eco de ese gran nombre. Al principio, Amasida no pronunció más que *Na*, luego *Nabu*, después *Nabuco*, pero al fin la pasión la arrastró; pronunció el nombre fatal completo, pese al juramento que había hecho al rey su padre. Todas las damas de palacio repitieron Nabucodonosor, y el malvado cuervo no dejó de ir a decírselo al rey. El rostro de Amasis, rey de Tanis, se alteró, porque su corazón estaba lleno de turbación. Así es como la serpiente, que era el más prudente y sutil de los animales, termina por hacer siempre el mal a las mujeres, creyendo hacerles el bien.

Amasis, furioso, envió inmediatamente en busca de su hija a doce de sus alguaciles, que siempre están listos para ejecutar todas las barbaries que el rey ordena, y que dicen por toda razón: «Nos pagan para esto».

Capítulo X

De cómo se quiso cortar el cuello a
la princesa, y de cómo no se lo cortaron

Una vez que la princesa hubo llegado, todo temblorosa, al campamento del rey su padre, éste le dijo: «Hija mía, sabéis que se condena a muerte a todas las princesas que desobedecen a sus padres los reyes, porque de lo contrario no podría estar bien gobernado un reino. Os había prohibido proferir el nombre de vuestro amante Nabucodonosor, mi mortal enemigo, que me destronó hará pronto siete años y que ha desaparecido de la tierra. En su lugar habéis escogido un toro blanco y habéis gritado: Nabucodonosor. Justo es que os corte el cuello».

La princesa le respondió: «Padre mío, hágase vuestra voluntad, pero dadme tiempo para llorar mi virginidad^[853]. — Es justo, dijo el rey Amasis, es una ley establecida entre todos los príncipes ilustrados y prudentes. Os doy toda la jornada para llorar vuestra virginidad, puesto que decís que la tenéis. Mañana, que es el octavo día de mi acampada, haré que el pez se trague al toro blanco, y yo os cortaré el cuello a las nueve de la mañana».

La bella Amasida se fue, pues, a llorar a orillas del Nilo, con sus damas de palacio, todo lo que le quedaba de virginidad. El sabio Mambrés cavilaba a su lado, y contaba las horas y los momentos. «Bueno, mi querido Mambrés, le dijo ella, habéis cambiado las aguas del Nilo en sangre, según la costumbre, ¡y no podéis cambiar el corazón de Amasis, mi padre, rey de Tanis! ¿Permitiréis que me corte el cuello mañana a las nueve de la mañana? — Eso dependerá, respondió el reflexivo Mambrés, de la diligencia de mis correos».

Al día siguiente, cuando las sombras de los obeliscos y las pirámides marcaron sobre la tierra la hora nona del día, ataron al toro blanco para arrojárselo al pez de Jonás, y trajeron al rey su gran sable. «Ay, ay, decía Nabucodonosor en el fondo de su corazón, yo, el rey, soy buey desde hace casi siete años, y nada más encontrar a mi amada hacen que me devore un pez».

Nunca el sabio Mambrés había hecho cavilaciones tan profundas. Estaba absorto en sus tristes pensamientos cuando vio de lejos lo que esperaba. Se acercaba una multitud innumerable. Las tres figuras de Isis, Osiris y Horus avanzaban llevadas sobre unas angarillas de oro y pedrerías por cien senadores de Menfis, y precedidas por cien doncellas que tocaban el sistro sagrado. Cuatro mil sacerdotes, con la cabeza rasurada y coronada de flores, iban montados cada uno

en un hipopótamo. Más lejos aparecían con igual pompa las ovejas de Tebas, el perro de Bubasto, el gato de Febe, el cocodrilo de Arsínoe, el macho cabrío de Mendes, y todos los dioses inferiores de Egipto, que acudían a rendir homenaje al gran buey, al gran dios Apis, tan poderoso como Isis, Osiris y Horus juntos^[854].

En medio de todos estos semidioses, cuarenta sacerdotes llevaban una enorme cesta llena de cebollas sagradas que no eran completamente dioses, pero que se les parecían mucho.

A ambos lados de esta fila de dioses seguidos por un pueblo numerosísimo marchaban cuarenta mil guerreros, con casco en la cabeza, cimitarra en el costado izquierdo, carcaj al hombro y arco en la mano.

Todos los sacerdotes cantaban a coro con una armonía que elevaba el alma y que la enternecía:

Nuestro buey está en la tumba.

Ya tendremos otro más hermoso.

Y, en cada pausa, se oían resonar los sistros, las castañetas, las panderetas, los salterios, las cornamusas, las arpas y las sambucas.

Capítulo XI

De cómo la princesa se casó con su buey

Amasis, rey de Tanis, sorprendido por este espectáculo, no cortó el cuello a su hija, y volvió a meter su cimitarra en la vaina. Mambrés le dijo: «¡Gran rey! El orden de las cosas ha cambiado; ¡es preciso que Vuestra Majestad dé ejemplo! ¡Oh, rey!, soltad vos mismo inmediatamente al toro blanco, y sed el primero en adorarlo». Amasis obedeció y se prosternó con todo su pueblo. El gran sacerdote de Menfis presentó al nuevo rey Apis el primer manojo de heno. La princesa Amasida ataba a sus bellos cuernos festones de rosas, de anémonas, de ranúnculos, de tulipanes, de violetas y de jacintos. Se tomaba la libertad de besarlo, pero con profundo respeto. Los sacerdotes sembraban de palmas y de flores el camino por el que lo llevaban a Menfis. Y el sabio Mambrés, que seguía haciendo sus cavilaciones, decía en voz baja a su amiga la serpiente: «Daniel cambió a este hombre en buey, y yo he cambiado a este buey en dios».

Regresaron a Menfis en el mismo orden. El rey de Tanis, totalmente confundido, seguía la marcha. Mambrés, con aspecto sereno y recogido, caminaba a su lado. La vieja iba detrás muy maravillada; la acompañaban la serpiente, el perro, la burra, el cuervo, la paloma y el chivo expiatorio. El gran pez remontaba el Nilo. David, Ezequiel y Jeremías, transformados en urracas, cerraban la marcha.

Cuando hubieron llegado a las fronteras del reino, que no estaba muy lejos, el rey Amasis se despidió del buey Apis, y dijo a su hija: «Hija, volvamos a nuestros estados, para que allí os corte el cuello, como ha sido decidido en mi real corazón, porque habéis pronunciado el nombre de Nabucodonosor, mi enemigo, que me destronó hace siete años. Cuando un padre ha jurado cortar el cuello a su hija ha de cumplir su juramento, porque en caso contrario será precipitado por siempre en los infiernos, y no quiero condenarme por amor a vos». La bella princesa respondió en estos términos al rey Amasis: «Querido padre, id a cortar el cuello a quien queráis; pero no será a mí. Estoy en las tierras de Isis, de Osiris, de Horus y de Apis; no abandonaré a mi hermoso toro blanco; lo besaré durante todo el camino, hasta que haya visto su apoteosis en la gran cuadra de la santa ciudad de Menfis; es una debilidad excusable en una hija bien nacida^[855]».

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando el buey Apis exclamó: «Mi querida Amasida, te amaré toda mi vida». Era la primera vez que se había oído hablar a Apis en Egipto desde hacía cuarenta mil años que lo adoraban. La serpiente y la burra exclamaron: «Los siete años están cumplidos». Y las tres urracas repitieron: «Los siete años están cumplidos». Todos los sacerdotes de Egipto alzaron las manos al cielo. Se vio de pronto al dios perder sus dos patas traseras; sus dos patas delanteras se mudaron en dos piernas humanas; dos hermosos brazos carnosos, musculosos y blancos salieron de sus hombros; su hocico de toro dejó paso al rostro de un héroe encantador; volvió a convertirse en el hombre más hermoso de la tierra, y dijo: «Prefiero ser el amante de Amasida que dios. Soy Nabucodonosor, rey de reyes».

Esta nueva metamorfosis asombró a todo el mundo, salvo al reflexivo Mambrés. Pero lo que no sorprendió a nadie fue que Nabucodonosor se casase inmediatamente con la bella Amasida, en presencia de aquella gran concurrencia.

Dejó el reino de Tanis a su suegro e hizo bellas fundaciones para la burra, la serpiente, el perro, la paloma e incluso para el cuervo, las tres urracas y el gran pez, demostrando a todo el universo que lo mismo sabía perdonar que triunfar. La vieja tuvo una buena pensión. El chivo expiatorio fue enviado, por un día, al desierto, a fin de que fueran expiados todos los pecados pasados; tras ello se le

dieron doce cabras por recompensa. El sabio Mambrés regresó a su palacio para seguir cavilando. Nabucodonosor, tras haberlos conquistado, gobernó tranquilamente los reinos de Menfis, Babilonia, Damasco, Balbec, Tiro, Siria, Asia Menor, la Escitia, las comarcas de Chiraz, de Mosok, de Túbal, de Madai, de Gog, de Magog, de Java, la Sogdiana, la Bactriana, la India y las islas^[856].

Los pueblos de aquella vasta monarquía gritaban todas las mañanas: «¡Viva el gran Nabucodonosor, rey de reyes, que ya no es buey!». Y, desde entonces, en Babilonia hubo la costumbre de que, siempre que el soberano — tras haber sido groseramente engañado por sus sátrapas, o por sus magos, o por sus tesoreros, o por sus mujeres— reconociera al fin sus errores y corrigiese su mala conducta, todo el pueblo gritaba a su puerta: «Viva nuestro gran rey que ya no es buey^[857]».

Aventura de la memoria^[858]

El género humano pensante, es decir, la cienmilésima parte del género humano todo lo más, había creído durante mucho tiempo, o al menos había repetido con frecuencia, que sólo teníamos ideas por los sentidos, y que la memoria es el único instrumento por el que podíamos unir dos ideas y dos palabras juntamente.

Por eso Júpiter, representando a la naturaleza, se enamoró de Mnemósine, diosa de la memoria, desde el primer momento en que la vio; y de ese matrimonio nacieron las nueve Musas, que fueron las inventoras de todas las artes.

Este dogma, sobre el que se asientan todos nuestros conocimientos, fue universalmente admitido, y la Nonsobra^[859] lo abrazó nada más nacer, aunque se tratase de una verdad.

Poco tiempo después llegó un argumentador^[860], mitad geómetra, mitad quimérico, que argumentó contra los cinco sentidos y contra la memoria; y dijo a la pequeña cantidad de género humano pensante: «Os habéis equivocado hasta ahora, porque vuestros sentidos son inútiles; porque las ideas son innatas en vosotros antes de que cualquiera de vuestros sentidos pueda obrar, porque cuando vinisteis al mundo teníais todas las nociones necesarias; teníais todo sin haber sentido nunca nada; todas vuestras ideas, nacidas con vosotros, estaban presentes en vuestra inteligencia, llamada *alma*, sin la ayuda de la memoria. Esa memoria no sirve para nada».

La Nonsobra condenó esta proposición, no porque fuera ridícula, sino porque era nueva; sin embargo, cuando un inglés^[861] se dedicó luego a probar, incluso largamente, que no había ideas innatas, que no había nada más necesario que los cinco sentidos, que la memoria servía de mucho para retener las cosas recibidas por los cinco sentidos, la Nonsobra condenó sus propios pensamientos porque se habían convertido en los de un inglés. En consecuencia, ordenó al género humano creer desde ese momento en las ideas innatas, y dejar de creer en los cinco sentidos y en la memoria. En lugar de obedecer, el género humano se burló de la Nonsobra, que tanto se enfureció que quiso quemar en la hoguera a un filósofo. Porque ese filósofo había declarado imposible tener una idea completa de un queso a menos de haberlo visto y haberlo comido; el malvado osó afirmar incluso que hombres y mujeres no habrían podido trabajar nunca en tapicería si no

hubieran tenido agujas y dedos para enhebrarlas.

Los liolistas^[862] se unieron a la Nonsobra por primera vez en su vida; y los sejanistas^[863], enemigos mortales de los liolistas, se unieron por un momento a ellos. Llamaron en su ayuda a los antiguos dicastéricos^[864], que eran grandes filósofos; y todos juntos, antes de morir, proscribieron la memoria y los cinco sentidos, y al autor que había hablado bien de esas seis cosas.

En la sentencia que estos señores pronunciaron, se halló presente un caballo, aunque no fuese de la misma especie, y aunque entre él y ellos hubiera varias diferencias, como la del tamaño, la voz, la igualdad de crines y de orejas; ese caballo, digo, que tenía sentido además de sentidos, habló un día con Pegaso en mi cuadra; y Pegaso fue a contar a las Musas esta historia con su habitual vivacidad.

Las Musas, que desde hacía cien años habían favorecido singularmente al país tanto tiempo bárbaro en que ocurría esta escena, quedaron muy escandalizadas; apreciaban tiernamente a Memoria o Mnemósine, su madre, a quien estas nueve hijas deben cuanto saben. Las irritó la ingratitud de los hombres. No hicieron sátira contra los antiguos dicastéricos, los liolistas, los sejanistas y la Nonsobra, porque las sátiras no corrigen a nadie, irritan a los necios y los vuelven más malvados todavía. Idearon un medio de instruirlos, castigándolos. Los hombres habían blasfemado contra la memoria; las Musas les privaron de ese don de los dioses, a fin de que aprendiesen de una vez por todas lo que pasa sin su ayuda.

Ocurrió, pues, que, mediada una hermosa noche, todos los cerebros se abotargaron, de modo que a la mañana siguiente todo el mundo despertó sin tener el menor recuerdo del pasado. Algunos dicastéricos, acostados con sus mujeres, quisieron acercarse a ellas por un resto de instinto independiente en la memoria. Las mujeres, que sólo rarísimamente tienen el instinto de abrazar a sus maridos, rechazaron con acritud sus repugnantes caricias. Los maridos se enfadaron, las mujeres gritaron, y la mayor parte de las parejas llegaron a los golpes.

Los caballeros, tras encontrar un bonete cuadrado, lo emplearon para ciertas necesidades que ni la memoria ni el sentido común alivian. Las damas emplearon los orinales de su tocador para los mismos usos. Los criados, al no acordarse ya del trato que habían hecho con sus amos, entraron en sus alcobas, sin saber dónde estaban; pero como el hombre ha nacido curioso, abrieron todos los cajones; y como el hombre aprecia por naturaleza el brillo de la plata y del oro sin necesitar para ello la memoria, cogieron todo lo que encontraron a mano. Los amos

quisieron dar la alarma; pero como la idea de ladrón había salido de su cerebro, la palabra no consiguió llegar a su lengua. Habiendo olvidado su idioma, todos articulaban sonidos informes. Era mucho peor que en Babel, donde cada cual inventaba en el acto una lengua nueva. El sentimiento innato en los sentidos de los jóvenes criados por las mujeres bellas obró de forma tan poderosa que esos insolentes se lanzaron atolondradamente sobre las primeras mujeres o jóvenes que encontraron, fuesen rameras de taberna o presidentas; y éstas, al no recordar ya las lecciones de pudor, los dejaron hacer con toda libertad.

Hubo que comer; ya nadie sabía cómo había que apañárselas. Nadie había ido al mercado a vender ni a comprar. Los criados se habían puesto las ropas de los amos, y los amos las de los criados. Todo el mundo se miraba con ojos atónitos. Los que tenían más talento para procurarse lo necesario (y eran las gentes del pueblo) encontraron algo con qué vivir; a los otros les faltó de todo. El presidente de la Audiencia y el arzobispo iban completamente desnudos, y sus palafreneros se habían puesto unos togas rojas, otros dalmáticas: todo estaba confundido, todo iba a perecer de miseria y de hambre, por falta de entenderse.

Al cabo de unas horas las Musas se apiadaron de esa pobre raza: son buenas, aunque en ocasiones hagan sentir su cólera a los malvados; así pues, suplicaron a su madre que devolviese a aquellos blasfemos la memoria que les había quitado. Mnemósine descendió a la morada de los contrarios, donde la habían insultado con tanta temeridad, y les dijo estas palabras:

«Imbéciles, os perdono; pero recordad que sin los sentidos no hay memoria, y que sin memoria no hay inteligencia».

Los dicastéricos le dieron las gracias con bastante sequedad; y decretaron que se le harían amonestaciones. Los sejanistas pusieron toda esta aventura en su gaceta^[865]: se notó que aún no estaban curados. Los liolistas la convirtieron en una intriga de corte. Maese Coger, pasmado ante la aventura y sin entender nada, dijo a sus discípulos de quinto este hermoso axioma: *Non magis musis quam hominibus infensa est ista quæ vocatur memoria*^[866].

Elogio histórico de la Razón^[867]

Pronunciado en una academia
de provincias por M...

Señores:

Erasmus hizo, en el siglo XVI, el *Elogio de la locura*. Me ordenáis que os haga el elogio de la Razón. Esta Razón no es festejada, de hecho, a lo sumo, sino doscientos años después de su enemiga, y a menudo mucho más tarde; y hay naciones en las que aún no la han visto.

Era tan desconocida entre nosotros desde la época de nuestros druidas, que ni siquiera tenía nombre en nuestra lengua. César no la llevó ni a Suiza, ni a Autun, ni a París, que entonces sólo era una aldea de pescadores; y él mismo apenas sí la conoció.

Tenía tantas cualidades grandes que la Razón no pudo encontrar sitio entre ese número. Este magnánimo insensato salió de nuestro país devastado para ir a devastar el suyo, y para que le diesen veintitrés puñaladas otros veintitrés ilustres fanáticos que ni con mucho valían tanto como él.

El sicambro Clodvich, o Clodoveo, vino unos quinientos años después a exterminar una parte de nuestra nación y a subyugar a la otra. No se oyó hablar de razón ni en su ejército ni en nuestras desdichadas aldeas, excepción hecha de la razón del más fuerte.

Durante mucho tiempo nos pudrimos en esa horrible e infamante barbarie. No nos sacaron de ella las cruzadas. Fueron a la vez la locura más universal, la más atroz, la más ridícula y la más desventurada. La abominable locura de la guerra civil y sagrada que exterminó a tanta gente de la lengua de *oc* y de la lengua de *oil* sucedió a esas cruzadas lejanas. Ahí no tenía nada que pintar la Razón. Entonces la Política reinaba en Roma; tenía por ministros a sus dos hermanas, la Trapacería y la Avaricia. Se veía a la Ignorancia, al Fanatismo y al Furor correr a sus órdenes por Europa; la Pobreza las seguía por todas partes; la Razón se escondía en un pozo con su hija la Verdad. Nadie sabía dónde estaba ese pozo; y, de haberlo sospechado, habrían bajado a él para degollar a la hija y a la madre.

Después de que los turcos hubieran tomado Constantinopla y redoblado las espantosas desdichas de Europa, dos o tres griegos cayeron, cuando huían, en ese pozo, o mejor dicho en esa caverna, medio muertos de cansancio, de fatiga y de miedo^[868].

La Razón los acogió llena de humanidad y les dio de comer sin distinción viandas (cosa que nunca habían conocido en Constantinopla). Recibieron de ella algunas instrucciones en pequeño número: porque la Razón no es prolija. Les hizo jurar que no descubrirían el lugar de su retiro. Los griegos se marcharon y, tras muchas correrías, llegaron a la corte de Carlos V y de Francisco I.

En ella los acogieron como a malabaristas que iban a hacer juegos de agilidad para entretener el ocio de los cortesanos y las damas, en los intervalos de sus citas. Los ministros se dignaron mirarlos en los momentos de relajo que podían tomarse en medio del torrente de los asuntos. Fueron recibidos incluso por el emperador y por el rey de Francia, que al pasar les echaron una ojeada, cuando iban en busca de sus amantes. Pero sacaron mayor fruto en las pequeñas ciudades, donde encontraron a buenos burgueses que, no sé cómo, aún disponían de algún destello de sentido común.

Estos débiles destellos se apagaron en toda Europa con las guerras civiles que la desolaron. Dos o tres chispas de razón no podían ilustrar el mundo en medio de las antorchas ardientes y de las hogueras que el fanatismo encendió durante tantos años. La Razón y su hija se escondieron más que nunca.

Los discípulos de sus primeros apóstoles se callaron, salvo algunos que fueron lo bastante desconsiderados para predicar la Razón de forma nada razonable y a destiempo: les costó la vida, como a Sócrates; pero nadie les prestó atención. No hay nada tan desagradable como ser ahorcado de forma oscura. Se preocuparon durante tanto tiempo de las noches de San Bartolomé, de las matanzas de Irlanda, de los cadalsos de Hungría, de los asesinatos de los reyes, que no había ni tiempo suficiente ni libertad de espíritu bastante para pensar en los crímenes pequeños y en las calamidades secretas que inundaban el mundo de uno a otro confín.

Informada de lo que ocurría por algunos exiliados que se refugiaron en su retiro, la Razón se sintió movida a piedad, aunque no pase por ser muy blanda. Su hija, más audaz que ella, la alentó a ver el mundo y tratar de curarlo. Aparecieron, hablaron; pero encontraron tantos malvados interesados en llevarles la contraria, tantos imbéciles a sueldo de esos malvados, tantos indiferentes sólo preocupados

de sí mismos y del momento presente, y a quienes no les interesaban ni ellas ni sus enemigos, que prudentemente retornaron a su asilo.

Sin embargo, algunas semillas de los frutos que siempre llevan consigo, y que habían difundido, germinaron en la tierra; e incluso no se pudrieron.

Finalmente, hace algún tiempo les entraron ganas de ir a Roma en peregrinación, disfrazadas y ocultando su nombre, por miedo a la Inquisición. Nada más llegar se dirigieron al cocinero del papa Ganganelli, Clemente XIV^[869]. Sabían que era el cocinero de Roma menos ocupado. Puede decirse incluso que era, según vuestros confesores, caballeros, el hombre más ocioso de su profesión^[870].

Este buen hombre, después de haber servido a las dos peregrinas una comida casi tan frugal como la del papa, los introdujo en el aposento de Su Santidad, a quien encontraron leyendo los *Pensamientos* de Marco Aurelio. El papa reconoció las máscaras y las abrazó con mucha cordialidad a pesar de la etiqueta. «Señoras, les dijo, si hubiera podido imaginar que estabais en la tierra, os habría hecho la primera visita».

Tras los cumplidos, hablaron de ciertos asuntos. Al día siguiente, Ganganelli abolió la bula *In cæna Domini*^[871], uno de los mayores monumentos de la locura humana, que durante tanto tiempo había ultrajado a todos los potentados. Dos días más tarde adoptó la resolución de destruir la compañía de Garasse, de Guignard, de Garnet, de Busenbaum, de Malagrida, de Paulian, de Patouillet, de Nonotte; y toda Europa aplaudió. Al tercer día rebajó los impuestos, de los que el pueblo se quejaba. Alentó la agricultura y todas las artes; se hizo amar de todos los que pasaban por ser enemigos de su cargo. Se hubiera dicho entonces que en Roma no había más que una nación y en el mundo una ley.

Las dos peregrinas, muy asombradas y muy satisfechas, se despidieron del papa, que les regaló no agnus ni reliquias, sino una buena silla de posta, para proseguir sus viajes. La Razón y la Verdad habían renunciado hasta entonces a tener sus habituales comodidades.

Visitaron toda Italia y quedaron muy sorprendidas al encontrar, en lugar del maquiavelismo, una emulación entre los príncipes y las repúblicas, desde Parma hasta Turín, para ver quién hacía de sus súbditos más gentes de bien, quién los volvía más ricos y más felices.

«Hija mía, decía la Razón a la Verdad, creo que éste es nuestro reino, que

bien podría empezar después de nuestra prolongada prisión. Es menester que algunos de los profetas que nos visitaron en nuestro pozo hayan sido muy poderosos de palabra y de obra para cambiar así la faz de la tierra. Ya veis que todas las cosas tardan: había que pasar por las tinieblas de la ignorancia y de la mentira antes de volver a vuestro palacio de luz, del que fuisteis expulsada conmigo durante tantos siglos. Nos ocurrirá lo que le ha ocurrido a la Naturaleza: ha sido cubierta con un malvado velo, y desfigurada durante innumerables siglos. Hasta que al final han llegado un Galileo, un Copérnico, un Newton, que la han mostrado casi desnuda, y que han hecho a los hombres enamorarse de ella».

Así hablando, llegaron a Venecia. Lo que más atrajo su atención fue un procurador de San Marcos, que tenía un gran par de tijeras delante de una mesa totalmente cubierta de garras, de picos y de plumas negras. «¡Ay!, exclamó la Razón, Dios me perdone, *lustrissimo Signor*, creo que ahí tenéis uno de los pares de tijeras que me llevé al pozo cuando me refugié en él con mi hija. ¿Cómo las ha conseguido Vuestra Excelencia, y qué hacéis con ellas? — *Lustrissima Signora*, le respondió el procurador, puede que las tijeras hayan pertenecido en otro tiempo a Vuestra Excelencia; pero fue un tal fray Paolo^[872] quien nos las trajo hace mucho, y las utilizamos para cortar las garras de la Inquisición, esas que ahí veis expuestas sobre la mesa.

»Estas plumas negras pertenecieron a unas harpías que venían a comerse el dinero de la república; les roímos todos los días las uñas y la punta del pico. De no ser por esa precaución, habrían terminado tragándose todo, y no habría quedado nada para los grandes sabios, ni para los *pregadi*^[873], ni para los ciudadanos.

»Si pasáis por Francia, tal vez encontréis en París vuestro otro par de tijeras en casa de un ministro español que hacía en su país el mismo uso de ellas que nosotros, y que un día será bendecido por el género humano^[874]».

Después de haber asistido a la ópera veneciana, las viajeras partieron hacia Alemania. Vieron satisfechas este país, que en los tiempos de Carlomagno sólo era una selva inmensa, interrumpida por pantanos, y que ahora estaba cubierta de florecientes y tranquilas ciudades; este país, poblado de soberanos en otros tiempos bárbaros y pobres y ahora completamente civilizados y magníficos; este país, que en los tiempos antiguos no había tenido por sacerdotes más que a brujas, que inmolaban a hombres sobre piedras toscamente talladas; este país, que más tarde había sido inundado en su propia sangre para saber exactamente si la cosa era *in, cum, sub*, o no^[875]; este país, que por fin acogía en su seno tres religiones enemigas, asombradas de vivir pacíficamente juntas. «¡Bendito sea Dios!, dijo la

Razón; esta gente ha terminado viniendo a mí a fuerza de demencia».

Las presentaron a una emperatriz, que era mucho más que razonable, porque era bienhechora^[876]. Las peregrinas quedaron tan satisfechas con ella que no repararon en algunas costumbres que les chocaron; pero las dos quedaron enamoradas de su hijo el emperador.

Su asombro aumentó cuando llegaron a Suecia. «¡Cómo!, decían. ¡Una revolución tan difícil, y sin embargo tan rápida! ¡Tan peligrosa, y sin embargo tan pacífica^[877]! Y desde ese gran día ni uno solo perdido sin hacer el bien, y todo ello en la edad que tan raramente es la de la razón. ¡Qué bien hemos hecho saliendo de nuestro escondite cuando este gran acontecimiento sobrecogía de admiración a Europa entera!».

De ahí pasaron a toda prisa por Polonia. «¡Ay, madre mía, qué contraste!, exclamó la Verdad. Me dan ganas de volver a mi pozo. Eso tiene el haber aplastado siempre la parte más útil del género humano, y haber tratado a los labradores peor de lo que ellos tratan a sus animales de labor. Este caos de la anarquía sólo tenía una salida: la ruina, que ya se había predicho con toda claridad. Echo de menos un monarca virtuoso, sabio y humano^[878]; y me atrevo a esperar que será feliz, porque los demás reyes empiezan a serlo, y porque vuestras luces van comunicándose poco a poco.

»Vayamos a ver un cambio más favorable y más sorprendente, prosiguió. Vayamos a esa inmensa región hiperbórea que era tan bárbara hace ochenta años y que hoy es tan ilustrada y tan invencible. Vayamos a contemplar a la que ha culminado el milagro de una creación nueva...». Corrieron a esa nación y confesaron que no se la habían ponderado suficiente.

No cesaban de admirar cuánto había cambiado el mundo desde hacía unos años. Y llegaban a la conclusión de que acaso un día Chile y las Tierras australes fueran el centro de la civilización y del buen gusto, y que habría que ir al polo antártico para aprender a vivir.

Cuando llegaron a Inglaterra, la Verdad le dijo a su madre: «Me parece que la felicidad de esta nación no está hecha como la de las otras; ha sido más loca, más fanática, más cruel y más desdichada que ninguna de las que conozco; y se ha dado un gobierno único, en el que ha conservado cuanto tiene de útil la monarquía, y cuanto tiene de necesario una república. Es superior en la guerra, en las leyes, en las artes, en el comercio. Sólo la veo con problemas por la América

septentrional, que ha conquistado en un confín del universo, y por las más bellas provincias de la India, sometidas en el otro confín. ¿Cómo sobrellevará esos dos fardos su felicidad^[879]? — La carga es pesada, dijo la Razón; pero, a poco que me escuche, encontrará palancas que la volverán muy ligera».

Finalmente la Razón y la Verdad pasaron por Francia. Ya habían hecho algunas apariciones en ese país, pero habían sido expulsadas. «¿Recordáis, le decía la Verdad a su madre, el grandísimo deseo que tuvimos de establecernos entre los franceses en los buenos tiempos de Luis XIV? Pero las impertinentes querellas de jesuitas y jansenistas nos hicieron huir pronto. Los lamentos continuos de los pueblos no nos llamaron. Ahora comprendo las aclamaciones de veinte millones de hombres que bendicen al cielo. Unos dicen: “Este advenimiento es mucho más alegre porque no nos importa la alegría”^[880]. Otros gritan: “El lujo sólo es vanidad. Los dobles empleos, los gastos superfluos, los beneficios excesivos serán suprimidos”. — Y tienen razón. “Todo impuesto nuevo será abolido.” — Y se equivocan: porque es menester que cada particular pague para la felicidad general.

»“Las leyes van a ser uniformes.” — Nada más deseable, pero nada más difícil. “Se repartirá a los indigentes que trabajan, y sobre todo a los pobres oficiales, los bienes inmensos de ciertos desocupados que han hecho voto de pobreza. Estas gentes de manos muertas dejarán de tener esclavos de manos muertas. No volverán a verse a porteros de monjes expulsar de la casa paterna a unos huérfanos reducidos a la mendicidad para enriquecer con sus despojos un convento que goza de los derechos señoriales, que son los derechos de los antiguos conquistadores. No volverá a verse a familias enteras pidiendo inútilmente limosna a la puerta de ese convento que los despoja”. ¡Plegue a Dios! No hay nada más digno de un rey. El rey de Cerdeña ha acabado en su tierra con este abuso abominable. ¡Plegue al cielo que ese abuso sea exterminado en Francia!

»¿No oís, madre mía, todas esas voces que dicen: “Los matrimonios de cien mil familias útiles para el Estado dejarán de ser considerados concubinatos; y sus hijos dejarán de ser declarados bastardos por la ley^[881]?”. La naturaleza, la justicia, y vos, madre mía, todo exige en este importante punto un reglamento prudente, que sea compatible con la tranquilidad del Estado y con los derechos de todos los hombres.

»“Será tan honorable la profesión de soldado que nadie se verá ya tentado a desertar”. Es cosa posible, aunque delicada.

»“Las pequeñas faltas no serán castigadas como grandes crímenes, porque

debe existir proporción en todo. Una ley bárbara, enunciada de forma oscura, mal interpretada, ya no hará que perezcan bajo barras de hierro y en las llamas niños indiscretos e imprudentes como si hubiesen asesinado a sus padres y a sus madres^[882]". Éste debería ser el primer axioma de la justicia criminal.

»"Los bienes de un padre de familia no serán confiscados, porque los hijos no deben morir de hambre por las faltas de su padre, y porque el rey no tiene ninguna necesidad de esa miserable confiscación." — ¡Maravilloso! Y digno de la magnanimidad del soberano.

»"La tortura, inventada en otro tiempo por los salteadores de caminos para obligar a los robados a descubrir su tesoro, y empleada hoy en un pequeño número de naciones para salvar al culpable robusto y perder al inocente débil de cuerpo y de espíritu, sólo se utilizará en los crímenes de lesa sociedad en el más alto grado y sólo para obtener revelación de los cómplices. Pero estos crímenes no se cometerán jamás".

»— Mejor imposible. Ésos son los votos que oigo hacer en todas partes y anotaré estos grandes cambios en mis anales, yo que soy la Verdad.

»Todavía oigo proferir a mi alrededor, en todos los tribunales, estas notables palabras: "Nunca más volveremos a citar los dos poderes; porque sólo puede existir uno: el del rey, o de la ley, en una monarquía; el de la nación, en una república. El poder divino es de una naturaleza tan diferente, y tan superior que no debe ser comprometido por una mezcla profana con las leyes humanas. Lo infinito no puede unirse a lo finito. Gregorio VII fue el primero que se atrevió a apelar a lo infinito en su ayuda, en sus guerras hasta entonces inauditas, contra Enrique IV, emperador demasiado finito; quiero decir demasiado limitado. Esas guerras ensangrentaron Europa durante mucho tiempo; pero finalmente se han separado esos dos seres venerables que no tienen nada en común; y ése es el único medio de estar en paz".

»Estas palabras, que afirman todos los ministros de las leyes, me parecen muy serias. Sé que no se admiten dos poderes ni en China, ni en la India, ni en Persia, ni en Constantinopla, ni en Moscú, ni en Londres, etc. Pero me remito a vos, madre mía. Únicamente escribiré lo que hayáis dictado».

Le respondió la Razón: «Hija mía, ya os dais cuenta de que poco más o menos deseo esas mismas cosas y muchas otras. Todo esto requiere tiempo y reflexión. Siempre me he alegrado mucho cuando, en mis pesares, he obtenido una

parte de los alivios que deseaba. Hoy soy totalmente feliz.

»¿Recordáis la época en que casi todos los reyes de la tierra, encontrándose en una profunda paz, se divertían jugando a resolver enigmas, y en que la hermosa reina de Saba iba a proponer a solas logogrifos a Salomón? — Sí, madre mía; eran buenos tiempos, pero no duraron mucho. — Bueno, prosiguió la madre, éste es infinitamente mejor. Entonces sólo pensaban en mostrar un poco de ingenio; y veo que desde hace diez o doce años en Europa se aplican a las artes y a las virtudes necesarias que dulcifican el amargor de la vida. En líneas generales parece como si la consigna fuera pensar con mayor vigor de lo que se ha hecho durante millares de siglos. Vos, que nunca habéis podido mentir, decidme qué época habrías elegido o preferido a ésta en que estamos para habituarnos a Francia...

— Tengo fama, respondió la hija, de que me gusta decir cosas bastante duras a las personas con quienes me encuentro; pero bien sabéis que siempre me he visto forzada a hacerlo; confieso, sin embargo, que de la época actual sólo puedo hablar bien, a pesar de tantos autores que sólo elogian el pasado.

»Debo enseñar a la posteridad que ha sido en esta época cuando los hombres han aprendido a librarse de una enfermedad horrible y mortal, consiguiendo volverla menos funesta^[883]; a devolver la vida a quienes la pierden en las aguas^[884]; a dominar y arrostrar el trueno^[885]; a suplir el punto fijo que en vano se desea de Occidente a Oriente^[886]. Se ha logrado más en moral. Se ha osado pedir justicia a las leyes contra leyes que habían condenado al suplicio a la virtud; y algunas veces se ha conseguido esa justicia^[887]. Por último, se ha osado pronunciar la palabra "tolerancia".

— ¡Bueno, querida hija, gocemos de estos hermosos tiempos; quedémonos aquí, si duran; y si sobrevienen tormentas, volvamos a nuestro pozo!».

Las rentas de una monarquía^[888]

Un honrado ciudadano,
cuando *Ferray* nos comía,
cansado de contratiempos
que le acababan la vida,
a una heredad muy pequeña,
próxima a Reims, se retira
con él llevando igualmente
todo su ajuar y familia.

En su apacible retiro
pasaba alegre sus días,
teniendo por toda renta
el buen jugo de una viña,
cuando estando una mañana
arreglando sus vasijas
en la bodega, le entró
un vecino de visita,
a quien desde luego tuvo
por el Señor de la villa.

De ministriles y guardas

acompañado venía,
armados como guerreros.
A tan grande comitiva
nuestro honrado, humildemente
saludó con cortesía,
y luego de una tinaja,
en que el más rancio tenía,
les empezó a llenar jarros
que al instante se bebían
preguntando al mismo tiempo
en voz muy baja y sumisa,
quién era aquel caballero
que tan grande honor le hacía.

«De *subsidios y gabelas*
soy en las nuevas rentillas
el *director* por el rey».

El señor le respondía:
«Comprendo sois empleado;
pero así Dios nos asista
como *subsidio y gabela*
para mí es algarabía».

«Pues lo primero es bien claro:

subsidio es la cosa misma

que contribución, socorro...».

«Ahora sí que entiendo a usía.

Pero, a la verdad, *gabela*

para mí es cosa no oída».

«En efecto, no lo extraño,

porque es palabra judía,

y viene de un tal *Gabelo*^[889],

hebreo de mucha avaricia...».

«Ya me estaba yo temiendo

que algo de judío ahí había».

«Buen amigo, eso no importa.

No bebí cosa más rica

en los años que he vivido,

y yo creo que aquesta viña

es la mejor que se encuentra

en todas las cercanías.

Le agradeceré, buen hombre,

me explique cómo vendimia,

y cómo el vino conserva

tanto tiempo en las vasijas,
dándole sabor tan grato
y esta color peregrina...
Pero volviendo a mi asunto:
dije a usted pertenecía
Gabelo al divino pueblo
que está aguardando al Mesías;
y yo, según las costumbres
de esta nación escogida,
vengo porque usted me pague
los derechos de tarifa;
que en el arte de aumentar
de rentas la monarquía,
he adelantado infinito
por experiencia continua.
De lo que usted me pagare
la una parte se destina
al rey, que jamás ve nada,
y la otra por ley es mía.
Aquí tiene usted la suma,
que en verdad es cosa chica,

de los derechos que debe
satisfacer en *rentillas*:
tanto por lo que bebido
hemos aquí en compañía;
tanto por lo que se juzga
que usted venderá en partidas;
tanto por lo que pensamos
beber aquí todavía;
tanto por lo que se cree
que gastará en sal marina,
para curar sus jamones^[890],
y que tomar necesita
si no la ha tomado ya.
Buen vino está, por mi vida,
no lo he probado tan bueno,
que yo me acuerde, en mis días.
Amigo, no soy tirano,
soy de entrañas compasivas;
si usted quisiere ajustarse
ésta es cosa concluida.
Págueme usted de contado

por derecho dos mil libras,
y quedamos al corriente».
Nuestro buen hombre que oía
este elegante discurso
con atención infinita,
creyó que todo era chanza;
mas a este tiempo otro usía
se le cuela por las puertas,
lo saluda a toda prisa
y estrechándolo en sus brazos
le dice: «Muy buena dicha
ha tenido usted por cierto,
y la celebro cual mía.
Del patrimonio real
soy controlador, y noticia
se me dio hace muy poco
que de su difunta tía
es el único heredero.
Usted pensó tomaría
mil escudos solamente;
mas por diligencias mías

a descubrir se ha llegado
que la difunta tenía
tres tantos más sólo en plata;
no ha sido fortuna chica;
disfrútela usted, y en tanto
permítame que le exija
diez mil libras por mejora
pagadas aquí a la vista^[891]».

El buen hombre sorprendido
dice que nada entendía;
al punto los dos monsiures
discretamente se ligan
y forman un inventario
de cuanto el pobre tenía;
desmueblan toda la casa,
toda la plata envalijan;
al honrado hombre aseguran,
la mujer llora y suplica;
de sentimiento y de susto
se le desmaya su hija,
y un niño de cuatro años

con los ladrones reía
y jugaba el inocente
ignorando su desdicha.
Vuelve de la caza en esto
su hijo mayor, y a la vista
de atrocidad tan enorme,
encendido en justa ira
defiende su padre y casa;
pero la infame cuadrilla
al hijo y padre sujetan;
cual malhechores los lían
y a una prisión los conducen;
se le juzga y los castigan,
mandándolos a galeras
a remar toda su vida,
por osados atreverse
del rey a las regalías^[892].
Abrazando al triste hijo
la madre de pena expira;
el infante abandonado
gime en la miseria impía

y huérfana y sin socorro

la desventurada hija

es en París, por criada,

en una casa admitida.

De este modo se arreglan y se exigen

las rentas en cualquier monarquía.

*El domingo,
o las hijas de Mineo^[893]*

Por M. de la Visclède^[894],
secretario perpetuo
de la Academia de Marsella

A Madama Arnanche

Me pregunta usted, señora,
por qué nuestros aldeanos
fanáticos y devotos,
los frailes de todos grados,
y los curas catequistas,
el domingo están borrachos.
Sobre este punto, en efecto,
consultado he muchos sabios.
Huet, el obispo de Abranches^[895],
que con la Biblia es el diablo,
pretende que uso tan bello
Noé enseñó a los humanos;
porque saliendo del Arca
del agua ya fastidiado,
a embriagarse empezó luego.

Huet se engaña, pues fue Baco,
el legislador del Ganges,
el dios a quien adoraron
cien pueblos por él vencidos,
el inventor del trabajo,
de la viña y la vendimia;
el que a la risa y al trago
quiso consagrar el día
que acá Domingo llamamos.

Y a la verdad que no pudo
de modo mejor honrado
haber su divino padre.

A todos en día tan santo
fue prohibido por las leyes
tener en empleo las manos,
excepto con su manceba,
con su botella y su vaso.

Este digno hijo de Dios
y de Semele^[896], aquí abajo
descendió un día de los cielos
a ver el lugar sagrado

en que su madre piadosa,
con un gusto nuevo, raro,
lo concibió en sus entrañas,
y en que su padre notando
el riesgo tan inminente
en que había puesto al muchacho
de la madre el loco antojo
lo puso al momento a salvo
metiéndoselo en el muslo.
Misterios grandes y extraños
que aunque explicados muy bien,
la burla son y el escarnio
de los hombres de talento,
mas de malicia colmados.
Do quier que Baco llegaba
con Sileno y con su asno,
lo adoraba todo el pueblo;
nadie labraba su campo;
gastaban devotamente
el tiempo holgazaneando,
y todo el clero corría

a la taberna a echar tragos.

Entre tanto fanatismo

había un pobre ciudadano

que se llamaba Mineo^[897],

hombre de bien consumado.

Tenía tres hijas que siempre

estaban en casa hilando;

a Dios y al prójimo amaban;

los pobres necesitados

con caridad socorrían;

sin hipócritas reparos

del placer y la pereza

evitaban los halagos;

y por no perder el tiempo

nunca iglesias visitaron.

Alcítote a las otras dos

les decía: «Hermanas, hagamos

limosnas y trabajemos.

¿Dará consejos más sanos

en el púlpito el señor cura?

Hilemos y a ese vulgacho

dejémosle cante a gritos
sus versículos cansados:
no puede ofender a dioses
quien trabaja y es honrado.
Hilemos, hermanas mías,
y a los husos vueltas dando,
cada cual cuente una historia
para alegrar el trabajo».

Las dos hermanas menores
este proyecto aprobaron,
y Alcitoe de esta manera
empezó su cuento extraño:

«El trabajo es mi dios; él solo rige
el mundo, y es de todo el alma y vida.

En vano se nos dice que los dioses
al descanso se entregan y al deleite
de una mesa abundante; yo interrogo
los cielos y los aires, mar y tierra,
y de todos aprendo que continuo
trabajo los ocupa; el grande Jove
su marcada carrera hace en diez años^[898],

y su padre Saturno, aunque más lento,
su dilatado curso al fin termina,
y sin hacer un punto de parada,
de nuevo infatigables la penosa
carrera emprenden. El divino Apolo,
que en torrentes de luz al mundo anega,
cuando dejó los cielos, ni un instante
holgazán se le vio; se hizo arquitecto,
adivino y pastor, y profesara
la medicina y música. Tres cargos
su hermana desempeña: es en los bosques
Diana, en el infierno Hécate, y Luna
por de noche. Neptuno cada día
ocupado se ve con su tridente
en levantar las aguas y volverlas
a su cama, y de nuevo este ejercicio
empieza, y otra vez, y nunca acaba.
El ahumado y grasiento dios Vulcano
sobre la yunque sin cesar se emplea
en forjarle los rayos a su padre.
»Refieren que pagarlo bien creyendo,

con Venus lo casó el potente Jove.
Adúltero y lascivo sin segundo
Júpiter, mis hermanas, fue por siempre.
Venus lo imitó bien; todos heredan
a sus padres en esto. El marcial aire
de Marte cayó en gracia a nuestra hermosa.
Él era coronel y bien fornido,
impudente además, y poseía
de agradar el talento; y entre tanto
que el cornudo Vulcano trabajaba
para la corte celestial, la bella
su soledad con el guerrero Marte
consolaba a placer: éste un perfecto
petimetre imitando, más por moda,
por aire y vanidad que por ternura,
de la diosa gozaba las caricias.
»El despreciado esposo a los amantes
una pesada burla jugar quiso.
De un alambre sutil, fino en extremo,
pero fuerte a la vez, una red forma
que nada quebrantar ni romper puede,

y al lecho de la pérfida de noche
se acerca cauteloso; entre los brazos
la mira reposando del aleve,
del sensual deleite enajenada;
la misteriosa red extiende cauto
sobre el mullido lecho, y de este modo
de los dos criminales se asegura.
Parte enseguida, de venganza ardiendo,
a referir al Sol su cruel desgracia.
“T , le dice, que todo ves, conmigo
ven a ver mi perjura; y pues Aurora
aun del viejo Plutón abriga el seno,
antes que a visitar su favorito
apresurada salga, t  los dioses
convoca, a que testigos de mi afrenta
se presten a vengarme”. En el momento
a Vulcano complace alegre Apolo:
del Olimpo convoca las deidades,
y la aventura en versos muy ladinos
refi reles cantando. A la algazara,
a la risa y chacota que entre todos

la relación excita, se despiertan
Marte y su bella dama, y cual si ciegos
fueran o de papel los sacros dioses,
el dulce juego y el besar lascivo
de nuevo principiaron. Al cornudo
y rabioso marido muy corteses
todos los dioses dan la enhorabuena;
Júpiter su grandeza posponiendo
suelta la carcajada; hacen elogios
de la admirable red; y uno por uno
al angustiado esposo dice: "Amigo,
¡ojalá me atrapasas así un día!"».

Cuando la bella Alcítoe
hubo su historia acabado,
dijo a su hermana Temira:
«Todo ese imbécil vulgacho
canta a Evoé; con el jugo
de las vides delirando,
a la embriaguez y desorden
alegría llama el incauto.
Mas tú, hermana, a quien razón

conduce y un juicio sano,
¿no tendrás alguna cosa
divertida que contarnos?». .

Temira así la responde:

«Siempre ha sido el populacho
el más fuerte: mucho temo
los devotos embriagados;
atranquemos, pues, la puerta
y nuestros cuentos sigamos.

El tuyo me ha entretenido,
y ahora el mío sigue, escuchadlo:

»De Venus yo también a hablaros voy,
pues son inagotables
de esta diosa los cuentos hasta hoy:
los jóvenes, los viejos venerables,
los frailes y los brutos,
adoración le rinden y tributos.

»Hacen para cantarla malos versos,
porción de estudiantillos,
que aburren con sus gustos tan perversos;
mas se sufren aquestos cantorcillos,

porque quiere la santa
que se perdone al tonto que la canta.
»Esta Venus, que bien nos has pintado
de amor arrebatada
por el dios de la guerra, a otro cuidado
dio de amor en su pecho nueva entrada;
pues, al fin, aunque diosa,
mujer era, voluble y caprichosa.
»Encontró por acaso un joven bello
hacia la Palestina,
de hermoso rostro, rubio su cabello,
ojos brillantes y de talla fina;
y Venus al mirarle,
de sí misma inflamada, empezó a amarle.
»Este gallardo mozo Adonis era^[899],
quien según la *escritura*,
de dioses inmortales descendiera,
pero todos sabemos su natura:
él nació de un incesto
y del cielo su origen trae por esto.
Fue su padre Cinira, quien lo tuvo

de Mirra, su hija propia,
y por padre Cinira dicen hubo
un hermoso marfil de la Etiopía:
así de Adonis padre
fue su abuelo, y su hermana fue su madre.
»Quisiera a la verdad, por vida mía,
que algún doctor profundo
me explicara tan vil genealogía.
Me gusta el aprender; y en este mundo,
según nada la cosa,
ser teólogo es la dicha más hermosa.
»A su bello rival Marte celoso
con Venus lo sorprende
haciendo diosecitos muy gozoso:
Marte es algo brutal; su lanza tiende,
y de un golpe, enojado,
deja a este joven dios despatarrado.
»Todo en tan santa historia me embelesa,
a comprender no puedo
como un dios a otro dios así atraviesa.
Mas decid la verdad sin ningún miedo:

¿No es cosa muy risible
matar a un dios eterno e indivisible?».
«No, replica Climena, pues su suerte
habiendo yo nacido,
era sufrir cual todos triste muerte.
Mas su temprano fin mucho he sentido;
sigue, pues, con tu cuento
que aliviará tal vez mi sentimiento».
Temira: «Pues escucha, y admirada
quedarás ciertamente.
Muere Adonis, y Venus desolada,
Venus, por la que todo vive y siente,
Venus, que el placer crea,
Venus, por la que, en fin, todo procrea,
»al cabo de ocho días de estar ya muerto,
al dios que compadeces
resucitó...». «No sigas, que no es cierto;
uno de esos devotos me pareces,
pues cuentas unas cosas
tan ridículas, necias, fastidiosas.
»¡Resucitar un muerto! ¡Una friolera!

¿Quién, teniendo sentido,
creará una relación tan majadera?
Nada de eso será por mí creído».

«Ni por mí, hermana mía»,
a Climena Temira respondía:

»Que puede una doncella ser honrada,
y sospechar en tanto
que ésa es fábula y mentira mal forjada.
Mas todo esto se cree con celo santo
por los sabios doctores
de mi patria infeliz y alrededores.

»Y de la antigua Siria los rabinos,
y del Egipto hermoso
el pueblo, que al cantar salmos divinos
a su Isis en loor, se come ansioso
los dioses, que su mano
por las mañanas hace muy temprano.

»Todos éstos, pues, digo, a Adonis tienen
por dios y lo festejan;
en su muerte y entierro se conviene,
y al dios en el infierno seis días dejan,

donde el pobre cuitado
se lo pasa cual otro condenado.
»En aquellos seis días todo es tristeza;
mas llegado el seteno
Adonis resucita, y luego empieza
la bulla y la embriaguez sin ningún freno.
Del hombre y de la vida
ésta es pintura, dicen, muy cumplida.
»Seis veces es la pena más que el gozo,
y del mal precursores
son el bien y la risa y alborozo;
hay muy pocos placeres sin dolores;
y sufren los mortales
sin mezcla de consuelo amargos males».
De la ilustrada Climena
ahora el turno había llegado;
su talento le prohibía
pasar divertida el rato
con necedades y cuentos
de dioses y de milagros;
era de genio muy seco:

la verdad era su encanto,
la buscaba y la decía
con simple desembarazo,
sin cuidarse de que fuera
desnuda de todo ornato.

Climena a sus dos hermanas

habló de este modo claro:

«Habéis de nuestros dioses referido
los misterios, diabluras,
y raras aventuras
que les han sucedido.

Mas ¿por qué de estas cosas conversamos,
si todas por sandeces confesamos?

Bastaba con decir sencillamente

que fueron engañados

nuestros antepasados,

y que sería imprudente

que también nosotros los imitemos.

Los beocios, que próximos tenemos,

cantan en la taberna las acciones

de los dioses e historia,

y el vulgo en su memoria
tan necias relaciones
graba y por siempre cree, la causa siendo
estarlas desde niño al clero oyendo.
Por mi arte, aunque el cura aquí viniera
hediendo a añejo vino,
y con furor divino
a creerlas me indujera,
a pesar de su vino y de su saña
jamás me haría creer tanta patraña.
En todo el mundo se ha mentido y miente;
y nuestros sucesores
cual los antecesores
mentirán neciamente.
Médicos, sacerdotes y cronistas
en sus labios oscuros tramoyistas
a placer de nosotros se han burlado.
Burlémonos ahora
de esta gente traidora
que así nos ha engañado.
Yo no creo esos profetas tan inmundos,

que llenos de furores iracundos,
nos predicen las cosas ya pasadas;
yo no creo que Dios hace
el hijo que me nace;
no creo las celebradas
guerras de los gigantes y Luzbelo
que tuvo por contrario al dios del cielo;
no creo que infierno exista, ni ha existido;
no creo que en lo pasado
haya el mundo abrasado
un tonto presumido;
ni que anegado hubiera mucho antes
su abuelo el mismo mundo y habitantes;
yo no creo esos milagros prodigiosos
que he oído des que existo,
y que ninguno ha visto;
no creo los engañosos
oráculos que un clero sin morales
por do quier ha vendido a los mortales,
no creo...». La casa tiembla, un estallido
horroroso escucharon,

y las tres se quedaron
suspensas del ruido,
sin poder proseguir nuestra Climena
su arenga de verdad y gusto llena.

Con un bullicio espantoso
entra en la casa el dios Baco
seguido de sacerdotes
todos a cual más borracho.

«Y yo, dice el dios, madamas,
creo que a perder os ha echado
la lectura de los libros
de herejotes condenados;
creo que haciendo de sabidas
estáis sólo demostrando
lo impertinentes que sois;
y pues que burla y escarnio
hacéis de los días de fiesta,
entregándoos al trabajo,
en venganza del desprecio
a la religión tamaño,
sin piedad en este punto

en murciélagos os cambio».

Dijo, y luego todas tres

a encogerse comenzaron:

dos alas feas y velludas

les salen en vez de brazos;

por siempre la voz perdieron;

y por las calles y campos

a volar salen de noche.

Este castigo fue en pago

de su pretendida ciencia,

y el escarmiento más guapo

para los que raciocinan;

que en este mundo es muy malo,

muy expuesto y peligroso

ser racional y mostrarlo.

Ovidio cuenta esta historia;

luego La Fontaine, y acaso

mejor hubiera yo hecho

en mantenerme callado.

Las orejas del conde de Chesterfield y el capellán Goudman^[900]

Capítulo primero

¡La fatalidad, ay, gobierna irremisiblemente todas las cosas de este mundo! Juzgo así, como es lógico, por mi aventura.

Milord Chesterfield, que me apreciaba mucho, había prometido hacerme el bien. Quedaba vacante un buen *preferment*^[901] cuyo nombramiento dependía de él. Corro desde el rincón de mi provincia a Londres; me presento a milord; le hago acordarse de sus promesas; me estrecha la mano amistosamente y me dice que, en efecto, tengo muy mala cara. Le respondo que mi mayor mal es la pobreza. Me replica que quiere ayudarme a sanar y me da en el acto una carta para el señor Sidrac, cerca de Guidhall^[902].

Estoy totalmente seguro de que el señor Sidrac ha de ser quien me envíe las provisiones^[903] de mi curato. Corro a su casa. El señor Sidrac, que era el cirujano de milord, se cree incontinenti en el deber de sondarme, y me asegura que, si tengo la piedra, me sajará con mucho gusto.

Conviene saber que milord había oído que yo padecía una grave dolencia de vejiga, y que, de acuerdo con su generosidad ordinaria, había querido que me sajasen a sus expensas^[904]. Era sordo, lo mismo que su señor enfermo, y yo aún no lo sabía.

Durante el tiempo que perdí defendiendo mi vejiga frente al señor Sidrac, que quería sondarme a la fuerza, uno de los cincuenta y dos competidores que pretendían el mismo beneficio llegó a casa de milord, pidió mi curato y se lo llevó.

Estaba yo enamorado de miss Fidler, con quien debía casarme cuando estuviese curado; mi rival obtuvo mi cargo y mi amada.

Al conocer mi desastre y su error, el conde me prometió repararlo todo. Pero murió dos días después.

El señor Sidrac me hizo ver, con la claridad del día, que mi buen protector

no podía seguir viviendo un minuto más, dada la constitución actual de sus órganos, y me demostró que su sordera no procedía más que de la extrema sequedad de la cuerda y del tambor de su oreja. Llegó a ofrecerme endurecer mis dos orejas con alcohol etílico, para así volverme más sordo que cualquier par del reino.

Comprendí que el señor Sidrac era un hombre sapientísimo. Me inspiró afición por la ciencia de la naturaleza. Veía además que era un hombre caritativo que me sajaría gratis llegado el caso, y que me aliviaría en todos los accidentes que pudieran ocurrirme en el cuello de la vejiga.

Así pues, me dediqué a estudiar la naturaleza bajo su dirección, para consolarme de la pérdida de mi curato y de mi amada.

Capítulo II

Después de muchas observaciones sobre la naturaleza, hechas con mis cinco sentidos, lentes y microscopios, un día le dije al señor Sidrac: «Se burlan de nosotros; no hay naturaleza, todo es arte. Gracias a un arte admirable todos los planetas danzan regularmente alrededor del Sol, mientras que el Sol hace la rueda sobre sí mismo. Con toda seguridad es menester que alguien tan sabio como la Sociedad Real de Londres haya dispuesto las cosas de manera que el cuadrado de las revoluciones de cada planeta siempre sea proporcional a la raíz del cubo de su distancia al centro; y hay que ser brujo para adivinarlo.

»El flujo y el reflujo de nuestro Támesis me parece el efecto constante de un arte no menos profundo y no menos difícil de conocer.

»Animales, vegetales, minerales, todo me parece dispuesto con peso, medida, número y movimiento. Todo es resorte, palanca, polea, máquina hidráulica, laboratorio de química, desde la hierba a la encina, desde la pulga al hombre, desde un grano de arena hasta nuestras nubes.

»Desde luego no hay más que arte, y la naturaleza es una quimera.

»— Tenéis razón, me respondió el señor Sidrac, aunque no sois el primero; ya lo dijo un soñador del otro lado de la Mancha^[905], pero no le hicieron caso. — Lo que me asombra, y lo que más me agrada, es que, mediante ese arte incomprensible, dos máquinas producen siempre una tercera; y estoy muy

enfadado por no haber hecho una con miss Fidler; mas bien veo que desde toda la eternidad estaba dispuesto que miss Fidler utilizaría una máquina distinta a mí.

»— Lo que decís, me replicó el señor Sidrac, también se ha dicho ya, y mucho mejor; es una probabilidad que pensáis bien. Sí, es muy agradable que dos seres produzcan un tercero; pero eso no es verdad en todos los seres. Dos rosas no producen una tercera rosa besándose. Dos piedras, dos metales no producen un tercero y, sin embargo, un metal, una piedra, son cosas que toda la industria humana nunca conseguiría hacer. El grande, el hermoso milagro continuo es que un muchacho y una muchacha hagan un hijo juntos, que un ruiñón haga un ruiñoncillo con su ruiñona, y no una curruca. Tendríamos que pasar la mitad de la vida imitándolos, y la otra mitad bendiciendo a quien inventó ese método. Hay en la generación mil secretos curiosísimos. Newton dice que la naturaleza se parece en todas partes: *Natura est ubique sibi consona*. Esto es falso en amor; los peces, los reptiles y los pájaros no hacen el amor como nosotros: hay una variedad infinita. La fábrica de los seres que sienten y obran me encanta. Los vegetales también tienen su valor. Siempre me sorprende que un grano de trigo arrojado en tierra produzca varios más.

»— ¡Ay!, le dije yo como el necio que todavía era, es que el trigo debe morir para nacer, como se ha dicho en la Escuela».

El señor Sidrac me replicó riendo con mucha circunspección. «Eso era cierto en el tiempo de la Escuela^[906], dijo, pero hoy el labrador más pequeño sabe de sobra que es absurdo. — ¡Ah, señor Sidrac!, os pido perdón; pero fui teólogo, y no se desprende uno de golpe de sus hábitos».

Capítulo III

Poco tiempo después de estas conversaciones entre el pobre sacerdote Goudman y el excelente anatomista Sidrac, este cirujano lo encontró en el parque Saint-James muy pensativo y soñador, y con un aire más azorado que el de un algebrista que acaba de hacer mal un cálculo. «¿Qué os pasa?, le dijo Sidrac; ¿es la vejiga o el colon lo que os atormenta? — No, dijo Goudman, es la vesícula de la hiel. Acabo de ver pasar en una buena carroza al obispo de Gloucester^[907], que es un pedante charlatán e insolente. Yo iba a pie y eso me ha irritado. He pensado que, si quisiera obtener un obispado en este reino, apuesto diez mil contra uno que no lo conseguiría, dado que somos diez mil sacerdotes en Inglaterra. Estoy sin protección desde la muerte de milord Chesterfield, que era sordo. Supongamos

que los diez mil sacerdotes anglicanos tengan cada uno dos protectores, en tal caso podría apostar veinte mil contra uno a que no conseguiría el obispado. Y da rabia cuando se piensa en ello.

»He recordado que tiempo atrás me propusieron ir a las grandes Indias^[908] en calidad de grumete; me aseguraban que allí haría una gran fortuna, pero no me sentí idóneo para llegar a ser un día almirante. Y, después de haber examinado todas las profesiones, he seguido siendo cura sin servir para nada.

»— Dejad de ser cura, le dijo Sidrac, y dedicaos a la filosofía, oficio que ni exige ni proporciona riquezas. ¿De qué renta disponéis? — Sólo tengo treinta guineas de renta y, cuando muera mi anciana tía, tendré cincuenta. — Vamos, querido Goudman, eso basta para vivir libre y para pensar. Treinta guineas son seiscientos treinta chelines, casi dos chelines diarios. Philips^[909] no quería más que uno. Con esa renta segura, se puede decir todo lo que uno piensa de la compañía de las Indias, del parlamento, de nuestras colonias, del rey, del ser en general, del hombre y de Dios, lo cual es un gran entretenimiento. Venid a comer conmigo, eso os ahorrará dinero; hablaremos, y vuestra facultad pensante tendrá el placer de comunicarse con la mía por medio de la palabra, lo cual es una cosa maravillosa que los hombres no admiran lo suficiente».

Capítulo IV

Conversación del doctor Goudman
y del anatómico Sidrac,
sobre el alma y sobre alguna otra cosa

Goudman

Pero, mi querido Sidrac, ¿por qué siempre decís «mi facultad pensante»? ¿Por qué no decís «mi alma», a secas? Terminaríais antes y yo os entendería igual de bien.

Sidrac

Pero yo no me entendería. Comprendo y sé de sobra que Dios me ha dado la facultad de pensar y de hablar, pero no comprendo ni sé si me ha dado un ser que se llama alma.

Goudman

Realmente, cuando pienso en ello, veo que tampoco yo sé más, y que durante mucho tiempo he sido lo bastante osado por creer saberlo. He observado que los pueblos orientales llamaron al alma con una palabra que significaba «vida». A ejemplo suyo, los latinos entendieron primero por *anima* la vida del animal. Entre los griegos se decía: la respiración es el alma. Esa respiración es un soplo. Los latinos tradujeron la palabra soplo por *spiritus*. De ahí la palabra que responde a «espíritu» en casi todas las naciones modernas. Como nadie ha visto nunca ese soplo, ni ese espíritu, se ha hecho de él un ser que nadie puede ver ni tocar. Se ha dicho que se alojaba en nuestro cuerpo sin ocupar espacio, que removía nuestros órganos sin alcanzarlos. ¡Qué no se habrá dicho! A mi parecer, todos nuestros discursos se han basado en equívocos. Veo que el sabio Locke ha entendido bien en qué caos habían sumido estos equívocos de todas las lenguas a la razón humana^[910]. No escribió ningún capítulo sobre el alma en el único libro de metafísica razonable que nunca se haya escrito. Y si por casualidad pronuncia esa palabra en algunos lugares, en él esa palabra sólo significa nuestra inteligencia.

En efecto, todo el mundo entiende que tiene una inteligencia, que recibe unas ideas, que las reúne, que las descompone; pero nadie entiende que haya dentro de él otro ser que le da movimiento, sensaciones e ideas. En el fondo, es ridículo pronunciar palabras que no se entienden, y admitir seres de los que no puede tenerse el más ligero conocimiento.

Sidrac

Por lo menos ya estamos de acuerdo en una cosa que ha sido objeto de disputa durante tantos siglos.

Goudman

Y me admira que estemos de acuerdo.

Sidrac

No es sorprendente, buscamos la verdad de buena fe. Si estuviéramos en los bancos de la Escuela, argumentaríamos como los personajes de Rabelais^[911]. Si viviéramos en los siglos de horribles tinieblas que envolvieron durante tanto tiempo a Inglaterra, quizá uno de los dos hiciera quemar al otro. Estamos en un siglo de razón; encontramos fácilmente lo que nos parece la verdad, y nos atrevemos a decirla.

Goudman

Sí, mas temo que esa verdad sea muy poca cosa. En matemáticas hemos hecho prodigios que asombrarían a Apolonio y a Arquímedes, y que los convertirían en discípulos nuestros. Pero ¿qué hemos descubierto en metafísica? Nuestra ignorancia.

Sidrac

¿Y no es nada eso? Admitís que el gran Ser os ha dado una facultad de sentir y de pensar, como ha dado a vuestros pies la facultad de caminar, a vuestras manos el poder de hacer mil tareas, a vuestras vísceras el poder de digerir, a vuestro corazón el poder de impulsar vuestra sangre en vuestras arterias. Todo lo hemos recibido de él; nosotros no hemos podido darnos nada; y siempre ignoraremos la forma en que el dueño del universo se las arregla para guiarnos. Por mi parte, le doy gracias por haberme enseñado que no sé nada de los primeros principios.

Siempre se ha tratado de conocer la forma en que el alma actúa sobre el cuerpo. Antes hay que saber si tenemos una. O Dios nos ha hecho ese regalo, o nos ha comunicado algo que es su equivalente. De cualquier forma en que se considere, estamos bajo su mano. Él es nuestro dueño, es todo cuanto sé.

Goudman

Pero decidme al menos lo que suponéis. Vos habéis disecado cerebros, habéis visto embriones y fetos: ¿habéis descubierto en ellos alguna apariencia de alma?

Sidrac

Ni la más mínima, y nunca he podido comprender cómo un ser inmaterial, inmortal, se alojaba durante nueve meses inútilmente escondido en una membrana hedionda entre la orina y los excrementos. Me ha parecido difícil de concebir que esa pretendida alma simple existiese antes de la formación de su cuerpo; porque ¿de qué habría servido durante siglos sin ser alma humana? Y, además, ¿cómo imaginar un ser simple? ¿Un ser metafísico que espera durante una eternidad el momento de animar la materia durante unos pocos minutos? ¿Qué se vuelve ese ser desconocido si el feto que debe animar muere en el vientre de su madre?

Y más ridículo me ha parecido todavía que Dios crease un alma en el

momento en que un hombre se acuesta con una mujer. Me ha parecido blasfemo que Dios esperase a la consumación de un adulterio, de un incesto, para recompensar esas bajezas creando almas en su favor. Y peor todavía cuando me dicen que Dios saca de la nada una alma inmortal para hacerlas sufrir eternamente unos tormentos increíbles. ¡Cómo! ¡Quemar seres simples, seres que no tienen nada quemable! ¿Cómo nos las arreglaríamos para quemar un sonido de voz, un viento que acaba de pasar? Y encima ese sonido, ese viento, eran materiales en el breve instante de su paso; pero un espíritu puro, un pensamiento, una duda...: me pierdo. A cualquier lado que me vuelva, no encuentro más que oscuridad, contradicción, imposibilidad, ridiculez, fantasías, impertinencia, quimera, absurdo, necedad, charlatanería.

Pero me encuentro satisfecho cuando me digo: Dios es el amo. El que hace gravitar astros innumerables unos hacia otros, el que hizo la luz, es desde luego suficientemente poderoso para darnos sentimientos e ideas, sin que tengamos necesidad de un pequeño átomo ajeno, invisible, llamado «alma».

Cierto que Dios ha dado sentimiento, memoria y habilidad a todos los animales. Les ha dado la vida, y tan hermoso es hacer regalo de la vida como regalo de un alma. Está suficientemente admitido que los animales viven; está demostrado que tienen sentimiento, puesto que poseen los órganos del sentimiento. Pero si tienen todo eso sin alma, ¿por qué queréis que nosotros tengamos una a la fuerza?

Goudman

Quizá sea por vanidad. Estoy convencido de que, si un pavo real pudiera hablar, se jactaría de tener un alma, y diría que su alma está en su cola. Me siento muy inclinado a suponer, con vos, que Dios nos ha hecho comedores, bebedores, caminantes, durmientes, sintientes, pensantes, llenos de pasiones, de orgullo y de miseria, sin decirnos una palabra de su secreto. Sobre este punto no sabemos más que esos pavos reales de que hablo. Y quien dijo^[912] que nacemos, vivimos y morimos sin saber cómo, dijo gran verdad.

El que nos llama las marionetas de la Providencia^[913] no nos ha definido bien en mi opinión. Porque, en última instancia, para que exista, se precisa una infinidad de movimientos. Y nosotros no hemos hecho el movimiento; no hemos sido nosotros quienes hemos establecido sus leyes. Hay alguien que, tras hacer la luz, la hace moverse desde el sol hasta nuestros ojos, y llegar a ellos en siete minutos. Sólo por el movimiento se mueven mis cinco sentidos; sólo por esos cinco

sentidos tengo ideas; por lo tanto, es el autor del movimiento el que me da mis ideas. Y cuando me diga de qué manera me las da, yo le rendiré humildísimas acciones de gracia. Se las rindo ya mucho por haberme permitido contemplar durante algunos años el magnífico espectáculo de este mundo, como decía Epitecto. Verdad es que podía hacerme más feliz, y hacer que yo consiguiese un buen beneficio y a mi amada miss Fidler; pero en fin, tal como estoy con mis seiscientos treinta chelines de renta, le quedo muy agradecido.

Sidrac

Decís que Dios podía daros un buen beneficio, y que podía haceros más feliz de lo que sois. Hay gentes que no admitirán esa proposición. ¡Eh!, ¿no recordáis que vos mismo os habéis quejado de la fatalidad? A un hombre que ha querido ser cura no le está permitido contradecirse. ¿No veis que, si hubierais tenido el curato y la mujer que pedíais, seríais vos quien le habríais hecho un hijo a miss Fidler, y no vuestro rival? El niño que ella habría dado a luz hubiera podido ser grumete, llegar a ser almirante, ganar una batalla naval en la desembocadura del Ganges y acabar destronando al Gran Mogol. Y eso habría bastado para mudar la constitución del universo. Habría sido menester un mundo completamente distinto del nuestro para que vuestro competidor no tuviese el curato, para que no se casase con miss Fidler, para que vos no quedaseis reducido a seiscientos treinta chelines, en espera de la muerte de vuestra tía. Todo está encadenado y Dios no llegará a romper la cadena eterna por mi amigo Goudman.

Goudman

No contaba con ese razonamiento cuando hablaba de fatalidad. Mas, en fin, si las cosas son así, ¿Dios es esclavo igual que yo?

Sidrac

Es esclavo de su voluntad, de su sabiduría, de las mismas leyes que ha hecho, de su naturaleza necesaria. No puede infringirlas, porque no puede ser débil, inconstante, voluble como nosotros, y porque el Ser necesariamente eterno no puede ser una veleta.

Goudman

Señor Sidrac, eso podría llevar directamente a la irreligión. Porque si Dios no puede cambiar nada de las cosas de este mundo, ¿de qué sirve cantar sus alabanzas, de qué sirve dirigirle súplicas?

Sidrac

¿Y quién os manda suplicar a Dios y alabarlo? ¡Pues sí que le preocupan mucho vuestras alabanzas y vuestras peticiones! Alabamos a un hombre porque lo creemos vanidoso; le suplicamos cuando lo creemos débil y esperamos hacerle cambiar de opinión. Cumplamos nuestros deberes con Dios, adorémosle, seamos justos: ésas son nuestras verdaderas alabanzas y nuestras verdaderas súplicas.

Goudman

Señor Sidrac, hemos acotado bien el terreno; porque, dejando a un lado a miss Fidler, analizamos si tenemos un alma, si hay un Dios, si puede cambiar, si estamos destinados a dos vidas, si... éstos son estudios profundos, y tal vez nunca habría pensado en ello si hubiera sido cura. Debo profundizar en estas cosas necesarias y sublimes, ya que no tengo nada que hacer.

Sidrac

Bueno, mañana viene a comer a casa el doctor Grou; es un médico muy instruido; ha dado la vuelta al mundo con los señores Banks y Solander^[914]; él sí que debe conocer a Dios y el alma, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, mucho mejor que los que nunca han salido de Covent Garden. Además, el doctor Grou vio casi toda Europa en su juventud; ha sido testigo de cinco o seis revoluciones en Rusia; ha frecuentado al pachá conde de Bonneval^[915], que, como es sabido, se había vuelto un perfecto musulmán en Constantinopla. Mantuvo relaciones con el sacerdote papista Makarti^[916], irlandés, que se hizo cortar el prepucio en honor de Mahoma, y con nuestro presbiteriano escocés Ramsay^[917], que hizo otro tanto, y que luego sirvió en Rusia y resultó muerto en una batalla contra los suecos en Finlandia. Por último ha conversado con el reverendo padre Malagrida^[918], que luego fue quemado en Lisboa, porque la Virgen le había revelado todo lo que había hecho cuando ella estaba en el vientre de su madre santa Ana. Como comprenderéis, un hombre como el señor Grou que ha visto tantas cosas debe de ser el mayor metafísico del mundo. Así pues, mañana a comer a mi casa.

Goudman

Y también pasado mañana, mi querido Sidrac, porque es menester más de una comida para instruirse.

Capítulo V

Al día siguiente, los tres pensadores comieron juntos, y como al final de la comida se ponían algo más alegres, según costumbre de los filósofos que cenan, se divertieron hablando de todas las miserias, de todas las tonterías, de todos los horrores que afligen al género animal, desde las Tierras australes hasta cerca del polo ártico, y desde Lima hasta Méaco. Semejante diversidad de abominaciones no deja de ser muy entretenida. Es un placer que no tienen los burgueses hogareños y los vicarios de parroquia, que sólo conocen su campanario y creen que el resto del universo está hecho como Exchange Alley en Londres o como la calle de la Huchette en París.

«Observo, dijo el doctor Grou, que, a pesar de la variedad infinita difundida sobre este globo, todos los hombres que he visto, sean negros de pelo lanoso o negros de pelo liso, sean bronceados, rojos o trigueños que se llaman blancos, sin embargo todos tienen dos piernas, dos ojos y una cabeza sobre los hombros, sea lo que fuere lo que haya dicho san Agustín, quien, en su sermón trigésimo séptimo, asegura que ha visto acéfalos, es decir, hombres sin cabeza, monóculos, que no tienen más que un ojo, y monópodes, que sólo tienen una pierna. En cuanto a los antropófagos, confieso que los hay en abundancia, y que todo el mundo lo ha sido.

»Me han preguntado muchas veces si los habitantes de ese inmenso país llamado Nueva Zelanda, que en la actualidad son los más bárbaros de todos los bárbaros, estaban bautizados. He respondido que no lo sabía, que podría ser; que los judíos, que eran más bárbaros que ellos, habían tenido dos bautismos en lugar de uno, el bautismo de justicia y el bautismo de domicilio.

»— De hecho, yo los conozco, dijo el señor Goudman, y sobre este punto he mantenido grandes disputas con quienes creen que nosotros hemos inventado el bautismo. No, señores, nosotros no hemos inventado nada, no hemos hecho más que remendar. Pero, decidme, por favor, señor Grou, de las ochenta o cien religiones que habéis visto en vuestros viajes, ¿cuál os ha parecido la más agradable? ¿La de los celandeses o la de los hotentotes?».

Señor Grou

La de la isla de Otaiti^[919], sin comparación posible. He recorrido los dos hemisferios, y no he visto nada como Otaiti y su religiosa reina. Es en Otaiti donde la naturaleza habita. En otras partes no he visto más que máscaras, no he visto más que granujas que engañan a necios, charlatanes que escamotean el dinero de los

demás para tener autoridad, y que escamotean la autoridad para conseguir impunemente dinero; que os venden telas de araña para comeros vuestras perdices, que os prometen riquezas y placer para cuando no exista nadie, y deis vueltas al espetón mientras ellos viven.

¡Pues no es eso lo que ocurre en la isla de Aiti o de Otaiti, pardiez! Esa isla está mucho más civilizada que la de Zelanda y que el país de los cafres, y, me atrevo a decirlo, que nuestra Inglaterra, porque la naturaleza la ha favorecido con un suelo más fértil; le ha dado el árbol del pan, regalo tan útil como admirable, que sólo sembró en algunas islas del mar del Sur. Otaiti posee además muchas especies de aves, verduras y frutas. En ese país no es necesario comerse a sus semejantes. Pero hay una necesidad más natural, más dulce, más universal, que la religión de Otaiti ordena satisfacer en público. De todas las ceremonias religiosas es sin duda la más respetable; fui testigo de ella, lo mismo que toda la tripulación de nuestra nave. Aquí no se trata de fábulas de misioneros, como las que a veces se encuentran en las *Cartas edificantes y curiosas* de los reverendos padres jesuitas^[920]. Precisamente el doctor Jean Hakerovorth^[921] acaba de publicar nuestros descubrimientos en el hemisferio meridional. Siempre he acompañado al señor Banks, ese joven tan estimable, que ha dedicado su tiempo y su patrimonio a observar la naturaleza en dirección al polo antártico, mientras los señores Dakins y Wood^[922] volvían a las ruinas de Palmira y de Balbek, donde habían excavado los monumentos más antiguos de las artes, y mientras el señor Hamilton^[923] enseñaba a los napolitanos asombrados la historia natural de su monte Vesubio. En fin, con los señores Banks, Solander, Cook y cien más, he visto lo que voy a contaros.

La princesa Obeira, reina de la isla Otaiti...:

Entonces trajeron el café, y cuando lo hubieron tomado, el señor Grou prosiguió así su relato.

Capítulo VI

La princesa Obeira, digo, después de habernos colmado de presentes con una cortesía digna de una reina de Inglaterra, sintió curiosidad por asistir una mañana a nuestro servicio anglicano. Lo celebramos con tanta pompa como pudimos. Ella nos invitó al suyo durante la velada; era el 14 de mayo de 1769. La encontramos rodeada de unas mil personas de ambos sexos, colocadas en semicírculo y en respetuoso silencio. Una muchacha muy hermosa, adornada simplemente con un *deshabillé* galante, estaba acostada en un estrado que servía de

altar. La reina Obeira ordenó a un hermoso muchacho de unos veinte años ir a sacrificar. El joven pronunció una especie de oración y subió al altar. Los dos sacrificadores estaban semidesnudos. Con aire majestuoso, la reina enseñaba a la joven víctima la manera más apropiada de consumir el sacrificio. Todos los otaitianos estaban tan atentos y mostraban tanto respeto que ninguno de nuestros marineros se atrevió a perturbar la ceremonia con alguna risa indecente. Eso es lo que vi, os repito, eso es todo lo que nuestra tripulación vio. A vos corresponde sacar las consecuencias.

— No me asombra esa fiesta sagrada, dijo el doctor Goudman. Estoy convencido de que es la primera fiesta que los hombres celebraron nunca; y no veo por qué no había uno de rogar a Dios cuando se dispone a hacer un ser a su imagen, igual que le rogamos antes de las comidas que sirven para sostener nuestro cuerpo. Trabajar para dar nacimiento a una criatura racional es la más noble y santa de las acciones. Así pensaban los primeros indios que reverenciaron el Lingam, símbolo de la generación; los antiguos egipcios, que llevaban en procesión el Fallo; los griegos, que erigieron templos a Príapo. Si está permitido citar la miserable nacioncilla judía, grosera imitadora de todos sus vecinos, en sus libros se dice que ese pueblo adoró a Príapo, y que la reina madre del rey judío Asa fue su suma sacerdotisa^[924].

Sea como fuere, es muy verosímil que nunca ningún pueblo instituyó ni pudo instituir un culto por libertinaje. Algunas veces la depravación se desliza en él con el paso del tiempo; pero la institución es siempre inocente y pura. Nuestros primeros ágapes, en los que muchachos y muchachas se besan honestamente en la boca, no degeneraron en encuentros amorosos y en infidelidades sino bastante más tarde; ¡y plegue a Dios que pueda yo sacrificar con miss Fidler delante de la reina Obeira con todo bien y todo honor! ¡A buen seguro que sería el día más hermoso y la acción más bella de mi vida!

El señor Sidrac, que hasta entonces había guardado silencio, porque siempre habían hablado los señores Goudman y Grou, salió al fin de su taciturnidad y dijo: «Cuanto acabo de oír me llena de admiración. La reina Obeira me parece la primera reina del hemisferio meridional, porque no me atrevo a decir de los dos hemisferios. Pero, entre tanta gloria y tanta felicidad, hay un artículo que me hace temblar, y sobre el que el señor Goudman os ha hecho una pregunta a la que no habéis respondido. ¿Es cierto, señor Grou, que el capitán Wallis, que fondeó antes que vos en esa isla afortunada, llevó a ella los dos azotes más horribles de la tierra, las dos viruelas^[925]? — ¡Ay!, replicó el señor Grou, son los franceses los que nos acusan de haberlo hecho, y nosotros acusamos a los franceses. El señor

Bougainville dice que fueron esos malditos ingleses los que dieron la sífilis a la reina Obeira^[926]. Y el señor Cook pretende que esa reina la adquirió precisamente del propio señor Bougainville. Sea como fuere, la sífilis se parece a las bellas artes: no se sabe quién fue su inventor; pero a la larga, dan la vuelta a Europa, Asia, África y América.

»— Hace mucho que ejerzo la cirugía, dijo Sidrac, y confieso que debo a esa sífilis la mayor parte de mi fortuna; pero no por eso la detesto menos. Mme. Sidrac me la comunicó en la primera noche de bodas; y como es mujer excesivamente delicada en todo lo que pueda mancillar su honor, publicó en todos los papeles públicos de Londres que realmente estaba atacada por el mal inmundo, pero que lo había cogido en el vientre de su señora madre, y que era un antiguo hábito de familia.

»¿En qué pensó lo que llamamos «naturaleza» cuando derramó ese veneno en las fuentes de la vida? Se ha dicho^[927], y yo lo repito, que es la más enorme y más detestable de todas las contradicciones. ¡Cómo! Se dice que el hombre ha sido hecho a imagen de Dios, *finxit in effigiem moderantum cuncta deorum*^[928], ¡y es en los vasos espermáticos de esa imagen donde se ha puesto el dolor, la infección y la muerte! ¿Qué será de este hermoso verso de Milord Rochester: “El amor haría adorar a Dios en un país de ateos^[929]?”.

»— ¡Ay!, dijo entonces el buen Goudman, tal vez deba dar gracias a la Providencia por no haberme casado con mi querida miss Fidler, porque ¿sabe alguien lo que habría ocurrido? En este mundo nunca se está seguro de nada. En cualquier caso, señor Sidrac, me habéis prometido vuestra ayuda en todo lo que concierna a mi vejiga. — Estoy a vuestro servicio, respondió Sidrac; pero hay que expulsar esos malos pensamientos». Al hablar así, Goudman parecía prever su destino.

Capítulo VII

Al día siguiente los tres filósofos debatieron la gran cuestión: cuál es el primer móvil de todas las acciones de los hombres. Goudman, que siempre tenía en su corazón la pérdida de su beneficio y de su amada, dijo que el principio de todo era el amor y la ambición. Grou, que había visto más países, dijo que era el dinero; y el gran anatomista Sidrac aseguró que era el retrete. Los dos invitados se quedaron atónitos; y así fue como el sabio Sidrac demostró su tesis:

«Siempre he observado que todos los asuntos de este mundo dependían de la opinión y de la voluntad de un personaje principal, sea rey, sea primer ministro, sea primer oficial. Y esa opinión y esa voluntad son el efecto inmediato de la manera en que los espíritus animales se filtran en el cerebelo, y de ahí en la médula alargada. Estos espíritus animales dependen de la circulación de la sangre; esta sangre depende de la formación del quilo; este quilo se elabora en la red del mesenterio; este mesenterio está unido a los intestinos por hilillos muy sueltos; estos intestinos, si me está permitido decirlo, están llenos de mierda. Mas a pesar de las tres fuertes túnicas con que se halla revestido cada intestino, está agujereado como una criba: porque en la naturaleza todo está calado, y no hay grano de arena por más imperceptible que sea que no tenga más de quinientos poros. Podrían pasarse mil agujas a través de una bala de cañón si pudieran encontrarse unas suficientemente finas y fuertes. ¿Y qué le ocurre a un hombre estreñido? Los elementos más tenues, más delicados de su mierda, se mezclan al quilo en las venas de Azellius, llegan a la vena porta y al depósito de Paquet^[930]; pasan a la subclavia; entran en el corazón del hombre más galante y de la mujer más coqueta. Es un rocío de zurullo seco que corre por todo su cuerpo. Si ese rocío inunda los parénquimas, los vasos y las glándulas de un atrabiliario, su mal humor se vuelve ferocidad; el blanco de sus ojos es de un color oscuro ardiente; sus labios están pegados uno a otro; el color de su cara tiene tintes turbios. Parece que os amenaza; no os acerquéis a él; y, si es un ministro de Estado, guardaos de presentarle una petición. Mira cualquier papel como una ayuda de la que querría servirse según el antiguo y abominable uso de las gentes de Europa. Informaos con habilidad a través de su ayuda de cámara favorito si monseñor ha utilizado su retrete por la mañana.

»Esto es más importante de lo que se supone. La constitución ha producido algunas veces las escenas más sangrientas. Mi abuelo, que murió centenario, era boticario de Cromwell; muchas veces me contó que Cromwell no había ido al excusado desde hacía ocho días cuando mandó cortar la cabeza a su rey.

»Todas las personas algo conocedoras de los asuntos del continente saben que muchas veces se advirtió al duque de Guise, el tajado, que no molestase a Enrique III en invierno con viento del nordeste. Porque entonces, ese monarca sólo iba al excusado con dificultad extrema. Sus materias se le subían a la cabeza; en esos momentos era capaz de cualquier violencia. El duque de Guise no creyó tan sabio consejo; ¿y qué le ocurrió? Su hermano y él fueron asesinados.

»Carlos IX, su antecesor, era el hombre más estreñido de su reino. Los conductos de su colon y de su recto estaban tan taponados que la sangre terminó

saliéndole por los poros. Se sabe sobradamente que este temperamento adusto fue una de las principales causas de la noche de San Bartolomé.

»Por el contrario, las personas que tienen buenas carnes, aterciopeladas las entrañas, suelto el colédoco y fácil y regular el movimiento peristáltico, y que se liberan todas las mañanas, nada más desayunar, de una buena deposición con la misma facilidad con que escupen, esas personas favoritas de la naturaleza son dulces, afables, graciosas, previsoras, compasivas y oficiosas. Un *no* en su boca tiene más gracia que un *sí* en la boca de un estreñido.

»El excusado tiene tanto poder que una colitis vuelve muchas veces a un hombre pusilánime. La disentería priva de valor. No propongáis a un hombre debilitado por el insomnio, por una fiebre lenta, y por cincuenta deyecciones pútridas que se lance al ataque contra la media luna en pleno día. Por eso no puedo creer que todo nuestro ejército tuviese disentería en la batalla de Azincourt, como se dice, y que consiguió la victoria con los calzones por los suelos. Algunos soldados habrán tenido colitis por haberse atracado de malas uvas en el camino. Y los historiadores habrán dicho que todo el ejército enfermo luchó a culo desnudo, y que, para no enseñárselo a los petimetres franceses, los derrotó “de pies a cabeza”, según la expresión del jesuita Daniel^[931].

Y así precisamente se escribe la historia.^[932]

»Y de este modo todos los franceses, unos tras otros, han repetido que nuestro gran Eduardo II hizo que le entregaran a seis burgueses de Calais, con la cuerda al cuello, para mandar ahorcarlos, porque habían osado soportar el asedio con valor, y que su mujer terminó obteniendo su perdón con las lágrimas. Estos novelistas no saben que en esos tiempos bárbaros la costumbre era que los burgueses se presentaran ante su vencedor con la cuerda al cuello, cuando habían conseguido detenerlo mucho tiempo delante de una bicoca. Pero desde luego el generoso Eduardo no tenía ninguna gana de apretar el cuello de esos seis rehenes, a los que colmó de regalos y honores. Estoy harto de todas las tonterías con que tantos presuntos historiadores han rellenado sus crónicas, y de todas las batallas que han sido tan mal descritas. Prefiero creer que Gedeón logró una señalada victoria con trescientos cántaros^[933]. A Dios gracias, ahora sólo leo historia natural, con tal de que un Burnet^[934], un Whiston^[935] y un Woodward^[936] no me aburran más con sus malditos sistemas; ni que un Maillet^[937] vuelva a decirme que el mar de Irlanda ha producido el monte Cáucaso, y que nuestro globo es de cristal; con tal

de que no me presenten junquillos acuáticos como voraces animales, y el coral como insectos; con tal de que unos charlatanes no me ofrezcan insolentemente sus fantasías por verdades. Hago mucho más caso de un buen régimen que mantenga mis humores en equilibrio, y que me procure una digestión loable y un sueño completo. Bebed caliente cuando hiela, bebed fresco en la canícula; nada de más ni de menos en todo; digerid, dormid, tened placer y burlaos de todo lo demás».

Capítulo VIII

Cuando el señor Sidrac profería estas sabias palabras, vinieron a avisar al señor Goudman que el intendente del conde de Chesterfield estaba a la puerta en su carroza, y solicitaba hablarle para un asunto muy urgente. Goudman corre para recibir las órdenes del señor intendente, quien, tras haberle rogado que montase, le dijo:

«Sabéis sin duda, señor, lo que les sucedió al señor y a la señora Sidrac la primera noche de sus bodas.

»— Sí, señor, hace un momento me contaba él mismo esa pequeña aventura.

»— Pues bien, otro tanto le ha ocurrido a la bella señorita Fidler y al señor cura su marido. Al día siguiente se pegaron, dos días más tarde se separaron y al señor cura le han quitado su beneficio. Yo amo a la Fidler, sé que ella os ama; a mí no me odia. Estoy por encima de la pequeña desgracia que ha provocado su divorcio. Soy enamorado e intrépido. Cededme a miss Fidler, y yo os consigo el curato, que vale ciento cincuenta guineas de renta. Sólo os doy diez minutos para pensarlo.

»— La proposición es delicada, caballero. Voy a consultar a mis filósofos Sidrac y Grou; estoy con vos dentro de un momento».

Acude corriendo a sus dos consejeros. «Veo que no sólo la digestión decide de los asuntos de este mundo, dice, y que el amor, la ambición y el dinero tienen mucha parte en todos ellos». Les expone el caso y les ruega que decidan inmediatamente. Los dos llegaron a la conclusión de que con ciento cincuenta guineas conseguiría los favores de todas las jóvenes de la parroquia, y también los de miss Fidler por añadidura.

Goudman comprendió la sensatez de esta decisión, obtuvo el curato, obtuvo

a miss Fidler en secreto, cosa que era mucho más agradable que tenerla por mujer. El señor Sidrac le prodigó sus buenos oficios cuando los necesitó. Se ha convertido en uno de los sacerdotes más terribles de Inglaterra; y está más convencido que nunca de que la fatalidad gobierna todas las cosas de este mundo.

Historia de Jenni, o el Sabio y el Ateo^[938]

Por el señor Sherloc^[939].

Traducido por el señor de La Caille^[940]

Capítulo primero

Me pedís, señor, algunos detalles sobre nuestro amigo el respetable Freind, y sobre su extraño hijo. Los ocios de que por fin gozo, tras el retiro de milord Peterborou^[941], me permiten satisfaceros. Os sorprenderéis tanto como yo lo he sido, y compartiréis todos mis sentimientos.

Casi no habéis conocido a ese joven y desventurado Jenni, ese hijo único de Freind^[942], al que su padre, cuando era capellán de nuestro ejército, llevó consigo a España en 1705. Vos salisteis para Alepo antes de que milord asediase Barcelona; mas tenéis razón cuando me decís que el rostro de Jenni era más adorable y atractivo que ninguno, y que anunciaba valor e inteligencia. Nada más cierto; no se lo podía conocer sin quererlo. Al principio su padre lo destinó a la Iglesia; pero como el joven dio muestras de repugnancia por ese estado que exige tanto artificio, tacto y sutileza, el prudente padre creyó cometer un crimen y una tontería forzando a la naturaleza.

Aún no tenía Jenni veinticinco años. Quiso, por encima de todo, servir como voluntario en el ataque a Montjuic, que conquistamos, y en el que resultó muerto el príncipe de Hesse. Nuestro pobre Jenni, herido, fue hecho prisionero y llevado a la ciudad. Os haré un relato fidelísimo de lo que le ocurrió desde el ataque a Montjuic hasta la toma de Barcelona. La relación es de una catalana demasiado libre de costumbres y algo ingenua; escritos como éste no llegan hasta el corazón del sabio. Me hice con la relación en su casa, cuando entré en Barcelona siguiendo a milord Peterborou. Estoy seguro de que lo leeréis sin escandalizaros como un retrato fiel de las costumbres del país.

Aventura de un joven inglés llamado Jenni

Escrito de mano de doña Las Nalgas

Cuando se nos dijo que los mismos salvajes que habían llegado por el aire desde una isla desconocida a quitarnos Gibraltar venían a sitiar nuestra hermosa ciudad de Barcelona, empezamos por hacer novenas a la Santa Virgen de Manresa, cosa que a buen seguro es la mejor manera de defenderse^[943].

Ese pueblo que venía de tan lejos para atacarnos tiene un nombre que resulta difícil pronunciar, porque es *english*. Nuestro reverendo padre inquisidor don Jerónimo Bueno Caracucarador predicó contra esos bandidos. Lanzó contra ellos una excomunión mayor en Nuestra Señora de El Pino^[944]. Nos aseguró que los *english* tenían colas de mono, patas de oso y cabezas de loro; que, cierto, algunas veces hablaban como los hombres, pero que casi siempre silbaban; que, además, eran notoriamente heréticos; que la Santísima Virgen, muy favorable al resto de pecadores y pecadoras, no perdonaba nunca a los herejes, y que, por lo tanto, todos ellos serían infaliblemente exterminados, sobre todo si se plantaban ante Montjuic. Apenas había acabado su sermón cuando supimos que Montjuic era tomado al asalto.

Por la noche nos contaron que, durante ese asalto, habíamos herido a un joven *english*, y que estaba en nuestro poder. Por toda la ciudad se oían gritos de: «¡Victoria, victoria!», y hubo fuegos artificiales.

Doña Boca Bermeja, que tenía el honor de ser amante del reverendo padre inquisidor, sintió suma envidia al ver cómo estaba hecho un animal *english* y herético. Era íntima amiga mía. Yo sentía la misma curiosidad que ella. Pero hubimos de esperar a que curase de su herida; lo cual no tardó en ocurrir.

Poco después supimos que debía ir a tomar baños a casa de mi primo hermano Elbov, el bañista, que como se sabe es el mejor cirujano de la ciudad^[945]. En mi amiga Boca Bermeja creció la impaciencia por ver a aquel monstruo. No tuvimos tregua ni descanso, ni se los dimos a mi primo el bañista, hasta que no nos ocultó en un pequeño guardarropa, detrás de una celosía por la que se veían los baños. Entramos de puntillas, sin hacer ningún ruido, en silencio, sin atrevernos siquiera a respirar, justo en el instante en que el *english* salía del agua. No tenía vuelta hacia nosotras la cara; se quitó un gorrito bajo el que estaban recogidos sus rubios cabellos, que se desparramaron en gruesos rizos sobre las caderas más hermosas que yo haya visto en mi vida; sus brazos, sus muslos, sus piernas me parecieron de un carnosos, de una perfección, de una elegancia que se acerca para mi gusto al Apolo del Belvedere de Roma, cuya copia tiene en su casa mi tío el escultor^[946].

Doña Boca Bermeja estaba extasiada de sorpresa y arrobó. Yo me encontraba igual de pasmada. No pude dejar de decir: «¡Oh, qué hermoso muchacho!»^[947]. Estas palabras, que se me escaparon, hicieron volverse al joven. Y entonces fue mucho peor: vimos la cara de Adonis sobre el cuerpo de un joven Hércules. Poco faltó para que doña Boca Bermeja no cayera patas arriba, y yo también. Sus ojos se encendieron y, a través del ligero rocío que los cubrió, se vislumbraban dardos inflamados. No sé lo que les pasó a los míos.

Cuando hubo vuelto en sí: «¡Por la Virgen María y por Santiago!, me dijo. ¿Es así como están hechos los herejes? ¡Pues nos han engañado!».

Salimos lo más tarde que pudimos. No tardó Boca Bermeja en enamorarse con la mayor violencia del monstruo herético. Ella es más hermosa que yo, lo admito; y también admito que me sentí celosa por partida doble. Le hice ver que se condenaba traicionando al reverendo padre inquisidor don Jerónimo Bueno Caracucarador por un *english*: «¡Ay, mi querida Las Nalgas!, me dijo (pues mi nombre es Las Nalgas), traicionaría a Melquisedec por este joven tan guapo^[948]». No dejó de hacerlo, y, puestos a decirlo todo, yo di en secreto más del diezmo de las ofrendas.

Un familiar de la Inquisición, que oía cuatro misas para obtener de Nuestra Señora de Manresa la destrucción de los *english*, se enteró de nuestros actos de devoción. El reverendo padre don Caracucarador nos azotó a las dos, y mandó que veinticuatro alguaciles de la Santa Hermandad prendieran a nuestro *english*. Jenni mató a cinco y fue prendido por los diecinueve restantes. Le hicieron descansar en una bodega muy fresca. Y decidieron que el domingo siguiente sería quemado con toda ceremonia, adornado con un gran sambenito y un capirote de pan de azúcar, en honor de nuestro Salvador y de la Virgen María, su madre. Don Caracucarador preparó un buen sermón; pero no pudo pronunciarlo, porque ese mismo domingo la ciudad fue tomada a las cuatro de la mañana.

Aquí concluye el relato de doña Las Nalgas. Era mujer a la que no faltaba cierto ingenio, que los españoles llaman «agudeza».

Capítulo II

Continuación de las aventuras del joven inglés Jenni, y de las de su señor padre, doctor en teología, miembro del parlamento

y de la Sociedad Real

Ya conocéis el admirable comportamiento que tuvo el conde de Peterborou cuando se vio dueño de Barcelona; de qué forma impidió el saqueo, con qué rauda sagacidad puso orden en todo, cómo arrancó a la duquesa de Popoli de las manos de unos cuantos soldados alemanes borrachos, que la secuestraban y la violentaban^[949]. Pero no os costará mucho imaginar la sorpresa, el dolor, el abatimiento, la rabia, las lágrimas, los arrebatos de nuestro amigo Freind cuando supo que Jenni estaba en las mazmorras del Santo Oficio, y que ya habían preparado su hoguera. Sabéis que las cabezas más frías son, en las grandes ocasiones, las más animadas. Hubierais visto a ese padre, a quien habéis conocido tan serio e imperturbable, volar hasta el antro de la Inquisición con más celeridad que la de nuestros caballos de raza cuando corren en Neumarket^[950]. Cincuenta soldados, que lo seguían jadeantes, siempre iban a doscientos pasos. Llega, entra en la caverna. ¡Qué momento! ¡Cuántas lágrimas y cuánta alegría! Veinte víctimas, destinadas a la misma ceremonia que Jenni, son liberadas. Todos estos prisioneros se arman; todos se unen a nuestros soldados; en diez minutos destruyen el Santo Oficio y almuerzan sobre sus ruinas con el vino y los jamones de los inquisidores.

En medio de esta algarabía, y de las fanfarrias, y de los tambores, y del retumbar de cuatrocientos cañones que anunciaban nuestra victoria en Cataluña, nuestro amigo Freind había recuperado la tranquilidad que le conocéis. Sereno como el aire en un hermoso día tras una tormenta, estaba elevando a Dios un corazón tan calmo como su rostro cuando del tragaluz de una bodega vio salir, con sobrepelliz, un espectro negro que se arrojó a sus plantas y le pedía a gritos misericordia: «¿Quién eres?, le dijo nuestro amigo; ¿vienes del infierno? — Casi, respondió el otro; soy don Jerónimo Bueno Caracucarador, inquisidor por la fe; os pido humildísimamente perdón por haber querido asar a vuestro señor hijo en la plaza pública; lo tomaba por un judío.

»— ¡Eh!, y aunque fuese judío, respondió nuestro amigo con su sangre fría habitual, ¿os parece bien, señor Caracucarador, asar a las personas por descender de una raza que antiguamente habitaba un pequeño cantón pedregoso muy cerca del desierto de Siria? ¿Qué os importa que un hombre tenga prepucio o deje de tenerlo, que celebre su pascua con la luna llena roja o al domingo siguiente? Este hombre es judío, por consiguiente tengo que quemarlo; y todas sus riquezas me pertenecen: bonito argumento; no es así como se razona en la Sociedad Real de Londres.

»¿No sabéis de sobra, señor Caracucarador, que Jesucristo era judío, que

nació, vivió y murió judío; que celebró su pascua en junio con la luna llena; que todos sus apóstoles eran judíos; que después de su desgracia fueron al templo judío, como está expresamente escrito; que los quince primeros obispos secretos de Jerusalén eran judíos? Mi hijo no lo es, es anglicano: ¿cómo se os ocurrió la idea de quemarlo?».

El inquisidor Caracucarador, asustado ante la ciencia del señor Freind, y siempre prosternado a sus plantas, le dijo: «¡Ay!, en la Universidad de Salamanca no sabíamos nada de todo eso. Os pido perdón una vez más; pero la verdadera razón es que vuestro señor hijo me robó a mi amante Boca Bermeja. — ¡Ah!, si os robó a vuestra amante, prosiguió Freind, eso es otra cosa; no se debe coger nunca el bien del prójimo. Sin embargo, no hay ahí una razón suficiente (como dice Leibniz) para quemar a un joven. Hay que proporcionar las penas a los delitos. Vosotros, los cristianos del otro lado del mar británico^[951], tirando hacia el sur, os dais mucha más prisa en asar a uno de vuestros hermanos, sea el consejero Anne Dubourg^[952], sea Miguel Servet^[953], sean todos los que fueron quemados durante el reinado de Felipe II, llamado “el discreto”, que nosotros en freír un rosbif en Londres. Pero que vayan a buscarme a la señorita Boca Bermeja, para que yo sepa por ella la verdad».

Boca Bermeja fue llevada a su presencia, llorosa y hermojeada por sus lágrimas, como suele ocurrir. «¿Es cierto, señorita, que amáis con ternura a don Caracucarador, y que mi hijo Jenni os tomó a la fuerza? — ¿A la fuerza, señor inglés? Fue, desde luego, con todo mi corazón. Nunca he visto a nadie tan hermoso ni tan amable como vuestro señor hijo; y me parecéis bienaventurado por ser su padre. Fui yo la que dio todos los pasos; y bien que lo merece: lo seguiría hasta el fin del mundo, si es que el mundo tiene un fin. En el fondo de mi alma siempre he detestado a este infame inquisidor; me azotó, a mí y a la señorita Las Nalgas, hasta casi hacernos sangre. Si queréis que mi vida sea dulce, mandad colgar a este malvado fraile de mi ventana mientras yo juro a vuestro hijo amor eterno; ¡qué dichosa sería si alguna vez pudiera darle un hijo que se os pareciese!».

Y mientras Boca Bermeja pronunciaba estas ingenuas palabras, milord Peterborou enviaba en busca del inquisidor Caracucarador para hacerlo colgar. No os sorprenderéis cuando os diga que el señor Freind se opuso a ello con toda firmeza. «Que vuestra justa cólera, dijo, respete vuestra generosidad; nunca se debe hacer morir a un hombre, a menos que sea absolutamente necesario para la salvación del prójimo. Los españoles dirían que los ingleses son unos bárbaros que matan a todos los curas que encuentran. Y eso podría perjudicar al señor archiduque, para el que acabáis de tomar Barcelona. Quedo suficientemente

satisfecho con que mi hijo se haya salvado, y con que ese bellaco de monje ya no pueda seguir ejerciendo sus funciones inquisitoriales». En fin, que el prudente y caritativo Freind dijo tanto que milord se contentó con mandar azotar a Caracucarador como este miserable había azotado a miss Boca Bermeja y a miss Las Nalgas.

Tanta clemencia conmovió el corazón de los catalanes. Los que habían sido liberados de las mazmorras de la Inquisición pensaron que nuestra religión valía infinitamente más que la suya. Casi todos solicitaron su admisión en la Iglesia anglicana; e incluso unos cuantos bachilleres de la Universidad de Salamanca, que se encontraban en Barcelona, quisieron ser esclarecidos. No tardó la mayoría en serlo. Sólo hubo uno, llamado don Íñigo y Medroso y Comodiós y Papalamiendo, que se mostró algo reacto.

He aquí el compendio de la honesta disputa que nuestro querido amigo Freind y el bachiller don Papalamiendo mantuvieron en presencia de milord Peterborou. A esta conversación familiar se la llamó el diálogo de los «Pero». Y, leyéndola, fácilmente veréis por qué.

Capítulo III

Compendio de la controversia de los «Pero»
entre el señor Freind y Don Íñigo y Medroso
y Papalamiendo, bachiller de Salamanca

El bachiller

Pero, señor, a pesar de todas las bellas cosas que acabáis de decirme, habréis de admitir que vuestra Iglesia anglicana, tan respetable, no existía antes de Don Lutero, ni antes de Don Cœcolampade^[954]. Sois totalmente nuevos, por lo tanto no sois de la casa.

Freind

Es como si me dijeran que no soy descendiente de mi abuelo porque un colateral que viviese en Italia se hubiera apoderado de mi testamento y de mis títulos. Por suerte los he recuperado, y es evidente que soy nieto de mi abuelo. Nosotros, vos y yo, somos de la misma familia, salvo que nosotros los ingleses leemos el testamento de nuestro abuelo en nuestra propia lengua, mientras que a

vosotros os está prohibido leerlo en la vuestra. Vosotros sois esclavos de un extranjero, y nosotros únicamente estamos sometidos a nuestra razón.

El bachiller

Pero ¿y si vuestra razón se extravía?... Porque, en fin, vosotros no creéis en nuestra Universidad de Salamanca, que ha declarado la infalibilidad del Papa, y su indiscutible derecho sobre el pasado, el presente, el futuro y el paulo-pos-futuro^[955].

Freind

¡Ay!, tampoco los apóstoles creían en ella. Está escrito que el tal Pedro, que renegó de su maestro Jesús, fue reprendido con toda severidad por Pablo. No analizo aquí cuál de los dos estaba equivocado; quizá lo estaban los dos, como suele ocurrir en casi todas las disputas; pero, en fin, no hay un solo pasaje en los Hechos de los Apóstoles en el que Pedro sea considerado como el jefe de sus compañeros y del paulo-pos-futuro^[956].

El bachiller

Pero san Pedro fue, desde luego, arzobispo de Roma; porque Sánchez^[957] nos enseña que este gran hombre llegó a esa ciudad en tiempos de Nerón, y que ocupó en ella el trono archiepiscopal durante veinticinco años bajo ese mismo Nerón, que sólo reinó trece. Además, es artículo de fe, y es don Grillandus, el prototipo de la Inquisición^[958], quien lo afirma (porque nosotros nunca leemos la sagrada Biblia); es artículo de fe, digo, que san Pedro estaba en Roma en cierto año; porque fecha una de sus cartas en Babilonia: dado que Babilonia es, con toda evidencia, el anagrama de Roma, está claro que el Papa es por derecho divino el amo de toda la Tierra; y porque, además, todos los licenciados de Salamanca han demostrado que Simón Fuerza-Dios^[959], primer brujo, consejero de Estado del emperador Nerón, envió su perro a presentar sus cumplidos a san Simón Barjona, dicho en otros términos san Pedro, en cuanto estuvo en Roma; que san Pedro, que no era menos cortés, también envió su perro a complimentar a Simón Fuerza-Dios; que luego jugaron a ver quien resucitaba antes a un primo hermano de Nerón; que Simón Fuerza-Dios sólo resucitó a su muerto a medias, y que Simón Barjona ganó la partida resucitando al primo completo; que Fuerza-Dios quiso tomarse la revancha volando por el aire como san Dédalo, y que san Pedro, provocando su caída, le rompió las dos piernas. Por eso san Pedro recibió la corona del martirio con la cabeza abajo y las piernas en alto^[960]. Por consiguiente, está demostrado *a posteriori*

que nuestro santo padre el Papa debe reinar sobre todos los que tienen coronas en la cabeza, y que es el amo del pasado, del presente y de todos los futuros del mundo.

Freind

Está claro que todas estas cosas ocurrieron en los tiempos en que Hércules separó, con un juego de prestidigitación, las dos montañas de Calpe y Abyla, y pasó el estrecho de Gibraltar en su cubilete. Pero no es en estas historias, por más auténticas que sean, en las que fundamos nuestra religión; la fundamos en el Evangelio.

El bachiller

Pero, señor, ¿en qué pasajes del Evangelio? Porque yo he leído una parte de ese Evangelio en nuestros cuadernos de teología. ¿Es en el ángel descendido de las nubes para anunciar a María que será embarazada por el Espíritu Santo? ¿O en el viaje de tres reyes y una estrella? ¿O en la matanza de todos los niños del país? ¿O en el trabajo que le costó al diablo llevar a Dios al desierto, al techo del templo y a la cima de una montaña desde donde se veían todos los reinos de la Tierra? ¿O en el milagro del agua cambiada en vino en una boda de pueblo? ¿O en el milagro de dos mil cerdos que el diablo ahogó en un lago por orden de Jesús? ¿O en...?

Freind

Señor, nosotros respetamos todas esas cosas, porque están en el Evangelio; y no hablamos nunca de ellas, porque están demasiado por encima de la débil razón humana.

El bachiller

Pero dicen que nunca llamáis madre de Dios a la Virgen María.

Freind

La reverenciamos, la adoramos, pero creemos que no le importan demasiados los títulos que se le dan en este mundo. El Evangelio nunca la llama madre de Dios. En el año 431 hubo una gran disputa, en un concilio de Éfeso, para saber si María era *theotocos*, y si, por ser Jesucristo a la vez Dios e hijo de María, era posible que María fuese a la vez madre de Dios Padre y de Dios Hijo. Nosotros no entramos en esas querellas de Éfeso, y la Sociedad Real de Londres tampoco se

inmiscuye.

El bachiller

Pero, señor, me habláis del *theotocos*; por favor, ¿qué es *theotocos*?

Freind

Quiere decir madre de Dios. ¿Cómo? ¿Sois bachiller de Salamanca y no sabéis griego?

El bachiller

¡Pero, bah, el griego, el griego...! ¿De qué le puede servir eso a un español? Pero, señor, ¿creéis que Jesús tiene una naturaleza, una persona y una voluntad? ¿O dos naturalezas, dos personas y dos voluntades? ¿O una voluntad, una naturaleza y dos personas? ¿O dos voluntades, dos personas y una naturaleza? ¿O...?

Freind

Ésas siguen siendo cosas de Éfeso; a nosotros no nos importan.

El bachiller

Pero entonces, ¿qué os importa? ¿Pensáis que en Dios no haya tres personas, o que haya tres dioses en una persona? ¿Procede la segunda persona de la primera persona, y la tercera procede de las otras dos, o de la segunda *intrinsicus*, o de la primera solamente? ¿Tiene el Hijo todos los atributos del Padre, excepto la paternidad? Y esa tercera persona, ¿viene por infusión, por identificación, o por aspiración?

Freind

El Evangelio no aborda ese asunto; y san Pablo nunca escribe el nombre de Trinidad.

El bachiller

Pero no hacéis más que hablarme del Evangelio, y nunca de san Buenaventura^[961], ni de Alberto Magno^[962], ni de Tamburini^[963], ni de Grillandus, ni

de Escobar^[964].

Freind

Es que yo no soy dominico, ni franciscano, ni jesuita^[965]: me contento con ser cristiano.

El bachiller

Pero si sois cristiano, decidme en conciencia: ¿creéis que el resto de los hombres está condenado eternamente?

Freind

No me toca a mi medir la justicia de Dios ni su misericordia.

El bachiller

Pero, en fin, si sois cristiano, ¿en qué creéis entonces?

Freind

Creo, con Jesucristo, que hay que amar a Dios y al prójimo, perdonar las injurias y reparar los propios errores. Creedme: adorad a Dios, sed justo y bienhechor: ahí tenéis todo el hombre. Ahí están las máximas de Jesús. Son tan verdaderas que ningún legislador, ningún filósofo, tuvo nunca otros principios antes de él, y es imposible que haya otros. Estas verdades nunca han tenido ni pueden tener por adversarios más que nuestras pasiones.

El bachiller

Pero... ¡ah!, ¡ah!, a propósito de pasiones, ¿es cierto que todos vuestros obispos, vuestros sacerdotes y vuestros diáconos se casan?

Freind

Es muy cierto. San José, que pasó por padre de Jesús, estaba casado. Tuvo por hijo a Santiago el Menor, llamado Oblia^[966], hermano de Nuestro Señor; el cual, tras la muerte de Jesús, pasó su vida en el templo. San Pablo, el gran san Pablo, estaba casado.

El bachiller

Pero Grillandus y Molina dicen lo contrario.

Freind

Molina y Grillandus dirán todo lo que quieran, yo prefiero creer al propio san Pablo^[967], porque en su Primera a los Corintios dice^[968]: «¿No tenemos derecho a beber y a comer a vuestras expensas? ¿No tenemos derecho a llevar con nosotros a nuestra mujer, a nuestra hermana, como hacen los demás apóstoles, y los hermanos de Nuestro Señor, y Cefas? ¿Se va alguna vez a la guerra a expensas propias? Cuando se ha plantado una viña, ¿no se come su fruto?», etc.

El bachiller

Pero, señor, ¿es totalmente cierto que san Pablo haya dicho eso?

Freind

Sí, dijo eso, y muchas otras cosas.

El bachiller

Pero ¡cómo! ¡Ese prodigio, ese ejemplo de la gracia eficaz!...

Freind

Que su conversión fue un gran prodigio, señor, es cierto. Confieso que, según los Hechos de los Apóstoles, había sido el satélite más cruel de los enemigos de Jesús. Los Hechos dicen que sirvió para lapidar a san Esteban; él mismo admite que, cuando los judíos decretaban la muerte de un seguidor de Jesús, era él quien llevaba la sentencia, *detuli sententiam*^[969]. Confieso que su discípulo Abdías, y su traductor, Julio Africano, también lo acusan de haber hecho morir a Santiago Oblia, hermano de Nuestro Señor^[970]: pero sus furiosos vuelven más admirable su conversión, y no le impidieron encontrar mujer. Estaba casado, os digo, como expresamente declara san Clemente de Alejandría^[971].

El bachiller

Pero entonces, ¡san Pablo era un hombre digno, un hombre valiente! Me enfada que haya asesinado a Santiago y a san Esteban, y me sorprende mucho que

haya viajado al tercer cielo; mas proseguid, os lo ruego.

Freind

Por lo que dice san Clemente de Alejandría, san Pedro tuvo hijos; y entre ellos se cuenta incluso una santa Petronila. En su *Historia de la Iglesia*, Eusebio dice que san Nicolás, uno de los primeros discípulos, tenía una mujer bellísima, y que los apóstoles le reprocharon ocuparse demasiado de ella, y parecer celoso... «Señores, les dijo, que la coja el que quiera, os la cedo^[972]».

En la economía judía, que debía durar eternamente, y a la que sin embargo sucedió la economía cristiana, el matrimonio no sólo estaba permitido, sino expresamente ordenado a los sacerdotes, dado que debían ser de la misma raza; y el celibato era una especie de infamia.

Es preciso que el celibato no fuese mirado como un estado muy puro y muy honorable por los primeros cristianos^[973], dado que entre los herejes anatematizados en los primeros concilios figuran sobre todo los que se alzaban contra el matrimonio de los sacerdotes, como saturnianos, basilidianos, montanistas, encratistas, y otros *istas* y *anos*. Por ese motivo, la mujer de un san Gregorio Nacianceno dio a luz otro san Gregorio Nacianceno, y tuvo la inestimable dicha de ser esposa y madre de un canonizado, cosa que no le ocurrió ni siquiera a santa Mónica, madre de san Agustín.

Por eso podría citaros el nombre de tantos y más antiguos obispos casados que en el pasado tuvisteis como obispos y papas concubenarios, adúlteros o pederastas, lo cual ya no se encuentra hoy en ningún país. Por eso la Iglesia griega, madre de la Iglesia latina, sigue queriendo que los curas se casen. Por eso, finalmente, yo, que os hablo, estoy casado, y tengo el hijo más hermoso del mundo.

Y decidme, mi querido bachiller, ¿no tenéis en vuestra Iglesia siete sacramentos contados, signos visibles todos ellos de una cosa invisible? Un bachiller de Salamanca disfruta de los atractivos del bautismo desde que ha nacido; de la confirmación desde que tiene calzones; de la confesión desde que ha hecho algunas calaveradas, o desde que oye las de los otros; de la comunión, aunque algo distinta de la nuestra, desde que tiene trece o catorce años; del orden cuando es tonsurado en la coronilla y se le da un beneficio de veinte, o treinta, o cuarenta mil piastras de renta; por último, de la extremaunción cuando está enfermo. ¿Hay que privarlo del sacramento del matrimonio cuando se encuentra en plenitud de fuerzas, sobre todo después de que el propio Dios haya casado a

Adán y Eva: Adán, el primero de los bachilleres del mundo, puesto que poseía, según vuestra escuela, la ciencia infusa; Eva, la primera bachillera, puesto que probó del árbol de la ciencia antes que su marido?

El bachiller

Pero, si es así, no volveré a decir «pero». Asunto decidido, soy de vuestra religión; me hago anglicano. Quiero casarme con una mujer honrada que siempre fingirá amarme mientras sea joven, que se cuidará de mí en mi vejez, y a la que enterraré limpiamente si la sobrevivo; eso es preferible a quemar hombres y deshonorar mujeres, como ha hecho mi primo don Caracucarador, inquisidor para la fe.

Tal es el compendio fiel de la conversación que mantuvieron el doctor Freind y el bachiller don Papalamiendo, llamado luego por nosotros Papa Dejando. Esta curiosa conversación fue escrita por Jacob Hulf, uno de los secretarios de milord.

Tras esta charla, el bachiller me llevó aparte y me dijo: «Este inglés, al que al principio tomé por antropófago, debe de ser un hombre muy bueno, porque es teólogo y no me ha dicho injurias». Le hice saber que el señor Freind era tolerante, y que descendía de la hija de Guillermo Penn^[974], el primero de los tolerantes, y el fundador de Filadelfia. «¡Tolerante y Filadelfia!, exclamó; nunca había oído hablar de esas sectas». Yo le puse al corriente; no podía creerme, pensaba estar en otro universo, y tenía razón.

Capítulo IV

Regreso a Londres;
Jenni empieza a corromperse

Mientras nuestro digno filósofo Freind ilustraba así a los barceloneses, y su hijo Jenni encantaba a las barcelonesas, milord Peterborou perdió el favor de la reina Ana y del archiduque por haberles dado Barcelona. Los cortesanos le reprocharon haber tomado esa ciudad contra toda regla, con un ejército la mitad de menos fuerte que la guarnición. Al principio, el archiduque se sintió muy herido en su amor propio, y el amigo Freind se vio obligado a imprimir la apología del general. Pero ese archiduque, que había ido a conquistar el reino de España, no tenía dinero con que pagar su chocolate. Todo lo que la reina Ana le había dado se

había esfumado. Montecucculi dice, en sus memorias, que para hacer la guerra se precisan tres cosas: 1.o, dinero; 2.o, dinero; 3.o, dinero. Desde Guadalajara, donde estaba el 11 de *agosto*^[975] de 1706, el archiduque escribió a milord Peterborou una larga carta firmada «yo el rey»^[976], en la que le conminaba a dirigirse inmediatamente a Génova para buscarle, a costa de su propio crédito, cien mil libras esterlinas para reinar^[977]. Ya tenemos a nuestro Sertorio convertido, de general de ejército, en banquero genovés. Confió su apuro al amigo Freind; ambos fueron a Génova; yo los seguí, porque sabéis que me dejo llevar por mi corazón. Admiré la habilidad y el espíritu de conciliación de mi amigo en este delicado asunto. Vi que una buena cabeza puede bastar para todo; nuestro gran Locke era médico. Fue el único metafísico de Europa, y restableció las monedas de Inglaterra^[978].

En tres días Freind encontró las cien mil libras esterlinas, que la corte de Carlos VI se comió en menos de tres semanas. Tras esto, el general, acompañado por su teólogo, tuvo que ir a justificarse a Londres, en pleno parlamento, de haber conquistado Cataluña contra toda regla, y de haberse arruinado por servir a la causa común^[979]. El asunto fue dilatándose y volviéndose cada vez más agrio, como todos los asuntos de partido.

Sabéis que, antes de ser sacerdote, el señor Freind había sido diputado en el parlamento, y que fue el único al que se le haya permitido ejercer estas dos funciones incompatibles^[980]. Pero un día que Freind estaba preparando un discurso que debía pronunciar en la Cámara de los Comunes^[981], de la que era digno miembro, le anunciaron que una dama española solicitaba hablar con él por un asunto urgente. Era Doña Boca Bermeja en persona. Llegó bañada en lágrimas; nuestro buen amigo mandó que le sirvieran un almuerzo. Ella secó sus lágrimas, almorzó, y le habló así:

«Recordaréis, mi querido señor, que, al marcharos a Génova, ordenasteis a vuestro señor hijo Jenni partir de Barcelona hacia Londres, e instalarse como pasante del Ministerio de Hacienda, puesto que había obtenido gracias a vuestro crédito. Se embarcó en *Le Triton* con el joven bachiller Don Papa Dejando, y algunos más que vos habíais convertido. Como podéis suponer, yo me sumé al viaje con mi buena amiga Las Nalgas. Sabéis que me permitisteis amar a vuestro señor hijo, y que lo adoro...

»— ¿Yo, señorita? Yo no os permití ese pequeño comercio, lo toleré, que es muy distinto. Un buen padre no debe ser ni el tirano de su hijo ni su Mercurio. Quizá en el pasado la fornicación entre dos personas libres fue una especie de

derecho natural del que Jenni puede gozar a discreción sin que yo me entrometa; no lo importuno más sobre sus amantes que sobre su comida o su cena: si se tratase de un adulterio, confieso que sería más duro, porque el adulterio es un latrocinio; pero a vos, señorita, que no perjudicáis a nadie, nada tengo que deciros.

»— ¡Es que, señor, es de adulterio de lo que se trata! El bello Jenni me abandona por una joven casada que, en hermosura, no puede ni compararse conmigo. Como podéis suponer, eso es una injuria atroz. — Hace mal», dijo entonces el señor Freind. Derramando algunas lágrimas, Boca Bermeja le contó que Jenni había tenido celos, o fingido tenerlos, del bachiller; de qué manera Mme. Clive-Hart, joven casada, muy descarada, muy violenta, muy masculina, muy malvada, se había adueñado de su ánimo; de qué forma vivía su hijo en compañía de libertinos no temerosos de Dios; cómo, en fin, despreciaba a su fiel Boca Bermeja por la bribona de Clive-Hart, porque la tal Clive-Hart tenía una o dos pizcas más de blancura y de rosa que la pobre Boca Bermeja.

«Analizaré este asunto despacio, dijo el buen Freind. Tengo que ir al parlamento para el caso de milord Peterborou». Fue, pues, al parlamento: allí le oí pronunciar un discurso firme y riguroso, sin ningún lugar común, sin epítetos, sin lo que nosotros llamamos frases; no invocaba ningún testimonio, ninguna ley; los atestiguaba, los citaba, los exigía; no decía que se había “sorpresa” de la corte acusando a milord Peterborou de haber puesto en peligro las tropas de la reina Ana, porque no era un asunto de religión; no prodigaba a una conjetura el nombre de demostración; no faltaba al respeto a la augusta asamblea del parlamento con insulsas bromas burguesas; no llamaba a milord Peterborou su cliente, porque la palabra «cliente» designa a un hombre de la burguesía protegido por un senador. Freind hablaba con tanta modestia como firmeza; lo escuchaban en silencio; sólo lo interrumpían para decir: *Hear him, hear him*: «Escuchadlo, escuchadlo». La Cámara de los Comunes decidió que se darían las gracias al conde de Peterborou en lugar de condenarlo. Milord logró la misma justicia de la corte de los Pares, y se preparó a partir de nuevo, junto con su querido Freind, para ir a dar el reino de España al archiduque; cosa que, sin embargo, no ocurrió, por la sencilla razón de que en este mundo no ocurre nada exactamente como se quiere^[982].

Al salir del parlamento no tuvimos nada más urgente que hacer que ir a informarnos de la conducta de Jenni. Supimos, en efecto, que llevaba una vida de excesos y de crápula en compañía de Mme. Clive-Hart y un tropel de jóvenes ateos, por lo demás gentes inteligentes a quienes su libertinaje había persuadido de que «el hombre no tiene nada por encima de la bestia; de que nace y muere como la bestia; de que están hechos igualmente de tierra, de que volverán igualmente a

la tierra, y de que lo único bueno y sensato es disfrutar de lo que se hace y vivir con la que se ama, como concluye Salomón al final del capítulo tercero del Qohelet, que nosotros llamamos Eclesiastés^[983]».

Estas ideas se las había imbuido sobre todo un tal Warburton, un malvado bribón muy impúdico^[984]. He leído alguna cosa de los manuscritos de este loco: ¡Dios nos libre de verlos impresos un día! Warburton pretende que Moisés no creía en la inmortalidad del alma; y como es lo cierto que Moisés nunca habló de ella, llega a la conclusión de que es la única prueba de que su misión era divina. Tal conclusión absurda lleva por desgracia a la conclusión de que la secta judía era falsa; los impíos, por consiguiente, deducen que la nuestra, fundada sobre la judía, es falsa también, y que al ser falsa esta nuestra, que es la mejor de todas, todas las demás son más falsas todavía; que, por lo tanto, no hay religión. De ahí concluyen algunos que no hay Dios en absoluto; añadid a tales conclusiones que ese pequeño Warburton es un intrigante y un calumniador. ¡Ved qué peligro!

Otro loco llamado Needham^[985], que es jesuita en secreto, va mucho más lejos. Este animal, como por otra parte sabéis y como tantas veces se os ha dicho, imagina que ha creado anguilas con harina de centeno y jugo de cordero; que acto seguido esas anguilas han producido otras, sin acoplamiento. Al punto nuestros filósofos deciden que se pueden hacer hombres con harina de trigo candéal y jugo de perdiz, ya que deben tener un origen más noble que el de las anguilas; pretenden que estos hombres producirán acto seguido otros; que, de este modo, no es Dios quien hizo al hombre; que todo se ha hecho a sí mismo; que muy bien puede prescindirse de Dios; que no hay Dios. Juzgad qué estragos el Qohelet mal entendido, y Warburton y Needham bien entendidos, pueden provocar en nuestros jóvenes corazones todo henchidos de pasiones, y que sólo razonan por ellas.

Pero lo peor de todo es que Jenni estaba cargado de deudas hasta las orejas; las pagaba de una manera extraña. Uno de sus acreedores se había presentado ese mismo día, mientras nosotros estábamos en el parlamento, a reclamarle cien guineas^[986]. El bello Jenni, que hasta entonces parecía muy dulce y muy educado, se había batido con él, y por todo pago le había propinado una buena estocada, de la que se temía que muriese el herido: Jenni iba a ser encarcelado, y corría el riesgo de colgar de la horca a pesar de la protección de milord Peterborou.

Capítulo V

Se quiere casar a Jenni

Recordad, mi querido amigo, el dolor y la indignación que el venerable Freind había sentido cuando supo que su adorado Jenni estaba en Barcelona en las cárceles del Santo Oficio. Como supondréis, se vio dominado por un violento arrebató al enterarse de los extravíos de aquel desventurado hijo, de sus libertinajes, sus disipaciones, su manera de pagar a los acreedores y su riesgo de ser ahorcado. Pero Freind se contuvo. Es algo asombroso el dominio que este hombre excelente tiene sobre sí mismo. Su razón manda sobre su corazón como un buen amo sobre su criado. Todo lo hace bien, y actúa prudentemente con la misma celeridad con que los imprudentes se deciden. «Ya no es tiempo de predicar a Jenni, dijo; hay que sacarlo del precipicio».

Sabréis que, la víspera, nuestro amigo había cobrado una suma muy elevada de la herencia de George Hubert, tío suyo. Va en persona en busca de nuestro gran cirujano Cheselden^[987]. Por suerte lo encontramos; con él vamos a casa del acreedor herido. El señor Freind hace examinar su herida, no era mortal. Da al paciente las cien guineas para el primer apósito, y cincuenta más como indemnización; le pide perdón por su hijo; le expresa su dolor con tanta ternura, con tanta verdad que aquel pobre hombre, que estaba en su cama, lo abraza deshaciéndose en lágrimas y quiere devolverle su dinero. El espectáculo admiraba y enternecía al joven señor Cheselden, que empieza a ganarse una gran reputación, y cuyo corazón es tan bondadoso como hábiles son su golpe de vista y su mano. Yo estaba emocionado, me encontraba fuera de mí; nunca había reverenciado y amado tanto a nuestro amigo.

Al volver a casa, le pregunté si no mandaría venir a su hijo a su presencia, si no le echaría en cara sus faltas. «No, dijo, quiero que él se dé cuenta antes de que yo le hable de ellas. Cenemos esta noche los dos, juntos veremos lo que me obliga a hacer la honradez. Los ejemplos corrigen mucho mejor que las reprimendas».

Mientras llegaba la hora de la cena fui a casa de Jenni; lo encontré como pienso que está todo hombre tras su primer crimen, pálido, con la mirada perdida, la voz ronca y entrecortada, el espíritu agitado, respondiendo sin sentido a cuanto se le decía. Le informé por fin de lo que su padre acababa de hacer. Permaneció inmóvil, me miró fijamente, luego se alejó un momento para derramar algunas lágrimas. Los augurios me parecieron buenos y concebí una gran esperanza de que Jenni podría ser un día un hombre muy honrado. Estaba a punto de arrojarme a su

cuello cuando Mme. Clive-Hart entró con un joven atolondrado amigo suyo llamado Birton.

«Bueno, dijo la dama riéndose, ¿es cierto que hoy has matado a un hombre? Sería desde luego algún pelma; conviene librar al mundo de esa gente. Cuando te entren ganas de acabar con algún otro, te ruego que des preferencia a mi marido; porque me aburre que me mata».

Yo miraba a aquella mujer de los pies a la cabeza. Era hermosa, pero me pareció que había algo de siniestro en su fisonomía. Jenni no se atrevía a responder, y bajaba los ojos porque yo me encontraba allí. «¿Qué te pasa, amigo mío?, le dijo Birton. Parece como si hubieras hecho algún mal; yo vengo a condonarte tu pecado. Toma, aquí tienes un librito que acabo de comprar en casa Lintot; demuestra, como que dos y dos son cuatro, que no hay ni Dios, ni vicio, ni virtud. Esto es consolador. Bebamos juntos».

Tras estas extrañas palabras, me retiré enseguida. De manera discreta di a entender al señor Freind la mucha necesidad que su hijo tenía de su presencia y consejos. «Es lo que yo creo, dijo aquel buen padre, pero empecemos por pagar sus deudas». Todas fueron saldadas a la mañana siguiente. Jenni vino a arrojarle a sus plantas. ¿Podéis creer que el padre no le hizo ningún reproche? Lo abandonó a su conciencia y se limitó a decirle: «Hijo mío, acordaos de que no hay felicidad sin virtud».

Luego casó a Boca Bermeja con el bachiller de Cataluña, por quien ella sentía una inclinación secreta a pesar de las lágrimas que había derramado por Jenni; porque todo esto cuadra maravillosamente en las mujeres. Se dice que es en sus corazones donde se reúnen todas las contradicciones. Debe de ser cierto, porque originariamente fueron hechas de una de nuestras costillas.

El generoso Freind pagó la dote de los dos casados; colocó bien a todos sus nuevos conversos, gracias a la protección de milord Peterborou: pues no basta asegurar la salvación de las gentes; hay que hacer que vivan.

Tras haber despachado todas estas buenas acciones con esa sangre fría activa que siempre me asombraba, llegó a la conclusión de que no había otro partido que tomar para devolver a su hijo al camino de la gente honrada que casarlo con una persona bien nacida que tuviese bondad, buenas costumbres, inteligencia e incluso algunas riquezas; y que ese era el único medio de separar a Jenni de aquella detestable Clive-Hart y de los perdidos que frecuentaba.

Yo había oído hablar de Mlle. Primerose, joven heredera, educada por milady Hervey^[988], pariente suya. Milord Peterborou me presentó en casa de milady Hervey. Vi a miss Primerose, y me pareció que era muy capaz de cumplir todos los propósitos de mi amigo Freind. En medio de su vida de excesos, Jenni sentía un profundo respeto por su padre, e incluso ternura. Le había conmovido, sobre todo, que su padre no le hiciese ningún reproche por su conducta pasada. Sus deudas pagadas sin advertírselo, sabios consejos dados de manera oportuna y sin reprimendas, muestras de amistad escapadas de vez en cuando sin ninguna familiaridad que hubiera podido envilecerlas, todo esto calaba en Jenni, sensible y muy inteligente por naturaleza. Yo tenía todas las razones para creer que la furia de sus desórdenes cedería ante los encantos de Primerose y ante las sorprendentes virtudes de mi amigo.

El propio milord Peterborou presentó primero al padre y luego a Jenni en casa de milady Hervey. Observé que la extremada belleza de Jenni causó desde el primer momento una profunda impresión en el corazón de Primerose; porque la vi bajar los ojos, alzarlos, y ponerse colorada. Jenni sólo pareció cortés, y Primerose confesó a milady Hervey que le hubiera gustado que esa cortesía fuese amor.

Poco a poco nuestro bello joven fue descubriendo todos los méritos de aquella incomparable joven, aunque estuviera subyugado por la infame Clive-Hart. Era como ese indio invitado por un ángel a coger un fruto celestial, y retenido por las garras de un dragón. En este punto el recuerdo de lo que vi me ahoga. Mis lágrimas mojan mi papel. Cuando haya recobrado el sentido, reanudaré el hilo de mi historia.

Capítulo VI

Aventura espantosa

Todo estaba dispuesto para concertar el matrimonio de la bella Primerose con el bello Jenni. Nuestro amigo Jenni nunca había disfrutado de una alegría más pura; yo la compartía. He aquí cómo se trocó en un desastre muy poco comprensible para mí.

La Clive-Hart amaba a Jenni engañándolo continuamente con infidelidades. Es el destino, dicen, de todas las mujeres que, con demasiado desprecio por el pudor, han renunciado a la probidad. Traicionaba a su querido Jenni sobre todo con su querido Birton y con otro disoluto de la misma calaña. Vivían juntos en la

crápula. Y cosa que quizá sólo se ve en nuestra nación: todos tenían inteligencia y valor. Por desgracia, solo tenían inteligencia contra Dios. La casa de Mme. Clive-Hart era el punto de encuentro de los ateos. Y si hubieran sido gentes de bien ateas, como Epicuro y Leontium^[989], como Lucrecio y Memmio^[990], como Espinosa, del que dicen que fue uno de los hombres más honrados de Holanda, como Hobbes, tan fiel a su desventurado monarca Carlos I^[991]. Pero...

Sea como fuere, Clive-Hart, llena de furiosos celos contra la tierna e inocente Primerose, pese a no ser fiel a Jenni, no pudo soportar aquel feliz matrimonio. Medita una venganza de la que no creo que haya ejemplo en nuestra ciudad de Londres, donde sin embargo tantos crímenes de tantas clases han visto nuestros padres.

Llegó a enterarse de que Primerose debía pasar por delante de su puerta al volver de la City, adonde la joven había ido para hacer algunas compras con su doncella. Aprovecha ese tiempo para realizar ciertos trabajos en un pequeño canal subterráneo que llevaba agua a sus excusados.

De regreso, la carroza de Primerose se vio obligada a detenerse ante aquel obstáculo. La Clive-Hart se presenta a ella, le ruega que se apeee, que descansa, que acepte algunos refrescos, en espera de que el camino quede libre. La bella Primerose temblaba ante la propuesta; pero Jenni estaba en el vestíbulo. Un impulso involuntario, más fuerte que la reflexión, le hizo apearse. Jenni ya corría a su encuentro y le ofrecía la mano. Primerose entra; el marido de la Clive-Hart era un borracho imbécil, tan odioso a su mujer como sometido a ella, encargado incluso de sus complacencias. Balbuceando, ofrece primero unos refrescos a la señorita que honra su casa, él bebe a continuación. La señora Clive-Hart se los lleva inmediatamente y manda traer otros. Mientras tanto, la calle había quedado expedita. Primerose vuelve a subir en la carroza y regresa a casa de su madre.

Al cabo de un cuarto de hora se queja de náuseas y mareos. Creen que ese pequeño trastorno sólo es efecto del movimiento de la carroza. Pero el malestar aumenta de modo continuo; y a la mañana siguiente se hallaba en peligro de muerte. Corrimos a su casa el señor Freind y yo. Encontramos a la encantadora criatura pálida, lívida, agitada por convulsiones, con los labios retraídos, los ojos tan pronto apagados como chispeantes, y siempre fijos. Unas manchas negras desfiguraban su bello pecho y su hermoso rostro. Su madre se había desvanecido al lado de la cama. En vano el compasivo Cheselden le prodigaba todos los recursos de su arte. No os pintaré la desesperación de Freind; era indecible. Vuelo a la morada de la Clive-Hart. Me entero de que su marido acaba de morir, y de que

la mujer ha abandonado la casa. Busco a Jenni; no lo encuentran. Una criada me dice que su ama se ha postrado a las plantas de Jenni y le ha conminado a no abandonarla en su desgracia, que se ha marchado con Jenni y Birton, y que nadie sabe adónde ha ido.

Abrumado por tantos golpes tan raudos y multiplicados, con la mente alterada por sospechas horribles que expulsaba y que volvían, me llevo a duras penas hasta la casa de la moribunda. «Sin embargo, me decía a mí mismo, si esa abominable mujer se ha postrado a las plantas de Jenni, si le ha rogado apiadarse de ella, es que él no es su cómplice. Jenni es incapaz de un crimen tan cobarde y tan horrible, que no ha tenido ningún motivo, ningún interés en cometerlo, y que lo privaría de una mujer adorable y de su fortuna, que lo volvería execrable para el género humano. Débil, se habrá dejado subyugar por una desgraciada cuyas maldades no habrá conocido. No ha visto, como yo, a Primerose moribunda, no habría abandonado entonces la cabecera de su lecho para seguir a la envenenadora de su esposa». Devorado por estos pensamientos, entro temblando en casa de aquella a la que temía no encontrar ya con vida. Pero respiraba. El viejo Clive-Hart había sucumbido en un momento porque su cuerpo estaba gastado por los libertinajes; pero un temperamento tan robusto como pura era su alma había sostenido a la joven Primerose. Ella me vio y con voz tierna me preguntó dónde estaba Jenni. Al oírla, confieso que un torrente de lágrimas brotó de mis ojos. No pude responderle; no pude dirigir la palabra a su padre. A ella tuvieron que dejarla finalmente entre las manos fieles que la servían.

Fuimos a informar a milord del desastre. Ya conocéis su corazón; es tan tierno con sus amigos como terrible con sus enemigos. Nunca hombre alguno fue más compasivo con una fisonomía más dura. Se tomó tanto trabajo en socorrer a la moribunda, en descubrir el asilo de Jenni y de su malvada, como el que se había tomado para dar España al archiduque. Todas nuestras pesquisas resultaron inútiles. Creí que Freind moriría en el empeño. Volábamos tan pronto a casa de Primerose, cuya agonía era larga, como a Rochester, a Dover, a Portsmouth; se mandaban correos a todas partes, se estaba en todas partes, se vagaba al azar, como perros de caza que han perdido el rastro; y sin embargo, la madre infortunada de la infortunada Primerose veía de hora en hora morir a su hija.

Por fin, supimos que una mujer bastante joven y bastante hermosa, acompañada por tres jóvenes y varios criados, había embarcado en Neuport, en el condado de Pembroke, en un pequeño navío que estaba en la rada, lleno de contrabandistas, y que ese barco había partido rumbo a la América septentrional.

Ante esta noticia, Freind lanzó un profundo suspiro; luego, de pronto, recogióse y estrechándose la mano, dijo: «Tengo que ir a América». Le respondí lleno de admiración y entre lágrimas: «Yo no os dejaré; pero ¿qué podréis hacer? — Devolver mi único hijo a su patria y a la virtud, o enterrarme a su lado», dijo. No podíamos dudar, en efecto, por los indicios que nos dieron, de que fuese Jenni quien se había embarcado con aquella horrible mujer y Birton, y los granujas de su comitiva.

Una vez tomada su decisión, el buen padre se despidió de milord Peterborou, que no tardó en volver a Cataluña, y nos fuimos a fletar en Bristol un barco rumbo al río de Laware y a la bahía de Maryland. Freind había llegado a la conclusión de que, por encontrarse estos parajes en medio de las posesiones inglesas, debía dirigir hacia ellos su navegación, sea que su hijo estuviese hacia el sur, sea que se hubiera dirigido hacia el septentrión. Se proveyó de dinero, de cartas de cambio y de víveres, dejando en Londres un criado de confianza encargado de darle noticias por medio de los barcos que todas las semanas iban a Maryland o a Pennsylvania.

Partimos; viendo la serenidad en el rostro de Freind, la gente de la tripulación creía que hacíamos un viaje de placer. Pero cuando sólo estaba yo de testigo, sus suspiros me explicaban sobradamente su profundo dolor. A veces, yo me felicitaba en secreto por el honor de consolar a un alma tan bella. Un viento del oeste nos retuvo mucho tiempo a la altura de las Sorlingues^[992]. Nos vimos obligados a dirigir nuestra ruta hacia Nueva Inglaterra. ¡Cuántas pesquisas hicimos por toda la costa! ¡Cuánto tiempo y cuidados perdidos! Por fin, tras levantarse un viento del nordeste, pusimos rumbo hacia Maryland. Fue allí donde nos describieron a Jenni, a la Clive-Hart y a sus compañeros.

Habían permanecido en la costa más de un mes y asombrado a toda la colonia con sus libertinajes y unas magnificencias desconocidas hasta entonces en esa parte del globo; tras lo cual, habían desaparecido, y nadie tenía noticias suyas.

Avanzamos en la bahía con el propósito de ir hasta Baltimore para recabar nuevos informes.

Capítulo VII

Lo que sucedió en América

En la ruta, a la derecha, encontramos una vivienda muy bien rematada. Era una casa baja, cómoda y limpia, entre un granero espacioso y un amplio establo, todo ello rodeado por un huerto donde crecían todos los frutos de la región. El recinto pertenecía a un anciano que nos invitó a descender a su retiro. No parecía inglés, y por su acento pronto juzgamos que era extranjero. Echamos el ancla; desembarcamos; aquel buen hombre nos recibió lleno de cordialidad, y nos dio la mejor comida que se pueda tener en el Nuevo Mundo.

De manera discreta le insinuamos nuestro deseo de saber a quién debíamos agradecer ser tan bien recibidos. «Soy, dijo, uno de esos que vosotros llamáis salvajes. Nací en una de las montañas azules^[993] que bordean esta comarca, y que podéis ver a occidente. Una maldita serpiente de cascabel me mordió en mi infancia en una de estas montañas. Estaba abandonado, iba a morir. El padre del actual milord Baltimore me encontró, me puso en las manos de su médico, y le debí la vida. Pronto le devolví lo que le debía, porque salvé la suya en un combate contra una horda vecina. Por recompensa me dio esta casa donde vivo feliz».

El señor Freind le preguntó si era de la religión de lord Baltimore^[994]. «¿Yo?, respondió; no, yo soy de la mía; ¿por qué había de ser de la religión de otro hombre?». Esta respuesta breve y enérgica nos hizo pensar un poco en nosotros mismos. «¿Entonces tenéis vuestro Dios y vuestra ley?, le dije. — Sí, nos respondió con una seguridad en la que no había nada de orgullo; mi Dios está ahí, y señaló el cielo; mi ley, aquí, y se puso la mano sobre el corazón».

El señor Freind quedó muy admirado, y estrechándome la mano me dijo: «Esta pura naturaleza sabe más que todos los bachilleres que razonaron con nosotros en Barcelona».

Tenía prisa por conocer, si era posible, alguna noticia segura de su hijo Jenni. Era un peso que le oprimía. Preguntó si no se había oído hablar de aquella banda de jóvenes que habían causado tanto alboroto en los alrededores. «¡Claro que me han hablado de ellos!, dijo el viejo. ¡Los vi, los acogí en mi casa, y se fueron tan contentos de mi acogida que se marcharon con una de mis hijas!».

Júzguese cuál no sería el temblor y el espanto de mi amigo al oír estas palabras. No pudo dejar de exclamar en un primer impulso: «¡Cómo!, ¿que vuestra hija ha sido raptada por mi hijo? — Buen inglés, le replicó el viejo, no te enfades; estoy muy contento de que el que se marchó de mi casa con mi hija sea tu hijo; porque es hermoso, está bien constituido y parece valiente. Se llevó a mi querida Paruba; pues has de saber que Paruba es su nombre, porque Paruba es el mío. Si se

hubiera llevado a mi Paruba, sería un robo; y mis cinco hijos varones, que ahora están cazando por las cercanías, a cuarenta o cincuenta millas de aquí, no habrían tolerado tal afrenta. Es un gran pecado robar el bien del prójimo. Mi hija se fue voluntariamente con esos jóvenes; quiso ver el país; es una pequeña satisfacción que no debe negarse a una persona de su edad. Esos viajeros me la devolverán antes de un mes: estoy seguro, porque me lo han prometido». Tales palabras me habrían hecho reír si el dolor en que veía sumido a mi amigo no hubiera invadido mi alma, que estaba preocupada por aquello.

Por la noche, cuando nos disponíamos a partir y aprovechar el viento, llega uno de los hijos de Paruba, jadeante, con la palidez, el horror y la desesperación en el rostro. «¿Qué te pasa, hijo mío? ¿De dónde vienes? Te creía de caza. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te ha herido algún animal salvaje? — No, padre mío, no estoy herido, pero me muero. — Vuelvo a preguntarte, ¿de dónde vienes, querido hijo? — De cuarenta millas de aquí, sin detenerme; pero estoy muerto».

El padre, tembloroso, le hace descansar. Se le da de comer; nos mostramos solícitos con él todos nosotros, sus hermanos y hermanas pequeños, el señor Freind y yo, y nuestros criados. Cuando se hubo recobrado, se lanzó al cuello del buen viejo Paruba. «¡Ah!, dijo entre sollozos, mi hermana Paruba es prisionera de guerra, y probablemente se la van a comer».

El bueno de Paruba se desmayó al oír estas palabras. El señor Freind, que también era padre, sintió que sus entrañas se conmovían. Por fin Paruba hijo nos informó de que un grupo de jóvenes ingleses muy atolondrados habían atacado, por entretenerse, a gentes de la montaña azul. «Llevaban con ellos, dijo, a una mujer muy hermosa y a su criada; y no sé cómo, mi hermana se encontraba en su compañía. A la bella inglesa la mataron y se la comieron; a mi hermana la han cogido y se la comerán igual. Vengo aquí en busca de ayuda contra las gentes de la montaña azul; quiero matarlos, comérmelos yo a mi vez, recuperar a mi querida hermana, o morir».

Le tocó entonces al señor Freind desmayarse; pero el hábito de dominarse lo sostuvo. «Dios me dio un hijo, me dijo; recuperará al hijo y al padre cuando haya llegado el momento de ejecutar sus eternos decretos. Amigo mío, me vería tentado a creer que algunas veces Dios obra mediante una providencia particular, sometida a sus leyes generales, ya que castiga en América los crímenes cometidos en Europa, y que la malvada Clive-Hart ha muerto como debía morir. Acaso el soberano fabricante de tantos mundos haya dispuesto las cosas de modo que las grandes fechorías cometidas en un globo se expíen a veces en ese mismo globo. No me

atrevo a creerlo, pero lo deseo; y lo creería si esa idea no fuera contraria a todas las reglas de la buena metafísica».

Después de tan tristes reflexiones sobre aventuras tan fatales, muy frecuentes en América, Freind adoptó su decisión de manera inmediata, según su costumbre. «Tengo un buen barco, le dijo a su huésped, está bien abastecido; remontemos el golfo con la marea lo más cerca que podamos de las montañas azules. Lo que más me urge ahora es salvar a vuestra hija. Vamos hacia vuestros antiguos compatriotas; les diréis que voy a llevarles la pipa de la paz, y que soy el nieto de Penn: con este nombre bastará».

A este nombre de Penn, tan honrado en toda la América boreal, el buen Paruba y su hijo sintieron los impulsos del más profundo respeto y de la más cara esperanza. Nos embarcamos, nos hicimos a la vela, y treinta y seis horas después atracábamos cerca de Baltimore.

En cuanto llegamos a la vista de ese pequeño lugar, casi desierto entonces, descubrimos a lo lejos un numeroso tropel de habitantes de las montañas azules que bajaban a la llanura, armados de rompecabezas, de hachas, y de esos mosquetes que tan tontamente les han vendido los europeos para tener pieles. Ya se oían sus espantosos aullidos. Por otro lado avanzaban cuatro jinetes, seguidos de varios hombres a pie. Esta pequeña tropa nos tomó por gentes de Baltimore que iban a combatirlos. Los jinetes se lanzaron contra nosotros a rienda suelta, sable en mano. Nuestros compañeros se preparaban para recibirlos. Tras mirar fijamente a los jinetes, el señor Freind se estremeció un instante; pero, recuperando de pronto su sangre fría habitual, nos dijo con voz enternecida: «No os mováis, amigos míos; dejadme actuar solo». Y en efecto, se adelanta solo, sin armas, a pasos lentos, hacia la tropa. Vemos en un instante al jefe abandonar la brida de su caballo, echar pie a tierra y caer prosternado. Nosotros lanzamos un grito de asombro; nos acercamos: era Jenni en persona, que bañaba con lágrimas los pies de su padre, que lo abrazaba con manos temblorosas. Ninguno de los dos podía articular palabra. Birton y los dos jóvenes jinetes que lo acompañaban se apearon de los caballos. Pero Birton, que conservaba su carácter, le dijo: «¡Diablo!, querido Freind, no te esperaba aquí. Tú y yo estamos hechos para las aventuras. ¡Diablo!, estoy encantado de verte».

Sin dignarse responderle, Freind se volvió hacia el ejército de las montañas azules que avanzaba. Camina hacia él acompañado sólo por Paruba, que le servía de intérprete. «Compatriotas, les dice Paruba, aquí tenéis al descendiente de Penn que os trae la pipa de la paz».

A estas palabras, el más anciano del pueblo respondió, alzando las manos y los ojos al cielo: «¡Un hijo de Penn! ¡Ojalá pueda yo besar sus pies y sus manos, y sus sagradas partes de la generación! ¡Ojalá pueda él hacer una larga raza de Penn! ¡Vivan por siempre los Penn! El gran Penn es nuestro Manítú, nuestro Dios. Él fue casi el único de las gentes de Europa que no nos engañó, que no se apoderó por la fuerza de nuestras tierras. Compró la región que nosotros le cedimos; la pagó con liberalidad; mantuvo entre nosotros la concordia; aportó remedios a las pocas enfermedades que nuestro trato con las gentes de Europa nos comunicaba; nos enseñó artes que ignorábamos. Nunca fumamos contra él ni contra sus hijos la pipa de la guerra; con los Penn no tenemos más que la pipa de la adoración^[995]».

Después de haber hablado así en nombre de su pueblo, corrió a besar los pies y las manos del señor Freind; pero se abstuvo de llegar a las partes sagradas cuando le dijeron que no era esa la costumbre en Inglaterra, y que cada país tiene sus ceremonias.

Freind mandó traer enseguida una treintena de jamones, otro tanto de grandes pasteles de carne y de pulardas en adobo, doscientas grandes frascas de vino de Pontac que se sacaron del barco; sentó a su lado al comandante de las montañas azules. Jenni y sus compañeros participaron del festín; pero Jenni habría deseado estar a cien pies bajo tierra. Su padre no le decía nada; y ese silencio aumentaba todavía más su vergüenza.

Como a Birton todo le daba igual, mostraba una alegría frenética. Antes de empezar a comer, Freind le dijo al buen Paruba: «Nos falta una persona muy querida, vuestra hija». El comandante de las montañas azules la hizo venir en el acto; no se le había hecho ningún ultraje; ella abrazó a su padre y a su hermano como si hubiera vuelto del paseo.

Yo aproveché la libertad de la comida para preguntar por qué razón los guerreros de las montañas azules habían matado y comido a Mme. Clive-Hart y no le habían hecho nada a la hija de Paruba. «Porque somos justos, respondió el comandante. Esa orgullosa inglesa era de la tropa que nos atacó; mató a uno de los nuestros de un pistoletazo por la espalda. No le hemos hecho nada a la Paruba desde que supimos que era hija de uno de nuestros antiguos camaradas, y que sólo había venido aquí para divertirse; hay que dar a cada cual según sus obras».

A Freind le conmovió esta máxima; pero hizo ver que la costumbre de comer mujeres era indigna de gentes tan valientes, y que, con tanta virtud, no se debía ser antropófago.

El jefe de las montañas nos preguntó entonces qué hacíamos con nuestros enemigos una vez que los habíamos matado. «Los enterramos, le respondí yo. — Entiendo, contestó él; hacéis que se los coman los gusanos. Nosotros preferimos tener la preferencia; nuestros estómagos son una sepultura más honorable».

A Birton le dio por apoyar la opinión de las montañas azules. Dijo que la costumbre de meter al prójimo en la olla o asarlo en un espetón era la más antigua, y la más natural, puesto que se la había encontrado establecida en los dos hemisferios; que, por consiguiente, quedaba demostrado que era una idea innata^[996]: que antes de salir a cazar animales se había salido a cazar hombres por la sencilla razón de que era mucho más fácil matar a un hombre que matar a un lobo. Que si los judíos, en sus libros tanto tiempo ignorados, imaginaron que un tal Caín mató a un tal Abel, no pudo ser más que para comérselo. Que estos mismos judíos confiesan abiertamente haberse alimentado varias veces de carne humana; que, según los mejores historiadores, los judíos devoraron las carnes sangrantes de los romanos que habían asesinado en Egipto, en Chipre, en Asia, durante sus revueltas contra los emperadores Trajano y Adriano.

Le dejamos propalar estas duras bromas, cuyo fondo por desgracia podía ser cierto, pero que no tenían nada del aticismo griego ni de la urbanidad romana.

Sin responderle, el buen Freind dirigió la palabra a las gentes del país. Paruba lo traducía frase por frase. Nunca el grave Tillotson^[997] habló con tanta energía. Nunca el insinuante Smaldrige^[998] tuvo gracias tan conmovedoras. El gran secreto consiste en demostrar con elocuencia. Así pues, les demostró que esos festines en los que uno se alimenta de carne de sus semejantes son comidas de buitres, y no de hombres; que esa execrable costumbre inspira una ferocidad destructiva del género humano; que por esa razón no conocían ni los consuelos de la sociedad ni el cultivo de la tierra. Finalmente, ellos juraron por su gran Manitú que no volverían a comer hombres ni mujeres.

En una sola charla, Freind fue su legislador; era Orfeo domesticando a los tigres. Por más que los jesuitas se hayan atribuido milagros en sus *Lettres curieuses et édifiantes*^[999], que rara vez son lo uno y lo otro, nunca igualaron a nuestro amigo Freind.

Tras haber colmado de presentes a los señores de la montañas azules, devolvió en su barco al bondadoso Paruba a su morada. El joven Paruba fue de la partida lo mismo que su hermana; el resto de hermanos habían seguido cazando por la parte de la Carolina. Jenni, Birton y sus camaradas se embarcaron en el

navío; el prudente Freind proseguía con su método de no hacer ningún reproche a su hijo cuando este bellaco había cometido una mala acción; le dejaba examinarse a sí mismo, y devorar su corazón, como dice Pitágoras. Sin embargo, sacó tres veces la carta que le habían traído de Inglaterra y, releyéndola, miraba a su hijo, que siempre bajaba la vista; y en el rostro de aquel joven se leía respeto y arrepentimiento.

En cuanto a Birton, estaba tan alegre y desenvuelto como si acabara de regresar del teatro: era un carácter poco más o menos del gusto del difunto conde de Rochester^[1000], extremado en la depravación, en la valentía, en sus ideas, en sus expresiones, en su filosofía epicúrea, por no estar atado a nada, salvo a las cosas extraordinarias, de las que se cansaba enseguida; poseía esa clase de espíritu que tienen las verosimilitudes para las demostraciones; era más culto, más elocuente que cualquier otro joven de su edad; pero nunca se había tomado la molestia de profundizar nada.

Al señor Freind, cuando cenaba con nosotros en el barco, se le escapó decirme: «En verdad, amigo mío, espero que Dios inspire costumbres más honestas a estos jóvenes, y que el terrible ejemplo de la Clive-Hart sirva para corregirlos».

Cuando oyó estas palabras, Birton le dijo en un tono algo despectivo: «Hace mucho que estaba muy descontento de esa malvada Clive-Hart; ahora ella me importa tan poco como una pularda gorda que alguien hubiera puesto a asar; pero, en buena fe, ¿pensáis que existe, no sé dónde, un ser continuamente dedicado a castigar a todas las mujeres malvadas y a todos los hombres perversos que pueblan y despueblan las cuatro partes de nuestro pequeño mundo? ¿Olvidáis que nuestra detestable María, hija de Enrique VIII, fue feliz hasta su muerte? Y, sin embargo, había hecho perecer en las llamas a más de ochocientos ciudadanos y ciudadanas con el solo pretexto de que no creían ni en la transustanciación ni en el Papa. Su padre, casi tan bárbaro como ella, y su marido, más profundamente perverso, vivieron en medio de los placeres. El papa Alejandro VI^[1001], más criminal que todos ellos, fue también el más afortunado; todos sus crímenes le salieron bien, y murió a los setenta y dos años, poderoso, rico y cortejado por todos los reyes. ¿Dónde está, pues, el Dios justo y vengador? No, ¡por Cristo!, no hay Dios».

Con aire austero pero tranquilo, el señor Freind le dijo: «Señor, en mi opinión no deberíais jurar por Dios mismo que ese Dios no existe. Pensad que Newton y Locke nunca pronunciaron ese sagrado nombre sin un aire de recogimiento y de adoración secreta que fue observado por todo el mundo.

»— *Pox*^[1002], prosiguió Birton, me importa un rábano la jeta que hayan puesto dos hombres. ¿Qué jeta tenía Newton cuando comentaba el Apocalipsis^[1003]? ¿Y qué mueca hacía Locke cuando contaba la larga conversación de un loro con el príncipe Mauricio^[1004]?». Entonces Freind pronunció estas hermosas palabras de oro que se grabaron en mi corazón: “Olvidemos los sueños de los grandes hombres, y recordemos las verdades que nos han enseñado”. Esta respuesta dio pie a una disputa reglada, más interesante que la conversación con el bachiller de Salamanca; me situé en un rincón, y anoté cuanto se dijo; todos se colocaron alrededor de los litigantes; el bondadoso Paruba, su hijo, y sobre todo su hija, los compañeros de depravaciones de Jenni, escuchaban, estirado el cuello y fijos los ojos; y Jenni, con la cabeza gacha, los codos sobre sus rodillas, las manos sobre sus ojos, parecía sumido en la más profunda de las meditaciones.

Ésta es, literalmente, la disputa.

Capítulo VIII

Diálogo de Freind y de Birton sobre el ateísmo

Freind

No os repetiré, señor, los argumentos metafísicos de nuestro célebre Clarke^[1005]. Únicamente os exhorto a releerlos; están más hechos para ilustraros que para emocionaros: sólo quiero aportaros razones, que tal vez hablen mejor a vuestro corazón.

Birton

Será un placer; quiero que me diviertan y despierten mi interés; odio los sofismas: las disputas metafísicas se parecen a odres llenos de viento que se lanzan uno a otro los combatientes. Las vejigas se rompen, el aire escapa, y no queda nada.

Freind

Quizá en las profundidades del respetable arriano Clarke haya algunas oscuridades, algunas vejigas; quizá se equivocó sobre la realidad del infinito actual y del espacio, etc.; volviéndose comentarista de Dios, quizá haya imitado alguna

vez a los comentaristas de Homero, que le suponen ideas en las que Homero no pensó nunca.

A estas palabras de infinito, de espacio, de Homero, de comentaristas, el bondadoso Paruba y su hija, e incluso algunos ingleses, quisieron irse a tomar el aire a cubierta; pero, después de que Freind prometiera ser inteligible, se quedaron; y yo le explicaba en voz baja a Paruba algunas palabras algo científicas, que gentes nacidas en las montañas azules no podían entender con tanta facilidad como los doctores de Oxford y de Cambridge.

El amigo Freind continuó, pues, así:

Sería triste que, para estar seguros de la existencia de Dios, fuera preciso ser un profundo metafísico; en Inglaterra no habría, a lo sumo, más que un centenar de mentes bien versadas o descompuestas en esa ardua ciencia del pro y del contra que fueran capaces de sondear ese abismo, y el resto de toda la tierra se pudriría en una ignorancia invencible, abandonada como presa a sus pasiones brutales, gobernada por el solo instinto y razonando pasablemente sólo sobre las groseras nociones de sus intereses carnales. Para saber si hay un Dios, no os pido más que una cosa: que abráis los ojos.

Birton

¡Ah!, os veo venir: recurrís a ese viejo argumento, tan rebatido, de que el Sol gira sobre su eje en veinticinco días y medio, a pesar de la absurda Inquisición de Roma; de que la luz nos llega reflejada desde Saturno en catorce minutos, pese a las absurdas suposiciones de Descartes; de que cada estrella fija es un sol como el nuestro, rodeado de planetas; de que todos estos astros innumerables, situados en las profundidades del espacio, obedecen a las leyes matemáticas, descubiertas y demostradas por el gran Newton; de que un catequista anuncia Dios a los niños, y de que Newton lo prueba a los sabios, como dice un filósofo *frenchman*^[1006] perseguido en su extravagante país por haberlo dicho.

No os atormentéis exponiéndome ese orden constante que reina en todas las partes del universo: es menester que todo cuanto existe esté en un orden cualquiera; es menester que la materia menos pesada se eleve sobre la más maciza, que el más fuerte en todos los sentidos oprima al más débil, que lo que es lanzado con mayor impulso corra más deprisa que su igual; de este modo, todo se dispone por sí mismo. Por más que, después de haber bebido una pinta de vino como Esdras^[1007], me habléis como él novecientas sesenta horas seguidas sin cerrar la

boca, no por eso os creeré más. ¿Querriais que adoptase un Ser eterno, infinito e inmutable que se ha complacido en no sé qué tiempo creando de la nada unas cosas que cambian a cada momento, y en hacer arañas para que despanzurren moscas? ¿Querriais que dijese, como ese impertinente charlatán de Nieuventyd^[1008], que “Dios nos ha dado orejas para tener fe, porque la fe viene de oídas?”. No, no, yo no creeré a charlatanes que han vendido caras sus drogas a imbéciles; me atengo al pequeño libro de un *frenchman*^[1009] que dice que nada existe ni puede existir nada, salvo la naturaleza; que la naturaleza hace todo, que la naturaleza es todo, que es imposible y contradictorio que exista algo más allá del todo; en una palabra, sólo creo en la naturaleza.

Freind

Y si os dijese que no hay naturaleza, y que en nosotros, alrededor de nosotros, y en cien mil millones de leguas, todo es artificio sin excepción alguna.

Birton

¡Cómo! ¿Que todo es artificio? ¡Eso sí que lo es!

Freind

Casi nadie se da cuenta. Sin embargo, no hay nada más cierto. Siempre os diré: Servíos de vuestros ojos, y reconoceréis, adoraréis a un Dios. Pensad en la forma en que esos globos inmensos, que veis rodar en su inmensa carrera, observan las leyes de una profunda matemática: por lo tanto, hay un gran matemático al que Platón llamaba el eterno geómetra. Admiráis esas máquinas de reciente invención que se llaman *oreri*, porque milord Oleri^[1010] las ha puesto de moda protegiendo al obrero con sus liberalidades; es una copia palidísima de nuestro mundo planetario y de sus revoluciones, el período mismo del cambio de los solsticios y de los equinoccios, que nos trae de día en día una nueva estrella polar. Ese periodo, ese curso tan lento de unos veintiséis mil años, sólo ha podido ser ejecutado por manos humanas en nuestros *oreris*. Esa máquina es muy imperfecta: hay que hacerla girar con una manivela; sin embargo, es una obra maestra de la habilidad de nuestros artesanos. Juzgad, pues, la potencia, el genio del eterno arquitecto, si es que podemos aplicar estos términos impropios tan mal combinados al Ser supremo.

Le di a Paruba una ligera idea de lo que es un *oreri*. Él dijo: «Si hay genio en esa copia, es preciso que lo haya en el original. Querría ver un *oreri*; pero el cielo es

más bello». Al oír estas palabras, todos los asistentes, ingleses y americanos, quedaron igualmente impresionados por su verdad, y levantaron las manos al cielo. Birton permaneció muy pensativo: luego exclamó: «¡Cómo! ¿Todo sería arteficio, y la naturaleza no sería más que la obra de un artesano supremo? ¿Sería posible?».

El sabio Freind continuó así:

Volved ahora vuestros ojos hacia vos mismo; examinad con qué habilidad sorprendente, y nunca suficientemente conocida, está todo construido dentro y fuera para todas vuestras necesidades y todos vuestros deseos; no pretendo dar aquí una lección de anatomía, sabéis de sobra que no hay una sola víscera que no sea necesaria, y que no sea auxiliada en sus peligros por el juego continuo de las vísceras vecinas. En el cuerpo, los auxilios están preparados con tanto arteficio por todas partes que no hay una sola vena que no tenga sus válvulas y sus esclusas, para abrir pasos a la sangre. Desde la raíz del pelo hasta los dedos de los pies, todo es arteficio, todo es preparación, medio y fin. Y en verdad, sólo puede sentirse indignación contra los que se atreven a negar las verdaderas causas finales, y que tienen suficiente mala fe o furia para decir que la boca no está hecha para hablar y para comer; que ni los ojos están maravillosamente dispuestos para ver, ni las orejas para oír, ni las partes de la generación para engendrar: esa audacia supone tal locura que me cuesta comprenderla.

Confesemos que todos los animales dan testimonio del supremo fabricante.

La hierba más pequeña basta para confundir la inteligencia humana; y es tan cierto que resulta imposible a los esfuerzos de todos los hombres reunidos producir una brizna de paja si dentro de la tierra no está su germen. Y no hay que decir que los gérmenes se pudren para producir^[1011]: porque tales tonterías ya no se dicen.

Todos los reunidos comprendieron la verdad de estas pruebas más vivamente que todo lo demás, porque eran más palpables. Birton decía entre dientes. «¿Habrà que someterse a reconocer un Dios? Veamos eso, ¡diablos!, es un asunto a considerar». Jenni seguía pensando profundamente, y estaba emocionado; y nuestro Freind acabó su frase:

No, amigos míos, no hagamos nada, no podemos hacer nada; nos es dado disponer, unir, desunir, enumerar, pesar, medir, pero ¿hacer? ¡Qué palabra! Sólo hace el ser necesario, el ser que existe eternamente por sí mismo; por eso los

charlatanes que trabajan en la piedra filosofal son tan grandes imbéciles o tan grandes granujas. Se jactan de crear oro, y ni siquiera podrían crear mierda.

Admitamos, pues, amigos míos, que hay un Ser supremo, necesario, incomprendible, que nos ha hecho.

Birton

¿Y dónde está ese Ser? Si hay uno, ¿por qué se esconde? ¿Lo ha visto alguien alguna vez? ¿Debe uno esconderse cuando se hace el bien?

Freind

¿Habéis visto vos alguna vez a Christophe Ren^[1012], que construyó San Pablo en Londres? Sin embargo, está demostrado que ese edificio es obra de un arquitecto muy hábil.

Birton

A nadie le cuesta suponer que Ren construyó con mucho dinero ese enorme edificio en el que Burgess nos duerme cuando predica. Sabemos bien por qué y cómo levantaron nuestros antepasados esa construcción. Pero ¿por qué y cómo habría creado un Dios este universo de la nada? Conocéis la vieja máxima de toda la Antigüedad: «Nada no puede crear nada, nada no vuelve a nada». Es una verdad de la que nadie ha dudado nunca. Vuestra misma Biblia dice expresamente que vuestro Dios hizo el cielo y la tierra, aunque el cielo, es decir, la reunión de todos los astros, sea más superior a la tierra de lo que esta tierra es respecto al más pequeño de los granos de arena; pero vuestra Biblia nunca ha dicho que Dios hiciese el cielo y la tierra con nada en absoluto: no pretende que el Señor haya hecho a la mujer de nada. La formó de manera muy singular de una costilla que arrancó a su marido. El caos existía, según la propia Biblia, antes de la tierra. Por lo tanto la materia era tan eterna como vuestro Dios.

Se elevó entonces un pequeño murmullo en la asamblea; decían: «Birton bien podría tener razón»; pero Freind respondió:

Creo haberos demostrado que existe una inteligencia suprema, un poder eterno al que debemos una vida pasajera: no os he prometido explicaros el porqué ni el cómo. Dios me ha dado suficiente razón para comprender que existe, pero no la bastante para saber de modo preciso si la materia estuvo eternamente sometida a él, o si él la hizo nacer en el tiempo. ¿Qué os importa la eternidad o la creación de

la materia, con tal de que reconozcáis un Dios, un dueño de la materia y de vos? Me preguntáis dónde está Dios; no lo sé, y no debo saberlo. Sé que está; que él es nuestro amo, que hace todo y que nosotros debemos esperar todo de su bondad.

Birton

¡De su bondad! ¿Estáis de broma? Me habéis dicho: «Servíos de vuestros ojos»; y yo os digo: «Servíos vos de los vuestros». Echad una ojeada sobre la tierra entera, y juzgad si vuestro Dios podría ser bueno.

El señor Freind se dio cuenta de que éste era el punto álgido de la disputa, y de que Birton le preparaba un rudo ataque; se dio cuenta también de que los oyentes, y sobre todo los americanos, necesitaban recuperar el aliento para escuchar, y él para hablar. Se encomendó a Dios; fueron a pasear por cubierta; luego tomaron té en el balandro, y la disputa reglada empezó de nuevo.

Capítulo IX

Sobre el ateísmo

Birton

¡Pardiez!, señor, no lo tendréis tan fácil en el artículo de la bondad como lo habéis tenido en el del poder y la maña; os hablaré ante todo de los enormes defectos de este globo, que son precisamente lo opuesto a esa destreza tan ponderada; luego pondré ante vuestros ojos los crímenes y las desdichas perpetuas de sus habitantes, y vos mismo juzgaréis sobre el paternal afecto que, según vos, tiene por ellos el Amo.

Empezaré por deciros que la gente de Gloucestershire, mi país, cuando por sus cuidados nacen caballos en sus remontas, los crían en excelentes pastos, les dan luego una buena cuadra, y avena y paja en abundancia. Pero, decidme, ¿qué alimento y qué abrigo tenían todos estos pobres americanos del Norte cuando los descubrimos después de tantos siglos? Estaban obligados a recorrer treinta y cuarenta millas para conseguir algún alimento. Toda la costa boreal de nuestro antiguo mundo languidece poco más o menos bajo la misma necesidad; y desde la Laponia sueca hasta los mares septentrionales del Japón, cien pueblos arrastran su existencia, tan corta como insoportable, en una carestía horrible, en medio de sus nieves perpetuas.

Los mejores climas están expuestos sin cesar a plagas destructoras. Caminamos en ellos sobre precipicios ardientes recubiertos de fértiles terrenos, que son trampas mortales. No hay otros infiernos sin duda; y estos infiernos se han abierto mil veces bajo nuestros pies.

Se nos habla de un diluvio universal físicamente imposible, y del que todas las personas sensatas se ríen; pero al menos nos consuelan diciéndonos que sólo duró diez meses: debía apagar los fuegos que luego han destruido tantas ciudades flocientes. Vuestro san Agustín nos enseña que hubo en Libia cien ciudades enteras abrasadas y abismadas por un solo terremoto; esos volcanes perturbaron toda la hermosa Italia. Para colmo de males, los tristes habitantes de la zona glacial no están exentos de estos abismos subterráneos; los islandeses, siempre amenazados, ven el hambre ante ellos, cien pies de hielo y cien pies de llamas a derecha e izquierda sobre su monte Hecla: porque todos los grandes volcanes están situados sobre esas horrendas montañas.

Se empeñan en decirnos que esas montañas de dos mil toesas de altura no son nada en comparación con la Tierra, que tiene tres mil leguas de diámetro; que es un grano de la cáscara de una naranja sobre la redondez de esa fruta, que no es siquiera un pie sobre tres mil. ¡Ay!, entonces, ¿qué somos nosotros si las altas montañas no son sobre la tierra más que la figura de un pie sobre tres mil pies, y de cuatro pulgadas sobre nueve mil pies? Somos, por tanto, animales absolutamente imperceptibles; y sin embargo, nos aplasta todo lo que nos rodea, aunque nuestra infinita pequeñez, tan vecina de la nada, parece que debería ponernos al abrigo de todos los accidentes. Tras esa innumerable cantidad de ciudades destruidas, reconstruidas y vueltas a destruir como hormigueros, ¿qué diremos de esos mares de arenas que atraviesan el centro de África, y cuyas olas ardientes, acumuladas por los vientos, se han tragado ejércitos enteros? ¿De qué sirven esos vastos desiertos, al lado de la hermosa Siria? Desiertos tan horribles, tan inhabitables, que esos animales feroces llamados *judíos* se creyeron en el paraíso terrenal cuando pasaron de esos lugares de horror a un rincón de tierra en la que sólo podían cultivarse unos pocos arpendes.

No es suficiente todavía que el hombre, esa noble criatura, haya sido tan mal alojado, tan mal vestido, tan mal nutrido durante tantos siglos. Nace entre orinas y materias fecales para respirar dos días; y durante esos dos días hechos de esperanzas engañosas y de dolores reales, su cuerpo, formado con un arte inútil, es presa de todos los males que resultan de ese arte mismo; vive entre la peste y la sífilis; la fuente de su ser está envenenada; no hay nadie que pueda meter en su memoria la lista de todas las enfermedades que nos persiguen; ¡y el médico de las

orinas en Suiza^[1013] pretende curarlas todas!

Mientras Birton hablaba de este modo, los presentes estaban muy atentos y emocionados; el bondadoso Paruba decía: «Veamos cómo nuestro doctor sale de este paso». Hasta Jenni dejó escapar estas palabras en voz baja: «A fe que tiene razón; qué tonto he sido dejándome convencer por las palabras de mi padre». El señor Freind dejó pasar esa primera andanada que impresionaba a todas las imaginaciones; luego dijo:

Un teólogo joven respondería con sofismas a ese torrente de tristes verdades, y os citaría a san Basilio y a san Cirilo, que en este punto no tienen nada que hacer; por lo que a mí respecta, os confesaré sin rodeos que hay mucho mal físico sobre la Tierra; no resto importancia a su existencia; pero el señor Birton lo ha exagerado demasiado. Me remito a vos, mi querido Paruba; vuestro clima está hecho para vosotros, y no es tan malo, puesto que ni vos ni vuestros compatriotas habéis querido dejarlo nunca. Los esquimales, los islandeses, los lapones, los ostíacos, los samoyedos, nunca han querido salir del suyo. Los rangíferos, o renos, que Dios les dio para alimentarlos, vestirlos y trasladarlos, mueren cuando se los traslada a otra zona. Hasta los lapones mueren también en climas algo meridionales; el sur de Siberia es demasiado cálido para ellos: se asarían en este lugar en que nosotros estamos.

Es claro que Dios hizo cada especie de animales y de vegetales para el lugar en que se perpetúan. Los negros, esa especie de hombres tan distinta de la nuestra, nacieron de tal modo para su patria que millares de estos animales negros se dieron la muerte cuando nuestra bárbara codicia los transportó a otra parte. El camello y el avestruz viven tranquilamente en las arenas de África; el toro y sus compañeras brincan en regiones ubérrimas donde la hierba se renueva continuamente para su alimento; la canela y el clavo sólo crecen en las Indias; el trigo sólo es bueno en los pocos países donde Dios lo hace crecer. En toda vuestra América, desde California hasta el estrecho de Lemare, hay otros alimentos: nosotros no podemos cultivar la vid en nuestra fértil Inglaterra; como tampoco se puede en Suecia y en Canadá. Por eso, los que en ciertos países fundamentan la esencia de sus ritos religiosos en el pan y en el vino no han consultado más que a su clima; y hacen muy bien dando gracias a Dios por el alimento y la bebida que reciben de su bondad; y vosotros, los americanos, haréis muy bien agradeciéndole vuestro maíz, vuestra mandioca y vuestra cazabe^[1014]. Dios ha proporcionado por toda la Tierra los órganos y las facultades de los animales, desde el hombre hasta el caracol, en los lugares en que les dio la vida: no acusemos, pues, siempre a la Providencia, cuando tantas veces le debemos acciones de gracia.

Vayamos a las plagas, a las inundaciones, a los volcanes, a los temblores de tierra. Si sólo consideráis estas calamidades, si no recogéis más que un conjunto horrible de todos los accidentes que han atacado algunas ruedas de la máquina de este universo, Dios es un tirano a vuestros ojos; si prestáis atención a sus innumerables beneficios, Dios es un padre. Me citáis a san Agustín el rétor^[1015], quien, en su libro sobre los milagros, habla de cien ciudades engullidas a la vez en Libia; mas pensad que ese africano, que pasó su vida contradiciéndose, prodigaba en sus escritos la figura de la exageración; trataba los temblores de tierra como la gracia eficaz y la condenación eterna de todos los recién nacidos muertos sin bautismo. ¿No dijo, en su trigésimo séptimo sermón, que había visto en Etiopía razas de hombres provistos de un gran ojo en medio de la frente como los cíclopes, y pueblos enteros sin cabeza?

Nosotros, que no somos Padres de la Iglesia, no debemos ir ni más allá ni más acá de la verdad; y la verdad es que, de cien mil viviendas, a lo sumo puede contarse una destruida cada siglo por los fuegos necesarios para la formación de este globo.

El fuego es tan necesario para el universo entero que, sin él, no habría sobre la Tierra ni animales, ni vegetales, ni minerales: no habría ni Sol ni estrellas en el espacio. Ese fuego, esparcido bajo la primera corteza de la Tierra^[1016], obedece a las leyes generales establecidas por Dios mismo; es imposible que de ello no resulten algunos desastres particulares. Pero no puede decirse que un artesano sea un mal obrero cuando una máquina inmensa, formada exclusivamente por él, subsiste desde hace tantos siglos sin estropearse. Si un hombre hubiera inventado una máquina hidráulica que regase toda una provincia y la hiciese fértil, ¿le reprocharíais que el agua que os diera ahogase unos cuantos insectos?

Os he demostrado que la máquina del mundo es obra de un ser soberanamente inteligente y poderoso; vosotros que sois inteligentes, debéis admirarlo; vosotros que habéis sido colmados por sus beneficios, debéis amarlo.

Pero los desventurados, decís vos, condenados a sufrir toda su vida, agobiados por enfermedades incurables, ¿pueden admirarlo y amarlo? Os diré, amigos míos, que esas enfermedades tan crueles vienen, casi todas, por culpa nuestra, o por la de nuestros padres, que abusaron de su cuerpo, y no por culpa del gran fabricante. Salvo la decrepitud, apenas se conocían enfermedades en toda la América septentrional antes de que nosotros os hubiésemos aportado esa agua de muerte que nosotros llamamos agua de vida^[1017], y que produce mil males distintos en todo el que ha bebido demasiado. El contagio secreto de los caribes, que

vosotros los jóvenes llamáis *pox*, sólo era una ligera indisposición cuya fuente ignoramos, y que se curaba en dos días, bien con guayaco^[1018], bien con caldo de tortuga; la incontinenia de los europeos trasplantó al resto del mundo esa incomodidad, que adquirió entre nosotros un carácter tan funesto y que se ha convertido en una plaga tan abominable. Leemos que de ella murieron el papa Julio II, el papa León X, un arzobispo de Maguncia llamado Henneberg y el rey de Francia Francisco I.

La sífilis, nacida en la Arabia Feliz, sólo era una débil erupción, una ebullición pasajera sin peligro, una simple depuración de la sangre; en Inglaterra se ha vuelto mortal como en tantos otros climas; nuestra avaricia la ha traído a este nuevo mundo, y lo ha despoblado.

Recordemos que, en el poema de Milton, ese pánculo de Adán pregunta al ángel Gabriel si ha de vivir mucho tiempo. «Sí, le responde el ángel, si observas la gran regla: “Nada en exceso”^[1019]». Observad todos esta regla, amigos míos; ¿os atreveríais a exigir que Dios os hiciese vivir sin dolor siglos enteros como premio a vuestra glotonería, a vuestra embriaguez, a vuestra incontinenia, a vuestro abandono a infames pasiones que corrompen la sangre y abrevian necesariamente la vida?

Yo aprobé esta respuesta; Paruba pareció bastante satisfecho con ella; pero Birton vaciló; y en los ojos de Jenni observé que aún seguía muy indeciso. Birton replicó en estos términos.

Ya que os habéis servido de lugares comunes mezclados con algunas reflexiones nuevas, también emplearé un lugar común al que nunca se ha podido responder sino con fábulas y verborrea. Si existiese un Dios tan poderoso, tan bueno, no habría puesto el mal sobre la tierra; no habría sometido a sus criaturas al dolor y al crimen. Si no ha podido impedir el mal, es impotente; si ha podido y no ha querido, es bárbaro.

Sólo tenemos anales de hace unos ocho mil años, conservados entre los brahmanes^[1020]: sólo los tenemos de unos cinco mil años entre los chinos; no conocemos nada más que de ayer; pero en ese ayer todo es horror. De un confín a otro de la Tierra se ha degollado, y fueron lo bastante imbéciles para dar el nombre de grandes hombres, de héroes, de semidioses, de dioses incluso, a los que hicieron asesinar al mayor número de sus semejantes.

En América subsistían dos grandes naciones civilizadas que empezaban a

gozar de las dulzuras de la paz: llegan los españoles y matan doce millones^[1021]: salen a cazar hombres con perros; y Fernando, rey de Castilla, asigna una pensión a esos perros por haberle servido tan bien. Los héroes vencedores del Nuevo Mundo que matan a tantos inocentes, desarmados y desnudos, se hacen servir en su mesa guisotes de piernas de hombres y mujeres, de muslos, de antebrazos, de pantorrillas. Asan sobre braseros al rey Guatimozín^[1022] en México; corren en el Perú a convertir al rey Atabalipa^[1023]. Un tal Almagro, sacerdote, hijo de sacerdote, condenado a la horca en España por haber sido salteador de caminos, va, junto con un tal Pizarro, a indicar al rey, por boca de otro sacerdote, que un tercer sacerdote, llamado Alejandro VI, mancillado de incestos, asesinatos y homicidios, ha dado, por propia voluntad, *proprio motu*, y por su pleno poder, no sólo el Perú, sino la mitad del Nuevo Mundo, al rey de España; que Atabalipa debe someterse de inmediato, so pena de incurrir en la indignación de los apóstoles san Pedro y san Pablo. Y como este rey no entendía la lengua latina más que el sacerdote que leía la bula, fue declarado acto seguido incrédulo y hereje: hicieron quemar a Atabalipa como se había quemado a Guatimozín; mataron a sus súbditos, y todo esto por robar el barro amarillo endurecido que sólo ha servido para despoblar España y empobrecerla; porque le ha hecho descuidar el verdadero barro, que alimenta a los hombres cuando se cultiva.

Mi querido señor Freind, si el ser fantástico y ridículo que recibe el nombre de diablo hubiera querido hacer hombres a su imagen, ¿los habría formado de otro modo? Dejad, pues, de atribuir a un Dios una obra tan abominable.

Esta tirada hizo reconciliarse a toda la asamblea con los sentimientos de Birton. Yo veía a Jenni vanagloriarse por ello en secreto; no hubo nadie, ni siquiera la joven Paruba, que no sintiese horror contra el cura Almagro, contra el cura que había leído la bula en latín, contra el cura Alejandro VI, contra todos los cristianos que habían cometido tantos crímenes inconcebibles por devoción y para robar el oro. Confieso que me eché a temblar por el amigo Freind; ya no tenía yo esperanza en su causa. Sin embargo, esto fue lo que respondió sin sorprenderse:

Amigos míos, recordad siempre que existe un Ser supremo; os lo he probado, lo habéis admitido; y después de haberos visto forzados a confesar que existe, os esforzáis por buscarle imperfecciones, vicios, maldades.

Estoy muy lejos de deciros, como ciertos razonadores, que los males particulares forman el bien general. Esa extravagancia es demasiado ridícula. Admito con dolor que hay mucho mal moral y mucho mal físico; pero, dado que la existencia de Dios es cierta, también es muy cierto que todos estos males no

pueden impedir que Dios exista. No puede ser malvado, porque ¿qué interés tendría en serlo? Existen males horribles, amigos míos. De acuerdo, pero no aumentemos su número. Es imposible que un Dios no sea bueno; pero los hombres son perversos; hacen un uso detestable de la libertad que este gran Ser les dio, y debió darles, es decir, el poder de ejecutar sus voluntades, pues en caso contrario sólo serían puras máquinas formadas por un Ser malvado para ser rotas por él.

Todos los españoles ilustrados admiten que un pequeño número de sus antepasados abusó de esa libertad hasta el punto de cometer crímenes que hacen estremecerse a la naturaleza. Don Carlos, segundo de este nombre (¡a quien ojalá suceda el señor archiduque!) ha reparado en la medida de lo posible las atrocidades a que se entregaron los españoles bajo Fernando y bajo Carlos Quinto.

Amigos míos, si el crimen existe en la tierra, también existe la virtud.

Birton

¡Ja, ja, ja! ¡La virtud! ¡Qué idea tan divertida, diablos! Mucho me gustaría saber cómo está hecha la virtud, y dónde se la puede encontrar.

A estas palabras no pude contenerme; interrumpí a mi vez a Birton: «La encontraréis en el señor Freind, le dije, en el buen Paruba, en vos mismo cuando hayáis limpiado vuestro corazón de los vicios que lo cubren». Él se ruborizó, Jenni también; luego Jenni bajó los ojos, y pareció sentir remordimientos. Su padre lo miró con cierta compasión, y prosiguió de esta manera su discurso:

Freind

Sí, mis queridos amigos, siempre hubo virtudes si hubo crímenes. Atenas vio unos Sócrates si vio unos Anitos^[1024]: Roma tuvo Catones si tuvo Silas; Calígula y Nerón aterrorizaron el mundo con sus atrocidades; pero Tito, Trajano, Antonino Pío y Marco Aurelio lo consolaron con sus buenas acciones: mi amigo Sherloc explicará en pocas palabras al buen Paruba quiénes eran estas gentes de las que hablo. Por suerte tengo mi Epicteto en el bolsillo; este Epicteto no era más que un esclavo, pero igual a Marco Aurelio por sus sentimientos. Escuchad, y ojalá escuchen todos los que se dedican a enseñar a los hombres lo que Epicteto se dice a sí mismo: “Es Dios quien me ha creado. Lo llevo en mí; ¿me atrevería a deshonrarlo con pensamientos infames, con acciones criminales, con indignos deseos?”. Su vida se ajustó a sus palabras. Marco Aurelio, en el trono de Europa y de dos partes más de nuestro hemisferio, no pensó de forma distinta que el esclavo

Epicteto: el uno no fue humillado nunca por su bajeza, el otro no fue deslumbrado jamás por su grandeza; y cuando escribieron sus pensamientos, lo hicieron para sí mismos y para sus discípulos, y no para ser elogiados en los periódicos. Y, en nuestra opinión, Locke, Newton, Tillotson, Penn, Clarke, ese buen hombre al que llaman *the man of Ross*^[1025], y tantos otros en nuestra isla y fuera de nuestra isla que podría citaros, ¿no han sido modelos de virtud?

Me habéis hablado, señor Birton, de guerras tan crueles como injustas de las que se han vuelto culpables tantas naciones; habéis pintado las abominaciones de los cristianos en México y en el Perú, y podéis añadir la San Bartolomé de Francia y las matanzas de Irlanda; pero ¿no hay pueblos enteros que siempre han sentido horror por la efusión de sangre? Los brahmanes, ¿no han dado ese ejemplo al mundo desde siempre? Y sin salir del país en que estamos, ¿no tenemos cerca de nosotros Pennsylvania, donde nuestros filadelfos, a los que se desfigura inútilmente con el nombre de cuáqueros^[1026], siempre han detestado la guerra? ¿No tenemos La Carolina, donde el gran Locke ha dictado sus leyes^[1027]? En estas dos patrias de la virtud, todos los ciudadanos son iguales, todas las conciencias son libres, todas las religiones son buenas, siempre que se adore a un Dios^[1028]: todos los hombres son en ellas hermanos. Habéis visto, señor Birton, cómo al solo nombre de un descendiente de Penn los habitantes de las montañas azules, que podían exterminaros, han bajado las armas. Han sentido lo que es la virtud, ¡y vos os obstináis en ignorarla! Si la tierra produce venenos tanto como alimentos saludables, ¿querréis alimentaros sólo de venenos?

Birton

¡Ah!, señor, ¿y por qué tantos venenos? Si Dios hizo todo, son obra suya; él es el dueño de todo; él hace todo; él dirige la mano de Cromwell que firma la muerte de Carlos I; él guía el brazo del verdugo que le corta la cabeza; no, no puedo admitir un Dios homicida.

Freind

Ni yo tampoco. Escuchad, por favor; convendréis conmigo en que Dios gobierna el mundo mediante leyes generales. Con arreglo a estas leyes, Cromwell, monstruo de fanatismo y de hipocresía, decidió la muerte de Carlos I por interés propio, que todos los hombres aman necesariamente, y que no todos entienden de la misma manera. Según las leyes del movimiento establecidas por el propio Dios, el verdugo cortó la cabeza de ese rey. Pero desde luego Dios no asesinó a Carlos I mediante un acto particular de su voluntad. Dios no fue ni Cromwell, ni Jeffris, ni

Ravaillac^[1029], ni Balthazar Gérard, ni el fraile predicador Jacques Clément. Dios no comete, ni ordena, ni permite el crimen; pero hizo al hombre, e hizo las leyes del movimiento; estas leyes eternas del movimiento son ejecutadas tanto por la mano del hombre caritativo que la tiende al pobre, como por la mano del malvado que degüella a su hermano. Así como Dios no apagó su sol ni anegó España bajo el mar para castigar a Cortés, Almagro y Pizarro, que habían inundado de sangre humana la mitad de un hemisferio, tampoco envía una tropa de ángeles a Londres ni hace descender del cielo cien mil toneles de vino de Borgoña para complacer a sus queridos ingleses cuando han hecho una buena acción. Su providencia general sería ridícula si descendiese a cada momento sobre cada individuo; y esa verdad es tan papable que Dios nunca castiga de inmediato a un criminal con un golpe manifiesto de su omnipotencia: deja que brille su sol sobre los buenos y sobre los malos. Si algunos malvados han perecido inmediatamente después de sus crímenes, perecieron por las leyes generales que presiden el mundo. En el grueso libro de un *frenchman* llamado Mézeray^[1030] he leído que Dios hizo morir a nuestro gran Enrique V de la fístula del ano porque había osado sentarse en el trono del cristianísimo rey; no, murió porque las leyes generales emanadas de la omnipotencia habían dispuesto de tal forma la materia que la fístula del ano debía acabar con la vida de este héroe. Todo lo físico de una mala acción es efecto de las leyes generales impresas por la mano de Dios en la materia; todo el mal moral de la acción criminal es efecto de la libertad de que abusa el hombre.

En fin, para no sumirnos en las brumas de la metafísica, recordemos que la existencia de Dios está demostrada; ya no hay que discutir sobre su existencia. Quitadle Dios al mundo: ¿Se vuelve por ello más legítimo el asesinato de Carlos I? ¿Estimaréis más a su verdugo? Dios existe, basta; si existe, es justo. Seamos, pues, justos.

Birton

Vuestro pequeño argumento sobre el concurso de Dios tiene sutileza y energía, aunque no disculpa por entero a Dios de ser el autor del mal físico y del mal moral. Veo que la forma en que excusáis a Dios causa cierta impresión sobre los aquí reunidos; pero ¿no podía obrar él de modo que las leyes generales no acarreasen tantas desgracias particulares? Me habéis demostrado un Ser eterno y poderoso; y, ¡Dios me perdone!, por un momento he temido que me hicieseis creer en Dios. Pero tengo terribles objeciones que haceros. Ánimo, Jenni, valor: no nos dejemos abatir^[1031].

Capítulo X

Sobre el ateísmo

Había llegado la noche, estaba hermosa, la atmósfera era una bóveda de azur transparente, tachonada de estrellas de oro; semejante espectáculo siempre conmueve a los hombres y les inspira una dulce ensoñación; el buen Paruba admiraba el cielo, lo mismo que un alemán admira San Pedro de Roma o la Ópera de Nápoles cuando la ve por primera vez. «Esa bóveda es muy audaz», le decía Paruba a Freind; y Freind le decía: «Mi querido Paruba, no hay bóveda; esta cintra azul no es otra cosa que una extensión de ligeras nubes dispuestas y combinadas con la mecánica de vuestros ojos por Dios de tal forma que, en cualquier sitio en que estéis, siempre os halláis en el centro de vuestro paseo, y veis lo que se llama el cielo, y que no es el cielo, redondeado sobre vuestra cabeza. — ¿Y esas estrellas, señor Freind? — Son, como ya os he dicho, otros tantos soles a cuyo alrededor giran otros mundos; lejos de estar unidos a esa bóveda azul, recordad que están a distancias diferentes y prodigiosas: esa estrella que veis está a mil doscientos millones de mil pasos de nuestro sol». Entonces le mostró el telescopio que había llevado: le hizo ver nuestros planetas, Júpiter con sus cuatro lunas, Saturno con sus cinco lunas y su inconcebible anillo luminoso^[1032]: es la misma luz, le decía, la que parte de todos esos globos, y que llega a nuestros ojos, desde ese planeta en un cuarto de hora, desde esa otra estrella en seis meses. Paruba se puso de rodillas y dijo: «Los cielos anuncian a Dios». Todos los presentes rodeaban al venerable Freind, miraban y admiraban. El coriáceo Birton avanzó sin mirar nada, y habló de la siguiente manera:

Birton

¡Bien, de acuerdo!, hay un Dios, os lo concedo; pero ¿qué nos importa a vos y a mí? ¿Qué hay entre el Ser infinito y nosotros, simples gusanos? ¿Qué relación puede existir de su esencia a la nuestra? Admitiendo dioses en los planetas, Epicuro tenía mucha razón al enseñar que no intervenían para nada en nuestras tonterías y nuestros horrores; que no podíamos ni ofenderlos ni complacerlos; que ellos no tenían ninguna necesidad de nosotros, ni nosotros de ellos; vos admitís un Dios más digno del espíritu humano que los dioses de Epicuro, y que todos los de los orientales y de los occidentales. Mas si dijeseis, como tantos otros, que ese Dios formó el mundo y a nosotros para su gloria; que en el pasado exigió sacrificios de bueyes para su gloria; que apareció para gloria suya bajo nuestra forma de bípedos, etc., diríais, en mi opinión, una cosa absurda, que haría reír a todas las personas que piensan. El amor a la gloria no es otra cosa que orgullo, y el orgullo

no es más que vanidad; un orgulloso es un fatuo que Shakespeare representaba en su teatro: ese epíteto no puede convenir a Dios más que el de injusto, de cruel, de inconstante. Si Dios se ha dignado hacer, o mejor dicho, disponer el universo, sólo debe de ser con la mira de hacer felices en él. Os ruego que penséis si ha alcanzado ese propósito, el único, sin embargo, que puede convenir a la naturaleza divina.

Freind

Claro que sí, ha tenido éxito con todas las almas honestas: serán felices un día, si es que no lo son hoy.

Birton

¡Felices! ¡Qué sueño! ¡Qué cuento para niños! ¿Dónde, cuándo, cómo? ¿Quién os lo ha dicho?

Freind

Su justicia.

Birton

¿Vais a decirme, siguiendo a tantos charlatanes, que cuando hayamos muerto viviremos eternamente; que poseemos un alma inmortal, o mejor dicho, que ella nos posee a nosotros, después de habernos confesado que los propios judíos, judíos a los que os jactáis de haber estado subrogados, nunca sospecharon siquiera esa inmortalidad del alma hasta los tiempos de Herodes? Esa idea de un alma inmortal fue inventada por los brahmanes, adoptada por los persas, los caldeos, los griegos, ignorada muchísimo tiempo por la desventurada y pequeña horda judaica, madre de las más infames supersticiones. ¡Ay!, señor, ¿sabemos siquiera si tenemos un alma? ¿Sabemos si los animales, cuya sangre hace la vida, igual que hace la nuestra, que tienen como nosotros voluntad, apetitos, pasiones, ideas, memoria, habilidad; sabéis, digo, si esos seres, tan incomprensibles como nosotros, tienen un alma, lo mismo que se pretende que nosotros tenemos una?

Hasta ahora había creído que en la naturaleza hay una fuerza activa de la que tenemos el don de vivir en todo nuestro cuerpo, de caminar gracias a nuestros pies, de coger gracias a nuestras manos, de ver gracias a nuestros ojos, de oír gracias a nuestras orejas, de sentir por medio de nuestros nervios, de pensar gracias a nuestra cabeza, y que todo esto era lo que nosotros denominamos el «alma»; palabra vaga que en el fondo no significa más que el principio

desconocido de nuestras facultades. Como vos, yo llamaría Dios a ese principio inteligente y poderoso que anima a la naturaleza entera; pero ¿se ha dignado él darse a conocer a nosotros?

Freind

Sí, por sus obras.

Birton

¿Nos dictó sus leyes? ¿Nos habló?

Freind

Sí, por la voz de vuestra conciencia. ¿No es cierto que, si hubierais matado a vuestro padre y a vuestra madre, esa conciencia os desgarraría con remordimientos tan horribles como involuntarios? Esa verdad, ¿no es sentida y confesada por el universo entero? Descendamos ahora a crímenes menores. ¿Hay uno solo que no os asuste a la primera ojeada, que no os haga palidecer la primera vez que lo cometéis, y que no deje en vuestro corazón el agujijón del arrepentimiento?

Birton

Debo confesarlo.

Freind

Así pues, Dios os ha ordenado expresamente, hablando a vuestro corazón, que no os manchéis nunca con un crimen evidente. Y por lo que se refiere a todas esas acciones equívocas, que unos condenan y otros justifican, ¿podemos hacer algo mejor que seguir esa gran ley del primero de los Zoroastros, tan subrayada en nuestros días por un autor francés^[1033]: «Cuando no sepas si la acción que meditas es buena o mala, abstente»?

Birton

Admirable máxima; es sin duda lo más bello que se ha dicho nunca, es decir, lo más útil en moral; y casi me haría pensar que Dios ha provocado de vez en cuando la aparición de sabios que han enseñado la virtud a los hombres extraviados. Os pido perdón por haber hecho burla de la virtud.

Freind

Pedid perdón al Ser eterno, que puede recompensarla eternamente, y castigar a los transgresores.

Birton

¡Cómo! ¿Me castigaría Dios eternamente por haberme entregado a unas pasiones que él mismo me dio?

Freind

Os dio unas pasiones con las que se puede hacer el bien y el mal. Yo no os digo que ha de castigaros por siempre, ni cómo ha de castigaros, porque nadie puede saberlo; os digo que puede hacerlo. Los brahmanes fueron los primeros en imaginar una prisión eterna para las sustancias celestes que se habían rebelado contra Dios en su propio palacio; las encerró en una especie de infierno que ellos llamaban *ondera*; mas, al cabo de varios miles de siglos, suavizó sus penas, las puso en la tierra y las hizo hombres: de ahí vino nuestra mezcla de vicios y virtudes, de placeres y calamidades. Esa ocurrencia es ingeniosa; más lo es todavía la fábula de Pandora y Prometeo. Naciones groseras imitaron groseramente la bella fábula de Pandora^[1034]: estas invenciones son sueños de la filosofía oriental; lo único que puedo deciros es que, si habéis cometido faltas abusando de vuestra libertad, os será imposible probar que Dios sea incapaz de castigaros por ellas; os desafío a que lo hagáis.

Birton

Aguardad; pensáis que no puedo demostraros que al gran Ser le resulta imposible castigarme; a fe que tenéis razón; he hecho cuanto he podido para demostrarme que eso era imposible, y nunca lo he conseguido. Confieso haber abusado de mi libertad, y que Dios puede castigarme por ello; pero, ¡diablos!, no seré castigado cuando haya dejado de existir.

Freind

El mejor partido que habéis de tomar es ser hombre honrado mientras viváis.

Birton

¿Ser hombre honrado mientras vivo?... Sí, lo confieso; sí, tenéis razón, es el partido que hay que tomar.

Querría, mi querido amigo, que hubierais sido testigo del efecto que causaron las palabras de Freind sobre todos los ingleses y sobre todos los americanos. Birton, tan alocado y tan audaz, asumió de pronto un aire recogido y modesto; Jenni, con los ojos bañados en lágrimas, se arrojó a las plantas de su padre, y su padre lo abrazó. Y aquí tenéis la última escena de esta disputa tan espinosa y tan interesante.

Capítulo XI

Del ateísmo

Birton

Concibo perfectamente que el gran Ser, el dueño de la naturaleza, es eterno; pero nosotros, que ayer no existíamos, ¿podemos tener la loca audacia de aspirar a una eternidad futura? Todo parece sin retorno a nuestro alrededor, desde el insecto devorado por la golondrina hasta el elefante comido de gusanos.

Freind

No, nada perece, todo cambia; los gérmenes impalpables de los animales y de los vegetales subsisten, se desarrollan y perpetúan las especies. ¿Por qué no querríais que Dios conservase el principio que os hace obrar y pensar, sea de la naturaleza que sea? Dios me guarde de hacer un sistema; pero en nosotros hay, desde luego, algo que piensa y que quiere; ese algo que antiguamente se llamaba una mónada^[1035], ese algo es imperceptible. Dios nos lo dio, o quizá, para ser más justo, Dios nos dio a él. ¿Estáis totalmente seguro de que no puede conservarla? Pensad, examinad, ¿podéis proporcionarme alguna demostración?

Birton

No; la he buscado en mi entendimiento, en todos los libros de los ateos, y sobre todo en el tercer canto de Lucrecio; admito no haber encontrado nunca más que verosimilitudes^[1036].

Freind

Y, por esas simples verosimilitudes, ¿hemos de abandonarnos a todas nuestras pasiones funestas? ¡Viviríamos como brutos, sin más norma que nuestros apetitos, sin más freno que el temor a otros hombres convertidos eternamente en enemigos unos de otros por ese temor mutuo! Porque siempre se quiere destruir lo que se teme. Pensadlo bien, señor Birton; pensad seriamente en ello, Jenni, hijo mío; no esperar de Dios ni castigo ni recompensa es ser verdaderamente ateo. ¿De qué serviría la idea de un Dios que no tuviera ningún poder sobre vos? Es como si se dijese: hay un rey de la China que es poderosísimo. Yo respondo: que le vaya bien; que él se quede en su casa y yo en la mía; no me preocupo de él más de lo que él se preocupa de mí; no tiene más jurisdicción sobre mi persona que un canónigo de Windsor sobre un miembro de nuestro parlamento; entonces yo soy mi Dios para mí mismo: sacrifico el mundo entero a mis caprichos si encuentro ocasión; no tengo ley, sólo me atengo a mí mismo. Si los demás seres son corderos, yo me hago lobo; si son gallinas, me hago zorro.

Supongamos (Dios no lo quiera) que toda nuestra Inglaterra sea atea por principios; convengo que puede haber varios ciudadanos que, de carácter tranquilo y dulce, bastante ricos para no tener necesidad de ser injustos, regidos por el honor, y atentos por consiguiente a su comportamiento, puedan vivir juntos en sociedad: cultivarán las bellas artes, que suavizan las costumbres; podrán vivir en paz, en la inocente alegría de las personas honradas; mas el ateo pobre y violento, seguro de la impunidad, será un necio si no os asesina para robaros el dinero. A partir de entonces todos los lazos de la sociedad están rotos, todos los crímenes secretos inundan la tierra, como las langostas, nada más vistas, llegan para asolar los campos; el bajo pueblo sólo será una horda de bandidos, como nuestros ladrones, de los que en nuestras sesiones no se ahorca ni la décima parte; pasan sus miserables vidas en tabernas con mujeres perdidas, las pegan, se pegan entre sí; caen borrachos en medio de sus pintas de plomo con las que se han roto la cabeza; se despiertan para robar y para asesinar; ¡todos los días recomienzan este círculo abominable de brutalidades!

¿Quién frenará a los grandes y a los reyes en sus venganzas, en su ambición, a la que quieren inmolar todo? Un rey ateo es más peligroso que un Ravailac fanático^[1037].

Los ateos pululaban en la Italia del siglo XV; ¿qué ocurrió? Fue tan común envenenar como dar de cenar, y hundir un estilete en el corazón del amigo como abrazarlo; hubo profesores del crimen, como hoy hay maestros de música y de matemáticas. Se escogían adrede los templos para asesinar en ellos a los príncipes al pie de los altares. El papa Sixto IV y un arzobispo de Florencia hicieron asesinar

de ese modo a los dos príncipes más cumplidos de Europa. (Mi querido Sherlock, decid por favor a Paruba y a sus hijos qué es un papa y un arzobispo, y decidles sobre todo que ya no hay monstruos semejantes). Pero sigamos. Un duque de Milán fue asesinado de igual modo en medio de una iglesia. Son de sobra conocidos los sorprendentes horrores de Alejandro VI. Si tales costumbres hubieran subsistido, Italia habría quedado más desierta de lo que quedó el Perú después de su invasión^[1038].

La creencia de un Dios remunerador de las acciones buenas, castigador de las malas, perdonador de las faltas ligeras, es por tanto la creencia más útil para el género humano; es el único freno de los hombres poderosos, que cometen de forma insolente los crímenes públicos; es el único freno de los hombres que cometen hábilmente los crímenes secretos. No os digo, amigos míos, que mezcléis a esa creencia necesaria supersticiones que la deshonorarían, y que incluso podrían volverla funesta: el ateo es un monstruo que devorará sólo por saciar su hambre; el supersticioso es otro monstruo que desgarrará a los hombres por deber. Siempre he observado que se puede curar a un ateo, pero nunca se cura radicalmente al supersticioso; el ateo es un hombre inteligente que se equivoca, pero que piensa por sí mismo; el supersticioso es un necio brutal que nunca ha tenido sino las ideas de otros. El ateo violará a Ífigenia a punto de casarse con Aquiles, pero el fanático la degollará piadosamente sobre el altar, y creerá que Júpiter ha de estarle muy agradecido; el ateo robará un vaso de oro en una iglesia para dar de cenar a unas rameras, pero el fanático celebrará un auto de fe en esa iglesia, y cantará un cántico judío a pleno pulmón mientras hace quemar judíos. Sí, amigos míos, el ateísmo y el fanatismo son los dos polos de un universo de confusión y horror. La pequeña zona de la virtud está entre estos dos polos; caminad con paso firme por ese sendero; creed en un Dios bueno, y sed buenos. Es todo lo que los grandes legisladores Locke y Penn piden a sus pueblos.

Respondedme, señor Birton, vos y vuestros amigos: ¿qué mal puede hacer os la adoración de un Dios unida a la felicidad de ser hombre honrado? Todos podemos ser atacados por una enfermedad mortal en el momento en que os hablo; ¿quién de nosotros no querría entonces haber vivido en la inocencia? Ved cómo muere en Shakespeare nuestro malvado Ricardo III; cómo los espectros de todos los que mató vienen para aterrorizar su imaginación. Ved cómo expira Carlos IX de Francia después de su San Bartolomé. Por más que su capellán le diga que hizo bien, su crimen lo desgarrará, la sangre le brota por los poros, y toda la sangre que hizo correr grita contra él^[1039]. Estad seguro de que, de todos esos monstruos, no hay ninguno que no haya vivido todas las torturas del remordimiento, y que no haya acabado en la rabia de la desesperación.

Capítulo XII

Regreso a Inglaterra. Bodas de Jenni

Birton y sus amigos no pudieron seguir resistiendo; se arrojaron a las plantas de Freind. «Sí, dijo Birton, creo en Dios y en vos».

Ya estábamos cerca de la casa de Paruba. En ella cenamos; pero Jenni no pudo cenar; se mantenía aparte, se deshacía en lágrimas; su padre fue en su busca para consolarlo. «¡Ah!, le dijo Jenni, yo no merecía tener un padre como vos; moriré de dolor por haberme dejado seducir por esa abominable Clive-Hart: yo soy la causa, aunque inocente, de la muerte de Primerose. Y hace un momento, cuando nos habéis hablado de Primerose, me ha recorrido un escalofrío; he creído ver a Clive-Hart presentando el horrible brebaje a Primerose. ¡Oh, cielo! ¡Oh, Dios!, ¿cómo he podido tener mi mente tan enajenada como para seguir a una criatura tan culpable? Pero me engañó; yo estaba ciego; no me desengañé sino poco antes de que fuese apresada por los salvajes: en un arrebato de cólera, casi me hizo confesión de su crimen; desde ese momento, sentí horror por ella; y, para suplicio mío, la imagen de Primerose está sin cesar ante mis ojos; la veo, la oigo; me dice: “He muerto porque te amaba”».

El señor Freind se puso a sonreír con una sonrisa de bondad cuyo motivo Jenni no pudo comprender; su padre le dijo que sólo una vida irreprochable podía reparar las faltas pasadas; lo devolvió a la mesa como a un hombre al que acaban de sacar de las olas entre las que se ahogaba; yo lo abracé, lo acaricié, le di ánimo; todos estábamos enternecidos. Al día siguiente embarcamos para volver a Inglaterra después de haber hecho regalos a toda la familia de Paruba; en nuestros adioses se mezclaron lágrimas sinceras; Birton y sus camaradas, que nunca habían sido otra cosa que alocados, parecían haberse vuelto razonables.

Nos hallábamos en alta mar cuando Freind le dijo a Jenni en presencia mía: «Bueno, hijo, el recuerdo de la bella, de la virtuosa y tierna Primerose, ¿sigue siendo querido para vos?». Jenni se desesperó al oír estas palabras; los dardos de un arrepentimiento inútil y eterno traspasaban su corazón, y temí que se precipitase al mar. «¡Bueno!, le dijo Freind, consolaos; Primerose está viva, y os ama».

En efecto, Freind había recibido noticias seguras de aquel criado de confianza que le escribía por medio de todos los barcos que partían rumbo a

Maryland. El señor Mead^[1040], que luego ha adquirido tanta reputación por su conocimiento de todos los venenos, había sido lo bastante afortunado para arrancar a Primerose de los brazos de la muerte. El señor Freind enseñó a su hijo aquella carta que había leído tantas veces y con tanto enternecimiento.

Jenni pasó en un instante del exceso de la desesperación al de la felicidad. No os describiré los efectos de ese cambio tan repentino: cuanto más embargado me siento por ellos, menos puedo expresarlos; fue el momento más hermoso de la vida de Jenni. Birton y sus camaradas compartieron una alegría tan pura. En fin, ¿qué más puedo deciros? El excelente Freind sirvió de padre a todos; las bodas del bello Jenni y de la bella Primerose se celebraron en casa del doctor Mead; también casamos a Birton, que estaba totalmente cambiado. Jenni y él son hoy las personas más honradas de Inglaterra. Admitiréis que un sabio puede curar a unos locos.

Sesostris^[1041]^[1042]

Tiene un ángel cada hombre dedicado
a guiarlo en los senderos de la vida,
el cual siempre, aunque oculto, está a su lado:
esto es cosa de todos bien sabida,
y que en lo antiguo más familiares
eran aquestos genios tutelares.
Sobre todo continuo con los reyes
tratando de gobierno se les viera,
según lo prueban bien sus sabias leyes.
En la fértil, bellísima ribera
que baña el soberano padre Nilo,
mansión del adorado cocodrilo,
el joven rey Sesostris, del ambiente
de una tarde muy fresca disfrutaba,
paseándose a distancia de su gente,
con su ángel tutelar, al que así hablaba:
«Heme aquí, mi tutor, un rey ya hecho;
mas esto no me tiene satisfecho,
que al corazón un ansia le fatiga

de merecer el serlo, y deseara
saber de qué manera esto consiga».
El ángel complaciente le mostrara
el magnífico y grande laberinto
del que Osiris fundó el bello recinto.
«En aquella morada prodigiosa,
le dice, ese deseo tan noble y justo
cumplido vas a ver». Con imperiosa
voz le manda que le siga, y sin disgusto
Sesostris obedece a su mandato,
y allá arriban los dos en breve rato.
En el atrio advirtió con extrañeza
dos deidades de aspecto diferente:
atractivo, hermosura, gentileza,
un mirar en extremo dulcemente,
y un afable sonreír muy persuasivo,
eran de la primera el distintivo.
Suavemente entre flores recostada,
las gracias y el amor la circuían,
y de placer se hallaba enajenada.
Algo lejos, tras de ella, se veían

tres asistentes secos, descarnados,
trémulos, amarillos y encorvados.
Sesostris le pregunta al compañero:
«¿Quién es aquella ninfa tan hermosa,
y qué estaba allí haciendo aquel trío fiero?».

El ángel: «¿No conoces esa Diosa?
Pues de tu corte y pueblo es adorada
y en casi todo el mundo cortejada.
»La *Voluptuosidad* por nombre tiene,
y aquellos tres aspectos que te aquejan,
los servidores son que ella mantiene
y fieles su servicio jamás dejan.

El uno es el *Disgusto*, otro el *Enojo*;
y el *Arrepentimiento* es aquel cojo».
El afligido egipcio se estremece
al escuchar verdad tan clara y pura,
y de nuevo le dice: «Allí aparece
otra bella deidad, cuya hermosura
majestuosa y noble más me agrada;
decidme, mi tutor, ¿cómo es llamada?
»Una espada y balanza veo a su lado,

y una esfera y un cetro de oro fino;
cubre su seno casto y delicado
una egide de temple peregrino,
y ocupada se ve toda su mente
leyendo unos papeles diligente.

»Mas tened... que a su voz abrirse veo
un templo cual el sol de luz brillante,
y en el frontis del pórtico esto leo:
A la Inmortalidad. En el instante
quisiera en él entrar, y desearía
saber si la deidad se me opondría».

«Muchos lo han pretendido, mas en vano,
el ángel le responde, y esa diosa
de aspecto tan augusto y soberano,
y que inflexible crees y desdeñosa,
es más firme en su amor que la primera
si buscas su amistad con fe sincera.

»Mas sabe que jamás el fino afecto
de esa inmortal belleza te aseguro,
si te faltare espíritu muy recto,
y un corazón muy justo, fiel y puro.

Sabiduría es su nombre, y del que ama
eterniza los hechos y la fama.

»De la *Gloria* es aquel templo esplendente,
y en él sola *Virtud* tiene su archivo;
tu nombre en él verá futura gente,
si sabio te conduces cuando vivo.

Por una de esas diosas te decide,
pues servir las a un tiempo te se impide».

«Está hecha mi elección, el rey exclama,
lo que he visto arreglar debe mi vida,
y en mi pecho encender de honor la llama.

En tan ardua elección habrá quien pida
que a la vez le consientan tiernamente
amar a las dos diosas igualmente.

»Dichoso por un rato una me haría,
mas feliz hacer puede por mí al mundo
la noble y la inmortal *Sabiduría*».

A ésta, pues, con respeto muy profundo
rindió su corazón, y al ir afuera
dos besos al pasar dio a la primera.

El sueño vano^[1043]^[1044]

Con el rico vino abrigado,
la última noche pasada
fui a dormir, y de allí a nada
esto comencé a soñar.
Me había muerto, y por sentado
el buen barquero Carón
al imperio de Plutón
me hizo en su barca pasar.
Vi al Can Cerbero famoso
con sus *tres* horribles cuellos.
Crucé *tres* ríos no muy bellos;
las *tres* parcas también vi,
que con aspecto horroroso
de los pueblos y los reyes
hilaban por finas leyes
la suerte inmutable allí.
A un tribunal me llevaron
de *tres* jueces socarrones,
y atendiendo a sus sesiones

las *tres furias* vi a sus pies;
mis sentidos se alarmaron
al notar que por doquiera
la *trinidad* moda era
puesto todo se hacía por tres.

Todo terror me infundía
en tan negra y fea morada,
y de mi alma contristada
se apoderó un gran temblor.

En tan amarga agonía
a los dioses bondadosos
con acentos lastimosos
auxilio pedí y favor.

Un genio se llega afable
a mí con dulce sonrisa,
y me hace señas que aprisa
marche tras él sin dudar.

Con placer inexplicable
cumplí al punto sus deseos,
y a los Campos Eliseos
me llevó sin nada hablar.

En esta mansión dichosa,
do la paz por siempre habita,
lentos de gloria infinita
miles de héroes me mostró,
que multitud prodigiosa
de bienes al mundo hicieron,
aunque jamás existieron
ni nadie los conoció.

Baco, el dios que a los humanos
enseñó la borrachera,
y que en todo digno fuera
del padre que le dio el ser.

De los griegos y romanos
cien semidioses había,
que siempre fue la manía
del pueblo santos tener.

Os confieso, amigos míos,
que si el Tártaro espantaba
en los Elíseos ya estaba
aburrido de vivir.

Aquellos placeres fríos

me dieron tal descontento
que procuré en el momento
de aquel paraje salir.
Impaciente la salida
estaba buscando ansioso
cuando un fantasma horroroso
me vino el paso a cerrar.
De humo y sombra ennegrecida
estaba todo cercado;
y de puro viento inflado
de un modo muy singular.
«¿Qué queréis?», dije confuso.
«Nada, porque soy la *Nada*,
dijo con voz ahuecada;
soy de todo dueño aquí».
En consternación me puso
una respuesta tan rara;
mas porque no lo notara
al punto repliqué así:
«¿Tú la *Nada*? ¿Cómo es eso?
La *Nada* jamás ha hablado».

«Sí tal, señor don Menguado;
me invocan e inspiro fiel
a los hombres de gran seso
que mis inmensas regiones
con fárragos a montones
llenan con furia cruel».

«Pues en tus brazos, mi dueño,
me arrojó, que todo el mundo
tiene en tu seno el profundo
abismo a que todo va.

Mis versos, persona y sueño
también toma, y venturoso
todo el mortal que dichoso
des que nace tuyo es ya».



VOLTAIRE. París (Francia), 1694 - Ibídem, 1778. Escritor, filósofo, historiador y abogado francés que figura entre los principales representantes de la Ilustración.

De nombre real François Marie Arouet, nació en París el 21 de noviembre de 1694, hijo de un notario. Estudió con los jesuitas en el colegio Louis-le-Grand. Desde muy joven decidió emprender una carrera literaria. Comenzó a moverse en los círculos aristocráticos y pronto fue conocido en todos los salones de París por su ingenio sarcástico. Varios de sus escritos, especialmente un libelo en el que acusaba al regente Felipe II, duque de Orleans, de atroces crímenes, precipitaron su ingreso en la prisión de la Bastilla. Durante los once meses de encierro completó su primera tragedia, *Edipo*, basada en la obra homónima del dramaturgo griego Sófocles, y comenzó un poema épico sobre Enrique IV de Francia. *Edipo* se estrenó en el Théâtre-Français en 1718 y fue acogida con enorme entusiasmo. La obra sobre Enrique IV se imprimió anónimamente en Génova bajo el título de *Poème de la ligue* (1723). En su primer poema filosófico, *Los pros y los contras*, Voltaire ofrece una elocuente descripción de su visión anticristiana y su credo deísta de carácter racionalista.

Tras una disputa con un miembro de una ilustre familia francesa, Voltaire

fue encarcelado por segunda vez en la Bastilla, pero fue liberado al cabo de dos semanas a cambio de la promesa de abandonar Francia y establecerse en Inglaterra. Pasó entonces dos años en Londres, donde no tardó en dominar la lengua inglesa. Con la intención de preparar al público británico para una edición ampliada de su *Poème de la ligue*, Voltaire escribió dos notables ensayos en inglés: uno sobre poesía épica y otro sobre la historia de las guerras civiles en Francia. Durante algunos años, el católico y autocrático gobierno francés prohibió la edición ampliada del *Poème de la ligue*, que finalmente adoptó el título de *La Henriade*. La aprobación para publicarlo llegó en 1728. Esta obra, una elocuente defensa de la tolerancia religiosa, obtuvo un éxito sin precedentes, no sólo en su Francia natal, sino en todo el continente europeo.

En 1728 Voltaire regresó a Francia. Durante los cuatro años siguientes residió en París y dedicó la mayor parte de su tiempo a la composición literaria. La principal obra de este periodo, inspirada en su contacto durante su estancia en Inglaterra con Pope, Swift, Congreve y Walpole, es *Cartas filosóficas o cartas inglesas* (1734), un ataque encubierto a las instituciones políticas y eclesiásticas francesas que le causó problemas con las autoridades, por lo que una vez más se vio obligado a abandonar París. Se refugió entonces en el Château de Cirey, en el ducado independiente de Lorena. Allí entabló una larga relación sentimental con la culta aristócrata Gabrielle Émilie Le Tonnelier de Breteuil, marquesa de Châtelet, que ejerció sobre él una importante influencia intelectual. Fue este un periodo de intensa actividad literaria. Además de un impresionante número de obras de teatro, escribió *Elementos de la filosofía de Newton* y produjo novelas, cuentos, sátiras y poemas breves. Esta estancia en Cirey se vio interrumpida en varias ocasiones. Voltaire viajaba con frecuencia a París y Versalles, donde, gracias a la influencia de la marquesa de Pompadour, la famosa amante de Luis XV, se convirtió en uno de los favoritos de la Corte. En primer lugar fue nombrado historiador de Francia y más tarde caballero de la Cámara Real. Finalmente, en 1746, fue elegido miembro de la Academia Francesa. Su *Poème de Fontenoy* (1745), donde relata la victoria de los franceses sobre los ingleses durante la Guerra de Sucesión austríaca, y *El siglo de Luis XV*, además de otras obras de teatro como *La princesa de Navarra* o *El triunfo de Trajano*, marcaron el inicio de la relación de Voltaire con la corte de Luis XV.

A la muerte de madame de Châtelet, en 1749, Voltaire aceptó una antigua invitación de Federico II de Prusia para residir de manera permanente en la corte prusiana. Viajó a Berlín en 1750, pero no permaneció allí más de dos años, pues su ingenio más bien ácido chocó con el temperamento autocrático del rey y fue la causa de frecuentes disputas. Durante su estancia en Berlín completó *El siglo de Luis XIV*, un estudio histórico sobre el reinado de ese monarca (1638-1715).

Por espacio de algunos años, Voltaire llevó una existencia itinerante, pero finalmente se estableció en Ferney, en 1758, donde pasó los últimos veinte años de su vida. En el intervalo comprendido entre su regreso de Berlín y su establecimiento en Ferney, terminó su obra más ambiciosa, el *Ensayo sobre la historia general y sobre las costumbres y el carácter de las naciones* (1756). Esta obra, que no es otra cosa que un estudio del progreso humano, censura el supernaturalismo y denuncia la religión y el poder del clero, si bien afirma su creencia en Dios.

Una vez establecido en Ferney, Voltaire escribió varios poemas filosóficos, como *El desastre de Lisboa* (1756); varias novelas satíricas y filosóficas, entre las que cabe destacar *Cándido* (1759); la tragedia *Tancredo* (1760) y el *Diccionario filosófico* (1764). Desde la seguridad que le proporcionaba su retiro, lanzó cientos de pasquines en los que satirizaba los abusos del poder. Quienes eran perseguidos por sus creencias encontraron en Voltaire un elocuente y poderoso defensor. Oponía el deísmo, una religión puramente racional, a la religión cristiana. Esta concepción se evidencia en *Cándido*, donde Voltaire analiza el problema del mal en el mundo y describe las atrocidades cometidas a lo largo de la historia en nombre de Dios.

El carácter contradictorio de Voltaire se refleja tanto en sus escritos como en las opiniones de otros. Parecía capaz de situarse en los dos polos de cualquier debate, y en opinión de algunos de sus contemporáneos era poco fiable, avaricioso y sarcástico. Para otros, sin embargo, era un hombre generoso, entusiasta y sentimental. Esencialmente, rechazó todo lo que fuera irracional e incomprensible y animó a sus contemporáneos a luchar activamente contra la intolerancia, la tiranía y la superstición. Su moral estaba fundada en la creencia en la libertad de pensamiento y el respeto a todos los individuos, y sostuvo que la literatura debía ocuparse de los problemas de su tiempo. Estas opiniones convirtieron a Voltaire en una figura clave del movimiento filosófico del siglo XVIII, ejemplificado en los escritores de la famosa Enciclopedia francesa. Su defensa de una literatura comprometida con los problemas sociales hace que Voltaire sea considerado como un predecesor de escritores del siglo XX como Jean-Paul Sartre y otros existencialistas franceses. Todas sus obras contienen pasajes memorables que se distinguen por su elegancia, su perspicacia y su ingenio. Sin embargo, su poesía y sus piezas dramáticas adolecen a menudo de un exceso de atención a la cuestión histórica y a la propaganda filosófica. Cabe destacar, entre otras, las tragedias *Brutus* (1730), *Zaire* (1732), *Alzire* (1736), *Mahoma o el fanatismo* (1741) y *Mérope* (1743); el romance filosófico *Zadig o el destino* (1747); el poema filosófico *Discurso sobre el hombre* (1738) y el estudio histórico *Carlos XII* (1730).

NOTAS

^[1] Por la dificultad de encontrarlo en castellano, lo incluyo entre las notas, relacionado cronológica e ideológicamente con la escritura de *Cándido*. Véanse las págs. 206 y ss., y el poema en la pág. 823 y ss.

^[2] No se produjo hasta mediados del siglo XX; los últimos cincuenta años han permitido bucear en la obra narrativa de Voltaire gracias a las ediciones, consideradas canónicas, de R. Pomeau y F. Deloffre y J. Van den Heuvel, que aparecen citadas en la Bibliografía.

^[3] Las recientes ediciones de S. Menant y É. Guitton (1992 y 1994, respectivamente), citadas en la Bibliografía.

^[4] Véase el texto en la pág. 679.

^[5] Voltaire, *Romans et contes*, edición de F. Deloffre y J. Van den Heuvel, ed. cit., pág. 826.

^[6] La compleja historia de este manuscrito y las nuevas luces que aporta para la comprensión de su génesis y estructura quedan expuestas en la citada edición de *Romans et contes* de F. Deloffre y J. Van den Heuvel (pág. 894-922), que desmenuzan *Popurrí* para dar con su sentido.

^[7] Fueron eliminadas por Voltaire, y recuperadas de un manuscrito de su secretario Wagnière; las damos al final de *Popurrí*, como anexos, siguiendo la norma dictada por las ediciones más recientes.

^[8] El trabajo más completo sobre el tema se debe a René Pomeau, *La Religion de Voltaire*.

^[9] Voltaire, *Mélanges*, págs. 672 y 677, ed. cit.

^[10] Citado por R. Pomeau, *La Religion de Voltaire*.

^[11] Voltaire, *Romans et contes*, edición de F. Deloffre y J. Van den Heuvel, pág. 925.

^[12] **El mozo de cuerda tuerto / Le crochetteur borgne**

Escrito, como los tres cuentos siguientes, en la etapa del «primer Sceaux» — es decir, sin que pueda precisarse más, entre 1714 y 1716—, *El mozo de cuerda tuerto* fue una «obligación»: en la corte de la duquesa du Maine sus invitados llevaban una existencia entre libertina y culta en la que había ciertas obligaciones galantes: «Fue escrito en la sociedad de una princesa que reunía en su casa a los talentos que protegía. En esa sociedad, toda falta debía ser reparada por un cuento hecho inmediatamente: era una especie de *pensum*», advierte el *Journal des dames* al publicarlo en marzo de 1774. Y la edición de Kehl explica mejor los juegos de sociedad en que se entretenía el selecto círculo en su nota a *Cosi-Sancta*: «Mme. la duquesa du Maine había inventado una lotería de títulos de diferentes géneros de obras en verso y prosa; cada una de las personas que sacaba esos billetes estaba obligada a hacer la obra indicada en ellos. Cuando Mme. de Montauban sacó en su lote un cuento, rogó a M. de Voltaire hacer uno por ella, y él le dio el cuento siguiente».

La edición de Kehl explica el cuento y alude a alguna de sus fuentes: «El señor de Voltaire no apreciaba demasiado estos divertimientos de sociedad. Se daba perfecta cuenta de que la mejor novela nunca podría ser ni tan curiosa, ni tan instructiva para los hombres esclarecidos como el texto mismo de *La ciudad de Dios*, de donde había sacado *Cosi-Sancta*. En cuanto a *El mozo de cuerda tuerto*, es el mismo tema que el del cuento titulado *El blanco y el negro*. La idea está tomada de los cuentos orientales, donde se ve con frecuencia unas veces un sueño tomado por la realidad, otras veces aventuras reales, pero dispuestas de una forma extraña, tomadas por un sueño por el que las experimenta. La finalidad de estos cuentos es mostrar que la vida no difiere de un sueño; convienen a pueblos cuyo reposo es el mayor de los bienes, y que buscan en la filosofía motivos para no actuar y dejarse llevar por los acontecimientos». (Edición de Kehl, XLV, pág. 424).

El texto de las dos ediciones, concordante en el hilo narrativo, tiene diferencias notables: en la del *Journal des dames* intervino una mano que retocó y expurgó la felicidad alcanzada por el mozo de cuerda, con lo que se eliminaba un hecho capital: la elevada carga de erotismo. (Esta última versión del *Journal des dames* figura en apéndice en la edición de *Romans et Contes*, págs. 677-681).

^[13] Nombre utilizado en *Las mil y una noches* de la traducción de Galland (1704-1717); Mesrur era el jefe de los eunucos negros de Harum al Raschid.

^[14] *Crocheteur* tiene varios significados, y todos pueden aplicarse al término a lo largo del cuento. Significa: «Que fuerza o abre puertas o cerraduras; mozo de cuerda que utiliza *crochets* [aparato de madera en forma de escalerilla “que servía

los mozos de cuerda para llevar más cómodamente sus fardos y muebles”]; y, por extensión, gente de baja condición que hace cosas indignas de las gentes honestas. Sólo es propio de los *crocheteurs* pegar a sus mujeres». (Furetière).

[15] Véase la nota anterior, y el significado por extensión de *crocheteur*.

[16] En el plano onírico del cuento, Voltaire entroniza ahora las alusiones a la corte de Sceaux y a su anfitriona, la duquesa du Maine, con la que coinciden tanto la descripción física —su baja estatura («la de un niño de diez años», según la princesa Palatina), su pelo rubio, sus pequeñas manos, el peinado, la carroza e incluso su perro Jonquille—, como las ceremonias de la vida del castillo con sus invitados; el radical latino de Melinade, *mellin*, significa «del color de la miel»; y la duquesa presidía la «Orden de la Mosca en la Miel»; algunas de sus fiestas se celebraban en el pabellón de la Aurora; en la ceremonia de su admisión en la orden de la Mouche à Miel los caballeros prestaban de rodillas un juramento y se les entregaba una medalla con la efigie de la duquesa.

[17] Titono es un héroe mítico del ciclo troyano, hijo de Laomedonte, de gran belleza. La Aurora, enamorada de él, lo raptó, llegando a pedir a Zeus la inmortalidad para su amado; terminaría transformándolo en cigarra, porque Titono envejecía mientras ella gozaba de la juventud eterna.

[18] Voltaire aprovecha el nivel metafórico del anillo para incrustar este elemento que puede proceder tanto de *Las mil y una noches* (las leyendas del Islam y una nota de Galland a su traducción aseguran que el rey Salomón era dueño de un anillo mágico con el que podía dominar a ángeles y demonios), como del Ariosto (el que posee Angélica, y que da la felicidad y la omnipotencia); es fácil suponer el significado erótico de ese anillo.

[19] **Cosi-Sancta / Cosi-Sancta**

Obra de juventud (véase la nota a *El mozo de cuerda tuerto*, con el que está emparejado cronológicamente), se publicó por primera vez en la edición de Kehl. El tono erótico desaparece para dejar paso a una burla contra san Agustín, cuya conciencia dudaba, aunque para terminar inclinándose por la indulgencia, ante el caso de una mujer que había salvado la vida de su marido a cambio de otorgar favores sexuales. Aunque cite al teólogo, Voltaire sigue el *Dictionnaire historique et critique de Bayle*, que relaciona el caso con el pasaje bíblico de Abraham y Sara, y que articula la moraleja, no hay mal del que no derive un bien, sobre el tema medieval del viejo que casa con mujer joven, víctima de los engaños; el tema,

aunque en tono más desenfadado y burlón, servirá para los cuentos en verso siguientes, *El cabronismo* y *El candado*.

Cosi-Sancta debía de comportar la sátira de personajes conocidos de Sceaux; por ejemplo el consejero del tribunal, «hombrecillo desabrido y triste que no carecía de ingenio, pero que era afectado en la conversación, burlón y bastante amigo de las bromas pesadas», pero esas claves se han perdido. Voltaire juega además con el significado de los nombres: en latín *Capito* significa «Cabezota», y *Aquila*, el «Águila». En el subtítulo y al final del cuento Voltaire cita una máxima de Maquiavelo: «Un pequeño mal por un gran bien», que contradice las recomendaciones cristianas: la virtud de *Cosi-Sancta* es inútil, y sólo salva cuando peca. El marqués de Sade llevará, ampliándola hasta sus límites últimos, esta consecuencia a varias de sus novelas, pero sobre todo en el ciclo de *Justine*, formado por *Los infortunios de la virtud*, *Justine* y *La nueva Justine*.

^[20] En realidad, san Agustín habla de la historia de Acindino en *De sermone Domini in monte* (lib. I, cap. XVI), aunque muy de otra manera a como Voltaire lo utiliza y manipula, siguiendo de hecho, antes que ese texto agustiniano, el artículo «Acyndinus» del *Dictionnaire historique et critique* de Bayle; éste se escandalizaba en ese artículo de la indulgencia que san Agustín muestra por el comportamiento de la protagonista del relato. (Véase *El Ingenuo*, nota 64 en la pág. 874).

^[21] El *Dictionnaire* de Furetière ya dice, en 1690, que el sestercio pequeño valía mil veces menos que el *gros sexterce*. Véanse las equivalencias de moneda en el Prólogo (pág. 64).

^[22] **El cabronismo / Le cocuage**

Este cuento en verso, lo mismo que el siguiente, corresponden a la juventud de Voltaire, entre 1714 y 1716, y ambos siguen la tradición boccacciana y satírica de la Edad Media en torno al cornudismo. Los sesenta y tres versos de *El cabronismo* están dedicados a una Iris cuyo nombre real Voltaire oculta.

^[23] Voltaire recurre a los dioses del Olimpo romano para dar cuenta del origen del cabronismo. Los amores de Júpiter y Venus habrían dado nacimiento a Cupido, con gran irritación del marido de la diosa, Vulcano, dios del fuego. En la época alejandrina se representaba a Cupido como un niño alado y con carcaj, cuyas flechas inflamaban los corazones de dioses, semidioses y humanos.

^[24] **El candado / Le cadenas**

Según los editores de Kehl, «el autor tendría unos veinte años cuando hizo esta obra, dirigida a una dama contra la que su marido había tomado esa extraña precaución». En los 82 versos que forman el texto original, Voltaire, que en el poema anterior ha contado el nacimiento del cabronismo, se ríe de uno de los intentos por remediarlo: la invención del cinturón de castidad.

^[25] La leyenda olímpica dice que Pirítoo, héroe lapita compañero de Teseo, intentó raptar a la diosa de los Infiernos, Perséfone (la Proserpina latina), para así casarse con una hija de Zeus. Ambos héroes lograron penetrar en el Hades, donde fueron invitados a comer por el dueño del lugar; Hércules consiguió arrebatarse a Teseo, pero, cuando intentó salvar a Pirítoo, la Tierra tembló y el lapita quedó eternamente sentado en la «silla del olvido».

^[26] **La mula del papa / La mule du pape**

Cuento de la primera juventud, publicado en 1738 —y en su forma definitiva en 1769—, por el que Voltaire parece sentir predilección: «Es una sátira que he encontrado entre mis papeles», escribe cuando lo envía a Mme. de Neuville. La ridiculización del papado, compartido con protestantes y jansenistas, la hace el poeta utilizando una especie de parodia de sermón popular que se convierte en sátira siguiendo los pasos de la Reforma protestante, que asimilaba al papa con el Antecristo.

El texto latino dice: *Iterum assumpsit eum diabolus in montem excelsum valde* (Mateo, 8, 10).

El traductor M. Domínguez no incluyó la traducción de la «autoría» que sigue al título en este poema de 50 versos originales. Además, deberá tenerse en cuenta que el término «mula» señala el calzado que usaban los papas; está calcado del múleo que empleaban los patricios romanos; era de color púrpura, puntiagudo y con la punta vuelta hacia el empeine, mientras el talón subía hasta la mitad de la pierna.

^[27] «El jesuita Bouhours se sirvió de esta expresión: “Jesucristo fue llevado por el diablo a la montaña”; es lo que dio lugar a este villancico, que acaba así: “Porque ¿se sabría sin él, don, don / que el diablo se llevó, la la / a Jesús nuestro buen señor?”» (añadido de Voltaire en nota en 1769).

^[28] Voltaire trae aquí a colación, para manipularlos, pasajes del Génesis, 6, 5 y 22 y de Mateo, 19, 23-24.

[29] Sueño de Platón / Songe de Platon

Publicado en 1756 antes de formar parte de los tomos de *Romans* de la edición de Kehl, el apólogo, más que cuento, *Sueño de Platón*, fue escrito en el período de Cirey, entre 1737-1738; junto a Mme. de Châtelet, Voltaire ha ido abriéndose a la ciencia gracias a sus contactos con Inglaterra y ampliando, si no reorientando, su mundo intelectual. Newton y Locke se convierten en guías de su reflexión, y el experimentalismo del primero es el arma de conocimiento que emplea. *Sueño de Platón* se inscribe en la lectura que Voltaire hace del filósofo griego esos años, mientras toma notas científicas para preparar los *Elementos de la filosofía de Newton* y prepara la publicación de *El siglo de Luis XIV* (1739). Son los absurdos, las tonterías de Platón lo que va anotando, ideas que incluso pueden llamarse *rêveries*, es decir, ensoñaciones, fantasías, sueños extravagantes. La metafísica platónica enfrentada al experimentalismo no podía por menos de mostrar «absurdos».

[30] Voltaire juega con el doble sentido del término *rêver*, que en la época va perdiendo su sentido de «aplicar seriamente la mente a razonar sobre alguna cosa, a encontrar algún medio, alguna invención; razonar». (Furetière).

[31] De su lectura del *Fedón* y del *Timeo*, Voltaire fue anotando estos absurdos en sus *Carnets*. Si los dos últimos pertenecen al *Fedón* (77 c, 99 c), el primero procede, aunque en transcripción no demasiado exacta, del *Timeo* (55 d), en cuya idea de un Dios eterno apoyado en diosecillos de segundo orden se basa para abordar el problema del mal físico y del mal moral del hombre en las circunstancias del planeta Tierra, cuerpo espacial bastante ridículo donde sólo la presunción del hombre está a la altura de su desorden y de sus calamidades.

[32] *Si parva licet componere magnis* (Virgilio, *Geórgicas*, IV, 176).

[33] La definición del hombre como «animal sin alas, bípedo de uñas planas» pertenecía a la obra *Definiciones* (415 a), que en la época se atribuía falsamente a Platón.

[34] El texto francés juega con el término *vérole*, que significa «sífilis», y con *petite vérole*, que denomina a la «viruela».

[35] Voltaire mezcla mitos platónicos con el experimentalismo de las ideas de Newton, que había permitido el desarrollo de los trabajos de Kepler sobre el espacio, el cielo y los movimientos de los planetas. Marte no posee «dos grandes

franjas», sino dos satélites muy pequeños.

^[36] **Micromegas / Micromégas**

«Es una chanza filosófica que debe ser leída sólo de la misma manera que se descansa de un trabajo serio con las bufonadas de Arlequín», escribe Voltaire en junio de 1739 a Federico II de Prusia, acompañando un relato perdido, *Le Voyage du baron de Gangan* (*El viaje del barón de Gangan*). Según la crítica, ese texto, corregido y ampliado —y despojado, cuando ya las relaciones entre ambos no eran las que habían sido, de un elogio al monarca, según se desprende de la carta de éste cuando acusa recibo del envío y de su lectura— sirvió para la publicación en 1752 de *Micromegas*. Los trabajos serios eran el *Tratado de metafísica* (1734) y los *Elementos de la filosofía de Newton* (1740). En el primero de esos libros queda anticipada la trama de *Micromegas*: «Estudiando al hombre, voy a tratar ante todo de situarme fuera de su esfera [...]. Supongo, por ejemplo, que, nacido con la facultad de pensar y de sentir que tengo ahora, y sin tener forma humana, desciendo del globo de Marte o de Júpiter. Puedo echar una rápida ojeada sobre todos los siglos, sobre todos los países, y, por consiguiente, sobre todas las necesidades de este pequeño globo».

Voltaire, además de situarse en el centro de las disputas científicas sobre la Tierra, sigue la tradición del viaje, en primer lugar, extraordinario y, en segundo lugar, extraterrestre, tan viejo como la literatura antigua, y que tiene en la *Historia verdadera* de Luciano de Samósata el primer eslabón conocido. Además de otras utopías, el siglo anterior había dejado ejemplos de viajeros celestes en *Un hombre en la luna* (1638), del inglés Godwin, y en *Los Estados e imperios de la luna* (1657), de Cyrano de Bergerac; y hacía sólo algo más de una década que había aparecido otro ejemplo de viaje fantástico con miras utópicas y visión crítica del desorden del mundo y la sociedad: *Los viajes de Gulliver* (1726), de Swift.

^[37] «Micromegas» une dos términos griegos: mikroi, «pequeño»; y megaí, «grande».

^[38] Según Mme. Périer, hermana de Pascal, «su talento para la geometría empezó a mostrarse cuando aún no tenía más de doce años [...], adelantó tanto sus investigaciones que llegó hasta la trigesimosegunda proposición del primer libro de Euclides». (*La Vie de M. Pascal écrite par Mme. Périer, sa sœur*).

^[39] «El señor de Voltaire había sido perseguido por el teatino Boyer por haber dicho en sus *Cartas filosóficas* que las facultades de nuestra alma se desarrollan a la

vez que nuestros órganos, de la misma forma que las facultades del alma de los animales» (nota de la edición de Kehl).

Jean-François Boyer (1675-1755), prelado francés, aparecerá con el anagrama de Yebor en *Zadig*, donde una nueva nota de la edición de Kehl lo califica de «fanático imbécil que persiguió a Voltaire en más de una ocasión». De hecho, lo único que Boyer hizo al aparecer las *Cartas filosóficas* fue preocuparse y prevenir a la corte sobre el peligro que representaba el autor. Voltaire lo persiguió con sus pullas hasta después de muerto. Véase el comentario completo de Kehl en la nota 17 de *Zadig*.

^[40] La expresión, que se había convertido en un cliché en la época, procede de *Le Traité des études* (1728), de Charles Rollin (1661-1741), historiador y humanista francés contra quien Voltaire arremete, por ejemplo, en *Zadig*, por su elogio de los escitas en su *Histoire ancienne des Égyptiens* (1740).

Crébillon hijo, por su parte, había publicado en 1736-1738 una célebre novela libertina titulada *Les Égaréments du cœur et de l'esprit* (*Los extravíos del corazón y del espíritu*).

^[41] El teólogo y científico inglés William Derham (1657-1735) lo había afirmado en *Astro-theologie, or a Demonstration of the being and attributes of God from a survey of the Heavens* (Londres, 1715), recopilación de conferencias en las que pretendió demostrar la existencia de Dios.

^[42] En la querrela conocida como «de los bufones», que enfrentó a los partidarios de la música italiana y de la francesa, Voltaire había defendido a Giambattista Lulli (1632-1687), compositor francés de origen italiano, que trabajó primero en colaboración con Molière, y luego solo, al servicio de Luis XIV. Lo elogia, por ejemplo, en *Le Temple du goût*: «A las leyes de nuestro gusto Lulli supo adaptarse; / embelleció nuestro arte, en lugar de cambiarlo».

^[43] Alusión a Bernard Le Bouvier de Fontenelle (1657-1757), filósofo, dramaturgo y poeta francés, sobrino de Corneille, cuya afectación ya había sido objeto de burla en *Les Caractères* de La Bruyère, donde aparece bajo el nombre de Cydias; sus trabajos científicos lo revelaron como una de las mentes más claras de su tiempo, sobre todo por *Entretiens sur la pluralité des Mondes* (1686), libro muy apreciado en el círculo de Cirey. Miembro de la Academia de Ciencias, de la que fue secretario perpetuo, y de la Francesa, Fontenelle contribuyó a difundir el espíritu filosófico del XVIII, proponiendo la razón como única guía del progreso

intelectual. Cartesiano convencido, se opuso a Maupertuis cuando éste regresó de Laponia sosteniendo que la Tierra es chata en los polos. Aunque Voltaire lo describa en este cuento en tono burlón como «enano de Saturno» y cometiendo errores científicos en sus observaciones sobre la Tierra y sus habitantes, en *El siglo de Luis XIV* lo elogia, perdonándole haber defendido los torbellinos de Descartes porque toda Europa los había adoptado, y calificándolo de precursor de los filósofos perseguidos por el poder. Al parecer, Fontenelle pagaba los platos rotos de su vulgarizador italiano, Algarotti, autor de un *Newtonisme pour les dames* y de acercamientos a Mme. du Châtelet que irritaban a Voltaire (*Romans et Contes*, ed. de Van den Heuvel, págs. 696-697). Si le reconoce «el arte nuevo de difundir la luz», Voltaire no pudo perdonarle en cambio ni su apoyo a Marivaux cuando los autores de *Cándido* y de *El juego del amor y del azar* compitieron por un sillón de la Academia, que obtuvo el comediógrafo, ni sus cualidades literarias, que, para su gusto, derrochaban demasiado ingenio en los diálogos en detrimento de las ideas. El párrafo que abre el capítulo remeda el estilo de Fontenelle.

^[44] En el siglo XVIII sólo se conocían cinco satélites de la luna.

^[45] Alusión al físico, geómetra y astrónomo holandés Christian Huygens (1629-1695), muy respetado por Voltaire; descubrió la verdadera naturaleza del anillo de Saturno y el satélite Titán, así como la nebulosa de Orión, hallazgos que pudo realizar gracias a sus trabajos de óptica; fue el primero en expresar la teoría ondulatoria de la luz e inventó el micrómetro y el ocular que llevan su nombre; también sugirió, al mismo tiempo que otros científicos, enlazar el volante de los relojes de bolsillo al rodaje por medio del resorte espiral.

^[46] De las primeras ediciones se suprimió en este punto una alusión maliciosa al cardenal de Tencin (1680-1758), personaje al que denunciaría en *El siglo de Luis XV*: «Por eso le prometo un largo artículo en la primera edición que se haga de Moreri, y no olvidaré sobre todo a sus señores hijos que tan gran esperanza ofrecen de perpetuar la raza de su ilustre padre».

Al erudito Louis Moreri (1643-1680) se debía una enciclopedia: el *Grand Dictionnaire historique, ou Mélange curieux de l'histoire sacrée et profane* (1674), que gozó de varias reediciones a lo largo del siglo XVIII.

^[47] Al jesuita y físico francés Jean Castel (1688-1757) se debe la invención del «clavecín ocular» (1740), que Voltaire elogió calurosamente; pero este pensador cartesiano se había opuesto en su *Traité de la pesanteur universel* (1724) al sistema de Newton, defendiendo, como Fontenelle, las teorías cartesianas; a partir de ellas

había atacado en el *Journal de Trévoux* el ensayo de Voltaire *Elementos de la filosofía de Newton*.

^[48] La fecha de la llegada de Micromegas y el saturniano, 5 de julio de 1737, es exactamente la del naufragio en el Báltico de Maupertuis (véase la nota siguiente) y su expedición de sabios. Con la expresión «nuevo calendario». Voltaire indica el año gregoriano, que comenzaba el primero de enero y no el 25 de marzo, adoptado por Francia en 1582; Inglaterra no se sumará a esa forma de contar los años sino hasta 1752, año de la publicación de *Micromegas*.

^[49] El científico francés Pierre Louis Moreau de Maupertuis (1698-1759), difusor de las teorías newtonianas, viajó a Tornéa (Torne, Laponia) en 1736, al frente de un equipo de científicos para medir un arco del meridiano terrestre; sus cálculos demostraron la hipótesis de Newton, según la cual la Tierra era un esferoide achatado en los polos. Si en ese momento Voltaire y Maupertuis se asocian para luchar contra las teorías cartesianas, y si Federico II llama al científico para dirigir la Academia de Berlín por indicación de Voltaire, el autoritarismo con que ejerció el cargo y su abuso de poder terminó por hacerle incurrir en las iras del filósofo, que lo ridiculiza ante toda Europa en la *Historia del doctor Akakia y del nativo de Saint-Malo* (lugar éste del nacimiento de Maupertuis). El científico será uno de los motivos de discordia entre Federico II, que lo apoyó siempre, y Voltaire, incapaz de comprender el alcance de sus intuiciones científicas, audaces para la época pero siempre sugestivas.

Voltaire se burla aquí de la expedición a Laponia, que partió de Francia el 2 de mayo de 1736; acabados sus trabajos con un éxito que despertó el júbilo en Cirey, la misión inició el viaje de regreso; frente a las costas de Botnia, su barco fue zarandeado el 5 de julio de 1737 por una tempestad que estuvo a punto de hacerlo zozobrar; pero la embarcación, contra las noticias que la daban por naufragada, había logrado llegar a puerto, donde terminó de ser reparada el 18 de julio. A la par que exalta el objetivo de la expedición y su certificación de las hipótesis newtonianas, Voltaire subraya con malevolencia hacia Maupertuis, quince años después de que ya fueran admitidas por el mundo científico, el aspecto más esperpéntico de una aventura que fue un hito científico.

^[50] De la expedición a Tornéa, Maupertuis trajo dos mujeres laponas.

^[51] Antonio de Leuwenhœk (1632-1723), naturalista y microscopista holandés, llegó a reunir más de 247 microscopios, algunos de los cuales agrandaban los objetos 270 veces; especialista de «lo infinitamente pequeño», fue el

primero en dar una descripción completa de los corpúsculos rojos de la sangre, que llamó glóbulos, y en ver protozoos y bacterias. Gracias a sus aparatos, catalogó más de cuatrocientas especies animales.

Nicolas Hartsøeker (1656-1725), físico y naturalista holandés, perfeccionó diversos instrumentos de óptica, y sobre todo un microscopio que le permitió descubrir los espermatozoides en el líquido seminal.

^[52] La frase calca otra de un elogio del naturalista y viajero francés Joseph Pirron de Tournefort (1656-1708), precursor de Linneo, hecho por Fontenelle: «En vano la naturaleza se había escondido en lugares tan profundos para trabajar en la vegetación de las piedras; fue por así decir cogida con las manos en la masa por curiosos tan osados...», expresión que el abate Desfontaines había interpretado maliciosamente en su *Dictionnaire néologique* (1726). La frase también transcribe literalmente el comentario del filósofo y político inglés Henri Saint-John Bolingbroke (1678-1751), desterrado a Francia por Jorge I, donde se casó con una sobrina de Mme. de Maintenon; lo habría hecho al enterarse de que Fontenelle y Mme. de Tencin habían sido encontrados en situación comprometedor.

^[53] Piezas accesorias de la alidada, instrumento que servía para realizar descripciones topográficas.

^[54] *Los Viajes de Gulliver*, de Swift, había aparecido en 1726.

^[55] Alude Voltaire sucesivamente a Virgilio (*Geórgicas*, IV, v. 1 y ss.); «Virgilio sólo ha cantado sobre las abejas los errores de su tiempo», escribía Voltaire en 1770 en el *Diccionario filosófico*; a Jan Swammerdam (1637-1680), anatomista y entomólogo holandés, que propuso en su libro *Descripción anatómica de los insectos efímeros* clasificar los insectos por su tipo de metamorfosis, y realizó además importantes investigaciones sobre el desarrollo comparativo de las plantas y de los animales, demostrando que las metamorfosis que se observan en ciertas especies son una evolución preexistente en el germen; y, por último, a René Antoine Ferchault de Réaumur (1683-1757), físico y naturalista francés, llamado «el Plinio del siglo XVIII», inventor de la escala termométrica que lleva su nombre; trabajó en muchos campos, desde la porcelana a los insectos; realizó, por ejemplo, los primeros ensayos para la incubación de las aves e inventó un procedimiento para producir acero partiendo del hierro. Sus *Mémoires pour servir à l'histoire des insectes* (1734-1742) interesaron vivamente a Voltaire.

^[56] Alusión a la guerra entre turcos por un lado, y rusos y austríacos por otro,

con Crimea como envite (1736-1739).

^[57] *De anima* (II, 2), que figura, efectivamente, en la página 633 de las *Œuvres d'Aristote* editadas por Guillaume du Val en 1619 y reeditadas diez años más tarde. Los términos griegos («Una entelequia es») son el inicio de la frase: «Una entelequia es también la razón de aquel que tiene el poder de ser tal».

^[58] La defensa de Locke contra los «novelistas del alma» reaparecerá durante casi tres décadas en muchos de los textos de Voltaire, desde las *Cartas filosóficas* (la XIII) hasta el *Filósofo ignorante* (1766). Lo mismo ocurre con la crítica de Malebranche, citada más abajo; en esa carta filosófica arremete Voltaire contra «sus ilusiones sublimes», lo cual no obsta para que, con el tiempo, las adopte parcialmente, por ejemplo en *El Ingenuo*.

^[59] El bonete o birrete cuadrado es en Voltaire el símbolo del oscurantismo representado por el doctor de la Sorbona; el tomismo reafirmaba la tesis del antropocentrismo, contra la que apuntaba todo el desarrollo científico de los siglos XVII y XVIII.

^[60] El libro del destino, cuyos caracteres consigue distinguir, pero no descifrar, un protagonista de otro cuento, de *Zadig*.

^[61] **Así va el mundo / Le monde comme il va**

Escrito en la etapa de cortesano del autor, en 1746-1747, *Así va el mundo* estaba esbozado probablemente en 1739, fecha en que la correspondencia de Voltaire muestra analogías sorprendentes. Es en ese último año cuando Voltaire abandona Cirey para visitar París: «Somos forasteros que debemos ver lo que es esa ciudad de la que en otro tiempo se decía tanto bien...». Como Babuc, el escita que deja su desierto para viajar a Persépolis con la tarea que le ha encargado el ángel Ituriel —saber si la corrupción en que la ciudad vive merece el castigo del cielo—, Voltaire sale de su torre de marfil con un cometido semejante; una vez en la ciudad, se deja llevar por el torbellino y personalmente retrocede al momento en que escribió su poema «El mundano», donde, como confesará más tarde, era demasiado optimista sobre el fatalismo sonriente del universo. Babuc hace una crónica de la vida parisina adornada con tintes orientales, que lo lleva desde los barrios populares y su hediondez a la sociedad aristocrática y sus ocios inútiles y su galantería libertina: «París es un abismo donde se pierden el reposo y el recogimiento del alma, sin lo cual la vida no es más que un tumulto importuno. No vivo en absoluto. Soy llevado, arrastrado lejos de mí en los torbellinos», escribe a

Mme. de Champbonin, su vecina de Cirey. La crítica que hace de la guerra, cuya causa ninguno de los contendientes sabe; de la compra de los cargos, tanto de jueces como de recaudadores de impuestos; de la situación de los teatros, del destino reservado a las actrices; de los libros que aparecen y que le decepcionan, etc., todo ello encuentra un contrapeso en dos filósofos que enseñan a Babuc a discernir y a separar el grano de la paja: también hay fuentes admirables y armoniosos palacios, cenas pomposas, amores repartidos pero tan avenidos que mujer, marido, amante y querida conviven sin la menor disputa; también hay jueces justos, aunque hayan comprado sus cargos, militares valientes, magos — sacerdotes — virtuosos; la virtud de éstos, aunque sean pocos, obtiene la salvación de la ciudad.

El arranque del cuento se halla enraizado en un recorrido temporal que va de 1740 a 1745, período en el que Voltaire goza todavía de cierto predicamento y algunos privilegios entre la buena sociedad, y en el que por su oficio tiene que escribir la historia y ver de cerca la Guerra de la Sucesión de Austria (1741). Trasladará a Babuc las opiniones que esa contienda le merece, pero poco a poco, a pesar de los abusos, se irá dejando ganar por el envés que le muestran los dos filósofos, para terminar con una frase escrita a su amigo Caylus: «París es como la estatua de Nabucodonosor, en parte oro, en parte barro». Ésa aceptación de la realidad, donde el mal ha de tener también un espacio, remata este cuento en el que el optimismo y el pesimismo de la mirada sobre el mundo se contrapesan.

Así va el mundo, que formaba parte de los cuentos con que Voltaire regalaba a la duquesa du Maine en Sceaux, se publicó por primera vez en 1748, con el título *Babuc, o así va el mundo*, para terminar siendo titulado en 1764 *Así va el mundo. Visión de Babuc, escrita por él mismo*.

^[62] Los escitas, antiguos pueblos del noroeste de Europa y del noreste de Asia, invadieron Mesopotamia en el siglo VII antes de Cristo y terminaron instalándose al norte del Ponto Euxino. La moda del «buen salvaje» de Rousseau hizo que aparecieran en la literatura europea; el propio Voltaire, que estrenó en marzo de 1767 una tragedia con el título de *Los escitas*, había de utilizarlos de nuevo en *La princesa de Babilonia*. Aunque en la tradición clásica representan el mundo bárbaro frente al civilizado, para Voltaire encarnan el hombre natural, antimundano. En cuanto al nombre de Babuc, además de nombre bíblico, aparecía en *Las mil y una noches* y en el *Pantagruel* de Rabelais.

^[63] Senaar: nombre bíblico de Babilonia (véase Isaías, 11, 11; Daniel, 1, 2).

^[64] Por el barrio Saint-Marceau, por donde también entra Cándido, con una descripción semejante. El mismo sentimiento despectivo merece a Rousseau esa puerta de entrada en París (*Confesiones*, libro IV), quien califica sus calles de sucias y apestosas, con aire fétido, casuchas negras y pobreza. Por eso la entrada oficial de los embajadores se hacía por la puerta Saint-Antoine, de construcción reciente.

^[65] Voltaire nombra así a los poitevinos, habitantes de la región francesa del Poitou o Poitiers.

^[66] En el siglo XVIII aún se practicaba la inhumación en las iglesias, pese a las quejas de cirujanos, de magistrados y de la propia Iglesia. Sólo a finales de siglo empezaron a generalizarse los cementerios fuera de la ciudad.

^[67] Entre 1736 y 1739, Bouchardon había construido la fuente de las Quatre-Saisons, en la calle de Grenelle.

^[68] En el edificio de Les Invalides.

^[69] Es decir, un joven abate, «ser indefinible, que no es ni eclesiástico ni seglar, en una palabra, lo que se llama un abate, especie desconocida en Inglaterra. [...] Cuando [los ingleses] se enteran de que en Francia jóvenes conocidos por sus depravaciones, y elevados a la prelatura por intrigas de mujeres, hacen públicamente la corte, se divierten componiendo canciones tiernas, dan todos los días comidas delicadas y largas, y de ahí van a implorar las luces del Espíritu Santo y se nombran audazmente sucesores de los apóstoles, dan gracias a Dios por ser protestantes». (*Cartas filosóficas*, V, «Sobre la religión anglicana»).

^[70] Consejero del parlamento, que, como otras personalidades influyentes, era motejado con el nombre de «sátrapa».

^[71] Alusión a los *fermiers généraux*, nombre que recibían los recaudadores de impuestos bajo el Antiguo Régimen, y que compraban el derecho a cobrar los impuestos en nombre del rey.

^[72] Evidente alusión a los convulsionarios jansenistas de Saint-Médard, que en 1732 empezaron a aplicarse cilicios, vergajos y demás disciplinas sin sufrir (véase la nota 72 a *Cándido* en la pág. 835). Con el Gran Lama de la línea siguiente, enfrenteado a los jesuitas, se alude al papa.

^[73] Voltaire está pensando en el cardenal André Hercule de Fleury (1653-1743), preceptor de Luis XV, que persiguió a los filósofos. Voltaire contó al

principio con sus favores hasta que cayó en desgracia en 1739; desde entonces, sus sentimientos por el político y cardenal estuvieron divididos, aunque siempre elogió su amabilidad, desinterés y proceder moderado; llegó a recomendar a Fleury la carrera de su sobrino Denis y sometió la tragedia *Mahomet* a su aprobación.

^[74] El nombre que da a esa mujer, el del matemático y astrónomo griego Theón, de finales del siglo V, señala a la aludida: Mme. de Châtelet, la bella Émilie, aficionada a las ciencias y a la astronomía.

^[75] El texto de 1751 acaba aquí. En las últimas líneas añadidas, Voltaire «toma sus distancias respecto al texto bíblico y opone dos tipos de cuentos y de mentalidades: absurdo y primitivo de un lado, moderno e ilustrado del otro». (*Romans et Contes en vers et en prose*, ed. cit. de Édouard Guitton, pág. 886).

^[76] **Zadig, o el Destino / Zadig ou la Destinée**

Durante el verano de 1747, Voltaire publica *Memnón* en Holanda, sin nombre de autor. Poco después, en octubre, se produce un incidente: Mme. de Châtelet había perdido una fuerte suma de dinero en el juego de la reina y Voltaire, que participaba en él, exclamó delante de todos: «Jugáis con tramposos». Tuvo que refugiarse en Sceaux, junto a la duquesa du Maine, para evitar las consecuencias del insulto y del escándalo. Es entonces cuando revisa a fondo ese *Memnón* y reflexiona sobre su pérdida de poder, que venía produciéndose desde principios de 1746, momento en el que empezó a correr por Versalles el rumor de que Voltaire había caído en desgracia. Si en *Memnón* ese entramado de circunstancias es motivo de una ficción no demasiado amarga, las esperanzas truncadas de su ascenso social y las intrigas de sus enemigos van a inscribirse con dureza en *Zadig*, que aparece al año siguiente, 1748, y ahora con el nombre de su verdadero autor. En 1752 y 1756 volverá a publicarlo con algún añadido; a su muerte, en sus carpetas aparecieron dos capítulos, «La danza» y «Los ojos azules», que la edición Kehl, al no saber su situación exacta dentro del relato, coloca como apéndice.

La moda del orientalismo y la influencia de las recién traducidas *Las mil y una noches* (1704-1717) abren en *Zadig* su abanico más vistoso: desde serrallos a caravanas de comerciantes, todo queda envuelto en un exotismo de buena ley, bendecido por la geografía que del Oriente habían hecho los *philosophes*. Pero esa envoltura puede engañar sobre el contenido de *Zadig*: el protagonista realiza un viaje iniciático, de aprendizaje del mundo; su punto de partida es la gloria y dicha

en que se encuentra antes de que sobre su cabeza se amontonen los nubarrones del destino. Ese Zadig es el Voltaire que unos años antes proclamaba en su poema «El mundano»: «El Paraíso terrestre es donde estoy»; todo parece sonreírle mientras hace su corte en Versalles con la pretensión de desempeñar en ella un papel político: sus ilusiones no durarán mucho. Pero si es cierto que las alusiones a la Francia contemporánea son abundantes, y si parece obvio que la corte de Babilonia está embutida en la de Versalles y que el obispo Boyer, cabecilla del partido devoto, se esconde bajo el ropaje de Yebor, no lo es menos que el autor ha introducido elementos autobiográficos que en ese período de su vida le obsesionan; empezando por la inconstancia femenina, que dejó secuelas en Voltaire: aunque ya estaba enamorado de su sobrina, Mme. Denis, las aventuras amorosas de Mme. de Châtelet le perturbaban; si con Maupertuis ya saldó cuentas en *Micromegas*, en el caso del poeta Saint-Lambert hubo tragedia añadida: enamorada con locura de este petimetre filósofo, Émilie de Châtelet fue públicamente abandonada cuando ya tenía en su vientre un hijo del galán; se refugió en Lorena para dar a luz, y hasta allí la acompañó Voltaire, viviendo ambos los últimos días del embarazo ocupados en tareas filosóficas; el trabajo de revisión de sus traducciones de Newton la agotaron y, tras dar a luz el 4 de septiembre de 1748, Émilie de Châtelet moría a los diez días.

Además de otras decepciones que le sirven para pintar el cinismo de Versalles, la maldad cortesana y el fanatismo religioso, Voltaire había visto de cerca, en calidad de historiógrafo oficial del rey, el entramado del poder. Con todo ello va forjando el destino de Zadig, que, como el de cualquier humano, no es más que una sucesión de ascensos y caídas, de subidas y bajadas: Zadig va arrastrado por el destino dando tumbos, en un viaje caótico donde recupera y pierde varias veces a su amada Adaté, y en el que las enseñanzas extraídas hacen de él un pesimista templado o un optimista irónico que ve su ideal acompañado por las decepciones que la realidad impone: el mundo es así, y la serie de dichas y desgracias tiene un sentido, aunque el hombre no lo vea en sus apariencias.

Las relaciones de Voltaire con el poder, aunque deterioradas, le permiten escribir el «4 de la luna llena», probablemente el 4 de julio de 1747, al conde d'Argenson solicitándole permiso para que pudieran llegarle ejemplares del *Memnón* publicado en Holanda: «París, el 4 de la luna llena. / El ángel Jesrad ha llevado hasta Memnón la noticia de vuestros brillantes éxitos, y Babilonia confiesa que no hubo nunca *itimadulet* cuyo ministerio se haya cubierto más de gloria. Sois digno de guiar el caballo sagrado del rey de reyes y la perra favorita de la reina. Ardía en deseo de besar el barro de vuestra sublime tienda y de beber el vino de Chiraz en vuestros divinos banquetes. Orosmán no me ha permitido gozar de ese

consuelo, y he permanecido sepultado en la sombra lejos de los rayos brillantes de vuestra prosperidad. Alzo las manos hacia el poderoso Orosmán, le ruego que haga caminar mucho tiempo delante de vos al ángel exterminador y os traiga por caminos todos cubiertos de palmas. / Entre tanto, muy magnífico señor, ¿permitiréis que se os dirija a vuestra sublime tienda un gran paquete que Memnón os enviaría desde la estancia húmeda de los bátavos? Sé que bien podríais ir a buscarlo vos mismo en persona, pero como ese paquete podría llegar a los pies de vuestra grandeza antes de que estuviérais en Amsterdam, os pediré permiso para que os lo dirija M. Chiquet a la ciudad a la que habréis llevado vuestras armas triunfantes, y podríais ordenar que ese paquete fuera llevado hasta la ciudad imperial de París entre los inmensos equipajes de vuestra grandeza. Os pido humildísimamente perdón por interrumpir esos momentos consagrados a la victoria con importunidades tan indignas de ella. Pero como Memnón no tiene más confidente que vos, sólo a vos os tendrá por protector, y espera vuestras preciosísimas órdenes». (*Correspondance*, ed. cit., t. II, pág. 1.178).

La victoria a la que se refiere parece ser la de Lauffeldt; tuvo lugar el 2 de julio de 1747.

^[77] Gran dignatario turco, a cuyo cargo estaban la religión y las leyes.

^[78] Sadi, que vivió en el siglo XII, había sido traducido al francés en 1634 por Ankiné du Ríjer; en 1704 lo tradujo d'Alèlges, con una biografía del poeta persa. En el halagüeño retrato que a continuación hace, los contemporáneos reconocieron a Mme. de Pompadour, en quien Voltaire confiaba para ganarse los favores de Luis XV.

^[79] Scander es el nombre turco de Alejandro. Hay que tener en cuenta que la India a la que Voltaire se refiere, según la geografía ilustrada, es la de Alejandro, es decir, en la actualidad Paquistán. En cuanto a Talestris, según la leyenda, era reina de las Amazonas; fue en busca de Alejandro para rogarle que le hiciera un hijo.

^[80] Nombre del reformador de la religión iraní, más conocido en Occidente por Zaratustra.

^[81] El nombre recuerda el de Semíramis, encarnación de la infidelidad conyugal. En el momento de la redacción de *Zadig*, Voltaire escribía una comedia con ese nombre por título.

^[82] Bajo este nombre oriental, Voltaire tal vez quiera dejar el eco de otro

nombre, el del caballero de Rohan, que en 1726 había ordenado a sus criados apalearlo al filósofo.

^[83] Antiguo nombre de dos cadenas montañosas que formaban parte de las actuales Himalaya y Bolar, célebres por sus animales salvajes.

^[84] Alusión a Hermes Trimegisto, considerado uno de los grandes maestros de la medicina de Persia; Voltaire siempre sostuvo que era egipcio.

^[85] La historia de la matrona de Éfeso procedía de Petronio (*Satiricón*, caps. CXI-CXII); se había popularizado en Francia de la mano, sobre todo, de La Fontaine, que escribió un cuento con el título de *La matrona de Éfeso*.

^[86] «Había en aquel tiempo en Babilonia un tal Arnú que curaba y prevenía todas las apoplejías en las gacetas, con un saquito colgado del cuello» (nota de Voltaire, que alude a un personaje de la época, Arnoult, muy célebre entre 1747-1748 por vender pequeñas bolsas «antiapopléticas», que ya anunciaba como publicidad en el *Mercure de France*).

^[87] Según la doctrina de Zoroastro, por ese puente de Chinavar pasan las almas de los justos antes de conocer una eternidad de delicias. El nombre de sus guardianes era el de Mordat, que Voltaire sustituye por Asrael, el ángel exterminador de los musulmanes.

^[88] Voltaire adapta un cuento que figura en la *Bibliothèque orientale* de d'Herbelot, y que ya se había publicado en el *Mercure de France* en 1712.

^[89] Voltaire se burla de investigaciones o descubrimientos de la época; se intentaba medir la velocidad del agua, cubicar el agua de lluvia e incluso fabricar seda artificial con telarañas, como «demuestra» una memoria publicada en 1710 por el eminente magistrado de Montpellier François Xavier Bon de Sainte-Hilaire.

^[90] *Desterham*, alteración de *Defterdar*, «aquel que dirige la milicia y las finanzas entre los persas y entre los turcos».

^[91] Nombre del príncipe del bien en la religión de los magos; fue helenizado como Ormuz. Del nombre del principio del mal, Arimán, Voltaire va a sacar el del Envidioso: Arimaz, que protagoniza el capítulo siguiente.

^[92] En realidad, Voltaire apunta aquí a la ley mosaica, que prohibía comer carne de águila, de quebrantahuesos y de grifo. La ley de Zoroastro no prohíbe este

último animal.

^[93] En la edición de Kehl de obras de Voltaire, sobre Yébor figura la siguiente nota: «Anagrama de Boyer, teatino, confesor de devotas de alto rango, obispo gracias a sus intrigas, que no habían logrado hacerle superior de su convento; preceptor luego del Delfín, y por último ministro [...]. El tal Boyer era un fanático imbécil que persiguió a Voltaire en más de una ocasión» (véase *Micromegas*, nota 3 en la pág. 804).

^[94] Los judíos tenían prohibido comer conejo.

^[95] En 1745, Voltaire publicaba el *Poème de Fontenoy* exaltando al monarca; poco después aparecía una *Sátira sobre el poema de Fontenoy*, anónima, que, atribuida a Voltaire, podía tacharle de duplicidad y hacerle perder los favores de que gozaba en ese momento. La sátira era obra de un viejo enemigo de Voltaire, Pierre-Claude Roy, objeto de burlas, bajo el nombre de Iro, en *La historia de los viajes de Escarmentado*.

^[96] Diván: entre los turcos, supremo consejo que determinaba los asuntos de Estado y de justicia.

^[97] En las primeras ediciones de *Zadig* aparecían dos parábolas más: los capítulos VI y VII eran sólo uno, titulado «Los juicios», hasta 1756.

La edición de *Memnón*, de 1747, incluía:

«Algún tiempo después le llevaron un hombre jurídicamente convicto de haber cometido un crimen seis años antes. Dos testigos declaraban haberlo visto: indicaban el lugar, el día y la hora, no se cortaban en sus interrogatorios. El acusado había sido enemigo declarado del muerto. Diversas personas lo habían visto pasar armado por el camino donde se había cometido el asesinato; nunca había habido pruebas tan fuertes; sin embargo, aquel hombre protestaba de su inocencia con ese aire de verdad que puede compensar las pruebas a ojos incluso de un juez esclarecido; mas podía excitar la piedad y no evitar la condena; no se quejaba de sus jueces; sólo acusaba a su destino, y estaba resignado a la muerte. A Memnón lo conmovió, y decidió descubrir la verdad; hizo que le trajeran a los dos denunciadores uno tras otro. Dijo al primero: “Sé, amigo mío, que sois un hombre de bien y un testigo irreprochable. Habéis prestado un gran servicio a la patria descubriendo al autor del asesinato que se cometió hace seis años en invierno, en la época del solsticio, ante los ojos mismos del sol. — Monseñor, le respondió el

acusador, no sé qué es eso del solsticio, pero era el tercer día de la semana y todavía hacía un sol muy bueno. Id en paz, le dijo Memnón, y seguid siempre hombre de bien”.

»Luego hizo venir al otro y le dijo: “Que la virtud os acompañe en todas vuestras vías; habéis glorificado la verdad; y merecéis recompensas por haber hecho convicto a un ciudadano de un crimen abominable que se cometió hace seis años bajo los rayos sagrados de la luna llena, en el tiempo en que estaba en el mismo signo y en el mismo grado que el sol. — Monseñor, respondió el acusador, no conozco ni los signos ni los grados; pero había entonces la luna más bella del mundo”. Entonces Memnón hizo volver al primer testigo y dijo a ambos: “Sois unos malvados que habéis dado falso testimonio contra un inocente; el uno asegura que el crimen fue cometido a las siete antes de que el sol estuviese bajo el horizonte, y ese día se había puesto antes de las seis. El otro afirma que el golpe fue dado a la claridad de la luna y ese día no había luna en absoluto; los dos seréis colgados por haber sido falsos testigos y malos astrónomos”. Memnón hacía a diario sentencias semejantes que mostraban la sutileza de su genio y la bondad de su alma; era adorado por la gente y apreciado por el rey; los primeros contratiempos de su vida daban incluso un valor nuevo a su felicidad presente; pero todas las noches tenía un sueño que lo apenaba algo. Le parecía...».

Y la edición de *Zadig* de 1752:

«Todos los días llegaban quejas a la corte contra Irax, de Media, un gran señor que, sin ser malvado de carácter, estaba corrompido por la vanidad y la voluptuosidad. Raramente soportaba lo que le decían, y jamás que alguien osase contradecirle. Los pavos no eran más vanidosos que él, ni más voluptuosas las palomas, ni menos perezosas las tortugas; no respiraba sino falsa gloria y falsos placeres. Zadig decidió corregirle.

»En nombre del rey le envió un director de orquesta, con veinticuatro violines y un coro de doce voces, así como un mayordomo, seis cocineros y cuatro chambelanes, que en ningún momento debían abandonarlo. La orden del rey exigía que se observase rigurosamente la siguiente etiqueta: el primer día, tan pronto como el voluptuoso Irax despertó, entró en su habitación el maestro de música, con coro y violines, y se pusieron a interpretar una cantata que duró dos horas, cuyo estribillo, que entonaban cada tres minutos, decía:

¡Cuán inmensa es su valía!

¡Qué grandeza le corona!

¡Qué feliz de su persona

debe estar Su Señoría!

»Tras la ejecución de la cantata, un chambelán le dirigió un discurso de tres cuartos de hora, en el que expresamente se alababan en él todas aquellas buenas cualidades de las que carecía. Terminada esta arenga, lo acompañaron a la mesa al son de los instrumentos. Tres horas duró la comida: en cuanto abrió la boca para hablar, el primer chambelán dijo: “Sin duda ha de tener razón”. En cuanto pronunció cuatro palabras el segundo chambelán exclamó: “Tiene razón”. Los otros dos chambelanes estallaron en carcajadas ante las ingeniosidades que Irax dijo o debió de decir. Tras la comida le repitieron una vez más la cantata.

»El primer día le pareció delicioso, considerando que el rey de reyes le honraba de acuerdo a sus méritos, el segundo ya le resultó menos agradable, el tercero fue aburridísimo, el cuarto insoportable, el quinto un verdadero suplicio. Al fin, harto de oír siempre la misma canción: “¡Qué feliz de su persona debe estar Su Señoría!”, cansado de ver cómo le daban siempre la razón y de sufrir diariamente el mismo discurso a la misma hora, escribió a la corte suplicando al rey que se dignase reclamar sus chambelanes, sus músicos y su mayordomo, y prometió ser menos vano y más trabajador, se hizo adular menos, realizó menos festejos y fue mucho más feliz, pues, como dice Sadder, “nunca es un placer el placer constante”».

^[98] Voltaire confunde en este pasaje el título del libro sagrado *Zenda-Vesta* con una divinidad.

^[99] Como la estrella Canopo (nombre arqueológico de la ciudad de Canope) pertenece a la constelación de Argo, el texto plantea un problema de sentido que algunos especialistas resuelven considerando errata *pôle*, que leerían *port* (puerto). El puerto de Canope, situado en la desembocadura del Nilo, aparece citado en *La princesa de Babilonia* y en *El toro blanco*. Para otros, con «polo de Canopo». Voltaire estaría utilizando una expresión equivalente a «polo sur».

^[100] Junto con el Sinaí, es una de las dos cimas del monte Thur.

^[101] A orillas del actual golfo Pérsico, Basora era efectivamente célebre por sus mercados. Pero, contra lo que afirma Voltaire, no fue construida hasta el año 636, el año XV de la hégira, por el califa Omar.

[102] Dios caldeo, mitad hombre, mitad pez, que después de salir del mar Rojo habría enseñado a los hombres las artes, las ciencias y las letras.

[103] Según d'Herbelot, a quien Voltaire sigue para lo referente a China, Cambalú era la capital de Catay, «aparentemente la misma que Pekín».

[104] «Palabras chinas que en propiedad significan: *Li*, “la luz natural, la razón”, y *Tien*, “el cielo”, y que significan también Dios» (nota de Voltaire).

[105] Dios de la religión druídica que exigía sacrificios humanos; cuando los celtas fueron sometidos por los romanos, fue asimilado a Mercurio.

[106] Estrella de la constelación de Pegaso, lo mismo que Algenib, citada más abajo.

[107] Ciudades del archipiélago de las Molucas.

[108] Nombre fantástico; se ha supuesto que podría tratarse de una deformación de Diarbek, nombre de Mesopotamia, o de Diarbekir, ciudad del Kurdistán, a orillas del Tigris.

[109] En esta serpiente fabulosa que sólo pueden ver y tocar las mujeres bien «podría esconderse una alusión picaresca». (Guitton, ed. cit., pág. 891).

[110] Parte de la astrología que estudia el carácter y el futuro de un niño según la influencia que sobre él ejercen los astros en el instante de su nacimiento.

[111] En la antigua lengua persa, *Jez* significa «Dios omnipotente», y *Jezdad*: «Dios dado»; según la doctrina de Zoroastro, es el primer principio del bien.

[112] Según la *Bibliothèque orientale* de d'Herbelot, se trata de «la isla más famosa del mar que se llama océano Índico; esta isla es la misma que la de Ceilán o Zeilán».

[113] Véase *Micromegas*, nota 4, en la pág. 805.

[114] *Boopis* significa «de ojos de vaca, de ojos grandes». Voltaire parece haberse confundido de epíteto, en lugar de *glaucofis*, «de ojos garzos». Los dos grandes ojos azules parecen aludir a Mme. de Pompadour.

[115] La Iglesia francesa (los bonzos) no pagaba los impuestos ordinarios,

limitándose a entregar a las finanzas reales un «don gratuito» cuando quería y en la cantidad que le parecía oportuna.

[116] En la edición de Kehl se insertaron ambos capítulos en el interior del texto, suprimiendo el final del capítulo XIII, desde donde dice «Zadig partió después de haberse arrojado a los pies de...». Con esta supresión, el texto encajaría perfectamente.

[117] **Memnón, o la Sabiduría humana / Memnon ou la Sagesse humaine**

Escrito a finales de 1749 o a principios del año siguiente, durante la estancia de Voltaire en la corte de Stanislas Leszczyński, a quien su suegro Luis XV instaló en Lorena cuando fue destronado de Polonia, esta *petite drôlerie*, como la describe su autor en carta a Federico II de Prusia, aumenta el tono pesimista del cuento anterior. 1748 ha sido un año horrible para Voltaire, como se ha visto en la introducción a *Zadig*; ha cumplido la cincuentena, se siente amenazado por la enfermedad, ha visto fracasar de modo estruendoso su obra de teatro *Semíramis*, ha caído en desgracia y tiene que refugiarse en un exilio no demasiado duro todavía; además, Mme. de Châtelet le ha engañado con Saint-Lambert tras quince años de vida en común, con las secuelas trágicas que sabemos y que no suavizan sus nuevos amores con Mme. Denis.

Publicado en 1750 en un *Recueil de pièces en vers et en prose*, con el viejo título que había dado al esbozo de *Zadig*, al reeditarlo en 1756 en un volumen de *Mélanges de littérature* Voltaire le añade un subtítulo irónico: «o la Sabiduría humana». Una nota de la primera edición indica la orientación del cuento: «Como esta pequeña obra tiene alguna relación con el *Discurso en verso* que aparece antes, hemos creído que debíamos imprimirla a continuación». Ese *Discurso en verso sobre el hombre* fue escrito en 1738, y mantenía un optimismo razonable puesto que consideraba al hombre como un ser capaz de hacer el bien y conocer la felicidad. En esos once años Voltaire ha visto sus teorías destrozadas en el contacto con la realidad, y ahora hace su autocrítica, arremete contra la «locura de ser sabio», contra «el proyecto insensato de ser sabio», de vivir sin pasiones rechazando el amor, viviendo de modo austero y sobrio, en paz con los amigos y gastando la propia fortuna de forma moderada. Como es lógico, el personaje, pese a sus planes, caerá en la primera trampa que las circunstancias le pongan delante, para terminar planteándose si «todo está bien» y si existe la felicidad cuando su desnudez y un ojo tuerto lo lleven a meditar sobre esa tentativa de alcanzar la sabiduría para ser feliz.

[118] Alusión a la sífilis, que, según *El hombre de los cuarenta escudos*, apareció en Europa al regreso de Cristóbal Colón de sus viajes de descubrimiento.

[119] **Carta de un turco sobre los faquires y sobre su amigo Bababec / Lettre d'un turc sur les fakirs et sur son ami Bababec**

Contemporánea de *Memnón*, esta *Carta* publicada en 1750 fue incluida en

la edición de Kehl (1779-1789) entre los cuentos. Resultado de la documentación reunida por Voltaire para su *Ensayo sobre las costumbres*, continúa la reflexión pesimista del cuento anterior viendo en las religiones únicamente sistemas organizados de lucro; el ataque a la cristiana se templó cuando aborda el brahmanismo.

[120] Antigua escuela de brahmanes que aún subsistía a orillas del Ganges, en Benarés, según el propio Voltaire, que habla de ellos en su *Ensayo sobre las costumbres* (cap. CLVII). Su lengua era el *hanscrit*, considerada por ellos la más antigua de Oriente.

[121] Un oficial francés que regresaba de las Indias regaló a Voltaire un ejemplar de ese texto sagrado de los hindúes: *Ezur-Veidam*; pero, al parecer, era una falsificación hecha por los jesuitas de Pondichéry con fines apologéticos para convertir a los indios visnuistas.

[122] En *Zadig*, Voltaire creía que *Zend-Vesta* era un dios, y no un libro cuyo título indica el contenido: comentario (*Zenda*) del texto sagrado (*Avesta*); Voltaire suprime siempre la A inicial de *Avesta*, término que relaciona con la diosa romana Vesta, por suponerla artículo.

[123] «Cuando los faquires quieren ver la luz celeste, cosa muy común entre ellos, concentran sus ojos sobre la punta de su nariz» (nota de Voltaire).

[124] **Historia de los viajes de Escarmentado / Histoire des voyages de Scarmentado**

Escrita probablemente durante el invierno de 1753-1754 —aunque según su secretario Longchamp podría haberlo sido en 1747, en la corte de Sceaux—, y publicada en 1756, esta *Historia de los viajes de Escarmentado* corresponde a un período en el que Voltaire ha tocado fondo: «Este mundo es un vasto naufragio. Sálvese quien pueda», escribe el 28 de enero de 1754 a su amigo Cideville un Voltaire herido casi de muerte tras la ruptura con Federico II, cuyo país no será

citado ni una sola vez en este viaje de Escarmentado por Europa, Asia y África; además, acaba de saber que Luis XV le ha prohibido acercarse a París; por si esto fuera poco, en ese momento sobrevienen disputas pasajeras con su sobrina y amante Mme. Denis.

En primera persona, Voltaire va a esbozar una rápida y negra ojeada sobre la historia, acumulando catástrofes en un viaje que es claro antecedente de *Cándido*. Bautiza para ello con un término español derivado de «escarmentar» a su protagonista, y lo convierte en transmisor de una visión desolada del mundo, de una realidad brutal en la que el hombre ha dejado de serlo, donde las ideas no existen, donde reina la intolerancia, donde sólo la fuerza controla el destino, como dejan explícito las palabras del capitán negro, que Voltaire ofrece como explicación única del mundo y modelo de sabiduría.

^[125] Anagrama del poeta Pierre-Claude Roy, enemigo declarado de Voltaire; cuando éste publicó su *Poème de Fontenoy*, circuló una sátira anónima y burlesca atribuida al autor de *El Ingenuo*, pero escrita por Roy, blanco de los ataques volterianos en *Zadig* y en el libreto de una ópera titulada *El templo de la gloria*. (Véase *Zadig*, nota 19, en la pág. 814).

^[126] En *El siglo de Luis XIV*, Voltaire hace las mismas observaciones: «Pánfilo, Inocencio X, conocido por haber expulsado de Roma a los dos sobrinos de Urbano VIII, a los que debía todo; por haber condenado las cinco proposiciones de Jansenio, sin haberse molestado en leer el libro; y por haber sido gobernado por la Dona Olimpia, su cuñada, que vendió bajo su pontificado todo lo que podía venderse. Muerto en 1655». El dominio ejercido por Olimpia Maldacchini sobre ese papa le permitió controlar todos los actos del pontífice y traficar con dispensas, bulas y beneficios para terminar acumulando una fortuna inmensa.

^[127] El nombre resume fónicamente la expresión francesa: *Faites-le* (Hazlo); para los comentaristas volterianos ese «lo» aludiría al amor. El significado de los demás nombres se deduce fácilmente.

^[128] Según el *Ensayo sobre las costumbres*, el sobrenombre de El Justo habría sido dado a ese rey en su infancia; luego, habría roto el freno de una ferocidad que lo impulsó a consentir el asesinato de su primer ministro Concini, desenterrar su cuerpo y arrancarle el corazón: fue uno de esos hombres «lo bastante brutales como para asar [a una persona] públicamente sobre carbones y para comérselo». El mariscal d'Ancre murió en 1617.

^[129] Alusión a la Inglaterra de Jacobo I (1603-1625), con el recuerdo de la conspiración de 1605.

^[130] Voltaire explica en *Cuestión sobre los milagros*: «El agujero de san Patricio es muy famoso en Irlanda: por él dicen estos señores que se baja al infierno».

^[131] Los hechos aquí aludidos responden a un suceso histórico: el enfrentamiento que a partir de 1609 mantuvieron dos sectores calvinistas encabezados por los doctores Gomar y Armin: «En varios puntos, la querrela fue semejante —comenta Voltaire en *Ensayo sobre las costumbres*— a la de los tomistas y los escotistas, los jansenistas y los molinistas, sobre la predestinación, la gracia, la libertad, sobre cuestiones oscuras y frívolas en las que ni siquiera se saben definir las cosas sobre las que se disputa». El príncipe Mauricio de Orange, partidario de los gomaristas, mandó decapitar a Barnevelt, cabeza política visible de los arminianos en 1619.

^[132] En *Cándido* volverá a describir Voltaire un auto de fe. (Véase nota 28 de esa novela, en la pág. 831).

^[133] Alusión a la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), de fray Bartolomé de las Casas, traducida al francés en 1582 bajo el título de *Histoire admirable des horribles insolences, cruautés et tyrannies exercées par les Espagnols ès Indes occidentales* [*Historia admirable de las horribles insolencias, crueldades y tiranías ejercidas por los españoles en las Indias occidentales*].

^[134] Las alusiones permiten situar la visita de Escarmentado a Turquía en el período siguiente a la muerte de Ajmet I.

^[135] «Alá es grande». La circasiana proviene de un pueblo del Cáucaso septentrional.

^[136] El momento de la llegada de Escarmentado puede situarse durante el reinado de Taitso, jefe tártaro muerto en 1626, que invadió China. Las disputas entre misioneros jesuitas, menos intolerantes, y el resto de congregaciones religiosas en China duraron más de un siglo.

^[137] Tras encerrar en 1660 en una mazmorra a su padre, Cha Gean, Aureng Zeb (1619-1707) inició su reinado; tanto esta alusión como la de Muley Ismail (1646-1727), líneas más abajo, son anacrónicas respecto a la historia del Escarmentado. Ambos serán calificados de «usurpadores» por Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbres*.

[138] **Los dos consolados / Les deux consolés**

¿Cuento, diálogo o apólogo? *Los dos consolados*, publicado en 1756, deriva de la erudición que Voltaire consigue en los años del *Ensayo sobre las costumbres*, pero aplicada a una circunstancia real: la duquesa de Saxe-Gotha (Sajonia-Gotha), que mantenía correspondencia con nuestro autor, acababa de perder a un hijo: por esa correspondencia sabemos que su leibnizianismo no se conmovió y siguió confiando en el mundo. Los ejemplos que los dos personajes sacan de la mitología y la historia para consolarse mutuamente no sirven de gran cosa, porque sólo el tiempo consigue activar el olvido y mitigar el dolor, como diría este Citófilo, que es un anuncio ya de Pangloss.

[139] En su *Ensayo sobre las costumbres*, Voltaire vuelve sobre la historia: «Un músico italiano, llamado David Rizzio, llegó muy adelante en sus favores. Tocaba bien los instrumentos y tenía una voz de bajo agradable. [...] D'Arjai, que de rey sólo tenía el nombre, despreciado por su mujer, amargado y celoso, entra por una escalera oculta, seguido de varios hombres armados, en la alcoba de su mujer, donde ésta cenaba con Rizzio y una de sus favoritas: derriban la mesa y matan a Rizzio a la vista de la reina, que en vano se interpuso entre ellos y él. [...] Finalmente, tras dieciocho años de prisión en un país que imprudentemente había elegido por asilo, a María le cortaron la cabeza en un cuarto de su prisión tapizado de negro (el 28 de febrero de 1587)».

[140] **Cándido, o el Optimismo / Candide ou l'Optimisme**

Desde su publicación, el éxito de *Cándido*, «la pequeña novela», según expresión de Voltaire, no se ha visto desmentido nunca. Eje central de la ficción volteriana, *Cándido* ha recibido el apelativo de «cuento filosófico» por excelencia; pero, más allá del rechazo y la parodia burlesca del optimismo leibniziano y cristiano (el «Todo está bien»), y de la receta que en el cuento da contra el reinado del mal en el mundo su moraleja: «cultivemos nuestro huerto», *Cándido* se nutre de acontecimientos contemporáneos y de la situación vital del autor; pasada la sesentena, reconocido en toda Europa como poeta, dramaturgo, historiador y filósofo, dedica a un género «menor» como el cuento los ocios que, a lo largo de 1758, tiene en sus dos refugios, en Les Delices —en Suiza, cerca de Ginebra— y en el castillo de Ferney, aunque falta todavía un año para que se instale definitivamente aquí. Refugios que Voltaire creará paraísos, otros Eldorados que lo alejan del ruido cortesano y lo amurallan contra el desorden del mundo, hasta el punto de pretender que Ferney sea una especie de república, con sus cuarenta y un hogares, en la que el ilustrado señor del castillo se dedicó a organizar la

agricultura, multiplicando los cultivos, utilizando herramientas innovadoras, canalizando aguas, creando un departamento de correos, desecando zonas pantanosas, etc. Será la tarea de sus últimos años.

Ferney es una consecuencia de *Cándido*: el huerto que cultiva el filósofo, cansado de tantos viajes y tantas peripecias como las que experimenta su personaje. Una leyenda quiere que Voltaire se haya encerrado durante tres días en su habitación, y al cuarto haya arrojado a la cara de Mme. Denis el manuscrito de *Cándido* diciéndole: «Tomad, curiosa, esto es para vos». Publicado simultáneamente a mediados de enero de 1759 en Ginebra, Amsterdam y París, sin nombre de autor —es decir, a nombre de un autor ficticio, el «doctor Mr. Ralph», que el *Índice* vaticano, cuando lo incluya entre sus libros malditos, el 24 de mayo de 1762, creará a pies juntillas, aunque para esa fecha todo el mundo sabía quién era su verdadero autor—, Voltaire lo había escrito a lo largo del año anterior, en tres «sentadas», hasta el punto de que Van den Heuvel habla de un «Cándido de invierno», de un «Cándido de primavera» y de un «Cándido de otoño», redactados de forma continuada al hilo de situaciones personales y de la superación del leibnizismo y de una ingenuidad que Voltaire se reprocha: su candidez frente al destino, el aniquilamiento de las ilusiones y quimeras con que contemplaba la vida.

Pasadas las amarguras de la muerte de Mme. de Châtelet, Voltaire se ha instalado en 1755 con Mme. Denis en Les Delices; ahí se cree independiente, libre, fuera del alcance de los caprichos de los reyes y de los anatemas de los eclesiásticos; cuando la duquesa de Saxe-Gotha le pregunte sobre la veracidad del rumor que corre sobre su posible retorno a Prusia o a la corte de Luis XV, Voltaire responde: «No hay ninguna apariencia de que yo deje una casa encantadora y unos jardines deliciosos en los que soy el amo, y un país en el que soy libre, para ir a la corte de ningún rey, ni aunque fuera un rey de Cuaña. [...] No iré a Berlín a soportar caprichos crueles, ni a París a exponerme a los billetes de confesión. Temo a los monarcas y a los obispos». Cerca de ese dichoso retiro quiere instalarse, además, otra mujer, la condesa Charlotte Sophie de Bentinck, amada durante su estancia en Prusia.

El viaje iniciático de Cándido, su aprendizaje del mundo y de la vida es el de un antihéroe: como los protagonistas de la novela picaresca española, es hijo natural nacido de una mujer cuya clase, por no tener los suficientes cuarteles, les ha impedido entroncar legítimamente con los barones de Thunder-ten-tronckh; y, expulsado del paraíso que para él es el castillo de esa baronía, se verá arrojado al mundo, a viajes que lo llevan a puntos concretos de los intereses tanto ideológicos

como económicos de Voltaire: desde el ejército búlgaro que está en guerra hasta las reducciones jesuitas en Paraguay, pasando por Lisboa —y su terremoto—, Cádiz, Buenos Aires, el legendario país de Eldorado, Surinam y sus esclavos negros; el regreso lo llevará a París y Venecia para terminar dedicándose a «cultivar su huerto» en Constantinopla después de comprar una finca donde reúne a todos los personajes con los que ha navegado en medio de temporales y desgracias.

Pero el terremoto de Lisboa vino a demostrar a un Voltaire refugiado en Les Délices, y arropado por cierto sentido optimista de la vida, que la fatalidad regía el mundo, que la naturaleza es un elemento a temer más que a pretender; vino a convencerle, no sólo de la presencia de la fatalidad en el mundo, sino también de que ese refugio no lo aislaba lo bastante para permitirle trabajar en una torre de marfil. Es ahí, en Les Délices, donde van horneándose los temas que brotan en *Cándido*. Consternado ante el terremoto, se vuelve contra el pretendido orden con que la Providencia rige en una naturaleza que causa sufrimientos indecibles e inenarrables, y que echa por tierra las explicaciones optimistas de los teólogos, ese «Todo está bien» estúpido que Pangloss predicará a su discípulo. Ya no es contra «el problema, sino [contra] el escándalo del mal», como escribe René Pomeau (*La Religion de Voltaire*, 1956), contra lo que se revuelve; el blanco de su ira no es sólo la Providencia, sino también los filósofos y los teólogos que intentan racionalizar, explicar y justificar ese hecho calamitoso.

La Guerra de los Siete Años en Alemania, que se inicia en 1756, vino a sumarse a la desesperación de un Voltaire que tenía corresponsales directos de las carnicerías que estaban produciéndose; entre ellos, y sobre todo, la leinibziana duquesa de Saxe-Gotha, que había convencido a Voltaire para que diese una salida a su visión sobre la miseria del mundo haciéndole incluir la palabra «esperanza» en el último verso del *Poema sobre el desastre de Lisboa*, que no figuraba en las primeras versiones del poema y que Voltaire corrigió de su propio puño en una versión posterior añadiéndole un adjetivo: «¡qué frágil esperanza!». El desarrollo de las hostilidades, con Federico II enfrentado a toda Alemania, se resuelve en unos reveses iniciales que permiten a Voltaire soñar con convertirse en el consolador del rey de Prusia; sería su «venganza» filosófica de la humillación sufrida en Francfort; pero cuando casi está a punto de producirse la derrota de Federico, sobreviene inesperadamente, en noviembre de 1757, su victoria de Rossbach: «Voltaire, tocado en su punto sensible —escribe Van den Heuvel—, se desmorona. Esta nueva humillación viene a despertar la de Francfort. Sus tentativas de mediación, sus consolaciones hipócritas le parecen retrospectivamente ridículas [...]. Cándido excluido del paraíso westphaliano bien podría ser en parte la expresión mítica de esa derrota: el simple particular que es

ya no tiene nada que ver con los grandes de este mundo». (*Romans et Contes*, ed. cit., pág. 887). Porque además, esa guerra altera la economía europea y perjudica los intereses económicos de Voltaire: «Alemania se convirtió en un abismo que engullía la sangre y el dinero de Francia», dirá en *Précis du siècle de Louis XV*.

El éxito de *Cándido* entre sus contemporáneos sobrepasó cualquier expectativa: no tardó en tener adaptaciones, segundas partes, imitaciones y ataques que lo refutaban; no tardaron en hacerse familiares los nombres del protagonista y de Cunegunda, el barón de Thunder-ten-tronckh, el «¡Comamos al jesuita!», las tabarras de Pangloss, Eldorado y la nalga de la Vieja; y, sobre todo, la lección filosófica de cultivar el huerto: el filósofo huye de toda sociedad, pretende reinventar al hombre en una sociedad nueva, como es la promesa que tiene ante sí Voltaire cuando se traslada a Ferney.

Para seguir la evolución ideológica de Voltaire en el período de escritura de *Cándido*, que se extiende además en el tiempo y en otros cuentos, es imprescindible conocer su *Poema sobre el desastre de Lisboa*, difícil de encontrar en traducción castellana.

Poema sobre el desastre de Lisboa, o examen de este axioma: «Todo está bien».

¡Oh, desdichados mortales! ¡Oh, tierra deplorable!

¡Oh, conjunto espantoso de todos los mortales!

¡De inútiles dolores conversación eterna!

Filósofos errados que gritáis: «Todo está bien»;

acudid, contemplad estas ruinas horribles,

estos restos, estos despojos y cenizas desdichadas,

estas mujeres, estos niños unos sobre otro amontonados,

bajo estos mármoles rotos estos miembros dispersos;

¡cien mil desventurados que la tierra devora,
que, sangrantes, desgarrados y todavía palpitantes,
bajo sus techos enterrados, terminan sin ayuda
en el horror de los tormentos sus lamentables días!
a los gritos entrecortados de sus voces expirantes,
al espectáculo espantoso de su humeante ceniza,
¿diréis: «Efecto de las eternas leyes
que de un Dios libre y bueno necesitan la elección»?
¿Diréis, contemplando este montón de víctimas:
«Dios se ha vengado, su muerte precio es de sus crímenes»?
¿Qué crimen, qué falta cometieron estos niños
aplastados y sangrantes sobre el seno materno?
¿Tuvo Lisboa, que ha dejado de existir, más vicios
que Londres, que París, sumidos en delicias?
Lisboa destruida, mientras se baila en París.
Serenos espectadores, intrépidos espíritus,
que los naufragios de vuestros hermanos moribundos veis,
buscáis de las tormentas tranquilamente la causa:
mas, cuando sentís los golpes del destino enemigo,
vuelto más humanos lloráis como nosotros.
Creedme, cuando sus abismos entreabre la tierra

mi queja es inocente y mis gritos legítimos.

Por doquier rodeados de la crueldad de la suerte,
del furor de los malvados, de las trampas de la muerte,
sintiendo los embates de los elementos todos,
compañeros de nuestros males, permitidnos las quejas.

Es el orgullo, decís, el sedicioso orgullo,
que aduce que, estando mal, mejor estar podríamos.

Id a interrogar a las riberas del Tajo;
excavad en los restos de ese sangriento estrago,
preguntad a los moribundos, en este día de espanto,
si es orgullo el que grita: «¡Oh cielo, socorredme!
¡Oh, cielo, apiadaos de la humana miseria!».

«Todo está bien, decís, y todo es necesario».

¿Cómo? El universo todo, sin este infernal abismo,
sin engullir Lisboa, ¿hubiera estado peor?

¿Estáis seguros de que la causa eterna
que hace y sabe todo, que creó para ella todo,
no podía arrojarnos en estos tristes climas
sin volcanes en llamas formar nuestro paso?

¿De este modo limitaríais el supremo poder?

¿Le prohibiríais ejercer su clemencia?

El eterno artesano ¿no tiene en sus manos
infinitos medios prestos para sus designios?
Deseo humildemente, sin ofender a mi amo,
que este abismo incendiado de azufre y de salitre
hubiera encendido sus fuegos en remotos desiertos.
Respeto a mi Dios, mas amo al universo.
Cuando por tan terrible azote el hombre osa gemir,
no es que sea orgulloso, es que sensible es.
Los tristes habitantes de estas desoladas riberas
en el horror de sus tormentos ¿serían consolados
si alguien les dijese: «Caed, morid tranquilos;
para felicidad del mundo se destruye vuestro asilo;
otras manos construirán vuestros palacios abrasados,
de vuestros muros derruidos nacerán otros pueblos;
el Norte se enriquecerá con vuestras fatales pérdidas
y todos vuestros males son un bien en la ley general;
Dios os mira con los mismos ojos que a viles gusanos
de los que seréis pasto en el fondo de vuestras tumbas»?
¡Qué horrible lenguaje para unos desdichados!
No añadáis, crueles, ultraje a mi dolor.
No, no presentéis más a mi corazón agitado

esas inmutables leyes de la necesidad,
esa cadena de cuerpos, espíritus y mundos.
¡Oh, sueños de los sabios! ¡Oh, quimeras profundas!
Dios rige la cadena, mas él no está en cadena;
por su benéfica elección todo está determinado:
es libre, es justo, no es implacable.
¿Por qué sufrimos pues bajo un amo equitativo?
He ahí el fatal nudo que se debería desatar.
¿Curaréis nuestros males osando negarlos?
Todos los pueblos, temblando bajo divina mano,
del mal que negáis han buscado el origen.
Si la ley eterna que los elementos mueve
hace caer las rocas por la fuerza del viento,
si los frondosos robles se incendian por el rayo,
nunca siente él los golpes que los aplastan:
mas yo vivo y siento, y mi corazón oprimido
pide auxilio al Dios que lo ha formado.
Hijos del Omnipotente, mas nacidos en la miseria,
hacia nuestro padre común tendemos las manos.
El cántaro, como sabemos, no dice al alfarero:
«¿Por qué soy yo tan vil, tan débil y grosero?».

No tiene palabra, no tiene pensamiento;
esa urna al formarse que cae destrozada
no recibió de mano del alfarero un corazón
que deseara los bienes y sintiese su desdicha.

«Esa desdicha, decís, es el bien de otro ser».

De mi cuerpo sangrante nacerán mil insectos;
cuando la muerte colme los males que he sufrido,
¡vaya un alivio ser pasto de gusanos!

Tristes calculadores de la miseria humana,
dejad de consolarme, pues agriáis más mis penas;
y sólo veo en vosotros el impotente esfuerzo
de un infortunado soberbio que finge estar contento.

Sólo soy una débil parte del gran *todo*:
sí, mas los animales condenados a la vida,
todos los seres sintientes nacidos bajo la misma ley,
viven en el dolor y mueren como yo.

El buitre encarnizado sobre su presa tímida
de sus miembros sangrantes satisfecho se nutre;
todo le parece bien; mas a su vez pronto
a ese buitre devora un águila de cortante pico;
el hombre, con un plomo mortal, alcanza a esa águila altiva:

y el hombre echado en el polvo de los campos de Marte,
ensangrentado, traspasado de golpes, en medio de moribundos,
sirve de horrible alimento a las aves voraces.

Así del mundo entero todos los miembros gimen;
nacidos para el tormento, el uno por el otro perecen:

¡y en este caos fatal queréis componer
con las desdichas de cada ser una dicha general!

¡Qué dicha! Oh, mortal, débil y asimismo miserable.

Gritáis: «Todo está bien» con lamentable voz,
el universo os desmiente, y vuestro propio corazón
el error de vuestros espíritus cien veces refutó.

Elementos, animales, humanos, todo está en guerra.

Hay que admitirlo, el *mal* está en la Tierra:

su principio secreto nos es desconocido.

Del autor de todo bien ¿procede el mal?

¿O del negro Tifón, del bárbaro Arimán

la tiránica ley que a sufrir nos condena?

Mi espíritu no admite esos monstruos odiosos
que el mundo, temblando, hizo dioses antaño.

Mas ¿cómo imaginar un Dios, la bondad misma,
que prodigó sus bienes a sus amados hijos,

y a manos llenas en ellos derramó todos los males?
¿Qué ojo puede penetrar sus profundos designios?
Del ser perfectísimo no podía el mal nacer;
y no viene de otro, pues sólo es Dios señor:
existe, sin embargo. ¡Oh, tristes verdades!
¡Oh, mezcla asombrosa de contrariedades!
A consolar vino un Dios a nuestra raza afligida;
visitó la tierra, ¡y no la cambió!
Un sofista arrogante nos dice que no pudo;
«Podía, dice otro, mas no quiso:
lo querrá, sin duda»; y mientras se argumenta,
subterráneos rayos engullen a Lisboa
y de treinta ciudades dispersan los despojos,
desde la ribera sangrante del Tajo al mar de Cádiz.
O nació culpable el hombre y Dios castiga su raza,
o ese amo absoluto del ser y del espacio,
sin cólera ni piedad, tranquilo, indiferente,
de sus primeros decretos sigue el torrente eterno.
O la materia informe, rebelde a su señor,
lleva en sí defectos, como ella *necesarios*;
o bien Dios nos prueba, y esta mortal morada

no es más que un estrecho pasaje hacia un mundo eterno.

Soportamos aquí dolores pasajeros:

un bien es la muerte que nuestras miserias concluye.

Mas cuando salgamos de ese horrible pasaje,

¿quién se creerá con derecho a ser feliz?

Hay que temblar, sin duda, ante cualquier decisión.

Nada hay que se conozca, nada que no se tema.

La naturaleza es muda y vano es preguntarle;

se necesita un Dios que hable al género humano.

Sólo a él corresponde explicarnos su obra,

consolar al débil e iluminar al sabio.

El hombre, sin él en la duda y en el error dejado,

en vano busca cañas que le sirvan de apoyo.

Leibniz no me enseña con qué invisibles nudos,

en el mejor ordenado de los mundos posibles,

un desorden eterno, un caos de desdichas,

mezcla a nuestros placeres vanos dolores reales,

ni por qué el inocente, así como el culpable,

sufren por igual el mal inevitable.

Ya no puedo concebir cómo estaría todo bien:

soy como un doctor: por desgracia no sé nada.

Dice Platón que antaño tuvo el hombre alas,
un cuerpo impenetrable a los golpes mortales;
ni el dolor ni la muerte se acercaban a él.

De ese estado brillante, ¡cuánto difiere hoy!
Se arrastra, sufre, muere; todo lo que nace expira;
de la destrucción la naturaleza es el imperio.

Un débil compuesto de nervios y osamenta
no puede ser al choque de los elementos insensible;
esta mezcla de sangre, de líquidos y polvo,
puesto que fue reunida, hecha fue para disolverse;
y la rápida sensación de esos nervios delicados
sometida quedó a los dolores, ministros de la muerte:
he ahí lo que me enseña de la naturaleza la voz.

Abandono a Platón, rechazo a Epicuro.

Más que todos ellos Bayle sabe; por eso le consulto:
con la balanza en la mano, Bayle enseña a dudar:
tan sabio, tan grande como para no tener sistema,
ha destruido todos, y se combate a sí mismo,
semejante a ese ciego que, expuesto a los filisteos,
cayó bajo los muros abatidos por sus brazos.

¿Qué puede pues del espíritu la más vasta extensión?

Nada: el libro del destino se cierra a vuestros ojos.

El hombre, extraño a sí mismo, del hombre es ignorado.

¿Qué soy, dónde estoy, adónde voy, de dónde me han sacado?

Átomos atormentados en este amasijo de barro

que la muerte engulle, y cuya suerte se juega,

mas átomos pensantes, átomos cuyos ojos,

guiados por el pensamiento, han medido los cielos;

al seno del infinito lanzamos nuestro ser

sin poder vernos ni conocernos un momento.

Este mundo, este teatro de orgullo y de error,

está lleno de infortunados que hablan de dicha.

Todo se queja, todo gime mientras busca el bienestar:

nadie querría morir, nadie tampoco renacer.

A veces, en nuestros días al dolor consagrados,

enjugamos nuestro llanto por medio del placer;

mas el placer vuela, y como una sombra pasa;

nuestras penas, quejas y pérdidas son innúmeras.

No es para nosotros el pasado sino triste recuerdo;

el presente es horrible si es que no hay futuro,

si la noche del túmulo destruye al ser que piensa.

Todo estará bien un día, he ahí nuestra esperanza:

Todo está bien hoy, he ahí la ilusión.

Los sabios me engañaban, sólo Dios tiene razón.

Humilde en mis suspiros, sometido a dolor,

contra la Providencia no me rebelo.

En tono menos lúgubre se me vio en el pasado

cantar de los dulces placeres las seductoras leyes:

otros tiempos, otras costumbres; instruido por la vejez,

compartiendo la debilidad de los extraviados humanos,

en una espesa noche buscando iluminarme,

sólo sé sufrir, y no sé murmurar.

Antaño un califa, en su hora postrera,

al Dios que adoraba dijo por toda oración:

«Te traigo, oh único rey, único ser ilimitado,

todo cuanto no tienes en tu inmensidad,

Los defectos, los lamentos, los males, la ignorancia».

Mas también pudo añadir la *esperanza*.

[141] Nombre más anglosajón que alemán; es proverbial el odio hacia todo lo germano que profesaba Voltaire. Para A. Morize (*Candide*, París, Marcel Didier, 1957, 3.^a ed.), ese nombre sería uno de los recuerdos de la estancia de Voltaire en Londres y de sus lecturas de Pope: «James Ralph había publicado varias obras durante la estancia londinense de Voltaire; por ejemplo, *The Touchstone*, 1728». También aparece citado en el canto III de la *Dunciade*.

[142] Voltaire cita en varias ocasiones un pasaje de Horacio, *Epístolas*, lib. II, VI, 67: *Si quid novisti rectius istis, candidus imperti*: «Si conoces algo mejor, particípamelo cándidamente». El epíteto «cándido» lo aplicaba Voltaire, sin connotación

peyorativa, desde 1733, a un «honesto e ingenuo hamburgués».

[143] En Francia la «buena nobleza» debía tener cuatro cuarteles por línea paterna y otros cuatro por línea materna; en Alemania eran dieciséis los cuarteles necesarios por cada una de las ramas.

[144] En 1740, durante su primer viaje por Alemania, Voltaire quedó impresionado por la extrema pobreza de Westphalia: su correspondencia da pruebas también de la «detestable» región. Se han apuntado otras posibles referencias a esta frase: por ejemplo, para Leibniz (*Monadología*), «la mónada no tiene ni puertas ni ventanas». En el *Eulenspiegel* alemán, una de las burlas del protagonista consiste en construir para los burgueses de Minden precisamente «una casa sin puerta y sin ventana».

[145] Nombre formado por dos términos griegos: *pan*, «todo», y *glóssa*, «lengua».

[146] El término fue laboriosamente construido por Voltaire según muestran las múltiples variantes, a la búsqueda de una palabra burlesca para «cosmología».

[147] La burla de Voltaire se dirige contra la fórmula leibniziana del «mejor de los mundos posibles». En su correspondencia con la duquesa de SaxeGotha comenta: «Aproximadamente veinte mil hombres han muerto ya por esta querrela, en la que ninguno tenía la menor parte. Es ése uno de los encantos del mejor de los mundos posibles. ¡Qué miserias! ¡Y qué horrores! La mejor de todas las moradas posibles es, a buen seguro, la de Gotha, y sé de sobra cuál es la mejor de las princesas posibles».

[148] Voltaire está parodiando, según el Génesis, la caída de Adán y su expulsión del paraíso; en la conclusión —anteúltimo párrafo— se pone de manifiesto la relación intencionada con el Génesis: *ut operaretur eum* (véanse más adelante las notas 122 y 125).

[149] En el capítulo anterior, los retozos de Pangloss y Paquette se producen en el parque y hacen suponer un clima benigno; al día siguiente, nieva. Fue René Pomeau quien primero subrayó esta incoherencia en su edición de *Candide*.

[150] Así iban vestidos los oficiales del ejército prusiano encargados de reclutar soldados. *Cándido* se publicó durante la Guerra de los Siete Años, 1756-1763.

[151] Un metro ochenta; el pie equivalía a 32,48 centímetros; contenía doce pulgadas de 27,069 milímetros. Desde Federico Guillermo, los reyes prusianos buscaron siempre para sus ejércitos hombres de gran estatura.

[152] Recibo en el que Cándido reconocía la deuda.

[153] Médico griego del siglo I, célebre por sus recetas extravagantes.

[154] «Ábaro» o «ávaro»: pueblo escita de origen mongol, que invadió Europa en varias ocasiones. Se hallaba asentado en las estepas del río Don, junto al mar de Azov; en el año 558 sirvieron bajo las banderas del emperador romano de Oriente, Justiniano, que los empleó contra los hunos y los búlgaros que habían invadido la Mesia (los actuales Balcanes). En *Cándido* representan a los franceses, del mismo modo que los búlgaros encarnan a los prusianos.

[155] La mendicidad estaba prohibida en Holanda. Voltaire, que predicaba como caridad dar trabajo a los que no lo tenían, arremete contra la mendicidad en su *Diccionario filosófico* (1771).

[156] Según el Apocalipsis, el Antecristo asolará la tierra antes del juicio final, pero terminará siendo vencido por Cristo.

[157] Los anabaptistas siguen una secta protestante, de gran difusión en Holanda y Alemania en esa época, cuyos miembros sólo se bautizaban al alcanzar la mayoría de edad. En su *Ensayo sobre las costumbres*, Voltaire dice que «los sucesores de esos fanáticos sanguinarios son los hombres más pacíficos de todos, ocupados en sus manufacturas y en su negocio, laboriosos, caritativos [...]. Los anabaptistas comenzaron por la barbarie y han terminado por la dulzura y la prudencia». Jacques [Santiago], único nombre que en *Cándido* tiene cierto tono evangélico, simboliza al personaje caritativo y pacífico por excelencia; de ahí que desaparezca rápidamente de la novela, por ser inadecuada su conducta a las características de la especie.

[158] En una obra falsamente atribuida a Platón, *Definiciones*, 415 a, se lee esta frase, que Voltaire también ha utilizado en el *Sueño de Platón*: «Hombre: animal sin alas, bípedo de uñas planas».

[159] Esta frase es una corrección del copista, que tachó la primera redacción: «dándole un cubilete con orina de vaca».

[160] El médico Astruc había establecido, en su *Traité des maladies vénériennes*,

una genealogía de la sífilis, que remitía su origen al continente americano. Pero Voltaire conocía también la disertación del benedictino Dom Calmet sobre la enfermedad de Job, donde se identificaba la lepra del varón bíblico con la sífilis.

^[161] Fueron los indios mexicanos quienes enseñaron a los europeos a utilizar el carmín extraído de esta clase de pulgones para teñir las telas.

^[162] Probable alusión a la bancarrota del hijo del banquero Samuel Bernard, que en 1754 hizo perder ocho mil libras de renta a Voltaire.

^[163] La actual Yakarta; en la época era una importante factoría comercial holandesa en las Indias Orientales.

^[164] En su *Ensayo sobre las costumbres* Voltaire habla más extensamente del tema; tras la expulsión de los europeos del Japón, los holandeses consiguieron permiso para continuar comerciando en Nagasaki, pero previamente tenían que pisar un crucifijo en señal de profanación.

^[165] El terremoto de Lisboa se produjo el 1 de noviembre de 1755. La cifra de muertos que Voltaire dio en su correspondencia, según los primeros informes, ascendía a 100.000; posteriormente la redujo a 30.000, que parece estar más en consonancia con la realidad. También alude Voltaire a las teorías entonces en vigor sobre el origen de los terremotos. En el *Poema sobre el desastre de Lisboa, o examen de este axioma: «Todo está bien»*, Voltaire expresa las inquietudes de los teólogos ante ese axioma que ponía a prueba el dogma de la caída original y la necesaria redención: «Filósofos errados que gritáis: “Todo está bien”, [...] ¿Qué crimen, qué falta cometieron estos niños / Aplastados y sangrantes sobre el seno materno?» (véase el *Poema sobre el desastre de Lisboa* en las págs. 823-828).

^[166] El auto de fe citado por Voltaire no tiene fundamento histórico; el primero después del terremoto ocurrió en 1756, y tanto en éste como en dos más que se hicieron en Portugal después de esa fecha no hubo ejecuciones. En cuanto al vizcaíno condenado por haberse casado con su comadre, por «comadre». Voltaire entiende la madrina que ha sacado de pila a su ahijado; la Iglesia prohibía el casamiento entre dos personas unidas por un parentesco espiritual; en *El Ingenuo*, será uno de los elementos del fracaso de los amores del hurón y la señorita de Saint-Yves.

^[167] Signo externo de judaizante, porque la ley mosaica prohibía comer el gordo, la grasa o el tocino de los animales.

[168] Los detalles del auto de fe y de la vestimenta están sacados de una obra de Dellon, *Histoire de l'Inquisition de Goa*, cuyas ilustraciones también le sirvieron para la descripción del auto de fe que aparece en *Los viajes de Escarmentado*. «Trajeron paquetes de vestidos en forma de escapularios que se llaman sambenitos... Los que son considerados convictos llevan una especie distinta de escapulario, llamado zamarra, donde está representado al natural, por delante y por detrás, el retrato del paciente, y demonios todo alrededor... Pero los que se acusan y no son relapsos llevan sobre sus zamarras llamas invertidas con la punta hacia abajo... Luego vi aparecer gorros de cartón, de punta elevada a la manera de un pan de azúcar, cubiertos por entero de diablos y llamas de fuego». Voltaire sigue, en su descripción, los dibujos que ilustran la obra de Dellon para la procesión y el sermón.

[169] Hay una observación de Voltaire sobre esta virgen de Madrid: «Esta Nuestra Señora es de madera, llora todos los años el día de su fiesta y el pueblo llora también».

[170] Día de descanso para la religión judía, correspondiente al sábado.

[171] Voltaire comete un error: *moyadors* es el término portugués para designar a ciertos recaudadores de impuestos, no el de la moneda, llamada *moidore*. En el capítulo siguiente se convierten en pistolas, nombre francés del escudo español. Y el maravedí citado más adelante, era una moneda de cobre, de poco valor, que sólo tenía curso en España.

[172] Avacéna en el texto francés.

[173] «Pistolas», nombre francés del escudo, una moneda española.

[174] Voltaire traza un itinerario fantástico, aunque las localidades citadas existen realmente. Chillas o Chellas está junto a Lisboa. Lebrija está cerca de Cádiz, y Lucena se halla muy al oeste del camino entre Lisboa y Cádiz.

[175] En el período 1604-1607, los jesuitas aislaron de los españoles esclavistas a los indios, fundando una república agrícola, artesanal y comunitaria que pervivió hasta 1768. Se conocieron como «reducciones» (en latín: *reducti*), porque se pretendía «reconducirlos», llevarlos «a la fe cristiana» y a la vida civilizada. El espacio geográfico que los jesuitas denominaban «provincia del Paraguay», o Paraquaria, no coincidía con el actual Estado del Paraguay. La provincia se fundó en 1604, escindiéndose de la del Perú, y ocupaba aproximadamente los actuales

territorios de Argentina, Uruguay, Paraguay, Rio Grande do Sul (Brasil), Bolivia oriental y, al principio, Chile.

El asunto de estas misiones jesuitas afectaba a Voltaire personalmente: en 1756 había invertido capitales en la preparación de un viaje de tropas españolas para reprimir la sublevación de indios guaraníes en la frontera entre el Paraguay y el Uruguay.

^[176] En la primera redacción, Voltaire escribió «Clemente, 12», que había reinado entre 1730 y 1741. Un crítico de la época recogía una nota de Voltaire, que debía de ir en este fragmento: «¡Véase la extremada discreción del autor! Hasta ahora no ha habido ningún papa llamado Urbano X. Teme adjudicar una bastarda a un papa conocido. ¡Qué circunspección! ¡Qué delicadeza de conciencia!». Esta nota fue publicada por Wagnière y, en 1820, por la edición de Beuchot con alguna variante. El último Papa de nombre Urbano fue el VIII, que murió en 1644.

^[177] El ducado de Massa y Carrara, en Toscana, se fundó en el siglo XVI. En 1860 fue anexionado al Piamonte.

^[178] Gaeta es una ciudad italiana situada en el Lacio, al sur de Roma, a orillas del mar. Salé, importante ciudad marroquí, frente a Rabat, se halla a orillas del Atlántico. Fue refugio de piratas.

^[179] Sobre Muley Ismail, sultán de Marruecos (1647-1727), conocido como guerrero y como gran político, habla también Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbres*, calificándolo de usurpador; más abajo vuelve a aludirse a él: durante la Guerra de Sucesión española (1701-1713). Portugal recurrió a una alianza con Muley Ismail para enfrentarse a Francia (véase la nota 42 siguiente); y lo cita asimismo en *Los viajes de Escarmentado* (véase nota 13, en la pág. 820), y en *El Ingenuo*, comparándolo con otro usurpador, Aureng Zeb.

^[180] «¡Oh, qué desgracia estar sin c...!». La edición de 1759 transcribe la palabra entera: *coglioni* = cojones.

^[181] Véase sobre los castrados el capítulo XXV. Un ejemplo de castrados que controlaban Estados lo fue Carlo Broschi Farinelli (1705-1782), de origen italiano, grande de España bajo el reinado de Fernando VI y favorito muy influyente.

^[182] «El rey de Portugal, el príncipe de Darmstadt [...] imploraron la ayuda del rey de Marruecos. No sólo hicieron tratados con ese bárbaro para conseguir caballos y trigo, sino que pidieron tropas. El emperador de Marruecos, Muley

Ismail, el tirano más guerrero y político que entonces hubo en las naciones mahometanas, no quiso enviar sus tropas sino en condiciones peligrosas para la cristiandad». (Voltaire, *El siglo de Luis XIV*). Sin embargo, Voltaire sabía que las mejores relaciones con las naciones «barbarescas» no las mantenía ningún país mediterráneo, sino Inglaterra.

[183] En la zona hubo una epidemia de peste muy violenta en 1720-1721.

[184] Oficial de la corte del sultán. Los jenízaros fueron una temible infantería regular turca, creada en el siglo XIV, que pervivió hasta 1826.

[185] Antiguo nombre del mar de Azov. Voltaire había trabajado sobre el momento histórico del asedio y conquista de Azov por Pedro el Grande (1695-1697) para cumplir un encargo de Catalina de Rusia, del que saldría su *Histoire de l'empire de Russie sous Pierre le Grand*.

[186] En el *Diccionario filosófico*, Voltaire traduce del latín un texto de san Jerónimo: «He visto escoceses que preferían cortar las nalgas de los muchachos y las tetas de las chicas. Para ellos eran los platos más sabrosos» (artículo «Antropófagos»). El dato lo había encontrado en san Jerónimo, citado por S. Pelloutier (*Histoire des celtes*, 1741).

[187] Personaje histórico nacido en Colmar en 1672. Robeck sostuvo en Suecia unas tesis (*Exercitatio de morte voluntaria*, 1736) sobre lo ridículo que era amar la vida; terminó ahogándose por voluntad propia en 1739.

[188] El nombre es evidentemente caricaturesco; Voltaire sacó tales apellidos de sus estudios preparatorios para el *Ensayo sobre las costumbres*. Quizá el primer apellido debiera ser Ibarra.

[189] Es una alusión a la historia de Abraham y Sara. Sobre ella vuelve Voltaire en su *Diccionario filosófico*, artículo «Abraham»: «Es asimismo muy difícil de explicar cómo Sara, mujer de Abraham, era también su hermana...».

[190] La forma de las mangas y del capuchón enfrentó durante mucho tiempo a los religiosos: véanse en las *Cartas filosóficas* (XIII) más comentarios de Voltaire sobre el tema. De ahí que no deba verse en la expresión el sentido irónico que pudiera tener en castellano.

[191] En el *Ensayo sobre las costumbres*, el capítulo CLIV lleva por título: «Sobre el Paraguay. De la dominación de los Jesuitas en esta parte de América, de sus

querellas con los españoles y los portugueses». Véase más adelante en el Anexo (págs. 285-288) la carta en que Voltaire responde a otra enviada al *Journal Encyclopédique*, donde se le acusaba de desconocer el problema.

^[192] «Factor: aquel que hace un negocio por cuenta de otro». Agente de una factoría, intermediario comercial.

^[193] Voltaire escribe siempre «Los Padres». En cuanto al reino, es una alusión a la presunta elección de un jesuita como rey del Paraguay, Nicolás I, pero tal rumor fue desmentido. En una carta a Mme. de Lutzelbourg de 12 de abril de 1756, Voltaire escribe: «Es cierto que no hay un rey Nicolás, pero no es menos cierto que los jesuitas son otros tantos reyes en el Paraguay».

^[194] Voltaire utiliza el apellido de un padre jesuita, Croust, confesor de la Delfina y rector del colegio de Colmar, al que se enfrentó durante su estancia en esa ciudad a principios de 1754 y tras sus desventuras alemanas.

^[195] Garcilaso de la Vega, el Inca (1540-1616), habla en sus *Comentarios reales de los Incas* (1609) y en la segunda parte de ese libro, *Historia General del Perú* (Córdoba, 1617), de los indios xarayos; en el mapa que hace de la parte meridional del Perú, sobre la palabra Paraguay escribe «orejones o Indios de grandes orejas». Voltaire va a burlarse del mito de Eldorado, región situada entre el Orinoco y el Amazonas, donde los conquistadores españoles suponían que se habían refugiado los últimos incas con grandes tesoros.

^[196] *Journal de Trévoux* era el nombre con que se conocían las *Mémoires pour servir à l'histoire des sciences et des beaux-arts*, órgano de los jesuitas, que vigilaba la heterodoxia de los filósofos ilustrados; en 1750 iniciaron sus ataques contra Voltaire al unirse éste a los enciclopedistas. Fue fundado en Trévoux (Ain) en 1701.

^[197] Recuerdo evidente de *Los viajes de Gulliver* (1726), cuando el protagonista es atado durante su sueño por los liliputienses. Voltaire profesó siempre gran admiración por Swift.

^[198] Antiguo nombre de la Guayana francesa, colonizada desde 1625.

^[199] Probablemente llamas; algunos viajeros habían descrito su vellón y su cola de color rojizo.

^[200] Nombre indígena del cóndor. El Inca Garcilaso de la Vega describe en sus *Comentarios reales* una comida en la que se sirven diversos animales, desde

tigres a leones, desde monos a cóndores. Voltaire transcribe ese nombre así: *contour*.

[201] La aparición del anciano es tema frecuente en los viajes imaginarios. Voltaire parece acordarse aquí del anciano de Tarento (*Geórgicas*, IV, vv. 116148), de Virgilio, y de Mentor, del *Telémaco* de Fénelon, símbolo de la sabiduría y de la prudencia.

[202] Walter Raleigh (1552-1618), navegante y estadista inglés, buscó inútilmente Eldorado después de ser liberado de la Torre de Londres, donde pasó catorce años tras una sentencia de muerte (1601-1615). En esa prisión escribió una *Historia del mundo y Descubrimiento de la Guayana*. Puesto en libertad, volvió a sus proyectos de colonización de la Guayana, y a sus sueños de ricos filones auríferos en el Orinoco. Sus expediciones acabaron en fracaso; por atacar durante ellas a una potencia amiga de Inglaterra, como lo era España en ese momento, fue apresado. A falta de medios legales para condenarlo a muerte, se le aplicó la sentencia de catorce años antes y fue decapitado en Londres.

[203] Capital de la Guayana holandesa.

[204] El pasaje del esclavo negro no figura en el manuscrito, que empalma directamente con la entrada en Surinam. Se une así Voltaire a las protestas de la opinión ilustrada contra la esclavitud, que ya evocaba en *Historia de los viajes de Escarmentado*.

[205] Probable reminiscencia de un librero de La Haya, Van Duren, con el que Voltaire se enfrentó a raíz de la publicación del *Antimachiavel* de Federico II (1740), y, posteriormente, durante el *affaire* de Francfort. Por descuido, Voltaire le adjudica el mismo nombre que da al patrón del barco poco más adelante.

[206] Parodia del texto evangélico de Lucas, 19: «Cristo, llorando, entró en Jerusalén».

[207] En la época, los libreros cumplían el papel de los actuales editores.

[208] Discípulos de Socino (1525-1562), reformador sienés del siglo XVI que negaba la existencia de la Trinidad y la divinidad de Cristo, además de abogar por la interpretación racional de las Escrituras; los deístas los tenían como precursores suyos. Estas ideas atrajeron a Voltaire, que les dedica un espacio en la VII *Carta filosófica*.

[209] El maniqueísmo es una doctrina religiosa que explica el universo por la lucha de dos únicos principios, el bien y el mal. El problema del origen del mal preocupó siempre a Voltaire, que cita a su fundador, Manes, en otro de sus relatos, *El blanco y el negro*. Conviene recordar que san Martín —y no es casual el nombre de Martín que presta al personaje— fue, según la leyenda, gran enemigo del diablo durante su existencia, que transcurrió en el siglo III.

[210] Voltaire, que reescribió cinco veces por lo menos la descripción de París —y también el largo capítulo XXII, descompensado respecto al resto de la obra—, siempre tuvo gran pasión por esa ciudad, de la que se vio obligado a vivir lejos hasta 1778.

[211] La feria más conocida de París, que se celebraba desde la Edad Media todos los años del 3 de febrero al 3 de abril.

[212] Alusión a los jansenistas, que, entre 1729 y 1732, se entregaron en el cementerio de Saint-Médard, sobre la tumba del diácono François de Pâris, a manifestaciones histéricas y convulsiones —de ahí que se los llamase «convulsionarios»—, que en algún momento llegaron a inicios de crucifixión. Pâris era hermano de un consejero del parlamento, y eso le garantizó amplias simpatías en los ambientes políticos de esa institución; aseguraban recibir manifestaciones divinas y curaciones milagrosas. Voltaire, escandalizado de que una institución del Estado tuviera que ver con esa secta fanática, los vio con sus propios ojos, y tuvo entre los convulsionarios a su hermano Armand Arouet y a uno de sus primos. El movimiento pervivió hasta la revolución Francesa y era un efecto de la bula *Unigenitus* (1713), que condenaba al padre Quesnel y su *Abrégé de la morale de l'Évangile* (1671). Cuando la policía cerró el cementerio el 27 de enero de 1732 impidiendo la concentración de curiosos y convulsionarios junto a la tumba, el movimiento pasa a la clandestinidad y organiza rituales en casas aristocráticas o burguesas, e incluso en graneros. La revista *Les Nouvelles ecclésiastiques*, perseguida por las autoridades, daba cuenta de los milagros, cuya recopilación un miembro del parlamento, Carré de Montgeron, llevó ante el rey, ganándose el parlamentario, lo mismo que Chaumeix —véase *El pobre diablo*—, ataques de rara violencia por parte de Voltaire. Se trataba de un renuevo jansenista, popular y femenino sobre todo, que tuvo sus figuras; una de las más célebres fue Madeleine Durand, que cortaba con unas tijeras las excrecencias de su cáncer y detenía luego la hemorragia con agua del pozo del diácono Pâris; sus carnes mutiladas eran recogidas como reliquias. Voltaire dedicará a esta «canalla convulsionaria», denunciando su barbarie y fanatismo, varios escritos, además de los artículos «Convulsiones» y «Fanatismo» del *Diccionario filosófico*; en *Le Précis du siècle de Louis*

XV llega a insinuar que fueron los parlamentarios jansenistas los que armaron el brazo del regicida Damiens.

^[213] Alusión a la *Histoire des navigations* (1756), del presidente Des Brosses, aunque también podría aludir a textos anteriores como la *Théorie de la terre* (1749) de Buffon, o *Le Spectacle de la nature* (1732-1750) del abate Pluche. Los tres sostenían la tesis de que el mar había cubierto originariamente toda la Tierra. Voltaire, que nunca admitirá la teoría, también la ataca en *El hombre de los cuarenta escudos*.

^[214] La alusión al «sabio del Norte» aparece en un manuscrito tardío de este capítulo. Para René Pomeau «resulta que en 1758 el premio [de la Academia de Burdeos] fue otorgado a Jacobi, de Gottingen», por su disertación sobre «la forma de sembrar los bosques de robles». Dado que los premios se proclamaban en Burdeos en una sesión solemne del mes de agosto, es probable que Voltaire, miembro asociado, lo haya recordado cuando prosiguió en octubre su texto de *Cándido*.

^[215] Barrio situado al sur de la capital, muy miserable en esa época. En sus *Confesiones* Rousseau dice lo mismo: «Al entrar por el barrio Saint-Marceau, no vi más que pequeñas calles sucias y malolientes, unas malas casas negras, aire de suciedad, de pobreza». Es el actual quartier des Gobelins.

^[216] «Beneficiado» (*habitué*): eclesiástico adscrito al servicio de una parroquia, sin que tenga en ella cargo ni dignidad.

^[217] Christophe de Beaumont, arzobispo de París, decretó que los sacerdotes negasen los últimos sacramentos a los moribundos sospechosos de jansenismo que no pudieran presentar un billete de confesión firmado por un sacerdote no jansenista; en este caso, el difunto no recibía sepultura cristiana. La agitación popular que motivó esa decisión, secundada entre 1750 y 1760 por distintos obispos de provincias, provocó tumultos populares, a los que pondría fin un compromiso de Luis XV. Voltaire era particularmente sensible al asunto, preocupado como estaba por el problema de su propia sepultura.

^[218] Locke y sus discípulos, entre los cuales se encontraba el propio Voltaire en este punto.

^[219] Alusión a *Le Comte d'Essex*, de Thomas Corneille (1678), que todavía se representaba en el siglo XVIII.

^[220] Alusión a Adrienne Lecouvreur (1692-1730), que interpretó el papel de

Monime en *Mithridate*; Voltaire sentía gran estima por esta actriz a la que el párroco de Saint-Sulpice negó enterramiento en tierra de iglesia, como en alguna otra ocasión ocurrió con ciertos cómicos; su cuerpo fue arrojado al muladar. Voltaire arremetió contra esa barbarie en una *Ode sur la mort d'Adrienne Lecouvreur*.

^[221] Término despectivo que parece haberse empleado en este pasaje por primera vez. Luego Voltaire lo utilizará con frecuencia, aunque hasta 1835 no entró en el *Dictionnaire de l'Académie*. La obra de teatro aludida es *Tanocrède* (1760).

^[222] Fréron (1718-1776) dirigía con causticidad y competencia *L'Année Littéraire*, que atacaba las piezas de Voltaire cada vez que se estrenaban. La polémica entre ambos llegó a su punto crítico en 1760 cuando Voltaire escribió *El pobre diablo* (véase la introducción a ese cuento en verso y la nota 6 en las págs. 845-846), y una comedia, *L'Écossaise*, donde aparecía atrocemente burlado un tal Frélon.

^[223] Claire Joséphe Lérís, llamada Mlle. Clairon (1723-1803), fue una actriz trágica célebre, que reformó el sistema de la declamación clásica en 1755, haciéndola más sencilla; sus reformas estaban inspiradas en parte por sus relaciones con los filósofos. Se enfrentó a los poderes públicos luchando por la rehabilitación de los comediantes y llevó a cabo una huelga de la Comédie Française en 1765; por ello hubo de pasar varios días en prisión. A su salida, abandonó el teatro para siempre, a los cuarenta y tres años. Encarnó con gran éxito el papel protagonista de la obra *Tanocrède*. Dejó unas *Mémoires* (1798) en las que aboga por un trabajo intelectual por parte del actor en la preparación de los papeles y en el detalle de la interpretación. Precursora de la puesta en escena y de la interpretación naturalista, fue muy apreciada por Voltaire y por Diderot.

^[224] Juego de cartas parecido al bacarrá. El juego lo dirige un banquero que lleva la banca y gana lo que los jugadores pierden. Los *pontes* («puntos») son jugadores asociados contra el banquero. Cuando se hacía la apuesta, se solía doblar un pico (en francés *corner*: de ahí «registro cornudo») de la carta. El *párolí* es una apuesta que dobla a la primera; el *sept-et-le-va* es siete veces superior al *párolí*; y el *sept-et-le-va de campagne* o *párolí de campagne* es, según la *Encyclopédie* (artículos *Pharaon* y *Párolí*), «aquel que hace un jugador antes de que le haya llegado su carta, como si ya hubiera ganado. Los banqueros deben ser muy precisos y llevar mucha vigilancia para que no les cuelen *párolis de campagne*; de otro modo, pronto serían despachados, si se fiaran de la palabra de ciertos jugadores, que no son escrupulosos».

^[225] Gabriel Gauchat (1709-1774) fue teólogo enemigo de los enciclopedistas y

autor de unas *Lettres critiques ou Réfutations d'écrits modernes contre la religion* (1753-1763, 12 vols.).

^[226] Referencia al abate Nicolas-Charles-Joseph Trublet (1697-1770), arcediano de Saint-Malo, autor de unos *Essais critiques*, también adversario de los enciclopedistas y de Voltaire, que se acordará de él en *El pobre diablo* (véase la nota 12 en la pág. 849).

^[227] Oficial de policía que procedía a los arrestos y detenciones. Llevaba una vara o bastón, símbolo de su poder.

^[228] Los manuscritos muestran que Voltaire había pensado en varias soluciones para explicar esta detención. En el manuscrito número tres, en vez de la frase «Hay orden de detener a todos los extranjeros», el exento, en lugar de estas palabras, debe decir estas otras: «Señor, os detenemos por haber golpeado a un clérigo cuando estabais en la agonía». Por fin, tras cuatro hipótesis, y dependiendo del estado del texto (por ejemplo, la enfermedad de Cándido no figura en la primera versión), Voltaire explica el motivo de la detención por el revuelo que se produjo en las calles tras el intento de regicidio de Damiens (véase la nota siguiente); entre otras medidas se incluyó el arresto de todos los extranjeros.

^[229] La Atrebacia es el Artois; los atrebates fueron un pueblo que en tiempos de César habitaba en esa región francesa. La explicación siguiente hace alusión al atentado cometido por Robert François Damiens (1715-1757), nacido cerca de Arras, en la región del Artois, contra Luis XV, el 5 de enero de 1757; en realidad, este hombre, fanatizado por los anatemas de los parlamentarios jansenistas, iba armado con una inofensiva navaja que arañó el brazo del monarca; fue torturado y ejecutado públicamente en condiciones atroces; el atentado de Ravailac contra Enrique IV, en 1610, había sido precedido de una puñalada, no mortal, de Jean Châtel contra ese rey el 27 de diciembre de 1594.

^[230] Voz derivada del italiano *bargello*, «jefe de esbirros».

^[231] Famosa expresión de Voltaire; no representan a todo el Canadá, sino a una zona fronteriza, mal delimitada, entre Nueva Inglaterra y Nueva Francia, que era objeto de combates con posterioridad al tratado de Utrecht. La zona de Louisbourg, en la desembocadura del río San Lorenzo, había visto combates desde 1714; el encarnizamiento de estas luchas se explica porque la entrada de ese río era punto estratégico que permitía el control de todo el Canadá.

[232] En el sentido antiguo del término: de «bilis negra», sombríos e irritables.

[233] Se trata del almirante inglés John Byng (1704-1757), que fue derrotado por el almirante francés Galissonnière en aguas de Menorca; la armada francesa tomó Mahón, principal posición inglesa en el Mediterráneo, dando lugar a guerra declarada entre las dos naciones. A Byng se le acusó de falta de ardor en el combate y, mientras por toda Inglaterra era quemada su efigie, fue condenado a muerte y ejecutado en su navío, el *Monarch*, el 14 de marzo de 1757; Voltaire, que treinta años antes había conocido al padre de Byng y al propio Byng, joven capitán entonces, había intervenido en favor del almirante para que no fuese ejecutado, presentando en su descargo una atestación que había conseguido del mariscal de Richelieu, jefe del cuerpo expedicionario francés de Menorca.

[234] Orden fundada en el siglo XVI por Gian Petro Carafa, obispo, y por san Gaetano de Thiennes. Uno de los principales enemigos de Voltaire, Boyer, era teatino (véase la nota 3 de *Micromegas* en la pág. 804).

[235] Río del norte de Italia, cuyo curso inferior bordean los palacios de verano de la nobleza veneciana. El nombre del senador, Pococurante, significa «que tiene pocas preocupaciones», o «que se preocupa de pocas cosas».

[236] Alusión a los «aires de bravura de la ópera italiana» y sus ejercicios de virtuosismo puro: grandes melodías que bajo la pluma de Voltaire se convierten en canciones ridículas. En la Italia del siglo XVIII se representaban con frecuencia óperas sobre César y Catón, desde el *Cesare in Egitto*, de Giaconelli, hasta el *Catone in Utica* (1727), de Metastasio, a las que sucesivamente pusieron música L. Vinci, Leo Hasse, Vivaldi, Ciampi, etc.

[237] Los juicios de Pococurante sobre Homero, Virgilio, Tasso y Ariosto los repite Voltaire casi textualmente en su *Essai sur la poésie épique* (1733).

[238] Las alusiones a Horacio remiten, respectivamente, a *Sátiras*, I, 5; II, 8; I, 7, donde se habla de un tal Rupilius, no Pupilius; *Épodos*, V, 8-12; *Odas*, I, 1, 35-36.

[239] Voltaire siempre manifestó desprecio por Milton (1608-1674), autor de *The Paradise Lost*. Otros ataques contra Milton figuran en *Ensayo sobre la poesía épica* (1732) y en el artículo «Epopeya» del *Diccionario filosófico*.

[240] Parece aludirse al poeta alemán Albert de Haller, con quien Voltaire riñó a partir de 1756, y no a Federico II, que utilizaba la lengua francesa para sus poemas.

^[241] Ajmet III (1673-1736) fue sultán de Turquía entre 1703 y 1730, fecha en que lo destronaron los jenízaros; murió en 1736. Luchó contra Pedro el Grande de Rusia y concedió hospitalidad al rey de Suecia, Carlos XII, después de su derrota de Poltava (1709), por lo que ocupa un lugar importante en la *Histoire de Charles XII* de Voltaire. Bajo su reinado se instaló la primera imprenta en Estambul (1724).

^[242] Iván VI Antonovich, destronado en provecho de la zarina Isabel, hija de Pedro el Grande. Fue asesinado en 1764 por orden de Catalina II.

^[243] Carlos Eduardo (1720-1788) era hijo de Jacobo III Estuardo; trató de recuperar el trono inglés en 1745, cuando su país estaba en guerra con Francia. Su padre murió en Roma en 1766.

^[244] Augusto III, elector de Sajonia y rey de Polonia, al que Federico II expulsó de sus estados hereditarios en 1756. Su padre, Federico Augusto de Sajonia (1670-1733), reinó en Polonia con el nombre de Augusto II, hasta que fue destronado por Carlos XII en 1703. Tras la batalla de Poltava volvió a recuperar el trono.

^[245] Estanislao Leczinski, rey de Polonia entre 1704 y 1709, fecha en que fue destronado. Su hija Maria Leczinska se casó en 1726 con Luis XV de Francia. Sucedió a Augusto II, aunque por poco tiempo; hubo de refugiarse en Francia, donde obtuvo el ducado de Lorena en 1738 a raíz de la paz de Viena. En 1749 recibió a Voltaire en la corte de Lunéville.

^[246] Teodoro de Neuhoff (1694-1756), aventurero al servicio de Suecia, que tuvo el título de barón. Apoyó a Carlos VI de Austria, y ayudó a los corsos que se sublevaron contra Génova y lo proclamaron rey de Córcega en varias ocasiones. Estuvo encarcelado por deudas en Inglaterra, donde murió; por lo tanto, como en el caso de Ajmet III, no pudo asistir al carnaval de 1757, fecha que estaría determinada por el destierro de Augusto III.

^[247] Antiguo nombre del mar de Mármara.

^[248] Príncipe de Transilvania (1676-1735) que, ayudado por Luis XIV y apoyado por los turcos, sublevó a los húngaros contra el emperador de Austria. Derrotado, hubo de recluirse a orillas del mar de Mármara.

^[249] Cabo del Peloponeso; los demás nombres geográficos señalan, junto al de Matapán, las etapas obligadas de un viaje por la cuenca oriental del Mediterráneo: Milo, Nicaria y Samos son islas griegas; Petra se encuentra en la actual Jordania; y

Escútari se halla a orillas del Bósforo, frente a Estambul.

[250] Jefe de los soldados, o *levantis*, de las galeras turcas; llevaban ese nombre porque en su mayoría procedían del Levante.

[251] Paje del serrallo del sultán. Sobre Turquía, Voltaire pudo leer el libro de Guer, *Les mœurs et usages des turcs, leur religion et leur gouvernement* (1746), y un texto de Fougeret de Monbron en *Le Cosmopolite* (1753), sobre las estufas y baños: «Hay en sus baños una ceremonia que no desagradaría a los partidarios del amor socrático; es decir, ser masajeado y frotado por jóvenes varones casi desnudos, cuyos cariñosos toques serían capaces de provocar emoción en los conformistas más celosos. Ya se sabe que los musulmanes son *in utroque jure licentiati*, es decir, que hacen a pelo y a pluma».

[252] Juez musulmán, encargado de funciones civiles y religiosas.

[253] Voltaire se burló constantemente de las concepciones de la metafísica cartesiana de los «torbellinos de materia sutil» y de esa concepción de lo «pleno» que excluye la existencia del vacío (véase nota 7 de *Micromegas*, en la pág. 805). La armonía preestablecida es una de las teorías más conocidas de Leibniz.

[254] Asambleas de la nobleza alemana.

[255] Del Sacro Imperio Romano Germánico.

[256] Título honorífico de altos funcionarios. En la actualidad es fórmula de cortesía para dirigirse a cualquier persona. Los bajáes, o pacháes, eran los gobernadores de las provincias del imperio otomano.

[257] Ciudad de Armenia, en la actual Turquía.

[258] Hay un pasaje del citado libro de Guer, *Mœurs des turcs* (véase *supra*, nota 111) que parece haber inspirado esta descripción: «Si un gobernador ambicioso forma proyectos [...], el Gran Señor exige su cabeza. A menos que el Gran Señor indique expresamente que quiere tener la cabeza del bajá, no se la cortan; si la exige, se la llevan, y, si es de muy lejos, le sacan antes el cerebro, y la rellenan de paja». Las cabezas empajadas se exponían en el pórtico del viejo palacio, en nichos dispuestos para ello.

[259] Los visires del banco son los ministros del consejo del Gran Señor. En cuanto a los muftíes, eran los miembros del clero musulmán que tenían por misión

hacer respetar la ley religiosa.

[260] Especie de sorbete.

[261] Estas alusiones bíblicas parecen proceder de las lecturas de Dom Calmet: *Histoire de l'Ancient Testament* (1718), y *Dictionnaire de la Bible* (1720-1721), del que Voltaire llega a tomar frases completas como: «Elá, hijo de Baza, rey de Israel, fue asesinado por Zambrí», etc.

[262] «Para que la trabaje», en Génesis, 2, 15. Una nota de los *Carnets* de Voltaire recoge la frase: «*Posuit eum in paradiso voluptatis ut operaretur*. Así pues, el hombre ha nacido para el trabajo como el pájaro para volar, dice Job: por tanto el trabajo no es un castigo».

[263] «Esta carta se perdió durante mucho tiempo; y, cuando nos llegó, hicimos inútiles averiguaciones para descubrir la existencia del señor Démand, capitán del regimiento de Brunswick» (nota de los editores del *Journal Encyclopédique*).

[264] «Palabra alemana que significa “jovial”» (nota de los editores del *Journal Encyclopédique*).

[265] Génesis, 3, 19: «La tierra será maldita por lo que habéis hecho, y no sacaréis con qué alimentaros más que a fuerza de trabajo», según la *Bible en latin et en français* (1715).

[266] **Historia de un buen brahmín / Histoire d'un bon bramin**

Una vez terminado *Cándido*, Voltaire escribe esta «parábola» — así la define él mismo — que envía con una carta-dedicatoria a Mme. du Deffand antes de publicarla en 1761 en la segunda serie de *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*. Es en esa dedicatoria donde el autor habla del «pequeño número de hombres que se atreven a tener sentido común», entre los cuales se encuentra, por supuesto, la dedicataria: «Pero ¿para qué sirve? Para nada de nada. [...] Os exhorto a gozar tanto como podáis de la vida que es poca cosa, sin temer a la muerte que no es nada». Mirándose a sí mismo, confiesa que después de dedicarse cuarenta años al estudio del saber, «el estado de ese hombre me dio verdadera pena; nadie era ni más razonable ni de mejor fe que él»; su vieja vecina, en cambio, que no se ha preocupado nunca de nada y que se limita a desear tener de vez en cuando «agua del Ganges para lavarse», se siente la más feliz de las mujeres. «Me he dicho cien veces que sería feliz si fuera tan tonto como mi vecina, y sin embargo no

querría semejante felicidad».

Esta preocupación, siempre presente en Voltaire, no tiene solución ni respuesta: el filósofo está condenado a pensar sin gozar; puede gozar, pero entonces el pensamiento desaparece o busca un refugio que no puede compartir con el placer. Los tonos dramáticos de la *Historia de un buen brahmín* tienen mucho del acento empleado en el *Poema sobre el desastre de Lisboa*.

[267] Voltaire resume un pensamiento de Pascal (*Pensées*, Michel Le Guern, n.º 398; *Pensamientos* [Selección], trad. de M. Armiño, Valdemar, 2001, n.º 219).

[268] **Relación de la enfermedad, confesión, muerte y aparición del jesuita Berthier / Relation de la maladie, de la confession, de la mort et de l'apparition du jésuite Berthier**

Este opúsculo, que en su primera edición (1759) sólo constaba de seis páginas in 4º y en la siguiente (1760) de treinta in 8º, con el añadido de la «Relación del viaje de fray Garassise...», es una chanza contra un influyente jesuita, Guillaume François Berthier (1704-1782); director de la revista de la Compañía, el *Journal de Trévoux*, desde el que se llevaba la batalla contra los filósofos al año siguiente de que fuera suspendida la publicación de la *Enciclopedia*, era miembro relevante del partido devoto, profesor de teología, traductor de los Salmos y del Libro de Isaías. Este erudito jesuita había criticado además dos libros de Voltaire, el *Panegírico de Luis XV* y el *Ensayo sobre la historia general*. Voltaire no sólo lo entierra aquí en vida, sino que a partir de este momento siempre se referirá a él como «el difunto Berthier». Los jesuitas habían militado contra la Enciclopedia y polemizado con Diderot desde el primer momento; pero Voltaire, antiguo alumno de la congregación, se había abstenido hasta el momento de atacarlos; una vez levantada en 1759 la venda de su «candidez», Voltaire ataca a la Infame en todos sus frentes, incluido el de sus antiguos maestros. El opúsculo denuncia, además, el sectarismo de las religiones, envolviendo al director del *Journal de Trévoux* y a sus rivales declarados, los jansenistas, bajo el mismo manto —el carácter soporífico y venenoso de sus escritos—, para terminar denunciando los pecados capitales que rigen la vida de la Compañía de Jesús: el orgullo y la avaricia.

[269] «Fray Berthier no murió hasta diciembre de 1782; se había retirado a Bourges, y el clero acababa de darle una pensión, para agradecerle haber hecho para la religión unos enemigos de todos los franceses que se distinguían en las letras por sus conocimientos o por sus talentos» (nota de la edición de Kehl).

^[270] «*Coches* era el título oficial de los carruajes privilegiados que llevaban a Versalles, pero que vulgarmente se conocían con un nombre que Voltaire empleó en el capítulo IX de *El Ingenuo*» (nota de Moland).

Moland se refiere a *pot-de-chambre*, cuya significación más inmediata es la de «orinal».

^[271] Richard Mead (1673-1754), médico inglés, especialista en venenos y autor de un *Traité des Poisons*, muy admirado por Voltaire.

Hermann Boerhave (1668-1738), médico holandés, considerado el fundador de la enseñanza clínica, maestro de Théodore Tronchin (1709-1781), miembro de una familia ginebrina de médicos célebres. Théodore se ocupó de la salud de Voltaire y sirvió de intermediario en su polémica con Rousseau sobre el terremoto de Lisboa. Rousseau le acusaría de haber revelado a Voltaire —que lo hizo público— el abandono en que el autor del *Emilio* dejaba a sus hijos recién nacidos.

^[272] El jesuita bretón Guillaume Bougeant (1690-1743) colaboró en el *Journal de Trévoux* y enseñó en el colegio Louis-le-Grand; además de obras literarias, históricas y teológicas, escribió un *Amusement philosophique sur le langage des bêtes*, que Voltaire califica aquí de «imaginaciones».

^[273] Joseph Berruyer (1681-1758) escribió una *Histoire du peuple de Dieu* (1728), que condenaron dos papas y la asamblea del clero francés.

^[274] El jesuita alemán Hermann Busembaum (1600-1668) fue autor de un breve tratado, *Medulla theologiæ moralis*, donde parecía excusarse el regicidio; tras el atentado fallido contra Luis XV por Damiens (enero de 1757) fue condenado en Francia.

^[275] «Estos dos honrados jesuitas dicen, en ese hermoso libro reimpresso hace poco, que un ciudadano, proscrito por un príncipe, sólo puede ser asesinado legítimamente en el territorio del príncipe; pero que un príncipe, proscrito por el papa, puede ser asesinado en toda la tierra, porque el papa es soberano de la Tierra; que un hombre que tiene el encargo de matar a un excomulgado puede dar ese encargo a otro; que es un acto de caridad aceptar ese encargo, etc., páginas 101, 102, 103» (nota de Voltaire).

^[276] El jesuita Josep de Jouvençy (1643-1719), profesor del Louis-le-Grand, también fue condenado por el parlamento de París por su libro *Histoire de la Société de Jésus*.

[277] Jean Guignard, jesuita del colegio Louis-le-Grand, fue condenado a muerte en 1595 por su implicación en el regicidio de Châtel.

[278] Sobre el jesuita español Tomás Sánchez, autor de un escandaloso ensayo titulado *De Sancto Matrimonio*, véase nota 48 a *El hombre de los cuarenta escudos*, en la pág. 889.

[279] Sobre *Le Portier des Chartreux*, véase nota 20 a *El pobre diablo* en la pág. 850.

[280] «El tal fray Sánchez examina *Utrum femina quæ nondum seminavit, possuit, virili membro extracto, se tactibus ad seminandum provocare?* (lib. IX, disp. XVII, n.º 8). *Semen ubi femina effudit, an teneatur alter effundere, sive inter uxores, sive inter fornicantes? Utrum liceat intra vas præposterum, aut in os feminæ, membrum intromittere, animo consummandi intra vas legitimum*, etc. (lib. X, disp. XVII, desde el n.º 1, 2, 3, 4.). Este mismo Sánchez lleva la abominación hasta examinar seriamente *An virgo Maria semen emiserit in copulatione cum Spiritu Sancto?* (lib. II, disp. XXI, n.º 11). ¡Y apuesta por la afirmativa!» (nota de Voltaire).

[281] Mateo, 5, 22.

[282] El jesuita Paul-François Velly (1709-1759) fue profesor del colegio Louis-le-Grand y autor de una *Histoire générale de France*.

[283] Al jesuita Joseph Thoullier, abad d'Olivet (1682-1759), profesor del colegio Louis-le-Grand, se debe una *Histoire de l'Académie française*.

[284] «Miracles rapportés dans la *Vie de saint François-Xavier*» (nota de Voltaire).

[285] Sobre el jesuita portugués Malagrida, ejecutado en 1761 por la Inquisición acusado de complicidad en un atentado contra José I, véase nota 59 a *El hombre de los cuarenta escudos* en las págs. 890-891.

[286] Semanario jansenista (véase la nota 71 a *La princesa de Babilonia* en la pág. 881).

[287] La *Summa théologique* del jesuita François Garasse (1585-1631) fue condenada por la Sorbona.

[288] Como en otros escritos de Voltaire la encarnación última del fanatismo

fue Michel Le Tellier (1643-1719), último confesor de Luis XIV, que jugó un activo papel en la bula *Unigenitus* (1713). Sobre Le Tellier, véase la nota 59 a *El hombre de los cuarenta escudos* en las págs. 890-891.

^[289] El cardenal de Noailles (1651-1729), arzobispo de París, que se opuso a la bula *Unigenitus* (véase *El Ingenuo*).

^[290] **El pobre diablo / Le pauvre diable**

En junio de 1760, antedatando dos años el poema, Voltaire atribuye a Joseph Vadé (véase *infra*, nota 2) *El pobre diablo*, poema de 420 versos endecasílabos que es un ataque en toda regla contra su enemigo por antonomasia, Fréron, y de paso contra una serie de escritores de cierto interés implicados en la guerra contra los *philosophes* y que se habían convertido en enemigos personales. En ese año de 1760 se producen determinadas circunstancias: con un día de diferencia, Lefranc de Pompignan (véase *infra*, nota 7) entra en la Academia francesa y Voltaire recibe noticia de la autorización de su obra *L'Écossaise*, que tenía a Fréron por blanco de sus burlas. Aunque el modelo del «pobre diablo» habría sido un tal Siméon Valette, que había visitado a Voltaire en Les Delices, éste mezcla y confunde en la misma mediocridad y oprobio a todos sus adversarios y se lo dedica falsa e irónicamente a Abraham Chaumeix, autor de un pecado capital, unos *Préjugés légitimes contre l'Encyclopédie, essai de réfutation de ce dictionnaire* (*Prejuicios legítimos contra la Enciclopedia, ensayo de refutación de ese diccionario*), en ocho volúmenes (1758-1759).

En su traducción en verso, M. Domínguez omite esa página dedicatoria, los subtítulos del poema y las largas notas de Voltaire, que incluimos.

^[291] Abraham Joseph Chaumeix (1730-1790), polemista, atacó a la *Enciclopedia*, con esa obra *Préjugés légitimes contre l'Encyclopédie*, que apareció en noviembre de 1758, justo en el momento en que d'Alembert abandonaba la empresa y el parlamento, ya muy hostil a ese trabajo de los ilustrados, está deliberando sobre su supresión. Contra Chaumeix, un defensor anónimo de los *philosophes* lanzó un folleto tan calumnioso que llegó a irritar a Diderot: «En lugar de una burla inocente y ligera, se hace un tejido de sarcasmos groseros y de impiedades odiosas». Voltaire, sin embargo, aprovecha los insultos de esa *Mémoire pour A. Chaumeix, contre les prétendus philosophes Diderot et d'Alembert* (1759); se le acusaba en ella de haber nacido en la tienda de un vinagrero, de padre cuáquero y madre judía —insulto en la época—, de haber sido profeta y carretero que había terminado crucificado frente a Saint-Leu, es decir, se hacía de él una comparación

con Jesucristo. Voltaire arremete con esas calumnias contra quien para él es la encarnación de la mala fe partidaria y del fanatismo; y no lo hace sólo en éste, sino también en otros textos, sobre todo en las *Cuestiones sobre la Enciclopedia* (1770), donde le adjudica títulos como el de ardiente convulsionario, fanático jansenista, titiritero y venenoso plumífero.

[292] «Nos aseguran que el autor se entretuvo en escribir esta obra en 1758, para apartar de la peligrosa carrera de las letras a un joven sin fortuna, que tomaba por talento su furia de hacer malos versos. El número de los que se pierden por esta desgraciada pasión es prodigioso. Se vuelven incapaces para cualquier trabajo útil; su pequeño orgullo les impide aceptar un empleo subalterno, aunque honrado, que les daría el pan; viven de rimas y de esperanzas, y mueren en la miseria» (nota de Voltaire, 1771).

Joseph Vadé (1719-1757) creó un género poético, el género *poissard* que utilizaba, frente a la pompa de la literaria, la lengua de los mercados y las calles. Antes de morir en plena juventud de una enfermedad de vejiga, había conseguido éxitos notables con óperas cómicas y algunos poemas burlescos como *La Pipe cassée, poème épitragipoissardiheroïcomique*, en cuatro cantos, las *Lettres de la Grenuillère*, etc. Se le atribuye haber inventado para Luis XV el calificativo de «el Bien Amado». Voltaire utiliza su apellido y le inventa una familia entera en *Contes de Guillaume Vadé* (1764), libro que recoge textos en verso y prosa, donde firma con el nombre de su hermano Antoine *El blanco y el negro*, así como el *Discurso a los welches* y el *Supplément du Discours aux welches*, donde les dota de dos amigos; también les otorga una prima, Catherine Vadé, fiel editora de sus obras cuando ambos murieron de sífilis, por haber despreciado la inoculación. Mediante notas, Voltaire los convierte en personajes borgianamente verdaderos *avant la lettre*.

[293] Victor François, duque de Broglie (1718-1804), mariscal francés que obtuvo numerosas victorias durante la Guerra de los Siete Años.

[294] El traductor resume obviando un nombre: *Tous assiégeant la porte de Cremille* («Todos asediando la puerta de Cremille»), personaje cuya identidad explica el autor: «M. de Cremille, teniente general, estaba encargado entonces del departamento de la Guerra, a las órdenes del señor mariscal de Belle-Isle» (nota de Voltaire, 1771).

[295] En su adaptación, Domínguez elimina dos nombres desconocidos para el lector español: «El fiero guerrero, en Sajonia, en Turingia, / es el caballo; un Pequet, un Pleneuf» (vv. 95-96); también desconocidos para el lector francés, porque el

autor los anota: «Pequet era un oficial de asuntos exteriores; Pleneuf era un contratista de víveres» (nota de Voltaire, 1771).

[296] «Fréron no se llama Jean, sino Caterin. Parece que este hombre sea el cadáver de un culpable que se abandona al escarpelo de los cirujanos. Ha sido malvado, y ha sido castigado. En una de sus hojas del año 1756, dice: “No odio la maledicencia, y quizá, incluso, no odiaría la calumnia”. Un hombre que escribe así no debe sorprenderse de que le hagan justicia» (nota de Voltaire, 1771).

Élie Catherine Fréron (1719-1776), paladín de la lucha antifilosófica, empezó colaborando con Desfontaines, también enemigo de Voltaire, y lanzó luego, en 1749, una obra periódica, *Lettres sur quelques écrits de ce temps*, desde la que, tras algunos elogios iniciales, somete a virulenta crítica las obras de Voltaire, empezando por establecer un martirologio de sus víctimas: Desfontaines, Crébillon, Fontenelle, Rousseau. La reacción de Voltaire fue más virulenta todavía: movió sus hilos, en especial a d'Argenson, para que cerrasen la publicación de su enemigo; más adelante, sin embargo, intervendría ante Malesherbes para que perdonasen la cárcel a Fréron... a cambio, eso sí, de que el periodista prometiese no meterse más con él. A partir de 1754, momento en el que Fréron empieza a dirigir *L'Année littéraire*, la relativa calma que entonces reinaba entre ellos, se rompe; los ataques se multiplican, y cada uno mueve los hilos políticos que tiene en su mano para vencer al otro o desacreditarlo. Las armas fueron, en el caso del filósofo, las obras y las tablas (*La escocesa*); en el caso de Fréron, las páginas de *L'Année littéraire* sobre todo; en ellas demostró no sólo que era un panfletario peligroso, a la altura de Voltaire en esgrima con el lenguaje, sino que tenía una visión de futuro sobre la crítica literaria que a Voltaire siempre le pareció irrelevante e inferior.

Voltaire había caricaturizado a Fréron ese mismo año de 1760 en *La escocesa* bajo el nombre de M. Frelon («abejorro»), luego de Mr. Wasp («avispa»); en el poema *Les Fréron* y en un célebre epigrama («El otro día, de un valle al fondo, / una serpiente picó a Jean Fréron? / ¿Qué pensáis que ocurrió? / Fue la serpiente la que reventó»). También era Voltaire el autor, aunque se las adjudicó a La Harpe, de unas calumniosas *Anécdotas sobre Fréron*, que se sumaban a diversos folletos y epigramas del patriarca de Ferney, sobre todo cuando el periodista hizo ciertas insinuaciones, injustas, sobre la suerte que correría a Mlle. Corneille en Ferney. Marie Françoise Corneille fue agraciada con la benevolencia de Voltaire cuando en 1760 se hizo pública la indignancia en que vivía la familia colateral del célebre dramaturgo. El filósofo se ofreció para acoger a la joven de dieciocho años en su castillo de Ferney, seducido por su belleza y su alegría juvenil; junto a Mme. Denis

se encargó de su educación, que le permitió subir al escenario del castillo para interpretar la Ismenia de *Méropé* al año siguiente; y dos más tarde, Voltaire, en calidad de padre adoptivo, consentía en el matrimonio de la joven con un gentilhomme de la vecindad, Claude Dupuits de La Chau.

[297] «El hombre de que aquí se trata era por lo demás un magistrado y un hombre de letras y de mérito. Tuvo la desgracia de pronunciar en la Academia un discurso poco mesurado, e incluso muy ofensivo. Cierto es que su tragedia de *Dido* está hecha sobre el modelo de la de Metastasio; pero también hay en ella hermosos trozos que son del autor francés. Hay que confesar que, en general, la obra está mal escrita. Basta ver el comienzo:

Todos mis embajadores irritados y confusos,
demasiadas veces han sufrido rechazos de la reina.
Vecino de sus Estados, débiles en su nacimiento,
yo creía que Dido, temiendo mi venganza,
sin esfuerzo se decidiría al glorioso himeneo
de un poderoso monarca, del señor de los dioses hijo.
Contengo sin embargo la furia que me anima,
y disimulando incluso mi despecho legítimo,
por última vez, presa de sus orgullos,
vengo, de mis embajadores bajo el falso nombre,
en medio de la corte de una reina extranjera,
de un rechazo obstinado a descubrir el misterio;
¿qué sé?... sólo escuchar un transporte amoroso.

»Los embajadores no sufren rechazos; se aguantan, si reciben rechazos. Si todos sus embajadores irritados y confusos han sufrido rechazos, ¿cómo este Jarbe podía creer que Dido se sometería sin esfuerzo a ese himeneo glorioso? Por otra

parte, ¿ha enviado Jarbe a sus embajadores todos juntos, o uno tras otro?

»Sin embargo, refrena la furia que lo anima, y disimula incluso su despecho legítimo. Aunque disimula ese despecho legítimo, y aunque está furioso, no cree que Dido se case con él sin esfuerzo. Casarse con alguien sin esfuerzo, y disimular su despecho legítimo, no son expresiones muy nobles, muy trágicas, muy elegantes.

»Bajo el falso nombre de sus embajadores ¿va a ser presa de sus orgullos? ¿Cómo va uno bajo el falso nombre de sus embajadores? Se puede ir con el falso nombre de otro, pero no se va con el nombre de varias personas. Además, si se va con el nombre de alguien, se va en verdad con un nombre falso, puesto que se toma un nombre que no es el propio; pero no se toma el nombre falso de un embajador cuando se toma el verdadero nombre de ese mismo embajador.

»Quiere descubrir el misterio de un rechazo obstinado. ¿Qué misterio es éste de un rechazo tan claro y declarado con tanto orgullo? Puede haber misterio en unas demoras, en unas respuestas equívocas, en unas promesas incumplidas; pero cuando han declarado con orgullo a todos vuestros embajadores que no se quiere nada de vos, ahí no hay desde luego ningún misterio.

»“¿Qué sé?... sólo escuchar un transporte amoroso”. ¿Qué sé? Sólo escuchará un transporte, será terrible en el cara a cara.

La gran desgracia de tantos autores es no emplear casi nunca la palabra apropiada: están contentos con tal de que rimen, pero los expertos no quedan contentos» (nota de Voltaire, 1771).

Jean-Jacques Lefranc, marqués de Pompignan (1709-1784), estudió también en el colegio Louis-le-Grand; poeta y presidente del tribunal de Montauban, arremetió contra los enciclopedistas, y en especial contra Voltaire, con quien en la juventud ya había tenido un enfrentamiento: cuando trataba de estrenar *Alzire* (enero de 1736) en la Comédie Française, Voltaire, enterado de que Lefranc quería representar una *Zoraïde* de argumento que podía parecerse al suyo, pidió a los cómicos que retrasaran esta obra para no ser acusado de plagio: Lefranc rompió entonces su obra. Veinticinco años más tarde, los adversarios se enfrentarán de nuevo. Lefranc se había acercado al partido devoto que rodeaba al Delfín, ofreciéndose como ideólogo capaz de enfrentarse a Voltaire y menudeando sus críticas para ganarse así el puesto de preceptor de los príncipes. Las burlas de Voltaire demostraron pronto que las armas de Lefranc eran insuficientes para

soportar el combate, y Lefranc se retiró a Montauban, de donde era originaria su familia.

^[298] «*Zoraïde* es una tragedia africana del mismo autor. Los comediantes le pidieron que les hiciese una segunda lectura para corregir alguna cosa; y él les escribió esta carta:

“Estoy muy sorprendido, señores, de que exijáis una segunda lectura de una tragedia como *Zoraïde*. Si no os conocéis en mérito, yo me conozco en procedimientos, y recordaría bastante tiempo los vuestros para no ocuparme más de un teatro que respeta tan poco a las personas y a los talentos. Soy, señores, cuanto merecéis que lo sea, vuestro, etc.”» (nota de Voltaire, 1771).

^[299] Sobre Clairon, véase nota 83 de *Cándido* en la pág. 837.

^[300] Domínguez traduce resumiendo y eliminando referencias a actores franceses de su tiempo, desconocidos para el lector español. Voltaire escribe textualmente: «El triste drama escrito para la Denèle» (verso 84) y anota: «Quinault-Denèle era en esa época una comedianta bastante buena, para la que se había escrito principalmente *Zoraïde*. Los nombres que vienen a continuación son nombres de comediantes de esa época» (nota de Voltaire, 1771).

^[301] «Gresset, autor del poemita *Ver-Vert*, de otras obras de ese mismo gusto, y de algunas comedias. Hay versos muy afortunados en todo lo que ha hecho. Era jesuita cuando hizo imprimir su *Ver-Vert*. El contraste de su estado y de los términos de b... y f... que se veía en ese poemita causó un grandísimo escándalo en sociedad, y dio al autor gran reputación. Ese poema sólo se basaba en verdad en bromas de convento, pero prometía mucho; el autor fue obligado a salirse de los jesuitas. Estrenó la comedia del *Méchant*, obra algo fría, pero en la que hay escenas extremadamente bien escritas. Convertido luego a la devoción, hizo imprimir una *Lettre* en la que advertía al público que no estrenaría más comedias por miedo a condenarse. Podía dejar de trabajar para el teatro sin decirlo. Si todos los que no hacen comedias advirtiesen de ello a todo el mundo, habría demasiadas advertencias impresas. Este aviso al público fue más silbado de lo que lo habría sido una obra nueva, así de malvado es el público» (nota de Voltaire, 1771).

Los versos 501-55 del cuarto canto de *Ver-Vert* dicen: «Jurando, blasfemando con voz disoluta, / haciendo pasar a todo el infierno revista, / los B[ougre = maricón], los F[outré = joder] revoloteaban en su pico. / Las jóvenes monjas creyeron que hablaba griego».

[302] «El abate Trublet, autor de cuatro tomos de *Essais de littérature*. Son de esos libros inútiles en que se recogen pretendidas frases ingeniosas que se oyeron decir antaño, sentencias rebatidas, pensamientos de otros diluidos en largas frases, uno de esos libros, en fin, de los que podrían hacerse doce tomos con la única ayuda del *Polianteo*» (nota de Voltaire, 1771).

«Se llama *Polyanthea* al volumen titulado *Florilegii magni, seu Polyanteeæ floribus novissimis sparsæ libri XXIII*, etc. Es una antología, por orden alfabético de materias, de definiciones, pensamientos, máximas, adagios de autores célebres» (nota de B.).

«Al entrar en París, *El pobre diablo* entró, por así decir, en la memoria de toda la gente de gusto... Al día siguiente mismo, M. Suard se encuentra con el abate Trublet en las taquillas del Carrousel. Este buen diablo también se había aprendido la obra entera, y lo que mejor sabía eran los versos sobre él, tan sangrantes y tan alegres. No sólo los recitaba, los comentaba. “Observe bien, le decía a M. Suard, que un hombre de poco gusto y de poco talento habría podido hacer el verso compuesto por una misma palabra repetida tres veces: *Il compilait, compilait, compilait* / (‘compilaba sin fin ni sentido’, verso 227) pero que sólo había un hombre de mucho talento y mucho gusto que pudiera dejarlo”. Voltaire, que no lo ignoró, habría podido escribir a Trublet, como Horacio a Tibulo: *Albi, nostrorum sermonum candide judex*». (Garat, *Mémoires historiques sur le dix-huitième siècle*, París, 1829, t. I, págs. 129-130).

[303] Voltaire escribe: «Je cabalai: je fis tant qu’à la fin / je comparus au tripot d’Arlequin. / J’y fus hué». («Intrigué: hice tanto que al final / comparecí en el garito de Arlequín. / Fui silbado» [vv. 254-256], en clara alusión a la Comedia italiana, que Voltaire no apreciaba y en la que había triunfado su enemigo Marivaux. Sobre esos dos tipos de teatro, el que practicaba Voltaire en el Théâtre Française, pomposo y retórico, y el de las compañías italianas con las que trabajó Marivaux, véase nuestro prólogo a Marivaux, *El juego del amor y del azar — El triunfo del amor*, Espasa, Austral, Madrid, 2001).

[304] Alusión a los convulsionarios de Saint-Médard. Véase la nota siguiente y la nota 72 de *Cándido* en la pág. 835.

[305] «En efecto, entonces había, junto al palacete de la Comedia italiana, una casa donde se reunían todos los convulsionarios, y donde hacían milagros. Los protegía un presidente del parlamento, llamado du Bois, después de haberlo sido por un tal Carré de Montgeron, consejero en el mismo parlamento. Esa secta de

convulsionarios, la de los moravos, menonistas, pietistas, muestran cómo ciertas religiones pueden asentarse fácilmente entre el populacho y alcanzar luego a las clases superiores. Había entonces más de seis mil convulsionarios en París. Varios entre ellos hacían cosas muy extraordinarias. Se asaba a chicas sin que su piel resultase lastimada; les daban golpes en el estómago con leños sin herirlas; y a esto lo llamaban llevar ayuda. Hubo cojos que caminaron derechos, y sordos que oyeron. Todos estos milagros empezaban por un salmo que se recitaba en lengua vulgar; estaban poseídos por el Espíritu Santo, profetizaban; y todo el que se hubiera permitido reírse en la asamblea habría corrido el riesgo de ser lapidado. Estas farsas duraron veinte años entre los welches» (nota de Voltaire, 1771).

^[306] «Es Abraham Chaumeix, vinagrero y teólogo, del que se ha hablado en otra parte» (nota de Voltaire, 1771).

^[307] Megera es una de las tres Furias.

^[308] Los versos 340-353 dicen textualmente: «Mas los consejos de mis nuevos amigos, / un grano de amor o de libertinaje, / la vanidad, el buen tono, todo me mete / en las redes de cierta Laís / que Belcebú hizo nacer en mi país, / y que luego ha brillado en París. / Bailaba en ese garito lúbrico / que de la Iglesia un ministro impúdico / (que a Marion sirvió bastante mal) / hizo elevar junto al Palais-Royal. / Con esplendor mantuve a mi bella; / creyendo amarla y ser amado de ella, / le prodigué los versos y las joyas...».

«Marion de Lorme, cortesana de la época del cardenal Richelieu, y que hizo una fortuna bastante grande con ese ministro, que era muy generoso» (nota de Voltaire, 1771).

Voltaire califica de «garito lúbrico» a la Ópera, a la que se llegaba desde el Palais-Royal por un callejón llamado Cour Orry, por lo que se la llamaba «la Academia Real de *cul-de-sac*» (= callejón sin salida).

^[309] «La moda era entonces pasear en carroza o a pie por los bulevares de París, que M. Outrequin tenía cuidado de hacer regar todos los días en verano. Los jóvenes presumían mostrando a sus queridas en los carruajes más brillantes. Se veía a chicas de la Ópera cubiertas de diamantes; se anudaban el pelo con peines en los que había tantos diamantes como dientes. Los bulevares estaban bordeados por cafés, tiendas de marionetas, jugadores de cubiletes, bailarines de cuerda, y de todo lo que puede divertir a la juventud» (nota de Voltaire, 1771).

^[310] «*Le Portier des Chartreux* [*El portero de los cartujos*] es un libro cuya moral no es la más austera. Se encuentra en él un retrato del abate Desfontaines, más audaz que todos los que se leen en Petronio. Esta obra es del autor de la pequeña comedia titulada *Le B...* El autor era por otra parte tan sabio en la antigüedad como en la historia de las costumbres modernas, y escribió discursos serios para personajes muy graves, que no sabían hacerlos por sí mismos» (nota de Voltaire, 1771).

«El conde de Caylus es autor de la comedia titulada *Le Bordel, ou le J.-F. puni* [*El burdel, o el J.-F. castigado*], comedia en prosa, en tres actos, 1736, in 8º; pero Voltaire le atribuye por broma *Le Portier des Chartreux*, impreso por primera vez bajo el título de *Histoire de Dom B... Portier des Chartreux*, 1748, dos partes in 8º; reimpresso varias veces, unas con el título de *Histoire de Gouberdom* (nombre anagramático), *portier des Chartreux*, 1772, in 8º, 1790, dos partes; otras con el de *Mémoires de Saturnin*, 1787, dos partes, in 18º, 1803, dos volúmenes in 18º, etc. El autor de esta novela obscena es Jean-Charles Gervaise de La Touche, abogado en el parlamento de París desde 1744, muerto en 1782; había nacido en Amiens» (nota de B.).

^[311] **Lo que agrada a las damas / Ce qui plaît aux dames**

En abril de 1764 Voltaire publicaba en Ginebra un volumen de cuentos en prosa y en verso y de textos de difícil adscripción al género, que fue su mayor éxito en este tipo de libros: en ese año de 1764 fue reimpresso en seis ocasiones: no en vano Voltaire había construido el libro muy atento a los gustos del momento. *Cuentos de Guillaume Vadé* reúne siete cuentos inéditos en verso, dos cuentos en prosa y catorce textos más, en prosa o verso. Todo ello bajo el paraguas de una pretendida Catherine Vadé, prima del supuesto autor Guillaume Vadé y de su hermano Antoine (véase la nota 2 a *El pobre diablo* en la pág. 845).

Lo que agrada a las damas, de 429 versos y ambientación medieval, fue escrito después del *Tratado de la tolerancia* y saca su argumento de Chaucer, a quien Voltaire conocía a través de Dryden; varias literaturas europeas repiten el episodio de la doncella que pide justicia a la reina por haber sido violada por un caballero. La visión tópica de la seducción del caballero que regresa de Tierra Santa, la ironía sobre el tribunal de mujeres y las angustias del caballero para cumplir la palabra dada a la bruja hacen de este cuento uno de los más maliciosos y fantásticos que salieron de la pluma de Voltaire. El éxito entre los contemporáneos de Voltaire no se limitó a las reimpresiones: con libreto de Favart y Voisenon, el compositor Duni creó una ópera bufa titulada *La Fée Urgèle* (1765).

^[312] El fraile del texto pertenece a Saint-Denis y Voltaire lo califica de «fraile negro» por ser benedictino (llevaban la capa de ese color).

^[313] Voltaire señala en el *Ensayo sobre las costumbres* que se trata una leyenda tardía.

^[314] El hada Urgelle —en francés— repite el misterio del hada Urganda del *Amadís de Gaula*: es a un tiempo vieja bruja y joven resplandeciente.

^[315] **La educación de un príncipe / L'Éducation d'un prince**

A finales de 1763 Voltaire escribe dos cuentos en verso que se complementan: *La educación de un príncipe* y *La educación de una niña*; ambos aparecieron en 1764 en la recopilación de los *Cuentos de Guillaume Vadé*. El primero sigue, en sus doscientos cuatro alejandrinos que mezclan el tono pomposo con los acentos familiares, una tradición pedagógica de libros *ad usum Delphini*, pero para hacer de ellos una parodia burlesca; los cuadros —una corte de viñeta de cómic, héroe magnífico, maldad del conquistador, serrallo, etc.— terminan conduciendo a una moraleja somera: la monarquía debería regirse exclusivamente por la voz de la naturaleza, dejando de lado supersticiones, fanatismos y prejuicios. Sobre su idea escribió Voltaire un libreto de ópera cómica que ofreció al entonces joven Grétry (1741-1813) con el título de *Le Baron d'Otrante* (*El barón de Otranto*), libreto que fue rechazado por el Théâtre Italien: los comediantes reconocían talento en él, pero exigían al «joven» autor que trabajase más la obra; Grétry decidió no escribir la partitura; ese mismo año de 1768 el compositor estrenaba con gran éxito *Le Huron*, basada en *El Ingenuo*, con libreto de Jean François Marmontel (1723-1799).

^[316] Cedrón: torrente de Judea que separa Jerusalén del monte Olivete y forma el valle de Josafat.

^[317] **Gertrudis, o la Educación de una niña / L'Éducation d'une fille**

Escrito en diciembre de 1763 y recogido en los *Cuentos de Guillaume Vadé* (1764), *La educación de una niña* parece estar inspirado en un cuento de los *Ragionamenti d'amore* del florentino Agnolo Firenzuola (1493-1544). Los 114 versos alejandrinos ofrecen una lección ingenua, más que de libertinaje, de libertad bien entendida, de aprendizaje del mundo.

^[318] El término carece de sentido peyorativo; su acepción es la de componer o hermohear con afeites el rostro u otra parte del cuerpo.

^[319] De Jean-Baptiste Massillon (1663-1742). Voltaire escribe en *El siglo de Luis XIV* que era «el predicador que mejor conoció el gran mundo, [...] filósofo moderado y tolerante».

^[320] *Petit Carême*: libro de sermones para la Cuaresma, que, a diferencia del *Grand Carême*, sólo contiene las instrucciones religiosas para el domingo.

^[321] Venus.

^[322] En su sentido clásico: lugar retirado, apartado. Voltaire escribe *boudoir*.

^[323] **Telema y Macario / Thélème et Macare**

Alegoría filosófica también publicada en los *Cuentos de Guillaume Vadé* (1764); en sus 128 octosílabos *Telema y Macario* razonan la disyuntiva que divide el corazón del hombre: el Deseo (Voluntad) y la Felicidad no tienen en él cabida fácil, como demuestra el examen de la sociedad que los protagonistas realizan.

^[324] «El difunto señor Vadé hizo a sus lectores la justicia de creer que sabían que Macario es la Felicidad y Telema el Deseo o la Voluntad» (nota de Voltaire).

^[325] **Azolán, o el beneficiado / Azolan**

Los 68 octosílabos que componen *Azolán* prosiguen la misma temática, pese a su colorido oriental, que la serie de cuentos en verso en que está incluido, escrita en 1763 y publicada al año siguiente en los *Cuentos de Guillaume Vadé*: la formación de la persona humana, que, por más que se lo imponga, no puede renunciar a sus sentidos: la ambición del protagonista de convertirse en imán tiene unas exigencias que acabarán cediendo ante el amor.

^[326] **El origen de los oficios / L'Origine des métiers**

Publicado en los *Cuentos de Guillaume Vadé* en 1764, *El origen de los oficios* recurre a una mitología fantasiosa para reinterpretar la leyenda de Pandora y concluir que la mujer siente vocación por la infidelidad desde los tiempos de los dioses olímpicos; de las diversas divinidades irá recogiendo y sacando la primera mujer los gustos y los talentos.

^[327] **El blanco y el negro / Le blanc et le noir**

Publicado en 1764 en el volumen de *Cuentos de Guillaume Vadé*, este cuento

vuelve a vestir los ropajes de lo maravilloso oriental para reflexionar sobre el bien y el mal, reflexión que Voltaire viene haciendo desde el terremoto de Lisboa para replicar a las tesis de Leibniz y Pope y, por vía de la mitología comparada, hacer, desde la filosofía iraní, un alegato contra la filosofía cristiana. En su forma y en sus preocupaciones *El blanco y el negro* tiene mucho que ver con los cuentos de juventud, con *El mozo de cuerda tuerto* y *Micromegas* sobre todo; la *N. B.* final apunta en esa dirección: se trataría de un texto antiguo inconcluso, introducido en la recopilación de Guillaume Vadé tal como lo habría encontrado por su autor.

[328] Capital de la provincia más occidental del Indostán, limítrofe con Persia.

[329] Nombre del héroe legendario de Persia, al que se compara con Hércules.

[330] El término significa «engendrado por él solo, como metáfora, para decir hijo del rey, o príncipe soberano». No es un título tan alto como ese significado parece indicar; de ahí que Voltaire lo traduzca, irónicamente, por *marqués*.

[331] «La parasanga es una medida itineraria de Persia que equivale a tres leguas de Francia» (nota de Voltaire en la primera edición de *La princesa de Babilonia*, suprimida por el autor en ediciones posteriores).

[332] Verosíblemente una especie de cebra, animal originario del Congo y que era conocido en Europa desde el siglo XVII.

[333] Platón nunca afirmó que cada hombre tuviera dos genios; Sócrates, en cambio, habló de un *daimón*, y sólo de uno, para cada individuo. Al parecer, Voltaire había leído el prólogo de Dacier a las *Œuvres* del pensador griego editadas en francés en Amsterdam, en 1700, donde se le adjudica el dogma cristiano del ángel bueno y del ángel malo.

[334] **Jeannot y Colin / Jeannot et Colin**

Atento a las novedades literarias, *Jeannot y Colin*, que publicaría en 1764 dentro de los *Cuentos de Guillaume Vadé*, Voltaire aprovecha un subgénero que Marmontel había puesto de moda con sus *Contes moraux* (1758): una anécdota que explica una moralidad. Además utiliza el tema de una comedia colegial, del padre Porée, *Plutophagus*, para dar la vuelta a su moraleja y, con reflejos de Molière, burlarse de los provincianos advenedizos y ofrecer al lector una moraleja que a lo largo del cuento resulta ambigua, además de trivial: la vanidad no es el mejor camino para ser feliz. La frivolidad de la vida social y parisina es castigada mientras que Colin se convierte en modelo de éxito: permanece en su sitio, explota

su talento en la quincallería familiar y provinciana, vive en la «naturaleza», entendiendo por este término más la naturaleza de su estado, de su condición social.

^[335] *Taillon*: impuesto creado en 1549 para subvenir al mantenimiento del ejército.

^[336] La frase es irónica; Mme. de Sévigné, la escritora de cartas más famosa de su siglo, que dejó en ellas una obra maestra del género epistolar, sabía latín; también pueden incluirse en el sentido de la frase las *Cartas portuguesas* (1669), entonces atribuidas a una mujer, y en realidad obra, al parecer, de un experto en temas clásicos, Gabriel-Joseph de Lavergne, vizconde de Guilleragues (1628-1685), que tomó por modelo a los elegíacos latinos, hecho que Voltaire no parece conocer o tener en cuenta.

^[337] Además de recurrir a los *Essais sur la nécessité et sur les moyens de plaire* (1738), de Moncrif, Voltaire utiliza los ridículos petimetres de Molière.

^[338] Luis II el Tartamudo (846-879) sucedió en realidad a su padre Carlos el Calvo, muerto en el año 877, y no a Carlomagno (742-814), que fue su bisabuelo.

^[339] Voltaire apunta aquí a Fréron, autor de la gaceta el *Année Littéraire*, y no a esos poetas epicúreos y galantes de la animada vida literaria de finales del XVII y del XVIII.

^[340] Vehículo antiguo, sin duda semejante al *pot-de-chambre* que aparece en *El Ingenuo* (véase la nota 32, de Voltaire, a ese título en la pág. 870).

^[341] **Popurrí / Pot-pourri**

El *Dictionnaire de l'Académie* define en 1694 el significado del *popurrí* en ese momento: «Se dice en figurado de un libro o de otra obra de ingenio, compuesto del revoltijo de varias cosas reunidas sin orden ni selección». A esta disparidad de temas introducidos en el relato se acoge *Popurrí*, que, eso sí, tiene una intención clara: convertir el cuento en un arma para «aplastar a la Infame». Parece que fue Federico II quien inventó ese sintagma, que apunta contra la religión en primer lugar, contra la Iglesia de Roma en segundo, pero, sobre todo, contra «un complejo de superstición y de fanatismo, eminentemente peligroso». (Pomeau, *Voltaire en son temps*, IV, 5-6).

Es en la década 1760-1770 cuando la correspondencia de Voltaire va

reflejando su radicalización frente al fenómeno religioso; es también el período del *Tratado sobre la tolerancia* (1763) y del *Diccionario filosófico*, cuando Voltaire quiere que el lector saque por sí mismo las consecuencias de unos textos que se pretenden máquinas de guerra contra el fanatismo de la religión. *Popurrí* es proyecto que data de la etapa berlinesa (1750-1753) y de las conversaciones de tono anticristiano con Federico II. Pero, según la correspondencia, ese proyecto no tomaría forma hasta 1761; acabado en 1762, y revisado con posterioridad, lo publicaría en 1765, en el volumen de *Les Nouveaux Mélanges*: en esos momentos, la Iglesia todavía quema a personas en Francia, y además por causas indemostradas, cuando no falseadas. La ira de Voltaire se ensaña en ese momento con la figura de Cristo, por la que volverá a sentir simpatía a partir de 1767, hasta el punto de declarar que lo toma por su único maestro.

Texto raro, si no extravagante, la complejidad de los temas de *Popurrí* y la irregularidad de su marcha tuvieron en jaque a la crítica durante mucho tiempo, hasta que F. Deloffre y J. Hellegouarc'h (*Romans et Contes*, ed. cit., págs. 894-950) consiguieron reducirlo a un esquema que aclaraba la complejidad y el enmarañamiento de este relato. Su objetivo es claro: propinar una bofetada a los principios teológicos menos discutibles para Roma, resumidos y concentrados en Jesucristo. Hasta el punto de que Voltaire, que comulgaba poco con los medios radicales libertinos, emplea las críticas habituales de esos ambientes sobre Jesucristo: comparsa de Polichinela en cuyo nombre se maneja a los seres humanos como títeres. Lo sacrílego de este texto ha hecho suponer que Voltaire se preparaba ya para el rechazo que, con toda evidencia, iba a concitar la inmediata publicación del *Diccionario filosófico*; en un período, además, en el que la correspondencia nos lo muestra como un paladín en lucha constante contra el monstruo, contra la Infame: «Cuanto más envejezco, más audaz soy [...]. Hay que declarar la guerra y morir sobre un montón de beatones aplastados a mis pies» (marzo de 1761); «¿moriré sin haber visto los últimos golpes lanzados contra la hidra abominable que apesta y que mata?» (diciembre de 1764).

La exégesis realizada por los citados estudiosos descubre las claves de un enigma en el que Voltaire convierte a Jesucristo en saltimbanqui, al culto católico en una bufonada, a curas y a frailes en impostores, al cristiano en un títere manipulado por ellos. A la genealogía burlesca de Cristo se suman las críticas a las disputas entre sectas, la denuncia por bribones de jesuitas y por fanáticos de jansenistas, un relato de la historia de la Iglesia que tiene mucho de guiñol, los habituales ataques a la venalidad de los cargos, la defensa de la tolerancia frente a las persecuciones de la Iglesia, etc. En los quince capítulos en que está dividido se producen cambios de persona narrativa, intervenciones del autor y de su vecino

Husson, frases que quedan en suspenso, anomalías constantes en el procedimiento novelesco. La oscuridad del conjunto había relegado *Popurrí* a un semiolvido del que la sacó la citada edición de Deloffre. De ahí que requiera, para su comprensión, notas tan numerosas que casi superan, en su extensión, al cuento.

^[342] En el original, *père de génie*.

Con el nombre de Brioché figuran varios marionetistas de los siglos XVI y XVII; el más famoso fue François [Fanchon]. Brioché II, protegido por Luis XIV, que trabajó tanto en los teatros de la Feria como en el Pont-Neuf. La asociación de ese nombre con las marionetas es antigua en Voltaire: «En estas vida somos marionetas que Brioché lleva y conduce sin que ellas lo sospechen». (*Corr.*, 2 de enero de 1748, ed. cit., t. II, pág. 1.196). En el plano simbólico, Brioché designa a san José.

En cuanto a Polichinela, el personaje fue creado por la *commedia dell'arte* durante el Renacimiento y alcanzó una rápida difusión en Francia, hasta el punto de convertirse durante la Fronda en portaestandarte del pueblo parisino. Durante el siglo XVIII siguió estando muy activo en el teatro de marionetas, parodiando obras de mayor calado que se representaban en los teatros de París. En el plano simbólico de este cuento, Polichinela representa a Cristo.

^[343] Bertrand Haudouin, llamado Guillot-Gorju (1528-1648), debutó como actor en 1634 en el teatro del Hôtel de Bourgogne.

^[344] Ninguno de estos dos actores citados, ni Gilles «el Necio», ni el más conocido Gros-René, tuvieron parentesco alguno, por supuesto, con Brioché. Gros-René, cuyo verdadero nombre era Nicolas du Parc, trabajó en la *troupe* de Molière y en 1653 se casó con una actriz que sería célebre en la época, Thérèse de Gorle, la Du Parc (1633-1668); el matrimonio desertó en varias ocasiones de la compañía del autor del *Tartufo*, provocando una legendaria disputa entre Molière y Racine, con quien la Du Parc mantenía relaciones amorosas, y que escribió para ella el papel de Andrómaca. A su muerte, corrió el rumor de que Racine la había envenenado.

^[345] Aunque se ha sugerido el título de un calendario y de un almanaque de teatros publicados justo a mediados de siglo, lo más probable es que el título de este *Almanach* sea fruto de la imaginación de Voltaire.

^[346] La alusión parece apuntar a las *Mémoires pour servir à l'histoire des théâtres de la Foire par un acteur forain* (1743), obra de dos hermanos, François y Claude

Parfait; por lo demás, la alusión no deja de ser un juego.

^[347] Con el nombre de Tabarin se conoció a una *troupe* de tres cómicos — Tabarin, Mondor, Rodomon—, cuya actuación en un tablado del Pont-Neuf logró gran éxito a partir de 1618; declinó hacia 1626, tras la muerte de Mondor, verdadera alma de los libretos. El personaje de Tabarin, herencia de la *commedia dell'arte*, encarnaba el papel del criado astuto, algunos de cuyos trucos —por ejemplo, la capa que se convierte en saco para guardar lo robado o envolver a una persona para apalearla— recupera Molière en *Los enredos de Scapin*.

^[348] Gros-Guillaume era el seudónimo que el actor Robert Guérin (?-1634) empleaba para la farsa, mientras que para la tragedia utilizaba el de La Fleur. Actor itinerante desde 1598, contó con *troupe* propia desde 1612 hasta su muerte, y trabajó en el Hôtel de Bourgogne como comediante del rey, desde 1629, en compañía de otros dos farsantes también célebres, Gaultier-Garguille y Turlupin.

^[349] Abraham, en la alegoría volteriana, de quien se dicen descendientes tanto judíos como cristianos y musulmanes.

^[350] Voltaire parodia en el plano alegórico la doble genealogía de Jesucristo según los evangelios de Mateo (1, 1-17) y de Lucas (3, 23-38); ambas se remontan hasta Abraham, pero a través de antepasados diferentes, cuyo número, además, varía: 42 en Mateo, 56 en Lucas.

^[351] Del padre jesuita Daniel (1649-1728) se publicó en 1758, en 17 volúmenes, una *Histoire de France*, que Voltaire califica como la mejor de todas, «aunque nuestra historia queda todavía por hacer», en *El siglo de Luis XIV*; en otras ocasiones se refiere a él como a un frío gacetillero, muy poco informado e insípido; aquí cita probablemente ese libro de manera fantasiosa.

^[352] En inglés, *Merry Hasting* significa «jovial guasón», y, aunque se ha buscado alguna alusión a un nombre concreto, es el propio Voltaire quien se esconde bajo esa envoltura.

^[353] La incautación tuvo lugar el 14 de mayo de 1760; Voltaire se refiere a ella en su correspondencia, donde habla del «gran proceso sobre ese contrabando entre frailes y boticarios».

^[354] En el atentado del 3 de septiembre de 1758 contra el rey portugués José I resultaron implicados el padre Malagrida y los jesuitas; el primero fue condenado a la hoguera, y la Compañía de Jesús fue expulsada de Portugal (véase *El hombre de*

los cuarenta escudos, nota 59, en las págs. 890-891).

^[355] Sobre el levantamiento de las misiones jesuitas del Paraguay escribe Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres*, cuyo capítulo CLIV lleva por título: «Sobre el Paraguay. De la dominación de los jesuitas en esta parte de América, de sus querellas con los españoles y los portugueses». Véase además el capítulo XIV de *Cándido*, en las págs. 233 y ss.

^[356] En el capítulo V, este deseo queda cumplido en parte.

^[357] Jesucristo no dejó ningún texto escrito.

^[358] En el episodio de la mujer adúltera del Evangelio de Juan (8, 6-11), se lee: «Decían esto tentándolo, para poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía en el suelo con el dedo. Como ellos seguían preguntándole, se irguió y les dijo: “El que de vosotros esté sin pecado, [sea] el primero que le tire una piedra”. Y, agachándose de nuevo, escribía en el suelo. Y ellos, al oír[lo], fueron saliendo uno a uno, empezando por los más ancianos». (Sagrada Biblia, ed. cit.). Voltaire insinúa que todos los reunidos se marchan desalentados y renunciando a leer lo que ha escrito en la tierra.

^[359] En la lectura alegórica, esa aldea suiza de Appenzel sería Nazaret, mientras Milán podría señalar tanto a Jericó como a Roma; en la ciudad —ya que no aldea— de Appenzel, el Brioché real fue detenido por brujo, y sólo gracias a la intervención de un capitán de los guardias suizos logró escapar de la cárcel.

^[360] En el manuscrito Wagram, tras «de Appenzel a Milán» aparece un fragmento relacionado con el capítulo I del *Tratado sobre la tolerancia*, con la anotación «p[ou]r l’hist[oire] de / brioché-polichin. Tome 32, pag. 81, après d’Appenzel à Milan» (para la historia de brioché/polichinela: [...] después de Appenzel a Milán). Lo damos en el Anexo I, al final de *Popurrí*, en las págs. 393-394.

^[361] El término de Orvieto permite hacer en la traducción un juego de palabras y verter directamente *orvietan*, término francés que nombra los antídotos y drogas que los charlatanes vendían por las ferias.

^[362] Voltaire utiliza un lenguaje alegórico, en el que el término unguento deriva de la *Historia del establecimiento del cristianismo* (cap. VI): «Juan el Bautista, que se ganaba la vida derramando un poco de aceite sobre la cabeza de los judíos que iban a bañarse por devoción en el Jordán, creaba entonces una pequeña secta

que todavía subsiste hacia Mosul, y que recibe el nombre de “ungidos”, los aceitados, los cristianos de Juan». El propio Voltaire anota en este punto: «Cristo significa “ungido”; cristianismo, “ungüento”».

[363] Cristo hubo de comparecer ante el sanedrín de los judíos.

[364] Pilato.

[365] La alusión apunta al cambio del agua en vino en las bodas de Caná, «en una comida en la que todos los invitados ya estaban borrachos», idea que Voltaire repite en diversos textos; por ejemplo, en el *Diccionario filosófico* y en el *Tratado sobre la tolerancia* (cap. XIV).

[366] Un pasaje del *Examen importante de Milord Bolingbroke* (cap. X) arroja luz sobre el sentido alegórico de esta frase: «[Jesús] entra en el templo [...]. Coge un gran látigo, golpea con él las espaldas de todos los mercaderes, los expulsa a correazos, a ellos, sus gallinas, sus palomos, sus corderos e incluso sus bueyes, tira todo su dinero por el suelo, y le dejan hacer».

[367] Los hermanos Parfait no hablan en su historia del teatro francés del fin de Brioché. Para F. Deloffre y Jacques van den Heuvel, ese sapo que se traga a Cristo podría ser una fusión entre la historia bíblica de Jonás, tragado por una ballena, y la historia de Vanini, que el propio Voltaire cuenta en su *Diccionario filosófico*, en «Ateo, ateísmo»: «[Vanini]. Ese predicador y teólogo, también experto en medicina y acusado de brujo, que tenía en su casa un gran sapo, al que sus enemigos decían que adoraba como a su dios». (*Romans et Contes*, ed. cit., pág. 933). Vanini terminó siendo quemado en Toulouse por brujería en 1619.

[368] En su *Histoire de France*, el P. Daniel no habla, por supuesto, de esos hechos.

[369] De lo que fue de san José, los Evangelios no dicen nada.

[370] César Chesneau, sieur Dumarsais (1676-1756), gramático francés apreciado por los enciclopedistas, habla efectivamente de la venalidad de los cargos en su *Essai sur les préjugés* (1797). La misma idea y la cita de Montaigne, Charron, Descartes, etc. —que aparece en una carta de Voltaire a Le Bault (del 2 de abril de 1762)— sirven también al filósofo para el caso Calas.

[371] Urbain Grandier, párroco de Loudun (1590-1634), fue quemado en la hoguera bajo la acusación de haber puesto en manos del demonio a la comunidad

de religiosas de esa población. Por el mismo procedimiento moría en 1615, acusado de brujería, Louis Gaufrédi, párroco de Aix-en-Provence.

[372] El pasaje responde a episodios autobiográficos de Voltaire, que había comprado para Ferney, a precio carísimo, un cristo; líneas más abajo, Mansebo es anagrama de Böseman, en alemán «hombre malvado».

[373] Ajmet III (1673-1736), sultán de Turquía desde 1703. Durante su reinado, en 1724, se instaló la primera imprenta en Estambul (véase nota 101 de *Cándido* en la pág. 839).

[374] Voltaire juega con el doble sentido del término *ardent*, que señala tanto al que hace arder como al que arde.

[375] En 1702, la región francesa de las Cevenas protagonizó una rebelión, apoyada por agentes ingleses, que sólo logró ser frenada por la intervención de los regimientos de dragones del mariscal de Villars.

[376] «Despertaos, bella dormida», canción muy popular a principios del siglo XVIII.

[377] Voltaire rehace el Salmo 137, 9: «¡Feliz quien estelle / a tus parvulillos contra la peña!». (Sagrada Biblia, ed. cit.).

[378] Louis Racine (1692-1763), hijo de Jean Racine, publicó siete odas, largos poemas como *La Grâce* (1720), que en cuatro cantos parafrasea con penosa versificación la doctrina, o como *La Religion* (1742), del que la poesía está ausente. Voltaire despreciaba su didactismo, además de su compromiso doctrinario.

[379] Bedlam es el manicomio de Londres.

Tras estas palabras, la edición de las obras de Voltaire preparada por Miger y el manuscrito Wagnière daban como capítulo VII el Anexo II que reproducimos al final de *Popurrí* (págs. 394-395).

[380] Voltaire pasa de los Evangelios a los Hechos de los Apóstoles, donde se dice que éstos encontraron en Damasco a Pablo, a quien ahora apunta el texto.

[381] Según los Hechos de los Apóstoles, Bernabé sirve de intérprete a Pablo ante sus discípulos, no a los apóstoles ante Pablo (9, 27).

[382] Con Nostradamus, Voltaire apunta al Antiguo Testamento, leído por los primeros cristianos como aclaración del pasado y profecía del futuro; san Pablo se convertirá en intérprete de muchos de sus pasajes.

[383] Jesucristo confirma las profecías, que a su vez confirman su divinidad.

[384] En la *Historia de Jenni*, Voltaire cita también la I Epístola a los Corintios (9, 7 y 11) de san Pablo, que interpreta a su manera: «¿Quién se alistó alguna vez en el ejército pagándose él los gastos? ¿Quién planta una viña y no come su fruto? ¿O quién pastorea un rebaño y no se alimenta de la leche del rebaño? [...] Si nosotros sembramos para vosotros los bienes espirituales, ¿es una exageración que nosotros cosechemos vuestros bienes materiales?». (Sagrada Biblia, ed. cit.).

[385] Con varios apóstoles y discípulos, Pedro y Pablo se dirigieron a Roma, donde aquél se convertirá en el primer papa. Por Mme. Carminetta debe entenderse Constantino el Grande, quien dio carta de naturaleza legal al cristianismo con el Edicto de Milán del año 313.

[386] Probable alusión a los enfrentamientos entre san Pedro y Simón el Mago, que también figuran en la *Historia de Jenni*. «Orvietán» debe entenderse en este punto en sus dos sentidos: el directo, de droga de charlatán de feria, y el figurado, de palabras engañosas.

[387] Aquí, el señor Bienfait encarna a Pedro y a todos sus sucesores.

[388] Todo el pasaje habla de la colusión entre el poder temporal y el poder espiritual, sin que hayan podido remitirse las alusiones a hechos o personajes concretos.

[389] En 1741, el padre jesuita La Valette (1707-1762), instalado en la Martinica, se declaró en bancarrota, dando lugar a que negociantes marseleses llevaran a los tribunales a la Compañía de Jesús, condenada a pagar las deudas (1761); luego se cerraron sus colegios, se prohibió a sus miembros el uso de los hábitos y se les exigió que adjurasen, hasta que finalmente la Orden fue suprimida en 1764.

[390] En su *Polyeucte*, estrenado por Corneille en 1643, el dramaturgo había reunido en escena el amor humano y el amor divino, sorprendiendo con su mezcla de la estética del placer y la moral cristiana. Esta tragedia sagrada tenía por protagonista a san Poliuto, yerno del gobernador de la provincia de Armenia; convertido en secreto al cristianismo, terminaría sufriendo el martirio a pesar de los intentos que su esposa Paulina hizo para salvarle la vida. Voltaire ve en Poliuto

un ejemplo de intolerancia y de fanatismo —bajo este término citará a Poliuto en el *Diccionario filosófico*.

[391] Voltaire recurre a los anagramas: Lubolier es Boullier (1699-1759), protestante que se enfrentó a los enciclopedistas en defensa del cristianismo; y Morfyé es Formey, al que Voltaire había conocido en Berlín; en cuanto a Urieju, remite al predicante —pastor protestante— y teólogo francés Pierre Jurieu (1637-1713), que arremetió «contra Bayle y el buen sentido», según puntualiza Voltaire en su *Discurso sobre el hombre*.

[392] «Adiós, ser demasiado virtuoso y demasiado encantador; / adiós, amante demasiado generoso y demasiado perfecto; / voy sola a mi cuarto a encerrar mis pesares». (*Polyeucte*, II, II, vv. 571-572 y 563). Voltaire cita de memoria versos que Corneille puso en boca de Severo (571) y de Paulina (572 y 563): en el primero, el trágico escribió «desdichado» en vez de «generoso»; y el 563 dice exactamente: «y sola en mi cuarto que encierra mis pesares».

[393] Voltaire cita de memoria: «Poliuto es aquí el apoyo de mi familia; / mas si por su muerte el otro desposase a mi hija, / con ello yo conseguiría los apoyos más poderosos, / que cien veces más alto de lo que estoy me pondrían». (*Polyeucte*, III, V, vv. 1.053-1.056).

[394] Para Voltaire, el modelo de la tragedia sin amor es *Edipo*, personaje sobre el que escribió una pieza teatral en 1713.

[395] Voltaire vuelve a aludir a san Pedro como papa de la Iglesia católica.

[396] «Señor» era título que se daba a los obispos.

[397] Voltaire apunta al pago que la Iglesia exigía por las ceremonias y las indulgencias, sobre todo por las decretadas por los papas Julio II y León X hacia 1500 para quienes contribuyesen a la construcción de la nueva basílica de San Pedro.

[398] Bajo el nombre de Mme. Gigogne hay que entender la Iglesia católica.

[399] Martín Lutero, monje agustino, rechazó la institución del papado y los principales dogmas, provocando en la Iglesia católica un cisma del que surgió el protestantismo.

[400] Estas contradicciones entre la superstición y la moral práctica se

examinan más adelante, en el capítulo XII.

[401] Bajo la envoltura del teatro, Voltaire alude a Enrique VIII de Inglaterra y al anglicanismo. Los teatros oficiales franceses, la Comédie, o Théâtre Française, y la Ópera, gozaban de privilegios casi monopolistas, que no impidieron a los teatros de la Feria arrebatárles el público.

[402] La querrela entre Scaramouche (los jansenistas) y Arlequín (los jesuitas, que encabezaron la lucha contra aquéllos) no estaba resuelta cuando Voltaire escribía este cuento.

[403] Voltaire prefirió convivir con Mme. Denis, hija de su hermana, sin casarse. Su relación comenzó en la época de Cirey, en 1745.

[404] Las anatas eran las rentas —el equivalente a la renta de un año, de ahí su nombre— que estaban obligados a pagar a Roma los adjudicatarios de un beneficio eclesiástico. En Francia fueron abolidas por la Asamblea Constituyente en 1789.

[405] Voltaire, que apenas cree que el apóstol Pedro haya estado nunca en Roma, se burla siempre de sus llaves.

[406] En su correspondencia, Voltaire ataca desde 1754 a Georg Rink von Baldenstein, príncipe obispo de Basilea, al que Voltaire llama obispo de Porentru, calificándolo de autoritario y gran bebedor que deja su diócesis en manos de jesuitas alemanes «tan despóticos [...] como lo son en el Paraguay».

[407] Para Voltaire, que se esconde tras ese «mi pariente», uno de los abusos eclesiásticos era el descanso dominical, que suponía la deserción de la mano de obra de sus campos; en 1671 se quejará de habersele negado el permiso que había pedido al obispo para que dispensase a sus jornaleros de trabajar en festivo.

[408] Uno de los temas preferidos de Voltaire es el ataque contra la riqueza de las congregaciones monásticas y las construcciones conventuales. Aquí convierte en texto una anécdota personal: durante un viaje a Borgoña en 1761, vio las obras de edificación del palacio del abate de Citeaux, que provocan en la correspondencia con su amigo borgoñón Fyot de La Marche (27 de enero de 1762) una acerva crítica contra aquella construcción emprendida por ese «cerdo de abate de Citeaux». Estas ideas serán desarrolladas en *El hombre de los cuarenta escudos*.

[409] Sobre el arzobispo de París Christophe de Beaumont y sus billetes de sepultura, véase la nota 77 a *Cándido* en la pág. 836.

^[410] Personajes del *Rolando furioso* (canto XXVIII) del Ariosto, y de *Joconde*, cuento de La Fontaine.

^[411] El 8 de junio de 1762 el arzobispo de París decretó el arresto de JeanJacques Rousseau y fueron condenadas a la hoguera sus dos obras recientes, *Del Contrato social* y el *Emilio*. Rousseau había conseguido escapar antes a Suiza, a Yverdon, de donde también sería expulsado el 9 de julio por el senado de Berna; se dirigió entonces a Motiers-Travers, en Neuchâtel, territorio dependiente del rey de Prusia, donde vivirá hasta septiembre de 1765.

^[412] Sobre Dubourg y Miguel Servet, véanse en la *Historia de Jenni* las notas 14 y 15 en la pág. 919.

^[413] Se refiere a la *Profesión de fe del vicario saboyano*, incluida en el *Emilio*.

^[414] Para Deloffre y Van den Heuvel se aludiría al mandamiento del obispo de Arles en el momento en que se decretó la bula *Unigenitus*, en el que se atacaba al parlamento de París, tratando a sus miembros de sediciosos y rebeldes. El obispo fue desterrado por el cardenal André Hercule de Fleury (1653-1743), preceptor de Luis XV (véase en *Así va el mundo* la nota 12 en la pág. 810).

^[415] Quizá una de las razones de la supresión de este capítulo sean los ataques que Voltaire había lanzado en un texto anónimo, el *Sentimiento de los ciudadanos* (diciembre de 1764), contra Rousseau, a quien trata ahí de loco furioso merecedor de la pena capital.

^[416] **Diálogo del Capón y la Pularda / Dialogue du Chapon et de la Poularde**

Escrito en 1653, y contemporáneo de los dos textos siguientes, el *Diálogo del Capón y la Pularda* se publicó en el volumen de *Nouveaux Mélanges* (1765). Desde Descartes, filósofos y teólogos habían discutido, en ocasiones con aspereza, sobre una cuestión: ¿tienen alma los animales? Voltaire la aborda parodiando la jerga administrativa y partiendo de un tratado del pitagórico Porfirio sobre la abstinencia de la carne de los animales, que Voltaire propone enfrentándola a la barbarie humana, y sobre todo a los pueblos cristianos, capaces de castrar hombres para que canten mejor, de asarlos por la menor diferencia de opiniones, etc. La parodia y la burla de unos animales juzgando las costumbres humanas debe bastante al humor de Rabelais y concluye de manera bufa con las despedidas desgarradoras de los dos volátiles ante la presencia del cocinero armado del

cuchillo. En el *Tratado de la tolerancia* Voltaire ya había defendido el parecido de los animales con los hombres, que deben compadecerse de ellos.

[417] Porfirio (233-304), autor neoplatónico cuyo libro *Tratado sobre la abstinencia de la carne de los animales* se había traducido al francés en 1747.

[418] **Del horrible peligro de la lectura / De l'horrible danger de la lecture**

Esta chanza, publicada en *Les Nouveaux Mélanges* de 1765, es una caricatura de las conminaciones y prohibiciones que el *Índice* romano y las órdenes episcopales imponían a los libros de los ilustrados.

[419] Francia, sometida a Roma.

[420] El dato es cierto: el secretario de embajada, más tarde embajador en París, Said Effendi introdujo en Turquía la imprenta en 1724-1726.

[421] Gerard Van Swieten (1700-1772), primer médico de la emperatriz de Austria; cuatro miembros de la familia imperial habían muerto de sífilis entre 1761 y 1763: Carlos José (1745-1761), hijo del emperador Francisco; Juana Gabriela Josefina (1750-1762); María Cristina, que nació muerta el 22 de noviembre de 1763; y María Isabel de Parma, esposa del futuro José II, muerta de sífilis cinco días después de la anterior. Enemigo de los ilustrados, y en particular de Voltaire, también se oponía a la inoculación.

[422] El 23 de julio de 1730, fecha que no ayuda a saber cuándo fue escrito.

[423] **Conversación de Luciano, Erasmo y Rabelais en los Campos Elíseos / Conversation de Lucien, Érasme et Rabelais dans les Champs-Élysées**

Publicado como los dos anteriores en *Les Nouveaux Mélanges* de 1765, este diálogo reúne a tres escritores ilustres para entablar con ellos un «diálogo de los muertos», a la manera del primero de los citados. Muertos que se habían burlado en sus obras de las creencias o las habían fustigado con la risa. De ellos se ayuda Voltaire para trazar un cuadro de las tonterías y locuras mejor asentadas en su época, así como la persistencia de los males que el filósofo viene atacando: la superstición y el fanatismo.

[424] Odette de Châtillon (1517-1571), hermano del almirante Coligny, obispo de Beauvais y cardenal, se pasaría al calvinismo, por lo que fue excomulgado; terminó muriendo envenenado en Inglaterra. Rabelais, que había empezado

publicando su *Pantagruel* en 1532, le dedicó en 1552 su *Cuarto Libro*.

[425] *Gargantúa*, cap. XIII.

[426] **Pequeña digresión / Petite digression**

Como el cuento siguiente, *Pequeña digresión* se publicó tras *Le Philosophe ignorant* en la primera edición de este último texto (1766), tomando en sus reediciones el título de *Petite digression sur les Quinze-Vingts* («Pequeña digresión sobre los Trescientos»), expresión esta última que remite a los ciegos del célebre hospital parisino, y en la edición de Kehl el de *Les Aveugles juges des couleurs* («Los ciegos jueces de colores»). La alegoría sirve a Voltaire para arremeter contra la metafísica, guía de juicios sobre materias que ignoramos y fuente de conflictos y peleas. El ataque va dirigido contra «todos los fabricantes de sistemas», que aprovechan la ignorancia para convertirse en dictadores del pensamiento y amenazar con la hoguera y tormentos semejantes.

[427] La fundación de Les Quinze-Vingts («Los Trescientos») estaba destinada a trescientos ciegos; fundada por san Luis en 1260, tenía su sede en uno de los extremos del Louvre.

[428] **Aventura india / Aventure indienne**

Publicada en 1766, como el cuento anterior, esta alegoría tiene tintes negros y acaba con un «¡Sálvese quien pueda!» en el momento en que Voltaire tiene en perspectiva el caso del caballero de La Barre, joven de diecinueve años que se convirtió en la última persona condenada a muerte en Francia por blasfemia: el 1 de julio de 1766 le cortaban lengua, manos y cabeza y se quemaba su cuerpo, condenado además a no tener sepultura; entre los libros que la investigación demostró que tenía en su poder, además de algunos eróticos, había un ejemplar del *Diccionario filosófico*. Voltaire se tomó la condena como cosa propia y, aunque ya no podía salvarle la vida, trató de conseguir sin éxito su rehabilitación con la *Relación de la muerte del caballero de La Barre* (1766). De la misma forma, Pitágoras ve arder su casa de Crotona por haber predicado la paz civil.

[429] En el *Ensayo sobre las costumbres*, en un capítulo dedicado a Baco, Voltaire cuenta, ampliados, estos mismos hechos legendarios, indicando la fuente, la *Demonstratio evangelica*, de Huet, publicada en 1679. En cuanto a los *Órficos*, poemas litúrgicos y cosmogónicos atribuidos a Orfeo, no dan cuenta de estos detalles.

[430] Alusión al suplicio del joven caballero de La Barre, ejecutado y quemado el 1 de julio de 1766.

[431] **El Ingenuo / L'Ingénu**

La chispa que promueve la escritura de *El Ingenuo* suele situarse en el verano de 1766, a raíz de la ejecución del caballero de La Barre; y en agosto del año siguiente se publicaba con éxito inmediato, con las consabidas negativas de Voltaire de ser su autor y la presumible reacción del partido devoto. Como el joven de La Barre, el Ingenuo aprende en cabeza propia, durante su viaje iniciático por Francia, las diferencias que separan al hombre de la naturaleza y al hombre de la sociedad. La complejidad de redacción de este texto puede verse a partir del siguiente guión inicial:

Historia del Ingenuo, criado entre los salvajes, luego entre los ingleses, instruido en la religión en Baja Bretaña, tonsurado, confesado, pegándose con su confesor, su viaje a Versalles a casa de fray Le Tellier, pariente suyo, voluntario en dos campañas, su fuerza increíble. Su valor, quiere ser capitán de caballería, sorprendido por la negativa. Se casa, no quiere que el matrimonio sea un sacramento, le parece muy bien que su mujer sea infiel porque él lo ha sido. Muere defendiendo su país, un capitán inglés le asiste en su muerte con un jesuita y un jansenista, los instruye al morir.

En este esbozo hay un cuento con una lección filosófica en la vida y en la muerte del protagonista; de manera significativa, Grimm lo calificó de «novela teológica». Pero sobre el esbozo va a precipitarse el Voltaire que combate en distintos casos la intolerancia religiosa: es en ese año cuando, después de haberse comprometido a fondo en el caso Calas (*Tratado de la tolerancia*), ha abierto una nueva vía a su lucha: la defensa de casos parecidos de fanatismo; y en el panorama francés hay suficientes para que Voltaire no abandone la brecha por la que acaba de entrar: los casos Sirven, La Barre, Lally-Tollendal, Étallonde, los Monbailli. Y aunque la acción de *El Ingenuo* ocurra en 1689-1690 —se toma, desde luego, libertades con la historia; por ejemplo, el padre Letellier no se convirtió en confesor del rey hasta en 1709—, el cuento está escrito desde esa perspectiva política, hecho que no aparece en el esbozo, que ha evolucionado hasta convertirse en arma arrojada desde la serena propuesta filosófica de la que parte, con ese final tan ecuménico en que jesuita y jansenista comparten la instrucción del hombre de la naturaleza.

La habilidad de Voltaire le permite situarse en un punto de vista doctrinal,

con críticas acerbas... que sólo tienen sentido en el subconsciente: los jesuitas denunciados ya han sido expulsados y la Compañía de Jesús también ha sido disuelta en Francia (1762-1764); a la crítica contra el despotismo ministerial le faltan los nombres —contra la opinión del propio Voltaire, para quien la no nominación de los autores de abusos y entuertos convertía el discurso en una generalidad tan peligrosa como los propios abusos—, y por lo tanto puede entrar en la habitual sátira del funcionamiento de la administración en general, quedando exenta, por lo tanto, la monarquía: las cédulas de encarcelamiento, aunque lleven la firma real, son cosa también de los administradores del poder, no del monarca personalmente.

La facción que más ataques merece en *El Ingenuo* es la jansenista, que aún vivía episodios de convulsionarios, y que en la mente de Voltaire amenaza con sustituir al fanatismo jesuita: de hecho, el jansenista Gordon es creyente, y por lo tanto tiene posibilidades de volverse un fanático, cosa imposible si se practica el dogma que defiende el autor: el de la tolerancia. La burla de las prácticas cotidianas de la religión, desde el bautismo al matrimonio, no tarda en volverse caricatura, aunque Voltaire rebaja el tono adjudicando algunos valores a personas que se limitan a vivir, sin pensarlo demasiado, dentro de las costumbres recibidas: por ejemplo, Mlle. de Kerkabón, que pese a su pasión bautizante no deja de mostrar rasgos de generosidad hacia su «sobrino»; o la muerte de la bella Saint-Yves, que provoca —cierto que el tono sentimentaloides y melodramático anda cerca— la transformación de cuantos la rodean, incluso de su verdugo. Hay en Voltaire un renuevo de optimismo que se sobrepone al año negro de 1766, a la convicción que mostraba en los dos cuentos anteriores de que «el hombre no sabe nada» y al «¡Sálvese quien pueda!» que pone fin a *Aventura india*.

Voltaire quiere creer que el mal tiene enmienda, que el progreso y las luces pueden superar la anomalía que es el «buen salvaje» defendido por Rousseau y la educación «natural» propuesta por el ginebrino en el *Emilio*: el hurón, ser brutal al principio, termina civilizándose gracias, entre otras cosas, a la lectura; Racine, por ejemplo, le enseña a querer y a llorar. Aunque, para pasar de salvaje a civilizado, el protagonista ¡tenga que pasar años encerrado en la Bastilla y soportar la compañía y las enseñanzas de un jansenista! El héroe encarna también a su manera las preocupaciones de Voltaire sobre los «hombres naturales», que sólo justifica en la medida en que se oponen a «pilllos refinados», los cortesanos, demostradas también en su tragedia *Los escitas* (1767); el fracaso de esta pieza supuso una decepción ahondada por el éxito de otra pieza sobre «salvajes»: *Illinois*, de Sauvigny, protagonizada por hurones, que sustituyó con éxito a la tragedia de Voltaire en la cartelera del Théâtre Français. De esa obra procede quizá el hurón de

El Ingenuo, que también recoge elementos de *L'Homme sauvage*, de Sébastien Mercier: un doble idilio, la conversión a la fuerza del salvaje, el viejo virtuoso con nombre inglés, etc. Añádase, no como influencia, sino todo lo contrario, como parodia, la burla que hace, no sólo del «salvaje» roussoniano, sino de la muerte de Julia, protagonista de la *Nueva Eloísa*; la visita a la corte, que es secuela irónica del *Paysan parvenu* de Marivaux —el viejo enemigo que le había ganado el sillón de la Academia.

Pese a estas parodias, que son otras tantas pullas, lo cierto es que Voltaire parece querer reconciliarse con la realidad en ese final de novela a lo Richardson, sentimental y algo lacrimógeno: en *Cándido* ya había parodiado esos temas de la novela noble, y había convertido escenas teóricamente enternecedoras en una realidad a la que se ve obligado el protagonista, no por ternura, sino por pesimismo ante esa misma realidad: por ejemplo, los amores de Cándido y Cunegunda en toda su extensión, desde el inicial rosa hasta el tétrico final de Constantinopla: ambos amantes no son imagen del tierno idilio —aunque con desenlace fatal, fatal pero reparador y conciliador de mundos opuestos— del Hurón y la señorita de Saint-Yves.

^[432] «Quesnel (Pasquier), nacido en 1634, del Oratorio. Fue desgraciado, y en ello se vio tema de una gran división entre sus compatriotas. Además, vivió pobre y en el exilio. Sus costumbres eran severas, como las de todos los que sólo se ocupan de disputas. Treinta páginas cambiadas y suavizadas en su libro habrían ahorrado querellas a su patria, pero hubiera sido menos célebre. Muerto en 1719». La obra a que se refiere esta ficha del *Catalogue [...] des écrivains français*, inserta en *El siglo de Luis XIV* de Voltaire, es *Réflexions morales sur le Nouveau Testament*; de ella se extrajeron las ciento una proposiciones condenadas por jansenistas en 1713 por la bula *Unigenitus*.

^[433] San Dunstán fue obispo de Worcester, Londres y Canterbury. Nació en 924 y murió en 988; no era irlandés, aunque había sido educado por monjes de ese país. Por supuesto, el priorato de la Montaña es imaginario.

^[434] La fecha está cuidadosamente escogida por Voltaire: el 17 de mayo de ese año se habían desencadenado hostilidades entre Francia e Inglaterra, con lo que la cronología se adapta bien a los intereses del relato.

^[435] La asociación de san Agustín y Rabelais es frecuente en Voltaire; una nota de *Le Marseillais et le lion*, de 1768, decía: «San Agustín y Rabelais tenían mucho ingenio..., el cura de Meudon había hecho mal uso del suyo [...]. Rabelais

prodiga indignamente las porquerías más bajas; san Agustín se perdió en explicaciones misteriosas que ni él mismo podía entender». Pero este menosprecio por Rabelais no fue constante. Frente al ataque que contra él lanza en la *Carta filosófica* XXII, en una epístola a Madame du Deffand (13 de octubre de 1759). Voltaire escribe: «Yo sentía un soberano desprecio por Rabelais; después lo he releído; y como he profundizado más en todas las cosas de que se burla, confieso que, salvo las bajezas, de que está demasiado lleno, una buena parte de su libro me causó muchísimo placer».

^[436] El agua de las Barbados era una especie de ron que se hacía en las Antillas. Fue muy activo su comercio entre Canadá y las islas, dedicándose algunos barcos a ese tráfico de modo exclusivo.

^[437] *Nihil admirari*, «no admirarse de nada». Bolingbroke, estadista y escritor inglés (1687-1751), ejerció notable influencia sobre Voltaire, quien lo conoció en 1722 en su castillo de la Source, cerca de Orléans. El lema procede de Horacio (*Epístolas*, I, VI).

^[438] Hay un sutil juego de doble sentido: *questionner*, además de «preguntar, interrogar», significa «torturar, dar tormento».

^[439] El propio Voltaire explica la palabra *huguenot* en su *Ensayo sobre las costumbres*, cap. CXXXIII: «En la ciudad [Ginebra] había, hacía mucho tiempo, dos partidos, el de los protestantes y el de los romanos: los protestantes se llamaban *egnots*, de la palabra *eidgnossen*, aliados por juramento. Los *egnots*, que triunfaron, atrajeron a una parte de la facción opuesta, y expulsaron al resto: de ahí viene que los reformados de Francia tuvieran el nombre de *egnots* o *huguenots*, término del que la mayoría de los escritores franceses inventaron luego vanos orígenes».

^[440] «Todos estos nombres son, en efecto, hurones» (nota de Voltaire). En la biblioteca de Voltaire se encontraba, efectivamente, el *Grand Voyage au pays des Hurons [...] avec un Dictionnaire de la langue huronne* (1632), del padre Gabriel Sagard Théodat, introductor del conocimiento esas tribus indias de América del Norte en Europa.

^[441] «No soy como esa dama de la corte que decía: es una pena que la aventura de la torre de Babel haya producido la confusión de las lenguas; de no ser por ella, todo el mundo habría hablado francés» (carta de Voltaire a Catalina II de Rusia, de 26 de mayo de 1767).

[442] El pueblo algonquino, formado por una veintena de tribus que llegaban a las cincuenta mil personas, era belicoso y guerrero, mientras que los hurones se dedicaban preferentemente a la agricultura. Se aliaron a estos últimos y a los franceses para luchar contra los iroqueses.

[443] En el artículo «Antropófagos» del *Diccionario filosófico* vuelve Voltaire sobre el tema, ironizando sobre la apología que el padre Lafitau había hecho de los salvajes en *Mœurs des sauvages comparées aux mœurs de premiers temps* (1742), donde trataba de demostrar que, aunque los pieles rojas cortan a sus víctimas en trocitos, «no son tan crueles».

[444] Voltaire repite con frecuencia el tema de la carencia de barba en los indígenas americanos. Así, en el artículo «Barba» del *Diccionario filosófico*: «Los americanos, de la comarca que sean, del color y de la estatura que sean, no tienen ni barba en el mentón, ni pelo alguno sobre el cuerpo, excepto las cejas y el pelo».

[445] No eran infrecuentes tales traducciones de Rabelais al inglés; las *Works of François Rabelais*, en 2 volúmenes (Londres, 1708), contienen incluso explicaciones de los pasajes más difíciles.

[446] En el artículo «Circuncisión» del *Diccionario filosófico*, Voltaire ironiza sobre esta costumbre cuyo origen atribuye a los egipcios, en vez de a los judíos. Dios, dice, «es dueño de unir sus gracias a los signos que se digna escoger».

[447] Se denominaba *frater* (voz latina = hermano) a los barberos cirujanos de las aldeas; y en los ejércitos de mar y tierra, a los ayudantes de cirujanos.

[448] Oposición teológica que figura ya en los Evangelios entre el rigorismo de la Antigua Ley observada por los judíos al pie de la letra, y la Nueva Ley, basada en la caridad. Voltaire se burla de la circuncisión, como ya había hecho en *Los viajes de Escarmentado*, y de los efectos de la gracia, tema esencial del cristianismo sobre la que Louis Racine acababa de escribir en 1720 un largo poema (véase nota 38 de *Popurrí*, en la pág. 859). Líneas más abajo se cita la Epístola de Santiago el Menor, V, 16.

[449] Religiosos reformados de la Orden de San Francisco. Los recoletos, que iban descalzos, se habían establecido en París en 1603; la Orden fue suprimida en 1790.

[450] Alusión a un pasaje de los Hechos de los Apóstoles, 8, 26-39: «Un ángel del Señor habló así a Felipe, diciendo: “Levántate y vete hacia el sur, al camino que

baja de Jerusalén a Gaza, que está solitario”. Se levantó y se fue. Y resulta que un etíope, eunuco, ministro de Candace, reina de Etiopía, que estaba al frente de su erario, [y] que había ido a Jerusalén para adorar [a Dios], iba de regreso, sentado en su carruaje, y estaba leyendo al profeta Isaías. [...] Según iban de camino llegaron a un sitio con agua y dice el eunuco: “Mira, [hay] agua. ¿Qué impide que yo me bautice? Mandó parar el carruaje, bajaron al agua los dos, Felipe y el eunuco, y [Felipe] lo bautizó”». (Sagrada Biblia, ed. cit., pág. 1247). Resultan obvios los motivos por los que Voltaire prefiere citar este pasaje, en vez del bautismo de Cristo en el Jordán de manos de Juan el Bautista.

[451] El bautismo de sangre es, tradicionalmente, el del martirio por la fe. En el artículo «Bautismo» del *Diccionario filosófico*, Voltaire comenta: «Muchas otras sociedades cristianas aplicaron un cauterio al bautizado con un fuego al rojo, decididas a esa sorprendente operación por estas palabras de san Juan Bautista referidas por san Lucas: “Yo bautizo con agua, pero el que viene detrás de mí bautizará con fuego”». (Lucas, 3, 16). Y también Mateo, 3, 11.

[452] Eclesiástico, 40, 20: «Vino y licores alegran el corazón».

[453] Génesis, 39, 11: Jacob moribundo anuncia la venida del Mesías a Judá de esta forma: «A la vid ata él su jumentillo, y a la cepa el pollino de su asna; lava en vino su vestido y en sangre de uvas su manto». De este modo Jacob anuncia la fertilidad de su herencia en la tierra de promisión: la frase «lava en vino» alude a las viñas de Engadí y Hebrón, enclavadas en su territorio, que producían el mejor vino de Canaán, y a los pastos de Teqoa y Karmel, al sur de Hebrón.

[454] Según el *Dictionnaire* de Bayle: «Algunos dicen que en siete días [san Hércules] desfloró a cincuenta hijas de Testio; otros pretenden que lo hizo en una sola noche». Durante el Antiguo Régimen, el nombre de Hércules era frecuente, sobre todo en Bretaña.

[455] La prohibición de casarse con la madrina o la comadre tenía, teóricamente, fuerza de ley para la Iglesia; en *El Ingenuo* es precisamente esa prohibición la que causa la catástrofe. También la ataca Voltaire en la *Historia de los viajes de Escarmentado*, en *Cándido* (véase nota 26 en la pág. 831) y asimismo en la *Enciclopedia*, en el artículo «Impedimento».

[456] Emplea Voltaire dos términos: *couvent* o *convent*; este último se especializó para designar los congresos masónicos.

[457] Eurito, gran experto en el manejo del arco, había ofrecido la mano de su hija Yole a quien lograrse vencerle con esa arma; derrotado por Hércules, se negó a entregar a Yole. Años más tarde, Hércules atacó Ecalia, mató a Eurito y se llevó a su hija como concubina; los celos que por ella sintió Deyanira, mujer de Hércules, la impulsaron a ofrecer a su esposo la túnica envenenada que había de causarle la muerte.

[458] Voltaire concilia datos históricos de 1689 (cuando, para restaurar a Jacobo II, Francia preparó una expedición a Irlanda y hubo de incrementar el número de sus buques en el canal de la Mancha para proteger sus costas) y de su propio momento, que coincide con la Guerra de los Siete Años; los ingleses, tras apoderarse de Belle-Île, realizaron frecuentes incursiones en la costa bretona; en las negociaciones obtuvieron la cesión de Canadá.

[459] Los hechos son rigurosamente históricos. Tras la revocación del edicto de Nantes (1685), Saumur no volvió a recuperarse, debido, según el artículo «Saumur» de la *Enciclopedia*, «a la supresión de los templos, del colegio y de la academia que traían a ella muchos religionarios extranjeros, población y comercio». La revocación del edicto de Nantes fue dejando a un lado el problema religioso, error político de envergadura al que los jesuitas habrían inducido a Luis XIV.

[460] Cita de las *Bucólicas* de Virgilio: Égloga I, v. 3. Líneas más abajo, la descripción de la ropa del hombrecillo «de negro» indica que se trata de un pastor protestante.

[461] Aunque es cierto que Lulli reinó sobre la ópera francesa mucho tiempo después de su muerte, Voltaire comete un anacronismo: Jean-Baptiste Lulli había muerto en 1687.

[462] Inocencio XI.

[463] «Es un carruaje de París a Versalles, semejante a un volquete cubierto» (nota de Voltaire). Se trata de un apelativo burlesco: *pot-de-chambre* significa «orinal».

[464] Personaje histórico que sirvió en 1701 en las oficinas de Louvois como primer comisionado del señor de Saint-Pouange.

[465] La Bastilla, donde el propio Voltaire había pasado once meses en 1717-1718, y unos días en 1726; cincuenta años más tarde todavía se acordará de esa

etapa en el poema «La Bastille».

^[466] Hubo un polemista inglés, Thomas Gordon, muerto en 1750, a quien Voltaire debió de conocer durante su estancia en Londres. Pastor en un principio, se convirtió en filósofo y gran adversario de la intolerancia. Fue secretario de Walpole en 1723. Voltaire pudo conocerlo en Londres. Holbach acababa de traducir al francés uno de sus panfletos, *La impostura sacerdotal*, cuyo estilo calificará Voltaire como digno de Demóstenes. Probablemente Voltaire se acuerda de él al dar este nombre a su jansenista.

^[467] Cordial enérgico, cuyo principal componente era la sal amoniacal. Fue inventado por Jonathan Goddard (1617-1674), médico jefe del ejército inglés bajo Cromwell.

^[468] Las disputas teológicas sobre la gracia eficaz y la gracia suficiente habían sido «popularizadas» por las *Provinciales* (1662) de Pascal: con la primera, Dios ayudaba a los elegidos; la segunda, sin embargo, era dada a todos, y, según Pascal, no era suficiente. Líneas más abajo Voltaire cita a Jacques Rohaul, de quien, en su *Catalogue de la plupart des écrivains français qui ont paru dans le siècle de Louis XIV*, hizo la siguiente ficha: «Nacido en Amiens en 1620. Abrevió y expuso con claridad y método la filosofía de Descartes; pero hoy esa filosofía, errónea en casi todo, no tiene otro mérito que el de haberse opuesto a los errores antiguos. Muerto en 1674».

^[469] Sobre Malebranche, del que también trata en «Micromegas», Voltaire escribe en la *Lettre philosophique XIII*: «El señor Malebranche, del Oratorio, en sus ilusiones sublimes, no sólo admite las ideas innatas, sino que no dudaba de que nosotros viviésemos todo en Dios, y que Dios por así decir fuese nuestra alma». Pese a ello, Voltaire sintió gran admiración por Malebranche, a cuyas tesis metafísicas se acercó.

^[470] Doctrina teológica según la cual Dios actúa directa y físicamente sobre la voluntad de la criatura. Voltaire alude aquí a un libro del abate Laurent-Francois Boursier (1679-1749), *L'action de Dieu sur les créatures ou la Prémonition physique*.

^[471] Condados muy pequeños del país de Armagnac: Fezensac, con una extensión de siete leguas y media, fue dominado, al mismo tiempo que Fezensaguet, en 1418, por el conde de Armagnac; en cuanto a Astarac, con una extensión de trece leguas de largo por cinco de ancho, fue adjudicado en 1661 al duque de Roquelaure.

[472] Palabra formada por Voltaire sobre el adjetivo griego *'apaideutoi*, que designa a un hombre inculto, sin educación, y que Platón emplea con frecuencia. En estos párrafos, Voltaire sigue a Dom Lobineau (1666-1727), representante de un modo nuevo de escribir la historia, y su concepción de esa materia: exigía basarla en «pruebas y piezas justificativas».

[473] La cita está sacada de una novela de Marmontel, *Bélisaire*, que fue censurada por la Sorbona en abril del 1767. Tenía por protagonistas a Belisario, general de Justiniano, emperador de Oriente (527-565), y un hecho reciente: el 6 de abril de 1767, los doctores de esa universidad habían descubierto y censurado 37 impiedades en ese *Bélisaire* de Marmontel.

[474] Término forjado por Voltaire a partir de la voz griega *linostoloí*, que significa «vestido de lino». Designa de forma burlesca a los doctores de la Sorbona.

[475] Juego de palabras: *contre-édicts* (contraedictos) y *contredits* (réplicas), que suenan prácticamente igual en francés.

[476] Término calcado del griego *pastoforoí*, que designa propiamente a los sacerdotes griegos que en los templos se encargaban de llevar las estatuas de la divinidad. Voltaire lo emplea como equivalente de sacerdote, apuntando a los abates de la Facultad de Teología, que se arrogaban el poder de emitir edictos.

[477] Jean Donneau de Visé (1640-1710), fundador de una gaceta de la época, el *Mercure Galant*, origen del *Mercure de France*, fue un literato de segunda fila que participó en las disputas y querellas contra Racine, Boileau y Molière. En cuanto a Faydit (1640-1709), del Oratorio, atacó a Fénelon en su *Télémachomanie* (1700).

[478] A diferencia de J.-J. Rousseau (*Emilio*, libro II), Voltaire sentía gran admiración por La Fontaine y por esta fábula; La Fontaine «en la mayoría de sus fábulas está infinitamente por encima de todos los que han escrito antes y después de él, en la lengua que sea». Sin embargo, terminaría poniendo a Ariosto por encima de La Fontaine.

[479] Molière era para Voltaire «el mejor de los poetas cómicos de todas las naciones. Hay que confesar [...] que Molière sacó la comedia del caos, lo mismo que Corneille sacó la tragedia, y que los franceses han sido superiores en este punto a todos los pueblos de la tierra».

[480] No deja de ser peregrina la opinión de Voltaire sobre el teatro griego, que sitúa por debajo de las tragedias francesas del siglo XVIII. «Sé que los trágicos

griegos se equivocaron tomando frecuentemente el horror por el terror, y lo repugnante e increíble por lo trágico y lo maravilloso». (*Discurso sobre la tragedia*).

[481] «Los defectos de esta exposición [sobre la escena primera del acto I de *Rodogune*] son: 1.º que no se sabe quién habla; 2.º que no se sabe de quién se habla; 3.º que no se sabe dónde se habla». (*Comentarios sobre Corneille*). Voltaire critica también el desenlace, aunque reconoce que «la acción que remata esta escena hace estremecer; es lo trágico llevado a su colmo», y observa además que «el éxito prodigioso de esa escena es una gran respuesta a todas estas críticas».

[482] «Aunque haya osado encontrarle defectos, me atreveré a decirle aquí a Corneille: Suscribo la opinión de aquellos que ponen esta pieza [*Cinna*] por encima de todas vuestras demás obras; he quedado sorprendido por la nobleza de los sentimientos verdaderos, por la fuerza de la elocuencia, por los grandes rasgos de esta tragedia [...], cuando os comparo sobre todo con los contemporáneos que se atrevían a presentar sus obras al lado de las vuestras, me encojo de hombros, y os admiro como a un ser aparte». (*Comentarios sobre Corneille*).

[483] «Cartuchos» (*rouleaux*): nombre de los que se empleaban para llevar monedas de oro y de plata y aún siguen utilizándose para el transporte de monedas; aquí designa concretamente el dinero cogido del tesoro real con que Auguste va a pensionar a Émilie (*Cinna*, II, I, vv. 641-642).

[484] François de Harlay de Champvallon (1625-1695), arzobispo de Puis desde 1671. Jugó un importante papel en la revocación del edicto de Nantes, y era célebre por sus aventuras amorosas. Sobre su muerte hay alusiones en la *Correspondance* de Madame de Sévigné: «Ahora se trata de encontrar a alguien que se encargue de la oración fúnebre del muerto; dicen que sólo hay dos pequeñas bagatelas que hacen difícil esa tarea: su vida y su muerte». Según Voltaire, este obispo fue el que negó a Molière la sepultura en tierra de cementerio cristiano.

[485] El padre de la Chaise (1624-1709), confesor de Luis XIV, fue denunciado falsamente en un libelo anónimo, *Histoire célèbre des amours du P. de La Chaise*, de mantener relaciones amorosas con Mlle. Du Tron, sobrina de Bontemps, primer ayuda de cámara de Luis XVI.

[486] La relación de Mme. de Lesdiguières con el arzobispo Harlay era conocida por todo París. En una carta de Voltaire a Chamfort (27 de septiembre de 1769) se dice: «El arzobispo Champvallon murió luego como sabéis, en Conflans, de la muerte de los bienaventurados, encima de Madame de Lesdiguières, y fue

enterrado pomposamente al son de todas las campanas, con todas las ceremonias que llevan infaliblemente el alma de un arzobispo hacia el empíreo».

[487] En varias ocasiones repite Voltaire que existía un contrato de matrimonio entre el célebre clérigo y orador Bossuet, y esta señorita, de apellido Desvieux. En su *Catalogue... des écrivains français* Voltaire comenta: «Esa señorita nunca abusó [...] del peligroso secreto que tenía entre sus manos. Vivió siempre como amiga del obispo de Meaux, en una unión seria y respetuosa. Él le dio dinero para comprar la pequeña tierra de Mauléon, a cinco leguas de París. Ella tomó entonces el apellido de Mauléon, y vivió cerca de cien años».

En 1696, una comisión presidida por Bossuet condenó el quietismo de Madame Guyon; este quietismo negaba los sacramentos porque el aniquilamiento místico del alma en Dios los volvía inútiles.

[488] *Commun* designaba a los oficiales subalternos de la casa del rey. El nombre colectivo de *grand commun* se refería a los oficiales elevados, mientras el *petit commun* agrupaba a los oficiales de menor graduación.

[489] *Gobelet*: oficio de la casa real, cuyos titulares estaban encargados de los suministros de la mesa del rey, especialmente el pan, el vino, la fruta y los manteles.

[490] El término tiene aquí doble sentido, pero sobre todo el peyorativo, como se verá en el capítulo decimoquinto.

[491] Saint-Pouange: personaje histórico, comisionado de guerra hasta 1701. Para el lector de la época de Voltaire, en este personaje había una alusión directa al conde de Saint-Florentin, secretario de Estado de Luis XV y de Luis XVI hasta 1775, con quien se había enfrentado Voltaire en el *affaire* Calas. Las acusaciones son la de abuso de las cédulas de encarcelamiento y la de costumbres licenciosas. Voltaire quiso mantener el equívoco del nombre, como demuestra su carta a Lacombe, editor de *El Ingenuo*, de 16 de septiembre de 1767: «Por lo demás, en lugar de poner las letras iniciales del nombre de St. Pouange, no hay más que poner el Marqués de Ménange; esto despista todavía más y es más agradable para el lector».

[492] Alusión, indudablemente, a Madame du Fresnoy, esposa de un primer comisionado y amante de Louvois, según *El siglo de Luis XIV*; éste le conseguiría un puesto de «dama de lecho de la reina».

[493] San Próspero, nacido en Aquitania en el año 403, luchó con gran ardor en

favor de los escritos agustinianos.

[494] *Le Pédagogue chrétien*, obra que Philippe Outreman (1585-1652) publicó en dos tomos en 1641 y 1645. En el *Diccionario filosófico* Voltaire comenta: «*Le Pédagogue chrétien* es un excelente libro para necios».

[495] En el artículo «Acyndinus» del *Dictionnaire historique et critique* de Bayle encontró Voltaire esta anécdota que explota también en *Cosi-Sancta*, y en el artículo «Adulterio» del *Diccionario filosófico*. Bayle se escandalizaba ante la indulgencia con que san Agustín concluyó sus vacilaciones ante el caso de la esposa de Acindino; la historia, por otra parte, no era como la contaba Voltaire: el rico paga a la esposa con un saco de tierra, y el procónsul, indignado por el abuso, concede al cristiano salvado la parcela de donde se había sacado la tierra. Relacionada con el tema de Acindino que cuenta Voltaire en *Cuestiones sobre la Enciclopedia* está la historia de Abraham y Sara (*Diccionario filosófico*), cuyos adulterios también justificaba san Agustín.

[496] Cita sacada por Voltaire de su propio poema *La Henriade*, canto IV, vv. 456-457: «De este horrendo castillo, palacio de la venganza / que encerró tantas veces la inocencia y el crimen».

[497] El mariscal Louis de Marillac (1573-1632), enemigo político de Richelieu, fue decapitado tras ser descubierta la conjuración de los partidarios de María de Médicis. El cardenal quiso vengar en su cabeza el papel que había desempeñado su hermano Michel, hombre de confianza de la reina.

[498] Probable retrato idealizado de Choiseul, cuyo favor pretende Voltaire en un momento en que estaba a punto de perderlo. Es también el retrato del ministro ideal de guerra. Aunque también podría aludir al duque de Richelieu, antiguo amigo de Voltaire.

[499] Alusión al jesuita Vatebled, del equipo del padre De La Chaise.

[500] Voltaire ha tratado ya el tema del suicidio en *Cándido* (véase el último párrafo del capítulo XIII y la nota 47 de *Cándido*), y con mayor intensidad en el *Diccionario filosófico*, artículos «Catón» y «Suicidio».

[501] *Méditations ou Retraite spirituelle pour un jour de chaque mois*, del padre Croisset (1684, reimpresso frecuentemente), al que Voltaire convierte en objeto de sus ataques en la correspondencia de los años sesenta como símbolo de la beatería necia. De todos modos, comete un ligero anacronismo porque los hechos narrados

ocurren tres años antes. La *Flos Sanctorum, o Libro de la vida de los Santos* (Madrid, 1599), del jesuita español Pedro de Rivadeneira, es, en realidad, un extracto de *La leyenda dorada*, de Jacques de la Voragine, y se había traducido al francés.

^[502] Ayuda concomitante es el tipo de gracia que Dios concede durante las acciones mismas de los hombres para ayudarles a evitar el pecado.

[503] **La princesa de Babilonia / La princesse de Babylone**

Pese a sus setenta y cinco años, la actividad de Voltaire en 1768, fecha de aparición de *La princesa de Babilonia*, es sorprendente: con un mes de diferencia aparece *El hombre de los cuarenta escudos* —que ha escrito, como *La princesa de Babilonia*, en parte al mismo tiempo que *El Ingenuo*—, mientras simultáneamente se entrega a la redacción de ensayos históricos, defensas como la *Relation de la mort du chevalier de la Barre*, etc., y ve atentamente el progreso de las luces por toda Europa, el enfrentamiento de los monarcas borbónicos con el papa, que amenazaba con el anatema a Fernando de Borbón, príncipe reinante de Parma; de estos hechos, el optimista Voltaire espera el nacimiento de varias iglesias nacionales separadas de Roma, con el teísmo por objetivo.

La princesa de Babilonia es un cuento de hadas, con aventuras y maravillas orientales —pintoresquismo, exotismo, animales que hablan y actúan, prodigios de distinto tipo—, mezcladas a la novelización de un viaje filosófico y crítico; la acción salta de una idea a otra, de una anécdota a otra, con la arbitrariedad por única meta, y Ariosto, de quien Voltaire sabía pasajes enteros de memoria, por guía. Ya había experimentado ambas fórmulas: la primera en *Zadig*, la segunda en *Los viajes de Escarmentado* y en el *Elogio histórico de la razón*: prodigios y sorpresas llevan al lector constantemente de episodio en episodio, no sin cargar esas aventuras esquemáticas con el mensaje ideológico. El epílogo, con mención explícita de Larcher como autor del *Supplément à la philosophie de l'histoire*, cuya autoría Voltaire no supo hasta junio de 1767, y algunas alusiones a la actualidad permiten fechar la escritura de la obra entre abril y diciembre de 1767, aunque el arranque del cuento parece emparentar directamente con *Zadig*. Pero el contenido narrativo no se libra de la burla y desmitificación de lo maravilloso, ni pierde de vista los blancos que en otros textos Voltaire atacaba, como la creencia en la prostitución sagrada en Babilonia defendida por el *Supplément* citado de Larcher —y contra la que había arremetido en el panfleto *Defensa de mi tío*; de hecho, las aventuras de los babilonios no son otra cosa que una versión narrativa del capítulo 2 de esa *Defensa*, titulado «Apología de las damas de Babilonia» — en última instancia, ese ataque no era otra cosa que el pretexto para un tema mayor: el rechazo de la historia basada en la tradición que admite las fábulas como documentos, y la defensa de una historia arraigada en la razón; de igual manera, los viajes no son sino un repaso a los avances de la civilización y las luces en territorios de la barbarie, con el elogio de los monarcas ilustrados que dan pasos en esa dirección, y con ventaja para un Oriente mítico que parece ir por delante de Occidente en ese camino hacia las luces. Sin embargo, la fantasía desbordante de los capítulos iniciales termina por ahogarse en la exaltación de déspotas ilustrados como Catalina II de Rusia, en

un párrafo poco afortunado y menos narrativo, con el que Voltaire quiere mostrarse agradecido a la relación personal que mantenía con la soberana.

[504] La edición de París divide la novela en veintiún capítulos, precedidos por un breve sumario. En nuestra traducción figuran bien entre corchetes cuando los principios de capítulos coinciden, bien en nota cuando los de la edición han quedado ahogados en el texto definitivo.

[505] Voltaire inventa el nombre de Belo a partir del babilonio *bel*, que significa «dios». También en el *Ensayo sobre las costumbres* crea una etimología fantástica para Babilonia: «Es la ciudad del Padre Bel. *Bab* significa “padre” en caldeo, como dice d’Herbelot en el prólogo a ese libro. Bel es el nombre del señor. Los orientales nunca la conocieron de otro modo que con el nombre de Babel, la ciudad de Dios, o, según otros, la puerta de Dios».

[506] Véase la nota 4 de *El blanco y el negro* en la pág. 853.

[507] Nombre construido sobre el latín *formosa*, «bella, hermosa», con sufijo — *ante*, propio de la literatura caballeresca y muy frecuente en Ariosto. La Venus Calípiga a la que Formosante es comparada, y que se encuentra en el museo de Nápoles, no es obra de Praxíteles.

[508] Génesis, 10, 9. Nemrod, o Nimrod, fue rey de Babel.

[509] Ciudad que guardaba el paso del Cáucaso, a orillas del mar Caspio. En el idioma persa significaba «desfiladero».

[510] Los griegos dieron el nombre de Hermes Trimegisto al dios lunar Thot, que los egipcios consideraban inventor de las artes y las ciencias, y en el que los griegos vieron al autor de numerosos libros secretos sobre misterios astrológicos, mágicos y alquímicos.

[511] Véase la nota 3 de la *Carta de un turco* en la pág. 818. Voltaire regaló la traducción del *Ezur-Veidam* que le habían traído de Benarés, y que él creía auténtico, a la Biblioteca Real, «donde se mira como el monumento más precioso que posee».

[512] «La mayoría de nuestros viajeros mencionan a un tal Xaca, o Chaca, legislador de estos indios. [...] Cabe sospechar que sea el mismo personaje que los antiguos conocieron con el nombre de Buda», escribe Veyssièrre de La Croce en 1758.

^[513] El unicornio no era para Voltaire un animal fantástico; lo describían no sólo los historiadores griegos y romanos sino también los modernos, que de hecho dan descripciones precisas del rinoceronte, originario de la India. El abate Guyon, por ejemplo, en su *Histoire des Indes orientales, anciennes et modernes* (1744), habla de él como de un animal muy peligroso que los indios doman y utilizan como montura.

^[514] Aquí concluye en la edición de París el primer capítulo y comienza el II con este sumario: «Todos los competidores intentan cumplir el oráculo, sólo uno lo consigue, y no cesa de ser modesto. Pájaro maravilloso que envía a Formosante con un soberbio presente. Quién era ese vencedor. Su partida. Lo que ocasiona».

^[515] Ironía sobre un pasaje bíblico; según los Hechos de los Apóstoles (7, 22), Moisés «fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios».

^[516] El piropo (etimológicamente: que tiene aspecto del fuego) es una variedad del granate también llamada «granate de Bohemia». Voltaire había encontrado en el citado libro del abate Guyon, *Histoire des Indes orientales, anciennes et modernes*, un resumen muy completo de la información, en su mayor parte legendaria, que la época poseía sobre el fénix, según la cual renacía de sus cenizas; esta ave ya aparecía en el *Orlando furioso* de Ariosto. En cuanto al pavo real o pavón, es el pájaro de Venus; había inspirado a La Fontaine una fábula, «El pavón quejándose a Juno». (*Fables*, II, XVII).

^[517] En la edición de París, el sumario del cap. V, que comienza aquí, dice: «El pájaro maravilloso habla a Formosante; le cuenta su historia. Descripción del país de los gangáridas, de donde es su amigo llamado Amazán. Empresa infructuosa de un rey de las Indias sobre esa comarca. Sus riquezas, sus guerras, su religión. Consejos del pájaro de la princesa».

^[518] D'Alembert había escrito en sus *Recherches*, en 1749, sobre la precesión de los equinoccios: adelantamiento del momento del equinoccio debido a un desplazamiento muy lento de la Tierra en el plano de la elíptica.

«Véase el capítulo 9 del Génesis, y los capítulos 3, 18 y 19 del Eclesiastés» (nota de Voltaire), sobre el pacto de Dios con los hombres.

^[519] A este rey legendario anterior al Islam se atribuían 41 fábulas de Esopo, que fueron traducidas al siríaco en el siglo XII y después al árabe.

^[520] En la *Iliada* (IX, 408 y ss.), el caballo de Aquiles predice al héroe su

muerte.

^[521] En la edición de París aquí empieza el capítulo VII con el siguiente sumario: «Formosante rinde los honores fúnebres a su querido pájaro. El rey de Escitia rapta a Aldée. La bella princesa de Babilonia parte hacia Arabia. Mil doscientos hombres se preparan para arrasar Asia».

^[522] Helena, esposa de Menelao, fue raptada primero por Teseo y luego por Paris.

^[523] Cadena montañosa, al norte del Himalaya occidental, que separaba la Escitia de Asia.

^[524] Ciudad a orillas del Helesponto, en Asia Menor, donde adoraban a un dios priápico. Una variante de la frase va más lejos en la burla de ese «santo» a cuya capilla peregrina Formosante: «... adoraron en Lampsaco y que los egipcios llamaron Faló».

^[525] En la edición de París aquí empieza el capítulo VII con el siguiente sumario: «Encuentro desafortunado de Formosante en una posada. Peligro que corre. Estratagema de la que se vale para salir bien librada. Vuelve a Basora con su doncella».

^[526] El itinerario seguido por la princesa corresponde a Babilonia; de Basora pasa por el estrecho de Ormuz a Edén (Adén) y a la Arabia Feliz —así llamada por contraposición a la Arabia Desierta—, que corresponde al actual sur de Arabia, el Yemen y el Hadramaut. Según el Génesis, ahí estuvo ubicado el Paraíso.

^[527] En este párrafo da comienzo el capítulo IX de la edición de París con el siguiente sumario: «Formosante resucita al pájaro maravilloso, y reconoce al fénix. Parte para el país de los gangáridas en un canapé. Manera tan cómoda como rápida en que viaja».

^[528] «El P. Malebranche prueba la resurrección por las orugas que llegan a ser mariposas. Como se ve, esta prueba es tan ligera como las alas de los insectos de los que la toma». (*Diccionario filosófico*, artículo «Resurrección»).

^[529] Según el *Dictionnaire de Trévoux*, esos panecillos de lujo se hacían con sal y levadura de cerveza; recibieron ese nombre por ser muy apreciados por la reina María de Médicis.

[530] Variedad de limones de la Media, que sólo se utilizaban, según el *Dictionnaire de Trévoux*, en confitería.

[531] Vino de mediocre calidad, de los viñedos de ese suburbio del sudoeste parisino, al que la capital francesa aseguraba unas ventas considerables dada la mala situación en que se encontraba, en la época, el transporte del vino. En cambio, Chiraz, ciudad de Irán, era famosa por sus vinos, alfombras y esencia de rosas.

[532] En la edición de París comienza aquí un nuevo capítulo, el X, con este sumario: «Formosante llega al país de los gangáridas, y se apea en el palacio de Amazán. Le sirven una hermosa colación. Visita a la madre de su amado. Conversación que ambas tienen. También interviene un mirlo, y cuenta la historia de sus viajes».

[533] Sagú: substancia que se saca de la pulpa de ciertas palmeras; el sagú blanco es la tapioca.

[534] En la edición de París aquí empezaba el capítulo XI: «Continuación del anterior. Formosante se convence de que su amado es primo suyo. Todos los mirlos son desterrados de las orillas del Ganges. Toma inmediatamente la posta para reunirse con él en China».

[535] La actual Pekín. Kan-balig, en mongol «ciudad real», fue reconstruida tras la conquista mongola, convirtiéndose en residencia del Jan y centro de la Tartaria.

[536] Yung-Ching fue el emperador que expulsó de China a los jesuitas el 10 de enero de 1724; por supuesto, el texto que viene a continuación es apócrifo. Voltaire mezcla sucesos ocurridos en un pasado remoto con hechos contemporáneos, como esa expedición de los jesuitas.

[537] Las disputas más encarnizadas entre los misioneros y los jesuitas en China se centraron en el sentido que había que dar a estas palabras empleadas para designar a Dios, y que Voltaire explica en su *Ensayo sobre las costumbres*: «Dios del universo» y «principio de todas las cosas».

[538] La Tartaria, poco más o menos. En la *Historia del imperio de Rusia bajo Pedro el Grande* dice Voltaire que «los calmucos y los mongoles son aquellos mismos escitas que, guiados por Madies, se apoderaron de la Alta Asia y vencieron al rey de los medos [...], son aquellos que Gengis Jan y sus hijos llevaron luego hasta Alemania, y los que formaron el imperio del Mogol bajo Tamerlán».

^[539] El país de los cimerios es la Rusia de Catalina II, no la de la época del relato. A partir de 1766, Voltaire inicia en su correspondencia y en escritos como éste una campaña de adulación y propaganda en favor de Catalina II de Rusia, cuyo prestigio se había deteriorado bajo el peso de las acusaciones, plenamente justificadas, de haber causado la muerte de «su borracho marido», Pedro III, y del príncipe Iván. Voltaire, en cambio, llega a divinizarla.

^[540] Muy probablemente, Shuvalof, corresponsal de Voltaire e intermediario del filósofo con Catalina II.

^[541] Pedro el Grande, cuya tarea de modernización fue continuada por Catalina II, especialmente la preparación de un código de leyes que estaba dispuesta a someter a la aprobación de los representantes del imperio en 1768.

^[542] Son benévolas las palabras de Voltaire: el ejército ruso que, so pretexto de extender la tolerancia, impuso a Estanislao Poniatowski en el trono de Polonia, preparaba en realidad el reparto de ese país, reparto que tuvo a Rusia, en 1772, como principal beneficiaria. El hecho no dejó de plantear dudas a Voltaire, quien, tras algunas vacilaciones, reanudó la campaña en favor de Catalina, secundado por el resto de los enciclopedistas.

^[543] En *Elogio histórico de la razón* da cuenta Voltaire de los disgustos que al autor le causaron los ditirambos dedicados, en esta y otras páginas, a Federico II y a Catalina de Rusia; señalan el punto culminante de su larga campaña de adulación a los dos monarcas.

^[544] Aquí empieza en la edición de París el capítulo XIV con este sumario: «Amazán pasa a Escandinavia, en Sarmacia. Lo que ve en estas comarcas, así como en Germania. En todas partes da ejemplo de fidelidad».

^[545] El futuro Gustavo III de Suecia; en 1772 acabó con el gobierno, que hasta entonces correspondía al Senado, para instaurar un absolutismo ilustrado.

^[546] Christian VII (1749-1808), rey de Dinamarca, ejercía el poder como soberano absoluto gracias a la ley regia promulgada en 1665 por la Dieta de Copenhague controlada por la burguesía y el clero. Mantuvo relación epistolar con Voltaire, lamentando no poder todavía «devolver la libertad civil a la mayor porción de [sus] súbditos», aunque trabajaba para «devolver la libertad civil a la mayoría de sus súbditos» (febrero de 1767). Pese a ello, Voltaire era optimista, y un año más tarde escribía: «Se dice que el despotismo hace hombres bastante buenos

en Dinamarca, y la libertad mejores en Suecia».

^[547] Estanislao-Augusto Poniatowski (1732-1798), rey electo de Polonia, estaba sometido a los electores de la nobleza («cien mil reyezuelos») en la Dieta de Varsovia; asumió el trono en 1764 y fue expulsado de él en 1795. No es tan halagüeña la opinión de viajeros y corresponsales del propio Voltaire, desde Mme. Geoffrin, que le relató su viaje, diciéndole entre otras cosas que «el rey no se entiende con nadie, y nadie se entiende con él». A través de Federico II Voltaire conocía las intenciones de Catalina de Rusia: llamada por los disidentes, la emperatriz rusa «ha puesto en marcha argumentos provistos de cañones y de bayonetas, para convencer a los obispos polacos de los derechos que esos disidentes pretenden tener». Voltaire alentó incluso a Federico II a sumarse a la campaña, pero el prusiano se excusó.

^[548] Voltaire parece olvidar, de modo significativo, un elogio concreto y nominal de Prusia y su rey, Federico II; se ha interpretado como consecuencia de los sinsabores sufridos durante su última etapa berlinesa (1753), que culmina con su arresto en Francfort cuando abandonaba Prusia por orden de Federico. En cuanto a Alemania, para Voltaire el cierre de los conventos fue una señal de tolerancia.

^[549] El librero más famoso de Amsterdam, Jean-Michel Rey, fue editor de Rousseau y de los principales escritores anticatólicos de la época.

^[550] Italianos y franceses.

^[551] Novelas de Mouhi (1735, continuación del *Paysanne parvenu* de Marivaux) y de Crébillon (*Tansai*, 1734, y *Le Sopha*, 1740, cuentos de hadas libertinos); el último citado es un relato de igual carácter del conde Hamilton (1730).

^[552] Filósofos de distintas épocas: Pitágoras vivió en el siglo VI antes de Cristo, mientras los otros dos en el siglo III después de Cristo. Sólo tenían en común ser vegetarianos. Sobre Porfirio, véase la nota 1 en el *Diálogo del Capón y la Pularda* en la pág. 863.

^[553] El Wittene-Geme, o Wite Nagemot, consejo de los mejores, que asistía a los reyes sajones durante la conquista normanda.

^[554] Comienzo del capítulo XVII en la edición de París, con este sumario: «Un senador de Albión cuenta a Amazán la historia de su mujer. La mujer del milord

da una cita a Amazán, que no responde sino con el respeto. El milord se burla de todo eso, y Amazán vuelve a Batavia».

[555] Juan sin Tierra, durante cuyo reinado Inglaterra había sido dada como feudo al papa.

[556] El papa, así calificado por reinar sobre las siete colinas de Roma.

[557] Los partidarios del príncipe Carlos Eduardo fueron tratados así en 1746, y la alusión de los «asuntos» empieza con Enrique VIII, a principios del siglo XVI.

[558] Alusión a las guerras civiles durante el reinado de Carlos I (1600-1649); los puritanos utilizaron las capas negras, mientras los sacerdotes anglicanos se ponían sobrepellices blancas. Carlos I terminaría siendo decapitado tras esas guerras civiles.

[559] Alusión al parlamento inglés, formado por la Cámara de los lores y la Cámara de los comunes.

[560] A partir de la llamada Revolución Gloriosa de 1688, con el acceso al trono de la dinastía de Hannover.

[561] Los *whigs* y los *tories*.

[562] Desde el siglo XVI, en Venecia había censadas más de diez mil prostitutas sobre una población total de 130.000 habitantes.

[563] *Urbi et orbi* (nota de Voltaire).

[564] «¡San Martín, qué guapo mozo! ¡San Pancracio, qué guapo niño!». Voltaire insiste en la homosexualidad de los prelados romanos. En estos párrafos los cardenales visten de colorado mientras que los obispos lo hacen de morado.

[565] No se trata de los miembros de la Academies de los Ardientes, de Nápoles y de Viterbo (siglo XVII), sino de los miembros de la congregación de san Antonio, que se encargaba de cuidar a los enfermos del «fuego de san Antonio». Para su oficio, en *Las cartas de Amabed*, Voltaire empleará el apelativo de «Cicerón» (*cicerone*).

[566] Alusión a las 101 proposiciones jansenistas condenadas en 1713 por la bula pontificia *Unigenitus* (1713).

[567] El padre Le Tellier, confesor de Luis XIV; la aplicación de la bula tenía que llevar en Francia el consentimiento del rey (sobre Le Tellier, véase la nota 59 a *El hombre de los cuarenta escudos* en las págs. 890-891).

[568] Estaba relativamente reciente el Concilio de Trento que, en el siglo anterior, había decretado el dogma de la infalibilidad papal. En 1767, en carta a Voltaire, Federico II se burlaba de ella.

[569] «Buen regalo», gratificación.

[570] Voltaire utiliza falsas etimologías para mostrar desprecio hacia París; hace derivar el nombre de Lutecia del latín *lutum*, barro, y Parisis de Isis.

[571] «... y las pandillas de ocupados, que de vez en cuando les daban espectáculos donde el fanatismo, los prejuicios y la demencia oprimían la razón y hacían sufrir a la humanidad. Los ociosos ponían el grito en el cielo...» (variante de la edición de París).

[572] Alusión a las condenas por motivos de religión y a la sentencia contra el caballero de La Barre, ejecutado el 1 de julio de 1768 por haber pisado un crucifijo. Voltaire piensa también en la ejecución de Jean Calas, para cuya rehabilitación y defensa escribió el *Tratado de la tolerancia*. «Me enfada ver que en Francia la mitad de la nación es frívola y la otra bárbara. Estos bárbaros son los jansenistas [...]» (carta de Voltaire a d'Argental, 6 de mayo de 1768).

[573] Voltaire se adjudica a sí mismo esta frase en la que el término *frelons* (abejorros) apunta a Fréron.

[574] Alusión al órgano de los jansenistas, *Les Nouvelles ecclésiastiques*, que daba cuenta de todos los milagros hechos por los convulsionarios. Voltaire se horroriza ante la intromisión de las gentes de Iglesia en la vida literaria y de sus privilegios; *Les Nouvelles ecclésiastiques*, clandestina, goza de impunidad, y los jesuitas, expulsados de Francia, siguen escribiendo a la vez que varios obispos y arzobispos continúan decretando pastorales que arremeten contra los filósofos y de manera concreta contra Voltaire.

[575] Los jesuitas, que, tras ver clausurados sus establecimientos en 1764, fueron desterrados de Francia dos años más tarde.

[576] Los doctores de la Sorbona y, por regla general, los jansenistas.

[577] Alusiones, en defensa propia, a Lefranc de Pompignan, o al arzobispo de Auch; éste había lanzado pastorales contra los escritos de Voltaire.

[578] Se trata de Mme. Geoffrin (1699-1777), festejada por Catalina II de Rusia, por Federico de Prusia y por Poniatowski de Polonia, país por el que realizó un viaje triunfal en 1766, que extendió a Rusia; según Beaumarchais, no había extranjero que no pasase por su salón, «pues de otro modo creerían no haber visto nada en Francia».

[579] La Iglesia todavía seguía en guerra contra los espectáculos, especialmente los teatrales, y excomulgando a los actores.

[580] Voltaire juega con las palabras *opera* y *affaire*, aprovechando la sinonimia de ésta; *affaire*, según el *Dictionnaire de Trévoux*, también significa a veces «lo mismo que intriga amorosa. Se dice que un hombre tiene un asunto [*affaire*] con una mujer, o una mujer con un hombre, para decir que tienen trato juntos, igual que el latín *res*».

[581] Inicio del capítulo XX en la edición de París, con este sumario: «Formosante, desesperada por lo que ha visto, abandona las Galias, aunque querría seguir en ellas. Amazán, inconsolable por su infidelidad, corre tras Formosante».

[582] Alusión a la casa de la Virgen, que, según una leyenda medieval, fue llevada por ángeles desde Nazaret (Palestina) a Dalmacia, y luego a Lorette, en la provincia de Ancona.

El primer vuelo en globo tuvo lugar en 1785.

[583] En Roma, el término «silenciarío» designaba a los oficiales que obligaban a los esclavos a permanecer en silencio. Posteriormente se dijo de los miembros de órdenes religiosas que, como los cartujos por ejemplo, observaban la regla del silencio.

[584] Inquisidores, quemadores de hombres, Voltaire forma irónicamente *antropókayos* sobre «antropófago», con *anqrwpoi*, «hombre», y el verbo *kaiw*, «quemar»; el término «palestino» hace referencia a los judíos.

[585] Un viajero francés de la época, Tavernier, dice en su libro *Six voyages*: «Por lo que se refiere al oro, la plata y las joyas, no se ponen por escrito, nunca más se vuelven a ver, y se lo queda la Inquisición para las costas del proceso».

^[586] Hijo de Jafet, según el Génesis (10, 2), que personificaba para los hebreos a los enemigos de Israel.

^[587] El sambenito.

^[588] Carlos III (1716-1788, rey en 1759), que, aconsejado por su ministro Aranda —con quien Voltaire mantenía correspondencia—, había expulsado a los jesuitas en 1767, frenado la Inquisición, y trataba de modernizar la legislación española.

^[589] Aquí empieza en la edición de París el capítulo XXII, resumido así: «Los dos amantes toman la decisión de regresar a Babilonia. El rey de la Bética les da tropas para que los acompañen. Llegan a Tiro y pasan a Egipto. El rey de Etiopía da fiestas en su honor y se enamora de Formosante. Amazán castiga a este soberano y se casa con Formosante en Babilonia».

^[590] Voltaire se burla, a partir del episodio de Dido, reina de Cartago, novelado en la *Eneida* (I-IX), de la forma de enseñar la historia antigua, apuntando en concreto contra Charles Rollin (1661-1741), autor de una *Histoire ancienne* (1731-1738), de carácter pedagógico, y de un *Traité des Études*, sobre el que ironizará Voltaire en *El hombre de los cuarenta escudos* (véase la nota 4 de *Micromegas* en la pág. 805).

^[591] Es decir, Túnez, Libia y Egipto.

^[592] Ciudad y puerto situados en las bocas del Nilo.

^[593] En 1768 ya se habían editado tres continuaciones apócrifas de *Cándido*.

^[594] El capuchino Maubert de Gouvest había publicado en Glasgow (1756) una edición «aumentada» de la obra de Voltaire *La Pucelle*.

^[595] Los párrafos a partir de este punto fueron suprimidos por la edición de París de 1768, que Voltaire desaconsejó.

^[596] El abate François-Marie Coger protagonizó una larga polémica entre intelectuales con su *Examen du Bélisaire de M. Marmontel* (1767), libelo en el que, por supuesto, no criticaba a Belisario y Justiniano, sino los ataques de Marmontel contra el cristianismo. La correspondencia de Voltaire con Marmontel, con d'Alembert y otras figuras del enciclopedismo, e incluso con el propio Coger, ponen de manifiesto su furia en la tarea de defender la obra de su amigo (sobre

Coger, véanse las notas 55 de *El hombre de los cuarenta escudos*, y 8 de *Aventura de la memoria* en las págs. 890 y 910, respectivamente).

^[597] Pierre-Henri Larcher, helenista y profesor de la Sorbona (véase la nota 57 de *El hombre de los cuarenta escudos* en la pág. 890), había afirmado la existencia de la prostitución sagrada en la Antigüedad, hecho que Voltaire se negó siempre a creer; son varios los textos en que vuelve sobre el tema de esa polémica, especialmente en *La defensa de mi tío* (cf. *Mélanges*, ed. cit., págs. 1.145-1.213, y sobre todo el capítulo II, págs. 1.149-1.152). La acusación de pederasta contra Larcher carece de fundamento.

^[598] Larcher trató de explicar un pasaje del Génesis en el que se cuenta que Sara, a los setenta y cinco años, sedujo al rey de Egipto, y para ello se remitió a los amores de una anciana Ninon de Lenclos con el abate Gédoyne; Voltaire le corrigió: Ninon sólo tenía sesenta años, y el abate era el de Châteauneuf.

^[599] Élie Fréron (1718-1776) fue crítico riguroso de los filósofos y uno de los impulsores de todas las formas de la cultura moderna. Su severidad con los enciclopedistas le valieron convertirse en la bestia negra de Voltaire, que le dedicó injurias y burlas en modo alguno merecidas; aquí, por ejemplo, Voltaire utiliza la perfidia y la calumnia situándolo en la cárcel de Bicêtre, adonde iban a parar los malhechores reincidentes; sólo había estado en la Bastilla, prisión de delitos menos graves, por unas *Lettres à la Comtesse* (1745-1746), muy críticas y con análisis muy rigurosos sobre la literatura y el movimiento de ideas de la época, donde se muestra particularmente abierto a las literaturas extranjeras.

^[600] Comedia de Voltaire contra Fréron (Fréron se llama su protagonista). Según la mayoría de los contemporáneos, *La escocesa* sería una comedia más atroz que honesta.

^[601] Pierre-François Guyot Desfontaines (1685-1745) era un antiguo jesuita, redactor del *Journal des Savants* que, acusado de sodomía, fue a la cárcel; se libró de galeras por influencia de Voltaire, quien no obstante siguió atacándole. Lo califica de padre de Fréron porque éste había hecho sus inicios de periodista en una revista de Desfontaines, *Observations sur les ouvrages des modernes*.

^[602] Voltaire califica de convulsionarios a dos jansenistas, al abate Bécherand y a Abraham Chaumeix (1730?-1790), autor este último de unos *Préjugés légitimes* contra la *Enciclopedia*. El abate había sido uno de los primeros convulsionarios, y ambos escribían en *Les Nouvelles ecclésiastiques*. Sobre Chaumeix véase *El pobre*

diablo, nota 1 en las págs. 844-845).

[603] Riballier, síndico de la Sorbona, había presentado a los teólogos la denuncia contra el *Bélisaire* de Marmontel.

[604] **El hombre de los cuarenta escudos / L'Homme aux quarante écus**

A principios de 1768, en el momento en que triunfan las teorías de la fisiocracia y los fisiócratas se convertían en asesores de gobiernos (por ejemplo, Le Mercier de la Rivière era llamado por Catalina de Rusia), se difunde en Francia un libro publicado por Voltaire en noviembre de 1767 en Ginebra, *El hombre de los cuarenta escudos*; este extraño cuento —nuevo popurrí de temas que merece a Voltaire el título de «rapsodia»— tuvo numerosas ediciones clandestinas debido a su éxito, y el honor de ser condenado por el parlamento y tres años más tarde ser incluido en el *Índice* y llevado a la hoguera el 29 de noviembre de 1771. Acompañó en el olvido a las teorías fisiócratas que, aparentemente, constituyen su centro.

Cuando Voltaire leyó en *L'Ordre essentiel et naturel des sociétés politiques* de Le Mercier que la fiscalidad del reino debía apuntar exclusivamente a la tierra, que era la riqueza fundamental del Estado, la felicidad del «huerto» que cultivaba el filósofo se venía abajo; y no sólo del huerto como metáfora, sino de las tierras reales que Voltaire cultivaba en Ferney; a pesar de la hostilidad que muestra hacia la fisiocracia, Voltaire no dudó en apoyar el ministerio Turgot, basado en ellas. Pero si los quince primeros capítulos resultan eco de las quejas de los agricultores —lo cual no es óbice para que Voltaire comparta con los fisiócratas su teoría del déspota ilustrado, salvo en algunos puntos, como que el poder legislativo y ejecutivo, es decir, el rey, sea por derecho divino propietario de todas las tierras del país—, las disquisiciones filosóficas derivan luego hacia otros frentes con abundantes detalles menudos de la vida cotidiana del pueblo llano: contra las teorías de Benoît de Maillet sobre la transformación de las especies acuáticas en especies terrestres; contra las experiencias sobre la generación espontánea; contra Maupertuis de nuevo y la búsqueda de un lugar donde se ubica el alma; contra teorías extravagantes sobre la generación, los licores seminales, los homúnculos, la concepción por atracción. Pasa luego al desarrollo de denuncias y burlas: las rentas de los beneficios eclesiásticos vacantes, que terminan yendo a parar al Vaticano; la improductividad del clero, perezoso y responsable, junto con el gobierno, de una injusticia que afecta a todo el país: la pobreza; el diezmo evangélicamente debido al clero; el lujo en que vive la aristocracia; la ruina que supone la guerra; la desproporción de los delitos y las penas; el placer y la sífilis que, procedente de un regimiento en guarnición, infecta todo el cantón donde vive el protagonista.

Cuando el ahora ya «señor André», el hombre de la calle, que con sus cuarenta escudos de renta no entendía nada y no podía sino malvivir, se vuelva rico por azares del destino, se convertirá en lector, en «ilustrado», para terminar siendo apóstol de la tolerancia.

La rara estructura de *El hombre de los cuarenta escudos* responde a una reunión de secuencias, de escenas en las que vemos al protagonista desorientado y angustiado por el impuesto que generan su tierra y su trabajo, o entregado a charlas familiares, o, casado y padre, en busca de respuestas a su «ignorancia», que es la del sentido común; o, por último, convertido, gracias al dinero, en un «hombre social» que da cenas en París a personajes que pueden «instruirle», y que pone sobre la mesa asuntos tan alejados del arranque como la formación de las montañas o los delitos y las penas. Estas intenciones del autor son las que proporcionan su rareza a este cuento, a esta «rapsodia» que mezcla, en un juego de espejos que se reflejan y se explican, anécdotas y diálogo filosófico.

^[605] Boileau, *L'Art poétique*, III, vv. 386 y 389: *La Vieillesse [...] toujours plaint le présent et vante le passé.*

^[606] Juego de palabras entre «hotel» y *Hôtel de la ville*, con que el francés designa el edificio de los Ayuntamientos. Frente a este ataque a los gastos que entrañan los Estados, Voltaire elogia a Enrique IV, que para el siglo XVIII encarnaba la figura del monarca ideal, como nuestro autor demostró dedicándole su largo poema, *La Enríada* (1722).

^[607] Alusión a las guerras de religión; la Liga —conocida en España como Santa Liga— era la coalición católica que pretendía situar en el trono francés a un rey católico; el monarca español y el papado apoyaban a los católicos intransigentes, dirigidos por el duque de Guise, candidato para sustituir a Enrique III.

^[608] «Mme. de Maintenon, que era mujer muy entendida en todo menos en lo que consultaba al intrigante y pleitista abate Gobelin, confesor suyo; Mme. de Maintenon, digo, hace la cuenta, en una de sus cartas, del gasto doméstico de su hermano y su esposa en 1680. Marido y mujer debían pagar el alquiler de una casa agradable; sus criados eran diez; tenían cuatro caballos y dos cocheros, y una buena comida diaria. Mme. de Maintenon estima el total en nueve mil francos al año, y pone tres mil para el juego, espectáculos, caprichos y magnificencias del señor y la señora.

»Ahora se necesitarían cerca de cuarenta mil libras para llevar esa vida en París; en tiempos de Enrique IV sólo se habrían necesitado seis mil. Este ejemplo prueba sobradamente que el buen viejo no chocheaba en absoluto». (Nota de Voltaire).

^[609] Voltaire cita de manera aproximada *L'Ordre essentiel et naturel des sociétés politiques*, de Le Mercier, deduciendo de la noción de «copropiedad» otorgada al soberano la idea de un pago equivalente a la mitad de la renta (véase *infra*, nota 23, pág. 887).

^[610] Sextario: Antigua medida de capacidad para áridos y líquidos, equivalente, poco más o menos, a medio litro.

^[611] Las cifras son plausibles de acuerdo con la fiscalidad de las rentas del siglo.

^[612] Juego de naipes parecido al monte.

^[613] Los editores de Kehl identifican como aludido a Antoine Deparcieux (1703-1768), «excelente ciudadano que tenía talento para la mecánica practica», autor de un *Essai sur la probabilité de la vie humaine* (1741) y de tres memorias, entre ellas una para llevar a París el agua del río Yvette.

^[614] «Está demostrado por los memoriales de los intendentes, redactados a finales del siglo XVII, combinados con el censo por hogares, hecho en 1753 por orden del señor conde d'Argenson, y sobre todo con la obra exactísima de M. de Messance, hecha en presencia del señor intendente de La Michaudière, uno de los hombres más ilustrados» (nota de Voltaire).

La obra citada es *Recherches sur la population des généralités d'Auvergne, de Lyon, de Rouen et de quelques provinces et villes du royaume* (1766), del señor de Messance, una de las primeras investigaciones estadísticas hechas sobre el terreno.

^[615] Voltaire cita tres batallas recientes (1745, 1747 y 1744). Sobre el padre La Valette, cf. en *Popurrí*, nota 48 en la pág. 860.

^[616] Los jesuitas Louis Patouillet (1699-1779) y Claude-Adrien Nonnotte (1711-1793) fueron destinatarios frecuentes de los ataques de Voltaire. El segundo publicó *Erreurs de Voltaire*, al que el filósofo respondió con sarcasmos. El primero, que colaboró en los escritos del arzobispo Christophe de Beaumont, se enfrentó al parlamento de París, que en 1756 terminó por exiliarlo de la capital.

^[617] Maximilien de Béthune, duque de Sully (1559-1641), fue el verdadero administrador de la hacienda francesa durante el reinado de Enrique IV. Protector decidido de la agricultura, construyó caminos, canales y puentes y dotó a Francia de una excelente artillería.

^[618] En 1755 se elevó el número de *fermiers generales* (recaudadores del Estado) a sesenta.

^[619] Los defraudadores podían ser ajusticiados en la horca («en el aire») o mediante decapitación («sobre un pequeño tablado»).

^[620] Horacio, *Epístolas*, I, II, 16: «Se cometen faltas tanto dentro como fuera de los muros de Troya».

^[621] El geómetra mezcla dos versos en éste: Horacio, *Sátiras*, I, II, 16: «Se necesita medida en las cosas», y Fedro, *Fábulas*, II, 5: «Cuida de que nada en exceso».

^[622] Las compañías de mosqueteros (jinetes de la casa del rey y tropa de élite) se distinguían por el color del enjaezamiento de sus caballos: negros, grises, etc.

^[623] Por el derecho de *main morte* los señores podían heredar de sus súbditos, jurídicamente *mainmortables*; todo lo que poseían en la hora de su muerte volvía en ciertos casos a manos de su señor. De hecho, Voltaire ataca, por vía de estos intermediarios, al poder central.

^[624] «Me hice explicar estas palabras por un sabio de cuarenta escudos; me alegraron» (nota de Voltaire).

La frase latina parodia el Evangelio de Mateo, 23, 21-23: «Bien, esclavo bueno y fiel; fuiste fiel en poco, te pondré al frente de mucho».

^[625] «Un caso más o menos igual ha ocurrido en la provincia donde vivo, y el inspector de la Corona ha sido obligado a restituir; pero no ha sido castigado» (nota de Voltaire).

^[626] Quienes proponían ideas (los *donneurs d'avis*), si sus planes eran aceptados, tenían derecho a recompensa.

^[627] Pierre-Paul Le Mercier de La Rivière (1719-post. 1792), economista que desempeñó el cargo de intendente de la Martinica, fue autor del ensayo *L'Ordre*

essentiel et naturel des sociétés politiques.

^[628] Obra de Jean-Baptiste Naveau (1716-1762), publicada en dos volúmenes en 1757.

^[629] El «testamento» (por este término el siglo XVIII entiende «recopilación de reflexiones políticas y morales») apócrifo de Colbert fue publicado, en efecto, por Gatien de Courtils (1644-1712), novelista histórico.

^[630] Pese a lo que Voltaire afirma, Vauban sí fue autor del *Projet de dîme royale* (1707); en cuanto al «testamento» de Richelieu, no parece que la autoría que Voltaire adjudica a Bourzeïs esté fundada.

^[631] Estos «testamentos» de Alberoni y de Belle-Isle sí son apócrifos.

^[632] Tanto en Francia como en Inglaterra se investigaba en la época la mejor manera de labrar y sembrar la tierra; el sistema de siembra por tablares procedía de Inglaterra, y en su correspondencia Voltaire alude a un vecino suyo que, tras cambiar de sembrado y hacerlo por tablas, resultó arruinado y tuvo que pedir dinero al filósofo.

^[633] Antoine Boudet era el librero que editaba ese *Journal économique*. En 1765 sus páginas acogieron una polémica en la que se negaba la naturalidad del color cobrizo de los indios defendida por Voltaire.

^[634] Rabelais, *Cuarto libro*, cap. XLVI.

^[635] Triptólemo era hijo de Céleo, rey de Eleusis; se le debe la introducción de los misterios de esa ciudad; cuando Deméter (Ceres, en la mitología romana) llegó a Eleusis buscando a su hija Perséfone, fue tan bien acogida que, en señal de agradecimiento, dio a Triptólemo un carro tirado por dragones y unas espigas de trigo, encomendándole que recorriese el mundo enseñando la agricultura.

^[636] El cónsul francés en Candía en el siglo XVIII, Benoît de Maillet (1656-1738), publicó póstuma una obra titulada con el anagrama de su nombre: *Telliamed ou Entretiens d'un philosophe indien avec un missionnaire français* (1748); abordaba en ella «la disminución del mar, la formación de la tierra, el origen del hombre, etc.». Ni en *Cándido* (cap. XXI) ni en el resto de sus escritos admitió Voltaire que el mar haya recubierto la Tierra en sus orígenes, tesis defendida en su tiempo, entre otros, por Buffon. En *Telliamed* no se dice expresamente que el hombre descienda del pez.

^[637] Con Saint-Maurice, Voltaire alude a las conchas que llevaban los peregrinos. Las ideas de Voltaire en este punto se oponen a la ciencia de su tiempo y a lo que luego ha demostrado.

^[638] El abate John Turberville Needham (1713-1781), aquí aludido, al que Voltaire suele llamar el «Anguillard» (neologismo derivado de *anguille*, «anguila»), no era jesuita; a partir de sus observaciones microscópicas elaboró toda una metafísica que, pese a los ataques de Voltaire, contaba con la aprobación de Diderot, mejor hombre de ciencia que el autor de *Cándido*.

^[639] Faccio de Duiller (1664-1753), geómetra y físico italiano, realizó numerosos descubrimientos en las ciencias aplicadas, pero en la primera década del siglo XVII se orientó hacia la química y la cábala, viajando incluso a Asia para convertir el mundo a sus ideas.

^[640] Voltaire mezcla en tono burlón conceptos procedentes de Leibniz y Descartes.

^[641] Alusión a Maupertuis, frecuente blanco de los ataques de Voltaire; había viajado en misión científica a Laponia, de donde se había traído dos mujeres de esa raza (véase *Micromegas*, notas 12 y 13 en las págs. 806-807). Las *Cartas* del científico acababan de ser reeditadas, y, aunque algunas de sus propuestas podían parecer extravagantes, en ellas adelanta conocimientos científicos hoy reconocidos.

^[642] Voltaire se refiere a su *Diatriba del doctor Akakia* (1752).

^[643] Entre los tópicos que Voltaire repite una y otra vez figura el de los problemas de la generación, tema de enconadas polémicas en el siglo. La posición del filósofo, que mezcla el escepticismo libertino y la fe deísta, es científicamente retrógrada.

^[644] *De sancto matrimonio* (1602), del jesuita español Tomás Sánchez (1550-1610); sus ideas, muy en boga en los países que, como España, siguieron las directrices del Concilio de Trento, eran motivo de burla en el resto de Europa.

^[645] «Si la Virgen María emitió semilla en la copulación con el Espíritu Santo».

^[646] El médico inglés William Harvey (1578-1657) había expuesto en las *Exercitationes de generatione animalium* su teoría del ovismo, resumida en la fórmula *Ex ovo omnia*, que el propio Voltaire traduce en una carta: «Todo viene de un

huevo».

[647] *Natura est sibi semper consona*, fórmula de Newton, a la que Voltaire dedicó el capítulo XXXVI de *El filósofo ignorante*.

[648] Leuwenhœk y Hartsoeker, descubridor el primero y estudioso el segundo de los espermatozoides. Véase supra, nota 14, de *Micromegas*, en la pág. 807.

[649] Nicolas Andry de Boisregard (1658-1742), médico francés que describió los gusanos intestinales.

[650] En su *Venus physique* (1745), Maupertuis abordaba el problema «de las razas humanas y de las variaciones hereditarias», defendiendo, frente a la preexistencia de los gérmenes, la epigénesis, y tratando de explicar el problema mediante las afinidades y la atracción. El sarcasmo de Voltaire está fuera de lugar frente a la audacia y el acierto de la propuesta.

[651] «¡Insensato! Lo que tú siembras, si no muere, no vuelve a la vida», escribe san Pablo a los Corintios (I, 15, 36).

[652] «Gentes reunidas sin conocerse [...], que viven juntas sin amarse, que se dejan sin echarse de menos [...], que se traicionan por caridad y se entierran cantando», escribe el novelista Robert Challe —autor, entre otros títulos, de una continuación del *Quijote*—, en su *Journal de voyage* (1690-1691).

[653] Juego de palabras: en francés, *se sauver*, además de «salvarse», significa «escapar, huir».

[654] Haciendo bien la cuenta serían ciento ochenta mil. Los editores de Kehl rechazan además el argumento de Voltaire invocando la «cantidad de las subsistencias» para justificar «el número de hombres».

[655] *L'Ami des hommes ou Traité de la population*, del marqués de Mirabeau (1715-1789); pero a partir de la publicación de ese libro (1756-1758, 4 vols.), Mirabeau se convirtió en ardiente propagandista de la doctrina fisiocrática.

[656] «El jesuita Sanadon puso *adsunt* en vez de *adflect*. Un partidario de Horacio pretende que por esta razón se expulsó a los jesuitas» (nota de Voltaire).

«Así como ríen con los que ríen, así los rostros humanos se unen a los que lloran». Pese a la sugerencia de Voltaire, la versión de Sanadon es, por lo general,

la adoptada entre los latinistas actuales.

^[657] Es la *anata*, que ya ha aparecido en *Popurrí* (véase nota 64, en la pág. 861).

^[658] Voltaire traspone a países exóticos un acontecimiento francés: las condenas del caballero de La Barre, del señor Moïsnel y de Étallonde (1766). La Barre, joven de diecinueve años, fue la última persona condenada en Francia a la pena de muerte por blasfemia, por no haberse quitado el sombrero ni haberse puesto de rodillas al paso de la procesión de San Pedro junto a otros dos jóvenes, el señor de Moïsnel (de quince años) y Étallonde, que consiguió huir y enrolarse en el ejército prusiano. A este último, principal autor de los hechos de que se acusó a los tres, Federico II —a él alude la expresión «el emperador de la China»— terminó admitiéndolo a su servicio a petición de Voltaire, cuyo *Diccionario filosófico* fue encontrado en el cuarto de La Barre cuando se registró su casa. Al enterarse de los hechos, y tras los casos recientes de los Calas (origen de su *Tratado sobre la tolerancia*) y los Sirven, Voltaire hizo campaña a favor de los condenados en la *Relación de la muerte del caballero de La Barre* (1766), solicitando cuando menos que fueran rehabilitados; sólo se consiguió en 1793, con la Convención.

^[659] Blancos habituales de los ataques de Voltaire; si de los jesuitas Nonnotte y Patouillet ya se ha hablado antes (véase *supra*, nota 12), los otros incurrieron en su odio por distintos motivos; el abate Guyon (1699-1775) por su libro *Oracle des nouveaux philosophes* (1759-1760); el abate François-Marie Coger, rector de la Universidad de París, a quien también ataca Voltaire en *El Ingenuo* y en *La princesa de Babilonia*, por sus críticas a los filósofos en el *Examen de Bélisaire de M. Marmontel* (1767), y el predicante —término con el que se designaba a los pastores protestantes— La Beaumelle (1726-1773), que se había convertido al protestantismo y había criticado vigorosamente *El siglo de Luis XIV* y *La Enríada* de Voltaire en sus *Notes sur le siècle de Louis XIV*.

^[660] Élie Catherine Fréron (1719-1776) fue, probablemente, el más enconado paladín de la lucha antifilosófica, autor de numerosos escritos contra todos sus defensores y, en especial, contra Voltaire, con quien, pese a todo, mantuvo una tregua hasta 1754, fecha en que asume la dirección del periódico *L'Année littéraire*; desde sus páginas defendió el valor de la crítica periodística, que para Voltaire era un trabajo inferior. Los ataques más furibundos de Voltaire contra él figuran en una obra de teatro, *La escocesa* (1760), y en las *Anécdotas sobre Fréron*. Sobre Fréron véanse sobre todo las notas 6 a *El pobre diablo*, 82 de *Cándido* y 96 de *La princesa de Babilonia*, en las págs. 845, 837 y 883, respectivamente.

^[661] El helenista Pierre-Henri Larcher (1726-1812) polemizó con Voltaire sobre los errores de éste en su libro *La filosofía de la Historia*, recogiendo sus observaciones en el *Supplément à la philosophie de l'histoire* (1767). Uno de los puntos de esa querrela concernía a la prostitución sagrada de las damas nobles de Babilonia.

^[662] La enemistad del autor de *Cándido* hacia Rousseau fue constante a lo largo de toda su vida; Voltaire terminaría por considerarlo un loco peligroso en *El sentimiento de los ciudadanos* (1764), donde, entre otras denuncias, saca a la luz el abandono en que el autor del *Emilio* dejaba a sus hijos, llevados a la inclusa nada más nacer. El resumen que da en estas líneas de la vida de Rousseau es formalmente exacto: la obra teatral aludida, *Narcisse ou l'Amant de lui-même*, fue silbada en la única representación que tuvo, en diciembre de 1752; en la *Carta a d'Alembert sobre los espectáculos*, Rousseau atacó con severidad el teatro, que estaba muy alejado de su concepto de fiesta popular. Las novelas apuntadas son *La nueva Eloísa* y el *Emilio*.

^[663] El jesuita portugués Gabriel Malagrida (1689-1761) fue quemado vivo en la hoguera con otros sesenta miembros de su Orden tras un atentado contra el rey portugués; la condena se basó en las extravagancias de algunos de sus libros y se le acusó de haberlo preparado. Los jesuitas ingleses Henri Garnet (1555-1605) y Edward Oldcorne (1561-1605) fueron ejecutados en Londres tras la conspiración de las pólvoras, organizada por católicos fanáticos contra Jacobo I de Inglaterra; recibió ese nombre porque debían estallar treinta y seis barriles de pólvora en la parte inferior de la sala del parlamento donde el monarca tenía que tomar la palabra. En 1595 fue quemado en la hoguera Jean Guignard, jesuita, lo mismo que Jean Guéret, enviado al exilio tras el atentado de Jean Châtel contra Enrique VI. En cuanto al jesuita Michel Le Tellier (1643-1719), confesor de Luis XIV, que colaboró en la revocación del edicto de Nantes y en la destrucción de Port-Royal, se le consideraba inspirador de la dureza e intolerancia de los últimos años del reinado de ese monarca. Véase la nota 17 a *Relación de la enfermedad, confesión, muerte y aparición del jesuita Berthier* en las págs. 843-844.

^[664] Esos tormentos los sufrió Jean Calas en plaza pública; la tortura ordinaria de la rueda consistía en ser roto en vivo mediante un sistema de poleas que tiraban de los cuatro miembros; el tormento extraordinario unía a ése la ingestión forzosa de gran cantidad de agua; acto seguido, Calas fue estrangulado y luego quemado en la hoguera, porque «verosíblemente» era autor de la muerte de su propio hijo, Marc-Antoine Calas.

^[665] El caso de la familia Calas, cuyo padre terminó en la hoguera, tras sufrir

tormento lo mismo que su mujer y su hijo, daría lugar al *Tratado sobre la tolerancia*; Voltaire no logró impedir la muerte de Jean Calas, aunque sí su rehabilitación y un edicto de Luis XVI proclamando la tolerancia para los súbditos no católicos. (Véase nuestro prólogo a la edición de ese título, ed. cit).

^[666] La segunda de las hijas de Pierre Paul Sirven, nacido en 1709, que educaba a sus descendientes en el protestantismo, fue raptada en 1760, con veintitrés años, por orden del obispo católico, y colocada en el convento de las Damas Negras de Castres para que abjurase de su religión. Separada de sus padres, y después de siete meses negándose a convertirse, fue devuelta a su casa en un estado de profunda angustia moral y psicológica próxima a la locura. La joven desapareció y fue encontrada ahogada en un pozo a finales de 1761. Su padre fue acusado de maltratarla para impedir que se convirtiese y de haberle dado muerte. Sabedores de lo que les había ocurrido a los Calas, los Sirven huyeron a Suiza mientras eran condenados a la horca en efigie por un juez de Mazamet. Voltaire consiguió que el parlamento de Toulouse los absolviese en 1771.

^[667] Joseph-Michel-Antoine Servan (1737-1807), magistrado reformador, cuyo *Discours sur l'administration de la justice criminelle* (1767) le valió los elogios de Voltaire y de Buffon.

^[668] Término inglés que significa «galos», empleado a menudo por Voltaire para referirse a los franceses.

^[669] Marc-Michel Rey (muerto en 1780), impresor y librero francés, editaba en Amsterdam buena parte de los libros prohibidos, que se vendían en París con pie de imprenta de Londres.

^[670] La ciudad francesa de Valence fue sede de uno de los tribunales especiales, de gran severidad, creados hacia 1730 para resolver asuntos fiscales.

^[671] De hecho, en *Cándido* el alemán es el enfermo, y son sus cuidadores holandeses los que tienen la mano pesada.

^[672] En francés, *vérole*, palabra con la que se denomina la sífilis, tiene una hermana «pequeña»: la *petite* [pequeña] *vérole*, que significa viruela.

^[673] Enrique III (1551-1589) fue elegido rey de Polonia en 1573, un año antes de acceder al trono francés a la muerte de su hermano Carlos IX. Llevó una política de persecución de protestantes, y se le supuso implicado de manera activa en la matanza de la San Bartolomé; hizo asesinar al duque de Guise y a su hermano el

cardenal Luis de Lorena, principales figuras de la Liga católica intransigente, en diciembre de 1588. Cuando se disponía a sitiar París apoyado por su cuñado Enrique de Navarra, fue asesinado por el dominico Jacques Clément (1567?-1589).

^[674] De hecho, en 1496, según el calendario «viejo» de la época (véase la nota 12 de *Micromegas*, en la pág. 806).

^[675] Capítulo IV.

^[676] Nombre que Voltaire da a Melik el Saleh (1205-1250), sultán de Egipto, Siria y Mesopotamia, que recuperó Damasco, Jerusalén y las plazas fuertes de la Costa. Tuvo que enfrentarse a 50.000 cruzados mandados por Luis IX; aunque el sultán murió en 1250, el cuerpo de los mamelucos, que él había reorganizado, terminaría derrotando a los cruzados en Fareksur ese mismo año.

^[677] Sobre esta burla de Rollin, véase *Micromegas*, nota 4, en la pág. 805.

^[678] En la *Historia de Jenni* Voltaire volverá sobre esta idea; véase pág. 742.

^[679] El emperador Marco Aurelio Antonino, autor de las célebres *Meditaciones*.

^[680] La herejía de los carpocracianos intentaba hacer una síntesis entre paganismo y cristianismo; los álogos rechazaban la doctrina del Verbo (*logos*) y negaban la autenticidad del Evangelio de Juan.

^[681] La querrela de ursulinas y anunciadas parece ser una simple broma. Más adelante es reconocible una alusión a las ciento una proposiciones condenadas por la bula *Unigenitus*, y, por último, otra a los billetes de confesión del arzobispo de París Christophe de Beaumont (véase *supra*, *Cándido*, nota 77 en la pág. 836).

^[682] En 1708 Génova estuvo a punto de vender la isla de Córcega a Francia.

^[683] En Ginebra, la guerra civil había enfrentado al Pequeño Consejo, órgano de gobierno de carácter aristocrático, con los representados del partido popular. Aquellos recibían el nombre de *negativos* ya que abogaban por el ejercicio de su derecho de veto a las propuestas de los populares.

^[684] Jansenistas y jesuitas.

^[685] Alusión al *Dictionnaire antiphilosophique pour servir de commentaire et de*

correctif au Dictionnaire philosophique (1767), del abate Mayeul-Chaudon.

[686] Una nota de los editores de Kehl asegura que esa expulsión no es rigurosamente exacta.

[687] El jesuita y panfletario François Garasse (1585-1631) se distinguió por la violencia de su lenguaje, hasta el punto de que Voltaire utiliza su apellido para calificar a los adversarios de la *Enciclopedia*. Sobre Guignard, véase anteriormente (págs. 890-891, nota 59). Jean Boucher, párroco de Saint-Benoît, se enfrentó a la entrada de Enrique IV en París con obras que fueron quemadas en la hoguera. Christophe Aubry, párroco de Saint-André des Arcs, merece a Voltaire el calificativo de «uno de los más furiosos» partidarios de la Liga, a la que también perteneció Jean Guincestre, o Wincestre, cura de Saint-Gervais, al que Voltaire asocia en otros textos a la San Bartolomé.

[688] Dos alquimistas que ponían en duda ciertas proposiciones de Aristóteles fueron condenados por el parlamento de París en 1624.

[689] Este viaje de la Razón repite el de otro breve cuento de Voltaire, *Elogio histórico de la razón*.

[690] La Congregación del *Índice*, encargada de condenar las obras contrarias a la fe, se había fundado en 1563.

[691] Las alusiones apuntan a Thomas Gordon, escritor y político nacido en Irlanda (1684-1750); a John Trenchard (1669-1723), escritor y publicista inglés, colaborador del anterior, sobre todo en una *Historia natural de la superstición* (1767), traducida a francés por Holbach. El conde de Shaftesbury (1671-1743), filósofo deísta anticristiano, fue discípulo de Locke.

[692] Desde 1763, Voltaire usa a menudo esta metáfora para designar a jesuitas y a jansenistas.

[693] Sobre la licuefacción de la sangre de san Javier, de san Juan Bautista y de san Esteban en Nápoles, en el mismo día del año, ironiza en tono burlón Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbres* (CLXXXIII).

[694] La corte de Nápoles pagaba al papa un tributo de siete mil escudos, que enviaba colgados al cuello de una hacanea.

[695] Isaac Pinto (1715-1787), moralista judío de origen portugués nacido en

Amsterdam, dedicó parte de su fortuna a obras de beneficencia.

^[696] Dimitri Mijailovich, príncipe Galitzin (o Golitsin), embajador ruso en Viena desde 1765.

^[697] En *La Guerra civil de Ginebra* Voltaire afirma que Rotalier es un exjesuita llamado Prost, implicado en la bancarrota del padre La Valette, retirado a Dole con ese nuevo nombre.

^[698] «¿Cómo está tan poco poblado el mundo en comparación con lo que era en otro tiempo? ¿Cómo ha podido la naturaleza perder esa prodigiosa fecundidad de los primeros tiempos? ¿Estará ya en su vejez y caerá en languidez?». (*Cartas persas*, CXII). Montesquieu estaba muy interesado en la demografía, tema que ocupa un capítulo (XXIII) del *Espíritu de las leyes*: «De las leyes en la relación que tienen con el número de habitantes».

^[699] Denis Petau (1583-1652), jesuita y teólogo, basó sus especulaciones, a partir de datos de la Biblia, en su *Uranologia* (1630).

^[700] Felipe IV el Hermoso de Francia, nieto del rey San Luis (1268-1314).

^[701] Étienne de Silhouette (1709-1767), recaudador general de finanzas desde 1759. De su apellido derivó el término «silueta».

^[702] Lucio Licinio Lúculo (c. 114-57 a. de C.), cónsul romano que tras apoyar a Sila fue pretor en África y dirigió la guerra contra Mitrídates, rey del Ponto. Reformó el sistema tributario de Asia, perjudicando al mundo de los negocios en Roma. Tras enfrentarse a César en el 59, se retiró a sus propiedades para satisfacer sus gustos hedonistas; su lujo fue proverbial para toda la edad clásica posterior.

^[703] Tito Pomponio Ático (110-32 a. de C.), amigo y cuñado de Cicerón, con quien mantuvo una larga correspondencia que empezó en el año 68 y continuó hasta su muerte. Pasó muchos años en Atenas, donde adoptó la filosofía epicúrea. Distanciado de las facciones políticas enfrentadas, había heredado una considerable fortuna, que incrementó. Nepote escribió la biografía de este hombre dedicado a la cultura, cuyas obras se han perdido a pesar de tener un enorme equipo de esclavos dedicados a copiar y encuadernar manuscritos. También fue proverbial en la edad clásica su austeridad.

^[704] La identidad del historiador romano Floro (siglo II) es mal conocida. Fue autor de una historia latina, *Epítome de todas las guerras durante setecientos años*, que

llega hasta la época de Augusto y que, según algunos manuscritos, es un epítome de Livio, fuente a la que mezcla otras como Salustio, César, etc.

[705] «Y así precisamente se escribe la historia», verso de una comedia de Voltaire, *Charlot ou la Comtesse de Givry* (I, VII).

[706] Voltaire parece querer referirse, no a Henry Home, como alude su nota, sino al dramaturgo John Home, nacido en 1724, autor de la tragedia *Douglas* (1750).

[707] «El señor Home, gran juez de Escocia, enseña a los héroes de una tragedia la forma de hablar con ingenio; y he aquí un ejemplo notable que extrae de la tragedia de *Enrique IV*, del divino Shakespeare. El divino Shakespeare saca a escena a Milord Falstaff, Justicia Mayor, que acaba de hacer prisionero al caballero Juan Coleville, y lo presenta al rey:

»«Sire, aquí lo tenéis, os lo entrego; suplico a Vuestra Gracia que mande escribir esta hazaña junto a las otras de la jornada, o por Dios que la haré poner en una balada con mi retrato al frente; se verá a Coleville besándome los pies. Es lo que haré si no volvéis mi gloria tan brillante como una moneda de oro de dos céntimos; y entonces me veréis, en el claro cielo de la fama, empañar vuestro esplendor como la luna llena eclipsa los carbones apagados del elemento del aire, que a su alrededor sólo parecen cabezas de alfileres”.

»Es este absurdo y abominable galimatías, muy frecuente en el divino Shakespeare, lo que el señor Home propone por modelo del buen gusto y arte en la tragedia. Ciertamente, a cambio, la *Ifigenia* y la *Fedra* de Racine al señor Home le parecen sumamente ridículas» (nota de Voltaire).

[708] El historiador piemontés Denina (1731-1813) había criticado con dureza a Voltaire en su *Discurso sobre las vicisitudes de la historia* (1760).

[709] Voltaire asocia Catalina II y Estanislao Augusto al obispo Miguel Poniatowski, hermano del rey, que cerró numerosos conventos.

[710] Voltaire se sintió siempre vejado porque su *Pedro el Grande*, obra que le había encargado Catalina II, hubiera tenido menos éxito que su *Historia de Carlos XII*.

[711] **Mujeres, ¡sed sumisas a vuestros maridos! / Femmes, soyez soumises à vos maris!**

Recogido en el tomo de *Les Nouveaux Mélanges*, en 1765, *Mujeres, ¿sed sumisas a vuestros maridos!* aprovecha una frase de san Pablo en sus Epístolas a los efesios para comparar la situación de la mujer entre los cristianos y los mahometanos. El relato es casi un diálogo teatral a mayor gloria de Catalina II, aunque los protagonistas estén muertos hace tres cuartos de siglo.

^[712] François de Castagner, abate de Châteauneuf (1645-1709), fue musicógrafo; Charlotte de Mornay-Villarceaux, mariscal de Grancey, murió en 1694.

^[713] Epístola a los efesios, 5, 22; Epístola a los colosenses, 3, 18. El Código civil francés había incluido, hasta fecha reciente, la sumisión de la mujer al marido.

^[714] «Del lado de la barba está la omnipotencia», Molière, *La escuela de las mujeres*, III, II, 700.

^[715] Pierre-Antoine de Castagner, marqués de Châteauneuf (1644-1728), fue embajador de Francia en Holanda (1713-1714) y posteriormente en Constantinopla. Voltaire fue recomendado a él durante esa etapa holandesa.

^[716] La sumisión de las mujeres a sus maridos ya figuraba en la Primera Epístola de san Pedro (3, 1), anterior muy probablemente a las epístolas citadas de san Pablo. San Pedro, primer «cabeza de la Iglesia», pidió ser crucificado cabeza abajo, en señal de humildad.

^[717] **Las cartas de Amabed, etc. / Les lettres d'Amabed, etc.**

Aunque apareció en Ginebra en 1769, *Las cartas de Amabed* tenían tras de sí una larga historia; aparecen citadas en la correspondencia, como proyecto y esbozo, a finales de 1753 y principios de 1754, y están relacionadas con la ruptura con Federico II y la humillación que Voltaire recibió de parte del prusiano y los terrores que en él provocó el rapto de Francfort. Y tiene que ver también con el auge del indianismo en Francia, tras el intento de colonización francesa de la India y el enfrentamiento con Inglaterra, abortado por el tratado de París de 1763, y con la moda de la novela epistolar, cuyo modelo había perfeccionado Montesquieu en sus *Cartas persas*, y en la que Voltaire vuelca también su experiencia del relato de viajes. En principio, *Las cartas de Amabed* iba a formar parte de una novela, *Pamela*, anunciada durante mucho tiempo y terminada en enero de 1754; Voltaire guardó bajo llave el manuscrito en espera de que se calmaran los ánimos, tanto prusianos como franceses, ya que la ruptura con Federico II tuvo amargas secuelas

procedentes esta vez de Versalles.

Las treinta y cuatro cartas de Amabed proceden de ese núcleo, pero su acción fue refundida y ampliada, desde finales de 1767 a principios de 1769, con elementos nuevos procedentes de otras fuentes, para lanzar el conjunto contra un blanco distinto del inicial: su objetivo no va a ser ahora Federico II, sino la Infame. Voltaire había leído atentamente toda la información que sobre la religión de los brahmanes acababa de publicar el inglés Holwell en su *Interesting Historical Events Relatings to the Provinces of Bengal and the Empire of Indostan* (1765); los datos le servirán para otorgar a la civilización india la primacía en el tiempo sobre todas las conocidas, incluida la china, la judía y la grecolatina: según Voltaire, todo lo que Europa ha heredado procede de la India, desde las ciencias a la filosofía, desde los números y los juegos a la religión; la polémica surge cuando establece un paralelo entre las creencias hindúes y las cristianas, empezando por la barbarie y crueldad de la Inquisición y los conquistadores occidentales en aquellas tierras; a través de la peripecia de Amabed y Adaté aparecerá la corrupción del clero, los absurdos de la Biblia y de los textos de san Pablo, la contradicción entre la doctrina que Roma imparte y las costumbres de los romanos; el «ingenuo». Amabed, amparado sólo en su sentido natural, termina poniendo al descubierto las trampas, brutalidades, injusticias y violaciones de todo un mundo supuestamente civilizado, cuya cabeza rectora es la Iglesia católica; contra ella va dirigido el grueso de la sátira, dejando establecida una «ley» de ficción que servirá al marqués de Sade para *Aline y Valcour* y también para Choderlos de Laclos y *Las relaciones peligrosas*: no hay peor mal que el mal que adopta la máscara del bien.

[718] El abate Tamponet, del que aquí se burla Voltaire, fue doctor de la Sorbona; intentó obstaculizar, y lo consiguió durante algún tiempo, la edición de la *Enciclopedia*. Voltaire acababa de atribuirle una de sus obras, *Cuestiones de Zapata* (1767).

[719] «Esta fecha responde al año 1512 de nuestra era vulgar, dos años después de que Alfonso de Albuquerque conquistase Goa. Debe saberse que los brahmas contaban 111.100 años a partir de la rebelión y caída de los seres celestes, y 4.552 desde la Promulgación del *Shasta*, su primer libro sagrado; lo cual suponía que se hallaban en el año 115.652 en nuestro año 1512, época en la que reinaba Babar entre los mongoles; Ismail Sophí en Persia; Selim en Turquía; Maximiliano I en Alemania; Luis XIII en Francia; Julio II en Roma; Juana la Loca en España, y Manuel en Portugal» (nota de Voltaire).

Los monarcas se corresponden con la cronología ofrecida por el autor, que

consideraba la India como el pueblo más antiguo del mundo, y que se engaña sobre la antigüedad del *Shasta* —obra reciente— y de otros libros. Shastashid deriva, evidentemente, del título de ese libro.

^[720] Alude Voltaire al manuscrito que le habían traído de la India del *EzurVeidam*, y que en realidad era un apócrifo fabricado por los misioneros jesuitas de Pondichéry para intentar introducir el cristianismo entre los indios visnuistas (véase nota 3 de *Carta de un turco* en la pág. 818).

^[721] En su *Ensayo sobre las costumbres* —cuya información y reflexiones históricas utiliza en estas *Cartas de Amabed*—, Voltaire habla de dos Zoroastros: el primero habría vivido bajo Darío, y tendría por tanto nueve mil años de antigüedad sobre los dogmas del segundo, Zerdust, «llamado Zoroastro por los griegos». Según ese mismo ensayo, el Libro de los Reyes tendría 2.300 años al inicio de nuestra era; y el *Shasta*, 4.552.

^[722] Según el *Ensayo sobre las costumbres*, que sigue al historiador griego Manetón, el primer Hermes, que recibe el nombre de Thaut, habría grabado dos columnas en caracteres de la lengua sagrada. «Es verosímil», escribe Voltaire, «que Thaut viviese más de ochocientos años antes del tiempo en que se sitúa a Moisés».

^[723] Sobre la caída de los ángeles y demás supuestos de este párrafo, Voltaire se basa en Holwell y su bien documentada obra *Interesting Historical Events Relatings to the Provinces of Bengal and the Empire of Indostan, with [...] the Mithology and Cosmogony [...] of the Gentoos*, aparecida en Londres en 1765 y traducida al francés en 1768.

^[724] Holwell hacía la distinción entre Birmah y Brahma: «Birmah significa creación, creado y algunas veces creador. [...] Brahma es el nombre que dan a quien publicó el *Shasta*, e indica la espiritualidad y la divinidad de su misión y de su doctrina».

^[725] «Drugha es la palabra india que significa “virtud”. Se representa con diez brazos y montada sobre un dragón para combatir los vicios, que son la intemperancia, la incontinencia, el latrocinio, el homicidio, la injuria, la maledicencia, la calumnia, la pereza, la resistencia al padre y a la madre y la ingratitud. Es esa figura la que muchos misioneros han tomado por el diablo» (nota de Voltaire).

^[726] «Se ve que Shastashid había leído nuestra Biblia en árabe y que tiene a la

vista la Epístola de san Judas, donde, en efecto, se encuentran esas palabras en el versículo 6. El libro apócrifo que nunca existió es el de Enoch, citado por san Judas en el versículo 14» (nota de Voltaire).

[727] Según el *Ensayo sobre las costumbres*, este falso libro de Enoch citado por san Judas habría sido fabricado por un judío, y no diría nada sobre la rebelión y caída de los ángeles antes de la creación del hombre.

[728] El portugués Alfonso de Albuquerque, llamado el Grande (1453-1515), realizó su primera expedición a Oriente por el cabo de Buena Esperanza; en 1495 acometió una segunda expedición con dieciséis barcos por orden del rey Manuel I; consolidó las posesiones portuguesas en la India, y especialmente en Goa, donde entró en 1510.

[729] Los banianos formaban la secta más numerosa de la India y eran famosos por su sagacidad y por su dedicación al comercio y los negocios; por estas características los compara Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbres* con los judíos.

[730] Alusión al *Discours sur l'Histoire universelle* de Bossuet, a quien Voltaire suele dedicar elogios envenenados; precisamente para llenar las lagunas de esta obra, sobre todo su olvido de los mahometanos de China y de la India, Voltaire empezó a escribir en 1740, en Cirey, el *Ensayo sobre las costumbres*.

[731] «Son las diferencias entre el texto hebreo, el samaritano y los Setenta» (nota de Voltaire).

De este modo se ponen de relieve las contradicciones entre la Vulgata, el texto samaritano y la Biblia de los Setenta sobre la creación del mundo.

[732] «Se ve de sobra que Shastashid habla aquí como brahmán que no tiene el don de la fe, y a quien le ha faltado la gracia» (nota de Voltaire).

[733] Una estola, término que Adaté no puede reconocer.

[734] Hay un juego de palabras sobre *converterè* y la «traducción» que hace Adaté: *retourner*, en francés; Adaté no presume el sentido obsceno de «dar la vuelta» que también puede tener en el contexto, sobre todo cuando líneas más adelante se aplica a Amabed.

[735] El *cinnamum* es la canela, y el *amomo* un fruto capsular que contiene semillas aromáticas, de sabor muy acre y estimulante; se emplea en medicina.

^[736] *Omráes*: título que se daba a los mayores señores del reino de Babar, virreyes, gobernadores de provincias, primeros ministros, secretarios de Estado, etc. Los *rajáes* eran señores que gobernaban un pequeño Estado indio antes de que el país fuera conquistado.

^[737] Babar, o Baber (1483-1530), fundó la dinastía de los mongoles en la India, que conquistó en gran parte.

^[738] Esta especie de genealogía que parodia las de la Biblia procede de la *Histoire générale de l'empire du Mogol*, del padre Catrou. Con Timur se remonta a Tamerlán (1336-1405), que conquistó la India entera; Voltaire había hecho un paralelo entre este personaje y Alejandro Magno.

^[739] Gengis Jan (1162-1227) fue el fundador del Imperio mongol.

^[740] Rey de Egipto, que se apoderó de Jerusalén, durante el reinado de Roboam.

^[741] «Es indubitable que las fábulas relativas a Baco eran muy comunes en Arabia y en Grecia, mucho tiempo antes de que las naciones estuvieran informadas de si los judíos tenían una historia o no la tenían. Josefo confiesa incluso que los judíos siempre escondieron sus libros a sus vecinos. Baco era reverenciado en Egipto, en Arabia y en Grecia mucho tiempo antes de que el nombre de Moisés penetrase en aquellas comarcas. Los antiguos versos órficos llaman a Baco Misa o Mosa. Fue criado en la montaña de Nisa, que es precisamente el monte Sina. Huyó hacia el mar Rojo, donde juntó un ejército con el que pasó ese mar a pie enjuto. Detuvo el sol y la luna. Su perro le siguió en todas sus expediciones y el nombre de Caleb, uno de los conquistadores hebreos, significa “perro”.

»Los sabios han discutido mucho y no se ponen de acuerdo en este punto: si Moisés es anterior a Baco, o Baco a Moisés. Los dos son grandes hombres; pero, cuando Moisés golpeó una roca con su cayado, sólo consiguió sacar agua, mientras que Baco, al golpear la tierra con su tirso, hizo salir vino. De ahí que todas las canciones de mesa celebren a Baco, y que tal vez no haya ni dos canciones en favor de Moisés» (nota de Voltaire).

^[742] «Este Mosasor es uno de los principales ángeles rebeldes que combatieron contra el eterno, como refiere el *Autorashasta*, el libro más antiguo de los brahmanes; y ahí se halla probablemente el origen de la guerra de los Titanes y de todas las fábulas imaginadas con posterioridad sobre ese modelo» (nota de

Voltaire).

El autor parece confundir el *Shasta* y el *Autorashasta*, cuidadosamente diferenciados por Holwell.

[743] En castellano, y no en portugués como era de esperar, en el texto de Voltaire.

[744] «Yo excomulgaré».

[745] En la India no se conocían los guantes.

[746] De hecho, la infalibilidad papal sólo se convirtió en dogma a raíz del Concilio de Trento (1545).

[747] Copérnico había sustituido el sol por la tierra como eje y centro del mundo, y en 1512 sus teorías apenas planteaban problemas. Será más tarde cuando la Inquisición de Roma condene el sistema copernicano.

[748] En realidad, la ciudad de Bombay no fue conquistada, sino cedida, en 1534, a los portugueses por el sultán Bahadur.

[749] «Hermoso es que un mortal hasta el cielo se eleve; / e incluso es hermoso dar de él». Versos de *Phaéton* (IV, II), obra teatral del mediocre poeta y libretista Philippe Quinault (1635-1688), muy apreciado por Voltaire.

[750] Voltaire utiliza, para dar color local a su relato, este título del soberano de Calcuta, que significa «rey de reyes».

[751] Además de la Biblia, Voltaire utiliza para las alusiones que aparecen en los párrafos siguientes, a Dom Calmet: *Commentaire littéral sur tous les livres de l'Ancien et du Nouveau Testament* (París, 1707-1716) y *Dictionnaire historique, critique, chronologique, géographique et littéral de la Bible* (nueva edición, París, 1730). Ésas serán también sus fuentes en *El toro blanco*.

[752] «Ezequiel, 4» (nota de Voltaire).

Ezequiel, 4, 15: «Está bien, te concedo que prepares tu pan, no sobre excremento humano sino sobre boñigas».

[753] «Oseas, 1 [2]» (nota de Voltaire).

[754] Nombres alegóricos que Ezequiel da a dos hermanas, que representan a Samaria, capital del reino israelita del Norte, y a Jerusalén, capital del reino del Sur (véase Ezequiel, 16 y 33).

[755] Las alusiones siguientes, que las primeras ediciones mencionaban individualizadas en nota, pertenecen a la historia de Abraham y de Jacob; a la del patriarca Rubén, que se acuesta con la concubina de su padre (Génesis, 24); a la del patriarca Judá, que se acuesta con su nuera Tamar (Génesis, 38); a la de un levita de la tribu de Efraím que llega a la tribu de Benjamín, y cuando éstos quieren forzarlo sacian sus deseos sobre su mujer, que, a consecuencia de los vejámenes, muere (Jueces, 20), y a la de las hijas de Lot (Génesis, 19).

[756] En Sodoma, poco antes del castigo de la ciudad (Génesis, 19). Voltaire comentó escandalizado en Londres, en 1765, ese pasaje bíblico poniendo de manifiesto su escándalo.

[757] Por error, Voltaire sitúa en La Meca la famosa piedra negra, que en realidad se encuentra en la Mezquita de Omar, en Jerusalén.

[758] En la desembocadura del Zambeze.

[759] En la *Description du cap de Bonne-Espérance* (Amsterdam, 1741), Kolb hace la siguiente descripción, seguida rigurosamente por Voltaire: «Todas las hotentotas tienen una excrecencia notable. [...] Es una especie de piel dura y ancha, que les crece encima del hueso púbico, y que, descendiendo bastante abajo, parece destinada por la naturaleza a cubrir su desnudez». En realidad, los hotentotes llevaban un sumario taparrabos.

[760] Los dominicos dudaban de la concepción inmaculada de la Virgen.

[761] «*Obispo* es la palabra portuguesa que significa *episcopus*, *évêque* en lenguaje galo. Esa palabra no está en ninguno de los cuatro evangelios» (nota de Voltaire).

[762] No puede precisarse esta frase: ¿se trata de un año desde su partida? Podría referirse al año hindú, que comenzaba según las fuentes de Voltaire (Holwell, por ejemplo) en abril; sin embargo, en la carta undécima se habla del 15 de marzo.

[763] En el *Ensayo sobre las costumbres*, Voltaire aduce como razón del silencio de los españoles la atmósfera de sospecha de delación que la Inquisición

alimentaba. «Dejó de haber amigos, dejó de haber sociedad. [...] Por eso el silencio se ha convertido en el carácter de una nación nacida con toda la vivacidad que da un clima cálido y fértil».

^[764] Traducción de *Componitur orbis / regis ad exemplum*, fragmento de Claudiano del «Panegírico sobre el IV consulado de Honorio».

^[765] Alusión a los caballeros de la Orden de San Juan, a quienes Voltaire sitúa en la isla de Malta, a sabiendas, con alguna antelación respecto a la realidad histórica, en 1525 o 1530, como ha hecho también con la Inquisición, que no se instaló en Goa hasta 1561. La Orden tenía por misión impedir el paso de los musulmanes.

^[766] «Aparentemente, quiere referirse a la santa Jerusalén descrita en el libro exacto del Apocalipsis, en Justino, en Tertuliano, Ireneo y otros grandes personajes. Pero se nota que este pobre brahma no tenía de todo ello sino una idea muy imperfecta» (nota de Voltaire).

^[767] Alusión a las hostias de la comunión cristiana.

^[768] «En el pasado era la puerta del Janículo; véase de qué modo la nueva Roma prevalece sobre la antigua» (nota de Voltaire).

^[769] Con el capuchón, que en 1327 había provocado la excomunión de la orden «por haber sostenido que su capuchón debía ser más puntiagudo».

^[770] Traducción desacralizadora del canon de la misa *Gloria in excelsis*.

^[771] Juramento que en propiedad significa «miembro viril».

^[772] De hecho, la congregación de la Propaganda de la fe no fue creada sino en 1597 por Clemente VIII.

^[773] «Como se sabe, en Roma se llaman cicerones a quienes tienen por oficio mostrar a los extranjeros las antiguallas» (nota de Voltaire).

^[774] «Preferido» es, etimológicamente y en su acepción primera, la traducción de *prelati*; Amabed vuelve a hacer una traducción «ingenua», y cargada de doble sentido, como ocurría anteriormente con la traducción de *converterò*. Según Deloffre, en éste y otros casos («confesor», en el párrafo siguiente), el empleo de los dobles sentidos o «desmontaje etimológico» sirve a Voltaire para dotar a su texto

de «un considerable poder explosivo». (*Romans et Contes*, ed. cit., pág. 1.116).

[775] Voltaire juega con la fórmula latina: *Papa factus est*, eco del *homo factus est* del Génesis. El pontífice Julio II había muerto el 20-21 de febrero de 1513.

[776] Voltaire, que tenía un mono en su casa, compara a ese animal con un monje en *El pobre diablo*, en fragmento que traduzco sin recurrir a Domínguez: «En cuanto al mono, animal inútil, / malvado, goloso y saltimbanqui indócil / que todo lo estropea y vive a expensas nuestras, / a los lacayos ociosos lo abandonan [...] / el pueblo es el burro, y el monje el mono».

[777] La botica es, evidentemente, el purgatorio, para el que sirven las «indulgencias», creadas durante el pontificado de Alejandro VI; en su *Ensayo sobre las costumbres*, Voltaire dice que «el cardenal Bembo asegura que, en sus dominios de Venecia únicamente, se han vendido cerca de seiscientos marcos de oro». Y sobre León X, aduce que «pretextó una guerra contra los turcos, e hizo vender, en todos los estados de la cristiandad, lo que se llama “indulgencias”, es decir la liberación de las penas del purgatorio, bien para uno mismo, bien para sus parientes y amigos».

[778] Los tres milagros que Voltaire selecciona figuran en Mateo, 21; Juan, 2, 1-12; y Mateo, 8, 32.

[779] Alusión al emperador Maximiliano, al río Danubio y a Alemania.

[780] «Juan VIII, asesinado a martillazos por un marido celoso. Juan X, amante de Teodora, estrangulado en su cama. Esteban VIII, encerrado en el castillo que hoy se llama Sant'Angelo. Esteban IX, acuchillado en la cara por los romanos. Juan XII, depuesto por el emperador Otón I, asesinado en casa de una de sus amantes. Benedicto V, exiliado por el emperador Otón I. Benedicto VII, estrangulado por el bastardo de Juan X. Benedicto IX, que compró el pontificado, el tercero que lo hizo, y revendió su parte, etc. etc. Todos eran infalibles» (nota de Voltaire).

Según el *Ensayo sobre las costumbres*, Voltaire se basa para esta nota en el cardenal Bembo, en Paulo Joven, en Guichardino, en Tomasi y en diversos anales del papado.

[781] Alusión al gran cisma de Occidente, en el siglo XIV, protagonizado por los pontífices Urbano, Clemente y Alejandro V, al que no todos reconocieron, porque durante cierto lapso de tiempo hubo tres papas.

[782] En realidad, la fecha real de la elección papal fue el 11 de marzo, antes por tanto de la llegada de Amabed, el 15 de ese mes.

[783] Según Bayle, «dicen que no hubo nada que contribuyera más a elevarlo al papado que las heridas que había recibido en los combates venéreos». Por otro lado, León X, de la familia de los Médicis, tenía treinta y ocho años cuando fue elegido pontífice.

[784] Esta comedia de Maquiavelo no se estrenó en realidad hasta 1520. Considerada libertina más tarde por la propia Iglesia, Voltaire esboza en el *Ensayo sobre las costumbres* una explicación de su puesta en escena en la corte pontificia: «Lo que podía ofender a la religión no era percibido en una corte ocupada en intrigas y placeres»; además, «no se pensaba que la religión pudiera ser atacada por las libertades, [dado que] no se trataba ni del dogma ni del poder».

[785] El Concilio de Trento los había prohibido, y Voltaire los señala precisamente por eso.

[786] En la cuarta boda de su hija Lucrecia, que contraía matrimonio con el heredero de la casa D'Este.

[787] Voltaire vuelve en varias ocasiones sobre esta escena, en el *Ensayo sobre las costumbres* y en *El derecho de los hombres* (octubre de 1768, aproximadamente): «Hay información suficiente sobre el hermoso banquete durante el que cincuenta cortesanas desnudas recogían castañas variando sus posturas para divertir a su santidad, que distribuía premios a los vencedores más vigorosos de aquellas damas».

[788] «El papa Julio II excomulgó al rey de Francia Luis XII en 1510. Puso al reino de Francia en interdicto, y lo dio al primero que quisiera apoderarse de él. Esa excomunión y esa interdicción fueron retiradas en 1512. Hoy cuesta imaginar tal exceso de insolencia y de ridiculez. Pero, desde Gregorio VII, no ha habido casi ningún obispo de Roma que no hiciera o no quisiera hacer y deshacer soberanos, según su capricho. Todos los soberanos merecían ese infame trato porque habían sido lo bastante imbéciles para fortalecer en sus súbditos la opinión de la infalibilidad del papa y su poder sobre todas las Iglesias. Se habían puesto a sí mismos grillos que era muy difícil romper. En todas partes el gobierno fue un caos formado por la superstición. Sólo muy tarde ha penetrado la razón en los pueblos de Occidente; ella ha curado heridas que esa superstición, enemiga del género humano, había hecho a los hombres; pero todavía quedan profundas cicatrices»

(nota de Voltaire).

[789] Alusión a la Reforma de Lutero.

[790] De hecho, Alejandro VI, autor de esas tropelías, no fue predecesor inmediato de Julio II.

[791] César Borgia, que fue acusado sobre todo, y entre otros crímenes, rapiñas y actos de fuerza, de haber mandado matar a su hermano el duque de Gandía, que le disputaba los favores de su hermana Lucrecia (1480-1519), hija del papa.

[792] «No sabe lo que es el amor, no sabe lo que vale / la caridad; y eso hace que los monjes / sean una canalla tan ávida y tan cruel». (*Sátira sobre el matrimonio*). Voltaire cambia el término *pretri* (sacerdotes) del Ariosto por *fratri* (monjes) y retoca el tercer verso.

[793] Por supuesto, no son versos indios; y si tenían un sentido anagramático, no ha podido ser descifrado.

[794] En latín *cardo* significa eso, «gozne de puerta»; Voltaire vuelve a jugar con la etimología ingenua, porque *cardinalis* ya significaba «principal».

[795] Uno de los nombres en —*ante* utilizados por Ariosto; procedían en su mayoría del Boyardo, quien, en su *Orlando innamorato*, utilizó nombres de la región de Ferrara.

[796] Voltaire emplea este tipo de ficción para concluir alguna de sus obras y para defenderse de plagarios que imitaban o continuaban sus textos, como ya había ocurrido con *El hombre de los cuarenta escudos*.

[797] **Providencia / Providence**

Diálogo aparecido como artículo en las *Cuestiones sobre la Enciclopedia* (1771) que puede relacionarse con otros cuentos dialogados anteriores y que aborda el problema del «libro del destino» con que concluía *Zadig* para criticar la práctica de la religión contemporánea, cada vez más escasa; por su acento puede relacionarse con el *Poema sobre el desastre de Lisboa*.

[798] **La displicente / La Bégueule**

Continuando con la tradición del cuento de hadas, como ya había hecho en

Lo que agrada a las damas, Voltaire escribe este cuento de 220 versos más una octava de «envío» final, que en 1772 ya circulaba por París. El subtítulo de «cuento moral» no consigue tapar la aventura casi mágica y la frescura de una acción que, si tiene puntos comunes con *El mozo de cuerda tuerto*, se diferencia por el personaje: en esta ocasión es femenino para hacer visibles las carencias y los peligros del tipo de educación que recibían las jóvenes: se las educaba para «realizarse» al lado de un hombre. De una educación que impide y prohíbe a las mujeres el placer si no es tras la boda, es secuela la caída de la bella Arsenia, cuyos sentidos despierta, forzándola, el carbonero; a este propósito, Guitton habla de frigidez, de frustración de los sentidos: «El cuento aboga claramente por el derecho de las mujeres al placer carnal y es a los maridos a quienes la lección —moral por ese vies— se dirige. En el corazón de toda hija de Eva hay un carbonero que dormita: el psicoanálisis y la sexología confirmarán las intuiciones malignas del anciano». (Guitton, ed. cit., pág. 864). Ése será el motor que precipite la caída de la presidenta de Tourvel en *Las relaciones peligrosas* o de Emma Bovary poco más tarde. El poema fue llevado a los escenarios como ópera cómica, bajo el título de *La Belle Arsène*, con libreto de Favart y música de Monsigny en 1773.

El término que da título al libro, *bévue*, era en la época una injuria familiar para calificar a una mujer de tonta, de impertinente. Por extensión la palabra tiende a significar una mujer beata y desdeñosa. El final de la historia fue edulcorada cuando el poema se publicó en el *Mercure de France*, sobre todo el verso 203 *et peut-être un peu tard* («aunque quizás ya tarde», traduce Domínguez), y que hay que comprender como «desde luego demasiado tarde».

^[799] Alusión a una obra del abate Montfaucon de Villars, titulada *Le Conte de Gabalis, ou Entretiens sur les sciences secrètes* (1670).

^[800] *Ilíada*, XVIII, 374-377.

^[801] «Sin haber leído los bellos *Modos de agradar*, / del señor Moncrif, y sin libro, agradó». De Moncrif ya había utilizado Voltaire su *Essai sur la nécessité et sur les moyens de plaire* en *Jeannot y Colin*.

^[802] Traduzco textualmente desde el verso 217, final que M. Domínguez edulcora o censura, además del «Envío», que no tiene en cuenta: «Fue dulce, atenta, amable, / viva y prudente, y tomó incluso en secreto / por carbonero un joven amoroso discreto / y entonces fue una mujer completa. // *Envío a Madame de Florian* // Cloe, cuando mi impertinente / dio al final con la forma / de volverse mujer encantadora, / de vos tomó ella lección; mas lejos está de su modelo. / Más

singular es vuestra suerte, / teníais algo peor que un carbonero / y mejor que ella habéis elegido».

Florian, nacida en Ginebra, estaba casada en segundas nupcias —tras un primer marido de carácter violento— con un pariente de Voltaire, viudo de la hermana de su sobrina Mme. Denis.

^[803] **El toro blanco / Le taureau blanc**

Escrito seguramente en la primavera de 1773, tras un invierno duro de achaques de salud, *El toro blanco* se publicó en tres entregas de la *Correspondance littéraire* dirigida por Grimm (noviembre-diciembre de 1773, enero de 1774), y en volumen en 1774; las versiones anteriores, que se daban como traducidas del siríaco por Dom Calmet, sólo constaban de ocho capítulos, en vez de los once de la «traducción de». Mamaki. Voltaire acaba de salir de un invierno en el que ha sufrido una ataque de estranguria que no le ha hecho sino escribir más. Por otro lado, *El toro blanco* forma parte de la campaña emprendida por Voltaire para conseguir autorización para regresar a París: tiene casi ochenta años y, bajo el cartón piedra de otro cuento oriental en el que los animales hablan, con una serpiente bíblica y un toro mitológico, lo protagoniza una princesa egipcia, junto a un padre amenazador, un sabio anciano y una misteriosa vieja con poderes sobrenaturales. Voltaire mezcla elementos procedentes de diversas fuentes, algunos extravagantes por su amalgama de burla y de tragedia, de aventura amorosa e incluso de agricultura.

Al lado de la ficción maravillosa de la época juvenil, Voltaire prosigue en este cuento la acción militante de las *Cuestiones sobre la Enciclopedia* que tiene por blanco la Biblia: «Su objeto es ridiculizar los acontecimientos extraordinarios de que está llena la historia sagrada, asimilándolos a cantidad de fábulas de la Antigüedad de las que parecen derivar las de la Biblia», así lo intuían las críticas antivolterianas de las *Memorias secretas*; y de ser así, «si las maravillas de la Biblia pertenecen al orden de lo legendario mitológico, por la misma razón que las *Metamorfosis* de Ovidio». (Pomeau, 1966), los misterios cristianos son eso, mera leyenda. En la trama se cuentan de manera irrespetuosa varios episodios bíblicos, —el cuervo de Jeremías, las desgracias de Nabucodonosor, la ballena de Jonás, la historia de Ezequiel, etc.—; y también, trasladados y novelados episodios autobiográficos. Voltaire se pone la piel de Nabucodonosor, que, expulsado de entre los hombres, ha de vivir entre los animales del campo siete años, a cuyo término recupera su forma humana: era la esperanza del anciano Voltaire, que levantarán su castigo y poder regresar a París, de donde hacía veinticinco años que

estaba exiliado.

^[804] En las tres primeras ediciones, el cuento recurría a un autor: «Por Dom Calmet». La gran obra del benedictino e historiador dom Augustin Calmet (1672-1757), abad de Senones en 1728, fue una traducción de la Biblia (1707/1716), acompañada de los mejores comentarios autorizados. Publicó también en cuatro gruesos volúmenes un *Dictionnaire historique, critique, chronologique, géographique et littéral de la Bible* (1730), además de disertaciones sobre la Escritura y un curioso *Traité sur les apparitions des esprits et sur les vampires de Hongrie, de Moraviet, etc.* que ha llegado a gozar de vida editorial en pleno siglo XX (*Tratado sobre los vampiros*, trad. de Lorenzo Martín del Burgo, Madrid, 1991). El citado *Dictionnaire* fue minuciosamente explotado en el apartado de investigación histórica sobre las religiones por Voltaire y Mme. de Châtelet. En los años de Cirey, ambos trataron personalmente a Calmet, y el filósofo pasó varias semanas de junio de 1754 en una pequeña celda de la abadía de Senones, entre los «viejos libracos» de la rica biblioteca del benedictino. A su muerte, Voltaire le dedicó un elogioso epitafio en verso. La profunda erudición de Calmet fascinó a Voltaire, que lo saqueó subvirtiéndolo en función de sus intereses, con una alegría algo feroz ante la ingenuidad de unas creencias teológicas que para Voltaire eran inútiles y obsoletas. En su *Diccionario filosófico* habla de Calmet como «ese hombre cuya simplicidad es tan útil a quien quiera reírse de las tonterías antiguas».

En cuanto a Mamaki, no es un nombre fantástico; personajes así llamados existieron en Constantinopla; y un tal Mamachi era prefecto del colegio de jesuitas de Rouen.

^[805] Herodoto evoca (*Historias*, II, 175-176) al rey Amasis (siglo VI a. de C.), que en realidad fue aliado de Nabucodonosor, a quien debía el trono; Tanis se encuentra en la desembocadura del Nilo, mientras que Pelús (en latín *Pelusium*) está situada en el brazo más occidental de ese río.

^[806] La famosa disputa de los dos magos enfrentados a Moisés en presencia del Faraón se refiere en el Éxodo (7, 8), donde no figura el nombre de Mambrés; san Pablo cita en II Timoteo (3, 8) a Yannés y a Yambrés, o Mambrés.

^[807] Alusión a Nabucodonosor, de quien Daniel (4, 25 y 32-34) enuncia la predicción de su locura, profetizando que sería expulsado de la vida entre los hombres para vivir en medio de los animales y alimentarse de hierba durante siete años.

[808] Isis, representada con cuernos, fue asimilada a Ío, hija de Ínaco, por los poetas griegos y latinos. A Ío, Zeus la metamorfoseó en novilla (Ovidio, *Metamorfosis*, I, 588-624, y X, 666-697).

[809] Ciudad de la Arabia Feliz, «hacia el Edén».

[810] «*Cherub* en caldeo y en siríaco significa “buey”, no sé cómo se dice buey en egipcio» (nota de Voltaire en la 1.^a edición [que sigue el *Dictionnaire* de Dom Calmet]).

[811] Las alusiones son fantasiosas: la guerra de Troya ocurrió en el siglo XII; Hiram reinó en el siglo X; Nephel Keres es el nombre griego de los dos faraones que vivieron varios siglos antes que Hiram.

[812] Éxodo (7, 11-22); según ese pasaje, los magos que competían con Moisés trocaron las varas en serpientes y las aguas del Nilo en sangre.

[813] El párrafo que sigue alude a distintos pasajes bíblicos: Números (22, 22-30); Jonás (2, 1-11); Tobías (1, 13-16); Levítico (16, 7-10 y 21-22); Génesis (8, 7-8).

[814] Salmanasar fue rey de Asiria en 728 a. de C.; se apoderó de gran parte de Fenicia y encarceló al profeta Oseas. Murió en el año 714.

[815] Los profetas, según el *Dictionnaire* de Dom Calmet.

[816] Téngase en cuenta, para las páginas siguientes, que *le serpente* es, en francés, masculino. Por otro lado, en el *Diccionario filosófico* (artículo «Emblema») se da ese animal como símbolo de la eternidad.

[817] «En efecto, fueron los bracmanes los primeros que imaginaron una revuelta en el cielo, y esta fábula sirvió durante mucho tiempo de cañamazo a la historia de la guerra de los gigantes contra los dioses, y a algunas historias más» (nota de Voltaire [que suele pasar en silencio los hechos narrados por la Biblia y hablar de la anterioridad de sus relatos en otras fuentes, indias, chinas, etcétera]).

[818] Probable alusión a *The Paradise Lost*, de Milton, libro que Voltaire critica en *Cándido* (véase nota 99 en la pág. 839).

[819] «Tercer libro de los Reyes, 22, 2 y 22. “El Señor dijo: ‘¿Quién engañará a Acab, rey de Israel, a fin de que vaya a Ramoth de Galaad, y que allí caiga?’ Y un espíritu se adelantó y se presentó ante el Señor y le dijo: ‘Soy yo quien le engañaré’.

Y el Señor le dijo: ‘¿Cómo? Sí, tú le servirás, y prevalecerás. Vete y hazlo así’» (nota de Voltaire).

[820] Se trata de Daniel, que predijo la locura de Nabucodonosor.

[821] «Toda la Antigüedad empleaba indistintamente los términos de “buey” y “toro”» (nota de Voltaire).

[822] Pasífae era la mujer, no la hija de Minos; Voltaire quizá se deja arrastrar por el famoso verso de la *Phèdre* raciniana: *La fille de Minos et de Pasiphaé*, que terminará resonando en Marcel Proust (véase nuestra edición de *A la busca del tiempo perdido*, Editorial Valdemar, Madrid, 2000, t. I, págs. 83 y 86).

[823] «“Dinastía” significa propiamente “poder”. Así puede utilizarse esta palabra, pese a las cavilaciones de Larcher. “Dinastía” viene del fenicio *dunast* y Larcher es un ignorante que no sabe ni el fenicio, ni el siríaco, ni el copto» (nota de Voltaire).

Larcher había publicado un *Supplément à la Philosophie de l’histoire* (1757), que censuraba a Voltaire por haber escrito en *La filosofía de la historia*: «las damas de la dinastía de Mendes»; ese término no significaba «los estados del dinasta». Pese a las varias réplicas que Voltaire dio a la crítica de Larcher, era éste quien tenía razón sobre los empleos de la palabra «dinastía».

[824] Estos cambios son explicados en las *Metamorfosis* ovidianas, cuyo libro primero sirve aquí de fuente a Voltaire; la leyenda de Licaón figura en los versos 209-243; la de Calisto, en 401-495; la de Ío, en 588-624; la de Dafne, en 548-556; la de Sirinx, en 689-712. Para la aventura de Lot, véase Génesis, 19.

[825] «Tertuliano, en su poema “Sodoma”, dice: *Dicitur et vivens alio sub corpore sexus / Munificos solito dispungere sanguine menses*.

»San Ireneo, libro IV, dice: *Per naturalia ea quæ sunt consuetudinis feminæ ostendens*» (nota de Voltaire).

«Se dice que su sexo, que había permanecido vivo bajo otro cuerpo, marca ciertos días de cada mes con la sangre acostumbrada». En la época se atribuía a Tertuliano este texto de un autor desconocido del siglo IV. El de san Ireneo (cuya traducción es: «Mostrando por las partes naturales los fluidos propios del sexo masculino») dice *hominis* y no *feminæ*. Según Dom Calmet, la mujer de Lot, convertida en estatua de sal, habría sido vista por viajeros recientes, conservando

«la forma de mujer [...]. Añaden además una cosa más increíble, que en ese estado estaba sujeta a todas las enfermedades que son naturales y ordinarias a su sexo». Voltaire siempre se burló de ese pretendido prestigio de la estatua de sal.

^[826] El Génesis sólo habla de Sodoma y Gomorra como ciudades consumidas por el fuego; en el *Dictionnaire* de dom Calmet, Voltaire había encontrado que cuando las aguas del lago Sirbón están bajas, «se veían las ruinas de esas [otras] ciudades del Mar Muerto».

^[827] Para los Cerastas «cornudos», véase Ovidio, *Metamorfosis*, X, 220-237, que es el único en hablar de ellos.

^[828] «Daniel, 4, 22» (nota de Voltaire). En realidad, Daniel, 4, 23-25.

^[829] Geografía fantástica: para ir de Tanis al lago Sirbón, Canopo (la actual Abukirk), que se halla en el extremo occidental del delta del Nilo, está demasiado apartado.

^[830] Voltaire se burla de los anacronismos de la Biblia.

^[831] Este término, que Voltaire pudo encontrar en Rabelais (*Gargantúa*, VIII), designa según la *Enciclopedia* a un pájaro de gran tamaño, un pelícano. Voltaire parece confundirlo con un onagro.

^[832] «Veinte mil escudos de plata de Francia, al curso del día» (nota de Voltaire).

^[833] «III Libro de los Reyes, cap. 18» (nota de Voltaire).

^[834] Ovidio, *Metamorfosis*, II, 596-632; Voltaire lo amalgama con la Biblia.

^[835] Una y otra vez Voltaire se planteó el problema de la imposibilidad física de la existencia del arca de Noé, tema que preocupaba a los sabios del momento.

^[836] «Beroso, autor caldeo, refiere en efecto que la misma aventura le ocurrió al rey de Tracia, Sisutro; era incluso más maravillosa todavía, porque su arca tenía cinco estadios de largo por dos de ancho. Entre los sabios se entabló una gran disputa para saber quién de los dos es más antiguo, si el rey Sisutro, o Noé» (nota de Voltaire).

Dom Calmet había sacado de Eusebio (*Præparatio evangelica*, 1628) los datos

sobre Beroso, sacerdote caldeo, astrónomo, astrólogo e historiador de los siglos IV y III a. de C.

^[837] «Concordia en la discordia del Universo». No procede de Zoroastro, sino más bien de Horacio (*Epístolas*, I, XII, 19).

^[838] Se llamaba «inocente» a la pichona joven que todavía no ha incubado (Littre). Los platos aquí descritos figuran en un libro gastronómico de la época: el *Nouveau Cuisinier royal et bourgeoise* (1729), de Massaliot.

^[839] Para los vinos siguientes: Engadí, véase el Cantar de los Cantares, 1, 14; Tadmor es otro nombre de la ciudad de Palmira; Voltaire parece confundir el Chiraz persa, vino de *Las mil y una noches*, con el vino de Tirás, de la Biblia (Génesis, 10, 2). Toda esta información le viene a Voltaire de dom Calmet.

^[840] «Ezequiel, 4» (nota de Voltaire).

^[841] La bosta o boñiga de vaca, una vez seca, era y es usada como combustible en Oriente.

^[842] Libro de Ezequiel, 22, 20.

^[843] Hijas de Píero, que, habiendo desafiado a las musas, fueron convertidas en urracas por Apolo (Ovidio, *Metamorfosis*, V, 670-678).

^[844] Manetón, sacerdote egipcio en Heliópolis, del siglo III a. de C., fue autor de una historia de Egipto desde los tiempos míticos hasta el 323. De su obra, perdida casi en su totalidad, la *Præparatio evangelica* de Eusebio conservó algunos fragmentos de gran valor para el establecimiento de la cronología bíblica. La cita de Voltaire, sin embargo, es fantasiosa.

^[845] Josué (Éxodo, 21, 6-9).

^[846] La cifra de reyes procede de Josué (12, 24), donde no se dice que fueran ahorcados.

^[847] Libro de los Jueces, 11, 15, y 16.

^[848] La fuente de todos estos relatos, que a ojos de Voltaire tienen el prestigio del escándalo, es la Biblia: Génesis, II Libro de Samuel y I Libro de los Reyes.

[849] El protestante Abbadie había escrito una apología de su religión en el *Tratado de la verdad de la religión cristiana* (1684), que también utilizaban los católicos. El abate Houteville era autor de un libro polémico, *La Religión chrétienne prouvée par les faits* (1721).

[850] «La matrona de Éfeso» es un relato que figura en el *Satiricón* de Petronio.

[851] El pasaje es de capital importancia para definir una estética del cuento en Voltaire, que utiliza los Salmos (114, 4) como términos de comparación.

[852] Voltaire parece volver a burlarse de Rollin (véase *Micromegas*, pág. 805, nota 4 y *La princesa de Babilonia*, pág. 883, nota 87), cuyo *Traité des études* lleva por subtítulo «De la manera de enseñar y de estudiar las bellas letras en relación al espíritu y al corazón». (París, 1726-1728).

[853] Voltaire se remite a la historia de la hija de Jefté, Libro de los Jueces, 11, 37.

[854] Herodoto explica en su obra *Historias*, II, 42, que los tebanos no sacrificaban sus ovejas porque Zeus se puso una cabeza de cordero y su piel para que Heracles no le viera; el dios evitaba mostrarse a los héroes y a los mortales. Los ciudadanos de Bubasto adoraban a un gato, no a un perro. Febe no es una ciudad de Egipto. Lo es Arsínoe, situada junto al lago Mœris, donde se veneraba a los cocodrilos. En cuanto a Mendes, en el delta del Nilo, y su macho cabrío, véase Herodoto, *Historias*, II, 46.

[855] Para honrar al nuevo Apis, las doncellas debían visitar al dios en el templo, presentándose a él «en un *deshabillé* cuyos encantos habrían conocido mejor los sacerdotes que el dios». (Diderot, artículo «Apis» de la *Enciclopedia*).

[856] Este final recuerda la conclusión de *Cándido*. La enumeración de las comarcas imita la del Génesis (10, 2), que hace un reparto por clanes de la descendencia de Noé.

[857] Juego de palabras sobre el doble sentido de *bœuf* en francés, el animal, o «[...] un hombre estúpido, grosero tanto de cuerpo como de espíritu». (*Dictionnaire de Furetière*).

[858] **Aventura de la memoria / Aventure de la mémoire**

Incluido entre los cuentos por la edición de Kehl, *Aventura de la memoria* se

había publicado en 1775 en *Les Nouveaux Mélanges philosophiques, historiques, critiques*; recurriendo a una mitología simplista, Voltaire hace, a través de la fábula, una apología instructiva de la memoria, «el único instrumento por el que podemos reunir juntas dos ideas y dos palabras». Como en muchas otras ocasiones, Voltaire opone el empirismo de Locke y las ideas innatas de Descartes.

[859] Anagrama de la Sorbona, la universidad más famosa de la Edad Media, ubicada en París.

[860] Descartes, cuya doctrina reduce Voltaire a sus elementos más sumarios.

[861] Alusión a Locke y su *Tratado del entendimiento humano*, aparecido en francés poco después de su publicación, en 1700.

[862] Término que deforma el derivado de [Ignacio de]. Loyola y designa a los jesuitas.

[863] Deformación lingüística de jansenistas.

[864] Alusión a los jueces, o miembros del parlamento, a los que califica de «antiguos» porque en 1771 se decretó el cierre y exilio de esa institución; a esta última idea parece aludir, en la línea siguiente, la expresión «antes de morir», así como a la expulsión de los jesuitas y a la pérdida de poder de los jansenistas.

[865] *Les Nouvelles ecclésiastiques*, más conocida como *Gazette ecclésiastique* (véase nota 71 a *La princesa de Babilonia* en la pág. 881).

[866] Siendo el abate François-Marie Coger rector de la universidad de París, en 1772 se convocó un premio para un discurso en latín que versara sobre: *Non magis Deo quam regibus infensa est ista quæ vocatur hodie philosophiæ* («Lo que hoy se llama filosofía no es menos enemigo de los reyes que de Dios»), frase que, en algún texto, Voltaire entiende, aprovechando la ambigüedad y en tono de burla, de la manera siguiente: «Lo que hoy se llama filosofía no es más enemigo de Dios que de los reyes». Y en *Cuestiones sobre la Enciclopedia* (1774) vuelve sobre la «extraña metedura de pata» de Coger comentando: «Quería decir *minus*. Tomó *magis* por *minus*. Y el pobre hombre debería saber que nuestros académicos no son enemigos del rey ni de Dios». Voltaire «arregla» aquí la frase latina, que traducida significa: «La que se llama memoria no es más enemiga de las musas que de los hombres».

[867] **Elogio histórico de la Razón / Éloge historique de la Raison**

Incluido como el anterior en *Les Nouveaux Mélanges philosophiques, historiques, critiques* (1775), el cuento es «una apología en forma de biografía», como lo define René Pomeau. Publicado a finales de 1774, Voltaire retocó esa primera versión, eliminando sobre todo sus elogios a Federico II y a Catalina de Rusia. Porque el relato vuelve a ser un «viaje» por los países y monarcas que se han adentrado por los senderos del progreso, disolviendo la Compañía de Jesús, por ejemplo, o restando poder a la Inquisición, como ocurre en Venecia.

^[868] Alusión a Lascaris, Andrés Juan y Constantino; después de la conquista de Constantinopla, en 1453 Lascaris fue utilizado en distintas misiones diplomáticas por Lorenzo de Médicis y por Luis II, que lo nombró embajador en Venecia; posteriormente, el papa León X lo llamó a Roma, donde asumió la dirección del colegio llamado de los Griegos. En cuanto a Constantino, de Constantinopla pasó a diversas ciudades italianas para terminar muriendo en Mesina. Su obra *Gramática griega* fue la primera obra impresa en griego.

^[869] Juan Vicente Antonio Ganganelli, papa en 1769 con el nombre de Clemente XIV, había nacido en 1702. Pontífice de tiempos difíciles, por distintos motivos hubo de arrostrar los ataques de los reyes cristianos más importantes: los de Portugal, Francia, España, Polonia y Nápoles entre otros: «Un espíritu de vértigo, difundido por todas partes, atacaba tanto al trono como al altar», dice el *Nouveau Dictionnaire historique* de 1779. Para remediar tantos males distintos, Clemente XIV trató de conciliarse, ante todo, a los soberanos; envió un nuncio a Lisboa; suprimió la lectura de la bula *In cæna Domini*, que rebelaba e indignaba a los príncipes; negoció con España y Francia, sin hacer nada que pudiese dar indicios de pusilanimidad ni bajeza. Urgido a decidir el destino de los jesuitas, pidió tiempo para examinar este gran asunto. «Soy —escribía— el padre de los fieles, y sobre todo de los religiosos. No puedo destruir una orden célebre sin tener razones que me justifiquen a los ojos de Dios y de la posteridad». Por fin, el 21 de julio de 1773 decretó la disolución de la Compañía de Jesús. «A partir de esa supresión, Clemente XIV, abrumado por trabajos y temores, no hizo apenas otra cosa que languidecer. A finales de julio de 1774, el papa ya no era más que una sombra de sí mismo; sus huesos parecían menguar y ablandarse; sentía dolores crueles; su voz se había apagado. “Voy a la eternidad”, decía, “y sé por qué”. Rindió el último suspiro el 22 de septiembre siguiente. Este suceso funesto dio lugar a conjeturas muy malignas; pero como nosotros no hemos sido testigos oculares de los hechos, no nos atrevemos a apoyarlos ni a combatirlos».

^[870] El hermano Francisco, cocinero, «confidente y criado de Ganganelli, murió de la misma enfermedad que su amo», dice Voltaire en una carta de 1774.

^[871] Esta bula, que excomulgaba a todos los que intentaran restringir la jurisdicción eclesiástica o impedir la ejecución de los decretos apostólicos, fue fulminada por el papa Julio II (1503-1513), y a partir del pontificado de Pablo III (1534-1549) se estableció la costumbre de fulminarla todos los viernes santos.

^[872] Pedro Pablo Sarpi (1552-1623), Fra Paolo, nacido en Venecia, fue miembro de la orden religiosa de los servitas. Durante las disputas entre Venecia y el papa Pablo V, defendió con tanto ardor los derechos de su república que fue excomulgado. En su *Historia del concilio de Trento* se han rastreado ideas cercanas al calvinismo.

^[873] Miembros del Senado veneciano.

^[874] El conde de Aranda, uno de los ilustrados españoles, que fue ministro de Carlos III, a quien se debe la expulsión de los jesuitas de España. Embajador en Francia (1775-1784), fue amigo y corresponsal de Voltaire.

^[875] Alusión burlesca a las disputas teológicas sobre la consustancialidad.

^[876] María Teresa de Austria; en el mismo párrafo se alude a su hijo José II.

^[877] Alusión al golpe de Estado que permitió restaurar el poder real a Gustavo III.

^[878] Estanislao Poniatowski, impuesto por Rusia a la Dieta polaca en 1746. La defensa que Voltaire hace de este «déspota» se debe al apoyo económico que Poniatowski dio a la familia Calas (véase nota 44 de *La princesa de Babilonia* en la pág. 879).

^[879] A partir de 1774, Inglaterra empezó a ver menguado su control sobre la colonia americana.

^[880] Luis XVI había renunciado al «don de gozoso advenimiento».

^[881] Según las leyes, los matrimonios entre protestantes eran nulos si no se realizaban ante un sacerdote, y sus hijos se consideraban por lo tanto bastardos.

^[882] El 1 de julio de 1768, el caballero de La Barre fue ejecutado en virtud de un edicto de 1666 contra los blasfemos; igual suerte corrió d'Étallonde; a ambos se alude aquí.

^[883] Alude Voltaire a la inoculación, a favor de la cual hizo campaña tras la muerte de Luis XV.

^[884] Por primera vez, el gobierno acababa de organizar un sistema de ayuda y socorro a los ahogados.

^[885] El pararrayos era novedad técnica reciente; en 1775 Voltaire ordenó colocar uno en su jardín de Ferney.

^[886] La ciencia de la época había logrado resolver hacía tiempo el cálculo de las latitudes, no así el de las longitudes, tan útil como necesario para la navegación. Aunque hasta 1795 no se creó un departamento para estudiar las longitudes, en esa fecha ya se fabricaban cronómetros que calculaban con mayor precisión los equinoccios.

^[887] Alusión a la victoria del *affaire Calas*, entre otros (véase nuestra citada edición: Voltaire, *Tratado de la tolerancia*).

^[888] **Las rentas de la monarquía / Les finances**

Mediante este breve cuento de 68 versos Voltaire responde a la excesiva presión fiscal resultante de las reformas financieras del abate Terray (1774-1775): la anécdota se centra en un pequeño propietario al que arruinan los impuestos destruyendo a toda su familia.

^[889] «Hubo en efecto un judío Gabelus que tuvo asuntos de dinero con el bondadoso Tobías; y varios doctos muy sensatos deducen del hebreo la etimología de gabela, porque se sabe que es del hebreo de donde viene el francés» (nota de Voltaire).

^[890] «Un hombre que tiene tantos cerdos debe tomar tanto de sal para salarlos; y si muere, debe tomar la misma cantidad de sal, porque en caso contrario es multado y se venden sus muebles» (nota de Voltaire).

^[891] «Los inspectores del dominio siempre evalúan el patrimonio que todo colateral hereda al triple de su valor, tasándolo según esa evaluación, imponen una multa excesiva, subastan el patrimonio, y lo compran muy barato» (nota de Voltaire).

^[892] «La aventura le ocurrió a la familia de Antoine Fusigat» (nota de Voltaire).

^[893] **El domingo, o las hijas de Mineo / Le Dimanche ou les filles de Minée**

Escrito en la primavera de 1775 y publicado rápidamente con pseudónimo, *El domingo* está formado por doscientos noventa y tres versos de distintos ritmos estróficos; Voltaire reinterpreta la mitología a partir de Ovidio (*Metamorfosis*, IV, 1-145) y *La Fontaine* (*Fables*, XIII, XXIII) metiendo dentro del saco sus temas habituales: critica tanto las fiestas religiosas, que perjudican la actividad económica, como el fanatismo y las supersticiones, entre las que coloca el cristianismo. El traductor M. Domínguez no incluyó el falso autor ni la dedicatoria en una versión para la que también emplea distintas estrofas.

^[894] Voltaire utiliza el nombre de Antoine-Louis de Chalamon de La Viselcède (1692-1760), fundador de la Academia de Marsella.

^[895] Pierre-Daniel Huet (1630-1721), prelado y erudito; además de la *Demonstratio evangelica* (1679), escribió un *Traité de la situation du paradis terrestre* (1691).

^[896] A Dioniso (el Baco de los latinos) se le adjudican varias madres, desde Perséfone a Ío; la leyenda más conocida lo hace hijo de Sémele, que murió fulminada al mostrarse Zeus en todo su esplendor de rayos y de truenos; Dioniso, concebido hacía seis meses, pasó del vientre de su madre muerta a un muslo de Zeus, donde lo cosió Hermes; por eso Dioniso es llamado «el nacido dos veces». Su crianza fue encargada a Sileno, a quien se representa cargado de años, lascivo y borracho, entre ninfas y sátiros, en el cortejo de Dioniso.

^[897] Mineo, o mejor Minias, reinaba, según la leyenda mitológica, en Beocia, en la ciudad de Orcómeno; casado con Eurianasa tuvo descendientes famosos — muchos de los argonautas, por ejemplo —, entre los que figura su sucesor al trono, Orcómeno; Clímene, la abuela de Jasón; y las Miníades —Arsipe, Alcítoe y Leucipe—, a las que Dioniso enloqueció por no querer participar en su culto y quedarse en su casa hilando. Dioniso, disfrazado de doncella, se presentó ante ellas para convencerlas, pero sólo consiguió hacerlas reír. De las telas que hilaban, del techo, de las sillas, empezaron a brotar entonces ramas de vid y hiedra que manaban leche y vino; las miníades enloquecieron y saciaron sus ganas de comer carne humana devorando a un hijo de Leucipe. Como castigo, Dioniso las convirtió en murciélagos.

^[898] La revolución del planeta Júpiter es en realidad de doce años; y la de Saturno, de veintinueve.

^[899] Hijo de Apolo y de Pafos, Cíniras pasa por ser el primer rey de Chipre, aunque era oriundo de Biblo. Participó en la guerra de Troya, aunque de mala gana; mandó las cincuenta naves que había prometido a los griegos, pero sólo llegó a Áulide una, porque las demás eran de barro. Se unió de forma involuntaria a su hija Mirra, en quien la diosa Afrodita infundió una pasión incestuosa por su padre, para castigarla por haberse jactado de ser más bella que la diosa; al enterarse del incesto cometido, del que nació Adonis, Cíniras se dio muerte según algunas leyendas.

^[900] **Las orejas del conde de Chesterfield y el capellán Goudman / Les oreilles du comte de Chesterfield et le chapelain Goudman**

Dos años después de la muerte del conde de Chesterfield (1694-1773), Voltaire, que lo había conocido en sus años ingleses, publica en *Les Nouveaux Mélanges* (1785) este cuento que, so pretexto de homenaje al aristócrata cuyos últimos años se habían visto aquejados por la sordera, da un repaso a sus temas habituales. El arranque nace de las cartas de Chesterfield a su hijo, aparecidas en 1774, y de libros sobre los viajes de Cook (1772-1774), configurando un popurrí de motivos como ocurre en otros cuentos de la vejez de Voltaire. La fatalidad, término presente en la primera y en la última línea, es el lazo de un argumento que convierte al conde inglés en un antihéroe, acompañado en la fatalidad por el pastor protestante Goudman, capellán descontento y desdichado en finanzas y en amores, por el cirujano cínico Sidrac, y por un viajero y también médico que acaba de regresar de Tahití, Grou. La conversación entre estos cuatro personajes salta de una cosa a otra, pero tocando siempre la rapsodia volteriana de temas: el alma, las miserias del cuerpo, las pasiones, la tentación materialista, el enigma de la generación, el estado de naturaleza, la alimentación, el dinero, la ambición, las noches de bodas, la sífilis, los órganos del cuerpo, como la vejiga y el colon, la defecación convertida en primer móvil de las acciones humanas... La ironía volteriana y cierto humor británico encabalgan de manera burlesca la conversación, que muestra, en la sucesión de las anécdotas, el poder de la fatalidad.

^[901] «*Preferment* significa en inglés “beneficio”» (nota de Voltaire).

^[902] Ayuntamiento de la ciudad de Londres.

^[903] Cartas de provisión nombrando a alguien titular de un curato, de un beneficio, etc.

^[904] Voltaire sufría de estranguria, causada por un cáncer de próstata.

^[905] «*Cuestiones enciclopédicas*, artículo “Naturaleza”» (nota de Voltaire).

Según ese texto en el que dialogan la Naturaleza y el Filósofo, el soñador de la Mancha sería el propio Voltaire.

^[906] San Pablo, I Corintios, 15, 36.

^[907] El obispo Warburton (1698-1779), autor de una *Legación de Moisés*, considerada pedante y orgullosa por Voltaire.

^[908] Las Indias Orientales, o Indias propiamente dichas.

^[909] John Philips (1676-1709), autor de un poema burlesco titulado *The splendid shilling*.

^[910] *The Essay on Human Understanding*. Voltaire defenderá al filósofo sensualista inglés en *Cuestiones sobre la Enciclopedia* y en el *Diccionario filosófico*, artículo «Alma», de los ataques que en el mismo artículo de ese libro le había propinado el abate Yon.

^[911] En el libro I de *Pantagruel*, Rabelais se burla de los métodos de discusión de la escolástica: los personajes Panurgo y Tahumaste llegan a discutir por signos.

^[912] El propio Voltaire, en el artículo «Pasión» de *Cuestiones sobre la Enciclopedia*.

^[913] Voltaire, en el mismo artículo citado en la nota anterior: «Pobres marionetas del eterno Demiurgo, que no sabemos ni por qué ni cómo una mano invisible hace mover nuestros resortes, y luego nos arroja y nos amontona en la caja».

^[914] Joseph Banks (1743-1820) y su amigo el botánico sueco Daniel Solander (1736-1781) acompañaron al capitán James Cook (1728-1779) durante su primer viaje alrededor del mundo (noviembre de 1766 a marzo de 1769).

^[915] Claude-Alexandre, conde de Bonneval (1675-1747), oficial francés que, por ciertas desavenencias y acusado de desertor, se pasó al servicio de los austriacos; condenado por éstos en 1720 a un año de prisión por haberse burlado del príncipe imperial Eugenio, huyó a Turquía, donde abrazó el Islam; fue pachá

de Romelia y general de artillería. Su conversión en «perfecto musulmán» es irónica; el propio Bonneval decía que, al hacerse mahometano, «no había hecho más que cambiar su gorro de dormir por un turbante».

^[916] No se sabe con seguridad si el abate Mac Carthy, de origen irlandés, abrazó el Islam tras desempeñar cierto papel en la vida literaria.

^[917] El caballero Ramsay (1686-1743), de origen escocés y doctor de la universidad de Oxford, fue convertido al catolicismo por el francés Fénelon, cuya biografía escribió; Voltaire inventa probablemente su conversión al Islam. Escribió en inglés unos *Principios filosóficos de la religión natural y revelada, desarrollada y explicada en el orden geométrico*.

^[918] El jesuita Malagrida fue quemado vivo en Lisboa en 1761, a la edad de setenta y cinco años, tras un juicio de la Inquisición instado por el rey portugués y bajo la acusación, basada en las extravagancias de algunos de sus libros, de preparar un atentado contra el monarca. Sobre Malagrida véase nota 59 a *El hombre de los cuarenta escudos* en las págs. 890-891.

^[919] Tahití, a donde el capitán fue en 1768 para observar el paso de Venus sobre el sol.

^[920] Publicadas a partir de 1703, en las *Lettres édifiantes et curieuses* los jesuitas exageraban los progresos de los misioneros de su orden.

^[921] Escrito correctamente John Hawkesworth (1715-1773), autor del primer relato del viaje de James Cook, en 1773; más abajo Voltaire sigue el *Viaje alrededor del mundo* según el relato que de esos viajes hicieron Banks y Solander (1772).

^[922] Dawkins (ortografía exacta) y Wood publicaron en 1753 y 1757 la relación de sus investigaciones en los oasis de Palmira y Balbec.

^[923] William Hamilton (1730-1803), embajador inglés en Nápoles (1764), publicó en 1772 sus *Observaciones sobre el Vesubio, el Etna y otros volcanes*.

^[924] III Libro de Reyes, 13; y Paralipómenos, 15.

^[925] Véase la nota 5 de *Sueño de Platón*, en la pág. 803.

^[926] En su célebre *Viaje alrededor del mundo*, Louis-Antoine, conde de Bougainville (1729-1811), describió su periplo de 1766-1769 y su estancia en Tahití

en 1768.

^[927] Véase el pasaje del capítulo IV de *Cándido* de la pág. 213: «esa enfermedad que emponzoña la fuente de la generación, que a menudo impide incluso la generación, y que, evidentemente, es lo contrario del gran objetivo de la naturaleza».

^[928] Ovidio, *Metamorfosis*, I, 81-83: «esa tierra que el vástago de Iápeto modeló, mezclándola con aguas de lluvia, hasta darle la figura de los dioses que todo lo gobiernan».

^[929] Jean Wilmor, conde de Rochester (1648-1680), fue poeta precoz, militar y hombre galante; trabajó sobre todo la sátira y la poesía erótica, sin temor a llegar hasta la obscenidad. Voltaire tomará su vida por modelo para el personaje Birton en la *Historia de Jenni* (véase la nota 62 en las págs. 923-924).

^[930] En realidad el nombre alude a Jean Pecquet, médico francés (1622-1674) que dio su nombre al *reservoir de Paquet*, un vaso que contiene el quilo y que está situado en el nivel de las primeras vértebras lumbares. La descripción anatómica de Voltaire se burla de la circulación de la sangre, recientemente descubierta por Harvey, y cuyo principio había expuesto y defendido Pecquet en *De Thoracis Lacteis* (1661); su recomendación del aguardiente como remedio universal para el cuerpo causó estragos, no sólo en su propia vida, sino en las tripulaciones de la marina real francesa.

^[931] Gabriel Daniel (1649-1728), jesuita e historiador francés, cuyo estilo muy familiar criticaba Voltaire.

^[932] Verso de una comedia del propio Voltaire, titulada *Charlot ou la Comtesse de Givry* (I, VII), que también se cita en *El hombre de los cuarenta escudos*.

^[933] Según la Biblia (Jueces, 7, 16-23), Gedeón, hijo de Joás, se introdujo con trescientos israelitas en el campo enemigo; a una señal, rompieron los cántaros que llevaban, causando tal espanto entre sus enemigos que, creyéndose ante una tropa mucho más numerosa, huyeron matándose entre sí en la espantada.

^[934] Thomas Burnet, muerto en 1713, autor de una *Teoría sagrada de la Tierra* (1680), donde asegura que en la Tierra no había valles, montañas ni mares antes del Diluvio.

^[935] William Whiston (1667-1755), autor de una *Nueva teoría de la Tierra desde*

la creación hasta la consumación de toda cosa (1696); perdió su puesto de profesor en la universidad de Cambridge por convertirse al arrianismo.

^[936] John Woodward, nacido en 1665, profesor de medicina, publicó en 1695 un *Ensayo sobre la historia natural de la Tierra y de los cuerpos que contiene*, y en 1714 un *Ensayo sobre la historia natural de la Tierra*.

^[937] Benoît de Maillet, cónsul de Francia en Candía, autor de unas *Conversaciones de un filósofo indio con un misionero francés* (1748), que abordaban la formación del mundo.

^[938] **Historia de Jenni, o el Sabio y el Ateo / Histoire de Jenni, ou le sage et l'athée**

Teísta confeso, Voltaire sale al paso en 1775, a sus ochenta y un años, de la campaña que el barón de Holbach y varios *philosophes* del sector más radical, entre ellos Diderot, llevaban en favor del materialismo y del ateísmo. Hacía un cuarto de siglo que Voltaire había fijado su posición en este punto: los teístas son los «adoradores de un Dios amigo de los hombres», un Dios que salvaguarda el principio de finalidad del universo y que no dejará de premiar el bien y castigar el mal. La idea de defender el teísmo y atacar el materialismo de Holbach, La Mettrie y Diderot venía madurando en Voltaire desde 1766, momento en que la publicación de *Le christianisme dévoilé* (*El cristianismo desvelado*) del primero de esos filósofos, le impulsó a la tarea; en 1774 lee el *Bons sens ou Idées naturelles opposées aux idées surnaturelles* (1772), que le obliga a pasar a la acción porque el libro explicaba el método de poner el ateísmo al alcance de cualquiera; entre finales de 1774 y la primavera de 1775 escribe la *Historia de Jenni* —publicada en ese último año—, convencido de que el ateísmo es un pecado contra natura, haciendo viajar a sus protagonistas por Europa y luego a América, Barcelona, Londres y América del Norte—, según su método de viaje, si no iniciático, al menos didáctico de otros ámbitos y otras costumbres, es decir, un viaje filosófico. Y entre las aventuras, que de nuevo incluyen un episodio americano, la discusión que enfrenta al ateo Birton contra un teísta que defiende la existencia necesaria de Dios, lo exculpa del mal en la Tierra y lo convierte en juez que castiga o premia tras la supervivencia del alma. El ateo, como es lógico, se convierte, porque es un cuento filosófico *pro domo sua*, y *quod erat demonstrandum*, y porque Voltaire, contrariamente a lo que en él es habitual, «parece haberse dejado influir por Prevost y por Jean-Jacques Rousseau, genios muy distintos del suyo, y por momentos se diría que anuncia a Bernardin de Saint-Pierre o a Chateaubriand». (Guitton, ed. cit., pág. 977); como herramienta de convicción, tira de los sentimientos, de la emotividad, recurre a la voz de la

conciencia y convierte en sinónimos ateísmo y fanatismo, para desembocar en la necesidad de la exigencia religiosa en el corazón humano.

^[939] Voltaire utiliza, con visos imaginarios, un nombre real; el de Thomas Sherlock (1678-1761), obispo anglicano de Londres, que había polemizado con los deístas defendiendo la tolerancia y la religión cristiana.

^[940] Nicolas Louis de La Caille (1713-1762), abate, astrónomo y geómetra prestigioso; realizó una expedición al cabo de Buena Esperanza (1750-1754) para observar el cielo austral, en el que descubrió nebulosas nuevas.

^[941] Charles Mordaunt, conde de Peterborough (1658-1735), dirigió durante la Guerra de Sucesión de España a las tropas inglesas —frente al duque de Anjou, que terminaría asumiendo la corona de España con el nombre de Felipe V; durante la campaña de Cataluña, en 1705 tomó Barcelona tras un asedio de tres semanas, con «un ejército apenas más numeroso que la guarnición».

^[942] El personaje real también existió: John Freind (1675-1728), profesor de Química de la Universidad de Oxford, acompañó al conde de Peterborough a la guerra de España en calidad, no de capellán, sino de médico; Voltaire parece atribuirle el estado de su hermano, Robert Freind, doctor en teología. Más tarde volvería a acompañarlo a Italia (1717), donde el conde trataba de coaligar distintos países para expulsar a los austríacos. Miembro de la Royal Society de Londres, terminó figurando entre los diputados del parlamento. Sus biógrafos no hablan de que tuviera hijos.

^[943] Los catalanes hacen la misma defensa que los monjes de Rabelais (*Gargantúa*, XXVII) para enfrentarse el ataque de Picrochole contra su abadía.

^[944] La iglesia de Nuestra Señora de Pino, situada cerca del convento donde la Inquisición tenía su sede.

^[945] Desde la Edad Media, los barberos cumplían además las funciones de cirujanos y de bañistas.

^[946] El *Apolo de Belvedere*, copia de la estatua más célebre de la Antigüedad, original de Praxíteles, se conserva en el Vaticano.

^[947] En español en el original; Voltaire transcribe *che* en lugar de *que*.

^[948] La alusión a Melquisedec, carente a primera vista de sentido, lo tiene

para F. Deloffre y J. Van den Heuvel, quienes, a partir de las citas bíblicas, ven, en este sacerdote del Altísimo y rey de Salem, el símbolo del sacerdote eterno, y por lo tanto «el tipo y la figura profética de Cristo. En la boca de Doña Las Nalgas, la sustitución de Melquisedec por Cristo podría ser una forma de evitar la blasfemia». (*Romans et Contes*, ed. cit., pág. 1.236).

^[949] Voltaire escribe a partir de la documentación histórica que había recogido para *El siglo de Luis XIV*: la duquesa italiana de Popoli se encontraba en Barcelona, con la guarnición que Nápoles había enviado en apoyo a la candidatura del duque de Anjou a la corona española; casada con Cantelmo Stuart, estaba emparentada con los Estuardo, y Carlos II de Inglaterra había reconocido que la familia napolitana descendía de esa estirpe de reyes escoceses.

^[950] Hipódromo inglés, el más conocido en la época; en ese momento, Francia empezaba a imitar a Inglaterra en su pasión por la hípica.

^[951] El canal de la Mancha.

^[952] Anne Dubourg, ejecutado en 1559, había exhortado al parlamento a sumarse a la facción calvinista; arrestado por orden de Enrique II, fue condenado a la horca y, luego, a la hoguera.

^[953] El aragonés Miguel Servet (1509-1553) tuvo que dejar España huyendo de la Inquisición. Tras estudiar medicina en París, sus audaces propuestas médicas le ganaron controversias y persecuciones. Refugiado en Vienne (en el Delfinado), sus tesis antitrinitarias lo enfrentaron a Calvino; cuando había creído encontrar un asilo seguro en Ginebra, el reformador calvinista consiguió condenarlo a morir en la hoguera; tras esta ejecución, Calvino escribió una obra para probar que había razones suficientes para quemar a todos los herejes.

^[954] Jean Œcolampade (1482-1531), sacerdote suizo, adoptó los principios de la Reforma en la versión de Zwinglio, que mantenía notorias diferencias con los luteranos a propósito de la Eucaristía. Se casó, dando pie a duros sarcasmos de quien más lo había apreciado antes de su conversión a la Reforma, Erasmo.

^[955] El futuro próximo.

^[956] Los Hechos de los Apóstoles afirman de manera constante la preeminencia de Pedro sobre el resto de los apóstoles, de los que se convierte en portavoz y maestro.

^[957] Voltaire alude aquí a las obras de exégesis y comentarios sobre los Hechos de los Apóstoles de este teólogo español, ya citado en *El hombre de los cuarenta escudos* (pág. 888, nota 40).

^[958] La alusión apunta al *Tractatus de hereticis sortilegiis* (1536), de Grillandus, al que Voltaire convierte en prototipo inquisitorial por el nombre: el verbo francés *griller* significa «asar, quemar».

^[959] Con arreglo a los manuscritos, Voltaire escribió *Vertu-de-Dieu* (corregido luego en *Vertu-Dieu*), término con que las traducciones francesas de la Biblia vierten el pasaje en que los habitantes de Samaria, fascinados por sus prodigios de magia, aclaman a Simón el Mago: «Éste es la fuerza de Dios que se llama Grande». (Hechos de los Apóstoles, 8, 9-25). La edición española de la Biblia citada en la bibliografía anota el pasaje y precisa el término: «En la aclamación, Grande es el título, y de Dios es explicación: “la Fuerza Divina”, o la suprema divinidad; quizá los samaritanos daban ese apelativo a la deidad suprema, y Simón se presentaba como su encarnación humana» (pág. 1.246). Tras recibir el Evangelio del apóstol Felipe, fue bautizado; pero quiso comprar con dinero el privilegio de otorgar el Espíritu Santo a quien quisiera, por lo que fue reprendido por san Pedro. La leyenda se encargó de aumentar la biografía de Simón, de quien los textos bíblicos no dicen más: en el *Nouveau Dictionnaire historique* del abad Mayeul-Chaudon (1779), Voltaire pudo encontrar su resumen: que Simón el Mago se decía hijo de Dios y se jactaba de poder subir al cielo, cosa que prometió al propio Nerón; el día señalado «se hizo subir por el aire por dos demonios en un carro de fuego. Pero, por las oraciones de Pedro y Pablo, Simón, que estaba a cierta altura, cayó a tierra y se rompió las piernas». De su nombre deriva el término «simonía», que designa el tráfico de cosas santas por intereses lucrativos.

^[960] «Cuentan toda esta historia Abdías, Marcelo y Hegesipo. Eusebio sólo refiere una parte» (nota de Voltaire).

El *Nouveau Dictionnaire historique* citado en la nota 21 no hace de Abdías de Babilonia un doctor de la Iglesia, como Voltaire, sino que lo califica de impostor imbécil y visionario, al que Cristo incluyó entre los setenta y dos discípulos; dejó un libro de historias fabulosas que, según Mayeul-Chaudon, provocaron burlas.

Marcelo, obispo de Ancira muerto en el año 374, fue famoso durante el Concilio de Nicea por su elocuencia contra los arrianos. Pero apenas quedan algunos fragmentos de su obra, conocidos a través de Eusebio.

Lo mismo ocurre con Hegesipo, que abandonó la religión judía de sus padres para abrazar el cristianismo. Al morir en 181 dejaba una *Historia eclesiástica* desde la muerte de Cristo hasta su tiempo, de la que Eusebio recogió los únicos fragmentos que han sobrevivido.

Eusebio (c. 260-340), obispo de Cesarea, en Palestina, escribió en griego varias obras —como la ya citada *Præparatio evangelica*—; pero su *Historia eclesiástica* lo convierte en el padre de la historia de la Iglesia; sus diez libros narran desde los orígenes de Cristo hasta su época.

^[961] Voltaire parece aludir a los *Comentarios sobre la Escritura* o al *Salterio de la Virgen*, de san Buenaventura (1221-1274), llamado el «doctor seráfico», doctor, y no padre, de la Iglesia.

^[962] San Alberto Magno (adjetivo que traduce su apellido, Groot) (1205-1280) participó en el Concilio de Lyon y no fue muy apreciado como doctor de la Iglesia. Se le atribuyeron obras de brujería.

^[963] Tomas Tamburini (1591-1675), jesuita de origen siciliano, fue censor y consultor del Santo Oficio, pese a lo cual en sus obras sobre teología moral algunos teólogos encontraron proposiciones reprobables.

^[964] Son los *Commentaires sur l'Écriture sainte* (1667), de Antoine Escobar (1589-1669), lo que incluye a éste en la lista de Voltaire.

^[965] Buenaventura era franciscano, Alberto Magno dominico, y los tres últimos jesuitas.

^[966] Según la tradición evangélica, Santiago el Menor es hijo de Cefas y de María, prima hermana de la Virgen, y hermano de san Judas.

^[967] En realidad, san Pablo dice: «Pero a los no casados y a las viudas les digo: les vale más que sigan como yo; pero si no se pueden contener, que se casen, pues es mejor casarse que abrasarse» (1 Corintios, 7, 8).

^[968] «Cap. 10» (nota de Voltaire).

Voltaire manipula con sutileza el texto: «¿Es que no tenemos derecho a comer y beber? ¿Es que no tenemos derecho a llevar con nosotros una mujer hermana, como [hacen] los demás apóstoles, y los hermanos del Señor y Cefas? [...] ¿Quién se alistó alguna vez en el ejército pagándose él los gastos? ¿Quién

planta una viña y no come su fruto?» (1 Corintios, 9, 4-7), añadiendo más adelante: «Pero yo no he usado ninguno de esos [derechos]; y no escribo esto para que se haga así conmigo» (9, 15).

^[969] «Hechos, cap. 26» (nota de Voltaire).

^[970] «*Histoire apostolique d'Abdias*. Traducción de Julio Africano, lib. VI, pág. 595 y siguientes» (nota de Voltaire).

La indicación se refiere, de modo concreto, a esas páginas del *Recueil apocryphe du Nouveau Testament* (1703), de J. A. Fabricius.

^[971] San Clemente de Alejandría (c. 160-216), doctor de la Iglesia y maestro de Orígenes. Combatió el paganismo con obras como *Exhortación a los gentiles*, *El pedagogo*, *¿Qué rico se salvará?*, etc.

^[972] «Eusebio, lib. III, cap. xxx» (nota de Voltaire).

^[973] San Pablo, sin embargo, considera honorable el celibato (1 Corintios, 7).

^[974] William Penn (1644-1718), después de diversos viajes por Europa, se afilió a la secta de los cuáqueros; a la muerte de su padre, el almirante de ese apellido, heredó una gran fortuna que le permitió comprar a la corona la propiedad y soberanía de una provincia de América del Norte, al sur de Maryland. Con dos barcos en los que lo acompañaban sus correligionarios, fundó allí Filadelfia, capital de Pennsylvania, a la que dotó de leyes tolerantes en materia de religión. Regresó en dos ocasiones a Inglaterra, a cuya corona terminó revendiendo Pennsylvania por 280.000 libras (1712), con una sola condición importante: el mantenimiento de la tolerancia que él había impuesto por ley; luego se retiró a Ruscomb (condado de Buckingham). Escribió varios libros, entre ellos *The Great Case of the liberty of conscience*, y ensayos sobre la secta cuáquera.

^[975] Una de las obsesiones volterianas fue imponer la palabra *auguste* para designar al mes de agosto en sustitución del término consagrado ya por la lengua: *août*.

^[976] En español en el original.

^[977] «Se ha publicado en la *Apologie du comte de Peterborou*, por el doctor Freind, pág. 143, en casa de Jonas Bourer» (nota de Voltaire).

El hecho es histórico: Freind publicó, en defensa de Peterborough, *An Account of the Earl of Peterborow's conduct in Spain* (1706), libro que fue condenado a la hoguera; en los dos años siguientes aparecieron dos nuevas ediciones que corrieron mejor suerte. La polémica sobre el acierto del general en la guerra española duró varios años.

^[978] Los hechos son verídicos: cuando Locke consiguió volver a Inglaterra, sobre él recayeron sospechas de traición; pese a todo, el gobierno de Jacobo II lo nombró delegado de comercio y colonias, cargo en el que permaneció hasta 1700; fue entonces cuando escribió sus trabajos sobre la moneda y el comercio. También es cierto que aconsejó con éxito al parlamento «refundar la moneda a expensas de lo público sin elevar su precio».

^[979] La *Enciclopedia Británica* achaca más bien la caída en desgracia de lord Peterborough a su «espíritu altivo y turbulento [...]»; parece haber sido incapaz de obedecer las órdenes».

^[980] Como ya se ha dicho, Voltaire reúne en un solo personaje a los hermanos Freind, parlamentario el uno, pastor anglicano el otro.

^[981] Si bien es cierto que Freind y Peterborough regresaron a España inmediatamente después de la Guerra de Sucesión, mal pudo defender el primero al lord en la Cámara de los Comunes, dado que no fue elegido miembro de ese parlamento hasta 1723, cinco años después de la muerte de Peterborough.

^[982] Una vez concluida la guerra en 1713, el tratado de Utrecht ponía la corona de España sobre la cabeza de un Borbón, el duque de Anjou, nieto de Luis XIV, tras renunciar a cualquier derecho que en el futuro le correspondiese, a él y a su descendencia, al trono francés. Reinó en España con el nombre de Felipe V.

^[983] El autor del Qohelet, fechado hacia el año 150 a. de C., se presenta varias veces como rey, por lo que la tradición atribuyó erróneamente su escritura a Salomón; su autor fue un maestro sapiencial anónimo. Voltaire cita de manera aproximada varios pasajes (3, 19-22; 8, 15; 9, 9).

^[984] El deísta inglés William Warburton (1698-1779) había publicado *The Divine Legation of Moses* (1742), libro que Georges Keate había regalado a Voltaire en 1757; no tardó el filósofo en redactar una respuesta a las tesis de Warburton, quien demuestra que «las leyes de Moisés nunca permitieron sospechar siquiera la inmortalidad del alma». Voltaire le atribuyó el artículo «Infierno» de su *Diccionario*

filosófico. Pese a las diferencias, Warburton tiene a ojos de Voltaire el mérito de ser deísta, que contrarresta, según éste, el defecto esencial de todos los metafísicos ingleses de esa escuela: el de ser charlatanes y no captar la bromas sutiles.

[985] Sobre Needham, véase *El hombre de los cuarenta escudos* (pág. 888, nota 34); este jesuita trataba de conciliar religión y filosofía, convirtiendo a Dios en el espíritu que anima la creación, el sistema planetario y las metamorfosis de la naturaleza.

[986] Moneda de oro inglesa, equivalente a veintiún chelines; algo más, por tanto, de una libra.

[987] William Cheselden (1688-1754), autor de *Anatomy of human body* (1713), fue célebre por haber devuelto la vista a un niño de catorce años abriéndole el cristalino de los ojos.

[988] Mary Lepell, perteneciente a la más alta aristocracia inglesa, amiga de Jorge II y de la reina Carolina, se casó con el barón John Hervey (1696-1743), a cuya elevación social colaboró. El barón se hizo amigo del príncipe de Gales, perteneció al parlamento, fue vicechambelán de la casa del rey y terminó sentándose en la Cámara de los Lores, desde cuyos escaños defendió la política de Walpole. Dejó unas *Memoirs of the reign of Georges the Second*. Voltaire pudo conocerlo personalmente durante su etapa inglesa.

[989] La cortesana ateniense Leontium entró a formar parte de la escuela, o quizá más propiamente comunidad, de Epicuro, que fue su maestro y amante. Tuvo un hijo y una hija, y escribió textos cuyo estilo alababa Cicerón.

[990] Memmio Gayo (muerto antes del 46 a. de C.) fue poeta y orador romano, de escasa importancia como autor, pero gran mecenas de escritores. Pretor en el año 57 en Bitinia, llevó consigo como acompañante a Catulo; en el 53 fue desterrado por fraude en las elecciones. Lucrecio le dedicó su poema *De rerum natura*.

[991] El filósofo inglés Hobbes fue «fiel» a Carlos I, pero por temor a persecuciones se trasladó a París (1646); su olfato lo libró de estar con Carlos I cuando éste fue condenado y ejecutado en 1649. El hijo de ese monarca, el príncipe de Gales, se había refugiado en París en 1646, y Hobbes le dio clases de matemáticas; sospechoso a los consejeros de este príncipe cuando asumió la corona inglesa, tuvo que recurrir al conde de Devonshire, su protector, para vivir sin ser

importunado en Inglaterra.

^[992] Las islas inglesas Scilly.

^[993] Las Blue Mountains, situadas de hecho al norte de la entrada de Chesapeake Bay.

^[994] Cuando William Penn (véase *supra* nota 36, en la pág. 921), llega a sus tierras de Pennsylvania, ya estaba asentado en América del Norte Charles Calvert, lord Baltimore (1637-1715), dueño del Maryland que había heredado de su padre; Penn y Baltimore tuvieron desavenencias fronterizas entre sus respectivas «tierras»; pese a que Penn viajó a Londres para abogar por sus derechos, los problemas de frontera entre Pennsylvania y Maryland perduraron durante un siglo.

^[995] William Penn pactó con los indios leni-lenape tratados de amistad y confianza mutua, que en líneas generales fueron respetados, facilitando las relaciones de vecindad.

^[996] Véase el ataque de Voltaire a las ideas innatas en *Micromegas* (VII).

^[997] John Tillotson (1629-1694), presbiteriano que se pasó al anglicanismo y ejerció el decanato de Canterbury. La posición de sus sermones contra la religión romana, y sobre todo contra el ateísmo, estaba muy próxima a Voltaire.

^[998] George Smalridge (1663-1718), predicador de la iglesia londinense de San Dunstón, fue nombrado en 1714 obispo de Bristol y limosnero de la reina. Pero al año siguiente era desposeído de esos cargos por no querer sumarse a una declaración de varios obispos, encabezados por el de Canterbury.

^[999] En realidad, *Lettres édifiantes et curieuses*, de los padres jesuitas, publicadas a partir de 1703 y hasta 1771; se las acusaba de exagerar los progresos misioneros de la Compañía en China; Voltaire había conocido a varios de los corresponsales durante su estancia en el liceo Louis-le-Grand.

^[1000] Jean Wilmor, conde de Rochester (1648-1680), poeta y militar cuya temprana muerte fue motivada por la alternancia de una vida dedicada a los placeres y al estudio. Según el *Nouveau Dictionnaire historique*, «el conde de Rochester se había ganado los favores del rey por su celo; mereció su indignación por sus *Sátiras*, publicadas en Londres en 1712. Ése fue el género que trabajó sobre todo. Las pasiones marcan a menudo el tono en ellas, más que el gusto y el género.

Sus poesías son en su mayor parte obscenas; pero las hay que merecen ser leídas por los rasgos sublimes, los pensamientos audaces, las imágenes vivas que encierran». Voltaire compone el personaje de Birton a partir del conde de Rochester, como esta frase permite deducir.

^[1001] María Tudor —llamada en Inglaterra María la Sanguinaria por los excesos de su persecución contra los anglicanos—, su padre, Enrique VIII, su marido, el rey español Felipe II, y el papa Alejandro VI son ejemplos frecuentes en Voltaire de personajes históricos sangrientos y crueles.

^[1002] El término significa, en realidad, «sífilis»; pero fue utilizado como juramento por los petimetres ingleses de la Restauración, como demuestra el teatro de esa época.

^[1003] Además de sus trabajos científicos, Newton escribió obras esotéricas sobre religión y alquimia que, desde luego, no publicó en vida: por ejemplo, un *Apocalypse of St. John* (1733).

^[1004] Al príncipe Mauricio de Nassau, estatúder de Holanda (1567-1625), adjudica otro texto suyo Voltaire, *El filósofo ignorante*, donde se refiere un engaño del que habría sido víctima Locke: un loro «habría mantenido con el príncipe una conversación en lengua brasileña, conversación que Locke tiene la simpleza de referir sin sospechar que el intérprete del príncipe había podido burlarse de él».

^[1005] Samuel Clarke (1675-1729), teólogo inglés que ejerció notable influencia sobre Voltaire, a quien sus conocimientos impresionaron en Londres. En él vio al «patrón» de la renovación del arrianismo en Inglaterra (*Cartas filosóficas*, VII), y leyó atentamente sus *Sermones*, reunidos en el *Tratado de la existencia de Dios*. Esta obra servirá a Voltaire para enfrentarse a los argumentos del materialismo expuesto por el barón de Holbach en su *Système de la nature*. A través de Clarke, Voltaire pudo captar el pensamiento de Locke y las consecuencias metafísicas que podían extraerse de la filosofía de Newton. Para él, Clarke será siempre el hombre que ha demostrado la existencia de Dios, aunque esa verdad, según escribe a Federico de Prusia: «La creo; pero la creo como lo que es más verosímil; es una luz que me hiere a través de mil tinieblas». (*Correspondance*, t. I, ed. cit., pág. 858). A Clarke debe Voltaire, además, el razonamiento que lo llevó a escribir uno de sus versos preferidos y más difundidos: «Si Dios no existiese, habría que inventarlo».

^[1006] El propio Voltaire, desde las *Cartas filosóficas* (1734).

^[1007] Esdras, sacerdote y escriba, estuvo entre los cautivos judíos en Babilonia. El rey Artajerjes le permitió reorganizar la comunidad judía con arreglo a la ley de Moisés. Se le atribuye haber reunido el cuerpo de las obras que forman el Antiguo Testamento, así como la autoría del libro que lleva su nombre, Esdras; en la actualidad se supone que más bien fue obra procedente del círculo de levitas ocupados en la liturgia del Templo de Jerusalén.

^[1008] Bernard Nieuwentyt (1654-1718), matemático, médico y jurista holandés, autor de un tratado sobre *La existencia de Dios demostrada por las maravillas de la naturaleza* (trad. francesa, 1740, que sirvió a Chateaubriand para su *Genio del cristianismo*); se le acusó de difuso en sus intentos de demostración.

^[1009] El adjetivo inglés apunta ahora al barón de Holbach y su *Système de la nature* (1770), lo cual supone cierto anacronismo, dada la cronología interna del relato.

^[1010] Charles Boyle, conde de Orrery (1676-1731), erudito y político inglés, hijo del fisicoquímico y filósofo Robert Boyle; participó en la batalla de Malplaquet como mayor-general. Comprometido posteriormente en una intriga de corte, estuvo seis meses encerrado en la Torre de Londres, donde contrajo una enfermedad que lo llevó a la tumba. Swift lo convirtió en personaje de su parodia bufo heroica *Battle of the Books*.

^[1011] Véase *El hombre de los cuarenta escudos*, nota 46 en la pág. 889.

^[1012] Christopher Wren (1632-1723), matemático y arquitecto, autor, entre otros trabajos, de los planos del Teatro de Oxford, de la Catedral de San Pablo de Londres, donde fue inhumado.

^[1013] El médico de las orinas era un charlatán de Lausana, llamado Michel Schuppac.

^[1014] Torta americana, hecha con harina de la raíz de la mandioca.

^[1015] Antes de convertirse a la edad de treinta y dos años, san Agustín ejerció la profesión de rétor, y mantuvo siempre, como escritor, el sentido de la imagen y de la fórmula que había aprendido en ese oficio. La obra a la que Voltaire aparece aludir aquí es *De mirabilis Sacrae Scripturae*.

^[1016] Voltaire no cree en la teoría del «fuego central», que los científicos de la época empezaban a tener en cuenta como la más acertada.

[1017] Hay un juego de palabras en francés: con *eau-de-vie* (literalmente: agua de vida) se designa el aguardiente.

[1018] Árbol de América tropical, de madera muy dura y resinosa; cocida en agua, produce un líquido de sabor acre y amargo, que en medicina se usa como sudorífico muy activo.

[1019] Fórmula muy anterior a Milton; pertenece al acervo de la moral clásica.

[1020] La antigüedad que Voltaire otorga a los brahmanes es excesiva.

[1021] «Es difícil reunir en una página más lugares comunes tendenciosos sobre la colonización española en América del Sur. [...] Todos los detalles que se tienen aquí, de manera especial sobre los “viejos pueblos” (mexicanos y peruanos), proceden del *Ensayo sobre las costumbres* (caps. CXLV-CXLVIII)», anotan F. Deloffre y J. Van den Heuvel (*Romans et Contes*, ed. cit., pág. 1.257). Los estudios históricos más recientes sobre la mortandad en América parecen confirmar la cifra de cuarenta millones de víctimas, que adelantó el padre Las Casas. «Pierre Chaunu piensa que la cifra es verosímil. En la segunda mitad del siglo [XVI], América contaría con una decena de millones de habitantes (el 96 por 100 de ellos indios, el 3 por 100 de mestizos, negros y mulatos, y el 1 por 100 de blancos), es decir, apenas el 15 por 100 de la población inicial, antes de la llegada de los españoles. [...] Esta regresión se explica sin duda por las guerras, el trabajo forzado, los malos tratos, pero también y sobre todo por el choque microbiano: las poblaciones indígenas, brutalmente expuestas a gérmenes y virus contra los que no estaban inmunizadas, sucumbieron en masa bajo el efecto de los sarampiones y las enfermedades broncopulmonares; a lo que hay que añadir las consecuencias sociales, culturales y morales de la conquista: las estructuras tradicionales se derrumbaron, los resortes vitales quedaron rotos». (Joseph Pérez, *La España del siglo XVI*, Austral, Espasa, Madrid, 2001, págs. 106-107).

[1022] Guatimozín [Gatimozin, escribe Voltaire] fue el último rey azteca; sobrino de Moctezuma, gobernó de 1520 a 1522. Vencido por Hernán Cortés, fue sometido a tormento, antes de ser ejecutado, para que confesase el escondite de los tesoros aztecas.

[1023] Variante del nombre de Atahualpa.

[1024] Anito, rétor ateniense, enemigo de los sofistas según Platón, moderado en política, fue uno de los tres acusadores de Sócrates.

[1025] El filántropo inglés John Kryle (1634-1724), natural de Ross (en el condado de Hereford), puso su fortuna al servicio de su beneficencia y emprendió trabajos públicos de todo tipo, desde la mejora de las tierras al cuidado de huérfanos y enfermos. Fue Alexander Pope, quien, en una *Epístola moral sobre el empleo de las riquezas*, descubrió su obra al resto de Europa.

[1026] Filadelfia une dos términos griegos que significan amigo y hermano. En cuanto a esa «desfiguración» de los cuáqueros, *quaker* significa en inglés «el que tiembla», y fue el apodo que le dieron los detractores del fundador de ese movimiento religioso, William Fox, a éste, quien aseguraba que con sólo oír el nombre de Dios temblaba y se estremecía.

[1027] Locke, secretario de lord Ashley, lord Canciller en 1672-1673, ayudó a éste a redactar leyes para la reciente colonia de La Carolina.

[1028] En Pennsylvania y La Carolina, «paraísos» de la tolerancia, quedaban excluidos, por tanto, los ateos.

[1029] La serie cita regicidas o asesinos de grandes personajes: Georges, lord Jeffreys (1645-1689), canciller de Inglaterra en tiempos de Carlos II y de Jacobo II, se hizo notar por su implacable brutalidad y sus costumbres libertinas. Murió en la Torre de Londres. François Ravailac (1578-1610), fanático francés que había profesado en la Orden franciscana, mató en 1610 de dos puñaladas al rey Enrique IV por la protección que éste dispensaba a los protestantes. Balthasar Gérard (1558-1584) fue el asesino de Guillermo el Taciturno. Sobre Jacques Clément véase, en *El hombre de los cuarenta escudos*, la nota 69 en las págs. 892.

[1030] François Eudes de Mézeray (1610-1683), autor de una monumental *Historie de France*, que alcanzaba hasta el reinado de Luis XIII. Ese libro le valió el cargo de historiógrafo del rey y un sillón en la Academia Francesa, de la que fue secretario perpetuo. Además de folletos y tratados sobre el origen de los franceses, escribió una *Histoire des turcs*.

[1031] La edición de Kehl añade aquí un párrafo —probable adición apresurada de Voltaire— relativo a *Le Bon sens ou Idées naturelles opposées aux idées surnaturelles* (1772), del barón de Holbach, que casa mal con la conversación:

Birton: Y vos, señor Freind, que tan bien habláis, ¿habéis leído el libro titulado *Le Bons sens*?

Freind: Sí, lo he leído, y no soy de los que condenan todo en sus adversarios.

En ese libro hay verdades bien expuestas, pero las echa a perder un gran defecto. El autor quiere destruir continuamente el Dios de Scot, de Alberto, de Buenaventura, el Dios de los ridículos escolásticos y de los monjes. Fijaos que no osa decir nada contra el dios de Sócrates, de Platón, de Epicteto, de Marco Aurelio, contra el Dios de Newton y de Locke, y me atrevería a decir contra el mío. Pierde su tiempo declamando contra supersticiones absurdas y abominables cuya ridiculez y horror sienten hoy todas las personas honradas. Es como si se escribiera contra la naturaleza porque los torbellinos de Descartes la desfiguraron; es como si se dijera que el buen gusto no existe porque la mayoría de los autores no tienen gusto. Quien ha escrito el libro del *Bon sens* cree haber atacado a Dios, y en eso carece por completo de buen sentido: sólo ha escrito contra ciertos sacerdotes antiguos y modernos. ¿Se cree haber aniquilado al amo por haber repetido que con frecuencia ha sido servido por bribones?

Birton: Escuchad, podríamos acercarnos. Yo podría respetar al amo si vos me entregaseis los criados. Amo la verdad; hacédmela ver, y la abrazo.

Los editores de Kehl comentan *Le Bon sens*: «Obra que apareció al mismo tiempo que el *Système de la nature*. El señor de Voltaire tiene mucha razón. El autor de esa obra prueba suficientemente que la mayoría de los filósofos, al querer captar la naturaleza de Dios, han dado de ella ideas absurdas; mas *esto no destruye las pruebas de su existencia* que pueden deducirse del orden del universo».

^[1032] Véase *Micromegas*, págs. 94-110.

^[1033] El propio Voltaire, que parece remitir a la entrada «Zoroastro» de sus *Cuestiones sobre la Enciclopedia*.

^[1034] Es decir, el mito del pecado original. Prometeo y Pandora son, según la mitología griega, el primer hombre y la primera mujer cuya falta entraña un castigo perpetuo para la humanidad.

^[1035] El término «mónada», difundido por Leibniz, se remonta a la filosofía pitagórica, para la que designa «los elementos simples de que está hecho el universo».

^[1036] En *De rerum natura*, especie de biblia del materialismo, Lucrecio expone las razones que imposibilitan la inmortalidad del alma (III, 459-869); dado que todo es materia, todo es perecedero.

^[1037] Voltaire apunta a Federico II. Sobre Ravailac, véase *supra* la nota 91, en

la pág. 926.

[1038] En el *Ensayo sobre las costumbres* (CV), Voltaire coloca a los prelados italianos entre los secuaces del ateísmo.

[1039] Voltaire describe la enfermedad de la que murió ese monarca francés en *Las orejas del conde de Chesterfield*: «Carlos IX [...] era el hombre más estreñido de su reino. Los conductos de su colon y de su recto estaban tan taponados que la sangre terminó saliéndole por los poros. Se sabe sobradamente que ese temperamento adusto fue una de las principales causas de la San Bartolomé».

[1040] Richard Mead (1673-1754), médico inglés, autor de un *Ensayo sobre los venenos* (1702) y médico del rey gracias a su prestigio en 1727. Cuando Freind regresó de distintas misiones en España e Italia acompañando a lord Peterborough, fue encarcelado en la Torre de Londres acusado de «inteligencia» con los enemigos del Estado; pese a los intentos hechos para que fuera puesto en libertad, sólo se consiguió cuando Mead se negó a cuidar al primer ministro, enfermo, mientras que Freind no saliese de su cárcel.

[1041] **Sesostris / Sésostris**

Los setenta y nueve endecasílabos que componen esta alegoría vestida de orientalismo tratan de exaltar la figura ideal de un joven príncipe que, siguiendo las ideas ilustradas, se abandona en manos de la sabiduría y la prudencia y rechaza las cadenas de la voluptuosidad. Luis XVI acaba de iniciar una etapa ilustrada con Turgot al frente del ministerio de finanzas, y un Voltaire que ya supera los ochenta años trata de acercarse al joven monarca —su sueño de siempre, que su correspondencia atestigua— diseñando un horizonte que parece una edad de oro.

[1042] Sesostris fue el nombre de los reyes egipcios de la XII dinastía, y lo había utilizado Fénelon para bautizar a uno de sus personajes.

[1043] **El sueño vano / Le songe creux**

Publicado póstumamente en la edición de Kehl, *El sueño vano* es producto de la crisis que Voltaire siente ante un «aniquilamiento próximo», como escribe a d'Argental en mayo de 1773, fecha aproximada también de su redacción. En los 53 endecasílabos el autor entrevé en sueños el otro mundo, encuentra a la Nada, a la que personaliza y deifica, para terminar arrojándose en sus brazos. Dos versos de un *Diálogo de Pegaso y del viejo*, de abril de 1770, traído a colación por Guitton (ed. cit., pág. 982), expresan las dudas sobre el más allá con acentos más propios de los

poetas románticos que de un ilustrado:

He caminado en la noche sin antorcha ni guía:

¡Ay!, ¿ve uno más claro al borde de la tumba?

^[1044] *Songe-creux*: «soñador melancólico que se aplica profundamente a la meditación. Los filósofos, los inventos de las artes y de las máquinas, son *songecreux*, gente muy distraída». (Furetière).